

Ibn Battūta

∞ A través del Islam



فَقَالَ يَا أَخَايَرِ الدُّخَايِرِ وَبَشَايِرِ الْعَشَائِرِ عُمُوا صَبْلًا وَأَنْعَمُوا
إِصْطَبْلًا وَأَنْظُرُوا إِلَى مَنْ كَانَ ذَانِدِي وَنَدِي وَجِدِي وَجِدِي
وَعَقَّارِي وَفَرِي وَمَقَارِي وَفَرِي فَمَا ذَاكَ مِنْ قَطُوبِ الْخَطُوبِ
وَحُرُوبِ الْكُرُوبِ حَتَّى صَفَرْتِ الرَّاحَةَ وَقَرَعْتَ السَّلَاحَةَ
وَعَادَ الْمَنْبَعُ وَبَنَى الْمَرْبِعُ وَأَفْوَى الْمَجْمَعُ وَأَفْضَى الْمَجْمَعُ وَاسْتَحَالَتِ
تَبَيَّنَتْ أَعْيُنُ الْبَصَائِرِ وَتَبَيَّنَتْ أَعْيُنُ الْبَصَائِرِ وَتَبَيَّنَتْ أَعْيُنُ الْبَصَائِرِ

A través del Islam es una obra fundamental de la literatura de viajes, así como un clásico de las letras árabes. Un relato en primera persona de las aventuras y desventuras, placeres y sinsabores, del tangerino Ibn Battuta en su dilatadísimo viaje desde Marruecos hasta China en pleno siglo XIV.



Ibn Battuta

A través del Islam

ePub r1.0

Titivillus 25.02.17

Título original: *Riḥla*

Ibn Battuta, 1350

Traducción: Serafín Fanjul & Federico Arbós

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



«Te preguntan cómo deben dar las limosnas. Di: el bien que hagáis sea para los padres, los parientes, los huérfanos, los menesterosos y para el viajero».

(Corán, II, 215)

«Si encuentras a un forastero, ayúdalo: quizá llegue el día en que lo seas».

(Proverbio marroquí)

ÍNDICE

Preliminar

Abreviaturas

Bibliografía

Introducción

Mapas

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Mapa general del viaje de Ibn Battūta

Resumen del viaje

PRELIMINAR

I

En la Casbah de Tánger, asaltada a diario por miles de turistas en busca de gangas inexistentes o de tipismo comercial, hay que pedir un guía avezado y no poco culto —cualquier tangerino no sabe— para llegar a un pequeño panteón donde se dice descansan los restos del jeque Ibn Baṭṭuṭa el Tangerino. Es un oratorio diminuto con espacio para tres o cuatro personas en posición de rezo: en un lado está la tumba con una lápida sencilla y sin pretensión alguna. Un guardián muy viejo te ofrece agua y lee en tu honor unos párrafos de un libro sin pastas y con las hojas comidas en márgenes y esquinas: hay algo de ritual devoto, de adoración idólatra en sus palabras, en su veneración por el autor de aquella página Quizá es parte de la escenografía con que el guardián se gana la vida y en la cual —por supuesto— cree a pies y juntillas. Es el mismo aparato dramático que presenciamos en Santiago, en Kerbela o en Roma. Pero aquí no hay dividendos, ni cadenas hoteleras, ni rosarios benditos: sólo un viejo subsiste pobremente. Por fuera, la tumba, sin ningún signo externo de riqueza o embellecimiento, se distingue en el recodo de una estrecha escalera que oficia de vía, por una cúpula modestísima encajonada entre callejas. Es un morabito como tantos que Ibn Baṭṭuṭa el Tangerino visitara.

II

La traducción de la *Rihla* de Ibn Baṭṭuṭa no es un descubrimiento sensacional ni un ejercicio de aburrido lucimiento ante el parvo público arabista, sino el relleno trabajoso de una laguna hasta ahora —hasta ahora— existente. Porque no es fácil comprender que habiendo traducciones de la *Rihla* a las principales lenguas europeas (ruso, inglés, francés) hasta hoy se careciese de una versión en castellano. Tal vez se estimara que ya bastaba la traducción a esas lenguas europeas que nos son próximas para tener acceso a esta obra, como a otras muchas. Pero el argumento no resiste el más leve análisis: el lector español no tiene por qué conocer, en principio, esos idiomas, además de que dichas traducciones no salen de las bibliotecas superespecializadas. En cuanto al especialista, es de suponer que lea el texto en la versión original.

Pensamos que la misión de un arabista español, a caballo entre las culturas árabe y española, es difundir la una valiéndose de sus conocimientos técnicos, y enriquecer la otra, a la que se debe, pues es en definitiva de esta sociedad de la que vive.

Por otra parte, no está de más recordar que algunas de las importantes

traducciones del árabe al castellano que se han hecho en este siglo eran obras ya vertidas al francés o al alemán, o al mismo castellano, y para cuya traducción no fue óbice que existieran otras previas, siguiendo un criterio a nuestro juicio acertado y loable. Y cuyo ejemplo nos complacemos en seguir.

III

Nuestra traducción se ha basado en la reimpresión (Anthropos, París, 1969) de la edición Defremery-Sanguinetti (París, 1854) con alguna referencia de consulta a la muy deficiente de Karam al-Bustani (Beirut, 1964). Hemos utilizado también las traducciones de Gibb (vid, Bibliografía) y de los mentados Defremery-Sanguinetti como elemento de comparación en los pasajes que lo precisaban, así como nos hemos valido de las muy esclarecedoras notas de Gibb y de las no de todo desdeñables, de Monteil. La profundización en obras y artículos, que el lector puede hallar en la Bibliografía adjunta, ha sido obligación ineludible, aunque a tampoco hemos descuidado la consulta personal y directa a estudiosos de aspectos parciales; a este respecto manifestamos nuestro agradecimiento a los profesores Elías Terés, Solimán Salom, y A. Kahachemi por sus muy útiles indicaciones en toponimia andalusí, lengua turca y lengua persa, respectivamente.

Siguiendo la tónica Defremery-Sanguinetti suprimimos la mayor parte de las innumerables jaculatorias piadosas que acompañan a los nombres propios, especialmente las menciones de Dios, del Profeta y de los hombres religiosos o simplemente generosos o amable, con Ibn, Baṭṭuṭa. La razón es de orden práctico: se trata de aligerar la lectura de frases incidentales que nada esclarecen el relato y por el contrario lo hacen farragoso en extremo. Estas jaculatorias son perfectamente asimilables en un contexto cultural árabe, pues la reiteración en ese medio no sufre de condenas estéticas sino que más bien es elemento enriquecedor, aparte su valor de manifestación piadosa, de respeto o deferencia en el caso que nos ocupa. Creemos innecesario extenderse mucho acerca del efecto negativo que sobre un lector medio «occidental» produce la repetición de fórmulas fijas y no significativas dentro del texto. Por tanto no estimamos pueda considerarse este criterio mutilación sino mejora conveniente. Estas fórmulas suelen ser: «Dios lo bendiga y salve», «Dios se apiade de él». «Esté Dios satisfecho de él», «Sea sobre él la paz», etc.

Precediendo a los abundantes versos intercalados indicamos el metro (kamīl, *basīṭ*, ṭawīl, rayaz, etc.) utilizado por el poeta. Vaya esto como aclaración para el lector no especializado.

El sistema de transcripción que se ha seguido es en palabras árabe el habitual de los arabistas españoles, corriente en la revista «al-Andalus», publicación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. No obstante, la inserción de numerosos términos y topónimos turcos, persas, etc. nos ha obligado a introducir fonemas

inexistentes en árabe fusha, tales como /p/, /ch/, /v/, /gu/, etc., así como las vocales /e/ y /o/.

Los nombres chinos se han transcrito según el método Wade-Giles.

En la transcripción de nombres y topónimos hemos adoptado la forma castellanizada cuando ésta se halla suficientemente difundida (v. g. Mahoma por Muḥammad) y enraizada en el medio cultural español, conservándose la transcripción del árabe cuando no es así; o las formas más corrientes en los Atlas geográficos si se trata de topónimos no árabes.

NOTA: en la versión digital no está muy depurada la transcripción de las palabras árabes.

Advertencia bibliográfica

En la confección de la Bibliografía sucinta que ofrecemos nos hemos atendido a los mismos principios inspiradores de la traducción: claridad y utilidad para el lector. Soslayamos pues la lamentable práctica seudocientífica consistente en engordar una lista copiando cientos de fichas de obras ni tan siquiera ojeadas y que en muchos casos tienen escasa o mala relación con el tema de la obra en cuestión. Los especialistas tienen a su alcance los repertorios bibliográficos corrientes, por tanto, es al lector medio, al curioso y al estudiante a quien esta Bibliografía se dirige, para que por medio de ella pueda ampliar, si lo desea su visión de aspectos parciales o de conjunto de nuestra traducción.

ABREVIATURAS DE USO MAS FRECUENTE

act. = actualmente.

ap. = aproximadamente.

art. cit. = artículo citado.

b. = bin, ibn («hijo de»), casi inevitable en nombres propios.

cf. = confert.

D. S. = Defrèmerly-Sanguinetti.

ed. cit = edición citada.

I. B. = Ibn Baṭṭuṭa

lit = literalmente.

l. cit. = lugar citado.

M = Muḥammad, en nombres propios distintos del Profeta.

ms = manuscrito.

núm. = número.

núms. = números.

ob. cit. = obra citada.

p. = página.

pp. = paginas.

tr. cit = traducción citada.

v. = verso.

vv. = versos.

vol. = volumen

vols. = volúmenes.

[] = nota o añadido de los traductores para facilitar la comprensión, dentro el texto.

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES Y TRADUCCIONES PRINCIPALES

DEFRÉMERY, C.; SANGUINETTI, B. R.: *Voyages d'Ibn Baṭṭuṭa*. ed. y tr., París, 1854; reed. París, 1969, Anthropos, con una introducción de V. Monteil. 4 vols.
GABRIELI, F.: *I viaggi di Ibn Baṭṭuṭa*. Florencia, 1961.
GIBB, H. A. R.: *The travels of Ibn Baṭṭuṭa (1325-1354)*. Translated with revisions and notes from the Arabic text edited by C. Defremery and B. R. Sanguinetti, Cambridge, 1958, Hakluyt Society, 4 vols.; reimpresión de Wiesbaden, 1972.
IBN BAṬṬUṬA: *Riḥla* ed. de Karam al-Bustānī, Beirut, 1964, Dār sādīr lí-ttibāca wa-n-na'sr.

OBRAS GENERALES

ABŪ AL-ISBAHĀNĪ: *Kitāb al-algānī*, Būlāq, 1285 H., reed. El Cairo, 1927.
ABŪ L-FIDĀD: *Mujtasar ta'rīj al-basar*, El Cairo, 1325-6 H., 2 vols.
BLACHÉRE, REGIS ET DARMAUN, HENRI: *Geographes arabes du Moyen Age*. Paris, 1957, Klincksieck.
Corán, (El), tr. de J. Vernet, Barcelona, 1963, Planeta.
IBN HAYAR AL-'ASQALĀNĪ: *ad-Durar al-Kāmina*, Hayderabad, 1929-31, 4 vols.
IBN KHALDUN: *Discours sur l'histoire universelle (Muqaddima)*, tr. de V. Monteil, Beirut, 1968, 3 vols.
KINDER, H.-HILGEMANN, W.: *Atlas histórico mundial*, Madrid, 1970. Istmo.
IBN ŪBAYR: *Travels (Riḥla)*, ed. de W. Wright, 2nd. ed. revised by M. J. de Goeje, Leiden-Londres, 1907.
IBN ŪBAYR: *The Travels of Ibn Ūbayr*, tr. R. J. C. Broadhurst, Londres, 1952.
(AL)-IDRISĪ: *Description de L'Afrique et de L'Espagne par Edrisī*, ed. y tr. R. P. A. Dozy y M. J. de Goeje, Leiden, 1866.
(AL)-MAQDISĪ: *Descriptio Imperii Moslemicī*, ed. M. J. de Goeje, 2nd. ed. Leiden, 1900.
MIQUEL, ANDRÉ: *La géographie humaine du monde musulman jusqu'au milieu XIème siècle*, París-La Haya, Mouton.
PONS BOIGUES, FRANCISCO: *Los historiadores y geógrafos árabe-españoles (800-1450)*. Madrid, 1898; reimp. Amsterdam, 1972, Philo Press.
YĀQUT AR RUM *Mu'jam al-buldān*, ed. F. Wüstenfeld, Leipzig, 1866-73, 6 vols.

OBRAS DE INTERÉS

- AHMAD 'ISA BEY: *Histoire des bimāristāns (hópitaux) a l'époque islamique*, El Cairo, 1928.
- 'ALĪ IBRAHIM HASAN: *Dirāsāt fi-ta'rīj al-mamālīk al-bahriyya fi-'asr an-Nāṣir Mukammad bi-wayh jāss:*, El Cairo, 1948.
- ARBERRY, A. J.: *Shiraz, Persian City of Saints and Poets*, Norman, Oklahoma, 1960.
- BARTHOLD, W.: *Turkestan down to the Mongol Invasions*, Londres, 1928.
- BARTHOLD, W.: *Histoire des Turcs d'Asie Centrale*, París, 1945.
- BRATIANU, G.: *Recherches sur le commerce génois dans la Mer Noire au XIII^e siècle*, París, 1929.
- BRUNSCHVIG, R.: *La Berbérie orientale sous les Hafsides, des origines a la fin du XV^e siècle*, París, 1940-7, 2 vols.
- BURTON, SIR RICHARD: *Personal narrative of a Pilgrimage to El-Medinah and Meccah*, Londres, 1855-6, 3 vols.
- CHARDIN, J.: *Travels in Persia*, Londres, 1927.
- DUBLER, CÉSAR E.: *Abū Hāmid el Granadino y su relación de viaje por tierras eurasiáticas*, Madrid, 1953, Imprenta-Editorial Maestre.
- GAUDEFROY-DEMOMBYNES, M.: *Le pèlerinage a La Mekke*, París, 1923.
- GAUDEFROY-DEMOMBYNES, M.: *La Syrie a l'époque des Mamelouks*, París, 1923.
- GONZÁLEZ DE CLAVIJO, RUY: *Embajada a Tamorlán* (Estudio y ed. por F. López Estrada), Madrid, 1943, CSIC.
- HEYD, W. VON: *Histoire du commerce du Levant au Moyen-Age*, Leipzig, 1885-6, 2 vols.
- IBN BIBI: *Histoire des Seljoucides de L'Asie Mineure*, ed. Th. Houtsma, Leiden, 1891-1902, 2 vols.
- IBN AL JATIB: *al-lhāta fi-ajbār Garnāta*, El Cairo, 1319 H., 2 vols.
- IBN AL-QALÁNISI: *The Damascus Chronicle of the Crusades*, extracted and translated from the Chronicle of Ibn al-Qalānisi by H. A. R. Gibb, Londres, 1932.
- JANSSENS, H. F.: *Ibn Batouta, «le voyageur de L'Islam»*, 1304-1369, Bruselas, 1948.
- AL-JAZRAYI: *History of the Resuliyy Dynasty of Yemen*, ed. and tr. J. M. Redhouse, Leiden-Londres, 1906-8, 5 vols.
- LANE, E. W.: *An account of the Manners and Customs of the Modern Egyptians*, Londres, 2 vols.
- MAC MICHAEL, H. A.: *A History of the Arabs in the Sudan*, Cambridge, 1922, 2 vols.
- MARTÍNEZ MONTÁLVEZ, P.: *La oscilación del precio del trigo en El Cairo durante el primer régimen mameluco*, Madrid, 1965, Gredos-Universidad

Complutense.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, P.: *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto (La Legatio Babylonica, trad., prólogo y notas de L. García y García)*. Valladolid, 1947, CSIC.

MASIÁ DE ROS, A.: *La corona de Aragón y los estados del norte de África. Política de Jaime II*, Barcelona, 1951.

MUḤAMMAD ʿYAMĀL AD DIN SURÚR: *aṣ-Ṣāhir Baybars wa-kadarat Misr fi-agri-hī*. El Cairo, 1938.

MUNTANER, RAMÓN: *Crónica* (Versió íntegra al català actual), Barcelona, 1977, 2 vols.

MUSIL, ALOIS: *The Northern Hegaz*, Nueva York, 1926.

MUSIL, ALOIS: *Northern Necd*, Nueva York, 1928.

PELLIOT, P.: *Notes sur l'histoire de la Horde d'Or*, París, 1950.

POLO, MARCO: *Viajes*, Madrid, 1979, 6.a ed. Austral.

REINAUD, M.: *Relation des voyages faits dans L'Inde et à la Chine*, París, 1848, 2 vols.

RUTTER, ELDON: *The Holy cities of Arabia*, Londres, 1928, 2 vols.

SAUVAGET, J.: *La poste aux chevaux dans l'empire des Mamelouks*, París, 1941.

TAFUR, PERO: *Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439)*, ed., estudio y glosario por J. M. Ramos, Madrid, 1934. Ed. Hernando.

TRIMINGHAM, J. S.: *Islam in the Sudan*, Londres, 1949.

TYAN, E.: *Histoire de l'organisation judiciaire en pays d'islam*, Lyon, 1943, 2 vols.

YULE, SIR HENRY: *Cathay and the Way Thither*, Londres, 1913-16, 4 vols., Hakluyt Society.

ARTÍCULOS

AYALON, D.: «The great Yása of Chingiz Khān. A reexamination», *Studia Islamita*, XXXIII, 1971, p. 5.

AYALON, D.: «Studies on the transport of the abbasid caliphate from Bagdad to Cairo», *ARABICA*, VII, 1960.

AUBIN, J.: «Les princes d'Ormuz du XIII^{ème}. au XV^{ème}. siècle», *Journal Asiatique*, París, 1953, pp. 77-138.

Enciclopaedia of Islam, Leiden, 1913-38, 4 vols., New ed. 1954, Brill.

BOUSQUET, G. H.: «Ibn Baṭṭuṭa et les institutions musulmanes», *Studia Islamita*, XXIV, 1966, p. 81.

GAUDEFROY-DEMOMBYNES, M.: «Le voile de la Ka'ba», *Studia Islamita*, II, 1954. pp. 5-21.

GIBB, H. A. R.: «Notes sur les voyages d'Ibn Baṭṭuṭa en Asie Mineure et en Russie»,

Et. Lévi-Provençal, I, 1962, pp. 125-133.

HRBEK, I.: «The chronology of Ibn Baṭṭuṭa's travels», *Archiv Orientalni*, XXX, 1962, pp. 409-486, Praga.

LÉVI-PROVENÇAL, E.: «Le voyage d'Ibn Baṭṭuṭa dans le royaume de Grenade (1350)», *Mélanges W. Marçais*, París, 1950, pp. 206-223.

MOURA, C. F.: O galego Pero Díez, um dos primeiros europeus que descreveram o Japão, *Grial*, 34, 1971, p. 481.

MUḤAMMAD SHAFI': «A description of the two sanctuaries of Islam by Ibn 'Abd Rabbihi», *A volume of oriental studies presented to Edward G. Browne*, Philo Press, Amsterdam, reprinted 1973 (First published 1922), pp. 416-438.

SECO DE LUCENA, LUIS: «De toponimia granadina. Sobre el viaje de Ibn Baṭṭuṭa al reino de Granada». *Al-Andalus*, xvi, 1951, pp. 49-85.

SECO DE LUCENA, LUIS: «Topónimos granadinos de origen árabe», *Al-Andalus*, x, 1945, pp. 455-457.

TURAN, O: «L'Islamisation dans la Turquie du Moyen Age», *Studia Islamita* X. París,

WIET, GASTON: «Les marchands d'épices sous les sultans mamelouks», *Cahiers d'Histoire égyptienne*, vii, 1955, El Cairo.

WIET, GASTON: «La grande peste noire en Syrie et en Egypte», *Études d'orientalisme dédiées a la mémoire de Lévi-Provençal*, I, p. 367. París, 1962.

INTRODUCCIÓN

1. LA LITERATURA ÁRABE DE VIAJES

El subtítulo A través del Islam con que apostillamos la Riḥlade I. B. no es tanto un rótulo ambicioso por parte de los traductores de la obra como la expresión fiel — que ya intuyera Ibn ʿYuzayy, compilador del relato, y a lo cual alude al final del mismo— de la amplitud enorme que abarcan las correrías del viajero, subsumiendo en sí el sentido profundo que el Islam dio a la vida de una parte importantísima de la población mundial: por ser tanto un modelo cultural, de hábitos, de comportamiento, de normas sociales y de concepción del mundo, con todas sus consecuencias, como un fenómeno religioso. El sentido totalizador de la vida que el musulmán vive no permite aislar en su fuero íntimo una creencia más o menos acabada en una eventual trascendencia, sino que exige una visión global del Universo, en el cual el hombre está inserto, perfectamente inserto. En consecuencia, la comunidad islámica ocupará —ocupa— un espacio coherente y armónico y sin solución de continuidad. En la Edad Media todavía hay que añadir otro factor de cohesión interna: la lengua árabe concebida y utilizada como instrumento de comunicación y ciencia entre las diversas naciones y etnias islamizadas, si bien en la época que nos ocupa (siglo XIV de J. C.) este papel había sido muy mermado en el Oriente musulmán por el Persa. Pese a tal declive del Árabe como nexo cultural, el elemento estrictamente islámico seguía —y sigue hoy— desempeñando una función de unión y hermandad profunda entre musulmanes que en los países occidentales donde la religión ha sido puesta en su sitio, resulta difícil de comprender cuando menos. Esa es pues la base sociológica en que se apoya y de la que se beneficiará la dilatadísima peripecia del viajero tangerino.

La conquista islámica trae consigo una gigantesca expansión política y administrativa que coloca a los abbasíes en la precisión de fortalecer la comunicación entre las regiones del imperio. Así, fijan su atención en un servicio ya existente con anterioridad: el correo. El ṣāḥib al-barīd (jefe de correos) adquiere una importancia capital en la dirección y control de los territorios musulmanes por su contacto directo con las informaciones llegadas de los más alejados lugares y en aspectos tan variados y cruciales como movimientos de población, tributos y organización de transportes y postas en los distintos caminos que los correos cubrían. Esta necesidad constituye el remoto antecedente de los estudios geográficos y de los relatos de viajes. En el siglo IX comienza a aparecer un conjunto de obras difíciles de clasificar —con arreglo a criterios rigurosos modernos—, en las cuales se amalgaman conocimientos y datos de muy diversa índole: astronómicos, matemáticos, aditamentos retóricos y literarios, descripciones etnográficas, relatos

históricos y reseñas botánicas. A veces no faltan los elementos maravillosos cuyo objetivo era tanto amenizar la lectura como prestigiar a su autor. De manera muy esquemática podemos establecer que en obras anteriores al siglo XII se aunaban la erudición y un cierto gusto por la creación estética. Al romperse, a partir de esos momentos, el equilibrio entre ambos factores (a favor del gusto literario), el espacio cedido por lo estrictamente geográfico es ocupado por noticias curiosas o peregrinas: no olvidemos el título que I. B. da a su obra (Regalo de curiosos sobre peregrinas cosas de ciudades y viajes maravillosos). El género Libro de maravillas (Kitáb al-ayá ib) aborda preferentemente prodigios y rarezas que se alejan más y más de la Geografía científica, entrando en una forma de cosmografía popular, antesala del cuento fantástico. Tampoco hay que descuidar otro aspecto de no pequeña trascendencia: al no concebir los árabes estas obras geográficas con criterios de limitación temática —ocupándose tanto de zoología como de cosmografía o etnografía—, el autor es impelido a ejercer a un tiempo como economista, filósofo, historiador, etc.

Desde los primeros tiempos de Ibn Jurradádbih (siglo IX), funcionario del correo califal cuyos objetivos principales eran los relevos postales, las distancias, itinerarios y fiscalidad —pero siempre a base de noticias de segunda mano—, se produce una importante inflexión en los estudios geográficos al otorgar un papel de primera línea a la Geografía descriptiva en el siglo siguiente, con ocasión de la misión encomendada por el califa al-Muqtadir a Ibn Fadlán cerca de los búlgaros del Volga, a fin de que procurase informes sobre sus costumbres. El texto consiguiente constituye la mejor fuente de información entre los árabes sobre los rusos hasta el siglo XII^[1] describiendo la ruta seguida: Hamádán, Ráyy, Nisapur, Merv, Bujārā. Juwārizm, Ust-Urt, río Kama (ya en el Volga). Es irrelevante que el autor magnifique —como, aproximadamente, todos sus continuadores en el género— la importancia de su misión, sus buenas dotes parlamentarias o su sagacidad diplomática, porque el verdadero interés de su trabajo estriba en la calidad de sus observaciones.

Las misiones de parecido fin se multiplican: así, la cumplida por el iranio Abū Dulaf Mis'ar que, por encargo de un visir del Jurāsān, acompaña en 942 a los embajadores chinos, anotando cuanto de interés encontró en Turkestán y China^[2]; o la desempeñada por Sallam a instancias del califa al-Wátiq (842-847) para explorar la muralla de Gog y Magog, internándose hacia el Ural y regresando por el Turkestán y Persia, lo cual es recogido por Ibn Jurradadbih^[3].

Estos viajeros, de hecho, cumplían varios cometidos simultáneos: espías, mercaderes, embajadores, marinos, etc. Considerando el Iraq o el norte de Arabia el centro del mundo —del mismo modo que los griegos lo fijaban en el Mediterráneo—, los navegantes árabes, desde Basora y Siráf en el Golfo, se adentraban en el Indico llegando a Malabar, Malaca y China. El relato más antiguo que parece haber llegado hasta nosotros de este género de viajes marítimos es la serie de cuentos

insertos en Las Mil y Una Noches, bajo el título de «Viajes de Sindbáb el Marino»^[4]. Esta literatura, en un principio, no pretendía divertir sino acopiar y ofrecer datos a la administración. Está descartado que Ibn Fadlán o algún otro viajero se permitiera el más leve desliz o broma cuando redactaba para el califa la relación de sus viajes, pero en numerosas ocasiones es imposible establecer dónde el autor o sus informadores son —o no— víctimas de ilusiones, o apreciaciones equivocadas, incluso de buena fe, caso que con profusión vamos a ver a lo largo de las páginas siguientes debidas a I. B.

A fines del siglo IX Abū Zayd aṣ-Ṣirāfi compila su obra Silsilat at-tawārij (Cadena de las Crónicas), recogiendo excelentes informes sobre la navegación en el Índico, la India y China. Igualmente, en la segunda mitad del siglo X el persa Bozorg acopia relatos sobre el Extremo Oriente^[5].

A partir del siglo X los geógrafos comienzan a liberarse de las necesidades utilitarias que impulsaron a Ibn Jurradadib, hecho que viene aparejado a un conocimiento cada vez más riguroso y veraz de las regiones estudiadas. Al-Biruni (siglo XI) insiste en la precisión de desarrollar la Geografía mediante los viajes, prácticamente única vía experimental a su alcance en la época^[6]. Como ya indicábamos, el papel del Islam, que vino a unificar y asegurar las rutas terrestres y marítimas entre China y el Atlántico, facilitó mucho la labor de los estudiosos. En al-Birúni (oriundo de Juwārizm) se combinan informes sobre el sur de Asia, con aspectos políticos o históricos y un intento de sistematización de longitudes y paralelos de numerosos lugares, todo ello dentro de un trabajo minucioso, árido y erudito.

Blachère-Darmaun^[7] citan los términos con que originariamente los árabes denominaban a la Geografía, y todos ellos apuntan más a aspectos parciales que a esa ciencia en su conjunto: Ciencia de las longitudes y latitudes; Determinación de la posición de los países; Ciencia de los itinerarios y estados; Ciencia de las maravillas del mundo. Las dos primeras describen una ciencia matemática, mientras las dos últimas nos hablan de una geografía literaria o descriptiva. Reproducimos sintetizada, por ser útil y cómoda, la clasificación cronológica y temática que en torno a la literatura geográfica establecen Blachère-Darmaun^[8]:

1.º Aparición de la Geografía literaria en los siglos IX-X con: a) compendios para uso de funcionarios, y b) obras geográficas para gentes ilustradas.

2.º El agotamiento de los géneros primitivos trae: a) relatos de viajeros (siglos X-XII) el género de los Itinerarios y Estados (al-masálik wa-l-mamálik), y c) vulgarizaciones como las de al-Mascudi († 956) y al-Birúni († 1048).

3.º La evolución última de los géneros, a partir del siglo XII, deriva en: a) diccionarios geográficos; b) cosmografías y geografías universales; c) enciclopedias histórico-geográficas, y d) el relato de viajes o Riḥla.

De todas estas divisiones nos interesan —dejando aparte la cartografía^[9] y cosmografía—, en especial, el género al-masālik wa-l-mamālik y el género Riḥla. El primero, que empieza a gestarse a finales del siglo IX con el Kitāb al-buldān (Libro de los países), de al-Ya‘qūbī († 891), y que es continuado por Ibn Hawqal († 977) —espía de los abbasíes en al-Andalus— y por al-Muqaddasī († 988), encuentra sus máximos representantes en el hispanoárabe al-Bakrī († 1094) y en el ceutí al-Idrīsī († 1166). Al-Bakrī significa el primer intento en al-Andalus de redactar una Geografía Universal: no salió de la Península, pero supo utilizar textos de viajeros como el del comerciante judeo-andalusí Ibrāhīm b. Yac-qub destinado a ‘Abd ar-Raḥmān III, en que refiere su viaje al reino germano de Otón I y al país de los eslavos.

Al-Idrīsī —nacido en Ceuta pero formado en Córdoba y al servicio del rey normando de Sicilia Roger II— viaja por España, África y Asia Menor; sin embargo, los materiales de que se sirve provenían de distintas fuentes. Su fundamento geo-cartográfico era la traducción árabe de Ptolomeo, aunque mejorada, más la adición de noticias procuradas por viajeros. El texto es aburrido y recoge abundantes itinerarios, con pocos informes humanos pero sí con profusión de topónimos contemporáneos y una sistematización en el emplazamiento de montes, ríos, etc. Se adelanta en tres siglos a la proyección Mercator^[10] con su representación plana de la superficie curva del globo.

En este género de los Itinerarios y Estados los autores dividen arbitrariamente el mundo o la parte que estudian en un cierto número de regiones, para luego ir describiendo uno por uno los diferentes caminos que cruzan la región. El elemento histórico tampoco falta, en general, pero es poco desarrollado. Apenas se mencionan los países cristianos en directo, y se prefiere recordarlos mediante citas ajenas, lo cual proporciona una información insuficiente. En este último aspecto vienen a coincidir con nuestro viajero, como veremos más adelante.

En el siglo XII aparece el género Riḥla (relato de viaje), de la mano de árabes occidentales: andalusíes y marroquíes. El móvil de éstos era un tanto diferente de los que venimos viendo hasta el momento: su objeto era peregrinar a La Meca o «adquirir la ciencia» en los grandes centros orientales de El Cairo, Bagdad, Damasco, etc. Unos pocos, movidos por el ansia de aventuras, pasan a Persia, Jurāsān, India y China, centrando los consiguientes relatos en estos países. El primero es el granadino Abū Hāmid (1080-1169)^[11], que visita el norte de África. Siria, Iraq, Persia, Transoxiana y toda la región sur y centro de Rusia. Su obra Tuhfat al-alBāb (Regalo de corazones) es fuente de Qazwīnī (siglo XIV), principal representante de la cosmografía popular^[12].

De mucha mayor relevancia es el valenciano —familia de Játiva— Ibn Ŷubayr (1145-1217), cuya Riḥla no sólo reviste interés etnográfico o histórico, sino que constituye también una joya literaria^[13]. Su primer viaje a Oriente empieza en

1183^[14] y tras visitar Egipto, La Meca, Iraq, Siria, Palestina y Sicilia regresa a Granada en 1185. Después de la toma de Jerusalén por Saladino, viaja a Oriente por segunda vez, volviendo dos años más tarde. La tercera ocasión en que se desplaza a La Meca tiene lugar el año 1217, falleciendo en Alejandría.

Los continuadores de Ibn Ŷubayr van soslayando las facetas pintorescas o descriptivas del viaje, para perderse en minuciosas relaciones del provecho «científico» alcanzado: los maestros con que estudiaron, los títulos adquiridos, etc. I. B. —el tercer gran autor de Riḥla— no cae demasiado, aunque sí mucho, en esa delectación de enumerar santones y maestros, pero otros continuadores marroquíes del género, como al-Ayyāsī, empedran su obra de dogmatismo, tradiciones piadosas, mística, juridicismos, etc., que nos vienen a indicar que el género toca a su fin.

2. IBN BAṬṬUṬA: SU VIDA

La Riḥla (viaje) aquí traducida constituye sin duda la más completa y detallada relación posible de la biografía de su autor, por lo que no nos extenderemos sobre la misma. Sin embargo, parece conveniente ofrecer una síntesis elemental de los principales momentos en la vida del viajero tangerino.

Šams ad-Dīn Abū ‘Abdallāh Muhammad b. ‘Abdallāh b. Muhammad b. Ibrāhīm b. Muhammad b. Ibrāhīm b. Yūsuf al-Luwaātī at-Tanẓī (el Tangerino) nace en Tánger el 17 de Rayab de 703 H. (25 de febrero de 1304 de J. C.) y fallece en Marruecos en 770 H. (1368-9 de J. C.) o en 779 H. (1377 de J. C.).

Su vida cobra interés para nosotros —y empezamos a saber de ella— con motivo de su partida el 2 de Raẓab de 725 H. (13 de junio de 1325 de J. C.) en dirección a La Meca, con el designio de cumplir la peregrinación preceptiva en el Islam.

Cronológicamente y con las salvedades y observaciones que más adelante se indican, el decurso del viaje le lleva por el norte de África, en el que apenas detiene su atención, hasta llegar a Alejandría. Visita Egipto ascendiendo hasta ‘Aydāh, en el mar Rojo, para luego regresar a El Cairo ante la imposibilidad de embarcarse hacia Arabia. Continúa a Palestina y Siria y desde Damasco emprende, por fin, la peregrinación en Sawwāl de 726 H. (sept. 1326). Sale de La Meca el 20 de Dū l-Ḥiyya de 726 H. (17 nov. 1326) pasando por Iraq, Juzistān, Fārs, Tabrīz, Kurdistān y desde Bagdad retorna a La Meca, donde reside por espacio de tres años (de 727 H. a 730 H. = 1327 a 1330) para, a continuación, retomar el camino: esta vez en dirección al Sur, visitando Yemen, Adén y la costa oriental africana. Desde aquí regresa por Omán y el Golfo cumpliendo una nueva peregrinación en 1332. Desde La Meca viaja a Egipto, Siria, Anatolia, Rusia meridional y Constantinopla. Tras una corta estancia en esta ciudad vuelve a los territorios entonces ocupados por la Horda de Oro, pasando seguidamente a Transoxiana y Afganistán para llegar al valle del Indo el 1 de Muharrarn de 734 (12 de sept. de 1333), todo ello según su propia

cronología. En la India reside casi diez años (hasta 1342) y uno y medio en las Islas Maldivas. Su periplo al Extremo Oriente se inicia visitando previamente Ceilán. Bengala, Assam y Sumatra, aunque caben dudas razonables de que su relato de estancia en China sea total o parcialmente apócrifo. Sabemos que en abril-mayo de 1347 está otra vez en Malabar y que desde allí regresa por el Golfo a Bagdad, Siria y Egipto, cumpliendo una cuarta y última peregrinación a La Meca. En Alejandría embarca en 1349 hasta Túnez, de donde un navío catalán lo traslada a Cerdeña —entonces perteneciente a la Corona de Aragón— y finalmente cruza el occidente de Argelia para rendir viaje en Fez en noviembre de 1349. Pero aquí no acaban sus andanzas: aún realiza una incursión en al-Andalus —llegando a Granada— y otra en el semilegendario imperio africano de Malí, sobre el cual la relación de I. B. constituye una de las escasas fuentes existentes.

I. B. es parco en facilitarnos datos biográficos personales. Su vida privada se ve raramente reflejada en el texto, tanto por lo reacios que suelen ser los escritores árabes a pormenorizar y explicitar su intimidad como por quedar fuera del propósito del autor: narrar costumbres peregrinas, sucesos maravillosos y acontecimientos prestigiosos que, a su vez, le prestigien. Y todo ello en función de la finalidad para la que se compila la obra: proporcionar al sultán Abū Inan informaciones difíciles de adquirir en la época. De ahí que I. B. se fije muy especialmente en sus relaciones con otros reyes y magnates, exagerándolas y acudiendo de continuo al parangón con el trato que recibe del soberano meriní, por supuesto con ventaja para este último. Consiguientemente, no es de extrañar que el viajero pase como sobre ascuas por la noticia de sus casamientos —a los que no se daba la trascendencia que en el mundo cristiano y no digamos hispánico, por la facilidad de disolverlos— o que haga ligeras indicaciones de los hijos e hijas habidos en sus contactos con esposas o esclavas. Así, por ejemplo, hasta su retorno a Damasco, veinte años más tarde, no declara haber tenido un hijo en su primera estancia en la ciudad; por cierto que éste es uno de los puntos clave en la discusión y credibilidad de las cronologías que nos ofrece. Quizá las alusiones directas a sus relaciones sexuales en las Islas Maldivas resulten un elemento excepcional por su rareza y tal vez su explicación y su lógica residan tanto en la favorable posición en que el narrador queda como en la apetitosa escena descrita, atractiva hasta para un sultán.

El retrato que fragmentariamente se va acumulando del personaje es contradictorio en buena medida, pero animado por dos ejes principales: la firme voluntad de moverse, trasladarse indefinidamente y sin asiento; y un cierto delirio de grandezas que contrasta con la posible realidad mucho más pobre y gris que el hombre verdadero viviera. Junto al prurito de blasonar de letrado, de haberse recibido en numerosas disciplinas teológicas, gramaticales o históricas, legitimando sus diplomas con la técnica corriente en la época de remitirse a las cadenas de transmisores «veraces», junto a esta comprensible fantasía —decimos— se alza la evidencia de su medianía intelectual avalada por el hecho mismo de que la

compilación de la obra fuese redactada por el granadino Ibn Ŷuzayy, al cual se debe la mayor parte de las citas literarias (para lo que se precisaba un caudal libresco) insertas en la *Rihla* y cuyo origen unas veces se declara y otras no. Junto a sus estupendas declaraciones de los recibimientos que le dispensan reyes y mandatarios aparece lisa y llanamente expuesto su hábito de cobijarse en albergues para caminantes pobres. No obstante, ambas versiones no son excluyentes sino que su realidad depende del momento, el país a otras circunstancias.

No vamos a pretender una semblanza psicológica del viajero, pero sí podemos esbozar algunos rasgos que se ponen de relieve a través de sus palabras: proclama su ardor por combatir «en el camino de la religión», pero en otro pasaje relata cómo la vista de la sangre le produce desvanecimientos, o cómo llega a rogar —según él con éxito— a un sultán hindú que no se realice una carnicería delante de él; declara sus fervientes sentimientos místicos que le impulsan a retirarse con un eremita, pero no emboza su gusto por la buena vida que, al fin, le atrae de nuevo, por lo cual pide perdón a Dios, claro está; se vanagloria de participar en algaras contra los infieles, pero no oculta su pánico ante las consecuencias de caer cautivo o de perderse en los marjales de la India.

A consecuencia de la necesidad de viajar y de procurarse fondos, vituallas, caballerías, alojamientos, etc., se va desarrollando una personalidad eminentemente pragmática y no poco interesada, que incurre en la visible distorsión de acontecimientos o de personas mencionadas en función del trato más o menos generoso que depararan al autor. Y quizá fuera la escasa largueza de los negros del Malí, más que un fondo racista tal como se concibe hoy día, lo que le induce a abominar de ellos y dedicarles párrafos nada favorables para su autor, aunque quepa en su descargo la consideración de partir de supuestos culturales y de comportamiento muy diferentes de los que vivían los vituperados, cuyos criterios sencillamente no comprendía.

La vida y viajes de I. B. tienen lugar en un momento grave de la Baja Edad Media: en el área mediterránea el comercio y expansión económica europea (catalanes, venecianos, genoveses, etc.) están adquiriendo la hegemonía en el mar (el mismo I. B. viaja varias veces entre países musulmanes a bordo de navíos cristianos). Y este fenómeno de predominio comercial —que lleva al sultán mameluco egipcio a anteponer a los comerciantes francos a la población musulmana— viene como contrapunto al fracaso político que significaron las Cruzadas para Europa, aplastadas en el siglo anterior por el mismo poder mameluco egipcio.

I. B. apenas pisa territorios cristianos, a excepción de Cerdeña y Constantinopla. A esto habría que agregar los contactos, sin duda escasos, que tendría con las comunidades cristianas de los mares Negro y Caspio. En este sentido su relato no presenta interés documental, ni tampoco hace falta: su novedad estriba en ser un «viajero del Islam».

El Egipto que conoce es el correspondiente a la primera «dinastía» mameluca: la

bahri (1250-1382), cuyo original estado de casta dominadora de origen extranjero englobaba las actuales tierras de Egipto, Palestina, Líbano, Siria y Jordania, manteniendo la custodia de los Santos Lugares del Islam, teóricamente autónomos.

En lo referente a los territorios al este de Siria y norte de Arabia, es decir, los últimos del Califato abbasí hasta su caída en 1258 con la toma de Bagdad por Hulagu, la situación no era menos crítica: se vivía el intento de adaptación a las instituciones y al país conquistado, previa islamización de los conquistadores mongoles y abandonada la pretensión de conquistar Egipto tras la victoria mameluca en ‘Ayn Yālūt (1260). La invasión mongola fue realizada por una horda organizada para la guerra, pero cuyas intenciones de permanencia y de imposición de dominio político estaban claras. En los años anteriores al nacimiento de I. B. las provincias orientales abbasíes se vieron despobladas al tiempo que sufrían duras devastaciones. El Iraq cae en una grave decadencia al desplazarse el centro del poder político y su capital —Bagdad— queda relegada a una ciudad de segundo orden. La instalación de nuevas tribus turcas provocó desequilibrios de población, un aumento del nomadismo y desertización de terrenos, causada por la necesidad de asignar pastos para el ejército mongol. Consecuencia de todo ello fue el retroceso de la vida urbana —y no digamos cultural, de la que I. B. da fe—, así como de la base económica agrícola del Iraq. Empero, estos ejes centrales de la situación en el Iraq hay que tomarlos con tiento, pues el mismo I. B. proporciona referencias a la riqueza y variedad de la agricultura de Mesopotamia con posterioridad a la conquista de los mongoles. El reinado de Gāzān (1295-1304) fue un intento de someter el elemento tribal turco-mongol a un gobierno establecido, pero a todas luces insuficiente. Después, el Fārs y Kirmān se autonomizan, los sultanes turcos de Anatolia se independizan y se renuncia a continuar las expediciones contra Siria. A la muerte del sultán Abū Saīd (1335) el imperio mongol se disgrega, tal como nos detalla puntualmente nuestro autor, y el Iraq conocerá —ya en el siglo xv— su momento de máxima decadencia tras el saco de Bagdad por Tamorlán.

La India norte y centro se halla bajo el dominio de conquistadores musulmanes, que se benefician de la exacción de tributos otorgados en régimen cuasi feudal por el sultán Muhammad Šāh, y precisan de la importación de nuevos emigrantes musulmanes —y mejor árabes— para fortalecer su propia estructura administrativa frente a la masa de la población hostil. Situación ésta de la que se aprovecha I. B., nombrado —según sus palabras— cadí de Delhi: el conocimiento de la lengua árabe —como vehículo jurídico, religioso y cultural, todavía no suplantada del todo por el persa, verdadera lingua franca de la zona— representaba una carta de recomendación muy apreciable ante el poder musulmán de la India.

En esta breve revisión al conjunto sociopolítico de la época no podemos olvidar al-Andalus, reducida a las actuales provincias de Málaga y Granada y a parte de las de Cádiz, Almería y Jaén y sometida a la presión latente y continua de los cristianos, bien corsarios en el mar —como refiere el mismo I. B.—, bien mediante el asedio y

toma de importantes plazas fuertes (Algeciras, v. g.), todo lo cual favorecía el intervencionismo del Estado marroquí a este lado del Estrecho.

Por último, en este marco histórico es preciso resaltar que I. B. es testigo en directo de una de las mayores convulsiones de la Edad Media: la Peste Negra de 1348, que le alcanza en Siria y cuyos efectos catastróficos describe minuciosamente^[15].

3. LA RIḤLA DE IBN BAṬṬŪTA

En las páginas anteriores venimos viendo, someramente indicadas, las motivaciones que inducían a estos hispanoárabes y marroquíes a iniciar tan largos y penosos desplazamientos. No obstante, nada hemos dicho sobre los mecanismos sociales y económicos que permitían realizarlos, es decir, la base económica en que se apoyaba el viajero para poder sostener durante años y años tales viajes, mantenerse y mantener a quienes con él iban, en ocasiones numerosos. Debemos pensar que estos iniciales peregrinos carecían de fortunas importantes, nada producían ni comerciaban y no poseían nada estable, bien que en momentos la fortuna les permita acumular —mediante regalos— cantidades considerables en efectivo, en ganado, bastimentos o en piezas ;nobiliarias valiosas. Es fácil imaginar que las necesidades pecuniarias, de abastecimiento, de albergue, de pasajes, alimento, ropa, caballerías, carromatos, etc., eran fuertes, máxime con la adición de acompañantes que —en diversos grados de dependencia o relación— aumentaban tales gastos. El remoto antecedente, base económica de I. B., hay que buscarlo —aunque resulte vago y difícil de trasponer en abstracto— en el sentido de la hospitalidad de los pueblos pastores, cuyo origen está en la solidaridad de grupo ante medios naturales hostiles en que el hallazgo de agua, pasto o comida no fuerza sólo a defender lo que se tiene de posibles depredadores, sino que también induce a compartirlo —con carácter ocasional aunque pueda ser en períodos largos— con quien, necesitado, lo demande, por constituir el establecimiento de ese régimen de comportamiento solidario la mejor garantía de contrapartidas semejantes en su caso. Y no es casualidad que tal constante sea extensiva a toda la Humanidad en sus fases de evolución preindustriales. La famosa generosidad, hospitalidad y desprendimiento de que se vanaglorian los poetas árabes clásicos o preislámicos, convirtiéndolos casi —y sin casi— en pretexto literario, no son rasgos que surgen del vacío o por generación espontánea como la ausencia de análisis y causas imperante en el arabismo positivista parece sugerir. Por el contrario, la misma mención que el Corán (11,215) hace del tema de la acogida al viajero o su profusísima presencia en el folklore popular mundial (no digamos árabe) no son sino la enunciación explícita de elementos culturales muy arraigados en una etiología de conveniencia y necesidad. Sin entrar más en este aspecto cuya evidencia es clara, pasamos a

detallar algunos ejemplos de cómo el viajero tangerino se sirve de los mecanismos ya institucionalizados y convertidos en aparato administrativo que ese sentimiento hospitalario generó muy pronto en el seno del Islam, desarrollando toda una red de conventos, morabitos, zagüías, etc. en que, con fondos públicos o de donaciones piadosas, se sustentaba a viajeros, faquires y pobres y cuyo fundamento ideológico era el fomento de la hermandad entre musulmanes. Es ilustrativa la pormenorizada descripción que I. B. nos da de los albergues de El Cairo, su organización y funcionamiento, su jerarquización interna, los beneficios que dispensan a los acogidos, los ingresos de que se nutren así como la exigencia de comprobar la buena calidad musulmana del postulante, los maestros que tuvo, los otros monasterios visitados en distintas regiones islámicas, etc. De la lectura de la Riḥla se extrae la notoria conclusión de que I. B. era un experto en tales detalles, sin duda por haberlos vivido a diario durante muchos años en su condición de peregrino, de alfaquí o juez en tierras poco islamizadas aún, de misionero involuntario. Su excelente memoria y sus buenas dotes de observación contribuirían a multiplicar y ahondar estas relaciones sociales que tan útiles le fueron. Estas zagüías constituyeron los alojamientos más frecuentados por el tangerino, al menos en la zona del actual Oriente Medio. Albergues, incluso de población estable, se repartían por Egipto, Siria, Palestina, los dos Iraq, La Meca, Medina, etc., facilitando a comerciantes y peregrinos recorrer las rutas del ya inmenso mundo musulmán, tal como se adelantó a ver Pons Boigues:

«aficionados, sobre todo, los literatos españoles a visitar las escuelas del Oriente, emporio durante algún tiempo del saber arábigo, en esta vida extremadamente inquieta y por decirlo así, trashumante, en esa comunicación y trato recíprocos que se establecen entre los varios pueblos que componen la gran familia islámica (comunicación y trato que dejan en mantillas al decantado cosmopolitismo contemporáneo), acaso pudiera juzgarse infundada la distinción entre historiadores españoles y orientales, toda vez que, en virtud de esa movilidad continua del literato musulmán, parece considerar como patria todo país que comparte las doctrinas del Islam»^[16].

Este clima de intercambio y relaciones fraternales sobrevivió en el Oriente árabe (Maáriq) a esa cierta subversión cultural que significó la conquista turco-mongola en el siglo XIII, tras la desaparición del califato abbasí. Y dicha supervivencia vino condicionada tanto por la islamización masiva de los conquistadores como por la importación que protagonizaron^[17] de hábitos similares en este terreno a los de los conquistados.

Sin embargo, sabemos que en numerosas ocasiones el viajero no acudía a los beneficios del alojamiento público o semipúblico, sino que se acogía a la hospitalidad generosa de hombres acomodados, funcionarios (cadíes sobre todo), jeques o —a su paso por Anatolia— de las cofradías de ajiyya dedicadas, como verdaderas sociedades gastronómicas, al recibimiento desinteresado y gratuito de los

forasteros. Esta práctica, tan corriente entre los turcos —que aún hoy día destacan por su liberalidad—, no sólo beneficiaba a viajeros musulmanes como I. B.: Clavijo (principios del siglo xv) nos relata cómo recibía dineros y mantenimientos de los señores y gobernadores de las poblaciones por que pasaban^[18].

Pero I. B. no sólo alcanzaba ayudas a la hora de pernoctar o residir una temporada en algún lugar: en su auxilio acudían magnates y gentes principales para facilitarle las etapas, así, por ejemplo, sabemos que al-Bahlawān M. al-Hawih, emir de la caravana de peregrinos iraquíes, «alquiló para mí una mitad de litera hasta Bagdad, pagó el coste de su peculio y me tomó bajo su protección», o que «me asignó la mitad de un palanquín [el emir] y me dio viático y agua para cuatro personas»; o que «el sultán [de Iraq] ordenó que me dieran otra montura con litera y viático para el camino».

A su paso por ciudades, aldeas, montes y llanuras, el viajero encuentra puertas abiertas y gentes bien dispuestas, siendo lo contrario la excepción más que la norma; por esto resultan tan sugeridoras de reflexión las páginas que Mártir de Anglería en su viaje a Egipto (principios del siglo xvi) dedica al carácter de los habitantes y a la acogida que le dispensan. Lo que en I. B. y en otros caminantes musulmanes es afable, amigo, natural, en Mártir y Clavijo se vuelve hosco, misterioso y acechante. El miedo a lo desconocido —y que deliberadamente no se quiere conocer— forja pesadillas: «esta afabilidad entre ellos tan inusitada»^[19]; «...llegamos al atardecer del 31 de enero a Bulaq, suburbio de El Cairo. Pasamos allí la noche en las naves, pues aquellos dos acompañantes y guías palatinos que me habían dado no se atrevieron a confiarme a la perfidia de los bárbaros...»^[20]. El contraste con I. B. es grande y los ejemplos se pueden multiplicar: «viven entregados [los mamelucos] a toda suerte de deleites, sin preocupación ninguna del futuro, y creen que agradan más a su Mahoma cuando se dan al frenesí de los placeres»^[21]. Y aún: «...por qué esta raza bárbara y salvaje de hombres nos tienen desde su origen en tan poco y por qué razones piensa este pueblo grosero, desprovisto de toda clase de virtudes, encenagado en la liviandad, enredado en errores detestables, privado totalmente de razón...»^[22]. No parece que sólo el miedo o la ignorancia puedan hacer caer en semejante diatriba a un personaje ilustrado como Mártir, quien es más que posible estuviera ya participando con esas páginas en la guerra ideológica de aniquilación física y moral del elemento árabe hispánico recién derrotado por las armas en 1492. Son frases justificatorias, en su ataque, perfectamente insertas en la estrategia global mediterránea de enfrentamiento al Islam que dominaba la política contemporánea española y que hubieran sido envidiadas como coartada colonial por un cardenal Lavignerie dispuesto a cristianizar a los norteafricanos. En España el prejuicio antiárabe —como todos los prejuicios en el fondo— responde, pese a su antigüedad, a claros intereses. Por eso el contraste es más brusco cuando entrevemos la imagen —repetida varias veces— de confraternización no retórica, espontánea, entre

musulmanes, los que peregrinaron y los que no: «...los abrevaderos del Eufrates en los que muchos kufíes salen al encuentro de los peregrinos trayendo harina, pan, dátiles y frutas y todo el mundo se felicita y desea la paz». Tal vez no valga la pena perderse en testimonios y experiencias personales de este jaez, pero sí podemos afirmar que hoy día no es imprescindible ser musulmán para recibir una tal acogida y sólo el contacto con occidentales y la masificación del turismo moderno están corrompiendo la afabilidad y hospitalidad tradicionales en los países árabes.

La *Rihla* de I. B. ha sido apreciada por historiadores, críticos y lectores como fuente de interés por los datos que proporciona así como por sus propios valores literarios —que más adelante abordamos—, pero no todo han sido juicios favorables: «Además (...) I. B. narra ceremonias y costumbres turcas sin darles relieve ni vivacidad. Las descripciones son prolijas pero insustanciales. Destaca sus relaciones con la corte del monarca turco y de ello podemos deducir su vanidad. Las noticias, a veces muy simplistas, parecen delatar a una persona de inteligencia muy mediana (...). No comprendo muy bien por qué es tan apreciado este relato como fuente»^[23]. El juicio entre despectivo y apasionadamente crítico —en vivo contraste con el retrato psicológico exaltadamente laudatorio que hace de «su» Abi Hāmid— que merece a Dubler^[24] la *Rihla* de I. B. entra de lleno en la tendencia arraigada entre algunos arabistas —demasiados— de proyectar su propia personalidad en los temas o personajes históricos o literarios que estudian, magnificando los «propios» y denigrando los «ajenos». Esta apropiación absurda, poco acorde con la objetividad crítica, viene a coincidir con el chovinismo que dominó la cultura oficial española —¡aquellas publicaciones del CSIC que cuidadosamente guardamos!— en los años 40, 50, 60...: «nuestro granadino», dice Dubler trascendiendo a la mera expresión retórica cuando habla de «su» Abū Hāmid, del mismo modo que algún otro habla de «sus» poemas al referirse a los que tradujo.

No obstante, la tendencia más generalizada es apreciar la información valiosa tamizándola entre la hojarasca que indudablemente la obra arrastra. En dos aspectos queremos centrar nuestro comentario: el económico y el fenómeno social que son las manifestaciones religiosas tan abundantemente reseñadas a lo largo de estas páginas. Ambos polos revestían las condiciones precisas de utilidad ante el encargo del sultán marroquí Abū 'Inan y de prestigio social a través de la elevación automática de todo musulmán al haber estado en tan ilustres lugares.

La preocupación por los precios y su minuciosa relación es continua en toda la obra, ya se trate de China, Egipto, Siria, India, Turkestán o Anatolia. En ello viene a sumarse a otros viajeros que se tomaban idéntico cuidado^[25]. La atención mayor —ni que decir tiene— la dirigida a las mercancías de consumo inmediato: vituallas, productos de la tierra junto a cuya descripción, encomio o crítica van detallados sus precios, equivalencias de pesos, medidas, etc. La utilización comercial de estas obras geográficas y relaciones de viaje tampoco debe desdeñarse y así vemos ocupar la atención del autor paños y tejidos finos del Líbano, melones de calidad de Juwūrizm,

pasas de Málaga, seda y porcelana china, caballos del Turkestán, esclavas hindúes, importes del kilo de carne o fruta o cualquier otro producto. La exactitud en tales reseñas resulta a veces un poco cargante para el lector, abrumado por datos y más datos —en casos difícilmente verificables— sobre los ingresos de determinado sultán, de tal fundación o tributados por cual ciudad. Las industrias manufactureras artesanales existentes en la época de los distintos itinerarios seguidos reciben un trato preferente, desde la fabricación del jabón en Líbano a la obtención del guarapo en Egipto, hasta técnicas cerámicas o funcionamiento de las pesquerías de perlas en el Golfo. Sin embargo, el objeto principal de su atención es la agricultura, el verdor, los cauces de agua, los huertos, las especies frutales, obsesión muy arraigada en la cultura popular árabe contrariamente al tópico ignorante que suele acusar a los árabes de odiar la vegetación y el árbol e, incluso, de haber transmitido en herencia dicho odio a los españoles, como llegó a decir tranquilamente en TVE cierto prolífico publicista e historiador (?) de cuyo nombre es mejor no acordarse. Destaca por su feracidad las tierras de China, los aledaños de Damasco, el Valle del Nilo y algún lugar de Mesopotamia —orillas del Eufrates— hoy prácticamente desertizado. La fraseología empleada en estas descripciones suele repetirse y sería posible intercambiarlas sin distorsión significativa. Así, en el Iraq afirma: «estas comarcas son de las más hermosas y fértiles de la Tierra. El camino que las une está muy poblado, de manera que el viajero pensaría marchar por un zoco. Ya señalábamos no haber visto nada semejante a las regiones existentes en el río de la China, excepto estas tierras», palabras que bien podrían sustituir a las dedicadas al Nilo.

De forma paralela cuando nos habla de «Sinyár, ciudad con muchos árboles y frutales, ríos y fuentes que manan sin cesar (...) se asemeja a Damasco por la abundancia de ríos y huertos». Por no cansar al lector no insistiremos en este aspecto cuyo carácter reiterativo es claro en las páginas siguientes.

El otro polo de atracción es su actividad e interés por los temas religiosos, visitas piadosas a sepulcros más o menos auténticos, conflicto continuo con las sectas por él consideradas heréticas. Su oficio de alfaquí ocasional en el Extremo Oriente queda entrevisto en varios momentos, así como su identificación plena con la situación religiosa de los musulmanes norteafricanos, sunníes casi todos como I. B. La ausencia de comentarios a este respecto, hasta su llegada al actual Líbano, indica que nada «anómalo» encontraba en el comportamiento litúrgico, creencias, etc. de los fieles.

Las menciones religiosas, con inclusión de historias más o menos corroboradas, semilegendarias o de plano increíbles, se multiplican, especialmente en Palestina, Iraq y Siria, quizá porque estaba en el aire y en la cultura popular la presencia de religiones y leyendas antiguas, en esta región paridora de mitos y doctrinas. La presión de tal clima es permanente sobre el viajero, cuya original motivación —no lo olvidemos— era religiosa. De este modo proliferan citas como «el monte al-Ŷūdī, mencionado en el glorioso y excelso Corán 1.IX, 461 como el lugar donde se asentó

el Arca de Noé»; o «dicen que estas ruinas son las de la ciudad de Jonás, llamada Ninawa [Nínivel: se ven claramente los restos de las murallas que la rodeaban y se distinguen los huecos de las puertas». Junto a estos elementos estrictamente bíblicos aparecen otros puramente cristianos, como la tumba del profeta Yiryis [San Jorge], en Mosul, conjuntando el respeto hacia estos símbolos cristianos con realidades históricas y tradiciones populares orales.

Las referencias islámicas son las más numerosas —claro está— y se destacan junto a visitas de hospitales, zagüías, mezquitas y mausoleos, costumbres piadosas, preocupación de la población de tal lugar por la lectura del Libro o su exacto cumplimiento del precepto de la oración. En n-isit, v. g. afirma: «sus habitantes son las mejores gentes del Iraq. La mayor parte sabe de memoria el santo Corán y son versados en recitarlo correctamente». Alusiones de este corte son frecuentes.

El factor más llamativo en sus menciones religiosas es quizá su permanente enemiga con la Si'a y los Si'ies de la época. El contacto con ellos actúa en I. B. como un revulsivo no ocultándoles su antipatía en ningún momento. Aparte los relatos milagreros que recoge a su paso por Persia. Siria y Líbano, relativos a los errores de los ráfidies (secta Si'i), enumera una considerable cantidad de elementos concernientes a la base social de la así, por ejemplo, su carácter populista —casi diríamos democrático-anarquista—, entendiendo esto con todas las salvedades y distancias oportunas. A su entrada en el Iraq, en Malhad 'Alī (Najaf) dice: «en esta ciudad no existen garramas ni tributos ni gobernador: la autoridad la tiene el jerife más importante», porque el poder entre los si'es es legitimado desde la base popular, de tal suerte que el patriarca de los jerifes (naqib) de Mas'had 'Alī ocupaba el papel del gobernador representante del rey del Iraq, con derecho incluso al empleo de estandartes y atabales. La investidura, pues, dependía de la propuesta de la comunidad, señalándose una etapa anterior en que la autoridad se ejercía colegiadamente por «una asamblea de notables que desempeñaban el poder por turno».

Pero el problema central, evidentemente, es su enfrentamiento fijo con los herejes —dice— de la Si'a, a veces de modo tajante: «... Bi'r Malláka (Pozo de la Salina) bella población entre palmerales, pero tuve asco de entrar (...) pues allí son todos ráfidies». Las menciones negativas abundan pese a reconocer, ocasionalmente, las virtudes y méritos de los 'lijes, dándonos cuenta de prácticas que —como poco— podemos afirmar son similares a otras cristianas: un culto de la personalidad que puede degenerar en la deificación pura y simple de 'Alī, o prácticas mágicas claramente entroncadas con la magia homeopática corriente en el cristianismo (v. g.: ofrenda de exvotos antropomórficos por enfermedades, lo cual para un musulmán ortodoxo es una enormidad indigerible). El reproche continuado de I. B. va dirigido a la idolatría en que se envuelve la figura de 'Alī, excesos mágicos como el referido o la omisión del número diez (los discípulos del Profeta, execrados por la Si'a) y desviaciones doctrinales y litúrgicas que en el tangerino dejaban una secuela de

desprecio o repulsión, tal el modo de cumplir la ablución ritual.

4. ELEMENTOS LITERARIOS DE LA RIḤLA

Observación previa y capital, llegados a este punto de valoración subjetiva, es recordar que la obra, tal cual la conocemos, no fue redactada —como ya se adelantaba— por el mismo I. B., sino por el granadino Ibn Ŷuzayy (que fallecerá poco después de terminar el trabajo), el cual dedicó al efecto tres meses. Los juicios irán pues dirigidos a una obra en sí, no a un escritor.

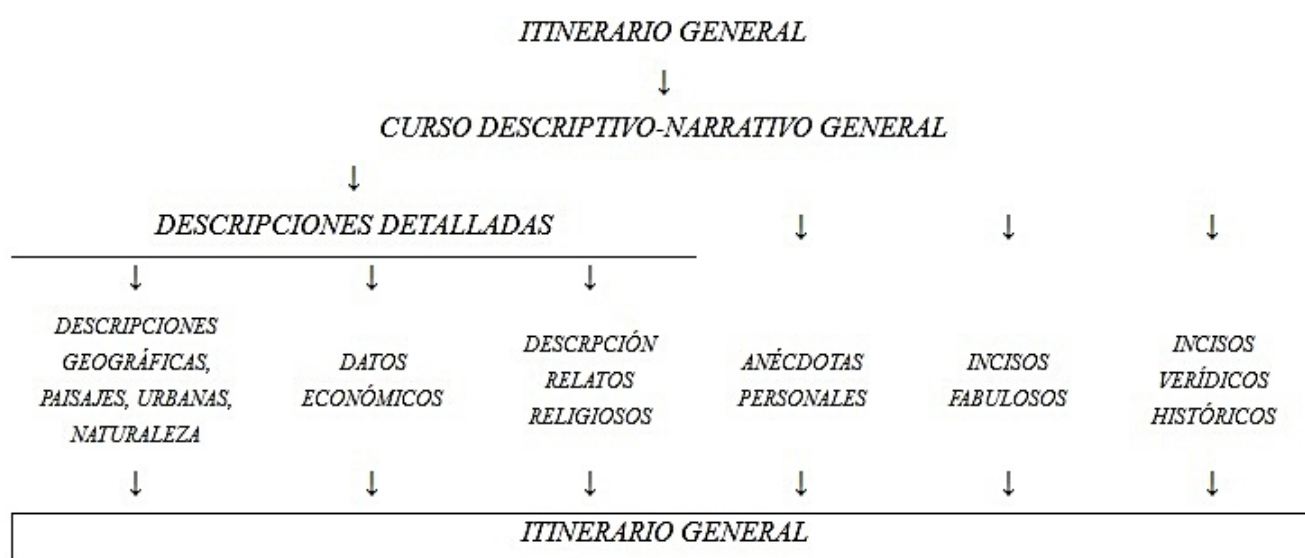
Esta práctica de dictar (y reconocer que se ha hecho) no significaba desdoro alguno, y era corriente en Europa y en los pueblos islámicos: Marco Polo dicta sus andanzas a maese Rustichello, de Pisa, estando preso en Génova el año 1298; entre los musulmanes baste citar a Abū Hāmid el Granadino^[26], quien relata sus peripecias a Awn ad-Dīn; y aún podríamos continuar la lista con otros escritores españoles: Cabeza de Vaca, por ejemplo, en sus Comentarios^[27]. El conjunto artístico de la obra viene dado tanto por el testimonio, la base documental y los párrafos que de memoria I. B. repitiese o recitara, como por la forma externa, la ordenación del material y los alardes estilísticos o embellecedores que Ibn Ŷuzayy introdujese. Así pues, los elementos literarios que recibimos proceden al menos de dos orígenes netamente diferenciados, lo cual origina una yuxtaposición ya de temas, encadenados artificialmente a veces, como de estilo del relato: junto a fragmentos desnudos de pretensión alguna, de relación seca y directa de acontecimientos, etapas, lugares de paso, listas de maestros, disciplinas de estudio, menciones de cadíes o gobernantes, encontramos florituras estilísticas —en casos literalmente incorporadas por el redactor, copiándolas de Ibn Yubayr—, acumulación de citas de versos encaminadas a probar la erudición y el alto conocimiento de la poesía de que Ibn Ŷuzayy hacía gala, máxime cuando esas inclusiones van precedidas en la mayoría de los casos de la advertencia de proceder de la cosecha del granadino. A un lector actual quizá sorprenda —o haga dispersar su atención— esa asistematización aparente (que no se limita a los versos: incluye anécdotas paralelas a las referidas por el tangerino y comentarios marginales del redactor), pero en la época era característica común de la prosa miscelánea árabe que acudía a estos ejercicios de menciones librescas o de tinte maravilloso, o semimágico, porque eran del gusto del público, el escaso pero cultivadísimo público lector. Esta va a ser la tónica general de la obra: un contraste acusado entre dos extremos. De un lado un realismo crudo, vivaz, brutal con frecuencia, acorde quizá a las descripciones impersonales y los itinerarios enumerados de modo mecánico, y del otro, un gusto por el detalle refinado y menudo, por la intervención de lo sobrenatural y mágico que se da como cierto; por los artificios y juegos de estilo que hasta en la lengua utilizada quedan patentes. No es este el lugar para un estudio lingüístico de la obra

pero, de manera amplia, sí podemos afirmar que el léxico y construcciones que sirven de armazón expresiva a la tibia se polarizan correlativamente en torno a esos dos extremos que venimos enunciando: por una parte, construcciones estereotipadas y sencillas, vocabulario reiterativo y poco variado, coordinación de frases, pesadez aligerada sólo por la ágil división en epígrafes breves...; por otra, abundancia de sinónimos, giros poco corrientes y un cierto barroquismo expresionista. Imaginación y realidad coexisten armónicamente en todo el discurso, de ahí una sensación de inseguridad en la lectura, acentuada por la pérdida que I. B. nos declara de sus notas de viaje, con lo cual hubo de reconstruir sus recuerdos, tantos años después, introduciendo sin duda y a despecho de su buena y ejercitada memoria —la transmisión oral era habitual en la época— errores, distorsiones o simples fantasías.

A estos problemas centrales en la redacción es preciso añadir otro, corroborado por los estudios de Gibb y Hrbek, en torno a la cronología: Ibn Ŷuzayy reconstruyó imaginariamente itinerarios, agrupándolos, cortándolos o estirándolos para conferir un «orden» lineal al relato, en lo que hace a Geografía. Esto no significa que I. B. no pasara por los lugares mencionados, sino que en ocasiones el viaje no se hizo en ese orden y momento, por ejemplo en Persia.

Los factores que vamos viendo se conjugan en la obra, le imprimen un carácter sumamente farragoso a teces, incitando a la atención a distraerse, en tanto en otros pasajes, los más, la lectura se hace vívida, atractiva y fácil.

El esquema elementalísimo a que podemos reducirlo, con todas las reservas, nos muestra un desarrollo lineal salpicado de salidas del cauce central e incisos que son después reconducidos a la narración del viaje:



La convivencia y oposición contradictoria entre realismo y fantasía es quizá uno de los principales alicientes de la Rihla, y acicate para su lectura. Es deliciosa la ingenuidad de I. B. cuando niega verosimilitud a las leyendas faraónicas —incluso con palabras despectivas—, mientras acepta profusamente, de buen grado y dándoles

carta de naturaleza, otras incorporadas a tradiciones locales islámicas en actitud acorde con ese puritanismo formal que le induce a obligar a vestir a las gentes desnudas en el baño público (vid. en el Alto Egipto).

Su deleitación en lo portentoso le lleva a mencionar el fabuloso pájaro ruij, como debía ser casi obligado en todo viajero que visitase las tierras y mares orientales, al cual aseguran haber visto otros trotamundos de la época, como Abū Hāmid el Granadino^[28] y Marco Polo^[29], poniendo una nota misteriosa y preocupante al relato. No es difícil suponer que todos ellos oirían estas historias sobre el grifo o roc de labios de mercaderes, marineros, soldados o arrieros, repitiéndolas con una misma finalidad: encarecer los riesgos habidos en sus aventuras. Sin embargo, estimamos que el texto de I. B. es más realista y pormenorizado que el de Marco Polo, al cual se podría achacar exceso de fabulación, de narrar de oídas y de inconcreción en la mención de topónimos y personajes.

Hay numerosos elementos novelescos —igualmente incidentales— que conviene recordar, como el episodio de Ÿamāl ad-Dīn al-Qalandarī, que para preservar su virtud acude a la estratagema de afeitarse barba y cejas, paralelamente al supremo recurso de autocastración en que se refugia Abū Abdallāh el Granadino, beato visitador del Templo de Medina, cuando lo requiere de amores, la esposa de un amigo ausente. En ambas historias el mecanismo es idéntico: a la agresividad sexual de la mujer, que toma la iniciativa, la respuesta del aludido es imposibilitarse la «caída». Y de pasada, no está de más recordar la mayor disposición a la práctica de artimañas (la «Vieja» de al-Qalandarī no es otro personaje que la Trotaconventos o Celestina: estamos en el siglo del Arcipreste) de las mujeres, que también detentan la casi exclusividad de las prácticas de brujería, según I. B., en la India^[30].

Pequeñas novelitas incrustadas en el corpus central serían la historia de Jaṣīb (en que coinciden personajes y sucesos reales junto a otros inventados), «gobernador» de Egipto por los abbasíes, o la ascensión de Gengis Kan, que se asemeja, como dos gotas de agua, al triunfo de Tamorlán que recoge Clavijo^[31]. No habiendo posibilidad racional de considerar a I. B. «fuente» de Clavijo, es plausible que ambos, en el Asia Central, oyeran parecidas historias cuya adjudicación nominal no era más que un detalle accesorio.

No parece necesario extenderse sobre un aspecto parcial: las intervenciones sobrenaturales, los factores mágicos —llamados milagros, claro está— que gozan del beneplácito y altavoz de I. B., son los relacionados con creencias musulmanas, de tipo más bien local, haciendo aflorar la querella Sunna/Si'a, por ejemplo, en la respuesta compensatoria con que I. B. dice haber contrarrestado la creencia de que el alminar de la mezquita de 'Alī b. Abū Ṭālib, en Basora, se movía invocando el nombre de éste. El tangerino sustituye el nombre de 'Alī por el de Abū-Bakr —primer califa— y el alminar se agita igualmente, operando la acción de corte en el hechizo.

En el relato, al abordar acontecimientos o descripciones verídicas, la sequedad y concisión sirven para resaltar aún más la crudeza y fuerza de lo narrado, así cuando

describe la ruina y desolación imperantes en tantas ciudades del Iraq, Jurāsān o Afganistán a causa de las destrucciones mongolas (a esto habría que añadir la calidad de los materiales de construcción que facilitaban la ruina y el traslado de los centros políticos de poder a otras regiones islámicas). Y refiriendo acontecimientos tales como la peste, los suplicios presenciados en la India o ejecuciones en el imperio mameluco, llega a estremecer la naturalidad de pequeño detalle, insignificancia inmersa en un conjunto mucho mayor, que parece ser lo relevante para el autor.

Dentro de los gustos literarios árabes de la época hay que inscribir la preocupación por determinados tópicos que suscitaban la atención del oyente o el lector. Además de la ya varias veces mencionada inclusión de versos y anécdotas, resalta el abordaje de cuestiones tales como el buen-mal conocimiento de la lengua árabe por los orientales. Su afirmación de haber escuchado abundantes incorrecciones gramaticales en el sermón del viernes en Basora (primer centro de estudios gramaticales árabes) es tanto un exponente de la situación decadente de la vida urbana, y consiguientemente cultural, en el Iraq, como un recordatorio de la rivalidad lingüística entre orientales y magrebíes, que aún hoy colea.

Las descripciones de ciudades son también de una topicidad abrumadora. De Alejandría dice: «perla resplandeciente, luminosa, una doncella fulgurante con sus aderezos cuya belleza alumbra al Magreb». O de Basora: «enorme, espaciosa, plazas admirables, numerosos huertos y frutos excelentes». Definiciones convertidas casi en muletilla para todas las ciudades visitadas en el Oriente árabe. Por último, debemos mencionar la adopción y adaptación de artificios más propiamente poéticos, tal el tibáq (oposición de contrarios). Así, Basora «está en la confluencia de los dos mares, el salobre y el dulce»; o en los baños de Bagdad «el suelo y la mitad inferior de la pared untadas de alquitrán, mientras la mitad de arriba está recubierta de yeso puro, blanco; de este modo, los dos contrarios se juntan y sus bellezas se encuentran frente a frente».

5. CREDIBILIDAD E INTERÉS DE LA RIḤLA

Como ya hemos dicho, la Riḥla es ante todo un relato de viajes: un libro que pretende ser útil e informar lo más minuciosamente posible sobre todo lo visto y vivido, sin dejar al tiempo de maravillar al lector mediante la narración de sucesos extraordinarios o la descripción de paisajes, ambientes y usos insólitos. El objeto de su atención ha de ser necesariamente, pues, tan diverso como el intento: los temas que afloran a sus páginas nos llevan de los datos históricos e instituciones sociales, de la cultura en general, con su trasfondo etnográfico y folklórico y su entramado económico, hasta las observaciones geográficas, urbanas o no, acotadas permanentemente por las más variadas menciones sobre cultivos, botánica o zoología. El material en que semejante caudal de informaciones se apoya está

constituido tanto por las observaciones personales de I. B. a lo largo de un cuarto de siglo de andanzas como por las informaciones de primera o quinta mano que pudo recoger o el recurso, por parte suya o del redactor, a citas y transcripciones de obras similares.

Teniendo en cuenta que I. B., según apuntábamos anteriormente, no pasaba de ser un hombre medianamente culto en su época y a ello añadimos el hecho de que sus viajes no se redactaron hasta treinta años después de haberse iniciado, sin disponer de una sola nota escrita, los inevitables fallos de memoria, la superposición y reajuste de recuerdos e itinerarios para adaptarlos a la estructura pretendidamente lineal de la narración, la deformación subjetiva de situaciones que le atañen personal o ideológicamente, teniendo en cuenta todo ello —decimos— no es difícil explicarse los errores, contradicciones y exageraciones que salpican la *Rihla*. En unos y otras encontraron ilustres coetáneos de I. B., como Ibn al Jatib, Ibn Marzuq o Ibn Jaldun, razones suficientes para dudar, en mayor o menor grado, de su veracidad^[32], del mismo modo que siguen hallándose en la mayor parte de los estudios críticos aparecidos durante el presente siglo y finales del anterior datos oscuros, imposibilidades y contradicciones irresolubles que llegan a poner en tela de juicio, al menos en casos concretos, la credibilidad del viajero.

Y, sin embargo, la tibia nos suministra un cuadro bastante correcto del mundo musulmán en el siglo XIV, repleto de ajustadas observaciones. Casi todo cuanto refiere I. B., sobre todo los datos pequeños y no personales —en los cuales no tenía razón alguna para mentir—, es decir, los más importantes en el plano sociológico, son verificables a través de la crítica histórica o de la etnografía. Por nuestra parte, hemos comprobado aspectos parciales del relato contando con otras obras contemporáneas de viajeros europeos como Ruy G. de Clavijo, R. Muntaner y M. Polo —especialmente, este último— y que con seguridad I. B. no conoció, ni viceversa.

Aún a riesgo de contradecir nuestro ya expresado deseo de no cansar al lector, en las páginas siguientes intentaremos desbrozar y analizar los abigarrados materiales que componen el relato en sus puntos más significativos, ya sean veraces o dudosos, acudiendo a citas y menciones de la *Rihla* y de los otros libros señalados. Para mayor claridad, trataremos bajo epígrafe distinto y por separado los problemas más graves referidos a la cronología e itinerarios.

I. B. se mueve dentro de unas dobles coordenadas culturales islámicas y árabes, lo que hace que la trama de la narración tenga siempre como nudos de referencia los valores y manifestaciones fundamentales de ambas culturas, identificadas en gran medida, por otra parte, durante toda la Edad Media. La solidaridad y hospitalidad —bases sociológicas del mundo musulmán en el sentido ya comentado, como gozadas o sufrida su carencia en carne propia— le hacen alabar y explicar detalladamente los legados piadosos, allí donde los haya, poniendo como paradigma la ciudad de Damasco, en la cual, aparte de los dedicados a cautivos y viajeros,

matrimonios pobres, obras públicas, etc., existen también «fundaciones aplicables a vasijas» (rotas, se entiende). Por la misma razón, describe prolijamente la organización de las zagüías, exaltando sobre todo las de Egipto, Asia Menor y la Persia de los atábak. Naturalmente, cuando le llega el turno de regentar una en Delhi, no se queda corto en la generosidad necesaria: la lista de empleados, desde lectores del Corán, profesores y almuédanos hasta escuderos y ujieres, pasando por criados, cocineros y escanciadores, es interminable; si el sultán le ordena usar doce mann de harina al día, I. B. emplea diariamente treinta y cinco, «un peso similar de carne, así como cantidades proporcionales de azúcar blanca y cande, manteca y betel». Aun admitiendo la exageración de las noticias, el dato es sintomático del valor que a tal conducta se otorgaba entonces.

La costumbre de prolongar a tres días la hospitalidad, por ejemplo, llega a convertirse en ley en algunas regiones, como Persia o Asia Menor: ion turcomano, apenado porque quieren partir al segundo día, les obliga a permanecer otro más.

El estudio y difusión de las ciencias islámicas es otra de las preocupaciones más reiteradas por el tangerino. Por las páginas de la Rihla hallamos innumerables menciones de madrasas, como la célebre al-Mustanşiriyya de Bagdad, que reúne las cuatro escuelas ortodoxas del Islam, o la de Wasit, cuya descripción constituye un apreciable documento pues la ciudad está hoy día en ruinas: «Hay una gran madrasa, siempre llena, con cerca de trescientas celdas donde se hospedan los forasteros que vienen a aprender el Corán (...) a cada uno de los pupilos le da ropa para el año y le proporciona los alimentos diarios». O bien esa admirada afirmación de haber visto en Hinawr «trece escuelas coránicas para muchachas y veintitrés para muchachos». Dato éste que no tenemos empacho alguno en considerar veraz, habida cuenta de que, ya desde el siglo v d. J. C. en toda la India meridional proliferan las escuelas especiales y templos dedicados a la enseñanza gratuita, tanto de las ciencias sánscritas como de, las lenguas dravídicas^[33]: con la nueva situación político-religiosa, algunas de ellas se transformarían con facilidad en madrasas y escuelas coránicas. Debido a esta preocupación, dejando aparte el prestigio que intenta adquirir con ello, nos endosa esas aburridas listas de maestros, alfaquíes y eruditos, aunque a veces se interesa también por prácticas de enseñanza inusuales, como las consultas escritas al predicador observadas en Tustar.

Versado en jurisprudencia, según él mismo advierte, reseña infinitos casos de práctica judicial islámica, haciendo en alguna ocasión, como en Mogadiscio y Juwārizm, una significativa distinción entre justicia coránica y «civil» —es decir, aquello que no entra en el campo de la sarna—. Desgraciadamente no facilita ningún ejemplo, pues hubiera sido de gran interés conocer qué tipo de delitos sociales o económicos no estaban incluidos allí y entonces en la ley islámica. Esta vocación de hombre religioso y de leyes, de jeque y cadí, confiesa I. B. ante el sultán de la India que le viene de familia, aunque acto seguido opina que tampoco lo haría mal como jefe militar, en una frase con claras resonancias de orgullo árabe y que,

con seguridad, no pronunció a pesar de tenerla en mientes: «Por lo que se refiere a la dignidad de emir, vosotros sabéis que los persas no han adoptado el Islam sino por las espadas de los árabes». Es decir, la exaltación del valor, que, junto con el respeto a la palabra dada, lealtad, sentido del honor y generosidad constituyen las virtudes tradicionales árabes, aplicadas en otra ocasión por I. B. como ejemplares al preceptor Qutlu Jan.

Estas virtudes, amén de la hospitalidad, parece que se dan cita en una de las instituciones sociales clave descritas en Anatolia: las agrupaciones de futuwwa. Con ser estimables las noticias que nos proporciona sobre el fuerte sentido comunitario de los ajiyya —que les hace entregar sus salarios y ganancias a un fondo común—, sobre la generosidad que caracteriza a sus festines nocturnos y la atención prodigada a los viajeros en los baños y, en fin, acerca del vestuario y ornamentos que utilizan en lo que adivinamos reflejos de ritos de iniciación, siendo significativos —repetimos— estos datos aportados a la comprensión de dichas organizaciones, lo verdaderamente importante es la caracterización casi histórica que I. B. hace de estos grupos: «no hay en todo el mundo hombres que agasajen tanto a los forasteros como ellos, que sean tan prestos en dar de comer, en satisfacer las necesidades de los demás, en castigar a los tiranos y en matar a los policías y malsines que se juntan con éstos. Entre ellos, el ajī es un hombre que la gente del mismo oficio y otros jóvenes solteros e independientes se dan a sí mismos como jefe: esta comunidad se llama también futuwwa»^[34]. En efecto, la palabra futuwwa designa en árabe el conjunto de características ideales de la juventud: bravura, desprendimiento, independencia de toda organización social o religiosa. Los grupos que toman este nombre son, en principio, asociaciones solidarias de jóvenes que se distinguen sobre todo por su hostilidad frente a la autoridad establecida. En el marco de la evolución social del Oriente medieval, y más concretamente de los países comprendidos en el antiguo ámbito de influencia sasánida, se transformarán en origen de revueltas y grupos de presión, en milicias ciudadanas paralelas o agrupaciones pacíficas relacionadas con movimientos religiosos —casi siempre místicos— o culturales. A partir del siglo XIV y en la zona turco-iraní pasarán a tener una base fundamentalmente gremial^[35], representando una garantía de estabilidad para las poblaciones, cuyo poder ocupan en caso de vacío como recoge correctamente I. B.: «Una de las costumbres de este país es que, allí donde no hay sultán, es el ajī quien gobierna (...) Las disposiciones que sigue para ordenar y prohibir (...) son las mismas que las de los reyes».

En un libro como la Rihla no podían faltar, naturalmente, toda una serie de detalles exhaustivos sobre organización del poder y control administrativo y burocrático, cuya utilidad para los gobernantes meriníes no deja de ser evidente. Así pues, I. B. se aplica a señalar, en el imperio mameluco, el uso de salvoconductos sellados para salir de Damietta o de visados extendidos en El Cairo para viajar a Siria, y viceversa; o a mencionar los puestos de aduanas en el Sinaí, vigilados por patrullas de beduínos. En la India, por ejemplo, nos describe la perfecta trama de

espías al servicio del sultán, constituida tanto por informadores profesionales como por sirvientes y esclavas, o cómo se exige firmar un compromiso de residencia obligatoria a todos los procedentes del Jurāsān. Aunque de la complicada burocracia china, como luego veremos, parece que habla de oídas, en cualquier caso recoge las más variadas informaciones: diseño de retratos a los forasteros con fines policiales, control escrupuloso del cargamento de los barcos, instituciones modélicas para enfermos, ancianos, viudas y huérfanos, manumisión de esclavos y jubilación de asalariados a los cincuenta años... Los datos que proporciona sobre la protección a los comerciantes y la cómoda seguridad de las caminos parecen responder a la situación objetiva del imperio mongol en China: a comienzos del siglo XIV, con la restauración del Canal Imperial, la unidad económica entre norte y sur del país queda rehecha, lo que influye favorablemente en el comercio interior, auxiliado además por el muy eficaz servicio de postas de los mongoles^[36].

Por otra parte, el ceremonial de audiencias en las almahalas tártaras de la Horda de Oro o la descripción del festín de fin de Ramadán pueden cotejarse casi paralelamente con el relato que de celebraciones similares en la corte del Gran Kan de China hace M. Polo^[37], exactamente lo mismo puede decirse en lo tocante, a la organización del ejército mongol: «llaman emir tumán al que manda diez mil jinetes. Estaban allí presentes diecisiete de estos emires, mandando entre todos ciento setenta mil hombres, siendo el ejército del sultán aún mayor en número», dice I. B., añadiendo más tarde: «...los pequeños emires, como los hazára, que mandan mil hombres». Veamos lo que apunta el veneciano: «cuando un señor de los tártaros va a la guerra lleva 100.000 jinetes y los distribuye en el siguiente orden: cada 10 hombres tienen un jefe, un grupo de un centenar tiene otro jefe, otro manda a 1.000 hombres y otro a 10.000, de suerte que el general no necesita reunir en consejo más que a 10 hombres». Y aún: «Al conjunto de 100.000 hombres le llaman Tut y a los 10.000 un Toman, y los Tomanes se pueden contar por millares, por centenas y por docenas (sic)»^[38].

Otras noticias de cierto interés militar pueden ser la mención del uso de almajaneques en el Sind o en la defensa de Goa; la dura selección de jinetes y arqueros para el ejército de Multān; la constatación de que los guerreros abisinios son invencibles en las aguas del Océano Indico, hasta el punto de que el visir de Colombo merece el calificativo de «señor del mar» por disponer de quinientos de ellos entre sus huestes; en fin, la descripción de tácticas empleadas en el ataque naval a la isla de Goa o en la defensa de Faṭṭan, puerto del Coromandel, datos estos últimos de gran valor para el sultán marroquí, de cara a su política naval en el Estrecho de Gibraltar y las costas del Magreb en general.

En páginas anteriores hemos ya señalado que a través de la Riḥla I. B. va esbozando un cuadro histórico correcto, en términos generales, de la situación política del Oriente medieval. Las observaciones concretas que hace en este sentido no tienen todas, naturalmente, el mismo valor y tan sólo elegiremos algunos ejemplos

con la intención de mostrar qué grado de credibilidad posee este tipo de datos suministrados por el viajero. Para empezar, el recuerdo del poderío mongol en un campamento junto a la actual Piatigorsk le sugiere una reflexión acerca de los siete reyes más poderosos del mundo, cuya lista, obviamente encabezada por el sultán meriní de Marruecos, nos proporciona: los sultanes de Egipto y Siria y de los dos Iraq, el sultán ti zbak, los sultanes del Turquestán y Transoxiana, India y China. Los nombres respectivos ya los ha dado o los dará en el momento oportuno, pero no así las fechas de reinado, siguiendo su costumbre^[39]. Queda patente, en cualquier caso, el pleno dominio que sobre el mundo musulmán al este del Eufrates ejercen las diversas dinastías turco-mongolas, teñidas en el caso de la India de influencia persa no sólo en el ceremonial, sino también en la concepción política y la cultura, idioma incluido: más adelante, en una segunda selección, I. B. llega a la conclusión de que los Kanes de Iraq, Saray y China, junto al sultán de Delhi, son los cuatro reyes con más poder en todo el orbe.

Diversos hechos históricos mencionados en distintas ocasiones por el tangerino adquieren plena o parcial corroboración en otras fuentes contemporáneas. Durante su segunda estancia en La Meca nos relata el estallido, en 1330, de una guerra civil entre el emir de la ciudad santa y Aydamúr, jefe de la guardia del sultán mameluco, según parece por problemas de jurisdicciones, a los que tan sensibles eran egipcios e iraquíes; en la tercera (1332) coincide con el mismísimo M. b. Qaláwún, que aprovecha el viaje para envenenar a uno de sus bastardos, Amīr Aḥmad, y al general Baktumur, cabecillas de una conspiración en contra suya. Haciendo abstracción de las dudas cronológicas que puede suscitar la presencia de I. B. allí en esos años, ambos sucesos están rigurosamente comprobados. En su viaje por Asia Menor, estando en Esmirna, da testimonio de las expediciones que contra los cristianos y por los Dardanelos organiza el emir de esta ciudad, lo que trajo como consecuencia el ataque posterior a Esmirna por parte de fuerzas conjuntas del Papado, Génova y Francia, noticia de la que también informa aunque, evidentemente, no pudo conocerla sino en su viaje de vuelta, pues dicha acción no tuvo lugar hasta 1348. Más tarde, a su paso por Herāt, describe prolijamente la revuelta de los sarábadálán o sarbedár, bandas de aventureros o salteadores que unidas inmediatamente al movimiento si'í consiguieron constituir un auténtico poder en el jurasán. Los levantamientos se produjeron a raíz de la muerte de Bahádur Jān —1335, según precisamos en la nota anterior—. Así pues, si admitimos que I. B. salió de Sará hacia el Jurāsān en la primera mitad de diciembre de 1334, pudo ser testigo del ambiente previo a las agitaciones o del inicio de las mismas. De los hechos narrados, sin embargo, debió ser informado años después, como él mismo parece afirmar al señalar la batalla de Bñsanj y datarla equivocadamente en 1347, en contradicción con los historiadores persas que la fijan cinco años antes^[40]. Claro que la precisión cronológica no es precisamente una de las virtudes de I. B.: una fecha tan importante como la conquista de Delhi por los musulmanes en 1192 la traslada al 1188; en su

descargo puede decirse que su informador era nada menos que el gran cadí de la India y del Sind y que, según él, vio dicha fecha «escrita en el mihrab de la mezquita aljama de la ciudad». Pero también marra en otro año más clave aún, marcando la entrada de los tártaros en Bagdad en el 654 H., cuando la fecha correcta, claro está, es el 656 H. = 1258 de J. C. Tampoco da ni una sola fecha en las páginas que dedica a la crónica de los sultanes de Delhi, desde la conquista hasta el reinado de M. Šāh —es decir, el período comprendido entre 1192 y 1325—, mas, salvo la omisión de tres soberanos y algunos otros detalles de poca importancia, su relato se ajusta considerablemente a la documentación contenida en las obras de historiadores irano-indios de los siglos XIII, XVI y XVII^[41], proporcionándonos además los nombres de varios de sus informadores, uno de los cuales es el ya mentado gran cadí Kamāl ad-Dīn. Por otra parte, I. B. constata personalmente un hecho de gran importancia, a saber, los musulmanes de la India son tan sólo una considerable minoría: «Los habitantes de la India son en su mayoría idólatras. Los hay que pagan tributo a los musulmanes (...). Otros, rebeldes y aguerridos, viven fortificados en las montañas...».

Mención aparte merece la larga relación que al reinado de M. Šāh dedica la Rihla, habida cuenta de que I. B. residió en Delhi unos siete años, llegando a ocupar puestos relativamente importantes como el de cadí. El marroquí era perfectamente consciente de la incredulidad que sus paisanos manifestarían ante las descripciones, sucesos, usos y abusos de la exótica corte india. Por ello, aparte de declararse testigo ocular: «En cuanto a las noticias que doy acerca de este rey, la mayor parte lo he presenciado mientras estuve en su corte», se siente obligado a reforzar su crédito mediante un rotundo juramento que no hubiera prodigado en otras circunstancias: «Pongo a Dios por testigo, a sus ángeles y profetas, de que todo lo que voy a referir sobre su liberalidad inmensa es la pura verdad». Y por si esto no bastara, busca el apoyo de los relatos orales, aceptados como documentos verídicos en el Islam y en el mundo árabe siempre que provengan de fuentes autorizadas: «Por otro lado, la mayor parte de ello está comprobado en la tradición oral auténtica de los países de Oriente», En efecto, todos estos auxilios naturales y sobrenaturales le serán necesarios para que los lectores del Magreb puedan creer que en la primera puerta del alcázar real conviven —por decirlo de algún modo— músicos, verdugos y cadáveres y se resignen a aceptar la existencia de «la sobrecogedora y espaciosísima sala de audiencia» que cuenta con mil columnas, de los innumerables elefantes engualdrapados y amaestrados, de esos cortejos deslumbrantes de sedas, oro y pedrería, del gran pebetero de oro «que semeja una torre por su tamaño» y en cuyo interior «hay tres celdillas para los turiferarios». O bien que se atrevan siquiera a concebir una suma de tres millones seiscientos mil dinares de plata dedicada a cubrir el presupuesto anual de un gran emir, o dispendios tales como lanzar monedas de oro y plata entre la multitud desde pequeñas catapultas a lomos de elefantes, cuando el sultán torna de viaje. Y, en fin, qué decir de la asombrosa distribución ritual de la

semana siguiente a la fiesta final de Ramadán, salvo que si no supiéramos que según el Corán la creación se realizó en seis días, pensaríamos estar asistiendo a la plasmación de una simbología escrupulosamente demiúrgica.

Y, sin embargo, la mayoría de estos detalles, así como el minucioso relato que hace I. B. de las campañas guerreras de M. b. Tugluq y de las revueltas que sacudieron su reinado, están corroborados por las fuentes históricas anteriormente aludidas^[42]. De estos hechos de armas, como es habitual en él, no sólo no da fechas, sino que tampoco sigue el orden cronológico en que ocurrieron. Por otra parte, los sucesos narrados tienen lugar tanto antes de su llegada a Delhi como después de su salida —noticias éstas que recogería a su vuelta de China—, aparte, claro está, de los acaecidos durante su estancia en la capital india, con lo que la inmediatez de las informaciones varía según los casos. De cualquier manera, tras los datos proporcionados por el viajero, queda claro el férreo proyecto de M. Šāh tendente a consolidar el sultanato, para lo cual lanza constantes ataques contra los reyes hindúes de la India meridional, hasta conseguir controlar casi todos sus territorios, u organiza expediciones al Himalaya con el fin de asegurar las fronteras contra las incursiones de los pueblos de la montaña. Las tensiones originadas por el deterioro de la situación económico-financiera, unido a épocas de sequía y hambre, hacen que gobernadores musulmanes de las provincias jefes hindúes tributarios rompan sus alianzas con Delhi^[43]. Por ejemplo, el gobernador de Bengala, país que nunca se había integrado realmente en el sultanato, se independiza en el año 1338, noticia que, no obstante su importancia, es de las pocas que no da I. B.

Momentos antes de señalar la inclinación del sultán de Delhi por los abbasíes, el tangerino recoge un acontecimiento significativo: «Había enviado el sultán un presente al califa Abū-l-Abbás, que a la sazón se hallaba en Egipto, con el ruego de que expidiese una orden reconociendo su autoridad sobre los países de la India y el Sind, como prueba de acatamiento al califato». La solemne proclamación de Altmil o Iltutmil (1211-36), llamado Lalmis en la Rihla, por el califa abbasí —que, aunque sin poder real alguno, mantiene el prestigio moral legitimador del califato— parece que, como afirma Embree, fue el primer reconocimiento formal de un gobernante indio como sultán, indicando así su independencia respecto al imperio gūrī^[44]. A tal hecho alude tal vez I. B. cuando dice de Lalmis que «fue el primer rey independiente en la ciudad de Delhi». Es evidente, pues, que la intención de M. Šāh, en perfecta coherencia con su tentativa de afianzar el poder del sultanato, no es otra que conseguir del nominal califato abbasí la ratificación de dicho reconocimiento de autoridad.

De otro hecho deja constancia la Rihla que no pasaría de ser una anécdota mínima si no expresara gráficamente toda la trama financiera del Estado indio. Mientras I. B. y otros varios personajes contemplaban los innumerables objetos de oro puro que el sultán regalara a un afortunado predicador, uno de los presentes «cogió dos de las estacas de la tienda pensando que eran de oro y plata, cuando en

realidad la una era de cobre y la otra de estaño». Sabido es que M. Šāh intentó sustituir oro y plata por cobre y latón para edificar un sistema monetario basado en el respaldo del gobierno, no en el valor intrínseco de los metales. Careciendo el sultanato de maquinaria administrativa suficiente, las consecuencias fueron obvias: falsificación endémica, depreciación de la moneda, grandes pérdidas en la recaudación de impuestos^[45]. Así se explica más fácilmente esa danza de cientos de miles de monedas «de oro y plata» arrojadas desde elefantes o gastadas en regalos y salarios, monedas de cuyo valor, sin embargo, no parece dudar I. B., a no ser que tomemos la historieta anterior como una forma parabólica de denuncia.

Del mismo M. b. Tugluq traza el viajero una ajustada semblanza en claroscuro: «era de esa clase de hombres 4 quienes gusta por encima de todo hacer regalos y derramar sangre. A su puerta nunca falta un pobre que se enriquece o un vivo que muere», para, a continuación, narrarnos ampliamente sus más diversas acciones, clasificadas como laudables unas y condenables otras. Entre los hechos positivos cuenta I. B. como testigo la supresión de tributos que no fueran los estrictamente coránicos; la rigurosa organización de las audiencias destinadas a administrar justicia, a las que el sultán asistía dos veces por semana; las medidas dictadas para combatir la sequía y el hambre, ordenando «sacar de los alfolíes reales el sustento necesario para todos los habitantes de Delhi durante seis meses y que se repartiera a razón de arrelde y medio magrebí por día y persona, sin hacer distinción alguna entre grandes o pequeños, libres o esclavos», operación en la que I. B. se adjudica, no sabemos si con motivo, cierto protagonismo; su cumplimiento de los deberes religiosos y afán de sabiduría, rodeándose «de alfaquíes, jeques y hombres piadosos», a imitación de «los primeros príncipes musulmanes»; y, sobre todo, su inmensa generosidad y afecto hacia los extranjeros, a quienes otorga el nombre oficial de a'izza («ilustres» o «queridos»).

En cuanto a los hechos negativos, el marroquí queda impresionado en primer lugar por un suceso del cual sólo tuvo conocimiento de oídas, pero cuyos efectos advierte a su llegada a Delhi: el fracasado y desastroso traslado en 1327 de la capital del sultanato de dicha ciudad a Dawlat Ábad. El motivo de las esquelas injuriosas que I. B. refiere es, naturalmente, pueril: M. Šāh buscaba, en realidad, un centro neurálgico para dominar el sur, mas hubo de reconocer después que la elección no había sido adecuada desde el punto de vista geográfico y estratégico^[46]. Sin embargo, la Rihla sí recoge plásticamente los drásticos métodos que, muy probablemente, debió emplear el sultán para realizar sus designios, así como las secuelas del costo económico y humano que la fallida decisión implicó. Como también nos relata detalladamente los crueles procedimientos que el soberano utilizaba contra enemigos y disidentes, presuntos o verdaderos: torturas para castigar afirmaciones o arrancar confesiones falsas o ciertas, tales como forzar a deglutir excrementos, encadenamientos prolongados sin alimento ni bebida algunos o aplicación al cuerpo de planchas de hierro al rojo vivo; matanzas masivas,

decapitaciones —incluyendo el espectacular «modo del tahalí»—, extracción de ojos, descuartizamientos y despellejamientos, asaeteamientos y flagelaciones o, en fin, el suplicio circense de los elefantes asesinos. Que toda esta desaforada represión ejercida por M. Šāh venía en gran parte provocada por la sensación consciente de que la unificación política intentada se le iba de las manos se comprueba mediante la costumbre, señalada también por I. B., de premiar a los delatores con los bienes del ejecutado. Dicho en otras palabras: «La violenta crueldad que caracterizó el reinado de Muhammad fue reflejo de la desesperación de un gobernante que sabía que no estaba haciendo realidad su sueño de conquista y consolidación de nuevos territorios»^[47].

Otro hito fundamental de la Rihla lo constituye la estancia del viajero en las Maldivas. Su descripción es, como apunta Monteil, una de las primeras de que disponemos sobre las islas, lo cual justifica que Friedrich Wilhelm la tome como principal fuente en su brevísimo resu-men histórico del archipiélago^[48]. La distribución en doce regiones obser-vada por I. B. coincide casi puntualmente, nombres incluidos, con el relato del naufrago Francois Pyrard y su mención de los trece atollons, a principios del siglo XVII^[49]. Su islamización habíase producido en el siglo XIII o bien a mediados del XII, según la crónica de los reyes de Male (Mahal)^[50]: la narración inserta en la Rihla resume lo que debió ser un proceso más o menos rápido mediante un bien construido cuento popular, donde se entreveran elementos propagandísticos islámicos, y más concretamente málikies, con el recuerdo de sacrificios rituales autóctonos que semejan ser propiciatorios de las fuerzas del Océano. El nombre que asigna I. B. al primer rey isleño que se convirtió al Islam, Sanuraza, no coincide con el de las crónicas —Darumavanta, posiblemente budista^[51]—, pero ambas fuentes convergen en la circunstancia de que dicho monarca adoptara un nombre árabo-musulmán: Aḥmad según el tangerino, que asegura haberlo visto grabado en madera sobre la macsura de la mezquita. A partir de este momento, tal tipo de denominación no sólo es habitual entre los gobernantes y altos funcionarios, sino que parece, como acertadamente señala Wilhelm^[52], que los musulmanes extranjeros se adueñan de los puestos clave. En efecto, marroquíes, yemeníes, mogadiscíes y oriundos del Ḥaḍramawt surgen en la Rihla desempeñando cargos de cadíes —es el caso del mismo I. B., por ejemplo—, maestros, gobernadores y visires. La sultana no es tampoco totalmente maldiva, pues su abuelo era originario de Bengala, confirmando la citada crónica de los reyes de Male, por otra parte, el dato de que en esta época el soberano del archipiélago fuera mujer^[53].

Sobre la vida económica de las Maldivas también suministra I. B. información precisa. Aparte de un no despreciable comercio de productos del cocotero, tejidos de algodón y vasijas de cobre, la actividad principal y básica de la economía de las islas consiste en la fabricación y exportación de sogas de fibra de coco «para unir el maderamen de los barcos». Si se quisiera calibrar la importancia de esta industria

bastaría con señalar, siguiendo al viajero, que «casi todas las muchachas» de las islas trabajan como asalariadas «por una cantidad fija que no pasa de los cinco dinares, aparte de la manutención, que corre a cargo del patrón», dedicándose primordialmente al hilado de la fibra de coco. La superior elasticidad que estas cuerdas proporcionan a las naves, en mares precisamente plagados de arrecifes y escollos, hace fácilmente comprensible su exportación masiva al Yemen, India y China, así como el hecho de que con ellas estén «ligados los tablones de los barcos indios y yemeníes». Del testimonio más reciente de Eduardo Barbosa, viajero del siglo XVI que anduvo por la India meridional, deducimos que esta actividad no sólo no decayó sino que fue en aumento, pues en esta última época, al parecer, incluso los navíos de los Estados indios del sur se construían en las Maldivas^[54].

Esta economía basada en la industria artesanal unida a la exportación, junto a la condición geográfica de archipiélago formado por pequeñas islas y vecino de poderosos Estados continentales, explica que los maldivianos no sueñen jamás con llegar a ser una potencia militar, ni siquiera mediana: su ejército lo componen mil hombres, mercenarios extranjeros la inmensa mayoría, pues, como recalca expresivamente I. B., los habitantes de las islas son visceralmente pacíficos. Tal vez por ello mantienen vivo el temor a las intervenciones extranjeras, hecho que señala el tangerino, convirtiéndose a sí mismo en espléndido protagonista: «la razón principal de mi poderosa influencia sobre esta gente estribaba en que conocían a ciencia cierta la posición que yo ocupaba en la corte del sultán de la India, al que, a pesar de la distancia, temían en lo más hondo de sus corazones». Antecedentes históricos relativamente cercanos no les faltaban, desde luego: en el siglo XI las Maldivas son anexionadas por el imperio chola, constituido en las tierras y costas meridionales y sudorientales de la India, el cual, desarrollando una política colonial en el Indico y gracias a su potencia naval, llegó a influir considerablemente en Malaya y Sumatra^[55]. En este siglo XIV parece, sin embargo, que el archipiélago podía sentirse relativamente tranquilo: los Estados indios del sur estaban demasiado ocupados en contener el ímpetu expansionista de M. Šāh y posiblemente también pensasen que una intervención política podría dañar peligrosamente la función objetiva de atarazana y astillero de la zona que cumplían las islas. De cualquier modo, esta precaria situación agudiza las luchas de poder internas, producto del conflicto de intereses entre autóctonos y extranjeros, o de éstos entre sí. El mismo I. B. llega a ser, según él, cabecilla de una vasta conspiración, a la que el sultán del Coromandel, con cuñado suyo, presta pleno apoyo. Mas súbitamente, cuando todo está dispuesto, desiste del empeño: no sabemos si por miedo a unas fiebres que le acometieron o porque la desazón de conocer nuevos parajes pudo más que la brillante tentación de convertirse en gran visir de un archipiélago.

Volviendo atrás en la historia, el paso del viajero por la desolada Bujārā, antaño capital esplendorosa, le conduce a unas breves reflexiones sobre las invasiones tártaras. A la contemplación de mezquitas, madrasas y zocos en ruinas se añade la

constatación de que «no hay hoy en Bujārā nadie que sepa algo de las ciencias o se preocupe por saberlo». Años antes había hecho ya la misma dolorosa comprobación del estado de decadencia ciudadana y penuria intelectual en que se hallaban dos ciudades que fueron centros fundamentales de elaboración e irradiación de la cultura árabo-islámica desde finales del *siglo VII* hasta bien entrado el *IX*: Basora y Kūfa. Y aunque del deterioro de esta última población culpa —¡cómo no!— a los beduinos «que habitan en sus inmediaciones y son salteadores de caminos», lo cierto es que el panorama regresivo esbozado se inscribe en el marco de la terrible convulsión que para el Oriente Medio supuso la llegada de los pueblos nómadas del Asia Central. Las noticias que I. B. recoge son, evidentemente, aquellas que aún permanecen vivas en la tradición oral, unidas a datos históricos perfectamente verificables: por ejemplo, el episodio de los mercaderes mon-goles enviados por Gengis Kan a Utrār y mutilados o muertos por el gobernador de esta ciudad, que la tibia eleva a categoría de causa desencadenante de la invasión de los países musulmanes^[56]. La brevísima semblanza que hace del jefe mongol, a quien denomina «el maldito Tankiz, el Tártaro», ofrece rasgos claramente convencionales: «Tenía un alma generosa, cuerpo vigoroso y era de gran talla; reunía a las gentes y les daba de comer», similares a la fórmula empleada por M. Polo: «Era hombre de gran valor, de buen sentido y valiente como el que más»^[57]. Muy semejantes son también las historias tradicionales que ambos viaje-ros escuchan sobre la dureza y austeridad de los nómadas. Cuenta I. B. que el ámel de Utn-zr, enterado de los movimientos de las tropas enemigas, envió espías al campamento tártaro, uno de los cuales volvió relatando que «se detuvo al lado de un hombre y no vio que llevase consigo provisiones y no le socorrió con nada. Al atardecer, el tártaro cogió unas tripas secas que tenía, las humedeció con agua, sangró a su caballo y llenó las tripas con sangre que manaba de la herida. Las ató y asó y ésta fue toda su comida». Oigamos lo que narra el veneciano: «Os diré que cuando es menester cabalgan hasta diez días sin víveres y sin encender fogatas; viven de la sangre de sus caballos, a los cuales les pinchan una vena y chupan esa sangre sin desmontar de ellos»^[58]. Por el contrario, disienten radicalmente en la descripción del hecho mismo de la invasión y sus efectos. Tras afirmar I. B. que los combates entablados fueron los más sangrientos que se vieran nunca en tierras del Islam, engarza un verdadero rosario de destrucciones y matanzas: «destruyó [Gengis Kan] Bujārā, Samarcanda y Termed (...) entró en Balj a degüello (...) pasó a cuchillo a la gente de Bámiyán (...), entraron por las armas en la capital del Islam, sede del califato, Bagdad, y degollaron al califa», aunque también, afortunadamente, «perdonó a los habitantes de Bujārā y Samarcanda». Como en esta ocasión no cita informadores, el redactor Ibn Ŷuzayy se apresura a proporcionar una noticia de segunda mano, a todas luces exagerada: «Murieron en el desastre de los tártaros, en el Iraq, veinticuatro mil ulemas» —pero ¿acaso hubo alguna vez veinticuatro mil sabios?—. El relato de M. Polo, sin embargo, es tan absolutamente idílico que sólo puede explicarse teniendo en cuenta la relación

directa que, como mensajero especial, le unía al descendiente del gran tártaro: «Pero como con los vencidos usaba de clemencia y no les hacía daño alguno, se sumaban a sus huestes y proseguían la conquista de otros pueblos. De esta manera conquistaron la multitud de pueblos que habéis oído mencionar, y las gentes, viendo el buen gobierno de este señor y su bondad, se sometían voluntariamente a él»^[59]

Por último, como ya dijimos, I. B. es testigo directo del tremendo azote medieval de la peste, especialmente duro por esas fechas de mediados del siglo XIV. Acompañando al sultán del Coromandel, le sorprende una epidemia en Mutra «que causaba la muerte súbita de las personas, pues los apestados morían al segundo o tercer día». Diezmada la familia real, el mismo soberano muere también de una enfermedad contraída anteriormente. En los preparativos de las exequias fúnebres, el marroquí asiste a escenas realmente espeluznantes: «Cuando murió el sultán, vi en la sala del consejo cientos de criadas que habían traído para majar el arroz con el que iban a preparar la comida de los asistentes a los funerales; pues bien, todas estas mujeres estaban apestadas y se habían echado al sol». Unos tres años después, en junio de 1348, estando en Alepo, le llega la noticia «de que en Gaza se había declarado la peste, alcanzando el número de muertos más del millar en un día». Se trata, claro está, de la tristemente famosa Peste Negra, que asoló a lo largo de media docena de años ambas riberas de la cuenca mediterránea, y que tan desastrosos efectos demográficos y económicos produjo en Oriente Medio, norte de África y sur de Europa, llegando en sus coletazos hasta Inglaterra, Alemania y países escandinavos. De su terrible presencia dejaron documentos vívidos la mayoría de los escritores contemporáneos, Ibn Jaldin y Bocaccio entre otros. A I. B. la epidemia le va pisando los talones desde Siria y Palestina hasta su llegada a Marruecos, año y medio después: el día de su entrada en Ijims (Emesa) mueren trescientas personas en la población; en Damasco y Jerusalén la peste había remitido, pero en la primera ciudad habíase alcanzado la cifra de dos mil cuatrocientas víctimas en una sola jornada; Gaza ha quedado casi vacía: en Alejandría y El Cairo, aunque aliviada también la presión de la epidemia, el número de muertos ha llegado a ser de más de mil y veintiún mil, respectivamente; ya en su país, se entera de que otra víctima ha sido su propia madre, cuya tumba visitará antes de partir hacia al-Andalus: aquí recoge la reciente noticia de la muerte de Alfonso XI, también causada por la peste, durante el cerco de Gibraltar, en marzo de 1350.

En lo referente a las observaciones y descripciones geográficas, ya hemos indicado que los datos reseñados por I. B. son de muy diversa índole y obedecen a ese doble carácter de relato de viajes y libro de itinerarios que caracteriza a la tibia. La consideración de la estructura de las ciudades y sus principales edificios se entremezcla con informaciones, más o menos detalladas según los casos, sobre el terreno, la vegetación y el clima, utilizando en todo ello tanto el propio testimonio como frases tópicas de aplicación común o material documentado en otras obras geográficas —en lengua árabe, naturalmente— anteriores. A pesar de que en casos

concretos, debido a la artificialidad de algunos itinerarios y a la distorsión de nombres que a veces llegan a ser totalmente enigmáticos, la localización de lugares y pueblos citados por I. B. se hace difícil o imposible, es indudable que la contribución del viajero a la toponimia es verdaderamente importante. No sólo intenta precisar, deletreándolos, los nombres no árabes sino que ofrece incluso, en ocasiones, la traducción que le dicta su escasísimo conocimiento idiomático o la buena voluntad de sus informadores. Nombres que —para China, India y, en general, el mundo asiático musulmán no árabe— vienen dados en su inmensa mayoría por medio del persa, de acuerdo con el carácter ya aludido de *lingua franca* que dicho idioma tenía en la época, hecho que también puede constatarse perfectamente en M. Polo^[60]. Por otra parte, la intención de suministrar elementos útiles en la relación de itinerarios queda patente en la *Rihla* a través de la continuada mención de distancias entre puntos y poblaciones, ya sean medidas en jornadas, millas o parasangas.

De todo este variado material nos interesa recoger para nuestro propósito algunas noticias que tengan cierto interés, bien por ser inéditas o presentar una puntual oportunidad espacio-temporal, bien porque la justeza de las observaciones pueda ser corroborada por datos de conocimiento común o documentados en otras fuentes. Cruzando Egipto, por ejemplo, constata I. B. que Damietta es ciudad nueva ya que la antigua había sido destruida setenta y cinco años antes, o que uno de los flancos del faro de Alejandría —cuya descripción copia de un viajero anterior paisano suyo^[61]— está en ruinas: a su vuelta, casi un cuarto de siglo después, lo encuentra ya «enteramente derruido hasta el punto de que no era posible ni entrar en él ni acceder a la puerta». Las cifras que proporciona sobre El Cairo pueden parecer exageradas y de hecho lo son en alguna medida: «Se asegura que en El Cairo hay doce mil azacanes a lomos de dromedario y treinta mil alquiladores de acémilas: también que por el río discurren treinta y seis mil embarcaciones, pertenecientes al sultán y sus adláteres». Sin embargo, son mucho más moderadas que las citadas por el florentino Frescobaldi en 1384, unos sesenta años después: el italiano afirma que son ciento treinta mil las acémilas, camellos incluidos, dedicadas a acarrear el agua a la ciudad; que hay en ella cerca de veinticinco mil cristianos renegados y seis mil norias; que más de cien mil personas pasan la noche en las afueras por carecer de casa; en fin, que aun juntando los navíos de un solo puente vistos en Génova y Venecia no llegarían a sumar la tercera parte de los que navegan por el Nilo^[62].

Sintomático del prestigio cultural o simbólico que conservan ciertas ciudades es el recurso, como elemento retórico introductorio, a las descripciones de Alepo, Damasco o Bagdad realizadas por Ibn Yubayr, que, copiadas al pie de la letra, son complementadas inexorablemente por ristras más o menos largas de poemas, seleccionados por el redactor de la *Rihla*. Mas, a continuación, el relato nos ofrece datos precisos, como este apreciable ejemplo de arquitectura funcional árabe en Alepo: «Los mercados tienen techos de madera con lo que los habitantes siempre disfrutan de sombra. La alcaicería no tiene igual en belleza y dimensiones: rodea a

la mezquita de manera que cada galería desemboca en una de las entradas del templo». O la verdadera delectación morosa con que va dando cuenta de la estructura y detalles de la mezquita de los Omeyas en Damasco, añadiendo datos que nos hacen comprender cabalmente el papel que cumplían estos edificios religiosos como auténticos centros de enseñanza. La prestigiosa aureola de la capital siria llega de este modo a convertirse en un lugar común, utilizado varias veces por I. B. como expresión de ciudad armoniosa, bella y limpia: «No hay en el Oriente una población que, como Šīrāz, se acerque tanto a la ciudad de Damasco por la belleza de sus zocos, ríos y jardines, y por la hermosa estampa de sus habitantes». De Bagdad le impresionan, sobre todo, los baños a los que dedica una descripción con una primera parte retórica y otra segunda informando de las instalaciones y servicios de que disfrutaban. Careciendo de sentido alargar desmesuradamente la relación de este tipo de informaciones, nos limitaremos a resaltar la observación de casas de pisos en Mosul, incluidas muchas de ellas entre sus dobles murallas, o la hermosa muestra de canalización urbana de un río en Nasibin. En las dos ciudades santas del Islam —prescindiendo aquí de la tercera, Jerusalén, cuya consideración en el mismo sentido por las comunidades judía y cristiana encierra una perfecta compatibilidad histórica— es difícil hallar referencias nuevas tanto del trazado de edificios como de los ritos de peregrinación, por ser materia oral o literaria común de multitud de obras y tradiciones anteriores o contemporáneas. Dejando a un lado que la peregrinación a La Meca era uno de los móviles iniciales del viaje de I. B. y que en la repetición de este hecho basará buena parte de su autoridad moral, obviando la relación de personajes y sucesos históricos que anota en dichas visitas por ser consideraciones ya reseñadas anteriormente, podemos, sin embargo, dejar constancia de curiosos datos sociológicos basados en la observación directa. Por ejemplo, la circunstancia de que los servidores y guardas de la mezquita de Medina sean casi todos etíopes, mientras que entre los jeques, almuédanos e imanes se cuenten egipcios y andalusíes; o el afirmar que en la Ka'ba hay «siempre alguien cumpliendo las circunvalaciones, tanto de noche como de día: nadie recuerda haberla visto jamás sin algún fiel girando en su torno». En fin, la precisión de que egipcios, sirios e iraquíes rivalizan en el profuso empleo de luminarias nocturnas en Minà, «siempre con ventaja para los sirios», lo cual no es obstáculo para que los iraquíes se lleven la palma en generosidad repartiendo dádivas a troche y moche, hasta el punto de que «si encontraban a alguien durmiendo, le metían por la boca oro y plata» para despertarle. Aún más, cuando I. B. viene con ellos a cumplir la peregrinación desde Iraq, en otoño del 1327, «tanta limosna dieron que bajó el precio del oro en La Meca». El dato no será cierto, pe-ro hay que reconocer que como paradigma hiperbólico es una maravilla.

En la descripción de ciudades asiáticas no árabes encontramos reiteradamente la articulación de la estructura urbana en barrios separados, generalmente mediante murallas, obedeciendo dicha división a motivos tanto religiosos como étnicos,

políticos o comerciales que, de hecho, pueden darse entrecruzados. En Anatolia residen aislados entre sí «por su propia voluntad», según dice el viajero, los mercaderes cristianos —italianos y franceses en su inmensa mayoría— de los antiguos habitantes griegos, cristianos también, e igualmente los judíos y la población musulmana: naturalmente, el rey o gobernador con sus tropas y funcionarios dispone de su propia ciudadela amurallada. La distribución de Sará, capital de la Horda de Oro, parece obedecer a razones étnicas y cronológicas de asentamiento, a las que se añaden las comerciales y de población flotante: independientemente de su confesión religiosa, viven en barrio aparte las diferentes tribus mongolas, turcas y tártaras, rusos y griegos, amén de los mercaderes y extranjeros, sea cual sea su procedencia. En las populosas aglomeraciones urbanas de India y China, estos barrios se convierten en verdaderas ciudades entrelazadas. La mención hecha por I. B. de las sucesivas ampliaciones de Delhi a partir de la vieja ciudad, siguiendo el proceso de consolidación del sultanato y hasta conformar las cuatro ciudades que encuentra a su llegada, es totalmente correcta incluso desde el punto de vista histórico, errores de datación aparte^[63]. En cuanto a la vastedad de las urbes chinas, la Rihla apunta como uno de los motivos el hecho de que cada casa disponga de tierras y huerta propias, si bien la descripción de estas ciudades y su distribución parecen en ocasiones rápidamente convencionales, cual si fueran producto de información indirecta más que de observación propia: es el caso de Pekín o QanSianfil —tal vez Fou Tcheou—, lugar de localización dificultosa^[64].

El relato dedicado a Jansa (Hang-Tcheou-Fou) es, sin embargo, mucho más detallista y vivo, mencionando además los nombres de sus huéspedes y acompañantes musulmanes y proporcionando, mediante la caracterización de sus seis ciudades amuralladas, noticias y reflexiones de cierta importancia. Para empezar, I. B. afirma rotundamente que «es la mayor ciudad que mis ojos vieran sobre la faz de la Tierra: su longitud equivale a tres días de marcha». Teniendo en cuenta que Sarä, calificada por él mismo como «grande en extremo», se recorre de punta a punta en algo más de media jornada, podremos hacernos una idea de la enormidad que el tangerino atribuía a Jansá. En la primera ciudad —dice— habitan el gobernador y la guarnición «que son doce mil con categoría de soldados», mientras que en la segunda «residen judíos, cristianos y los turcos adoradores del sol, que son muchos». Este último dato contradice un tanto la observación de M. Polo de que en esta ciudad «no hay más que una iglesia de cristianos nestorianos»^[65]. No obstante, sabemos que el nestorianismo había sido llevado a China por pueblos turcos, siendo tan numerosos los seguidores de esta secta cristiana que reinando aún Kublai Kan, «en 1289, se creó un órgano gubernamental destinado a supervisar los templos y monasterios»^[66]. La noticia de I. B. semeja, pues, estar más cerca de la realidad. Por el contrario, las cifras sobre el tamaño de la ciudad y su guarnición dadas por el veneciano son mucho más desaforadas: «la ciudad de Quinsai tiene cerca de 100 millas de cintura y 12.000 puentes de piedra y mármol», en cada uno de los cuales

«tienen 10 centinelas de día y de noche»^[67]. En cualquier caso, la coincidencia en la cifra doce mil que más adelante veremos repetida nos remite otra vez —como antes en El Cairo— a esos números convencionales tan frecuentemente usados por la información tradicional.

En la tercera ciudad señala I. B. que viven los musulmanes, apresurándose a añadir que su número «en esta población es grande». La Rihla refleja perfectamente tanto la situación minoritaria del Islam en China como la agudización, natural en estas circunstancias, del sentimiento de comunidad inherente a la sociedad musulmana: «Estos comerciantes —dice el viajero refiriéndose a los de Jansá—, al residir en tierras de infieles, cuando les llega un musulmán se regocijan enormemente y dicen “Ha venido de tierras del Islam”. Le entregan la limosna legal, con lo que se vuelve rico, como si fuera uno de ellos». Mas también deja constancia de la capacidad de organización interna propia que a las comunidades islámicas concede el imperio mongol: «En todas las ciudades y pueblos de China no puede faltar un jeque musulmán que entienda en cuanto se refiere al Islam y un juez que dirima las diferencias». En otras palabras, hechos históricos probados cuales son la tolerancia religiosa del poder mongol y la certeza de que las agrupaciones musulmanas de China en esta época se nutren, por lo general, no de indígenas convertidos sino de musulmanes inmigrados^[68] están recogidos puntualmente en la Rihla.

Siguiendo con la descripción de las ciudades que componen Jansá, se nos dice que la cuarta, residencia del príncipe, «es la mejor de las seis, surcada por tres ríos» y con una enorme ciudadela en el centro; en la quinta habita el pueblo, que cuenta con artesanos experimentados y, por último, en la sexta viven «marinos, pescadores, calafates, carpinteros») también arqueros e infantes, «todos ellos esclavos del emperador». En relación con el trabajo artesanal, I. B. es informado de que «hay mil seiscientos maestros, cada uno de los cuales tiene a su cargo a tres o cuatro aprendices», datos muy modestos si los comparamos con los suministrados por M. Polo: «Hay 12 ramos de industrias u oficios, uno de cada arte, y éstas tienen sus correspondientes casas y almacenes. De modo que para la venta hay 12.000 casas de éstas y otros 12.000 almacenes. Estos están regidos por un maestro, que tiene a su cargo 10, 20, 30 y hasta 40 oficiales»^[69]. Y aún volvemos a observar la coincidencia en las cifras convencionales, ahora en los múltiplos de dieciséis como antes en los de doce: «Hay además en esta ciudad 160 hogares, es decir, que están en grupos de viviendas y forman manzanas (...) la manzana (...) forma un total de 1.600.000 casas, entre las cuales se cuentan infinidad de bellos palacios»^[70].

En sus travesías de mares y océanos los grandes puertos atraen poderosamente la atención del marroquí, circunstancia plasmada en breves descripciones que incluyen número y calidad de barcos fondeados, enlace habitual con otros enclaves marítimos y clase de mercaderías que entran o salen. Ya desde las primeras páginas del relato menciona los que —no sin razón— eran para él mayores puertos del

mundo: Alejan-dría en el Mediterráneo, Feodosiya en Crimea, Quilón y Calicut en la India, Zaytun (Thsiuan-Tcheu-Fou) en China. De otros no menos famosos retiene diversos datos: la magnífica fortificación de Tiro, según relato de Ibn Yubayr; el tráfico continuo entre Adén y los principales puntos de la costa occidental del continente indio; la fuerza del flujo y el reflujo en Cambay, así como las impresionantes mansiones de sus mercaderes; la observación de que en Mangalore «desembarca la mayor parte de los mercaderes de Fárs y el Yemen, pues hay muchísima pimienta y jengibre»... paralela a la que hace M. Polo a propósito de la costa de Malabar: «Este reino tiene gran cantidad de pimienta y de jengibre (...) Y los que van a Adén lo llevan a Alejandría»^[71]. Como también son similares los párrafos laudatorios que ambos viajeros dedican al puerto chino de Zaytūn: «La rada de Zaytūn es una de las mayores del mundo o —mejor dicho— es la mayor. Allá vi obra de cien enormes juncos, aparte de incontables embarcaciones menores», dice I. B. mientras el veneciano relata, entre otras cosas, las siguientes: «Es el puerto en donde vienen a parar las naves de la India (...) hay un movimiento continuo de mercaderías y un mercado de piedras preciosas que es maravilloso (...) Habéis de saber que éste es uno de los puertos de más importancia del mundo»^[72].

La caracterización de las grandes vías fluviales presenta un rasgo muy acusado y significativo en la Rihla: casi todas las descripciones tienen como punto de referencia al gran río africano y mediterráneo, el Nilo. La primera mención que I. B. le dedica mientras remonta su curso hacia El Cairo, «flanqueado por ciudades y aldeas bien dispuestas y sin solución de continuidad», explicando que para viajar por él no hacen falta provisiones ni cosa alguna «porque los zocos se suceden desde la ciudad de Alejandría hasta El Cairo y desde aquí hasta Asuán, en el Alto Egipto», esta primera mención —decimos— le servirá de muletilla al recordar sus navegaciones por el Río Azul y el Amarillo o, sin necesidad de ir tan lejos, por la misma desembocadura del Tigris y el Eufrates en el Golfo Pérsico, recurso tópico que, por otra parte, ya hemos apuntado anteriormente. Los mismos rasgos con que intenta definirle en páginas posteriores —donde se entrevera la hermosa leyenda de los Ríos del Paraíso con datos objetivos como el régimen de crecidas o la anchura del Delta— le dan pie para ofrecer la lista de los diez mayores ríos del mundo, del mismo modo que, como acabamos de ver, la mención de Alejandría le sugiere la relación de los otros grandes puertos. Esta condición de río mítico y africano por excelencia y, sobre todo, el hecho de que sus fuentes no se descubrieran hasta el siglo XIX hacen que el tangerino confunda mucho más tarde, en su viaje al África negra, el Níger con el mismo Nilo, trazando incluso un cauce imaginario: según I. B., el Nilo pasaría por Tombuctú y Gao para cruzar el centro del continente y descender «a continuación hacia el país de Nubia», llegando por último a las Cataratas que constituyen «el confín del país de los negros y el comienzo del territorio de Asuán, en el Alto Egipto»^[73]. Esta confusión, obviamente, no es en modo alguno privativa de la Rihla: toda la documentación sobre el tema, tanto coetánea como posterior, cae en el

mismo error^[74].

De otro tipo son los relatos que sobre el delta del Danubio y el Volga helado refiere el viajero, relacionados con la dificultad de su travesía. Ambos están enmarcados entre las descripciones de las inhóspitas llanuras al norte del Kama y del frío invierno de la Rusia meridional. En cuanto a las primeras, redactadas a continuación de su fingido viaje a Bulgār y rematadas por la mención de la Tierra de las Tinieblas, encontramos no poca similitud con las noticias proporcionadas por M. Polo, especialmente acerca del uso de trineos tirados por los hábiles «perros enormes» del marroquí o los «mastines grandes como pollinos» del veneciano^[75]. Las contradicciones en torno a las jornadas de extensión del territorio, o a la abundancia de postas y mesones reseñada por los Viajes en contraste con la afirmación de que «no hay en este desierto ni un sólo árbol, ni piedras, ni poblados», hecha por I. B., parece que podrían venir originadas por los puntos de referencia tomados por los informadores respectivos —Bulgjr, como ya hemos dicho, para el tangerino y, posiblemente, las tierras al norte del principado de Moscú para el otro viajero—. Las notas sobre el tráfico de pieles en la misma Tierra de las Tinieblas, llamada provincia de La Oscuridad por M. Polo, son prácticamente idénticas: «Tienen pieles de gran valor: cebellinas, zorros negros, martas y armiños. Todos son cazadores y reúnen tal cantidad de estas pieles que es maravilla, y los vecinos que viven en la luz se las compran y con ello acumulan riquezas»^[76]; párrafo que el lector puede confrontar, si lo desea, con el equivalente en la Rihla. Únicamente destaca el carácter misterioso y mágico que el informador de I. B. atribuye a los cazadores esteparios: «los que se dirigen a este sitio no saben si los que comercian con ellos son hombres o genios, pues jamás ven a nadie», frente a la cruda realidad expuesta por el italiano: «Estos hombres son muy grandes y buenos mozos, pero pálidos y sin color»^[77].

De la otra descripción aludida, la del viaje invernal por las regiones comprendidas entre las desembocaduras del Dniéper y el Volga, no pueden extrañarnos las prolijas y asombradas observaciones del tangerino, hombre nacido y criado en el preciso lugar donde las aguas mediterráneas se hacen atlánticas: «Hacía las abluciones con agua caliente, cerca del fuego, pero no caía una sola gota que no se helase al momento; al lavarme la cara, se me helaba el agua en la barba: si la removía, parecía que nevaba». Claro que M. Polo tampoco se queda corto en la caracterización del frío ruso: «En Rusia hace el mayor frío del mundo, de tal suerte que en invierno apenas puede uno escapar con vida»^[78]. Y, sin embargo, cruzando los desfiladeros nevados del Atlas a su vuelta de Malí, confiesa I. B. haber transitado senderos malos y con mucha nieve por Persia y Afganistán pero no haber visto «nunca un camino peor que el de Umm Yunayba», a cien kilómetros escasos de Fez.

El viajero se siente a todas luces mucho más relajado rememorando los seguros y apacibles parajes de Málawa o Malabar, jalonados por casas de madera con bancos, pozos de mampostería con pabellones y asientos de piedra e incluso mojones

indicadores de distancias, sombreado por árboles el camino que discurre entre huertos. O navegando por las Islas Maldivas, tan cercanas entre sí «que, cuando sales de una, ya Ves aparecer las copas de las palmeras de la otra». Los lugares que, por otra parte, destaca a su paso por el Índico oriental y el Golfo de Bengala reúnen características ora de prestigio sagrado —como el monte Sarandib o Pico de Adán— ora de condición exótica como el territorio de los Barahnakár. La descripción de las cadenas colgadas que facilitan la ascensión al monte sacro no puede ser más ajustada, coincidiendo plenamente con M. Polo^[79]. Ambos disienten, por el contrario, en lo tocante al pedazo de anatomía de nuestro primer padre que los mongoles se llevaron a China. Veamos qué dice I. B.: «La huella del Santo Pie (...) se halla en una roca negra (...) y tiene una longitud de once palmos. Los chinos vinieron aquí tiempo ha y se llevaron el trozo del dedo gordo, guardándolo en un templo de la ciudad de Zaytin, adonde van ahora en romería desde los pueblos más remotos». Por su parte, el veneciano nos cuenta lo siguiente: «Aconteció que el Gran Khan oyó decir que en esta montaña estaba el monumento de Adán y que se guardaban en él sus dientes, su pelo y su cuenco, y se dijo desearía tener en su poder estas tres cosas. Entonces envió una embajada, y esto fue el año 1284 (...) consiguieron traerse los dos dientes molares, grandes y gruesos, los cabellos y el cuenco, que era de pórfido y muy bello (...) todos los de Cambaluc [Pekín] fueron al encuentro de las reliquias y las llevaron procesionalmente al Gran Khan»^[80]. Evidentemente nos hallamos ante un cruce de tradiciones. De un lado, como apunta Gibb, la huella del pie pertenece sin duda a Adán para los musulmanes, a Buda para los budistas y a Siva para los hindúes. De otro, sabemos que la más importante reliquia ceilandesa es la muela del juicio derecha de Buda, llegada a la isla en el siglo IV después de J. C. y guardada a través de los siglos como símbolo de poder político^[81]. Ahora bien, ¿de quién son esos enormes molares que el cristiano M. Polo no cree sean los de Adán, mas cuyo traslado a China corrobora plenamente? Pues la célebre muela se encuentra en el templo de Kandy, en Ceilán, y otra destruida en el siglo XVI por los portugueses era absolutamente falsa, según los isleños^[82]. Posiblemente la clave esté en la condición religiosa de los informadores —musulmanes o budistas— de ambos viajeros.

Embarcado en un junco que le lleva de Bengala a Sumatra, a mitad del camino topa el tangerino con lo que llama «país de los Barah-nakár», cuyos habitantes masculinos nos retrata diciendo «que tienen jetas perrunas. Los de esta taifa son salvajes que no profesan la religión de los hindúes ni ninguna otra». Si hemos de creer a M. Polo, narrador de noticias muy parecidas: «Angaman es una isla muy grande, sin ley ni rey. Son idólatras, viven como los animales salvajes (...) los hombres tienen cabeza y dientes de perro, y en su fisonomía parecen enormes mastines»^[83], si hemos de creerle —repetimos—, este lugar no sería otro que las Islas Andamán, aunque otras hipótesis apuntan a la costa de Birmania próxima a los

montes Arakán^[84]. En cualquier caso, parece claro que la siguiente consideración por parte del cristiano o está llena de prejuicios o procede de información tendenciosa: «Son muy crueles y antropófagos y se comen cuantos hombres prenden que no sean de sus gentes»^[85], pues no puede ser más opuesta a la escena de acogida relatada por I. B.: «Cuando llegamos a la costa, salieron a recibirnos en barquichuelas hechas de leños y nos trajeron plátanos, arroz, hojas de betel, nueces de areca y pescado». No cabe duda que, con arreglo a criterios antropológicos, esta última conducta es mucho más frecuente entre los pueblos primitivos.

Como ya hemos dicho, uno de los principales objetos de atención de la Rihla lo constituyen, de manera constante y reiterada, la agricultura y la vegetación en todas sus formas. Naturalmente, si los árboles o cultivos son habituales o conocidos en los países ribereños del Mediterráneo, tan sólo hace mención de ellos indicando a veces su abundancia y calidad, pero sin entrar en más detalles, inútiles por sabidos. Por lo general, estas apreciaciones suelen ser muy justas, especialmente en lo referente a frutas frescas o desecadas, almíbares y julepes a los que I. B. parece ser un gran aficionado. Cuando de Basora dice, por ejemplo, que «no hay lugar en el mundo que tenga mayor número de palmeras», no estamos en modo alguno ante una afirmación hiperbólica. Y no sólo por la aseveración coincidente de M. Polo diciendo que «alrededor de ella se crían las mejores palmeras que hay en el mundo»^[86], sino porque cualquier persona que allá se llegue podrá asombrarse ante los infinitos y densos palmerales que flanquean ambas márgenes del Saṭṭ al-Arab, la desembocadura conjunta del Tigris y el Eufrates. Como tampoco parece exagerar en absoluto al hablar de los melones de Juwārizm: «El melón de Juwārizm no tiene igual en ningún país del mundo, si exceptuamos el de Bufúrá. El de Isfáhán le sigue en calidad. La cáscara del primero es verde y su interior rojo; el sabor es muy dulce, aunque la carne sea dura. Lo curioso es que lo cortan en rajas para secarlo al sol y después lo ponen en unos cestos —como hacemos nosotros con los higos secos y los de Málaga— para transportarlo desde Juwārizm hasta los confines de la India y China». Y aún añade que no hay fruto seco de sabor tan agradable, y que estando en Delhi suspiraba continuamente por dichas rajas de melón. Todos los viajeros medievales —anteriores y posteriores a I. B.— que recorren, esa amplia zona del Jurāsān, Juwārizm, Turquestán y Transoxiana insisten en lo mismo: «Existe [en Juwārizm] una especie de melón más sabroso y dulce que el azúcar y la miel, y otra especie de melón con la cáscara verde (...). Se guardan colgados en las casas durante el invierno y se venden en mercados»^[87]. O bien: «e fizieron traher [en Nisapur] mucha vianda E mucha fruta e muchos melones que los avia muy grandes e buenos»^[88]. Y aún: «e los melones desta tierra [Samarcanda] Son muchos e buenos (...) ay tantos dellos quelos pasan e fassen dellos figos, quelos tienen de un año a otro; e pasan los desta manera: cortan los al través pedacos grandes e quitan les las cortezas e ponen las al Sol; e desde que son secos, tuercen los unos con otros E meten los en unas seras; e allí los tienen de año a año»^[89]. Mas también los viajeros

contemporáneos asienten: el mismo Monteil, que anduvo por allá hace unos quince años, asegura con toda seriedad que los melones de Irán y Asia Central siguen siendo inigualables^[90].

A los productos agrícolas de China, sin embargo, no dedica el tangerino más que unas breves y tópicas frases laudatorias en extremo, lo que acrecienta nuestras sospechas acerca de su estancia en ese país: aun habiendo viajado realmente allí, como también parece deducirse de otros datos que aporta (vid. supra, descripción de Jansá), no debió estar en todos los lugares que dice y posiblemente suplió la carencia de observación directa con informaciones sucintas y estereotipadas recibidas de sus huéspedes musulmanes. El contraste con la India es claro: varias páginas repletas de menciones de los diversos árboles, frutos, legumbres y cereales, con expresión de las diversas cosechas anuales y temporadas de recolección, amén de pormenorizadas descripciones de las plantas desconocidas o exóticas, avalan claramente un testimonio vivo muy distinto del caso anterior. Lo mismo puede decirse de la enumeración, coincidente en gran medida con la de M. Polo^[91], de especies aromáticas, árboles y arbustos existentes en Sumatra y Java, llegando incluso a introducir crédulamente a propósito del alcanfor tradiciones populares de origen mágico. Un relato popular para explicar el nacimiento del cocotero y la nuez de coco en el Yemen incluye asimismo, aunque afirmando en esta ocasión su falsedad, en la descripción botánica más larga de la Rihla. En efecto, tanto del coco como del betel explica I. B. su origen indio, detalla sus propiedades alimenticias, medicinales y afrodisíacas, comunica sus características, menciona sus usos ceremoniales y, en fin, relata el proceso de elaboración de productos derivados del coco: aceite, leche y miel.

Otras observaciones sobre usos medicinales de diversos frutos hace de pasada en algunos lugares, como la utilización de jugo de limón para contrarrestar, en Ceilán, la terrible picadura de la sanguijuela voladora, o el julepe de tamarindo que se administra a sí mismo para curarse de fiebre en el Coromandel. Por último, cerramos esta abigarrada lista con la mención, en Malí, de lo que opinamos deben ser árboles de baobab, pues el viajero nos dice que son «enormes, centenarios, uno de los cuales puede dar sombra a una caravana entera». Al añadir que topó en el interior de uno de ellos el taller de un tejedor, soliviántase acto seguido el patriotismo andalusí del redactor Ibn Ŷuzayy, el cual viene a decir que para eso no es preciso ir al África negra, que hay dos castaños, uno en Guadix y otro en las Alpujarras, «en cuyas cavidades trabajan sendos tejedores fabricando telas».

Un tipo diferente de noticias maravillosas, basadas también en las grandes dimensiones, está definido en la Rihla por los breves apuntes de lo que podríamos llamar zoología exótica monumental. Al deseo evidente de impresionar al lector u oyente marroquí se unen en ellos precisas descripciones, fruto, por lo general, de observación directa. En Hurmuz, por ejemplo, se encuentra I. B. con una cabeza de ballena «que era como una colina, con ojos como puertas»; menciona rinocerontes

tres veces en la India, sin incluir en el relato ningún elemento fantástico, como el agujón en la lengua, descrito por M. Polo^[92]; acerca de los hipopótamos del Níger —que llama caballos (jayl) o caballos de mar— nos narra el procedimiento empleado para cazarlos, documentado ya en el siglo XI por al-Bakrī, y cinematográficamente en el año 1946^[93]. En fin, del maravilloso elefante blanco del sultán de Kurunegala confiesa «que es el único ejemplar de esta especie que he visto en el mundo».

También en Ceilán, dejando aparte ya la intención de enormidad, traza una deliciosa descripción antropomórfica de los monos, que no creemos tenga relación alguna con la consideración similar del veneciano sobre los simios de Java^[94].

Volviendo al recuento de los parajes cruzados por el viajero, la travesía de desiertos ocupa un lugar relativamente destacado. I. B. ofrece informaciones a veces bastante completas sobre su extensión y características, preparativos necesarios para recorrerlos con bien, distancias entre pozos o aguadas, etc. Durante su primera peregrinación a La Meca, viniendo de Damasco en otoño de 1326, nos dibuja el itinerario habitual de las caravanas: desde el desierto jordano y recorriendo el reborde occidental del de Nufúd, el camino hasta Medina está jalonado por tabúes sagrados procedentes de leyendas coránicas y tradiciones del Profeta y, sobre todo, por el peligro del viento simún. Con otras menciones del «mortífero simún, que pudre los cuerpos de modo que si alguien muere se le separan los miembros del tronco», nos encontramos en Persia meridional, entre Hurmuz y S'irJiz, y en ese desierto que el tangerino dice recorrer entre Afganistán y el Sind. Ya el itinerario anterior por tierras del Jurāsān y de los afganos, con sus extrañas subidas y bajadas, parece ser producto de alteraciones en la memoria a la hora de dictarlo^[95]. La cosa se complica con la aparición de esta extensión desértica, caracterizada como grande y «de quince jornadas de marcha» en la Riḥla, pues el único gran desierto de la zona, el de Thar, se halla precisamente más allá de la ribera oriental del Indo. La narración del paso por el Sahara occidental, en dirección a Malí, es la más detallada de todas, seguramente porque fue dictada tan sólo cuatro años escasos después. A las precisiones ya indicadas de tipo general, añade I. B. otras como las consideraciones en torno a la labor e importancia del explorador, menciones de la fauna, terribles anécdotas cuales son la del viajero perdido y muerto a una milla escasa del agua o la del mordido por la serpiente... Por cierto, aquí el mayor peligro no lo constituyen el simún ni los beduinos salteadores, inexistentes en el relato, sino el separarse de la caravana con el consiguiente riesgo de extraviarse, lógico en un desierto arenoso de dunas móviles, condición puntualmente reseñada por el tangerino.

Viajero también por mar, según queda dicho, confiesa su miedo a la primera, navegación por el Rojo o durante las duras tempestades que sufre en el Negro y frente a las costas del Coromandel, vívidamente narradas. Por otra parte, la Riḥla documenta en la práctica el desplazamiento por parte de los europeos —en este

siglo XIV— de la hegemonía comercial por vía marítima que los musulmanes detentaban a lo largo del siglo anterior en el Mediterráneo, hecho al que ya hemos aludido anteriormente: I. B. viaja de Siria a Anatolia en un velero genovés, se dirige a Crimea a bordo de un barco rumí —posiblemente griego—, navega con catalanes de Túnez a Cerdeña. Estando en Calicut, hace una muy detallada descripción de la estructura de los juncos chinos y el modo de fabricarlos, así como de su tripulación habitual, explicándonos mucho más tarde la razón por la cual los grandes juncos van siempre acompañados de otros tres menores: hay zonas tan calmas en el Mar de la China que han de ser remolcados a golpe de remo.

De los modos de trasladarse por tierra le impresiona sobre todo el de los mongoles en el llano de los Kipchaks: la prolija descripción de carros y tiendas queda rematada por el expresivo retrato de una horda en marcha. Como también relata minuciosamente la manera de alzar las almahalas reales y de acampar, marcando las etapas mediante música y cantos, ceremonial que los mongoles repiten asombrosamente al navegar por el Indo. Contrastando con la abundancia de caballos y cuadrúpedos en general que advertimos en dichas escenas, la escasez de ellos en la India explica que el transporte individual se haga mediante palanquines y que las camas de viaje sean cómodas y ligeras. Por la misma razón, el correo a pie está mucho más extendido que el de a caballo —privativo del sultán—, siendo además mucho más rápido, pues su organización responde a un perfeccionado sistema de carreras de relevos. El mismo I. B. tiene ocasión de comprobarlo a raíz de una circunstancia personal: habiéndosele muerto una hija de varios meses de edad y estando el sultán de caza, el visir de Delhi le escribe pidiéndole permiso para enterrarla en una zagüía de su propiedad; pues bien, la respuesta llega al día siguiente por la tarde, «a pesar de que entre el lugar en que se encontraba cazando el sultán y la capital había una distancia de diez jornadas».

Aunque ya en páginas anteriores hemos resumido aspectos fundamentales de los datos económicos reseñados por I. B., estimamos conveniente proporcionar ahora una rápida guía de temas, haciendo hincapié en las observaciones coincidentes de M. Polo cuando sean significativas o confirmadoras de la información suministrada por la Riḥla. En el campo de la industria artesanal y la manufactura de tejidos, aparte de los centros y productos ampliamente conocidos en la época —fabricación y exportación de seda y porcelana chinas, telas damascenas y jerosolimitanas, terciopelos y brocados de Nisapur—, se documenta la gran expansión de los magníficos azulejos qásánies desde Persia e Iraq hasta Anatolia, Yemen y Omán, cuya pervivencia puede observarse aún en la decoración tradicional; o la aceptación que en toda la zona iraquí e irano-turca tiene el tejido mir'izz de pelo de cabra, utilizado sobre todo en la confección de capotes y manteletes. Sobre la extracción de piedras preciosas hallamos abundantes detalles acerca de las pesquerías de perlas en el Golfo Árábigo, bajo la jurisdicción del sultán de Hurmuz, y en Ceilán o Coromandel; del tamaño y calidad de los rubíes y jacintos cingaleses, con la

precisión de que a partir de cierto peso han de ser forzosamente vendidos al sultán; del lapislázuli de las montañas de Badajmán, noticias tratadas todas ellas de forma similar —incluso en las exageraciones— por el veneciano^[96]. De la minería propiamente dicha, retienen la atención de I. B. salinas saharianas, minas de cobre en Turquía y Níger, de plata en Rusia meridional —mencionadas también en los Viajes^[97]—y esas dos importantes observaciones, cual anticipados pre-ludios de la era industrial, en torno a los manaderos de alquitrán en Iraq —ya entre Kūfa y Basora o en las cercanías de Mosul, junto al Tigris— y sobre el uso de carbón mineral en China^[98].

En lo relativo al comercio y las finanzas en general, ya apuntamos en su momento la reiterada preocupación del viajero por registrar los precios de los más diversos productos y objetos, dando en múltiples ocasiones su equivalencia en dinares magrebíes. Otras referencias que nos aproximan a las modernas relaciones financieras son, verbigracia, esos auténticos cheques firmados al portador por un jeque persa para cobrarse los votos que en su nombre hacen los marinos con el fin de asegurarse una feliz travesía, los pagarés con cargo al Tesoro de Delhi previo descuento del diez por ciento, o la organización de préstamos establecida en el Sind para aquéllos que desean entrar decorosamente en la corte india. La descripción del uso y acuñación del papel moneda en China es muy semejante a la de M. Polo^[99], dándonos también noticia I. B. de formas monetarias más primitivas, como la utilización de con-chas de molusco en los intercambios comerciales en Maldivas o Malí, y la de pedazos de sal en este último país, lo cual no excluye que en el mismo lugar se cierren «tratos por muchísimos quintales de oro en polvo», sobre todo si tenemos en cuenta que anteriormente la Rihla ha trazado la principal ruta africana del oro en pepitas entre el litoral mozambiqueño y la Alta Guinea.

No olvida tampoco el tangerino citar las aduanas que encuentra a su paso, así como la obligación de pagar portazgo, cosa que no parece agradarle mucho en Multán, pues «al registrarme —dice— sufrí en demasía, ya que sin poseer nada valioso lo parecía a los ojos de la gente». En este sentido son interesantes las informaciones sobre derechos de puerto, tanto en las Maldivas, donde «consiste en poder comprar un lote de cada tipo de mercancías del barco por un precio fijo», como en el Malabar: «cuando pasa un barco cerca de una población, tiene que echar el ancla en ella y ofrecer al dueño de la ciudad un presente (...). Si no lo hace así (...) le meten a la fuerza en el puerto, le cobran doble impuesto y le prohíben partir hasta cuando ellos quieren», más matizadas y técnicas, desde luego, que las proporcionadas por M. Polo: «Si alguna nave aborda en estas poblaciones de pronto sin algún objeto definido para ellos, la secuestran y le cogen todas las mercaderías»^[100]. En cualquier caso, una de las razones de la prosperidad mercantil de Calicut es atribuida por la titila a la costumbre mantenida en esta ciudad de devolver el pecio de los naufragios a sus legítimos dueños, en contraste con el resto del Malabar. La norma, resaltada entre los hindúes y los negros de Malí, de respetar

las herencias de los forasteros quedando protegidas por la administración hasta la aparición de sus beneficiarios, tiene posiblemente la misma intención de fomentar la actividad comercial y las inversiones extranjeras. La reflexión hecha, por otra parte, acerca de la sólida riqueza de los mercaderes chinos, yemeníes y malabareños, debida según I. B. a que poseen numerosos barcos, no es del todo desatinada: pensemos en los cuasi míticos navieros griegos de nuestro siglo.

En cuanto a la organización económica del ámbito urbano y territorios anejos, se detalla frecuentemente, como ya dijimos, el monto de los tributos recaudados, destacando ciudades como Šīrāz, con novecientos mil dinares de oro anuales, y Dawlat Ābād con ciento setenta millones: la diferencia comparativa reside tal vez en que el impuesto de esta última ciudad se pagaría con las monedas de cobre y estaño acuñadas por M. h. Y no sólo de la cantidad total, sino también de su distribución, se suministran datos más o menos ciertos: los gobernadores del Sind se quedan con la mitad del diezmo; durante cierta época en las Maldivas un tercio de la recaudación total se dedicaba a los viajeros; uno de los atábak «repartía los tributos del país en tres partes: un tercio para el mantenimiento de zagüías y madrasas, otro tercio para la paga de los soldados y otro para sus gastos y los de su familia, esclavos y sirvientes», etc. A esto se puede añadir, finalmente, la descripción de los zocos y la repetida mención de su separación por oficios en las más importantes ciudades de Turquía, Iraq o Persia; o la ratificación, en la India, del conocido hecho relativo a la construcción de templos no islámicos en tierras musulmanas, capacidad de la que sólo pueden disfrutar quienes pagan capitación. La circulación de productos — agrícolas y ganaderos, textiles o industriales— entre los distintos países musulmanes constituye otro capítulo cuidadosamente reseñado en la Riḥla, del que entresacaremos tan sólo algunos casos meramente indicativos. Las dos grandes ciudades del imperio mameluco, El Cairo y Damasco, parecen ser —por ejemplo— las principales receptoras de géneros alimenticios procedentes de la cuenca oriental mediterránea: ambas importan arropes, frutas secas y, sobre todo, aceite de Palestina y Líbano, así como los mejores albaricoques de Anatolia. En el Índico son las Maldivas las que exportan mojama de atún al Yemen, China e India, demandando a su vez corderos del subcontinente y Somalía. Las telas del delta del Nilo abastecen tanto a la capital del país como a Iraq y Siria, y las del Jurāsān se llevan a la India, mientras que las alfombras de lana del nordeste de Turquía se exportan prácticamente a toda la inmensa zona recorrida por el viajero. El Egipto mameluco es también el principal destinatario de productos industriales, pues el hierro de Beirut y las maderas de la costa suroccidental de Asia Menor se descargan en los puertos de Damietta y Alejandría. En fin, el masivo e importante tráfico de vigorosos caballos de los pastizales que la Horda de Oro posee entre el mar de Azov y Astracán, así como el de finos corceles del Yemen, Omán y Persia, siempre en dirección a la India, queda fielmente reflejado por I. B. en términos muy parecidos a los que podemos leer en los Viajes del italiano^[101].

La información más estrictamente sociológica adquiere aún, si cabe, mayor riqueza de matices, teniendo en cuenta que subyacen en ella usos, costumbres y estructuras de sociedades muy diversificadas dentro de la amplia extensión territorial comprendida en la Riḥla. Naturalmente, dicha información está mediatizada por condiciones objetivas y subjetivas que se plantean de manera simultánea la inmensa mayoría de las veces: de una parte, el problema ya constatado en varias ocasiones sobre la inmediatez de las fuentes, pues testimonios directos se amalgaman con referencias ajenas, próximas o diluidas, que poseen diferentes grados de fiabilidad; de otra, las bases culturales existentes en muchos de los lugares visitados por el marroquí, distintas a aquéllas en las que de manera natural e histórica está inserto, requieren una capacidad de adaptación y flexibilidad mental muy variable, según las circunstancias; y, por último e íntimamente ligado a lo anterior, la visión de I. B. nos llega tamizada no sólo por su condición de alfaquí y peregrino musulmán, sino también por su precisa caracterización de seguidor de la ortodoxa escuela málikī. Obvio es, por tanto, que las observaciones referidas a fiestas y folklore en general, ceremonias sociales o familiares, estados de la mujer, usos y ritos alimenticios, normas coercitivas y punitivas, situación de minorías y grupos marginales, etc., hállanse encuadradas dentro de tales coordenadas.

Las fiestas en torno a la aparición de la luna nueva, que marca los diferentes meses del calendario musulmán, están narradas generalmente de modo muy convencional. La apertura del Ramadán en el Delta o el día del mahmil en El Cairo nos muestran festejos multitudinarios donde al protocolo religioso-gubernamental se yuxtaponen manifestaciones populares, pero en ambas ocasiones la presencia del tangerino es dudosa si nos atenemos a los datos más objetivos de su itinerario y fecha de salida del país. Celebraciones similares en La Meca son descritas en función del ritual religioso, con adición en algunos casos de paradas militares o detalles vívidos como el de las innumerables antorchas y luminarias encendidas la primera noche de Sawwāl, mes precursor de los otros cuatro «destinados a la peregrinación». Mayor interés documental ofrecen las menciones de fiestas agrícolas, como los sábados de la pal-mera, en Zabid, que dejan vacía la ciudad. Por cierto, la alusión acerca de músicos y cantores en dicha celebración evidencia un problema personal bien tangible en la Riḥla: según la Risāla málikī —tratado de interpretación del dogma y del derecho islámico de esta escuela, cuyo texto fue fijado por al-Qayrawānī en el siglo x— es ilícito escuchar música y cantos profanos y, mucho más, recitar el Corán mediante modulaciones rítmicas sospechosas. Pues bien, I. B. es un claro aficionado a este tipo de manifestaciones folklóricas —¡llegando a contratar cantores en un viaje oficial que realiza por los alrededores de Delhi!—, por lo que se esfuerza en demostrar que los instrumentistas y cantantes indios, ya en la capital o en Dawlat Ābād, rezan también y asisten a la mezquita junto a los imanes.

De las varias exequias fúnebres consignadas deducimos que le agra-dan las de

Damasco y Delhi por lo bien ordenadas y serenas, sensación reforzada en la última capital a causa del profuso empleo de flores y frutos, la costumbre de rociar con agua de rosas a los asistentes y las ofrendas mutuas de julepe y hojas de betel. Sin embargo, el rechazo que le produce la espectacular y «vergonzosa» (sic) ceremonia atestiguada entre los atábak de Persia viene motivado, creemos, precisamente por su escenificación dramática. Afirmamos tal presunción al comprobar que formas de enterramiento tan inusitadas para él como acompañar al muerto con antorchas, flautas y «canciones deleitosas» en la provincia de Isfáhán, enterrar a los familiares dentro de las casas en Sirdz o embalsamarles de modo peculiar en Anatolia, le provocan cierta extrañeza pero de ninguna manera desagrado. El relato de las exequias del Kan de China contiene un error de bulto: I. B. no ha podido asistir a ellas por la simple razón de que Togán Temur murió en 1368. Sin embargo, la información recibida por el marroquí sobre lo que posiblemente eran funerales de un jefe mongol recoge las dos características fundamentales de matanza o sacrificio de servidores y caballos que M. Polo atribuye al entierro de «todos los grandes señores que descienden de la dinastía de Gengis Khan»^[102]. Aparte del suicidio ritual en las aguas del Ganges mencionado por la Rihla, también la ceremonia de autoinmolación reseñada en Java es corroborada por el veneciano en tierras del Coromandel, aunque en este último caso se explicita el carácter sustitutivo de tal conducta con respecto a una previa condena a muerte^[103].

En cuanto a los esponsales, describe I. B. una violenta y colectiva costumbre india de entrada en la habitación nupcial y, por otra parte, una curiosa esquematización simbólica de la dote en las Maldivas: en efecto, «cuando un hombre se casa y se dirige a la morada de su esposa, ésta le alfombra con lienzos de algodón el espacio entre la puerta de la calle y la de la alcoba, colocando además puñados de conchas a ambos lados del camino». Puesto que conocemos el valor monetario asignado por los maldivianos a las conchas y sabemos además que «se visten con diversos paños», la intención referencial de la escenografía nos parece evidente. En Sumatra esboza un deslumbrante relato de bodas reales, recalcando la inquietante costumbre —tratándose de musulmanes— de que novia y damas vayan sin velar y ambos desposados se pasen el betel de boca a boca, «ante los ojos de la gente». Este tipo de hábitos desazonan siempre a I.B., como es lógico en un musulmán ortodoxo que además tiene pretensiones de alfaquí, jeque y aún cadí: los turcomanos de Anatolia, por ejemplo, son sunníes, afectivos y hospitalarios pero no sólo consumen baliI y las mujeres llevan la cara descubierta, sino que también aceptan con toda normalidad el proxenetismo público más descarado —utilizando jóvenes y hermosas esclavas griegas, claro—. La indignación del tangerino aumenta ante los pechos desnudos de las maldivianas —costumbre que intentó en vano suprimir cuando le nombraron juez— o las relaja-das relaciones amistosas y sexuales entre los Massña de Malí o los járiyies de Omán, aunque en este último caso tienen al menos la excusa de ser herejes. Por el contrario, el modelo ideal de mujer musulmana se cifra en el

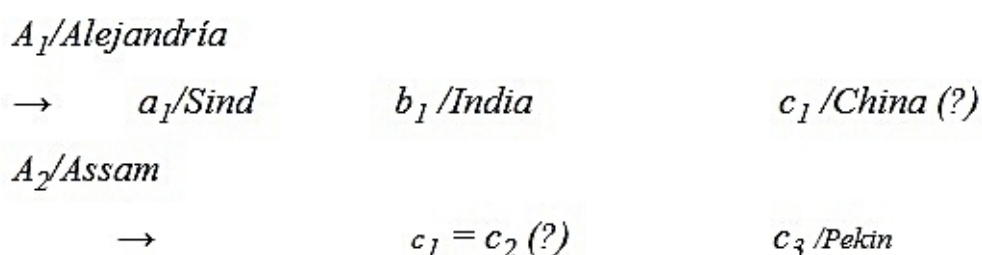
retrato de las hembras de Hinawr: bellas, castas y saben de memoria el Corán. Mas aparte de estas reflexiones, digamos formales y/o superestructurales, la Rihla recoge asimismo los diversos mecanismos legales de protección femenina, cuales son la normativa sobre el reparto de noches entre las esposas, situación y trato de las repudiadas, etc. De todo este material quisiéramos resaltar especialmente dos observaciones que parecen tener una misma base socio-económica: a) la alta consideración social y su práctica equiparación con los hombres de que gozan las mujeres mongolas y beréberes; b) la capacidad decisoria de las maldivañas, claramente expresada en la negativa de la hija de un visir a contraer matrimonio —actitud incomprensible también, no lo olvidemos, para el mundo cristiano de la época, al menos en ese nivel social—. En el primer caso se trata de grupos sociales nómadas o seminómadas en los que la participación activa de la mujer en la vida económica diaria es incuestionable. En el segundo, recordemos que maldivañas de todas las capas sociales trabajan como asalariadas en el hilado de la fibra de coco, fase fundamental en la fabricación de sogas para barcos, cuya exportación constituye precisamente la principal fuente de ingresos de las Islas. Incidiendo en el tema, I. B. documenta además el fenómeno del matrilinealismo en la costa del Malabar y entre los beréberes de Malí.

De las costumbres aún más extrañas en el mundo no musulmán, resalta el bárbaro castigo del adulterio entre los Barahnaká r o la incineración de las viudas hindúes, de la cual nos ofrece un testimonio directo de gran riqueza descriptiva sin comparación posible con la escueta noticia suministrada por M. Polo^[104]. Infieles son también casi todas las innumerables esclavas que el viajero disfruta, compra y vende o recibe en calidad de regalo: le hacen compañía en los carros tártaros, en las cabinas de los juncos chinos, en las caravanas que transitan por el Sahara. Su cánón de belleza es, evidentemente, distinto al del veneciano, como puede observarse en el caso de Rusia^[105], definiendo su ideal en el retrato de la hembra beréber: «Sus mujeres son las más hermosas y de más bello rostro que hay, además de su blancura sin mezcla y de sus buenas carnes: en ningún sitio he visto otras que les igualen en grasas». Insinúa con bastante claridad que le interesan ciertas particularidades anatómicas, así como la proverbial destreza sexual de las mujeres hindúes y maldivañas: las virtudes afrodisíacas que, según él, posee la alimentación de las islas producen efectos tan asombrosos como increíbles. Todo esto podría parecer contradictorio con respecto al puritanismo formal de origen socio-religioso expresado en párrafos anteriores, mas no debemos olvidar que el acto sexual en sí no es para el Islam —circunstancias aparte y a diferencia del Cristianismo— intrínsecamente malo o pecaminoso en modo alguno. Por otra parte, son abundantísimas en la Rihla las referencias sobre la diversa valoración de delitos y aplicación de los castigos consiguientes en la multiforme sociedad del siglo XIV. El desagrado —y en ocasiones auténtico horror— que I. B. experimenta ante las torturas y ejecuciones no le impide dictar con todo rigor las más duras sentencias

coránicas cuando actúa como juez o expresar su satisfacción por las medidas adoptadas contra los que no asisten a la oración colectiva, recalando al tiempo los valores igualitarios de la justicia islámica que permiten castigar a los más poderosos sultanes, aunque la misma manera de relatar estos hechos indica que se trataba de casos verdaderamente excepcionales. En torno a la exactitud de algunas de estas informaciones, podríamos apuntar el ajustado paralelismo advertido en la mención que M. Polo hace de las penas aplicadas por los tártaros a los cuatrerros y de la severidad con que los hindúes —musulmanes o no— juzgan el robo y la embriaguez, entre otros delitos^[106].

Entre las consideraciones que el tangerino dedica a minorías o grupos marginales no insertos en la civilización urbana, destaca en primer lugar la postura mantenida frente a los beduinos. Hombre de cultura ciudadana y tendencias cortesanas, siente por ellos aversión y desconfianza invencibles, tachándoles de chalanes, ladrones y destructivos. El retrato del emir de los beduinos de Siria en Delhi no puede ser más expresivo: inculto, rudo y grosero, vulgar, ignorante y aún «comedor de ratas». En cuanto a judíos y cristianos, su actitud varía según las circunstancias aunque por lo general es reflejo de la tolerancia islámica con respecto a ambas religiones y el reconocimiento de profetas y tradiciones comunes, sobre todo en la zona sirio-palestina. Únicamente se muestra agresivo con los cristianos triunfantes en al-Andalus y con un médico judío que comete la osadía de sentarse por cima de los recitadores del Corán. Por los faquires y derviches de las diversas cofradías sufíes deja transparentar una gran simpatía, tanto por el uso que hacen de la música y la danza como por esa mezcla de ascetismo y capacidad de realizar prodigios, cualidades ambas que también resalta entre los «brujos yoguis» de la India^[107]. De las referencias a estos últimos nos interesa destacar el extraño relato —extrañeza reconocida por el mismo I. B.— que podríamos llamar de «los dinares del yogui». La narración se desarrolla en dos fases: en la primera asistimos al enigmático encuentro, en un islote próximo a Goa, de I. B. con un yogui caracterizado alternativamente como musulmán y bRaḥmān, el cual obsequia al viajero con diez dinares de oro. En la segunda, el reencuentro se produce al visitar en Cantón el marroquí a un ayunador y prodigioso centenario de religión difusa, que resulta ser la misma persona. Recurriendo entonces a informadores musulmanes «autorizados», éstos le proporcionan datos que resumen cierta capacidad ilusionista y milagrera, junto a elementos de propaganda antiomeya —posiblemente de origen. Coincidencias asombrosas aparte, nos parece evidente que I. B. mezcla aquí experiencias personales inquietantes que ha podido perfectamente sufrir —cómo no, en un viaje así!— con cuentos, leyendas y tradiciones orales de la más diversa índole. Ahora bien, ¿cuál es su última intención al narrar las dos etapas de esta historia, separadas por un centenar de páginas? ¿Justificar por vía milagrosa su estancia en Cantón o añadir nuevos sucesos prestigiantes a la Riḥla? La respuesta es difícil, mas creemos que ambas hipótesis —no excluyentes— podrían ser razonables.

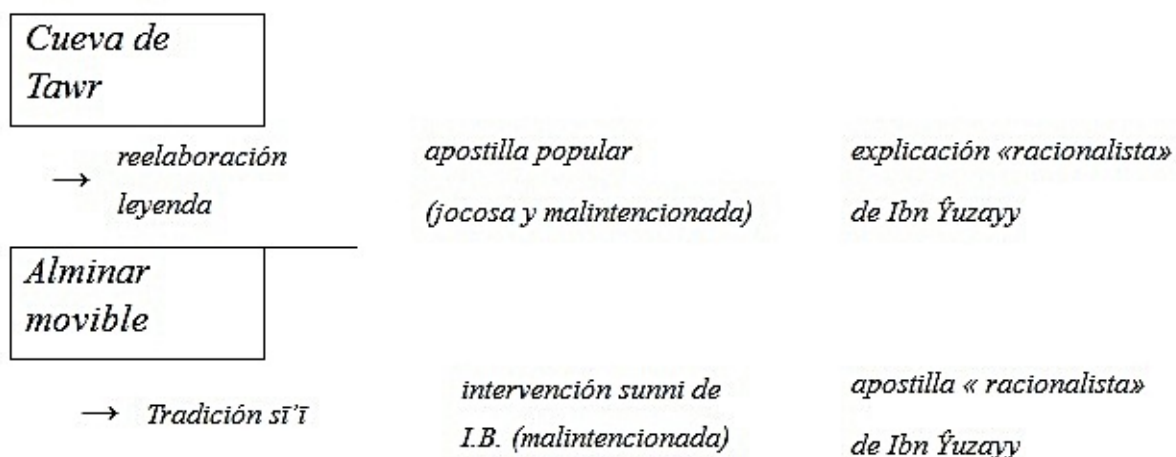
El habernos detenido tanto en esta anécdota se debe a que constatamos que no se trata de un hecho aislado: en Alejandría, un sabio imán le augura que encontrará a tres personas determinadas en el Sind, India y China. Cumplida la predicción en los dos primeros casos —hecho convenientemente resaltado por I. B.—, la cosa se complica en China: en Pekín halla, efectivamente, a un individuo que responde al nombre del presagio, pero el tangerino, a diferencia de las otras ocasiones, no lo señala. Aún más, para justificar el encuentro con este personaje —jeque al parecer conocido y famoso hasta en la India—, se ha introducido previamente un segundo augurio a cargo de un santón de Assam. En resumen, si designamos mediante letras mayúsculas a los adivinos y con minúsculas a los hombres hallados, tendremos el siguiente esquema:



Ante esto, debemos preguntarnos otra vez si la doble hipótesis esbozada hace unos momentos puede también aplicarse plenamente a este relato, cuyos retazos se extienden desde las primeras a las últimas páginas de la Rihla.

Aparte de algún caso de telepatía o lecturas del Corán al azar para decidir el inmediato comportamiento futuro, es en el país del Nilo donde asimismo tienen lugar otros dos augurios luego cumplidos: en el Delta le predican el desenlace casi milagroso de una aventura personal en la India, como líneas más abajo veremos, y en el Alto Egipto le adivinan la ruta que seguirá en su primera peregrinación a La Meca. El hecho es sintomático si tenemos en cuenta dos datos: este país constituye el verdadero arranque de sus viajes y el pueblo egipcio, aún hoy día, tiene una larga tradición en la lectura del porvenir.

Esta interesante mezcla de recuerdos personales con la narrativa tradicional se repite continuamente. No resistimos, por ejemplo, la tentación de volver a esquematizar estructuras paralelas halladas en la leyenda de la cueva de Tawr y el cuento del alminar movable de Basora, mencionado ya en el apartado referido a los elementos literarios de la Rihla. Veamos:



Los paradigmas podrían multiplicarse: menciones del prestigio sagrado de los locos, portadores de «baraca»; anécdotas sobre la avaricia del hijo del califa en Delhi, según modelos consagrados por la literatura árabe clásica; encuentros con centenarios y su tópica pretensión de haber vivido en la época de los dos últimos califas abbasíes, etc. Y aún cabría añadir temas comunes a todas las literaturas, como esa versión persa del bandolero generoso y los precursores hindúes de los amantes de Verona o Teruel.

Finalmente, la narración de su apresamiento por infieles tras su salida de Delhi —cuya expresividad literaria habría que atribuir en este caso más bien al mismo I. B. que al redactor— traduce gráficamente la actitud psicológica de la huida: fija en la retina todos los detalles de la flora, desde un cañaveral de bambúes hasta árboles de loto y ricino; duerme sobre heno y serpientes, compartiendo el miedo con un pájaro: recuerda haber comido hojas de rábanos silvestres; intenta angustiosamente aplacar la sed; se derrumba en desesperada resignación ante la muerte inminente. Naturalmente, la salida de semejante situación sólo puede ser milagrosa, cumpliéndose así la predicción mencionada anteriormente.

Durante el largo viaje de I. B. por el Oriente, las referencias más o menos esporádicas sobre el Occidente musulmán se suceden a lo largo de la Riḥla: la afirmación en El Cairo y Nisapur de que las zagüías y madrasas de Persia, Iraq, Siria y Egipto son inferiores a las de Fez, con la mención laudatoria de sus atauriques en yeso, o el parangón de las columnas de la mezquita de Balj con las de Rabat, desembocan —estando ya en Marruecos— en el elogio comparativo del Magreb con respecto a los países del imperio mameluco. Con magrebíes y andalusíes se topa en la segunda peregrinación a La Meca, entre los años 1327 y 1328: un cadí de origen jerezano encuentra en Emesa, de Siria, y un ceutí enriquecido en China, a uno de cuyos hermanos visitará posteriormente en Siyilmāsa, de paso para Malí. En su viaje de retorno, en 1348, recupera de pronto la realidad familiar y la situación histórica de su país: un paisano suyo, de Tánger, le da en Damasco noticia de sus padres; otro marroquí, en Bagdad, le informa sobre la derrota meriní en Tarifa y la

caída de Algeciras, acaecidas mientras él estaba medrando en India y las Maldivas. En el mismo panegírico convencional del sultán Abū Inān —incluido en la redacción antes del viaje a al-Andalus—, aparte de las tópicas alusiones a su justicia y benevolencia, cultivo de literatura y ciencias, obras públicas, etc., se ofrecen datos claros sobre la política del reino de Marruecos: intervención en la España musulmana y otras regiones del Magreb, mantenimiento de una fuerza naval considerable. Si a ello añadimos los abundantes detalles reseñados sobre la reconquista y fortificación de Gibraltar por los meriníes, con la descripción del minucioso plano de la plaza fuerte, habremos entrado de lleno en el cuadro histórico del Magreb durante esa época.

En efecto, siguiendo la fluida exposición de un escritor marroquí sabemos que desde el siglo mil —con la caída de los almohades— habíase establecido en la cuenca occidental del Mediterráneo un equilibrio real, aunque frágil, entre los Estados cristianos y musulmanes. En cuanto a estos últimos, partido el Magreb en tres reinos, los meriníes al oeste y los hafsies del este llenarán alternativamente etapas de preponderancia y equilibrio, hasta iniciada la segunda mitad del siglo xiv^[108] I. B. parte de viaje bajo el reinado de Abū Sa'id 'Uṭmān (1310-31), sacudido por luchas sucesorias. Mientras permanece en el Oriente, el sultán Abū-l-Ḥasan 'Alī consigue la hegemonía meriní en el Magreb: unifica Marruecos, interviene en Andalucía reconquistando Algeciras en 1333 y, cuatro años más tarde, ocupa Tremecén. Sin embargo, ayudados por francos y genoveses, los castellanos le derrotan en el mar mientras sitiaba Tarifa en 1340 y recuperan Algeciras en 1344, noticia que, como hemos visto, recibe el viajero al llegar a Bagdad. Lógicamente, el meriní dirige entonces sus esfuerzos hacia el este, apoderándose de Constantina y Túnez en 1347, mas los hilálies le vencen en Qayrawan al, año siguiente^[109]. Llegando por estas fechas I. B. a El Cairo, en esta ciudad se enteraría de que Abū Inān Fāris, aprovechando la crítica situación de su padre, se ha proclamado sultán en Marruecos. Al entrar en Túnez, finalizando la primavera de 1349, encuentra allí sitiado a Abū-l-Ḥasan, que morirá dos años después.

En este marco creemos que deben entenderse los dos viajes que a continuación emprende I. B. a al-Andalus y a Malí. Abū Inān intenta seguir la política de unificación del Magreb y asegurar, al tiempo, la frontera marítima del Estrecho. Nada tiene de extraño, pues, que envíe a un avezado trotamundos en auténticas misiones de espionaje, reunir información sobre la situación real de los vecinos del norte y del sur, e incluso tentar entre estos últimos alianzas favorables a su avance hacia el este, serían posiblemente sus objetivos. Tal vez se nos acuse de estar haciendo política-ficción, mas de la Riḥla se deducen suficientes datos como para pensar que I. B. vuelve a rendir cuentas a la corte, y estando en Malí, desde luego, recibe una tajante orden de retorno. No olvidemos tampoco que el mismo año que el tangerino sale para el África negra el sultán recupera Tremecén, toma Bugía y ya proyecta la expedición contra Túnez y Qayrawán que, abortada años después por sus

mismas tropas, acabará por costarle el poder y la vida.

La presura de su recorrido por tierras de Málaga y Granada es indicativa de la precaria situación de los musulmanes andalusíes, simbolizada por esa anecdótica pero expresiva incursión cristiana en los alrededores de Fuengirola. En cuanto a Malí, ya hemos apuntado en otros lugares algunas de las observaciones socio-económicas contenidas en la tibia. Baste añadir aquí que este viaje constituye una de las principales fuentes para el estudio de los imperios negros de la zona, y que la mayor parte del relato ha sido corroborada por obras tanto de autores árabes coetáneos de I. B. como de investigadores europeos de nuestro siglo^[110].

6. PROBLEMAS DE CRONOLOGÍA E ITINERARIOS

No pretendemos aquí aportar nada nuevo a un tema que ha sido ya exhaustivamente estudiado, sino tan sólo proporcionar al lector un resumen lo más claro posible acerca de las contradicciones cronológicas y las dudas razonables que la presencia o ausencia de I. B. en determinados lugares y momentos suscita con alguna frecuencia en la Rihla. Los especialistas o interesados tienen a su alcance — aparte de las notas debidas a los mismos D. S. y Monteil en la edición que hemos manejado— los comentarios y estudios publicados a lo largo del presente siglo por Ferrand, Yule, Janssens, Janicsek o Wittek, entre otros, y, sobre todo, las muy elaboradas investigaciones y anotaciones críticas de Hamilton Gibb e Ivan Hrbek. En los materiales suministrados por estos dos últimos arabistas nos basaremos fundamentalmente para esbozar un compendio coherente de la multitud de datos espacio-temporales entrelazados, que el viajero recuerda como puede —o como quiere— a la hora de dictarlos años después^[111].

Como guía previa, estimamos que será útil trazar un cuadro cronológico general de la Rihla, conservando la misma división en dos partes considerada conveniente, al parecer, por I. B. o Ibn Yuzayy. Empleamos sólo las fechas de la era cristiana para no entorpecer con un exceso de cifras la visión de conjunto, mientras que la numeración convencional de los distintos viajes o itinerarios nos servirá —marcada entre corchetes— de referencia en lo sucesivo:

1.ª Parte

- 1. Magreb (Tánger)-Egipto: junio 1325/julio 1326.*
- 2. Siria-Palestina: julio/agosto 1326. (Refundición de varios viajes).*
- 3. Primera peregrinación y estancia en La Meca: 1 septiembre/17 noviembre 1326.*
- 4. Iraq-Persia: noviembre 1326/septiembre 1327.*
- 5. Segunda peregrinación y larga estancia en La Meca: octubre 1327/octubre*

1330.

6. Yemen-Omán-África Oriental-Golfo Pérsico: octubre 1330/finales 1331.
7. Tercera peregrinación y estancia en La Meca: finales 1331/septiembre 1332.
8. Egipto-Palestina-Siria: septiembre/diciembre 1332.
9. Asia Menor-Rusia meridional-Constantinopla: diciembre 1332 /septiembre 1334 (I. B.-Hrbek); principios 1331/octubre 1332 (Gibb).
10. Constantinopla-Astracán-Saray: septiembre/diciembre 1334 (Hrbek); octubre 1332/enero 1333 (Gibb).
11. Juivrizm-Transoxiana-Jurāsān -Afganistán-Sind: diciembre 1334 / julio-agosto 1335 (?); enero 1333/septiembre 1333 (Gibb).

2.ª Parte

12. Llegada al Sind (Indo): julio/agosto 1335 (?); 12 septiembre 1333 (I. B.-Gibb).
13. India (estancia en Delhi): hasta julio 1342.
14. Malabar - Maldivas - Ceilán - Coromandel - Bengala - Malasia - Indonesia: julio 1342/1345-46 (?). (Salida de las Maldivas: finales de agosto 1344.)
15. Viaje por China: 1346 (?).
16. Viaje de vuelta a Marruecos: China-Indonesia-India-Oriente Medio (abril/mayo 1347: Yemen; enero 1348: Bagdad). La Meca (noviembre 1348/principios de marzo 1349). Norte de África (abril/mayo: El Cairo; principios de noviembre 1349: Fez).
17. Viaje por al-Andalus: 1350.
18. Viaje a Malí: febrero 1352/diciembre 1353.

Tras una simple ojeada al cuadro precedente, observamos la rotunda contradicción en que cae I. B.: por la misma época —septiembre 1333— afirma estar viajando por Asia Menor y llegando al río Indo. Naturalmente, si descartamos uno de los datos como válido en favor del otro tendremos por fuerza dos interpretaciones distintas de la cronología.

Gibb acepta el 12 septiembre 1333 como fecha de llegada al Sind, considerando, por tanto, un período de tres años desde la salida de La Meca (octubre 1330) hasta la India^[112]. Esto le obliga a reformar como sigue la cronología señalada en la *Rihla*:

- [6/7]. Yemen-África Oriental-La Meca: 1328-29 (en lugar de 1330-32)^[113]
- [9]. Asia Menor-Rusia meridional-Constantinopla: 1331-32 (en lugar de 1333-34)^[114].

Además, y como consecuencia, descarta la presencia de I. B. en las peregrinaciones de 1330 y 1332, proponiendo como alternativa a la primera un viaje a Siria^[115]. Aun argumentando detalladamente todas estas conclusiones, insiste en

declararlas puramente provisionales y en modo alguno definitivas. Hrbek, por su parte, adopta la posición contraria: afirma la estancia del viajero en La Meca en las dos ocasiones antedichas, considera errónea la fecha de llegada al Indo, tal como viene señalada en la Rihla, y para los restantes casos sigue la cronología de ésta, aunque matizándola y corrigiéndola en diversas oportunidades. Caracteriza el material sobre el que se ha de trabajar como incompleto y contradictorio, clasificándolo en cinco grupos:

1. Fechas completas o semicompletas: día, mes y año (o uno de los datos al menos).
2. Mención de las fiestas musulmanas.
3. Jornadas entre dos poblaciones consecutivas y relación de sus estancias en ciudades o comarcas.
4. Alusiones climáticas y mención de estaciones.
5. Datos misceláneos: referencias ocasionales a su prolongada permanencia en algunos sitios, edad de sus hijos, etc.^[116]

Estimando correcta esta clasificación y habiendo expuesto sucintamente la que tal vez sea principal contradicción de los viajes de I. B., consideramos inútil y cargante realizar una minuciosa recomposición de itinerarios y sus fechas respectivas, por lo que solamente destacaremos los puntos más conflictivos y generales. Por otra parte, algunas de las contradicciones y errores de menor alcance o se precisarán en las notas añadidas a la traducción, o han sido ya brevemente planteados en páginas anteriores.

El primer viaje a Siria [2], con la visita de veinte ciudades en menos de un mes, es un claro ejemplo de itinerario artificial basado en la refundición de las diversas ocasiones en que el tangerino pasa por la zona: en este verano de 1326 no habría visitado, por ejemplo, ciudades como Beirut, Hims o Alepo^[117]. Otro viaje confuso sería el realizado a Hurmuz y las pesquerías de perlas del Golfo Árabe [6]: ya hemos visto que Gibb lo fija hacia 1329. Basándose en datos históricos, sin embargo, Hrbek propondría en este caso concreto la fecha de 1347 en lugar del año 1331 como señala I. B., es decir, en el viaje de retorno^[118]. Si aceptamos esto, tendremos que convenir también que el viajero miente ante el sultán de Ceilán cuando le asegura haber visto las pesquerías del Golfo. Un caso típico de superposición de dos viajes se produce al mezclar los recuerdos —más frescos en su memoria— del paso por Persia en 1347 [16] con el primer viaje efectuado veinte años antes [4]: en 1327 cita al atābak Afrāsiyāb (1339-57) como rey de Īday y a Abū Ishāq (1343-57) como sultán de Šīrāz.

Distinta clase de dificultades plantea el itinerario seguido en Asia Menor [9]. Viaje interesante por la cantidad de datos aportados y la viveza de muchas de las observaciones, presenta no obstante una grave confusión en el recorrido realizado a

través de la península: desde Mīlās, al oeste, gira de pronto —pasando por Konya— hacia Erzerum, en el extremo oriental de Turquía. Por otra parte, I. B. precisa varias fechas que harían imposible este itinerario, al menos en el orden expresado por la Riḥla: Ramadán/mediados mayo 1333 en Egridir, Sawwāl/15 junio en Denizli, ciudades ambas de Anatolia occidental; tras el viaje de Konya a Erzerum, le encontramos nuevamente en esa misma zona del poniente turco, en Manisa, durante el mes de Dū-l-ḥiyyā/21-22 agosto. La imposibilidad evidente de efectuar dicho viaje de ida y vuelta, estancias incluidas, en poco más de dos meses, ha propiciado que investigadores como Wittek o Janssens nieguen la presencia del marroquí en la punta este de Asia Menor. Hrbek, sin embargo, propone una reconstrucción del itinerario que parece razonable: habiendo llegado I. B. a Anatolia en los últimos días de diciembre 1332, pasa fugazmente por Egridir, dato que olvida mencionar, y desde aquí se dirige por Konya a Erzerum, donde llegaría hacia el 18 marzo 1333. Calculando en unos cincuenta días el viaje de regreso de esta última población a Egridir, puede estar perfecta-mente allí para el Ramadán, a mediados de mayo. Las estancias en Egridir y Denizli estarían, pues, unidas en su memoria a las fiestas de la ruptura del ayuno, sin tener en cuenta al dictar su relato que tras la breve visita anterior a Egridir habíase dirigido a Erzerum, en el este. Al recordarlo luego, mientras está hablando de Milás, le narraría a continuación a Ibn ʿYuzayy el viaje de Konya a Erzerum^[119].

Ligados con el relato dedicado a Asia Menor están otros dos viajes sobre cuya veracidad se han alzado serias dudas. La incursión a Bulgār [9] desde los alrededores de Piatigorsk es absolutamente falsa y la brevedad convencional de las observaciones vertidas proviene de informes de segunda mano: I. B. afirma haber recorrido en diez días casi mil quinientos kilómetros, hasta la confluencia del Kama con el Volga. Un viajero anterior —el granadino Abū Hāmid— cifra la duración de un itinerario similar en cuarenta días, dato mucho más plausible^[120].

Las reservas suscitadas acerca del segundo viaje aludido, el de Constantinopla [9], no pueden —ni de lejos— zanjarse de manera tan rotunda. Los datos oscuros que justificarían tales dudas son de tres tipos: algunos puntos confusos en el recorrido de Astracán a la capital cristiana, las menciones a la princesa Bayalūn y sus hermanos, el encuentro con el ex-emperador retirado a la vida religiosa. En cuanto a los primeros, Gibb los justifica basándose en el hecho de que el tangerino cruza tierras extrañas perdido dentro de un inmenso séquito, uniéndose a sus escasos conocimientos geográficos el no estar familiarizado con rutas y nombres^[121]. El matrimonio de la princesa con el Kan de la Horda de Oro está documentado en fuentes griegas; que Bayalūn Jātūn no conste en la genealogía de los Paleólogos puede obedecer a dos motivos complementarios: Bayalūn es un título o nombre honorífico frecuente entre las mujeres de los jefes tártaros y, por otra parte, tal vez fuera hija natural de Andrónicos III. El primogénito del monarca bizantino tiene tan sólo tres años a la llegada de I. B., mientras que el segundón nacería

posteriormente: los aguerridos jóvenes mencionados por el viajero como hermanos de la princesa serían probablemente capitanes de la guardia imperial o parientes de la familia real, pudiendo explicarse la confusión mediante las dificultades idiomáticas de I. B., desconocedor absoluto tanto de las lenguas tártaras como del griego^[122]. Por la misma razón, puede haber mezclado a las informaciones sobre Andrónicos II —abuelo del emperador metido a fraile y muerto en 1332— la entrevista mantenida con quien probablemente no pasaba de ser un dignatario de la iglesia ortodoxa, tal vez con la intención prestigiante que observamos en él con cierta frecuencia^[123].

En compensación, son múltiples los detalles que tienden a probar la estancia de I. B. en Constantinopla: el gráfico retrato del ceremonial bizantino de parada militar; la descripción de las medidas de seguridad y boato del emperador, reflejadas también por otras fuentes; el dato de la entrega de salvoconductos a los musulmanes para circular por la ciudad; las menciones a la reliquia de la Santa Cruz y a los conventos... Y, sobre todo, la correcta descripción de las dos partes de Constantinopla, así como el empleo ajustado de vocablos extranjeros —*kafāli* (*kephalé*, jefe), *sarākinū* (*sarracenos*), *qumis* (*comes*, conde), *Ayā Sūfiyā* (*Santa Sofía*), *mānistār* (*monasterio*), *al-berbera* (*hyperpyron*)—^[124]. Datos ambos de difícil concreción si no hubiera estado allí. Dejando aparte la poca claridad del itinerario referido al Jurāsān y Afganistán y la extraña mención del gran desierto anterior a su llegada al Sind [11] —consideraciones apuntadas en el apartado anterior—, topamos otra vez con la fecha clave de 12 septiembre 1333 en las riberas del Indo. Si admitimos toda la cronología anterior, aunque revisada, no tendremos más remedio que retrasarla hasta aproximadamente julio-agosto 1335 [12]. El mismo Gibb reconoce que los grandes calores estiva-les caen sobre el Sind entre junio y julio, lo que concordaría con dos afirmaciones de I. B.: al hablar de la travesía del citado desierto dice que sólo es accesible «en la estación posterior a las lluvias del Sind y la India, es decir a primeros del mes de julio». Poco más tarde, asegura lo siguiente: «Entramos en Sīwasitān en pleno verano y el calor era intenso». De ser cierta, pues, la última fecha, el tangerino residiría en Delhi [13] casi siete años, hasta su salida el 22 de julio 1342.

El viaje que a continuación emprende a lo largo de las costas occidentales y orientales de la India, así como por las islas y archipiélagos del Océano contiguo [14], tampoco está exento de contradicciones y dificultades. La prolongada estancia de I. B. en las Maldivas es uno de los datos indudables de la Rihla, por lo que habrá que considerar como ciertas en principio sus aseveraciones acerca del año y medio que permaneció allí y en torno a la fecha de salida, a finales de agosto 1344. Aceptado esto —y, por tanto, los inicios de la primavera de 1343 para su llegada a las islas—, nos veríamos obligados a acortar el tiempo pasado junto al sultán de Hinawr, cifrado en once meses por él mismo y desglosado además en varias ocasiones, haciendo referencia a dos estancias de tres meses cada una en la isla de

Goa y otros tres dedicados al ayuno en la ciudad de Hinawr. De no hacerlo así, y teniendo en cuenta que antes de desembarcar en el archipiélago recorrió también las regiones de Cambay, Mālawa y el resto del Malabar, tendríamos que posponer en algunos meses la partida de las Maldivas. Tras dirigirse a Ceilán, el Coromandel, Quilón y Calicut, y siguiendo los datos cronológicos proporcionados por la Riḥla, retorna a las islas al año escaso, encontrándose con que una mujer que había dejado preñada ha parido un hijo que tiene ya «unos dos años de edad». Evidentemente, las fechas de nacimiento de su dispersa prole le traen a I. B. de cabeza: otro dato de este tipo es, precisamente, uno de los aducidos por Gibb para sospechar que el viajero estuvo en 1330 en Damasco y no en La Meca^[125].

Por otra parte, a pesar de las considerables precisiones hechas por Gibb o Yule sobre la toponimia de esta parte de los viajes, aún siguen sin ser identificados lugares como la ciudad de Faṭṭan, en el Coromandel, o esa enigmática región de Tawālīsī, en cuya capital, Kaylūkarī, reina una princesa guerrera de lengua turca: las meras hipótesis que la localizan en las tierras del golfo de Tonkín y en las Islas Célebes o Filipinas no han podido ser verificadas.

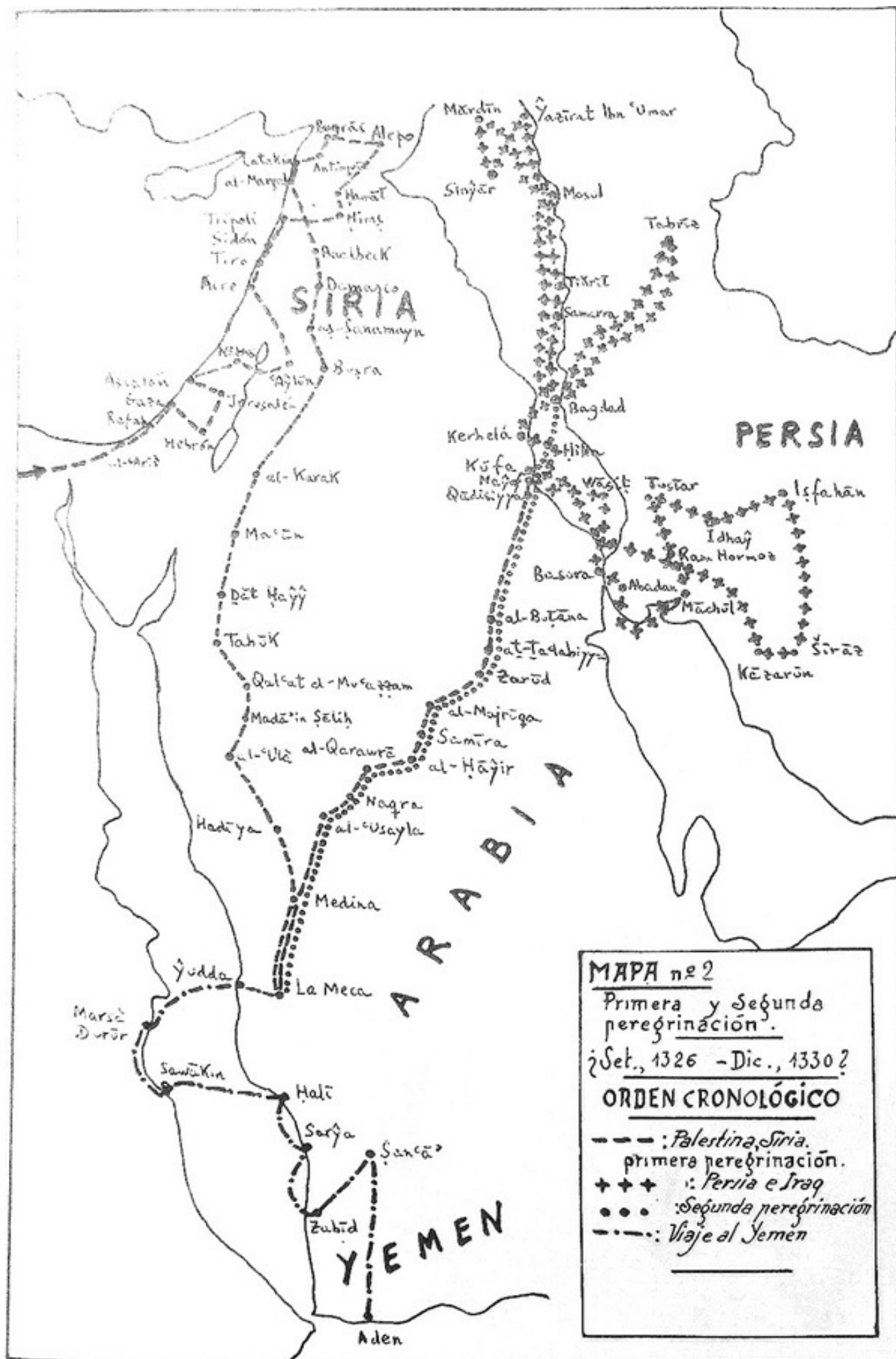
Partiendo del marco cronológico anterior, el marroquí no llegaría a China [15] hasta finales de 1345 o principios del 46: puesto que en abril o mayo de 1347 ya está en el Yemen, habiendo pasado previamente por Sumatra y el Malabar [16], su estancia en aquel país ha sido forzosamente breve. Ya hemos señalado anteriormente las sucintas y convencionales observaciones sobre China o la torcida información sobre el entierro del Kan. Si a esto añadimos errores de bulto, como la afirmación de no haber encontrado ciudad alguna en más de dos meses de viaje entre Jansā y Pekín, o la difícil identificación de Qanʿanfū, es fácil explicarse el motivo por el cual la veracidad de este viaje ha sido total o parcialmente rechazada.

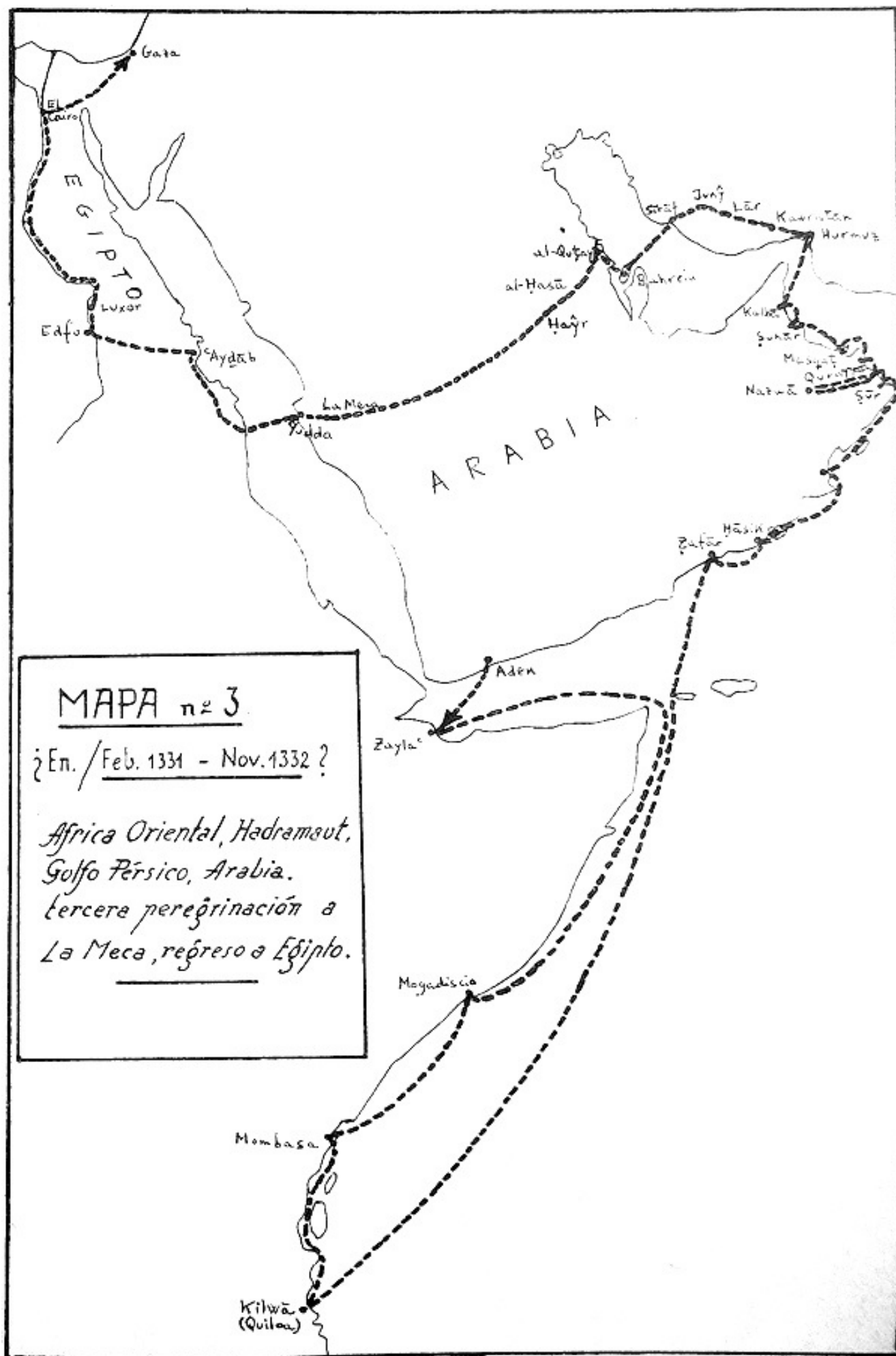
Sin embargo, opinamos que I. B. estuvo al menos en los puertos de Jansā y Zaytūn: sobre la primera ciudad hemos expuesto ya con algún detalle las razones que apoyarían semejante afirmación. En Zaytūn menciona diversos nombres de musulmanes, incluyendo también la expresiva anécdota referida a la solidaridad islámica que también hemos comentado páginas atrás. Distinto es el caso de Cantón, Pekín o Qanʿanfū. En cuanto a la primera de estas ciudades, cita el nombre de un rico comerciante, mas no así los del cadí y el jeque, a los cuales menciona, sin embargo, en varias ocasiones. Recordemos, por otra parte, que en Cantón se incluye el final de la extraña historia de «los dinares del yogui». Exactamente igual ocurre en Pekín: el único nombre musulmán que hallamos corresponde al del famoso augurio de Alejandría/Assam. Aparte, claro está, de la ausencia de descripciones y noticias directas —todas parecen ser de segunda mano, como la relación de las partes que componen el palacio real, utilizando terminología persa—. En Qanʿanfū, por último, proporciona el nombre del jeque, mas también el del ya mentado ceutí con un hermano en Siʿilmāsa: ¿justificación o coartada, como posiblemente los relatos anteriores? Sospechamos que no podrá ser nunca demostrado.

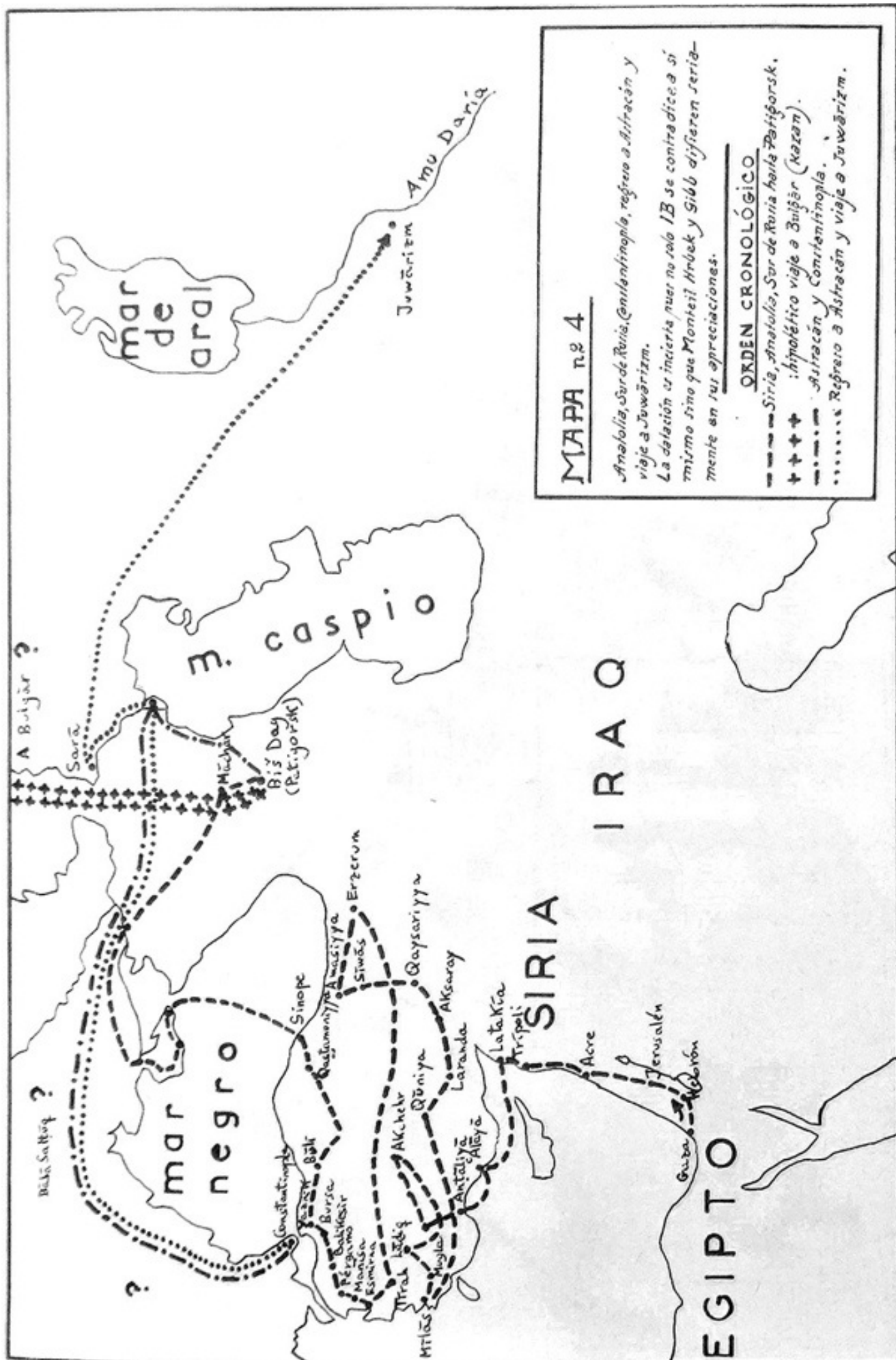
Creemos haber dado a estas alturas una imagen no ideal de la Riḥla, sino viva y real. Sabemos que a veces —muy pocas— I. B. miente descaradamente, como en el viaje a Bulgār, la asistencia al célebre sermón damasceno del alfaquí Ibn Taymiyya, o, posiblemente, la estancia en Pekín. Que en otras ocasiones trabuca y mezcla informaciones, sucesos, recuerdos. Pero también que fue capaz de dictar de corrido la experiencia de más de veinticinco años transitando sin cesar por el diverso mundo islámico del siglo XIV.

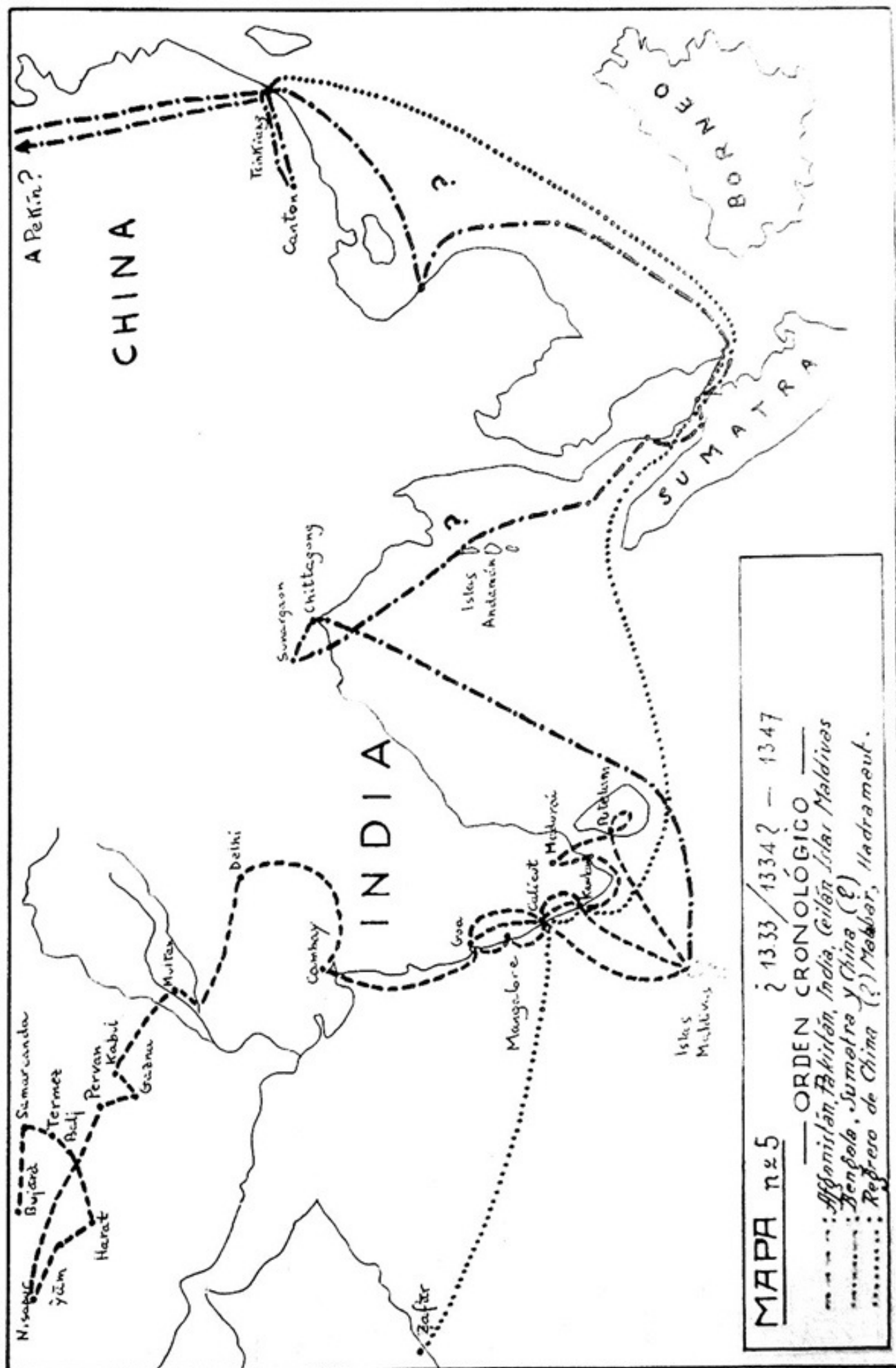
Como él mismo insinúa orgullosamente y otros le reconocen, Ibn Baṭṭūṭa es, en definitiva, «el viajero de los árabes y los persas». O como dice Ibn ʿYuzayy, «el viajero de la comunidad musulmana»: difícilmente podría expresarse mejor su asendereado paso por las tierras del Islam.

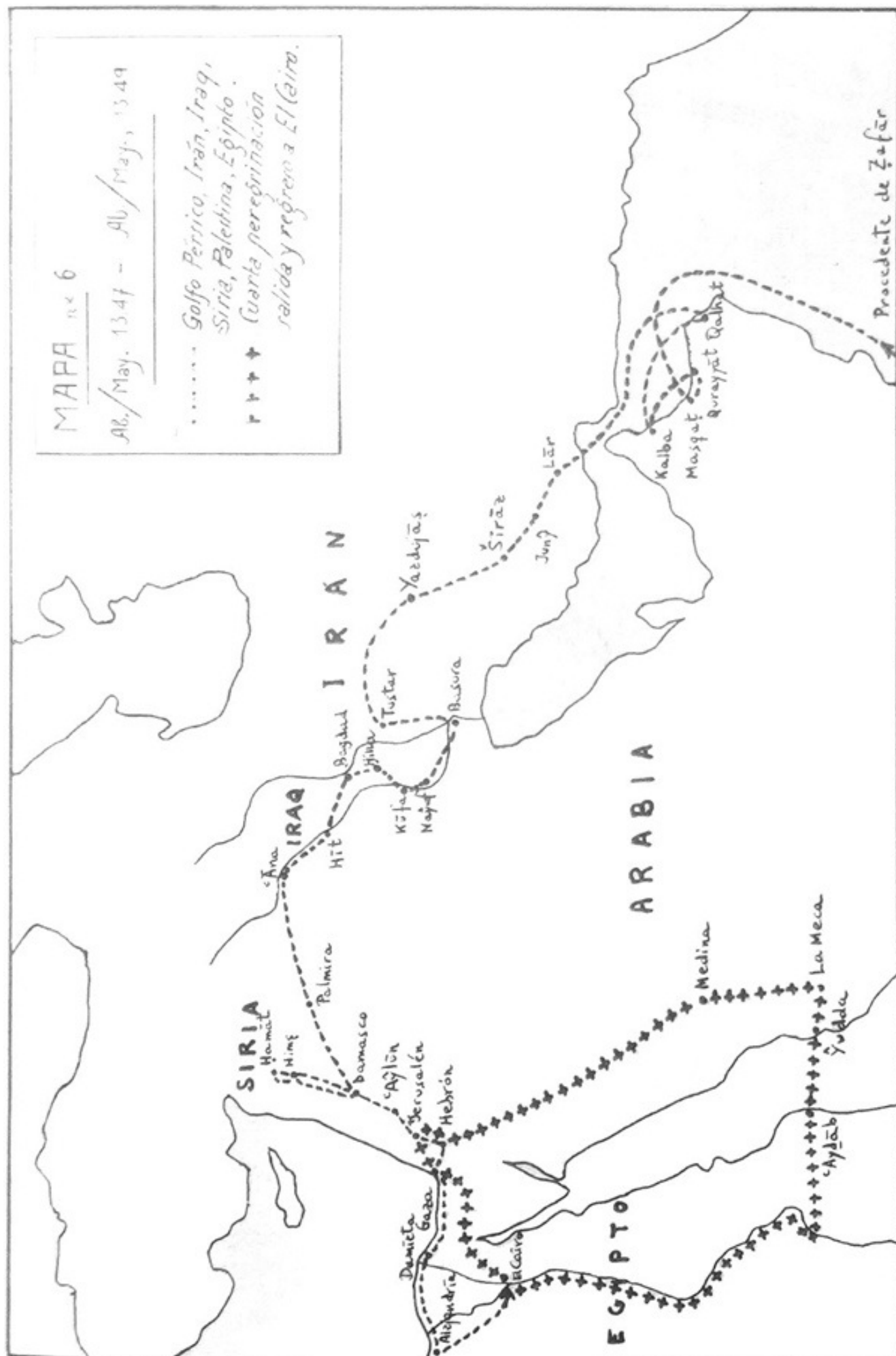


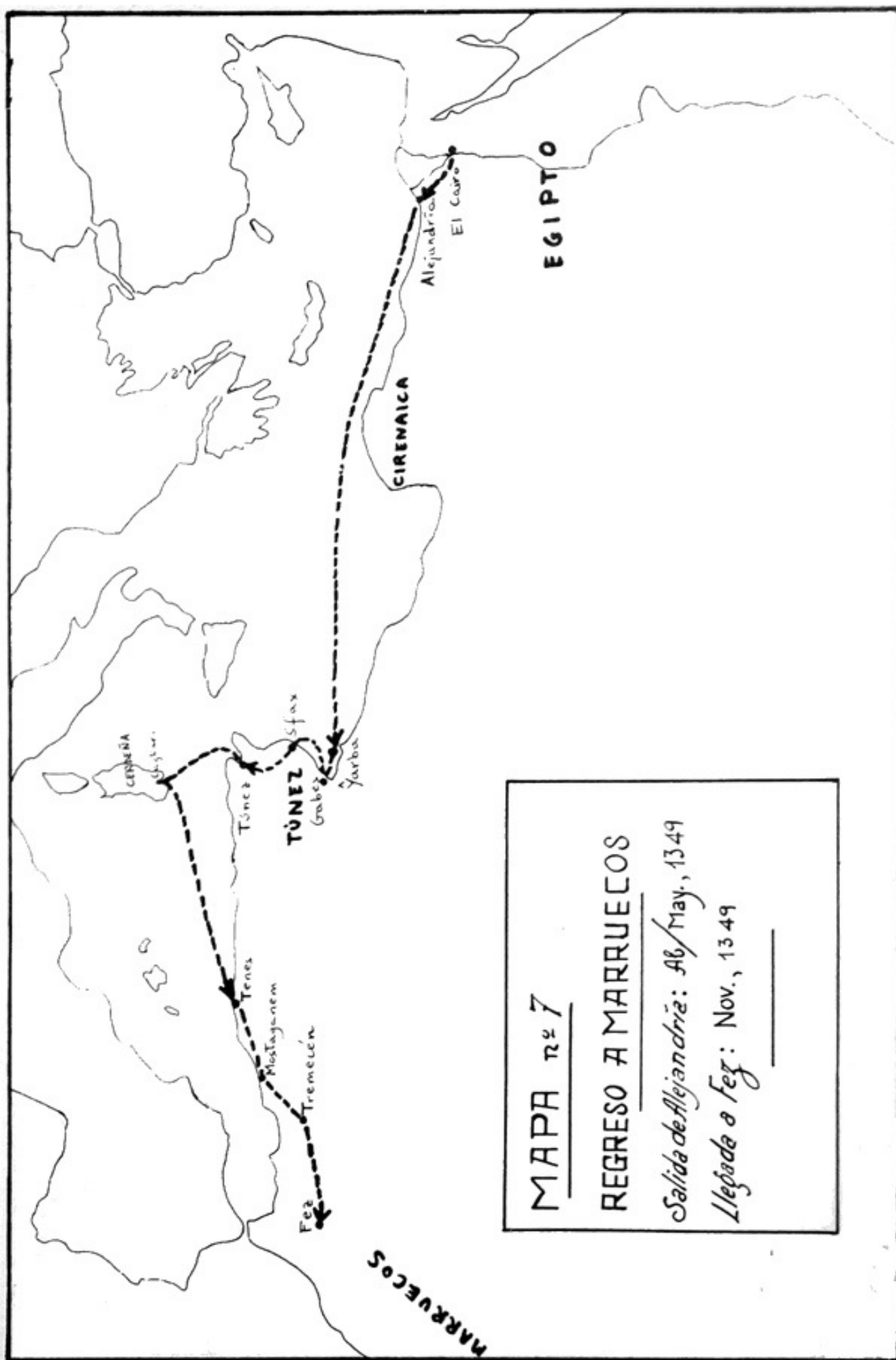










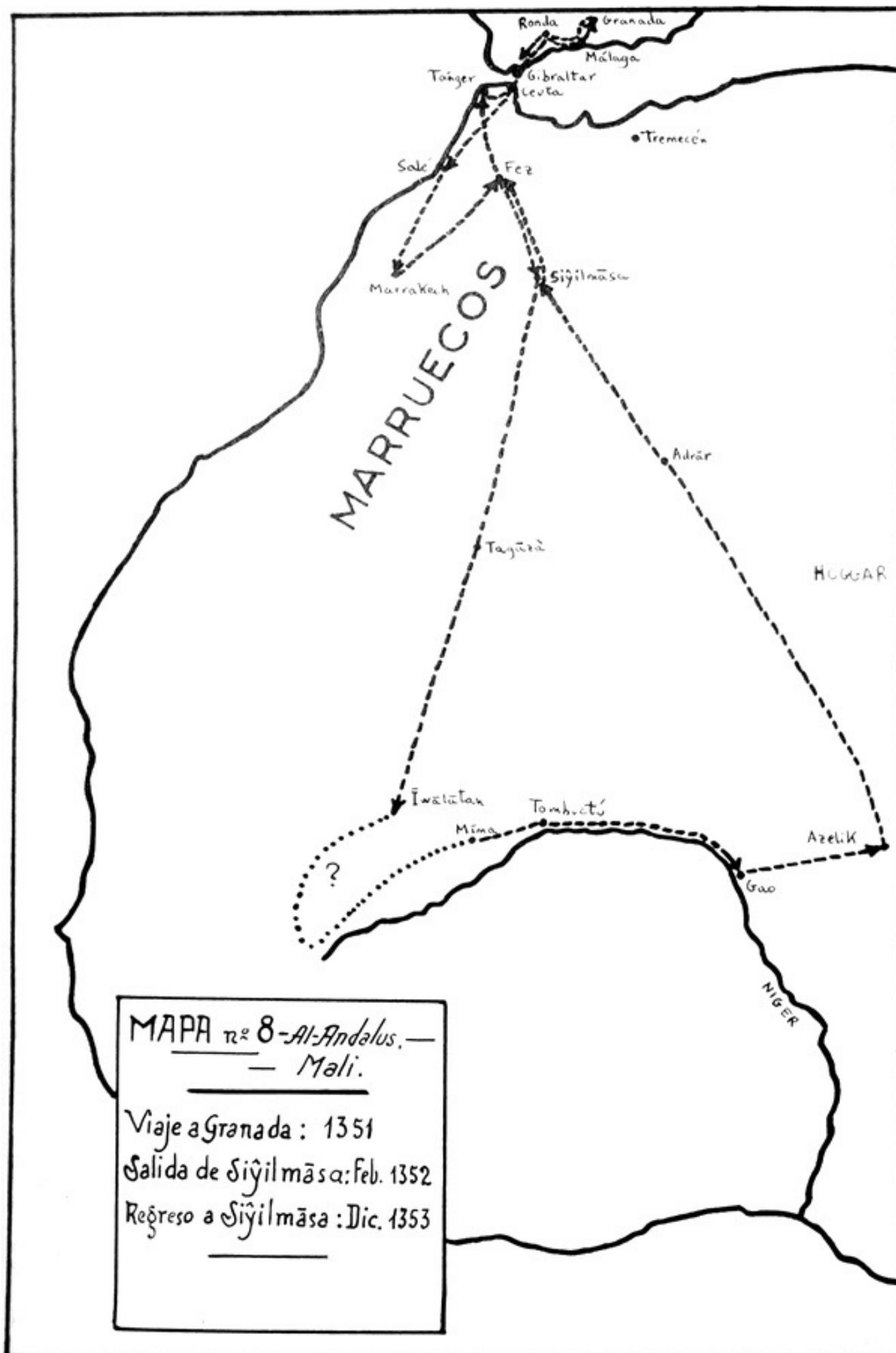


MAPA nº 7

REGRESO A MARRUECOS

Salida de Alejandría: 16/May., 1349

Llegada a Fez: Nov., 1349



PRIMERA PARTE

EXORDIO DE IBN ʿUZAYYI

En el nombre de Dios el Misericordioso, el Apiadado

Dice el sabio jeque, de testimonio veraz, noble, devoto, caritativo, huésped de Dios, visitador de los Lugares Santos, honor de la religión, que en sus viajes se apoya en el Señor de los Mundos, Abū ‘Abdallāh b. M. b. ‘Abdallāh b. M h. Ibrāhīm al-Luwātī, el tangerino, conocido por Ibn Baṭṭuṭa (Dios se apiade y esté satisfecho de él por su generosidad y munificencia, amén):

Gracias sean dadas a Dios que hizo que sus servidores domeñaran la tierra para andar por caminos anchurosos y que estableció las tres fases: germinación, regreso a la tierra y extracción de las entrañas. Él la allanó con su poder, convirtiéndola en lecho para sus siervos, la sujetó con montes inmóviles de gran altura y sobre ella alzó el pináculo del cielo sin apoyo ninguno. Hizo asomar las estrellas, guía en las tinieblas de la tierra y mar; a la luna, alumbrar, y convirtió el sol en una antorcha. Luego hizo caer agua del cielo, con la que revivificó las tierras secas y en ellas dio lugar a que germinaran todos los frutos. Creó las distintas regiones con plantas variadas. E hizo fluir los dos mares: dulce en grado sumo el uno, salado y amargo el otro. Completó sus dones para con sus criaturas sometiéndoles los camellos y permitiéndoles dominar navíos enormes para que tengan monturas en mar y tierra.

Bendiga Dios a Nuestro Señor y Dueño Muḥammad^[126], que llenó de claridad la conducta del humano y proporcionó la luz refulgente de su magisterio. Enviado por Dios el Altísimo, de misericordia por los mortales y elegido como último de los profetas. Puso a merced de sus filosos aceros los cuellos de los politeístas, de modo que los pueblos entraron en la religión de Dios a raudales. El Señor le auxilió con milagros evidentes para que testimonien de Él. Dio vida a restos putrefactos con sólo su invocación e hizo brotar agua abundante entre sus dedos.

Esté Dios satisfecho de quienes se honraron por su relación con Muḥammad: discípulos, familiares y esposas; y de quienes levantaron las armas por la religión, pues si sigues su ejemplo no has de temer convertirte en impío. Son los que dieron ánimos al Profeta para combatir a los enemigos y le ayudaron a que prevaleciese la religión pura cumpliendo sus nobles exigencias: la huida a Medina, el socorro y la hospitalidad. Son los que se arrojaron tras Él en el quemante fuego de la adversidad y se sumergieron en masa en el mar de la muerte.

Rogamos a Dios el Altísimo por Nuestro Señor el Califa, Príncipe de los Creyentes, que confía en el Señor del mundo, combatiente en el camino de Dios y por éste socorrido en la victoria, Abū ‘Inān Fāris^[127], descendiente de nuestros señores los rectos imanes, los califas legítimos. Qué le conceda una victoria que colme al mundo y sus pobladores de alegría, una felicidad que sea cura de las adversidades del

destino, del mismo modo que le ha dotado de un valor y largueza que no descuidan a ningún tirano ni necesitado. Hizo con su espada y dones que todo lo estrecho se convirtiera en ancho. Así el pensamiento, tanto racional como transmitido, determina que éste es el califato más elevado, luchador por la religión y piadoso, el de Fáris, sombra de Dios proyecta-da sobre los humanos y *soga a la que atarse* [Corán, 111, 98], siendo necesario someterse a su obediencia. Es el califato que ha sanado a la religión de su enfermedad, vuelto a la vaina la espada desnuda de la agresión, corregido el rumbo del destino y hecho que se frecuentara el mercado de la ciencia tras su arrinconamiento, clarificando los caminos de la piedad antes oscurecidos, calmando las comarcas agitadas de la Tierra, dando nueva vida a los actos generosos antes desaparecidos. Eliminó las trazas de la iniquidad, apagó el fuego ardiente de las revueltas, aplastó el poder injusto en su cénit, construyendo la justicia sobre pilares de piedad y afianzándose en Dios con los más firmes fundamentos. Este reino goza de un poderío cuya corona está en la raya de Orión; una gloria que arrastra la cola de su vestido por la Vía Láctea; una felicidad que ha rejuvenecido a los tiempos; una justicia que despliega las estacas de su jaima sobre las gentes piadosas; una largueza cuyas nubes riegan tanto el árbol como sus hojas caídas; un valor, que, semejante al aguacero, inunda con oleadas de sangre; unos escuadrones cuyas victorias permiten sacudir a la misma muerte. Tiene el socorro de Dios, del cual son botín los estados, un ardor cuyo acero se adelanta a las críticas, una paciencia inagotable, una entereza que cierra a los enemigos el camino a los pastos, una decisión que hace huir a los escuadrones contrarios antes incluso de producirse el choque, una bondad que recolecta el perdón en el mismo fruto de los pecados, una dulzura que se gana todos los corazones, una sabiduría cuya luz disipa las tinieblas de las dificultades, y actos acordes con la sinceridad y con sus propias intenciones.

Cuando su excelsa sede se convirtió en centro de las esperan-zas, refugio de la preocupación de las gentes, punto de partida de las virtudes, lugar seguro para el temeroso y esperanza del que pide, el Destino se propuso servirle rodeándole de maravillosos dones y peregrinas distinciones, congregándose los sabios de modo indescriptible, rivalizando los literatos por adelantarse unos a otros multitudinariamente. Los hombres cultos peregrinaron a su honroso santuario, los viajeros acudieron a informarse de sus descollantes virtudes, los temerosos se refugiaron a su lado bajo la fuerza de su brazo, los reyes vinieron a sus puertas para impetrar ayuda, pues es el eje sobre el que gira el mundo. Y, para decirlo brevemente, por intercesión de su virtud se han enfrentado las inspiraciones de ignorantes y sabios, y en sus sobresalientes fastos se apoya el testimonio verídico de las obras de tradiciones musulmanas y por medio de cuyas virtudes y perfección puede todo maestro expresarse con elocuencia y fidelidad.

Entre quienes acudieron a su excelsa puerta, cruzando los charcos que otros países son, para arribar a este mar desbordante, se cuenta el jeque y alfaquí viajero, digno de confianza, verídico, trotamundos que ha penetrado en todas las regiones a lo

largo y a lo ancho, Abū ‘Abdallāh b. M. b. ‘Abdallāh b. M h. Ibrāhīm al-Luwātī, el tangerino, conocido por Ibn Baṭṭuṭa y en los países de Oriente por Šams ad-Dīn que ha dado la vuelta a la Tierra tomando de ello buena cuenta, recorrido las poblaciones extrayendo experiencias, investigado las distintas naciones y explorado los hábitos de árabes y persas para venir a arrojar el cayado de caminante en esta sublime capital, sabedor de que tal ciudad gozaba de los mayores méritos y virtudes sin condiciones ni salvedad. Vagó por el Oriente hasta arribar al lugar en que asciende esta luna llena del Occidente, atraído por ella del mismo modo que se prefiere el oro molido al polvo de la tierra; de modo voluntario tras largas experiencias por otros países y criaturas, deseando unirse a quienes no se separan de la Verdad. Y el Príncipe le colmó de mercedes sin cuento, con dones enormes y atentos, haciéndole olvidar el pasado por el presente, induciéndole a renunciar a los viajes, a desdeñar cuanto antes le parecía digno de consideración y a reafirmarse en su gratitud por la generosidad del rey, antes imaginada. Así olvidó su costumbre de corretear por los países del mundo, obteniendo el fértil pastizal tanto tiempo añorado. En obediencia a la noble indicación de dictar a un amanuense cuantas ciudades viera en el curso de sus andanzas, la narración de los acontecimientos peregrinos, la relación de los reyes del mundo con quienes se entrevistara, de los principales ulemas y de los hombres más devotos de Dios, Abū ‘Abdallāh ha referido todo lo que pueda deleitar al pensamiento, regocijando al oído y la vista con rarezas y maravillas de toda laya cuyo conocimiento sea útil.

La excelsa orden fue transmitida al siervo de su Generosa Dignidad —sólo afecto a su puerta y que se honra en tal servicio— Muḥammad b. M. b. Ŷuzayy al-Kalbī (Dios le acorra a cumplir el mandato y le haga demostrar su agradecimiento). Se le encargó de recopilar los fragmentos dictados por el jeque Abū ‘Abdallāh sobre todo esto en una compilación que recogiera en un solo haz cuanto hubiera de interés, dejando por completo expresado lo que él quisiera significar. Se le encareció que mejorase el estilo literario del relato, procurando hacerlo claro y comprensible para que sean deleite sus curiosidades y tenga gran provecho esta perla, una vez despojada de su concha. El mentado Ibn Ŷuzayy asumió con presteza el mandato y se aplicó al trabajo para —con la ayuda de Dios— cubrir la meta fijada. He vertido el contenido del relato del jeque Abū ‘Abdallāh con palabras que reflejan su intención y cuanto se proponía. A veces he transcrito su discurso exactamente como él lo narrara —sin modificar nada— y he reproducido la totalidad de noticias e historias que él contara, pero sin entrometerme en la verificación de las mismas ni de sus experiencias, pues él se condujo del modo más fiel, basándose en testimonios fidedignos y evitando responder del resto de las narraciones en sus mismas palabras. He pormenorizado la vocalización de la onomástica y los topónimos con las vocales y signos diacríticos para que la obra fuera más eficaz y exacta ortográficamente. He explicado cuantos nombres extranjeros pude, porque resultan difíciles de comprender por su origen bárbaro y los métodos habituales de explicación sólo inducirían a error.

Deseo que mi cometido sea bien recibido por su Alta Majestad (Dios le auxilie) y alcanzar dispensa en mis equivocaciones, pues su generosidad es enorme, así como su munificencia inmensa me exime. ¡Que Dios el Altísimo haga eternas sus victorias y poder, dé a conocer los favores de su apoyo y le conceda triunfos resonantes!

SALIDA DE TÁNGER NORTE DE ÁFRICA

Dice el jeque Abū ‘Abdallāh: salí de Tánger, donde nací, el jueves 2 de *Raḡab*, mes del Señor, del año 725 [14 de junio de 1325 J. C.], con el objeto de peregrinar a la Santa Casa [La Meca] y de visitar el sepulcro del Enviado de Dios, solo, sin compañero con cuya amistad solazarme ni caravana a la que adherirme, pero movido por una firme decisión en el alma y porque el ansia de encaminarme a aquellos nobles santuarios anidaba en mi pecho. Me decidí, pues, en la resolución de abandonar a mis amigas y amigos y me alejé de la patria como los pájaros dejan el nido. Aún vivían mis padres y hube de soportar el dolor de tenerlos lejos, por lo cual todos tres caímos enfermos. A la sazón mi edad era de veintidós años.

Ibn Ŷuzayy cuenta lo siguiente: «me informó Abū ‘Abdallāh en la ciudad de Granada, que naciera en Tánger el lunes 17 de *Raḡab*, el único, el año 703 [24 de febrero de 1304 J. C.]». Pero regresemos al relato.

Me puse en viaje durante el reinado del Príncipe de los Creyentes, defensor de la religión, el combatiente por Dios, de cuya generosidad se hacen lenguas en noticias ininterrumpidamente transmitidas, siendo claras de atestiguar las muestras de su largueza y adornándose la época con el ornato de sus méritos, mientras los hombres disfrutaban de la abundancia protegidos por su bondad y justicia. Me refiero al santo imán Abū ‘Saīd, hijo de nuestro señor el Príncipe de los Creyentes y defensor de la religión, el santo imán Abū Yūsuf b. ‘Abd al-Ḥaqq, que con decisión firme derrotó las armas de los politeístas, apagando sus agudas espadas el fuego de la impiedad con ríos de sangre y aniquilando sus escuadrones a los adoradores de la cruz, al tiempo que su conducta en la guerra santa merecía toda honra. Que Dios renueve sobre ellos su satisfacción, riegue sus sepulcros santos con la lluvia de sus dones, les otorgue las mayores recompensas para bien del Islam y de los musulmanes y mantenga el reino en manos de sus descendientes hasta el Día del Juicio.

Llegué a la ciudad de Tremecén, siendo en ella sultán Abū Tāšufīn ‘Abd ar-Raḡmān b. Mūsā b. ‘Uṭmān Yagmurāsan b. Zayyān. Allá encontré a los enviados del rey de Túnez, el sultán Abū Yaḡyà —Dios se apiade de él—, que eran el cadí de matrimonios de la ciudad de Túnez Abū ‘Abdallāh Muḡammad b. Abū Bakr b. ‘Alī b. Ibrāhīm an-Nafzāwī y el piadoso jeque Abū ‘Abdallāh Muḡammad b. al-Ḥusayn b. ‘Abdallāh al-Qrašī az-Zubaydī, nombre este último que se refiere a una población de la costa cercana a Maḡdīyya. Era hombre distinguido, falleció el año 740 [1339-1340 J. C.]. El mismo día de mi llegada a Tremecén salían de la ciudad estos embajadores. Alguno de mis amigos me indicó la conveniencia de acompañarles, así pues, me encomendé a Dios —loado y ensalzado sea— con este propósito y tras pasar tres jornadas en Tremecén en procura de lo que necesitaba, salí con gran prisa en pos de ellos, y los alcancé en llegando a Milyāna cuando comenzaba el estiaje, pero la enfermedad dañó a ambos alfaquies y hubimos de acampar diez días. Luego

partimos, pero el mal se ensañó con el cadí y nos detuvimos en cierto lugar de aguas abundantes, a cuatro millas de distancia de Milyāna, por espacio de tres días. A la mañana del cuarto, el cadí dio su postrer suspiro, por lo cual regresaron a la ciudad su hijo Abū ṭ-Ṭayyib y su compañero Abū ‘Abdallāh az-Zubaydī para darle sepultura. Yo los dejé allí y me puse en viaje junto con un grupo de comerciantes tunecinos, entre los que se contaba el Ḥāyî^[128] Masūd b. al-Muntaşir, el Ḥāyî al-‘Adūli y Muḥammad b. al-Ḥayār. Así entramos en la ciudad de Argel, en cuyas inmediaciones nos albergamos durante varios días hasta que llegó el jeque Abū ‘Abdallāh con el hijo del cadí fallecido y todos juntos nos dirigimos por la región de Mitîya hacia Ŷabal az-Zān [*Monte de las encinas*], después de lo cual llegamos a la ciudad de Bugía, en casa de cuyo cadí, Abū ‘Abdallāh az-Zuwāwī, se albergó el jeque Abū ‘Abdallāh, así como el hijo del cadí fallecido recibió la hospitalidad del alfaquí Abū ‘Abdallāh al-Mufassir. A la sazón era emir de Bugía Abū ‘Abdallāh M. b. Sayyid an-Nās el Chambelán. Y sucedió que falleció uno de los comerciantes tunecinos a los que yo acompañaba desde Milyāna, el dicho M. b. al-Hayar, cuya mención hicimos anteriormente, dejando una fortuna de tres mil dinares de oro, y encargó a un hombre de Argel, conocido por Ibn Ḥadīda, que la hiciese llegar a sus herederos en Túnez, pero el emir Ibn Sayyid an-Nās, que tuvo noticia del hecho, se la arrebató. Para mí esta fue la primera muestra de las injusticias cometidas por los gobernadores y secuaces de los Almohades^[129].

A nuestra llegada a Bugía sucumbí a la calentura. Entonces Abū ‘Abdallāh az-Zubaydī me indicó la conveniencia de permanecer allá para facilitar la curación, pero me negué diciendo: «Si plugo a Dios —loado y ensalzado sea— que muera, sea pues de camino hacia el Ḥiṭāz». A lo que me respondió: «Si estás decidido, vende tu acémila y la impedimenta más pesada, que yo te prestaré cabalgadura y cobijo y de este modo nos acompañarás aligerado de peso, porque habremos de marchar a uña de caballo por temor de que nos asalten los cabileños en el camino». Así lo hice y me prestó cuanto prometiera. Dios se lo recompense. Esta fue la primera prueba que tuve de la misericordia divina a lo largo de esta peregrinación al Ḥiṭāz.

Nos pusimos en marcha hasta llegar a la ciudad de Constantina, en cuyo alfoz plantamos nuestras tiendas al tiempo que nos sobrevénia un aguacero torrencial que nos forzó a salir de las jaimas, de noche, para cobijarnos en aduares próximos. Cuando fue de mañana nos recibió el gobernador, cuyo nombre era Abū l-Ḥasan, hombre distinguido y noble, que a la vista de mis ropas sucias por la lluvia ordenó que las lavaran en su casa y como quiera que la capa estaba muy pasada me envió en su lugar otra de Baalbek, en una de cuyas puntas había sujetado dos dinares de oro, siendo éste el primer viático que recibí en mi peregrinación. Luego nos pusimos en marcha hasta que llegamos a la ciudad de Bona, donde nos hospedamos por espacio de varios días y donde dejamos a algunos comerciantes que nos acompañaban por miedo del camino, y una vez desembarazados pudimos avanzar de prisa.

De nuevo me volvió la calentura y debía atarme a la silla con un turbante por

temor de caer, ya que estaba muy débil y ni podía descender, también de miedo, hasta que llegamos a la ciudad de Túnez, cuyos habitantes salieron a campo abierto para dar la bienvenida al jeque Abū ‘Abdallāh az-Zubaydī y a Abū ʔ-Ṭayyib, hijo del cadí Abū ‘Abdallāh an-Nafzāwī. Unos y otros se aproximaron, se desearon la paz y se interrogaron, pero nadie me saludó, pues a nadie conocía y ello me hizo perder el control de mí mismo entre sollozos y abundantes lágrimas. Uno de los peregrinos se percató de mi estado y se acercó a saludarme y animarme, lo que no dejó de hacer hasta que penetré en la ciudad para alojarme en la *Madrasa* de Kutubiyyīn [*Escuela de los libreros*].

Dice Ibn Ŷuzayy: «Me contó mi maestro, el cadí supremo y más señalado orador, Abū-l-Barakāt Muḥammad b. Muḥammad b. Ibrāhīm as-Silmī, es decir, Ibn al-Ḥāy̆ al-Balafiqī^[130], que le aconteció algo semejante a esta anécdota. Dijo: Me dirigía a la ciudad de Vélez, en el país de Al-Andalus, la noche de la fiesta de fin de Ramadán, con la intención de recitar el *ḥadīṭ* correspondiente a ella, habiéndolo aprendido de Abū ‘Abdallāh b. al-Kammād. Me presenté en la *muṣallà* [oratorio] junto con los fieles, y al acabar oración y sermón, los presentes se dirigieron unos a otros deseándose la paz, mientras yo me encontraba en un rincón sin que nadie me saludara. Entonces se vino a mí un jeque de la ciudad referida y me dedicó su saludo y sus buenos deseos en tanto me decía: “Te vi apartado de las gentes y sin nadie que te saludara, así supe que eres forastero y quise confortarte”. Que Dios se lo pague».

Vuelta al relato de Ibn Baṭṭuṭa

Sobre el sultán de Túnez

A mi llegada a Túnez era sultán allá Abū Yaḥyà, hijo del sultán Abū Zakariyyā Yaḥyà b. Abū Ishāq Ibrāhīm, hijo del sultán Abū Zakariyyā Yaḥyàb. ‘Abd al-Wāḥid b. Abū Ḥafṣ, Dios se apiade de él.

Había en Túnez varios ulemas de primer rango. Entre ellos, el cadí de la comunidad Abū ‘Abdallāh M., cuyo padre desempeñó el mismo cargo, es decir, Abū-l- ‘Abbās Aḥmad b. M. b. Ḥasan b. M. al Anṣārī al-Jazraʔī, valenciano de origen pero tunecino de nacimiento, es decir, Ibn al-Gammāz. Asimismo es de mencionar el predicador Abū Ishāq Ibrāhīm b. Ḥusayn b. ‘Alī b. ‘Abd ar-Rafi‘ ar-Riba‘ī, que también desempeñó la judicatura de la comunidad bajo cinco reinados diferentes. Y el alfaquí Abū ‘Alī ‘Umar b. ‘Alī h. Qaddāh al-Hawārī, que fue juez igualmente en Túnez y era uno de los principales ulemas: tenía la costumbre todos los viernes, después de orar, de recostarse contra una columna de la mezquita aljama, que se conoce por «Ŷāmic az-Zaytūna» [*Mezquita del Olivo*] y venían las gentes a pedirle sus veredictos en torno a pleitos. Y cuando había despachado cuarenta litigios lo dejaba.

En Túnez me sobrevino la fiesta del *Fiṭr* [ruptura del ayuno], así pues, asistí a la mezquita, donde la concurrencia era mucha por la conmemoración, mostrándose con sus mejores atavíos y sus más hermosos aderezos.

El sultán Abū Yaḥyà, ya mencionado, llegó a caballo y todos sus parientes, nobles y lugartenientes del reino, a pie en un orden portentoso. Una vez hecha la oración y terminado el sermón, las gentes marcharon a sus casas.

Después de cierto tiempo, la caravana que se dirigía al Ḥiṭāz designó como su jefe al noble Abū Ya‘qub as-Sūsī, de Iqlībiyya, población de Ifrīqīya. La mayoría de los viajeros eran *maṣmūdīes*, que me eligieron por cadí. Salimos de Túnez a fines del mes de *Dū-l-qa‘da*, dirigiéndonos por el camino costero hasta la población de Sūsa, que es pequeña pero bien construida, a la vera del mar, habiendo entre ella y la capital, Túnez, cuarenta millas. Luego llegamos a la ciudad de Ṣafāqus [Sfax], en el alfoz de la cual está el sepulcro del imán Abū-l-Ḥasan al-Lajmī el *mālikī*^[131], autor del libro *at-Tabṣira fi-l-fiqh* [*Esclarecimiento de la jurisprudencia*].

Ibn Ŷuzayy dice que ‘Alī b. Ḥabīb at-Tunūjī compuso lo siguiente a propósito de la ciudad de Ṣafāqus: [*metro kāmil*]

*Sea regada la tierra de Ṣafāqus,
la de palacios y oratorios
y guardada Quṣayr la que llega al golfo,
como su alto y elevado alcázar.
Ciudad que casi te dice
al visitarla: «Sé bien venido».
Y el mar se aparta o sube en plenitud
como un amante acude al encuentro,
pero al ver a los vigilantes se retira.*

En sentido contrario dice el gran literato Abū ‘Abdallāh M. b. Abū Tamīm, uno de los más activos y prolíficos poetas [*metro basīṭ*].

*Arruínese la vida del que habita Ṣafāqus.
Y que ni la lluvia torrencial humedezca su tierra.
Ciudad falaz, quienquiera que en ella ponga pie
ha de sufrir dos enemigos: cristianos y árabes.
Cuántos se perdieron en la costa, su mercancía robada,
y otros pernoctaron en el mar quejándose de cautiverio y muerte.
Hasta el mar señala la maldad de sus habitantes
y cada vez que se acerca, escapa.*

Vuelta al relato.

Después llegamos a la ciudad de Gabes, alojándonos intramuros y pasando diez días en ella a causa de las lluvias. Ibn ʿYuzayy recuerda que un poeta dice a propósito de Gabes: [*metro raʿyaz*)

*Lástima de noches dulces pasadas
junto a la llanura de Gabes.*

*Como si mi corazón al recordarla fuese una brasa en manos de quien pide
candela [qábis]*

Vuelta al relato.

Después salimos de la ciudad de Gabes en dirección a Trípoli. Nos acompañó durante varias jornadas como un centenar, o mis de jinetes. Además, en la caravana iba un escuadrón de arqueros, por lo que los beduinos se atemorizaron y se mantuvieron en su lugar: Dios nos guardó de ellos.

La Fiesta Grande, del sacrificio^[132], nos coincidió en una de estas jornadas y cuatro días más tarde entramos en la ciudad de Trípoli, en la que paramos algún tiempo. Como quiera que yo había contraído matrimonio en Şafāqus con la hija de un síndico gremial de Túnez, consumé la boda en Trípoli y a continuación partí de esta ciudad a fines del mes de *Muḥarram* del año 726 [enero de 1326 J. C.] acompañado de mi mujer y de un grupo de *maṣmūdīes*, y era yo quien alzaba el estandarte y quien los dirigía. La caravana entre tanto permanecía en Trípoli por terror a la lluvia y al frío. Nosotros cruzamos Mislāta, Misurāta y Qusūr Sirt. En este lugar pretendieron las cabilas beduinas caer sobre nosotros, pero la Providencia los desvió impidiendo su designio de dañarnos. Luego penetramos en un palmeral y lo atravesamos llegando a la Fortaleza de Barṣīṣ el Anacoreta, en dirección a Qubbat Sallām, donde nos alcanzó la caravana que permaneciera en Trípoli. Entonces surgió una disputa entre mi suegro y yo que me forzó a separarme de su hija y a casarme con la de un *ṭālib* [estudioso y maestro del *Corán*] de Fez. Consume el matrimonio en Qaṣr az-Zaʿāfiyya y ofrecí un convite, por lo que entretuve a la caravana toda la jornada.

EGIPTO

Más tarde, el primer día del mes de *Ŷumādà I*, llegamos a la ciudad de Alejandría —Dios la guarde—, frontera bien protegida y región de paso, maravillosa y de construcción fuerte. En ella hay cuanto quisieras, tanto de hermoso como de inexpugnable, de monumentos píos como profanos. Son honradas sus residencias y grata su condición. Los edificios aúnan grandeza y robustez. Esta ciudad es una perla resplandeciente y luminosa, una doncella fulgurante con sus aderezos, cuya belleza alumbra al Magreb. Acopia las más varias hermosuras por su situación intermedia entre Levante y Poniente. Toda maravilla en ella se muestra, al par que retúne cualquier cosa notable. Al describir esta urbe se ha llegado a la exhaustividad: recopilando sus maravillas y causando admiración, pero para el observador es suficiente lo reseñado por Abū ‘Ubayd al-Bakrī en su obra *al-Masālik* [Las Vías]^[133].

Reseña de las puertas y fondeadero

La ciudad de Alejandría tiene cuatro entradas: la Puerta del Loto [*sidra*], en la que muere el camino del Magreb, la de Rasīd (Roseta), la Puerta del Mar y la Puerta Verde, que no se abre sino el viernes y por ella salen los habitantes a visitar los cementerios. La ciudad posee un puerto grandioso y nunca vi entre todos los del mundo otro como él, excepto los puertos de Kawlām [Quilon] y Qālīqūt [Calicut] en la India, el de los Genoveses en el país de los Turcos [Crimea] y el puerto de Zaytūn [Thsiuan-Tcheu-Fu] en China, cuya descripción viene más adelante.

El faro de Alejandría

En esta peregrinación estuve en el faro y comprobé que uno de sus flancos estaba en ruinas. Se puede describir como una construcción cuadrada que asciende por los aires. La entrada está por cima del nivel del suelo y frente a ella hay un edificio de altura pareja a la de la puerta sobre el que caen planchas de madera para pasar y una vez izadas no hay manera de acceder hasta la puerta. Dentro hay un cuerpo de guardia para que en él pose el celador del faro y en su interior existen numerosas estancias. La anchura del pasadizo interior es de nueve palmos y el grosor del muro de diez. La longitud de cada uno de sus lados es de ciento cuarenta palmos. Se halla sobre una elevación, a una parasanga de distancia de la ciudad en una lengua de tierra que el mar rodea por tres frentes, hasta juntarse con la muralla de la población. De esta guisa es imposible alcanzar la almenara por tierra si no es proviniendo de la ciudad. En ese terreno a orilla del faro está el cementerio de Alejandría. A mi regreso

a los países del Magreb el año 750 [1349 de J. C.] quise visitar de nuevo el faro, pero lo encontré enteramente derruido hasta el punto de que no era posible ni entrar en él ni llegarse a la puerta. El sultán al-Malik an-Nāṣir —Dios se apiade de él— concibió el proyecto de levantar otro faro parejo frente a él, pero la muerte le impidió llevarlo a cabo:

La Columna de los Pilares

Entre las maravillas de esta ciudad se cuenta la sobrecogedora columna de mármol que hay extramuros. Se la conoce por Columna de los Pilares y está en medio de un palmeral. Se percibe destacándose de las palmeras por su altura. Es un solo bloque bien tallado que se yergue sobre basas cuadradas de piedra semejantes a inmensos poyos de modo que se ignora cómo la colocaron allí ni es seguro quién la puso. Dice Ibn Ŷuzayy: «Me contó uno de mis maestros, gran viajero, que cierto arquero alejandrino ascendió hasta la cúspide de la columna portando su arco y aljaba y allá quedó; de suerte que corrió la voz y se congregó la multitud para contemplarle siendo grande el asombro que ocasionara, pues las gentes desconocían cómo subiera. Yo pienso que actuaba inducido por el temor o en procura de algo que necesitaba. Como quiera que fuere, aquel acto le hizo alcanzar su designio. La manera en que trepó es la siguiente: lanzó una saeta en cuya punta había amarrado un bramante largo y al cabo del bramante sujetó una maroma y tras pasar la flecha por sobre el capitel en sentido contrario cayó en el lado opuesto al del arquero, con lo que el bramante quedó en sentido oblicuo al capitel de la columna y el arquero lo haló hasta que la cuerda pasara por el medio del capitel en el lugar del bramante, entonces la aseguró por uno de sus cabos en tierra y atándose a ella trepó por el otro extremo y permaneció en lo alto después de recoger la cuerda, que sería retirada por algún acompañante. Y como a las gentes no se alcanzaba su argucia quedaban pasmados por aquello».

En la época de mi llegada a Alejandría era su emir un tal Ṣalāḥ ad-Dīn. También se encontraba en ella el depuesto sultán de Túnez, es decir, Zakariyyā Abū Yaḥyà b. Aḥmad b. Abū Ḥafṣ el apodado al-Liḥyānī [*el Barbudo*], porque al-Malik an-Nāṣir había ordenado alojarlo en la residencia real de Alejandría y darle de pensión cien *dirhams* diarios. Con él se encontraban sus hijos. ‘Abd al-Wāḥid, Miṣrī e Iskandarī, así como su chambelán Abū Zakariyyā b. Ya‘qūb y su ministro Abū ‘Abdallāh b. Yāsīn. En Alejandría falleció el mentado Liḥyānī e igualmente su hijo Iskandarī, pero Miṣrī permanece allá hasta hoy día.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Es sorprendente lo acontecido con los nombres de los dos hijos de al-Liḥyānī porque Iskandarī [*Alejandrino*] murió en Alejandría y Miṣrī [*Egipto*] vivió en Egipto largos años, como si se tratara de un presagio veraz».

Vuelta al relato.

En lo tocante a ‘Abd al-Wāḥid, se trasladó al país de Al-Andalus, al Magreb y a Ifrīqiyya [Túnez] y allá murió en la isla de Ŷarba.

Mención de varios ulemas alejandrinos

Entre los sabios de la ciudad se cuenta el cadí ‘Imād ad-Dīn al-Kindī, excelente orador, que enrollaba a su cabeza un turbante que excedía de lo usual. Nunca vi en Oriente ni Occidente un turbante mayor que aquél. Un día lo topé sentado en la abertura del mihrab y su turbante casi lo llenaba.

También es digno de mención Fajr ad-Dīn b. ar-Rīgī, hombre distinguido y sabio, que igualmente fue cadí de Alejandría. Se recuerda que el abuelo del juez Fajr ad-Dīn ar-Rīgī, pertenecía a la cabila de Rīga y que se entregó al estudio, después peregrinó al Ḥiṡāz, llegando a Alejandría una tarde, muy escaso de dineros. Así decidió no entrar en ella hasta oír un augurio bueno. Se sentó próximo a la puerta mientras todos los habitantes iban regresando y vino la hora de cerrarla y allá no quedaba nadie sino él, por lo que el encargado de la guarda se impacientó por su retraso y le dijo chanceándose: «Pasa, cadí». A lo que respondió: «Cadí, si Dios quiere». Y entró a una *madrasa* aplicándose a la lectura del *Corán* y se encaminó por la vía de los hombres distinguidos, creciendo su fama, multiplicándose su renombre y haciéndose conocer por su ascetismo y sacrificios, de manera que sus noticias alcanzaron al rey de Egipto y he aquí que como en el ínterin murió el cadí de Alejandría, habiendo en la ciudad un gran número de alfaquíes y ulemas que ansiaban sucederle, en tanto ar-Rīgī, por contra, no lo ambicionaba, el sultán le remitió la investidura, es decir el signo externo de la judicatura. Un correo le llevó la noticia y entonces envió a su sirviente a pregonar al pueblo que quien tuviera un pleito debía presentárselo. Se sentó a dirimir los litigios de las gentes mientras se congregaban los alfaquíes y otros más con uno que era firme candidato al puesto y discutieron reclamar al sultán para que volviera sobre su decisión, informándole de que el pueblo no estaba satisfecho. A esto, estaba allí un estrellero experimentado que les dijo: «No hagáis tal porque he verificado y comprobado el astro de su acceso al cargo y me es notorio que será juez durante cuarenta años». Consiguientemente, los reunidos desistieron de revocar su nombramiento. Lo ocurrido después fue según previera el astrólogo, dándose a conocer en su magistratura por la justicia y moderación de costumbres.

Entre los ulemas alejandrinos se destacaba Waṡṡh ad-Dīn aṡ-Ṣinhāyī, cadí también, renombrado por ciencia y virtud. Y Šams ad-Dīn el hijo de Bint at-Tinnīsī, pío y hombre famoso. Entre los hombres virtuosos de la ciudad estaba el jeque Abū ‘Abdallāh al-Fāṡī, uno de los mayores seguidores de Dios el Altísimo. Se cuenta que cuando, rezando, pronunciaba la salutación, escuchaba una voz que le respondía.

También hay que citar al sabio y ascético imán Jalīfa, humilde, casto y dado a éxtasis, uno de cuyos discípulos, seguro como fuente, me relató el siguiente portentoso atribuido a él: El jeque Jalīfa vio mientras dormía al Enviado de Dios —El Señor lo bendiga y salve— que le decía: «Jalīfa, visítanos». Por lo cual, éste viajó a Medina la Santa y se encaminó a la noble Mezquita entrando por la Puerta de la Paz, saludó al Lugar y reverenció al Profeta de Dios —Éste lo bendiga y salve— y después se sentó apoyándose en una de las columnas de la mezquita y reclinó la cabeza entre sus rodillas, que es la postura denominada *tarfīq* entre los místicos, y al alzar su cara encontró ante sí cuatro panecillos, algunas vasijas con cuajadas y una fuente de dátiles. De esas viandas comieron él y sus amigos. Luego retornó a Alejandría sin llegarse de peregrino hasta La Meca, por ese año.

También es de citar el sabio imán, el ascético, casto y humilde Burhān ad-Dīn al-A‘ra‘y, uno de los mayores ascetas y siervos del Señor. Lo encontré en los días de mi estancia en Alejandría y disfruté de su hospitalidad por espacio de tres jornadas. Mencionaré un milagro suyo. En una ocasión entré en su aposento y me dijo: «Veo que gustas de los viajes y recorrer países». Le respondí: «Sí, me gusta». Y eso que a la sazón no había parado mientes siquiera en penetrar en las lejanísimas tierras de India y China. Añadió: «Es preciso que —si Dios quiere— visites a mis hermanos Farīd ad-Dīn en la India, Rukn ad-Dīn Zakariyyā’ en el Sind y Burhān ad-Dīn en China. Cuando te reúnas con ellos transmíteles la paz de mi parte». Mucho me asombraron sus palabras, pero así fue sembrado en mi espíritu el ansia de dirigirme a esos países y no cesé de vagar hasta que encontré a los tres que mencionara para llevarles la paz de su parte. A la despedida me colmó de dineros que mantuve a buen recaudo, sin que hubiera de echar mano de ellos, hasta que me los arrebataron en el mar, junto con otras cosas, los infieles indios.

Entre ellos citaré al jeque Yāqūt al-Ḥabasī [*el Etíope*], una de las más señeras figuras y que fuera discípulo de Abū l-‘Abbās al-Mursī [*el Murciano*], el cual a su vez aprendió del seguidor de Dios el Altísimo Abū l-Ḥasan aš-Šādilī, afamado autor de portentosos grandiosos y que alcanzó altos grados en la contemplación mística, así por ejemplo, el milagro que me contó el jeque Yāqūt y que había tomado de su maestro Abū l-‘Abbās al-Mursī. Abū l-Ḥasan hacía la peregrinación todos los años, siendo su ruta la del Alto Egipto y estableciéndose en La Meca el mes de *Ra‘yab* y los siguientes hasta que terminaba el tiempo del peregrinaje, entonces visitaba el Sepulcro Santo y retornaba por la vía terrestre del Ḥi‘yāz hacia su país. En cierta ocasión, el último año que saliera, dijo a su criado: «Toma una azada, una sera, ungüentos y cuanto se utiliza para amortajar». Le respondió el servidor: «¿Por qué, señor?». A lo que contestó: «En Humaytira lo verás»^[134]. En llegando a Humaytira el jeque Abū l-Ḥasan hizo las abluciones, rezó dos rak‘as [*prosternaciones*] y el Señor le tomó en su seno en la última del rezo. Fue enterrado allá y yo visité su tumba en la que hay una lápida con su nombre y el de sus antepasados, remontándose hasta al-Ḥasan hijo de ‘Alī^[135]. Citaré la Oración del Mar que se le atribuye, pues viajaba

cada año, como señalábamos antes, por el Alto Egipto y el mar de Yûdda [Mar Rojo] y cuando estaba a bordo de la nave recitaba cada día esta plegaria que sus seguidores hasta ahora recitan a diario y que es como sigue: «Dios, alto y magnífico, dulce y sapiente, tú eres mi dueño. Conocerte me basta. Qué buen Señor es el mío y qué suficiente es lo que tengo: das la victoria a quien quieres porque tú eres el fuerte y el piadoso. A ti demandamos salvaguarda en el movimiento y la quietud, en palabras, intenciones, pensamientos. Para defendernos de dudas, ideas e imaginaciones engañosas para los corazones que procuran alcanzar lo oculto. Los musulmanes han sido sometidos a duras pruebas y sacudidos por rigurosos cataclismos y he aquí que los hipócritas y quienes tienen el corazón pervertido dirán: “Dios y su Enviado no nos han hecho sino promesas vanas”. Así pues, danos un indicio, socórrenos y apacíguanos este mar como hiciste con Moisés. Y como calmaste el fuego para Abraham y como domeñaste hierro y montañas a David y como diste a Salomón ascendiente sobre vientos, demonios y genios. Apacíguanos todos tus mares en la tierra y en el cielo, en el Reino este y en el venidero, en el mar de este mundo y en el de las postrimerías. Sométenos todo, Tú que eres dueño del Universo. *Kāf, Hā, Yā-‘Ayn, Šād*^[136]. Acúdenos pues eres el mejor de los defensores y otórganos el triunfo pues eres el mejor de los conquistadores: Perdónanos pues eres el más clemente. Ten misericordia con nosotros pues eres el más misericordioso y concédenos tus dones pues eres el más dadivoso. Condúcenos y guárdanos de los injustos. Otórganos viento favorable como eres capaz de hacer, extrayéndolo de los tesoros de tu misericordia y sosténnos con ellos generosamente manteniéndonos fortalecidos y en paz en la religión, en este mundo y en el postrero, pues eres capaz de todas las cosas. ¡Gran Dios!, facilítanos nuestros asuntos con la calma de corazones y cuerpos, así como la salud y reposo en lo tocante a nuestra religión y a este mundo. Acompáñanos en el viaje y sustitúyenos entre nuestra familia. Borra los rostros de los enemigos y agrávese su situación, que no puedan venir sobre nosotros ni de nosotros marchar y *“si quisiéramos que se desvanecieran sus ojos les haríamos desvanecer la vista, con lo que se precipitarían al infierno porque ¿cómo verían la vía que conduce a él? Si quisiéramos les haríamos metamorfosearse y no podrían pasar ni retroceder”* [Por la estrecha pasarela que pasa sobre el infierno. Corán. XXXVI, 66, 67]. *“Sus rostros se humillarán, ‘ayn, mīm, ante el Eterno, el Inmutable y se perderá el inicuo”* [Corán, XX., 110). *Tā, sīn, hā’, ‘ayn, sīn, qāf*^[137]. *“Él hace fluir a los dos mares que casi se juntan pero entre ellos hay un istmo que no sobrepasan”* [Corán, LV, 19-20] *Hā* [ocho veces]. *“El asunto ha sido decretado y el socorro llegó. No nos vencerán. Se decidió la revelación del Libro por Dios el Fuerte, el Sabio, que perdona los pecados y admite el arrepentimiento, que castiga con rigor, que dura eternamente. No hay otro dios sino Él. A Él se acude. En el nombre de Dios sea bendita nuestra puerta, nuestros muros, ya’, sīn, nuestro techo, kāf, hā, yā, ‘ayn, sād, nuestras necesidades, hā, mīm, ‘ayn, sīn, qāf, nuestra protección. Porque Dios te bastará contra ellos, es el que oye y sabe todo”* [Corán,

II, 131]. *“El velo del firmamento se tiende sobre nosotros y el ojo de Dios nos mira: Gracias a la fuerza de Dios nada se puede contra nosotros. Dios está tras ellos rodeándolos. Este glorioso Corán está escrito sobre una tablilla bien guardada”* [Corán, LXXXV, 20-21]. *“Dios es el mejor de los guardianes, el más apiadable de los piadosos. Mi señor es Dios, que ha revelado el Libro y elige por seguidos a los limpios de corazón”* [Corán, VII, 195], *“Dios me basta, no hay otro dios sino Él, a Él me confío. Es el dueño del mayor trono. En nombre de Dios, con cuyo nombre nada en la tierra ni en el cielo se dañaría. Es el que oye, el omnisciente. Tiene el humano ángeles por delante y por detrás que le protegen por orden de Dios”* [Corán, XIII, 12]. Y no existe fuerza ni poder más que en Dios el Altísimo, el Magnífico».

Anécdota

De lo acontecido en la ciudad de Alejandría el año 727 (1326-7 de J. C.) nos llegó noticia en La Meca y es lo siguiente: Acaeció una disputa entre los musulmanes y los comerciantes cristianos siendo valí de Alejandría un hombre conocido por al-Karakī que vino en salvaguardar a los cristianos y mandó presentarse a los musulmanes entre los dos baluartes de la puerta de la ciudad e hizo cerrar los batientes tras ellos para castigarlos. Esto no fue del agrado de la gente por parecerles desmedido, así pues, rompieron la hoja y se revolvieron contra la residencia del gobernador, que se fortificó para defenderse de ellos, mientras los combatía desde lo alto y enviaba palomas mensajeras con la noticia a al-Malik an-Nāṣir. Este remitió a un emir llamado al-Ŷamālī. Luego, le hizo seguir por otro conocido por Ṭawgān, hombre orgulloso y cruel, de cuya fe religiosa había dudas pues se decía que adoraba al sol. De este modo, entraron en Alejandría, apresaron a los más principales de sus habitantes y a los mercaderes cabecillas —como los hijos de al-Kūbak y otros más— y les arrancaron muchos dineros. También se colocó al cuello del cadí ‘Imād ad-Dīn un cepo metálico. Más tarde ambos emires ejecutaron a treinta y seis hombres descuartizándolos, tras lo cual fueron crucificados en dos hileras. Esto ocurrió un viernes y como las gentes salieran después de rezar, según su hábito, a visitar los cementerios, contemplaron la matanza con lo que creció su pena, redoblándose sus tristezas. Entre aquellos crucificados se contaba un comerciante muy capaz llamado Ibn Rawāḥa que tenía una estancia dispuesta con armas y cuando quiera que se daba una causa de alarma o zafarrancho preparaba con qué armar a uno o dos centenares de hombres. En la ciudad había numerosos almacenes de este jaez. Su lengua hizo resbalar a Ibn Rawāḥa porque manifestó a los emires: «Soy garante de esta ciudad y siempre que suceda cualquier hecho en ella, que se me pida. Evitaré al sultán los dispendios de soldada de las tropas». Los emires no gustaron de sus palabras por lo que respondieron: «Tú pretendes alzarte contra el sultán». Y le dieron muerte, sin embargo su intención no era otra que mostrar su adhesión y deseo de servir al sultán,

lo que fue causa de su fin.

En los días de mi estancia en Alejandría había oído hablar del distinguido y entregado al Señor, jeque ‘Abdallāh al-Mursīdī, uno de los mayores devotos contemplativos, que vivía aislado del mundo y disponía de recursos sobrenaturales. Se aislaba en Munyat Banī Mursid en un morabito suyo, completamente solo, sin criado ni compañía. A él acudían emires, ministros y delegaciones de todas las clases sociales a diario. Él les alimentaba y, aunque cada uno deseara comer un plato, fruta o dulce diferente, a todos atendía con lo que gustaran, e incluso con productos de la tierra fuera de su tiempo. A él venían alfaquíes para pedirle empleos. A unos invertía y a otros destituía, habiéndose extendido lejos su fama, de modo que al-Malik an-Nāsīr se había dirigido a él en varias ocasiones.

Salí de la ciudad de Alejandría en procura de este jeque —que Dios nos lo haga provechoso— y llegué a la población de Tarūḡa ^[138] que se encuentra a la distancia de media jornada desde Alejandría. Es un pueblo grande en el que hay un cadí, un gobernador y un supervisor. Sus gentes son corteses y de noble carácter. Entré en relación con el juez, Ṣafī d-Dīn; con el jatib Fajr ad-Dīn, y con un hombre distinguido llamado Mubārak al que se conocía por Zayn ad-Dīn. Me alojé en casa de un hombre piadoso, distinguido y de gran consideración, que respondía por ‘Abd al-Wahhāb. El supervisor Zayn ad-Dīn b. al-Wā‘iz me ofreció su hospitalidad y me interrogó acerca de mi ciudad y el monto que alcanzaban los tributos, por lo que le informé que era una cantidad de doce mil dinares de oro, de lo que se maravilló mucho y me respondió: «Ves esta población, pues tributa setenta y dos mil dinares de oro». Los ingresos del tesoro de Egipto son tan grandes porque la totalidad de las propiedades pertenecen al fisco.

Después salí de esta población y alcancé la ciudad de Damanhūr, grande, de abundantes impuestos y bellezas impresionantes, capital de toda la región del lago de Buhayra [act. Beheira] y centro en torno al cual gira la provincia. Por entonces era su cadí Fajr ad-Dīn b. Maskīn, jurisconsulto del rito *sāfiī* que fue investido del cargo de juez en Alejandría cuando se depuso a ‘Iāmd ad-Dīn al-Kindī a causa de los acontecimientos que hemos relatado. Alguien digno de crédito me refirió que Ibn Maskīn pagó veinticinco mil *dirhams*, es decir, mil dinares de oro, por ser designado cadí de Alejandría.

Salimos de Damanhūr hacia la ciudad de Fawwa, de aspecto portentoso y hermosa en su interior. En ella hay huertos innumerables y riquezas señaladas dignas de mención. También se encuentra allá el sepulcro del jeque santo Abū n-Naḡāt, de nombre famoso, y que fuera guía de esas tierras.

El morabito del jeque Abū ‘Abdallāh al-Murgidī, al que me dirigía, está en los alrededores de la ciudad, separado de ella por un canal. Cuando llegué a Fawwa lo vadeé y alcancé la zagüía del jeque precitado, antes de la oración del ‘*asr* [primeras horas de la tarde], le saludé y a orilla suya encontré al emir Sayf ad-Dīn Yalmalak, uno de los *jāṣṣakīes* [oficiales del sultán] a quien el pueblo llama al-Malik, en lo cual

yerran. El emir había acampado con sus soldados fuera de la zagüía. Cuando pasé a ver al jeque, éste se levantó hacia mí, me estrechó, hizo que me trajeran de comer y me acompañó en la colación. Vestía una aljuba de lana negra. Al venir el momento de rezar la oración de *al-‘aṣr* me encareció que oficiase de imán, lo que repitió en todas las oraciones durante mi estancia con él, y cuando quise dormir, me indicó que subiera a la azotea de la zagüía. Era la época de los primeros calores. Dije al emir: «En nombre de Dios», a lo que respondió: «*Cada uno tiene su lugar predestinado*» [Corán, xxxvii, 164]. Subí a la azotea y allí encontré una estera, un tapete de cuero, vasijas para las abluciones, un cántaro de agua y un cuenco para beber. Allí dormí.

Milagro de este jeque

Aquella noche, mientras dormía en la terraza de la zagüía, me sentí como transportado en alas de un enorme pájaro que volaba en dirección a La Meca, después hacia el Yemen y a continuación enderezaba para el Oriente, tras lo cual marchaba al Sur y luego se alejaba volando hacia el Este, descendía en una tierra verdinegra en la que me abandonaba. Me asombré de esta visión y me dije en mi fuero interno: «Si el jeque revela mi sueño, será todo tal como se diga». Cuando amanecí para el rezo de la aurora me encargó que hiciera de imán. Luego, vino el emir Yalmalak a verle, se despidió y marchó. Lo mismo hicieron todos los restantes visitantes, no sin que les aprovisionara de pastelillos. Entonces entoné la oración del *duḥà* [no preceptiva, hacia las diez] y en ese momento me llamó e interpretó mi visión después que se la hube narrado. «Harás la peregrinación a La Meca, visitarás el sepulcro del Profeta y recorrerás el país del Yemen, el Iraq, el país de los turcos y la India, donde permanecerás un largo período y encontrarás a mi hermano Dilšād al-Hindī, que te apaciguará de una pena en la que caerás». De seguida me surtió de dulces y *dirhams*. Tras la despedida tomé el camino. Desde que me separé de él no he topado en todos mis viajes sino bondades: su bendición me fue propicia. Nunca he visto otro que le sea parejo, excepto el santo Sayyid M. al-Mūlah que vive en la India.

Luego nos encaminamos hacia la ciudad de Nahrāriyya, anchurosa y amplia, construida poco ha y con zocos que alegran la vista. El emir de la ciudad, conocido por Sa’dī, goza de gran respeto. Tiene un hijo que está al servicio del rey de la India y al cual mencionaremos más adelante. El cadí de la villa, Ṣadr ad-Dīn Sulaymān al-Mālikī, hombre principal entre los seguidores de Mālik, viajó al Iraq como embajador de al-Malik an-Nāṣir y ocupó el cargo de juez de la provincia de Garbiyya [en el N. O. del delta del Nilo]. Era de buen porte y hermosa figura. El predicador de la población era Šaraf ad-Dīn aṣ-Ṣajāwī, hombre piadoso.

Desde Nahrāriyya psé a Ibyār, ciudad antigua, de arrabales aromáticos, posee mezquitas numerosas y su belleza es sobresaliente. Está en las inmediaciones de Nahrāriyya, separadas por el Nilo. En Ibyār se fabrican ropas hermosas, que se

venden a precios caros en Siria, Iraq, El Cairo y otros lugares, pero lo extraño es que esas telas en Nahrāriyya, tan cercana como está, no son apreciadas ni estimadas. En Ibyār me entrevisté con su juez 'Izz ad-Dīn al-Malīhī al-Šāfi'ī, individuo generoso y de gran mérito. Con él estaba el Día de la Cabalgata, es decir, el día en que aparece la luna nueva de Ramadán. La costumbre es que se reúnan los alfaquíes y notables de la ciudad al comienzo de la tarde del día 25 de *Sā'bān* en casa del juez. Ante la puerta se para el *naqīb* [jefe] de los que portan el turbante de ulema, vestido magníficamente, y cuando llega algún alfaquí o notable lo recibe este jefe y camina ante él diciendo: «En el nombre de Dios, nuestro señor Fulano de la religión». El cadí y quienes lo rodean se alzan por el recién venido, a lo que el *naqīb* lo acomoda en un sitio apropiado. De que no falta nadie, el cadí monta a caballo y así los demás, siguiéndolos todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y chicos. De esta guisa alcanzan un otero extramuros que tienen por observatorio del creciente, habiéndose alfombrado el lugar previamente con esteras y tapices. En él descabalgan el juez y la comitiva para observar la luna nueva. Tras rezar la oración de la puesta de sol retornan a la ciudad con candelas, hachones y faroles por delante, mientras los mercaderes prenden lámparas en sus comercios y la población, con el cadí, llega a casa de éste, después de lo cual marchan. Y así hacen todos los años.

A continuación me dirigí a la ciudad de Maḥalla al-Kabīra, majestuosa y de hermosos monumentos. Su población es numerosa y conjunta todas las virtudes. Su nombre es suficientemente claro, por lo que no detallaremos cómo se vocaliza^[139]. En la ciudad existe un juez supremo y un gobernador máximo. En el momento de mi llegada, el cadí 'Izz ad-Dīn b. al-Asmarin estaba enfermo y reposando en un huerto suyo, a una distancia de dos parasangas de la villa, en vista de lo cual fui a visitarlo acompañado de quien le reemplazaba, el alfaquí Abū l-Qāsim b. Banūn al-Mālikī at-Tūnusī, y de Šaraf ad-Dīn ad-Damīrī, juez de la demarcación de Manūf. Nos detuvimos un día con él y sucedió que hablando de los hombres píos supe que a una jornada de camino desde Maḥalla se hallaba la comarca de Burlus y Nastaraw, país de santos, en el que estaba la tumba del jeque Marzūq, el contemplativo, así pues, dirigí mis pasos a esas tierras, alojándome en la zagüía del mencionado santo. En esta región son abundantes las palmeras, el dátil, las aves marinas y el pescado, que denominan *būrī* [mújol]. La cabeza de distrito es Maltīn^[140], a orillas de la albufera en que se mezclan las aguas del Nilo y el mar, y que es conocida por lago de Tinnīs^[141]. Nastaraw está cercana a la laguna. Yo me albergué en la zagüía del jeque Šams ad-Dīn al-Falwī, hombre piadoso. Tinnīs fue en tiempos una urbe grandiosa, pero hoy día no es más que ruinas.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Tinnīs dio su nombre al glorioso poeta Abū l-Fatḥ b. Wakī', que dice acerca del canal que hay en la ciudad [metro *basīt*]:

*Alza y escánciame mientras se agita el canal
y el viento comba los penachos de las cañas,*

*como si las brisas al doblarlas
fueran un amante que en vez de sedas vistiera ramos,
y el aire se cubriera de una capa negra de almizcle
que los relámpagos bordaran de oro.*

Debe escribirse Nastaraw y Burlus, aunque hay quien pronuncia Borollos [así ocurre hoy en día] y Abū Bakr b. Nuqta escribe Barallus. Esta población está a la orilla del mar. Entre los acontecimientos extraordinarios allá sucedidos es de reseñar lo referido por Abū ‘Abdallāh ar-Rāzī, que lo tomó de su padre: el cadí de Burlus, hombre piadoso, salió una noche hacia el Nilo y en tanto cumplía el precepto de rezar, tras las abluciones, escuchó a alguien que recitaba [metro *basīt*]:

*«De no ser por quienes de continuo ayunan
y de los que se aplican al Santo Libro,
sin remedio temblaría una mañana la Tierra bajo vuestros pies
porque sois un pueblo malvado que no me considera».*

Añadió el cadí: «Acabé mi oración y busqué con la vista, pero no encontré a nadie ni escuché ningún murmullo, así supe que aquella reconvención provenía de Dios el Altísimo».

Volvamos al relato.

Luego me encaminé por tierras arenosas a la ciudad de Dimyāt [Damietta], anchurosa y de abundantes clases de frutos, de disposición asombrosa, goza de toda belleza con ventaja. La gente pronuncia su nombre con *dāl* [es decir: Dimyāt] y así lo escribió el imán Abū M. ‘Abdallāh b. ar-Rulātī. La honra de la religión, el sabio imán Abū M. ‘Abd al-Mu’min, hijo de Jalaf ad-Dimyātī, guía de los tradicionistas, lo escribe sin puntuar el *dāl*, contradiciendo a ar-Rusātī y a otros autores, pero él debía ser quien mejor conociera el modo de escribir el nombre de su ciudad. Esta se halla a orillas del Nilo. Los habitantes de los aduare aledaños dé él se procuran el agua por medio de calderos, y son muchas las casas en que hay escalones por los que se baja al río. El platanero es abundante en este lugar, transportándose su fruto a El Cairo en falucas. Los ganados pastan libremente noche y día. Por todo esto se dice acerca de Damietta: «Su muralla es dulce y sus perros, corderos». Cuando alguien entra en ella ya no puede salir, sino provisto de un salvoconducto del gobernador. A quienes son considerados se les imprime el sello en papel, para que lo exhiban ante los guardianes de la puerta y a los demás se les graba en el brazo con la misma finalidad. Hay numerosas aves marinas, de carne muy grasienta. También se da la leche de búfalo, sin parangón en dulzura y buen sabor. Y el mújol, pescado que es transportado desde

aquí a Siria, Anatolia y El Cairo. En las afueras, entre el mar y el Nilo, existe una isla denominada al-Barzaj [*la barra*], en la que hay una mezquita y un morabito, lugar en que encontré al jeque Ibn Qufī, con quien pasé la noche anterior a un viernes. Con él estaba un grupo de faquires píos y virtuosos, buenos siervos del Señor, que estuvieron todo el tiempo rezando, leyendo el *Corán* y mencionando con devoción el nombre de Dios.

La Damietta actual es de construcción nueva, pues la antigua fue destruida por los cristianos durante el reinado de al-Malik as-Şālih^[142]. En ella está la zagüía del jeque Ŷamāl ad-Dīn aş-Şāwī, fundador de la cofradía llamada Qarandarī, que son los que se afeitan barba y cejas. En el momento de mi visita se encargaba de la zagüía el jeque Faṭḥ at-Takrūrī.

Anécdota

Se cuenta que la causa de que el jeque Ŷamāl ad-Dīn aş-Şāwī se rasurase barba y cejas fue su gran hermosura y belleza de rostro, pues sucedió que una mujer del pueblo de Sāwa se prendó de él y le enviaba billetes y le salía al paso por los caminos invitándole a ir con ella, pero él se resistía y la rechazaba. De este modo, ella se fue encelando por tal actitud hasta el extremo de enviarle una vieja que se le presentó junto a una casa que había en su trayecto hacia la mezquita. La anciana portaba una carta sellada, y al pasar a su altura le dijo: «Señor, ¿sabes leer?». Respondió: «Ciertamente». Añadió la vieja: «Mi hijo me envía este escrito y querría que me lo leyeras». Dijo el otro: «Desde luego». Pero mientras él abría la carta, agregó la mujer: «Señor, la esposa de mi hijo está en el zaguán de la casa, si fueras tan amable de leerlo dentro, ella lo escucharía». También accedió a su petición, y cuando se encontraba en el interior la vieja trancó la puerta, momento en que aparecieron la enamorada y sus sirvientas, que lo atraparon e introdujeron en la vivienda. Entonces la mujer le manifestó lo que de él pretendía, y el jeque a la vista de que no había escapatoria respondió: «Haré lo que deseas, pero muéstrame el retrete primero». Al indicárselo, él cogió agua consigo y con una cuchilla afiladísima que llevaba se rasuró barba y cejas, después de lo cual salió ante ella. La enamorada lo encontró feo, desaprobó su acción y mandó que lo echaran: Dios le protegió de tal manera. Así pues, quedó de la misma guisa afeitado para lo sucesivo. Igualmente sus seguidores se afeitan cabeza, cejas y barba.

Sobre este jeque se cuenta un portento, y es que cuando llegó a la ciudad de Damietta, tomó el cementerio por alojamiento. A la sazón, el cadí era uno llamado Ibn al-‘Amīd. Cierta día el juez salió acompañando el entierro de una personalidad de la población, vio al jeque Ŷamāl ad-Dīn entre las tumbas y le dijo: «De modo que tú eres el jeque innovador». Y la respuesta fue: «Y tú eres el cadí ignorante, que pasas con tu acémila entre los sepulcros aún sabiendo que al hombre muerto se debe tanto

respeto como al vivo». Repuso el juez: «Y lo más chocante de todo es ese afeitado de barba». El jeque respondió: «¿Te refieres a mí?», y profirió un berrido, tras lo cual alzó la cabeza exhibiendo una magnífica barba negra. Se maravillaron de aquello los acompañantes y el cadí, que descabalgó ante el jeque. Este lanzó un segundo alarido y he aquí que apareció con una hermosa barba blanca. Gritó por tercera vez y al levantar la cabeza ya no tenía barba ninguna, según su primer aspecto. El cadí le besó la mano, se hizo su discípulo y le construyó una bonita zagüía. Tampoco le abandonó en los días de su vida. A la muerte del jeque fue sepultado en su morabito, y al llegar al juez la hora de rendir cuentas, encargó ser enterrado a la puerta de la zagüía para que todo aquel que acudiera a visitar al jeque hollase su tumba.

En las afueras de Damietta hay un lugar de peregrinaje llamado Satā, cuya santidad es evidente, acudiendo a él las gentes de Egipto, sobre todo en ciertos días del año que son más propicios. También extramuros de Damietta, entre sus huertos, existe un lugar llamado al-Munya, en el que vive un santo jeque conocido por Ibn an-‘Numān por cuya zagüía pasé, pernoctando allá una noche.

En la época de mi visita a la ciudad era su gobernador al-Muhsinī, hombre distinguido y bueno. Había construido una escuela a orillas del Nilo, en la que me albergué por aquel entonces. Entre él y yo se afirmó una amistad sincera.

Después viajé a la ciudad de Fāris Kūr, que se encuentra sobre el Nilo. Cuando estaba alojado en los arrabales de esta población me alcanzó un jinete enviado por el emir al-Muhsinī, y me transmitió este mensaje: «El emir preguntó por ti y al saber de tu partida te manda estos dineros». Y en eso me entregaba una cierta cantidad de *dirhams*, ¡Que Dios se lo pague!

A continuación marché para la ciudad de Asmūn ar-Rummān, denominada de este modo por su abundancia en granadas [*rummān*], que desde allá se transportan a El Cairo. Se trata de una población grande y antigua, cuyo emplazamiento está sobre uno de los canales que dan en el Nilo. Hay un puente de madera, en cuyas inmediaciones recalán las embarcaciones y no bien es llegada la tarde se retira esta pasarela para que crucen los barcos que bajan o remontan la corriente. En la localidad hay un gobernador mayor y un juez principal.

Más tarde me desplacé desde allí a la ciudad de Samannūd, en la ribera del Nilo, en la que hay numerosas embarcaciones y buenos mercados. Está a tres parasangas de al-Maḥalla al-Kabīra. En Samannūd embarqué remontando el Nilo hacia El Cairo, flanqueado por ciudades y aldeas bien dispuestas y sin solución de continuidad. Quien viaja por el río no precisa llevar con él provisiones, pues siempre que desee ir a tierra puede hacerlo para cumplir las abluciones y rezar, o para procurarse matalotaje u otra cosa cualquiera, porque los zocos se suceden desde la ciudad de Alejandría hasta El Cairo y desde aquí hasta Asuán, en el Alto Egipto.

Así llegué a El Cairo, capital del país y antigua residencia del Faraón, el de las estacas^[143]. La ciudad es señora de vastas regiones y comarcas fértiles, alcanza el

máximo en habitantes y puede enorgullecerse por su belleza y esplendor. Punto de reunión de caminantes y viajeros, lugar de débiles y fuertes, en el cual puedes hallar lo que gustes en ignorantes y sabios, serios o risueños, indulgentes o necios, modestos o nobles, linajudos o plebeyos, desconocidos o famosos. Sus habitantes se agitan como las olas del mar y casi no les basta la estrechez de su extensión, pese a ser amplia y con gran capacidad. Goza de juventud eterna y jamás la estrella de la felicidad la abandona. Quienes la señorean han vencido a las naciones. Sus reyes dominan a los puntales de árabes y extranjeros. Dispone para sí del Nilo, con lo que acrecienta su fama y le exime de impetrar la lluvia. Recorrer sus territorios, generosos y acogedores ante el forastero, requiere un mes de marcha para un caminante incansable.

A propósito de la ciudad Ibn ʿYuzayy recuerda el dicho del poeta [metro *ṭawīl*]:

*Por tu vida, El Cairo no es ciudad
sino Edén en la tierra para quien lo ve.
Sus hijos son ángeles y huríes sus mujeres.
La isla de Roda el Paraíso y el Nilo el río Kawṭar*^[144]

Sobre la inundación dice Nāṣir ad-Dīn b. Nāhiḍ [metro *rayāz*):

*La ribera de El Cairo es un edén
sin igual en país alguno.
Sobre todo desde que se ornara
con su Nilo de cauce abundante.
Las brisas sobre él semejan
cotas de malla que caen en las ondas.
Arneses que no tocara
David con su lima*^[145].
*Su aire diáfano
hace temblar al desnudo,
mientras las fallías, cual estrellas,
sin tregua bajan y suben.*

Vuelta al relato.

Se asegura que en El Cairo hay doce mil azacanes a lomos de dromedario y treinta mil alquiladores de acémilas; también que por el río discurren treinta y seis mil embarcaciones, pertenecientes al sultán y sus adláteres, bien remontando hacía el Alto Egipto, bien descendiendo hacia Alejandría y Damietta, llevando toda clase de mercancías y géneros.

A orilla del Nilo, frente a El Cairo, está el lugar llamado ar-Rawḍa [act. Roda],

que es un paraje para pasear y contemplar el paisaje y en el cual existen numerosísimos y bellos jardines. Los cairotas gustan de la inspiración del sentimiento musical, de la alegría y de las diversiones. En cierta ocasión asistí a una fiesta con motivo de que al-Malik an-Nāṣir sanara de una fractura en la mano y sucedió que todos los comerciantes adornaron los zocos colgando en sus comercios joyas, telas y colgaduras de seda y de esta guisa estuvieron varios días.

Mención de la mezquita de ‘Amr b. al Āṣ de las escuelas, hospital y zagüías

La mezquita de ‘Amr b. al Āṣ es un lugar famoso, noble y considerado en el que se reza la oración del viernes. El camino cruza frente a ella de este a oeste. Al oriente se halla el morabito en que se aplicaba al estudio el imán Abū ‘Abdallāh aṣ-Ṣāfi‘ī. En cuanto a las *madrasas* [escuelas] de El Cairo, no hay quien pueda abarcar su número de tantas como son. Y respecto al hospital situado «entre los dos alcázares»^[146], cerca del mausoleo de al-Malik al-Manṣūr Qalāwūn, maravilla a quien trate de describirlo por sus bellezas. En él están dispuestos medicamentos y utensilios incontables. Se cuenta que los ingresos de que dispone son mil dinares diarios. Los morabitos, numerosos, reciben el nombre de *jawāniq*, cuyo singular es *jānqa* [sic]. Los emires de El Cairo rivalizan en la construcción de estas zagüías y cada una de ellas está asignada a una cofradía de monjes mendicantes, la mayor parte de los cuales son persas, gentes cultivadas y conocedoras del sufismo.

En cada zagüía hay un jeque y un guardián. El orden reinante en ellas asombra y es costumbre, referente a la comida, que un servidor de la zagüía por la mañana vaya a inquirir a los faquires qué les apetece comer. Una vez reunidos para almorzar colocan, frente a cada uno, su pan y caldo en recipiente separado de los demás, sin que nadie comparta la comida con los otros. Comen dos veces al día y poseen ropas de invierno y verano, como reciben un estipendio mensual entre veinte y treinta *dirhams* por persona. La noche del viernes [es decir, la anterior al día viernes] disfrutan de dulces de azúcar. Igualmente les entregan jabón para lavar sus ropas y el importe de la entrada al baño público, junto con aceite para alumbrar sus lamparillas. Esto por lo que hace a los solteros. Los casados disponen de morabitos por separado. Es preceptivo que al menos asistan a las cinco oraciones obligatorias, y que pernocten en la zagüía, así como reunirse en una estancia dentro del monasterio. Acostumbran a sentarse cada uno de ellos en su alfombrilla particular. Una vez rezada la oración de la aurora, recitan la azora de la Victoria^[147], la del Poder^[148] y la azora ‘Ayn-mīm. Después se traen copias del *Corán* Santo en fragmentos y cada faquir toma una parte, con lo que completan la lectura del *Corán* entero. Mencionan el nombre de Dios y a continuación los recitadores, al modo oriental, leen el Libro. De la misma forma

actúan tras la oración de *al-‘aṣr*. Es habitual que el recién venido cuando llega a la puerta de la zagüía se pare ante ella ceñidas las caderas con un cingulo, a cuestas una alfombrilla, en la diestra un bastón y en la izquierda un jarrillo. El portero avisa al servidor de la zagüía y éste sale a verle, le pregunta de qué país viene, qué otros monasterios le acogieron en su viaje y quién es su maestro. Una vez verificada la certeza de sus palabras lo hace entrar en la zagüía, se le extiende su alfombrilla en un lugar apropiado y le muestran el lugar para purificarse. Repite las abluciones y va a su tapiz, allá se descubre el torso y reza dos *rak‘as*, saluda con la mano al jeque y a los presentes y se sienta con ellos. También es usual que los viernes el servidor cargue con sus alfombras, las transporte a la mezquita y allí se las extienda. Los faquires y el jeque salen todos juntos y se vienen a la mezquita orando cada uno en su tapiz. Una vez acabado el rezo leen el *Corán*, según su costumbre, y a continuación regresan todos a la zagüía.

Mención del cementerio de El Cairo y de sus lugares santos

El Cairo tiene un cementerio grandioso y santificado, conocido por la tradición transmitida por al-Qurṭubī [el Cordobés] y por otros, pues pertenece al monte de Muqaṭṭam del cual Dios prometió que sería uno de los jardines del Paraíso. En al-Qarāfa construyen hermosas cúpulas en cuyo torno ponen muros, de guisa que son como casas. Levantan habitaciones y mantienen lectores del *Corán* para que lo reciten noche y día, con melodiosas voces. Hay quien edifica zagüía y escuela cabe un mausoleo y sale la noche del viernes a pernoctar en ella con sus hijos y mujeres, y giran visita a los lugares famosos de peregrinación. También van a pasar la noche de mediados de *Ša‘bān* mientras los vendedores salen con comidas variadas.

Entre los lugares dignos de visita está el sagrado y magnífico mausoleo en que se halla la cabeza de Ḥusayn b. ‘Alī^[149], alrededor del cual hay un monasterio [*ribāṭ*] enorme, de construcción maravillosa, en cuyas puertas hay aros y planchas de plata que recibe la consideración y grandeza debidas. También hay que recordar el sepulcro de la Señora Nafisa, hija de Zayd, hijo de ‘Alī, hijo de Ḥusayn, hijo de ‘Alī, la cual fue devota en sus plegarias y piadosa en extremo. Este mausoleo es de construcción elegante, resplandeciente de luz y cerca suyo existe un *ribāṭ* al que se acude mucho. Por igual es digno de mención el enterramiento del imán Abū ‘Abdallāh M. b. Idrīs aṣ-Šāficī —en cuyas inmediaciones se alza un gran monasterio y dispone de ingresos elevados—. En él está la renombrada bóveda, maravillosa y perfecta, de construcción portentosa, de maestría extrema y altura única. Su anchura es más de treinta codos. En este cementerio de El Cairo están enterrados tantos ulemas y hombres píos que no se puede detallar su número, así como una gran cantidad de discípulos del Profeta y personajes distinguidos, antiguos y modernos, como ‘Abd ar-Raḥmān b. al-Qāsim, Ashab b. ‘Abd al-‘Azīz, Aṣbag b. al-Faraṣ, los dos hijos de ‘Abd al-Ḥakam, Abū l-

Qāsim b. Ša‘bān y Abū M. ‘Abd al-Wahhāb. Pero sus sepulcros carecen de signos externos magnificentes y no los conoce sino el que les presta una atención especial.

Respecto a aš-Šāfi‘ī, ha sido ayudado por la suerte, en él mismo, en sus seguidores y discípulos, tanto en vida como después de su muerte, mostrándose así la veracidad de su verso [metro *kāmīl*]:

*La diligencia acerca lo lejano
y la fortuna abre las puertas cerradas.*

El Nilo de Egipto

El Nilo aventaja a los ríos todos de la Tierra en dulzura y sabor, en la anchurosidad de su curso y en provecho para los ribereños, pues ciudades y aldeas en sus orillas se alinean sin tregua y no hay parejo en los países habitados. No se conoce un río del que se cultive tanto como del Nilo, ni en el mundo existe otro al que se llame «*mar*». Dios el Altísimo dijo: «*Si temes por él, échalo al mar*»^[150] y lo denominó *yamm*, que es lo mismo que *baḥr* [mar]. Por la tradición auténtica sabemos que el Profeta llegó, la noche de su viaje al cielo, al loto que está al final del Paraíso y de cuyas raíces brotan cuatro ríos, dos visibles y dos ocultos. Preguntó por ellos a Gabriel, que le respondió: «Respecto a los dos interiores corren por el Edén, pero en cuanto a los otros exteriores son el Nilo y el Eufrates». También según la tradición sabemos que el Nilo, el Eufrates, el Yaxartes y el Oxus^[151] son todos ríos del Paraíso. El curso del Nilo va de sur a norte a diferencia de la totalidad de los ríos. Entre sus maravillas está que el comienzo de la crecida tiene lugar durante el rigor del estío, cuando los cauces decrecen y se secan, mientras que empieza a perder agua cuando todos los ríos crecen y se desbordan. El río del Sind se le asemeja en esto. Ya lo mencionaremos. La crecida se inicia en junio y si alcanza dieciséis codos basta para cubrir los impuestos del sultán. Si los sobrepasa en un codo, ese año es fértil y la abundancia completa, pero si llega a los dieciocho trae daños, pérdidas y epidemias. Si le falta un codo para los dieciséis se resienten los tributos del sultán, y si son dos, las gentes tienen que impetrar la lluvia y el daño es enorme. El Nilo es uno de los cinco grandes ríos del mundo, que son: el Nilo, el Eufrates, el Tigris, el Yaxartes y el Oxus. Otros cinco se les parecen: el río del Sind [Indo] llamado Pan̄y Āb [los cinco ríos]; el río de la India denominado Kank [Garages] al cual peregrinan los indios y en el que arrojan las cenizas de sus muertos tras incinerarlos pues dicen que nace en el Paraíso; el río Ŷūn [Yamuna-Brahmaputra] también en la India; el río Itil [Volga] en las estepas de Qif̄yaq [Kipchak] y en cuyas orillas está la ciudad de Sarā [Tsarev]; y el río Sarū [Amarillo, error geográfico] en el país de Jiṭā a cuyas orillas está la ciudad de Jān Bāliq [Pekín] desde la cual descende, pasando por la población de Jansā

[Hang-Tcheu] y luego hasta la ciudad de Zaytūn, en China. Todo esto se citará en su sitio correspondiente, si Dios quiere. Tras rebasar El Cairo, a una cierta distancia, el Nilo se bifurca en tres brazos, ninguno de los cuales se puede cruzar si no es en barca, ya sea verano o invierno. Los habitantes de cada pueblo disponen de canales que salen del río y al crecer éste los colma y rebalsan sobre los sembrados.

Las pirámides y templos

Las pirámides y templos se cuentan entre las maravillas dignas de mención a lo largo de la Historia. Mucho han hablado las gentes sobre ellos, tratando de descifrar su objeto y antigüedad. Hay quienes pretenden que todas las ciencias aparecidas antes del Diluvio procedían de Hermes, el Primero, que residía en los confines del Alto Egipto y era conocido por Junūj, es decir, Idrīs [Enoch] y que sería el primero en hablar del movimiento de los astros y de las sustancias superiores, y en elevar altares glorificando a Dios el Altísimo. También advirtió a los hombres el advenimiento del Diluvio, y temiendo la desaparición de la ciencia y la pérdida de las técnicas construyó pirámides y templos en los que grabó la totalidad de las artes y artilugios, dibujando las ciencias para perpetuarlas. Se dice que la sede de la ciencia y el poder de Egipto era la ciudad de Manūf [Menfis], situada a un *barīd*^[152] del Fustāt [Cairo Viejo]. Al construirse Alejandría los habitantes se trasladaron a ella convirtiéndola en centro de las ciencias y el poder hasta la venida del Islam, cuando ‘Amr b. al-‘Ās fundó la ciudad de Fustāt haciéndola capital de Egipto, como lo es hasta hoy día.

Las pirámides están construidas de piedras sólidas labradas, de altura enorme, circulares, anchas de base, estrechas de cúspide. Parecidas a conos, sin puertas, y no se sabe cómo fueron edificadas. Se dice que uno de los reyes de Egipto antes del Diluvio tuvo visiones que le aterrorizaron y forzaron a levantarlas, en la margen occidental del Nilo, para que fuesen depósito de las ciencias al tiempo que enterramiento de los cadáveres reales. Inquirió a los estrelleros si tendrían alguna abertura y le notificaron que se abrirían por el flanco norte, indicándole el lugar por dónde estaría el vano, así como el monto que alcanzaría abrirlo. Entonces mandó colocar en este sitio una cantidad equivalente a la comunicada por los astrólogos y se aplicó a la construcción, concluyéndola en sesenta años. E hizo escribir lo siguiente: «Construimos estas pirámides en sesenta años. Quien quiera, destrúyalas en seiscientos, aunque destruir es más fácil que construir».

Cuando el califato recayó en el Príncipe de los Creyentes al-Ma‘mūn, le plugo derruirlas, pero algunos notables de Egipto le indicaron que no hiciera tal. Sin embargo, insistió en ello y ordenó que se abriese por el lado norte. Así pues, prendieron sobre las pirámides hogueras, las rociaron con vinagre y les dispararon con el almajaneque hasta que se abrió el hueco que existe hoy día. De este modo encontraron frente a la brecha una cantidad de dinero que el Príncipe de los Creyentes

hizo pesar, al tiempo que se calculaban los gastos de la abertura, comprobándose que eran iguales. Esto dejó muy asombrado al califa. También descubrieron que el grosor del muro era de veinte codos.

El sultán de Egipto

En la época de mi llegada a El Cairo era el sultán al-Malik an-Nāṣir Abū l-Faṭḥ M., hijo de al-Malik al-Manṣūr Sayf ad-Dīn Qalāwūn aṣ-Ṣāliḥī. Qalāwūn era conocido por el *Alfi* a causa de que al-Malik as-Ṣāliḥ lo compró en mil dinares. Su lugar de origen era Qifṡaq [Kipchak].

Al-Malik an-Nāṣir seguía una conducta generosa y poseía grandes méritos. En su honra basta haberse aplicado al servicio de los Dos Santos Lugares del Islam [La Meca y Medina] y cuanto hacía cada año por ayudar a los peregrinos asignándoles camellos que transportaban la munición de boca y el agua para los pobres y desvalidos, o para cargar a rezagados y fatigados de caminar, tanto en la ruta egipcia como en la siria hacia La Meca.

Construyó una grandiosa zagüía en Siryāquṣ, a las afueras de El Cairo. Sin embargo, la que edificó nuestro señor el Príncipe de los Creyentes, defensor de la religión, refugio de los pobres y desgraciados, califa de Dios en la tierra, cumplidor de lo preceptuado y lo potestativo en la guerra santa, Abū ‘Inān —que Dios le apoye, le dé victorias y triunfos y allane su camino— extramuros de su enaltecida capital la ciudad blanca [Fez], no tiene parejo en las tierras habitadas en cuanto a la perfección del emplazamiento, la belleza de la construcción y los atauriques en yeso que los orientales no serían capaces de imitar. Más adelante vendrá la relación de cuanto ha edificado —Dios le guarde—, tanto escuelas coránicas como hospitales y monasterios en sus tierras. ¡Que Dios nos proteja y preserve alargando su reinado!

Relación de varios emires de El Cairo

Hay que referirse al copero de al-Malik an-Nāṣir, el emir Buktumúr, a quien el sultán hizo morir envenenado, lo que más adelante relataremos; y al lugarteniente de al-Malik an-Nāṣir, Arḡtin ad-Dawādár, que seguía a Buktumúr en dignidad; y a TuIyu, de mote Garbanzo Verde, que era uno de los mejores emires, dadivoso en sus limosnas para con los huérfanos, a los que entregaba ropas y corría con el gasto de su aprendizaje del *Corán*. Hizo mucho bien a los *ḥarfūṣ*, que son un grupo numeroso de pícaros descarados y de malas costumbres. Cuando al-Malik an-Nāṣir metió en la cárcel a Ṭuṣṭu, se congregaron miles de *ḥarfūṣ* al pie de la ciudadela de El Cairo, chillando todos a una: «Cojo de calamidades —refiriéndose a al-Malik an-Nāṣir—,

suéltalo». El sultán le libertó, pero como quiera que nuevamente diera con él en la cárcel, repitieron los huérfanos la misma acción y al-Malik an-Nāṣir lo dejó en libertad.

También hay que mencionar a al-Ŷamālī, ministro de al-Malik an-Nāṣir; y a Badr ad-Dīn b. al-Bābah; a Ŷamāl ad-Dīn, virrey de al-Karak; a Tuquz Dumūr [*dumūr* en turco significa hierro]; a Bahādūr al-Ḥiṡāzī; a Qawsūn, y a Bastak. Todos ellos rivalizan en las buenas obras y la edificación de mezquitas y morabitos. Es preciso recordar al inspector del ejército de al-Malik an-Nāṣir y a su secretario el cadí Fajr ad-Dīn al-Qubṭī que era cristiano copto, pero se islamizó, siendo muy devoto, hombre virtuoso y de cualidades notables. Disfruta una de las más altas categorías cerca de al-Malik an-Nāṣir, da muchas limosnas y cumple buenas obras. Es su costumbre sentarse a la caída de la tarde en una estancia en el zaguán de su casa a la orilla del Nilo, próxima a una mezquita, y una vez llegado el ocaso, reza en la mezquita y regresa al salón a donde se trae la comida. Entonces no impide entrar a nadie, sea quien sea. Así, quien tiene alguna necesidad la expone y recibe un veredicto del cadí. Y para quien busca limosna, ordena a un esclavo, al que se dice Badr ad-Dīn, pero cuyo nombre es Lu'lu' [*perla*], que lo acompañe fuera a donde está su tesorero con bolsas de *dirhams* y le entrega lo que le corresponda. En ese instante acuden los alfaquies, se lee, ante él, el libro de al-Bujārī y después de haber rezado la última oración marchan los visitantes.

Relación de los cadíes de El Cairo en la época de mi llegada

Hay que mencionar al juez de jueces de la secta *sāfi'ī*, que es el de más alto rango y mayor consideración. De él depende el nombramiento y destitución de los jueces egipcios. Por entonces era el cadí y sabio imán Badr ad-Dīn b. Ŷamālī. En la actualidad es su hijo 'Izz ad-Dīn quien ocupa esta función. Hay que nombrar al juez de jueces de la secta *mālikī*, el piadoso imán Taqī d-Dīn al-Ijṇā'ī. Y al cadí de cadíes de la judicatura *ḥanafī*, el docto imán Šams ad-Dīn al-Ḥarīrī, hombre rudo en extremo pero a quien no se podría coger en iniquidad alguna contra Dios. Los emires le temían hasta el punto de que me contaron que en cierta ocasión el sultán dijo a sus contertulios: «No temo a nadie excepto a Šams ad-Dīn al-Ḥarīrī». También es forzoso citar al juez de jueces de la secta *ḥanbalī*, del cual ahora no recuerdo sino que se llamaba 'Izz ad-Dīn.

Anécdota

Al-Malik an-Nāṣir dedicaba los días lunes y jueves a examinar pleitos y recibir

quejas de quienes sufrieran alguna injusticia. Los cuatro jueces tomaban asiento a su izquierda mientras se daba lectura a las diligencias ante él. Él designaba quién interrogase al recurrente sobre su petición.

Nuestro señor el Príncipe de los Creyentes Nāṣir ad-Dīn, Dios le ayude, sigue una norma sin precedentes, inmejorable tanto en cuanto a justicia como a humildad, y es interrogar él mismo con su magnanimidad y rectitud a todos los que se consideran víctimas de injusticia. ¡Dios alargue sus días e impida que otro haga justicia!

Era corriente que de los cadíes referidos fuese el de mayor dignidad quien ocupase lugar preferente, es decir, el de los *sāfi'īes*; luego, el de los *ḥanafīes*; después el *mālikī* y por último el *ḥanbalī*. A la muerte de Šams ad-Dīn al-Ḥarīrī, tomó su puesto Burhān ad-Dīn b. 'Abd al-Ḥaqq al-Ḥanafī y los emires indicaron al sultán que colocase por delante de él al juez *mālikī* trayendo a colación que esa era la costumbre antiguamente cuando el cadí *mālikī* Zayn ad-dīn b. Majlūf seguía al de los *sāfi'īes*, Taqī d-Dīn b. Daqiq al-'Īd Al-Malik an-Nāṣir ordenó que se hiciera de este modo, pero cuando lo supo el juez *ḥanafī*, descontento de la medida, dejó de asistir a las reuniones. Al-Malik an-Nāṣir desaprobó tal ausencia y una vez sabida la causa, ordenó que se personara, tras lo cual el chambelán le agarró e hizo sentar donde decidiera el sultán, a continuación del juez *mālikī*. Su situación quedó así para lo sucesivo.

Relación de varios ulemas y notables de El Cairo

Entre ellos estaba 'Šams ad-Dīn al-Isbahānī, mentor del mundo en Metafísica, y Šaraf ad-Dīn az-Zuwāwī el *mālikī*, y Burhān ad-Dīn nieto de aš-Šādīlī por vía materna, suplente del juez de jueces en la mezquita de as-Šāliḥ, y Rukn ad-Dīn b. al-Qawba' at-Tūnusī, figura en la Metafísica, y Šams ad-Dīn b. 'Adlān, hombre principal entre los *sāfi'īes*, y Bahā'ad-Dīn b. 'Aqīl importante alfaquí, y Aṭīr ad-Dīn Abū Hayyān M. b. Yūsuf b. Hayyān al-Garnātī, de ellos el mejor conocedor de la gramática, y el piadoso jeque Badr ad-Dīn 'Abdallāh al-Manūfī, y Burhān ad-Dīn aš-Šafāqusī, y Qiwām ad-Dīn al-Kirmānī, que habitaba en la más alta azotea de la mezquita de al-Azhar y tenía un grupo de seguidores que le frecuentaban entre los alfaquíes y lectores del *Corán*. Se aplicaba al estudio de la ciencia y promulgaba *fatwās*^[153] sobre asuntos de creencia. Vestía un manto de lana basta y un turbante negro igualmente de lana. Acostumbraba a ir, después de la oración de *al-'aṣr*, a los lugares de diversión y esparcimiento, solo, sin sus discípulos.

También se contaban entre ellos aš-Šayyid al-Sarīf Šams ad-Dīn, nieto por vía materna del ministro Tāy ad-Dīn b. Ḥannā'; y el jeque supremo de los faquires en el territorio de Egipto, Ma'yūd ad-Dīn al-Aqṣarā'i, cuya *nisba* [gentilicio] se debe a ser originario de Aqṣarā en Anatolia y habita en Siryāqus; y el jeque Ŷamāl ad-Dīn al-Ḥuwayzā'i^[154]; y el patriarca de los nobles descendientes del Profeta en Egipto, el

honorable jeque Badr ad-Dīn al-Ḥusaynī, uno de los más piadosos; y el encargado del tesoro, que enseña en el mausoleo del imán aš-Šāfi‘ī Ma‘yūd ad-Dīn b. Ḥaramī; y el almotacén de El Cairo Na‘īm ad-Dīn aš-Šahartī, principal entre los alfaquíes y detentador de poder y elevado rango.

Relación de la fiesta del mahmil en El Cairo

El día del mahmil es aquel en que éste se exhibe^[155]. Es un día muy esperado. El modo en que se dispone todo es el siguiente: los cuatro cadíes supremos, el tesorero y el almotacén, antes mencionados, montan a caballo —y con ellos los principales alfaquíes, los síndicos de los gremios y los magnates del reino— y se encaminan juntos a la puerta de la ciudadela, residencia de al-Malik an-Nāṣir. Entonces sale hacia ellos el mahmil a lomos de un camello, delante del cual va el emir designado para acompañarlo hasta el Ḥiṣn el año en curso. Con él está la escolta así como los azacanes montados en sus camellos. Con tal motivo se congregan las gentes más diversas, hombres y mujeres, dando vueltas con el mahmil éstos y todos aquellos que referíamos antes, por las dos ciudades de El Cairo y Fustāt. Y por delante los camelleros aguijan a gritos a sus bestias. Esto sucede en el mes de *Ra‘yab* y por entonces se agitan la resolución y el deseo de ponerse en marcha impulsados por Dios, que infunde la decisión de peregrinar en el corazón de aquellos de sus servidores escogidos. Así comienzan a aprestarse y disponer la partida.

Salí de El Cairo por la ruta del Alto Egipto en procura de la noble tierra del Ḥiṣn. La primera noche la pasé en el cenobio que erigió el primer ministro Tā‘ī ad-Dīn b. Ḥannā‘en Dayr at-Tīn, una magnífica construcción que reúne ornato grandioso y veneradas reliquias: un trozo de la escudilla del Profeta, el palillo con que se untaba el cohol en los ojos, así como la lezna con que remendaba sus sandalias, y un *Corán* perteneciente al Príncipe de los Creyentes ‘Alī b. Abū Ṭālib, de su puño y letra. Se cuenta que el ministro compró estas venerables reliquias del Enviado por cien mil *dirhams*. Después edificó el cenobio dotándolo de mantenimientos y con qué sufragar los gastos de quienes atienden esos nobles objetos: ¡que Dios provea para que logre su piadoso propósito!

Tras salir del monasterio mencionado pasé por Munyat al-Qā‘id, pequeña población a la orilla del Nilo. Desde aquí marché a la ciudad de Būš, la que más lino produce en Egipto, exportando al resto de su territorio y hasta Túnez. En viaje desde Būš llegué a la ciudad de Dalās, igualmente productora y exportadora de lino, como señalábamos antes. A continuación me encaminé a la villa de Bibā y luego a Bahnasa, que es una gran ciudad con muchos jardines. En ella se fabrican excelentes ropas de lana. Me entrevisté con su cadí el sabio Šaraf ad-Dīn, distinguido y de alma generosa. También encontré al pío jeque Abū Bakr al ‘a‘yāmī que me dio su hospitalidad y en cuya casa me alojé. Después salí hacia la ciudad de Munyat Ibn Jaṣīb, amplia y

anchurosa, construida a la ribera del Nilo y que, de veras de veras, es la mejor villa del Alto Egipto: tiene escuelas coránicas, mausoleos, zagüías y mezquitas. Antiguamente fue una quinta propiedad de Jaṣīb, gobernador de Egipto.

Historia de Jaṣīb

Se dice que cierto califa abbasí enojado con los habitantes de Egipto se prometió enviarles como gobernador al más despreciable y bajo de sus esclavos a fin de humillarles y que llevaran escarmiento. Jaṣīb era el menos considerado por ocuparse de calentar los baños^[156], así pues, el califa lo invistió y encargó del gobierno de Egipto creyendo que se comportaría de modo despótico y humillante como es corriente entre quienes acceden a puestos de importancia sin tener costumbre de ejercer el poder. Pero cuando Jaṣīb se hizo con la gobernación de Egipto^[157] tuvo una conducta ejemplar afamándose como generoso y magnánimo. Los parientes del califa y otras gentes acudían a él y recibían buenos regalos con lo que se volvían a Bagdad agradecidos por cuantas mercedes les acordara. En el ínterin, el califa quiso comprobar qué sucedía mediante un abbasí que se puso en camino y tras un cierto lapso regresó. Al ser interrogado sobre el viaje informó de haber encontrado a Jaṣīb y de que éste le ofreciera un rico presente: el califa, irritado, ordenó arrancar los ojos a Jaṣīb, deportarlo de Egipto a Bagdad y arrojarlo en los mercados. Al llegar la orden de detención se le impidió entrar en su casa pero como quiera que en la mano portaba un maravilloso zafiro lo ocultó y cosió entre sus vestidos por la noche. A continuación le sacaron los ojos y echaron al zoco de Bagdad. Cierta día pasó a su lado un poeta que le interpeló: «Jaṣīb, me dirigí desde Bagdad a El Cairo con la intención de dedicarte un panegírico y me encontré con tu partida de allá. Me gustaría que lo oyeras». Le respondió: «¿Cómo voy a escucharlo en el estado que me ves?». Y el otro: «Sólo quiero que lo oigas, en cuanto a obsequios ya regalaste bastante a otros, que Dios te lo pague». A lo que Jaṣīb repuso: «Adelante, pues». Y le recitó [metro *kāmil*]:

*Tú eres Jaṣīb [«abundante»] y ésta al-Fuṣṭāṭ:
desbordáos, pues ambos sois un mar.*

Cuando dio fin a la casida, Jaṣīb le dijo: «Descose esta alforza». Una vez lo hubo hecho, añadió: «Toma ese zafiro». Y como se negara le conminó a que lo cogiera, como hizo finalmente, tras lo cual marchó al zoco de los joyeros y al mostrar la joya le dijeron: «Esa pieza sólo es digna del califa» y elevaron el asunto a éste, que ordenó presentarse al poeta inquiriendo por cuanto se refiriera al zafiro. Entonces contó todo en torno a la piedra y el soberano hubo de lamentar lo que hiciera con Jaṣīb, mandó

traerlo a su presencia, le obsequió con liberalidad dándole oportunidad de pedir aquello que deseara. Y fue esa quinta, la cual le fue concedida y en ella residió hasta su muerte, legándola a sus descendientes quienes la poseyeron hasta extinguirse.

El juez de la ciudad a mi llegada era Fajr ad-Dīn' an-Nuwayrī al-Mālikī y su gobernador Šams ad-Dīn, emir generoso y bueno. Cierta día en esa población entré al baño público y vi que las gentes no se cubrían con lienzo alguno. Esto me pareció tal enormidad que fui a ver al gobernador y le informé de ello. Me indicó que no me desviara de allí e hizo presentarse a los concesionarios de los baños que hubieron de comprometerse, si alguien entraba al baño sin calzones, a pagar una fuerte multa. El emir tuvo el máximo rigor en esto.

Me alejé de él y salí de viaje para Manlawī, ciudad pequeña situada a dos millás del Nilo. Su cadí es el alfaquí Šaraf' ad-Dīn ad-Damīrī aš-Šāfi'ī y los principales allá son una familia conocida por Banū Fuḍayl, uno de cuyos componentes edificó una mezquita gastando la mayor parte de sus dineros. En esa población hay once almazaras de azúcar. Es costumbre permitir en el momento de la molienda, la entrada a los pobres, que acuden provistos de pan caliente para rebozarlo en las calderas del guarapo y llevarlo.

Desde Manlawī pasé a Manfalūṭ, ciudad bendita, agradable de contemplar y de construcciones elegantes, a orillas del Nilo.

Anécdota

Los habitantes de esta población contaron que al-Malik an-Nāṣir ordenó erigir un almimbar grandioso, de diseño maravilloso y factura perfecta, con el propósito de enviarlo a la mezquita santa de La Meca —¡Dios aumente su honra y grandeza!— y al acabar de hacerlo dispuso que se transportara ascendiendo por el Nilo, para pasar luego al mar de Ŷuddā y a La Meca finalmente —Dios la honre— pero al llegar a Manfalūṭ la embarcación que lo trasladaba se detuvo frente a la mezquita aljama y no hubo forma de moverla pese a que el viento era favorable. Las gentes mucho se maravillaron del asunto y la tripulación permaneció allá numerosos días sin que el barco se moviera, por lo que escribieron a al-Malik an-Nāṣir informándole y éste ordenó que se instalara el almimbar en la mezquita de Manfalūṭ, donde lo he podido contemplar. En esta ciudad se produce una suerte de miel que extraen del trigo, llamada *an-naydā*, vendiéndola en los zocos de El Cairo.

Después me dirigí a la ciudad de Asyūṭ, importante plaza de mercados magníficos. El cadí allá es Šaraf ad-Dīn b. 'Abd ar-Raḥīm, cuyo mote es *No hay fondos*, apodo con el que se hizo famoso y cuyo origen está en que los jueces en Siria y Egipto administran las fundaciones y limosnas piadosas destinadas a los caminantes. Cuando llega un pobre a una ciudad cualquiera se dirige al juez de la misma, que le entrega una cantidad apropiada. Este cadí siempre que le venía un

pobre le decía «no hay fondos», es decir, de las fundaciones. Así se quedó con el apodo. Entre los jeques distinguidos de la ciudad estaba el piadoso Sihāb ad-Dīn b. aṣ-Ṣabbāg que me acogió en su zagüía.

Desde allá viajé a la ciudad de Ajmīm, magnífica y grande, de construcción sólida. En ella se encuentra el templo conocido por su mismo nombre y edificado en piedra.

En su interior hay bajorrelieves y escrituras de los antiguos, incomprensibles en nuestros días. También hay representaciones de los astros y el universo. Pretenden que fue levantado mientras el Aguila Volante estaba en el signo de Escorpión. Además existen en el templo imágenes de animales y otras más, a propósito de los cuales circulan mentiras entre las gentes. En eso no me detendré.

En Ajmīm había un hombre llamado al Jatīb que mandó demoler uno de estos templos y erigió con sus sillares una escuela coránica. Era un individuo rico y conocido por su largueza. Pretenden quienes le envidian que aprovechó para enriquecerse sus prolongadas estancias en aquel templo.

En Ajmīm me albergué en la zagüía del jeque Abū l-‘Abbās b. ‘Abd aṣ-Ṣāḥir que guarda el sepulcro de su abuelo ‘Abd aṣ-Ṣāḥir. Sus hermanos son Nāṣir ad-Dīn, Maḥd ad-Dīn y Wāḥid ad-Dīn. Tienen por costumbre reunirse todos, al finalizar la oración del viernes, con el predicador Nūr ad-Dīn, ya mentado, sus hijos y el cadí de la ciudad, el alfaquí Mujlis, así como con el resto de los principales habitantes. Leen el *Corán* por entero y ensalzan el nombre de Dios hasta el rezo de *al-‘aṣr* y una vez cumplido este precepto leen la Azora de la Caverna [XVIII del *Corán*] y a continuación se retiran.

Desde Ajmīm me trasladé a la gran ciudad de Hū, en la ribera del Nilo. A mi paso me alojé en la *madrasa* de Taqī d-Dīn b. aṣ-Ṣarrāy y observé que en ella, todos los días tras la plegaria de la aurora, se leía una parte del *Corán* y luego las oraciones y la letanía del mar del jeque Abū-Ḥasan aṣ-Ṣādīlī. En esta población reside el noble jefe Abū M. ‘Abdallāh al-Ḥasanī, uno de los hombres más piadosos.

Un milagro de este hombre

Cuando fui a verle tuve por bendición sólo poder contemplarle y saludar. Me preguntó por mis intenciones y le comuniqué que deseaba peregrinar al Sagrado Templo por la ruta de Ŷudda. Respondió: «Tal no harás en esta ocasión, así que vuélvete porque tú cumplirás tu primera peregrinación por el camino de Siria». Me aparté de él sin prestarle atención y continué viaje hasta llegar a ‘Aḥḍāb, donde no me fue posible embarcar y hube de retornar, de regreso a El Cairo, para seguir hacia Siria. Efectivamente, mi peregrinación primera tuvo lugar por la ruta siria, según me anunciara este venerable hombre, ¡Dios le valga!

Desde Hū salí para Qīnā, pequeña y con bonitos zocos, y en la cual se halla el

sepulcro del piadoso y santo autor de portentos asombrosos y famosos milagros ‘Abd ar-Raḥīm al-Qināwī. Allá he conocido en la *madrasa* Sayfiyya a su nieto Sihāb ad-Dīn Aḥmad.

Después de Qinā marché para Qūṣ, espléndida plaza que disfruta de cuanto haya de bueno: huertos umbrosos, excelentes zocos, numerosas mezquitas y escogidas *madrasas*. Es la capital del Alto Egipto. En sus afueras se encuentra la zagüía del jeque Sihāb ad-Dīn b. ‘Abd al-Gaffār y el monasterio de al-Afram, donde se dan cita los faquires con voto de castidad todos los años por el mes de Ramadán. Entre los ulemas de la ciudad hay que citar a su juez Ŷamāl ad-Dīn b. aṣ-Ṣadīd, al jatib Faṭḥ ad-Dīn b. Daqīq al-‘Īd, orador de gran elocuencia al que no conozco émulo en su arte, excepto el predicador de la Santa Mezquita Bahā’ ad-Dīn aṭ-Ṭabarī y el de la ciudad de Juwārizm Ḥusām ad-Dīn al-Mušāṭī, cuya mención vendrá más adelante. También es preciso recordar al alfaquí Bahā’ ad-Dīn b. ‘Abd al-‘Azīz, profesor en la *madrasa mālikī* y al alfaquí Burhān ad-Dīn Ibrāhīm al-Andalusī, que tiene un morabito notable.

Más tarde viajé a la ciudad de Luxor, pequeña y bonita, en la que está la tumba del piadoso anacoreta Abū l-Ḥaŷŷāŷ al-Uqṣurī sobre la cual hay una zagüía. De aquí marché a Armanr, población pequeña, con jardines, construida a la orilla del Nilo. Fui huésped de su cadí, cuyo nombre he olvidado.

Después llegué a la ciudad de Isnā, grande, de calles amplias, de recursos abundantes. Son muchas sus zagüías, escuelas coránicas y mezquitas. Los zocos bien surtidos y los huertos tupidos de vegetación. Hay allá un juez principal —Sihāb ad-Dīn b. Maskīn— que me honró y dio hospitalidad, también escribió a sus subordinados para que me recibieran cumplidamente. Viven allí personas de tanta categoría como el jeque Nūr ad-Dīn ‘Alī y el jeque ‘Abd al-Wāḥid al-Miknāsī, que por ahora está encargado de un morabito en Qūṣ.

Desde Isnā salí para Edfu. La distancia entre ambas es de un día y una noche de desierto. Después cruzamos el Nilo por Edfu para arribar a la localidad de al-‘Atwānī. Allá alquilamos camellos y viajamos con una partida de beduinos a los que se llama Dagīm a través de un páramo sin población alguna pero de caminos seguros. Entre otros puntos en que hubimos de albergarnos se cuenta Humaytirā, donde está la tumba del siervo de Dios Abū l-Ḥasan aṣ-Ṣādīlī, del que hemos referido su milagro al hablar de él, es decir, que previó su muerte en tal paraje, en el que hay muchísimas hienas, hasta el extremo de que la noche de nuestra estancia allá no paramos de pelear con ellas. Una hiena se fue a mis bagajes y tras destrozar un bolsón arrastró un atadizo de dátiles que se llevó. A la mañana siguiente lo encontramos despedazado y comida la mayor parte de lo que en él había. Al decimoquinto día de marcha llegamos a la gran ciudad de ‘Aydāb, en la que hay abundante pesca y leche. Desde el Alto Egipto transportan allá dátiles y grano. Los habitantes se llaman Buŷāt, son negros, visten almalafas amarillas y ciñen sus cabezas con tiras de un dedo de ancho. No permiten heredar a las hijas, se alimentan de leche de camella, montan dromedarios a los que

designan con el nombre de *suhb* [de color alazán]. Un tercio de la plaza es pertenencia de al-Malik an-Nāṣir y los dos restantes del rey de los Buḡyāt, llamado al-Ḥaḍrabī. En ‘Aydāb existe una mezquita que lleva el nombre de al-Qastallānī, es oratorio afamado por su santidad y a él acudí a impetrar la bendición. En esa ciudad viven el piadoso jeque Mūsā y el anciano M. al-Marrākusī, que afirma ser hijo de al-Murtadā —rey de Marrakech— y contar noventa y cinco años. A nuestra llegada a ‘Aydāb nos encontramos que al-Ḥaḍrabī, sultán de los Buḡyāt, estaba combatiendo a los mamelucos turcos y había hundido las embarcaciones. Los turcos habían huido ante él, pero hubo que cancelar nuestro viaje por mar. Así pues, vendimos cuantas provisiones dispusiéramos y retornamos al Alto Egipto con los beduinos a quienes alquilamos los camellos. Arribamos a la ciudad de Qūṣ, ya mencionada, y desde allí descendimos por el Nilo, que bajaba crecido. Tras ocho jornadas de viaje desde Qūṣ llegamos a El Cairo. En la capital pernocté una noche y me encaminé hacia Siria. Esto acaecía a mediados de Ša‘bān del año veintiséis [726 H. = 1326 de J. C.].

Gané la ciudad de Balbīs, que es una gran población, con huertos abundantes y en la cual no topé a nadie que merezca ser citado. Tras pasar por Šāliḥiyya entramos en los arenales [de Sinaí], deteniéndonos en lugares como aṣ-Ṣawāda, al-Warrāda, al-Muṭaylab, al-‘Arīs y al-Jarrūba. En cada una de estas etapas hay un *funduq* [fonda], al que denominan *jān*, para que se alojen en él los viajeros con sus caballerías. En el exterior del *jān* existe una alberca que se usa de balde y una tienda, en la que el caminante adquiere aquello que necesita para sí o para su montura. Es de mencionar la famosa Qaṭiyā entre los puntos de parada, cuyo nombre las gentes transforman en Qaṭiyah, convirtiendo el *alif* final en *hā’* de femenino. Aquí se obtienen los tributos de los comerciantes, se cachean sus bagajes y se investiga qué llevan con el máximo rigor. También están en Qaṭiyā las aduanas, los agentes del fisco, los escribanos y notarios. Los ingresos que produce diariamente alcanzan los mil dinares de oro y nadie cruza hacia Siria sino con un albalá extendido en El Cairo y tampoco se entra en Egipto sin salvoconducto dado en Damasco. Esto se hace para proteger los productos locales y por precaución contra los espías iraquíes. El camino está encomendado a la vigilancia de los beduinos que, una vez caída la noche, aplanan la arena sin dejar huella ninguna, luego de mañana viene el emir y observa el suelo, y si encuentra traza de pasos ordena a los beduinos que traigan a quien los hiciera. Se ponen a buscarlo y sin remisión lo atrapan y presentan al emir para que le dé el castigo que le plazca. Allí se encontraba, en el tiempo de mi paso, ‘Izz ad-Dīn Ustād ad-Dār Aqmārī, uno de los mejores emires. Me agasajó y dio hospitalidad y facilitó el permiso para quienes me acompañaban. Con él se hallaba ‘Abd al-Magribī al-Waqqāf, que conoce a los magrebíes y sus países e interrogaba a los que por allí pasaban sobre su tierra para no confundirlos con otros, pues los magrebíes no topan dificultad alguna a su paso por Qaṭiyā.

SIRIA-PALESTINA

Después nos pusimos en viaje hasta llegar a Gaza, primera población siria viniendo de Egipto. Es una plaza amplia, muy poblada y de hermosos mercados. Hay numerosas mezquitas, pero carece de murallas. Anteriormente hubo una bonita mezquita aljama. La que hay ahora fue erigida por el emir al-ÿāwilī. Se trata de una edificación elegante, perfecta de factura y con un alminbar de mármol blanco. El juez de Gaza es Badr ad-Dīn aṣ-Ṣaljatī al-Ḥawrānī y su maestro ‘Alam ad-Dīn b. Sālim. La familia Banū Sālim es muy principal en la ciudad: entre sus miembros se cuenta el cadí de Jerusalén.

Más adelante viajé desde Gaza a la ciudad de Hebrón, pequeña pero importante, brillante de luces, de hermosa vista, maravillosa por dentro. Se halla en la hoz de un valle y tiene una mezquita perfectamente construida, elegante de ejecución, de gran belleza y altura, labrada en roca de cantería. En una de sus esquinas hay una piedra que mide treinta y siete palmos de lado. Se cuenta que Salomón ordenó a los genios^[158] que la construyeran. En su interior está la santa y venerable cueva que encierra las tumbas de Abraham, Isaac y Jacob, y por frente de ellas las de sus esposas. A la derecha del alminbar y justo al lado del muro de la alquibla [sur] hay un sitio desde el que se puede bajar por una escalera de mármol perfecta a un pasadizo estrecho que conduce a una sala recubierta de mármol y en la cual hay imágenes de las tres tumbas. Se dice que están colocadas exactamente frente a ellas. Existe allí un pasaje hacia la caverna bendita, pero ahora está sellado. A ese lugar bajé en varias ocasiones.

Entre lo que mencionaron los sabios como indicio de la veraz existencia de los tres nobles sepulcros, está lo que extraje del libro de ‘Alī b. Ŷa‘far ar-Rāzi que tituló *Llama de corazones, a propósito de las verdaderas tumbas de Abraham, Isaac y Jacob*, acudiendo a la autoridad de Abū Hurayra, que afirma: «Dijo el Enviado de Dios: Cuando el ángel Gabriel me trasladó de noche a Jerusalén me hizo pasar sobre el sepulcro de Abraham mientras decía: “Baja y reza dos *rak‘as* porque aquí está enterrado tu padre Abraham”. Después me llevó a Belén, diciéndome: “Desciende y reza dos *rak‘as* porque aquí nació tu hermano Jesús”. Luego me transportó a la Roca [de Jerusalén]». Y así refiere el resto de esta tradición.

Cuando visité en esa ciudad al piadoso y longevo maestro el imán predicador Burhān ad-Dīn al-Ŷa‘barī, uno de los santos que satisfacen a Dios e imán famoso, le pregunté acerca de la veracidad de la tumba de Abraham en tal sitio y me respondió: «Todos los sabios que he encontrado dan por bueno que esas son las tres tumbas de Abraham, Isaac y Jacob y de sus esposas. Tan sólo los herejes atacan esto, a pesar de haber sido transmitido de padres a hijos y no haber la menor duda al respecto».

Se refiere que cierto imán entró en esta caverna y se paró ante el sepulcro de Sara. Entonces se acercó un anciano al que preguntó: «¿Cuál de éstas es la tumba de

Abraham?». El viejo le señaló el consabido sepulcro. Después llegó un joven y le interrogó de la misma manera y también se lo mostró. A continuación entró un muchacho que hizo idéntica pregunta y obtuvo igual respuesta. En ese momento, el alfaquí exclamó: «Atestigo que ésta es la tumba de Abraham, sin duda alguna». Y de seguida se metió a la mezquita, oró y al día siguiente se marchó.

En el interior de esta mezquita también está el sepulcro de José y al oriente de la santa tumba de Abraham la de Lot, en una loma alta que se alza por cima de la Depresión [Gawr] siria. En una bella construcción, en una de sus estancias, se halla este último sepulcro, encalado y sin velo ninguno.

Allí está el lago de Lot [Mar Muerto], que es salobre. Se dice que ése era el emplazamiento del pueblo de Lot. Próximo al mausoleo de Lot está la mezquita de *al-Yaqīn* [la certidumbre], sobre una elevada colina que relumbra y brilla como no hay otra. En sus proximidades sólo existe una casa habitada por el vigilante.

En la mezquita, cerca de la puerta, hay una cavidad honda, en la piedra sólida, en que se ha dispuesto un a modo de mihrab, cuya cabida no excede de una persona rezando, y se dice que Abraham se prosternó en ese lugar en acción de gracias a Dios el Altísimo con motivo de la aniquilación del pueblo de Lot y ocurrió que el suelo en que estaba arrodillado se conmovió y hundió en la tierra un tanto.

En las cercanías de esta mezquita existe una gruta en la que se halla el sepulcro de Fátima, hija de Ḥusayn, hijo de ‘Alī^[159]. Tanto por arriba como por abajo de la tumba hay dos planchas de mármol, en una de las cuales aparece una inscripción grabada con una letra maravillosa que reza: «En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Apiadable, suyos son el poder y la permanencia, cuanto creó y realizó, para sus criaturas instituyó la caducidad y en su Enviado está la perfección. Éste es el sepulcro de Umm Salāma, Fátima hija de Ḥusayn». En la otra lápida hay un texto grabado: «Lo hizo Muḥammad b. Abū Sahl, grabador en El Cairo». Por bajo están los siguientes versos [metro *basīt*]:

*A quien moraba en mis entrañas diste cobijo
a mi pesar entre polvo y tierra,
tumba de Fátima, hija del hijo de Fátima,
hija de imanes y de las estrellas brillantes.
¡Tumba, cuánta religión y piedad hay en ti,
cuánta castidad, prudencia y pudor!*

Luego salí de esta ciudad hacia Jerusalén, en cuyo camino visité el mausoleo de Jonás, que se encuentra próximo a un gran edificio y una mezquita. También visité Belén, lugar donde nació Jesús y en el que hay restos del tronco de palmera ^[160]. Cercana hay una construcción grande. Los cristianos estiman mucho este sitio y ofrecen hospitalidad a quien allí acude.

Llegamos después a Jerusalén, Dios la honre, que va en tercer lugar tras las nobles mezquitas de La Meca y Medina y desde donde el Enviado de Dios subió a los Cielos. La plaza es grande, ilustre y edificada en piedra labrada. El piadoso y distinguido rey Ṣalāḥ ad-Dīn [Saladinol al-Ayyūbī —Dios le recompense por lo mucho que hizo por el Islam— cuando reconquistó la ciudad inició la demolición de algunos lienzos de sus murallas, lo que fue rematado por al-Malik aḏ-Ḍāhir, temiendo que los cristianos fueran contra ella y allá se fortificasen.

Anteriormente no había en la ciudad río, por lo que el emir de Damasco Sayf ad-Dīn Tankīz en nuestros días realizó la traída de aguas.

La Mezquita Santa

Es una de las más maravillosas mezquitas, de belleza inigualable. Se afirma que no hay en la tierra toda una mezquita más grande. De oriente a occidente mide setecientos cincuenta y dos codos de largo, en codos *mālikīs*. Su anchura es, de sur a norte, cuatrocientos treinta y cinco codos. Dispone de numerosas puertas en tres flancos, en cuanto al cuarto, es decir, el de la alquibla, no le conozco sino una única puerta que es por la que entra el imán. El templo todo es un espacio abierto, sin techo, a excepción de la parte de la mezquita de al-Aqṣà que está cubierta con techos perfectísimamente trabajados y de factura excelente, con panes de oro y colores espléndidos. En la mezquita hay otros lugares techados.

La cúpula de la Roca

Se trata de uno de los más portentosos, perfectos y sorprendentes edificios por su forma. Reúne una porción de hermosuras, habiendo tomado algo de cada maravilla. Se alza en una elevación, en el centro de la mezquita, a la que se sube por una escalinata de mármol. Tiene cuatro puertas. Toda su rotonda está pavimentada, como lo está su interior, con mármol de perfecta ejecución. Tanto por dentro como fuera hay variadas clases de adornos, tan espléndidos que se hace imposible describirlos. La mayor parte de todo ello está recubierto de oro, con lo que la cúpula brilla como perlas de luz y resplandece con la intensidad del relámpago, cegándose la vista de quien la contempla en todo su esplendor. La lengua humana no es capaz de describirla. En medio del templete está la noble Roca que se menciona en las tradiciones, pues el Profeta ascendió desde ella al Cielo. Se trata de una roca sólida, cuya altura alcanza una braza.

Bajo la Roca hay una cavidad de la capacidad de un pequeño cuarto, cuya altura es también de una braza y a donde se desciende por una escalera. Allí hay un a modo

de mihrab. En torno a la Roca existen dos rejas perfectamente hechas que la guardan: la más cercana a la Roca es de hierro, de factura maravillosa; la otra es de madera.

En la cúpula se halla una gran adarga de hierro allá colgada, sobre la cual las gentes pretenden que perteneció a Ḥamza b. ‘Abd al-Muṭṭalib.

Relación de algunos de los benditos santuarios de la noble Jerusalén

Entre ellos, orilla a la hoz conocida por Valle del Ŷahannam [infierno], al este de la población, sobre un altozano existe una edificación desde donde se asegura que Jesús ascendió a los Cielos. También hay que citar la tumba de Rābi‘a la Beduina [*al-Badawiyya*], cuyo nombre hace alusión al desierto [*bādiya*], y a quien no debemos confundir con la famosa Rābi‘a al-‘Adawiyya.

En lo hondo del valle mencionado existen una iglesia que los cristianos aprecian mucho, afirmando que es la tumba de María, y otra muy ensalzada a donde peregrinan y sobre la cual mienten pretendiendo que es el sepulcro de Jesús. Todo peregrino debe pechar con un tributo para los musulmanes, así como sufrir ciertas molestias que aguantan, aunque con rabia.

Allá está también el lugar de la cuna de Jesús, al que acuden para santificarse.

Relación de varios principales de Jerusalén

Hay que citar a su cadí el sabio Šams ad-Dīn M. b. Sālim al-Gazzī, que es de Gaza y uno de los ilustres de esta ciudad; al distinguido y piadoso predicador ‘Imād ad-Dīn an-Nābulī; al tradicionista y *muftī* Sihāb ad-Dīn aṭ-Ṭabarī; al maestro de la secta *mālikī* y jeque de los nobles cenobios Abū ‘Abdallāh M. b. Mutbit, granadino, pero residente en Jerusalén; al ascético jeque Abū ‘Alī Ḥasan apodado *El Ciego*, uno de los hombres más piadosos; al pío y devoto jeque Kamāl ad-Dīn al-Marāgī; al justo y dedicado a Dios jeque Abū ‘Abd ar-Raḥmān b. Muṣṭafā oriundo de Erzerum [*Arz ar-Rūm* = *cedro de los cristianos*] que es discípulo de Tāḥ ad-Dīn ar-Rífā‘ī y a quien me uní fraternalmente al tiempo que me investía con las tiras del sufismo.

Desde la noble Jerusalén salí con la intención de visitar el puerto de Ascalón, que está en ruinas y del cual no restan sino vestigios desvanecidos y huellas de la destrucción. Son pocas las poblaciones que han conjuntado tantas bellezas como Ascalón reunía, tanto en hermosura del paraje y solidez del emplazamiento como en ventajas de estar entre mar y tierra firme. Allá se encuentra el célebre santuario que guardaba la cabeza de Ḥusayn b. ‘Alī [nieto de Mahoma] antes de que fuera trasladada a El Cairo. Es una mezquita grandiosa, de gran altura, que dispone de un aljibe para agua mandado construir por un ‘Ubaydī, tal como reza en una inscripción

a la entrada. Al sur de este lugar digno de visita hay una gran mezquita, conocida por aljama de ‘Umar, pero de la cual apenas restan los muros y unas columnas de mármol sin igual en belleza. Algunas de ellas se yerguen en pie y otras están caídas, distinguiéndose una maravillosa, de color rojo que, según pretende la gente, fue transportada por los cristianos a su territorio, pero la perdieron y se halló nuevamente en su sitio en Ascalón.

Al sur de esta mezquita está el pozo dicho de Abraham, al que se descende por una ancha escalera que conduce a cuartos en cuyos lados hay una fuente de la que brota, de conductos labrados en la roca, un agua dulce, aunque no abundante. Se cuentan muchas cosas sobre las virtudes de estas aguas.

Extramuros de Ascalón está el Valle de las Hormigas, asegurándose que se trata del mencionado en el *Corán*. En el cementerio de Ascalón son incontables las tumbas de mártires y personajes venerados, tanto es su número. El encargado del lugar nos las mostró. Este recibe sueldos del rey de Egipto, aparte las limosnas de los visitantes que le llegan.

A continuación marché a la ciudad de Ramla —a la que también se llama Palestina—, que es plaza grande, de muchas ventajas y excelentes zocos. Hay allá una mezquita aljama dicha *La Blanca* y en cuya alquibla se asegura que hay enterrados trescientos profetas.

Entre los alfaquíes de la ciudad es digno de citar Maÿd ad-Dīn an-Nābulī.

Más adelante salí hacia Nābulus, ciudad grandiosa, de muchos árboles, bien regada de ríos, una de las más ricas de Siria en aceituna. Desde allá se transporta el aceite a El Cairo y Damasco. También se fabrica el dulce de algarroba para enviarlo a Damasco y otros puntos. Se prepara de la siguiente forma se cuecen las algarrobas, para prensarlas a continuación, extrayéndose el arropo que destilan y de él se hace el dulce. También se exporta este arropo a El Cairo y Damasco.

Hay una especie de melón, bueno en grado sumo, que toma su nombre de la ciudad.

La mezquita aljama es de construcción perfecta y muy bonita. En su centro hay una alberca de agua dulce.

Más tarde viajé a la ciudad de ‘Aÿlūm, hermosa, con muchos mercados y una ciudadela majestuosa. La cruza un río de aguas dulces. Desde aquí salí hacia Lādiqiyya^[161]. Pasé por el Gawr, que es un valle entre lomas, en el que está la tumba de Abū Ubayda b. al-Ġarrāh, patrón de estas gentes, lugar que visitamos. Próximo a él hay una zagüía en que se ofrecen alimentos a los viajeros y donde pernoctamos una noche.

Más tarde llegamos a Quṣayr, que guarda el sepulcro de Ma‘ād Ġabal, con cuya visita impetré la gracia.

Después me dirigí a la costa, a la plaza de Acre, que está demolida. Acre fue capital de los Francos [Cruzados] en Siria y abrigo para sus barcos, semejante a la gran Constantinopla. Al este de la ciudad hay una fuente conocida por ‘Ayn al-Baqar

de la cual se dice que Dios el Altísimo extrajo la vaca [*baqar*] para Adán. Se puede descender a ella por una escalera. En sus proximidades hay una mezquita de la que resta el mihrab. En la ciudad también está la tumba de Šālih.

Desde aquí me encaminé a la ciudad de Tiro [Sūr], que está en ruinas. En sus afueras hay una aldea poblada, la mayor parte de cuyos habitantes pertenecen a la secta *Rāfiḍī*. En una ocasión bajé a un sitio en que había agua para hacer las abluciones, y en ese momento uno de la aldea vino a cumplir el mismo rito. Comenzó lavándose los pies, luego el rostro, pero sin enjuagarse la boca ni sorber agua por la nariz, después enjugó una parte de la cabeza. Le llamé la atención por su modo de purificarse, a lo cual me respondió: «Los edificios se empiezan por los cimientos».

La plaza de Tiro^[162] se ha hecho proverbial por su fortaleza e inexpugnabilidad, ya que el mar la rodea por tres lados. Posee dos entradas, la una que da a tierra firme y la otra al mar. La de tierra tiene cuatro parapetos, en cada uno de los cuales hay un rastrillo amparando la puerta. La puerta de la marina se halla entre dos enormes torres. No hay en el mundo entero otra construcción más maravillosa ni sorprendente que la de esta ciudad, pues el mar la cerca por tres costados, y en el cuarto existe una muralla bajo la cual cruzan los barcos y allá fondean. Antiguamente había entre ambas torres una cadena de hierro tensada, sin que fuera posible entrar ni salir a menos que se retirara. Cercanos a la cadena estaban guardianes y encargados: con éstos era preciso contar para la salida o la entrada. En Acre también había un puerto parejo, pero sólo tenía calado para las embarcaciones pequeñas.

A continuación abandoné Tiro en dirección a Sayda [Sidón], que está en la costa. Hermosa y abundante en frutos, desde allá se envían a Egipto higos, pasas y aceite. Me albergué en casa del juez local, el egipcio Karnāl ad-Dīn al-Ašmūnī, hombre de buenas cualidades y de espíritu generoso.

Después me trasladé a la ciudad de Ṭabariyya [Tiberíades], que anteriormente fue grande y magnífica, pero de la cual no quedan sino trazas que proclaman su anterior grandeza y esplendor. Hay baños asombrosos con dos divisiones, una para hombres y otra para mujeres, con agua extremadamente caliente. En Ṭabariyya está el famoso lago de seis parasangas de largo por más de tres de ancho. Allá existe una mezquita dicha de los profetas en que se encuentra la tumba de Sa'yb [Jetro], la de su hija, esposa de Moisés, interlocutor de Dios, así como las de Salomón, Judá y Rubén.

Aquí visitamos el aljibe en que fue arrojado José, que se encuentra en el patio de una pequeña mezquita cerca de una zagüía. El aljibe es grande y profundo. Bebimos de su agua, recogida de lluvias, pero el guardián nos informó que también brota del pozo mismo.

A continuación marchamos a la ciudad de Beirut, pequeña y con bonitos zocos. Posee una mezquita de maravillosa hermosura. Desde aquí se exportan hierro y frutos para Egipto. En esta plaza giramos visita a la tumba de Abū Ya'qūb Yūsuf, sobre cuya personalidad pretenden que fuera uno de los reyes del Magreb. El sepulcro está en el lugar conocido por Karak de Noé, en Baqā' al-'Azīz. En sus proximidades hay

un morabito en que ofrecen alimentos a los viajeros. Se dice que el sultán Saladino estableció un legado piadoso para este monasterio, pero hay quienes dicen que fue el sultán Nūr ad-Dīn, hombre virtuoso, sobre quien recuerdan que trenzaba esteras para sustentarse con su producto.

Episodio del mentado Abū Ya‘qūb Yūsuf

Se cuenta que entró cierta vez en la ciudad de Damasco y allá cayó gravemente enfermo, permaneciendo tirado por los zocos. Al curar salió extramuros de la población a demandar trabajo de vigilante de un huerto y fue contratado para guardar un jardín del rey Nūr ad-Dīn, a cuya vigilancia se dedicó durante seis meses. Cuando era la sazón de los frutos acudió el sultán al huerto. Entonces, el encargado del predio ordenó a Abū Ya‘qūb que trajera granadas de que comiera el rey. Y así lo hizo, pero como el superior las encontrara ácidas le mandó por otras y fue obedecido; pero también le parecieron agrias, por lo cual dijo el encargado: «Estás a la guarda de este jardín desde hace seis meses y aún no distingues lo dulce de lo agrio», a lo que respondió: «Me contrataste para vigilar, no para comer». El intendente vino a informar del asunto al rey, quien mandó por el guarda, pues en sueños había tenido una visión según la cual se reuniría con Abū Ya‘qūb, de lo que le sobrevendrían provechos. El monarca le escudriñó diciendo: «Tú eres Abū Ya‘qūb». Contestó: «Sí». Entonces se levantó, lo abrazó e hizo sentar a su lado y de seguida lo llevó a su estancia, ofreciéndole hospitalidad a base de cosas legítima y honradamente adquiridas. Abū Ya‘qūb se alojó con él por unos días y luego salió de Damasco, escapando solo en momentos de gran frío. Llegó a cierta aldea donde un hombre de poca fortuna le ofreció albergarse en su casa, a lo que Abū Ya‘qūb se avino. El huésped preparó un caldo, degolló una gallina y se la presentó con pan de cebada. Abū Ya‘qūb comió de todo aquello e impetró la gracia para el hombre, que tenía una caterva de hijos, entre los cuales había una moza próxima a desposarse, siendo costumbre en estos países que la hija sea provista por el padre de vajillas y otras alhajas que en su mayoría son objetos de cobre con que se vanaglorian y conciertan tratos. Abū Ya‘qūb preguntó al hombre: «¿Tienes algo de cobre?». Respondió: «Sí, he comprado para proveer a esta hija». Le dijo: «Tráemelo». Y así lo hizo. Aún añadió Abū Ya‘qūb: «Empresta de tus vecinos cuanto cobre puedas». También lo hizo, presentándoselo. Entonces prendió lumbre sobre aquello, extrajo un fardel que llevaba consigo con un elixir del que echó una porción sobre el cobre, que se volvió oro. Después lo dejó en un aposento cerrado y escribió una carta a Nūr ad-Dīn, rey de Damasco, con la noticia de aquello, al tiempo que le invitaba a construir un hospital para los forasteros enfermos, instituyendo un legado para tal fundación; a edificar zagüías por los caminos, y a satisfacer a los propietarios del cobre, donando al dueño de la casa con qué subviniera a sus necesidades. A lo último del escrito decía: «Si

Ibrāhīm b. Adham renunció al reino del Jurāsān, yo he renunciado al reino del Magreb y a este oficio. La paz sea contigo». Y de seguida marchó. El dueño de la casa fue con la carta al rey Nūr ad-Dīn, que se trasladó a la aldea, transportando el oro tras haber satisfecho a quienes proporcionaron el cobre y al que diera cobijo a Abū Ya‘qūb. Este fue buscado, pero sin resultado ni noticia alguna. Por lo cual regresó a Damasco y edificó el hospital que lleva su nombre, y que no tiene parangón en el mundo habitado.

Después llegué a la ciudad de Trípoli, una de las principales plazas de Siria, cruzada por cauces de agua, rodeada de huertos y árboles, abrazada por los abundosos dones del mar y por los duraderos bienes de la tierra. Tiene espléndidos zocos y fértiles praderas. El mar está a dos millas de distancia. Es una ciudad de reciente construcción. En cuanto a la vieja Trípoli, estaba a la orilla misma, y los cristianos la señorearon por un cierto tiempo. Cuando al-Malik az-Zāhir la recuperó, fue demolida, iniciándose esta nueva en la cual hay unos cuarenta emires turcos^[163]. El gobernador es Taylān el ministro, conocido como príncipe de los emires, que habita en la denominada Casa de la Felicidad [*Dār as-sa‘da*] y tiene por costumbre montar a caballo cada lunes y jueves. Con él cabalgan los emires y soldados, saliendo todos extramuros de la plaza y cuando van de vuelta, ya cerca de su residencia, echan pie a tierra los emires, descienden de sus monturas y caminan ante él hasta que entra en la mansión, momento en que se alejan. A diario, después de la oración del ocaso se hacen sonar los timbales y atabales cerca de la casa de todos los emires, y se encienden las candelas.

Entre los notables de la ciudad hay que citar al secretario privado Bahā‘ ad-Dīn b. Gānim, hombre distinguido y considerado conocido por su generosidad; también a su hermano Ḥusām jeque de la noble Jerusalén, y al cual ya hemos mencionado; y al hermano de ambos ‘Alā‘ ad-Dīn, escribano de asuntos íntimos en Damasco, y al tesorero Qiwām ad-Dīn b. Makīn, hombre principal, y al juez supremo Šams ad-Dīn b. an-Naqīb, uno de los más importantes ulemas de Siria.

En esta ciudad hay buenos baños como el del cadí al-Qirimī [el de Crimea] y el de Sandamūr, que fue emir de esta ciudad y de quien se cuentan numerosos sucesos a propósito de su rigor con los malhechores. Así por ejemplo, una mujer se quejó ante él de que uno de sus mamelucos más próximos se había propasado con ella bebiéndose la leche que iba a vender. Pero como carecía de pruebas, el emir ordenó que se le rajase en canal por la mitad, con lo que salió la leche de sus tripas. Una historia pareja sobrevino a ‘Atrīs, emir de al-Malik an-Nāṣir en los días de su mandato en ‘Aydāb y otra a Kabak, sultán del Turquestán.

Desde Trípoli me dirigí a la Fortaleza de los Kurdos [*Hiṣn al-akrād*], que es una pequeña localidad abundosa en árboles y cauces de agua en un altozano. Hay allá un morabito llamado Cenobio del Ibrāhīmī refiriendo su nombre a cierto emir importante. Me albergué en casa del cadí cuyo nombre ahora no recuerdo bien.

Luego viajé a la ciudad de Ḥimṣ [Emesa], bonita y de elegantes arrabales, con

árboles de hoja tupida. Sus ríos rebosan agua. Los mercados tienen amplias calles y la mezquita se distingue por su belleza. En el centro de la misma hay una alberca con agua. Los habitantes de Ḥimṣ son árabes de origen, distinguidos y generosos. En las afueras de esta ciudad está la tumba de Jālīd b. al-Walīd, espada de Dios y de su Enviado. Y al lado una zagüía y una mezquita. Sobre el sepulcro hay un paño negro. El cadí de esta ciudad es Ŷamāl ad-Dīn aṣ-Ṣarīsī [el de Jerez], uno de los hombres de aspecto más hermoso y de los mejores en conducta personal.

Desde allí viajé a la ciudad de Ḥamāt, una de las más señeras y maravillosas capitales de Siria. Dotada de una belleza esplendorosa e inigualable. Rodeada de huertos y vergeles en cuya proximidad, como astros, giran las aceñas. El gran río ‘Āṣī la atraviesa^[164].

Hay allá un arrabal llamado al-Manṣūriyya mayor que la ciudad misma, con zocos concurridos y buenos baños.

En Ḥamāt las frutas abundan, así el albaricoque «*de almendra*», que recibe este nombre porque si se le parte el güito se encuentra en su interior una almendra dulce. Cuenta Ibn Ŷuzayy: «Inspirándose en esta ciudad, sus ñoras y huertos, dice el giróvago literato Nūr-ad-Dīn Abū l-Ḥasan ‘Alī b. Mūsá b. Sa‘īd al-Ansī al-‘Ammārī al-Garnātī [el Granadino], cuyos antepasados llegan a ‘Ammār b. Yāsir [metro *ṭawīl*]:

*Guarde Dios los dos oteros de Ḥamāt
sobre los que detuve oído, ideas y vista.
Cantan palomas o ramas se inclinan.
Edificios relumbrantes imposibles de describir.
Me reprochan transgredir la reserva y las leyes
en ella, obediente a la copa, el placer y el deleite.
Pues allá el río es un rebelde, ¿cómo
no remedar su rebelión libando del vino puro?
¿Cómo no entonar el canto de estas aceñas,
vencerlas danzando e imitarlas volcando agua?
Gimen y vierten su llanto como si
a su vista se apasionaran pidiendo afecto.*

A propósito de las mismas aceñas dice otro haciendo juegos de palabras [metro *ṭawīl*]:

*Una noria [amante] languidece por mi gran pecado
y desde la casa lejana observa mi llegada.
Llora de piedad por mí y luego muestra su tristeza,
bástete que hasta la madera llore por el rebelde^[165]*

Otro poeta contemporáneo dice también mediante juegos de palabras [metro *Kāmil*]

*Señores, habitantes de Hamát, por vuestra vida juro
que no abandoné la sinceridad ni la piedad.
Al recordar el encuentro tras vuestra marcha
los ojos hacen correr lágrimas igual que el rebelde*^[166].

Vuelta al relato.

Después me dirigí a la ciudad de Ma'arra, que dio nombre al poeta Abū l-'Alā' al-Ma'arrī y a muchos otros.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Se denominó Ma'arra de an-Nu'mān porque un hijo de an-Nu'mān b. Basīr al-Anṣārī, discípulo del Enviado de Dios, falleció en tiempos del gobierno de su padre en Ḥimṣ, que lo enterró en Ma'arra y a él debe su nombre, habiéndose llamado anteriormente “*La de los alcázares*”. También se dice que an-Un'mān es un monte que se alza sobre la ciudad tomando de él la denominación».

Vuelta al relato.

Ma'arra es una ciudad pequeña y bonita en la cual los árboles mas abundantes son las higueras y alfoncigos, cuyos frutos se llevan a Damasco y El Cairo. En las afueras, a una parasanga de distancia, se halla la tumba del Príncipe de los Creyentes 'Umar b. 'Abd al-'Aziz sin que haya morabito ni vigilantes en sus proximidades. La razón de esto es que el sepulcro se encuentra en un territorio de cierta secta de *ṣi'īs* despreciables que odian a los diez primeros apóstoles de Mahoma —este Dios satisfecho de ellos y maldiga a quienes les odian— y a todos aquellos que se llaman 'Umar, en especial a 'Umar b. 'Abd al-'Aziz por lo que hizo respecto a la veneración de 'Alī.

Después marchamos a la ciudad de Sarmīn, hermosa y con muchos jardines. Allí el árbol mas frecuente es el olivo. En la ciudad se fabrican el jabón de *ladrillo*, que se transporta a El Cairo y Damasco, y el jabón de olor para lavar las manos, que se colora de rojo y amarillo. En este lugar se hacen excelentes ropas de algodón que toman su nombre de él. Los habitantes son maldicientes y odian a los diez discípulos primeros de Mahoma. Es sorprendente que no mencionan jamás el número diez y así los comisionistas en los zocos cuando pregonan las mercancías al llegar a la decena dicen nueve y uno. En cierta ocasión un turco se presentó allí y al oír a un vendedor gritar «nueve y uno» le golpeo en la cabeza con la maza mientras decía: «Di diez, con la maza».

Existe allí una mezquita aljama que cuenta nueve cúpulas pues no le construyeron la décima en atención a su execrable creencia.

Luego marchamos a la plaza de Alepo, gran ciudad y capital grandiosa. Abū-l-

Ḥusayn b. ʿYubayr dice al describirla: «Su importancia es enorme, de recuerdo perdurable en todo tiempo y muy codiciada de reyes. Su categoría impresiona a los espíritus. ¡Cuanta guerra ha provocado y hojas de acero se desenvainaron por ella! Su ciudadela es famosa por su inexpugnabilidad y de altura notable. Nadie osaría atacarla a causa de su poderío. Y si se osara no sería ocupada. Sus flancos son de piedra de cantería y de disposición bien proporcionada y simétrica. Mas duradera que días y años ha acompañado al sepulcro a nobles y vulgo. ¿Qué se hizo de sus príncipes Ḥamdānīs y de sus poetas? Idos todos no restan mas que los edificios. Ah, ciudad asombrosa que permanece, en tanto sus señores pasan y perecen, sin que se haya decretado la extinción de una plaza tal. Tras ellos, se la busca y consigue sin muchas dificultades. Se desea tenerla y se logra fácilmente. Esta es Alepo. A cuantos de sus reyes olvidó en el pasado y cuantas coincidencias de tiempo y espacio borró. Su nombre es femenino, adornada con aderezos de doncella. Sometida a la victoria como otras se sometieron. Resplandeciente cual una novia después del brillo de la espada de su dinastía^[167], Ibn Ḥamdān. ¡Ah, malhaya, su juventud se convertirá en decrepitud! Desaparecerán sus pretendientes^[168] y cuán rauda sobrevendrá su ruina».

La ciudadela de Alepo se llama la Gris [Aš-šahbāʿ]. En su interior hay dos pozos de los cuales brota agua, por lo que la sed no es de temer. Esta rodeada por dos murallas junto a las cuales hay un foso enorme del que también mana agua. En la cerca las torres están próximas unas a otras resguardando maravillosos aposentos altos con ventanales abiertos. Todas las torres están habitadas: en esta alcolea la comida no se echa a perder por el tiempo.

Existe allá un santuario al que se encaminan las gentes, asegurándose que en ese lugar Abraham adoraba al Señor. Esta Fortaleza se asemeja a Raḥbat Mālik b. Ṭawq que está sobre el Eufrates entre Siria y el Iraq. Cuando Qāzān [o Gāzān, 1295-1304] tirano de los tártaros, vino contra la ciudad de Alepo, asedió esta ciudadela durante muchos días, pero hubo de levantar el sitio, fracasado.

Ibn ʿYuzayy dice que al-Jālidī, poeta de Sayf ad-Dawla, compuso estos versos [metro ṭawīl]:

*Loma agreste contra el invasor alzada,
con su alta atalaya y su empinada escarpa.
Sobre ella el afire tiende lienzos de nubes blancas
alhajdándola con el collar de sus estrellas brillantes.
Cuando el relámpago luce se muestra,
al igual que Virgo resplandece entre las nubes.
¡A cuántos soldados dio muerte espantosa
y conquistadores fueron obligados a retroceder!*

y estos otros, de maravillosa composición [metro basīṭ]:

*Una ciudadela cuyo pie abraza manantiales
mientras la cima sobrepasa las estrellas de Orión.
Ignora la lluvia porque para ella son las nubes
suelo que sus acémilas hollan por ambos lados.
Cuando descarga agota quien allí habita
el agua de los aljibes antes de humedecerse el borde.
Se contaría su atalaya entre los astros del firmamento
con sólo recorrer sus mismas órbitas.
Las artimañas de tal ciudadela rechazaron las enemigas,
y las desgracias que origina vencieron a las ajenas.*

Sobre ella dice Yamāl ad-Dīn ‘Alī b. Abū l-Manṣūr [metro *kāmil*]

*Por lo alto de su cima y lo elevado de su cumbre
casi detiene el astro que gira en torno a la Tierra
Sus habitantes toman por abrevadero la Vía Láctea
y sus corceles pacen las estrellas como flores.
El desgranar del tiempo de aquí se desvía medroso
y con temor, sin que nada cambie en el contorno.*

Vuelta al relato.

A la ciudad de Alepo se denomina *Ḥalab Ibrāhīm* [leche de Abraham] porque éste habitaba en ella y como quiera que poseía copiosos rebaños daba de beber leche a los menesterosos, desgraciados y viajeros, los cuales se congregaban y pedían *ḥalab Ibrāhīm* de modo que fue así nombrada^[169].

Es una de las mejores ciudades, sin parangón posible en cuanto a hermosura de emplazamiento, perfecta disposición y amplitud de zocos, de orden admirable. Los mercados tienen techos de madera con lo que los habitantes siempre disfrutan de sombra. La alcaicería no tiene igual en belleza y dimensiones: rodea a la mezquita de manera que cada galería desemboca en una de las entradas del templo. La mezquita aljama es una de las más bellas. En su patio hay una alberca de agua rodeada de un pavimento magnífico y enorme. El almimbar es de maravilloso trabajo, taraceado en marfil y ébano. Cerca de la mezquita hay una escuela coránica acorde con ella en belleza de emplazamiento y perfección de factura, que se atribuye a los príncipes Ḥamdānīes. Aparte de ésta en la población hay otras tres escuelas y un hospital.

Las afueras de la ciudad son llanos anchurosos y vastos en los que se encuentran dilatados campos de siembra, parras bien ordenadas y huertos a la orilla del río, el llamado ‘Āṣī, que es el mismo que pasa por Ḥamāt^[170]. Cuentan que fue denominado así porque se figura quien lo contempla que su curso es de abajo arriba.

El alma halla en las afueras de Alepo goce, alegría y contento como no hay en

otros lugares. Es una de las ciudades que serían dignas de ostentar el Califato.

Dice Ibn ʿYuzayy: «Los poetas han sido exhaustivos describiendo las bellezas de Alepo y mencionando su interior y exterior. Sobre ella dice Abū ʿIbāda al-Buhturī [metro *kāmil*]:

*Rayo que brilló arribita de mis deseos,
Alepo desde lo alto del alcázar de Biṭyās,
tomando su color del arriate de rosas amarillas,
de todos estos llanos y campos de mirto.
Una tierra que, si entristezco al recordaros,
me acorre y multiplica mi alegría.*

Y a propósito de la ciudad dice el glorioso poeta Abū Bakr aṣ-Ṣanawbarī [metro *mutaqārib*]:

*¡Que la leche del nublado riegue los ricos pagos de Alepo!
¡Cuántos goces reúne esta ciudad
y qué existencias deliciosas y felices en ella pasaron,
pese a que la vida no fuera placentera!
Al desplegar allá las flores sus banderas,
sus ropajes de seda y picos de turbante,
clarea la mañana entre la plata de los arrabales
brillantes en torno al centro de oro.*

Acerca de ella dice Abū l-ʿAlāʾ al-Maʿarrī [metro *jaʿif*]:

*Para el que llega, Alepo es huerto del Edén
y para quien la abandona un fuego quemante.
Por ella el grande de veras aumenta su aprecio
y estima por el pequeño pequeño,
pues el Quwayq es mar en el alma de sus gentes
y un solo guijarro suyo diríase el monte Ṭabīr.*

También Abū l-Fityān b. ʿYabūs le dedica los siguientes versos [metro *basīṭ*]:

*Ah, mis dos amigos, cuando mi mal os canse
hacedme sentir la brisa del viento de Alepo,
del país que es morada del Céfiro,
pues el aire puro me es necesario.*

Y Abū l-Fatḥ Kašāʾim dice sobre la ciudad [metro *mutaqārib*]:

*No hay país que agasaje a sus habitantes
como Alepo agasaja a los suyos.
En ella se da cita cuanto deseas,
visítala pues es gloria para el visitante.*

Agrega Abū l-Ḥasan ‘Alī b. Mūsà b. Sa‘īd al-Garnatī al-‘Ansī [metro *jafif*]:

*Camellero, cuanto dejas descansar las monturas,
condúcelas conmigo, en procura de Alepo,
porque es allí donde reside mi amor,
mi meta ansiada y norte de mis anhelos,
a las montañas de ʾYawšan y Biṭyās,
donde es generoso hasta el siervo del avaro.
¡Cuántos prados solaz de corazón y ojos
para saciar la sed del deseo apurando la copa!
Mientras cantan los pájaros su regocijo
y en abrazos se doblan las ramas.
Y arriba de la ciudadela giran en su torno
como un cingulo las estrellas todas del cielo.*

Volvamos al relato.

En Alepo se encuentra el rey de los emires Argūn ad-Dawādār [el porta tinteros] y mas principal de los emires del sultan an-Nāṣir. Es un alfaquí de reconocida justicia y sin embargo avaro. En Alepo hay cuatro jueces, uno de cada una de las vias [madāhib] ortodoxas. Uno era el cadī Kamāl ad-Dīn b. az-Zimlikānī, de la secta sāfi‘ī, de nobles miras, gran decisión, alma generosa, buenas cualidades y dotado para las ciencias. Al-Malik an-Nāṣir mando por él para investirle de la judicatura suprema en la capital de su reino, pero no le fue dado ocuparla porque fallecio en Balbīs de camino para Egipto. Con ocasión de su investidura como juez de Alepo acudieron a él poetas desde Damasco y otros lugares. Entre ellos se contaba el poeta de Siria Šihāb ad-Dīn Abū Bakr M., hijo del jeque tradicionista Šams ad-Dīn Abū ‘Abdallāh M. b. Nubāta al-Qrašī al-Umawī al-Fāriqī, quien le dirigió un panegírico en un largo y brillante poema que comienza [metro *kāmīl*]

*ʾYilliq^[171], la anchurosa, se entristece al perderte
mientras al-Sahbā‘ se regocija por tu venida.
A tu marcha la pena se cierne sobre Damasco
y espléndida grandeza sobre las lomas de Alepo.*

*Resplandece la casa en cuyo patio vives
 amaneciendo con destellos de aljófar.
 Ah, los que gozásteis de la generosidad y nobleza
 de aquel por quien se tacha de avaros a los más liberales.
 Ese es Kamāl ad-Dīn, ponte bajo su égida
 y serás satisfecho, pues en él residen felicidad y virtud,
 cadí de cadíes, egregio entre los de su tiempo,
 del que se benefician huérfanos y pobres.
 Un juez de ascendencia y descendencia puras
 cuya nobleza honra a padres e hijos.
 Un don de Dios para los hijos de Alepo,
 pues el Señor distingue con su favor a quien quiere.
 Su discernimiento clarividente desentraña lo oscuro
 como si su inteligencia fuera el mismo sol.
 Juez de jueces, tu categoría aventajada
 te exime de gozarte por tu rango,
 porque las prebendas estdán por bajo de tu pensamiento
 cuyo mérito se coloca por encima de Orión.
 Eres célebre y bien dotado para las ciencias
 como la luz hiende las tinieblas para la aurora.
 Y posees virtudes de cuya excelencia testimonian los enemigos
 aunque es raro que los contrarios hagan tal.*

Esta casida excede de los cincuenta versos y su autor fue premiado con dineros y un ropaje. Los poetas prefieren su comienzo con la palabra *asifat* [se entristeció]. Dice Ibn Ŷuzayy: «No es cierto que esto sea así en ese poema, porque en los fragmentos breves se muestra más maduro que en las casidas. Ocupa el máximo rango en la poesía de su época en todos los países del Oriente árabe, formando parte de los sucesores del predicador Abū Yaḥyà ‘Abd ar-Rahīm b. Nubāta autor de famosas composiciones oratorias. Entre sus maravillosas poesías breves está aquella que dice con juegos de palabras [metro *kāmīl*]:

*La amé, esbelta, rodeada de nobleza.
 Recolectaba corazón y pensamientos del amante.
 Avara de las perlas de sus labios para quien los buscaba,
 amaneció entregándose con cuanto atesorase.*

Vuelta al relato.

Entre los cadíes de Alepo se contaba el juez *ḥanafī*, el imán y profesor Nāṣir ad-Dīn b. al-‘Adīm, de buena figura y conducta, originario de la misma Alepo [metro

ṭawīl]:

*Cuando a él acudes le ves radiante,
como si le dieras lo que estás pidiendo.*

Hay que añadir al juez de jueces de los *mālikīes* a quien no citaré. Era hombre bien relacionado en El Cairo y logró el cargo sin merecerlo.

También se contaba entre ellos el cadí supremo de los *ḥanbalīes* cuyo nombre no recuerdo y que era de Šāliḥiyya cerca de Damasco.

El juez de los *šarīf* ^[172] [jerife] en Alepo era Badr ad-Dīn b. azZahrā'. De los alfaquies hay que citar a Šaraf ad-Dīn b. al-'Ayamī cuyos parientes son principales en la ciudad.

Después salí hacia la villa de Tīzīn que está en la ruta de Qinnasrīn. Es una plaza nueva fundada por los turcomanos, con buenos zocos y mezquitas perfectísimas. Su cadí es Badr ad-Dīn al-'Asqalānī.

La antigua ciudad de Qinnasrīn era grande pero se arruinó y de ella no quedan sino vestigios. Luego viajé a la ciudad de Antākiya, esplendorosa y antigua, que anteriormente disponía de una muralla sin igual entre todas las de Siria pero cuando al-Malik az-Zāhir [Baybars] expugnó la plaza la hizo demoler. La ciudad está muy poblada y sus casas bellamente construidas y hay abundantes árboles y agua. Por las afueras corre el río 'Āṣī [Orontes]. Allá se encuentra la tumba de Ḥabīb an-Naŷŷār y en sus cercanías una zagüía en la que se ofrece alimento a los caminantes y cuyo jeque es el piadoso y longevo M. b. 'Alī que pasa de los cien y sin embargo, goza de todo su vigor.

En una ocasión le visité en su huerto y vi que había recogido un haz de leña que se cargó a cuestras para llevarlo a su casa de la ciudad. También reparé en que su hijo sólo frisaba en los ochenta y, no obstante, estaba cheposo y no era capaz de enderezarse y quien quiera que los contemplase pensaría que el padre era el hijo y viceversa.

Más adelante viajé al castillo de Bugrās, una fortaleza que disuade a los atacantes por su inexpugnabilidad. En sus proximidades hay jardines y sembrados. Por aquí se entra al país de Sīs, que es el de los infieles armenios, sometidos a al-Malik an-Nāṣir, al cual pagan tributo. Sus *dirhams* son de plata pura y se llaman *bagliyya*. Allá se fabrican las conocidas ropas *ad-dabiziyya*. El comandante de esta fortaleza es Šārim ad-Dīn b. Aš-Šaybānī, quien tiene un hijo distinguido llamado 'Alā'ad-Dīn y un sobrino, de nombre Ḥusām ad-Dīn, distinguido y generoso que reside en el lugar denominado ar-Rusus para guardar el camino hacia el país de los armenios.

Anécdota

En cierta ocasión los armenios se quejaron ante al-Malik an-Nāṣir del emir Ḥusām ad-Dīn calumniándole con acusaciones infundadas. El sultán puso la cosa en manos del jefe de los emires de Alepo, con orden de estrangularle. Cuando la orden estaba ya extendida, un amigo del emir lo supo y siendo hombre importante fue a ver a al-Malik an-Nāṣir y le dijo: «Señor, el emir Ḥusām ad-Dīn es uno de los mejores: fiable guardián de la ruta para los musulmanes y valeroso. Los armenios buscan la destrucción del país musulmán y este emir los vence y contiene, por lo que pretenden debilitar el poderío islámico por medio de su muerte». Y no cejó en su empeño hasta que arrancó una segunda orden por la cual se decretaba su libertad y se le conferían ropas de honor devolviéndole a su puesto. Al-Malik an-Nāṣir llamó a un correo conocido por al-Āqūš a quien sólo despachaba en asuntos graves y le envió a mataballos. Este cumplió el viaje en cinco jornadas, desde El Cairo hasta Alepo, pese a ser la distancia entre ambas de un mes de marcha. El emisario se encontró que el gobernador de Alepo ya hiciera venir a Ḥusām ad-Dīn y lo había sacado al lugar en que se estrangulaba a los reos, pero Dios el Altísimo le liberó y pudo regresar a su puesto, yo me entrevisté con este emir juntamente con el cadí de Bugar, Šaraf ad-Dīn al-Ḥamawī, en un paraje conocido por al-‘Amq [*la llana*] equidistante de Antioquia, de Tizīn y de Bugar. Los turcomanos acampan alla con sus rebaños por su fertilidad y amplitud.

A continuacion viaje a Ḥiṣn al-Quṣayr, que es el diminutivo de *Qaṣr* [*castillo, alcázar*]. Es una buena fortaleza cuyo alcaide es el emir ‘Alā’ ad-Dīn el Kurdo y su cadí Š’ihab ad-Dīn al-Armantī, egipcio de origen.

Luego marche a la fortaleza de Šugrubukās, que es inexpugnable por estar en una cima muy alta. Su emir es Sayf ad-Dīn aṭ-Ṭunṭāš, hombre de merito. El juez es Ÿamal ad-Dīn b. aš-Šaḡara, seguidor de Ibn at-Taymiyya.

Despues salí hacia la ciudad de Šahyūn, bonita, de rios abundantes y arboles frondosos. Alla se alza una buena alcolea cuyo alcaide se llama al-Ibrāhīmī y cuyo cadí es Muḥyī ad-Dīn al-Ḥimṣī. Extramuros de la población se halla una zagüia, rodeada de huertos, en la que se ofrece alimento al caminante. Al lado está el sepulcro del piadoso ‘Isà al-Badawī, que visite.

Al abandonar este lugar pase por Ḥiṣn al-Qadmūs Ḥiṣn al-Maynaqa y Ḥiṣn al-‘Ullayqa cuyo nombre suena como el nombre de unidad de ‘*ullayq* [*zarzamora*]. Luego truce por Ḥiṣn Maṣyāf y finalmente por Ḥiṣn al-Kahf. Estas fortalezas todas pertenecen a una secta *ismā‘ilī* conocida por *fidāwiyya* [*los que sacrifican su vida*] [173]. No reciben en sus casas a nadie ajeno a la secta. Son las flechas de al-Malik an-Nasīr con las que alcanza a sus adversarios huidos al Iraq o a otros paises. Reciben soldada y cuando el sultan decide enviar a uno de ellos a eliminar a cualquier enemigo le entregá el precio de su sangre y si sale salvo tras cumplir lo que se le ordenara, es para él; y si perece queda para sus hijos. Emplean cuchillos envenenados para herir a los que desean matar. Pero a veces sus celadas fracasan y son ellos los muertos como sucedió con el emir Qarāsunqūr [*el gerifalte negro*] cuando escapó al

Iraq y al-Malik an-Nasīr mandó contra él a un grupo de *ismāʿīlīs* que murieron sin poder alcanzarlo por las cautelas que adoptara.

Anécdota

Qarāsunqūr era emir principal y uno de los presentes y participantes en el asesinato de al-Malik al-Ašraf, hermano de al-Malik an-Nāṣir. Cuando este se hubo afianzado bien en el poder y reforzado los apoyos internos de su reino, se dedicó a perseguir a los asesinos de su hermano y uno tras otro les fue dando muerte, aparentemente en venganza, pero también por temor a que se atrevieran contra él como contra su hermano. Qarāsunqūr era por entonces jefe de los emires de Alepo y al-Malik an-Nasīr escribió a todos ellos con la orden de marchar con sus tropas sobre la ciudad, fijando una fecha para que se congregaran en ella a fin de apoderarse de Qarāsunqūr. Este, una vez llegados a la plaza, temió por su vida y con los ochocientos mamelucos de que disponía montó a caballo e hizo una salida al alba contra los ejércitos de al-Malik, logrando atravesar sus líneas y tomarles delantera, pese a que eran unos veinte mil hombres. A continuación se dirigió a la acampada del emir beduino Muhannā b. ʿĪsā, a dos jornadas de marcha de Alepo, cuando este príncipe árabe estaba de caza. El fugitivo se encaminó a su jaima, descabalgó, se echó el turbante al cuello y pidió el asilo del emir de los árabes, estando presente Umm al-Fadl, su esposa y prima, la cual respondió: «Te damos salvaguarda a ti y a quien contigo este». Anadió el perseguido: «Pido también mis hijos y fortuna», a lo que ella contestó «Tendrás lo que quieres, acógete a nuestra protección». Así lo hizo y al regresar Muhannā le trató con suma consideración y le ofreció sus riquezas, pero Qarāsunqūr insistió: «Sólo quiero mi familia y dineros que dejé en Alepo». Muhannā convocó a sus hermanos y primos y pidió consejo en el asunto. Hubo quienes accedieron a su propuesta y quienes dijeron: «¿Cómo vamos a entrar en guerra con an-Nāṣir, si estamos en sus tierras, en Siria?». Muhannā respondió: «En lo a mí referente, haré por este hombre lo que quiera y después marcharé con él junto al sultán del Iraq». En el ínterin, les llegó la noticia de que los hijos de Qarāsunqūr habían sido enviados por medio del correo a El Cairo. A esto dijo Muhannā a Qarāsunqūr: «En cuanto a tus hijos, no hay solución, pero en lo concerniente a tus riquezas nos esforzaremos por recuperarlas. De seguida montó a caballo con quien le obedecía de sus parientes y movilizó a unos veinticinco mil beduinos, viniendo contra Alepo, donde incendiaron la puerta de la ciudadela y la expugnaron, retomando la fortuna de Qarāsunqūr y las restantes personas de su familia que allí quedaran, pero no pasaron a más. Luego se dirigieron al rey del Iraq, uniéndoseles el emir de Emesa, al-Afram. Así llegaron ante el rey M. Juḏābandah, sultán del Iraq, que estaba en su residencia veraniega en Qarābāg [*El jardín negro*], entre aṣ-Ṣultāniyya y Tabrīz. Este rey les colmó de honores y entregó a Muhannā el Iraq beduino, a Qarāsunqūr la

ciudad de Marāga —en el Iraq p rsico, a la que se denomina la pequeña Damasco— y Hamad n fue para al-Afram. Los tres permanecieron all  un cierto tiempo en el cual falleció al-Afram y Muhann  retorn  con al-Malik an-N sir, tras recibir garantías y seguridades. En tanto, Qar sunq r qued  donde estaba y fue cuando al-Malik an-N sir le enviaba *ism 'il es* juramentados, uno tras otro. Hubo quien entraba en su casa y era muerto en su presencia y hubo quienes se arrojaban contra él cuando salía a caballo y los mataba por su mano. De este modo, perecieron bastantes *ism 'il es*. Qar sunq r no se separaba jams  de su coraza y sólo dormía en una estancia hecha de hierro y madera. A la muerte del sultán Mu ammad, con la subida al poder de su hijo Ab  Sa' d, aconteció lo que referiremos más adelante en relación con al-  b n, el principal de sus emires, y la huida de su hijo ad-Dumur  s junto al-Malik an-N sir, con lo que se intercambiaron cartas entre éste y Ab  Sa' d, acordando que el rey de Iraq enviaría la cabeza de Qar sunq r al sultán de Egipto y este último mandaría la de ad-Dumur  s, como así lo hizo. Al recibirla, Ab  Sa' d ordenó traer ante sí a Qar sunq r, el cual, sabedor del asunto, tom  una sortija que tenía una cavidad en la que guardaba un veneno muy activo, levantó la piedra, sorbi  el veneno y murió en el acto. Ab  Sa' d hizo saber esto a al-Malik an-N sir, pero no le remitió la cabeza.

Luego seg  viaje desde los castillos de los *ism 'il es* a la ciudad de  abala, que tiene ríos copiosos y árboles, encontrándose el mar a una milla aproximadamente. All  est  la tumba del piadoso y amigo de Dios, el famoso Ibr h m b. Adham, que renunci  al reino y se dedicó a Dios por entero como es bien conocido. Pero Ibr h m no era de casa real como cree el vulgo, sino que heredó el poder de su abuelo materno. En cuanto a Adham, su padre, era un faquir piadoso, devoto, ascético, casto y dedicado al servicio de Dios.

Historia de Adham

Se cuenta que cierto día pas  junto a los huertos de la ciudad de Buj r  y cumplió sus abluciones en uno de los cauces que los cruzan y he aquí que encontr  una manzana arrastrada por el agua. Se dijo: «Esto no tiene trascendencia». Y la comió, pero después le vino a las mientes el escrúpulo y decidió pedir al dueño del huerto que le absolviera. Así pues, llam  a la puerta del huerto y salió a abrir una esclava. Adham le dijo: «L mame al amo del lugar». Respondió la muchacha: «Es de una mujer». «Pues consigue permiso para que la vea». Una vez ante ella, le inform  del asunto de la manzana y la dueña le dijo: «De este huerto una mitad es mía y la otra del sultán». Pero el sultán estaba aquel día en Balj, a una distancia de diez jornadas de Buj r , y como quiera que la mujer le absolviera de su mitad march  a Balj, donde top  al soberano y su comitiva. Narr  su asunto y rogó ser absuelto. El sultán le mand  volver al d a siguiente.

El sultán tenía una hija hermosísima pedida en matrimonio por príncipes, pero que se había negado a compromiso alguno por ser dada a la adoración divina, amar a las gentes piadosas y querer desposarse con alguien virtuoso y que renunciara al mundo. Cuando regresó el sultán a su residencia contó a su hija lo que sabía de Adham, agregando: «Nunca vi a nadie tan virtuoso, que viene desde Bujārā a Balj por causa de media manzana». Ella deseó vivamente casarse con tal persona, y cuando al día siguiente acudió Adham le dijo el rey: «Sólo te absolveré si desposas a mi hija». Y se sometió a esto, pero no sin resistir y rehusar duramente. Por fin se casó y cuando *entró* con su mujer^[174] la encontró alhajada y el aposento decorado con tapices y otras cosas, entonces quedó en un rincón del cuarto y se aplicó a sus oraciones hasta el amanecer. Y así durante siete noches, sin que el sultán le hubiera perdonado todavía. Pidió Adham la absolución y la respuesta fue: «No te absolveré más que cuando te acuestes con tu esposa». Al venir la noche cohabitó con ella, hizo las abluciones, se aplicó al rezo y dando un grito se prosternó en el oratorio, donde apareció muerto. De él quedó preñada la princesa y dio a luz a Ibrāhīm que, por carecer su abuelo de hijos, recibió el reino por cuya renuncia se hizo famoso.

Próxima a la tumba de Ibrāhīm b. Adham hay una hermosa zagüía que dispone de una alberca de agua. En ella se ofrecen alimentos a los caminantes y su encargado es Ibrāhīm uno de los hombres más piadosos. Las gentes acuden desde toda Siria a este morabito la noche del 15 de Ša‘bān y allá permanecen tres días; al tiempo se prepara, extramuros de la ciudad, un gran mercado en el que encuentras de todo, concitándose en el lugar faquires, con voto de célibes, procedentes de todos los puntos del horizonte para asistir a la fiesta. Todo visitante dona al servidor del mausoleo una vela y de tal suerte junta muchos quintales de ellas.

La mayoría de los habitantes de estas regiones son de la secta *an-Nuṣayrīyya* que creen que ‘Alī b. Abū Ṭālib es un dios. No rezan, ni se circuncidan, ni ayunan. El rey az-Zāhir Baybars les obligó a erigir mezquitas en sus aldeas y así construyeron una en cada pueblo, pero alejadas de las casas y no entran en ellas ni las frecuentan. A veces incluso sus ganados y acémilas se refugian en ellas y si llega un forastero, se mete en la mezquita y llama a la oración, le dicen: «No, rebuznes, que ya llega el forraje». Esta secta está muy extendida.

Anécdota

Me contaron que un desconocido llegó al país de esta gente arrogándose el título de mahdī [*elegido de Dios, profeta*] Se congregaron en su torno y les prometió poseer el mundo y hasta repartió entre ellos toda Siria, asignando a cada uno una región y ordenándoles salir hacia sus posesiones, en tanto les entregaba hojas de olivo, con estas palabras: «Confiad en ellas pues son como órdenes firmadas en vuestras manos». Así cuando alguno se presentaba en una comarca, su emir lo hacía

comparecer y recibía la declaración: «El imam al-Mahdī me ha entregado esta tierra». A lo que respondía el emir: «¿Dónde está, la orden?». Y el otro extraía sus hojas de olivo, con lo que se le azotaba y encarcelaba.

Más adelante les ordenó aprestarse para combatir a los musulmanes, empezando por la ciudad de Ŷabala. Para ello les indicó que tomaran en vez de espadas ramos de arrayán, prometiéndoles que en sus manos se convertirían en aceros en el instante de la lucha. Así, cayeron sobre la ciudad de Ŷabala en el momento que los habitantes se aplicaban a la oración del viernes, penetrando en las casas y forzando a las mujeres. Los musulmanes se revolvieron en la mezquita, tomaron las armas y en ellos hicieron gran mortandad a placer. Al llegar la nueva a Latakia, su emir Bahādur b. ‘Abdallāh avanzó con sus tropas mientras se enviaban palomas mensajeras a Trípoli con la noticia, haciendo que el jefe de los emires acudiera en compañía de su ejército y les fueron a los alcances dando muerte a cerca de veinte mil. Estos herejes se hicieron fuertes en las montañas y comunicaron al jefe de los emires que se obligarían a pechar con un dinar por cabeza si les perdonaba la vida, pero la noticia ya había sido comunicada a al-Malik an-Nasīr por medio de palomas y su respuesta fue que se les pasara a cuchillo, ante lo cual el jefe de los emires intercedió aduciendo que estas genres trabajaban la tierra para los musulmanes y en caso de ser muertos se debilitaría el poderio de los creyentes. Así pues, al-Malik dispuso dejarles con vida.

Luego seguí viaje a la antigua ciudad de Latakia [o Lataquial, que está a orillas del mar y pretenden que se trata de la ciudad del rey que tomaba por fuerza todos los barcos^[175]. Yo me había dirigido a ella con la sola intención de visitar al piadoso y devoto ‘Abd al-Muhsin al-Iskandarī, pero a mi llegada me encontré con que estaba ausente en el noble Ḥiṡāz. Así hube de entrevistarme con algunos de sus amigos: los dos piadosos jeques Sa‘īd al-Biṡāī y Yahya as-Salawī, los cuales frecuentaban la mezquita de ‘Alā’ ad-Dīn b. al-Bahā’, uno de los hombres devotos de Siria y de los mas principales, desprendido y caritativo, que había instituido para estos jeques una zagüia próxima a la mezquita, en la que se proporcionaba alimento para los viajeros. El cadí de la ciudad es el alfaquí Ŷalāl ad-Dīn ‘Abd al-Ḥaqq al-Miṡrī al-Malikī, virtuoso y noble, emparentado con Taylān, jefe de los emires, el cual le había investido de juez.

Anécdota

Había en Latakia un hombre conocido por Ibn al-Mu‘ayyad, críticón hasta el punto de que nadie escapaba de su lengua y de una fe religiosa más que equívoca, pues hablaba de mala manera en terminos agnósticos. En cierta ocasión tuvo necesidad de algo cerca de Taylān, jefe de los emires, que no se lo concedió, por lo que marchó a El Cairo y se puso a difundir calumnias y falsedades contra él, regresando a Latakia a continuación. Taylān escribió al juez Ŷalāl ad-Dīn solicitando

una argucia de aspecto legal para eliminarlo. El cadí le hizo comparecer ante sí, le interrogó sonsacándole sobre los secretos de su ateísmo y dijo tales enormidades que la más liviana de ellas merecería la muerte. El juez había dispuesto testigos tras de una cortina que presentaron una querella por sus palabras. Así quedó retenido por el cadí, se le encarcelo e hizo saber al jefe de los emires cuanto concernía al asunto. Finalmente fue sacado de la prisión y estrangulado a su entrada. Pero Taylān no permaneció mucho en su puesto y tras ser destituido le sucedió el Ḥāyî, Qurṭayya, uno de los principales emires, que ya había sido gobernador de la plaza, dándose el caso de existir una fuerte enemistad entre Taylān y él, por lo cual se puso a perseguir las faltas del otro. Los hermanos de Ibn al-Mu'ayyad acudieron ante él, quejándose del cadí ʿĪlāl ad-Dīn que fue obligado a presentarse ante el emir junto con quienes testimoniaron contra Ibn al-Mu'ayyad. Qurṭayya dispuso estrangularlos y se les sacó extramuros de la ciudad al lugar en que se ejecutaba a los reos, allí los sentaron encima del patíbulo despojándolos de sus turbantes.

Pero es costumbre entre los emires de este país, cuando uno dispone la ejecución de alguien, que el juez recorra a caballo el trayecto entre el lugar del ajusticiamiento y el Consejo del emir por tres veces, pidiendo permiso para actuar y sólo procede a la tercera. En este caso, a la última vuelta, se alzaron los emires, descubrieron sus cabezas y dijeron: «Emir, si el cadí y los testigos son ejecutados será un grave insulto contra el Islam». El gobernador aceptó su intercesión y puso en libertad a los reos.

En las afueras de Latakia existe un monasterio llamado Dayr al-Fārūs, el mayor de Siria y Egipto, habitado por monjes. A él acuden cristianos de los cuatro puntos cardinales e incluso son acogidos hospitalariamente los musulmanes. Su comida consta de pan, queso, aceitunas, vinagre y alcaparras.

El puerto de Latakia se cierra con una cadena tendida entre dos torres y nadie puede penetrar ni salir sin que se baje la cadena. Es uno de los mejores puertos de Siria.

Luego me dirigí a Ḥiṣn al-Marqab, castillo grandioso semejante al de Karak edificado sobre una altura elevada. Extramuros hay un arrabal en el que se albergan los forasteros, sin entrar en la fortaleza. El rey Maṣṣūr Qalāwūn se lo tomó a los cruzados y en sus cercanías nació su hijo al-Malik an-Nāṣir. El juez allí era Burhān ad-Dīn al-Miṣrī, uno de los más distinguidos y generosos cadíes.

Después marché al monte Aqra' [*El Calvo*], el más alto de Siria y el primero que aparece desde el mar. Está habitado por turcomanos y tiene manantiales y arroyos.

Desde allí viajé al monte Líbano, uno de los más fértiles del mundo, pues en él se dan clases variadas de frutas, además hay fuentes de agua, espesuras umbrosas y nunca faltan allá eremitas, ascetas y hombres piadosos entregados al servicio de Dios, por lo cual es famoso este monte. Tuve ocasión de ver a algunos de ellos cuyos nombres no son conocidos.

Me contó uno de éstos lo que sigue: «Estábamos en este monte con un grupo de

pobres faquires en la época del frío intenso, así que prendimos una gran fogata e hicimos círculo en su torno. Entonces dijo uno de los presentes: “Sería bueno tener algo para asar en este fuego”. A lo que agregó uno de los pobres, de esos a quienes desdeñan las gentes principales y con los que no se cuenta para nada: “Estaba yo a la hora de la oración de *al-‘aṣr* [primeras horas de la tarde] en el oratorio de Ibrāhīm b. Adham y vi en sus proximidades un onagro totalmente bloqueado por la nieve y creo que no puede moverse, así que si vais por él lo podríais atrapar y asar su carne en esta hoguera”. Añadió el narrador primero: “Nos levantamos cinco hombres y lo hallamos tal como se nos describiera. Lo apresamos y llevamos junto a nuestros compañeros, allí lo degollamos y asamos su carne en aquella lumbre, y como buscáramos al pobre que nos informó no lo encontramos ni topamos la menor huella de él. Nuestro estupor fue enorme”».

Desde el monte Líbano llegamos a la ciudad de Baalbek, hermosa y antigua, una de las mejores de Siria, rodeada de huertos magníficos y jardines descollantes. Cruzan sus pagos rápidos arroyos y rivaliza con Damasco por la extrema belleza de sus dones naturales. Las cerezas se dan en este lugar de modo incomparable. Y en él se fabrica el *dibs* [arrobe], que a Baalbek debe su nombre, hecho con uvas y un polvo que se le agrega para solidificarlo. Una vez endurecido se casca la vasija que hacía de molde y queda de una sola pieza. De él se fabrica un dulce al que se añaden alfóncigos y allozas, y que recibe el nombre de *mulahban* [ladrillo] y también el de *ḡild al-faras* [piel de caballo]. En Baalbek hay leche en abundancia que se vende en Damasco, pues hay un día de marcha entre ambas, si se camina a buen paso, pero los que viajan en grupo salen de Baalbek por la mañana y pernoctan en una pequeña población llamada az-Zabdānī, en la cual abundan las frutas, y al amanecer siguen hasta Damasco. En Baalbek se producen ropajes que a ella deben el nombre, así los *iḥrām* y otros más. También se fabrican allá vasijas y cucharas de madera sin igual en el mundo. A las bandejas denominan *dusūt* y a veces tallan un plato y luego otro en la cavidad del primero, y luego otro, y otro, hasta que llegan a diez, de tal guisa que parece a quien los contempla que se trata de uno solo. Del mismo modo hacen con las cucharas, es decir, diez, cada una en la cavidad de la anterior. Luego les hacen una funda de cuero y puede ocurrir que alguien se las sujete al cinturón y si asiste a una comida con sus amigos, al sacar la primera pensarán quienes miran que es una sola, después saca las otras nueve de la cavidad.

Llegué a Baalbek un atardecer, y salí de la ciudad al día siguiente por mi gran deseo de ganar Damasco, donde entré el jueves 9 del excelso mes de Ramadán del año 726 [1326 de J. C.]. Me albergué en la *madrasa* de los mālikīes conocida por *Šārābīšiyya*^[176].

Damasco aventaja y gana a todas las otras ciudades en belleza y buena disposición. Cualquier descripción, por larga que sea, se queda corta en comparación con su hermosura. No hay nada mejor que lo escrito por Abū l-Ḥusayn b. ʿYubayr al describirla: «Damasco es el edén del Oriente y el lugar donde asciende su luz. Es el

último país del Islam en que residimos y la novia de las ciudades que hemos admirado, ornada por arrayanes frondosos y aderezada con el brocado de los jardines, ocupa un sitio destacado por su hermosura, engalanada en su sitial de recién casada con los más bellos ornamentos y honrada, porque en ella se refugiaron el Mesías y su Madre, en una colina que ofrecía cobijo seguro y manantiales abundosos^[177]. Enramada umbrosa y agua purísima de las fuentes del Paraíso, cuyos regatos corren serpeantes en todas direcciones, mientras la brisa sutilísima de sus arriates reanima los pechos. Ante quien la contempla, se reviste de bruñidos aderezos al tiempo que los convoca: “Acudid donde la belleza anochece y se tiende a la siesta”. El suelo de la ciudad se resiente del exceso de agua, de modo que incluso añora la sed y casi hasta las rocas más duras te invitan en tal lugar con las palabras coránicas: Bate con el pie y tendrás un manantial fresco para beber y hacer las abluciones^[178]. Los huertos rodean Damasco como el halo abraza a la luna o el cáliz de la flor envuelve al fruto. Al oriente de la ciudad está la fértil vega de Gūṭa, que se extiende tanto como la vista en cualquier dirección del horizonte, plena de frutos en sazón. ¡Qué razón tienen los que afirman: “Si el Edén está en la tierra, de fijo es Damasco; y si está en el cielo, tal ciudad lo emula y con él rivaliza!”.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Cierta poeta damasceno compuso en tal sentido lo siguiente [metro *jafif*]:

*Si el Edén eterno está en la tierra,
es Damasco, que no tiene pareja.
Si está en el cielo repartió aire y atractivo.
Magnífica ciudad y Señor Misericorde.
Ea, goza de ella mañana y tarde.*

También la menciona nuestro jeque el tradicionista viajero Šams ad-Din Abū ‘Abdallāh M. b. Ŷābir b. Hassān al-Qaysī, gaditano de origen, pero residente en Túnez, quien recoge el texto de Ibn Ŷubayr agregando: «Ibn Ŷubayr dice bien y con galanura al describir esta ciudad, incitando las almas a conocerla sólo por lo que de ella cuenta, pese a que no vivió mucho allí, pero se expresa con la credibilidad de un ulema. Aunque no describe los tonos dorados del crepúsculo a la puesta de sol, ni sus variadas estaciones, ni los momentos de sus esclarecidas fiestas. Pormenorizando lo suficiente quien dice de Damasco: “La encontré como las lenguas la describen, en ella hay cuanto ansía el espíritu y regocija los ojos”». Dice Ibn Ŷuzayy: «Cuanto los poetas dijeron de Damasco por su hermosura es imposible de contar a causa de su enorme cantidad. Mi padre solía recitar con frecuencia a propósito de la ciudad los siguientes versos debidos a Šaraf ad-Dīn b. Muhsīn [metro *tawīl*]

Damasco... me tortura mi ansia de ella,

*aunque me incomode el delator o el envidioso me presione.
Tierra en que el guijarro es perla, el polvo ámbar
y las brisas del norte como vino frío.
El agua se despeña como una cadena al soltarse.
El viento de sus jardines es sano, aunque débil.*

que son un modelo poético excelente.
Dice el poeta ‘Arqala ad-Dimašqī al-Kalbī [metro *kāmīl*]

*Damasco es el lunar en la mejilla del mundo
como Ýilliḡ sería su pupila lozana.
Su arrayán te será un paraíso inacabable
y su anémona un infierno que no quema.*

Añadiendo [metro *basīt*]:

*Damasco es un paraíso anticipado
para el visitante, con huríes y mozos.
La luna sólo entona a sus cuerdas
el canto de la tórtola y el mirlo.
Y qué bonita loriga en el agua tejen
los dedos del viento, lástima que sea ficción.*

El mismo tiene numerosos versos más. Sobre ella añade Abū l-Waḥš Salba’ b. Jalq al-Asadī [metro *rayāz*]:

*Escancie Dios a Damasco con nubes bienhechoras
que sobre ella viertan agua abundosa y seguida.
Ciudad de belleza inigualable
en el resto del mundo o en sus horizontes.
Hasta el punto que la Zawrā’ del Iraq quisiera
a ella pertenecer y no a su propio país.
Su tierra resplandece como el cielo
y sus flores como estrellas brillantes.
El aura de sus arriates cada vez que se agita
alivia al pesaroso de las tristezas.
La primavera se regala en sus moradas
y a sus zocos se conduce al mundo entero.
Ojos y nariz jamás se hastían
de contemplarla o de aspirar su aroma.*

En parecidos términos se expresa el distinguido cadí ‘Abd ar-Raḥīm al-Baysānī en una casida también atribuida a Ibn al-Munir [metro *kāmil*]:

*Relámpago, ¿querrías llevar mi saludo
dulce como tus aguas purísimas?
Amanece en Damasco, entre esbeltos cálamos de lluvia
y azahar taraceando y coronando los arriates.
Tiende sobre Ŷayrūn la cola de tu ropaje
y detente sobre una morada revestida de nobleza,
donde el rocío primaveral reparte sus dones
y los turbiones de abril adornan las praderas.*

Sobre ella dice Abū Ḥasan ‘Alī b.- Mūsá b. Sa‘id al-‘Ansī, el ranadino, llamado Nūr ad-Dīn [metro *basīṭ*]:

*Damasco, morada nuestra, tu felicidad es eterna
y perfecta mientras en el mundo es incompleta.
Las ramas bailan y gorjean las aves,
las flores se alzan y el agua corre en cuesta.
Por sus delicias resplandecen los rostros,
sólo velados por la sombra de árboles copudos.
En cada río hay un Moisés que le hace brotar
y cada jardín tiene linderos de verdor.*

Y añadió [metro *basīṭ*]:

*Acampa en Yilliq entre cráteras y música
en un edén que colma a la vista y el oído.
Haz que gocen los ojos admirando su hermosura
y reflexiona entre los arriates y el río.
Mira los tonos dorados del crepúsculo,
oye los trinos de pájaros en los árboles
y di a quien reprocha el placer a alguien:
«Vete, pues para mí no eres humano».*

Y añadió [metro *kāmil*]:

*Damasco es un paraíso en que
el forastero olvida su patria.
Qué dulce es allá el sábado*

*y qué prodigioso contemplarla.
Con tus ojos mira, ¿acaso ves
sino enamorados y amantes,
donde zurea la paloma,
sobre el vaivén de la rama
y alborea el azahar de los huertos
pavoneándose entre aromas y deleites?*

Los damascenos no trabajan el sábado, sino que salen a recrearse a la orilla de los ríos, entre árboles frondosos, huertos lujuriosos y corrientes de agua. Allá permanecen hasta la noche. Como nos hemos extendido mucho enumerando la hermosa condición de Damasco, regresemos al relato del jeque Abū ‘Abdallāh».

La aljama de Damasco conocida como mezquita de los Omeyas

Es la más grandiosa mezquita del mundo en magnificencia, la de fábrica más perfecta y la más bella, maravillosa, espléndida y cuidada. No tiene igual, ni parecido siquiera. Su construcción y acabado magistral se deben al príncipe de los creyentes al-Walīd b. ‘Abd al-Malik b. Marwān, que envió una delegación ante el emperador griego de Constantinopla, exigiendo que le enviase alarifes, los cuales llegaron en número de doce mil. El emplazamiento de la aljama había albergado anteriormente una iglesia y sucedió que cuando los musulmanes conquistaron Damasco, Jālid b. al-Walīd penetró por uno de los flancos al asalto alcanzando justo la mitad de la iglesia en su acometida. Mientras, Abū ‘Ubayda b. al-Yarrāh entró por el lado occidental mediante capitulación y llegó a ocupar la otra mitad de la iglesia. Así pues, los musulmanes establecieron una mezquita en la mitad arrebatada por las armas, quedando la otra parte respetada como iglesia. Y cuando al-Walīd decidió ensanchar la mezquita, solicitó a los cristianos que le vendiesen su templo a cambio de una compensación que ellos mismos estipulasen, pero como rehusaron se la arrancó por fuerza. Estos tenían la pretensión de que quien demoliese la iglesia enloquecería, y como le fueran con estas a al-Walid, repuso: «Pues bien, yo seré el primero que enloquezca por servir a Dios». Y empuñó la piqueta y se puso a derribarla por sí mismo, a la vista de lo cual los musulmanes lo imitaron, y quiso Dios de este modo desmentir las falsas pretensiones de los cristianos.

Esta mezquita se decoró con placas doradas de mosaico en una mezcla de colores entreverados de extraña belleza. La longitud de la mezquita, de este a oeste, es de doscientos pasos, es decir, trescientos codos; y su anchura, de sur a norte, ciento treinta y cinco pasos, lo que equivale a doscientos codos. Hay en ella setenta y cuatro vitrales multicolores, y cuenta tres naves alargadas en sentido este-oeste, con una amplitud de dieciocho pasos en cada nave, las cuales se sostienen sobre cincuenta y

cuatro pilares y ocho basas de yeso que las separan, además de otras seis de mármol incrustadas de varias clases de ricas piedras coloreadas, habiéndose figurado en ellas a modo de mihrabs y algunas otras cosas. Aguantan el peso de la cúpula de plomo que antecede al mihrab, la llamada *Cúpula del águila*, como si hubieran querido comparar la mezquita con un águila en vuelo, del cual la cabeza sería esta bóveda. Es una de las construcciones más maravillosas del mundo, y por cualquier dirección que te aproximes a la ciudad se te aparece la *Cúpula del águila* irguiéndose en el aire y despuntando sobre el resto de las edificaciones de la población.

El patio está rodeado por tres naves en sus flancos este, oeste y norte. La extensión de cada uno de los cuales es de diez pasos y en ellas existen treinta y tres columnas y catorce pilastras. El patio se extiende sobre cien codos, y presenta una vista de las más bellas y perfectas. Allí se congregan las gentes al atardecer y unos recitan, otros narran tradiciones y otros pasean. Después de la última oración se retiran. Cuando uno de los principales alfaquíes u otras gentes encuentran a un amigo se precipitan el uno hacia el otro e inclinan la cabeza.

En este patio hay tres cúpulas, una de ellas a poniente, la mayor, que es la denominada de ‘Ā’iṣā, madre de los creyentes. Se alza sobre ocho pilares marmóreos coloreados y decorados con pedrería y está recubierta de plomo. Se asegura que aquí se atesoraban los dineros de la mezquita y me contaron que los beneficios de las posesiones e ingresos de la misma alcanzan los veinticinco mil dinares de oro anuales. La segunda capilla, al este del patio, tiene la forma de la otra pero es más pequeña, levantándose sobre ocho columnas de mármol. Se le denomina *Bóveda de Zayn al-‘Ābidīn*^[179].

La tercera capilla está en el centro del patio. Pequeña, de planta octogonal, de un mármol maravilloso perfectamente ensamblado, se yergue sobre cuatro columnas de mármol claro. Bajo ella hay un enrejado de hierro en cuyo centro se ve un tubo de cobre del que brota agua hacia arriba: asciende para luego torcerse como si fuera una varilla de plata. Lo llaman la Jaula de Agua y las gentes gustan de posar sus bocas en él para beber.

En el lado oriental del patio hay una puerta que da a una mezquita portentosa por su emplazamiento a la que se denomina santuario^[180] de ‘Alī b. Abū Ṭālib ante cuyo frente oeste —donde se encuentran las dos naves, occidental y norte— hay un lugar del que se asegura que en él ‘Ā’iṣā refería los hábitos y costumbres de Mahoma.

Próxima al eje sur de la mezquita está la gran macsura desde la que dirige la oración el imán *sāfi’ī*, teniendo en su rincón oriental, frente al mihrab, una gran alhacena en la que se halla la copia del Noble Libro que enviara a Siria el Príncipe de los Creyentes ‘Uṭmān b. ‘Affān. Esta alhacena se abre todos los viernes, después de la oración, aglomerándose las gentes por besar este Santo Libro. Es aquí precisamente donde se hace jurar a los deudores y a cualquiera a quien se reclame algo. A la izquierda de la macsura está el mihrab de los discípulos de Mahoma, del cual los historiadores recuerdan que fue el primero del Islam. En él reza el imán de

los *mālikīes*. A la derecha de la macsura está el mihrab de los *ḥanafīes*, donde ora su imán. Le sigue el mihrab para el rito *ḥanbalī*, donde dirige el rezo su correspondiente imán.

Esta mezquita cuenta con tres alminares: uno al este, construido por los cristianos, con la puerta en el interior de la mezquita y en cuya parte baja hay una pila y cuartos para las abluciones, donde se lavan y purifican quienes frecuentan mucho la mezquita; el segundo alminar está al oeste, también edificado por los cristianos, y el tercero al norte, levantado ya por los musulmanes. Actúan en esta mezquita setenta almuédanos. Al oriente hay un gran espacio enrejado, con un zafareche de agua que pertenece a la etnia de los Zayālī'a sudaneses.

En el centro de la mezquita se halla el sepulcro de Zacarías, sobre el que hay un ataúd situado en oblicuo entre dos columnas, revestido con un lienzo de seda negra bordada en que se puede leer, en blanco: «Zacarías, te damos la buena nueva de que te nacerá un hijo que se llamará Juan» [San Juan Bautista].

Esta mezquita tiene mucha fama por sus méritos. He leído en la obra *Aspectos distinguidos de Damasco*, basándose en el testimonio de Sufyān aṭ-Ṭawrī, que rezar una vez en la mezquita de Damasco vale por treinta mil otras plegarias. Y en las tradiciones del Profeta se afirma que dijo: «Se adorará a Dios en ella por espacio de cuarenta años después de la ruina del mundo».

También se cuenta que el muro de la alquibla lo erigió Hūd, profeta de Dios; así como que su tumba está allá. Pero yo he visto en las proximidades de la ciudad de Zafār, del Yemen, en un lugar llamado al-Aḥqāf [*los arenales*] una edificación en la que hay una tumba con la siguiente leyenda: «Este es el sepulcro de Hūd b. 'Ābir. Dios lo bendiga y salve».

Entre las distinciones de esta mezquita está el jamás faltarle la recitación del *Corán* y la oración, excepto en escasos momentos, como mencionaremos. La gente se congrega todos los días a continuación de la plegaria de la aurora y recitan un séptimo del Libro. Luego se reúnen tras la oración de *al-ʿaṣr* para efectuar una lectura llamada *al-kawṭariyya* en que se lee desde la azora de *al-kawṭar* hasta el final del *Corán*. Quienes asisten a esta lectura perciben estipendios fijos y son cerca de seiscientas personas. El escriba que toma nota de las ausencias circula entre ellos y si alguno falta se le descuenta en la proporción de su ausencia.

Esta mezquita cuenta con una importante clientela de *muḡāwirūn*^[181], los cuales no salen jamás, aplicándose a la oración, la lectura del *Corán* y la mención piadosa de Dios, lo que hacen sin tregua. Cumplen las abluciones en recipientes existentes en el interior de la torre oriental que antes señalábamos. Los damascenos les asignan alimentos y vestidos sin que nadie se los pida.

En la mezquita hay cuatro puertas:

La sur, conocida como Puerta del Aumento, encima de la cual hay una astilla de la lanza en que Jālid b. al-Walīd enarbolaba su bandera. Un corredor grande y espacioso, donde están los puestos de los ropavejeros y otros comerciantes, conduce a

las caballerizas. A la izquierda de quien sale está el zoco de los caldereros, que es enorme —extendiéndose todo a lo largo del muro sur de la mezquita— y uno de los más bellos de Damasco. En este lugar estaban las casas de Mu‘āwiya b. Abū Sufyān y de sus allegados. Se les llamaba *al-Jaḍrā’* [*la Verde*] pero fueron destruidas por los Abbasíes, convirtiéndose el emplazamiento en mercado.

La puerta oriental es la mayor de todas y conocida por Bāb Ŷayrūn, tiene un pasadizo grandioso por el que se accede a una nave magnífica y larga ante la cual existen cinco puertas, cada una con seis pilastras muy altas. A su izquierda está el magnificante santuario en que reposaba la cabeza de Ḥusayn. Frente a él se halla una capillita que toma su nombre de ‘Umar b. ‘Abd al-‘Azīz y que tiene agua corriente. Ante la nave se han dispuesto unos peldaños para bajar al vestíbulo, que parece un gran foso y comunica con una puerta altísima, bajo la cual hay columnas largas como troncos de palmera. A ambos lados de esta entrada hay otras columnas que enmarcan los pasillos circulares de las tiendas de telas y sobre ellas otros alargados para los comercios de joyeros, libreros y los portentosos vidrieros. En el ancho espacio comunicado con la primera puerta están los establecimientos de los notarios principales: dos para los del rito *sāfi’ī* y el resto para los miembros de los otros ritos. En cada oficina hay cinco o seis notarios, además del representante del cadí para formalizar matrimonios. Los restantes notarios están separados, por la ciudad. En las proximidades de estas tiendas está el zoco de los papeleros, que venden papel, cálamos y tinta.

En mitad del vestíbulo mencionado se ve una gran pileta redonda de mármol coronada por una cúpula sin techo sostenida en pilares de mármol. En el centro de la pila un tubo de cobre arroja un chorro de agua que sube más de la altura de un hombre. Lo llaman alfaguara y contemplarlo es maravilloso. A la derecha de quien sale por la puerta de Ŷayrūn —que es la puerta de las horas— hay una algarfa a modo de gran arcada con pequeños arquitos abiertos y puertas, en el mismo número que el de las horas del día, pintadas de color verde por dentro y por fuera de amarillo. Así, cuando se va una hora del día se invierte el interior verde hacia fuera y viceversa. Y se asegura que dentro de la algarfa hay alguien encargado de darles vuelta con la mano al correr del tiempo.

La puerta occidental es conocida como la del correo. Según se sale, a la derecha, los *sāfi’īes* tienen una *madrassa*. En el vestíbulo de la entrada están los comercios de los fabricantes de velas, además de una galería para la venta de frutas. En la cúspide de la puerta hay otra a la cual se puede subir mediante una escalera sostenida por elevadas columnas y que se alza sobre dos fuentes, a izquierda y derecha.

La puerta norte, dicha de an-Naṭafāniyyīn, tiene un magnífico zaguán. A la derecha, según se sale, existe un convento llamado aš-Samī‘āniyya en cuyo centro hay una alberca. También disponen allá de lavaderos en los que corre el agua. Se dice que fue residencia de ‘Umar b. ‘Abd al-‘Azīz.

Cercana a todas las cuatro puertas de la mezquita hay una casa para las abluciones

con cientos de cuartos donde corre agua abundantísima.

Relación de los imanes de esta mezquita

Hay trece imanes, el primero de los cuales es el *sāfi'ī* que a la sazón era el juez de jueces Ŷalāl ad-Dīn M. b. 'Abd ar-Raḥmān al-Qazwīnī, alfaquí principal y buen sermoneador que residía en la *Dār al Jaṭib*^[182] y salía por la puerta de hierro que da a la macsura por la que también lo hacía Mu'āwiya. Ŷalāl ad-Dīn, más adelante, fue cadí principal en Egipto después que al-Malik an-Nāṣir pagara cien mil *dirhams* de deudas que aquél contrajo en Damasco.

Una vez el imán *sāfi'ī* ha terminado de rezar lo hace el del santuario de 'Alī, luego el de Ḥusayn, a continuación el de La Calera [*kallāsa*] y sucesivamente el de la capilla de Abū Bakr, el del oratorio de 'Uṭmān y el *mālikī*, que en el momento de mi llegada era el alfaquí Abū 'Umar b. Abū Walīd b. al-Ḥāỵy at-Tuḡ̣ībī, cordobés de origen pero nacido en Granada y residente en Damasco, que desempeñaba la función de imán con su hermano. Después estaba el imán *ḥanafī* que por entonces era el alfaquí 'Imād ad-Dīn al-Ḥanafī conocido por Ibn ar-Rūmī, destacado sufí a quien estaba encomendada la dirección del cenobio de al-Jātūniyya así como la del ubicado en aṣ-Ṣaraf al-A'lā. Y venía por último el imán *ḥanbalī*, que era el jeque 'Abdallāh al-Kafif, que se contaba entre los doctos en lecturas del *Corán* de Damasco.

Tras todos estos venían cinco imanes que presidían las oraciones no canónicas de modo que la oración no cesaba en esta mezquita desde el despuntar de la aurora hasta un tercio de la noche. Y de manera análoga sucedía con la recitación del *Corán*, lo que es, sin duda, una de las cosas dignas de alabanza que esta mezquita tiene.

Relación de los maestros y profesores

En esta mezquita hay numerosos coros en que se enseñan las más variadas ciencias, mientras los tradicionistas leen las obras de *ḥadīṭ* sobre sitios elevados y los lectores del *Corán* recitan con armoniosas voces mañana y tarde. Un grupo de maestros explica el Libro divino, apoyándose en las columnas de la mezquita, para enseñanza de muchachos y haciéndoles leer, mas ellos no escriben el Sagrado Texto en sus tablillas, en señal de respeto al Libro de Dios el Altísimo, pero lo leen para instruirse. La ortografía se la enseña otro maestro diferente que emplea obras de poesía y otras más. El niño pasa de la enseñanza de lectura a la de escritura y así aprende bien a escribir porque quien le enseña esto no hace otra cosa.

Entre los profesores de la mezquita precitada se encuentran: el sabio y pío Burhān ad-Dīn b. al-Farkḥ, de rito *sāfi'ī*; el sabio y piadoso Nūr ad-Dīn Abū l-Yusr b. aṣ-

Şā'ig, famoso por su piedad y méritos, así cuando Ŷalāl ad-Dīn al-Qazwinī fue investido como cadí de El Cairo se envió a Abū l-Yusr las ropas de la dignidad y el mando de la judicatura de Damasco, pero él se negó a aceptarlo; el sabio imán Šihāb ad-Dīn b. Ŷahbal, ulema principalísimo que huyó de Damasco al rechazar Abū l-Yusr la dignidad de juez por temor a que se le adjudicara a él, ante lo cual, y sabedor de todo ello, al-Malik an-Nāšir invistió al más importante jeque de Egipto, polo de místicos, lengua de oradores, 'Alā' ad-Dīn al-Qūnawī, alfaquí destacado; y el distinguido imán Badr ad-Dīn 'Alī aš-Şajāwī, de rito *mālikī*. Dios se apiade de todos ellos.

Relación de los cadíes de Damasco

Ya hemos citado al gran juez *sāfi'ī* de rito Ŷalāl ad-Dīn M. b. ' Abd ar-Raḥmān al-Qazwīnī. En cuanto al cadí *mālikī* era Šaraf ad-Dīn, hijo del sermoneador de Fayyūm, de buena figura y aspecto, jefe principal y primer jeque de los sufíes. Su delegado es Šams ad-Dīn b. al-Qafšī que tiene el tribunal en el colegio aš-Şamsāmiyya. El juez de jueces *ḥanafī* es 'Imād ad-Dīn al-Ḥawrānī, de carácter colérico, que es a quien presentan sus querellas las mujeres y sus maridos y basta a éstos sólo oír el nombre del cadí *ḥanafī* para que sean equitativos con sus mujeres voluntariamente antes que llegar ante él. El cadí *ḥanbalī* es el piadoso imán 'Izz ad-Dīn b. Muslim, uno de los mejores jueces; se trasladaba a lomos de un burro suyo y falleció en Medina en cierto viaje al santo Ḥiḡāz.

Anécdota

Entre los grandes alfaquíes *ḥanbalīes* de Damasco se contaba Taqī d-Dīn b. Taymiyya, hombre muy apreciado, capaz de hablar sobre las ciencias todas, pero algo había en su mente trastocado y era que los damascenos le honraban en demasía y él les sermoneaba desde lo alto del púlpito. En cierta ocasión se refirió a un asunto que los alfaquíes reprobaron y lo elevaron a al-Malik an-Nāšir, el cual ordenó llevarlo a El Cairo. Alfaquíes y jueces se reunieron en el Consejo del rey, entonces Šaraf ad-Dīn az-Zuwāwī al-Mālikī habló: «Este hombre dijo tal y tal». Y enumeró las cosas que se desaprobaban a Ibn Taymiyya, además presentó documentos al respecto y se los entregó al decano de los jueces, quien preguntó a Ibn Taymiyya: «¿Tú qué puedes responder?». A lo que éste contestó: «No hay más Dios que Dios». De nuevo insistió con la pregunta y el otro dio la misma respuesta, por lo cual el rey mandó encarcelarle y en prisión pasó muchos años. En la cárcel compiló un libro de exégesis coránica que intituló *El mar circundante* (o *El mar océano*) y que abarca casi

cuarenta volúmenes.

Más adelante su madre acudió ante al-Malik an-Nāsīr y se quejó de la suerte del hijo por lo que el sultán lo puso en libertad hasta que de nuevo cayó en actitudes parejas a lo sucedido. A la sazón estaba yo en Damasco y asistía un día viernes a la oración cuando él predicaba y amonestaba a las gentes desde lo alto del alminar en la mezquita aljama. Entre sus palabras dijo: «Sin duda, Dios descende al cielo del mundo como yo bajo aquí». Y descendió un peldaño en la escalera del púlpito. Entonces un alfaquí de la secta de Mālik llamado Ibn az-Zahrā' se le encaró y contradijo su sermón pero el pueblo cayó sobre el alfaquí y lo golpearon terriblemente con manos y sandalias de forma que incluso cayó su turbante y pudo verse que sobre la cabeza llevaba un bonete de seda, lo cual le fue recriminado en grado sumo, trasladándole a la residencia de 'Izz ad-Dīn b. Muslim, juez de los *ḥanbalīes*, que dispuso fuera encarcelado y azotado. Los alfaquíes *mālikīes* y *sāfī'īes* reprobaron el castigo y elevaron el asunto ante el jefe de los emires Sayf ad-Dīn Tankīz, uno de los mejores y más piadosos emires, quien escribió al sultán a este respecto, mientras preparaba un atestado legal contra Ibn Taymiyya en el que incluía las cosas reprobables por éste proferidas, por ejemplo: «Aquel que pronuncia las tres fórmulas de divorcio de una sola vez, no le obliga más que si lo hiciera una sola»; o «el viajero que tiene intención de viajar de peregrino al noble sepulcro de Mahoma —Dios lo colme de bondades— no está autorizado a abreviar la plegaria» y otras por el estilo.

El emir remitió el atestado al rey, que ordenó encarcelarlo en la ciudadela, como así se hizo, muriendo en prisión^[183].

Mención de las escuelas de Damasco

Es sabido que los *sāfī'īes* tienen en la ciudad numerosas *madrasas*, la mayor de las cuales es la 'Ādiliyya donde actúa el cadí mayor. Frente a ella está la escuela az-Zāhiriyya, en la cual se halla el sepulcro de al-Malik az-Zāhir, siendo también sede de los sustitutos del juez. Uno de ellos es Fajr ad-Dīn al-Qibtī, cuyo padre era escriba de los coptos egipcios pero se islamizó. Otro es Ŷamāl ad-Dīn b. Ŷumla, que fue mas adelante investido como juez supremo de los *sāfī'īes* y destituido por un asunto que hacia ineludible postergarlo.

Historia

El piadoso jeque Zāhir ad-Dīn al-'Āṡamī vivía en Damasco y tenía por discípulo al jefe de los emires Sayf ad-Dīn Tankīz que le honraba grandemente. Cierta día el

jeque se personó en el tribunal de justicia ante el emir al tiempo que estaban presentes los cuatro principales jueces. Entonces, Ŷamāl ad-Dīn b. Ŷumla, cadí supremo, narró una historia y Zāhir ad-Dīn le dijo: «Has mentido». A lo que el cadí se irritó y encolerizó contra él, diciendo al emir: «¿Cómo? ¿Va a llamarme mentiroso en tu presencia?». Respondió el gobernante: «Júzgale». Y lo puso bajo su jurisdicción creyendo que se contentaría con eso y no le ocasionaría mal alguno. El juez le hizo comparecer en la escuela ‘Ādiliyya y allí recibió doscientos azotes, tras lo cual fue exhibido a lomos de un burro por toda la ciudad de Damasco con un pregonero que iba gritando la causa de tal castigo y cada vez que acababa el pregón le asestaba en la espalda un fuerte golpe, pues tal es la costumbre local. El suceso llegó al príncipe de los emires que lo reprobó duramente e hizo presentársele a los jueces y alfaquíes, quienes convinieron unánimes en la falta del cadí porque juzgara fuera de las normas de su rito. Y efectivamente, el castigo entre los *sāfi’īes* no puede alcanzar tal grado. El supremo juez *mālikī*, Šaraf ad-Dīn dijo que la detención era contraria a derecho, consecuentemente Tankīz escribió al rey notificándoselo y éste destituyó a Ŷamāl ad-Dīn.

Los *ḥanafīes* tienen muchas escuelas en Damasco, siendo la mayor la del sultán Nūr ad-Dīn, en la cual actúa su juez supremo.

Los *mālikīes* disponen de tres *madrasas*. Una de ellas es la Samsāmiyya donde reside y juzga el juez de jueces de este rito. Otra es la escuela Nūriyya, edificada por el sultán Nūr ad-Dīn Maḥmūd b. Zankī. Y la tercera es la Šarābīšyya, erigida por Šihāb ad-Dīn aš-Šarābīšyya, erigida por Šihāb ad-Dīn aš-Šarābīšī, el comerciante.

Los *ḥanbalīes* tienen muchas escuelas, la mayor de las cuales es la Naḥmiyya.

Las puertas de Damasco

La ciudad cuenta con ocho puertas: una es la de al-Farādīs [*Los jardines, o paraísos*]; otra la de al-Ŷābiya; otra la Pequeña. Entre estas dos hay un cementerio donde están sepultados un gran número de compañeros del Profeta, de mártires y de gentes posteriores.

Dice M. b. Ŷuzayy: «Un poeta damasceno contemporáneo acertó en su verso [metro *rayāz*]:

Damasco, al considerarla, es un edén eternamente grato. ¿No ves que tiene ocho puertas cual si fuera el Paraíso?».

Algunos santuarios y lugares píos

Hay que mencionar, en el cementerio entre ambas puertas precitadas, el sepulcro de Umm Ḥabība, hija de Abū Sufyān, madre de los creyentes^[184]; el de su hermano, el príncipe de los fieles, Mu‘āwiya; la tumba de Bilāl, almuédano del Enviado de Dios, y la de Uways al-Qaranī, así como la de Ka‘b al-Ahbār.

He leído en la obra *Libro del maestro en lo referente a los comentarios del Ṣaḥīḥ* de Muslim, de al-Qurṭubī [*el Cordobés*] que algunos compañeros de Mahoma iban de Medina a Damasco en cierta ocasión y entre ellos Uways al-Qaranī, el cual falleció en el camino en un desierto totalmente deshabitado y sin agua. Quedaron consternados por la situación, así que descabalaron y encontraron ungüentos, una mortaja y agua, con lo que se maravillaron; lo lavaron, amortajaron y rezaron por él, tras lo cual le enterraron y siguieron camino. Entonces dijo uno de ellos: «¿Cómo vamos a dejar su tumba sin ningún túmulo funerario?» Y regresaron al lugar pero no hallaron la menor traza de enterramiento. Sin embargo, recuerda Ibn Ŷuzayy que Uways fue muerto en Ṣiffīn combatiendo por ‘Alī, lo que parece ser más verídico, gracias a Dios.

Junto a la puerta de al-Ŷābiya existe otra oriental en cuyas proximidades hay un cementerio donde reposan Ubayy b. Ka‘b, compañero del Enviado de Dios, y el piadoso y devoto Raslān, apodado el Halcón Gris. Circula una historia sobre la causa de tal denominación: se cuenta que el virtuoso jeque Aḥmad ar-Rifā‘ī habitaba en Umm ‘Ubayda cerca de la ciudad de Wāsiṭ, habiendo una gran amistad y correspondencia ininterrumpida entre él y el siervo de Dios Abū Madyan Su‘ayb b. al-Ḥusayn. Se dice también que ambos acudían a saludarse mañana y tarde en reciprocidad continua. El jeque Aḥmad poseía palmerales cerca de su zagüía y en cierta ocasión en que estaba recolectando el fruto como era habitual dejó un racimo de dátiles con la intención de reservarlo para su amigo Ṣu‘ayb. Como quiera que ambos hicieran la peregrinación aquel año se encontraron en el Santo Lugar de ‘Arafah^[185], estando con el jeque Aḥmad su sirviente Raslān. Los amigos enhebraron la conversación y salió el asunto del racimo. Entonces, Raslān dijo: «Si me lo ordenas, señor, se lo traigo». Y como le diera permiso marchó de inmediato y trajo el racimo poniéndolo ante ellos. Más adelante, los servidores de la zagüía contaron que habían visto la tarde del día de ‘Arafah un halcón gris que se lanzó sobre la palmera, cortó los dátiles y alzó el vuelo.

Al oeste de Damasco hay un cementerio dicho «*de los mártires*» donde se hallan la tumba de Abū d-Dardā’ y su esposa, Umm ad-Dardā’; la de Fadāla b. ‘Ubayd; la de Wāṭila b. al-Asga’; la de Sahl b. Ḥanzaliyya; y la de aquellos que prestaron juramento bajo el árbol a Mahoma^[186].

En una aldea llamada al-Manīha, al este de Damasco, a unas cuatro millas de distancia está el sepulcro de Sa‘d b. ‘Ubāda y en sus proximidades una pequeña mezquita, bien construida. La cabecera de la tumba tiene una lápida en la que puede leerse: «Esta es la tumba de Sa‘d b. l’Ubāda, jefe de los Jazra’î, compañero del Enviado de Dios».

En otro pueblo, al sur de la ciudad y a una parasanga de ella, está el santuario de Umm Kulṭūm, hija de ‘Alī b. Abū Ṭālib, habida de Fátima [hija de Mahoma]. Se dice que su nombre Zaynab [Zenobial pero el Profeta la apodó Umm Kulṭūm por su parecido con su tía materna de este nombre, hija del Enviado. Cerca hay una gran mezquita y en su torno habitaciones. También dispone de legados piadosos. Los damascenos llaman al lugar Tumba de la Señora Umm Kulṭūm. Allí mismo está el enterramiento de Sukayna bint al-Ḥusayn b. ‘Alī. En la mezquita aljama de an-Nayrab, un arrabal anejo a Damasco, en un nicho situado al este, hay una tumba de la que se dice acoge a la madre de María. Por último, en cierta aldea conocida como Darāyyā, al oeste de la población y a una distancia de cuatro millas, están el sepulcro de Abū Muslim al-Jawlānī y el de Abū Sulaymān ad-Daranī.

Entre los santuarios de Damasco famosos por su santidad está la *Mezquita de los pies*, a dos millas al sur de la ciudad, orilla del camino principal que lleva al noble Ḥiṭyāz, a Jerusalén y Egipto. Se trata de un templo grandioso que transmite su mucha santidad al visitante y posee numerosos bienes procedentes de donaciones. Los de Damasco lo veneran grandemente. Los *pies* de que toma su nombre son huellas grabadas en una piedra allí existente, asegurándose que son las de los pies de Moisés. Hay también un pequeño habitáculo en el cual una lápida reza: *Un hombre piadoso ha visto a Mahoma mientras dormía y le dijo: «he aquí la tumba de mi hermano Moisés»*. En las cercanías de la mezquita, junto al camino, hay un lugar llamado «El Médano Rojo». También próximo a Jerusalén y Jericó hay otro paraje que recibe el mismo nombre siendo muy honrado de los judíos.

Anécdota

He sido testigo en los días de la gran peste, en Damasco^[187], a fines del mes de *Rabī’ II* del año cuarenta y nueve [749 H. = julio de 1348 de J. C.] de una muestra admirable del gran respeto que los damascenos tienen por esta mezquita. Y fue lo siguiente: el príncipe de los emires y virrey del sultán, Argūn Šāh, dispuso que un pregonero recorriese la ciudad exhortando a la población a ayunar durante tres días y a no cocinar nada comestible en los zocos mientras fuera de día, porque la mayoría de la gente allí come de lo que se prepara en el mercado. El pueblo ayunó por tres días seguidos, el último de los cuales era un jueves. Luego se reunieron los emires, nobles, cadíes, alfaquíes y gentes de las otras clases sociales en la mezquita hasta quedar abarrotada y allí pasaron la noche del jueves al viernes, entre rezos, preces y alabanzas a Dios. A continuación rezaron la plegaria de la aurora y salieron todos caminando, con *Coranes* en la mano y descalzos los emires. Iban juntos todos los damascenos, varones y hembras, chicos y grandes, los judíos con su *Torāh*, los cristianos con su *Evangelio*, con sus mujeres e hijos. Y todos llorando, rogando, en procura del auxilio divino por medio de sus santos libros y profetas y se dirigieron a

la *Mezquita de los pies*. Allí quedaron, entre ruegos e invocaciones, hasta más de mediodía, momento en que retornaron a la ciudad, cumplieron el precepto del viernes y Dios el Altísimo les alivió. El número de muertos en Damasco no alcanzó los dos mil diarios, en tanto en las dos ciudades de El Cairo y Fustāṭ se llegó a los ochenta mil en un solo día.

Cerca de la puerta oriental de Damasco hay una almenara blanca donde se dice ha de descender Jesús, según lo transmitido en el *Ṣaḥīḥ* de Muslim^[188].

Descripción de los arrabales de Damasco

La ciudad está rodeada de barrios anejos por todos lados, excepto por el este. Ocupan amplias extensiones, siendo su interior aún más grato que el de la misma Damasco, a causa de la estrechez de las calles. Por el flanco norte está el arrabal de Ṣāliḥiyya, que es una gran población con un zoco sin igual en belleza, una mezquita aljama, un hospital y un colegio, llamado de Ibn ‘Umar, instituido para quienes desean aprender el Santo *Corán*, dirigidos por jeques y hombres de edad, cuyas necesidades —y las de sus discípulos— están atendidas, tanto en ropas como alimentos. Dentro del barrio hay otra *madrasa* semejante que recibe el nombre de Ibn Munaŷŷā. Todos los habitantes de Ṣāliḥiyya son de la secta *ḥanbalī*.

Descripción de Qāsiyūn y sus benditos santuarios

Qāsiyūn es una montaña al norte de Damasco, en cuya falda se halla Ṣāliḥiyya, famosa por su santidad, pues es el sitio desde el que los profetas subieron al Cielo. Entre los lugares de peregrinación se cuenta la gruta en que nació Abraham, el siervo de Dios. Es una caverna alargada y estrecha en cuyos aledaños hay una gran mezquita con un alto alminar. Desde esta cueva vio Abraham la estrella, la luna y el sol, según viene en el Libro Santo^[189].

Fuera de la caverna está el lugar donde solía reposar Abraham. Sin embargo, yo he visto en el país del Iraq una aldea dicha Burs, entre Ḥilla y Bagdad, de la que se dice ser la cuna de este profeta. Está situada cerca de la población de Dū l-Kafl, encontrándose allá su tumba.

Otro lugar de peregrinación al oeste del monte Qāsiyūn es la Cueva de la Sangre, sobre la cual, en la montaña, se puede ver la sangre de Abel, hijo de Adán, pues Dios hizo quedar señales enrojecidas en el sitio donde su hermano lo matara para luego arrastrarlo a la cueva. Se asegura que en ella rezaron Abraham, Moisés, Jesús, Job y Lot. También tiene en las proximidades una mezquita, de construcción perfecta, a la que se puede subir por una escalera, disponiendo de habitaciones y otras

comodidades para residir. Se abre todos los lunes y jueves y se prenden candelas y lámparas en la gruta.

También se visita la Cueva de Adán, en la cima del monte, que tiene una construcción cercana. Y más abajo hay otra, llamada *Gruta del Hambre* en memoria de los setenta profetas que en ella se refugiaron y sólo disponían de un panecillo que estuvo circulando entre ellos y cada uno lo ofrecía al compañero hasta que murieron todos. También, en las cercanías, hay una mezquita bien construida donde las lámparas arden día y noche. Todas estas mezquitas tienen asignados legados y fundaciones.

Igualmente se cuenta que entre la Puerta de los Jardines y la mezquita de Qāsiyūn hay enterrados setecientos profetas, habiendo quien afirma que son setenta mil.

Extramuros de la ciudad se halla el cementerio antiguo, donde reposan profetas y hombres píos. A continuación, junto a los huertos, hay una hondonada de la que se adueñaron las aguas, donde se dice que reposan setenta profetas, pero al inundarse de modo permanente ya no se puede enterrar a nadie más.

Descripción de la colina y de las aldeas cercanas

En la cumbre del monte Qāsiyūn está la bendita cima, mencionada en el libro de Dios, que posee el lugar de permanencia, el manantial puro y el refugio de Jesús el Mesías y de su madre^[190]. Se trata de uno de los más bellos paisajes del mundo y de los mejores lugares de recreo, con altos alcázares, edificios majestuosos y huertos maravillosos. El bendito refugio es una caverna pequeña, a la mitad de la falda, a modo de pequeño habitáculo y frente al cual hay otro del que se dice fue oratorio de Elías. Las gentes se apresuran por venir a rezar aquí. El refugio tiene una puertecilla de hierro y está rodeado por la mezquita que tiene corredores circulares y un buen aljibe para acumular el agua que cae de lo alto, tras lo cual se vierte en un conducto que, a través del muro, se comunica con una alberca de mármol donde se recoge. No tiene igual en belleza y rara forma. Cerca hay habitaciones para la ablución en las que corre el agua.

Esta bendita cima viene a ser la cabeza de los huertos de Damasco, pues en ella están los manantiales que los riegan. Las aguas se dividen en siete ríos, cada uno en una diferente dirección, en el lugar llamado *de los brazos* [o divisiones]. El mayor es el denominado Turah, que discurre por bajo de la colina, habiéndosele excavado un cauce en la roca dura a manera de gran túnel. A veces, algunos nadadores corajudos se echan al agua en lo alto de la colina y son arrastrados por la corriente hasta recorrer su cauce subterráneo al pie del monte, lo que es una osadía notable.

Esta altura domina los huertos circundantes a la ciudad. Tanto su belleza como la anchura de panoramas que desde allí se pueden contemplar no tiene parangón. Los siete canales toman direcciones distintas y a los ojos nubla el hermoso espectáculo de

cómo se juntan, se ramifican, corren y fluyen. La hermosura del lugar es mayor que cualquier descripción. Hay allá muchos legados piadosos, tanto tierras labradas como huertas y casas, de cuyo producto se subviene a las necesidades del imán, el almuédano y de los caminantes.

Al pie del monte, la aldea de an-Nayrab, abundante en huertos, de espesas sombras y árboles tupidos, no muestra de sus construcciones sino las muy altas. Hay también un hermoso baño y una maravillosa mezquita cuyo patio está recubierto con mosaicos marmóreos y en el cual brota una fuente de agua de belleza incomparable, junto a un lugar para las abluciones con cubículos numerosos donde corre el agua.

Al sur de este pueblo está el de Mizza más conocido por Mízzat al-Kalb, denominación que se remonta a la cabila de Kalb b. Wabra b. Wabra b. Ṭa‘lab b. Hulwān b. ‘Umrān b. al-Ḥāf b. Qudā‘a y a la cual pertenecía como feudo. De aquí toman su *nisba* (gentilicio) el imán Ḥāfiẓ ad-Dunya Ŷamāl ad-Dīn Yūsuf b. az-Zakī al-Kalbī al-Mizzī y muchos otros ulemas. Es una de las mayores poblaciones de Damasco, con una mezquita aljama enorme y portentosa y un manantial. La mayoría de las aldeas próximas a la capital disponen de baños, aljamas y zocos y los habitantes gozan en sus localidades de la misma comodidad que los de la ciudad.

Al este de la capital hay una aldea dicha *Bayt Hāhiyya*, en la que primero hubo una iglesia pero se dice que Āzar^[191] esculpía allá los ídolos que su hijo, a continuación, destruía. En la actualidad es una mezquita aljama, hermosamente decorada con mosaicos de mármol coloreados y dispuestos con orden asombroso y del modo más decorativo.

Relación de las fundaciones que en Damasco hay y de las costumbres y virtudes de sus habitantes

Los legados piadosos de Damasco son incontables, tanto por su variedad como en gastos. Por ejemplo: legados a costa de los incapacitados para hacer la peregrinación que subvienen a las necesidades de quien la cumple en sustitución; donaciones para proveer el ajuar de matrimonio de las jóvenes cuyas familias carecen de recursos; fundaciones para rescatar cautivos; legados para atender a la manutención de los viajeros, así como a su vestido y viático hasta que lleguen a sus países; otros para arreglar y pavimentar las calles, porque en Damasco disponen de aceras en ambos lados y sobre ellas caminan los viandantes, en tanto los jinetes marchan por el medio, y otras fundaciones para distintas buenas obras.

Anécdota

Cierto día pasaba por una calle de Damasco y vi a un esclavillo que había caído una bandeja de porcelana china que por allá denominan *ṣaḥn*. Con la caída estaba hecha añicos y las gentes formaron corro. Entonces le dijo uno de los presentes: «Reúne los pedazos y llévaselos al encargado de las fundaciones aplicables a vasijas». Los recogió y el hombre lo acompañó ante el funcionario. El muchacho mostró los trozos y recibió con qué comprar otro plato parejo. Esta es una de las mejores obras que se pueden hacer porque el amo del mozalbete, sin duda, le habría apaleado o reñido duramente por la rotura del plato, además de él mismo conturbarse y quedar con el corazón deshecho. Así la donación es un verdadero remedio para las almas. Que Dios recompense en bienes a quien se dedique a realizar buenas obras de tal laya.

Los damascenos rivalizan en la construcción de mezquitas, zagüías, colegios y santuarios. Tienen una buena opinión de los magrebíes y les confían sus fortunas, familias e hijos. A todos aquellos que viven una vida retirada, en cualquier parte de la ciudad, sin falta se les procura algo con que sustentarse, bien el cargo de imán de una mezquita, o el de lector en una *madrasa*, o el cuidado de un templo al que se llevará su alimento cotidiano, o la recitación del *Corán*, o el servicio de un santuario bendecido. Y si se trata de un místico sufí, de los que habitan en conventos, se le viste y sustenta.

El extranjero en Damasco está a sus anchas, recibe un trato deferente, cuidándose de no herir su dignidad de hombre. Los artesanos y sirvientes disponen de otros medios: guardar un huerto, cuidarse de un molino, atender niños acompañándolos por la mañana a la escuela y volver con ellos, y quienes desean consagrarse a la búsqueda de la ciencia o al servicio de Dios hallan ayudas plenas al efecto.

Entre los méritos de los damascenos se cuenta el que nadie, de ningún modo, rompa el ayuno a solas en las noches de Ramadán. Los emires, jueces y gentes principales invitan a sus amigos y a los hombres píos a cenar juntos. Los comerciantes y grandes mercaderes hacen otro tanto. En cuanto a los pobres y beduinos se reúnen cada noche en casa de uno o en una mezquita aportando cada uno lo que tiene y comen todos juntos.

Cuando llegué a Damasco entablé amistad con Nūr ad-Dīn aṣ-Ṣajāwī, profesor de los *mālikies*, quien quiso que cenara con él las noches de Ramadán, así estuve en su casa las cuatro primeras hasta que me atacaron las fiebres y no pude seguir asistiendo. Entonces mandó por mí y hube de excusarme a causa de la enfermedad, pero como no aceptara excusa alguna, volví junto a él y allí pasé la noche. Cuando quise marchar ya de mañana, me lo impidió diciendo: «Considera mi casa como si fuera tuya, o la de tu padre o hermano». Y ordenó venir a un médico y que se me hiciera cuanto éste prescribiese, tanto de comidas como de curas. De esta manera, permanecí en su casa hasta la fiesta del fin del ayuno^[192], en que fui al oratorio y Dios Altísimo sanó mi mal. Pero además, como mis recursos se habían agotado, mi amigo alquiló camellos para mí y me proporcionó provisiones y dineros diciéndome: «Esto va por las

necesidades perentorias que te puedan surgir». Dios se lo pague.

Había en Damasco un hombre virtuoso, escriba de al-Malik an-Nāṣir, llamado ‘Imād ad-Dīn al-Qayṣarānī que tenía por costumbre cuando sabía de la llegada de un magrebí mandar por él, ofrecerle su hospitalidad y tratarle del mejor modo. Y en caso de observar en él que era religioso y de méritos, le impelía a quedar con él y así tenía un grupo de asiduos. Del mismo modo actuaba también el secretario privado, el digno ‘Alā’ ad-Dīn b. Gānim y algunos otros más.

También vivía en Damasco un hombre distinguido y principal, el *ṣāhib* ‘Izz ad-Dīn al-Qalānisī, de cualidades notables, generoso, noble, dadivoso e inmensamente rico. Se cuenta que al-Malik an-Nāṣir en una visita a la ciudad recibió su hospitalidad, así como todo su séquito, mamelucos y privados, durante tres días. Por ello, el rey le invistió, a la sazón, con el título de *ṣāhib*.

Es de reseñar entre los méritos de las gentes de Damasco el que uno de sus antiguos reyes, al llegarle la hora, encargó ser enterrado en la alquibla de la digna aljama y que su sepulcro se ocultara. También instituyó enormes fundaciones pías para los recitadores que leyeran a diario un séptimo del Noble *Corán* luego de la oración del alba en el flanco oriental del *Recinto de los compañeros del Profeta*, donde se hallaba su tumba. De esta manera, la lectura del *Corán* ha sido continua sobre su enterramiento y esta hermosa disposición se ha hecho perenne desde entonces.

Es costumbre de los damascenos, como del resto de los habitantes de este país, salir después de la oración de las tres de la tarde el día de las celebraciones de ‘Arafāt^[193] y permanecer de pie en los patios de mezquitas como *Bayt al-Muqaddas* [Jerusalén] la Aljama de los Omeyas y otras más. Y con ellos sus imanes, con la cabeza descubierta, implorando, humillándose suplicantes para impetrar la bendición divina. Eligen el mismo momento en que los peregrinos a la casa de Dios están en pie frente a ‘Arafāt, continuando sus actos de humildad, rogativa y súplica de la intercesión de Dios, a través de quienes fueron peregrinos, hasta que se pone el sol, instante en que se dispersan a la carrera como lo hacen los peregrinos, mientras lloran por no haber podido hasta entonces contemplar el Santo Lugar de ‘Arafāt, y ruegan a Dios el Altísimo que les haga llegar a él y no les prive de la gracia de aceptar la sumisión que le acaban de ofrendar.

Cuando acompañan a los entierros siguen un orden asombroso. Caminan delante del cortejo mientras los lectores recitan el *Corán* con buena voz e inflexiones que incitan a llorar y casi, de conmovidas, vuelan las almas. Rezan por los muertos en la mezquita aljama frente al oratorio. En caso de que el fallecido fuera un servidor del templo tal como imán, almuédano o sirviente, lo introducen en el lugar reservado a la oración en tanto leen. En caso contrario, cortan la lectura a la puerta de la mezquita y entran con la comitiva en silencio, para a continuación algunos agruparse en la nave occidental del patio cerca de la *Puerta del Correo*. Los presentes se sientan con los estuches del *Corán* ante ellos y leen el Libro, levantando la voz para anunciar la

llegada de notables o gentes principales cuando ésta ocurre y diciendo: «En el nombre de Dios, Fulano, por ejemplo Kamāl ad-Dīn, Ŷamāl ad-Dīn, Šams, Badr, etcétera». Una vez concluida la lectura se alzan los almuédanos y dicen: «Meditad y tomad cuenta de que vuestra plegaria por Fulano, hombre piadoso, sabio, etc.». Y lo describen con los mejores calificativos. Luego rezan por él y lo trasladan a la sepultura.

Los indios también organizan muy bien los funerales y aún mejor de lo descrito: se congregan en el sepulcro del finado a la tercera mañana después de haberle dado sepultura, se cubre el mausoleo con finas telas, envolviéndolo en magníficos lienzos, mirto, rosas blancas y rojas y jazmines —esta ornamentación floral es perenne entre ellos—, traen limoneros y toronjos sobre los cuales colocan sus apropiados frutos si no es la sazón.

También plantan una carpa para que dé sombra a los presentes. Entonces acuden los cadíes, emires y otros principales, toman asiento frente a los lectores y se traen los nobles estuches del *Corán*, tomando cada uno un fragmento. Una vez terminada la lectura, interpretada con hermosas voces, el cadí invoca a Dios, se pone en pie y lanza una prédica preparada expresamente. En ella recuerda al fallecido, entonando su elegía con sentidos versos, también menciona a sus parientes y los conforta; como cita al sultán haciendo votos por él, momento en el que los presentes se alzan y bajan la cabeza en dirección al lugar en que éste se encuentre. Después se sienta el juez y vienen con agua de rosas para rociar a los reunidos, empezando por el cadí y de seguida a quienes estén cabe suyo, hasta asperjar a todos. A continuación se traen tarros de azúcar, es decir, julepe desleído en agua, del cual beben las gentes, igualmente comenzando por el cadí y quienes le flanqueen. Luego se ofrece betel, que allá es muy apreciado, hasta el punto de honrar con él a las visitas, y de obsequiar el sultán a alguien con estas hojas, es mayor honor que recibir oro o vestidos de categoría. Desde que una persona muere, su familia no vuelve a masticar betel hasta este día, en que el juez o quien desempeñe su dignidad toma unas hojas y se las da al pariente del muerto. Al comerlas, se va la gente. La descripción del betel vendrá más adelante, si Dios quiere.

Acerca de las obras que estudié en Damasco y de quienes me dieron licencia para enseñar

En la Aljama de los Omeyas asistí a la explicación entera del *Šaḥīḥ* del imán Abū ‘Abdallāh M. b. Ismā‘īl b. al-Ŷu‘fī b. al-Bujārī, a cargo del anciano jeque Sihāāb ad-Dīn Aḥmad b. Abū Ṭālib b. Abū n-Na‘m b. Ḥasan b. ‘Alī b. Bayān ad-Dīn Muqri‘ as-Šālīḥī, conocido como Ibn aš-Šahna al-Ḥiḡāzī, que era centro al que se acudía desde todos los puntos del horizonte y eslabón entre generaciones. De él aprendí durante catorce sesiones, la primera de las cuales tuvo lugar el martes 15 del noble mes de

Ramadán del año 726 H. [15 agosto de 1326 de J. C.] y la última el lunes 28 del mismo mes. Con el concurso de la lectura que hizo el imán, conocedor del *Corán* de memoria e historiador de Siria, ‘Alām ad-Dīn Abū M. al-Qāsim b. M. b. Yūsuf al-Birzālī, de origen sevillano pero residente en Damasco, ante un grupo numeroso de oyentes, cuyos nombres escribió M. b. Tugrīl b. ‘Abdallāh b. al-Gazzāl aṣ-Ṣayrafī. Abū l-‘Abbās al-Ḥiṡyāzī asistió a la explicación completa del libro^[194].

Nuestro maestro aprendió del imán Sirāy, ad-Dīn Abū ‘Abdallāh al-Ḥusayn b. Abū Bakr al-Mubārak b. M. b. Yaḥyā b. ‘Alī b. al-Masīh b. ‘Umrān ar-Rabī‘ī al-Baghdādī az-Zabīdī al-Ḥanbalī en las postrimerías de *Šawwāl* los primeros días de *Dū l-Qa‘da* del año 630 en la aljama al-Muḏaffarī en la falda del monte Qāsiyūn a las afueras de Damasco.

Este último tenía licencia para enseñar la obra entera recibida de los jeques Abū l-Ḥasan M. b. Aḥmad b. ‘Umar b. al-Ḥusayn b. al-Jalaf al-Qaṭī‘ī, el historiador, y ‘Alī b. Abū Bakr b. ‘Abdallāh b. Rūbat al-Qalānisī al-‘Aṭṭār, ambos bagdadíes. Además estaba facultado para enseñar desde el capítulo de la pasión y celos de las mujeres hasta el final de la obra de Abū l-Munayyā ‘Abdallāh b. ‘Umar b. ‘Alī b. Zayd b. Al-Latī al-Juzā‘ī, el bagdadí. Todos ellos oyeron los comentarios del jeque Sadīd ad-Dīn Abū l-Waqt ‘Abd al-Awwal b. ‘Īsā b. Šu‘ayb b. Ibrāhīm as-Sa‘yī al-Harawī, el místico, durante el año 553 H. [1158 de J. C.] en Bagdad. El último dijo: «Nos enseñó el imán, ornato del Islam, Abū l-Ḥasan ‘Abd ar-Raḥmān b. Muḥammad b. al-Muḏaffar b. M. Dāwūd b. Aḥmad b. Ma‘ād b. Sahl b. al-Ḥakam ad-Dāwūdī, aprendiendo de él sus explicaciones en Būšanī, el año 465 [1072 de J. C.]».

Abū l-Ḥasan dijo: «Nos enseñó Abū ‘Abdallāh b. Aḥmad b. Hawiyya b. Yūsuf b. Ayman aṣ-Ṣarajī, aprendiendo de él sus explicaciones en el mes de *Šafar* del año 381 [991 de J. C.]».

Abū M. por su parte afirma: «Nos enseñó ‘Abdallāh b. M. b. Yūsuf b. Matar b. Šālīḥ b. Bišr b. Ibrāhīm al-Farabrī, aprendiendo de él sus explicaciones, en el año 316 [928 de J. C.], en Farabr».

‘Abdallāh dice: «Nos enseñó el imán Abū ‘Abdallāh M. b. Ismāīl al-Bujārī, el año 248 [862 de J. C.], en Farabr, y por segunda vez el año 253 [867 de J. C.]».

Entre los ulemas damascenos que me dieron la licencia general se cuentan:

El jeque Abū l-‘Abbās al-Ḥiṡyāzī, antes mentado, que fue el primero en pronunciarse a mi favor.

El jeque imán Šihāb ad-Dīn Aḥmad b. ‘Abdallāh b. Aḥmad b. M., de Jerusalén, nacido en *Rabī‘1* del año 653 [1255 de J. C.].

El jeque y piadoso imán ‘Abd ar-Raḥmān b. M. b. Aḥmad b. ‘Abd ar-Raḥmān an-Na‘ūdī.

El imán principal Ŷamāl ad-Dīn Abū l-Maḥāsīn Yūsuf b. Zakī ‘Abd ar-Raḥmān b. Yūsuf al-Muzanī al-Kalbī, principal memorizador de textos sagrados.

El jeque ‘Alā‘ad-Dīn ‘Alī b. Yūsuf b. M. b. ‘Abdallāh as-Šāfiī.

El jeque imán, noble descendiente del Profeta, Muḥī d-Dīn Yaḥyā b. M. b. ‘Alī

al-‘Alawī.

El jeque, tradicionista e imán, Ma‘yūd ad-Dīn al-Qāsim b. ‘Abdallāh b. Abū ‘Abdallāh b. al-Mu‘allā, damasceno, nacido el año 654 [1256 de J. C.].

El jeque y sabio imán Šihāb ad-Dīn Aḥmad b. Ibrāhīm b. Fallāḥ b. M. alejandrino.

El jeque imán, seguidor de Dios el Altísimo, Šams ad-Dīn b. ‘Abdallāh b. Tamām.

Los dos jeques hermanos Šams ad-Dīn M. y Kamāl ad-Dīn ‘Abdallāh, hijos de Ibrāhīm b. ‘Abdallāh b. Abū ‘Umar el jerosolimitano.

El jeque, siervo de Dios, Šams ad-Dīn M. b. Abū z-Zahrā’ b. Sālim al-Hakkārī.

La piadosa doctora Umm M. ‘Ā’iša bint M. b. Muslim b. Salāma al-Harrānī.

La piadosa doctora Ruḥlat ad-Dunyā Zaynab bint Kamāl ad-Dīn Aḥmad b. ‘Abd ar-Raḥīm b. ‘Abd al-Wāḥid b. Aḥmad el jerosolimitano.

Todos ellos me concedieron la licenciatura general para enseñar en el año 726 [1326 de J. C.]^[195].

Al mostrarse la luna de Šawwāl^[196] del año antedicho, la caravana del Ḥiṭyāz salió de la ciudad para ir a acampar en la aldea llamada Kiswa. Con ellos me puse en marcha, siendo el jefe de la caravana Sayf ad-Dīn al-Yūbān, emir muy principal, y su cadí Šaraf ad-Dīn al-Adra‘ī al-Ḥawrānī. También hizo la peregrinación aquel año el profesor de la secta *mālikī* Šadr ad-Dīn al-Gumārī. Yo viajaba con un grupo de árabes llamados ‘*Aṭārīma*, cuyo jeque era M. b. Rāfi’, hombre con autoridad entre los emires. Desde Kiswa salimos hacia una gran población denominada Aṣ-Šanamayn. Después a Zur‘a, que es pequeña y forma parte del país de Ḥawrān y en cuyas proximidades nos alojamos. A continuación seguimos viaje hacia la pequeña ciudad de Buṣrā, donde es costumbre que la caravana acampe por espacio de cuatro días a fin de que le den alcance quienes quedaron rezagados en Damasco, concluyendo sus asuntos. A Buṣrā precisamente vino el Enviado de Dios como comerciante comisionado por Jadīya antes de iniciar su sagrada misión. Allá está el sitio en que se reclinó su camella, sobre el cual se ha erigido una magnífica mezquita. Las gentes del Ḥawrān acuden a esta ciudad y en ella los peregrinos se surten de provisiones antes de emprender viaje hacia Birkat Zīza, donde permanecen un día. Luego continúan hacia al-Laṭūn, donde hay aguas corrientes, y luego al castillo de Karak, uno de los más portentosos, bien defendidos y renombrados. Se le conoce por *fortaleza del cuervo*, está rodeado en todos sus flancos por el río y no tiene sino una puerta cuyo acceso fue excavado en la pura roca, del mismo modo que el corredor que a ella conduce. En este castillo se fortifican y refugian los reyes en los malos momentos. Efectivamente, aquí acudió al-Malik an-Nāṣir cuando recibió el poder a temprana edad y al haberse apoderado del gobierno el mameluco Salār, su lugarteniente. El sultán mostró deseos de hacer la peregrinación, a lo que accedieron los emires. Y ya de camino, al llegar al desfiladero de Aylat, se refugió en esta fortaleza, donde permaneció durante muchos años hasta que vinieron a él los emires de Siria y los

mamelucos se apiñaron en su torno. En el ínterin, el poder fue ocupado por Baybars aš-Šašnakīr, emir encargado del aprovisionamiento que recibió la denominación de al-Malik al-Muẓaffar y que es quien construyó el monasterio dicho de al-Baybarsiyya en las cercanías del convento del *Feliz de los Felices*, levantado por Ṣalāḥ ad-Dīn al-Ayyūbī. Al-Malik an-Nāṣir vino contra él con sus tropas y Baybars huyó al desierto, donde fue perseguido y apresado, tras lo cual lo presentaron al rey que ordenó matarlo, como así se hizo. También atraparon a Salār, que fue encerrado en un aljibe hasta morir de inanición. Se dice que a causa del hambre llegó a comer una carroña. Dios nos libre de tal situación.

La caravana acampó extramuros de Karak durante cuatro días en un paraje llamado at-Taniyya, donde se dispusieron los preparativos para entrar en el desierto. A continuación nos trasladamos a Ma‘ān, que es el confín de Siria, y bajamos por el paso de Ṣuwān hacia un desierto del que se dice: «Quien entre en él, dése por muerto, y quien de él salga, téngase por nacido». Tras una marcha de dos jornadas, nos detuvimos en Dāt Ḥayy, donde hay pozos pero sin ningún cobijo. Más adelante seguimos hacia Wādī Baldaḥ, que está seco.

Después pasamos por Tabūk, lugar que sufrió una algazúa del Enviado de Dios. Allí hay un manantial que daba un reguerillo de agua, pero cuando el Profeta bajó e hizo sus abluciones en él, comenzó a dar agua abundante y así ha seguido hasta nuestros días por intercesión de la santidad del Enviado. Los peregrinos sirios acostumbran, en llegando a la acampada de Tabūk, a tomar sus armas, desenvainar las espadas y cerrar contra el campamento golpeando las palmeras con sus aceros, mientras dicen: «Así entró el Enviado de Dios en este lugar».

La gran caravana acampa cabe la fuente para que todos beban de ella. Allí permanecen cuatro días para reponerse de la fatiga, abreviar a los camellos y disponer aguadas para cruzar el pavoroso desierto que se extiende entre al-‘Ulā y Tabūk.

Los azacanes suelen bajar a los bordes de la fuente con recipientes hechos de cueros de búfalo, a modo de enormes zafareches, para abreviar a los camellos y llenar los odres grandes y chicos. Cada emir o persona principal dispone de una vasija para abreviar sus camellos y los de sus amigos y llenar sus odres. Los demás se conciertan con los azacanes para dar agua a sus camellos y llenar sus propios odres a cambio de una determinada cantidad de *dirhams*.

Luego, la caravana parte de Tabūk a buen paso, de noche y día, por el temor que infunden estas estepas, en medio de las cuales se halla el Wādī l-Ujayḍir, que parece fuese el río del Infierno, del que Dios nos libre.

En alguna ocasión, los peregrinos padecieron graves desgracias a causa del viento simún [cálido y *envenenado*] que por allá sopla, consumiéndose el agua y llegando a pagarse por un vaso mil dinares, pese a lo cual vendedor y comprador perecieron. Así se escribió en alguna piedra del wādī [río o torrente].

Después se acampa en la alberca de al-Mu‘aẓẓam, que es grande y debe su denominación al rey al-Mu‘aẓẓam, nieto de Ayyūb. En la alberca se recoge el agua de

llovía algunos años, mientras en otros está seca. Cinco jornadas después de la salida de Tabūk, se llega al pozo de Ḥiḡîr, es decir, el de los Ṭamūdies, que rebosa de agua, pero ningún peregrino se acerca a él, por mucha que sea su sed, imitando al Enviado de Dios cuando pasó por allí en la algara contra Tabūk. El Profeta espoleó a su montura y ordenó que nadie bebiese de él. Si alguien utiliza este agua para amasar harina se la da a los camellos de comida.

Allá están las viviendas de los Ṭamūdies, excavadas en montes de roca rojiza, con umbrales labrados que diríanse recién hechos. Los esqueletos carcomidos de aquel pueblo se encuentran en el interior de las casas. *Ciertamente, esto es aleccionador*^[197].

También se halla en tal sitio el lugar donde se recostó la camella de Ṣāliḡ, entre dos montañas, en cuyo lugar quedan restos de una mezquita en la que las gentes rezan. Entre Ḥiḡîr y al-‘Ulā hay media jornada o aún menos al-‘Ulā es una población grande y bonita, con huertos de palmeras y manantiales de agua. Los peregrinos acampan cuatro días, lavan sus ropas y aquí abandonan cuanto de superfluo transportan, llevándose sólo lo necesario. Los habitantes de este pueblo son gentes honradas. Aquí termina el trayecto de los mercaderes cristianos de Siria que vienen a comerciar con los peregrinos vendiéndoles provisiones y otras cosas.

La caravana sale luego de al-‘Ulā, deteniéndose a la mañana siguiente en el valle de al-‘Aṭṭās, donde el calor es rigurosísimo y sopla el mortífero simún. Cierta año el viento se cernió sobre la caravana y fueron escasos los que escaparon con vida. Ese año se conoce como «el del emir al-Ŷāliqī». Después acampan en Hadiya, donde hay yacimientos de aguas subterráneas y basta cavar un poco para que aflore un agua salobre.

Al tercer día se acampa en las afueras de la ciudad Santa, Noble y Excelsa.

MEDINA

Ṭayba [Medina), ciudad del Enviado de Dios, honrado y ennoblecido sea

Con la tarde entramos en el noble recinto inviolable y acabamos en la magnífica mezquita. Nos detuvimos, saludando, en la puerta de la Salutación y a continuación rezamos cerca del excelso Sepulcro, entre la tumba y el almimbar sublime. Tocamos el trozo restante del tronco que mostró su afecto hacia el Enviado de Dios. Está sujeto a una columna que se alza entre la tumba y el almimbar, a la derecha según se mira a la alquibla. Cumplimos las reverencias debidas al Señor de primeros y últimos, intercesor de pecadores y levantiscos, el Enviado, el Profeta, el Hāšīmī, el Abṭaḥī, Muḥammad [Mahoma]. Igualmente dirigimos nuestra salutación a sus dos compañeros en el reposo y amigos en vida, Abū Bakr, el creíble, y Abū Ḥafṣ ‘Umar, el del buen criterio. Tras esto tornamos a viajar exultantes por este don inmenso, gozosos de disfrutar tan gran merced del cielo, agradecidos a Dios por haber alcanzado los nobles lugares de peregrinación de su profeta y sus grandiosos y excelsos santuarios e impetrando a Dios para que hiciese que aquella no fuera nuestra última visita y nos contara entre quienes hacen la peregrinación con el beneplácito divino, inscribiéndose su viaje en el camino de Dios.

La mezquita del Enviado de Dios y su preclaro mausoleo

La mezquita Santísima tiene planta alargada, rodeada de naves circulares por sus cuatro flancos. En el centro hay un patio pavimentado con cantos y arena. Alrededor de la ilustre mezquita hay una vía recubierta de bloques de piedra labrada. El sagrado Sepulcro —que la paz y bendición divinas sean sobre quien lo ocupa— se halla al lado sureste de la generosa mezquita. Su forma es portentosa, imposible de describir bien: rodeado de mármol tallado de la mejor clase, expandiendo aromas de almizcle y perfumes a través de los tiempos. En la parte meridional hay un clavo de plata que está justo por frente al augusto rostro de Mahoma. Es ahí donde la gente se para a fin de expresar su salutación, mirando hacia la ilustre cara y con la alquibla a las espaldas. Tras el saludo se dirigen a la derecha, hacia la faz de Abū Bakr, el creíble, cuya cabeza está a los pies del Enviado de Dios. Después se alejan hacia ‘Umar b. al-Jaṭṭāb, que tiene la cabeza próxima a los hombros de Abū Bakr.

En la parte norte del sacrosanto mausoleo —Dios lo acreciente en dignidad— hay una pileta marmórea al sur de la cual existe una cavidad a modo de hornacina de la que se asegura fue refugio de Fátima, hija del Enviado de Dios, afirmándose también que es su tumba, aunque Dios sabe la verdad.

En el medio de la preclara mezquita existe una placa tapando el suelo para cerrar un pasadizo subterráneo, con escalones, que conduce a la casa de Abū Bakr, fuera de la mezquita. Próximo al corredor discurre el camino que seguía su hija ‘Ā’iṣa, madre de los creyentes, para ir a casa de su padre. Sin duda se trata del bocarón mencionado en el *ḥadīṭ*^[198]. El Profeta ordenó dejarlo, cegando lo demás. Por frente de la casa de Abū Bakr están la de ‘Umar y la de su hijo ‘Abdallāh b. ‘Umar. Al este de la ilustre mezquita se halla la residencia del imán de Medina, Abū‘Abdallāh Mālik b. Anas y en las cercanías de la Puerta de la Salutación una fuente, a la que se desciende por medio de escalones, hace brotar su agua de manantial. Se conoce como la Fuente Zarca.

De cómo se inició la construcción de la venerable mezquita

El Enviado de Dios llegó a la ciudad de Medina, sede de su refugio tras la huida, el lunes 13 del mes de *Rabī‘I*, alojándose en casa de los Banū ‘Amrū b. ‘Awf, donde permaneció por espacio de veintidós noches, aunque se dice que fueron catorce y aun que sólo fueron cuatro. Más adelante, entró en la ciudad y fue albergado por los Banū n-Na‘îyâr, en casa de Abū Ayyūb al-Anṣārī, cuya hospitalidad recibió durante siete meses hasta que hubo edificado su residencia y mezquita. Los terrenos de esta última eran un secadero de dátiles de Sahl y Suhayl, hijos de Rāfi‘ b. Abū ‘Umar b. ‘Ānid b. Ṭa‘laba b. Ganam b. Malik b. an-Naîyâr, huérfanos al cuidado de As‘ad b. Zurāra. También se dice que estaban bajo custodia de Abū Ayyūb. El Enviado de Dios compró este terreno aunque igualmente se afirma que Abū Ayyūb les dio una compensación por el predio, e incluso que se lo donaron al Enviado. Este edificó la mezquita, trabajando en ella con sus amigos. Rodeó el recinto con una tapia, pero no le puso techo ni columnas. Lo hizo de forma cuadrada. Su longitud son cien codos y la anchura otro tanto, pero se dice que ésta era menos. La altura de la barda era la de un hombre, pero al llegar los grandes calores los discípulos dijeron de techarlo. Fue así como dispuso columnas de troncos de palmera y una cubierta con los ramos, pero cuando llovió aparecieron goteras en la mezquita. Entonces, los compañeros del Enviado se dirigieron a él proponiendo hacer un terrado de adobe, a lo que respondió: «De ningún modo, me basta una choza como la de Moisés, un sombrero como el suyo, que aún es más asequible». Y preguntaron: «¿Cómo era el sombrero de Moisés?». Contestó: «Cuando se erguía, se golpeaba con la cabeza en el techo».

También dispuso en la mezquita tres puertas, pero la que daba al Sur fue cegada por orden suya al trasladar la orientación de la alquibla^[199].

La mezquita permaneció así en vida del Enviado y mientras existió Abū Bakr, su sucesor. En la época de ‘Umar b. al-Jaṭṭāb, éste la agrandó diciendo: «Si yo no hubiera oído decir al Enviado de Dios que sería conveniente ensanchar la mezquita, no lo habría hecho». Consecuentemente retiró las columnas de madera,

sustituyéndolas por otras de fábrica, dispuso cimientos de piedra de hasta seis pies de altura y abrió seis puertas orientando dos de cada lado, excepto el de la alquibla, en que hubo sólo una. E indicó que una sería reservada a las mujeres. Sin embargo, nunca se le vio en tal lugar hasta el momento de su encuentro con Dios, loado y ensalzado sea. Agregó también: «Si agrandáramos esta mezquita hasta alcanzar el desierto seguiría siendo la mezquita del Enviado de Dios». ‘Umar quiso que el templo se extendiera sobre un terreno perteneciente a ‘Abbās, tío de Mahoma, pero éste se negó. Y como quiera que en ese lugar había un desagüe que vertía en la mezquita, ‘Umar lo arrancó alegando que perjudicaba a los fieles. ‘Abbās le demandó por ello y fue juez del pleito Ubayy b. Ka’. Ambos se presentaron en su casa, pero no obtuvieron licencia para verle sino tras esperar un buen rato. Cuando por fin entraron, habló el juez: «Mi esclava estaba lavándome la cabeza». Y cuando ‘Umar iba a responder añadió Ubayy: «Deja que hable primero Abū l-Fadl, por su parentesco con el Enviado». Entonces ‘Abbās dijo: «Es un predio que el Enviado me adjudicó y en él construí en su compañía. Incluso coloqué el caño subido en las espaldas de Mahoma y ahora viene ‘Umar y lo quita y pretende incluir el terreno en la mezquita». A esto replicó Ubayy: «Ya tenía conocimiento de ello, además oí decir al Profeta lo siguiente: “David quería edificar el sagrado templo de Dios en Jerusalén, pero como en el emplazamiento elegido existía una casa propiedad de dos huérfanos, pidió que se la vendiesen, mas éstos rechazaron la oferta. Después les reiteró la petición y se la vendieron. No obstante, obraron con dolo y la compra fue anulada. De nuevo comprada la casa, otra vez se volvieron atrás. Entonces, al estimar David excesivo el precio, Dios le insufló lo siguiente: ‘Si les das de algo tuyo, tú eres el mejor conocedor del asunto. Pero si les pagas de nuestros bienes dales hasta que estén satisfechos porque la casa que menos debe permitir el abuso es aquélla que me pertenece. Mas te prohíbo construirla’. David contestó: ‘Señor, concédeselo a Salomón’. Y Dios se lo concedió a éste”».

A todo aquello ‘Umar repuso: «¿Quién responde de que el Enviado dijera tal?» Ubayy salió en busca de un grupo de discípulos del Profeta quienes atestiguaron de ello, ante lo cual ‘Umar dijo: «Desde luego, de no haber encontrado nadie más que tú, habría creído tus palabras pero preferí que fuesen confirmadas». Y añadió. «Por Dios, que no has de volver a su sitio el caño si no es montado sobre mis espaldas». Y una vez hecho ésto, ‘Abbās habló de este modo: «Ya que se me ha confirmado la posesión del terreno, lo dono a Dios». Así ‘Umar demolió lo construido, añadiendo su solar a la mezquita.

Más adelante, ‘Utmān la agrandó, edificando con entusiasmo y dedicación de sí mismo, hasta el punto de pasar allí el día entero. La enjalbegó y adornó con piedra labrada, ensanchándola en todas direcciones, excepto por el este. Dispuso columnas de piedra afianzadas por contrafuertes de hierro y plomo, cubriendo la construcción con madera de teca y haciendo un mihrab. Se cuenta, sin embargo, que fue Marwān el primero en disponer un mihrab, e igualmente se dice que fue ‘Umar b. ‘Abd

al-‘Azīz durante el califato de al-Walīd.

Andando el tiempo, la mezquita fue agrandada por al-Walīd b. ‘Abd al-Malik, encargándose de la obra ‘Umar b. ‘Abd al-‘Aziz que le prestó gran belleza, esmerándose en la construcción, utilizando mármol y teca dorada. Al-Walīd envió al rey de los bizantinos el siguiente recado: «Quiero ensanchar la mezquita de nuestro Profeta, así pues, ayúdame». El otro le mandó alarifes y ochenta mil meticales de oro. Al-Walīd dispuso que el templo se extendiese sobre las viviendas de las esposas del Profeta, por lo cual ‘Umar compró casas que acrecentaron el recinto en tres direcciones, pero cuando le tocó el turno a la fachada de la alquibla [sur] ‘Ubayd Allāh b. ‘Abdallāh b. ‘Umar se negó a vender la casa de Hafsa, dilatándose la negociación hasta que ‘Umar pudo comprarla a condición de que el terreno sobrante sería para los vendedores y que abrirían un acceso a la mezquita, es decir la abertura actual.

Igualmente ‘Umar dotó a la mezquita de cuatro alminares, cada uno en una esquina. Uno de ellos alzándose sobre la residencia de Marwān y como quiera que a esta casa fue a residir Sulaymān b. ‘Abd al-Malik y en el momento de la llamada a la oración el almuédano quedaba por cima de él, ordenó derribar el alminar.

También ‘Umar hizo un mihrab y por eso se le achaca haber sido el primero que introdujo la innovación del mihrab en forma de hornacina.

Más adelante la mezquita fue agrandada por al-Mahdī b. Abū Ya‘far al-Manṣūr, cuyo padre ya se lo propusiera en firme, pero no le fue dado realizarlo. Efectivamente, Ḥasan b. Zayd le había escrito animándole a acrecentarla por el flanco oriental, indicándole que de hacerlo así el sagrado sepulcro quedaría en el centro de la ilustre mezquita. Pero Abū Ŷa‘far sospechó que en realidad pretendía demoler la residencia de ‘Uṭmān y le contestó: «He sabido de tus designios, así pues, no toques la casa del jeque ‘Uṭmān». También mandó Abū Ŷa‘far que se cubriese el patio, en la temporada canicular, con toldos extensibles por medio de cuerdas fijas a maderos para dar sombra a quienes rezasen allí.

La longitud de la mezquita, tras las obras en época de al-Walid, era de doscientos codos y con la ampliación de al-Mandī alcanzó los trescientos. Este último dispuso la macsura a ras de suelo, pues antes se alzaba unos dos codos; e hizo grabar su nombre en diversos puntos de la mezquita.

Más tarde el rey de Egipto al-Manṣūr Qalāwūn ordenó erigir un edificio para las abluciones junto a la puerta de la Salutación, de cuya construcción se encargó el piadoso emir ‘Alā’d-Dīn, conocido por al-Aqmar, levantando un patio amplio rodeado de habitaciones en las que corría el agua. El sultán, asimismo, quería edificar en La Meca —que Dios el Altísimo ennoblezca— algo semejante a esto pero no le fue dado. Su hijo al-Malik an-Nāṣir llevó a cabo este designio entre aṣ-Ṣafā y al-Marwa, lo que relataremos, si Dios quiere.

La alquibla de la mezquita del Enviado es definitiva, pues fue Él mismo quien la dispuso, aunque dicen que se estableció por el arcángel Gabriel o que éste señaló al

Profeta la orientación y Él la construyó. También se cuenta que Gabriel indicó a las montañas que descendieran y rebajaran su altura hasta hacerse visible la *Ka'ba* y así pudo construir el Profeta en su dirección, viéndola perfectamente. De todos modos, es una alquibla definitiva. Al principio de la venida del Profeta a Medina, la alquibla se orientaba a Jerusalén, pero luego de dieciséis meses se cambió hacia la *Ka'ba* y hay quien dice que fue a los diecisiete.

Del ilustre almimbar

Por las tradiciones sabemos que el Enviado predicaba junto a un tronco de palmera en la mezquita. Cuando se le fabricó el púlpito y se trasladó a él, el tronco gemía lastimero, con la añoranza de la camella por su cría. Cuentan que el Profeta bajó a él, lo abrazó y así calló. Entonces dijo Mahoma: «De no haberlo yo requerido, habría seguido sus quejas hasta el día de la resurrección». Las versiones difieren sobre quién hiciera el almimbar santo. Por ejemplo, se dice que fuera Tamīm ad-Dārī; también que un paje de 'Abbās; e incluso que el esclavo de cierta mujer de los primeros discípulos. Esto viene en las tradiciones autenticadas. Se fabricó en madera de tamarindo, y según otros, de tamarisco. Tenía tres peldaños, sentándose el Enviado sobre el más alto y colocando sus preclaros pies en el central. Cuando Abū Bakr el verídico ocupó el poder, se sentaba sobre el del medio y ponía los pies en el primer escalón. Y al ser investido califa 'Umar, se sentaba en el más bajo y reposaba los pies en tierra. Del mismo modo actuó 'Utmān al principio de su califato, pero luego subió al tercero. Al ocupar el poder Mu'āwiya pretendió llevarse este púlpito a Damasco pero los musulmanes pusieron el grito en el cielo, un fuerte viento se desencadenó tempestuoso, el sol se ocultó, las estrellas aparecieron aun siendo de día, la tierra toda se entenebreció y las personas chocaban entre sí, perdido el camino. Ante tales desastres Mu'āwiya abandonó la idea y agrandó el almimbar con seis nuevos escalones. De esta manera llegó a contar nueve peldaños.

Mención del predicador y del imán de la mezquita del Enviado de Dios

En la época de mi llegada a Medina era imán de la ilustre mezquita Bahā' ad-Dīn b. Salāma, hombre principal en El Cairo. El sustituto era el sabio, piadoso, ascético, anhelo de doctores, 'Izz ad-Dīn al-Wāsiṭī (interceda ante Dios por nosotros). El antecesor del imán en la distinguida Medina había sido Sirāy ad-Dīn 'Umar predicador y juez.

Suceso

Se cuenta que este Sirāy ad-Dīn cumplió la función de cadí y predicador en Medina durante unos cuarenta años, pero como después quisiera regresar a Egipto vio en sueños al Enviado de Dios por tres veces y en todas tres le vedaba la salida, al tiempo que le anunciaba la proximidad de su fin. Sin embargo, no renunció a sus deseos y emprendió viaje muriendo en un lugar llamado Suways [Suez] a tres jornadas de marcha antes de llegar a El Cairo (en Dios nos refugiamos para no tener una mala muerte). Era su sustituto el alfaquí Abū ‘Abdallāh M. b. Farḥūn, cuyos hijos ahora están en la egregia Medina, a saber: Abū M. ‘Abdallāh, mentor de los *malikīes* y delegado del juez, y Abū ‘Abdallāh M. Son tunecinos de origen, donde tienen linaje esclarecido y se les considera.

Seguidamente, ocupó el cargo de predicador y cadí en Medina Ŷamāl ad-Dīn al-Asyūṭī, egipcio, que antes desempeñara la función en la fortaleza de Karak.

Relación de los servidores y almuédanos de la noble mezquita

Los servidores y guardas de este ilustre templo son eunucos etíopes y de otros orígenes, bien plantados y de buen aspecto, con ropas distinguidas. A su jefe se conoce como jeque de los servidores y tiene aires de gran emir. Disfrutan de estipendios pagados por Egipto y Siria, que se les entregan cada año. El jefe de los almuédanos en el sagrado recinto es el distinguido imán tradicionalista Ŷamāl ad-Dīn al-Maṭarī, que es de la aldea egipcia de Maṭariyya. Su hijo es el preclaro ‘Afif ad-Dīn ‘Abdallāh. El piadoso jeque, visitador frecuente de la mezquita, Abū ‘Abdallāh M. b. M., el granadino, apodado at-Tarrās, es decano de los habitantes de la casa y llegó a castrarse con su propia mano para evitar las tentaciones.

Suceso

Se cuenta que Abū ‘Abdallāh el Granadino servía al jeque llamado ‘Abd al-Hamid al-‘Aṡamī, quien tenía buena opinión de él, confiándole su familia y bienes y dejándole en su casa cada vez que viajaba. En cierta ocasión se puso en camino y le dejó en su residencia, según costumbre, pero la esposa del jeque ‘Abd al-Hamid se prendó de él y le requirió de amor. Él contestó: «Temo a Dios y no traicionaré a quien me confió su familia y dineros». Pero como ella no cesaba en sus requerimientos y presiones sintió miedo de ser seducido y entonces se castró. Como consecuencia se le nubló la vista y perdió el sentido. En ese estado lo encontraron. Tras curarle, sanó y se convirtió en sirviente y almuédano de la ilustre mezquita, llegando a ser jefe de

ambas categorías. Todavía sigue viviendo.

Relación de algunos píos habitantes de la mezquita de Medina la esclarecida

Hay que citar al piadoso y distinguido jeque Abū l-‘Abbās Aḥmad b. M. b. Marzūq, devotísimo, de frecuentes ayunos y plegarias en la mezquita del Enviado de Dios, paciente y resignado. A veces frecuentaba La Meca, la augusta. Allí lo vi el año 728 [1328 de J. C.]. Nadie ha dado más vueltas a la *Ka‘ba* que él^[200]. Me maravillaba su insistencia en las circunvalaciones pese a los rigores caniculares en la explanada de las vueltas, que está pavimentada con piedras negras y, con el calor del sol, llegan a ser como planchas al rojo vivo. Yo he visto a los azacanes verter agua sobre estas baldosas y apenas la humedad se disipaba cuando ya estaban ardiendo al punto. Así, la mayoría de los que giran calzan medias, pero Abū l-‘Abbās b. Marzūq hacía las circunvalaciones descalzo. Cierta día lo vi dando vueltas y quise acompañarlo en los giros. Acudí al lugar y quise tocar la Piedra Negra pero me envolvió la llamarada de las losas. Traté de regresar después de besar la piedra pero no lo conseguí sino tras un esfuerzo inmenso. Volví sobre mis pasos sin dar las vueltas. Para ello iba colocando mi alfombrilla de rezar en el suelo con el fin de pisar sobre ella, hasta que alcancé el claustro.

Por entonces estaba en La Meca el visir granadino y persona principal Abū l-Qāsim M. b. M. —hijo del alfaquí Abū l-Ḥasan Sahl b. Malik al-Azdī— que todos los días daba siete veces setenta vueltas^[201] pero nunca giraba en las horas del mediodía por el extremo calor. Por contra, Ibn Marzūq le aventajaba haciéndolo en los momentos de máxima calorina.

Otros piadosos habitantes de la mezquita de Medina —Dios la honre— eran el pío y devoto jeque Sa‘īd al-Kafif, de Marrakech, y el jeque Abū Mandī ‘Īsā b. Hazrūn, de Mequínez.

Episodio

El jeque Abū Mandī se afincó en La Meca para dedicarse al servicio de la mezquita el año 728 H. [1328 de J. C.]. Marchó al monte Ḥirā’ con un grupo de beatos como él y tras ascender a la montaña llegaron al lugar en que el Profeta adoraba a Dios y luego bajaron. Abū Mandī quedó rezagado de sus compañeros y viendo un camino campo a traviesa pensó que sería un atajo y enderezó por él. Entre tanto, sus amigos habían ganado el pie del monte y se pusieron a esperarlo, pero como no llegara, otearon los alrededores sin que apareciera el menor rastro. Así

creyeron que les precediera y retornaron a La Meca, que Dios honre. Pero ‘Īsā había caminado por una senda que le condujo a otro monte, extraviándose. La sed y el calor le acosaban y sus sandalias quedaron hechas trizas por lo que hubo de arrancar jirones de ropa para envolverse los pies. De esta guisa anduvo hasta que ya no pudo caminar más y acudió a refugiarse a la sombra de una acacia. Dios le envió un beduino a lomos de un camello que se detuvo junto a él y pudo contarle cuál era su situación. El nómada le hizo cabalgar para trasladarle a La Meca, donde ‘Īsā le recompensó con una bolsa de oro que llevaba en la cintura. Estuvo un mes sin poder erguirse, con los pies desollados, hasta que le salió una piel nueva. Algo semejante sucedió a cierto amigo mío que mencionaré más tarde, si Dios quiere.

Otro asiduo de la mezquita de la ilustre Medina es Abū M. aṣ-Ṣarwī, buen recitador del *Corán*, que se estableció en La Meca el año precitado y allí leía el *Libro de la Curación* del cadí ‘Iyāḍ, después de la oración de mediodía. También desempeñó las funciones de imán. Otro beato residente fue el alfaquí Abū l-‘Abbās, de Fez, mentor de los *mālikies* y casado con la hija del piadoso jeque Šihāb ad-Dīn az-Zarandī.

Incidente

Se cuenta que Abū l-‘Abbās al-Fāsī estaba departiendo un día con cierta persona hasta que dijo una enormidad por su ignorancia de la ciencia de las genealogías y la incontinencia de su lengua. Cometió una falta enorme (Dios le perdone). En efecto, dijo que Ḥusayn B. ‘Alī b. Abū Ṭālib no tuvo descendencia. Sus palabras llegaron a oídos del emir de Medina, Ṭufayl b. Manṣūr b. Yammāz al-Ḥasanī, que las reprobó con razón y quiso matarle. Pero se le habló a favor del culpable y sólo fue desterrado de Medina. No obstante, se dice que el gobernador mandó alguien en su persecución para darle muerte y hasta hoy no hubo la menor traza de él. Dios nos libre de las ligerezas y errores de la lengua.

Mención del emir de la esclarecida Medina

Era emir de la ciudad Kubays b. Manṣūr b. Ŷammāz, que matara a su tío Muqbil, con cuya sangre —se asegura— llegó a restregarse. Más tarde, el año 727 [1327 de J. C.] salió al desierto en la época estival en compañía de su séquito y como el calor del mediodía se les viniera encima, se dispersaron bajo la sombra de los árboles. Y he aquí que los hijos de Muqbil con un tropel de esclavos aparecieron exclamando: «Vengamos a Muqbil». Dieron muerte a Kubays b. Manṣūr a sangre fría y chuparon su sangre. Le sucedió en el gobierno de Medina su hermano Ṭufayl b. Manṣūr, al que

hemos citado antes como autor del destierro de Abū l-‘Abbās al-Fāsī.

Relación de algunos egregios santuarios extramuros de la noble Medina

Hay que recordar en primer término el lugar dicho *Baqī‘al-garqad*, al este de la esclarecida ciudad, y se accede a él por la Puerta del *Baqī‘* (puerta del cementerio). Lo primero que se topa quien allá va, a su izquierda según sale por la puerta, es la tumba de Safiyya, hija de ‘Abd al-Muṭṭalib, tía paterna del Enviado de Dios y madre de Zubayr b. al-‘Awwām. Ante ella está el sepulcro del imán de Medina Abū ‘Abdallāh Mālik b. Anas, sobre el que se ha construido un sencillo mausoleo abovedado. Frente a él se halla el enterramiento de aquel de estirpe limpia, pura, santa, profética, linajuda, Ibrāhīm, hijo del Enviado de Dios, bajo una cúpula blanca a cuya diestra se encuentra el sepulcro de ‘Abd ar-Raḥmān b. ‘Umar b. al-Jaṭṭāb, conocido por Abū Šahma. Delante de él están las tumbas de ‘Aqīl b. Abū Ṭālib y de ‘Abdallāh b. Dū-l-Ŷanahayn [*el de las alas*] Ŷa‘far b. Abū Ṭālib. Frente a ellos se puede ver un arriate en el que se dice están las tumbas de las madres de los creyentes. A continuación hay otro con el sepulcro de ‘Abbās b. ‘Abd al-Muṭṭalib, tío del Enviado de Dios y el de Ḥasan b. ‘Alī b. Abū Ṭālib, una cúpula que se yergue en el aire, de construcción maravillosa, a la derecha de quien sale por la Puerta del *Baqī‘*. La cabeza de Ḥasan está orientada hacia los pies de ‘Abbās. Ambas tumbas se alzan sobre el suelo, espaciosas y cubiertas de planchas suntuosamente unidas y tarareadas con placas de latón muy bien labradas.

También están en al-Baqī‘ las tumbas de los que emigraron con el Profeta de La Meca a Medina y las de sus auxiliares y discípulos, pero la mayoría de ellas son anónimas. Al final del cementerio está enterrado el Príncipe de los Creyentes Abū ‘Umar ‘Uṭmān b. ‘Affān en un gran edificio abovedado. Cerca de él reposa Fátima, hija de Asad b. Hāšim, madre de ‘Alī b. Abū Ṭālib.

Aproximadamente a dos millas al sur de Medina esta Qubā’. El camino entre ambas discurre por huertos de palmeras. Allá está la mezquita, fundada sobre el temor de Dios y el deseo de agradarle [por Mahoma mismo]. Es un edificio cuadrado en el que hay un alminar blanco y alto que se divisa desde lejos. En su centro se halla el lugar donde se reclinó la camella que llevaba al Profeta. Las gentes acuden a santificarse rezando en tal sitio. En el flanco sur del patio existe un mihrab sobre un banco, primer oratorio del Profeta. Al sur de la mezquita se halla una casa que perteneció a Abū Ayyūb al-Ansārī, y junto a la cual hay otras cuya posesión se adjudica a Abū Bakr, ‘Umar, Fátima y ‘Ā’iša.

Delante de la mezquita está el pozo de Arīs, aquel cuyas aguas se volvieron dulces después de que en él escupiera el Profeta, pese a ser salobres anteriormente. En este pozo cayó el augusto anillo de ‘Uṭmān.

Otro santuario es la cúpula de la piedra de aceite, fuera de la esclarecida Medina.

Se dice que el aceite empezó a gotear desde una roca que allí hay, para provecho del Profeta. En dirección norte está el pozo de Bidā'a y frente a él la montaña del Diablo, desde donde éste gritó el día de la batalla de Uḥud: «Muerto es vuestro Profeta».

Al borde del foso que hiciera excavar el Enviado de Dios, al congregarse las banderías confederadas, hay una fortaleza ruínosa llamada *Castillo de los solteros*. Se cuenta que 'Umar lo hizo construir para los solteros de Medina. Enfrente, en dirección oeste, se encuentra el pozo de Rūma, cuya mitad compró el Príncipe de los Creyentes 'Uṭmān en veinte mil *dirhams*.

Otro venerable santuario es el de Uḥud, el sacrosanto monte del que dijo el Enviado: «Uḥud es un monte que nos ama y al que amamos». Situado al norte de la egregia Medina, a una parasanga de distancia, tiene por delante las tumbas de los generosos mártires, entre ellas la de Ḥamza, tío paterno del Enviado. En su torno están los mártires que dieron testimonio con su vida el día de la batalla de Uḥud. Las tumbas están al sur del monte, en cuyo camino existe una mezquita que se atribuye a 'Alī b. Abū Ṭālib, y otra atribuida a Salmān el Persa, y otra que es la de la conquista [*fath*], donde el Enviado recibió la revelación de la Azora de la Conquista [*Corán*. XLVIII].

En este viaje permanecimos cuatro días en Medina la noble, pasando las noches en la venerable mezquita, en cuyo patio el pueblo formaba corros, prendían candelas sin cuento, con los estuches del Santo *Corán* ante ellos y se aplicaban a recitarlo. Otros recordaban piadosos el nombre de Dios y aún había quienes se dedicaban a contemplar el sacrosanto mausoleo, cuya excelsitud Dios acreciente.

Los camelleros, por todas partes, entonaban acompasados las alabanzas del Enviado. Esta es la costumbre de la gente en esas noches benditas. Se prodigan grandes limosnas en beneficio de los necesitados y residentes en la mezquita. En aquel viaje me acompañaba, desde Damasco a Medina, un mediní distinguido, conocido por Manṣūr b. Šakl, quien me ofreció su hospitalidad. Más adelante nos reencontramos en Alepo y Bujārā. También viajaban conmigo el juez de az-Zaydiyya [cerca de Bagdad] Šaraf ad-Dīn Qāsim b. Sinān y un ascético y piadoso granadino llamado 'Alī b. Ḥuḡr el Omeya.

Anécdota

En llegando a Medina —Dios la honre y la mayor bendición sea sobre Quien [Mahoma] en ella reposa— me refirió el mentado 'Alī b. Ḥuḡr, que viera en sueños a alguien diciéndole: «Escúchame y de mí aprende». [*Tawīl*]

*Bien hayan los visitantes de su sepulcro,
a Él os encomendásteis para el Día del Juicio.
Llegásteis a la tumba del bienamado, a Medina.*

Este hombre, después de cumplir la peregrinación, se hizo residente del templo en Medina, y luego se trasladó a Delhi, capital de la India, el año 743 [1342 de J. C.]. Acudió a mí y yo narré al rey de la India el episodio de su visión nocturna. El soberano ordenó presentárselo y ante él compareció. Él mismo refirió la historia, quedando el rey maravillosamente encantado, por lo que le dirigió hermosas palabras en persa y mandó hospedarle y que se le entregaran trescientos *tanka* de oro. El peso del *tanka* en dinares magrebíes es de dos dinares y medio de oro; también le regaló un alfaraz enjaezado con silla y ramales repujados y una vestidura de honor. Asimismo, le asignó un estipendio diario.

Se daba el caso de que vivía en aquella ciudad un ilustre alfaquí, granadino de origen, pero nacido en Bugía, allí llamado Ŷamāl ad-Dīn al-Magribī y el mentado ‘Alī b. Ḥuṣṣr intimó con él. El alfaquí le prometió casarle con su hija, alojándole en una casilla fuera de su residencia. Entre tanto ‘Alī había comprado una esclava y un muchacho. Ibn Ḥuṣṣr solía dejar sus dineros en el cobertor de la ropa por no confiarse a nadie en tal punto. Y sucedió que el mozo y la esclava se concertaron para arrebatarle el oro. Y así lo hicieron, huyendo a continuación. Cuando ‘Alī regresó a la casa no topó rastro de ambos ni del dinero, con lo que perdió el apetito y ni tan siquiera bebía. Cayó gravemente enfermo por la pena que le causó lo sucedido. Yo expuse al rey su situación y éste ordenó compensarle en lo mismo que perdiera, remitiendo un mensajero a notificárselo, pero cuando llegó ya había muerto (que Dios el Altísimo se compadezca de él).

Salimos de Medina en dirección a La Meca, que Dios ennoblezca. Acampamos en los alrededores de la mezquita de Dū l-Hulayfa donde el Enviado se retiró a hacer penitencia. Está a cinco millas de Medina, y es límite del territorio sagrado de la ciudad. Cerca de aquí se halla el torrente ‘Aqīq, lugar en que me desprendí de mis ropas con costuras, me lavé y vestí el *iḥrām* inconsútil de los peregrinos^[202]. Recé dos *rak‘as* y me comprometí a hacer la peregrinación simple a La Meca. Yo no paraba de ensalzar el nombre de Dios, por montes y llanuras, subiendo y bajando hasta llegar a Ši‘b ‘Alī [La Garganta de ‘Alī], en que me detuve a pernoctar. Luego nos pusimos en marcha y acampamos en Rawhā’, donde se encuentra la poza dicha *Dāt al-‘alam* [la de la bandera]. Se dice que ‘Alī combatió a los genios en ese lugar.

Proseguimos viaje hasta detenernos en aṣ-Ṣafrā’, valle con agua, palmerales, construcciones y un alcázar habitado por nobles descendientes de Ḥasan [nieto de Mahoma] y otros más. Hay también una gran fortaleza seguida de otras muchas y de aldeas ininterrumpidas. Continuamos la marcha acampando en Badr, donde Dios concedió la victoria a su Enviado, cumpliendo su generosa promesa de aniquilar a los cabecillas de los politeístas. Badr es un pueblo con huertos de palmeras pegados unos a otros, tiene un castillo bien fortificado, al que se entra por el fondo de un valle entre lomas y una alfaguara cuyas aguas corren. El sitio en que se arrojó a los paganos

enemigos de Dios hoy en día es una huerta, tras la cual se halla el enterramiento de los mártires. El Monte de la Misericordia al que descendieron los ángeles durante la batalla está a la izquierda según se entra para ir a Safrā' y enfrente el Monte de los Atabales, semejante a una duna arenosa. Las gentes del lugar pretenden que oyen allá algo parecido a redobles de tambores todas las noches de jueves. El emplazamiento de la choza en que el Enviado rogaba a su Señor durante el choque está justo al pie del Monte de los Atabales y por frente tiene el campo de batalla. Cabe las palmeras del pozo hay una mezquita llamada *Reclinadero de la camella del Profeta*. Entre Badr y aş-Şafrā' hay aproximadamente una jornada de posta, por medio de un valle entre montañas de las que fluyen abundantes ojos de agua, con palmerales, unos a continuación de otros.

Desde Badr salimos hacia el desierto, conocido por llanura de Bazwā', estepa desértica en la que hasta el guía se pierde y el amigo no se cuida de su amigo. Por aquí hay que marchar durante tres días, a cuyo término se encuentra el valle de Rābig, donde la lluvia forma estanques naturales permanentes. En tal lugar, cercano a Ŷuḥfa, inician el rito de la peregrinación quienes proceden de Egipto y el Magreb. Desde Rābig caminamos tres días hasta Julayş, pasando por el desfiladero del Sawīq^[203], a media jornada de Julayş y muy arenoso. Los peregrinos al llegar a este punto requieren a menudo la bebida del sawīq traído desde Egipto y Siria a este efecto. Las gentes lo beben mezclado con azúcar, y los emires llenan odres para que beban todos. Se cuenta que en cierta ocasión en que el Enviado pasó por aquí, sus compañeros no tenían nada para llevarse a la boca. Entonces, tomó arena, se la dio a beber y les pareció que sabía a sawīq.

Seguidamente acampamos en la Alberca de Julayş. Está en una anchurosa llanura con múltiples palmeras y tiene un fuerte castillo en el pico de un monte. En el llano quedan las ruinas de otra fortaleza y en Julayş hay una alfaguara para la cual se excavaron acequias en la tierra y por ellas discurre el agua hacia las heredades.

El señor de Julayş es un noble descendiente de Ḥasan. Los beduinos de este rumbo disponen un mercado enorme al que se aportan ovejas, frutos y comidas aliñadas.

Luego rendimos viaje en 'Uṣfān, situada en una llanura entre montes, con pozos de agua de manantial, uno de los cuales se adjudica a 'Uṭmān b. 'Affān. La entrada, también atribuida a 'Uṭmān, se halla a una distancia de media jornada de Julayş: es un estrechamiento entre dos elevaciones en un punto del cual hay pavimento a guisa de escalones y restos de una construcción antigua. En ese sitio hay un pozo que toma su nombre de 'Alī, asegurándose que fue él quien lo excavó. En 'Uṣfān existe un viejo castillo y una torre bien construida, pero dañada por la ruina. También hay abundantes palmeras silvestres y enanas, cuyo fruto es el *muql*.

Salimos de 'Uṣfān y acampamos en Baṭn Marr, también llamado Marr de los Zuhrān [cadena de montañas]. Es un valle fértil, con numerosas palmeras y tiene una alfaguara cuyas aguas al fluir riegan la comarca. De este valle se llevan las frutas y

verduras a La Meca. Ya de tarde nos pusimos en camino desde este bendito valle con las almas plenas de felicidad por haber alcanzado sus esperanzas, gozosas de beatitud y triunfo.

LA MECA

Así llegamos, de mañana, a la ciudad digna de confianza, La Meca —Dios el Altísimo la honre— y nos encaminamos al santuario divino, habitáculo de su amigo Abraham y lugar en que comenzó su misión Mahoma [Mubammad] el Elegido. Entramos en el noble templo —al que cualquiera que acceda está en seguro— por la puerta de los Banū Šayba y contemplamos la sacrosanta *Ka'ba*, cuya grandeza Dios acrecienta. Es como una novia resplandeciente sobre un trono majestuoso, meciéndose en los mantos de su belleza, envuelta en los peregrinos del Señor, es el paso hacia el Edén. Hicimos las circunvoluciones de la llegada, abrazamos la Bendita Piedra, rezamos dos *rak'as* en el *maqām* [estación] de Abraham y nos asimos a los velos de la *Ka'ba*, junto al Multazam, sitio entre la puerta y la Piedra Negra, donde son acogidas las plegarias. Bebimos agua de la fuente Zamzam y al hacerlo se comprueba su excelencia ya expresada por el Profeta.

Corrimos entre aş-Şafā y Marwa y paramos en una casa cercana a la puerta de Abraham. Gracias a Dios que nos honró permitiéndonos estar en tal sitio y nos incluyó entre quienes recibieron la llamada de Abraham, regocijando nuestros ojos con la contemplación de la ilustre *Ka'ba*, de la santísima mezquita, de la venerada Piedra de la fuente Zamzam y del muro al-Hatim.

Entre los portentos que Dios hizo se cuenta haber grabado en los corazones humanos el deseo de acudir a estos sagrados santuarios y el ardiente anhelo de hallarse en sus augustos lugares. Insufló en los corazones un amor poderoso hacia ellos, pues nadie pasa por aquí sin quedar prendado de todo corazón, ni marcha sin tristeza por deber partir, apenado por alejarse, rebosante de afecto y con la intención de repetir la visita. Esta tierra bendita es el objeto de los ojos y el amor por ella colma los corazones a consecuencia de la inmensa sabiduría de Dios acorde con la invocación de Abraham. El anhelo hace próximos tales lugares aunque estén lejanos y los representa, bien que sean ausentes. Cuantas penalidades topa y soporta el peregrino se allanan por su fe. ¡Y cuántos enfermos han encontrado la muerte en la búsqueda de estos lugares sagrados o se han extraviado en el camino! Una vez que Dios allí reúne a sus visitantes, se muestran contentos y exultantes de gozo como si no hubieran probado amarguras, calamidades ni desgracias. Es un mandato divino, una obra del Señor, una prueba sin mestura de dudas, despojada de toda oscuridad, libre de cualquier falsía. Honra inmensa para el alma de los avisados y reposo para la preocupación de los cavilosos. Aquel a quien Dios obsequia permitiéndole llegar a tales sitios y personarse en esa explanada, desde luego que recibe la mayor de las gracias, al otorgarle la posesión de lo mejor de las dos mansiones, ésta del mundo y la otra. Por tanto, debe multiplicar su agradecimiento por la merced recibida y reconocer a perpetuidad lo que se le ha concedido. Que Dios el Altísimo nos sitúe entre aquellos cuya visita le es grata, cuyo negocio en su procura ha prosperado, cuyos actos se escriben en la senda de Dios y cuyos yerros han sido enjugados por el

arrepentimiento, en Su largueza y Su generosidad.

Descripción de la ilustre ciudad de La Meca

Es una gran ciudad, de construcciones apiñadas, rectángulo en la hoz de un valle rodeado de montañas, de modo que el viajero no la vislumbra hasta la llegada misma. Las alturas circun-dantes no son muy elevadas. Entre ellas se cuentan los dos Ajšab, una la montaña de Abū. Qubays, al sur, y otra la de Qu‘ayqi‘ān a su lado^[204]. Al norte se halla la Montaña Roja. Junto a Abū Qubays están los estrechamientos grandes y pequeños, que son dos gargantas. Además está al-Jandama, monte que se mencionará luego. Todos los emplazamientos para sacrificios y ofrendas comprendidos en el rito de la megrinación (como Minà, ‘Arafa y al-Muzdalifa) se encuentran al este de La Meca.

La ciudad dispone de tres puertas, a saber: la de al-Ma‘lā, en la parte alta; la puerta de aš-Šubayka en lo más bajo, también llamada Bāb aḏ-Ḍāhir y Bāb al-‘Umra, orientada a poniente y por donde entran los peregrinos procedentes de Medina, Egipto, Siria y Ŷudda, por ella se sale al *tan‘īm*, lo que se relatará más adelante; y la puerta de al-Masfal, al sur, que es por donde entró Jālid b. al-Walīd el día en que se tomó La Meca.

La Meca —tal como Dios reveló en el Sagrado Libro repitiendo las palabras de su profeta Abraham— está en un valle yermo. Sin embargo, la impetración bendita de Abraham le dio ventaja [sobre otras]. A ella se trae cuanto hay de bueno, así como frutos de todo género. Allí he comido uvas, higos, melocotones y dátiles sin parejo en el mundo entero. Los melones que se llevan a La Meca no tienen igual, tanto en aroma como en dulzura. Las carnes son manteca y deliciosas de comer. Todas las mercancías repartidas por los países del mundo vienen aquí a juntarse. De Ṭā‘íf, de Wādi Najla y de Baṭn Marr se traen frutas y verduras, por bondad de Dios para con los habitantes de su recinto inviolable y seguro y con los residentes en su antiguo templo.

Descripción de la Mezquita Sagrada

Está en el centro de la población. Anchurosa, su longitud de este a oeste excede los cuatrocientos codos, según refiere al-Azraqī. Y casi otro tanto tiene de ancho. La grandiosa *Ka‘ba* está en el centro. Contemplantela y recrear en ella la vista es tan maravilloso y bello que la lengua no es capaz de describir su extraordinaria hermosura. No hay relación posible que abarque la totalidad de tal perfección. La altura de sus muros es de casi veinte codos. El techo descansa en largas columnas

alineadas en tres hileras, de la más acabada y bonita factura. Las tres naves están dispuestas con un orden portentoso, de suerte que parecen una sola. Los pilares de mármol son cuatrocientos noventa y uno. Eso sin contar los de yeso que hay en la *Sede de la reunión*, aneja al santo recinto y que penetra en la nave norte, por frente del maqām de Abraham, en el ángulo que da hacia el Iraq. Por esa nave se accede a su patio, que está inmediato. A lo largo de la misma nave hay adosados al muro bancos coronados por arcos voladizos. Allí se sientan los maestros de lectura del *Corán*, los copistas y cosedores. En la pared de la nave de enfrente hay bancos semejantes. Las otras naves también tienen bancos adosados a las paredes, pero sin arquerías. Cerca de la puerta de Abraham hay una entrada por la nave occidental que tiene columnas de yeso.

El califa al-Mahdī M. b. Abū Ŷa‘far al-Manṣūr dejó generosas huellas ampliando la sacrosanta mezquita y reforzando su construcción. Efectivamente, en lo alto del muro oeste puede leerse: «El siervo de Dios M. al-Mandī, príncipe de los creyentes, a quien Dios socorra, mandó ensanchar la mezquita venerable en pro de los peregrinos que visitan la casa de Dios. La construcción se hizo el año ciento sesenta y siete [783-784 de J. C.]».

La santísima e ilustre *Ka‘ba* (que Dios acreciente en honra y grandeza)

Está colocada en medio de la mezquita. Es una edificación cuadrada cuya altura por tres lados es de veintiocho codos y por el cuarto de veintinueve, que es el que se halla entre la Piedra Negra y la esquina del Yemen. La anchura del lado, entre el ángulo del Iraq y la Piedra Negra, es de cincuenta y cuatro codos. Y la misma en la cara opuesta, es decir, desde el rincón del Yemen hasta el de Siria. La longitud del flanco que va del ángulo del Iraq al de Siria, en el interior del *ḥiṭr* [muro del noroeste], es de cuarenta y ocho palmos, como lo es también en el lado contrario: de la esquina de Siria a la del Iraq^[205]. Pero el exterior del mide ciento veinte palmos y las vueltas se hacen por fuera del *ḥiṭr*. La *Ka‘ba* está construida con sólidas piedras oscuras, encajadas del modo más portentoso, mejor construido y bello. Los tiempos no le afectan y los días no le hacen mella alguna.

La puerta de la adorada *Ka‘ba* se encuentra en la fachada existente entre el ángulo del Iraq y la Piedra Negra. Desde esta última a la entrada hay una decena de palmos y es el lugar denominado *al-Multazam*, donde las preces son atendidas. El umbral está a una altura de once palmos y medio, la anchura del vano es de ocho y se alza en otros trece. El grosor del muro que la envuelve es de cinco palmos, recubierto con planchas de plata maravillosamente labradas. También las dos jambas y el dintel están revestidos de láminas de plata. Asimismo, pueden verse dos enormes garfios con un candado por arriba. La augusta puerta se franquea los viernes, después de la oración colectiva. También se abre el aniversario del nacimiento del Enviado. Al abrirse

actúan como sigue: colocan una escala semejante a un almimbar, con peldaños y soportes de madera en que se adaptan cuatro ruedas sobre las cuales discurre el artilugio. Una vez éste arrimado a la pared de la sagrada *Ka'ba*, su escalón superior queda al nivel del umbral y entonces asciende el patriarca de los Banū Šayba con la egregia llave en la mano. También suben los custodios, toman el lienzo que cela la puerta de la *Ka'ba*, conocido por *al-burqu'* [el velo]^[206], en tanto su jefe abre la puerta. Una vez abierta, besa el noble umbral, entra solo en el santuario y cierra la hoja. Así permanece el tiempo de una oración de dos *rak'as*. Luego penetra el resto de los šaybīes, que también cierran la puerta tras sí y cumplen su plegaria. A continuación se franquea la puerta, momento en que la multitud se apresura a entrar, pero antes, mientras se desarrollan las maniobras descritas, permanecen fijos en la noble puerta con la vista baja y el corazón contrito, con las palmas tendidas hacia Dios el Altísimo. Una vez se abre la hoja ensalzan al Señor, y claman: «Gran Dios, ábrenos las puertas de tu misericordia y perdón, apiádate de los misericordiosos».

El interior de la sagrada *Ka'ba* está enlosado de mármol veteadado, el mismo que recubre sus paredes. En medio de la esclarecida *Ka'ba* hay tres columnas, largas en demasía, de madera de teca, separadas por una distancia de cuatro pasos. La central está frente al lado que limitan los ángulos del Iraq y Siria.

Los cortinajes de la noble *Ka'ba* son de seda negra, con letras bordadas en blanco. Destellan luz y brillo enormes y revisten el edificio entero desde arriba hasta el suelo.

Entre los portentosos prodigios que se dan en la venerada *Ka'ba* está que, al abrirse la puerta, el santuario rebosa de gentes que sólo puede contar Dios, creador y proveedor. Entran todos sin que el lugar sea angosto para ellos. Otra maravilla es el tener siempre alguien cumpliendo las circunvalaciones, tanto de noche como de día: nadie recuerda haberla visto jamás sin algún fiel girando en su torno. También es portento que las palomas —numerosísimas en La Meca— y las otras aves nunca se posen sobre ella, ni la sobrevuelen. Puede verse a las palomas planeando sobre la mezquita toda, pero al enfilarse hacia la noble *Ka'ba* se desvían de medio lado y tampoco vuelan por encima. Se dice que no se posa ninguna de no estar enferma y entonces, o bien al punto muere, o sana de su mal ¡Gracias a Dios que la distinguió honrándola y ennobleciéndola y acordándole dignidad y grandeza!

El desagüe bendito

En lo alto de la fachada que se alza sobre el *hiy'r* hay un caño de oro, ancho de un palmo, sobresaliendo dos codos aproximadamente. Se cree que debajo de él se halla el lugar donde se reciben las plegarias, allí está la tumba de Ismael, cubierta con una lápida de mármol verde, alargada a modo de mihrab y junto a otra redonda. Ambas tienen un palmo y medio de ancho, más o menos, y son de peregrina forma y

hermoso aspecto. Al lado de este sepulcro, contiguo a la esquina del Iraq, está el de su madre Hāyār [Agar]. Este último se conoce por una plancha circular de mármol verde, de palmo y medio de diámetro. Las tumbas están a siete palmos una de otra.

La Piedra Negra

Está a una altura de siete palmos sobre el suelo, de suerte que el hombre alto, para besarla, se ha de inclinar y el de corta talla debe empinarse. Está encastrada en el ángulo oriental. Mide dos tercios de palmo de anchura y uno de largo. Perfectamente engastada en el muro, no se sabe cuánto penetra en la esquina. Se compone de cuatro fragmentos juntos. Cuentan que el Cármata —Dios lo maldiga— es quien la partió, aunque también dicen que la rompió otro, golpeándola con una maza. El pueblo se lanzó contra él a darle muerte y con tal motivo perecieron varios magrebíes. Las caras de la piedra se han afianzado por medio de una abrazadera de plata que resplandece sobre la negrura de la noble piedra. Los ojos se encandilan ante hermosura tan señalada. Quien besa la Piedra experimenta un goce que es disfrute de la boca y quisiera seguir besándola ya siempre. Es una virtud que posee y un favor divino recibido. Basten las palabras del Enviado al respecto: «Es la diestra de Dios en este mundo». ¡Que Dios nos sea propicio para poderla estrechar y palpar y haga llegar hasta ella a todos quienes lo desean fervientemente!

En el trozo intacto de la Piedra Negra, hacia la derecha de quien la abraza, hay un pequeño punto blanco y brillante, a manera de lunar en esta resplandeciente superficie. Puedes ver a los fieles una vez cumplidas las vueltas, cayendo unos encima de otros en montonera al tratar de besarla. Es raro acertar a realizarlo si no es tras enormes apreturas. Del mismo modo acaece para entrar en la sagrada casa. En la Piedra Negra se halla el punto de partida de las procesiones de circunvalación y es el primer ángulo que se topa quien gira. Una vez ha abrazado la Piedra recula un poco, dejando la ilustre *Ka‘ba* a su izquierda y se pone a dar vueltas encontrando primero la esquina del Iraq, al norte; luego la de Siria, al oeste; finalmente la del Yemen, al sur, para retornar a la Piedra Negra, es decir hacia el oriente.

Descripción del ilustre *maqam*^[207]

Existe entre la puerta de la *Ka‘ba* y el rincón del Iraq, un espacio de doce palmos de largo por seis de ancho aproximadamente y cuya altura son unos dos palmos. Es el sitio donde puso su huella Abraham. Más adelante el Profeta lo trasladó al emplazamiento actual donde sirve como oratorio. Tiene forma semejante a un pilón: en él se vierte el agua desde la egregia Casa cuando es lavada. Es un sitio bendito

donde se agolpan las gentes para rezar. El lugar del distinguido *maqām* está frente al espacio existente entre la esquina del Iraq y la noble puerta pero más próximo a ésta. Sobre él se alza una cúpula bajo la cual hay un enrejado de hierro tan poco separado del ilustre *maqām* que quien introduce la mano a través de los barrotes puede tocar el arca con los dedos. El enrejado está cerrado, pero más allá se alcanza a ver un estrecho lugar que fue destinado a oratorio para hacer una plegaria de dos *rak'as*, después de las circunvoluciones.

En el *Ṣaḥīḥ* se indica que el Enviado al entrar en el santuario vino a la *Ka'ba*, dio siete vueltas, luego se acercó al *maqām* y rezó. Así lo convirtieron en oratorio. Mahoma hizo, por detrás de él, una oración de dos *rak'as*. Por eso, tras el *maqām*, en el muro, se halla el oratorio del imán del rito *sāfi'ī*.

Descripción del *ḥiṭṭ* y de la explanada de las circunvoluciones

La circunferencia del muro del *ḥiṭṭ* mide veintinueve pasos, es decir, noventa y cuatro palmos, por el interior del círculo. Es de un mármol maravilloso, vetado, perfectamente engastado, alto de cinco palmos y medio y grueso de cuatro y medio. El interior del *ḥiṭṭ* está pavimentado con losas marmóreas, dispuestas de modo portentoso y sólido. La distancia entre la pared de la santísima *Ka'ba* bajo el desagüe, y el trozo del muro del *ḥiṭṭ* que le cae enfrente, en línea recta, es de cuarenta palmos. El *ḥiṭṭ* tiene dos entradas, una por la esquina iraquí, cuya anchura es de seis codos. Es el espacio que los *qurayšites* dejaron fuera de la *Ka'ba*, al edificarla, como señalan las tradiciones dignas de fe. La otra entrada está por el ángulo de Siria, también de seis codos. Están separadas ambas aberturas por cuarenta y ocho palmos.

La explanada de las procesiones está enlosada con piedras negras, bien trabadas, que se extienden desde el santuario a una distancia de nueve pasos, menos en la fachada frontera al noble *maqām*, donde se prolongan hasta envolverlo por todos lados. El resto del sagrado recinto, así como las naves, está recubierto de arena blanca. El lugar para los giros de las mujeres está situado al final del pavimento de piedra.

Del bendito pozo Zamzam

La cúpula del pozo Zamzam se halla ante la Piedra Negra, separadas por una distancia de veinticuatro pasos. El ilustre *maqām* queda a la derecha de la bóveda, a diez pasos. El interior de la cúpula está recubierto con mármol blanco. El brocal del bendito pozo se halla en el medio, bajo la bóveda, más bien hacia el muro de la *Ka'ba*, que está enfrente. Es de un mármol maravillosamente dispuesto y engastado

en plomo. Mide cuarenta palmos de circunferencia y cuatro y medio de alto. La profundidad del pozo es de once brazas. Cuentan que su agua crece siempre en la noche del jueves al viernes. La puerta de este templete se halla en el lado oriental, por dentro hay una pila cuya anchura y profundidad es de un palmo, levantada a una altura de cinco sobre el suelo. Se llena de agua para las abluciones. Circunda a esta pileta una banca circular donde se sientan los fieles a purificarse.

A continuación de la bóveda de Zamzam está la de la *Bebida*, atribuida a ‘Abbās, cuya puerta da al norte. Ahora se le trae agua de Zamzam, en cantarillos que llaman *dawāriq* [jarros], cada jarro con una sola asa. Se dejan aquí para refrescar el agua que las gentes beben. En el mismo lugar se atesoran las nobles coplas del *Corán* y los otros libros propiedad del augusto santuario. Hay un almacén que contiene un cofre plano de grandes dimensiones donde se guarda una copia del noble *Corán* de puño y letra de Zayd b. Tābit, copiada dieciocho años después del fallecimiento del Enviado. Los mequís cuando sufren sequías o cualquier otra desgracia sacan este ilustre ejemplar, abren la puerta de la *Ka‘ba* y lo ponen en su venerado umbral. Y junto al *maqām* de Abraham. Las gentes se congregan, descubiertas las cabezas, implorando, humildes, la gracia de Dios por medio de la intercesión del Santo Libro y del noble *maqām* y no se desvían de allí hasta que Dios les socorre compadecido y les cubre con su bondad.

A continuación de la cúpula de ‘Abbās sigue, torciendo un poco, la conocida por *cúpula de la judía*.

Relación de las puertas de la inviolable mezquita y de los ilustres santuarios que la circundan

Las entradas de la sacrosanta mezquita son diecinueve, la mayor parte de las cuales se abren a su vez a otras muchas puertas.

Hay que citar:

Bāb aṣ-Ṣafā, abierta a otras cinco puertas. Antiguamente era conocida como Bāb Banū Majzūm. Es la mayor de la mezquita, por ella se sale al Mas‘à [arteria principal de la ciudad]. Quien llega a La Meca gusta de acceder a la santísima mezquita por la puerta de los Banū Šayba y salir, una vez cumplidas las circunvoluciones, por Bāb aṣ-Ṣafā, emprendiendo la marcha entre las dos columnas que erigiera el príncipe de los creyentes al-Mahdī para mostrar el camino que siguiera el Enviado hacia Ṣafā.

Bāb Ayyād [de los pequeños collados], que a su vez da a otras dos puertas.

Bāb al-Jayyātīn [de los alfayates], abierta a otras dos.

Bāb al-‘Abbās, abierta a otras tres.

Bāb an-Nabī [del Profeta], que se abre a dos más.

Bāb Banū Šayba, en la esquina del muro oriental, al noreste, por frente de la

entrada de la nobilísima *Ka'ba*, a la izquierda. Da a otras tres puertas. Es la de los Banū 'Abd aš-Šams y por ella entraban los califas.

Una puertecita frontera a la de los Banū Šayba que carece de nombre. Sin embargo, se dice que recibe la denominación de Bāb ar-Ribāṭ [del cenobio] por ser la puerta de acceso al Cenobio del Loto.

Bāb an-Nadwa [de la asamblea], denominación que se aplica a tres puertas, dos de ellas alineadas y la tercera en el rincón occidental de la sede de asambleas, transformada en mezquita aneja al sagrado recinto y situada por frente del caño.

Una puertecita que se practicó lleva a la casa de 'Aḡala.

Bāb aš-Šidra [del loto], que es sólo una.

Bāb al-'Umra, también única y una de las más hermosas del sagrado lugar.

Bāb Ibrāhīm [Abraham], igualmente una sola. El vulgo discrepa en la causa de este nombre: hay quien lo atribuye a Abraham, pero lo cierto es que se debe a Ibrāhīm al-Jūzī, un persa.

Bāb al-Ḥazwara, que da a otras dos.

Bāb Aḡyād [de los grandes collados], abierta a dos más.

Otra con la misma denominación de la anterior, o de los collados. Da a otros dos arcos.

Una tercera, también dicha de los collados que conduce a dos puertas y cae muy cerca de Bāb aš-Šafā. Hay quienes llaman *de los harineros* a dos puertas de las cuatro dichas *de los collados*.

En la sacrosanta mezquita hay cinco alminares: uno en la esquina de Abū Qubays, próximo a Bāb aš-Šafā; otro en la esquina de la puerta de los Banū Šayba; otro, junto a Bāb an-Nadwa; un cuarto, en el ángulo de Bāb aš-Šidra y el quinto en la esquina de los Collados.

Cerca de Bāb al-'Umra existe una escuela erigida por el venerable sultán Yūsuf b. Rasūl, rey del Yemen conocido por el Victorioso [*Muḡaffar*] y de quien toman su nombre los *dirhams muḡaffarīes* en el Yemen. También se encargaba del revestimiento exterior de la *Ka'ba* hasta que al-Malik al-Manšūr Qalāwūn le suplantó en tal cometido.

Según se sale por Bāb Ibrāhīm, se encuentra una gran zagüía donde reside el imán málīkī, el probo Abū 'Abdallāh M. b. 'Abd ar-Raḡmān llamado Jalīl. Por cima de la puerta mencionada hay una enorme cúpula, demasiado alta, en cuyo interior se realizaron indescriptibles decoraciones en yeso de peregrina belleza. Delante de esta puerta, entrando, a la derecha, solía sentarse el piadoso jeque Ḥalāl ad-Dīn M. b. Aḡmad al-Aqšahirī. Por fuera de Bāb Ibrāhīm hay un pozo que lleva el mismo nombre de esta puerta y muy cerca está la residencia del pío jeque Daniel el Persa por cuyo intermedio afluían a La Meca las limosnas del Iraq en tiempos del sultán Abū Sa'īd. También en las proximidades se halla la casa de beneficencia de al-Muwaffaq, una de las mejores y en la cual residí durante mi estancia en La Meca santísima. Por entonces se encontraban allí el piadoso jeque Abū 'Abdallāh az-Zuwāwī el Magrebí y

el devoto jeque aṭ-Ṭayyār Sa‘adat al-Ŷawwānī. Cierta día este último se retiró a su habitación, tras la oración de *al-‘aṣr* y se le encontró prosternado, como si rezase, mirando hacia la *Ka‘ba* santa, pero muerto, aunque no se le conociera anteriormente mal alguno. Habitó aquí también el pío jeque sirio Šams ad-Dīn M. durante casi cuarenta años. Y el probo jeque Šu‘ayb el Magrebí, hombre devotísimo y ascético: en una ocasión entré a verle en su celda sin que mis ojos alcanzaran a divisar nada más que una estera y como yo me refiriera a tal circunstancia me contestó: «Guárdame el secreto de lo que has visto».

En torno al venerado y santo recinto son numerosas las viviendas con miradores y azoteas por las que se puede acceder a las terrazas de la mezquita sagrada. Sus dueños están permanentemente contemplando la augusta Casa. También hay casas con puertas que conducen directamente al templo, así la casa de Zubayda, esposa del Príncipe de los Creyentes, Rašīd; la de ‘Aŷala; la de aš-Šarābī y otras más.

Entre los ilustres santuarios próximos a la mezquita santa hay que citar el domo de la divina revelación situado en la casa de Jadīŷa, madre de los creyentes, cerca de la puerta del Profeta [*Bāb an-Nabī*]. En la misma mezquita hay una pequeña bóveda en el lugar donde nació Fátima. También en los aledaños está la casa de Abū Bakr el Verídico y frente a ella existe un muro bendito en el cual hay una santa piedra cuyo canto sobresale de las otras y las gentes lo abrazan, pues se cuenta que esta piedra saludaba al Profeta. Así se recuerda cómo un día el Enviado vino en cierta ocasión a casa de Abū Bakr el Verídico, que estaba ausente, y como Mahoma lo llamara habló la piedra: «Enviado de Dios, no está en casa».

Descripción de Ṣafā y Marwa

Desde la puerta de Safā —una de las de la mezquita sagrada— hasta el montículo de Ṣafā hay setenta y seis pasos y la extensión de éste es de diecisiete. Tiene catorce escalones, el cimero de los cuales es a modo de banco. Ṣafā y Marwa están separadas por cuatrocientos noventa y tres pasos repartidos como sigue: desde Ṣafā al primer jalón verde, noventa y tres; desde éste a los dos mojones verdes, setenta y cinco, y de los dos jalones a Marwa, trescientos veinticinco. En Marwa hay cinco escalones y un solo arco amplísimo. La extensión de Marwa es de diecisiete pasos. El jalón verde es una columnata de ese color adosada a la esquina del alminar oriental de la mezquita, a la izquierda, según se sale hacia Marwa. Los dos mojones son un par de pilares verdes por frente de la puerta de ‘Alī, una de las de la mezquita, colocados a ambos lados de la mencionada puerta. Entre el primer mojón y los segundos tiene lugar la carrera [*ramal*] yendo y viniendo. De Ṣafā a Marwa hay un cauce de agua donde se monta un gran zoco para venta de granos, carnes, manteca, dátiles y otras frutas. Quienes corren entre ambos puntos casi no aciertan a cumplir su propósito a causa de las apreturas del gentío en torno a las tiendas de los comerciantes. En La Meca no se

dispone ningún otro mercado aparte de éste, excepción hecha de los perfumistas y vendedores de telas que hay cabe la puerta de los Banū Šayba.

Entre ambos lugares se halla la casa de ‘Abbās, que actualmente es una rábida donde residen los servidores del templo. Fue construida por al-Malik an-Nāšir, quien también edificó una casa para abluciones entre Šafā y Marwa el año 728 [1327-8 de J. C.], dotándole de dos puertas, la una abierta al zoco antedicho y la otra al de los drogueros. Al lado está la residencia de quienes se ocupan de su mantenimiento. Estas obras fueron dirigidas por el emir ‘Alā’ ad-Dīn b. Hilāl. A la derecha de Marwa se halla la mansión del emir de La Meca, Sayf ad-Dīn ‘Uṭayfa b. Abū Numayy al que citaremos más adelante.

Del bendito cementerio

El cementerio de La Meca se encuentra extramuros de Bāb al-Ma‘lá. Es conocido como al-Ḥayūn^[208]. A él se refirió al-Ḥārith b. Muḍāḍ al-Ŷurhumī en sus versos [metro *ṭawīl*]

*Como si nadie hubiera entre Ḥayūn y Šafā,
ni trasnochadores velasen en La Meca.
¡Ah. malhaya! Nosotros, sus moradores: nos perdieron
las tornas del destino y una suerte adversa.*

En esta almacabra reposan muchísimos de los compañeros y discípulos del Nabí —tanto coetáneos como de la inmediata posteridad—: ulemas, hombres piadosos y otros santos, pero los sepulcros están deteriorados hasta el punto de haber olvidado los mequías a quién pertenece cada uno y sólo se sabe de algunos. Este es el caso de la tumba de la madre de los creyentes y auxilio del mejor de los Enviados, Jadīya bint Juwaylid, madre de los hijos del Profeta —a excepción de Ibrāhīm— y abuela de los dos esclarecidos nietos [Ḥasan y Ḥusayn]. No lejos está el enterramiento del califa y Príncipe de los Creyentes Abū Ŷa‘far al-Manšūr ‘Abdallāh b. M. ‘Alī b. ‘Abdallāh b. al-‘Abbās.

También en este cementerio está el sitio en que fue crucificado ‘Abdallāh b. az-Zubayr. Había allí un edificio que arrasaron las gentes de Ṭā‘if encolerizadas por la maldición que alcanzó a su paisano al-Ḥayyāy el exterminador. A la derecha de quien mira hacia el cementerio quedan los restos de una mezquita, en la cual se dice que los genios rindieron pleitesía al Enviado. Cerca de esta almacabra está la senda para subir al monte ‘Arafāt, así como la ruta que conduce a Ṭā‘if y al Iraq.

Relación de algunos santuarios extramuros de la ciudad

Hay que citar:

Al-Ḥayūn, ya mencionado. Se cuenta que ése es el nombre del monte que domina el cementerio.

Al-Muḥaṣṣab, o también dicho Al-Abṭaḥ. Está junto a la referida necrópolis. Allí se encuentra el talud de los Banū Kināna donde descendió el Enviado de Dios.

Ḍū Ṭuwan, un valle que baja hasta las tumbas de los emigrados^[209] en Hashās, por bajo de la cuesta de Kadā'. Por aquí se sale hacia los mojones puestos para indicar la divisoria entre el territorio lícito y el inviolable^[210]. Cuando 'Abdallāh b. 'Umar venía a La Meca pernoctaba en Ḍū Ṭuwan, hacía las abluciones y amanecía en la ciudad. Se dice que el Nabí hizo otro tanto.

El repecho de Kudan, en lo alto de La Meca. Por ese sitio entró el Enviado en su postrer peregrinación.

El ribazo de Kadā', también dicho la Cuesta Blanca. Está en la parte más baja de La Meca. Por allí salió el Enviado con ocasión del año de la despedida^[211]. Se halla entre dos elevaciones, formando un desfiladero en el cual hay un montón de piedras sobre el camino y allí arrojan un canto todos los caminantes. Se dice que es la tumba de Abū, Lahab y de su esposa Ḥammālat al-ḥaṭab [*la cargadora de leña*]^[212].

Entre esta subida y La Meca hay una vasta llanura donde recalaba la caravana según viene de Minā y en sus cercanías, a una milla de la ciudad más o menos, existe una mezquita frente a la cual una piedra sobre el camino, a guisa de banca, soporta a otra que estuvo adornada con un bajorrelieve borrado hoy día. Se cuenta que el Nabí se sentó en ese lugar para descansar al regreso de su visita a los lugares santos. El pueblo tiene a bien santificarse besándolo y recostarse en él.

El Tan'īm, a una parasanga de La Meca. Aquí empiezan los mequies la visita a los santos lugares pues es el punto del territorio abierto más próximo al sagrado. La madre de los creyentes, 'Āiṣā, comenzó por aquí cuando el Enviado de Dios la mandó, en la peregrinación de la despedida, con su hermano 'Abd ar-Raḥmān, ordenando a este último que iniciara la visita por Tan'īm. Allí, sobre la senda, se han edificado tres mezquitas, todas ellas bajo la advocación de 'Ā'iṣā. El camino de Tan'īm es ancho y las gentes se esmeran en barrerlo a diario, para procurarse una recompensa en la otra vida. Porque entre los visitantes algunos caminan descalzos. En esta ruta están los pozos de agua dulce llamados de aṣ-Ṣubayka.

El Zāhir, a unas dos millas de La Meca, en el camino de Tan'īm. Abarca ambas orillas de la vereda y hay allá ruinas de aduare, de huertos y mercados. A un lado de la vía existe un poyo alargado donde se disponen alcuzas con agua para beber y vasijas para abluciones que el servidor del lugar llena en los profundísimos pozos de Zāhir. El servidor es un faquir frecuentador de la mezquita santa. Las gentes de bien le ayudan en su cometido por lo que tiene de auxilio a los peregrinos, tanto en cuanto a lavarse como a bebida o abluciones. Junto a Zāhir está Ḍū Ṭuwan.

Mención de las montañas que rodean a La Meca

Entre ellas están:

El monte de Abū Qubays, al sureste de La Meca, que Dios guarde. Es uno de los dos Ajšab. Es la montaña más próxima a la ciudad, dando frente a la esquina de la Piedra Negra. En su cúspide existe una mezquita y restos de una rábida y de otras edificaciones. Al-Malik az-Zāhir quería haber restaurado esas ruinas. Este monte se alza sobre el noble recinto y sobre toda la población. Desde aquí se perciben la hermosura de La Meca y de la mezquita así como su amplitud. Se asegura que el monte de Abū Qubays es el primero que Dios creó. Aquí se depositó la Piedra Negra en tiempos del Diluvio, por eso los *qurayšīes* le llamaban *el fiel*, por haber entregado a Abraham, el amigo de Dios, la Piedra que recibiera. Se dice que guarda la tumba de Adán y en él se hallaba el Profeta cuando vio a la luna partirse en dos [*Corán*. LIV, 11.

Qu‘ayqi‘ān, que es el otro Ajšab.

El Monte Rojo, al norte de La Meca.

Al-Jandama, monte cercano a los dos collados conocidos como Aÿyād grande y Aÿyād pequeño.

La Montaña de los Pájaros, que en realidad comprende cuatro picos situados a ambos lados del camino de Tan‘im. Se dice que son las alturas donde Abraham colocó los miembros de las aves que a continuación invocó, según Dios lo refiere en su sublime Libro. En estas elevaciones hay mojones de piedra.

El monte Ĥirā‘, al norte de La Meca y a una parasanga, más o menos, de la ciudad. Se alza sobre Minà, erguido en el espacio y su cima alcanza gran altura. El Enviado de Dios solía entregarse a sus devociones en este lugar antes de su misión divina. Y aquí le vino la Verdad de su Señor y se iniciaron las revelaciones. Es la montaña que se estremeció bajo el Enviado de Dios y a la que dijo: «Cálmate, pues sobre ti no hay sino un nabí, un hombre verídico [Abū Bakr] y un mártir [‘Umar]». No obstante, hay discrepancias sobre quién iba en su compañía aquel día, así se aduce que eran los diez discípulos, e incluso que también tembló bajo el Profeta el monte Tabīr.

La altura de Tawr, a una parasanga de La Meca en dirección al Yemen. En él se halla la gruta en que se refugio el Enviado de Dios cuando hubo de salir emigrado de la ciudad, acompañado de Abū Bakr, según viene en el Libro Sagrado. Al-Azraqī narra en su obra que el mencionado monte invocó al Enviado diciéndole: A mí, Mutiammad [Mahomal pues ya he cobijado a setenta profetas antes que a ti]. Una vez hubo entrado el Nabí en la cueva, ya a salvo y con él Abū Bakr, la araña tejió al punto su tela sobre la entrada y la paloma anidó y puso en el mismo sitio. Todo ello por la divina intercesión. Cuando los paganos y su baquiano, en persecución de la pista, terminaron en la abertura dijeron: «Aquí acaba el rastro». Pero entonces vieron que la araña hilara cubriendo el bocarón de la caverna y que la paloma había puesto

huevos y se dijeron retirándose: «Aquí no ha entrado nadie». Abū Bakr en ese momento dijo: «Enviado de Dios, y si hubieran dado con nosotros penetrando por ahí...». Y respondió: «Habríamos salido por ahí». Al tiempo señalaba con su bendita mano al otro extremo en que antes no había salida y ahora se abría una puerta, gracias al poder del Señor Munificente. El vulgo acude a visitar esta gruta venerable con intención de entrar por el mismo sitio que lo hizo el Profeta y para ganar su baraca. Algunos lo logran, otros no y quedan atrapados en la angostura hasta ser arrastrados fuera a tirones. Hay quienes rezan ante la gruta sin entrar. Los lugareños afirman que los nacidos de legítima cópula pueden entrar; y que quienes son producto de adulterio no lo consiguen. Consiguientemente son muchos los que se guardan de intentarlo por vergüenza y miedo al escándalo.

Ibn Ŷuzayy dice al respecto: «Me contó cierto jeque sagaz que hizo la peregrinación, que la causa de la dificultad para entrar estriba en que en el interior, justo al lado de la abertura, se halla una gran roca en sentido transversal y así quien se desliza boca abajo por la hendidura da con su cabeza en esa piedra y no alcanza a seguir avanzando, ni tampoco puede doblarse hacia arriba, con la cara y el pecho tocando el suelo: queda atorado sin podersele librar más que tras duros esfuerzos halando hacia fuera. Sin embargo, quien entra reptando de espalda lo consigue porque, en llegando su cabeza a la piedra atravesada, la levanta y se incorpora sentándose con el dorso apoyado en la roca, las caderas en la angostura y los pies en el exterior de la cueva, para finalmente erguirse dentro de la gruta».

Volvamos al relato.

Suceso

En este monte [Tawr] aconteció a dos de mis compañeros —uno de ellos el preclaro alfaquí Abū M. ‘Abdallāh h. Farḥān, tunecino de Tūzar [Tozeur] y el otro Abū l-‘Abbās Aḥmad, andalusí de Guadix— que con ocasión de visitar La Meca el año 728 [1327 de J. C.] se propusieron ver la cueva y enderezaron hacia ella pero solos, sin que les acompañara guía o conocedor del camino. De este modo, confundidos, perdieron el camino de la gruta y se dirigieron por otro completamente distinto. Era la época de los rigores estivales y de calor más intenso. Al agotarse el agua que llevaban y sin haber alcanzado la caverna iniciaron el regreso a La Meca, entonces encontraron una senda y la siguieron, conduciéndoles a otro monte. El calor y la sed se ensañaron con ellos y se vieron en trance de perecer. El alfaquí Abū M. b. Farḥān no podía ya andar y se arrojó en tierra. El andalusí se salvó porque era hombre muy fuerte y pudo seguir recorriendo aquellos montes hasta que la vereda le condujo al Aḡyād y retornó a La Meca. Acudió a mí y me notificó lo sucedido, así como de la suerte que corriera ‘Abdallāh at-Tūzarī, solo en el monte. Esto ocurría en las

postrimerías del día. El mentado ‘Abdallāh tenía un primo de nombre Ḥasan que vivía en Wādī Najla pero el cual a la sazón estaba en La Meca. Se lo comuniqué, y me fui a ver al piadoso jeque, el imán Abū ‘Abdallāh M. b. ‘Abd ar-Raḥmān, también llamado Jalīl, que era imán de los *mālikīes*. Le llevé razón de lo ocurrido y éste envió en su busca a un grupo de mequíes, conocedores de aquellos montes y gargantas. Entre tanto, ‘Abdallāh at-Tūzarī, al dejarle su compañero, se acogió a la sombra de una gran piedra y en ese estado de fatiga y sed quedó mientras los cuervos le sobrevolaban esperando su muerte. Con el término del día y la llegada de la noche recuperó fuerzas reconfortado por el frescor de la oscuridad. Con el alba se puso en pie y bajó del monte a la hoz de un valle que las alturas velaban del sol y continuó caminando hasta encontrar una acémila cuyas huellas fue siguiendo. De esta manera dio con una jaima de beduinos y a su vista cayó al suelo sin poder ya rehacerse, pero le vio la mujer de la tienda que estaba sola, pues su marido saliera a por agua. Ella le proporcionó toda el agua que tenía sin que se saciara. A su regreso, el marido le dio de beber un odre entero y tampoco apagó su sed. Luego le montó en un burro y lo trajo a La Meca, donde llegó a la hora de la oración de *al-‘aṣr* del segundo día, pero tan demudado, orno si se hubiera levantado de una tumba.

Los dos emires de La Meca

El cargo de emir en La Meca durante mi estancia estaba en manos de los dos nobles jerifes hermanos Asad ad-Dīn Rumayṭa y Sayf ad-Dīn ‘Uṭayfa, hijos del emir Abū Numayy b. Abū Sa’d b. ‘Alī b. Qutāda, hasanīes. Rumayṭa era el mayor de los dos, sin embargo hacia que se antepusiera el nombre de ‘Uṭayfa, por su equidad, en las rogativas que se le dedicaban en La Meca. Los hijos de Rumayṭa eran: Aḥmad, ‘Aylān —el cual ahora es emir de La Meca— Tuqba, Sind y Umm Qāsim. Los de ‘Uṭayfa eran Muḥammad, Mubārak y Mas‘ūd. La residencia de ‘Uṭayfa se halla a la derecha de Marwa y la de su hermano Rumayṭa en la rábida de aṣ-Ṣarābī, próxima a la puerta de los Banū Ṣayba. Todos los días, con la plegaria de la puesta de sol, se redoblan los acabales.

Los mequíes y sus virtudes

Los habitantes de la ciudad son gentes de bien, generosos, de buen corazón para con los desdichados y desvalidos y acogedores con los forasteros. De sus hábitos liberales hay que citar, por ejemplo, que cuando alguno da un banquete se empieza por ofrecer comidas a los faquires menesterosos y siervos del templo, invitándolos con simpatía, largueza y bondad de ánimo. Luego se les sirve. La mayoría de los

desgraciados y pobres acuden a los hornos donde los mequíes cuecen sus panes. Cuando alguien ha terminado y se lleva a casa la hornada, los necesitados le siguen y él entrega a cada uno lo que le corresponda, sin dejarle marchar de vacío. Aun si sólo porta un pan regala un tercio o la mitad de buen grado, sin malos modos.

Otra de sus buenas obras es el trato que deparan a los huérfanos pequeños. Estos se sientan en el zoco, cada uno con dos azafates, uno grande y otro chico. Allí denominan *miktal* al cesto. Cuando un mequí viene al mercado a comprar legumbres, carne o verduras, se lo entrega a uno de esos muchachos, que pone las legumbres en uno de sus cofines y la carne y verduras en la otra banasta, a continuación lo lleva a casa del comprador para que se le disponga la comida. En el ínterin, el hombre marcha a sus menesteres o devociones, sin que se recuerde uno solo de estos rapaces que traicionara la confianza en él depositada. Antes bien, transportan incólume aquello que se les encargó, y a cambio del mandado reciben una recompensa consabida en monedas de cobre.

Los mequíes lucen ropas elegantes y limpias, casi siempre de color blanco, y puedes verlos de continuo brillantes y pulidos. Usan con profusión de perfumes y cohol y se limpian los dientes con ramos de *arāk* verde. Las mujeres de La Meca son hermosísimas, de maravillosa belleza, virtuosas y castas, pródigas en perfumarse, hasta el punto de ir a la cama alguna de ellas con la comezón del hambre por poder adquirir ungüentos con el dinero de la comida. Estas mujeres dan las vueltas en la mezquita todas las noches del jueves al viernes, pero aderezadas con las mejores galas, de suerte que el templo sagrado se llena de fragancia de sus aromas. Y aunque marche la mujer, quedan los efluvios del perfume.

Los mequíes tienen excelentes costumbres, tanto en las conmemoraciones de la peregrinación como fuera de ellas, que referiremos —si Dios quiere— tras haber acabado la relación de los hombres preclaros de la ciudad, así como de los asiduos de la mezquita.

Mención de los sabios de La Meca, de sus hombres virtuosos, de su jatib y del imán de los ritos de la peregrinación

El juez de La Meca era el sabio, piadoso y devoto Naʿyṁ ad-Dīn M., hijo del imán Muḥī d-Dīn aṭ-Ṭabarī. Virtuoso y limosnero, apoyo de los frequentadores del templo, de carácter excelente, asiduo practicante de las circunvoluciones rituales y contemplativo de la sublime *Kaʿba*. En los días de las grandes celebraciones repartía abundantes alimentos. Sobre todo en la del nacimiento del Enviado de Dios en que daba de comer a los jerifes de La Meca, a las gentes principales y faquires, a los servidores del santuario venerable y a todos los frequentadores de la mezquita. El sultán de Egipto, al-Malik an-Nāṣir, le apreciaba grandemente y distribuía por medio de él sus limosnas y las de sus emires. Su hijo Šihāb ad-Dīn es persona distinguida y

actualmente desempeña el cargo de juez en La Meca.

El jatib de la ciudad es el imán del *maqām* de Abraham, elocuente, buen discursador y único en su apoca. Bahā' ad-Dīn aṭ-Ṭabarī, predicador de los que hay pocos en el mundo habitado, tanto en elocuencia como en belleza de expreston Me contaron que compone un sermón para cada viernes y no lo repite mas.

El imán de las festividades de la peregrinación y de los *mālikīes* en el venerable santuario es el famoso jeque piadoso, sabio, virtuoso y humilde alfaquí Abū 'Abdallāh M., hijo del imán alfaquí piadoso y modesto Abū Zayd 'Abd ar-Raḥmān, conocido por Jalīl. Su familia es de la región del Ŷarīd, en Túnez, donde se les conoce como Banū Ḥayyūn, uno de los principales clanes, pero tanto él como su padre son naturales de La Meca. Ocupa un rango señalado entre los habitantes de la ciudad, es su esclarecido polo con el asentimiento de todos. Absorto en la devoción a todas horas, pudoroso, de corazón desprendido, de buenas cualidades, caritativo: no deja sin socorro a cualquiera que le pida.

Suceso bendito

En la época de mi estancia en La Meca, mientras residía en la escuela al-Muẓaffariyya, vi entre sueños al Enviado de Dios sentado en el aula de esa *madrassa* y junto a la celosía desde la que se divisa la ilustre *Ka'ba*. Vi a las gentes que le prestaban juramento. También percibí cómo entraba el jeque Abū 'Abdallāh, el apodado Jalīl, sentándose en cuclillas ante el Enviado, mientras ponía su mano en la del Profeta y decía: «Te presto juramento sobre tal y tal». Y enumeraba varias cosas, por ejemplo: «... y que no despediré a ningún menesteroso de mi casa sin haberle socorrido». Esto era lo último que decía. Mucho me maravillé por sus palabras y me dije: «¿Cómo puede afirmar tal y cómo podrá mantenerlo con la cantidad de pobres que hay en La Meca, el Yemen, Abisinia, el Iraq, Persia, Egipto y Siria?». Y en ese instante lo contemplaba vistiendo su aljuba blanca y corta, una de esas ropas de algodón denominadas caftán que solía ponerse en ciertas ocasiones. Una vez cumplida la oración preceptiva de la aurora me fui temprano a verle y le informé de mis visiones y se alegró con ellas y hasta lloró conmovido. Me dijo: «Esta aljuba se la regaló a mi abuelo cierto hombre piadoso y yo me la pongo para ganar su baraca». Después de esto nunca vi que quien le pidiese lo hiciera de balde. Daba instrucciones a sus criados de cocer pan, cocinar alimentos y traérmelos a diario, tras el rezo de *al-'aṣr*, pues los mequies sólo comen una vez al día, precisamente a continuación del *'aṣr*, ajustándose siempre a ese horario, y si alguien quiere alimentarse en el resto del día, come dátiles. De este modo sus cuerpos están sanos y entre ellos las enfermedades y dolencias son escasas.

El jeque Jalīl estaba casado con la hija del cadí Naẓīm ad-Dīn aṭ-Ṭabarī y sucedió que decidió repudiarla y se separó de ella. Entonces la desposó el alfaquí Sihāb ad-

Dīn an-Nuwayrī, frecuentador de la *Ka'ba* y originario del Alto Egipto. Con él permaneció muchos años acompañándole en un viaje a la ilustre Medina, ocasión en que también viajó su hermano Šihāb ad-Dīn. Como quiera que su marido violara un juramento prestado bajo compromiso moral de repudiarla si no lo respetaba, se divorció de ella, a pesar del gran afecto que le tenía. El alfaquí Jalīl la tomó nuevamente andando el tiempo.

Entre los principales de La Meca hay que citar: al imán *sāfi'ī* Šihāb ad-Dīn b. al-Burhān; y al imán *ḥanafī* Sihāb ad-Dīn Aḥmad b. 'Alī, hombre distinguido y uno de los más grandes imanes de La Meca, que alimentaba a los beatos frecuentadores del templo y a los caminantes. Es el más liberal de los alfaquíes de la ciudad, hasta el extremo de endeudarse anualmente en cuarenta o cincuenta mil dirhams, de los que Dios responderá. Los emires turcos le tienen en mucho y aprecian en grado sumo por ser su imán.

Otro importante personaje es el imán *ḥanbalī*, el piadoso tradicionista M. b. 'Uṭmān, bagdadí de origen pero mequí de nacimiento. Es sustituto del juez Na'īm ad-Dīn y almotacén desde la muerte de Taqī d-Dīn al-Miṣrī. La gente le teme por su altivez.

Incidente

Taqī d-Dīn al-Miṣrī [el Egipcio] era almotacén en La Meca, y solía meterse en las cosas tanto si le concernían como si no. Cierta vez sucedió que fue conducido ante el emir de la ciudad un niño ladrón que había robado a un peregrino. El gobernador ordenó cortarle la mano, y entonces Taqī d-Dīn le dijo: «Si no haces que se la corten delante de ti, la población se impondrá a tus servidores, lo arrancarán de sus manos y lo dejarán libre». Ante esa observación el gobernador mandó que le fuera cortada en su presencia y así se hizo. El muchacho concibió un gran odio contra Taqī d-Dīn y no dejaba de buscarle las vueltas para perjudicarlo, pero sin éxito porque éste tenía un *ḥasab* recibido de los emires Rumayṭa y 'Uṭayfa. Llamaban *ḥasab* a un signo externo de protección que alguien hace a otra persona, como, por ejemplo, regalarle en público un turbante o un bonete. El beneficiario disfrutaba de tal inviolabilidad hasta que se pone en viaje y sale de La Meca. Taqī d-Dīn permaneció allí durante varios años, luego resolvió viajar y se despidió de los dos emires, cumplió las vueltas de adiós a la *Ka'ba* y salió por Bāb aṣ-Ṣafā. Su oponente, el manco, le vino al encuentro lamentándose de su estado y pidiendo algo con que paliar su necesidad. Taqī d-Dīn le rechazó y censuró acremente, entonces el otro sacó una daga —que allí llaman *yanbiyya*^[213]— y le hirió de una sola cuchillada que le costó la vida.

También se cuenta entre los notables de la ciudad el virtuoso alfaquí Zayn ad-Dīn aṭ-Ṭabarī, hermano uterino del mentado Na'īm ad-Dīn. Es persona piadosa y bienhechor de los servidores asiduos del templo.

También hay que citar al bendito alfaquí M. b. Fahd al-Qurašī, mequí notable que sustituía al juez Naʿīm ad-Dīn tras el fallecimiento del faquí M. b. ʿUṭmān al-Ḥanbalī, y al justo y virtuoso M. b. al-Burhān, ascético, temeroso de Dios y atenazado por los escrúpulos. En una ocasión le vi haciendo la ablución en la alberca de la escuela al-Muẓaffariyya. Se lavaba una y otra vez y al enjugarse la cabeza se la atusó numerosas veces, pero, insatisfecho aún, metió la cabeza en el estanque. Cuando quería rezar lo hacía con el imán *sāfiʿī* y si éste ya lo había hecho, decía: «Era mi deseo, era mi deseo». Y rezaba con otro cualquiera. Con frecuencia giraba en torno a la *Kaʿba*, visitaba el sagrado templo y alababa el nombre de Dios.

Relación de algunos asiduos visitantes del templo en La Meca

Hay que recordar al piadoso, sabio, místico contemplativo y devoto imán ʿAfif ad-Dīn ʿAbdallāh b. Asʿad al-Yamanī aš-Šāfiʿī, conocido por al-Yāfiī. Continuamente giraba alrededor de la *Kaʿba*, de noche y a cualquier hora del día. Si cumplía las circunvalaciones de noche, seguidamente subía a la azotea del colegio al-Muẓaffariyya y se sentaba a contemplar la ilustre *Kaʿba* hasta que le vencía el sueño, momento en que colocaba bajo su cabeza una piedra y dormía un tanto. Luego repetía las abluciones y regresaba a su hábito de girar en torno al templo hasta que llegaba la hora de rezar la plegaria del alba. Había desposado a la hija del devoto alfaquí Šihāb ad-Dīn b. al-Burhān, que era muy joven y no cesaba de quejarse a su padre del estado en que se veía. Este le ordenaba ser paciente y ella estuvo con su marido durante algunos años en tal situación y luego lo abandonó.

Otro beato digno de mención es el virtuoso y devoto Naʿīm ad-Dīn al-Uṣṣūnī, quien antes fuera juez en el Alto Egipto hasta dedicarse por entero a Dios el Altísimo marchando a La Meca para habitar a la vera del augusto santuario. A diario visitaba los lugares sagrados —desde el Tanʿīm— y en Ramadán lo hacía dos veces, fiando en la tradición atribuida al Nabí cuando afirmó: «Visitar los lugares santos en Ramadán equivale a hacer la peregrinación conmigo».

También hay que recordar al virtuoso y devoto jeque Šams ad-Dīn M. al-Ḥalabī, gran circunvalador de la *Kaʿba*, lector del *Corán* y uno de los más antiguos frecuentadores del templo. Murió en La Meca.

Y citaremos al pío Abū Bakr aš-Širāzī, conocido por el Silente. Daba numerosas vueltas en la mezquita, residió en la ciudad muchos años sin que jamás se le oyera una palabra.

Y al piadoso Jiḍr al-ʿAḡamī [el Persa], dado al ayuno, a la recitación del *Corán* y a las vueltas en la *Kaʿba*.

Y al virtuoso Burhān ad-Dīn al-ʿAḡamī, el predicador. Se le había dispuesto un escaño mirando hacia la *Kaʿba* santísima y él predicaba al pueblo tocando sus almas con lengua inspirada y corazón humilde que le ganaban todas las voluntades.

Y al probo Burhān ad-Dīn Ibrāhīm al-Miṣrī [el Egipcio], excelente recitador del *Corán*. Vivía en la Rábida del Loto. A él acudían con sus limosnas los egipcios y sirios y él iniciaba a los huérfanos en el Libro de Dios el Altísimo y corría con su alimentación y vestido.

Y al piadoso y devoto ‘Izz ad-Dīn al-Wāsiṭī, hombre riquísimo que anualmente recibía abundantes dineros de su país con los cuales adquiría cereales y dátiles y los repartía entre los menesterosos y desheredados transportando los víveres en persona a sus casas. Costumbre que sólo la muerte le pudo quitar.

Y citaré al piadoso y ascético alfaquí Abū l-Ḥasan ‘Alī b. Rizq Allāh al-Anḡarī, oriundo del alfoz de Tánger. Virtuosísimo, se afincó en La Meca durante muchos años y en ella falleció. Entre mi padre y él había una vieja amistad y cada vez que venía a Tánger, mi ciudad, se alojaba en nuestra casa. En su celda de la escuela Muḏaffariyya solía enseñar las ciencias durante el día, pero por la noche se recogía en su residencia de la rábida de Rabi’. Este convento es uno de los más hermosos de la ciudad: en el interior tiene un pozo de agua dulce sin igual en toda la urbe. Habitan allí personas piadosas y los habitantes del Ḥiḡāz lo tienen en gran estima y hacen promesas votivas en su intención. De Ṭā‘if le llevan frutas, siendo costumbre que los propietarios de palmerales, majuelos, melocotoneros o higueras deduzcan el diezmo para este monasterio y lo transporten en sus camellos aunque la distancia entre Ṭā‘if y La Meca es de dos jornadas de marcha. A quien no cumpla esa costumbre le mermarán los frutos al año siguiente y terminará perdiéndolos.

Historia relativa a la santidad del mencionado cenobio

Cierto día los esclavos del emir Abū Numayy, señor de La Meca, vinieron a esta rábida, metieron los caballos y los abrevaron con el agua del pozo. Cuando regresaron las bestias a la cuadra empezaron a sufrir terribles dolores y a dar cabezadas y coces contra el suelo. El asunto llegó a oídos del emir Numayy que acudió en persona a la puerta del monasterio para excusarse ante los pobres que allí había. Luego se hizo acompañar de uno de ellos y éste restregó su mano sobre la panza de los animales con lo que soltaron cuanta agua tenían en el vientre y sanaron de su mal. Desde entonces los criados del emir no se presentaron en la rábida sino por las buenas.

Y hay que mencionar al piadoso y bendito Abū l-‘Abbās al-Gumārī, amigo de Abū l-Ḥasan b. Rizq Allāh, que vivió en el convento de Rabi’ y murió en La Meca; al virtuoso Abū Ya‘qūb Yūsuf, de la llanada de Ceuta, que fue servidor de los dos jeques antedichos y cuando fallecieron se convirtió en jeque de la rábida; y al piadoso, contemplativo y devoto Abū l-Ḥasan ‘Alī b. Fargūs, de Tremecén, y al jeque Sa‘īd, el hindú, superior del cenobio de Kalála.

Digresión

El jeque Sa'īd había estado en la India cerca del rey M. Šāh, quien le obsequió incontables riquezas y con las cuales retornó a La Meca. El emir 'Uṭayfa lo encarceló con la exigencia de que entregase el dinero. Como Sa'īd se negara fue torturado con el suplicio del cepo en los pies y así cedió veinticinco mil dirhams de plata. Luego regresó a la India y allí le vi. Residía en la casa del emir Sayf ad-Dīn Gadā b. Hibat Allāh b. 'Īsà, príncipe de los beduinos de Siria. Gadā vivía en la India casado con la hermana del soberano hindú, como se indicará en su momento. El rey de la India entregó al jeque Sa'īd una cierta cantidad de dinero con la que se puso en marcha, acompañado de un peregrino conocido por Wašl, pariente del emir Gadā y comisionado por éste para que trajese con él a parte de sus gentes. También Gadā puso a disposición de Wašl riquezas y regalos. Entre ellos el ropaje de ceremonia que le obsequiara el monarca para la noche de los esponsales con su hermana. Era de seda zarca, con bordados de oro y pedrerías incrustadas, hasta el extremo de no ser visible el color por la cantidad de piedras que llevaba. Del mismo modo, Gadā remitió cincuenta mil dirhams para la adquisición de potros de raza. El jeque Sa'īd y Wašl se pusieron en camino y adquirieron mercancías con los dineros al efecto, pero cuando arribaron a la isla de Socotora (de donde toma su nombre el áloe socotrí) les salieron al paso los piratas indios a bordo de múltiples embarcaciones y se trabó una durísima refriega en la que sucumbieron muchos hombres por ambas partes. Wašl era buen arquero y dio muerte a varios contrarios. Finalmente vencieron los salteadores e hirieron a Wašl de una cuchillada por cuyos efectos pereció después. Les arrebataron cuanto llevaban y les dejaron el barco, los aparejos y víveres. Así prosiguieron viaje hasta Aden, donde murió Wašl.

Estos bandidos acostumbran a no matar a nadie ni echar a pique ninguna nave más que durante el combate. Desvalijan a los viajeros y les permiten continuar en su barco hacia donde quieren. Tampoco se apoderan de los esclavos por ser éstos de su misma clase.

Como el ḥāyī Sa'īd sabía que el soberano de la India quería someterse a la autoridad moral abbasí, tal como hicieran sus antepasados el sultán Šams ad-Dīn Lalmiš, su hijo Nāšir ad-Dīn y los sultanes Ŷalāl ad-Dīn Fayrūz Šāh y Giyāṭ ad-Dīn Balaban (efectivamente, los ropajes de investidura les habían sido enviados de Bagdad), al morir Wašl, se presentó en El Cairo ante el califa Abū l-'Abbās, hijo del califa Abū r-Rabi' Sulaymān el Abbasí, y le notificó el asunto. El califa redactó, de su puño y letra, una declaración en que nombraba virrey de la India a su soberano. El jeque Sa'īd tomó la carta y marchó al Yemen, donde adquirió tres ropajes de honor negros. Luego embarcó para la India y al llegar a Kinbāyat [Cambay], que se halla a cuarenta jornadas de Delhi [Dihlī], sede de la corte, el oficial encargado del correo escribió al rey notificándole la arribada del jeque Sa'īd, así como que traía el mandato del califa y su carta. El sultán dispuso que se le condujera a la capital con grandes

honores y —cuando ya estaba cerca— envió a recibirle a los emires, cadíes y alfaquíes. Y más tarde salió a su encuentro él en persona. Una vez le tuvo ante sí, le abrazó mientras el jeque entregaba el mandato, que el rey besó y acató colocándolo sobre su cabeza. También presentó el arca en que iban las ropas de honor y el rey se lo cargó a la espalda y anduvo unos pasos. Luego vistió uno de los trajes de ceremonia e invistió con el segundo al emir Giyāṭ ad-Dīn M. b. ‘Abd al-Qāḍīr b. Yūsuf b. ‘Abd al-‘Aziz, hijo del califa abbasí al-Mustanşir, que residía cerca de él y a quien se mencionará más adelante. Y el tercero se lo concedió al emir Qabūla, cuyo mote era el *gran rey* y que tenía por cometido permanecer próximo al sultán para espantarle las moscas. El monarca igualmente dispuso un traje de honor para el jeque Sa‘īd y sus acompañantes, le hizo montar a lomos de un elefante y de esta guisa entró en la ciudad en pos del sultán que cabalgaba su yegua flanqueado por los dos emires a quienes revistiera con las vestimentas abbasíes. La ciudad estaba engalanada con toda suerte de adornos y se habían preparado once quioscos de madera, cada uno de cuatro plantas en que aparecían coros de cantores —hombres y mujeres— y bailarinas, esclavos todos ellos del sultán. Estos templete aparecían aderezados con colgaduras de seda dorada, por alto y bajo, por dentro y fuera. En el medio había tres estanques de cuero de búfalo llenos de agua con julepe desleído para que todo el mundo bebiese, sin restricción alguna. Después de beber recibían quince hojas de betel, areca y cal, que masticaban. Todo ello refresca el aliento, colorea los pómulos y las encías, elimina la bilis y facilita las digestiones.

Cuando el jeque Sa‘īd hubo montado en el elefante le alfombraron el camino con telas de seda para que el animal pisara sobre ellas, desde la puerta de la ciudad hasta el palacio real. Se le alojó en un pabellón cercano a las habitaciones del rey, que le envió muchos dineros.

La totalidad de las colgaduras y alfombras que había en los quioscos, así como las puestas ante el elefante, no volvieron al sultán sino que los cantores, los artesanos autores de los quioscos, los servidores de las fuentes y otros más se apoderaron de ellas. Esta es la costumbre cuando el sultán retorna de un viaje. El rey dispuso que el documento del califa se leyese entre los dos sermones del viernes. El jeque Sa‘īd permaneció allí un mes, para después partir comisionado por el sultán con presentes para el califa. Llegó a Cambay donde quedó hasta que mejorasen las condiciones del mar. En el ínterin el rey de la India había expedido un embajador al califa, que era el jeque Ra‘yab al-Burqu‘ī, místico destacado, originario de la ciudad de Qirim en las estepas de Qif‘yaq [Kipchak]. Con él envió también regalos al califa, así por ejemplo, un jacinto cuyo valor era de cincuenta mil dinares. Le escribía solicitando ser investido con la soberanía sobre los países de la India y el Sind, como su virrey y con poderes para enviar allí un adelantado. Esto decía en la carta por mor de su devoción hacia el califa y sus buenos deseos.

El jeque Ra‘yab tenía en Egipto un hermano llamado emir Sayf ad-Dīn al-Kāşif. Al llegar Ra‘yab ante el califa éste se negó a leer el escrito y a aceptar el presente si no

era delante de al-Malik as-Şālih Ismā'il, hijo de al-Malik an-Nāşir^[214]. Entonces, Sayf ad-Dīn aconsejó a su hermano Ra'îb que vendiera la piedra, como así lo hizo y adquirió con su importe —que ascendió a trescientos mil *dirhams*— cuatro piedras. Compareció ante al-Malik as-Şālib y le hizo entrega del memorándum y de una de las joyas. El resto se lo regaló a los emires. Así se convino en escribir al rey de la India accediendo a su petición y se personaron varios testigos ante el califa, que declaró bajo juramento tener por virrey al mencionado sultán en el país de la India y en los que estuvieran allende sus fronteras.

Al-Malik as-Şālih envió un legado por su parte. Se trataba del jeque principal de El Cairo Rukn ad-Dīn al-'A'îmî. Con él viajaba el jeque Rûb y una cofradía de sufíes. Embarcaron en el Golfo Pérsico para la travesía de Ubul'a a Hurmuz [Ormuz], cuyo sultán era por entonces Quṭb ad-Dīn Tamtahan b. Ṭūrān Şāh que les recibió magníficamente y les aparejó una embarcación para el viaje hasta la India. Llegaron a Cambay cuando aún estaba allí el jeque Sa'îd, siendo en esas fechas el emir de la plaza Maqbûl at-Taltakî, uno de los privados del rey hindú. El jeque Ra'îb se entrevistó con este gobernador y le dijo: «El jeque Sa'îd os vino con falsías pues las ropas que trajo las compró en Aden. Debéis apresarle y remitirlo a Jûndî 'Ālam, es decir, el sultán». Respondió el emir: «El jeque Sa'îd es muy apreciado por el sultán y de no ser con una orden suya no podemos hacer eso. Sin embargo, haré que salga con vosotros para que el rey decida lo que tenga a bien». Y escribió al sultán detallando todo, como también lo hiciera el oficial de información. Estas noticias turbaron al monarca, que mandó apresar al jeque Ra'îb por haber hablado de aquella manera ante testigos sobre una persona distinguida y agasajada por él, como lo fuera el jeque Sa'îd. También prohibió al jeque Ra'îb acceder ante sí y multiplicó sus mercedes para con el jeque Sa'îd.

Cuando el jeque principal de El Cairo compareció delante del sultán éste se alzó, le abrazó y trató con suma deferencia. Y cada vez que entraba a verle hacía lo mismo.

El mentado jeque Sa'îd siguió en tierras de la India, respetado y distinguido. Allá lo dejó el año 748 [1347-8 de J. C.].

En la época de mi estancia en La Meca residía en la ciudad Ḥasan el Magrebî, *el Loco*. La suya es una historia peregrina y su asunto asombroso. En un principio fuera de buen juicio y servidor del amigo de Dios Na'îm ad-Dīn al-Isbahānî, cuando vivía.

Episodio de Ḥasan «el Loco»

Ḥasan *el Loco* solía dar muchas vueltas en torno a la *Ka'ba* durante la noche y en esas ocasiones se encontraba con un faquir que hacía otro tanto pero a quien no veía nunca de día. Una noche el tal faquir le interpeló preguntándole por su situación: «Ḥasan, tu madre llora por ti y anhela verte —era una piadosa sierva de Dios—, ¿te gustaría verla?». Ḥasan contestó: «Sí, pero no me es posible». El otro añadió:

«Reunámonos aquí la próxima noche, si Dios quiere». Y llegada ésta, que era la del jueves al viernes, Ḥasan le encontró donde acordaron la cita. Hicieron las circunvoluciones juntos cuanto plugo a Dios, luego el faquir salió, con Ḥasan tras él, hacia la puerta de al-Ma‘lā y le ordenó que cerrara los ojos y se agarrara a su ropa, como efectivamente hizo. Transcurrido un cierto tiempo le dijo: «¿Conoces tu ciudad?». Como la respuesta fuera afirmativa, el otro repuso: «Pues ahí la tienes». Ḥasan abrió los ojos y se topó con la casa de su madre, en la que entró, pero sin contar nada de lo sucedido, y allí permaneció dos semanas. Creo que se trataba de la ciudad de Safi [Marruecos]. Más adelante, en una visita al cementerio, encontró a su amigo el faquir que preguntó cómo le iba y Ḥasan expresó su deseo: «Señor, quisiera ver al jeque Na‘īm ad-Dīn pues lo dejé según mi costumbre y héte aquí que me he ausentado todos estos días. Querría ser devuelto a él». El otro accedió y le citó en el mismo cementerio, a la noche siguiente. Cuando compareció allí le ordenó obrar de idéntico modo que hiciera en La Meca, es decir, cerrar los ojos y aferrarse a la cola de su vestido. Cumplido esto, ya estaba en La Meca de nuevo. El faquir le encareció no hablar de ello a Na‘īm ad-Dīn, nada en absoluto. Ni a ninguna otra persona.

Al recibirlo, Na‘īm ad-Dīn le inquirió: «¿Dónde estuviste durante tu ausencia, Ḥasan?». El sirviente se negó a hablar, pero como el amo insistiera terminó refiriéndole lo ocurrido. Entonces Na‘īm ad-Dīn pidió que le mostrara al faquir y una noche acudió con él al sitio donde solía ir y en el que apareció también el faquir. Cuando pasó junto a ellos, dijo Ḥasan: «Ese es el hombre». El otro lo oyó y le dio un revés con la mano en los bellos mientras le increpaba: «¡Calla, que Dios te enmudezca!». Así su lengua calló y su entendimiento desapareció, quedando en el santo lugar, loco y girando día y noche alrededor de la *Ka‘ba*, pero sin hacer las abluciones, ni rezar. Las gentes le consideraban un motivo de santificación, vistiéndole. Y cuando tenía hambre se iba al zoco que hay entre Şafā y Marwa, se dirigía a un comercio cualquiera y comía hasta hartarse sin que nadie le rechazara, ni se lo impidiera. Antes bien, aquellos de quienes comía se alegraban porque la baraca y la prosperidad se hacían patentes en sus ventas y ganancias. Al entrar Ḥasan en el mercado los comerciantes estiraban el cuello hacia él, deseando todos que comiese de sus tiendas porque experiencias anteriores indicaban la bendición que era Ḥasan. Por igual le acontecía con los azacanes si quería beber. Y así continuó hasta el año 728 [1328 de J. C.], en que el emir Sayf ad-Dīn Yalmalak hizo la peregrinación y lo llevó consigo a Egipto, acabándose su historia. Dios nos sea propicio por su intercesión.

Relación de las costumbres de los mequías cuando rezan y de los lugares que ocupan sus imanes

Es costumbre que rece el primero el imán *sāfi‘ī*, el cual detenta el mayor rango cerca de las autoridades. Hace la oración detrás del noble *maqām* de Abraham. Hay

allá un maravilloso tabique a él destinado. Las multitudes de La Meca de este rito acuden al mismo lugar.

El *hatīm* [muro] consta de dos vigas unidas por traviesas a modo de escalera frente a otras dos semejantes. Todo ello se afianza al suelo por medio de poyetes de yeso. En lo alto del tabique hay otra viga con ganchos de hierro de los que cuelgan candiles de vidrio. Una vez ha rezado el imán *sāfī'ī*, lo hace el de los *mālikīes* en un mihrab frente a la esquina del Yemen. Al tiempo dirige su plegaria el *ḥanbalī* orientándose al flanco que la Piedra Negra al rincón del Yemen. Por fin, ora el imán *ḥanafī* frente al venerable caño bajo un tabique a él reservado.

Se colocan candelas en los oratorios de los imanes. El orden que siguen es tal como indicamos para las cuatro primeras oraciones, pero la de la puesta del sol la rezan todos juntos, cada imán con su comunidad. De esto se siguen errores y confusiones entre el pueblo pues sucede que un *mālikī* se prosterna con un *šāfī'ī*, o un *hanbarī* con un *ḥanafī*. Y así ves a todos atentos a la voz de los almuecines que llaman la atención a los de su rito para no ser víctimas del barullo.

De cómo se cumplen el sermón y el rezo del viernes

Es costumbre adosar los viernes el alminbar bendito a la fachada de la sacrosanta *Ka'ba*, en la parte que hay entre la Piedra Negra y la esquina del Iraq, mirando el jatib hacia el noble *maqām*. Cuando sale el predicador, avanza revestido de negro y con la cabeza ceñida por un turbante y un *ṭaylasān*^[215] del mismo color. Todo ello procedente de las ropas que proporciona al-Malik an-Nāṣir. Avanza con graveza y solemnidad, balanceándose entre dos enseñas negras que blanden sendos almuédanos. Va precedido por uno de los familiares de la mezquita que empuña la *farqa'a*, un bastón provisto en la punta de un cuero fino y trenzado que agita en el aire produciendo un sonido agudo que se oye tanto dentro como fuera del recinto sagrado y sirve de indicación de haber salido el jatib. De esta guisa continúa hasta aproximarse al púlpito, besa la Piedra Negra y ora cerca de ella. Luego se va al alminbar con el almuédano de la fuente Zamzam por delante, pues éste es el muecín principal. También viste de negro y lleva en la mano una espada que sostiene en el hombro. Los dos estandartes se sitúan a ambos lados del púlpito. Una vez que sube el primer peldaño del alminbar, el almuédano le pasa al cuello la espada y propina un golpe con la punta en el peldaño llamando la atención de los presentes. A continuación golpea el segundo escalón, el tercero y así hasta que alcanza la cima del púlpito donde da un cuarto cintarazo. Se detiene erguido rezando en voz baja y con el rostro vuelto a la *Ka'ba*, luego gira hacia la gente, saluda a diestra y siniestra. Los fieles le responden mientras se sienta y los almuédanos, todos juntos, entonan la llamada a la plegaria desde lo alto de la cúpula de Zamzam. Cuando acaban el *adān* [llamada] el jatib pronuncia un sermón en que proliferan las menciones piadosas del

Nabí. En medio del discurso dice: «Oh, gran Dios, sea la bendición sobre Mahoma y sobre su familia, en tanto se gire en esta Casa Santa» —y apunta con el dedo al augusto templo— «Oh, gran Dios, sea la bendición sobre Mahoma y su familia en tanto se haga la etapa de ‘Arafa». Y formula votos por los cuatro califas ortodoxos y por el resto de los compañeros del Profeta, sus dos tíos paternos [Ḥamza y ‘Abbās], sus dos nietos [Ḥasan y Ḥusayn], por la madre de ellos [es decir, Fátima, hija de Mahoma] y por Jadiyya, su abuela [es decir, la primera esposa de Mahoma]. Luego pide por al-Malik an-Nāṣir; por el sultán, combatiente de Dios, Nūr ad-Dīn ‘Alī hijo del rey al-Mu‘ayyad; por Dāwūd b. al-Malik al-Muẓaffar; y por Yūsuf b. ‘Alī b. Rasūl. Después ruega por los dos señores jerifes, descendientes de Ḥasan, emires de La Meca, Sayf ad-Dīn ‘Uṭayfa, el menor de los dos hermanos, pero cuyo nombre va antecediendo al otro por su gran justicia, y Asad ad-Dīn Rumayṭa, hijos de Abū Numayy b. Abū Sa‘d b. Ali b. Qutāda. Anteriormente oraba también por el sultán del Iraq, pero se dejó de hacer.

Cuando termina el sermón, reza y se va, flanqueado por las banderas y con la *farqa’a* por delante, avisando el final de la oración. Seguidamente se devuelve el almimbar a su sitio frente al noble *maqām*.

De la costumbre concerniente a la aparición de la luna nueva

Es habitual que el primer día del mes venga a la mezquita el emir de La Meca, rodeado por sus lugartenientes. Viste de blanco, con turbante y una espada al hombro. Expande serenidad y graveza. Junto al *maqām* bendito eleva una oración de dos *rak‘as*, besa la Piedra Negra y cumple las siete vueltas. En el ínterin el almuédano principal, desde lo alto de la cúpula de Zamzam, cada vez que el emir termina una circunvalación y se acerca a la Piedra Negra para besarla, se arranca pidiendo por él y manifestando a voces sus parabienes por la entrada del mes. Luego cita una poesía laudatoria tanto de él como de sus nobles antepasados. Y repite lo mismo en las siete vueltas. Una vez cumplidas, hace dos genuflexiones junto al *multazam* y otras dos detrás del *maaām*, hecho lo cual se retira. Este mismo rito sigue tanto al salir de viaje como al regresar.

De cómo actúan durante el mes de *Raḡab*

Al mostrarse la luna de *Raḡab*, el emir ordena batir los atabales y tocar los albugues indicando que es entrada la luna nueva. Luego, el día uno, sale a caballo acompañado de los mequies, bien montados, bien a pie y en un orden portentoso. Todos con sus arneses, organizan justas ante él: mientras los jinetes hacen corvetas o

corren, los infantes se lanzan unos sobre otros y arrojan venablos al aire que prestamente recogen.

Los emires Rumayṭa y ‘Uṭayfa tienen consigo a sus hijos y generales, como M. b. Ibrāhīm; ‘Alī y Aḥmad, hijos de Ṣabīḥ; b. Yūsuf; Šaddād b. ‘Umar; ‘Ámir aš-Šariq; Maṣṣūr b. ‘Umar; Mūsà al-Muzraqq y otros más, descendientes de Ḥasan o altos dignatarios. Ante ellos se despliegan los estandartes, atabales y timbalería. Majestuosos y dignos marchan hasta terminar en el sitio predeterminado. Luego retornan siguiendo el orden normal hasta la Mezquita Sagrada. El emir gira alrededor de la *Ka‘ba* mientras el almuédano de Zamzam, subido en su cúpula, ruega por él a cada vuelta, según indicábamos. También es habitual que, una vez hechas las circunvalaciones, rece una oración de dos *rak‘as* junto al *multazam* y cerca del *maqām*, por el cual queda libre de pecado. Sale al *mas‘à* a uña de caballo, rodeado de los generales y precedido por los alabarderos. Finalmente, se retira a su residencia. Este es un día de fiesta para los mequies y así visten sus mejores galas y rivalizan en ello.

De cómo se cumple la visita de las estaciones en el mes de *Raḡab*

Los mequies festejan las visitas pías del mes de *Raḡab* con tal esplendor que no hay otro igual. Es una fiesta continua, día y noche y el mes todo está destinado a las devociones. Especialmente el día primero, el quince y el veintisiete. Para estas ocasiones se aprestan durante varias jornadas. Los he visto en la noche [anterior a la] del veintisiete: las avenidas de La Meca rebosaban de palanquines celados por colgaduras de lino y seda finos, desenvolviéndose cada uno como puede. Los camellos enjaezados con colleras de seda. Las cortinillas de las literas tan amplias que casi tocaban el suelo, como taimas levantadas.

Sale el gentío para congregarse en el sitio de reunión del Tan‘im y entonces las hondonadas de la ciudad parecen desbordarse de palanquines, alumbradas las cunetas del camino con candelas, iluminadas las literas con antorchas, mientras el eco de los montes contesta a los gritos enfervorizados de los devotos fieles: los espíritus se conmueven y las lágrimas fluyen. Cuando han terminado la visitación y las vueltas a la *Ka‘ba* se aplican a correr entre Ṣafā y Marwa, pasada ya una parte de la noche. El *mas‘à* relumbra con las lámparas, ahogado de gente. Las mujeres que participan hacen el recorrido en sus palanquines, en tanto en la Santa Mezquita titilan las luces. Denominan a esta visita «*la de la colina*» porque la inician en una elevación existente frente a la mezquita de ‘Ā’iṣa, a un tiro de flecha, y próxima a la llamada *Mezquita de ‘Alī*.

El origen de esta visita está en que ‘Abdallāh b. az-Zubayr cuando hubo concluido de construir la sagrada *Ka‘ba*, salió a pie, con la cabeza descubierta, para realizar las visitas santas. Y en su compañía los mequies. Era el día 27 de *Raḡab*.

Llegó hasta las alturas circundantes y allí comenzó la procesión. Se encaminó por la falda del Ḥaḡyūn hacía Ma'là, que es por donde entraron los musulmanes el día de la conquista por el Profeta. De este modo quedó tal visita instituida como costumbre entre los mequies hasta nuestra época.

Aquel *Día de 'Abdallāh* fue memorable. Regaló numerosos animales para sacrificar, como también lo hicieran los jerifes de La Meca y las personas pudientes. Así se pasaron días y días yantando e invitando a yantar en acción de gracias a Dios el Altísimo por haber prodigado sus dones sobre ellos, ayudándoles en la restauración de su egregia casa para dejarla en el estado que tenía en tiempos de Abraham. Mas cuando Ibn az-Zubayr fue muerto, al-Ḥāyḡāy demolió la *Ka'ba* y le devolvió el aspecto que tuvo bajo la administración de los *qurayšites*, quienes la edificaron muy pequeña y así la dejó el Enviado de Dios en consideración al poco tiempo transcurrido desde su conversión al Islam. Más adelante el califa Abū Ŷa'far al-Manṣūr pretendió reconvertirla al estado como quedara con Ibn az-Zubayr, pero Mālik se opuso diciéndole: «Príncipe de los Creyentes, no hagas del Templo un juguete para los reyes, porque cada vez que a uno se le venga a las mientes modificarlo, lo hará». El califa lo respetó como era para no proporcionar un pretexto tal.

Los habitantes de las comarcas próximas a La Meca como los Baḡīla, Zahrān y Gāmid son diligentes en comparecer para la visita en *Raḡab*. También traen a la ciudad grano, manteca, miel, pasas, aceite y almendras, con lo que se abaratan los precios, la vida de los mequies mejora y la abundancia de mercancías es general. Si no fuera por las gentes de estas regiones la vida en La Meca sería muy dura. Se afirma que si estos paisanos permanecen en los pueblos sin traer provisiones, sus tierras se hacen yermas y la muerte se abate sobre los ganados. Por contra, si aportan alimentos, sus comarcas serán feraces y la baraca será patente prosperando sus dineros. Y si llegado el momento de salir con los productos a venta la holgazanería se apodera de ellos, se reúnen sus mujeres y les obligan a marchar. Esta es una prueba de la munificente industria divina y de su atención para con su ciudad fiel.

Las tierras altas que habitan los Baḡīla, Zahrān, Gāmid y otras cabilas más son muy fértiles, abundosas en uvas y ricas en frutos. Los habitantes son de lengua elocuente, leales y buenos creyentes. Cuando giran en torno a la *Ka'ba* se lanzan sobre ella porfiando por acercársele y prenderse a sus velos, profiriendo invocaciones cuyo sentimiento conmueve a los corazones e induce a llanto los ojos más duros. Y puedes ver a la gente rodeándoles, con las manos tendidas, confiados en sus plegarias, sin que nadie ajeno a ellos pueda cumplir las vueltas en su compañía ni tocar la Piedra Negra por la forma en que se amontonan. Son bravíos y vigorosos y van vestidos con pieles. Cuando bajan a La Meca, los nómadas de las inmediaciones temen su venida y soslayan enfrentárseles, pero los peregrinos que les han acompañado en el camino agradecen a Dios tal circunstancia. Se dice que el Profeta los mencionó deparándoles elogios: «Enseñadles a rezar y os enseñarán a llamar a

Dios». Sería suficiente para su honor haber sido incluidos en esta generalización de Mahoma: «La fe es yemení, la sabiduría también».

Se cuenta que ‘Abdallāh b. ‘Umar esperaba el instante en que ellos cumplieran las circunvoluciones para meterse en su grupo y santificarse con sus invocaciones. Cuanto les concierne es maravilloso, así se recuerda en la tradición el dicho de Mahoma: «Apiñaos en su torno al girar, porque la misericordia divina se derrama sobre ellos como un aguacero copioso».

Relación de sus costumbres en la noche de mediados de Ša‘bān

Esta noche es una de las más veneradas entre los mequies: en ella rivalizan por cumplir buenas obras, tales como girar en torno a la *Ka‘ba*, rezar —juntos o individualmente— o visitar las santas *estaciones*. Se reúnen por grupos en la Sagrada Mezquita, cada uno con su imán delante, prenden candelas, lámparas y antorchas y frente a todo esto fulgura la luna, resplandeciendo de luz, tierra y cielo. Rezan cien *rak‘as*, recitando en cada una la azora-madre del *Corán* [la primera] y la de la *Unicidad* [CXII] y las repiten diez veces. Algunas gentes oran en la parte del muro llamado *ḥiṣr*, solos; otros giran alrededor de la augusta Casa; otros salen a las visitas pías.

Costumbres en el sagrado mes de Ramadán

Al aparecer la luna de Ramadán, repican atabales y timbales a la puerta del emir de La Meca. Un aire festivo reviste la Mezquita Santa al ser renovadas las esteras y multiplicarse las velas y faroles, hasta el punto que todo el recinto resplandece de luz, relampaguea de fulgores y claridad. Los imanes se reparten en grupos: *sāfi‘īes*, *ḥanafīes*, *ḥanbalīes* y *zaydīes*. Los *mālikīes*, por su parte, se agrupan próximos a cuatro lectores que se alternan en la lectura y encienden candelas. En toda la mezquita no queda un solo rincón ni paraje sin un lector rezando con un grupo. El edificio vibra con las voces de los recitadores, las almas se conmueven, los corazones se ablandan y los ojos lloran. Hay quienes se limitan a girar y rezar solos en el *ḥiṣr*. Los imanes *sāfi‘īes* son los más cumplidores de todos. Acostumbran a realizar primero el rezo tradicional de las noches de Ramadán [*tarāwīḥ*], consistente en veinte *rak‘as*. Luego el imán y su grupo marchan en procesión en torno al santuario y, ya concluida la séptima vuelta, se hace sonar la *farqa‘a*, que mencionábamos a propósito de ir precediendo los viernes al jatib. Es la señal para recomenzar las plegarias. Entonces reza dos *rak‘as*, vuelve a la procesión de siete giros y así continúa hasta que completa otras veinte *rak‘as*. Más tarde rezan las oraciones llamadas *šaf’* y *witr*^[216] y

se marchan. Los demás imanes no agregan nada extraordinario a los ritos habituales.

Cuando llega el instante de tomar el desayuno antes de la aurora, el almuédano de Zamzam se ocupa de indicarlo desde el alminar oriental del recinto, exhortando, recordando e induciendo a que se haga esta comida. Los almuecines se hallan en los restantes alminares y si uno entona la llamada, el otro le responde. En el pináculo más alto de los alminares se coloca una viga con una pértiga en su extremo, en sentido transversal, de la que penden dos enormes faroles encendidos de cristal.

Al aproximarse el alba se advierte numerosas veces de que se acabe el desayuno, se bajan las dos lámparas y los almuédanos empiezan la llamada a la oración de la aurora, respondiéndose unos a otros.

Todas las casas de La Meca disponen de terrados, y así aquel cuya vivienda está alejada y no puede oír el *adān*, puede ver los dos fanales mencionados y seguir comiendo hasta que los pierde de vista y entonces para de inmediato. Todas las noches impares de las últimas diez jornadas de Ramadán la lectura del *Corán* es completa, con asistencia del cadí, alfaquíes y gentes principales. La suele terminar alguno de los hijos de los ilustres de La Meca y al hacerlo se le prepara un alimbar adornado de seda, al tiempo que prenden velas para que predique. Cuando lo ha hecho, su padre invita a la gente a su casa donde les ofrece copiosas comidas y dulces. Esta es la usanza de todas las noches impares, de las cuales la más señalada es la del veintisiete, que festejan mucho más que las otras.

En esa ocasión se acaba de leer el *Corán* sacrosanto, detrás de la ilustre estación [maqām], levantándose frente al muro [*hatīm*] de los *šāfi'īes* enormes postes que se le adosan con largas planchas cruzadas a guisa de travesaños. De esta suerte se disponen tres anaqueles para velas, candiles y lucernas, de modo que casi ciega la vista el reverbero de las luces. El imán se adelanta, cumple la última plegaria preceptiva y de seguida inicia la lectura por la azora del *Destino* [XCVIII], pues en ella concluyen los imanes la noche precedente. En ese punto los imanes todos cesan los rezos por respeto a la lectura del *Corán*, que se está llevando a cabo en el *maqām*, se personan en el lugar y así ganan la baraca. El imán termina inclinando la cabeza cuatro veces, se alza y predica con la cara hacia la estación [maqām]. Cuando ha finalizado, vuelven los imanes a sus oraciones y los fieles se dispersan. Por último, se completa la lectura del *Corán*, en la noche del veintinueve, en la estación de los *mālikīes*, lo que se cumple con modestia, seriedad y sin boato: se finaliza el Libro y se predica.

Usos que siguen en el mes de Šawwāl

En este mes, que abre los consabidos cuatro meses destinados a la peregrinación, los mequíes prenden antorchas cuando aparece la luna anunciándolo. Disponen lámparas y candelas casi como hacen la noche del veintisiete de Ramadán. Se encienden luces en los alminares por todos lados, alumbrándose la azotea toda del

recinto sacro, así como los terrados de la mezquita que corona la altura de Abū Qubays. Los almuédanos se aplican durante toda la noche a entonar el *tahlīl*, el *takbīr* y el *tasbīḥ*^[217].

La gente se dedica bien a las procesiones giratorias, bien a la oración, o a mencionar el nombre de Dios o a impetrar su auxilio. Después de cumplir el rezo del alba empiezan a disponer la fiesta. Visten sus mejores galas y se apresuran a ocupar sitio en la santísima mezquita. Allí realizan la oración de la fiesta, pues no existe lugar más digno para ello. Los primeros en madrugar para ir a la mezquita son los Banū Šayba. Abren la puerta de la santa *Ka‘ba* y su jefe se sienta en el umbral mientras el resto lo hace ante él hasta que llega el emir de La Meca, momento en que van a su encuentro. El gobernador da las siete vueltas al santuario al tiempo que el almuédano del pozo Zamzam se encuentra en lo alto de su templete y, según su costumbre, sube la voz ensalzando el nombre del emir y rogando por él y por su hermano, como ya se indicó. Después viene el jatib, flanqueado de los dos estandartes negros, precedido de la *farqa‘a* y vestido de negro. Reza tras la noble *estación* [*maqam*], luego asciende al almimbar y predica con elocuencia. Con el fin del sermón los asistentes se desean la paz y el perdón, unos a otros, dándose la mano. Entonces van a la noble *Ka‘ba*, donde penetran en oleadas. Por último salen hacia la almacabra de Bāb al-Ma‘lā para santificarse mediante la intercesión de los discípulos de Mahoma y los egregios antiguos allí enterrados. Después regresan.

Interdicción de la Ka‘ba

El veintisiete de *Dū l-Qa‘da* se remangan los velos de la santa *Ka‘ba* hasta una altura de braza y media por sus cuatro costados, en prevención de manos que quieran robarlos. A esto llaman *iḥrām* [suspensión de funciones]. Es un día señalado en el noble recinto. Desde esa fecha no se vuelve a abrir la santa *Ka‘ba* hasta que se cumple la *estación* de ‘Arafa [doce días mas tarde).

Ritos de la peregrinación

El día uno del mes de *Dū l-Ḥiyyâ* se hacen sonar los timbales y atabales a las horas de rezo, tanto por la mañana como al atardecer anunciando la bendita solemnidad. Se continúa la misma práctica hasta el día de la subida a ‘Arafat^[218] y en llegando el siete de *Dū l-Ḥiyyâ* el jatib predica, a continuación de la oración del mediodía, un sermón elocuente en que pormenoriza los ritos de la peregrinación para informar a las gentes y cuanto se relaciona con el día de la estación. Al día siguiente el pueblo madruga para cumplir la ascensión a Minā. Los emires de Egipto, Siria y el

Iraq, juntamente con los ulemas, pernoctan en Minà. Y egipcios, sirios e iraquíes rivalizan, por amor propio, en tocante a luminarias. Pero siempre con ventaja para los sirios.

El día nueve, después de la oración del alba, se trasladan de Minà a ‘Arafa. En el trayecto pasan por el valle de Muhassir, que cruzan deprisa, como es costumbre. El valle es límite entre Minà y Muzdalifa. Esta última es un amplio ajarafe entre dos montes, circundado de zafareches y albercas que construyera Zubayda, hija de Ŷa‘far b. Abū Ŷa‘far al-Manṣūr y esposa del Príncipe de los Creyentes Hārūn ar-Raṣīd. Entre Minà y ‘Arafa hay una distancia de cinco millas y otro tanto hay entre Minà y La Meca. ‘Arafa tiene tres denominaciones: esta primera, *Ŷam‘* [reunión] y *al-Maš‘ar al-ḥarām* [lugar sagrado de ceremonias]. Es una vasta planicie rodeada de innumerables montañas. Al final de esta llanada se encuentra el Monte de la Misericordia, que es el lugar de visita, así como sus alrededores. Los dos mojones se hallan antes de él, a una milla más o menos, para marcar el límite entre el territorio permitido y el sagrado. Cerca de ellos y de ‘Arafa está la depresión de ‘Arna, que el Profeta ordenó dejar de lado, y de la que es preciso guardarse. También hay que evitar el retorno rápido a La Meca antes de la puesta del sol. A veces los camelleros apuran a mucha gente, previniéndoles de la aglomeración a la vuelta y les hacen adelantarse conduciéndolos al valle de ‘Arna, con lo que su peregrinación no es válida.

La montaña de la Misericordia ya mencionada se eleva en medio de la llanura de Ŷam‘, separada de las otras alturas y compuesta de piedras sueltas. En la cima existe un templete atribuido a Umm Salma que encierra una mezquita y en cuyo oratorio se agolpan las gentes para rezar. Un amplio bancal rodea a la mezquita dominando el llano de ‘Arafāt. Al sur hay un muro con hornacinas para que los fieles oren. Al pie de este monte, a la siniestra mano según se mira hacia la *Ka‘ba*, existe una casa de antigua construcción que se atribuye a Adán. A su izquierda pueden verse las rocas en que se detuvo el Nabí. Todo ello rodeado de estanques y aljibes de agua. En las proximidades está el sitio en que se coloca el imán para predicar y celebrar el día de la festividad, entre la oración del mediodía y la de las tres de la tarde. A la izquierda, orientándose hacia la *Ka‘ba*, está el valle del Arāk, en el cual hay gran profusión de *arāk*^[219] verde en una enorme extensión.

Cuando llega el instante de regresar a la ciudad, el imán *mālikī* lo indica con la mano y desciende de su lugar. Entonces la multitud se desborda en el retorno haciendo estremecer la tierra y conmoviendo las montañas. ¡Cuán venerable visita, qué distinguido santuario! Los espíritus ruegan que perdure tanta felicidad y las esperanzas se tienden hacia los dones de la misericordia divina. ¡Ojalá Dios nos incluya entre quienes distinguió con su aprobación!

Mi primera visita a este lugar fue el jueves del año 726 [1326 de J. C.]. A la sazón, era emir de la caravana egipcia Argūn ad-Dawādār [*el portatintero*], oficial de al-Malik an-Nāṣir, cuya hija hizo la peregrinación en ese año. Era esposa de Abū

Bakr, hijo del mentado Argūn. También peregrinó en aquella ocasión la mujer de al-Malik an-Nāṣir, llamada Jūnda [*princesa*], hija del venerado sultán M. Ūzbak, rey de Sarā y de Juwārizm. El emir de la caravana siria era Sayf ad-Dīn al-Ŷūbān [o Chūbān]. Cuando se hizo el momento de volver a La Meca, tras la puesta de sol, llegamos a Muzdalifa a la hora del último rezo y allí cumplimos juntos el precepto del crepúsculo y el de la noche, con arreglo a lo que indica la tradición atribuida al Enviado de Dios. Una vez hecha la plegaria del alba, en Muzdalifa, salimos hacia Minā, tras cumplir la estación e invocar a Dios en *al-Maš‘ar al-harām*. Muzdalifa toda es un lugar de peregrinación, excepto el valle de Muhassir, donde se aviva la marcha hasta salir de él. La mayoría de la gente se provee de cantos y guijarros para arrojar, lo que es preferible. Otras gentes hay que los atropan en los alrededores de la mezquita de al-Jayf. En este punto se obra a discreción. Una vez llegados a Minā se apresuran a tirar las piedras en el desfiladero^[220]. De seguida degüellan y sacrifican ovejas y camellos. Y se afeitan la cabeza, siéndoles lícito usar de todo excepto de las mujeres y perfumes hasta que cumplan la procesión de retorno. Los cantos se arrojan en el momento que el sol asciende, el día del sacrificio. Después de tirar las piedras, hacer el sacrificio y afeitarse, la mayor parte de los peregrinos sale para la procesión. Los hay que permanecen hasta el siguiente día cuando lapidan, al atardecer, el primer montón con siete guijas y con otras tantas el de en medio. Se detienen para invocar a Dios cerca de ambos montones, imitando al Enviado de Dios. Al tercer día se apresuran a bajar a La Meca habiendo tirado cuarenta y nueve piedras en total, pero son muchos los que permanecen hasta el tercer día, después del sacrificio, para llegar a arrojar setenta guijarros.

El velo de la *Ka‘ba*

El Día del Sacrificio la caravana egipcia envía a la noble *Ka‘ba* el velo con que será revestida. Se coloca en las azoteas de la generosa mezquita. Tres días después los Banū Šayba lo bajan a la santa *Ka‘ba*. Es un revestimiento de seda negra forrado de lino. Va coronada por bordados en blanco con la siguiente leyenda: «Dios convirtió a la *Ka‘ba* en una casa sagrada, lugar de peregrinaje...». Y así hasta completar la aleya [*Corán*. V, 98]. En los demás lados se ven bordados en blanco otros versículos del *Corán*, relumbrando de luz sobre el fondo negro brillante. Una vez revestido el santuario se arremeten los bajos para preservarlos de las manos de la gente.

Al-Malik an-Nāṣir es quien se ocupa del revestimiento de la *Ka‘ba* y quien subviene a las necesidades pecuniarias del cadí, el predicador, los imanes, almuédanos, empleados y familiares. También sostiene los gastos de velas y aceite, de manera anual.

En esas fechas se franquea la augusta *Ka‘ba*, a diario, para los habitantes del Iraq, del Jurāsān, etc., que llegan con la caravana iraquí. Estos quedan en La Meca aún

cuatro jornadas después de la partida de las caravanas siria y egipcia. Hacen limosnas con largueza entre los beatos frequentadores del Templo y otros más. Les he visto de noche circunvalando el Templo y dando plata y ropas a los visitantes fijos o mequíes que encontraban, como hacían también con las personas que contemplaban la ilustre *Ka'ba*. Y si encontraban a alguien durmiendo, le metían por la boca oro y plata hasta que volvía en sí.

En la ocasión que llegué con ellos procedente del Iraq el año 728 [1327-1328 de J. C.] multiplicaron este comportamiento. Y tanta limosna dieron que bajó el precio del oro en La Meca, alcanzado el cambio del metical los dieciocho *dirhams* de plata de tanto oro como repartieron. En aquel año se mencionó desde el alminbar y sobre la cúpula de Zamzam el nombre de Abū Sa'īd, rey del Iraq.

Salida de La Meca, que Dios honre

Salí de La Meca en las postrimerías del día 20 de *Dū l-Ḥiyyā* acompañando al emir de la caravana del Iraq, al-Bahlawān M. al-Ḥawīḥ, que era de Mosul. Se ocupaba de dirigir la peregrinación desde el fallecimiento del jeque Šihāb ad-Dīn Qalandar, que era persona generosa, distinguida y apreciada por su rey, rasurándose barba y cejas al modo de los qalandariēs^[221]. Al partir de La Meca con el emir al-Bahlawān, éste alquiló para mí una mitad de litera hasta Bagdad, pagó el coste de su peculio y me tomó bajo su protección.

Después de cumplir la circunvalación de despedida salimos para Baṭn Mārr con una multitud de iraquíes, jurasaníes, persas y otros iraníes imposibles de enumerar. A su paso la tierra se agitaba como si del mar se tratase. Marchaban cual una nube prieta, de suerte que quien salía de la caravana por cualquier necesidad —y careciendo de señal con que guiarse— perdía su sitio, sin acertar con él por el mucho gentío. En esta caravana llevaban numerosos depósitos de agua para los viajeros necesitados, con los que podían saciar la sed, así como camellos para transportar munición de boca destinada a socorrer a los menesterosos; y remedios, jarabes y azúcar destinados a los enfermos. Cuando la caravana acampaba se cocinaba la comida en grandes perolas de cobre denominadas *dusūt*. De eso se alimentaban los viajeros pobres y todo aquel que no tuviera provisiones. Además acompañaba a la caravana un hato de camellos para trasladar a los impedidos. Y todo ello a cargo de las obras pías del sultán Abū Sa'īd, por su gran largueza.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Dé gloria Dios a ese egregio nombre. ¡Qué portentoso lugar el suyo en liberalidad! Baste tomar en cuenta sólo a nuestro señor mar de generosidad, portaestandarte de la magnanimidad, prodigio de gloria y distinción, el Príncipe de los Creyentes Abū Sa'īd, hijo de nuestro señor, el azote de los infieles, brazo vengador del Islam y emir de los musulmanes Abū Yūsuf. ¡Que Dios santifique sus esclarecidas almas y guarde el poder para su limpia descendencia hasta el día del

juicio!».

Volvamos al relato.

En esta caravana puede hallarse todo género de mercancías y objetos para venta, toda clase de comidas y frutos. Caminan de noche con antorchas encendidas por delante de las ringleras de camellos y las literas. Y puede verse cómo resplandece la tierra de luz, volviendo la noche en día luminoso.

Desde Baṭn Mārr salimos hacia ‘Usfān y luego para Julayş. Tras cuatro etapas acampamos en Wādī ş-Şamk y después de otras cinco nos detuvimos en Badr. Caminábamos dos etapas al día: la primera después del alba y la segunda al anochecer. Desde Badr seguimos viaje a Safrā’ donde descansamos una jornada. Entre este punto y la noble Medina hay tres días de marcha. Llegamos a Ṭayba, la Medina [ciudad] del Enviado de Dios. Así pudimos visitar por segunda vez el sepulcro del Nabí. En Medina permanecemos seis jornadas, haciendo la aguada pasa tres más, De allá salimos para acampar al tercer día en Wādī l-‘Arūs, donde nos aprovisionamos de agua en venas poco profundas, pues basta cavar un tanto en el suelo para alumbrarla, dulce y potable. Salimos de Wādī l-‘Arūs penetrando en el territorio de Naʿyḍ, una llanura en que la vista se pierde. Respiramos su brisa grata y fragante y luego de cuatro etapas nos detuvimos en un punto de agua llamado ‘Usayla, más adelante en otro que dicen Nuqra y donde hay trazas de algo a modo de enormes zafareches. Después continuamos hasta otro dicho al-Qārūra donde hay aljibes llenos de agua de lluvia, mandados construir por Zubayda, hija de ʿĪsā. Este lugar es el centro de la tierra de Naʿyḍ, extenso, de buen aire y atmósfera sana, terreno magnífico y templado en cualquier estación.

Desde al-Qārūra nos trasladamos a Ḥāyir, que dispone de albercas de fábrica para recoger agua, aunque a veces están en seco: entonces se pica en los pozos y brota.

A continuación acampamos en Samīra, hondonada en un llano donde se encuentra una especie de fortaleza habitada. Abundan las aguas en sus pozos pese a ser salobres. Acuden los nómadas del contorno con ovejas, manteca y leche para trocar con los peregrinos por ropas de algodón basto, única cosa que cambian.

Más tarde nos pusimos en viaje para ir a acampar en la Montaña Horadada [*ʿĪbal Majrūq*]. Está en una estepa y tiene en la cumbre una hendidura penetrante por la que corre el viento.

Seguimos ruta hasta Wādī l-Kurūş —lugar sin agua— y continuamos la marcha de noche para ir a amanecer en Ḥiṣn Fayḍ. Se trata de una gran fortaleza en una planicie, rodeada por una cerca y con un caserío extramuros. Los habitantes son beduinos que viven de los peregrinos, vendiendo y chalaneando. Los peregrinos suelen dejar aquí parte de sus víveres, cuando van de camino procedentes del Iraq hacia La Meca, para recobrarlos al regreso porque es la mitad de la distancia entre Bagdad y La Meca. Desde aquí a Kufa hay doce jornadas fáciles de cubrir, con agua

en aljibes. Los viajeros de la caravana acostumbran entrar en esta localidad aprestados y en disposición de batalla para atemorizar a los beduinos allí congregados y hacerles desistir de su codicia habitual. Nos entrevistamos con los dos emires beduinos Fayyāḍ y Ḥiyār, ambos hijos del emir Muhannā b. 'Isā. Estos jeques tenían en su compañía infantes y jinetes sin cuento, de tantos como eran. Dieron muestras de proteger y cuidar de peregrinos e impedimenta. También vinieron con camellos y ganado lanar para que cada cual comprara según sus posibles.

Desde allí seguimos viaje hasta el lugar conocido por al-Aḡfur [*Los pozos*], renombrado a causa de los amantes Ḥamil y Butayna. Más adelante acampamos en el desierto para proseguir la marcha de noche y llegar a detenernos en Zarūd, que es un llano arenoso con pequeños aduares, con una cerca semejando fortificación. Los pozos tienen agua pero no es dulce.

Luego hicimos alto en Ta'labiyya, donde existe un castillo ruinoso, por frente de una alberca colosal a la que se descende mediante una escalera y cuya capacidad basta para saciar a la caravana entera. Numerosos nómadas se dan cita en el lugar para vender camellos, ovejas, manteca y leche. Desde aquí a Kufa hay tres etapas.

Reanudamos la marcha y fuimos a detenernos en la Alberca del Lapidado. Se trata de una tumba a la vera del camino con un montón enorme de piedras cerca. Todos los caminantes al pasar le tiran una. Se cuenta que el tal lapidado era un hereje que iba en la caravana con la intención de cumplir la peregrinación y como ocurriera una disputa entre él y varios turcos *sunniēs* [musulmanes ortodoxos] profirió insultos contra algunos compañeros del Profeta y le mataron a pedradas. En el mismo sitio son muchas las jaimas de beduinos, los cuales requieren a los viajeros con manteca, leche y otros productos. También hay un pilón capaz de abrevar a todos los peregrinos de la caravana, construido por Zubayda, pues todo aljibe, alberca o pozo en la ruta de Bagdad a La Meca se debe a sus generosas huellas. ¡Que Dios se lo pague y le dé su recompensa! De no ser por ella nadie habría podido recorrer esta vía.

Recomenzamos la marcha para ir a detenernos en un lugar llamado Malqūq donde existen dos pilones con agua dulce y pura. La gente tiró la que les restaba para aprovisionarse de esta otra. Luego proseguimos el viaje y acampamos en Tanānīr [*Los hornos*] que tiene un aljibe lleno. Salimos de noche y pasamos, con el sol ya alto, por Zummāla [o Zubbāla], población considerable, con una fortaleza de beduinos, dos pilones de agua y numerosos pozos. Es uno de los puntos de aguada de la ruta.

Tras continuar la marcha nos detuvimos en los dos Haytam, donde hay dos aljibes, y luego al pie del desfiladero dicho de Satán, que ascendimos al día siguiente y que es el único trecho montañoso existente en toda la ruta, pese a no ser ni difícil ni largo. Acampamos en Wāqiṣa en la que existe un gran alcázar y depósitos de agua. Los pobladores son beduinos y ésta es la última aguada del camino, pues, en efecto, ya no hay desde aquí hasta Kufa ninguna otra digna de mención a no ser los abrevaderos del Eufrates, en los que muchos kufíes salen al encuentro de los

peregrinos trayendo harina, pan, dátiles y frutas y todo el mundo se felicita y desea la paz.

A continuación acampamos en un lugar llamado Lawra [o Lawza] que dispone de una gran alberca; en otro al que dicen Las Mezquitas donde hay tres cisternas, y en Manārat al-Qurūn [*Almenara de los Cuernos*] que es una torre muy alta en medio de una estepa y recubierta de cuernos de gacela pero sin construcción alguna en su contorno. La siguiente etapa fue ‘Uḏayb, un valle fértil cuyas proximidades están habitadas, rodeado de una feraz campiña, panorama excelente para la vista.

IRAQ E IRÁN

Luego nos detuvimos en Qādisiyya, lugar de la famosa batalla contra los persas en que Dios hizo prevalecer al Islam y humilló a los Magos, adoradores del fuego. Después de aquello ya no levantaron cabeza pues el Señor los destrozó totalmente. El príncipe de los musulmanes por entonces era Sa'd b. Abū Waqqāṣ. La Qādisiyya que Sa'd expugnó era una gran ciudad pero la ruina se adueñó de ella y hoy en día no es más que una población con palmerales y canalillos nutridos de las aguas del Eufrates.

Desde allí seguimos viaje a la ciudad de Mašhad 'Alī (Santuario de 'Alī, en Naḡaf], es decir 'Alī b. Abū Ṭālib. Es una población bonita levantada en una planicie roquiza, una de las más bellas, pobladas y mejor construidas del Iraq: dispone de mercados limpios y buenos. Entramos por la puerta de al-Ḥaḍra en dirección al zoco de los verduleros, cocineros y panaderos, para pasar a continuación al zoco de los fruteros y alfayates y a la alcaicería, y por último al zoco de los perfumistas. En la puerta de al-Ḥaḍra se halla una tumba de la cual se asegura ser el sepulcro de 'Alī. Enfrente hay zagüías, escuelas y monasterios soberbiamente edificadas con muros de *qāṣānī*, semejante al azulejo entre nosotros, pero de colores más vivos y mejor trazado.

Mención del mausoleo y de las tumbas allí existentes

Por la puerta de al-Ḥaḍra se entra a una magnífica escuela donde residen los estudiantes y sufíes de la secta *šī'ī*. Todo viajero que allí acude recibe tres días de hospitalidad ofreciéndosele pan, carne y dátiles dos veces por jornada. Desde esta escuela se pasa a la puerta de la capilla en que están los chambelanes, jefes y eunucos. Cuando llega el visitante, uno de ellos —o todos, según su categoría— se levanta y lo acoge. Parados en el umbral piden permiso para introducirle diciendo: «Con vuestra venia, Príncipe de los Creyentes, este débil siervo pide autorización para penetrar en el excelso mausoleo, si lo permitís y si no se volverá. Aunque no sea merecedor de tal merced. Vos sois munificente y custodio». A continuación le ordenan besar el umbral, que es de plata, así como las jambas. Después entra a la capilla que está alfombrada con variadas clases de tapices, de seda entre otras. Por añadidura hay lucernas de oro y plata, grandes y pequeñas. En medio del abovedado existe un estrado cuadrangular forrado de madera y con planchas de oro labrado, de ejecución perfecta y claveteado con remaches de plata, siendo más visibles incluso que la madera. Su altura no alcanza a ser la de un hombre. Encima pueden verse tres tumbas de las que pretenden son: una la de Adán, otra de Noé y la tercera de 'Alī. Entre los sepulcros hay pilas de oro y plata con agua de rosas, almizcle y variadas clases de perfumes en las cuales el visitante moja la mano y se unge la cara para

lograr la baraca. El domo tiene otra puerta —con el dintel también de plata y celada por velos de seda coloreada— que conduce a una mezquita alfombrada con buenos tapices y con las paredes y el techo cubiertos por colgaduras de seda. El templo dispone de cuatro puertas cuyas hojas son de plata y están cubiertas por lienzos de seda. Los vecinos de este lugar son todos *šī'īes*. El mausoleo parece haber obrado portentos y esto reafirma entre ellos la creencia de que allí está enterrado 'Alī. Así por ejemplo: en la noche del veintisiete de *Ra'yab* —que denominan noche de la vida— se trae a este santuario a todos los impedidos de los dos Iraq, del Jurāsān, de Persia y Anatolia, congregándose treinta o cuarenta, más o menos, de esos inválidos y una vez cumplida la última oración del anochecer se les coloca sobre el sepulcro santo mientras las gentes esperan verlos alzarse, rezando, alabando a Dios, recitando el *Corán* o contemplando el mausoleo. Cuando ya ha pasado la mitad o dos tercios de la noche, aproximadamente, se yerguen todos ellos sanos y sin tacha alguna proclamando: «No hay más dios que Dios, Muḥammad es su Enviado y 'Alī es el amigo de Dios». De ello hay gran fama entre esas gentes. Yo lo oí de personas dignas de fe y nunca estuve en la tal noche, sin embargo, he visto en la Escuela de los huéspedes a tres hombres, uno de los cuales era de Erzerum, en Asia Menor; otro de Isbahān, y el tercero del Jurāsān. Eran paralíticos y como yo les inquiriese por su situación me contaron no haber alcanzado la mencionada noche y estar aguardando la ocasión para otro año. Con tal motivo se juntan las gentes de la comarca y organizan una feria espléndida que dura diez días. En esta ciudad no existen garramas ni tributos ni gobernador: la autoridad la tiene el jerife más importante^[222].

Los habitantes son mercaderes, viajeros por distintos países, valientes y generosos. Quien se acoge a ellos no lamenta tenerlos por compañeros en los viajes y es de agradecer al cielo tal compañía. No obstante, rebasan todo lo permisible en cuanto concierne a 'Alī. Así sucede, en Iraq y otras regiones, que alguien al sufrir una enfermedad hace el voto de visitar el mausoleo cuando esté curado. O también quien sufre un mal en la cabeza fabrica otra de oro o plata y la lleva al santuario y el jefe del lugar la pone en el tesoro. Y lo mismo para la mano, el pie u otro miembro. El tesoro del mausoleo es magnífico y reúne riquezas sin cuento.

El patriarca de los jerifes

Este es adelantado del rey del Iraq en la ciudad, ocupando cerca del mismo una categoría considerable y una alta dignidad. Cuando viaja sigue el mismo aparato de los grandes emires, con estandartes y atabales. La charanga militar toca a su puerta mañana y tarde. Es él quien detenta el poder en el lugar no habiendo ningún otro gobernador, ni tampoco impuestos para el sultán ni para nadie. En la época de mi llegada allá era el principal de los jerifes Nizām ad-Dīn Ḥusayn b. Tāy ad-Dīn al-Āwī, que tomaba su gentilicio del pueblecito de Āwah, en el Iraq pérsico, cuyos

habitantes son *ši'ies*. Anteriormente hubo una asamblea de notables que desempeñaban el poder por turno, entre ellos: *Ŷalāl ad-Dīn b. al-Faqīh*; *Qiwām ad-Dīn b. Tā'ūs*; *Nāṣir ad-Dīn Muṭahhar*, hijo del pío jerife *Šams ad-Dīn M. al-Awharī*, del Iraq pèrsico, que ahora está en la India, contándose entre los favoritos de la corte; y *Abū Gurra b. Sālīm b. Muhannà b. Ŷammāz b. Šiḥa al-Ḥusaynī al-Madanī*.

Historia de Abū Gurra

En un principio el jerife Abū Gurra estaba entregado a la devoción y el estudio de la ciencia, en lo cual alcanzó renombre. Habitaba en la noble Medina bajo la protección de su primo *Manṣūr b. Ŷammāz*, príncipe de la ciudad. Luego salió de allá y fue a establecerse en el Iraq, residiendo en *Ḥilla*, y como falleciera el jefe *Qiwām ad-Dīn b. Ṭā'ūs* los iraquíes acordaron que se invistiera a Abū Gurra con la dignidad de jerife principal. Así escribieron al sultán *Abū Sa'īd* quien rubricó la decisión y le otorgó el *yarlig*, es decir, la investidura. También se le remitió el ropaje de honor, las banderas y atabales a la usanza de los jefes en el Iraq. Pero se dio a la vida mundana abandonando la devoción y el ascetismo y dando un mal empleo a sus dineros. La cosa llegó a oídos del sultán y Abū Gurra, sabedor de este extremo, preparó un viaje con el pretexto de dirigirse al *Jurāsān* para visitar el sepulcro de *'Alī b. Mūsà ar-Ridū* en *Ṭūs*, pero en realidad con el designio de escapar.

Una vez hubo peregrinado a la tumba de *'Alī b. Mūsà* se presentó en *Herāt*, que es la última población del *Jurāsān*, y allí notificó a su séquito que deseaba trasladarse a la India, con lo cual retornaron la mayoría de ellos. A continuación pasó del *Jurāsān* al *Sind* y cuando estaba cruzando el río del *Sind* conocido por *Ban'î Āb* [*Punjab*] ordenó tocar los añafles y entrar a tambor batiente, lo cual atemorizó a los lugareños, que creyeron se trataba de una algar de los tártaros, apresurándose hacia la ciudad denominada *Ūyâ*, donde informaron al alcaide de cuanto oyeran. Este montó a caballo al frente de sus guerreros, se aprestó para el combate y despachó una vanguardia que topó con unos diez jinetes y una tropa de infantes y mercaderes de los que siguieran al jerife en su camino, que marchaban con banderas y al redoble del tambor. Les interrogaron por su identidad y aquéllos dieron razón de que el gran jerife del Iraq acudía a presentarse ante el rey de la India. La avanzadilla regresó cerca del emir, a quien notificaron de lo ocurrido y, consiguientemente, este gobernador de la ciudad se forjó una pobre imagen sobre el juicio del jerife, por andar a banderas desplegadas y tambor batiente en tierra extraña.

El jerife entró en la población de *Ūyâ* y en ella se detuvo un cierto tiempo, haciendo que se tocaran los atabales mañana y tarde cosa de la que no se saciaba. Se cuenta que en la época de su, dignidad de gran jerife en el Iraq hacía sonar los tambores cerca de él y cuando el atabalero cesaba de golpear le decía: «Otro redoble más, tamboril», hasta el punto de ser apodado de este modo.

El gobernador de Ūyā escribió al rey de la India comunicándole la llegada del jerife así como su hábito de redoblar los tambores por el camino y a la puerta de su casa a todas horas y el haber levantado banderas. Los hindúes acostumbran a no enarbolar estandartes ni tocar atabales más que como merced concedida por su rey. Y esto si se va de viaje. Cuando se detienen en cualquier parte no suenan tambores si no es a la puerta del rey mismo, a diferencia de Egipto, Siria y el Iraq, donde se hacen sonar ante las casas de los emires. Cuando la cosa llegó al rey de la India le desagradó, reprobó tales actos y se revolvió indignado.

El emir salió hacia la capital del reino, es decir Kašlī [Kašlū] Jān. El *Jān* allí es el principal de los emires, el que vive en Multān, capital del Sind. Es persona con mucho ascendiente cerca del rey de la India, quien le llama «tío» por haber sido de los que auxiliaron a su padre el sultán Giyāṭ ad-Dīn Tugluq Šāh a combatir el sultán Nāṣir ad-Dīn Jusraw Šāh. Al acercarse este emir a la capital, el rey salió a su encuentro y sucedió que coincidiera la llegada del jerife con la del emir en el mismo día, pero llevándole una delantera de varias millas y a tambor batiente según su mala costumbre y yendo a darse de bruces con el sultán y su comitiva.

El jerife se adelantó hacia el sultán saludándole. Entonces el monarca le respondió al saludo y le interrogó por el objeto de su venida, a lo cual contestó Abū Gurra. Después el sultán siguió su camino hasta encontrar al emir Kašlī Jān, momento en que retornó a la capital pero sin prestar la menor atención al jerife ni disponer nada sobre su alojamiento o cosa parecida.

El rey tenía resuelto viajar a la ciudad de Dawlat Ābād, también llamada Kataka y Dawīyīr [Deoghir], que está a una distancia de cuarenta jornadas de Delhi, la capital. Al ponerse en viaje envió al jerife quinientos dinares de plata, cuyo cambio en oro magrebí son ciento veinticinco dinares, indicando al mensajero: «Dile que si decide regresar a su país éste es el viático, y si prefiere acompañarnos, le servirá para los gastos de viaje. Y en caso de resolver quedarse en la capital, con ello podrá vivir hasta nuestro regreso».

El jerife quedó consternado con tales noticias, pues esperaba magníficos presentes como era habitual para con los de su rango. Así, eligió formar en el séquito del sultán, haciéndose asiduo del visir Aḥmad b. Ayās, apodado *Dueño del Mundo*, que era el remoquete que el rey le impusiera, y como se le conocía entre la demás gente, porque esa es la costumbre por aquellas tierras: cuando el rey otorga a alguien un nombre en estado constructo con las palabras *reino*, *columna*, *confianza*, *eje*, *mundo*, *príncipe*, etc., todos se dirigen a él con la misma denominación, y si no lo hacen son castigados.

Entre el jerife y el visir se establecieron firmes relaciones de amistad y éste fue mejorando la situación del otro, haciéndole mercedes y empleando sus buenos oficios cerca del rey, hasta que llegó a concebir una buena opinión del jerife y le concedió dos pueblos de la región de Dawlat Ābād, ordenándole establecerse allí. Este visir era persona distinguida, hombre de pro, generoso, acogedor con los forasteros, autor de

buenas obras, tales como repartir alimentos y edificar zagüías. El jerife permaneció ocho años en los dos pueblos beneficiándose de sus tributos, con lo que extrajo enormes riquezas. Luego quiso marchar pero esto no le era dado, porque quien allí sirve al sultán no puede abandonarlo si no es con su permiso, ya que gusta mucho de extranjeros y raramente otorga licencia a alguno para marchar. Entonces el jerife quiso escapar por la ruta costera, pero fue interceptado y hubo de presentarse en la capital solicitando del visir que resolviera el asunto de su partida. Este se aplicó a lograrlo y consiguió del sultán el pretendido permiso para salir de la India, al tiempo que le obsequiaba una suma de diez mil quinientos dinares de oro magrebíes. Recibió las monedas en un saquete de cuero que colocó bajo su ropa de cama, durmiendo sobre él, dado su gran apego al dinero, el gozo que experimentaba tocándolo y el miedo de que aquello fuera sabido por sus compañeros. Todo ello por su gran avaricia.

A resultas de echarse sobre el bolsón le aquejó un dolor en el costado que fue sin cesar en aumento, mientras él se aprestaba para el viaje, hasta que falleció veinte días más tarde de hacerse cargo de los dinares. Esta riqueza la legó al jerife Ḥasan quien la destinó íntegramente a limosnas para los šī‘īes afincados en Delhi, pero oriundos del Ḥiḡāz y el Iraq. Los hindúes no legan bienes al fisco, ni intervienen las riquezas de los extranjeros, ni inquietan por ellas, cualquiera que sea su monto. Del mismo modo obran los negros con el dinero de los blancos, del que no se apoderan, aunque queda bajo custodia en manos de los compañeros principales del muerto hasta que aparezca el legítimo heredero.

El jerife Abū Gurra tenía un hermano llamado Qāsim que vivió en Granada un cierto tiempo, casando allí con la hija del jerife Abū ‘Abdallāh b. Ibrāhīm el llamado al-Makkī. Después se trasladó a Gibraltar, muriendo mártir en combate en Wādi Kurra^[223], en el alfoz de Algeciras. Era un campeón denodado con quien no se arriesgaban a justar porque su bravura era algo fuera de lo normal. A este respecto se cuentan muchos lances. Sus dos hijos quedaron bajo la tutela de su padrastro, el virtuoso jerife Abū ‘Abdallāh M. b. Abū l-Qāsim b. Nafis al-Ḥusaynī de Karbalā’ [Kerbela], conocido en tierras del Magreb como el iraquí, pues éste desposó a su madre tras la muerte del padre. Y aún cuando ella falleció el jerife siguió cuidando de ambos: ¡que Dios se lo pague!

Una vez que hubimos visitado la tumba de ‘Alī, Príncipe de los Creyentes —¡la paz sea con él!—, la caravana salió para Bagdad y yo partí hacia Baṣra [Basora] en compañía de un grupo numeroso de árabes Jafāya, que son la gente de estas comarcas. Tienen una gran fuerza y valentía, y no hay modo de viajar por este país si no es con ellos. Alquilé un camello por mediación del jefe de esta cáfila, Šāmīr b. Darrāy al-Jafāyī, y salimos de Mašhad ‘Alī^[224] e hicimos alto en al-Jawarnaq, lugar de residencia de an-Nū‘mān b. al-Mundir y de sus padres, reyes de los Banū Mā’ aš-Šamā’. Hay allí, en un espacioso llano, viviendas y restos de enormes cúpulas sobre

un río que sale del Eufrates. En partiendo de aquí, acampamos después en un sitio conocido como Qāyim al-Wātiq, donde se ven vestigios de una aldea arrasada y una mezquita destruida, de la que no queda sino su alminar. Marchamos luego, cogiendo la orilla del Eufrates por el lugar llamado al-‘Idār, que es una algaba de cañas en medio del agua, habitada por unos árabes famosos por su hostilidad, salteadores de caminos de la secta de los *rāfiḍīes*^[225]. Atacaron a un grupo de faquires que habíanse rezagado de nuestra partida y les despojaron hasta de sus sandalias y alforjas. Se hacen fuertes en ese cañaveral y desde él se defienden de aquellos que les persiguen. Hay allí muchas fieras. Hicimos tres jornadas por este ‘Idār y llegamos luego a la ciudad de Wāsiṭ^[226]

La ciudad de Wāsiṭ.

Es la más bella de estas regiones; tiene muchos árboles y huertos, y hay en ella personalidades cuya sola presencia conduce al bien y cuyos lugares de reunión encaminan a la reflexión. Sus habitantes son de los mejores del Iraq; más aún, son absolutamente los mejores. La mayor parte de ellos saben de memoria el santo *Corán* y son versados en recitarlo de un modo correcto. Aquí viene gente de las comarcas del Iraq para aprender este arte; en la cáfila con la que llegamos había un grupo de personas que habían venido para [aprender a] recitar el *Corán* junto a los jeques de la ciudad. Hay una gran *madrasa*^[227], siempre llena, con cerca de trescientas celdas donde se hospedan los forasteros que vienen a aprender el *Corán*. La construyó el jeque Taqī d-Dīn b. ‘Abd al-Muhsin al-Wāsiṭī, que es uno de los principales de la ciudad y uno de sus alfaquíes; a cada pupilo le da ropa para el año y le proporciona los alimentos diarios, y él mismo permanece en la *madrasa*, con sus hermanos y compañeros, para enseñar el *Corán*. Yo me encontré con él y me dio hospedaje y un viático de dátiles y unos cuantos *dirhams*.

Cuando nos detuvimos en la ciudad de Wāsiṭ, la caravana se quedó tres días en las afueras para comerciar. Se me vino entonces a las mientes visitar la tumba del santo Abū l-‘Abbās Aḥmad ar-Rifā‘ī^[228], que está en una aldea llamada Umm ‘Ubayda, a la distancia de un día de Wāsiṭ. Le pedí al jeque Taqī d-Dīn que me enviara alguien para guiarme allí y mandó conmigo a tres árabes de los Banū Asad, que habitan esa comarca, y me dio por montura uno de sus caballos. Salí a mediodía y pernocté en un cercado de los Banū Asad; a mediodía de la segunda jornada llegamos a ar-Riwāq, un gran monasterio [*ribāṭ*] donde hay miles de faquires, y coincidimos allí con la llegada del jeque Aḥmad Kūyuk [el pequeño Aḥmad], nieto del santo de Dios Abū l-‘Abbās ar-Rifā‘ī, cuya tumba nos proponíamos visitar, y que había venido de su lugar de residencia en Anatolia [Bilād ar-Rūm] para ir en peregrinación al sepulcro de su abuelo; a él había ido a parar la dignidad superior de

ar-Riwāq. Cuando acabó la oración del ‘*asr*, redoblaron los atabales y los adufes y los faquires se pusieron a danzar; rezaron luego la oración vespertina [*ṣalāt al-magrib*] y ofrecieron la comida, que era pan de arroz, pescado, leche y dátiles, y comieron todos y enseguida rezaron la última oración de la noche [*ṣalāt al-‘iṣā*] e invocaron el nombre de Dios con jaculatorias, mientras el jeque Aḥmad estaba sentado en la almofalla de rezos de su abuelo, ya mencionado. Se pusieron después a tocar y cantar; habían dispuesto brazadas de leña que prendieron y entraron en medio de las llamas bailando. Algunos de ellos se revuelcan en las brasas y otros se las meten en la boca, y así hasta que se consume la hoguera; esta es su costumbre y por ella se distingue esta secta *aḥmadī*. Hay otros que cogen una gran serpiente y le arrancan la cabeza a dentelladas.

Relato

Estaba yo una vez en un sitio llamado Afqānbūr, en la provincia de Hazār Amrūhā, que está a cinco jornadas de Delhi, la capital de la India. Acampamos allí junto a un río conocido como Nahr aṣ-Ṣurūr [Río de la Alegría], y esto era en el tiempo de *ṣekāl*, que entre ellos quiere decir lluvia. Esta cae al comenzar los calores del verano y baja a este río por las torrenteras de los montes Qarāyīl [Himalaya]; y todo el que bebe de él, hombre o bestia, muere, porque la lluvia cae encima de hierbas venenosas. Así pues, aunque estuvimos cuatro días junto al río, ninguno nos acercamos a él. Estando allí, se acercó a mí un grupo de faquires que venían adornados con collares y brazaletes de hierro, y cuyo jefe era un hombre negro de color muy oscuro; eran de la secta llamada al-*haydariyya*^[229] y pasaron una noche con nosotros. Su jefe me pidió que le proporcionara leña para hacer una hoguera mientras danzaban, y se la encargué al gobernador de la comarca, ‘Aziz, apodado al-Jammār [*el Vinatero*]. Envío cerca de diez cargas y ellos les prendieron fuego después de la última oración de la noche, hasta que se hicieron ascuas. Y se pusieron a tocar y cantar y entraron luego en las brasas bailando y revolcándose en ellas; su jefe me pidió una camisa y le di una fina en extremo, se la puso y empezó a revolcarse con ella en el fuego y a golpear las ascuas con las mangas, hasta que menguó el fuego y apagóse. Volvió entonces a mí con la camisa y me maravilló aún más, pues la llama no había dejado en ella rastro alguno.

Cuando hube visitado [la tumba] del jeque Abū l-‘Abbās ar-Rifā‘ī, torné a la ciudad de Wāsiṭ y encontré que mi partida ya había salido; le di alcance por el camino e hicimos alto en una aguada conocida por al-Hadīb. Seguimos luego viaje y acampamos en Wādī l-Kurā‘, donde no había agua; otra vez en marcha, nos detuvimos en un lugar llamado al-Mušayrib [*el Pequeño Abrevadero*] y, más tarde, en las cercanías de Basora. Puestos otra vez en camino, entramos en la ciudad de Basora a primeras horas de la mañana.

La ciudad de Basora

Nos hospedamos en el convento [*ribāṭ*] de Mālik b. Dinār. En llegando a la ciudad, a unas dos millas de ella, yo había visto un edificio alto, semejante a una fortaleza, inquirí por ella y me dijeron que era la mezquita de ‘Alī b. Abū Ṭālib. Y esto porque Basora tenía un solar tan amplio, ocupaba tan vasto espacio, que esta mezquita estaba en medio de ella. Y ahora entre una y otra hay dos millas. De igual modo, entre la mezquita y la antigua muralla que cercaba la ciudad hay la misma distancia aproximadamente. Así, la mezquita está ahora a medio camino de ambas. La ciudad de Basora es una de las más importantes del Iraq y renombrada en todos los países. Es muy espaciosa, con plazas admirables, numerosos huertos y frutas excelentes. Le ha sido dada bien cumplida su parte de feracidad y lozanía, pues está en la confluencia de los dos mares, el salobre y el dulce, y no hay lugar en el mundo que tenga mayor número de palmeras. Los dátiles se venden en el zoco de la ciudad a razón de un *dirham* los catorce arrelles iraquíes, siendo un *dirham* de aquí la tercera parte de la *nuqra* [pieza pequeña de plata]. El cadí de Basora, Ḥuṣayf ad-Dīn, me envió tal cesto de dátiles que al hombre que lo traía le costaba cargarlo; me propuse venderlos y lo hice por nueve *dirhams*, de los que el faquín cogió tres como salario por llevarlos de la casa al zoco. Hacen aquí con los dátiles una miel que llaman *saylān* que es tan buena como el julepe.

Hay tres barrios en Basora: el primero de ellos, el barrio de Hudayl, cuyo jefe es el ilustre jeque ‘Alā’ ad-Dīn b. al-Aṭīr, uno de los hombres nobles y virtuosos; me dio hospedaje y me envió ropas y dinero. El segundo es el barrio de los Banū Ḥarām, que tiene por jefe al señor jerife Maḥd ad-Dīn Mūsa al-Ḥasanī, hombre de gran mérito y largueza; hízome su huésped y me regaló dátiles, *saylān* y unos *dirhams*. El tercero es el barrio de los persas, cuyo jefe es Ḥamāl ad-Dīn b. al-Lūkī. La gente de Basora es de natural generoso; tratan con familiaridad a los forasteros y cuidan de sus derechos: no hay extranjero que se sienta solo entre ellos. Rezan los viernes en la mezquita ya mencionada de ‘Alī, Príncipe de los Creyentes, que Dios tenga en su santa gloria; luego la cierran y no vuelven hasta el otro viernes. Es una de las más bellas mezquitas que hay, con un patio enorme empedrado de guijarros rojos que se traen del Valle de los Leones [Wādī ṣ-Ṣibā’]. En ella está el santo *Corán* que leía ‘Uṭmān —que Dios tenga en su gloria— cuando fue asesinado y en el cual quedó una huella de sangre coagulada en la página donde están escritas estas palabras del Altísimo: «*Dios te bastará contra ellos; El oye y sabe todo*» [*Corán*. II, 131].

Moraleja

Asistí una vez en esta mezquita al rezo del viernes, y cuando se levantó el predicador y pronunció el sermón [*jutba*] cometió muchas y manifiestas

incorrecciones en el lenguaje. Me asombré de ello y se lo dije al cadí Ḥuŷŷat ad-Dīn, que me respondió: «En esta ciudad ya no hay nadie que sepa una palabra de gramática». Esta es una lección para quien quiera pensar en ella. ¡Alabado sea Dios, que cambia las cosas y vuelca los hechos! En Basora, a cuya gente vino a parar la autoridad en la gramática; donde ésta misma tuvo su principio y desarrollo; de donde salió el imán de la gramática [Sībawayhī, s. VIII], cuya superioridad nadie negó: ¡en Basora no hay nadie que predique correctamente el sermón del viernes!

Tiene esta mezquita siete alminares, uno de los cuales se menea, según el parecer de la gente de aquí, cuando se invoca el nombre de ‘Alī b. Abū Ṭālib. Subí a él desde lo más alto de la azotea de la mezquita, en compañía de un individuo de Basora, y me topé con un mango de madera clavado en uno de los rincones del alminar. El hombre que venía conmigo agarró el mango y dijo: «Por la cabeza de ‘Alī, Príncipe de los Creyentes, ¡menéate!», y sacudió el mango y movióse el alminar. Cogí yo entonces el mango y dije: «Yo voy a decir: por la cabeza de Abū Bakr, sucesor del Enviado de Dios, ¡menéate!». Agité el mango y el alminar se movió. Esto causó gran extrañeza. La gente de Basora sigue la doctrina de la zuna [*sunna*, tradición del Profeta] y [el acuerdo] de la comunidad [musulmana]; así pues, no hay miedo de hacer entre ellos lo que yo hice. Pero quien procediera así en Mašhad ‘Alī, en Mašhad al-Ḥusayn, en Ḥilla, Baḥrayn, Qumm, Qāšān, Sāwa, Āwa o Tūs, perecería por ello, pues en estos sitios son *rāfiḍīs* fanáticos.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Yo he visto con mis propios ojos en Purchena, en el valle del Almanzora, de al-Andalus —que Dios guarde—, un alminar que se menea sin que se invoque el nombre de ningún califa ni de nadie. Es el alminar de la mezquita más principal de la ciudad y se construyó no hace mucho; es el más bello que hayas podido ver, por la hermosura de su aspecto, por su aplomo y altura, y no está ladeado ni torcido. Subí una vez a él con un grupo de gente, y unos cuantos se agarraron de algunas partes de su tronco y lo sacudieron; y se meneó el alminar hasta que les hice señas de que ya bastaba y dejaron de moverlo».

Volvamos al relato.

Mención de los santuarios benditos de Basora

Estos son: El santuario de Ṭalḥa b. ‘Ubayd Allāh, uno de los diez compañeros del Profeta; está dentro de la ciudad y tiene cúpula, una mezquita y una zagüía, donde se da de comer a los que llegan y a los que se van. La gente de Basora honra en gran manera este santuario. Y con razón.

El santuario de az-Zubayr b. al-‘Awwām, discípulo del Enviado de Dios e hijo de su tía carnal por parte de padre. Está fuera de Basora y no tiene cúpula; tiene también mezquita y zagüía, donde se da alimento al caminante.

La tumba de Ḥalīma aṣ-Ṣa'diyya [de la tribu de Sa'd], nodriza de Mahoma. Al lado está el sepulcro de su hijo, hermano de leche del Profeta.

La tumba de Abū Bakr, compañero del Nabí; tiene cúpula.

La tumba de Anas b. Mālik, servidor de Mahoma; está a seis millas de la ciudad, cerca de Wādī ṣ-Ṣibá' [Valle de los Leones], y no hay modo de visitarla, sino en grupo muy tupido, por las muchas fieras que hay y la ausencia de habitación humana.

La tumba de al-Ḥasan b. Abū l-Ḥasan al-Baṣrī, señor de los *tābi'ūn* [seguidores, partidarios de Mahoma, segunda generación de musulmanes].

La tumba de M. b. Sīrīn.

La tumba de M. b. Wāsi'.

La tumba de 'Utba al-Gulām [*el Esclavo*].

La tumba de Mālik b. Dīnār.

La tumba de Ḥabīb al-'Aḡamī [*el Persa*].

Y la tumba de Sahl b. 'Abdallāh at-Tustarī.

Sobre cada una de estas tumbas hay un túmulo que lleva escrito el nombre del enterrado allí y la fecha de su fallecimiento. Todas ellas quedan dentro de la antigua muralla^[230], y la mayor parte está hoy a la distancia de unas tres millas de la ciudad. Aparte de éstas hay también un grandísimo número de tumbas de los compañeros [*sahāba*] y seguidores del Profeta que murieron por la fe en el Día del Camello^[231].

El emir de Basora, al llegar yo a la ciudad, se llamaba Rukn ad-Dīn al-'Aḡamī at-Tawrīzī; me hospedó y trató bien. Basora está en la orilla del Eufrates y el Tigris, donde hay pleamar y bajamar como en el río de Salé, en el Magreb^[232], y en otros sitios. La corriente salada que viene del Mar Pérsico está a diez millas de la ciudad. Con la pleamar, el agua salada domina sobre la dulce y con la bajamar al contrario, y como las gentes de Basora sacan de aquí el agua para sus casas, por eso dicen que su agua es salobre.

Dice Ibn Ŷuzayy: «A causa de esto, el aire de Basora no es bueno y la color de sus habitantes es tan amarillenta y pálida que hasta anda en refranes. Un poeta al serle ofrecida a Šāhib [Ismácil b. 'Abbád, siglo x] una toronja, dijo estos versos [metro *sarī'*]:

*¡Por Dios! Una toronja vino de mañana ante nosotros
mostrando la condición del afligido,
como si Dios revistiera con manto lánguido
a los esclavos de sus pasiones y a los moradores de Basora».*

Volvamos al relato.

Embarqué luego en Basora en un *ṣunbūq*, una barca pequeña, en dirección a al-Ubulla, que está a diez millas. Por el camino, a diestra y siniestra, hay palmerales

umbríos y huertos que se siguen unos a otros, y, a la sombra de los árboles, vendedores de pan, pescado, dátiles, leche y frutas. Entre Basora y al-Ubulla se encuentra el santuario de Sahl b. ‘Abdalláh at-Tustarī. Cuando la gente de los barcos pasa frente a él, les ves beber el agua del río, implorando de este modo la bendición del santo. Los marineros de este país se ganan bien el sustento y van de pie remando.

Al-Ubulla era antaño una gran ciudad, a donde se dirigían los mercaderes de Persia y la India, pero fue destruida y ahora no es más que una aldea con ruinas de alcázares y otros edificios que pregonan su antigua grandeza. Navegamos de seguida por el canal que sale del Mar Pérsico^[233] en un barco pequeño de un hombre de al-Ubulla llamado Mugāmis. Partimos a la puesta del sol y amanecemos en ‘Abbādān, gran pueblo levantado en una ciénaga salobre y yerma. Tiene muchas mezquitas, santuarios y conventos para los hombres piadosos. Está a tres millas de la costa.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Abbādān fue anteriormente una ciudad, pero su suelo es baldío y sin sembrados; el agua también escasea. De ella dijo un poeta [metro *sari*]:

*¿Quién hará saber en al-Andalus
que he venido hasta ‘Abbādān,
en el confín de la Tierra?
Es lo más desolado que he visto,
pero buscaba aquí algo que interesase
a los hombres digno de mención.
El pan es el mejor regalo que
pueden hacerse los moradores
y hasta el trago de agua se compra».*

Volvamos al relato.

A la orilla del mar, cerca de ‘Abbādān, hay un cenobio que se asegura está relacionado con al-Jiḍr^[234] y el profeta Elías —la paz sea con ellos—. Enfrente se encuentra una zagüía habitada por cuatro faquires con sus hijos, que están al servicio del convento y la zagüía y viven de las limosnas del pueblo. Todo el que pasa por allí les socorre. Me contó la gente de esta zagüía que había en ‘Abbādān un devoto de gran mérito que vive solo y viene a esta parte del mar una vez al mes y con lo que pesca se mantiene todo ese tiempo, pues ya no se le ve hasta el mes siguiente, y hace esto desde años. Cuando llegamos a ‘Abbādān, me propuse encontrarle y mientras los que venían conmigo se ocupaban en rezar en las mezquitas y santuarios, yo corrí en su busca. Llegué a una mezquita derruida y le topé rezando en ella; sentéme a su vera y entonces abrevió la oración. Cuando hubo pronunciado la jaculatoria final, cogíome de la mano y dijo: «Haga Díos que se cumplan tus deseos en esta vida y en la otra». Ya he cumplido, gracias a Dios, mi deseo en este mundo, que era recorrer la tierra. Y en esto he conseguido —según creo— lo que nadie ha hecho hasta ahora. Queda la

otra vida, mas espero mucho de la misericordia y la tolerancia de Dios para lograr el deseo de entrar en el Paraíso. Cuando llegué donde mis compañeros, les di noticia de este hombre y les indiqué el lugar en que se hallaba. Fueron allí, pero no le encontraron ni pudieron saber nada de él, y se extrañaron mucho del asunto.

Volvimos a la zagüía al atardecer y pernoctamos allí. Uno de los cuatro faquires vino a vernos después de la última oración de la noche. Tenía éste la costumbre de ir todas las noches a ‘Abbādān para encender las lámparas de las mezquitas y volvía luego a la zagüía. Cuando llegó a ‘Abbādān, encontróse con el hombre piadoso [del que estamos hablando], que le dio un pescado fresco, diciéndole: «Dáselo al huésped que ha llegado hoy». Así pues, el faquir, al entrar donde estábamos, nos preguntó: «¿Quién de vosotros ha visto hoy al jeque?». «Yo le he visto», respondí. Entonces, díjome: «Te manda decir que ésta es tu adiafa de huésped». Di gracias a Dios por ello; el faquir nos coció el pescado y comimos todos de él. No he probado nunca pescado mejor. Se me vino a las mientes permanecer el resto de mi vida al servicio de este jeque, pero mi espíritu testarudo me apartó de la idea.

Al alba salimos al mar, dirigiéndonos a la población de Māyūl [Bandar-e Ma’shur]. Tengo en mis viajes la costumbre de no volver, a ser posible, por un camino que ya he seguido. Yo quería dirigirme a Bagdad, en el Iraq, y uno de Basora me aconsejó que viajara por la tierra de los Lūr^[235] y luego por el Iraq de los Persas [‘Irāq al-‘Aḡam] y por el Iraq de los Árabes [‘Irāq al-‘Arab]. Así lo hice, siguiendo su consejo, y al cabo de cuatro días llegamos a la población de Māyūl, pequeña y en la costa de ese golfo que ya hemos dicho sale del Mar Pérsico, sobre un salitral sin árboles ni plantas. Tiene un gran zoco, de los mayores que he visto. Me detuve allí un solo día, y luego alquilé una acémila a los que acarrean granos de Rāmiz a Māyūl. Anduvimos tres días por un desierto donde viven los kurdos en tiendas de crin [de caballo o camello]. Se dice de ellos que tienen origen árabe. Llegamos después a la ciudad de Rāmiz [Ram-Hormoz], que es una bella ciudad con ríos y frutales. Paramos en casa del cadí Ḥusām ad-Dīn Maḥmūd y allí encontré a un hombre sabio, religioso y pío, de origen indio, llamado Bahā’ ad-Dīn y de nombre Ismā’il. Era uno de los hijos del jeque Bahā’ ad-Dīn Abū Zakariyā’ al-Multanī, y había estudiado con los maestros de Tawrīz [Tabrīz] y en otras ciudades. Permanecí solamente una noche en esta ciudad. En saliendo de ella, viajamos tres días por un llano en el que hay alquerías habitadas por kurdos; en cada alto hay una zagüía, donde el que llega encuentra pan, carne y confituras, que están hechas de arrope mezclado con harina y manteca. En cada zagüía hay un jeque, un imán, un almuédano, un sirviente que atiende a los pobres y esclavos y criados que cocinan los alimentos.

Llegué luego a la ciudad de Tustar [Shustar], que está al final de la parte llana de las comarcas del Atābak^[236] y en el arranque de las montañas. Es una ciudad grande, hermosa y floreciente, con jardines excelentes y altos arriates; tiene los zocos siempre repletos y destaca por su belleza. Es de construcción antigua. La conquistó Jālid b. al-Walīd^[237] y de ella sale el linaje de Sahl b. Abdallāh. Está rodeada por el río llamado

Azul [al-Azraq], cuya claridad asombra, muy frío aun en tiempo de calor: no he visto agua de un color tan azul, más que en el río Balajšān. Tiene una sola puerta para los viajeros que vienen por tierra, llamada Dirwāza Disbūl, porque aquí *dirwāza* significa «puerta». Hay otras puertas que dan al río y en ambas márgenes se ven huertos y aceñas. El río es profundo y en la puerta de los viajeros hay un puente de barcas semejante al de Bagdad y al de al-Ḥilla.

Dice Ibn Ŷuzayy: «De este río, ha dicho un poeta [*kāmil*]

Contempla el gran azud de Tustar y admira

cómo reúne las aguas para regar su país.

Como el soberano de un pueblo cuyos tributos se han recogido

y entre sus soldados los reparte al día siguiente».

Hay muchas frutas en Tustar. Los productos naturales son abundantes y fáciles de conseguir y sus zocos de una belleza incomparable. En las afueras de la ciudad se encuentra una tumba muy venerada, adonde van en romería las gentes de estas regiones para hacer votos. Tiene al lado una zagüía, en la que vive un grupo de faquires que afirman que ésta es la tumba de Zayn al-‘Ābidīn ‘Alī b. al-Ḥusayn b. ‘Alī b. Abū Ṭālib [nieto de ‘Alī, el cuarto califa del Islam].

Fui a parar, en Tustar, a la *madrassa* de un imán erudito y virtuoso, el jeque Šaraf ad-Dīn Mūsā, hijo del sabio imán y piadoso jeque Šadr ad-Dīn Sulaymān, descendiente de Sahl b. ‘Abdallāh. Este jeque es hombre de gran mérito y largueza, uniéndose en él sabiduría, religiosidad, virtud y altruismo. Tiene, además de la *madrassa*, una zagüía atendida por cuatro jóvenes: Sunbul, Kāfūr, Ŷawhar y Surūr; el primero es el responsable de los habices [legados píos]; el segundo dispone todo lo necesario para la pensión diaria; el tercero está encargado de la mesa de los viajeros y de colocarles los alimentos, y el cuarto es el encargado de los cocineros, aguadores y mandaderos. Estuve dieciséis días en su casa, y no he visto organización tan asombrosa ni mesa tan opulenta como la suya; delante de cada comensal se pone lo que bastaría para cuatro: arroz apimentado cocido con manteca, pollos fritos, pan, carne y confituras.

Tiene este jeque bella estampa y andar recio. Predica a la gente después del rezo del viernes, en la mezquita aljama. Cuando hube asistido a sus sermones, quedaron empequeñecidos todos los predicadores que viera antes en el Ḥiṡyāz, en Siria y en Egipto: no he hallado nadie parecido. Estaba un día con él, en un jardín que tiene a orillas del río, donde se habían reunido los faquies y los ancianos de la ciudad y los faquires que habían venido de todas partes. Les dio de comer a todos y luego rezó con ellos la oración del mediodía [salāt az-ẓuhr]. Se puso a predicar después que los almocríes salmodiaran ante él algunos pasajes del *Corán*, con modulaciones que hacían llorar y con tonos que emocionaban y hacían hervir la sangre. Pronunció un sermón con gran sosiego y gravedad. Era versado en las diversas disciplinas del

saber, como interpretar el libro de Dios, citar las tradiciones del Profeta y hablar sobre su significado. Le tiraron después trozos de papel de todas partes, pues es costumbre de los persas escribir sus preguntas en un papel y echárselo al predicador para que responda. Cuando terminaron de echárselos, los juntó en la mano y empezó a contestarlos uno por uno, de la manera más bella y portentosa. Llegó así el momento de la oración de la tarde, que rezó con todos los presentes y luego se marcharon. Fue una reunión de sabiduría, predicación y bendición; acudieron a porfía los penitentes y recibió sus votos y les cortó los bucles de la frente^[238]. Eran quince estudiantes que habían venido desde Basora con este propósito y diez hombres del pueblo de Tustar.

Episodio

Al entrar en esta ciudad, caí víctima de las fiebres. La fiebre ataca en esta comarca a todo el que entra en ella durante la época del calor, como ocurre en Damasco y otras ciudades que están en regiones con muchos frutos y abundante agua. También mis compañeros cayeron enfermos y uno de ellos, un viejo llamado Yaḥyà al-Jurāsānī, murió; el jeque Šaraf ad-Dīn Mūsā se encargó de preparar todo lo necesario para el entierro y él mismo rezó la oración de cuerpo presente. Dejé allí a otro de mis compañeros, llamado Bahā' ad-Dīn al-Jutanī, que murió después de mi marcha. Mientras estuve enfermo, no me apetecían las comidas que me preparaban en la *madrasa*; el faquí Šams ad-Dīn aṣ-Šindī, uno de los que estudiaban allí, mencionó un plato que me apeteció. Le di unos *dirhams* y mandó cocinar ese plato en el zoco; me lo trajo y lo comí. Enteróse el jeque de esto, se disgustó con él y vino a decirme: «¡Cómo haces esto y mandas que te preparen platos en el zoco! ¿Por qué no has ordenado a los criados que te preparasen lo que querías?». Luego hizo venir a todos y les dijo: «Traedle cualquier clase de comida que os demande, o azúcar u otras cosas, y cocinadle lo que quiera». Les hizo asegurárselo muy seriamente. ¡Que Dios se lo pague!

Salimos de la ciudad de Tustar y viajamos durante tres días por unos altos montes. En cada parada había una zagüía, según hemos dicho antes. Llegamos a la ciudad de Īḍaȳ, llamada también Māl al-Amīr [*Propiedad del Emir*], que es el lugar donde habita el sultán, el Atābak. En llegando a ella, me recogí en casa del señor de los jeques, el sabio y piadoso Nūr ad-Dīn al-Kirmānī, a quien corresponde la atención de todas las zagüías, que aquí llaman *madrasas*. El sultán le honra y rinde visita y también los señores del Estado y los principales de la capital le visitan mañana y tarde. Me honró haciéndome su huésped y alojándome en una zagüía que lleva el nombre de ad-Dīnawarī, donde quedé unos días. Llegué con los calores del verano, y después de rezar las oraciones de la noche, dormíamos en lo alto de la azotea,

bajando a la zagüía con la claridad de la mañana. Estuve allí en compañía de doce faquires, entre los que había un imán, dos almocríes excelentes y un criado; guardábamos todos un orden perfecto.

Acerca del rey de Īḍaî y de Tustar

El rey de Īḍaî, por la época en que entré yo en esta ciudad, era el sultán Atābak Afrāsiyāb^[239], hijo del sultán Atābak Aḥmad. *Atābak* es el título que tienen todos los que gobiernan como reyes esta comarca, que se llama País de los Lūr [*Bilād al-Lūr*]. Reinó este sultán después de su hermano, el Atābak Yūsuf, que había sucedido a su padre, el Atābak Aḥmad. Este Aḥmad fue un rey piadoso. Oí decir a personas de autoridad en el país que había construido cuatrocientas sesenta zagüías, de las cuales había en la capital, en Īḍaî, cuarenta y cuatro. Repartía los tributos del país en tres partes: un tercio para el mantenimiento de las zagüías y *madrasas*, otro tercio para la paga de los soldados y otro para sus gastos y los de su familia, esclavos y sirvientes. De este último tercio enviaba también todos los años un presente al rey de Iraq, y a menudo iba él mismo a llevarlo. Observé que la mayor parte de los monumentos piadosos que había construido en el país estaban en montes altos; los caminos habían sido trazados entre rocas y peñas, y allanados y ensanchados para que pudieran subir por ellos las acémilas con sus cargas. La largura de estas montañas es de diecisiete jornadas y su anchura de diez; son altas y se siguen unas a otras, cortadas por ríos. Están pobladas de encinares y por eso la gente de aquí hace el pan con harina de bellotas. En cada parada hay una zagüía, que ellos llaman *madrasa*. Cuando llega un viajero a una de estas *madrasas*, le dan suficiente comida y forraje para su acémila, tanto si lo pide como si no. Tienen la costumbre de que el criado de la *madrasa* cuente a todos los que han parado y les dé a cada uno dos hogazas de pan, carne y dulces, y todo ello corre por cuenta de los legados píos hechos por el sultán a la *madrasa*. El sultán Atābak Aḥmad era, como ya hemos dicho, un hombre austero y devoto; llevaba pegado al cuerpo, bajo las vestiduras, un hábito de cerdas.

Anécdota

El sultán Atābak Aḥmad se presentó una vez ante el rey del Iraq, Abū Sa'īd. Y díjole a éste uno de sus privados: «El Atābak viene a verte con una cota de mallas», pues creía que el hábito de cerdas que llevaba bajo la ropa era una coraza. Para saber la verdad, Abū Sa'īd ordenó a sus notables que lo comprobaran de una manera desenfadada. Entró, pues, a verle un día el Atābak y se fueron hacia él el emir al-Ŷūbān, uno de los príncipes más importantes del Iraq; el emir Suwaytah, príncipe de

Dīyār Bakr, y el jeque Ḥasan, que es ahora el sultán del Iraq, y le cogieron de las vestiduras, como si quisieran bromear y reírse con él, y encontraron bajo su ropa el hábito de cerdas. Al ver esto el sultán Abū Sa‘īd, fue hacia él, le abrazó e hizo sentar a su lado, diciéndole: «*San āta*», que en turco quiere decir: «Eres mi padre». Le compensó con creces su regalo y le escribió un *yarlīg*, o sea, un dahír, en el que decía que ni él mismo, el sultán, ni sus hijos podrían en adelante demandarle presente alguno.

Ese mismo año murió el Atābak. Su hijo, el Atābak Yūsuf, reinó diez años^[240] y le sucedió su hermano Afrāsiyāb. Cuando entré en la ciudad de Īdāy quise ver a este sultán Afrāsiyāb, pero no me fue hacedero porque él sólo salía los viernes, pues abusaba del vino. Tenía un único hijo, su heredero presunto, que cayó enfermo por esos días. Una noche vino uno de sus criados a preguntar por mi condición; se la hice saber y retiróse. Volvió luego, después del rezo vespertino, trayendo dos grandes fuentes, una con comida y otra con fruta, además de una bolsa llena de *dirhams*. Venía con él un grupo de músicos, con sus instrumentos y les dijo: «Tocad, para que los faquires se animen a bailar e imploren por el hijo del sultán». Le respondí: «Mis compañeros no entienden de música ni de danza». Pero rogamos por el sultán y por su hijo y repartí los *dirhams* entre los faquires. Mediada la noche, oímos gritos y lamentos fúnebres: el enfermo había muerto.

Al día siguiente entraron donde yo estaba el jeque de la zagüia y algunas gentes de la ciudad y me dijeron: «Los principales de la ciudad, cadíes, alfaquíes, jerifes y emires, han ido a casa del sultán a darle el pésame y convendría que también fueras con ellos». Rehusé, pero me conminaron a ello y no tuve más remedio que ir. Me encaminé con ellos a la casa del sultán y encontré el salón del consejo [*mišwar*] lleno de hombres y jóvenes: esclavos, hijos de reyes, visires y soldados. Todos vestían costales y serones de acémilas y se habían cubierto la cabeza de polvo y bálago; algunos se habían rapado incluso los bucles de la frente. Se distribuyeron en dos grupos, uno de los cuales se colocó en lo más alto del *mišwar* y el otro en la parte baja, y avanzaron los unos hacia los otros, gritando «*Jundkārimā*», que quiere decir «¡Señor nuestro!». No he visto nada más aterrador, ni he presenciado escena más vergonzosa.

Anécdota

Ese día me ocurrió algo más extraño todavía. Al entrar, vi a los cadíes, los predicadores y los jerifes apoyados en las paredes del *mišwar*, que estaba completamente abarrotado; unos cabizbajos, otros lloraban y otros hacían como que lloraban. Todos llevaban encima de la ropa una almejía de tejido basto de algodón, medio descosida, con el envés hacia fuera y la haz pegada al cuerpo, y en la cabeza, una capucha harapienta o un velo negro. Hacen esto durante cuarenta días, que es lo

que dura el luto entre ellos; al final, el sultán envía un vestido completo a todos los que han cumplido con tal costumbre. Cuando vi el *mišwar* lleno de gente por todas partes, miré a izquierda y derecha procurando un sitio para sentarme y divisé un estrado que tenía un palmo de altura desde el suelo; en una de sus esquinas estaba un hombre sentado, apartado del resto de la gente. Llevaba un vestido de lana, parecido al capote de fieltro que viste en esta comarca la gente baja los días de lluvia y nieve, o cuando van de viaje. Me adelanté hacia donde estaba ese hombre y mis compañeros se apartaron de mí, al ver que me dirigía hacia él, y se extrañaron de mi actitud. Yo no comprendía nada de lo que pasaba; subí al estrado, saludé al hombre y entonces él me devolvió el saludo y se alzó del suelo como si quisiera levantarse, lo que llaman aquí «levantarse a medias» [*nisf al-qiyām*]. Me senté en el rincón contrario y, miré a la gente todos teman la vista clavada en mí, lo que me llenó de asombro. Vi a los faquies, jeques y jerifes apoyados en la pared, haio el estrado, y uno de los cadíes me hizo señas de que bajara a su lado, no lo hice, pero entonces advertí que el hombre del estrado debía ser el sultán.

Al cabo de una hora llegó el señor de los jeques, Nūr ad-Dīn al-Kirmānī, al que ya hemos mencionado; subió al estrado y saludó al hombre, que se levantó para recibirle. A continuación se sentó entre los dos y entonces supe con certeza que era el sultán. Trajeron luego el féretro entre toronjos, limoneros y naranjos, con las ramas llenas de frutos; varios hombres cargaban con los arboles, de modo que parecía que el ataúd marchaba en medio de un jardín. Delante llevaban hachones y bujías en la punta de largas lanzas. Rezaron la oración fúnebre y la gente acompañó al cadáver hasta la sepultura de los reyes, que está en un sitio que dicen Halāfihān, a cuatro millas de la ciudad. Hay allí una gran *madrasa*, por cuyo patio pasa el río y que tiene dentro una mezquita donde se celebra la zalá del viernes; en la parte de afuera hay unos baños y todo está rodeado por un huerto enorme. Se da de comer en ella a los viajeros. No pude ir con el entierro, a causa de la distancia, y me volví a la *madrasa*.

Unos días después me envió el sultán el mismo mensajero que me había traído anteriormente la invitación de huésped, convocándome a su presencia. Fui con este hombre a una puerta llamada Bāb aš-Šarw [*Puerta del Ciprés*] y subimos muchos escalones, hasta dar en un aposento que carecía de esteras, porque estaban aún de duelo. El sultán estaba sentado en un almohadón y tenía delante dos vasijas tapadas, una de oro y otra de plata. Había en la sala un tapiz verde, de los que se usan para el rezo; me lo extendieron cerca del sultán y me senté encima. En la habitación estaban sólo su chambelán, el alfaquí Maḥmūd, y otro comensal cuyo nombre ignoro.

El sultán me preguntó por mi situación y mi país, por el rey an-Nāṣir [sultán de Egipto] y por el país del Ḥiṣyāz; le di respuesta a todo. Llegó luego un gran alfaquí, que era el principal de los de esta comarca, y díjome el sultán: «Este es mawlānā [nuestro señor] Faḍīl». En Persia no se dirige la palabra a los alfaquíes sino llamándoles *mawlānā* y de esta guisa les nombran tanto el sultán como los demás. Al punto comenzó el Atābak a elogiar a este alfaquí y me pareció que estaba ebrio, pues

yo sabía ya que abusaba del vino, y luego, en árabe muy correcto, me pidió que hablase. Entonces le respondí: «Si me escucharas, te diría que eres uno de los hijos del sultán Atābak Aḥmad, famoso por su piedad y templanza y que no hay nada que reprochar a tu buen gobierno, excepto esto». Y le señalé las dos vasijas. Se avergonzó de mis palabras y guardó silencio: quise marcharme, pero me ordenó sentar y dijo: «Reunirse con iguales es cosa de la misericordia divina». Al poco le vi dar cabezadas, como queriendo dormir, y me retiré.

Había dejado mis sandalias en la puerta y no las encontré. El alfaquí Maḥmūd bajó a buscarlas y el alfaquí Faḍīl subió a la sala y las encontró allí, en una hornacina, y me las trajo. Su bondad me confundió y me disculpé con él. Entonces besó mis sandalias y se las puso en la cabeza, diciéndome: «¡Dios te bendiga! Lo que has dicho a nuestro sultán, nadie más que tú hubiera podido hacerlo. ¡Ojalá influya en él!».

Salí de la capital de Īḍāy, unos días después y paré en la *madrassa* donde están las tumbas de los sultanes, quedándome allí algunos días. El sultán me envió una cierta cantidad de dinares y una suma parecida a mis compañeros. Viajamos durante diez días por el país de este sultán, a través de altas montañas. Parabarnos todas las noches en una *madrassa*, donde había comida; algunas de estas *madrassas* están en terreno habitado y otras en despoblado, pero hacen llevar allí todo lo necesario. Al décimo día hicimos alto en una *madrassa* llamada de Kirīwā-r-Ruj, que es el término del país de este rey.

Desde allí marchamos por tierra llana y con mucha agua, ya en la amelia [‘*amāla*] de Iṣfahān, y llegamos a la poblacion de Uštirkān, que es una bella ciudad, con muchos huertos y agua abundante; tiene una admirable mezquita, surcada por el río. Salimos luego hacia la ciudad de Fayrūzān, que es como si se llamara «Dos turquesas»; es una pequeña ciudad con ríos, y arboles y huertos. Llegamos allí después de la oración de la tarde y la gente había salido a la calle a enterrar un muerto. Habían prendido antorchas delante y detrás de las andas, y las seguían tocando flautas y cantando todo tipo de canciones deleitosas. Nos quedamos extrañados de esta costumbre. Pernoctamos allí y al día siguiente pasamos por una aldea grande que dicen Nablān, junto a un gran río; a sus orillas hay una mezquita hermosa en extremo, rodeada de jardines, a la que se sube por una escalinata.

Ese día viajamos por entre huertos, arroyos y bellas aldeas llenas de palomares y al atardecer llegamos a la ciudad de Iṣfahān o Ispahān, en el Iraq de los Persas [‘Iraq al-‘Aḡam]. Es una de las mayores y mas bellas ciudades, aunque ahora está casi toda devastada a causa de la discordia entre la gente de la zuna y los *rāfiḍīs*^[241] discordia que aun continúa pues no dejan de pelearse entre ellos. Hay mucha fruta, sobre todo albaricoques, que son incomparables y los llaman «*qamar ad-dīn*» [luna de la religión]; los secan y conservan [como orejones], y rompen el hueso para sacar una almendra dulce. Hay membrillos, también incomparables por su gordura y buen sabor, y uvas excelentes y melones de magnífica calidad que no tienen igual en el mundo, salvo los de Bujārā y Juwārizm; su corteza es verde y rojo lo de dentro, y los

secan del mismo modo que acecinan la carne en el Magreb. Son muy dulces y a quien no tiene costumbre de comerlos al principio le producen diarrea, como me ocurrió a mí cuando los comí en Iṣfahān.

La gente de Iṣfahān tiene bella estampa y la color blanca y vistosa, entreverada de rojo; son sobre todo fuertes, valientes y generosos, y rivalizan grandemente en convidarse a comer unos a otros, Acerca de esto se cuentan anécdotas curiosas; cualquiera de ellos convida a menudo a un compañero, diciéndole: «ven conmigo a comer *nān* y *mās*» (en su lengua *nān* significa «pan» y *mās* «leche»), pero cuando le acompaña le da de comer toda suerte de platos extraordinarios, preciándose ante él de ello. Los distintos artesanos eligen entre sí como jefe a un anciano que llaman *Kalū*, así como los principales de la ciudad, aunque no sean artesanos. Hay también la compañía de los jóvenes solteros. Estas cofradías rivalizan en méritos y sus miembros se convidan entre sí tratando de superarse unos a otros, en la medida de lo posible, en los banquetes que preparan y en otros grandes agasajos. Me contaron que una de estas taifas convidó a otra y guisaron los alimentos a la llama de unas bujías; los otros les devolvieron la invitación, cocinando los platos con seda.

Me hospedé en Iṣfahān en una zagüía que se dice construida por el jeque ‘Alí b. Sahl, discípulo de al-Ŷunayd^[242]; es muy venerada y las gentes de estas comarcas vienen a ella en romería a procurarse bendiciones. Aquí se da de comer a todos los peregrinos y viajeros; tienen unos baños portentosos, pavimentados de mármol, y los muros cubiertos con azulejos de Qāṣān. Se instituyó en habices, para que no se pudiera exigir nada a nadie por entrar en ella. El jeque de esta zagüía es el piadoso, virtuoso y devoto Quṭb ad-Dīn Ḥusayn, hijo del piadoso jeque Walī Allāh Šams ad-Dīn M. b. Maḥmūd b. ‘Alī, conocido por el nombre de ar-Raŷā’, y hermano del sabio muftí Šihāb ad-Dīn Aḥmad. Permanecí catorce días en esta zagüía, junto al jeque Quṭb ad-Dīn, y me quedé atónito al observar el celo con que cumplía las devociones, su amor por los pobres y menesterosos y la humildad con que los trataba. Se desveló por agasajarme y me hizo el bien de su hospitalidad; me dio un hermoso vestido y, al tiempo de llegar a la zagüía, me envió comida y tres melones de los que hemos descrito anteriormente, y que aún no había visto ni comido nunca.

Poder milagroso de este jeque

Vino a verme un día al aposento que yo tenía en la zagüía, un lugar con vistas al huerto del jeque. Ese mismo día le habían lavado la ropa, tendiéndola en el huerto; entre los vestidos vi una aljuba blanca y forrada que aquí llaman *hazarmījī*, que me maravilló, y me dije para mis adentros: «Quisiera una como ésta». Cuando entró el jeque en mi habitación, miró hacia el jardín y dijo a uno de sus sirvientes: «Tráeme ese vestido *hazarmījī*». Se lo trajo y él mismo me lo puso. Entonces yo me eché a sus pies y se los besé, pidiéndole que me pusiera el gorro de lana que llevaba en la cabeza

y que me agraciara con ello, como habían venido haciendo su padre y sus antepasados. Así pues, me invistió con su *ṭāqiyya* el día 14 del segundo mes de del 17 de mayo de *Ŷumādā* del año 727 [7 de mayo de 1327]^[243], en esa misma zaguia. Él fue investido por su padre Šams ad-Dīn, que a su vez lo fue por el suyo, Tāy ad-Dīn Maḥmūd, y éste por su padre Šihāb, ad-Dīn ‘Alī ar-Raŷā; este ‘Alī, por el iman Šihāb ad-Dīn Abū Ḥafṣ ‘Umar b. M. b. ‘Abdallāh aṣ-Šuhrawardī, y este por el gran jeque Ḍiyā’ ad-Dīn Abū-n-Naŷīb aṣ-Šuhrawardī; este por su padre M. b. ‘Abdallāh, concido por el nombre de ‘Amawayhi, que fue investido a su vez por el jeque Ajū Faraŷ az-Zinŷānī; este Ajū Faraŷ, por el jeque Aḥmad ad-Dīnawarī, y éste por el imán Mamšād ad-Dinawarī; este Mamšād, por el jeque indiscutible ‘Alī b. Sahl aṣ-Šūfī, y éste por Abū-l-Qāsim al-Ŷunayd, al-Ŷunayd por Sarī as-Saqatī, y éste por Dāwūd at-Tā’ī; este Dāwūd, por al-Ḥasan b. Abū l-Ḥasan al-Baṣrī, y éste por ‘Alī b. Abū Ṭālib, Príncipe de los Creyentes.

«De este modo —observa Ibn Ŷuzayy— cita el jeque Abū ‘Abdallāh [I. B.] esta cadena de transmisión, pero es bien sabido que Sarī as-Saqatī fue compañero de Ma’rūf al-Karjī y éste, compañero de Dāwūd at-Tā’ī; asimismo, entre este Dāwūd y al-Ḥasan estaba Ḥabīb al-‘Aŷamī. Se sabe también que Ajū Faraŷ az-Zinŷānī fue compañero de Abū-l-‘Abbās an-Nihāwandī y éste, de Abū ‘Abdallāh b. Jafif, que, a su vez, lo fue de Abū M. Ruwaym, y el compañero de este Ruwaym fue Abū-l-Qāsim al-Ŷunayd. En cuanto a M. b. ‘Abdallāh ‘Amawayhi, él fue el compañero del jeque Aḥmad ad-Dīnawarī al-Aswad [el Negro], y Dios sabe que no hubo persona alguna entre los dos. El compañero de Ajū Faraŷ az-Zinŷānī fue ‘Abdallāh b. M. b. ‘Abdallāh, padre de Abū-n-Naŷīb».

Vuelta al relato.

Salimos de Iṣfahān con el propósito de visitar al jeque Maŷd ad-Dīn, en Sírāz, entre ambas ciudades hay una distancia de diez jornadas. Llegamos a la población de Kalil, que está a tres de Iṣfahān. Es pequeña y tiene ríos, huertos y frutales. Vi vender manzanas en el zoco a razón de un *dirham* los quince arrelles iraquíes, y un *dirham* de aquí es la tercera parte de la *nuqra*. Paramos en una zagüía construida por un principal de esta población conocido como Jawāŷah Kāfī, hombre de mucho dinero a quien Dios ayudó a gastarlo en buenas acciones, limosnas, cons-trucción de zagüías y en dar de comer a los caminantes. Salimos de Kalil y ese mismo día llegamos a una gran aldea llamada Surmā’. Hay allí una zagüía en la que se da comida a los viajeros, construida también por el mismo Jawāŷah Kāfī. Partimos luego hacia Yazdujās. [Yazd Jast o Yazdjyast], pequeña población perfectamente construida, con un bello zoco y una mezquita aljama admirable; los edificios son de piedra, incluso el techado. El poblado está en el borde de una gran barranca con huertos y arroyos. A las afueras hay un monasterio donde se hospedan los viajeros; tiene una puerta de hierro, está bien fortificado y es inexpugnable: dentro hay tiendas donde se vende a los viajeros todo lo que necesitan. Fue construido este monasterio por el emir M. Šāh Inŷū, padre

del sultán Abū Ishāq, rey de Šīrāz. En Yazdujāš hacen el queso *yazdujāšī* que es incomparablemente bueno y pesa entre dos y cuatro onzas. Salimos de Yazdujāš por el camino de Dašt ar-Rūm [*Llano de los Bizantinos*], que es un desierto habitado por turcos, y viajamos luego hacia Māyīn, pequeño poblado con muchos ríos y huertos; tiene hermosos zocos y la mayor parte de sus árboles son nogales.

De aquí partimos hacia Šīrāz, que es una ciudad de gran rango, muy mentada, espaciosa y original en su construcción. Tiene hermosos jardines, ríos caudalosos, zocos admirables y excelentes calles, y muchos edificios, muy bien acabados y admirablemente dispuestos. Los artesanos de cada oficio tienen su propio zoco, de modo que no se mezclan entre ellos; la gente es de buena figura y lleva limpia la ropa. No hay en el Oriente una población que, como Šīrāz, se acerque tanto a la ciudad de Damasco, por la belleza de sus zocos, ríos y jardines, y por la hermosa estampa de sus habitantes. Está en un llano, rodeada de huertos por todas partes y atravesada por cinco ríos, uno de los cuales se llama Ruknābād; su agua es dulce, muy fresca en verano y caliente en invierno, y nace de un venero, al pie de un monte cercano que llaman Alcolea [*al-Qulay‘a*, el Castillejo o Peñasco]. A su mezquita mayor le dicen la Mezquita Vieja, y es una de las más espaciosas y mejor construidas que he visto; tiene un vasto patio con pavimento de mármol, que friegan todas las noches en la época del calor. Allí se reúnen todos los atardeceres los principales de la ciudad, para el rezo vespertino y el de la noche. Al norte de esta mezquita hay una puerta llamada Bāb Ḥasan [*Puerta de Ḥasan*], que da al zoco de las frutas, uno de los más portentosos que conozco; confieso que aventaja al zoco de Bāb al Barīd [*Puerta del Correo*], en Damasco.

Los habitantes de Šīrāz son virtuosos, religiosos y honestos, sobre todo las mujeres, que calzan babuchas y salen cubiertas de velos y envueltas en mantos, de modo que no muestran nada del cuerpo; además, dan limosnas y hacen buenas obras. Lo raro en ellas es su costumbre de reunirse todos los lunes, jueves y viernes en la gran aljama, para oír al predicador. A veces se juntan mil y dos mil, abanicándose todas ellas por el mucho calor; no he visto en ninguna ciudad tan gran número de mujeres juntas.

Al entrar en Šīrāz, no tuve más pensamiento que dirigirme donde el jeque Ma‘yūd ad-Dīn Ismā‘īl b. M. b. Juḏādād, cadí, imán, estrella guiadora de los Santos de Dios, impar en su siglo, autor de milagros manifiestos: Juḏādād quiere decir Don de Dios. Llegué a la *madrasa al-Ma‘ydiyya*, que le debe su nombre, construida por él y en la cual habita; entré a verla con otros tres compañeros y encontréme a los alfaquíes y a los principales de la ciudad esperándole. Salió al rezo de la tarde, acompañado de Muḥibb ad-Dīn y de ‘Alā’ ad-Dīn, hijos ambos de su hermano uterino Rūḥ ad-Dīn, el uno a su derecha y el otro a la izquierda; a causa de su débil vista y sus muchos años, los dos le reemplazan en las funciones del cadiazgo. Le saludé, y entonces me abrazó y cogió de las manos hasta llegar a su oratorio; allí me soltó e hizo señas de que rezara a su lado y así lo hice. Rezó la oración de la tarde y luego leyeron ante él en

los libros *al-Masābih* [Luminarias] y *Šauwāriq al-Anwār* [Brillos de las Luces], de aṣ-Šāgānī^[244].

A continuación, sus dos sustitutos le enteraron de los juicios que estaban llevando y los principales de la ciudad se adelantaron a saludarle, pues tenían la costumbre de hacerlo así todos los días, de mañana y tarde. Luego se interesó el jeque por mí y por las circunstancias de mi llegada, y me preguntó cosas acerca del Magreb, Egipto, Siria y el Ḥiḡāz, sobre las que le informé cumplidamente. Dio órdenes a sus sirvientes para que me alojaran en una pequeña celda de la *madrassa*.

Al día siguiente llegó un enviado del sultán Abū Sa‘īd, rey del Iraq, llamado Nāṣir ad-Dīn ad-Darqandī, que era originario del Jurāsān y uno de los más grandes emires. Al llegar ante el cadí, se quitó de la cabeza el fez, que los persas llaman *kulà*, le besó los pies y sentóse delante de él, agarrándose una oreja con la mano, que es como hacen los príncipes tártaros en presencia de sus reyes. Este emir había venido con unos quinientos jinetes entre esclavos, sirvientes y amigos; acampó fuera de la ciudad y fue a ver al cadí con cinco personas, pero entró él solo en el aposento, por cortesía.

Relato del milagro resplandeciente que es causa de la honra de este jeque

El sultán M. Juḡābandah, rey del Iraq, se había hecho acompañar, cuando aún era pagano, por un alfaquí de los *rāfiḡīes* imāmies^[245], llamado Ŷamāl ad-Dīn b. Muṭahhar. Cuando este sultán abrazó el Islam, y con él todos los tártaros, creció su estima por este alfaquí, quien le encomió entonces la doctrina de los *rāfiḡīes* y su mérito sobre las demás. Le expuso la condición de los compañeros de Mahoma y del califato, estableciendo que Abū Bakr y ‘Umar habían sido sólo dos visires del Profeta, mientras que ‘Alī era su primo hermano por parte de padre, además de su yerno, por lo que le correspondía ser heredero del califato. Le comparó esto con algo a lo que estaba acostumbrado este sultán, a saber, que el reino que poseía era una herencia de sus antepasados y parientes, ayudado en este propósito por lo reciente de la conversión del sultán y su ignorancia de los principios de la religión. Ordenó entonces el sultán que se convirtiera la gente a la doctrina *rāfiḡī* y escribió cartas en este sentido a los dos Iraq, a Persia, Adarbayḡān [Azerbaiyán], Iṣfahān, Kirmān y Jurāsān; envió mensajeros a las distintas ciudades y las primeras que recibieron la noticia fueron Bagdad, Šīrāz e Iṣfahān.

En Bagdad, la gente de Bāb al-Azaḡ [Puerta de la Bóveda] se negó a ello, pues son *sunniēs* y la mayoría sigue la escuela del imán Aḡmad b. Ḥanbal, y dijeron: «No escucharemos ni acataremos esto». Fueron armados el viernes a la mezquita aljama, donde estaba el enviado del sultán, y cuando el jatib subió al almimbar se dirigieron a él; eran unos doce mil hombres armados: los defensores de Bagdad, sus hombres más señalados. Le juraron al jatib que si cambiaba el sermón habitual o le añadía o

quitaba algo, les matarían a él y al mensajero del rey, y luego se someterían a la voluntad de Dios. El sultán había mandado que se suprimieran en el sermón los nombres de los califas y demás compañeros del Profeta y que no se mencionara más que el nombre de ‘Alī y sus seguidores, como ‘Ammār —¡Que Dios les tenga en su gloria!—; pero el jatib temió por su vida y predicó el sermón como siempre.

Los de Šīrāz e Iṣfahān hicieron como los de Bagdad. Los enviados del rey volvieron entonces a informarle de lo ocurrido y él ordenó que hicieran venir a los cadíes de las tres ciudades. El primero que vino fue el cadí de Šīrāz, Maʿyḍ ad-Dīn; el sultán estaba a la sazón en un sitio llamado Qarābāg, donde solía veranear. Cuando llegó el cadí, mandó que le soltaran los perros que tenía allí. Eran unos perros gigantescos, con carlancas en el cuello y adiestrados en devorar a los humanos; cuando traían a alguien para soltarle estos perros, le dejaban solo y sin ataduras en una gran explanada y luego se los azuzaban. El hombre huía pero no tenía escape: le atrapaban, desgarraban su carne y le devoraban. Cuando echaron los perros al cadí Maʿyḍ ad-Dīn, al llegar éstos a él empezaron a hacer carantoñas y a mover el rabo y no le atacaron.

El sultán al saber esto, salió descalzo de su casa, se postró ante el cadí besándole los pies, cogió su mano y le entregó toda la ropa que llevaba encima. Para ellos éste es el mayor homenaje que puede hacer el sultán: cuando ofrece de tal guisa los vestidos a alguien, es un honor para el que los recibe y para sus hijos y descendientes, que heredan unos de otros mientras duren esas ropas o algún trozo de ellas. Lo más estimado en este caso son los zaragüelles. Habiendo el sultán entregado su ropa al cadí, le cogió de la mano y le hizo entrar en su mansión, y ordenó a sus mujeres que le honraran y procurasen sus bendiciones. Renunció, además, a la doctrina *rāfiḍī* y escribió a todas sus comarcas para que la gente perseverase en la doctrina de la zuna y el acuerdo de la comunidad musulmana. Colmó de presentes al cadí y le mandó de vuelta a su provincia, lleno de honores y distinciones. Uno de los presentes consistió en cien aldeas de ʿĪmakān.

ʿĪmakān es un vallejo entre dos montañas, con una longitud de veinticuatro parasangas^[246]; está surcado por un gran río y las aldeas se hallan colocadas en ambas orillas. Es el lugar más hermoso de la zona de Šīrāz. Una de sus grandes aldeas, que parecen ciudades, es la de Mayman, que pertenece al cadí del que estamos hablando. Una de las maravillas de este sitio llamado ʿĪmakān es que la mitad que cae del lado de Šīrāz, con un recorrido de doce parasangas, es muy fría: allí cae la nieve y la mayoría de sus árboles son nogales. La otra mitad, que está pegando a las comarcas de Hunʿ y Bāl y al país de Lār, en el camino de Hurmuz, es muy cálida y en ella crecen palmeras.

Volví a toparme por segunda vez con el cadí Maʿyḍ ad-Dīn al regreso de la India. Fui a su encuentro desde Hurmuz, a procurar su bendición, en el año 48 [748 H. = 1347 del C.]. Entre Hurmuz y Šīrāz hay una distancia de treinta y cinco jornadas. Entré a verle y ya iba torpe de movimientos. Al saludarle me reconoció, levantóse y

me abrazó. Mi mano tropezó con su codo y vi que tenía la piel pegada al hueso, sin carne alguna. Me hospedó en la misma *madrasa* donde estuve la primera vez. Le visité un día y encontré sentado ante él al sultán Abū Ishāq, rey de Šīrāz, del que hablaremos luego; se agarraba éste una oreja con la mano, lo que para ellos es el colmo de la buena educación. Esta gente hace eso cuando está ante el rey. Fui otra vez a verle a la *madrasa* y encontré la puerta cerrada; pregunté cuál era la causa y me contaron que había surgido un pleito por cuestión de una herencia entre la madre y la hermana del sultán, y que éste las había mandado al cadí Ma'ūd ad-Dīn. Así pues, llegaron las dos a la *madrasa* y apelaron ante él, que dictó sentencia según la ley coránica. La gente de Šīrāz no le llama cadí, sino que le dicen Mawlānā A'zam [*Nuestro Gran Señor*], y asimismo lo escriben en los asientos y contratos que precisan su nombre. El último momento que pasé con él fue en el segundo mes de Rabī' del año 748 [julio 1347]: su luz brilló sobre mí y me asistieron sus bendiciones. ¡Que Dios nos premie por su intercesión y la de sus semejantes!

Mención del sultán de Šīrāz

El sultán de Šīrāz cuando yo llegué allí, era el ilustre rey Abū Ishāq, hijo de M. Šāh In'ū^[247], su padre le puso ese nombre en recuerdo del jeque Abū Ishāq al-Kāzarūnī. Es uno de los mejores sultanes que he conocido, hombre de buen porte y figura y andar airoso, de alma generosa, buenas costumbres y humilde. Tiene gran fuerza y poderío: su ejército pasa de cincuenta mil hombres, entre turcos y persas. Sus allegados y amigos son de Iṣfahān; no confía en la gente de Šīrāz, ni les toma a su servicio, ni les acepta en su privanza. No les permite llevar armas, porque es gente valerosa, de mucho ánimo e insolente con los reyes; al que se le encuentra con armas, es castigado. Vi una vez que los *yīndār* [*yānādīra*], o sea, los guardias, llevaban al juez a un hombre a rastras, atado por el cuello; pregunté la razón y me dijeron que le habían encontrado de noche con un arco en las manos. Este sultán está convencido de que hay que someter por la fuerza a los de Šīrāz y, como les teme, prefiere a los *iṣfahānīs*.

Su padre, M. Šāh In'ū, gobernaba Šīrāz en nombre del rey del Iraq; era hombre de buena conducta y querido por la gente de la ciudad. Cuando murió, el sultán Abū Sa'īd nombró en su lugar al jeque Ḥusayn, que era hijo de al-Ŷūbān, emir de emires, al que mencionaremos más tarde, y envió muchos soldados con él. Llegó el jeque Ḥusayn a Šīrāz, la dominó y controló los tributos, pues es una de las principales ciudades del mundo por la importancia de sus impuestos. El Ḥāy' Qiwām ad-Dīn at-Tamga'yī, administrador de los tributos de Šīrāz, me contó que él garantizaba diez mil dinares de plata por día, lo que, al cambio de oro en el Magreb, hace dos mil quinientos dinares de oro. El emir Ḥusayn estuvo una temporada en Šīrāz y luego quiso presentarse al rey; entonces detuvo a Abū Ishāq b. M. Šāh In'ū, a sus dos

hermanos, Rukn ad-Dīn y Mas'ūd Bak, y a su madre, Ṭāš Jātūn, para llevarles al Iraq a fin de que les fueran reclamados los bienes de su padre. Cuando estaban en medio del zoco de Šīrāz, Ṭāš Jātūn^[248] se quitó de la cara el velo que se había puesto por vergüenza de que la vieran en ese estado, ya que las mujeres turcas no tienen costumbre de taparse el rostro. Imploró el socorro de la gente de Šīrāz, diciéndoles: «¿Voy a ser sacada así de entre vosotros, gente de Šīrāz, yo, Fulana, la mujer de Fulano?». Un carpintero llamado Bahlawān Maḥmūd, que yo había visto ya en el zoco cuando llegué a Šīrāz, se levantó y dijo: «No la dejaremos salir de nuestra ciudad; ni lo consentiremos». Los demás estuvieron de acuerdo con estas palabras y se rebelaron: tomaron las armas, mataron a muchos soldados, cogieron el dinero de los tributos y libraron a la mujer y a sus hijos. El emir Ḥusayn y los que iban con él huyeron derrotados y fueron en busca del sultán Abū Sa'īd. Este le dio una gran mesnada, le ordenó volver a Šīrāz y que dispusiera de sus habitantes según su leal saber y entender. Cuando los de Šīrāz se enteraron de esta noticia, comprendieron que no podrían con el emir y se dirigieron al cadí Ma'ūd ad-Dīn para pedirle que evitara el derramamiento de sangre entre las dos banderías y que hiciera la paz. Salió el cadí al encuentro del emir Ḥusayn y éste, al verle, se apeó de su caballo y le saludó; hicieron la paz y ese día el emir Ḥusayn acampó fuera de la ciudad. Al día siguiente, los de Šīrāz salieron en buen orden al campo para recibirle, engalanaron la ciudad y prendieron muchos hachones, de modo que el emir Ḥusayn entró con gran pompa y agasajo y se comportó muy bien con ellos.

Cuando murió el sultán Abū Sa'īd sin descendencia, cada emir se apoderó de lo que tenía a mano. El emir Ḥusayn tuvo miedo de los *šīrāzies* y salió de la ciudad. Entonces se hizo con ella el sultán Abū Ishāq, así como de Iṣfahān y la provincia de Fārs, lo que supone una extensión de mes y medio de marcha. Se fortaleció así su poderío y le asaltó la ambición de conseguir las ciudades que estaban a su alcance. Empezó por la más cercana, Yazd, que es una ciudad con largos ríos y árboles verdeantes, bella y limpia, de zocos admirables. Sus habitantes son mercaderes de la escuela *šāfi'*^[249]. El sultán la sitió y dominó. El emir Muẓaffar Šāh, hijo del emir M. Šāh b. Muẓaffar, se hizo fuerte entonces en un castillo inaccesible, rodeado de arena por todas partes, situado a seis millas de Yazd. Abū Ishāq cercó también el castillo. El emir Muẓaffar demostró tener un valor extraordinario e inaudito: caía por la noche sobre el ejército del sultán Abū Ishāq, mataba a los que quería, desgarraba los pabellones y las tiendas y volvía a su castillo sin que pudieran alcanzarles. Una noche atacó el mismo aduar del sultán, mató allí a unos cuantos, cogió diez corceles de raza y retornó al castillo. Ordenó entonces el sultán que cinco mil jinetes cabalgasen todas las noches y le tendiesen emboscadas. Y así se hizo. Siguiendo su costumbre, Muẓaffar Šāh hizo una salida, junto con cien compañeros, contra las tropas de Abū Ishāq; los emboscados le rodearon y luego fueron llegando los demás soldados. Luchó contra todos ellos y se puso a salvo en su castillo: tan sólo cogieron a uno de sus compañeros, que fue llevado ante el sultán, el cual le regaló un vestido, le soltó y

envió con un aman a Muẓaffar, para que éste viniera a su encuentro. Muẓaffar rehusó, pero luego se enviaron mensajes y en el corazón del sultán Abū Ishāq surgió un gran afecto por el emir, a causa del arrojo que había visto en él. Dijo: «Quiero verle; cuando le haya visto me marcharé». Se apostó el sultán ante el castillo y Muẓaffar paróse en la puerta y le saludó. Dijo entonces el sultán: «Baja, con la garantía de mi amán». Muẓaffar le respondió: «He jurado por Dios no ir a tu encuentro hasta que no hayas entrado en mi castillo; sólo entonces bajaré hasta ti». A lo que Abū Ishāq contestó: «Así lo haré». Entró el sultán en el castillo con diez de sus notables y, cuando llegó a la puerta, Muẓaffar desmontó, le besó el estribo y marchó a pie delante de él hasta su casa, donde le hizo entrar y le dio de comer de su despensa. Luego bajó a caballo, con el sultán, al campamento de éste. Abū Ishāq le hizo sentar a su lado, le regaló sus propios vestidos y le dio una gran cantidad de dinero. Acordaron entre los dos que la *jutba* [sermón del viernes] se diría en nombre del sultán Abū Ishāq, pero que la comarca pertenecía a Muẓaffar y su padre. De este modo volvió el sultán a sus dominios.

El sultán Abū Ishāq ambicionó una vez construir un palacio como el de Kisrá^[250] y mandó a la gente de Šīrāz que se encargara de excavar los cimientos. Se pusieron a hacerlo y los artesanos de cada oficio rivalizaban en todo con los demás. Llevaron la emulación a tal punto que hicieron de cuero las espuelas para llevar la tierra y las revistieron de brocados y otro tanto con las albardas y alforjas de las acémilas. Otros fabricaron azadas de plata y encendieron numerosas velas. Cuando cavaban, vestían sus mejores ropas y se ataban a la cintura delantales de seda. El sultán presenciaba los trabajos desde un mirador. Yo he llegado a ver esta construcción levantando ya unos tres codos del suelo. Cuando se construyeron los cimientos, los ciudadanos fueron relevados del servicio y empezaron a trabajar obreros a jornal, reuniéndose miles de ellos. Oí decir al valí de la ciudad que la mayor parte de sus tributos se gastaba en esta construcción. El responsable de ella era el emir Yalāl ad-Dīn b. al-Falakī at-Tawrīzī, uno de los grandes de Šīrāz, cuyo padre había sido sustituto de un visir del sultán Abū Sa‘īd, llamado ‘Alī Šāh Ŷilān. Este emir Ŷalāl ad-Dīn al-Falakī tiene un hermano ilustre, llamado Hibat Allāh y apodado Bahā’ al-Mulk, que llegó como enviado al reino de la India al mismo tiempo que yo; llegó también con nosotros Šaraf al-Mulk Amīr Bajt. El rey de la India nos regaló vestidos a todos nosotros, nos ofreció a cada uno la ocupación que nos era propia y nos asignó un sueldo y otros beneficios, como ya diremos luego. El sultán Abū Ishāq quería imitar a este rey de la India en altruismo y largueza, pero ¿cómo podría la tierra tocar el cielo? La mayor dádiva que conocemos de Abū Ishāq es la que concedió al jeque Zādat al-Jurāsānī, cuando llegó como enviado del rey de Herāt: setenta mil dinares. Sin embargo, el rey de la India da sin cesar varias veces esta cantidad a una incontable multitud de personas, de Jurāsān o de otras partes.

Anécdota

Entre los hechos extraordinarios del rey de la India con los Jurāsānīes está el siguiente: se presentó ante él uno de los alfaquíes del Jurāsān, nacido en Herāt pero que habitaba en Juwārizm, llamado emir ‘Abdallāh; la *jātūn* Turābak, mujer del emir Quṭlūdumūr, señor de Juwārizm, le había enviado con un presente para este rey de la India, quien lo aceptó y le recompensó con creces, mandando otro presente de mucho más valor. El mensajero de la princesa, el emir ‘Abdallāh, prefirió quedarse con el rey, que le hizo comensal suyo. Un día, le dijo el rey: «Entra en el tesoro y llévate todo el oro que puedas cargar». El hombre fue a su casa y volvió con trece sacos; metió en cada uno de ellos todo lo que podían contener, se los ató a uno de sus miembros, pues era hombre de fuerza, y se alzó con ellos. Pero cuando salió del tesoro, cayó y no pudo levantarse. El sultán mandó que pesaran lo que había sacado, que era un total de trece *mann dihlīes*, siendo cada *mann* como veinticinco arredes egipcios. El rey ordenó que cogiera todo, como así lo hizo.

Anécdota similar a la anterior

Amīr Bajt, apodado Šaraf al-Mulk al-Jurāsānī, citado anteriormente, se puso enfermo en la capital del rey de la India. Este fue a visitarle y, cuando entró en el aposento, Šaraf al-Mulk quiso levantarse; el rey le conjuró a que no bajara del *ket*, que allí quiere decir cama. Se dispuso para el sultán una butaca que ellos llaman *almūra* y se sentó en ella; luego mandó pedir oro y una balanza y se lo trajeron. Ordenó entonces al enfermo que se sentara en uno de los platos de la balanza, y éste le dijo: « Oh, dueño del mundo, si yo hubiera sabido que ibas a hacer esto, me hubiera puesto mucha ropa encima». El rey le respondió: «Pues pónte ahora toda la ropa que tengas». Se vistió el emir las ropas dispuestas para el frío, que estaban forradas de algodón, y sentóse en uno de los platos de la balanza; se puso el oro en el otro plato, hasta que la balanza se inclinó por su peso. Entonces dijo el rey: «Coge todo eso y da limosnas por tu salud». Y salió de allí.

Historia análoga a las otras dos

Llegó a la corte de este rey el alfaquí ‘Abd al-Aziz al-Ardawīlī, que había estudiado la ciencia de los hadices en Damasco y había adquirido muchos conocimientos sobre ello. El rey le fijó un sueldo diario de cien dinares de plata, que al cambio hacen veinticinco dinares de oro. Se presentó un día este alfaquí en el Consejo del sultán, que le preguntó por cierto hadiz, a lo que él respondió citando

muchos sobre el mismo tema; quedó maravillado el rey de la memoria de este hombre y le juró por su salud que no le dejaría salir de la sala hasta que no hubiera satisfecho convenientemente su curiosidad. Descendió luego de su sitio, besó los pies del faquí, ordenando que trajeran allí una bandeja de oro del tamaño de una fuente pequeña; mandó que echaran en ella mil dinares de oro, la sostuvo con sus propias manos y volcó las monedas sobre ‘Abd al-‘Aziz, diciéndole: «Son todas para ti y la bandeja también».

Otra vez llegó hasta él un hombre del Jurāsān, llamado Ibn aš-Šayj ‘Abd ar-Raḥmān al-Isfarāynī, cuyo padre se había establecido en Bagdad. A éste le dio cincuenta mil dinares de plata, caballos, esclavos y vestiduras de honor [*jila’*]. Narraremos muchas historias de este rey cuando hablemos del país de la India. Hemos relatado éstas por lo que hemos dicho antes de que el sultán Abū Ishāq quería imitarle en sus dádivas. Y aunque este sultán es generoso y excelente, no alcanza el rango del rey de la India en generosidad y largueza.

Mención de algunos santuarios de Šīrāz

Entre ellos está el santuario de Aḥmad b. Mūsà, hermano de ar-Riḍā ‘Alī b. Mūsà b. Ŷa‘far b. M. b. ‘Alī b. al-Ḥusayn b. ‘Alī b. Abū Ṭālib, a quienes Dios tenga en su santa gloria^[251]. Este santuario es muy venerado por la gente de Šīrāz, que van allí a procurarse bendiciones y a congraciarse con Dios. Ṭāš Jātūn, la madre del sultán Abū Ishāq, construyó junto a él una gran *madrassa* y una zagüía donde se da de comer a los viajeros y peregrinos. Hay siempre almocríes recitando el *Corán* ante la tumba del sultán. La *jātūn* tiene por costumbre ir a este santuario todos los domingos por la noche: esa misma se reúnen allí los cadíes, alfaquíes y jerifes. Šīrāz es una de las ciudades del mundo donde hay más jerifes; he oído decir a personas de confianza que hay allá mil cuatrocientos y pico, entre pequeños y grandes, que reciben sueldos por su condición de tales.

El mayor de ellos y su jefe es ‘Adud ad-Dīn al-Ḥusaynī. Una vez que toda esta gente se ha personado en el bendito santuario, leen todo el *Corán* en ejemplares completos, mientras los almocríes lo recitan con sus bellas voces. Traen luego comida, frutas y dulces, y cuando la gente ha comido, el predicador recita el sermón. Todo esto ocurre después del rezo del mediodía y antes del de la noche; mientras, la *jātūn* permanece en una habitación que tiene vistas a la mezquita por medio de una ventana de celosía. Luego se tocan los atabales, los añafles y los albogues en la puerta del sepulcro, como se hace en las de los reyes.

Otro santuario es el del príncipe y santo imán Abū ‘Abdallāh b. Jafīf, conocido en Šīrāz como El Jeque, que fue modelo de rectitud en toda la comarca de Fārs. Es un santuario muy honrado, al que va mucha gente a santificarse; yo he visto al cadí Maḥd ad-Dīn venir aquí en peregrinación y besar la tumba. La *jātūn* viene a la

mezquita de este santuario, que tiene también una zagüía y una *madrasa*, todos los jueves por la noche; los cadíes y alfaquíes se reúnen aquí también y hacen lo mismo que en el santuario de Aḥmad b. Mūsà. Yo he estado en los dos sitios. La tumba del emir M. Šāh Inyū, padre del sultán Abū Ishāq, está contigua a este sepulcro. El jeque Abū ‘Abdallāh b. Jafif goza de gran rango y celebridad entre los santos; él fue quien mostró el camino del monte Sarandīb, en la isla de Ceilán, por tierras de la India.

Milagro de este jeque

Se cuenta que se dirigía una vez al monte Sarandīb, con unos treinta faquires. Les sobrevino el hambre en despoblado, en el camino del monte, y se extraviaron. Pidieron entonces al jeque que les permitiera coger uno de los pequeños elefantes que abundan mucho en aquellos parajes, y que desde allí son llevados a la capital del rey de la India. El jeque se lo prohibió, pero el hambre se apoderó de ellos, transgredieron la prohibición, cogieron uno de esos pequeños elefantes, lo degollaron y comieron su carne. El jeque se negó a comer. Cuando durmieron esa noche, se juntaron los elefantes de todas partes y fueron hacia donde estaban los faquires; les olían uno a uno y les mataban, hasta que acabaron con todos. Olieron también al jeque, pero no le tocaron. Uno de los elefantes le cogió, rodeándole con la trompa y se lo echó al lomo; así lo condujo hasta lugar poblado. Cuando la gente de esa parte le vio venir de tal modo, se maravillaron y fueron a recibirle para conocer lo sucedido. Estando ya cerca, el elefante le agarró con la trompa y le puso en el suelo, de manera que los hombres lo vieron. Fueron hacia él para santificarse y lo llevaron donde su rey, al que hicieron saber la historia. Eran infieles pero quedó con ellos varios días. El lugar está junto a la desembocadura de un río llamado Jawr al-Jayzurān [*Río de los Bambúes*], pues *jawr* quiere decir «río»^[252]. En este sitio hay una pesquería de perlas. Se dice que por entonces buceó el jeque en presencia del rey de aquella gente y salió con las manos cerradas, diciéndole: «Elige lo que hay en una de las dos». El rey eligió la derecha y el jeque se lo echó: eran tres piedras de jacinto inigualables, que aún llevan estos reyes en la corona, pues se las transmiten por herencia.

Yo he entrado en esta isla de Ceilán, cuyos habitantes siguen siendo paganos, aunque honran a los faquires musulmanes, les dan albergue en sus casas y les ofrecen comida, estando con ellos en sus hogares, en medio de su familia e hijos, a diferencia de los otros infieles de la India, que no se acercan a los musulmanes, ni les dan de comer o beber en sus vajillas, aunque tampoco les perjudican ni se burlan de ellos. Nos veíamos obligados a que algunos de éstos nos guisaran la carne: la traían en sus pucheros y se sentaban lejos de nosotros; traían también hojas de plátano, donde ponían el arroz, su alimento principal, y echaban encima el *kūšān*, que es una especie de aliño. Después se marchaban. Nosotros comíamos y lo que sobraba se lo comían

los perros y los pájaros. Si algún niño pequeño sin uso de razón comía algo de las sobras, le pegaban y hacían comer cagajones de vaca que, según ellos, es purgante.

Entre los santuarios de Šīrāz se cuenta el del virtuoso jeque, estrella de la fe, Rūzbihān al-Baqlī^[253], uno de los más grandes santos. Su tumba se halla en la mezquita aljama, donde se recita la *jutba*. A esta mezquita acude a rezar el cadí Maʿyḍ ad-Dīn, antes mencionado; allí mismo le oí comentar el *Musnad* [Tradición Auténtica] del imán Abū ‘Abdallāh M. b. Idrīs aš-Šāfi‘ī. Decía que este libro le había sido explicado por Wazīra, hija de ‘Umar b. Munaʿyā que, a su vez, decía haber sido informado de él por Abū ‘Abdallāh al-Ḥusayn b. Abū Bakr b. al-Mubārak az-Zubaydī y éste por Abū Zar‘a Ṭāhir b. M. b. Ṭāhir al-Muqaddasī; este último por Abū l-Ḥasan al-Makkī b. M. b. Maṣṣūr b. ‘Allān al-‘Urḍī y éste por el cadí Abū Bakr Aḥmad b. al-Ḥasan al-Ḥarašī. Este Abū Bakr había tenido por maestro a Abū l-‘Abbās b. Ya‘qūb al-Asamm y éste a ar-Rabi‘ b. Sulaymān al-Murādī que, finalmente, había sido instruido por el mismo imán Abū ‘Abdallāh aš-Šāfi‘ī. También en esta mezquita oí al cadí Maʿyḍ ad-Dīn explicar el libro *Mašāriq al-anwār* [*Luces que brillan en Oriente*], del imán Radī d-Dīn Abū l-Faḍā’il al-Ḥasan b. M. b. al-Ḥasan aṣ-Ṣagānī. El cadí lo había aprendido del jeque ʿAlāl ad-Dīn Abū Hāšim M. b. M. b. Aḥmad al-Hāšimī al-Kūfī, al cual se lo había relatado el imán Niẓām ad-Dīn Maḥmūd b. M. b. ‘Umar al-Harawī, que lo había aprendido del mismo autor.

Otro santuario de Šīrāz es el del piadoso jeque Zarkūb, junto al cual hay una zagüía donde se da de comer. Todos estos santuarios están dentro de la ciudad, así como la mayor parte de las tumbas de sus habitantes. Cuando muere uno de ellos, el hijo o el esposo, por ejemplo, se le prepara una tumba en un cuarto de la casa y se le entierra allí; cubren el suelo de la estancia con esteras y alcatifas, ponen muchas velas a la cabeza y a los pies del muerto y abren una puerta y una ventana con rejas por el lado que da al callejón. Por allí entran los almocríes para recitar el *Corán* con sus bellas voces: no hay en toda la tierra gente que tenga voz tan hermosa como la de Šīrāz para leer el *Corán*. Los de la casa se cuidan de la tumba, la cubren de tapices y mantienen encendidas las lámparas: es como si el muerto no se hubiera ausentado. Me dijeron que incluso guisan todos los días la parte del difunto y la ofrecen como limosna por su intención.

Relato

Pasaba un día por uno de los zocos de Šīrāz y vi una mezquita de construcción acabada y bello pavimento. Había ejemplares del *Corán* colocados en bolsas de seda, sobre una tarima. En el lado norte de la mezquita se encontraba una zagüía, con una ventana abierta a la parte del zoco; allí mismo vi a un jeque de bello aspecto y bien vestido que tenía ante sí un *Alcorán*, en el que estaba leyendo. Le saludé, me senté a

su lado y él preguntó por las circunstancias de mi llegada. Le respondí y pregunté a mi vez por esta mezquita. Me dijo que la había construido él mismo y que había instituido muchos habices para mantenimiento de los almocríes y otras personas, y que esta zagüía en la que estábamos sentados era el sitio destinado a su tumba, si Dios decretaba su muerte en la ciudad. Luego alzó una alfombra que tenía bajo los pies y apareció su tumba, cubierta de tablones de madera; me mostró una caja que tenía frente a él y dijo: «En ese cajón están mi mortaja, los ungüentos para embalsamarme y unos cuantos *dirharns* por los que me contrató un hombre virtuoso para que le cavara un pozo; me los pagó y yo los aparté para sufragar los gastos de mi entierro y lo que sobre se reparta en limosnas». Me maravilló su conducta y quise marcharme, pero me conjuró a que fuera su huésped en la zagüía.

Entre los santuarios que están en las afueras de Šīrāz, destaca la tumba del virtuoso jeque conocido como as-Sa'dī, que era el mejor poeta de su tiempo en lengua persa y también brilló a menudo en sus poemas en árabe. Hay una hermosa zagüía que él mismo construyó en este sitio, con un bonito jardín interior, junto al nacimiento del gran río llamado Rukn Ābād. El jeque fabricó allí unas piletas de mármol para lavar la ropa. Los de Šīrāz vienen aquí desde la ciudad en romería, comen de lo que hay en la zagüía, lavan sus ropas en este río y se vuelven. Yo mismo hice todo esto. ¡Que Dios tenga piedad de este jeque! Cerca de aquí hay otra zagüía contigua a una *madrasa*, habiéndose construido ambas en torno a la tumba del emir y alfaquí Šams ad-Dīn as-Samnānī, que fue enterrado aquí según dejó dicho en su testamento.

Uno de los principales alfaquíes de la ciudad de Šīrāz es el jerife Ma'yīd ad-Dīn, que es hombre de extraordinaria generosidad; muchas veces da todo lo que tiene, incluso la ropa que lleva encima, y se pone entonces un traje remendado. Cuando los principales de la ciudad van a verle y le encuentran en ese estado, le visten de nuevo. El sultán le pasa un sueldo diario de cincuenta dinares de plata.

Salí luego de Šīrāz para ir a visitar la tumba del virtuoso jeque Abū Ishāq al-Kāzarūnī, en Kāzarūn, población que está a dos jornadas de Šīrāz. El primer día paramos en el país de los Šūl, una taifa de persas que viven en el desierto; son gente piadosa.

Generosidad de uno de estos šūl

Estaba yo un día en una de las mezquitas de Šīrāz y me había sentado a recitar el excelso y glorioso *Corán*, después del rezo del mediodía; me vino entonces a las mientes que si dispusiera de un ejemplar del *Corán*, leería mejor en él. En esto, entró un joven donde yo estaba y me dijo en voz alta: «¡Toma!» Alcé la vista y me echó en el regazo un volumen del Libro y se fue. Lo leí entero ese mismo día y aguardé al joven para devolvérselo, pero no volvió. Pregunté por él y me dijeron: «Es Buhlūl, el

šūlī». No he vuelto a verle desde entonces.

Llegamos a Kāzarūn al anochecer del segundo día y nos dirigimos a la zagüía del jeque Abū Ishāq, donde pernoctamos. Tienen allí la costumbre de dar de comer *harīsa* a los viajeros, sean quienes sean. La *harīsa* está hecha de carne picada, trigo cocido y manteca, y se come con galleta. No dejan reemprender viaje a nadie, hasta que no ha sido su huésped durante tres días y ha expuesto sus necesidades al jeque de la zagüía. Este se las hace saber a los faquires que sirven en ella, que son más de cien, entre casados y mozos solteros. Estos recitan entonces el *Corán* completo, invocan el nombre de Dios con jaculatorias y ruegan por el viajero ante el sepulcro del jeque Abū Ishāq; y luego satisfacen sus necesidades, con el permiso de Dios.

Este jeque Abū Ishāq es muy venerado por la gente de la India y de la China. Los navegantes del mar de la China, cuando les cambia el viento o temen a los piratas, tienen costumbre de hacer un voto a Abū Ishāq, y cada uno de ellos se obliga por escrito a lo que ha prometido. Cuando llegan a tierra firme y segura, los criados de la zagüía suben al barco, reclaman la lista y reciben el voto de cada promesante; así pues, no hay barco que venga de la India o de la China que no traiga miles de dinares. Llegan los mandatarios de parte del servidor de la zagüía y cogen lo que corresponde. Hay faquires que vienen a pedir limosna al jeque: se les redacta una orden de cobro con su marca. Este emblema del jeque está grabado en un molde de plata; se embadurna el molde en tintura roja y se aprieta sobre la orden, quedando así impresa la huella. La orden suele contener lo siguiente: «Que quien haya hecho un voto al jeque Abū Ishāq, entregue tal parte del total a Fulano». La orden puede ser por mil monedas, cien, por una cantidad intermedia o por menos, según sea el faquir; cuando éste encuentra a alguien que haya hecho uno de estos votos, toma su parte y escribe en el dorso de la orden una nota señalando lo que ha cogido. El rey de la India hizo una vez una promesa al jeque Abū Ishāq por valor de diez mil dinares; la noticia llegó a los faquires de la zagüía y uno de ellos se fue a la India, cogió el dinero y volvió con él.

Salimos de Kāzarūn para la ciudad de Zaydān, llamada así porque en ella se encuentran las tumbas de Zayd b. Tābit y de Zayd b. Arqam, ambos compañeros y defensores del Profeta [*anšār*]. Es una hermosa ciudad, con muchos huertos y abundante agua, bellos zocos y maravillosas mezquitas; su gente es honesta, leal y religiosa. Uno de ellos, el cadí Nūr ad-Dīn az-Zaydānī, llegó a la India y le hicieron cadí de Dībat al-Mahal [Islas Maldivas], que es un grupo de muchas islas cuyo rey es Ŷalāl ad-Dīn b. Šalāḥ ad-Dīn Sālib, casándose además con la hermana de este rey. Del rey Ŷalāl ad-Dīn hablaremos más tarde, así como de su hija Jadīya, que reinó en estas islas después de él. El antedicho cadí Nūr ad-Dīn murió allí, en Dībat al-Mahal.

Viajamos luego desde Zaydān a Ḥuwayzā', pequeña ciudad habitada por persas a cuatro jornadas de Basora y a cinco de Kūfa. De aquí es el devoto y virtuoso Ŷamāl ad-Dīn al-Ḥuwayzā'ī, jeque del monasterio [*jānqah*] Sa'īd aṣ-Šu'adā' [Dichoso de

Dichosos], en El Cairo. De aquí salimos para Kūfa a través de un desierto sin agua, salvo en un solo lugar llamado aṭ-Ṭarfāwī, con el que dimos al tercer día. Dos jornadas después llegamos a la ciudad de Kūfa.

La ciudad de Kūfa

Es una de las más importantes del Iraq y se distingue de las demás por un especial privilegio: fue la mansión de los Compañeros [*sahāba*] y Seguidores [*tābi‘ūn*] del Profeta, morada de ulemas y hombres piadosos, capital de ‘Alī b. Abū Ṭālib, Príncipe de los Creyentes. Mas ahora está casi toda en ruinas, pues la mano de la injusticia se ha extendido sobre ella; el daño que sufre proviene de los beduinos Jafā’ya, que habitan en sus inmediaciones y son salteadores de caminos.

No tiene murallas y está construida con ladrillos; sus zocos son hermosos y en ellos se venden sobre todo dátiles y pescado. La aljama mayor es grande y noble; tiene siete pisos embaldosados, sostenidos por altísimas columnas de gruesas piedras talladas pieza por pieza y sujetas unas a otras con plomo fundido. Hay en esta mezquita monumentos ilustres como una estancia que se halla frente al mihrab, a la derecha del que se coloca ante la alquibla. Se dice que en este sitio tenía Abraham — ¡Bendito sea! — un oratorio. Al lado hay una hornacina elevada rodeada de palos de teca, que es el mihrab de ‘Alī b. Abū Ṭālib, que Dios tenga en su santa gloria, donde le hirió el malvado Ibn Mul‘yām^[254]; la gente viene aquí a rezar. En una esquina, al final de esta nave, se encuentra una pequeña capilla, cercada también por palos de teca, donde se dice que hirvió el atanor [*Corán*. XI, 42: «*Y el atanor se puso a hervir*»] cuando el diluvio de Noé. Detrás de aquí, fuera ya de la mezquita, hay un cuarto que se cree era el de Noé y, enfrente otro que se considera fue oratorio de Idrīs [Enoch]; a continuación hay una explanada a todo lo largo del muro sur de la mezquita, que es el lugar donde se dice que Noé construyó su Arca. Al final de esta explanada se encuentra la casa de ‘Alī b. Abū Ṭālib y el aposento donde se lavó su cadáver; al lado hay un edificio del que también se dice que era la casa de Noé. Dios es el único que sabe con certeza todo esto. En el lado oriental de la aljama hay un aposento en alto, al que se puede subir, donde se halla la tumba de Muslim b. ‘Áqil b. Abū Ṭālib. Cerca de aquí, pero fuera ya de la mezquita, está el sepulcro de ‘Ātika y Sukayna, hijas de al-Ḥusayn — ¡la paz sea con él! —. Por el contrario, del alcázar del emirato de Kūfa, construido por Sa‘d b. Abū Waqqāṣ, no quedan más que los cimientos.

El Eufrates está a una distancia de media parasanga de la ciudad, por el lado de levante; bordeado, en ambas orillas, por huertos de palmeras tupidas y pegadas unas a otras. Al oeste del cementerio de Kūfa vi un sitio totalmente ennegrecido, en medio de un llano blanco. Me dijeron que era la tumba del criminal Ibn Mul‘yām y que la gente de Kūfa va allí todos los años con mucha leña y encienden hogueras encima,

durante siete días; me informaron también de que la cúpula que hay junto a este lugar es la tumba de al-Mujtār b. Abū ‘Ubayd.

Salimos de Kūfa e hicimos alto en Bi’r Mallāḥa [*Pozo de la Salina*], bella población entre huertos de palmeras, pero tuve asco de entrar y paré en las afueras, pues allí son todos *rāfiḍīs*. Partimos al alba y nos detuvimos en la ciudad de al-Ḥilla, gran urbe situada a lo largo de la ribera occidental del Eufrates; tiene buenos zocos, donde se encuentra de todo, ya sean productos naturales o del artesanía. Está muy poblada y cercada de huertos de palmeras tanto por dentro como por fuera, de modo que las casas están entre huertas. Tiene un gran puente hecho de barcas amarradas unas a otras entre ambas orillas; las barcas están sujetas por los dos costados con cadenas de hierro que se atan en ambas riberas a sendos postes enormes, clavados en la misma orilla.

Los habitantes de esta ciudad son todos imaníes duodecimanos^[255], divididos en dos taifas: una, la de los kurdos; otra, la de la Gente de las Dos Aljamas [*Ahl al-ḡāmi‘ayni*]^[256]. La discordia entre ellos es continua y se pelean sin cesar. Cerca del zoco principal de esta ciudad hay una mezquita que tiene en la puerta una cortina de seda siempre echada, y que ellos llaman Santuario del Señor del Tiempo^[257]. Acostumbran salir todas las noches, después del rezo de la tarde cien hombres armados y —blandiendo las espadas en la mano— dirigirse al emir de la ciudad, que les da un caballo o una mula ensillados y embridados. Hacen sonar entonces atabales, añafles y albogues delante de la bestia, a la que preceden cincuenta hombres y siguen otros tantos, mientras algunos marchan a ambos costados del animal. Se encaminan de esta guisa al Santuario del Señor del Tiempo, se paran a la puerta y gritan: «¡En nombre de Dios, Señor del Tiempo; en nombre de Dios, sal! Pues ya ha aparecido el vicio y la injusticia crece. Este es el momento de que salgas, para que discierna Dios por ti lo verdadero de lo falso». Y siguen repitiendo esto y tocando los albogues, los atabales y añafles hasta la oración vespertina. Dicen que M. b. al-Ḥasan al-‘Askarī entró en esta mezquita y se ocultó en ella; pero que saldrá, pues es el Imán que están aguardando.

Al morir el sultán Abū Sa‘īd, la ciudad de al-Ḥilla fue conquistada por el emir Aḥmad b. Rumayṭa b. Abū Numayy, príncipe de La Meca, que la gobernó durante años, y observó una buena conducta elogiada por la gente del Iraq. Luego, derrotado por el jeque Ḥasan, sultán del Iraq, éste le hizo torturar y dar muerte apoderándose de sus riquezas y tesoros.

Salimos luego de esta ciudad hacia Karbalā’, lugar de martirio de al-Ḥusayn, hijo de ‘Alī —¡la paz sea con ambos!—^[258], que es una pequeña ciudad rodeada de huertos de palmeras y regada por las aguas del Eufrates. El Santo Vergel está dentro de ella, al lado de una gran *madrasa* y una venerable zagüía, donde se da de comer a los peregrinos y caminantes; a la puerta del jardín hay porteros y guardianes, de modo que nadie entra sin su permiso: al pasar, se besa el noble umbral, que es de plata. Encima del santo sepulcro hay candiles de oro y plata, y cortinas de seda en las

puertas. Los habitantes de la ciudad también se dividen en dos taifas: la de los hijos de Rajīk y la de los hijos de Fāyz, que se combaten incesantemente, a pesar de ser todos imaníes y venir de un mismo padre; a causa de sus querellas, esta ciudad está arruinada. De aquí partimos para Bagdad.

La ciudad de Bagdad

Dār aṣ-Ṣalām^[259] es la capital del Islam, ciudad de ilustre rango y mérito eminente, morada de los califas y sede de los ulemas. De ella dijo Abū-l-Ḥusayn b. Ŷubayr^[260]:

«Aunque esta vieja ciudad sigue siendo la capital del califato abbasí y lugar de reunión y convocatoria del imanato coreichí^[261], su trazado ya ha desaparecido y sólo le queda el nombre. En comparación a lo que era antes de que le cayeran encima las desgracias y los ojos de las calamidades se volvieran hacia ella, ahora es como una silueta borrosa o la figura de una quimera que se yergue. No hay en ella belleza alguna que atraiga la mirada o que induzca al apresurado a contemplar y distraerse excepto el Tigris, que se extiende entre su parte oriental y su lado occidental como un espejo bruñado entre dos mejillas o como un collar de perlas entre los pechos de una mujer. La ciudad abreva en él para calmar su sed y se contempla en su espejo pulido que no se empaña. Por sus aguas y su aire florece la hermosura femenina».

A esto añade Ibn Ŷuzayy: «Parece como si Abū Tammām Ḥabīb b. Aws^[262] hubiera adivinado su porvenir, cuando le dedicó estos versos [metro *basīt*]:

*¡Pues el mensajero de la muerte se alzó ya sobre Bagdad,
que quien la llore vierta sus lágrimas por la desolación del siglo!
Estaba junto a las aguas, mientras la guerra ardía;
mas, por suerte, en sus barrios se apagaría el fuego.
Esperábamos un retorno venturoso de la Fortuna,
pero hoy la desesperación anega la esperanza.
Como la vieja de la que han huido la juventud
y la belleza que antaño le favorecían.*

Muchos han sido los que compusieron poemas en elogio de Bagdad y recuerdo de sus bellezas, con prolijidad, pues descubrieron la riqueza del tema considerando conveniente extenderse en él. El imán y cadí Abū M. ‘Abd al-Wahhāb b. ‘Alī b. Nasr al-Mālikī al-Bagdādī escribió estos versos, que mi padre me recitó varias veces [metro *basīt*]:

El buen aire de Bagdad en mí despertó el deseo

*de quedar junto a ella, aunque lo impida el Destino.
Pues, ¿cómo partir hoy de aquí, si al mejor de los climas
une amplias vistas y lugares recoletos?*

Este mismo poeta dijo también [metro *ṭawīl*]:

*¡La paz sea con Bagdad, en cada morada!
pues merece que yo la salude doblemente.
Por Dios, que no la abandoné por odio:
conozco bien sus dos orillas.
Mas, a pesar de su anchura, para mí fue angosta
y allí me desasistió el Destino.
Como ese amigo que anhelamos cerca,
pero inmoral y de costumbres licenciosas.*

Y encolerizado contra ella, aún escribió estos versos que oí a mi padre más de una vez [metro *basīṭ*]:

*Bagdad es vasta mansión para la gente rica
y casa de miseria y estrechez para el mendigo.
Anduve perdido en sus callejas
como un volumen del Corán en casa de un ateo.*

He aquí unos cuantos versos de una casida del cadí Abū l-Ḥasan ‘Alī b. an-Nabīh [metro *jaḥīf*]:

*Ella^[263] contempla en el Iraq una luna luminosa,
cruza las tinieblas, entra en el calor del mediodía.
Aprecia el aroma de la brisa en Bagdad
y —de no tascarle el freno— habríase puesto a volar.
De las dehesas del Karj^[264] le queda el recuerdo
de vergeles siempre verdes y aguas limpias.
En las colinas de al-Muhawwil^[265] cogió flores
y contempló la luz desde las terrazas del Tāy^[266].*

De Bagdad se ha dicho también, acerca de sus mujeres [metro *kāmil*]:

*Suspiro por Bagdad y por su Iraq,
por sus gacelas y la magia de sus pupilas:*

*Pasean junto al Eufrates^[267], surgiendo sus rostros
como lunas nuevas de entre los collares.
Se contonean dichosas, como si el sentimiento
del amor platónico^[268] fuera su propia naturaleza.
Por ellas sacrificaría mi vida, pues la belleza
de la época resplandece en el brillo de sus soles».*

Volvamos al relato.

Bagdad tiene dos puentes de barcas, amarradas de la manera que ya hemos relatado al hablar del puente de la ciudad de al-Ḥilla; la gente, lo mismo hombres que mujeres, los cruza día y noche, muchas veces por el simple placer de pasear. Hay en Bagdad once mezquitas en las que se recita la *jutba* y se reza la *zala* del viernes: ocho en el lado de poniente y tres en la parte de levante; hay otras muchas mezquitas y *madrasas*, pero están todas en ruinas. Hay también muchos baños de los más maravillosos que he visto, casi todos embadurnados de alquitrán hasta la azotea, así que al que los mira le parecen de mármol negro. Este alquitrán se saca de una fuente que hay entre Kūfa y Basora, de la que se le hace manar continuamente. En los bordes del manantial se hace como arcilla, se traspalea y acarrea para Bagdad. En cada uno de estos baños hay muchas celdas con el suelo y la mitad inferior de las paredes untados de alquitrán, mientras la mitad de arriba está recubierta de yeso puro, blanco; de este modo, los dos contrarios se juntan y sus bellezas se encuentran frente a frente. Dentro de cada una de estas celdas hay un pilón de mármol con dos canalillos, por uno de los cuales corre agua caliente y por el otro, agua fría. En la celda no entra más que una sola persona sin que nadie la acompañe, a menos que lo quiera así: en un rincón hay otra pileta para lavarse, que tiene también dos canalillos de agua caliente y fría. A todo el que entra se le dan tres toallas: una para ceñírsela al cuerpo cuando entra, otra para hacer lo mismo cuando sale de la celda y otra para secarse el cuerpo; no he visto semejante esmero en ninguna otra ciudad, más que en Bagdad y en algunos países que se le parecen en esto.

Mención de la parte de poniente de Bagdad

La parte oeste de la ciudad fue construida primero y ahora está casi toda en ruinas. A pesar de ello, aún quedan allí trece barrios como ciudades enteras, pues cada uno tiene dos o tres baños. En ocho de ellos hay mezquitas aljamas. En el barrio llamado de la Puerta de Basora [*Maḥalla Bāb al-Baṣra*] está la aljama del califa Abū Ūa‘far al-Manṣūr, y entre este barrio y el de aṣ-Ṣāri‘ [*Barrio del Camino*], al borde del Tigris, se levantaba el hospicio [*māristān*], un gran alcázar en ruinas del que sólo

quedan los restos. En esta parte de poniente, se encuentran los siguientes santuarios:

La tumba de Ma'rūf al-Karjī, en el barrio de Bāb al-Baṣra.

En el camino que lleva a este mismo barrio, un santuario de grandiosa construcción, en cuyo interior hay una tumba que tiene una espaciosa bovedilla con la siguiente inscripción: «Esta es la tumba de 'Awn, uno de los hijos de 'Alī b. Abū Ṭālib».

El sepulcro de Mūsà al-Kāẓim b. Ŷa'far aṣ-Ṣādiq, padre de 'Alī b. Mūsà ar-Riḍā; al lado está el sepulcro de M. al-Ŷawād y ambos están dentro del mismo jardín, cubiertos por una especie de dosel de tablas forradas de plata^[269].

Mención del lado de levante.

Esta parte oriental de Bagdad está llena de zocos y tiene un magnífico trazado. Al mayor de los zocos se llama del martes y en él los distintos oficios tienen sitio separado; en su centro se halla la admirable *madrasa* an-Niẓāmiyya, que anda en refranes por su belleza. Al final de este Zoco del Martes está la *madrasa* al-Mustanṣiriyya, cuya creación se atribuye al Príncipe de los Creyentes al-Mustanṣir bi-l-Lāh Abū Ŷa'far, hijo del Miramamolín^[270] aṣ-Ẓāhir, hijo éste a su vez del también Miramamolín an-Nāṣir. En esta *madrasa* se encuentran las cuatro escuelas ortodoxas y cada rito dispone de un gran pabellón abovedado, con mezquita y lugar para la enseñanza; el asiento del profesor es una silla cubierta de tapices y colocada sobre una pequeña cúpula de madera. El profesor se sienta con calma y aplomo, vestido de negro y tocado con un turbante; tanto a su derecha como a su izquierda hay dos repetidores que reiteran todo lo que él dicta. De tal modo se suceden todas las reuniones de las cuatro escuelas. Dentro de la misma *madrasa* hay unos baños para los estudiantes y una casa para las abluciones.

En este lado de levante hay tres mezquitas en las que se celebra el rezo del viernes: una de ellas es la Aljama del Califa, que está contigua a los alcázares y residencias de los califas. Es una gran aljama, con muchas piletas y lavatorios, bien para lavarse, bien para hacer las abluciones. En esta mezquita me encontré con el sabio y virtuoso jeque, sostén del Iraq, el imán Sirāy ad-Dīn Abū Ḥafṣ 'Umar b. 'Alī b. 'Umar al-Qazwīnī, y le vi explicar todo el «*Musnad*» [Tradición Auténtica] de Abū M. 'Abdallāh b. 'Abd ar-Raḥmān b. al-Fadl b. Bahrām ad-Dārimī, en el mes de *Ra'yab* del año 727 [junio de 1327]. Dijo haber sido instruido en este libro por una autoridad en la materia, la piadosa anciana Fātima, señora de reyes, hija del justo Tāy, ad-Dīn Abū l-Ḥasan b. 'Alī b. 'Alī b. Abū l-Badr, que a su vez decía haber sido informado por el jeque Abū Bakr M. b. Mas'ūd, hijo de Bahrūz aṭ-Ṭayyib al-Māristānī [*el Buen Hospiciario*]; éste decía tener por maestro a Abd l-Waqt 'Abd aj-Awwal, hijo de Šu'ayb aṣ-Šin'yārī aṣ-Šūfī. Este Abū l-Waqt decía haber recibido la explicación del imán Abū l-Ḥasan 'Abd ar-Raḥmān b. M. b. al-Muẓaffar ad-Dāwūdī

y éste de Abū M. ‘Abdallāh b. Aḥmad b. Ḥamawīya aṣ-Ṣarajsī; este último, de Abū ‘Imrān ‘Īsā b. ‘Umar b. al-‘Abbās aṣ-Ṣamarqandī. Y, por fin, Abū ‘Imrān decía haber tenido por maestro al mismo Abū M. ‘Abdallāh b. ‘Abd ar-Raḥmān b. al-Faḍl ad-Dārimī.

La segunda mezquita es la Aljama del Sultán, que está fuera de la ciudad y contigua a los alcázares pertenecientes a éste; la tercera es la Aljama de la Ruzafa [*ar-Rusāfa*], aproximadamente a una milla de la anterior.

Relación de los sepulcros de los califas de Bagdad y de las tumbas de algunos ulemas y hombres piadosos

Los sepulcros de los califas abbasíes se hallan todos en La Ruzafa y en cada tumba está escrito el nombre del difunto. Hélos aquí: al-Mahdī; al-Hādi; al-Amin; al-Mu‘tasim; al-Wāṭiq; al-Mutawakkil; al-Muntaṣir; al-Musta‘īn; al-Mu‘tazz; al-Muhtadī; al-Mu‘tarnid; al-Mu‘tadid; al-Muktafī; al-Muqtadir; al-Qāhir; ar-Rādī, al-Muṭṭaqī, al-Mustakfī; al-Muṭī‘; aṭ-Ṭāi‘; al-Qā‘im; al-Qādir^[271]; al-Mustaẓhir; al-Mustaršid; ar-Rāšid; al-Muqtafi; al-Mustanẓid; al-Mustaḍī; an-Nāṣir; aṣ-Ṣāḥir; al-Mustanṣir, y al-Musta‘sim. Este es el último de ellos, pues siendo él califa entraron a espada los tártaros en Bagdad y unos días después le degollaron. Desde entonces quedó interrumpido en Bagdad el califato abbasí, ocurriendo esto en el año 654^[272].

Cerca de la Ruzafa está la tumba del imán Abū Ḥanīfa^[273], que tiene una gran cúpula y una zagüía donde se da comida a los que vienen y van; no existe en toda la ciudad de Bagdad zagüía alguna donde se dé de comer, excepto ésta. ¡Alabado sea Dios, que hace cambiar y perecer las cosas! Al lado, se encuentra también la tumba del imán Abū ‘Abdallāh Aḥmad b. Ḥanbal^[274], que no tiene cúpula; se dice que se intentó varias veces construir una y se desplomó por la voluntad del Altísimo. La gente de Bagdad honra en gran manera este sepulcro, pues casi todos siguen el rito *ḥanbalī*. Cerca de aquí están las tumbas de Abū Bakr aṣ-Ṣiblī uno de los imanes sufíes; de Sarī aṣ-Ṣaḥatī; de Bišr al-Ḥāfī; de Dāwūd aṭ-Ṭā‘i y de Abū l-Qāsim al-Ġunayd —¡Que Dios les tenga en su gloria!—. Los bagdadíes tienen un día fijo a la semana para visitar la tumba de uno de estos jeques y otro día para el siguiente y así hasta terminar la semana. En Bagdad hay muchos sepulcros de ulemas y hombres piadosos.

En esta parte oriental de Bagdad no hay frutas, pero se traen del lado de Poniente, que es donde están los jardines y huertos.

Mi llegada a Bagdad coincidió con la estancia en ella del rey del Iraq, por lo que hablaremos de él ahora.

Mención del sultán de los dos Iraq y del Jurāsān

Este era el ilustre sultán Abū Sa‘īd Bahādur Jān, pues jān entre los tártaros quiere decir «rey», hijo del poderoso sultán M. Juḏābandah, el rey tártaro que abrazó el Islam. La gente no se pone de acuerdo sobre la primera parte del nombre de este sultán. Hay quien dice que se llama Juḏābandah, lo que significa «‘Abdallāh» [siervo de Dios]; pues *Juḏā*, en persa, es el nombre de Dios, y *bandah* significa «esclavo», «siervo» o algo similar. Otros, sin embargo, dicen que se llamaba Jarubandah; y como *jar*, en persa, significa «asno», según estos se llamaría «esclavo del asno». La diferencia entre ambos dichos estribaría en que el último es el más conocido y que el sultán mismo cambiaría este nombre por el primero, movido de celo religioso. Se cuenta que la razón de llamarse Jarubandah es que los tártaros dan al recién nacido el nombre del primero que entra en la casa, inmediatamente después del parto. Cuando nació este sultán, el primero en entrar fue un acemilero que llamaban Jarubandah y por eso le pusieron tal nombre. El hermano del sultán era Qāzgān y la gente le decía Qāzān. Qāzgān quiere decir «puchero». Se dice que le llamaron así porque al nacer entró en la habitación una esclava con un puchero.

Este Juḏābandah fue, pues, el que se convirtió al Islam: ya hemos contado antes su historia y cómo al hacerse musulmán, quiso llevar a la gente a la doctrina *rāfiḏī*; y hemos relatado también el caso que le aconteció con el cadí Ma‘yḏ ad-Dīn. A su muerte le sucedió en el trono su hijo Abū Sa‘īd Bahādur Jān, que ha sido un rey excelente y generoso. Comenzó a reinar siendo aún un niño de corta edad.

Cuando yo le vi en Bagdad era todavía un joven sin nada de vello en las mejillas, una de las más bellas criaturas de Dios. Su visir era entonces el emir Giyāṭ ad-Dīn M., hijo del Jawāyḥ Rašīd^[275], el cual era un judío emigrado, que el sultán M. Juḏābandah, padre de Abū Sa‘īd, había hecho visir suyo. Un día vi en el Tigris al sultán Abū Sa‘īd y a su visir Giyāṭ ad-Dīn, en una barca [harrāqa = brulote] que allí llaman *šabbāra*, una especie de chalupa. Ante ellos estaba Dimašq, hijo del emir al-Yūbān. Este emir tenía totalmente dominado a Abū Sa‘īd. A izquierda y derecha iban dos *šabbāras* con cantores y músicos. Ese mismo día fui testigo de la generosidad del sultán: se presentó ante él un grupo de ciegos, quejándose de su desamparada condición; entonces ordenó se le diera a cada uno un vestido, un criado que le sirviera de lazarillo y una pensión que correría de su cuenta.

Cuando el sultán Abū Sa‘īd comenzó a reinar —siendo todavía un niño, como ya hemos dicho—, al-Yūbān, emir de emires, se hizo con el poder y le prohibió todo tipo de disposiciones, de modo que la soberanía del sultán no era más que de nombre. Se cuenta que en unas fiestas, Abū Sa‘īd necesitó cierta cantidad para sus gastos y no tuvo medio de conseguirla; de modo que hubo de pedírsela a un mercader, que le dio todo el dinero que quiso. Y así siguieron las cosas hasta que entró un día a verle Dunyā Jātūn, una de las mujeres de su padre, y le dijo: «Si nosotras fuéramos los hombres, no dejaríamos a al-Yabān y a su hijo hacer lo que hacen». Él le preguntó

qué intención tenían esas palabras, y ella respondió: «La prepotencia de Dimašq Jawāyḥ b. al-Yūbān ha llegado hasta el punto de asaltar a traición a las mujeres del harén de tu padre; anoche estuvo con Tagī Jātūn y envió que me dijeran que esta noche la pasará conmigo. Estimo que debes reunir a los emires y a los soldados, y cuando suba a escondidas al castillo para pasar allí la noche, podrás cogerle; en cuanto a su padre, Dios nos defenderá de él». Al-Yūbān estaba entonces ausente, en el Jurāsān. Abū Saʿīd se sintió invadido por los celos y pasó la noche planeando el asunto; cuando supo que Dimašq Jawāyḥ estaba en el castillo, ordenó a los emires y soldados que rodearan el edificio por todas partes. Al salir Dimašq de madrugada con un soldado conocido como al-Ḥāyḥ al-Mīsrī [el *Peregrino Egipcio*], se encontró con una cadena tendida en la puerta del castillo, y cerrada con un candado, por lo que no pudo escapar a caballo; al-Ḥāyḥ cortó la cadena a sablazos y salieron ambos, pero fueron cercados por las tropas. Uno de los emires de la privanza del sultán, de nombre Misr Jawāyḥ, y un eunuco llamado Luʿluʾ [*Perla*], alcanzaron a Dimašq Jawāyḥ, le mataron y llevaron su cabeza a Abū Saʿīd, arrojándola ante su caballo, según acostumbran a hacer con las cabezas de sus mayores enemigos. El sultán mandó saquear su casa y matar a los criados y mamelucos que ofrecieran resistencia.

Llegaron estas noticias al Jurāsān, donde estaba al-Yūbān, padre de Dimašq, y con él sus hijos: el emir Ḥasan, que era el mayor; Ṭālīš, y el más pequeño de todos, ʿĀlū Jān, que era sobrino del sultán Abū Saʿīd, pues su madre, Sāṭī Bik, era hija del sultán Juḍābandah. Tenía allí, junto a él, soldados tártaros y fuerzas de retaguardia, de modo que convinieron atacar al sultán Abū Saʿīd y marcharon contra él. Cuando las dos partidas se encontraron, los tártaros escaparon al campo del sultán, dejando solo a al-Yūbān, que, al ver esto, volvió sobre sus pasos y huyó hacia el desierto de Siyistān^[276], adentrándose en él. Resolvió entonces llegar donde el rey de Herāt, Giyāṭ ad-Dīn, que le debía viejos favores, para pedirle asilo y atrincherarse en su ciudad. Sus hijos Ḥasan y Ṭālīš no estuvieron de acuerdo en esto y le dijeron que Giyāṭ ad-Dīn no cumpliría su palabra, pues ya había traicionado y dado muerte a Fayrūz Šāh, cuando éste se había refugiado en su reino. Al-Yūbān se empeñó en ir allí, por lo que sus dos hijos mayores le abandonaron; entonces él se encaminó a Herāt con ʿĀlū Jān, su hijo menor. Giyāṭ ad-Dīn salió a recibirle, descabalgó ante él y le hizo entrar bajo amán en la ciudad, pero unos días después le traicionó matándole junto con su hijo y enviando sus cabezas al sultán Abū Saʿīd. Ḥasan y Ṭālīš, por su parte, se encaminaron a Juwārizm^[277], dirigiéndose al sultán M. Ūzbak; éste les agasajó y dio hospitalidad, hasta que se comportaron de tal modo que hubo de matarles. Al-Yūbān tenía un cuarto hijo, llamado ad-Dumurṭāš, que huyó al país de Egipto; el rey an-Nāṣir le honró y encomendó Alejandría, pero él la rechazó, diciendo: «Lo que yo quiero son soldados para luchar contra Abū Saʿīd». Cuando el rey an-Nāṣir le envió un vestido, él lo regaló a quien le traía otro más bello, menospreciando así al rey. Hizo tales cosas que an-Nāṣir tuvo que matarle, enviando después su cabeza a Abū Saʿīd. Ya hemos relatado antes su historia y la de

Qarāsunqūr.

Una vez muerto al-Ŷūbān, recogieron su cadáver y el de su hijo para cumplir la parada de ‘Arafat. Les llevaron luego a Medina, para enterrarles en el sepulcro que al-Ŷūbān había dispuesto cerca de la mezquita del Profeta, pero se lo prohibieron, por lo que fueron sepultados en al-Baqi‘ [cementerio de Medina]. Este al-Ŷ ūbān dirigió en tiempos la conducción de agua a La Meca.

Cuando el sultán Abū Sa‘īd se hizo cargo del reino, quiso desposarse con Bagdād Jātūn, hija de al-Ŷūbān, mujer muy bella casada con el jeque Ḥasan, primo hermano de Abū Sa‘īd que se hizo con el poder a la muerte de éste. El sultán le mandó que se la cediera y se casó con ella, convirtiéndola en favorita. Las mujeres de los turcos y los tártaros son muy afortunadas; cuando éstos dictan una orden, dicen siempre: «Por orden del sultán y de las *jātūn*». Cada *jātūn* tiene varias poblaciones y valiatos, y parias considerables; cuando viajan con el sultán, disponen para alojarse de una almahala aparte. Esta *jātūm* ejerció gran influencia sobre Abū Sa‘īd, que la prefirió a sus otras mujeres, y así siguieron casi toda la vida, hasta que el sultán se casó con una mujer llamada Dilšād, a la que amó violentamente, abandonando a Bagdād Jātūn; ésta, llevada por los celos, le asesinó enjugándole después del coito con un pañuelo envenenado. Al morir Abū Sa‘īd y extinguirse su descendencia, sus emires se apoderaron de las distintas comarcas, como diremos a continuación.

Cuando los emires supieron que Bagdād Jātūn había envenenado al sultán, acordaron matarla. El eunuco bizantino Jawāyḥ Lu‘u’ se apresuró a hacerlo y fue en su busca, matándola de un mazazo mientras estaba en el baño; la dejaron allí tirada durante varios días, con las vergüenzas tapadas por un trozo de costal. El jeque Ḥasan se hizo entonces con el poder en el Iraq árabe y se casó con Dilšād, mujer del sultán Abū. Sa‘īd del mismo modo que éste había desposado a su antigua mujer, Bagdād Jātūn.

Relación de los que se apoderaron del reino a la muerte del sultán Abū Sa‘īd

El jeque Ḥasan, primo hermano del sultán, se apoderó, como acabamos de decir, de todo el Iraq árabe.

Ibrāhīm Šāh, hijo del emir Sunaytah [o Suwaytah], se hizo con al-Mawsil [Mosul] y con Ḍiyār Bakr [Diyarbakir, Turquía].

El emir Artana dominó el país de los turcomanos [Bīlād at-Turkumān], conocido también como Bīlād ar-Rūm [Asia Menor].

Ḥasan Jawāyḥ b. ad-Dumurṭāš b. al-Ŷūbān ejerció su soberanía en Tabrīz, aṣ-Ṣultāniyya, Hamadán. Qumm, Qāšān, ar-Rayy, Warāmīn, Fargān y al-Karāy.

El emir Ṭugaytumūr se adueñó de una parte del Jurāsān.

El emir Ḥusayn, hijo del emir Giyāt ad-Dīn, se apoderó de Herāt [Afganistan] y

de la mayor parte del Jurāsān.

Malik Dīnār se hizo con las comarcas de Makrān y Kīy, [sureste del Irán].

M. Šāh b. Muẓaffar se adueñó de Yazd, Kirmān y Warqū [Centro-oriente de Irán].

El rey Quṭb ad-Dīn Tamahtan se alzó con Hurmuz, Kīš, al-Quṭayf, al-Babrayn y Qalhāt.

El sultán Abū Ishāq, del que ya hemos hablado, ejerció su dominio en Šīrāz, Iṣfahān y el reino de Fārs, lo que abarca un recorrido de cuarenta y cinco jornadas.

Y el sultán Afrāsiyāb Atābak, del que también hemos hablado anteriormente, se adueñó de Īḍāy y otras comarcas.

Pero retomemos ya el hilo del relato:

Salí de Bagdad con la almahala del sultán Abū Sa‘īd, con el fin de observar el orden dispuesto por el rey del Iraq en sus marchas y acampadas, así como el modo de desplazarse y viajar. Tienen los tártaros la costumbre de ponerse en marcha al despuntar el alba, para acampar un poco antes del mediodía; en cuanto al orden que siguen, es que cada uno de los emires llega con sus soldados, atabales y estandartes y se detiene en un lugar que ha sido fijado de antemano y del cual no pasa, ya sea en el ala derecha o en la izquierda. Cuando ya están todos, y con las líneas completas, el rey monta a caballo y suenan los atabales, albogues y añafiles que anuncian la partida; entonces, cada uno de los emires va a saludar al rey y vuelve a su puesto, y a continuación, se presentan ante el rey los chambelanes y capitanes. Les siguen músicos y cantores en número de cien, poco más o menos, todos ellos con hermosos vestidos y cabalgando en monturas que pertenecen al sultán; delante de estos cantores van diez jinetes con atabales colgados al cuello y otros cinco con dulzainas [šurnāyāt], que nosotros llamamos *gayṭāt*. Tocan estos atabales y dulzainas y luego se callan; entonces, diez de los cantores cantan a su vez y, al concluir, vuelven a sonar los atabales y las dulzainas, para callarse a continuación; otros diez cantores cantan otro rato, y siguen de este modo hasta que se consumen diez turnos. En ese momento, se acampa.

Durante la marcha, los principales emires, unos cincuenta, van a la diestra y a la siniestra del sultán; detrás van los alféreces, los atabaleros, los añafileros y los albogueros, y, a continuación, los mamelucos del sultán y los otros emires, según su rango. Cada emir lleva sus estandartes, atabales y albogues. El emir de la guardia [*amīr ŷandār*], con una gran cuadrilla, es el encargado de toda esta organización; el castigo del que se rezaga de su banda o tropel consiste en quitarle las botas, llenárselas de arena y colgárselas al cuello, haciéndole andar descalzo hasta el lugar de acampada. Una vez allí, le llevan ante el emir, le echan por tierra y le dan veinticinco latigazos en la espalda, tanto si es de alto rango como de baja estofa, pues en esto no se hacen excepciones con nadie.

Cuando se hace alto, acampan por separado, del siguiente modo: el sultán y sus mamelucos; las *jātūn*, cada cual por su parte, llevando cada una un imán, almuédanos

y almocríes, además de un zoco que se dispone para ellas; los visires, escribanos y empleados, y los emires, cada cual por su parte. Tras el rezo de la tarde, van todos a ofrecer sus servicios al sultán y vuelven otra vez, antorcha en mano, después de la última oración de la noche.

Al levantar el campamento, hacen sonar el gran atabal y luego el de la gran *jātūn*, la reina, y los atabales de las otras *jātūn*; de seguida, tocan el atabal del visir y los atabales de todos los emires a la vez. A continuación, el emir almocadén monta a caballo con su mesnada y le siguen las *jātūn*; vienen después el bagaje del sultán y sus acémilas y los bagajes de las *jātūn*, y luego, otro emir con una mesnada, para impedir que la gente se meta entre las *jātūn* y los bagajes; por último, siguen todos los demás.

Viajé con esta almahala durante diez días, y luego acompañé al emir ‘Alā’ ad-Dīn M., que era uno de los más ilustres y ancianos emires, a la población de Tabrīz. Llegamos a esta ciudad a los diez días de marcha y acampamos fuera de ella, en un sitio llamado aš-Šām, donde se halla la tumba de Qāzān, rey del Iraq; al lado hay una bella *madrassa* y una zagüía, donde romeros y caminantes encuentran una comida compuesta de pan, carne, arroz cocido con manteca y dulces. El emir se alojó en esta zagüía, que está en medio de ríos rebosantes y árboles frondosos. Al día siguiente entré en la ciudad por una puerta llamada Bāb Bagdād [Puerta de Bagdad] y llegamos a un gran zoco, conocido como zoco de Qāzān; es uno de los más hermosos zocos que he visto, donde cada oficio tiene su sitio aparte, sin mezclarse con los demás. Pasé por el zoco de los joyeros, y mis ojos quedaron maravillados de todas las clases de piedras preciosas que vi allí. Delante de los mercaderes había esclavos de bella figura y vestidos lujosos, con la cintura ceñida por pañuelos de seda, que ofrecían en la mano las joyas a las mujeres turcas. Éstas compraban muchas y se las disputaban de tal modo, que fui testigo de un gran tumulto: ¡Dios nos libre de algo semejante! Entramos también en el zoco del ámbar y el almizcle y vimos la misma barahúnda, o más todavía.

Llegamos luego a la mezquita aljama, construida por el visir ‘Alī’ Šāh, conocido también como Ŷīlān; fuera de ella, a la derecha del que mira a la alquibla, hay una *madrassa*, y una zagüía a la izquierda. Su patio tiene pavimento de mármol y los muros están cubiertos de azulejos *qāšānīes*, que son como de loza; un río pasa por él y hay parrales, jazmines y diversas clases de árboles. En este patio tienen la costumbre de leer todos los días, después del rezo de la tarde, la azora *Yā’*, *sīn*^[278], la de la Victoria y la azora ‘*Amma*^[279]. Toda la gente de la ciudad se reúne para esto.

Pernoctamos en Tabrīz, pero al día siguiente llegó una orden del sultán Abū Sa‘īd para que el emir ‘Alā’ ad-Dīn se reuniera con él; tuve que volver con el emir y no pude entrevistarme con ningún ulema en Tabrīz. Viajamos luego hasta llegar al campamento del sultán; el dicho emir le informó de que yo estaba allí y me llevó a su presencia. El sultán me preguntó por mi país y me regaló un vestido y una montura; el emir le hizo saber entonces que yo quería viajar al noble Ḥiḡāz, y el sultán ordenó

que me dieran otra montura con litera y viático para el camino: para ello, me envié con una carta al emir de Bagdad, Jawāyḥ Ma'rūf. Volví, pues, a la ciudad de Bagdad, donde recibí todo lo que el sultán mandó que se me diera. Pero como quedaban más de dos meses para la fecha de salida de la cáfila, me pareció que podría viajar a Mosul y a Diyār Bakr, para ver ese país y volver a Bagdad al tiempo de partir la caravana, a fin de dirigirme al noble Hiḡād.

Salí de Bagdad hacia una hospedería que hay junto al río Duḡayl, uno de los afluentes del Tigris que riega muchas aldeas; dos jornadas después paramos en un poblado llamado Ḥarba, espacioso y feraz. Marchamos luego e hicimos alto en un paraje junto al Tigris, cerca de un baluarte conocido por al-Ma'lūq («el amado»), construido en la misma orilla del río; junto al talud del Levante de esta fortaleza está la ciudad de *Surra man ra'a* [«Se regocija quien la ve»], también denominada Sāmarrā'^[280] o *Sām Rāb*, que en persa quiere decir «camino de Sām», pues *rāh* significa «camino»^[281]. La ruina se ha adueñado de esta ciudad, de modo que sólo queda muy poco de ella; tiene clima templado y es de una serena hermosura, a pesar de haberse borrado su trazado y de las pruebas que ha sufrido. Hay también, como en al-Ḥilla, un santuario del Señor del Tiempo.

Tras una nueva jornada, alcanzamos la ciudad de Takrīt, grande y espaciosa, con bonitos zocos y muchas mezquitas, y cuyos, habitantes se distinguen por sus buenas costumbres. Tiene un castillo fuerte en la ribera del Tigris, que discurre por la parte norte de la ciudad. Takrīt es de construcción antigua y está rodeada de murallas. Salimos de aquí y, luego de viajar durante dos días, llegamos a una aldea dicha al-'Aqr, a orillas del Tigris; en la parte alta hay una colina, donde hubo en tiempos una fortaleza, y en la parte baja se encuentra una caravanera llamada Jān al-Ḥadīd [*Caravanera del hierro*], muy grandiosa y con torres. De aquí a Mosul se suceden sin interrupción aldeas y tierras cultivadas. Nos pusimos otra vez en marcha y acampamos luego en un sitio llamado al-Qayyāra, cerca del Tigris. Hay allí una tierra negra, con fuentes que manan alquitrán. Construyen zafareches para acopiarlo; te parece como si fuera arcilla fresca en la superficie de la tierra, pero de color muy negro y brillante y con buen olor. Alrededor de estos manaderos hay una alberca negra, que tiene por encima como un verdín muy fino que rebosa por los lados y que se convierte también en alquitrán. Cerca de este lugar hay una gran fuente: cuando quieren sacar de ella alquitrán, le prenden fuego por encima; la llama absorbe toda la humedad y pueden luego cortar el alquitrán en trozos y transportarlo. Ya hemos hablado antes de una fuente como éstas, situada entre Kūfa y Basora. Hicimos dos jornadas desde estos manaderos y llegamos a Mosul.

La ciudad de Mosul

Es una ciudad antigua y de suelo fértil. Su fortaleza, que le dicen al-Ḥadbā' [*La*

Gibosa] es importante y famosa por su inexpugnabilidad: tiene una muralla de muy sólida construcción y erizada de torres. Al lado está la residencia del sultán; ambas construcciones están separadas de la población por un camino ancho que se alarga desde la parte alta de la ciudad a la parte baja. La misma.

Mosul está rodeada por dos sólidas murallas, con muchas torres, cercanas entre sí; dentro del muro, y a lo largo de todo su trazado, hay casas levantadas unas sobre otras; se las ha podido construir allí gracias a la anchura de sus murallas. No he visto nada semejante en otras ciudades, excepto en los muros de la ciudad de Delhi, capital del rey de la India.

Mosul tiene un gran arrabal con mezquitas, baños, alhóndigas y zocos, y una mezquita aljama a orillas del Tigris, llena de ventanas enrejadas; al lado hay unos bancos que dan al río, en extremo bellos y esmeradamente hechos. Delante de esta mezquita hay un hospicio. Dentro de la ciudad hay dos aljamas, una vieja y otra nueva; en el patio de esta última hay una cúpula que tiene en su interior un surtidor octogonal de mármol, alzado sobre una columna también de mármol: el agua sale con movimiento y fuerza, subiendo hasta la altura de una braza para caer luego, de modo que constituye un hermoso espectáculo. La alcaicería de Mosul es hermosa; tiene puertas de hierro y está llena de tiendas y casas muy bien construidas, unas encima de otras.

En esta ciudad se encuentra el santuario del profeta ʿĪrīs^[282]; su sepulcro está en el rincón de una mezquita, a la derecha del que entra; esta mezquita está entre la Aljama Nueva y Bāb al-ʿĀsr [*La Puerta del Puente*]. Gracias al Altísimo, conseguimos visitar esta tumba y rezar en la mezquita. También se halla aquí la colina de Jonás y, a una milla de distancia, poco más o menos, la fuente del mismo profeta. Se dice que éste mandó a su pueblo que se purificara en ella, que luego subieron a la colina y que, dirigidos por Jonás, invocaron todos el nombre de Dios, el cual les retiró el castigo. Cerca de esta colina hay una gran aldea, al lado de unas ruinas; dicen que éstas son el lugar donde estaba la ciudad de Jonás, llamada Nīnawā [Nínive]: se ven claramente los restos de las murallas que la rodeaban y se distinguen los huecos de las puertas. En lo alto de la colina hay una gran construcción y un convento con muchas celdas y capillas, así como lavatorios y piletas para las abluciones; todo ello cerrado por una sola puerta. En medio del convento hay un pequeño edificio con una cortina de seda y una puerta de taracea; aseguran que es el sitio donde se detuvo Jonás y que el mihrab de la mezquita del convento era su oratorio. La gente de Mosul va a rezar a este convento todos los jueves por la noche; son gente de buenas prendas y costumbres y de conversación suave, que aprecian a los forasteros y les acogen bien.

El emir de Mosul era, cuando yo llegué allí, el ilustre señor jerife ‘Alā’ ad-Dīn b. Šams ad-Dīn M., apodado Ḥaydar [*León*], hombre excelente y generoso; me hospedó en su casa y corrió con mis gastos todo el tiempo que estuve allí. Es conocido por su altruismo y por las limosnas que da, además de por su arrojo y dignidad. El sultán

Abū Sa‘īd le tenía en gran estima y le confió esta ciudad y su entorno. Monta mucho a caballo, acompañado por una gran escolta de mamelucos y soldados; los notables y principales de la ciudad van a saludarle mañana y tarde. Su hijo, en el momento que escribimos esto, se halla en la capital de Fez, lugar de reposo para los extranjeros, asilo para el que teme algo, sitio donde los recién llegados descargan los bastos: ¡que, por medio de la vida feliz de nuestro señor, el Príncipe de los Creyentes, Dios aumente su hermosura y esplendor y proteja sus dominios y comarcas!

Salimos luego de Mosul y paramos en una aldea llamada ‘Ayn ar-Rasad, al borde de un río sobre el que se ve un puente de fábrica; hay también una gran caravanera. De aquí llegamos a otra aldea que dicen al-Muwayliha y, siguiendo viaje, hicimos alto en Ŷazīrat Ibn ‘Umar, bella y gran ciudad rodeada por el Tigris: por eso se llama Ŷazīra [*Isla*]. Está casi toda en ruinas, aunque tiene un hermoso zoco y una vieja mezquita de piedra, de muy sólida construcción: las murallas de la ciudad son también de piedra. Sus habitantes son buena gente y aprecian a los forasteros. El mismo día en que llegamos, vimos el monte al-Ŷūdī, mencionado en el glorioso y excelso *Corán* como el sitio donde se asentó el Arca de Noé [*Corán*, XI, 46]. Es un monte alto y alargado. Hicimos luego dos jornadas y llegamos a la ciudad de Naṣībīn^[283], antigua y de tamaño mediano, casi toda ella en ruinas y en un llano ancho y espacioso, con mucha agua corriente, huertos frondosos, árboles en hileras y abundantes frutales. Hacen aquí un agua de rosas incomparable por lo buena y aromática. Está rodeada por un río que se curva sobre ella como un brazalete y que nace en unos manantiales de un monte cercano: luego se parte en varias ramas y se mete por los huertos. Uno de estos canales entra en la ciudad, discurriendo por las calles y casas, atraviesa el patio de la mezquita mayor y se vierte en dos zafareches, uno de los cuales está en este mismo patio y otro, junto a la Puerta Oriental [al-Bāb aṣ-Ṣarqī]. Tiene esta ciudad un hospicio y dos *madrasas* y la gente es devota, religiosa, sincera y digna de confianza. Con razón dijo Abū Nuwās [poeta bagdadí, siglos VIII-IX] [metro *basīf*]

*Naṣībīn fue antaño buena conmigo y yo le fui grato.
¡Ojalá fuera Naṣībīn mi amante en este mundo!*

Dice Ibn Ŷuzayy: «La gente describe a Naṣībīn como una ciudad insalubre y de agua mala; de ella ha dicho un poeta [metro *jafīf*]:

*Quedé maravillado de Naṣībīn, de cómo
invita a las enfermedades a su casa.
A su amparo, las rosas han perdido el color rojo
y adolecen de una languidez que se ve hasta en las mejillas».*

Partimos de aquí para la ciudad de Sinîâr, que es una gran ciudad con muchos árboles y frutales, ríos y fuentes que manan sin cesar. Edificada al pie de un monte, se asemeja a Damasco por la abundancia de ríos y huertos. Su mezquita aljama tiene fama de estar bendita y de que allí las plegarias son siempre atendidas; un río la ciñe y surca. Los habitantes de Sinîâr son kurdos, valientes y generosos. De entre los que encontré allí, destaca el virtuoso, devoto y ascético ‘Abdallāh al-Kurdī, uno de los más grandes jeques y hombre milagroso. Se dice que no rompe el ayuno hasta después de cuarenta días y, aun así, se desayuna sólo con media hogaza de cebada. Le encontré en un morabito, en lo alto del monte de Sinîâr; me bendijo y me dio como viático unos cuantos *dirhams*, que guardé conmigo hasta que me saquearon unos infieles hindúes. Fuimos luego a la ciudad de Dārā, que tiene un castillo muy enhiesto; es una población antigua, grande y de aspecto muy blanco, pero hoy día está deshabitada y en ruinas. A las afueras hay una aldea bastante poblada, y allí fue donde acampamos. Salimos de aquí y llegamos a Māridīn [Mardīn], importante ciudad situada al pie de un monte. Es una de las más bellas, admirables y sólidas ciudades del Islam y sus zocos son hermosísimos. Hacen aquí unos tejidos que llevan el mismo nombre de la ciudad, con la lana llamada *al-mar‘izz* [pelo de cabra]. Es famoso también su altivo castillo, emplazado en la cima de la montaña.

Comentario de Ibn Ŷuzayy: «A esta fortaleza de Māridīn se le llama aş-Šahbā’ [La Grisácea], y a ella hace alusión el poeta iraquí Šafī-d-Dīn ‘Abd al-‘Azīz b. Sarāyā al-Hillī en estos versos de un poema de tipo *simt*^[284] [metro *sarī*]:

*Despídete, pues, de las estancias de la espaciosa al-Hilla
y apártate de az-Zawrā’ [Bagdad o el Tigris] con tus camellos.
No te detengas en Mosul, la Gibosa,
pues la llama de la fortaleza Gris [aş-Šahbā’]
abrsa al demonio de las desgracias.*

A la fortaleza de Alepo también se llama aş-Šahbā’^[285]. El poeta compuso esta magnífica *musammaṭa* en honor del rey al-Manṣūr, sultán de Māridīn, hombre generoso y de afamada reputación, que ejerció su soberanía en la ciudad durante unos cincuenta años; alcanzó la época de Qāzān, rey de los tártaros, y emparentó con el sultán Juḍābandah, dándole como esposa a su hija Dunyā Jātūn»^[286].

Mención del que era sultán de Māridīn a mi llegada

Este era el rey aş-Šāliḥ, hijo de al-Manṣūr, a quien acabamos de mentar, el cual le dejara el reino en herencia. Es muy celebrada su largueza: no hay en todas las tierras del Iraq, Siria y Egipto, nadie más liberal que él. Los poetas y faquires a él acuden,

colmándoles de presentes, en lo que sigue la costumbre de su padre. Para dedicarle un panegírico se presentó ante él Abū ‘Abdallāh M. b. Yābir al-Andalusī al-Marwī al-Kafif. Aṣ-Ṣāliḥ le regaló veinte mil *dirhams*. Da limosnas y mantiene las *madradas* y zagüías, donde se ofrece sustento a los viajeros. Su visir es un hombre de gran rango, sin par en la época, único en su siglo: el sabio imán Ŷamāl ad-Dīn aṣ-Ṣinṡārī que estudió en la ciudad de Tabrīz, donde conoció a los principales ulemas. El cadí supremo es el íntegro imán Burhān ad-Dīn al-Mawsilī, que desciende del santo jeque Faṭḥ al-Mawṣilī; este cadí es hombre de mérito, religioso y temeroso de Dios: viste ásperos ropajes de lana, cuyo precio no llega a diez *dirhams* y el turbante que lleva es también del mismo género. Dicta casi siempre las sentencias fuera de la *madrada*, en el patio de la mezquita de al lado, donde suele rezar. Los que no le conocen piensan al verle que es uno de los criados o ayudantes del cadí.

Anécdota

Me contaron que una vez una mujer fue en busca de este cadí. Lo encontró fuera de la mezquita, pero, como no le conocía, preguntó: «Oye, viejo, ¿dónde está la audiencia del cadí?» Este respondió: «¿Qué le quieres?» «Pues que mi marido me ha pegado —contestó la mujer— y además tiene una segunda esposa y no me da el mismo trato en el reparto^[287]. Le cité ante el cadí, pero se ha negado a comparecer. Yo soy pobre y no tengo nada que dar a los adláteres del cadí para que le fuercen a presentarse ante el tribunal». Preguntó entonces el cadí: «¿Dónde está la casa de tu marido?». «En la aldea de los marineros, fuera de la ciudad», replicó la mujer. Y él: «Iré allí contigo». «¡Pero yo no tengo nada que darte, por Dios!», exclamó la mujer. A lo que añadió el cadí: «Tampoco yo te aceptaría nada. Vete a la aldea y espérame en las afueras, que yo seguiré tus pasos». Ella marchó, como le mandara y aguardó. Llegó el cadí sin compañía alguna —como era su hábito— y entraron ambos en casa del marido. Dijo éste al verle: «¿Quién es este desgraciado viejo que traes?». «Sí, soy lo que dices, por Dios —respondió el cadí— pero satisface a tu mujer». Mientras hablaban, llegaron unos que reconocieron al cadí y le saludaron. El hombre, entonces, se asustó y avergonzó, pero el juez le dijo: «No temas y reconcílate con tu mujer». El hombre satisfizo a su mujer por propia voluntad, y el cadí les dio para los gastos de ese día. Cuando encontré a este cadí, me alojé en su casa.

NUEVA PEREGRINACIÓN

Me puse en viaje para volver a Bagdad y llegué a la ciudad de Mosul, de la que ya hemos hablado. En las afueras, encontré la caravana que se dirigía a Bagdad; iba en ella una mujer piadosa y devota, llamada Siṭṭ Zāhida [*La Señora Asceta*], que descendía de los califas: había hecho varias veces la peregrinación a La Meca y ayunaba de continuo. La saludé y me acogí a su protección. Le acompañaba un grupo de faquires, que la servían; falleció en este viaje, en Zarūd, y la enterramos allí. ¡Que Dios se apiade de ella!

Llegamos luego a Bagdad y encontré a los peregrinos listos para partir; me dirigí entonces al emir de la ciudad, Ma'rūf Jawāyḥ, y le pedí lo que el sultán había mandado que se me diera. Me asignó la mitad de un palanquín y viático y agua para cuatro personas; escribió todo esto en una carta y me envió al emir de la cáfila, que era al-Bahlawān M. al-Ḥawīḥ, recomendándome a él. Este al-Bahlawān y yo nos conocíamos ya de antes, pero ahora nuestra amistad se hizo mucho más firme; no dejó de atenderme ni un solo momento y me trató muy bien, excediéndose incluso en lo que se le había mandado que hiciera. Al salir de Kūfa, me entró diarrea; desde entonces me bajaban de lo alto de la litera muchas veces al día, y el emir me visitaba para ver cómo estaba y encargaba que me cuidasen. Seguí enfermo hasta llegar a La Meca, santuario del Altísimo, cuya nobleza y excelsitud acrecienta Dios. Hice entonces las circunvoluciones rituales de entrada, en torno a la *Ka'ba*, pero estaba tan débil que tuve que cumplir sentado las oraciones prescritas; asimismo, di las vueltas y carreras rituales entre aṣ-Ṣafā y al-Marwa montado en un caballo del dicho emir al-Ḥawīḥ. Este año la parada de 'Arafa cayó en lunes y cuando bajamos la cuesta de Minā mi mal empezó a sosegar y desaparecer.

Una vez acabada la peregrinación, me establecí ese año en las instituciones pías de La Meca, donde vivía el emir 'Alā' ad-Dīn b. Hilāl, constructor de la cancellería; residía en la ciudad hasta que se construyera la casa de las abluciones, que estaban levantando fuera del zoco de los drogueros, junto a la Puerta de los Banū Ṣayba.

Para permanecer un tiempo en los Lugares Santos, llegó ese mismo año un grupo de egipcios importantes, entre los que se encontraban Tāy ad-Dīn b. al-Kuwayk; Nūr ad-Dīn al-Qāḍi [el cadí]; Zayn ad-Dīn b. al-Asīl; Ibn al-Jalīlī; y Nāṣir ad-Dīn al-Asyūṭī. Yo residí todo el año en la *madrassa* Muẓaffariyya y sanóme Dios de mi enfermedad. Llevaba una vida muy agradable, dedicándome por entero al servicio divino y a cumplir las circunvoluciones rituales y las ceremonias de la *'umra*. En el curso del año llegaron peregrinos del Alto Egipto [aṣ-Ṣa'īd], entre los que se hallaban el piadoso jeque Na'īm ad-Dīn al-Uṣṭūnī —que era la primera peregrinación que hacía— y los hermanos 'Alā' ad-Dīn 'Alī y Sirāy ad-Dīn al-Bālīsī, y algunos otros.

A mediados del mes de *Dū l-Qa'da*^[288] llegó el emir Sayf ad-Dīn Yalmalak, hombre ilustre. Le acompañaba un grupo de tangerinos, paisanos míos, entre los que

se contaban el alfaquí Abū ‘Abdallāh M., hijo del cadí Abū l-‘Abbās, hijo del también cadí y predicador Abū l-Qāsim al-Ŷurāwī; los alfaquíes Abū ‘Abdallāh b. ‘Atā’ Allāh, Abū M. ‘Abdallāh al-Ḥaḍarī y Abū ‘Abdallāh al-Mursī [*el Murciano*]; Abū l-Abbās, hijo del alfaquí Abū ‘Alī al-Balansī [*el Valenciano*]; Abū M. b. al-Qābila [*el hijo de la Comadróna*]; Abū l-Ḥasan al-Biyārī; Abū l-‘Abbās b. Tāfūt; Abū ṣ-Ṣabr Ayyūb al-Fajjār [*el Alfarero*]; y Aḥmad b. Ḥakkāma. También venían con él algunos de Qaṣr al-Maŷāz, como el alfaquí Abū ‘Zayd ‘Abd ar-Raḥmān, hijo del cadí Abū l-‘Abbās b. Julūf, y también de Alcazarquivir, como el alfaquí Abū M. b. Muslim y Abū Ishāq Ibrāhīm b. Yaḥyà y su hijo.

Ese mismo año, llegaron igualmente a La Meca el emir Sayf ad-Dīn Tuquz Dumūr, de la *Jāṣṣakiyya* [cuerpo de escolta del sultán de Egipto]; el emir Mūsà b. Qaramān; el cadí Fajr ad-Dīn, inspector del ejército y secretario de los mamelucos; at-Tāŷ Abū Ishāq; y aṣ-Ṣitt [la señora] Hadaq, ama del rey an-Nāṣir. Todos ellos dieron muchas limosnas para el Noble Santuario, sobre todo el cadí Fajr ad-Dīn. Este año, que era el 28 [728 H. = 1327-8 de J. C.], la parada de ‘Arafa cayó en viernes. Cuando acabaron las ceremonias de la peregrinación, seguí residiendo en La Meca el año 29 [729 H. = 1328-9 de J. C.].

Aḥmad —hijo del emir Rumayṭa— y Mubārak —hijo del emir ‘Uṭayfa— llegaron del Iraq ese mismo año, acompañados por el emir M. al-Ḥawīḥ y por los jeques Dāniyāl y Zādah al-Ḥarbāwī; trajeron gran cantidad de limosnas para la gente de La Meca y para los que estábamos allí acogidos a las instituciones pías, de parte del sultán Abū Sa‘īd, rey del Iraq, cuyo nombre fue mencionado ese año en el sermón del viernes, tras el del rey an-Nāṣir ; se rogó también por él desde lo alto de la cúpula de Zamzam, invocando a continuación el nombre de Nūr ad-Dīn, sultán del Yemen, rey campeón del Islam. No agradó esto al emir ‘Uṭayfa que envió a Manṣūr, su hermano uterino, para que informara al rey an-Nāṣir, pero Rumayṭa le hizo volver. Envióle entonces ‘Uṭayfa otra vez, por el camino de Ŷudda, de modo que al fin pudo enterar al rey an-Nāṣir del asunto.

Ese año 29, la parada de ‘Arafa cayó en martes. Al acabar las ceremonias de la Peregrinación, seguí residiendo en La Meca durante el año 30 [730 H. = 1329-30 de J. C.]. En las fiestas de la Peregrinación de este año estalló una guerra civil entre ‘Uṭayfa, emir de La Meca, y Āydumūr, emir de la Guardia de an-Nāṣir. La causa fue que robaron a unos mercaderes yemeníes y éstos confiaron sus sospechas a Āydumūr, el cual dijo entonces a Mubārak, hijo del emir ‘Uṭayfa: «Tráeme a esos ladrones». Mubārak contestó: «No los conozco, así pues, ¿cómo habríamos de cogerles? Además, los del Yemen están bajo nuestra jurisdicción, por lo que tú no tienes autoridad ninguna sobre ellos. Si roban algo a egipcios o sirios, reclámamelo entonces». Āydumūr le insultó, diciendo: «¡Alcahuate! ¿De este modo me hablas?». Y le golpeó en el pecho, haciéndole caer y tirando su turbante. Mubārak se encolerizó y sus esclavos salieron en su defensa. Āydumūr montó a caballo, requiriendo a sus tropas, pero Mubārak y los suyos le alcanzaron y dieron muerte junto con su hijo.

Estalló así la guerra civil en los Lugares Santos, estando allí el emir Aḥmad, primo hermano del rey an-Nāṣir. Los turcos atacaron con flechas y mataron a una mujer, de la que se decía había exhortado a los mequíes a combatir. Todos los turcos que había en la cáfila montaron a caballo: así como su emir, Jāss Turk. Salieron entonces los cadíes, imanes y los residentes de las instituciones pías, alzando sobre sus cabezas ejemplares del *Corán* para procurar la paz. Los peregrinos entraron en La Meca, recogieron sus cosas y marcharon para Egipto.

El rey an-Nāṣir afligióse cuando le llegaron estas noticias envió tropas a La Meca. El emir ‘Uṭayfa y su hijo Mubārak huyeron, mientras su hermano Rumayṭa y sus hijos salieron para Wādī Najla. Al entrar las tropas en La Meca, el emir Rumayṭa mandó a uno de sus hijos a pedir un amán para él y su prole, cosa que le fue concedida. Presentóse, pues, Rumayṭa con un sudario en la mano, en señal de paz, al emir de las tropas, quien devolvió su cargo, siéndole ademas entregada La Meca. Regresaron así las tropas a Egipto, pues el rey an-Nāṣir era benévolo e indulgente.

YEMEN Y ÁFRICA ORIENTAL

Por esta época salí de La Meca, dirigiéndome al país del Yemen. Llegué primero a Hadda, a medio camino entre La Meca y ʿUdda, y entré después en esta última ciudad, que es una población antigua, a orillas del Mar Rojo. Dicen que fue construida por los persas. En las afueras hay unas viejas cisternas y en la misma ciudad innumerables aljibes para recoger el agua, excavados en la piedra dura unos al lado de otros. Ese año la lluvia fue escasa y traían el agua a ʿUdda desde una jornada de distancia y los peregrinos la pedían a los dueños de las casas.

Anécdota

Una de las cosas extrañas que me ocurrieron en ʿUdda fue que se paró a mi puerta, para pedirme agua, un mendigo ciego guiado por un lazarillo: saludó, me llamó por mi nombre y me cogió la mano, aunque yo no le había visto nunca ni él me conocía tampoco; esto me dejó asombrado. Agarró luego mi dedo y preguntó: «¿Dónde tienes el anillo?». En efecto, al partir de La Meca me salió al encuentro un pobre que me pidió limosna, y, como no llevaba nada encima en ese momento, le di mi anillo. Cuando este ciego preguntó por él, respondí: «Se lo di a un pobre». Y él dijo entonces: «Vuelve en su busca, pues ese anillo tiene escritos unos nombres que encierran un gran secreto». Me dejó más maravillado, aún por lo que sabía de todo esto. ¡Sólo Dios conoce el sentido de estas cosas!

Hay en ʿUdda una aljama llamada del Ebano, que está bendita, pues en ella son siempre atendidas las plegarias. El emir de la ciudad era Abū Yaʿqūb b. ʿAbd ar-Razzāq; su cadí, el alfaquí ʿAbdallāh, oriundo de La Meca, pertenecía a la escuela chafeíta [*šāfiʿiyya*] y era además el predicador de la mezquita. El viernes, cuando la gente se reunía para rezar, el almuédano contaba a todos los de ʿUdda que se hallaban en la mezquita: si llegaban a cuarenta, el alfaquí ʿAbdallāh recitaba el sermón y rezaba con ellos la oración del viernes; pero si no alcanzaban esa cifra, sólo rezaba cuatro veces la oración del mediodía, sin considerar para nada a los fieles que no eran de ʿUdda, por grande que fuera su número^[289].

En ʿUdda nos hicimos a la mar en una especie de gabarra grande que llaman *ʿalba*, cuyo dueño era un tal Rašīd ad-Dīn al-Alfī al-Yamanī, de origen abisinio. El jerife Manṣūr b. Aba Numayy embarcó en otra *ʿalba* y me rogó que fuera con él, pero no lo hice porque había metido en ella sus camellos y yo tenía miedo del peso, pues nunca había viajado por mar. Cuando llegamos a las gabarras, ya había allí un grupo de yemeníes que habían colocado en ellas sus avíos y provisiones y estaban dispuestos a partir.

Anécdota

Al punto de embarcar, el jerife Manṣūr mandó a uno de sus criados que cogiera de las gabarras de los yemeníes un cuero de manteca y un costal de harina, es decir, media carga de acémila; el criado lo cogió y llevó al jerife. Se llegaron entonces los mercaderes a mí, llorando, y explicaron que dentro de ese costal había diez mil dirhams de plata, y me rogaron que hablara con el jerife para que lo devolviera y cogiera otro en su lugar. Fui, pues, a hablarle y conté que dentro del costal había algo que pertenecía a los mercaderes, a lo que respondió: «Si es vino, no se lo devolveré; pero si es otra cosa, sí». Abrieron el costal y encontraron los *dírham*s, que les fueron devueltos. Manṣūr me dijo: «De ser ‘Aÿlān, no se los hubiera devuelto». ‘Aÿlān es el hijo de su hermano Rumayṭa, el cual había entrado por esos días en casa de un mercader de Damasco que se dirigía al Yemen y se había ido con la mayor parte de lo que había en ella. ‘Aÿlān es ahora el emir de La Meca; ha corregido su conducta y dado muestras de virtud y equidad.

Viajamos con buen tiempo por este mar durante dos días, pero después cambió el viento y nos apartó del camino que seguíamos; las olas del mar entraron en el barco, entre nosotros, así que estuvimos muy mareados y aterrados hasta que arribamos a un puerto llamado Ra’s Dawā’ir [*Cabo de los Remolinos*], entre ‘Ayḏāb y Sawākin^[290]. Bajamos a tierra y encontramos en la costa una choza de cañas con aspecto de mezquita; dentro había muchas cáscaras de huevo de avestruz, repletas de agua: bebimos en ellas y guisamos algunas cosas. En este puerto, que es como el estero de un río donde se mete la mar, vi algo extraordinario: la gente coge sus vestidos, los agarra por las puntas y los saca del agua llenos de pescado; son peces como de un codo de largo, que llaman *būrī* [mújol]; la mayor parte los cuecen, aunque también los asan. Se acercó a nosotros una taifa de Buÿāt, habitantes de esta tierra. Son de color negro, visten túnicas amarillas y se ciñen la cabeza con cintas rojas de un dedo de ancho. Son fuertes y valientes, y como armas usan lanzas y espadas; tienen camellos, que ellos llaman alazanes y que ensillan para montar en ellos. Alquilamos uno de estos camellos y anduvimos por una estepa llena de gacelas. Los Buÿāt no las comen, de modo que están acostumbradas al hombre y no huyen de él. Al cabo de dos jornadas llegamos al aduar de unos árabes llamados Awlād Kāhil [Hijos de Kāhil], que están mezclados con los Buÿāt y conocen su lengua. Ese mismo día llegamos a la isla de Sawākin.

Esta isla está a unas seis millas de la tierra firme y no tiene agua, ni sembrados ni árboles; traen el agua en barcas, pero también hay zafareches para recoger la lluvia. Es una isla grande, donde puede encontrarse carne de avestruz, de gacela y de onagro. Tienen muchas cabras, así como manteca y productos de la leche, de los cuales llevan una parte a La Meca; el cereal que cultivan es el *ÿurÿūr*, una especie de mijo de grano gordo, que también llevan a La Meca.

Mención del sultán de Sawākin

Cuando yo llegué a esta isla, su sultán era el jerife Zayd b. Abū Numayy; su padre había sido emir de La Meca y, después de él, sus dos hermanos, ‘Uṭayfa y Rumayṭa, de los que ya hemos hablado antes. Gobierna la isla en nombre de los Buṣyāt, que son parientes suyos por parte de madre. Tiene una tropa compuesta de Buṣyāt, de Awlād Kāhil y de árabes Ŷuhayna.

Desde esta isla de Sawākin nos hicimos a la mar, pues queríamos dirigirnos a las tierras del Yemen. Por este mar no se viaja de noche, a causa de los muchos arrecifes que hay: sólo se navega entre la salida y la puesta del sol; al crepúsculo se echa el ancla y se baja a tierra para subir a bordo otra vez con el alba. Al arráez del barco llaman aquí *rubbān* [capitán], y está siempre en la proa para avisar al timonel cuando hay arrecifes, que ellos llaman *nabāt* [plantas]. A los seis días de haber salido de la isla de Sawākin, llegamos a la ciudad de Halī.

A esta ciudad de Halī se conoce también por el nombre de Ibn Ya‘qūb, uno de los sultanes del Yemen que residió antiguamente en ella. Es grande y de hermosos edificios; está habitada por dos taifas de árabes, los Banū Ḥarām y los Banū Kināna. Tiene una bellísima aljama, con una comunidad de faquires dedicados al culto divino, entre los que se encuentra el virtuoso jeque Qabūla al-Hindī, gran devoto y asceta, uno de los hombres más piadosos que he conocido. Viste de harapos y lleva una caperuza de fieltro; tiene una celda contigua a la mezquita, con el suelo de arena, sin esteras ni alfombras. Cuando le visité, no vi allí más que un aguamanil para las abluciones, un mantel de hojas de palma con unos mendrugos de pan de cebada encima y una bandejilla con sal y tomillo. Si alguien va a verle, él ofrece esto, al tiempo que se lo hace saber a los otros faquires, cada uno de los cuales se presenta con lo que tiene, sin fingimiento alguno. Después del rezo de la tarde, se reúnen todos con el jeque para orar juntos, hasta la oración vespertina; cuando han acabado ésta, cada uno queda en su sitio para cumplir las plegarias supererogatorias y así siguen hasta la última oración de la noche; finalizada ésta, continúan invocando el nombre de Dios con jaculatorias, hasta que termina el primer tercio de la noche. A continuación se retiran y vuelven a la mezquita en las postrimerías de la noche, permaneciendo en vela hasta el alba; entonces vuelven a orar juntos, hasta que llega el momento del rezo del amanecer, realizado el cual se marchan, aunque hay algunos que se quedan en la mezquita hasta que rezan la oración de media mañana. Acostumbran a hacer esto siempre: yo hubiera querido quedar con ellos el resto de mis días, pero no fui asistido por Dios en este propósito. ¡Quisiera el Altísimo concederme a cambio su favor y su gracia!

Mención del sultán de Halī

Este es ‘Āmir b. Duwayb, de los Banū Kinána, hombre de gran mérito, erudito y poeta; yo le había acompañado de La Meca a ʿUdda, pues él había hecho la peregrinación este año treinta [730 H. = 1329-1330 d. J. C.]. Cuando llegué a su ciudad, me honró y alojó en su casa, de modo que fui su huésped durante varios días; luego me hice a la mar en una barca de su propiedad y llegué al poblado de aṣ-Ṣarʿa.

Aṣ-Ṣarʿa es una pequeña población, habitada por un grupo de Awlād al-Hibā, que son una taifa de mercaderes yemeníes, la mayor parte de los cuales residen en Ṣaiʿdā; son buenos y gene-rosos, dan de comer a los caminantes y socorren a los peregrinos, les embarcan en sus navíos y les abastecen de su propio bolsillo: son conocidos y renombrados por esto. ¡Que multiplique Dios sus bienes, les conceda mayores beneficios y les ayude a hacer el bien! Nadie les iguala a este respecto en el país, a no ser el jeque Badr ad-Dīn an-Naqqās, que habita en el poblado de al-Qaḥma y cuyo altruismo y buenas acciones son muy semejantes. Nos quedamos una sola noche en aṣ-Ṣarʿa, disfrutando de la hospitalidad de esta gente, y partimos luego hacia Marsā l-Ḥādīt, donde no bajamos del barco; de aquí nos dirigimos a Marsā l-Abwāb [*Rada de las Puertas*] y, después, a la ciudad de Zabīd.

Zabīd es una importante ciudad del Yemen, a cuarenta parasangas de Ṣanʿāʿ; después de ésta, Zabīd es la mayor del país y la de gente más rica. Tiene amplios huertos, agua abundante y muchas frutas, entre las que destacan los plátanos. No es ciudad costera, sino interior, y una de las capitales del Yemen. Ciudad grande y de muchos edificios, bien surtida de agua, huertos y palmerales: es la más hermosa y bonita urbe del Yemen. Los habitantes son de natural afable, buenas costumbres y bella figura; sus mujeres son tan hermosas que hacen despertar los sentidos del que pasa a su lado. Está situada en el valle de al-Ḥuṣayb y, a propósito de lo anterior, se cuenta, según algunas tradiciones, que el Profeta le hizo a Muʿāḍ b. Yabal la siguiente recomendación: «Muʿāḍ, si vas a Wādī-l- Ḥuṣayb, pasa de prisa por allí».

Son célebres los «sábados de la palmera» [*subūt an-najl*] que celebra esta gente: todos los sábados, desde que empiezan a pintar los dátiles hasta que maduran, van a los palmerales, y no queda nadie en la ciudad, ya sea natural del lugar o forastero. Salen los músicos y cantores, y la gente de los zocos va allí a vender frutas y dulces. Las mujeres van también, montadas en camellos con literas. Aparte de lo que ya hemos dicho de su belleza, son generosas y tienen buenas cualidades; el hecho de ser forastero es un mérito para ellas, de modo que no se niegan a casarse con los que lo son, como ocurre con las mujeres de nuestro país. Cuando alguno de éstos que se han casado con ellas quiere salir de viaje, salen a despedirle, y si han tenido algún hijo, lo cuidan y le procuran lo necesario hasta la vuelta del padre. Además, no piden ni vestidos, ni pensión diaria ni cosa alguna, mientras está ausente, y si quedan allí con ellas, se contentan con poco para los gastos de comida y ropa. Sin embargo, estas mujeres no dejan nunca su país: aunque a cualquiera de ellas se le ofreciera algo, fuera lo que fuese, para que saliera del país, no lo haría jamás.

Los ulemas y alfaquíes de esta comarca son píos, religiosos, fieles, generosos y de buen natural. En esta ciudad de Zabīd me encontré con el sabio y virtuoso jeque Abū M. aṣ-Ṣan‘ānī; con el alfaquí Abū l-‘Abbās al-Abyānī, acreditado sufí; y con el alfaquí tradicionista Abū az-Zubaydī. Me acogí a su protección y ellos me honraron, hospedaron y dieron entrada a sus jardines. En casa de uno de ellos conocí al sabio cadí y alfaquí Abū Zayd ‘Abd ar-Raḥmān aṣ-Ṣūfī, uno de los mejores hombres del Yemen. Estando con él, se habló del devoto asceta Aḥmad b. al-Yamanī, hombre humilde, a pesar de ser un gran personaje y autor de milagros.

Relato milagroso

Se cuenta que los ancianos y alfaquíes de los *zaydīes* ^[291] fueron una vez a visitar al jeque Aḥmad b. al-‘Uḡayl, que les esperó sentado fuera de la zagüía; sus compañeros se adelantaron a recibirles, pero él no se movió del sitio. Los *zaydīes* le saludaron y él estrechó su mano y dio la bienvenida. Entablaron de seguida una discusión sobre el problema de la predestinación [*qadar*]: ellos afirmaban que ésta no existía y que el hombre responsable daba forma a sus propios actos. El jeque dijo en ese punto: «Si la cosa es como decís, levantáos, pues, de vuestros asientos». Lo intentaron, pero sin éxito. El jeque los dejó así y entró en la zagüía. Quedaron de esta guisa, mientras la calor aumentaba y les pegaba la flama del sol. A eso empezaron a alborotar por lo que les sucedía. Los compañeros del jeque entraron en la zagüía diciendo: «Esta gente ya se ha arrepentido ante Dios y han renunciado a su falsa doctrina». El jeque salió, cogió sus manos y les hizo prometer que volverían a la verdad, abandonando su perversa teoría. Luego les hizo entrar y hospedó en la zagüía durante tres días, al cabo de los cuales regresaron a su país.

Fui a visitar la tumba de este santo varón, que está en una aldea que dicen Gassāna, a las afueras de Zabīd. Encontré allí a su hijo, el piadoso Abū-l-Walīd Ismā‘il, que me hospedó esa misma noche. Visité el sepulcro del jeque y quedé tres días con su hijo, al que acompañé luego a ver al alfaquí Abū-l-Ḥasan az-Zayla‘ī, uno de los hombres más virtuosos de allí, que guía a los yemeníes cuando van en peregrinación a La Meca. La gente de estas comarcas y los beduinos le veneran y estiman mucho. Llegamos a Ŷubla, un pequeño y hermoso poblado, con ríos, palmeras y árboles frutales; cuando el alfaquí Abū-l-Ḥasan az-Zayla‘ī se enteró de que había llegado el jeque Abū-l-Walīd, salió a recibirle y le alojó en su zagüía. Yo le saludé y disfrutamos allí de una buena estancia de tres días. Cuando nos fuimos, mandó a uno de los faquires con nosotros, y nos dirigimos a la ciudad de Ta‘izz, capital del rey del Yemen. Es una de las ciudades más bellas y grandes del país; sus habitantes son orgullosos, arrogantes y groseros, como ocurre en la mayoría de las poblaciones donde residen los reyes. Tiene tres barrios: el primero, cuyo nombre no

recuerdo, está habitado por el sultán, los señores de su estado, su corte y sus mamelucos; el segundo, que se llama ‘Udayna, ocupado por los emires y las tropas, y en el tercero, donde está el gran zoco, vive la gente del pueblo, y se llama, al-Mahālib.

Mención del sultán del Yemen

Este es el sultán campeón del Islam, Nūr ad-Dīn ‘Alī, hijo del sultán favorecido por Dios, Hizbar ad-Dīn Dāwūd, hijo a su vez del victorioso sultán Yūsuf b. ‘Alī b. Rasūl. Su abuelo se hizo famoso con este nombre de Rasūl [Enviado], pues uno de los califas abbasíes le envió como emir al Yemen, que luego sus hijos convirtieron en reino independiente. Este sultán Nūr ad-Dīn observa un orden asombroso, tanto para sentarse como para montar a caballo. Cuando llegué a esta ciudad con el faquir que había mandado en mi compañía el anciano alfaquí Abū-l-Ḥasan az-Zayla‘ī, fuimos juntos a ver al cadí supremo e imán tradicionalista Ṣafī- d-Dīn aṭ-Ṭabarī al-Makkī; le saludamos, nos dio la bienvenida y estuvimos hospedados tres días en su casa.

Al cuarto día, que era jueves, día en que el sultán concede audiencia a todo el mundo, el cadí me introdujo ante él y pude saludarle. El saludo consiste en que la persona en cuestión debe tocar el suelo con el dedo índice y alzarlo luego hacia la cabeza, diciendo: «Que Dios conserve tu poder». Yo hice como el cadí. Este sentóse a la derecha del rey, que me mandó sentar delante de él; se puso entonces a preguntar por mi país, por nuestro señor, el Emir de los Musulmanes, el muy generoso Abū Sa‘īd, y por los reyes de Egipto, Iraq y Lūr; yo contesté a todas las preguntas que hizo sobre estas cosas. Su visir estaba allí y le ordenó que me honrara y alojara.

El orden que guarda este rey cuando concede audiencia es el siguiente: se sienta en un estrado tapizado y adornado con telas de seda, flanqueado por los hombres de armas; los que estan más cerca de él llevan las espadas y adargas, a los que siguen los arqueros. Delante de éstos, y también a derecha e izquierda, están el canciller, el chambelán y los grandes señores del Estado; a la cabeza de todos ellos están el emir de la guardia [*amīr ŷandār*] y sus hombres, los *šāwūš*, que se mantienen de pie a una cierta distancia. Cuando el sultán se sienta, gritan todos a la vez: ... «¡En el nombre de Dios!». Y hacen lo mismo cuando se levanta, de modo que todos los que están en la sala del consejo se enteran del momento en que el rey se sienta y se pone en pie. Sentado ya el sultán, los que tienen costumbre de venir a saludarle entran y le saludan, permaneciendo luego de pie en el sitio que les ha sido asignado, bien a la derecha o a la izquierda. Nadie se adelanta de su lugar ni se sienta, si no se le ordena que lo haga. El sultán dice al emir de la guardia: «Manda a Fulano que se siente». El que ha recibido la orden, avanza entonces un poco y se sienta en una alfombrilla, de las que hay por allí, delante de los que están de pie, y también a su diestra y siniestra.

A continuación traen la comida, compuesta de dos clases de platos, normales y

especiales; éstos son para el sultán, el cadí supremo, los principales jerifes y alfaquíes y los huéspedes, mientras que los platos comunes son para los demás jerifes, alfaquíes, cadíes, jeques, emires y notables del ejército. El lugar en que cada hombre tiene que sentarse a la mesa ha sido fijado de antemano, y nadie se adelanta ni atosiga al que tiene al lado. Esta organización es la misma que observa el rey de la India en sus comidas. Yo no sé si los sultanes de la India lo han tomado de los del Yemen, o ha ocurrido al revés. Me quedé disfrutando varios días de la hospitalidad del sultán del Yemen, que me favoreció y dio una montura. Salí luego de viaje para la ciudad de Şan‘ā’.

Şan‘ā’ es la primera capital del Yemen, ciudad grande y de bellos edificios contruidos con ladrillo y yeso. Es de clima templado y tiene buen agua y muchos árboles, frutas y sembrados. Me extrañó que aquí, en el Yemen, como en la India y en Abisinia, no llueva más que en la época de los calores del verano y, casi siempre, después del mediodía. Por eso, cuando se acerca esta hora, los que van de viaje se apresuran para que no les alcance la lluvia, y la gente de la ciudad se retira a sus casas, pues aquí la lluvia cae de golpe, en aguacero. La ciudad de Şan‘ā’ está completamente adoquinada, de modo que cuando llueve se lavan y limpian todas sus callejas. Su mezquita aljama es de las más hermosas y en ella se encuentra la tumba de uno de los profetas.

De aquí salí para la ciudad de ‘Adan [Adén], el puerto del país del Yemen, en la ribera del Gran Océano [*al-baħr al-a‘ẓam*]. Está rodeada de montañas, no pudiendo entrarse en ella más que por un lado. Es una gran ciudad, pero sin sembrados, ni árboles ni agua, aunque hay zafareches para recoger la que cae en la época de las lluvias. Como el agua hay que ir a cogerla lejos, muchas veces los beduinos lo impiden colocándose entre los pozos y los de la ciudad, hasta que se arreglan con ellos mediante dinero y ropas. La calor es fuerte en Aden, que es el puerto donde atracan los de la India; a él llegan grandes barcos desde Kinbāyat [Cambay], Tāna [Thana], Kawlam [Quilon], Qāliqūṭ [Calicut], Fandarāyna [Panderani], aš-Šāliyāt [Beypore], Manẓarūr [Mangalore], Fākanūr [Baccanore], Hinawr [Honavar], Sandābūr [Goa], y otros sitios.

En esta ciudad viven comerciantes de la India y también de Egipto; sus habitantes se dividen en mercaderes, por una parte, y faquines y pescadores, por otra. Algunos de estos mercaderes tienen grandes riquezas, hasta el punto de que es frecuente que uno solo de ellos sea propietario de un gran barco con toda su carga, sin asociarse con ningún otro; por esta razón son jactanciosos y fatuos.

Anécdota

Me contaron que cierto comerciante mandó a uno de sus esclavos a comprar un carnero, y que otro mercader envió también a otro esclavo con el mismo propósito.

Pero ocurrió que ese día no había en el zoco más que un solo carnero; los dos esclavos pujaron por él, hasta que su precio se puso en cuatrocientos dinares. Uno de ellos lo compró entonces diciéndose: «Mi capital es de cuatrocientos dinares; si mi amo me los paga, tanto mejor; si tengo que pagarlo yo, al menos habré ganado, arrebatándoselo a mi compañero». Se fue a casa con el carnero, y al enterarse su amo del suceso, le manumitió y regaló mil dinares. El otro volvió fracasado a casa de su amo, y éste le castigó, le quitó todo su dinero y le despidió.

En Aden me alojé en casa de un mercader llamado Nāṣir ad-Dīn al-Fa'rī; todas las noches iban a cenar allí unos veinte comerciantes y el número de sus esclavos y criados era mayor aún. A pesar de esto, son gente religiosa, modesta, virtuosa y de natural generoso; favorecen a los forasteros, son desprendidos con los pobres y dan a Dios la limosna que le deben [*az-zakāt*]. Conocí en esta ciudad a su cadí, el piadoso Sālim b. 'Abdallāh cuyo padre había sido un faquín esclavo. Este Sālim se dedicó al estudio de la ciencia, en la que destacó por su autoridad, siendo uno de los mejores y más ilustres cadíes. Fui su huésped durante varios días.

En saliendo de Aden, viajé cuatro días por mar y llegué a Zayla' [áct., al norte de Somalia], ciudad de los Barbara, una taifa de negros que siguen la escuela chafeíta; su país es un desierto que tiene la extensión de dos meses de marcha, empezando en Zayla' y acabando en Maqdašaw [Mogadiscio o Mogadiso]. Tienen rebaños de camellos y ovejas, famosas éstas por sus mantecas; la gente de Zayla' es de color negro y la mayor parte son *rāfiḏīes*. Es una vasta ciudad, con un gran zoco, pero es la población más sucia, triste y maloliente del mundo. El hedor se debe a la gran cantidad de pescado que hay y a la sangre de los camellos que degüellan en los callejones. Precisamente por esta suciedad, al llegar allí preferimos pasar la noche en el mar, a pesar del temor que le teníamos, en vez de pernoctar en la ciudad.

Nos hicimos luego a la mar y, tras quince días de navegación, llegamos a Mogadiscio, ciudad extremadamente grande. La gente de allí tiene una gran cantidad de camellos, que degüellan por cientos todos los días; tienen también muchas ovejas y son poderosos comerciantes. En esta ciudad de Mogadiscio hacen los tejidos que llevan su nombre y que son incomparables: exportan la mayor parte al país de Egipto y a otros sitios. Los mogadiscíes tienen la costumbre de ir a recibir en barquichuelas llamadas *ṣunbūq* a todo barco que llega al puerto; en cada *ṣunbūq* va un grupo de jóvenes, cada uno de los cuales lleva en la mano un plato cubierto que contiene comida. Uno cualquiera se lo ofrece a alguno de los mercaderes del barco diciendo: «Este es mi huésped», y así hacen todos ellos. Ningún comerciante baja del barco, si no es para ir a casa del huésped que le haya correspondido entre estos jóvenes, a no ser que haya frecuentado mucho la ciudad y resulte que conoce a gente de allí; entonces puede alojarse donde quiera. Cuando el mercader recién llegado se ha acomodado en casa de su huésped, éste se encarga de venderle lo que ha traído y de comprarle lo que necesite. Si alguno compra cualquier cosa al mercader por un precio más bajo que el normal o le vende algo sin estar delante su huésped, este comercio es

repudiado por los mogadiscíes: éstos encuentran provechoso el comportarse así. Cuando los jóvenes llegaron al barco donde yo estaba, se llegó a mí uno de ellos y mis compañeros le dijeron entonces: «Este no es mercader, sino alfaquí». El joven llamó a sus amigos y les dijo: «Este ha de ser huésped del cadí». Entre ellos había un íntimo del cadí y fue a comunicárselo. Vino entonces éste con un grupo de alumnos y me envió a uno de ellos. Yo bajé del barco con mis compañeros y saludé al cadí y a sus amigos. Me dijo: «Vamos, por Dios, a saludar al jeque». Yo le pregunté que quién era el jeque y me respondió: «El sultán», pues aquí tienen la costumbre de llamar jeque al sultán. Yo les dije entonces: «Cuando me haya alojado, iré a visitarle». Contestó que tenían costumbre, cuando llegaba algún alfaquí, hombre piadoso o jerife, de no hospedarle sin haber visto antes al sultán. Fuí, pues, con ellos a verle, tal y como me lo pedían.

Mención del sultán de Mogadiscio

Al sultán de Mogadiscio, como ya hemos dicho, le dicen jeque. Es hijo del jeque ‘Umar, procede de los Barbaras y su nombre es Abū Bakr; habla el idioma *maqdašī* [swahílí?], aunque conoce también la lengua árabe.

Existe la costumbre, cuando llega un barco, de que el *ṣunbūq* del sultán salga a recibirle para preguntar de dónde viene, quién es su dueño y su *rubbān*, es decir, su arráez; qué cargamento trae y quiénes son los mercaderes y otras gentes que vienen en él. Una vez sabido esto, se lo comunican al sultán, que hospeda entonces en su casa a quien considera digno de ella.

Cuando llegué a la casa del sultán con el dicho cadí, que se llamaba Ibn al-Burhān y era de origen egipcio, salió un eunuco y le saludó. Díjole el cadí: «Entrega esto al alamín y haz saber a nuestro señor el jeque que este hombre ha llegado de las tierras del Ḥiṣyāz». El esclavo fue a cumplir el encargo y volvió trayendo un plato con hojas de betel y frutos de areca [*fawfal*]; me dio diez hojas con un poco de *fawfal*, haciendo lo mismo con el cadí, mientras repartía entre mis compañeros y los alumnos del cadí lo que quedaba en el plato. Trajo también un frasco con agua de rosas damascenas y lo vertió sobre mí y sobre el cadí, diciendo: «Nuestro señor ha ordenado que se le aloje en la casa de los alumnos». Esta es una casa dispuesta para hospedarles como pupilos. El cadí me cogió de la mano y me llevó a esta casa, cercana a la del jeque y alfombrada y arreglada con todo lo necesario. Después, el mismo esclavo trajo la comida de la casa del jeque; vino con él uno de los visires, encargado de los huéspedes, que nos dijo: «Nuestro señor os saluda y os da la bienvenida». Nos sirvieron, pues, la comida y comimos. La comida de esta gente consiste en arroz cocido con manteca, que ponen en un gran lebrillo de madera, colocando encima pequeñas fuentes de *kūšān*, un condumio de pollo, carne, pescado y legumbres. Sirven también en una fuente plátanos aún verdes cocidos en leche fresca, y en otro

lebrillo ponen leche cuajada, en la que echan limones en conserva, racimos de pimientos salados y encurtidos, jengibre verde y mangos [*‘anbā*]. Los mangos son como manzanas, pero con hueso; cuando están maduros, son muy dulces y se comen como fruta, pero antes de madurar son agrios como los limones y los encurten. Estas gentes cada vez que tragan un bocado de arroz, comen a continuación estos agrios y encurtidos, y un solo mogadiscí come tanto como varios de nosotros, pues ésta es su costumbre, de modo que son corpulentos y gordos en extremo.

Una vez que hubimos comido, el cadí se retiró; nos quedamos allí tres días y nos traían la comida tres veces diarias, según acostumbran. Al cuarto día, que era viernes, vinieron el cadí, los estudiantes y uno de los visires del jeque y me trajeron un vestido [*kiswa*]. Su vestimenta consiste en un mandil de papelina que los hombres se atan a la cintura en lugar de los zaragüelles, que no conocen aquí; una almilla de lino egipcio bordada; un mantelete [*faryiyya*] de *qudsī* [tejido jerosolimitano] forrado y un turbante de tela egipcia, también bordado. Del mismo modo, a mis compañeros les trajeron vestidos ajustados a su medida.

Fuimos a la aljama y nos pusimos a rezar detrás de la macsura. Cuando el jeque salió por la puerta de ésta, fui a saludarle con el cadí. Nos devolvió el saludo y se puso a hablar en su lengua con el cadí, diciéndome luego en árabe: «Bienvenido seas; has honrado nuestro país y nos has solazado con tu presencia». Salió al patio de la mezquita y se paró ante la tumba de su padre que está enterrado allí, para orar y recitar un fragmento del *Corán*. Llegaron a continuación los visires, emires y capitanes de las tropas y le saludaron, siguiendo en este saludo la misma costumbre de la gente del Yemen, es decir, que tocan el suelo con el dedo índice y se lo ponen luego en la cabeza, diciendo: «Que Dios conserve tu poder». Salió luego el jeque por la puerta de la mezquita calzado con sus sandalias y nos mandó al cadí y a mí que nos calzáramos también. Nos dirigimos andando a su morada, cerca de la mezquita, mientras los demás iban descalzos. Sobre la cabeza del jeque llevaban abiertos cuatro quitasoles de seda de color, rematados todos ellos por la estatuilla de un pájaro de oro; iba vestido ese día con un mantelete de *qudsī* verde, bajo el que llevaba bellas y recamadas ropas egipcias ceñidas por un mandil de seda, y traía puesto un gran turbante. Delante de él iban tocando atabales, albogues y añafles y los emires del ejército le escoltaban por delante y por detrás. El cadí, los alfaquíes y jerifes le acompañaban, y de esta guisa entró en la sala del consejo. Una vez allí, los visires, emires y capitanes de las tropas se sentaron en un banco mientras al cadí le tendían una alfombra para que se sentara él solo, aunque estaba acompañado por los alfaquíes y jerifes. Así estuvieron hasta la oración de la tarde y, después de haber rezado ésta con el jeque, llegaron los soldados y se colocaron en hileras, según su rango; volvieron a tocar entonces los atabales, añafles, albogues y dulzainas. Mientras estaban sonando, nadie se movía ni se apartaba de su sitio: los que iban andando se paraban, sin moverse para atrás ni para adelante; cuando dejaron de tocar, todos saludaron al jeque con el dedo, tal y como ya hemos dicho, y se retiraron. Suelen

hacer esto todos los viernes.

Los sábados, por el contrario, la gente va a la puerta del jeque y se sienta en bancos, fuera de la casa. El cadí, los alfaquíes, los jerifes, los hombres piadosos, los ancianos y los peregrinos entran en la segunda sala y se sientan en bancas dispuestas al efecto: cada categoría tiene su banca propia, en la que sólo se sientan los que pertenecen a ella. El cadí se sienta solo en una banca. A continuación, el jeque toma asiento en el salón del consejo y manda a buscar al cadí, que se sienta a su izquierda; luego entran los alfaquíes, sentándose los principales delante del jeque, mientras los demás saludan y se van. Entran entonces los jerifes, que hacen lo mismo que los alfaquíes, aunque si son huéspedes del jeque, reposan a su derecha, haciendo igual los ancianos y peregrinos, que entran a continuación. Luego van entrando por grupos, primero los visires, después los emires y, por último, los capitanes de las tropas; todos ellos saludan y se retiran. De seguida traen el almuerzo y el cadí, los jerifes y todos los que están sentados en el salón del consejo, comen con el jeque; si éste quiere honrar a alguno de sus principales emires, manda en su busca para que coma también con él. Todos los demás almuerzan en el comedor, siguiendo para ello el mismo orden que han observado para entrar a saludar al jeque.

Este se retira luego a sus habitaciones, mientras el cadí, los visires, el canciller y cuatro de los principales emires se quedan para fallar los juicios y demandas; todo lo relacionado con los preceptos de la ley coránica lo juzga el cadí, y en las demás causas dictan sentencia los miembros del Consejo, es decir, los visires y emires. Si en algún asunto es preciso consultar al sultán, se lo mandan por escrito y él les remite la respuesta al poco tiempo, al dorso del mismo billete, con lo que haya juzgado según su parecer. Esta es la costumbre que siguen siempre.

Me hice a la mar en Mogadiscio, dirigiéndome al país de Sawāḥil y a la ciudad de Kulwā, en el país de los Zanġ, y llegamos a la gran isla de Manbasā, a dos jornadas de navegación de las tierras de Sawāḥil^[292]. Está totalmente separada del continente y los árboles que hay en ella son plátanos, limoneros y toronjos. Tienen también una fruta que llaman *ġammūn*, parecida a la aceituna y con el mismo hueso, pero de sabor muy dulce^[293]. La gente de esta isla no cultiva la tierra, así que traen los cereales de Sawāḥil; se alimentan sobre todo de plátanos y pescado. Son de la escuela chafeíta, religiosos, castos y virtuosos; sus mezquitas son de madera y están acabadas con mucho esmero. En cada una de las puertas de estas mezquitas hay uno o dos pozos, cuya hondura es de un par de brazas; de aquí sacan el agua con un pequeño cubo de madera que lleva clavado un palo fino de una braza de largo. La tierra está aplanada en torno a los pozos y a la mezquita; el que quiere entrar en ella, se lava los pies y se los seca en una esterilla basta que hay junto a la puerta, y el que desea hacer las abluciones, sujeta el cubo con los muslos y se echa el agua en las manos. Aquí todo el mundo anda descalzo.

Pasamos una noche en esta isla y embarcamos para la ciudad de Kulwā [Quiloa],

una importante ciudad ribereña habitada en su mayor parte por Zanî de color muy negra, que tienen sajaduras en la cara como las de los Lîmî de Guinea [Ûanāwa]^[294]. Un mercader me dijo que la ciudad de Sufāla^[295] está a medio mes de marcha de Quiloa, y que entre Sufāla y Yûfî, en el país de los Lîmî, hay una distancia de un mes; de Yûfî traen el oro en pepitas a Sufāla. Quiloa es ciudad muy bella y bien construida; todas sus casas son de madera, con la techumbre de aldiza. Las lluvias son abundantes aquí. Esta gente hace la guerra santa [ÿihād], porque su tierra está junto a la de los Zanî infieles. Siguen la escuela chafeíta y son sobre todo devotos y religiosos.

Mención del sultán de Quiloa

Cuando entré en esta ciudad, su sultán era Abû-l-Muẓaffar Ḥasan, apodado Abÿ-l-Mawāhib [*El de los Dones*], por los muchos que concedía y por sus actos de generosidad. Acometía muchas algaradas en la tierra de los Zanî y del botín que cogía separaba el quinto para administrarlo según lo prescrito en el *Corán*. El lote de la parentela [del Profeta] lo ponía en una caja aparte y cuando llegaban allí los jerifes, se lo daba. Los jerifes venían desde el Iraq, el Ḥiẓāz y otros sitios. Estando allí, me encontré con algunos jerifes del Ḥiẓāz, como M. b. Ẓammāz, Maṣṣūr b. Lubayda b. Abû Numayy y M. b. Šumayla b. Abû Numayy. En Mogadiscio vi a Tabl b. Kubayš b. Ẓammāz, que también quería venir aquí por esto. Este sultán es muy humilde; se sienta a comer con los pobres y tiene en gran estima a los hombres nobles y generosos.

Relato de uno de sus gestos de largueza

Estaba yo con él un viernes en que salía de rezar para irse a su casa, cuando se presentó un faquir yemení que le dijo: «¡Eh, Abû-l-Mawāhib!» «Héme aquí faquir, ¿qué quieres?», le respondió. «Que me des la ropa que llevas puesta». «Bien, te la daré». «Ahora», dijo el faquir. «Sí, hombre, ahora mismo», contestó el sultán; volvió a la mezquita, entró en el cuarto del predicador, se quitó las ropas y se puso otras, y le dijo al faquir: «Entra y cógelo». Así lo hizo éste; lo lió todo en un pañuelo grande, se lo puso en la cabeza y se fue. La gente alabó mucho al sultán por la modestia y generosidad de que había dado prueba y su hijo heredero recuperó esta ropa del faquir, dándole a cambio diez esclavos. Al saber el sultán que la gente le había alabado por esto, mandó también al faquir otros diez esclavos y dos cargas de marfil. Aquí casi siempre se regala marfil y muy pocas veces se da oro.

Cuando este excelente y generoso sultán falleció, le sucedió su hermano Dāsvūd,

que era todo lo contrario. Cuando algún mendigo venía a pedirle algo, le decía: «El que daba limosna ha muerto y no ha dejado nada que dar». Sólo daba algo de poco valor a los que estaban en su casa muchos meses, de modo que los enviados dejaron de pasar por su puerta.

HADRAMAUT Y GOLFO PÉRSICO

Nos embarcamos en Quiloa para la ciudad de Ẓafār al-Hurnūd [Ẓafār de las *Plantas Salobres*], que es la última población del Yemen en la costa del Océano Indico. De aquí llevan a la India corceles de raza: con viento favorable, la travesía dura un mes completo, aunque yo he hecho una vez un viaje entre Ẓafār y Calicut, ciudad de la India, en veintiocho días, con un buen viento que no dejó de soplar ni de día ni de noche. La distancia por tierra entre Ẓafār y Adén es de un mes de marcha, a través del desierto. Hasta Ḥaḍramawt hay dieciséis días y para llegar a Omán hacen falta veinte días de marcha. La ciudad de Ẓafār está en un desierto apartado, que no pertenece a ninguna amelia ni tiene aldeas. El zoco está fuera de la ciudad, en un arrabal llamado al-Harîâ', y es uno de los zocos más sucios, hediondos y llenos de moscas que conozco, debido a que se venden en él grandes cantidades de fruta y pescado. La mayor parte de estos pescados son de la especie llamada sardinas, que aquí son mantecosas en extremo. Una de las rarezas de aquí es que las acémilas comen estas sardinas como si fuera forraje, lo mismo que las ovejas; es algo que no he visto en ninguna parte. Casi todos los vendedores de este zoco son esclavas, que visten de negro.

El principal cultivo de esta gente es el mijo, que riegan por medio de pozos muy hondos, de la siguiente manera: fabrican un gran pozal, al que sujetan varias sogas, cada una de las cuales ciñen a la cintura de un esclavo o criado; hacen correr el pozal a lo largo de un madero grande que está en lo alto del pozo y vuelcan el agua en un zafareche, desde donde se distribuye para el riego. Tienen también una variedad de trigo que llaman calas, que es en realidad una especie de cebada. El arroz lo traen de la India y es su principal alimento.

Los *dirhams* de esta ciudad son de cobre y estaño, y no tienen circulación en otras partes. Estas gentes son mercaderes y sólo viven del comercio. Cuando llega algún barco, ya sea de la India o de otra parte, los esclavos del sultán suelen dirigirse a la costa y subir en un *ṣunbūq* para abordar al navío recién llegado; llevan consigo un vestido completo para el dueño del barco o su representante, para el *rubbān*, o sea, el arráez, y para el *kirāinī*, que es quien lleva el diario de a bordo. Les traen también tres caballos, en los que se montan, y van delante de ellos tocando atabales y albogues, desde la orilla del mar hasta la casa del sultán; allí saludan al visir y al emir de la guardia. A todos los que están en el barco los tratan durante tres días como huéspedes, enviándoles la comida necesaria. Al cuarto día comen en casa del sultán: hacen esto para ganarse a los dueños de los barcos.

Son gente humilde y excelente, de buen natural y amantes de los forasteros. Sus ropas son de algodón, que traen de la India. Se atan delantales a la cintura, en lugar de zaragüelles, y muchos de ellos, a causa del fuerte calor, se ponen uno solo en la cintura y otro en la espalda. Se lavan varias veces al día: hay en Ẓafār muchas mezquitas y en todas ellas se ven numerosos lavatorios dispuestos para las

abluciones. Hacen aquí tejidos muy bellos de seda, algodón y lino. Casi todos ellos, hombres y mujeres, padecen elefantiasis ((*dā' al-fil*, «mal del elefante»)), que es una hinchazón de los pies y muchos hombres sufren de hernia. ¡Dios nos libre de ello! Una de sus más hermosas costumbres es que se cogen de la mano en la mezquita, después del rezo de la madrugada y de la tarde; los de la primera fila se recuestan en la alquibla y los que les siguen les cogen de la mano. Hacen también lo mismo, cogiéndose todos de la mano, después de la oración del viernes.

Uno de los privilegios y maravillas de Ẓafār es que siempre que alguien se ha dirigido a ella con mala intención, su propio ardid se ha vuelto en contra suya, interponiéndose entre él y la ciudad. Me contaron que el sultán Quṭb ad-Dīn Tamahtan, hijo de Ṭūrān Šāh y señor de Hurmuz, la atacó una vez por mar y tierra, pero Dios —¡loado sea!— le envió un viento huracanado que destrozó sus barcos; renunció entonces al asedio e hizo la paz con el rey de Ẓafār. También me dijeron que el sultán del Yemen, rey campeón del Islam, confió a uno de sus primos un gran ejército para que arrancara a Ẓafār de las manos de su rey, que era otro de sus primos; pero cuando aquel emir salía de su casa con varios compañeros, les cayó encima una pared y perecieron todos. El rey, entonces, abandonó su plan y dejó de cercar y pretender esta ciudad.

Otra rareza es que los habitantes de la ciudad son la gente que más se parece en sus cosas a la del Magreb. Me alojé en casa del predicador de la mezquita mayor, 'Īsā b. 'Alī, hombre de gran rango y alma generosa; tenía unas esclavas con nombres como los de las sirvientas del Magreb: una se llamaba Bujayt [*Pequeña Fortuna*], otra Zād al-Māl [*Acreciéntese la Riqueza*]; en ningún otro sitio había oído estos nombres. Casi todos los *zafārīs* llevan la cabeza descubierta, sin turbante, y en todas las casas hay colgada una estera de hojas de palma, donde se pone a rezar el cabeza de familia, como se hace en el Magreb. Además también comen mijo. Todos estos parecidos refuerzan el dicho de que los Sanhāyā y otras cabilas del Magreb proceden de los Himyar yemeníes.

Cerca de la ciudad, entre sus huertos, está la zagüía del devoto y piadoso jeque Abū M. b. Abū Bakr b. 'Īsā, que era *zafārī*. La gente tiene en gran estima a esta zagüía y van allí mañana y tarde, acogiéndose a su amparo. Si alguien entra en ella pidiendo asilo, el sultán no puede nada contra él. Vi allí un individuo, del que me dijeron que llevaba refugiado varios años, sin que el sultán hubiera podido meterse con él. Por la época en que estuve allí, buscó asilo en esta zagüía el canciller del sultán y allí permaneció hasta que hicieron las paces. Fui a la zagüía y me acogí a la hospitalidad de los jeques Abū l-'Abbās Aḥmad y Abū 'Abdallāh M., hijos ambos del dicho jeque Abū Bakr. Puedo dar testimonio de su gran bondad. Después de lavarnos las manos, tras la comida, Abū l-'Abbās tomó el agua que usáramos para ello y bebió un poco; y mandó lo restante con un criado a su familia e hijos, que bebieron también. Hacen esto para honrar a los visitantes de su estima. También me hospedó el virtuoso cadí Abū Hāšim 'Abd al-Malik az-Zubaydī, quien me servía en persona y

lavaba mis manos, sin encargar a ningún otro que lo hiciera. Cerca de esta zagüía está el mausoleo de los antepasados del sultán al-Malik al-Mugīt —que es muy venerado— y a él se acogen quienes piden algo, hasta que se les concede. Las tropas tienen también la costumbre de buscar asilo en este sepulcro si transcurre el mes sin haber recibido la soldada, y se quedan aquí, bajo su protección, hasta que se les paga.

A media jornada de la ciudad de Ṣafār están las Dunas [al-Aḥqāf], que fueron morada del pueblo de ‘Ad^[296]. Hay allí una zagüía y una mezquita en la orilla del mar, en medio de una aldea de pescadores. En la zagüía se encuentra una tumba, con la siguiente inscripción: «Este es el sepulcro de Hūd b. ‘Ābir, sean con él la paz y la mejor de las bendiciones». Ya he mencionado que en la mezquita de Damasco hay un lugar donde puede leerse: «Esta es la tumba de Hūd b. ‘Ābir». Sólo Dios sabe cuál es la verdad, pero lo más seguro es que la tumba de Hūd sea la de al-Aḥqāf, pues ésta era su tierra.

Ṣafār posee huertos llenos de plátanos enormes: pesaron uno delante mío y frisaba en doce onzas. Además son de buen sabor y muy dulces. Hay también betel y cocos, conocidos éstos como «nueces de India». Ambas cosas no existen más que en la India y en Ṣafār debido a la semejanza que esta ciudad tiene con ese país y a que están cerca. Esto sin contar con que en la ciudad de Zabid hay unos pequeños cocoteros en el huerto del sultán. Y ya que hemos hecho mención del betel y del coco, vamos a hablar de ellos y de sus propiedades.

El betel

El betel [*tanbūl*] es un arbusto que se planta como las parras de la vid, haciendo un tinglado con cañas como en los emparrados, o bien plantándolo junto a los cocoteros, de modo que trepa por ellos, al igual que las vides y los pimenteros. El betel no da fruto, pues lo que se procura de él son las hojas, semejantes a las del albolhol; se recogen todos los días y la parte mejor es la que está amarilla. Los hindúes tienen el betel en gran estima; cuando un hombre va a casa de un amigo y éste le da cinco hojas de betel, es como si le hubiera dado el mundo entero, sobre todo si se trata de un emir o persona principal. Ofrecer estas hojas les parece más importante y mayor muestra de generosidad que regalar oro y plata. Usan estas hojas del siguiente modo: cogen antes nueces de areca, que se parecen a la nuez moscada, las machacan en pequeños trozos, se lo ponen en la boca y lo mascan; de seguida cogen las hojas de betel, ponen encima un poco de cal de conchas y lo mascan con las nueces de areca. Tienen la propiedad de perfumar el aliento, haciendo desaparecer los olores de la boca, ayudar a digerir la comida e impedir que haga daño el agua bebida en ayunas: comer estas hojas produce alegría y ayuda en el coito. Los hombres se las ponen por la noche cerca de la cabeza y cuando se despiertan, o les despierta su mujer o esclava, cogen alguna para ahuyentar los malos olores de la boca. Me han contado

que las esclavas del sultán y de los emires de la India no comen más que betel. Ya lo recordaremos cuando hablemos de la India.

El coco

El coco [*nār̥yīl*] es la llamada nuez de la India, fruto de un árbol singular por su aspecto y características; el cocotero se parece a la palmera: la única diferencia que hay entre ambos es que los frutos de aquél son nueces y los de ésta, dátiles. La nuez del cocotero se asemeja a la cabeza de un hombre, pues tiene algo así como ojos y boca. Cuando está verde, lo de dentro se parece al cerebro humano y además tiene alrededor fibras que son como cabellos. Con estas fibras hacen cuerdas para ligar el maderaje de los barcos, en lugar de clavos de hierro, y también sogas para amarrarlos. Hay cocos, sobre todo en las Islas Maldivas, que tienen el tamaño de la cabeza de un hombre.

Afirman por aquí que había antaño un médico de la India muy allegado a un rey del país, que le profesaba gran estima; pero tenía este rey un visir, enemigo del médico, el cual le correspondía de la misma manera. Un día dijo el médico al rey: «Si se cortara la cabeza a este visir y se enterrara, saldría de ella una palmera que daría dátiles extraordinarios y que serían de provecho para las gentes de la India y de otras partes del mundo». El rey respondió: «¿Y si no sale de la cabeza del visir lo que dices?». A lo que contestó el médico: «En ese caso, harías con mi cabeza lo que hubieras hecho con la suya». El rey mandó entonces que se le cortara la cabeza al visir. El médico la cogió y plantó un hueso de dátil en el cerebro, y lo cuidó hasta que se hizo árbol y dio como frutos estas nueces de coco. Esta historia es puro embuste, pero la cuento porque es muy famosa entre aquella gente.

Esta nuez tiene la propiedad de dar fuerza al cuerpo, engordar de prisa y aumentar los colores de la cara. En cuanto a la ayuda que presta en la coyunda, su acción es maravillosa. Es algo admirable que cuando está empezando a crecer, aún verde, si se corta con un cuchillo un trozo de cáscara y se abre la cabeza del coco, se puede beber de él un agua dulce y fría en extremo, pero de humor caliente, que predispone al coito. Una vez se ha bebido este agua, se coge el trozo de cáscara cortada y se usa como cuchara para raspar la pulpa de dentro del coco, que tiene un sabor como el de los huevos asados no hechos del todo, y sirve de alimento. De esta manera me alimenté mientras estuve en las Islas Maldivas, durante año y medio. Otra maravilla del coco es que se puede sacar de él aceite, leche y miel.

Para hacer la miel de coco, los criados que están al cargo de los cocoteros, y que se llaman *fazāniyya*, se suben al árbol de la mañana al atardecer para recoger el agua del coco, de la que se hace la miel, que ellos denominan *aṭwāq*; cortan la rama de donde sale el fruto, dejando un rabo como de dos dedos de largo, al que atan un pequeño puchero, donde va goteando lo que fluye de la rama. Si lo han dejado sujeto

por la mañana, suben al atardecer a por él llevando dos copas hechas de cáscara de coco, una de ellas llena de agua; en la copa vacía vierten el líquido recogido de la rama, lavándolo con el agua de la otra copa; a continuación raspan un poco la madera de la rama y le atan otra vez el puchero. A la mañana siguiente hacen lo mismo de la tarde anterior y cuando han recogido una buena cantidad de este líquido lo cuecen, como se hace con el mosto para obtener arrope. De este modo consiguen una miel muy buena y provechosa, que compran los mercaderes de la India, del Yemen y de China y se la llevan a sus países para hacer dulces con ella.

En cuanto al modo de preparar la leche de coco, en todas las casas hay una especie de silla donde se sienta la mujer con un bastón que tiene contera de hierro puntiaguda. Se abre en el coco un agujero para que entre este hierro y se machaca con él la parte de dentro, recogiendo todo lo que cae en una fuente, hasta que no queda nada en el interior de la nuez. Esta pulpa triturada se macera luego en agua, tomando el color blanco y el gusto de la leche, y esta gente la come con pan.

Para hacer el aceite, cogen la nuez de coco ya madura, una vez caída del árbol; le quitan la corteza y parten el coco en trozos, que ponen al sol. Cuando están secos, los cuecen en marmitas y sacan así el aceite, que usan como condimento y para alumbrar las lámparas, amén de que las mujeres se untan con él los cabellos, de modo que es muy útil.

Mención del sultán de Zafār

Este es el sultán al-Malik al-Mugīt [el Rey Amparador], hijo de al-Malik al-Fā'iz [el Rey Triunfante] y primo del rey del Yemen. Su padre era emir de Zafār por delegación del señor del Yemen, al que tenía la obligación de enviar un presente todos los años; mas luego, al-Malik al-Mugīt se alzó con el poder y se negó a enviar el presente debido. Por eso el rey del Yemen determinó hacerle la guerra y designó a un primo suyo para ello, aquel a quien cayó encima una pared, como ya hemos relatado antes.

Este sultán tiene dentro de la ciudad un alcázar llamado al-Ḥiṣn [*La Fortaleza*], vasto y espléndido, situado frente a la mezquita aljama. Tienen la costumbre de hacer sonar atabales, albogues, añafiles y dulzainas delante de su puerta todos los días, después del rezo de la tarde. Los lunes y jueves, las tropas se llegan también a la puerta y quedan allí, fuera de la sala del consejo, durante una hora, al cabo de la cual se retiran. El sultán no sale y nadie lo ve, menos los viernes, que va a rezar a la mezquita, regresando luego al palacio. No prohíbe a nadie la entrada en la sala del consejo, pero el emir de la guardia está sentado en la puerta y a él se llegan todos los que tienen un ruego o queja que hacer; el emir entera de ello al sultán y vuelve al momento con la respuesta. Si quiere montar a caballo, sacan sus armas y monturas del alcázar, saliendo también sus mamelucos hasta las afueras de la ciudad; le llevan

un camello con una litera tapada por un velo blanco bordado en oro, a la que se sube con su comensal, de modo que nadie les ve. Si al salir al jardín quiere montar a caballo, baja del camello y se pone a cabalgar. Tiene también la costumbre de que nadie debe marchar a su altura por su mismo camino, ni detenerse a mirarle o a presentarle una queja o por cualquier otro motivo: a quien se le ocurre hacer esto se le azota fuertemente, de modo que se ve a la gente huir y evitar el camino del sultán, cuando oyen que sale.

Su visir es el alfaquí M. al-‘Adanī, que era maestro de muchachos jóvenes y enseñó al sultán a leer y escribir, haciéndole prometer que le haría visir si llegaba a reinar; cuando esto ocurrió, le nombró visir, pero no lo hacía bien, de modo que le mantuvo el título, encargando a otro de las funciones de gobierno.

Nos embarcamos en esta ciudad de Zafār rumbo a Omán, en un pequeño barco de un hombre llamado ‘Alī b. Idrīs al-Masirī, natural de la isla de Maṣīra, y al segundo día atracamos en el puerto de Hāsik, habitado por pescadores árabes. Hay aquí árboles de incienso [*kundur*], que son de hojas finas de las que, al sajarlas, gotea un líquido parecido a la leche; éste se hace luego como goma o resina, que es el incienso u olíbano [*lubān*], muy abundante en la región. La gente de este puerto no tiene más modo de vida que la pesca. El pez más corriente aquí es el llamado *lujam*, parecido al tiburón, al que cortan en tiras y las ponen a secar para que les sirva de alimento. Sus casas están hechas de hueso de pescado, con el techo de piel de camello.

Desde el puerto de Hāsik viajamos durante cuatro días y llegamos al monte Lum‘ān, que está en medio del mar; en lo más alto hay una rábida hecha de piedra y con el techo de raspa de pescado, que tiene al lado un estanque para recoger el agua de lluvia.

Mención de un santón que encontramos en el monte Lum‘ān

Una vez que hubimos anclado al pie del monte, subimos a la rábida y nos encontramos con un viejo durmiendo; le saludamos, despertóse y nos devolvió el saludo con gestos. Le hablamos, pero no nos contestó, limitándose a mover la cabeza. Los marinos le trajeron entonces comida, que rehusó aceptar. Le pedimos que rezara por nosotros y se puso a mover los labios, pero no supimos lo que decía. Vestía de harapos, con un bonete de fieltro, y no tenía consigo ni pellejo para beber, ni aguamanil, ni cayado ni sandalias. Los del barco dijeron que no le habían visto nunca en este monte. Rezamos con él la oración de media tarde y la vespertina; le trajimos comida, mas volvió a rehusar y siguió rezando hasta la última oración de la noche, a la cual nos llamó y la rezamos con él: tenía una hermosa voz y recitaba el *Corán* de manera excelente. Al terminar este rezo, nos hizo señas de que nos retirásemos, cosa que hicimos tras despedirnos, muy asombrados por su proceder; cuando nos alejábamos, quise volver con él, mas al acercarme sentí miedo y respeto. Mis

compañeros volvieron por mí, fui con ellos y embarcamos.

A los dos días llegamos a la Isla de los Pájaros [Ŷazirat at-Ṭayr], que está despoblada. Echamos el ancla y subimos a la isla, llena de pájaros parecidos a los gorriones [šaqāšiq] pero de mayor tamaño. Los del barco cogieron huevos de estos pájaros, los cocieron y se los comieron. Cazaron luego un montón de ellos, los cocinaron sin haberlos degollado antes y los comieron también. Estaba sentado a mi vera un comerciante de la isla Mašīra, que vivía en Ṣafār, llamado Muslim, y le vi comer estos pájaros con los marineros, cosa que le censuré^[297]. Sintióse muy avergonzado y me dijo: «Creí que los habían degollado». Después de esto, se mantuvo alejado de mí, por vergüenza, y no se acercaba a no ser que yo le llamara.

Mientras estuvimos en este barco, me alimenté de dátiles y pescado. Los marineros pescaban todo el día un pez llamado en persa šīr māhī, que quiere decir «pez león», pues šīr significa «león», y māhī, «pez»: se parece al que nosotros llamaos tāzart. Tienen la costumbre de cortarlo en rodajas, asarlas y dar una a cada uno de los que están en el barco, sin hacer distinción con nadie, ni siquiera con el patrón; comen este pescado con dátiles. Yo tenía pan y un bizcocho que había adquirido en Ṣafār; cuando se consumieron, me puse a comer con ellos pescado. Celebramos a bordo la Fiesta del Sacrificio [ʿĪd al-Aḍḥā]^[298], y ese mismo día sopló un viento huracanado desde el alba hasta el amanecer del día siguiente. Estuvimos a punto de hundirnos.

Milagro

Había con nosotros en el barco un peregrino hindú [que venía de La Meca], llamado Jiḍr, pero que le decían Mawlānā [Señor nuestro] porque sabía de memoria el *Corán* y escribía bien. Cuando vio el espanto del mar, se arrojó la cabeza con un manto de lana que llevaba y fingió dormir. Una vez que Dios nos hubo aliviado de lo que había caído sobre nosotros, le dije: «Mawlānā Jiḍr, ¿qué has visto?». Me respondió: «Mientras duraba el espanto, he abierto los ojos por ver si venían los ángeles que se llevan a las almas y al no verles, he gritado: ¡Gracias a Dios! Pues si nos hundiéramos, vendrían para recoger nuestros espíritus. Luego he cerrado los ojos y los he vuelto a abrir por ver si venían otra vez, y así hasta que Dios nos ha aliviado». Un barco de un mercader, que nos había adelantado, se hundió y no se salvó más que un hombre que salió nadando tras grandes esfuerzos.

En este barco probé una clase de comida que no había catado antes ni he vuelto a comer después; la preparó un mercader de Omán con mijo cocido sin moler, sobre el que echó saylān, que es miel de dátiles. Cuando acabó de hacerla, nos la comimos.

Llegamos luego a la isla de Mašīra, que era la tierra del patrón del barco. Es una isla grande y sus habitantes sólo viven del pescado. No desembarcamos a causa de la distancia que hay entre el fondeadero y la orilla; además, yo había aborrecido a esta

gente desde que les vi comer pájaros sin degollarlos antes. Nos quedamos allí un día, mientras el patrón iba a su casa y volvía.

Navegamos luego un día y una noche, hasta llegar al puerto de una gran aldea que hay en el litoral, llamado Sūr; desde allí vimos la ciudad de Qalhāt, al pie de un monte y nos pareció que estaba cerca. Llegamos a este fondeadero alrededor del mediodía y, cuando vimos aparecer la ciudad de Qalhāt, quise dirigirme a ella por tierra y pasar allí la noche, pues detestaba la compañía de la gente del barco. Pregunté por el camino a seguir y me dijeron que llegaría a eso de la media tarde. Contraté a un marinero para que me sirviera de guía y Jiḍr, el hindú del que acabo de hablar, se vino conmigo. Dejé a mis compañeros en el barco con el equipaje, pensando en que se reunirían conmigo al día siguiente; cogí mis ropas y se las di al guía, para ahorrarme el engorro de la carga, pero me llevé una lanza, por si el marinero quería apoderarse de ellas. Nos llevó a una ría, que era lugar de mareas, y se dispuso a atravesarla con los bultos. Entonces le dije: «Cruza tú solo y deja aquí la ropa; si nosotros podemos pasar, lo haremos, y si no, subiremos a buscar el vado». Al oír esto, volvió con nosotros, y al momento vimos unos hombres que cruzaban a nado, por lo que nos convencimos de que tenía la intención de ahogarnos y marcharse con los bultos. Entonces mostré ánimo y entereza, me até bien el cinto y blandí la lanza, de modo que el guía me cogió miedo. Remontamos la ría hasta encontrar un vado y fuimos a dar a un desierto sin agua. Empezamos a sentir sed y se nos hizo arduo el camino, pero Dios nos envió un jinete que venía con un grupo de amigos, uno de los cuales llevaba un pellejo de agua, del que bebimos mi compañero y yo. Así pues, seguimos, contando con que la ciudad estaba ya cerca, pero estuvimos andando muchas millas por entre barrancas.

Al atardecer, el guía quiso llevarnos al lado del mar, donde no había camino alguno, pues era un litoral rocoso; quería, sin duda, que nos metiéramos en un callejón sin salida entre las piedras, para poder escaparse con la ropa, así que le dije: «Seguiremos por el camino en que estamos». Además, nos hallábamos a una milla del mar, más o menos. Cuando se hizo noche cerrada, nos dijo: «Ya estamos cerca de la ciudad; vamos a andar de prisa para dormir en las afueras, mientras amanece». Yo temía que nos atacara alguien por el camino, y no sabía a ciencia cierta qué distancia nos quedaba para llegar a Qalhāt, así que le contesté: «Creo que debemos salir del camino y dormir, y, si Dios quiere, cuando amanezca llegaremos a la ciudad». Yo había visto, por añadidura, un grupo de hombres al pie de un monte cercano y temí que fueran ladrones: «Lo primero es ocultarse», me dije. Mi compañero estaba muerto de sed y no coincidía conmigo en esto, pero yo salí del camino y me dirigí a uno de esos árboles de nombre *Umm Gaylān* [acacia de Egipto]; notaba cansancio por el esfuerzo realizado, pero fingía fuerza y aguante por temor al guía. Mi compañero, sin embargo, estaba enfermo y sin fuerzas; coloqué al guía entre los dos y puse el bulto de la ropa debajo de mi vestido, teniendo además la lanza en la mano. Ellos dos se acostaron, pero yo quedé en vela; cada vez que el marinero se movía, yo le hablaba

para hacerle ver que estaba despierto y así estuvimos hasta que amaneció. Volvimos entonces al camino, encontrándonos con gente que llevaba diversos géneros a la ciudad; mandé al guía que nos trajera agua, mientras mi compañero cargaba con la ropa. Aún teníamos que pasar por barrancas y quebradas, antes de llegar a Qalhāt. Nos trajo el agua y bebimos: todo esto pasó en la época del calor.

Llegamos por fin a Qalhāt, entrando en ella muy fatigados; las sandalias me apretaban los pies de tal modo que estaba a punto de sangrar por debajo de las uñas. Para colmo de males, cuando llegamos a la puerta de la ciudad, me dijo el guardián: «Tienes que venir conmigo a ver al emir de la ciudad, para que conozca tu caso y sepa de dónde vienes». Fui con él y vi que el emir era un hombre excelente y de buen natural; se interesó por mi estado y me alojó. Quedé con él seis días, durante los cuales no pude sostenerme en pie a causa del dolor.

Qalhāt es una ciudad costera; tiene bellos zocos y una mezquita muy hermosa, con los muros cubiertos de azulejos *qāṣānīes*, que parecen de loza. Esta mezquita está en alto, con vistas al mar y al puerto; es uno de los edificios que construyó la piadosa Bībī Maryam: entre ellos, *Bībī* quiere decir «mujer noble». En esta ciudad he comido un pescado tal, que no he probado ninguno mejor en otras regiones, era lo único que comía allí, pues lo prefería a todas las demás carnes. Los *qalhātīes* lo asan en hojas de árbol, lo ponen encima del arroz y se lo comen así. El arroz viene de la India. Son comerciantes y su medio de vida depende de lo que reciben por el Océano Indico: cuando llega un barco, se alegran muchísimo. A pesar de ser árabes, su lengua no es correcta, y a cada palabra que dicen le añaden siempre «no». Dicen, por ejemplo: «Comes, no; andas, no; haces tal cosa, no». La mayor parte son *jāriyīes* [*jawāriy*] ^[299], pero no pueden manifestar su doctrina porque están sometidos al sultán Qutb ad-Dīn Tamahtan, rey de Hurmuz, que es *sunni*.

Cerca de Qalhāt está la aldea de Tībī, que no tiene parangón por su belleza, con sus ríos de curso constante, sus árboles verdeantes, sus muchos huertos. De aquí llevan las frutas a Qalhāt, sobre todo un plátano llamado *murwārī* [en realidad, *marwārīd*], que en persa quiere decir «perla»; también llevan frutas a Hurmuz y otros sitios. Tienen además betel, pero de hoja pequeña; los dátiles, sin embargo, los traen de Omán.

Nos encaminamos luego a este país de Omán, viajando seis días por un desierto; al séptimo entramos en el país, que es fértil, con ríos, árboles, huertos, palmerales y muchas frutas de diferentes clases, y llegamos a su capital, la ciudad de Nazwā, que se halla al pie de un monte. Está rodeada de huertos y ríos, tiene bellos zocos y mezquitas grandes y limpias. La gente de aquí acostumbra comer en el patio de las mezquitas, trayendo cada uno lo que tiene: se reúnen, pues, en estos patios para yantar y todos los viajeros y caminantes pueden hacerlo con ellos. Son arrojados y valientes y están siempre en pie de guerra entre sí; pertenecen a la secta *ibādiyya* ^[300] y rezan cuatro veces la oración del viernes, a mediodía. Cuando la terminan, el imán recita algunas aleyas del *Corán* y suelta un sermón parecido a la *jutba*, en el que

aprueban a Abū Bakr y a ‘Umar y silencian los nombres de ‘Uṭmān y ‘Alī. Si quieren hablar del califa ‘Alī, que Dios tenga en su santa gloria, le aluden llamándole «el hombre», y así dicen: «Cuentan del hombre», o bien: «El hombre dijo». Sin embargo, honran al maldito criminal Ibn Mul̥ysam [asesino del califa ‘Alī] llamándole «piadoso siervo de Dios, dominador de la discordia».

Las mujeres son muy viciosas, pero ellos no sienten celos ni las censuran por ello; en seguida contaremos una historia que ratifica lo que digo.

Mención del sultán de Omán

Este sultán es un árabe de la cabila de Azd b. al-Gawṭ, y es conocido como Abū M. b. Nabhān. Abū Muḥammad es la divisa que toman, entre esta gente, todos los sultanes que gobiernan Omán, así como los reyes de Lūr emplean el nombre *atābak*. Para conceder audiencia, se sienta a la puerta de su casa; no tiene chambelán ni visir y cualquiera puede acercársele, ya sea forastero o no. Honra a los huéspedes siguiendo la costumbre árabe, asignándoles la comida de invitado y haciéndoles regalos según su rango; tiene buen carácter este sultán. En su mesa se come carne de asno doméstico, que también se vende en el zoco, pues ellos dicen que es lícito^[301], pero se la esconden al viajero y no la muestran en su presencia.

Entre las ciudades de Omán se cuenta Zakī. No estuve en ella, pero —según me refirieron— es una gran urbe. Otras son al-Qurayyāt, Sabā [o Šabbā], Kalbā [o Kalba], Jawr Fakkān y Ṣuḥār, todas ellas con ríos, jardines y palmerales. Casi toda la comarca pertenece a la amelia de Hurmuz.

Anécdota

Estaba yo un día en casa del sultán Abū M. b. Nabhān, cuando una mujer de edad muy joven, hermosa figura y con el rostro descubierto se presentó ante él, y teniéndose en pie, le dijo: «Abū M., el demonio muge en mi cabeza». A lo que él respondió: «Vete y arrójalo de ti». «No puedo, Abū M.; me pongo bajo tu protección», replicó la mujer. Y la respuesta fue: «Vete y haz lo que quieras». Al marcharse supe que esta mujer y todas las que hacen como ella, se acogen a la protección del sultán para dedicarse al vicio, de modo que ni su padre ni sus parientes pueden parecer celosos; y si la matan, son muertos ellos también por ser protegida del sultán.

Partí luego de Omán para el país de Hurmuz. El mismo nombre se da a una ciudad que está en la costa, llamada también Mūg-Istān^[302]. La nueva ciudad de Hurmuz está enfrente de esta otra, en medio del mar, a una distancia de tres

parasangas. Llegamos a la nueva Hurmuz, que es una isla cuya ciudad llaman Ŷarawn. Esta Ŷarawn es urbe grande y hermosa, con zocos bien surtidos; sirve de puerto de descarga a los barcos procedentes de la India y el Sind: las mercancías de la India se llevan desde aquí a los dos Iraq, al Fārs y al Jurāsān. Esta ciudad es la residencia del sultán y la isla donde se asienta tiene la longitud de un día de marcha; casi toda ella está formada por ciénagas salobres y montañas de sal, de la especie llamada *dārānī* [*dārābī*, vid. Gibb, p. 400]. Con esta sal hacen vasijas de adorno y pequeños alminares para colocar encima las lámparas.

Aquí se alimentan de pescado y también de dátiles que traen de Basora y Omán. Dicen en su lengua: «*Jurmā wa-māhī lūtī pādīšānī*», que quiere decir en árabe: «Los dátiles y el pescado son manjar de reyes». El agua es muy valiosa en esta isla. Tienen fuentes y zafareches donde recogen el agua de lluvia, lejos de la ciudad. Allí acuden con odres, los llenan de agua y se los echan a la espalda hasta el mar, donde los cargan en barcas para llevarlos a la ciudad. Una de las maravillas que vi aquí fue junto a la puerta de la aljama, entre ésta y el zoco: una cabeza de pescado que era como una colina, con ojos como puertas; se veía a la gente entrar por uno de ellos y salir por el otro^[303].

En Ŷarawn me encontré con el ascético y virtuoso jeque Abū l-Ḥasan al-Aqṣarānī, originario de Anatolia [*Bilād ar-Rūm*]; me hospedó, me fue a visitar y regaló un vestido, además del «cinturón de la amistad» [*kamar aṣ-ṣuḥba*], que usaba para recogerse los pliegues del vestido en los riñones, de modo que sirvan como apoyo para sentarse a gusto. Casi todos los faquires persas se ciñen este cinturón.

A seis millas de la ciudad hay un santuario que se atribuye a Jidr y a Elías, pues cuentan que ambos rezaban allí. Las pruebas evidentes y las bendiciones que allí se conceden así lo hacen pensar. Al lado hay una zagüía habitada por un jeque que atiende a los viajeros y caminantes. Quedamos allí un día y luego nos dirigimos a visitar a un hombre piadoso cuya vivienda está muy retirada en los confines de la isla. Ha cavado una cueva que le sirve de morada y que contiene, además, una zagüía, un salón y un pequeño cuarto ocupado por una joven esclava. Fuera de la gruta viven unos criados que llevan a pastar sus vacas y ovejas. Este hombre era un importante mercader, pero cuando hizo la peregrinación a La Meca cortó todas sus relaciones y se retiró aquí para dedicarse al servicio de Dios: entregó su capital a uno de su cofradía, para que comerciara por él. Pasamos allí una noche y nos obsequió con buenas viandas. La bondad y la devoción brillaban en los rasgos de su rostro.

Mención del sultán de Hurmuz

Este es el sultán Quṭb ad-Dīn Tamahtan [Tahamtan], hijo de Ṭūrān Šāh; es uno de los gobernantes más generosos, modesto y de buen natural. Acostumbra ir a visitar a todos los alfaquies, jerifes y hombres piadosos que se presentan ante él,

dispensándoles el tratamiento debido.

Cuando entramos en su isla, le encontramos aprestándose para la guerra en que estaba metido con los dos hijos de su hermano Nizām ad-Dīn. Todas las noches tomaban las disposiciones para el combate, aunque así los precios aumentaban en la isla. Su visir Šams ad-Dīn M. b. ‘Alī, el cadí ‘Imād ad-Dīn aš-Šawankārī y otras personas de mérito vinieron a nuestro encuentro y se disculparon por estar ocupados en la guerra.

Quedamos allí dieciséis días^[304]. Al querer marchar dije a uno de mis compañeros: «¿Cómo vamos a irnos sin ver al sultán?» Fuimos a la casa del visir, que estaba cerca de la zagüía donde yo me había alojado, y le dije: «Quiero saludar al rey». «Vamos, por Dios», me contestó. Cogió mi mano y me llevó a casa del sultán, a la orilla del mar, de modo que hay naves ancladas junto al edificio. Había allí un viejo con una túnica estrecha y sucia, tocado con un turbante y ceñido a la cintura con un pañuelo. El visir le saludó y yo hice lo mismo, pero no sabía que era el rey. Inicié la conversación con un sobrino suyo, ‘Alī Šāh b. Ŷalāl ad-Dīn al-Kīŷī, al que ya conocía y que se hallaba al lado pero sin saber que el otro era el rey. El visir me enteró de ello y me avergoncé por haber dirigido la palabra a su sobrino antes que a él, de modo que le pedí disculpas. Entonces se levantó y entró en su casa, seguido por los emires, visires y señores del Estado. Yo entré con el visir y le encontramos ya sentado en el trono, sin haberse cambiado de ropa; en la mano tenía un rosario de perlas como no ha visto nunca ojo humano, pues las pesquerías de perlas están bajo su jurisdicción. Uno de los emires se sentó junto a él y yo me senté al lado de este emir; el sultán se interesó entonces por mi estado, y preguntó cuándo había llegado y con qué reyes me había encontrado. Yo le enteré de todo ello. Ofrecieron la comida y todos los presentes comieron, menos él; luego se levantó, y yo me despedí y retiré.

El origen de la guerra entre él y sus dos sobrinos se remonta a una vez que el sultán embarcó en la ciudad nueva para ir a dar un paseo por la antigua Hurmuz y sus huertos. Como ya hemos dicho antes, entre las dos ciudades hay un brazo de mar de tres parasangas. Su hermano Nizām ad-Dīn se alzó entonces contra él y se proclamó rey, acatándole como jefe las tropas y la gente de la isla. Quṭb ad-Dīn temió por su vida y embarcó para la ciudad de Qalhāt, que ya hemos mencionado y que pertenece a este país. Se quedó aquí unos meses, equipó varios barcos y se dirigió hacia la isla, cuyos habitantes se pusieron del lado de su hermano y le combatieron hasta derrotarle, de suerte que tuvo que volver a Qalhāt. Hizo esto mismo varias veces sin ningún resultado, hasta que escribió a una de las mujeres de su hermano, para que le envenenara. Una vez muerto Nizām ad-Dīn, se dirigió a la isla y entró en ella, mientras sus dos sobrinos huían con el dinero, los tesoros y las tropas a la isla de Qays, donde están las pesquerías de perlas. Se pusieron éstos a cortar el camino a los que desde la India o de Sind se dirigían a la isla, y a organizar algaras por las comarcas del litoral, las cuales devastaron en su mayor parte.

Salimos de la ciudad de ʿĪarawn para ir al encuentro de un hombre piadoso en la población de Jonʿu Bāl [otras veces Hunʿ Bāl, o Junʿu Pāl]. Una vez hubimos atravesado el brazo de mar, alquilamos unas acémilas a los turcomanos habitantes de estas comarcas, por las que no se puede viajar si no es con ellos, por su valor y conocimiento de los caminos. Hay aquí un desierto cuya extensión es de cuatro jornadas y en el que los beduinos árabes se dedican a robar a los viajeros.

Durante los meses de junio y julio sopla en él el viento simún [*samūm*], que mata a todos los que encuentra a su paso. Me contaron que cuando este viento mata a un hombre, al ir sus compañeros a lavar el cadáver, todos sus miembros se separan del cuerpo. Este desierto está lleno de tumbas, sepultura de los que mató el simún. Viajábamos de noche y al subir el sol nos echábamos a la sombra de los árboles, que eran casi todos acacias de Egipto. Marchábamos desde la media tarde hasta el amanecer. En este desierto y en sus cercanías habitaba el bandolero ʿĪmāl al-Lūk, muy famoso en estos parajes.

Relato

ʿĪmāl al-Lūk procedía del Siʿistān y era de origen persa. Al-Lūk significa «El Manco», pues le habían cortado una mano en una pelea. Tenía un numeroso tropel de jinetes árabes y persas, con los que salteaba los caminos; con el dinero que arrebatava a la gente, construía zagüías para dar de comer a los viajeros y caminantes. Dicen que procuraba no usar la fuerza más que con quienes no querían darle el azaque y se condujo de esta manera durante mucho tiempo. Sus jinetes y él hacían algaras y se metían por estepas que sólo ellos conocían, donde enterraban pellejos y odres de agua. Cuando las tropas del sultán les perseguían, entraban en el desierto y los desenterraban para beber, mientras los soldados se echaban para atrás, por miedo a perderse y morir. Siguió haciendo esto varios años, sin que pudieran vencerle el rey del Iraq ni ningún otro; luego hizo penitencia y se dedicó al servicio de Dios hasta su muerte. La gente va en romería a su tumba, que está en su país, el Siʿistān.

Nos metimos, pues, en el dicho desierto y llegamos a Kawristān, que es un poblado pequeño y muy caluroso, con ríos y huertos. Marchamos luego tres días por un desierto parecido al anterior y llegamos a la ciudad de Lār, que es grande y con muchas fuentes que manan incesantemente; tiene huertos y hermosos zocos. Nos alojamos en la zagüía del devoto jeque Abū Dulaf M., el mismo personaje que queríamos visitar en Jonʿu Bāl; en esta zagüía de Lār está su hijo Abū Zayd ʿAbd ar-Raḥmān con un grupo de faquires. Tienen la costumbre de reunirse todos los días en la zagüía, después del rezo de la tarde, para recorrer las casas de la ciudad, donde les dan una o dos hogazas de pan que ellos dedican al sustento de los viajeros y

caminantes; los vecinos están habituados a esto y lo tienen en cuenta en el gasto de su despensa, de modo que lo tienen dispuesto siempre para socorrerles en el reparto de alimentos. Los pobres y la gente piadosa de la ciudad se reúnen en esta zagüía todos los jueves por la noche, trayendo cada uno los dirimas que ha podido procurarse; los juntan todos y se los gastan esa misma noche, que pasan rezando, invocando a Dios con jaculatorias y recitando el *Corán*, retirándose después del rezo de la madrugada.

Mención del sultán de Lār

Hay en esta ciudad un sultán de origen turcomano, llamado Ŷalāl ad-Din, pero no estuvimos con él, ni le vimos.

Salimos de Lār para la ciudad de Jonÿu Bāl, que a veces se escribe Honÿu Bāl y es donde vive el jeque Abū Dulaf que veníamos a visitar; nos alojamos en su zagüía y, al entrar en ella, le vi sentado en el suelo, en un rincón; llevaba una chupa raída de lana verde y un turbante negro, también de lana, en la cabeza. Le saludé y me contestó de buen grado, interesándose por mi país y preguntando cuándo había llegado. Envióme comida y frutas con un hijo suyo, hombre piadoso, muy modesto y humilde, gran rezador y que ayunaba largas temporadas. La actitud y comportamiento de este jeque son admirables y extraños: gasta mucho en esta zagüía y hace grandes regalos a la gente, en vestidos y caballos, haciendo el bien a todo el que va de paso por allí. No he visto nadie que le iguale en este país. Sin embargo, no se sabe de qué manera lo hace, pues sólo tiene lo que recibe de sus hermanos y compañeros. Mucha gente piensa que cubre sus gastos con las cosas creadas por Dios. En esta zagüía está la tumba del príncipe de la religión, el santo y virtuoso jeque Daniel, cuyo nombre es muy celebrado en el país y goza de gran prestigio en este valiato; el sepulcro tiene una gran cúpula, construida por el sultán Quṭb ad-Dīn Tamahtan b. Ṭūrān Šāh. Estuve un solo día con el jeque Abū Dulaf, porque la compañía con la que iba tenía prisa.

Me enteré de que en esta ciudad de Jonÿu Bāl había una zagüía habitada por un grupo de hombres píos y devotos. Fui allí al anochecer y les saludé a ellos y a su jeque. Era una bendita comunidad en cuyos miembros se veían bien las huellas de la devoción: tenían la color amarilla, el cuerpo flaco y gemían y lloraban mucho. Al llegar yo, trajeron la comida y su jefe dijo: «Llamad a mi hijo Muḥammad». Estaba éste apartado en uno de los rincones de la zagüía y vino hacia nosotros; parecía como si saliera de la tumba, de lo mucho que le habían agotado los ejercicios piadosos. Saludó y sentóse, mientras su padre le decía: «Hijito mío, comparte la comida con estos recién llegados, para procurarte sus bendiciones». Estaba ayunando, pero se desayunó con nosotros. Esta gente es de la escuela chafeíta. Cuando acabamos de comer, nos bendijeron y marchamos.

Luego seguimos viaje para la ciudad de Qays, llamada también Sīrāf^[305], en la

costa del mar de la India [Baḥr al-Hind, Océano Indico], el cual se continúa por el Mar del Yemen [Baḥr al Yaman], y el de Fārs [Baḥr Fāris, Golfo Pérsico]; está en una de las coras de Fārs. Es una ciudad muy vasta y con buen terreno; las casas disponen de jardines admirables con arrayanes y árboles verdeantes, y el agua que beben proviene de manantiales de montaña. Son persas de origen noble y entre ellos hay una taifa de árabes Banū Saffāf pescadores de perlas.

Acerca de la pesquería de perlas^[306]

La pesquería de perlas está entre Sirāf y al-Baḥrayn, en una bahía de aguas quietas que parece un gran río. En los meses de abril y mayo se llegan aquí muchas barcas, con pescadores de perlas y mercaderes de Fārs, al-Baḥrayn y al-Quṭayf. Cuando el pescador quiere bucear, se cubre el rostro con una careta de concha de *gaylam*, que es la tortuga, y hace también de esta misma concha una cosa que parecen pinzas, para apretarse las narices; luego se ata una cuerda en la cintura y se sumerge. Algunos aguantan más que otros bajo el agua; los hay que pueden estar una y dos horas, o aún más. Al llegar el pescador al fondo del mar, encuentra las conchas agarradas a la arena, entre pequeñas piedras, y las arranca con la mano o las separa con un cuchillo que lleva dispuesto para ello; a continuación, las mete en un morral que tiene colgado al cuello y, cuando le falta la respiración, tira de la cuerda para que el hombre que sujeta el cabo en la superficie lo sienta y le suba a la barca. Le cogen entonces el morral, abren las conchas y encuentran dentro trozos de carne, que despegan con un cuchillo: estos trozos, al ponerse en contacto con el aire, se endurecen y convierten en perlas. Las juntan todas, pequeñas y grandes, y el sultán se queda con la quinta parte, mientras los mercaderes que permanecen en las barcas compran el resto. La mayor parte de estos comerciantes son acreedores de los pescadores, de modo que cogen las perlas por el total de la deuda o a cuenta de ella.

TERCERA PEREGRINACIÓN Y PASO POR SIRIA

Partimos de Sīrāf hacia la ciudad de al-Baḥrayn^[307], que es grande y hermosa, con huertos, árboles y ríos; proveerse aquí de agua es fácil: se escarba con las manos y se encuentra. Hay palmerales, granadas y toronjos, y se cultiva algodón. Es muy calurosa y hay tanta arena que a veces casi cubre algunas casas. Antes había un camino entre al-Babrayn y Omán, pero la arena se ha apoderado de él y los que vienen de ese rumbo hacen ahora siempre el viaje por mar. Cerca de la ciudad se alzan dos grandes montañas, una al poniente, llamada Kusayr [*Pequeña Rotura*] y otra al oriente, que se llama ‘Uwayr [*Pequeña Hendidura*]. Hay un refrán referido a ellas, que dice: «Kusayr y ‘Uwayr, nada bueno puede ser»^[308].

Salimos luego para la ciudad de al-Quṭayf, cuyo nombre es el diminutivo de la palabra *qatf* [recolección; vendimia]. Ciudad bella, grande y con muchas palmeras, habitada por *rāfiḍīes* fanáticos, que muestran públicamente su herejía, sin guardarse de nadie. Al llamar a la oración, su almuédano agrega tras las dos «Confieso que ‘Alī es el amigo de Dios». Y añade después de las dos *hay‘alas*: «Acudid a la mejor de las obras»; diciendo además tras el último *takbīr*: «Mahoma y ‘Alī son lo mejor de los hombres; quien les haya contradicho, es infiel»^[309].

De aquí nos fuimos a la ciudad de Ḥaḡar, llamada ahora al-Ḥasā, de la que dice el refrán: «Es como el que lleva dátiles a Ḥaḡar», pues aquí hay más palmeras que en ninguna otra población. Dan dátiles como forraje a las acémilas. Está habitada por árabes, casi todos ellos de la cabila de ‘Abd al-Qays b. Afsā. Nos encaminamos luego a la ciudad de al-Yamāma, llamada también Ḥaḡr, ciudad hermosa y fértil, con ríos y árboles, donde viven desde antiguo unas taifas de árabes, en su mayor parte de los Banū Ḥanīfa. Su emir es Ṭufayl b. Gānim. Salí de Ḥaḡr en compañía de este emir, para hacer la peregrinación.

Esto ocurría en el año 32 [732 H. = 1332 d. J. C.], fecha en que volví a La Meca. Ese mismo año vino a la peregrinación al-Malik an-Nāṣir, sultán de Egipto, con varios de sus emires. Fue la última peregrinación que cumplió y colmó de excelentes regalos a la gente de La Meca y de Medina, las dos santas y nobles ciudades, y a los que estaban allí acogidos a las instituciones pías. Durante esta peregrinación al-Malik an-Nāṣir mató a Amīr Aḡmad, que dicen que era su hijo, y también a su emir principal, Baktumūr aṣ-Ṣāqī [El Copero].

Relato.

Cuentan que al-Malik an-Nāṣir entregó a Baktumūr aṣ-Ṣāqī una esclava, pero cuando éste quiso acercarse a ella, la joven le dijo: «Estoy preñada del rey an-Nāṣir». Baktumūr se apartó entonces de la muchacha y al nacer el niño, que creció bajo su

protección, le llamó Amīr Aḥmad; su origen noble se hizo pronto evidente y se divulgó que era hijo de al-Malik an-Nāṣir.

Cuando estaban en esta peregrinación, ambos acordaron matar al rey y que Amīr Aḥmad se alzara con el poder. Para ello, Baktumūr llevó consigo estandartes, atabales, ropas de investidura y dinero. Llegó a oídos de an-Nāṣir la noticia y envió a buscar a Amīr Aḥmad un día de mucho calor; cuando éste entró, el sultán tenía delante varias copas llenas: bebió de una de ellas y tendió otra con veneno a Amīr Aḥmad, que la bebió. Para ganar tiempo, an-Nāṣir dio al momento orden de marcha y así se hizo, pero Amīr Aḥmad murió antes de llegar a la siguiente parada. Baktumūr se afligió ante la muerte de su hijo adoptivo, se rasgó las vestiduras y se negó a comer y beber. Cuando al-Malik an-Nāṣir se enteró de esto, fue él mismo a buscarle y le consoló, dándole palmadas cariñosas. Cogió luego una copa envenenada y se la tendió, diciéndole: «¿Por qué no bebes, a fe mía, para aliviar el fuego de tu corazón?». Baktumūr bebió y murió al instante. Le encontraron dinero y vestiduras propias del sultanato, de modo que se comprobó la intención que se le había atribuido de querer matar al rey an-Nāṣir.

Al término de la peregrinación, me dirigí a ʿYudda, con el fin de embarcarme para el Yemen y la India, más no lo conseguí pues no pude procurarme compañía; así que me quedé en ʿYudda unos cuarenta días. Había aquí un barco de un hombre llamado ‘Abdallāh at-Tūnusī [el Tunecino], que quería viajar a al-Quṣayr, en la amelia de Qūṣ. Subí a bordo para comprobar su estado, pero no me satisfizo ni me pareció conveniente viajar con él. Esto fue un favor de Dios, pues una vez que salió del puerto y estando ya en alta mar, el barco se hundió en un paraje conocido por Ra’s Abū Muḥammad [Promontorio de Abū M.]; el patrón y algunos comerciantes se salvaron en la chalupa tras grandes esfuerzos, estando a punto de perecer e incluso muriendo varios. Los demás pasajeros, unos setenta peregrinos, se ahogaron todos.

Después de esto me embarqué en un *ṣunbūq* para ‘Ayḏāb, pero el viento nos volvió al puerto de Ra’s Dawā’ir [Cabo de los Remolinos]^[310]. De aquí nos fuimos por tierra, acompañados por algunos Buʿyār y nos metimos en un desierto lleno de avestruces y gacelas, en el que hay árabes ʿYuhayna y Banū Kāhil que están sometidos a los Buʿyāt. Alcanzamos unos veneros dichos Mafrūr y al-ʿYadīd [el Nuevo] y allí nos quedamos sin provisiones. Compramos corderos a una tribu de Buʿyāt que topamos en el desierto e hicimos provisiones con la carne. Vi también en aquellos lugares a un joven árabe que me habló en nuestra lengua contando que los Buʿyāt le habían apresado y que, según él, no se había alimentado durante todo un año más que de leche de camella. Una vez hubimos consumido la carne comprada volvimos a quedar sin viático. Yo llevaba como una carga de dátiles de los llamados *sayhānīes* y *barnīes*, para regalar a los amigos, así que los repartí entre la compañía y nos sirvieron de sustento por tres días.

Nueve jornadas después de salir de Ra’s Dawā’ir llegamos a ‘Ayḏāb, a donde habíanse adelantado algunos de nuestra partida. La gente de la ciudad salió a

recibirnos con pan, dátiles y agua, y nos quedamos allí varios días. Alquilamos unos camellos y salimos en compañía de una taifa de beduinos Dagīm; tras pasar por un venero que recibía el nombre de al-Jubayb, acampamos en Humaytirā, donde está la tumba del santón Abū l-Ḥasan aš-Šādīlī, que logramos visitar por segunda vez. Pernoctamos allí mismo y seguimos luego hasta la aldea de al-‘Alwānī, en la ribera del Nilo, frente a la ciudad de Adfū [Edfu], en el Alto Sa‘īd; cruzamos el Nilo y pasamos por las ciudades de Isnā [Esna] y Armant, hasta llegar a al-Aqsur [Luxor], donde fuimos otra vez a ver al jeque Abū l-Ḥayyāy al-Aqsūrī, y luego a las ciudades de Qūṣ y Qīnā, donde nuevamente visitamos al jeque ‘Abd ar-Raḥīm al-Qīnāwī. De aquí nos dirigimos a las ciudades de Hū, Ajmīm, Asyūṭ, Manfalūṭ, Manlawī, al-Ušmunayn, La Almunia de Ibn al-Jaṣīb, al-Bahnasa, Būš y La Almunia del Caíd [Munyat al-Qā’id]. Ya hemos hablado antes de todas estas poblaciones.

Por fin, entramos en El Cairo, donde permanecí varios días, partiendo luego para Siria por la ruta de Balbays, en compañía del Ḥayy ‘Abdallāh b. Abū Bakr b. al-Farḥān at-Tūzarī, quien me acompañó de continuo durante años: justo hasta que volvíamos de la India, pues murió en Sandābūr [Goa], como ya diremos. Pasamos por Gaza, Hebrón —donde repetimos la visita a la tumba de Abraham— Jerusalén, Ramla, Acre, Trípolī, Ŷabala —donde visitamos otra vez el sepulcro de Ibrāhīm b. Adham— y, por último, Latakia; ciudades todas ya mencionadas anteriormente.

ANATOLIA

En Latakia embarcamos en un gran velero [*qurqūra*] genovés, cuyo patrón se llamaba Martalamīn, dirigiéndonos a la tierra de Turquía, conocida más bien como País de los Griegos [Bilād ar-Rūm]: se le da este nombre porque antiguamente fue el país de ese pueblo. De aquí procedían los griegos más antiguos y los que viven ahora en Grecia [*yūnāniyya*]^[311]. Los musulmanes conquistaron después este país y ahora hay en él muchos cristianos bajo estatuto de clientela [*dimma*] de los turcomanos musulmanes.

Navegamos durante diez días con buen viento. El cristiano nos trató bien y no quiso cobrarnos el pasaje. Al décimo día, llegamos a la ciudad de ‘Alāyā, donde comienza Anatolia, una de las más bellas regiones del mundo. Dios ha juntado allí todas las hermosuras repartidas entre los demás países. Sus gentes tienen bella figura y ropas muy limpias, hacen comidas buenísimas y son las más caritativas criaturas de Dios. Por ello, cuando se dice: «La bendición, en Siria; la caridad, en Anatolia», han querido aludir claramente a la gente de esta comarca. Cuando nos alojábamos en una casa o zagüía de este país, nuestros vecinos, tanto hombres como mujeres, venían a visitarnos para ver cómo estábamos. Las mujeres no llevan velo aquí, y cuando nos íbamos, nos despedían como si fueran nuestros parientes o nuestra misma familia: había que ver a las mujeres llorando de tristeza, al separarnos. Tienen la costumbre de cocer el pan un solo día a la semana, disponiendo entonces lo que van a consumir durante todo ese tiempo; ese día, los hombres venían a ofrecernos pan caliente aderezado con un buen aliño y nos decían: «Las mujeres os envían esto y os imploran vuestra bendición». Los habitantes del país han adoptado todos la doctrina del imán Abū Ḥanīfa y siguen fielmente la zuna [*sunna*]; no hay entre ellos *qadarīes*, *rāfiḍīes*, *mu‘tazilīes*, *jāriyīes* ni *mubtadiīes*^[312]. Es un mérito por el que Dios les ha distinguido; pero, eso sí, toman *ḥašīš* [marihuana, cáñamo indio] y no lo consideran como vicio.

Esta ciudad costera de ‘Alāyā es grande y está habitada por turcomanos; aquí vienen mercaderes de El Cairo, Alejandría y Siria, pues hay mucha madera que llevan a Damietta y Alejandría para, desde aquí, transportarla al resto de Egipto. En lo alto de la ciudad hay un magnífico castillo inexpugnable, construido por el excelso sultán ‘Alā’ ad-Dīn ar-Rūmī. Me encontré en esta ciudad con su cadí, Ŷalāl ad-Dīn al-Arzanŷānī, que me honró y hospedó y subió a rezar conmigo el viernes a la mezquita de la ciudadela. También fui huésped de Šams ad-Dīn b. ar-Rayŷīḥānī, cuyo padre ‘Alā’ ad-Dīn murió en Malí, en el Sudán.

Mención del sultán de ‘Alāyā

El sábado, el cadí Ŷalāl ad-Dīn y yo montamos a caballo y fuimos a ver al rey de

‘Alāyā, Yūsuf Bak b. Qaramān. Bak quiere decir «rey». Vive a diez millas de la ciudad; le encontramos solo, sentado en una colina al borde del mar. A sus costados se hallaban los soldados de la guardia y más abajo estaban los emires y visires. Tenía los cabellos teñidos de negro. Le saludé y me preguntó cuándo había llegado y, a continuación, le enteré de todo lo que quiso saber y me retiré. Después me envió una limosna.

Salí para la ciudad de Anṭāliya, que se escribe igual que Antākiya [Antioquía], ciudad de Siria, cambiando la *ka* [kāf] por una ele [lām]. Es una bellísima ciudad, grandiosa en extremo y de solar muy amplio y una de las más hermosas del mundo por lo bien dispuesta y por sus muchos edificios. Cada clase de habitantes está, por su propia voluntad, aislada de las otras. Los mercaderes cristianos residen en un sitio llamado El Puerto [al-Mīnā’] rodeado por un muro cuyas puertas se cierran por la noche y durante el rezo del viernes. Los griegos [rūm], que eran los antiguos habitantes de esta ciudad, viven apartados en otro lugar, también cercado por una muralla, y lo mismo los judíos. El rey, los funcionarios de su Estado y sus mamelucos, habitan en una ciudadela amurallada, separada, asimismo, de los otros barrios. El resto de la población musulmana vive en lo que es el gran núcleo de la ciudad, con mezquita aljama, *madrassa*, muchos baños y enormes zocos maravillosamente dispuestos. Tanto esta parte de la ciudad como los otros barrios amurallados, están a su vez cercados por una gran muralla.

Hay muchos huertos y buenas frutas, como los magníficos albaricoques que llaman *qamar ad-dīn* [luna de la religión] y que tienen una almendra dulce dentro del hueso; los secan y los llevan a Egipto, pues allí son algo nunca visto. Hay también fuentes de agua buena y dulce, y muy fresca en verano.

Nos alojamos en la *madrassa* de Anṭāliya, cuyo jeque era Šihāb ad-Dīn al-Ḥamawī. Esta gente tiene la costumbre de hacer que un grupo de muchachos de voz bonita recite todos los días, después del rezo de la tarde, en la mezquita aljama y también en la *madrassa*, las azoras de la *Victoria* y del *Reino* y la azora ‘*Amma* [Azoras XLVIII, LXVII, LXXVIII del *Corán*].

Los jóvenes Ajiyya

El singular de *ajiyya* es *ajī*, como si dijéramos «mi hermano» [*Aj* = hermano; *ajī* = mi hermano]. Los Ajiyya están por todo el país de los turcomanos de Asia Menor, en cada comarca, ciudad o aldea. No hay en todo el mundo hombres que agasajen tanto a los forasteros como ellos, que sean tan prestos en dar de comer, en satisfacer las necesidades de los demás, en castigar a los tiranos y en matar a los policías y malsines que se juntan con éstos. Entre ellos, el *ajī* es un hombre que la gente del mismo oficio y otros jóvenes solteros e independientes se dan a sí mismos como jefe.

Esta comunidad se llama también *futuwwa*^[313]. Este *ajī* construye una zagüía y la

llena de alfombras, lámparas y utensilios necesarios, mientras sus compañeros trabajan de día para procurarse un medio de vida y le llevan por la tarde todo lo que han ganado; con ello compran comida, fruta y otras cosas, y lo consumen en la zagüía. Si llega un viajero, ese mismo día le alojan allí y le dan de comer con lo que han adquirido, teniéndole como huésped hasta que se va. Si no viene nadie de fuera, ellos mismos se reúnen a comer, cantar y bailar. Al día siguiente vuelven a su oficio, y por la tarde llevan otra vez a su almocadén [*muqaddam*, jefe] lo que han juntado. Les llaman *fityān* y a su almocadén le dicen, como ya hemos señalado, *ajī*. No he visto en todo el mundo hombres más bienhechores que éstos. Los de Šīrāz e Iṣfahān se les asemejan en ello, sólo que los de aquí estiman más a los viajeros y caminantes y les dan mejor trato y más solícito.

Al segundo día de haber llegado a la ciudad, uno de estos *fityān* vino a ver al jeque Šihāb ad-Dīn al-Ḥamawī y habló con él en turco, lengua que yo no comprendía aún. Llevaba ropas raídas y un bonete [*qalansuwa*] de fieltro. El jeque me preguntó: «¿Sabes lo que está diciendo este hombre?». «No sé», respondí. «Os invita, a ti y a tus amigos, a que seáis sus huéspedes». Quedé pasmado, pero contesté: «De acuerdo». Cuando se fue, dije al jeque: «Este pobre hombre no podrá hospedarnos y no queremos causarle ese gasto». El jeque se echó a reír y me dijo: «Este es uno de los jefes de los *fityān ajiyya*, un zapatero muy generoso al que sus compañeros, que son unos doscientos artesanos, han nombrado almocadén; han construido una zagüía para recibir a los huéspedes y lo que ganan de día se lo gastan por la noche».

Cuando hube acabado el rezo vespertino [*ṣalāt al-magrib*], el hombre volvió a por nosotros y fuimos con él a su zagüía, que era hermosa y estaba alfombrada con bellos tapices bizantinos; había también muchas lucernas de cristal iraquí. En el salón se veían cinco *baysūs*, que son como candeleros de tronco largo apoyado en tres pies; en la punta tienen una especie de recipiente, también de cobre, con un tubo en medio para el pabilo y lleno de grasa derretida. Al lado de estos *baysūs* hay vasijas de cobre llenas de grasa, con unas tijeras para arreglar la torcida: uno de los *fityān* se encarga de esto y le llaman *ḡarāyī* [lamparero]. Varios jóvenes estaban ya alineados en la sala; vestían túnicas de manga larga, calzaban babuchas y todos llevaban al cinto un cuchillo de dos codos de largo; se cubrían la cabeza con un capirote de lana blanca que tenía pegado en la punta un pedazo de tela de un codo de largo y dos dedos de ancho. Cuando se sientan en estas reuniones, se quitan todos este capirote y se lo ponen delante, quedándoles en la cabeza otro capucho muy bonito, de tafetán u otro tejido. En medio del salón colocan una especie de tarima para los que vienen de fuera. Cuando nos sentamos con ellos, trajeron muchos platos, frutas y dulces, y luego se pusieron a cantar y bailar. Nos gustó todo lo que hacían y admiramos aún más su generosidad y buen corazón. Nos retiramos al finalizar la noche, dejándoles en su zagüía.

Mención del sultán de Antāliya

El sultán de esa ciudad es Jiḍr Bak, hijo de Yūnus Bak. Cuando llegamos a Antāliya, estaba indispuerto; fuimos a verle a su casa y le encontramos en la cama. Nos habló en los mejores y más amables términos. Al despedirnos nos envió limosnas.

Salimos para el pueblo de Burdūr, que es pequeño, con muchos huertos y ríos y tiene un castillo en la cima de un monte alto. Nos alojamos en casa del jatib; los *ajiyya* se reunieron y quisieron hospedarnos, pero el jatib no lo consintió. Entonces nos invitaron al jardín de uno de ellos; una vez allí era maravilloso ver el alborozo, alegría y contento que mostraban por estar con nosotros. Lástima que no conocieran nuestra lengua, ni nosotros la suya, pues no disponíamos de trujamán. Pasamos un día con ellos y luego nos fuimos.

De Burdūr nos dirigimos a Sabartā [Ispartal, población de bellos zocos y edificios, con muchos huertos y ríos; tiene también castillo en un monte alto. Llegamos al atardecer y nos alojamos en casa del cadí.

Fuimos luego a la ciudad de Akrīdūr [Eğridir], gran ciudad muy poblada, con bellos zocos, ríos, árboles y huertos. Tiene una albufera de agua dulce, desde la cual los barcos pueden ir en dos días a Aqšahr [Aksehir], Baqšahr [Baysehir] y otros pueblos y aldeas. Nos alojamos frente a la gran aljama, en una *madrassa* donde vivía el sabio profesor, peregrino y antiguo residente en La Meca, el excelente Muşliḥ ad-Dīn; había estudiado en Egipto y Siria y vivido durante algún tiempo en Iraq. Hablaba muy correctamente y con gran elocuencia, prodigio de nuestra época; nos honró exageradamente y nos dispensó el mejor de los tratos.

Mención del sultán de Akrīdūr

Este es Abū Ishaq Bak, hijo de ad-Dandār Bak, uno de los más grandes sultanes del país. En vida de su padre estuvo en Egipto y fue en peregrinación a La Meca; observa buena conducta y acostumbra ir todos los días a la mezquita aljama a rezar la oración de la tarde. Cuando ha terminado la oración, se apoya en el muro de alquibla, mientras los almocríes se sientan delante de él, en una alta tarima de madera, y recitan las azoras de la *Victoria*, del *Reino* y la azora ‘*Amura* con unas voces tan bellas que mueven el alma, subyugan los corazones, hacen que la piel sienta escalofríos y los ojos derramen lágrimas; luego se retira a su casa.

Por aquellas fechas corría el Ramadán^[314], mes en que el sultán se sentaba todas las noches en una colchoneta tirada en el suelo, sin tarima alguna, y se apoyaba en un gran almohadón. El alfaquí Muşliḥ ad-Dīn tomaba lugar a su lado y yo, junto al alfaquí. A continuación, los grandes del Estado y emires de la corte. Traían luego la comida y lo primero con que rompíamos el ayuno era un plato de *tarīd* [caldo

ensopado], al que echaban encima lentejas empapadas en manteca y azúcar y lo servían en una pequeña fuente. Servir primero el *tarīd* lo tienen por buen agüero, pues dicen: «El Profeta lo prefería a todos los otros platos y —precisamente por eso— nosotros comenzamos por él». Después traen el resto de la comida, y esto mismo hacen todas las noches de Ramadán.

Por entonces murió el hijo del sultán, pero no añadieron ninguna ceremonia a los lamentos fúnebres, como hacen también los de Siria y Egipto, y al contrario de lo que hemos visto era costumbre de los Lūr al morir el hijo del sultán [Atābak Afrāsiyāb, rey de Īdaî y de Tustar]. Una vez enterrado, el sultán y los estudiantes de la *madrassa* estuvieron tres días visitando el sepulcro, después del rezo de la madrugada. Al segundo día del entierro fui yo también a la tumba con otra gente: el sultán vio que caminaba a pie y me mandó un caballo, disculpándose. Cuando llegué a la *madrassa*, se lo envié y me lo devolvió, diciendo: «Te lo he dado como regalo, no como préstamo». Mandó también un vestido y unos *dirhams*.

Marchamos a la ciudad de Qul Ḥiṣār, pequeña y rodeada por todas partes de agua en la que han crecido cañaverales. Para llegar a ella hay un solo camino, como un puente dispuesto entre las cañas y el agua, tan estrecho que sólo puede pasar por él un jinete. La ciudad, situada en lo alto de una colina en medio del agua, está fortificada y nada se puede contra ella. Nos alojamos en la zagüía de uno de los *fityān ajiyya*.

Mención del sultán de Qul Ḥiṣār

El sultán de esta ciudad es M. Ŷalabī, hermano del sultán Abū Ishāq, rey de Akrīdūr. En la lengua de estos turcos, *ŷalabī* [*çelebi*] significa «señor». Cuando entramos en la ciudad estaba ausente, así que permanecemos allí varios días hasta su vuelta. Nos honró y dio monturas y viático.

Salimos por el camino de Qarā Agāî; *qarā* significa «negra» y *agāî* [*ağaç*] «madera». Es un llano verdeante habitado por turcomanos. El sultán mandó varios jinetes con nosotros, para que nos acompañaran a la ciudad de Lādiq, pues en la estepa de Qarā Agāî hay una taifa de salteadores de caminos que llaman los Ŷarmiyān y se dice que descienden de Yazīd b. Mu‘āwiya^[315]. En su poder mantienen una ciudad, Kūtāhiya [Kütahya]. Dios nos protegió de ellos y llegamos a la ciudad de Lādiq, también conocida por Dūn Guzluh [Denizli], que quiere decir «pueblo de cerdos». Es una ciudad que puede contarse entre las más grandes y admirables; tiene siete mezquitas donde se celebra la oración del viernes, claros jardines, ríos de curso constante, fuentes de agua manantial y hermosos zocos. Fabrican aquí tejidos inigualables de algodón bordado en oro, de muy larga vida por la solidez del algodón y la dureza de las hebras. A estos tejidos se conoce por el nombre de la ciudad. Casi todos los artesanos de Lādiq son mujeres griegas, pues hay aquí muchos bizantinos bajo clientela [*dimma*] que pagan impuestos al sultán, como

la capitación [*ÿizya*] y otros. Se distinguen los bizantinos en la vestimenta por llevar altos capirotos, unos rojos y otros blancos: las bizantinas se cubren la cabeza con grandes turbantes.

La gente de esta ciudad no desaprueba las malas costumbres, más aún, los habitantes de toda la región hacen lo mismo. Compran bellas muchachas griegas y las dedican al vicio, de modo que cada una de ellas, para cumplir, tiene que pasarle un tributo a su dueño. He oído decir que estas jóvenes esclavas entran en los baños con los hombres y el que quiere enviciarse lo hace allí mismo, sin que nadie se lo reproche. Me contaron que el cadí de la ciudad tiene varias esclavas dedicadas a esto.

Al entrar en la ciudad, pasamos por un zoco. Unos hombres salieron de sus tiendas y nos pararon los caballos, cogiéndolos por las riendas. Se acercaron otros hombres que se pusieron a disputar con los anteriores por esto, de modo que su querella se alargó, e incluso algunos desenvainaron los cuchillos. Nosotros no sabíamos qué decían, por lo que cogimos miedo, creyendo que eran los Yarmiyān, los salteadores de caminos, y que esta ciudad era la suya: pensamos que querían saquearnos. Por fin nos envió Dios un hombre que había hecho la peregrinación y conocía la lengua árabe. Le pregunté qué nos quería esta gente y me dijo que eran *fityān* y que los primeros que se nos habían acercado eran compañeros del *ajī* Sinān, y los otros, los del *ajī* Ṭūmān. «Cada taifa quiere alojaros por su cuenta», me aclaró. Quedamos pasmados ante corazones tan generosos. Hicieron en seguida las paces, con la condición de echarlo a suertes y que a quien tocara nos hospedaría primero; ganaron los del *ajī* Sinān, que, al saberlo, vino a nuestro encuentro con varios compañeros más y nos saludaron. Nos alojaron en una zagüía de su propiedad y trajeron gran variedad de platos. *Ajī* Sinān nos llevó luego a los baños y entró con nosotros, encargándose él mismo de atenderme, mientras sus compañeros hacían lo mismo con mis amigos, haciéndose cargo tres o cuatro *fityān* de cada uno de ellos. Cuando salimos del baño, nos sirvieron una gran comida, con muchos dulces y frutas; en la sobremesa, unos almocríes recitaron aleyas del Libro y luego ellos se pusieron a cantar y bailar. Enteraron al sultán de nuestra llegada y éste nos mandó buscar al atardecer del día siguiente. Fuimos a visitarle a él y a su hijo, como diremos después, y volvimos a la zagüía. Allí encontramos al *ajī* Ṭūmān y sus compañeros, que estaban esperándonos; nos llevaron a su zagüía y nos atendieron en el aperitivo y en los baños del mismo modo que los otros *fityān*, aunque, por añadidura, nos echaron encima agua de rosas al salir del baño. Nos acompañaron otra vez a la zagüía y se comportaron como la otra *futuwwa*, o aún mejor, en el agasajo de la comida, en los dulces y frutas, la lectura del *Corán* a la sobremesa, en los cantos y danzas. Nos quedamos varios días en su zagüía.

Mención del sultán de Lādiq

Es el sultán Yananî Bak, otro de los grandes sultanes de Anatolia. Cuando estábamos en la zagüía del *ajî* Sinân como ya hemos dicho mandó al predicador, amonestador y sabio ‘Alâ’ ad-Dîn al-Qaşāmûnî, con un caballo para cada uno de nosotros. Repito que era el mes de Ramadán. Nos llegamos al sultán y le saludamos; los reyes de este país tienen la costumbre de ser humildes con los viajeros y hablarles suavemente, pero dan pocos regalos. Rezamos con él la oración vespertina; le sirvieron luego la comida y nos desayunamos también con él. Nos retiramos y nos envió unos cuantos *dirhams*. A continuación, su hijo Murâd Bak nos mandó a buscar; residía entonces en un jardín fuera de la ciudad, pues era el tiempo de la fruta. Nos envió también, como su padre, un corcel para cada uno. Fuimos al jardín y pasamos con él toda esa noche, retirándonos de madrugada; un alfaquí nos servía de trujamán.

Nos cogió en Ládiq la fiesta de fin de Ramadán [*‘Īd al-Fiṭr*] y fuimos a la *muşallâ* [oratorio]. Acudieron también el sultán con sus tropas y los *fityân ajiyya*, todos ellos armados. Los artesanos de cada gremio llevaban estandartes, albuges, atabales y añafles, rivalizando unos oficios con otros en méritos, en la belleza del atuendo y en la perfección de sus armas. Todos estos gremios van con ovejas, vacas y costales de pan: degüellan a las bestias en el cementerio y reparten la carne y el pan como limosna. Todos van primero a los cementerios y después a la *musallâ*. Cuando hubimos rezado la oración solemne de la Fiesta, entramos con el sultán en su mansión y sirvieron la comida. Pusieron una mesa para los alfaquíes, jeques y *fityân* y otra, aparte, para los faquires y mezquinos, pues ese día el sultán no echa a nadie de su puerta, ya sea pobre o rico.

Quedamos algún tiempo en esta ciudad, temiendo el peligro de los caminos, hasta que una partida estuvo a punto de salir y viajamos con ella un día y parte de la noche, durante la cual avistamos la gran ciudadela de Ṭawās [Tavas], de donde se dice era originario Şuhayb, compañero de Mahoma. Pernoctamos en las afueras y llegamos a las puertas al día siguiente, de mañana. Desde lo alto de las murallas nos preguntaron por el motivo de nuestra llegada y les respondimos. El alcaide, Iliyās [Elías] Bak, salió con sus tropas a explorar el camino y los alrededores de la fortaleza, para evitar que los bandoleros cayeran sobre el ganado: cuando terminaron la ronda, sacaron los rebaños. Esto es habitual. Nos alojamos en un arrabal de la ciudadela, en la zagüía de un hombre pobre. El alcaide nos envió la adiafa de hospitalidad y viático para el camino.

Continuamos hacia Mugla, hospedándonos en la zagüía de uno de sus jeques, hombre generoso y excelente; iba muchas veces a vernos a la zagüía y no entraba nunca sin llevar comida, frutas o dulces. Encontramos en esta población a Ibrāhîm Bak, hijo del sultán de la ciudad de Mîlās, del que hablaremos ahora. Nos trató bien y nos regaló ropa.

Marchamos luego a esta ciudad de Mîlās, una de las más bellas y grandes ciudades de Anatolia. Abunda en frutas, huertos y agua. Nos alojamos en la zagüía de

uno de los *fityān ajiyya*, quien aventajó de sobra a los que antes conociéramos en generosidad y hospitalidad, en la entrada a los baños y en otros hechos buenos y loables. En Mīlās nos entrevistamos con un hombre virtuoso y longevo, llamado Bābā [papá, padre, abuelo] aš-Šuštārī, del que contaban que pasaba de los ciento cincuenta años, y que aún disfrutaba de fuerza y agilidad, razón firme y buena memoria. Pidió por nosotros y logramos su bendición.

Mención del sultán de Mīlās [Mylasa]

Este es el venerado sultán Šuḡā' ad-Dīn Urjān Bak b. al-Mantašā, buen rey, de bella estampa y digna conducta. Sus contertulios suelen ser alfaquíes, a los cuales tiene en gran estima. Algunos viven en su residencia. Entre ellos se encuentra el faquí al-Juwārizmī, hombre excelente y versado en las diversas disciplinas de la ciencia. Por los días de mi llegada, el sultán estaba enojado con él porque había ido a la ciudad de Ayā Sulūq a visitar al sultán y aceptado sus presentes. Este alfaquí me pidió que hablara al sultán del asunto para que se le fuera el mal humor de la cabeza. Yo, entonces, le ensalcé ante Urjān Bak, hablando de lo que conocía de su saber y mérito, hasta que desapareció el enojo del rey. Este nos trató bien y nos dio monturas y viático. Residía en la ciudad de Barḡīn, a dos millas de Mīlās. Barḡīn es una población nueva, en lo alto de una colina, con bellos edificios y mezquitas. Urjān Bak había comenzado a construir allí una aljama, que aún no estaba acabada. A Barḡīn vinimos para visitar al sultán y nos alojamos luego en la zagüía del *ajī* 'Alī.

Cuando este sultán nos regaló lo que hemos dicho, retomamos el camino y llegamos a la ciudad de Qūniya [Konya], grande y de bellos edificios, con mucha agua y abundantes huertos, frutas y ríos. También se da aquí el albaricoque llamado *qamar ad-dīn*, del que ya hablamos antes, y asimismo, se exporta a Siría y Egipto. Las calles de Konya son muy anchas y sus zocos admirablemente dispuestos, pues los artesanos de cada oficio están separados unos de otros. Se dice que esta ciudad fue construida por Alejandro Magno y ahora pertenece al territorio del sultán Badr ad-Dīn b. Qaramán, del que hablaremos luego. El soberano del Iraq la ha ocupado varias veces, pues está cerca de las otras ciudades que este rey tiene en la región.

Nos alojamos en la zagüía del cadí de la ciudad, conocido como Ibn Qalam Šāh, uno de los *fityān*; su zagüía es una de las más grandes que he visto y tiene una taifa numerosa de discípulos, cuya cadena de afiliación a la *futuwwa* llega hasta el Príncipe de los Creyentes 'Alī b. Abū Ṭālib. La prenda por la que se distinguen son los zaragüelles y como los sufíes usan la *jirqa* [capucho ajironado]. Este cadí nos trató y hospedó de una manera más bella y generosa aún que los otros *fityān* y mandó a su hijo en lugar suyo para que entrara con nosotros en el baño.

En la ciudad se encuentra la tumba del virtuoso imán y estrella guiadora, el jeque Ḡalāl ad-Dīn^[316], llamado *Mawlānā* [Nuestro Señor], hombre de gran valor que hizo

brotar y crecer en Asia Menor una taifa de sufíes a la cual dio nombre, de modo que se les llama *ŷalālīes* [o *mawlawīs*, conocidos como derviches «giradores» o danzantes] a semejanza de los *aḥmadīes* en Iraq y los *ḥaydarīes* en el Jurāsān. Encima del sepulcro han construido una gran zagüía, donde se socorre a los viajeros y caminantes.

Relato

Dicen que Ŷalāl ad-Dīn era, al principio, un maestro y alfaquí, en torno al que se reunían los estudiantes en la *madrasa* de Konya. Un día entró en la escuela un vendedor de dulces llevando en la cabeza un azafate con pasteles cortados en trozos, cada uno de los cuales valía un ardite [*fals*]. Al penetrar en el aula de estudio, el jeque le dijo: «Trae la batea». El pastelero cogió un pedazo y se lo dio al jeque, que lo comió. El dulcero marchó, sin dar de probar a nadie más. Ŷalāl ad-Dīn interrumpió la lección y salió tras él, dejando allí a sus alumnos. Estos le aguardaron un buen rato, hasta que salieron en su busca, pero no pudieron saber dónde se hallaba. Al cabo de varios años regresó desatentado, hablando solamente en poesía persa «enganchada»^[317] que nadie entendía. Los discípulos le seguían y escribían los versos que recitaba; de este modo compusieron un libro que llamaron «*al-Maṭnawī*» [El Duplicado]. La gente del país venera este libro y lo recita en sus zagüías los jueves por la noche.

También está en Konya la tumba del faquí Aḥmad, que aseguran fue maestro del mentado Ŷalāl ad-Dīn.

Salimos luego para Lāranda [Karaman], bella ciudad con muchos huertos y agua abundante.

Mención del sultán de Lāranda

Su sultán es el rey Badr ad-Dīn b. Qaramān, y antes lo fue su hermano uterino Mūsà. Este cedió la ciudad al rey an-Nāṣir, quien le dio a trueque una indemnización. El sultán de Egipto envió allí un emir y tropas, pero el sultán Badr ad-Dīn se apoderó de ella, construyó un palacio real y afianzó su autoridad.

Me encontré fuera de la ciudad con el sultán, cuando volvía de caza. Bajé de mi montura y él se apeó también de la suya: le saludé y acercóse a mí. Los reyes de este país acostumbran apearse del caballo si el que viene de fuera lo hace también. Esto les complace y entonces le tratan mejor; pero no les gusta ser saludados desde la cabalgadura, se ofenden y por este motivo se desentienden del viajero. Esto me aconteció con uno de ellos, como ya relataré. Cuando le hube saludado, volvimos

ambos a cabalgar; se interesó por mi estado y mi llegada y entré con él en la ciudad. Mandó que me dieran el mejor alojamiento y envió velas y mucha comida, frutas y dulces en bandejas de plata. Me dispensó un buen trato, me vistió y dio una montura.

No fue larga nuestra estancia en Láranda, pues partimos para la ciudad de Aqṣarā [Aksaray], una de las más bellas y mejor acabadas de Asia Menor. Manantiales y huertos la rodean por todas partes, tres ríos la cruzan y el agua corre por entre sus casas. Dentro de la misma ciudad hay árboles, parrales y muchos vergeles. Hacen unas inigualables alfombras de lana de oveja, que reciben el nombre de la ciudad; las llevan a Siria, Egipto, Iraq, China y el país de los Turcos [Crimea]. Aqṣarā está sometida al rey del Iraq.

Nos alojamos en la zagüía del jerife Ḥusayn, lugarteniente del emir Artanā que, a su vez, es representante del rey del Iraq en todo el territorio conquistado en el país de Rūrn. Este jerife era uno de los *fityān* y dirigía una gran taifa de ellos; nos honró en extremo e hizo como los otros *fityān* que habíamos conocido.

Viajamos después a la ciudad de Nakda [Niğdel, perteneciente también al rey del Iraq. Es grande y con muchos edificios, pero tiene una parte en ruinas. Pasa por ella una corriente de agua llamada Río Negro [an-Nahr al-Aswad], muy grande y con tres puentes, uno dentro de la ciudad y dos fuera de ella. A uno u otro lado de la muralla se colocan en el río norias para regar las huertas: hay mucha fruta. Nos alojamos en la zagüía del ajī Ŷārūq, emir de la ciudad. Nos trató bien como acostumbran hacer estos *fityān*. En Nakda pasamos tres días.

De aquí fuimos a la ciudad de Qaysāriyya [Kayseri], otra posesión del soberano iraquí y una de las mayores ciudades de esta región. Hay en ella un ejército de iraquíes y es residencia de una de las *jātūn* del mentado emir ‘Alā ‘ad-Dīn Artanā, una de las mejores y más nobles princesas, pariente del rey del Iraq y recibe el nombre de Agá, que quiere decir «grande»: a todas las personas emparentadas con el sultán se les llama así. Su nombre es Tagī Jātūn. Fuimos a visitarla; se levantó para recibirnos, nos saludó y habló muy amablemente y mandó que nos sirvieran la comida. Comimos y, al retirarnos, envió con uno de sus esclavos un caballo ensillado y embridado, ropa de ceremonia y unos *dirhams*, excusándose con nosotros.

Nos alojamos en la zagüía del *ajī* Amīr ‘Alī, que es un gran emir y uno de los más importantes *ajīyya* de este país: dirige una taifa a la que están afiliados algunos de los notables y principales de la ciudad. Su zagüía es de las mejores que he visto, por sus tapices y candeleros, por lo bien construida que está y por la comida tan abundante que se sirve. Sus compañeros, entre los cuales se cuentan los notables mencionados, se juntan con él casi todas las noches. Para honrar a los recién llegados, hacen el doble de cosas que los otros *fityān*.

Una de las costumbres de este país es que, allí donde no hay sultán, es el *ajī* quien gobierna. Él es quien da ropas y monturas a los viajeros y les socorre según su mérito. Las disposiciones que sigue para ordenar y prohibir, así como en sus salidas a caballo, son las mismas que las de los reyes.

Salimos luego para Sīwās [Sivas], otra de las ciudades del rey del Iraq, la mayor que posee en esta región: es la residencia de sus emires y gobernadores. Ciudad de bellos edificios y anchas calles, sus zocos están repletos de gente. Hay una mansión semejante a una madrasa, que le dicen Dār aş-Şiyāda [*Casa de la Soberanía*], en la que no se hospedan más que los jerifes; mientras dura su estancia allí, les proporcionan manutención, lecho, velas y otras cosas y, cuando se van, un viático para el camino. El jefe de los jerifes habita en esta casa.

Cuando llegamos a la ciudad, salieron a nuestro encuentro los *fityān* del *ajī* Aḥmad Biṡyaqyī: *biṡyaq*, en turco, quiere decir «cuchillo», así que Biṡyaqyī significa «cuchillero». Eran una buena partida, a pie y a caballo. De seguida nos encontramos con los *fityān* del *ajī* Ŷalabī, que es uno de los más grandes *ajiyya*, de más categoría que el *ajī* Biṡyaqyī. Los de Ŷalabī nos pidieron que fuéramos sus huéspedes, pero no pude aceptar porque los otros se habían adelantado. Entramos en Siwās con todos ellos, alardeando cada uno de sus méritos; los que salieron primero a recibirnos, iban locos de contento por ser nuestros huéspedes. En lo que toca a la comida, el baño y la tertulia nocturna, hicieron como todos los anteriores *fityān*; pasamos tres días con ellos, gozando de buena hospitalidad.

Luego vino a buscarnos el cadí con un grupo de estudiantes, trayendo unos corceles del emir ‘Alā’ad-Dīn Artanā, virrey del país de Rūm en nombre del soberano del Iraq. Montamos a caballo para ir a verle, y salió a recibirnos a la antesala de su residencia; nos saludó y dio la bienvenida: hablaba muy bien la algarabía. Me preguntó por los dos Iraq, por Işfahān, Šīrāz y Kirmān, por el sultán Atābak, por Siria y Egipto y por los sultanes turcomanos. A propósito de esto, pretendía que yo ensalzase a los generosos y condenase a los avaros, pero no lo hice así, sino que elogíé a todos por igual: se alegró de esta actitud mía y me alabó por ello. Hizo que aprontaran la comida y comimos. Nos dijo: «Seréis mis huéspedes». Pero entonces habló el *ajī* Ŷalabī: «Aún no se han hospedado en mi zagüía; que se alojen en ella y les envías allí la comida». «Así lo haré», replicó el emir. Nos trasladamos, pues, a la zagüía y permanecemos seis días en ella, bajo la hospitalidad de ambos. Al cabo, el emir Artanā nos mandó un caballo, un vestido y unos *dirhams*, escribiendo además a sus lugartenientes de las otras comarcas para que nos honraran y hospedasen, y nos abastecieran de provisiones.

Nos encaminamos a la ciudad de Amāşiya [Amasya], grande y hermosa, con ríos, huertos, árboles y muchos frutos. En los ríos hay norias para regar los jardines y acarrear el agua a las casas. Tiene zocos espaciosos y anchas calles; está, como las anteriores, en los dominios del rey del Iraq. Cerca de aquí está el pueblo de Sūnusā, también del soberano iraquí, donde viven los descendientes del santo Abū-l-‘Abbās Aḥmad ar-Rifa‘ī; el jeque ‘Izz ad-Dīn, que es ahora el superior de la rábida de ar-Riwāq y heredero de la almofalla de rezos de ar-Rifā‘ī, y sus hermanos, los jeques ‘Alī, Ibrāhīm y Yaḥyā, hijos todos ellos del jeque Aḥmad Kūyuk, que quiere decir el Pequeño Aḥmad. Este Aḥmad Kūyuk era hijo de Tāy ad-Dīn ar-Rifā‘ī. Nos alojamos

en su zagüía y vimos que eran superiores al resto de los mortales.

Salimos para la ciudad de Kumiš [Gümüsane], también del rey del Iraq, que es grande y muy poblada. Aquí se llegan los mercaderes del Iraq y Siria, pues hay minas de plata. A dos días de distancia, se ven unos montes altos y escabrosos, a los que no me acerqué. Nos alojamos en la zagüía del *ajī* Ma'ūd ad-Dīn, permaneciendo tres días bajo su hospitalidad: hizo lo mismo que los otros *fityān*. El lugarteniente del emir Artanā vino a vernos, trayéndonos agasajo de huésped y viático.

Nos dirigimos desde Kumiš a Arzan'ān [Ercincan], otra de las ciudades del soberano iraquí. Es grande y muy poblada; casi todos los habitantes son armenios y los musulmanes hablan turco. Tiene zocos bien dispuestos y se fabrican aquí bellos tejidos que llevan el nombre de la ciudad. Hay minas de cobre, con el que se hacen vasijas y los *baysūs*, ya citados, que se parecen a nuestros candeleros. Nos hospedamos en la zagüía del *ajī* Nizām ad-Dīn, que es muy hermosa; él es uno de los principales y mejores *fityān*. Nos agasajó bien.

Fuimos a Arz ar-Rūm [Erzerum], también en los dominios del rey del Iraq. Es ciudad muy espaciosa, pero casi toda en ruinas, a causa de una guerra civil entre dos taifas de turcomanos que viven allí. Pasan por ella tres ríos y la mayor parte de las casas tienen huertos con árboles y parrales. Nos alojamos en la zagüía del *ajī* Ṭūmān, hombre muy longevo: aseguran que pasa de los ciento treinta años. Yo le he visto andar de acá para allá, apoyándose en un bastón. De sólida memoria y rezando siempre en los momentos precisos, no se reprocha a sí mismo más que el no poder ayunar. Nos sirvió en persona la comida y sus hijos nos atendieron en el baño. Al segundo día de estar allí, quisimos marchar, pero se apenó diciendo: «Si obráis así, me hacéis de menos, pues la hospitalidad ha de ofrecerse tres días como mínimo». Así que nos quedamos un día más.

Partimos luego hacia Birkī [Aydin], donde llegamos a últimas horas de la tarde^[318]. Encontramos a un hombre allí y le preguntamos por la zagüía de los *fityān* de la ciudad: «Yo os guiaré», nos dijo. Le seguimos y nos llevó a su misma casa, construida en medio de un huerto suyo. Nos hospedó en lo alto de la azotea, que estaba a la sombra de los árboles, pues era la temporada canicular. Trajo toda clase de frutas, nos acomodó bien y buscó pienso para nuestras bestias. Allí pasamos esa noche.

Como supiéramos que en esta ciudad había un maestro ilustre, el hombre que nos albergara, que era estudiante, nos llevó a la *madrasa*. En ese momento acababa de llegar el maestro, montado en una briosa mula, flanqueado por sus esclavos y criados y precedido por los estudiantes; vestía una bella almalafa de mangas amplias, bordada en oro. Le saludamos, nos dio la bienvenida y nos saludó y habló muy amablemente. Luego me cogió la mano hizo sentar a su lado. En seguida llegó el cadí 'Izz ad-Dīn Firištā; *firištā* quiere decir «ángel» y le han apodado así por su religiosidad, mérito y castidad. Sentóse a la diestra del maestro, que comenzó una disertación sobre las ciencias fundamentales y las derivadas^[319]; cuando acabó, llegóse a una celda de la

madrasa, ordenó que la alfombraran y me aposentó en ella: al momento envió una copiosa comida.

A la puesta de sol mandó por mí y fui a verle; le hallé en un cenador de su jardín, junto a un zafareche lleno de agua que brotaba de una fuente de mármol blanco y azulejos *qāṣhānīes*. Ante sí había un grupo de discípulos y sus criados y esclavos permanecían en pie a su lado; él se sentaba en una tarima cubierta de bellos tapices pintados, de modo que al verle creí se trataba de un rey. Se levantó a recibirme, tomó mi mano y me acomodó a su vera, en el estrado. Trajeron la cena, comimos y retornamos a la *madrasa*. Uno de los estudiantes me dijo que todos los presentes esa noche en el jardín cenaban habitualmente con el maestro. Este Muḥyī d-Dīn escribió una carta al sultán, informándole de nuestra llegada y elogiándonos. El sultán estaba veraneando en un monte cercano, por la mucha calor: este monte es fresco y acostumbraba veranear allí.

Mención del sultán de Birkī

Este es M. b. Āyḍīn, uno de los mejores, más ilustres y generosos sultanes. Cuando recibió la carta del maestro informándole de mi presencia, mandó a su lugarteniente para que me llevara a verle. Muḥyī d-Dīn me aconsejó esperar un segundo requerimiento. Le había salido a éste una llaga en el pie que le impedía montar a caballo, e incluso había dejado de ir a la *madrasa*. Cuando el sultán me requirió otra vez, el maestro se sintió contrariado y dijo: «No puedo montar a caballo y tenía la intención de acompañarte para convenir con el sultán el trato que se te debe». Pero se aguantó el dolor, envolvióse el pie en unos trozos de jerga y montó a caballo sin meter el pie en el estribo. Mis compañeros y yo cabalgamos también y subimos al monte por un camino que habían abierto y allanado entre las rocas. Llegamos hacia el mediodía al sitio en que estaba el sultán y nos apeamos junto a un río, a la sombra de unos nogales. Casualmente, encontramos al sultán inquieto y atribulado, porque su hijo menor, Sulaymān, había escapado al territorio de su suegro Urjān Bak. Cuando supo que habíamos llegado, mandó que nos recibieran sus dos hijos, Jiḍr Bak y ‘Umar Bak. Saludaron éstos al alfaquí Muḥyī-d-Dīn, el cual dijo que me saludaran, cosa que hicieron, preguntándome además por mi salud y las circunstancias de mi llegada. Luego se retiraron y me fue asignada una tienda que aquí llaman *jarqa* [*jargāh*]. Está hecha de varas de madera juntadas a modo de cúpula, que se cubren con piezas de fieltro; la parte de arriba se abre, como si fuera un ventilador [*bādhany*] para que entre el aire y la luz: puede cerrarse cuando hay necesidad de ello. Trajeron alfombras, que tendieron en el suelo; el alfaquí Muḥyī-d-Dīn y yo nos sentamos, mientras nuestros compañeros quedaron fuera de la tienda, a la sombra de los nogales. Hace tanto frío en este sitio, que esa noche se me murió un caballo.

Al día siguiente, el maestro montó a caballo para ir a ver al sultán y le habló de mí, según creyó en conciencia. Volvió luego para contármelo y, cabo de una hora, el sultán nos mandó buscar a los dos. Fuimos a su residencia y le encontramos de pie. Le saludamos, sentándose a su diestra el alfaquí y yo al lado de éste. Se interesó por mi situación y el motivo de mi llegada, haciéndome preguntas sobre el Ḥiḡāz, Egipto, Siria, el Yemen, los dos Iraq y Persia. Sirvieron después el almuerzo, comimos y marchamos. Nos envió luego arroz, harina y manteca en tripas de cordero, como suelen hacer los turcos. Estuvimos así varios días: el sultán mandaba a por nosotros para que almorzáramos con él; un día vino a vernos después del mediodía y el alfaquí Muḡyī-d-Dīn se sentó en el sitio de honor, yo a su izquierda y el sultán a su derecha: esto se debe a la influencia de que gozan los alfaquíes entre los turcos. Me pidió que le escribiera unos hadices del Nabí, cosa que hice, y el alfaquí se los mostró al momento. Entonces el sultán ordenó a éste que le escribiera un comentario sobre ellos en lengua turca. Se levantó y, al irse, vio a nuestros criados que estaban cocinando bajo los nogales sin condimentos ni verduras; mandó castigar al despensero y nos envió especias y manteca.

Nuestra estancia en este monte empezó a hacerse larga: el tedio se apoderó de mí y quería irme; el alfaquí Muḡyī-d-Dīn también se aburría allí, así que mandó decir al sultán que yo deseaba emprender viaje. Al día siguiente vino el lugarteniente del sultán y habló con el maestro en turco, lengua que yo desconocía aún. El alfaquí replicó en la misma lengua y el lugarteniente retiróse. Entonces me dijo Muḡyī-d-Dīn: «¿Sabes lo que me ha dicho?». «No sé», le respondí. «Me ha dicho que el sultán quería saber lo que tenía que regalarte. Yo le he contestado: M. Ibn Āyḡīn tiene oro, plata, caballos y esclavos; que le dé lo que quiera de esto». Así pues, el lugarteniente llevó la respuesta al sultán y volvió diciendo: «El sultán manda que os quedéis hoy aquí y que bajéis mañana con él a su casa de la ciudad».

Al día siguiente, nos envió un magnífico corcel de sus cuadras y bajamos con él a la ciudad. La gente salió a recibirle, entre ellos el cadí Firištā, al que hemos mentado antes. Entramos así en la ciudad y cuando él se apeó a la puerta de su casa, me fui con el maestro en dirección a la *madrasa*; entonces nos llamó y mandó que entráramos con él en su casa. Al llegar a la antesala, encontramos allí unos veinte criados vestidos con trajes de seda y de una destacada belleza: tenían los cabellos sueltos y partidos en medio y su color era de una clara blancura impregnada de rojo. «¿Quiénes son estos guapos mozos?», pregunté al alfaquí. «Jóvenes rumíes», me respondió. Subimos con el sultán muchos escalones, hasta que fuimos a dar a un hermoso salón con un zafareche lleno de agua en medio: en cada una de las esquinas del estanque había un león de cobre arrojando agua por la boca. En torno a este salón había anchos poyos corridos y cubiertos de tapices, en uno de los cuales estaba el cojín del sultán. Al llegar allí, el mismo sultán apartó este cojín y sentóse en los tapices con nosotros. El alfaquí Muḡyī-d-Dīn sentóse a su derecha, el cadí a continuación y yo al lado del cadí, los almocríes, que acompañan siempre al sultán en todas las reuniones, se

sentaron en el suelo. Trajeron fuentes de oro y plata, llenas de un julepe muy suelto en el que habían exprimido zumo de limón y habían echado bizcochos pequeños y troceados; en todas las fuentes había cucharas de oro y plata. Trajeron también, al tiempo, fuentes de china con el mismo julepe y cucharas de palo: los precavidos preferían usar estas fuentes de porcelana y las cucharas de madera. Tomé la palabra para dar las gracias al sultán y elogiar al alfaquí, y me esmeré en ello, de modo que el sultán quedó maravillado y contento.

Suceso

Mientras estábamos sentados con el sultán, llegó un viejo que llevaba un turbante con penacho; saludó al sultán y tanto el cadí como el alfaquí se levantaron ante él. Sentóse en la banca frente al sultán, por cima de los almocríes. «¿Quién es este viejo?», pregunté al alfaquí, que sonrió y guardó silencio. Repetí la pregunta y me dijo: «Es un médico judío, y —pues todos le necesitamos— por eso nos levantamos ante él, como has visto». Se me juntaron la cólera antigua y esta reciente y dije al judío: «¡Maldito, hijo de maldito! ¿Cómo te sientas por encima de los almocríes que recitan el *Corán*, siendo tú judío?» Le insulté, alzando la voz; el sultán se extrañó y pidió que le tradujeran mis palabras: Muḥyī-d-Dīn le enteró de ello, mientras el médico se iba del salón, todo enojado y ofendido. Cuando nos retiramos, me dijo el alfaquí: «Has hecho bien: ¡Que Dios te bendiga! Nadie más que tú habría osado hablarle así; le has enseñado lo que es en realidad».

Otro episodio

Durante esta reunión, me preguntó el sultán: «¿Has visto alguna vez una piedra caída del cielo?» «Nunca la he visto, ni he oído hablar de ello», le contesté. «Pues a las afueras de nuestra ciudad ha caído del cielo esta piedra que vas a ver», me dijo. Llamó a unos hombres y les mandó traer la piedra. La trajeron y era negra, maciza, muy dura y lustrosa: calculé que pesaría un quintal. Mandó el sultán que se presentaran los canteros y vinieron cuatro, a los que ordenó que golpearan la piedra; la machacaron cuatro veces, todos al tiempo como un solo hombre, con almádenas de hierro y no dejaron en ella señal alguna. Me quedé pasmado, y el sultán mandó que devolvieran la piedra a su sitio.

Al tercer día de haber entrado en la ciudad con el sultán, éste dio un gran banquete, al que invitó a los alfaquíes, jeques, notables del ejército y personalidades de la ciudad. Acabada la comida, los almocríes recitaron el *Corán* con bellas voces; nosotros regresamos entonces a nuestro alojamiento en la *madrassa*. El sultán nos

enviaba allí, todas las noches, comida, frutas, dulces y velas. Luego me dio cien meticales^[320] de oro, mil *dirhams*, un traje completo, un caballo y un esclavo rumí, llamado Miguel [Mījā'il], y a cada uno de mis compañeros regaló un vestido y algunos *dirhams*. Y todo esto, por haber sido acompañados por el maestro Muḥyī-d-Dīn: ¡Que Dios se lo pague con creces! Nos despidió el sultán y partimos. Entre el monte y la ciudad, habíamos estado con él catorce días.

Nos dirigimos a Tira [Tire], que es también de este sultán, M. b. Āydīn; es una hermosa ciudad, con ríos, huertos y frutales. Nos alojamos en la zagüía del *ajī* Muḥammad, uno de los hombres más piadosos que conozco; ayuna largas temporadas y vive con unos compañeros que hacen lo mismo. Nos hospedó y nos bendijo.

De aquí fuimos a Ayā Sulūq [la antigua Efeso], ciudad grande, antigua y venerada por los rumíes. Hay en ella una gran iglesia, construida con piedras enormes, cada una de las cuales tiene más de diez codos de largo, y talladas de modo admirable. La mezquita aljama es una de las más maravillosas del mundo, de una belleza sin par; antes fue una iglesia bizantina, muy venerada por ellos: aquí venían desde otros países. Cuando la ciudad fue conquistada, los musulmanes la convirtieron en aljama. Sus muros son de mármol coloreado y el pavimento, de mármol blanco; el techado es de plomo. Tiene once cúpulas, todas distintas, y en medio de cada una de ellas hay un zafareche con agua. Está regada por un río, en cuyas orillas hay árboles de diversas especies y emparrados de vides y jazmines. Dispone de quince puertas.

El emir de esta ciudad es Jiḍr Bak, hijo del sultán M. b. Āydīn: yo le había visto antes en Birkī, junto a su padre; luego le volví a encontrar, al salir de esa misma ciudad, y le saludé desde el caballo. Me aborreció por ello y ésta es la causa de que después se desentendiera de mí, pues estos príncipes tienen la costumbre de descabargar si el recién llegado se apea antes de su montura: esto les place. No me envió más que una pieza de seda dorada que llaman *naj*.

Aquí, en Ayā Sulūq, compré una joven virgen rumí por cuarenta dinares de oro.

Salimos luego para Yazmīr [Esmirna, act. Izmir], gran ciudad a orillas del mar, pero en ruinas en su mayor parte. Tiene un castillo en la parte alta. Nos alojamos en la zagüía del jeque Ya'qūb, que es *aḥmadī*, hombre virtuoso y de mérito. En las afueras de la ciudad nos encontramos con el jeque 'Izz ad-Dīn b. Aḥmad ar-Rifā'ī, que iba acompañado por Zādah al-Ajlātī, uno de los más importantes jeques, y por cien faquires de esos que están desatentados.

El emir hizo que les plantaran tiendas y el jeque Ya'qūb les dio una comida, a la que asistí, juntándome con ellos. El emir de esta ciudad es 'Umar Bak, hijo del sultán M. b. Āydīn; ya le hemos mentado antes. Vive en el castillo de Yazmīr y al llegar nosotros, estaba con su padre: volvió cinco días después. Uno de sus actos magnánimos fue venir a verme a la zagüía, para saludarme y disculparse. Envió una abundante comida y luego me regaló un esclavo rumí de cinco palmos de altura, llamado Nicolás [Niqūlah], y dos vestidos de raso [*Kamjā*], tela de seda que fabrican

en Bagdad, Tabrīz, Naysābūr [Nisaput] y China. El alfaquí que hace también las veces de imán me dijo que era tal la generosidad del emir, que ya no le quedaban más esclavos que ese Nicolás. Al jeque ‘Izz ad-Dīn le regaló tres caballos enjaezados; unas grandes vasijas de plata, que llaman *mišraba* [jarro], llenas de *dirhams*; una almalafa y otros vestidos de pelo de cabra [*mir‘izz*, *mar izz*], tejido jerosolimitano [*qudsī*] y raso; y por último, esclavos y esclavas jóvenes.

Este emir ‘Umar Bak era, pues, magnánimo y virtuoso; hacía frecuentemente la guerra santa. Tenía barcos de guerra con los que hacía algaras por los alrededores de la Gran Constantinopla [al-Qustanīniyyat al-‘Uzmá]; cogía cautivos y se alzaba con el botín, pero lo gastaba todo muy pronto, por su generosidad y largueza. Volvía entonces a atacar a los bizantinos: la situación de estos rumíes empeoró tanto, que recurrieron al Papa. Éste ordenó a los cristianos de Génova y Francia que atacaran Yazmīr, cosa que hicieron. El Papa dispuso, además, un ejército en Roma y unos y otros asaltaron a Yazmīr por la noche con un gran número de naves, apoderándose del puerto y de la ciudad. El emir ‘Umar bajó del castillo a pelear contra ellos y cayó mártir de la fe junto con otros de su gente. Los cristianos se establecieron en la ciudad, pero no pudieron adueñarse de la fortaleza, pues era inexpugnable.

De Yazmīr nos dirigimos a la ciudad de Magnīsiyya [Manila] y nos hospedamos al atardecer del día de ‘Arafa en la zagüía de uno de los *fityān*. Es una ciudad grande y hermosa, al pie de un monte; su vega está llena de ríos, fuentes, huertos y frutales.

Mención del sultán de Magnīsiyya

Su sultán se llama Şārū Jān y, cuando llegamos a la ciudad, le encontramos junto a la tumba de su hijo, que había fallecido hacía varios meses. Pasó allí la noche de la víspera de la Fiesta del Sacrificio, [‘Īd al-Aḏḥā, 10 de *Dū-l-Ḥiyya*], acompañado de la madre del difunto, y la mañana siguiente. El cuerpo del muchacho había sido embalsamado y metido en un ataúd de madera forrado de estaño, que estaba suspendido en el aire. El mausoleo era un edificio abovedado, pero sin techo, para que se fueran los olores. Después techarían la cúpula, pondrían el ataúd en el suelo, a la vista de todos, y vestirían el cadáver, así he visto que hacían también otros reyes. Saludamos al sultán, rezamos con él la zalá de la Fiesta y nos volvimos a la zagüía.

Mi esclavo cogió los caballos y fue a abrevarlos, con el esclavo de uno de mis compañeros; tardaban en volver y, al anochecer, ya no había ni rastro de ellos. En esta ciudad vivía el ilustre maestro Muşliḥ ad-Dīn; montamos a caballo y me acompañó a ver al sultán, para contarle lo ocurrido. Este mandó a algunos en su busca, pero no les encontraron, pues la gente estaba distraída con la fiesta. Los dos mozos se habían encaminado a una ciudad de infieles que está en la costa y se llama Fūyâ [Act Foça], a una jornada de Magnīsiyya. Estos infieles han fortificado la población y envían

todos los años un tributo al sultán de Magnīsiyya, que se contenta con esto, pues Fūyā es inexpugnable. En las primeras horas de la tarde del día siguiente, unos turcos trajeron a los dos, junto con los caballos; nos contaron que los dos esclavos habían pasado a su lado a la caída del día anterior y que, no sabiendo quiénes eran, les habían hostigado hasta que confesaron su decisión de huir.

Partimos de Magnīsiyya y pernoctamos con una tribu de turcomanos que habían acampado en una de sus dehesas; esa noche no encontramos nada de forraje que dar a nuestras bestias. Nuestros compañeros montaron guardia turnándose, por miedo de que nos robaran; cuando le llegó la vez al alfaquí ‘Afif ad-Dīn at-Tūzarī, le oí recitar la azora de la *Vaca* [*Sūrat al-Baqara*, segunda del *Corán*] y le dije: «Cuando quieras dormir, dímelo, para que yo vea quién tiene que vigilar». Luego me dormí y no desperté hasta por la mañana: los ladrones se habían llevado un caballo, con silla y brida, que solía montar el mismo ‘Afif ad-Dīn. Era un buen corcel, que había comprado en Ayā Sulūq.

Nos pusimos en marcha al día siguiente y llegamos a la ciudad de Bargama [Bergama, Pérgamo], que está en ruinas. Tiene una gran fortaleza inexpugnable en lo alto de un monte y dicen que el filósofo Platón era de aquí, siendo su casa conocida aún por su nombre. Nos alojamos en la zagüía de un faquir *aḥmadī*, pero luego vino uno de los notables de la ciudad, que nos llevó a su casa y nos trató muy bien.

Mención del sultán de Bargama

Este sultán se llama Yajšī Jān. Entre esa gente, *jān* quiere decir «sultán» y *yajšī* significa «excelente». Coincidió que estaba en su residencia de verano; le enteraron de nuestra llegada y nos mandó manjares de huésped y una pieza de *qudsī*.

Contratamos a uno para que nos sirviera de guía y viajamos por montes altos y abruptos, hasta llegar a la ciudad de Balī Kasrī [Balikesir], que es hermosa, con muchos edificios y bonitos zocos, pero no tiene aljama donde rezar la zalá del viernes. Quisieron construir una cerca de la ciudad, en las afueras; levantaron las paredes, pero no la techaron: de todos modos, empezaron a rezar allí y el culto del viernes lo celebran a la sombra de los árboles. Nos hospedamos en la zagüía del *ajī* Sinán, que es uno de los *ajīyya* más ilustres; nos visitaron el cadí y el jatib de la ciudad, el alfaquí Mūsà.

Mención del sultán de Balī Kasrī

Se llama Dumūr Jān y no tiene nada bueno. Fue su padre quien construyó esta ciudad, que, en tiempos de su hijo, se ha llenado de malos individuos, pues la gente

sigue los hábitos del rey. Fui a verle y me mandó una pieza de seda. En esta ciudad compré una joven esclava rumí, llamada Margarita [Margalīṭa]

Salimos para Burṣā [Bursa], ciudad grande y principal, con bellos zocos y calles anchas; está rodeada por todas partes de huertos y fuentes de agua manantial. A las afueras hay un canal de aguas muy calientes que se vierten en una gran alberca, al lado de la cual han construido dos casas, una para los hombres y otra para las mujeres; los enfermos buscan su curación en estas caldas y vienen de los países más remotos. Hay también aquí una zagüía, donde se alojan y encuentran sustento los viajeros durante su estancia, que es de tres días. Fue construida por un rey turcomano.

Nos hospedamos en la zagüía del *ajī* Šams ad-Dīn, uno de los más importantes *fityān*, y pasamos con él el día de ‘Āšūrā’ [10 de *Muḥarram*: 21 de septiembre de 1333]; preparó una gran cena, invitando a los jefes de las tropas y a la gente de la ciudad, que rompieron el ayuno allí. Los almocríes recitaron después el *Corán* con hermosas voces. Estaba allí el alfaquí y predicador Maʿyḍ ad-Dīn al-Qūnawī, que pronunció unas amonestaciones y un sermón muy bellos. Se pusieron luego a cantar y bailar, de modo que fue una noche magnífica. Este predicador es hombre piadoso que ayuna continuamente, pues no rompe el ayuno más que cada tres días; come sólo del trabajo de sus manos y dice que no acepta jamás comida de nadie. No tiene casa ni más bienes que la ropa que le cubre y duerme en el cementerio; predica y exhorta a la piedad en las reuniones, y en todas ellas hay siempre un grupo de gente que hace penitencia con él. Le busqué después de esta noche, pero no pude encontrarle, aunque fui al cementerio. Me dijeron que sólo va allí cuando todo el mundo está ya dormido.

Suceso

Mientras estábamos en la zagüía de Šams ad-Dīn esa noche de ‘Āšūrā’, y cuando al final se puso a predicar Maʿyḍ ad-Dīn, uno de los faquires dio un grito y se desvaneció. Le echaron encima agua de rosas, pero no volvió en sí; nuevamente le rociaron, mas tampoco resultó. La gente era de distinto parecer: unos decían que estaba muerto y otros, que sólo desmayado. El predicador terminó su sermón, los almocríes recitaron el *Corán* y rezamos la oración de la madrugada. Al salir el sol, se cercioraron del estado de este hombre y vieron que había abandonado este mundo: ¡Que Dios tenga piedad de él! Lavaron el cadáver, le amortajaron y asistí a los rezos fúnebres y a su entierro.

A este faquir le llamaban El Gritador [*aṣ-Ṣayyāḥ*] y dicen que vivía como morabito en una cueva de un monte cercano; cuando se enteraba de que Maʿyḍ ad-Dīn iba a predicar, venía para asistir a su sermón. No aceptaba comida de nadie, y cuando Maʿyḍ ad-Dīn empezaba a predicar, daba un grito y se desvanecía; luego despertaba, hacía las abluciones y rezaba una zalá de dos prosternaciones. Seguía escuchando al predicador, volvía a gritar, y hacía esto varias veces a lo largo de la noche; por eso le

apodaban El Gritador. Estaba tullido de un pie y una mano, por lo que no podía trabajar; tenía una madre hilandera que le alimentaba, pero cuando se le murió, tuvo que sustentarse de yerbas y raíces.

Encontréme en Bursá con el virtuoso jeque ‘Abdallāh al-Miṣrī as-Sā’ih [*el Egipcio Viajero*], que era hombre pío. Ha dado la vuelta al mundo, aunque no ha entrado en China, en la isla de Sarandīb [Ceilán], en el Magreb, en al-Andalus ni en el Sudán. Yo le he sobrepasado en esto, visitando todas esas regiones.

Mención del sultán de Bursá

Su sultán es Ijtiyār ad-Dīn Urjān Bak, hijo del sultán ‘Uṭmān Ŷūq. En turco, *ŷūq* quiere decir «pequeño». Este sultán es el más grande de los reyes turcomanos, el que tiene más dinero, ciudades y soldados; posee unas cien fortalezas y dedica la mayor parte de su tiempo a visitarlas. Permanece varios días en cada una de ellas, para inspeccionarlas y dejarlas arregladas. Dicen que no se queda nunca un mes entero en una ciudad, y asedia y combate a los infieles. Fue su padre quien arrebató a los rumíes la ciudad de Burṣā y su tumba está en la mezquita de esta ciudad, que antes era una iglesia cristiana. Cuentan que este ‘Uṭmān Ŷū sitió la ciudad de Yaznīk [Nicea, act. Iznik] durante veinte años y que murió antes de conquistarla. Su hijo Ijtiyār ad-Dīn, del que estamos hablando, la cercó doce años, hasta que se apoderó de ella. Fue en esta ciudad de Yaznīk donde me encontré con él, y me mandó una gran cantidad de *dirhams*.

De Burṣā nos dirigimos a Yaznīk, pero antes de llegar pasamos una noche en una aldea llamada Kurla, en la zagüía de una de los *ajiyya*. En saliendo de Kurla, anduvimos un día entero por entre ríos flanqueados de granados, de fruto dulce unos y de granadas amargas otros. Llegamos luego a una albufera llena de cañaverales, que está a ocho millas de Yaznīk: no hay más que un camino, a modo de puente, para entrar en esta ciudad, y sólo puede pasar por él un jinete. Así pues, esta ciudad es inexpugnable ya que el agua de la albufera la rodea por todas partes. Casi todas las techumbres y paredes de sus casas están en ruinas; sólo viven allí unos pocos hombres al servicio del sultán, gobernados por la esposa de éste, Bayalūn Jātūn, excelente y virtuosa mujer. Yaznīk tiene cuatro murallas, separadas unas de otras por fosos llenos de agua: se entra en ella por puentes levadizos de madera. Dentro de la ciudad hay huertos, casas, terrenos y sembrados; cada hombre tiene los suyos todos juntos. Cogen el agua de pozos cercanos y hay toda clase de frutos: abundan mucho las nueces y castañas, que son muy baratas; a las castañas [*qasṭal*] les llaman *qastana*, con *ene*, y a las nueces [*ŷawz*] les dicen *qawz*. Hay uvas ‘*adāri* [¿moscatel?], que no he visto en ningún otro sitio: dulces en extremo, muy gordas, de color claro, hollejo

fino y una sola pipa.

Nos hospedó en esta ciudad el imán y alfaquí ‘Alā ad-Dīn aṣ-Ṣulṭāniyūkī, peregrino y antiguo residente en La Meca, hombre virtuoso y magnánimo: de buena estampa, su conducta era aún mejor. Me acompañó a ver a la dicha *jātūn*, que me honró, invitó y trató bien. Días después de haber llegado nosotros a Yaznīk, vino el mentado sultán Urjān Bak. Me quedé en esta ciudad unos cuarenta días, pues se me había enfermado un caballo; cuando vi que la espera se alargaba, lo dejé allí y me fui con una esclava, dos mozos y tres compañeros. No disponíamos de nadie que dominara el turco y nos pudiera servir de trujamán. Uno que teníamos nos dejó, precisamente en Yaznīk.

Salimos de esta ciudad y pernoctamos en una aldea que dicen Makaÿā, en casa de un alfaquí que nos honró y hospedó. Seguimos luego viaje; delante nuestro iba una mujer turca a caballo, acompañada de un criado, que se dirigía a la ciudad de Yaniÿā: nosotros íbamos tras sus huellas. Llegó esta mujer a un gran río que llaman Saqarī [Sakarya], que es como si dijéramos «infernál» [*saqar* = infierno] y empezó a vadearlo; pero cuando estaba en medio, la caballería por poco se ahoga y la mujer cayó al agua. El criado quiso sacarla, pero el río se llevó a los dos; unos hombres que había en la ribera se echaron a nado tras ellos y sacaron a la mujer, que aún tenía un soplo de vida; encontraron también al hombre, pero ya estaba muerto.

Estos mismos hombres nos dijeron que la almadía estaba más abajo y nos dirigimos hacia allá. Esta almadía está hecha con cuatro maderos atados concuerdas, donde se ponen las sillas de montar y los bultos del equipaje. Unos hombres tiran de ella desde la otra orilla; las gentes también montan en ella, mientras que las acémilas pasan a nado. Así lo hicimos y esa misma noche llegamos a Kāwiya, que es como decir «cauterizadora» [*Kawà* = cauterizar], alojándonos en la zagüía de uno de los *ajiyya*. Nosotros le hablábamos en árabe y él nos dirigía la palabra en turco, de modo que no nos comprendíamos ninguno. Entonces dijo: «Busquemos al alfaquí, que conoce la algarabía». Vino el alfaquí y nos habló en persa; nosotros le contestamos en árabe, pero no nos comprendió, por lo que le dijo en persa al *ajī*: «*Yīšān ‘arabī kuhnā mīqūwān wa-man ‘arabī naw mīdānam*», es decir: «Esta gente habla árabe antiguo y yo sólo conozco el árabe actual». Con estas palabras, el alfaquí evitaba quedar en vergüenza, pues ellos creían que conocía la lengua árabe, pero no era verdad. El *ajī* quedó convencido de lo que decía el alfaquí y esto nos fue provechoso, ya que se desveló por atendernos, diciéndose: «Hay que honrar a esta gente, porque hablan la antigua algarabía, que es la lengua del Nabí y sus compañeros». Nosotros no entendimos entonces las palabras del faquí, pero las guardé en la memoria y, cuando aprendí el persa, comprendí su intención.

Pasamos esa noche en la zagüía y el *ajī* nos envió un guía para que nos acompañara a Yaniÿā, que es una ciudad grande y hermosa; nos pusimos a buscar la zagüía del *ajī* y nos encontramos a uno de esos faquires desatentados. «¿Es esta la zagüía del *ajī*?», le pregunté: «Sí», respondió. Me alegré de haber encontrado alguien

que supiera árabe, pero cuando le pedí más información se descubrió el pastel. «Sí» [na'am] era lo único que este hombre sabía decir en nuestra lengua. Nos alojamos en la zagüía y uno de los estudiantes nos trajo comida; el *ajī* no estaba, pero intimamos con este estudiante, que, aunque no conocía el árabe, nos honró y habló con el zalmedina: éste nos puso en manos de un caballero, compañero suyo, que nos llevó a Kaynūk.

Kaynūk es un pequeño pueblo habitado por rumíes infieles, bajo clientela de los musulmanes. No hay más que una casa de éstos, que son los que gobiernan el pueblo. Pertenece también al sultán Urjān Bak. Era invierno, la época de las nieves. Nos alojamos en casa de una vieja infiel, pasando allí toda la noche; nos portamos bien con ella. En este pueblo no hay árboles ni viñedos, y sólo se cultiva azafrán. La vieja nos trajo gran cantidad de ello, creyendo que éramos mercaderes y se lo compraríamos.

Por la mañana, el jinete que el *ajī* de Kāwiya había enviado con nosotros nos buscó otro caballero, para que nos condujera a la ciudad de Muṭurnī [Mudurnu]. Había nevado mucho por la noche y los caminos se habían borrado. El guía se puso en cabeza y nosotros seguimos sus huellas, hasta llegar, a eso del mediodía, a una aldea de turcomanos, que nos trajeron comida. Habiendo comido, el jinete que nos guiara habló con los turcomanos, y uno de ellos salió a caballo con nosotros. Nos metió por sitios escabrosos, montañas y por una corriente de agua que pasamos y volvimos a pasar más de treinta veces; cuando nos libramos de esto, nos dijo: «Dadme algunos *dirhams*». «Cuando lleguemos a la ciudad te complaceremos y te los daremos», le replicamos. Esto no le gustó o no entendió lo que decíamos, pues cogió un arco de uno de mis compañeros y se retiró a cierta distancia; después regresó, nos devolvió el arco y le dimos algunos *dirhams*. Los cogió y se escapó, dejándonos sin saber a dónde dirigirnos, pues no veíamos camino alguno.

Nos pusimos entonces a escudriñar el trazado del camino bajo la nieve y lo seguimos hasta llegar, a la puesta del sol, a un monte donde se veía claramente la senda, por las muchas piedras que allí había. Me di cuenta de que estábamos en peligro de muerte, pues no se vislumbraba ningún edificio y temía que por la noche volvería a nevar. Si descabalgábamos, moriríamos, sin duda; y si marchábamos de noche, no sabríamos a dónde dirigirnos. Yo tenía un buen corcel, así que decidí obrar de modo que pudiéramos salvarnos. Me dije para mis adentros: «Si me pongo a salvo, tal vez pueda ingeniármelas para rescatar a mis compañeros». Así fue: les encomendé a Dios y me puse en camino.

La gente de esta comarca construye casas de madera sobre las tumbas, de manera que quien las ve cree primero que son edificios, aunque luego se percata de que son sepulcros. Vi muchas casas de éstas por el camino. Habiendo cerrado ya la noche, llegué a unas construcciones y me dije: «¡Dios mío, haz que estén habitadas!». En efecto, lo estaban y Dios me condujo a la puerta de una de ellas; vi allí a un viejo y le hablé en árabe, pero él me habló en turco y me hizo señas de que entrara. Le informé

de la situación en que se hallaban mis compañeros, pero no me comprendía. Gracias a Dios, esta casa era una zagüía de faquires y el hombre que había encontrado en la puerta era su jeque; los faquires que estaban dentro de la zagüía me oyeron hablar con el jeque y salió uno de ellos, que me conocía de antes. Me saludó y le enteré de lo que sucedía a mis compañeros, indicándole que deberíamos ir a salvarlos con los demás faquires. Así se hizo y nos dirigimos al lugar donde estaban mis amigos. Volvimos todos a la zagüía y dimos gracias al Altísimo por habernos salvado. Era jueves y la gente de la aldea se juntó en la zagüía para pasar la noche en oración. Cada uno trajo la comida de que disponía, así que nuestras fatigas acabaron.

Nos pusimos en viaje al alba y llegamos a la ciudad de Muṭurnī a la hora de la zalá del viernes. Nos alojamos en la zagüía de uno de los *fityān ajiyya*, donde ya había otro grupo de viajeros. No encontramos cuadra para las bestias y celebramos las preces del viernes. Estábamos intranquilos por la mucha nieve y el frío y por no disponer de establos. Entretanto, encontramos a un peregrino de Muṭurnī que nos saludó, pues hablaba la algarabía. Me alegré de verle y le pedí que nos indicara dónde podíamos alquilar una cuadra para las acémilas, a lo que nos dijo: «Atarlas en una casa no es hacedero, porque las puertas de este pueblo son pequeñas y no entran por ellas las caballerías, pero os voy a llevar a un alpende que hay en el zoco, donde los viajeros y los que van al mercado atan sus bestias». Nos guió y allí las atamos. Uno de mis compañeros quedó en una tienda vacía que había enfrente, para guardarlas.

Anécdota

En este pueblo nos ocurrió una cosa extraña: envié a un criado por paja para las bestias y a otro le mandé comprar manteca. Uno trajo la paja y el otro volvió riéndose, con las manos vacías. Le preguntamos de qué se reía y nos dijo: «Fuimos al zoco y entramos en una tienda, pidiendo manteca; el dueño nos hizo señas de que aguardáramos y habló con un hijo suyo. Le dimos unos *dirhams* al muchacho y tardó un buen rato en volver, trayendo una carga de paja; la cogimos y le repetimos: Queremos también manteca [*samn*]». «Esto es *samn*», nos respondió. Así nos enteramos de que paja [*tibn*] se dice en turco *samn* [*saman*]; a la manteca le llaman *rūgān*.

Cuando nos reunimos con el peregrino que sabía árabe, le rogamos que viajara con nosotros hasta Qaşāmūniya [Kastamonu], que está a diez jornadas de Muṭurnī. Le regalé uno de mis vestidos de tela egipcia y una pensión que dejó a su familia asignándole una montura y prometiendo tratarle bien. Vino con nosotros, y entonces descubrimos que era muy rico y acreedor de algunas personas; pero era hombre de bajas miras, carácter mezquino y malos hechos. Le dábamos los *dirhams* necesarios para la despensa diaria; cogía el pan que sobraba y con ello compraba las especias, las verduras y la sal, quedándose con lo que costaban estas cosas. Me dijeron que,

además, nos sisaba en estos gastos. Le aguantábamos por no cargar con las molestias que suponía el no saber turco. A tales extremos llegó, que le sacábamos las faltas y le decíamos al término del día: «*Peregrino*, ¿cuánto nos has sisado hoy en la despesa?». Y él nos respondía: «Tanto». Nos reíamos de él y nos contentábamos con esto.

Uno de sus muchos hechos mezquinos fue que se nos murió un caballo en una de las paradas y se encargó él mismo de desollarle, para vender la piel. Otra vez, nos hospedamos una noche en casa de una hermana suya, en una aldea. La mujer nos trajo comida y frutas secas: peras, manzanas, albaricoques y melocotones. Se meten en agua hasta que se reblandecen y luego se comen y se bebe el agua. Quisimos darle una limosna, pero cuando este individuo lo supo, nos dijo: «No le deis nada; dadme a mí lo que pensabais regalarle a ella». Le dimos algo para contentarle y le pasamos en secreto una propina a su hermana, sin que él se enterase.

Llegamos luego a la ciudad de Būlī [Bolu] y cuando ya estábamos cerca de ella, nos encontramos con un río que, a simple vista, parecía pequeño; pero cuando algunos de nuestros compañeros entraron en él, se toparon con una corriente fuerte y agitada. Lo vadearon todos, sin embargo, menos una pequeña esclava a la que temían hacer cruzar. Como mi caballo era mejor que los suyos, la monté a la grupa y me puse a cruzar el río. Cuando estábamos en medio, el caballo tropezó y la muchacha cayó al agua; mis compañeros la sacaron cuando ya estaba dando las últimas boqueadas, mientras yo me ponía a salvo.

Entramos en la ciudad y nos dirigimos a la zagüía de uno de los *fityān ajiyya*, que acostumbraban tener el fuego siempre encendido en sus zagüías durante todo el invierno. Colocan un hogar para la lumbre en cada rincón de la zagüía y practican unos respiraderos por donde sube el humo, que de este modo no perjudica a la habitación; a estos respiraderos les llaman *bajārī* [*bacalar*, chimeneas], y el singular es *bajīrī*.

Añade Ibn. Ŷuzayy: «Şafī-d-Dīn ‘Abd al-‘Azīz b. Sarāyā al-Hilī, haciendo un juego de palabras, ha hablado muy bien del *bajīrī* en estos versos, que he recordado al oír mentar dicho nombre [metro basīṭ]

*Pues habéis abandonado al bajīrī, mañana
se esparcirán las cenizas por su hogar polvoriento.
Si hubiérais deseado que al atardecer fuera Abū Lahab,
vuestras mulas habrían traído antes a Ḥammālat al-Ḥaṭab»*^[321]

Vuelta al relato.

Cuando entramos en la zagüía, vimos que tenían el fuego encendido. Me quité la ropa, me puse vestidos secos y me calenté a la lumbre. El *ajī* nos trajo comida, frutas y más cosas. ¡Qué excelentes personas son las de estas taifas! ¡Qué almas tan

generosas! ¡Cuán grandes son su altruismo y solicitud por los forasteros! ¡Cómo favorecen y aman a los viajeros y qué maravillosamente los agasajan! Cuando llega un forastero, es como si llegara el ser más querido de su familia. Pasamos esa noche del modo más placentero.

Salimos de allí por la mañana y llegamos a Karaday Būlī, bella y gran ciudad de calles y zocos espaciosos. Es una ciudad muy fría, y sus barrios están separados entre sí y habitados por taifas que no se mezclan entre ellas.

Mención del sultán de Karaday Būlī

Este es el sultán Šāh Bak, uno de los sultanes medianos de este país; es hombre de bella estampa y conducta y de buen talante, pero poco generoso. Rezamos en esta ciudad laḡalā del viernes y nos alojamos en una zagüía. Me encontré aquí con el jatib y alfaquí Šans ad-Dīn ad-Dimašqi [*el Damasceno*] al-Ḥanbalī, que se ha establecido en la ciudad desde hace años y ha tenido hijos en ella; es el alfaquí y jatib de este sultán y tiene influencias sobre él. Entró en la zagüía y nos enteró de que el monarca había venido a visitarnos; le di las gracias, salí a recibirle y le saludé. Sentóse Šāh Bak y se interesó por mi salud y las circunstancias de mi llegada, preguntándome después por los sultanes que había visto; le informé de todo ello y estuvo una hora en la zagüía, al cabo de la cual se retiró. Me mandó una caballería ensillada y un vestido.

Fuimos a la ciudad de Burlū, pequeña y sobre una colina, con un foso a los pies y un castillo en lo más alto. Nos alojamos en una hermosa *madrassa*. El *peregrino* que viajaba con nosotros conocía al maestro y a los discípulos, pues asistía a las lecciones: aun siendo este individuo como ya hemos dicho, era estudioso de la doctrina islámica, por la escuela *ḡanaḡfī*. El emir de esta población, ‘Alī Bak, hijo del venerado sultán Sulaymān Bādšāh [Pādišāh], rey de Qaṣṡamūniya, del que ya hablaremos, nos invitó y subimos a su castillo para saludarle. Nos dio la bienvenida, nos honró y se interesó por mi estado y mis viajes. Le di cumplida respuesta e hizo que me sentara a su lado. Estaba allí también su cadī y secretario, el ḡāyḡ, [*peregrino*] ‘Alā’ ad-Dīn M., que es uno de los secretarios más importantes. Sirvieron la comida y después de comer, los almocríes iniciaron su salmodia con modulaciones asombrosas y voces que hacían llorar. Nos retiramos y, al día siguiente, salimos para Qaṣṡamūniya.

Esta ciudad de Qaṣṡamūniya es de las más grandes y bellas; tiene muchas riquezas naturales y las cosas son baratas. Nos alojábamos en la zagüía de un jeque llamado al-Atraš, [*El Sordo*] por ser duro de oído. Vi aquí algo pasmoso: un estudiante escribía con el dedo en el aire, y a veces en el suelo, a la vista del jeque, y éste le comprendía y le contestaba. De este modo le contaban historias, que él entendía. Nos quedamos en esta ciudad unos cuarenta días. Por dos *dirhams* comprábamos medio borrego bien cebado y, por el mismo precio, pan suficiente para todo el día: ¡y éramos

diez personas! Nos mercábamos también por dos *dirhams*, pasteles de miel para todos, y nueces y castañas, por un *dirham* cada cosa, sobrándonos después de haber comido todas las que queríamos. La carga de leña nos costaba un solo dirham. Y eso en época de mucho frío. No he visto ciudad más barata que ésta.

Me encontré aquí con el sabio imán, maestro y muftí, el jeque Tāy, ad-Dīn as-Sulṭāniyūkī, uno de los grandes ulemas. Había estudiado en los dos Iraq; en Tabrīz, donde había vivido un tiempo, y en Damasco. Antes había residido en las dos Santas Ciudades [Medina y La Meca]. Estuve también con el sabio maestro Ṣadr ad-Dīn Sulaymān al-Finīkī, oriundo de Finīka [Finike], en Anatolia. Me hospedó en su *madrasa*, que está en el zoco de los caballos. También vi en Qaṣṭamūniya al longevo y piadoso jeque Dādā Amīr -Alī; le visité en su zagüía, que está, asimismo, junto al zoco de los caballos, y le encontré tumbado de espaldas. Uno de sus criados le sentó y otro le alzó las cejas; entonces abrió los ojos y me habló en un árabe perfecto, diciéndome: «Bienvenido seas». Le pregunté por su edad y contestó: «Yo fui compañero del califa al-Mustanṣir bi-Llāh, que murió cuando yo tenía treinta años; así que ahora tengo ciento sesenta y tres años»^[322]. Le pedí que rogara por mí, me bendijo y marché.

Mención del sultán de Qaṣṭamūniya

Es el venerado sultán Sulaymān Bādšāh, hombre de edad proyecta, pues pasa de los setenta años; de aspecto grave e imponente, tiene un bello rostro y lengua barba. Los alfaquies y hombres piadosos le tratan con familiaridad. Entré a verle en la sala de audiencia e hizo que me sentara a su lado: se interesó por mi salud y por las circunstancias de mi llegada y preguntó por las dos Santas Ciudades, por Egipto y por Siria, a lo que respondí cumplidamente. Mandó que me alojaran cerca de él, y ese mismo día, me regaló un alfaraz de raza, de pelo bayo, y un ropaje, asignándome además una pensión diaria y forraje para las bestias. Más tarde, ordenó se me diera, en una aldea que depende de la ciudad, a media jornada de distancia, una cierta cantidad de trigo y cebada, pero no pude aprovecharlo, pues no encontré quien me lo comprara, a causa de los bajos precios, de modo que se lo cedí al *Peregrino* que nos acompañaba.

Este sultán acostumbra a conceder audiencia todos los días, después del rezo de la tarde. Traen luego la comida y se abren las puertas, dejando comer a todo el mundo, ya sean ciudadanos o paisanos, forasteros o viajeros. En las primeras horas del día, otorga una audiencia especial; su hijo viene a besarle las manos, retirándose acto seguido a su propia sala de sesiones. Llegan luego los señores del Estado, comen con el sultán y marchan.

Acostumbra también este sultán ir a caballo los viernes a la mezquita, lejos de su residencia. La dicha mezquita tiene tres pisos de madera: El sultán, los señores de su

Estado, el cadí, los alfaquíes y los jefes de la tropa, rezan en el piso de abajo; el Efendi (*Afandī*, señor), que es el hermano del sultán, sus compañeros y criados, y algunos habitantes de la ciudad, oran en el piso de en medio; y en el de arriba, lo hacen el heredero del sultán, que es el más pequeño de sus hijos y se llama al-*Ŷawād*, sus amigos, esclavos y criados, y el resto de la gente. Todos los almocríes se sientan en corro delante del mihrab, sentándose también con ellos el jatib y el cadí. Sulaymān Bādšāh se coloca frente al mihrab y los almocríes recitan la sura de *La Caverna* [*Sūrat al-Kahf*, *Corán*, XVIII] con bellas voces, repitiendo las aleyas en admirables secuencias; una vez que éstos han acabado, el jatib sube al alminbar, pronuncia el sermón y luego recita la zalá. Cuando han terminado esta zalá, rezan las oraciones supererogatorias y el almocrí mayor recita ante el sultán la décima parte del *Corán*. Entonces se retiran el sultán y sus acompañantes. El almocrí vuelve a recitar delante del hermano del sultán, que se retira también con sus compañeros en cuanto finaliza la salmodia. A continuación, el almocrí se dirige hacia el hijo del sultán y, una vez recitada la parte correspondiente, se levanta el *mu‘arrif* [relator; introductor], que es lo mismo que el *mudakkir* [amonestador, apercibidor], y hace el panegírico del sultán y de su hijo, en versos turcos; luego ruega por ellos y se retira.

El hijo del rey se dirige entonces a la casa de su padre, besando antes, de camino, la mano de su tío, que está parado esperándole. Luego entran ambos donde el sultán, adelantándose el hermano de éste para besarle la mano y sentarse ante él; a continuación viene su hijo, le besa también la mano y se retira a su salón, sentándose allí con sus hombres. Cuando llega el momento de la oración de la tarde, la rezan todos juntos; el Efendi besa entonces la mano de su hermano, el sultán, y se retira, no volviendo hasta el otro viernes. El heredero, sin embargo, va a verle todas las mañanas, como ya hemos dicho antes.

Partimos de Qaṣṭamūniya y paramos en una aldea, hospedándonos en una gran zagüía, de las más bellas que he visto en este país; la construyó en penitencia un gran emir, llamado Fajr ad-Dīn. Puso a su hijo a su cuidado y como patrón de los faquires que hay en ella. Las alfardas de la aldea van a parar a los habices de esta zagüía. Frente a ella edificó unos baños, para que los viajeros y caminantes pudieran entrar en ellos sin pagar nada; construyó también un zoco en la aldea, que legó como habiz a la mezquita aljama. De los habices de esta zagüía, a todos los faquires que llegaran a ella de las dos Santas Ciudades, Egipto, los dos Iraq, el Jurāsān y otras partes, les asignó un vestido completo, cien *dirhams* el día de su llegada y trescientos el de su partida, además de la despensa diaria mientras estuvieran allí: pan, carne, arroz cocido con manteca y dulces. A los faquires de Anatolia les asignó diez *dirhams* y el hospedaje de tres días.

Salimos de aquí y pasamos la noche siguiente en otra zagüía que estaba en despoblado, en lo alto de un monte; había sido construida por uno de los *fityān ajiyya*, originario de Qaṣṭamūniya y llamado Nizām ad-Dīn. Le donó como habiz una aldea, cuyos impuestos sobre la renta de la tierra [*jarāy*] se dedicaban a mantener a los

viajeros que paraban en la dicha zagüía.

Nos encaminamos después a la populosa ciudad de Şanüb [Sinop], fortificada y bella al mismo tiempo. El mar la rodea por todas partes, menos por el lado de levante: allí hay una sola puerta, por la que no se puede entrar sin licencia del emir. El emir de Şanüb es Ibrāhīm Bak, hijo del mentado sultán Sulaymān Bādšāh; una vez que hubieron recabado su permiso, entramos en la población y nos alojamos en la zagüía de ‘Izz ad-Dīn Ajī Ŷalabī, que está junto a la Puerta del Mar [*Bāb al-Bahr*], por la parte de fuera. De aquí se sube a un monte que se mete en el mar, como la Punta Almina de Ceuta, lleno de huertos, sembrados y arroyos; hay higueras y viñas por todas partes. Es un monte inaccesible, al que no se pueden subir, y en el que se ven hasta once aldeas habitadas por rumíes infieles, bajo clientela de los musulmanes. En lo más alto se alza una rábida atribuida a Elías y al-Jiḍr, que jamás está vacía de devotos: al lado hay un manantial y los ruegos que allí se hacen son siempre atendidos. Al pie de este monte se encuentra la tumba del piadoso y santo compañero del Profeta, Bilāl al-Ḥabašī [*El Abisinio*]. Sobre el sepulcro se ha edificado una zagüía, donde dan de comer a los viajeros y caminantes.

La aljama de la ciudad de Şanüb es una de las más bellas mezquitas; tiene en mediouna alberca con cúpula, soportada ésta por cuatro pilares. Con cada pilar van dos columnas de mármol rematadas por una tribuna, a la que se sube mediante unos peldaños de madera. Fue construido esto por el sultán Barwānah, hijo del sultán ‘Alā’ ad-Dīn ar-Rūmī, que rezaba los viernes desde lo alto de esta cúpula. Reinó después su hijo, Gāzī Ŷalabī y, al morir éste, se apoderó de Şanüb el ya mencionado Sulaymān Bādšāh.

Este Gāzī Ŷalabī era valiente y osado; Dios le había otorgado el don de aguantar mucho bajo el agua y de nadar con fuerza. Se embarcaba en las naves de guerra para luchar con los bizantinos y, cuando se encontraba con ellos y ya se había entablado el combate, se sumergía en el mar con un hierro en la mano; horadaba con él los barcos enemigos y éstos no se apercebían de lo que se les venía encima hasta hundirse por sorpresa. Las naves enemigas entraron una noche en el puerto de Şan b y él las agujereó e hizo prisioneros a todos los que iban en ellas. Era, pues, hombre de una habilidad sin par; sólo que, según dicen, consumía mucho *ḥašīš* y murió por ello. Aunque también cuentan que salió un día de caza, a la que era muy aficionado, y se puso a perseguir a una gacela, que se metió entre los árboles; entonces espoleó aún más a su corcel, pero le salió un árbol al paso, se descalabró con el golpe y murió.

Sulaymān Bādšāh se adueñó entonces de Şanüb y nombró emir a su hijo Ibrāhīm. Dicen que éste también consume *ḥašīš* como Gāzī Ŷalabī: en cualquier caso, la gente de Asia Menor no desaprueba nunca el uso de la droga. Pasé un día por la puerta de la aljama de esta ciudad, que tiene fuera unos poyos donde se sienta la gente, y vi allí un grupo de jefes de la tropa; tenían delante un criado con una jícara llena de algo parecido a la alheña, y uno de ellos lo estaba comiendo con una cuchara. Yo le miraba, pero no sabía lo que había en la jícara; pregunté a uno que estaba conmigo y

me dijo que era *ḥašīš*.

También nos hospedó en esta ciudad el cadí Ibn ‘Abd ar-Razzāq, que era al mismo tiempo lugarteniente y maestro del emir.

Episodio

Cuando entramos en Şanūb, la gente nos vio rezar con las manos caídas. Ellos son *ḥanafīes* y no conocen la escuela de Mālik ni su manera de rezar: según el rito *mālikī*, es preferible hacerlo con las manos caídas a lo largo de los costados. Algunos de ellos habían visto a los *rāfiḍīes* rezar de la misma manera, en el Iraq y en el Ḥiṡāz, y sospecharon que nosotros lo éramos también. Nos preguntaron y dijimos ser *mālikīes*. Pero no se contentaron con esto y siguieron sospechando de tal modo que el lugarteniente del sultán nos mandó una liebre, encargando a uno de sus criados que se quedara con nosotros para ver lo que hacíamos. Nosotros la degollamos, la cocinamos y nos la comimos. El criado se fue a informar de esto a su amo y, desde entonces, se acabaron las sospechas y nos enviaron la comida de huéspedes. Actuaron así porque los *rāfiḍīes* no comen liebre jamás^[323].

SUR DE RUSIA

Cuatro días después de haber llegado a Şanūb, murióse la madre del emir Ibrāhīm y asistí a su entierro. El hijo iba detrás del féretro, a pie y con la cabeza descubierta, igual que los emires y mamelucos, que, además, llevaban la ropa con el envés hacia fuera. El cadí, el jatib y los alfaquíes también llevaban así la ropa, pero no iban con la cabeza descubierta del todo: se pusieron encima unos pañuelos de lana negra, en lugar de los turbantes. Estuvieron repartiendo comida durante cuarenta días, tiempo que dura el luto entre esta gente.

Ese mismo número de días, más o menos, estuvimos en esta ciudad, esperando que nos fuera hacedero viajar por el Mar Negro a la ciudad de Qirim [Krim, en la punta oriental de Crimea]. Alquilamos un barco rumí y aguardamos otros once días un viento favorable; por fin nos hicimos a la mar y cuando estábamos en medio de ella, tres días después, se nos vino encima una espantosa galerna que iba a peor, de modo que vimos llegar la hora de nuestra muerte. Yo estaba en la cabina con un magrebí llamado Abū Bakr; le mandé que subiera arriba para ver cómo estaba el mar, y así lo hizo. Volvió luego a la cabina, diciéndome: «¡Que Dios os guarde!». Nos sorprendió una tormenta como no se ha conocido otra; después cambió el viento y nos devolvió a las cercanías de Şanūb, de donde saliéramos. Uno de los mercaderes quiso desembarcar en el puerto de esta ciudad, pero yo prohibí al patrón del barco que le dejara bajar. Después, se corrigió el viento y nos hicimos otra vez a la vela. Cuando estábamos en alta mar, volvieron a encrespase las aguas y nos ocurrió lo mismo que la vez anterior; pero luego nos ayudó el viento y avistamos las montañas del continente.

Nos dirigimos a un puerto llamado Karş [Kerch, en Crimea] y quisimos entrar, pero unos hombres que estaban en el monte nos hicieron señas de que no atracáramos. Temimos por nuestras vidas y pensamos que había allí naves enemigas, por lo cual regresamos, poniendo proa al continente. Ya próximos a la costa, dije al patrón del buque: «Quiero descender aquí». Al desembarcar, vi una iglesia y fui a ella encontrándome con un fraile; en una de las paredes estaba pintada la figura de un árabe con turbante, espada al cinto y una lanza en la mano. Delante de la pintura había una lámpara encendida. Pregunté al monje: «¿De quién es esta imagen?». «Es la imagen del profeta ‘Alī», fue la respuesta. Quedé pasmado con tal contestación. Pernoctamos en la iglesia y cocimos unas gallinas, pero no pudimos comerlas porque de tenerlas a bordo conservaban aún el olor del mar, como todo lo que trajéramos en el barco.

Este sitio en que desembarcamos estaba en el llano conocido como Dašt Qifîaq^[324]. *Dašt*, en turco, significa «desierto». Es una llanura lozana y verdeante, pero sin un solo árbol, ni colinas, montes o quebradas. No hay, pues, nada de leña y encienden la lumbre con estiércol, que llaman *tazak* [tezek]: puedes ver a la gente

más principal recoger las boñigas secas y echárselas en el enfaldo de la almalafa. Por este llano se viaja siempre en carro, y tiene una extensión de seis meses de marcha, tres de los cuales por el país del sultán M. Ūzbak y los tres restantes por los dominios de otros reyes.

Al día siguiente de haber llegado a este puerto, un mercader compañero nuestro fue a buscar, entre los habitantes de este llano, a los que eran de la taifa de los Qifÿaq, cristianos; les alquiló un carro tirado por caballos, montamos en él y llegamos a Kafā [Feodosiya], gran ciudad que se extiende a lo largo de la costa [de Crimea]. Sus habitantes son cristianos, genoveses en su mayor parte, y su emir se llama Demedīr. Nos alojamos en la mezquita de los musulmanes.

Anécdota

Cuando hacía cosa de una hora que estábamos en la mezquita, oímos tañer campanas por todas partes; yo nunca había escuchado semejante sonido, de modo que me espanté y mandé a mis compañeros que subieran al alminar y allí recitaran el *Corán*, invocaran el nombre de Dios y llamaran a la oración. Así lo hicieron, mas entretanto vino un hombre armado y con cota de mallas; nos saludó y le preguntamos quién era. Respondió que era el cadí de los musulmanes de Kafā y dijo: «Cuando he oído recitar el *Corán* y llamar a la zalá, he temido por vosotros y he venido, como veis». Luego se fue; pero nos trataron bien en esta ciudad. Al día siguiente vino a vernos el emir y nos hizo preparar un almuerzo; comimos en su casa y dimos una vuelta a la ciudad, que tiene hermosos zocos. Todos sus habitantes son infieles. Bajamos luego al puerto, que es asombroso: había unos doscientos barcos, entre naves de guerra y de pasajeros, grandes o pequeños; es uno de los puertos más famosos del mundo.

Alquilamos un carro y nos dirigimos a Qirim, grande y hermosa ciudad del país del ilustre sultán M. Ūzbak Jān; la gobierna en su nombre un emir llamado Tuluktumūr. Por el camino nos había acompañado un criado de este emir, que le informó de nuestra llegada; Tuluktumūr me envió entonces un caballo con su imán, Sa'd ad-Dīn. Nos alojamos en una zagüía, cuyo jeque era Zādah al Jurāsānī, quien nos dio la bienvenida, nos honró y trató bien. Es hombre muy respetado, pues he visto que la gente de aquí venía a saludarle, cadíes, jatibes y alfaquíes, entre otros. Este jeque Zādah me enteró de que había un convento en las afueras donde vivía un monje cristiano dedicado al servicio de Dios y que ayunaba mucho, pues aguantaba hasta cuarenta días seguidos, desayunándose después con una sola haba; y que, además, revelaba misterios. Me rogó que le acompañara a verle, pero me negué; luego me arrepentí de no haberle visto y saber si esto era verdad o no.

Vi también al gran cadí de esta ciudad, Šams ad-Dīn aṣ-Šā'ilī, cadí de los

ḥanafīes; al cadí de los *šāfiīes*, llamado Jidr; al maestro y alfaquí ‘Alā’ ad-Dīn al-Asī; al jatib *šāfiī*, Abū Bakr, que predica en la mezquita aljama construida en esta ciudad por al-Malik an-Nāṣir, sultán de Egipto; al sabio y piadoso jeque Muḏaffar ad-Dīn, que antes era rumí, pero que se hizo musulmán de todo corazón, y al devoto y virtuoso jeque Muḏhir ad-Dīn, uno de los más estimados alfaquíes.

El emir Tuluktumūr se puso enfermo y fuimos a visitarle; nos trató con bondad y consideración. Estaba a punto de encaminarse a la ciudad de Sarā [Saray, act. Tsarev], capital del sultán M. Ūzbek, por lo que me apresté a viajar en su compañía, comprando unos carros para ello.

Mención de los carros en los que se viaja por este país

Al carro [*‘aḡala*] llaman aquí *‘araba*, y todos ellos tienen cuatro grandes ruedas; de estos carros tiran unas veces dos o más caballos, y otras, bueyes y camellos, según lo pesados o ligeros que sean. El que guía el carro monta en uno de los caballos que tiran de él, que está ensillado; en la mano lleva un azote para avivar el paso de las bestias y una gran vara con la que las dirige cuando se tuercen del camino. Encima de las carretas ponen una especie de cúpula hecha de listones de madera, atados con correas de cuero, de modo que es muy ligera de llevar; la cubren de borra o tela y practican en ella unos ventanucos de celosía para ver desde dentro a la gente, sin ser vistos desde fuera. El que va allí se rebulle como quiere: duerme, come, lee o escribe mientras sigue caminando. Los carros que llevan los bultos, el viático y los víveres, llevan también una caseta parecida a esta que hemos descrito, cerrada con un candado. Cuando decidí ponerme en camino, preparé un carro recubierto de borra, donde me metí con una joven esclava mía; dispuse una carreta para mi amigo ‘Afif ad-Dīn at-Tūzarī y otro gran carro para mis otros compañeros, tirado por tres camellos, en uno de los cuales iba montado el arriero.

Partimos en compañía del emir Tuluktumūr, de su hermano ‘Īsà y de sus dos hijos, Quṭlūdumūr y Šārūbak. Viajaban también con él su imán Sa’d ad-Dīn, el jatib Abū Bakr, el cadí Šams ad-Dīn, el alfaquí Šaraf ad-Dīn Mūsà y el *mu‘arrif* [introducción; relator] ‘Alā’ ad-Dīn. Las funciones de este *mu‘arrif* consisten en estar delante del emir en la sala de audiencia y levantarse cuando llega el cadí, diciendo: «*Bi-smi-Llāhi* [En nombre de Dios], nuestro dueño y señor [*sayyidnā wa-mawlānnā*] el cadí de cadíes y jueces, el que expone con claridad los dictámenes [*fatāwā*] y sentencias [*ahkām*]; *bi-smi-Lhāhi*». Cuando llega un alfaquí respetable o un hombre señalado, el *mu‘arrif* dice: «*Bi-smi-Llāhi*, nuestro señor [*sayyidnā*] Fulano; *bi-smi-Llāhi*». Los presentes se disponen a recibir al que entra, se levantan y le dejan sitio en la sala.

Los turcos tienen la costumbre de viajar por esta llanura del mismo modo que los peregrinos por la ruta del Hiḡáz: se ponen en camino después del rezo de la

madrugada, acampan a media mañana, vuelven a caminar después del mediodía y acampan otra vez al atardecer. Cuando hacen alto, desatan de los carros a los caballos, bueyes y camellos, y los dejan sueltos para que pasten, ya sea de día o de noche. Nadie, ni el sultán ni ningún otro, da forraje a las bestias, pues es propio de este llano que las plantas que en él crecen suplan a la cebada de las acémilas: no hay ningún otro país que tenga esta particularidad. Por esta razón hay tantas bestias de carga en aquel territorio y, además, no tienen guardas ni pastores, pues las penas que caen sobre los cuatrerros son muy severas; al que se encuentra con un caballo robado se le impone que lo devuelva a su dueño, añadiendo otros nueve caballos más; si no puede cumplir se le quitan los hijos, y si no tiene hijos, se le degüella como a un borrego.

Estos turcos no comen pan ni alimentos duros, sino que hacen una comida con una especie de mijo [*anlī*] que llaman *dūgī*; ponen agua a calentar y, cuando hierve, le echan dentro un poco de este *dūgī*. Si tienen carne, la cortan en pedazos pequeños y la cuecen al mismo tiempo que el mijo, sirviéndole a cada uno su parte en un lebrillo pequeño con leche cuajada; después de comer esto, beben también leche de yegua, agria, que llaman *qumizz* [*humuz*]. Son gente recia, fuerte y de buen humor. A veces, preparan un plato llamado *būrjānī*, una masa que cortan en trocitos con un agujero en medio; los ponen a cocer en una olla y, cuando ya están listos, echan encima leche cuajada y se los comen. Tienen también una especie de vino, que fabrican de los granos de ese mijo del que hemos hablado. El comer dulces les parece una vergüenza: estaba yo un día del mes de Ramadán con el sultán Ūzbak y sirvieron carne de caballo —que es la que más comen— carne de cordero y *rištā* [*riste*], unos fideos cocidos que se beben con leche agria. Esa noche había llevado yo al sultán un plato de dulces que hiciera uno de mis compañeros, pero el sultán sólo se chupó un dedo, después de haber tocado con él uno de los dulces. El emir Tuluktumūr me contó que uno de los más importantes esclavos de este sultán tenía unos cuarenta vástagos, entre hijos y nietos, y que el sultán le dijo un día: «Come dulces y os liberaré a todos». Pero el hombre se negó y dijo: «Aunque me mataras, no los comería».

Al salir de la ciudad de Qirim, acampamos en la zagüía del emir Tuluktumūr, en un sitio llamado Siŷiŷán, y el emir mandó que me presentara ante él. Monté a caballo, pues siempre tenía uno dispuesto para cabalgar cuando quisiera, del que se encargaba el arriero de nuestro carro, y me acerqué a la zagüía. El emir había preparado una abundante comida, con pan incluido; trajeron un líquido blanco en unos cuencos y todos los que estaban allí bebieron. Yo estaba junto al jeque Muẓaffar ad-Dīn, el cual se hallaba al lado del emir, y le pregunté: «Qué es esto?». «Agua de *duhn* [grasa]», me respondió. No comprendí lo que quería decir, lo probé y me pareció agrio, de modo que lo dejé. A la salida, volví a preguntar y me dijeron que era vino hecho con los granos del mijo: son *ḥanafīes*, así que consideran lícito beber vino. A este vino de mijo le llaman *būza*^[325]. El jeque Muẓaffar ad-Dīn habría querido decirme «agua de *dujn* [mijo]», pero como hablaba con acento persa, creí que me había dicho «agua de

duhn [grasa]».

Después de haber acampado dieciocho veces desde la ciudad de Qirim, llegamos a una zona pantanosa que tardamos un día entero en atravesar; cuando hubo entrado un gran número de acémilas y carretas, aquello se convirtió en un gran barrizal y se hizo más difícil vadearlo. El emir pensó en mi comodidad y me envió delante de él con uno de sus criados: me dio una carta para el emir de Azāq [Azov], diciéndole que yo quería presentarme ante el rey e incitándole a tratarme con consideración. Marchamos hasta llegar a otro pantano, que tardamos medio día en vadear; tres jornadas después, llegamos a Azāq.

Esta ciudad está a orillas del mar y tiene hermosos edificios; a ella se dirigen con sus mercaderías los genoveses y otros comerciantes. Uno de los *fityān* que hay allí es el *ajī* Biŷaḡŷī [*El Cuchillero*] que es hombre respetable y da de comer a los viajeros y caminantes. Cuando el emir de Azāq, M. Jawāŷah al-Juwārizmī, recibió la carta del emir Tuluktumūr, salió a recibirme con el cadí y los estudiantes de la *madrasa* y me trajo alimentos. Una vez le hubimos saludado, acampamos en un sitio para comer, llegando luego a la ciudad. Nos alojamos en las afueras, cerca de una rábida atribuida a Elías y al-Jiḍr. Un jeque de Azāq, llamado Raŷab an-Nahr Malikī, por proceder de una aldea iraquí del mismo nombre [Nahr Malik], vino a buscarnos y nos hospedó muy bien en una zagüía suya.

Dos días después llegó el emir Tuluktumūr, y el emir Muḥammad salió a su encuentro con el cadí y los estudiantes; le prepararon los manjares de hospitalidad y plantaron tres tiendas en forma de cúpula, pegando unas con otras. La primera estaba hecha de seda de colores y era magnífica; las otras dos eran de lino. Las rodearon con una cerca de tela blanca que dicen *sarāŷa* y que nosotros [en el Magrebl llamamos *afrāŷ*, fuera queda el *dihlīz* [vestíbulo, antesala], que tiene la misma forma que la torre [*burŷ*] de nuestros aduanares. Cuando el emir se apeó de su montura, tendieron por el suelo tiras de seda, para que anduvieran sobre ellas. Por generosidad y como gracia, Tuluktumūr había hecho que yo me adelantara a él, para que el emir de Azāq viera qué dignidad me concedía. Nos acercamos al primer pabellón, que estaba dispuesto para que se aposentara en él Tuluktumūr en el sitio de honor había un gran sillón de madera taraceada, con un bello almohadón; el emir me hizo pasar delante de él, junto con el jeque Muḡaffar ad-Dīn. Luego subió él y sentóse entre ambos, de modo que estábamos los tres en el almohadón. Su jatib y su cadí, así como el juez y los estudiantes de Azāq, se sentaron a la izquierda del sillón, en lujosos cojines. Los dos hijos del emir, su hermano y el emir Muḥammad y sus hijos, quedaron de pie, al servicio de Tuluktumūr. Trajeron la comida, que consistía en carne de caballo y otras carnes, y luego sirvieron leche de yegua y *būza*. En acabando de comer, los almocríes recitaron el *Corán* con bellas voces y se levantó un alimbar, donde subió el jatib, mientras los almocríes se sentaban delante de él; el jatib pronunció un elocuente sermón, pidiendo por el sultán, el emir y todos los presentes: hablaba primero en árabe y luego lo comentaba en turco. Entretanto, los almocríes repetían aleyas del

Alcorán con admirable cadencia y luego se pusieron a cantar, al principio en árabe, a lo que llamaban *al-qawl* [la palabra], y después en persa y turco, dándole a esto el nombre de *al-mulamma'* [lo abigarrado: compuesto de árabe y turco, o persa y turco]. Volvieron a traer más comida y así seguimos hasta el atardecer; cada vez que quería irme, el emir lo impedía. Trajeron un vestido para el emir y otros para sus dos hijos y su hermano, para el jeque Muẓaffar ad-Dīn y para mí; finalmente, les dieron diez corceles al emir y a su hermano, seis a sus dos hijos y otro a mí y a cada uno de los notables de su séquito.

Hay muchos caballos en este país, y a bajo precio: uno bueno puede costar cincuenta o sesenta *dirhams* de aquí, que, al cambio, equivalen a un dinar magrebí, más o menos. Estos caballos son los que en Egipto se conocen con el nombre de *akādīš* [rocines] y de ellos viven los habitantes de esta tierra: hay tantos aquí como corderos en el Magreb, o aún más; uno solo de estos turcos puede tener hasta miles de ellos. Los turcos de este país dueños de caballos acostumbran colocar en una esquina de los carros donde van sus mujeres una vara de una braza, en la que atan pedazos de fieltro de un palmo de longitud; por cada mil caballos ponen un trozo. Y yo he visto algunos que llevan diez o más pedazos.

También llevan estos caballos a la India, y en estas partidas pueden ir hasta cerca de seis mil animales; cada mercader suele llevar uno o dos centenares, contratando por cada cincuenta caballerías un mayoral para que los cuide y los lleve a pastar, como si fueran ovejas. A este hombre le llaman *qaṣī* y va montado en uno de los caballos, llevando en la mano un palo con una cuerda atada en la punta; cuando quiere coger a un caballo, se pone delante, le echa la cuerda al cuello, tira de él y se monta encima, dejando suelto al que estaba cabalgando, para que paste. Cuando llegan con los caballos a la tierra de Sind, tienen que suministrarles forraje, pues las plantas de allá no pueden sustituir a la cebada; muchos se les mueren y otros se los roban. En un sitio llamado Šašnaqār les hacen pagar una tasa de siete dinares de plata por cada caballo, igual que en Multān, capital de Sind. Y antes tenían que pagar un cuarto del valor de lo que traían, como impuesto de entrada. Pero el sultán Muḥammad, rey de la India, suprimió esto y mandó que a los mercaderes musulmanes se les cogiera sólo el azaque y a los infieles el diezmo. A pesar de ello, a los tratantes les queda un gran beneficio, pues un caballo barato vale en la India cien dinares de plata, que son, al cambio veinticinco dinares de oro magrebíes; a veces los venden por el doble o el triple. Un buen caballo puede costar quinientos dinares o más. Los hindúes no los compran como caballos de carrera o batalla, pues para combatir visten cota de mallas, tanto ellos como los corceles: atienden sólo al vigor de la caballería y al largo de su zancada. Cuando quieren procurarse caballos de carreras, los traen del Yemen, Omán y Fārs; uno de estos alfaraces puede costar de mil a cuatro mil dinares.

Cuando el emir Tuluktumūr salió de Azāq, yo quedé aún tres días en la ciudad, mientras el emir M. Jawāyḥ me preparaba los utensilios necesarios para el viaje. Me

encaminé luego a Māyār [Burgomadzhary], gran ciudad, una de las más bellas de los turcos, situada a la orilla de un gran río [el Kuma]; tiene huertos y muchos frutales. Nos hospedamos en la zagüía del piadoso, devoto y longevo jeque M. al-Baṭā'ihī de los Pantanos [Baṭā'ih] del Iraq^[326], sucesor del jeque Abmad ar-Rifā'ī, que Dios tenga en su santa gloria. Había en ella unos setenta faquires árabes, persas, turcos y anatolios, unos casados y otros solteros, que viven de limosnas: la gente del país cree firmemente en los faquires y todas las noches les llevan a la zagüía caballos, bueyes y corderos. El sultán y las *jātūn* vienen a visitar a este jeque para recibir sus bendiciones y le colman de obsequios y presentes, sobre todo las mujeres; éstas dan muchas limosnas y ponen gran empeño en hacer buenas obras.

Rezamos en la ciudad de Māyār la zalá del viernes. Una vez acabada ésta, subió al almimbar el jatib 'Izz ad-Dīn, hombre ilustre y alfaquí de Bujārā [en el Uzbekistán], mientras un grupo de discípulos suyos y almocríes recitaban el *Corán* delante de él. Pronunció un sermón y unas amonestaciones, en presencia del emir y de los notables de la ciudad; el jeque M. al-Baṭā'ihī se levantó entonces y dijo: «El jatib y alfaquí tiene la intención de viajar y nosotros queremos darle viático». Se despojó de su mantelete de pelo de cabra y añadió: «Yo le doy esto». Algunos de los presentes se quitaron también sus ropas y otros le dieron un caballo o unos *dirhams*. El alfaquí reunió así muchas cosas.

En la alcaicería de esta ciudad vi a un judío que me saludó y habló en árabe. Le pregunté de dónde era y me dijo que de al-Andalus. Contó que no había venido por mar, sino por tierra, por el camino de la Gran Constantinopla, Asia Menor y Circasia [Bilād al-Ŷarkas] y que había salido de al-Andalus cuatro meses antes. Los mercaderes viajeros, que saben de estas cosas, me dijeron que era verdad lo que decía.

En este país observé algo asombroso: la consideración en que se tiene a las mujeres, cuya posición es más alta que la de los hombres. La primera vez que vi a la mujer de un emir fue a la salida de Qirim. Iba la *jātūn* en su carro y era la esposa del emir Saltiyah. Todo el carro estaba recubierto de una buena tela azul y llevaba abiertas las puertas y ventanillas de la caseta. Delante de la *jātūn* había cuatro mozas de belleza esplendorosa y magníficamente vestidas. Detrás venían varias carretas con las muchachas a su servicio. Cuando llegaron al sitio donde estaba acampado el emir, la *jātūn* bajó del carro y al tiempo lo hicieron más de treinta de estas jóvenes esclavas, para levantarle las puntas del vestido que iba lleno de ojales, así que cada muchacha cogía el cabo del vestido por uno de ellos, para alzarlo del suelo por todas partes: de este modo, la *jātūn* podía caminar contoneándose. Al llegar donde el emir, éste se levantó, la saludó e hizo que se sentara a su lado, mientras sus esclavas la rodeaban; trajeron odres de *qumizz* y ella lo echó en una copa, sentóse sobre los talones y se la ofreció al emir, tendiéndosela. Una vez que éste hubo bebido, la *jātūn* se lo escanció a su cuñado y el emir, a su vez, se lo escanció a ella. Sirvieron luego la comida; la *jātūn* comió con el emir, que le regaló un vestido, y después se retiró. Esta

es la ceremonia que observan las mujeres de los emires. Más tarde hablaremos de las mujeres del rey. También he visto mujeres de traficantes y otras vulgares: unas van en carros tirados por caballos, con tres o cuatro muchachas que les alzan las puntas del vestido; en la cabeza llevan un *bugtāq*, es decir, un *aqrūf* [especie de capirote] con perlas incrustadas y rematado por plumas de pavo real. Tienen abiertos los ventanucos de la carreta y van mostrando el rostro, pues las mujeres de los turcos no llevan velo. Otras, que también van así, y acompañadas de esclavos, llevan leche y corderos al zoco, vendiéndolos allí a trueque de géneros de droguería. Muchas veces, la mujer va acompañada del marido, que parece, a simple vista, uno de sus criados, pues por toda vestimenta lleva una pelliza de piel de cordero y, en la cabeza, un bonete de lo mismo, que llaman *kulā* [*kūlah*].

Nos dispusimos a salir de la ciudad de Māyār para dirigirnos al campamento del sultán, a cuatro días de distancia, en un sitio llamado Biš Dag [al pie del monte Beshtau, junto a Piatigorsk]; *biš*, en turco, significa «cinco», y *dag* quiere decir «montaña». En estas cinco montañas [*al-Ġibāl al-Jamsa*] hay un manantial de agua caliente donde se lavan los turcos, pues afirman que quien se baña en él se pone a salvo del azote de las enfermedades. Así pues, nos pusimos en viaje hacia el sitio de la almahala y llegamos allí el primer día del mes de Ramadán [6 de mayo de 1334], pero hallamos que aquélla había ya partido, de modo que volvimos al lugar de donde habíamos venido, pues la almahala tendría que acampar en sus proximidades. Planté mi tienda en una colina y clavé delante de ella el estandarte, colocando en la parte de atrás los caballos y carros. Llegó mientras tanto la almahala, que los turcos llaman *urdū* [*horda*]^[327], y vimos como una gran ciudad que caminara con sus habitantes, con mezquitas y zocos y el humo de las cocinas alzándose por los aires, pues los turcos cocinan mientras van de marcha. Los carros van tirados por caballos y cuando llegan al lugar de acampada, bajan las casetas y las colocan en el suelo, pues son ligeras de transportar; lo mismo hacen con las mezquitas y las tiendas. Las *jātūn* del sultán pasaron junto a nosotros, cada una de ellas con su séquito; cuando pasó la cuarta, hija del emir ‘Īsà Bak, y de la que luego hablaremos, vio mi caseta en lo alto de la colina, con el estandarte delante, que es la señal del recién llegado. Envié entonces a unos mozos y muchachas, que me saludaron y trajeron saludos de su parte, mientras ella se detenía, esperándoles. Yo le mandé un presente con uno de mis compañeros y con el *mu‘arrif* del emir Tuluktumūr, que recibió como una bendición y ordenó que me alojara cerca de ella; luego se puso otra vez en marcha. El sultán llegó después acampó en una almofalla aparte...

Mención del ilustre sultán M. Ūzbak Jān

Su nombre es M. Ūzbak, pues *jān* quiere decir «sultán», en turco; posee un enorme reino y es monarca muy poderoso, de gran rango y elevada dignidad;

vencedor de los enemigos de Dios, la gente de la Gran Constantinopla, y esforzado en la guerra santa. Sus dominios son muy extensos y cuenta con importantes ciudades, como Kafā, Qirim, Māyār, Azāq, Surdāq, [Sudak, en Crimea], Juwārizm y Sarā, la capital. Es uno de los siete reyes más grandes y poderosos del mundo, a saber: Nuestro Señor el Miramamolín, sombra de Dios en la tierra, imán de la taifa victoriosa que no dejará de defender por siempre la verdad, cuya autoridad sostenga Dios y glorifique su triunfo; el Sultán de Egipto y de Siria; el Sultán de los dos Iraq; este Sultán Ūzbak; el Sultán del Turkistān y Mā Warā'-n-Nahr [Turquestán y Transoxiana]; el Sultán de la India y el Sultán de China.

Cuando este sultán va de viaje, en su almahala no están más que sus mamelucos y los señores de su Estado; cada una de las *jātūn* acampa también en almofalla aparte, y cuando quiere ver a una de ellas, le manda aviso para que se disponga a recibirle. Observa un orden magnífico y pasmoso en sus audiencias, viajes y asuntos. Tiene la costumbre de sentarse los viernes, después de la oración, en un quiosco llamado Pabellón de Oro, maravillosamente engalanado, que está hecho de varas de madera recubiertas de hojas de oro; en el centro hay un trono de madera revestido con hojas de plata dorada, cuyas patas son de plata pura y cuya cabecera está taraceada con gemas preciosas. El sultán se sienta en el trono, teniendo a su derecha a la *jātūn* Ṭayṭuglī, seguida por la *jātūn* Kabak, y a su izquierda, a la *jātūn* Bayalán, seguida por la *jātūn* Urduyā. El hijo del sultán, Tina Bak, se queda de pie en la parte de abajo del estrado, a la derecha del trono, y el segundón, Yāni Bak, a la izquierda; delante del sultán se sienta su hija Īr Kuṣūyuk. Cuando entra cualquiera de estas princesas, Ūzbāk Jān se levanta y la lleva de la mano hasta que sube al trono. Si es Ṭayṭuglī, la reina y favorita entre ellas, el sultán sale a recibirla a la puerta del pabellón, la lleva de la mano hasta el trono y no se sienta hasta que no se ha sentado ella. Y todo esto lo hacen a la vista de la gente, sin ir veladas. Después llegan los principales emires, cuyas sillas se colocan a derecha e izquierda, pues cada uno de ellos viene a la audiencia del sultán acompañado por un criado con su asiento. Los hijos de reyes primos hermanos, sobrinos o parientes del sultán, se quedan de pie ante él, igual que los hijos de los emires principales, que se colocan frente a los anteriores, cerca de la puerta del pabellón. Detrás de éstos se sitúan los jefes de las tropas, también de pie, a derecha e izquierda. Luego entra a saludarle el resto de la gente, en grupos de tres de la misma categoría; le saludan, se retiran y sientan a una cierta distancia.

Después del rezo de la tarde, la reina se retira seguida por las otras *jātūn*, que la acompañan hasta su almahala. Una vez que ha entrado en ella, se dirigen a su acampada respectiva, montadas en sus carros. Cada una de ellas va acompañada por unas cincuenta jóvenes esclavas montadas a caballo; delante del carro van unas veinte mujeres que ya han pasado la menopausia, también a caballo, colocadas entre el carro y los eunucos que van delante. Cerrando la marcha unos cien esclavos jóvenes y delante de los eunucos cien esclavos viejos más a caballo y otros tantos a pie; estos últimos llevan varas en la mano y espadas al cinto y están entre los jinetes y los

eunucos. Este es el orden que guardan las *jātūn* cuando llegan y al retirarse.

Me alojé en la almahala, cerca de Yāni Bak, hijo del sultán, al que ya mencionaremos después. Al día siguiente de mi llegada, fui a ver al sultán después del rezo de la tarde; ya había reunido a los jeques, cadíes, alfaquíes, jerifes y faquires, y había dispuesto un gran banquete, así que rompimos el ayuno en su compañía. El señor de los jerifes Ibn ‘Abd al-Ḥamīd y el cadí Ḥamza, le hablaron bien de mí y le aconsejaron que me tratara bien. Estos turcos no suelen hospedar al viajero ni le asignan una pensión diaria, sino que le envían corderos y caballos para que los degüelle y odres de *qumizz*, demostrando así su generosidad. Días después, recé la oración de la tarde con el sultán y, cuando quise irme, me mandó sentar; trajeron unas sopas como las que hacen con el mijo [*dūgī*] y, luego, carne cocida de caballo y cordero. Esa misma noche ofrecí al sultán un plato de dulces, pero él sólo puso el dedo encima de uno de ellos y se lo llevó a la boca, sin probar ninguno.

Mención de las *jātūn* y de su séquito

Cada una de las *jātūn* monta en su carro propio y la caseta que éste lleva encima tiene una cúpula de plata dorada o de madera taraceada; los caballos del tiro lucen gualdrapas de seda dorada. El arriero, que va montado en uno de estos caballos, es un joven que llaman *qašī*. La *jātūn* va sentada en su carro, teniendo a su derecha a una dueña que llaman *ūlū jātūn* [gran *jātūn*], que quiere decir «consejera», y a su izquierda, a otra mujer madura que dicen *kuḡuk jātūn* [pequeña *jātūn*], que significa «camarista». Delante de ella van seis jóvenes esclavas que llaman *banāt* [muchachas; hijas], de una belleza deslumbrante y perfecta en extremo, y detrás otras dos, en las que se reclina.

La *jātūn* lleva en la cabeza un *bugtāq*, que es como una pequeña corona con joyas incrustadas y rematada por plumas de pavo real; viste ropas de seda con gemas engastadas, como el rebozo de los bizantinos. La consejera y la camarista van tocadas con velos de seda, que lucen brocados de oro y perlas en la orla. Las *banāit* llevan en la cabeza un bonete [*kūlah*] parecido al *aqrūf*, que tiene en lo alto un aro de oro con gemas incrustadas y está rematado por plumas de pavo real; visten ropas de una seda dorada que llaman *naj*.

Delante del carro van diez o quince eunucos rumíes o hindúes, vestidos con ropas de seda dorada con gemas engastadas. Cada uno de ellos tiene en la mano una maza de oro o plata, o bien de madera forrada con uno de estos metales. Detrás del carro de la *jātūn* vienen otros cien carros aproximadamente; en cada uno de ellos viajan tres o cuatro esclavas, jóvenes y viejas, vestidas de seda y tocadas con bonetes. A éstos les siguen aún otros trescientos carros, más o menos, tirados por camellos y bueyes, y cargados con los bienes y riquezas de la *jātūn*, con sus ropas y enseres, y con la comida. Cada carro va guiado por un sirviente casado con una de las jóvenes esclavas

que hemos mentado antes, pues los turcos tienen la costumbre de que ningún criado puede estar entre estas muchachas, si no está desposado con una de ellas. Todas las *jātūn* observan este orden, pero ahora hablaremos de cada una de ellas por separado.

De la Gran *Jātūn*

La Gran *Jātūn* es la reina, la madre de los dos hijos del sultán, *Ŷāni Bak* y *Tīna Bak*, de los que hablaremos después. No es, sin embargo, la madre de la hija del sultán, *Īt Kuŷuŷuk*: la madre de esta princesa era la reina anterior. Esta *jātūn* se llama *Tayluglī* y es la favorita del sultán, pues pasa con ella la mayor parte de las noches. La gente la estima por la consideración en que la tiene *Ūzbak Jān*, a pesar de ser la más avara de las *jātūn*. Uno que sabe cosas de esta reina, y que es de toda confianza, me contó que el sultán la ama por una particularidad que tiene, a saber: que todas las noches la encuentra como si fuera virgen. Otro me dijo que esta *jātūn* descende de la mujer que, según se dice, hizo perder el reino a Salomón. Cuando éste recobró el poder, la mandó a un sitio desierto y despoblado, así que vino a parar a la llanura de *Kipchak*. Añadía este fulano que el útero de la *jātūn* *Tayluglī* tenía la forma de un anillo, como el de todas las de linaje de aquella mujer de Salomón. Yo no he encontrado en el llano de *Kipchak*, ni en ninguna parte a nadie que me haya informado de haber visto una mujer de esta forma, y ni siquiera de haber oído hablar de ello, a no ser el caso de esta *jātūn*. Solamente uno de China me dijo que en este país hay una clase de mujeres con esta conformación; pero una mujer así no ha caído nunca en mis manos, de modo que no sé si esto es cierto o no.

Al día siguiente de haberme reunido con el sultán, fui a visitar a esta *jātūn*, que estaba sentada entre diez mujeres mayores que parecían sirvientas; frente a ella había unas cincuenta jóvenes esclavas de las llamadas *banāt* con lebrillos de oro y plata llenos de cerezas, a las que estaban sacando el hueso. La *jātūn* tenía ante sí una bandeja llena también de cerezas y estaba haciendo lo mismo que las *banāt*. La saludamos y, como entre nuestros compañeros había un almocrí que recitaba el *Corán* al modo egipcio, con buen método y excelente voz, recitó un poco y luego mandó ella que trajeran *qumizz*. Lo trajeron en copas de madera, finas y ligeras. La *jātūn* cogió una y me la tendió, cosa que entre ellos es el colmo de la consideración. Yo no había bebido *qumizz* nunca, pero no tuve más remedio que aceptarlo; lo probé y no me gustó, de modo que se lo pasé a uno de mis compañeros. La *jātūn* me preguntó muchas cosas de las circunstancias de nuestro viaje y le respondimos, después de lo cual nos retiramos. Le hicimos a ella la primera visita por la estima en que la tenía el rey.

De la segunda *jātūn*, que sigue a la reina

Su nombre es Kabak Jātūn ; *kabak*, en turco, significa «salvado, cerniduras». Es hija del emir Nagatay, que todavía vive, aunque aquejado de gota, y al que llegué a ver una vez. Al día siguiente de haber visitado a la reina, fuimos a ver a esta *jātūn* y la encontramos sentada en un almohadón, leyendo el santo *Alcorán*. Frente a ella estaban unas diez mujeres maduras y cerca de veinte *banāt*, bordando unos vestidos. La saludamos y nos respondió de buen grado, hablándonos con amabilidad; nuestro almocrí recitó un poco el *Corán* y ella le alabó. Mandó que trajeran *qumizz* y lo sirvieron; ella misma me tendió la copa, como había hecho la reina. Luego, nos retiramos.

De la tercera *jātūn*

Su nombre es Bayalūn y es hija del rey de la Gran Constantinopla, el sultán Takfūr [Andrónicos III, el Joven (1328/1341)]. Fuimos a verla y estaba sentada en un trono de taracea con las patas de plata; ante ella había unas cien jóvenes esclavas bizantinas, turcas y nubias, unas sentadas y otras de pie. Había también eunucos y ujieres bizantinos. Se interesó por nuestro estado, por las circunstancias de nuestra llegada y por la distancia que había a nuestro país; lloró de lástima y compasión, enjugándose las lágrimas con un pañuelo que tenía en la mano. Mandó que nos trajeran comida, nos la sirvieron y comimos delante de ella, mientras nos miraba. Cuando quisimos retirarnos, nos dijo: «No os separéis de nosotros y acudid para hacernos saber vuestras necesidades». Demostró ser de natural generoso, pues nada más dejarla nos envió comida, mucho pan y manteca, corderos, unos *dirhams*, un buen vestido y trece caballos, tres de los cuales eran magníficos corceles. Con esta *jātūn* viajé a la Gran Constantinopla, como diremos después.

De la cuarta *jātūn*

Su nombre es Urduÿā; urdu, en turco, quiere decir «almahala», y la llamaron así por haber nacido en un campamento. Es hija del gran emir ‘Īsā Bak, *amīr al-ulūs*, que significa «emir de emires», al que llegué a ver, pues aún vivía y estaba casado con Īt Kuÿuÿuk, hija del sultán Ūzbak Jān. Esta *jātūn* es una de las mejores, la de natural más amable y la más caritativa; es la que me mandó el saludo al ver mi tienda en la colina, cuando pasó la almofalla, como ya hemos contado. Fuimos a verla y pudimos comprobar la bondad de su carácter y la generosidad de su alma, que difícilmente pueden ser igualadas. Mandó traer alimentos y comimos delante de ella; pidió luego

qumizz, que bebieron mis compañeros; se interesó por nuestras cosas y le respondimos cumplidamente. Fuimos a visitar también a su hermana, esposa del emir ‘Alī b. Arzaq.

De la hija del ilustre sultán Ūzbak

Su nombre es Īt Kuŷuŷuk, que quiere decir «perrita», pues *īt* significa «perra» *ŷkuŷuŷuk* [*küçük*], «pequeña». Ya dijimos que los turcos ponen los nombres según los agüeros del nacimiento, como hacen los árabes. Fuimos a ver a esta *jātūn*, hija del rey, que estaba en una almahala separada, a unas seis millas de la de su padre. Ordenó que se presentaran los alfaquies, los cadíes, el señor jerife Ibn ‘Abd al-Ḥamīd, el grupo de estudiantes, los jeques y los faquires; estaba también presente su marido, el emir ‘Īsà, cuya hija es una de las esposas del sultán, sentado con ella en un mismo tapiz. Estaba enfermo de gota, de modo que no podía andar ni montar a caballo, y sólo podía ir en carro; cuando quería ver al sultán, sus criados le bajaban y cargaban con él para meterlo en la audiencia. De la misma manera vi también al emir Nagalay, padre de la segunda *jātūn*, pues esta enfermedad está muy extendida entre estos turcos. Pudimos comprobar la generosidad y buen natural inigualables de esta *jātūn*, hija del sultán, que nos honró y nos colmó de presentes. ¡Qué Dios se lo pague!

De los dos hijos del sultán

Son hermanos uterinos y su madre es la reina Ṭayṭuglī, de la que ya hemos hablado. El mayor se llama Tīna Bak; *bak* quiere decir «emir» y *tīn* significa «cuerpo», de modo que es como si se llamara Emir del Cuerpo. El nombre de su hermano es Ŷāni Bak; *ŷān* [*can*] significa «alma», así pues, se llama Emir del Alma. Cada uno de ellos tenía almahala aparte. Tīna Bak era una de las más bellas criaturas de Dios y su padre le había nombrado heredero del reino, por la gran consideración y estima en que le tenía; pero no lo quiso Dios así y, a la muerte de Ūzbak Jān, reinó muy poco tiempo, pues le mataron por unas cosas abominables que acontecieron. Le sucedió su hermano, Ŷāni Bak, que era mejor y más virtuoso que él debido a la educación que recibiera del señor jerife Ibn ‘Abd al-Hamid. Este jerife, el cadí Ḥamza, el imán Badr ad-Dīn al-Qiwāmī, el imán y almocrí Ḥusām ad-Dīn al-Bujārī y algunos otros, me aconsejaron, cuando llegué, que me hospedara en la almofalla de este Ŷāni Bak, por su gran bondad. Y así lo hice.

Mención de mi viaje a la ciudad de Bulgār

Yo había oído hablar de la ciudad de Bulgār y quise dirigirme allí para ver por mí mismo lo que me contaran sobre la extrema brevedad de sus noches y también de sus días en la estación contraria. Entre Bulgār y la almahala del sultán había una distancia de diez días^[328]. Pedí a Ūzbak Jān alguien para guiarme hasta allí y mandó conmigo a un hombre que me llevó hasta Bulgār y me condujo de vuelta a Biš Dag. Llegamos a la dicha ciudad de Bulgār durante el mes de Ramadán y cuando hubimos rezado la zalá vespertina, rompimos el ayuno. Mientras estábamos comiendo, llamaron al último rezo de la noche, que celebramos, rezando después las oraciones nocturnas del Ramadán [*at-tarāwīḥ*], las pares [*šaf‘*] y las impares [*witr*]^[329], y en esto nos sorprendió el alba: así son de cortos los días en esta estación del invierno. Permanecí tres días en Bulgār.

Mención de la Tierra de las Tinieblas [*Arḍ az-Zulma*]

Yo hubiera querido entrar en la Tierra de las Tinieblas [extremo norte de Rusia Oriental], pero luego desistí de ello por lo penoso que es encontrar víveres allí y por el escaso provecho que sacaría. Se entra en esta comarca por la ciudad de Bulgār, pero hay que recorrer desde aquí, para llegar a ella, una distancia de cuarenta días. Por allá no se puede viajar más que en trineos tirados por perros enormes, pues, al estar este desierto cubierto de hielo, los pies de los hombres y los cascos de las caballerías no pueden afirmarse en el suelo; los perros, sin embargo, tienen uñas con las que se agarran al hielo. No entran aquí sino mercaderes poderosos que tienen cien trineos por lo menos, cargados con comida, bebidas y leña para el fuego, pues no hay en este desierto ni un solo árbol, ni piedras ni poblados. El que guía por esta tierra es el perro que ya la ha atravesado muchas veces; un animal de éstos puede costar hasta mil dinares, más o menos. Le atan el trineo al cuello enganchado con otros tres perros; él es quien va delante y los otros perros le siguen con el trineo; cuando se para, los demás se detienen también. Su dueño no le pega ni regaña y, al servir la comida, dan de comer primero a los perros, antes que a los hombres. Si no se hace así, el animal se irrita y huye, abandonando al amo a su suerte.

Cuando han hecho cuarenta jornadas completas por este desierto, los viajeros acampan junto a la Tierra de las Tinieblas; dejan allí los bultos con las mercaderías que han traído y vuelven a su campamento habitual. Al día siguiente van a inspeccionar los bultos y encuentran enfrente de ellos pieles de cebellina, petigrís y armiño; si el mercader está contento con las pieles que hay junto a sus bultos, las coge, y, si no, las deja allí. La gente del País de las Tinieblas aumenta, al día siguiente, el número de sus pieles, o, a veces, las retira, dejando los bultos de los mercaderes. De esta guisa compran y venden, y los que se dirigen a este sitio no saben si los que comercian con ellos son hombres o genios, pues jamás ven a nadie. El armiño es la más bella clase de piel; una pelliza hecha con ella vale en la India mil

dinares, que equivalen a doscientos cincuenta dinares de oro magrebíes. Es muy blanca y se saca de un pequeño animal de un palmo de largo; la cola es grande y se deja entera en las pellizas o gorros, en su estado natural. La cebellina es más barata que el armiño; una pelliza de esta piel vale unos cuatrocientos dinares. Una particularidad de la cebellina es que ahuyenta a los piojos: los príncipes y notables de China se cosen una piel de éstas en sus pellizas, alrededor del cuello, y lo mismo hacen los mercaderes de Fārs y los dos Iraq.

Regresé de la ciudad de Bulgār con el emir que Ūzbek Jān había enviado para acompañarme y encontré la almahala del sultán en el sitio llamado Biš Dag, el día 28 del mes de Ramadán [4 de junio de 1334]; asistí, pues, a la zalá de la Fiesta, que ese año cayó en viernes.

Mención de las ceremonias de la fiesta de la ruptura del ayuno

El día de la fiesta de fin de Ramadán, por la mañana, el sultán monta a caballo, seguido por muchos de sus soldados, mientras las *jātūn* suben a los carros, acompañadas por sus tropas. La hija del sultán monta también en el suyo, llevando en la cabeza la corona, pues ella es la verdadera reina, ya que heredó de su madre la soberanía. Los hijos del sultán montan también a caballo, cada uno con su mesnada. El cadí de cadíes, Šihāb ad-Dīn aṣ-Šā'ilī, había llegado, para asistir a la fiesta, con un grupo de alfaquíes y jeques, todos ellos a caballo. También iban a lomos de sus monturas el cadí Ḥamza, el imán Badr ad-Dīn al-Qiwāmī y el jerife Ibn 'Abd al-Hamid: todos estos alfaquíes cabalgaban junto a Tina Bak, el heredero del sultán, llevando en su compañía atabales y estandartes. El cadí Šihāb ad-Dīn rezó con ellos y pronunció un bello sermón.

El sultán se dirigió, a caballo, a una torre de madera que llaman *kušk* [quiosco, pabellón] y sentóse allí, en compañía de las *jātūn*; un poco más abajo habían levantado una segunda torre, donde se sentaron el heredero y la hija del sultán, la dueña de la corona. Más abajo habían plantado también otras dos torres, en las que se aposentaron los otros hijos y parientes del sultán, a derecha e izquierda de los anteriores. A ambos lados de la torre del sultán pusieron sillas, que llaman *ṣandaliyyāt*, para los emires e hijos de reyes, sentándose cada cual en una de ellas. Colocaron luego parches de piel para tirar al blanco con flechas, y cada emir *ṭūmān* tenía el suyo propio; llaman emir *ṭūmān* al que manda diez mil jinetes. Estaban allí presentes diecisiete de estos emires, mandando entre todos ciento setenta mil hombres, siendo el ejército del sultán aún mayor en número. Alzaron para cada emir una especie de almimbar, donde se sentaban mientras sus compañeros tiraban al blanco; así estuvieron como una hora. Trajeron después vestidos de ceremonia e invistieron con ellos a cada uno de los emires, que se dirigieron entonces al pie de la torre del sultán, para rendirle homenaje: tocan el suelo con la rodilla derecha,

tendiendo el pie hacia atrás, mientras la otra pierna permanece tesa. Traen luego un alfaraz ensillado y embridado, le suben uno de los cascos para que el emir lo bese y, después, el mismo emir lo conduce hasta su silla; allí cabalga y se pone al frente de su tropa. Cada emir *tūmān* hace otro tanto.

El sultán baja entonces de la torre y monta a caballo, llevando a su derecha al heredero y a su hija, la reina Īt Kuŷuŷuk, y a su izquierda, al segundón. Delante de él van las cuatro *jātūn*, en carros revestidos con tela de seda dorada, lo mismo que los caballos del tiro. Todos los emires, grandes y pequeños; los hijos de *reyes*, los visires, los chambelanes y los señores del Estado descabalgan entonces y echan a andar delante del sultán, hasta que llegan al *witāq*, que es como el *afrāy* [tienda real, cercada con un gran lienzo de tela blanca]. Allí mismo han levantado una gran *bārkāh*, que, entre los turcos, es una enorme tienda sostenida por cuatro postes de madera revestida con hojas de plata dorada. En lo alto de cada poste hay una especie de palmito hecho también de plata, que brilla y reluce, de modo que, desde lejos, parece que esta *bārkāh* tiene cuatro grandes dientes. A ambos lados de esta tienda han puesto unos tejadillos de algodón y lino, y han alfombrado el suelo con tapices de seda; en medio de la *bārkāh* se alza el gran trono, que los turcos dicen *tajt*. Es de madera taraceada, recubierta en algunas partes con hojas de plata dorada; sus patas son de plata también dorada y maciza y encima de él hay un gran tapiz. En medio de este enorme trono hay un almohadón donde se sientan el sultán y la gran *jātūn* y, a derecha e izquierda, hay otros dos almohadones; en el de la derecha se sientan la hija del sultán, Īt Kuŷuŷuk, y la *jātūn* Urduŷā, mientras en el de la izquierda lo hacen la *jātūn* Bayalūn y la *jātūn* Kabak. A los costados del trono se disponen dos sillones: en el de la diestra se sentaba Tina Bak, el hijo del sultán, y en el de la izquierda, el segundón, Ŷāni Bak; a continuación de éstos hay otros sillones destinados a los hijos de *reyes* y a los grandes emires y, luego, a los pequeños emires, como los *hazāra*, que mandan mil hombres.

A continuación sirvieron la comida en mesas bajas de oro y plata, que traían entre cuatro o más hombres; los platos consistían en carne cocida, de caballo y cordero. Delante de cada emir ponen una mesa; llega entonces el *bāwarŷī*, que es el trinchador, con ropas de seda sobre las que se ha puesto un delantal, también de seda, y con varios cuchillos al cinto, metidos todos en sus fundas. Cada emir tiene un *bāwarŷī*, que, una vez puesta la mesa, se sienta enfrente del emir; traen entonces un platillo de oro o plata, con sal disuelta en agua, y el *bāwarŷī* se pone a trincar la carne en pedazos pequeños. Tienen un gran oficio en cortar la carne de modo que vaya revuelta con huesos, pues los turcos no la comen más que de esta manera. Sirven luego vasijas de oro y plata, llenas de bebida; lo que más beben estos turcos es vino con miel, pues como son *hanafīes* les está permitido el vino. Cuando el sultán quiere beber, su hija coge una copa y se la ofrece, haciéndole una reverencia. Una vez que ha bebido, la hija coge otra copa y se la tiende a la gran *jātūn*, que bebe también; a continuación, ofrece vino a las demás *jātūn*, según su rango. El heredero coge

entonces una copa y se la ofrece a su padre, haciéndole una reverencia Una vez éste ha bebido, sigue con las *jātūn* y con su hermana, pidiéndole la venia a cada una de ellas. Acto seguido, el segundón se levanta, coge la copa y escancia el vino a su hermano, saludándole. Los grandes emires se levantan entonces y cada uno de ellos sirve de beber al heredero, haciéndole la venia. A continuación, los hijos de reyes, hacen lo mismo con el segundón. Finalmente, los emires menores se levantan y escancian el vino a los hijos de reyes. Mientras tanto, se cantan *mawwāles* [*mawāliyā*, coplas populares].

Frente a la mezquita habían levantado también una gran tienda para el cadí, el jatib, el jerife y los demás alfaquíes y jeques; yo estaba con ellos. Nos trajeron mesas de oro y plata, sostenidas cada una de ellas por cuatro notables turcos, pues ese día nadie puede irse de donde está el sultán, excepto los notables, a los que él ordena que lleven mesas a quien quiera Algunos alfaquíes comieron y otros se abstuvieron de comer en las mesas de plata y oro. A diestra y siniestra, y hasta donde me alcanzaba la mirada, pude ver carretas llenas de odres de *qumizz*. El sultán mandó que se repartiera entre la gente y me trajeron una de esas carretas, que yo regalé a los turcos que tenía al lado.

Fuimos luego a la mezquita, a esperar el momento de la zalá del viernes. Como el sultán se retrasaba, unos decían que no vendría porque estaba borracho; otros, que no dejaría de venir. Después de un buen rato, llegó Ūzbek Jān ladeándose; saludó todo sonriente al señor jerife y le llamó *ātā*, que en turco quiere decir «padre». Rezamos la oración del viernes y la gente se retiró a sus casas. El sultán regresó a la *bārkāh* en el mismo estado y allí se quedó hasta el rezo de la tarde. Entonces la gente se fue y esa noche se quedaron con el rey sus esposas e hija.

Una vez acabada la fiesta, nos pusimos en camino con el sultán y la almahala y llegamos a la ciudad de Ḥāyî Tarjān [Astraján, Astracán]. *Tarjān*, entre los turcos, indica un sitio libre de impuestos; el que dio nombre a la ciudad era un devoto peregrino [*ḥāyî*] turco que se estableció en el lugar que ésta ocupa ahora: como gracia, el sultán consideró libre de tributos este sitio^[330]. Se formó allí una aldea, que luego creció y se convirtió en ciudad. Es una urbe muy bella y con grandes zocos; está construida sobre el río Itil (El Volga), uno de los ríos más grandes del mundo. El sultán permanece aquí hasta que el frío se hace muy intenso y todos sus afluentes se hielan; manda entonces a la gente del país que traigan millares de cargas de paja, para extenderla por el hielo cuajado sobre el río. Las acémilas de aquí no comen paja, pues les hace daño, como ocurre en la India; se alimentan de hierba verde, debido a que la tierra es muy fértil. Se puede viajar en carretas por este río y sus afluentes, empleando tres jornadas en cruzarlo; las cáfilas lo atraviesan aunque esté terminando el invierno, por lo que muchas veces se hunden y ahogan.

Cuando llegamos a la ciudad de Astracán, la *jātūn* Bayalūn, hija del rey de Bizancio, suplicó al sultán que le permitiera ir a visitar a su padre, para parir allí y

regresar después. El sultán le dio la venia para ello y, entonces, yo le pedí que me autorizara a partir en compañía de la *jātūn*, para ver la Gran Constantinopla; me lo negó, temiendo por mí, pero me lo gané hábilmente, diciendo: «Si entro en Constantinopla bajo tu protección e inviolabilidad, no he de temer a nadie». Me autorizó a ello y nos despedimos. Me hizo llegar mil quinientos dinares, un vestido de ceremonia y muchos caballos; las otras *jātūn* me dieron unos lingotes de plata que llaman *sawm*: a uno solo de ellos le dicen *sawma*. La hija del sultán me hizo un presente mayor aún y además, vestidos y un caballo. Reuní un buen número de caballos, ropas y pellizas de petigrís y cebellina.

CONSTANTINOPLA

Relación de mi viaje a Constantinopla

Emprendimos viaje el día 10 del mes de *Šawwāl* [14 junio de 1334] en compañía de la *jātūn* Bayalūn y bajo su protección. El sultán la escoltó durante una jornada, volviéndose después, con la reina y el heredero. Las otras *jātūn* la acompañaron una jornada más, regresando luego. Bayalūn iba escoltada por el emir Baydara, con cinco mil soldados. Las tropas de la *jātūn* eran unos quinientos jinetes, de los cuales eran sirvientes suyos unos doscientos, entre mamelucos y bizantinos: el resto eran turcos. Iban con ella unas doscientas jóvenes esclavas, rumíes la mayor parte. Llevaba cerca de cuatrocientos carros y unos dos mil caballos, de tiro unos y para montar otros; unos trescientos bueyes y doscientos camellos, para arrastrar los carros. Tenía consigo, además, diez eunucos bizantinos y otros tantos hindúes, cuyo jefe se llamaba Sunbul *el Indio* [*al-Hindī*]; el jefe de los rumíes era conocido por Miguel [*Mijā'il*] y los turcos le decían *Lu'-lu'* [Perla], pero era un gran héroe. La *jātūn* había dejado la mayor parte de su impedimenta y esclavas en la almahala del sultán, pues sólo iba de visita y a parir.

Nos dirigimos a Ukak, ciudad mediana, de bellos edificios y muchas riquezas naturales, pero muy fría. De aquí a Sarā, capital del sultán Ūzbak Jān, hay una distancia de diez días de marcha, y una jornada hasta las montañas de los Rusos, que son cristianos^[331]

Estos rusos son pelirrojos, de ojos zarcos, feos de cara y gente engañosa. Tienen minas de plata y de su país se traen los *sawm*, es decir, los lingotes de plata con que se compra y vende en esta comarca. Cada lingote pesa cinco onzas.

Diez días después de haber salido de esta ciudad, llegamos a Surdāq [Sudak, en la costa sur de Crimea]^[332], que es una de las ciudades de la Llanura de Kipchak; está a orillas del mar y su puerto es uno de los más grandes y hermosos. A las afueras, hay huertos y arroyos. Está habitada por turcos y por una taifa de rumíes bajo clientela de los anteriores y son artesanos. La mayor parte de las casas son de madera. Esta ciudad fue grande antaño, pero quedó casi toda en ruinas, a causa de una guerra civil que se desató entre rumíes y turcos. Vencían los rumíes, pero los turcos pidieron ayuda a sus compañeros, que mataron con gran saña a los rumíes y expulsaron a casi todos: unos pocos han quedado hasta ahora en la ciudad, bajo clientela de los turcos.

En cada alto que hacíamos en este país, traían a la *jātūn* los víveres de hospitalidad que eran caballos, corderos, bueyes, mijo y leche de yegua, vaca y oveja. En esta comarca se viaja mañana y tarde. Los emires de estos territorios escoltaban con sus tropas a la *jātūn* hasta el límite de sus dominios, por consideración hacia ella y no por miedo, pues este país es seguro.

Llegamos luego a la población llamada Bābā Saltūq; *bābā* entre los turcos, significa «padre», igual que entre los beréberes, sólo que aquéllos pronuncian más fuerte la *be* [es decir, como *pe*: papá]. Cuentan que este Saltūq era un adivino, pero dicen de él cosas que la ley divina desaprueba. Este pueblo es el último del país de los turcos; entre él y la primera amelia de Bizancio hay dieciocho días de marcha a través de una estepa despoblada [esta ciudad debía estar situada, aproximadamente, entre las desembocaduras del Dniéper y el Bug]. De esos días, hay ocho durante los cuales no se encuentra nada de agua; es preciso, por tanto, aprovisionarse de ella, y se cargan los carros con odres y pellejos. Entramos en esta estepa en días de frío, de modo que no necesitamos mucha agua. Los turcos llevan leche en los pellejos, la mezclan con mijo cocido y se la beben; esto les quita mucho la sed.

En Bābā Saltūq tomamos las disposiciones necesarias para atravesar el desierto; yo necesitaba más caballos, así que me dirigí a la *jātūn* para decírselo. La saludaba todos los días, por la mañana y por la tarde, y cuando le traían los víveres de hospitalidad, me enviaba dos o tres caballos y algunos corderos; yo no degollaba los caballos y los esclavos y sirvientes que venían conmigo comían con nuestros compañeros, los turcos, de modo que llegué a reunir unas cincuenta caballerías. La *jātūn* me mandó otras quince y encargó a su procurador, Sārūyā *El Rumí* [*ar-Rūmī*], que me eligiera las más gordas entre las que se destinan a servir de alimento, diciéndome, además: «No temas; si necesitas más, te las daremos». Entramos en este desierto a mediados del mes de *Dū-l-qa'da*; desde el día en que dejamos al sultán hasta llegar al borde de esta estepa, habíamos marchado diecinueve días y descansado cinco. Viajamos por este desierto durante dieciocho jornadas, mañana y tarde. Gracias a Dios, todo salió bien y llegamos luego a la fortaleza de Mahtūlī, que está en la primera amelia de Bizancio.

Los bizantinos se habían enterado de que esta *jātūn* venía a su país y el *Kafālī* [*kephalé*, jefe] Nicolás *El Rumí* se llegó a esta ciudadela con un gran ejército y muchas provisiones de hospitalidad. Llegaron también algunas *jātūn* y varias comadronas del palacio de su padre, el rey de Constantinopla. Entre Mahtūlī y Constantinopla hay una distancia de veintidós días de marcha, empleando dieciséis en llegar al Delta del Danubio [*al-Jalīy*] y otros seis hasta Constantinopla. En Mahtūlī hay que dejar los carros y viajar a lomos de mulas y caballos, pues desde aquí el terreno es muy abrupto y montañoso. El dicho *Kafālī* trajo muchas mulas y la *jātūn* me envió seis de ellas. Encomendó al emir de esta fortaleza el cuidado de los criados y compañeros que yo había dejado allí con el equipaje y los carros y éste les cedió una casa.

El emir Baydara se volvió con sus tropas y la *jātūn* siguió viaje sólo con sus hombres; dejó en la ciudadela la mezquita lo que traía en los carros y suprimió el precepto de llamada a oración. Con las provisiones le habían traído vino, que ella bebía, y también carne de cerdo: uno de su privanza me explicó que Bayalūn comía de esta carne. Entre los que iban con ella no quedaba ni uno solo que rezara la *zala*,

excepto un turco que oraba con nosotros: los sentimientos íntimos variaron al entrar en tierra de infieles. Pero la *jātūn* recomendó al emir Kafālī que me diera buen trato y éste azotó en cierta ocasión a uno de sus mamelucos que se había reído de nuestros rezos.

Llegamos luego a la ciudadela de Maslama b. ‘Abd al-Malik, que está al pie de un monte, junto a un río desbordante que llaman Aṣṭafili [¿el Dniéster?]; de esta fortaleza no quedan mas que ruinas, pero fuera del recinto hay una gran aldea. Viajamos durante dos días y alcanzamos el Delta del Danubio en cuya ribera hay otra gran población. Vimos que era el momento del flujo y aguardamos hasta el reflujo, vadeando entonces el primer brazo, cuya anchura es de dos millas; anduvimos por la arena cuatro millas y llegamos al segundo brazo, que vadeamos también y cuyo ancho es de cerca de tres. Caminamos luego unas dos millas por terreno pedregoso y de arena, alcanzando el tercer brazo cuando ya había comenzado el flujo, de manera que nos costó mucho esfuerzo atravesarlo, aunque su ancho es sólo de una milla. La anchura de todo el Delta es, pues, de doce, contando las partes de agua y las secas. Es la época de las lluvias está todo lleno de agua y sólo se puede cruzar en barca.

A la orilla de este tercer brazo se encuentra la ciudad de Fanīka [¿Sfintul-Gheorghe?], que es pequeña, pero bella y fortificada. Las casas e iglesias son hermosas; está llena de arroyos y rodeada de huertos. Acopian, de un año para otro, uvas, peras, manzanas y membrillos. Pasamos tres días en Fanīka, alojándose la *jātūn* en un alcázar que su padre tenía aquí.

Llegó entonces su hermano uterino, Kafālī Qarās, con cinco mil jinetes armados de punta en blanco; cuando se dirigieron al encuentro de la *jātūn*, su hermano, vestido de ropas blancas y con un quitasol coronado de perlas encima de la cabeza, montó en un corcel de color ceniza. Iba flanqueado por cinco hijos de *reyes* a cada costado, vestidos también de blanco y con sombrillas bordadas en oro, y precedido por cien infantes y otros tantos jinetes que llevaban jacerinas talaras, tanto ellos como los caballos. Cada uno llevaba de la brida, además, otro caballo ensillado y con jacerina, cargado con las armas de un jinete: yelmo de pedrería, cota de malla, aljaba, arco y espada; y en la mano tenía una lanza con un estandarte en el cubo de la moharra: casi todas estas lanzas estaban revestidas con hojas de oro y plata. Estos caballos que iban de la brida eran las monturas del hijo del rey de Bizancio. Este Kafālī Qarās distribuyó a sus jinetes en escuadrones de doscientos hombres cada uno, al mando de un emir que hacía adelantarse a diez jinetes armados de punta en blanco, llevando cada cual otro caballo de la brida; detrás de este emir venían diez jinetes con banderas de diversos colores en la mano y otros diez caballeros con atabales al cuello, acompañados de otros seis que tocaban albogues, añafles y dulzainas [*surṇāyāt*], que se llaman también *gaytāt*.

La *jātūn* montó a caballo, acompañada de sus mamelucos, esclavos, eunucos y criados, en total unos quinientos, vestidos todos con ropas de seda bordada en oro y piedras preciosas. La *jātūn* llevaba un manto del tejido que dicen *naj* y también *nasīy*,

con gemas engastadas, y lucía en la cabeza una corona de pedrería. Su caballo iba enjaezado con gualdrapas de seda bordada en oro y llevaba ajorcas del mismo metal en las cuatro patas; tenía collares de pedrería en el cuello y el cuero de la silla estaba revestido de oro y adornado con perlas. El encuentro entre ambos hermanos tuvo lugar en una llanura, a eso de una milla de Fanīka. Karālī Qarās echó pie a tierra, pues era más joven que su hermana, y besó el estribo del corcel de Bayalūn, que, a su vez, le besó en la cabeza. Los emires e hijos de reyes se apearon y besaron todos también el estribo de la *jātūn*, que partió a continuación con su hermano.

Al día siguiente llegamos a una gran ciudad costera, de cuyo nombre no estoy seguro ahora; tenía árboles y ríos y acampamos a las afueras. Otro hermano de la *jātūn*, el heredero del trono, se presentó con un gran séquito y un enorme ejército de diez mil hombres con cotas de malla. Llevaba corona y venía flanqueado por unos veinte hijos de reyes a cada costado; dispuso a sus jinetes en el mismo orden de su hermano, sólo que la ceremonia era más solemne y el número mucho mayor. Su hermana vino a su encuentro con la misma indumentaria que el día anterior y echaron pie a tierra a la vez; trajeron una tienda de seda, en la que entraron ambos: no sé de qué modo se saludaron.

Acampamos a diez millas de Constantinopla y, al día siguiente, salieron de la ciudad sus habitantes, hombres, mujeres y niños, con bellos trajes y atavíos; desde el alba habían estado tocando atabales, albogues y añafiles. Las tropas montaron a caballo y salieron también el sultán y su esposa, la madre de esta *jātūn*, los grandes del Reino y los notables; el rey iba bajo palio, sostenido por un grupo de jinetes e infantes que llevaban en la mano largos bastones rematados por una bola de cuero, con los que sujetaban el dosel. En medio del palio había una especie de sombrilla en forma de cúpula, sostenida también por jinetes mediante largos bastones. Cuando el sultán se adelantó, los soldados se entremezclaron y el estruendo y la polvareda aumentaron de tal forma que no pude pasar entre la muchedumbre y me pegué al equipaje de la *jātūn* y sus compañeros, temiendo por mi vida. Me contaron que, cuando la *jātūn* se acercó a sus padres, se apeó y besó el suelo delante de ellos, besando también los cascos de sus dos caballos. Lo mismo hicieron sus principales compañeros.

Entramos en la Gran Constantinopla a eso del mediodía, o un poco más tarde; estaban tocando todas las campanas, de modo que los cielos temblaban ante tal mezcla de tañidos. Cuando llegamos a la primera puerta del alcázar del rey, nos topamos con unos cien hombres mandados por el alcaide, que estaban encima de un estrado. Les oí decir: «¡Sarākinū, sarākinū!» [¡Sarracenos, sarracenos!], que entre ellos quiere decir «musulmanes». Nos prohibieron entrar y los compañeros de la *jātūn* les dijeron que éramos de su séquito, pero respondieron que no entraríamos sin una autorización. Quedamos en la puerta y uno de los que venían con la *jātūn* fué y mandó a uno que le informase de lo ocurrido. Ella estaba entonces con su padre y le hizo mención del asunto. El rey ordenó que nos dejaran entrar y nos asignó una casa

cerca de la residencia de la *jātūn*. Nos escribió una orden en la que mandaba que no se nos pusiera obstáculo para ir a cualquier parte de la ciudad y, además, esta misma orden fue pregonada en los zocos. Quedamos tres días en casa, donde nos mandaban la comida: harina, pan, carne de cordero y de gallina, manteca, frutas y pescado; nos enviaron también alfombras y unos *dirhams*. Al cuarto día fuimos a visitar al sultán.

Mención del emperador de Constantinopla

Se llama Takfūr y es hijo del sultán Ŷirŷīs [Jorge]. Este sultán Ŷirŷīs vive aún, pero ha renunciado al mundo y se ha metido a fraile, consagrándose al servicio divino en las iglesias, por lo que ha dejado al reino en manos de su hijo; más tarde hablaremos de él^[333]. Al cuarto día de haber llegado a Constantinopla, la *jātūn* me envió al eunuco Sunbul El Indio, que tomó mi mano y me introdujo en el alcázar. Cruzamos cuatro puertas, todas ellas con bancos donde estaban hombres armados y una tarima alfombrada en donde se hallaba el alcaide; al llegar a la quinta puerta, el eunuco Sunbul me dejó allí y entró. Volvió con cuatro eunucos rumíes, que me cachearon por si llevaba un cuchillo. El alcaide dijo: «Esta es la costumbre; hay que cachear a todo el que entra donde el rey, ya sea notable u hombre del pueblo, algarivo o del país». Esto mismo hacen en la India. Una vez que me registraron, el guardián de la puerta se levantó, me cogió la mano y abrió la puerta; me rodearon cuatro hombres, dos de los cuales me agarraron de las mangas y los otros dos por detrás. Entramos así en una gran sala de audiencia, cuyas paredes estaban recubiertas de mosaicos que representaban imágenes de criaturas animadas o inanimadas; en medio del salón había una acequia con árboles a los lados. Había gente de pie y en silencio a derecha e izquierda: nadie hablaba; los cuatro hombres que me traían me entregaron a otros tres que estaban parados en el centro de la sala, los cuales me cogieron después de la ropa como los otros. Otro hombre les hizo una seña y se adelantaron conmigo; uno de ellos, que era judío, me dijo: «No temas; ésta es la costumbre con los forasteros. Provengo de Siria y soy el trujamán». Le pregunté cómo debía saludar y me respondió: «Di: la paz sea contigo».

Llegué luego a una gran cúpula, bajo la cual estaba el emperador, sentado en su trono; su esposa, la madre de la *jātūn*, estaba delante de él. En la parte de abajo del trono, se hallaban Bayalūn Jātūn y sus hermanos; a la derecha del sultán había seis hombres, cuatro a su izquierda y otros tantos detrás, todos armados. Antes de llegar a saludarle, hizo señas de que me sentara un momento, para que se apaciguara el susto que llevaba encima. Así lo hice y luego me dirigí a él y le saludé. Indicó que me sentara, pero no lo hice. Me preguntó por Jerusalén, por la Santa Roca [la roca de Jacob, en la mezquita de ‘Umar o de la Roca], por al-Qumāma [la Iglesia del Santo Sepulcro], por la cuna de Jesús, por Bayt Laham [Belén] y al-Jalīl [Hebrón]; luego me preguntó por Damasco, El Cairo, Iraq y Asia Menor. Le respondí a todo

cumplidamente, por medio del trujamán judío. Mis palabras le maravillaron y dijo a sus hijos: «Honrad a este hombre y protegedle». Me hizo entonces vestir un traje de honor y me cedió un caballo ensillado y embri-dado, y una sombrilla de las que él llevaba encima de la cabeza, pues esto es señal de amán. Le pedí que designara a alguien que me acompañara todos los días a caballo por la ciudad, para ver sus maravillas y rarezas y poder así contarle en mi país, y accedió a ello. Tienen aquí la costumbre de que el hombre que viste ropas del rey y monta uno de sus caballos, sea paseado por los zocos de la ciudad al son de albogues, añafiles y atabales, para que la gente le vea. Esto lo hacen muchas veces con los turcos que vienen del país del sultán Ūzbak, por que no sufran daños. De esta guisa me pasearon por los zocos.

Descripción de la ciudad

Constantinopla es grande en extremo y está dividida en dos partes por un gran río, donde hay pleamar y bajamar como en el río de Salé, ciudad del Magreb^[334]. Antaño había un puente de fábrica sobre este río, pero fue destruido y ahora se cruza en barca. Esta ría se llama Absumī [act. llamada Haliç]. Una de las dos partes de la ciudad se llama Iştanbūl [Estambul] y está en la orilla oriental del río; aquí habitan el sultán, los grandes del Reino y el resto de la población bizantina. Sus calles y zocos son anchos y están enlosados; la gente de cada oficio tiene en ellos un sitio aparte, sin mezclarse con los demás. Todos los zocos tienen puertas, que se cierran por la noche. La mayor parte de los artesanos y vendedores son mujeres. Esta parte de la ciudad está al pie de un monte que se mete unas nueve millas en el mar, y que tiene otro tanto de anchura, o aún más; en lo alto de este monte están una pequeña ciudadela y el alcázar del sultán. Las murallas dan la vuelta a la montaña, de modo que la ciudad es inexpugnable, pues nadie puede subir por la parte del mar. Dentro del recinto hay unas trece aldeas muy pobladas y la catedral se encuentra en medio de este lado de la ciudad.

La otra parte de Constantinopla se llama Galaṭa y está en la margen izquierda del río; se parece a Ribāṭ al-Faṭḥ [Rabat] por su proximidad al agua. Aquí habitan en particular cristianos francos [*ifranŷ*], que son de varios sitios: genoveses, venecianos, romanos y gente de Francia. Están bajo la autoridad del rey de Constantinopla, que nombra almocadén a uno que ellos eligen y que llaman *qumis* [*comes*, conde]; rinden tributos al rey todos los años, pero a veces se rebelan contra él, que les declara la guerra hasta que el Papa restablece la paz entre ellos. Son todos comerciantes y su puerto es de los más grandes que hay. He llegado a ver en él hasta cien naves, entre galeras y otros barcos grandes: los pequeños no pueden ni contarse, a causa de su número. Los zocos de esta parte son hermosos, pero están llenos de basura y atravesados por un riachuelo inmundo. Las iglesias son también sucias y no hay nada bueno en ellas.

Descripción de la catedral

No describiré más que la parte exterior, pues no la he visto por dentro. Ellos la llaman Ayā Şūfiyā [Santa Sofía] y se dice que la construyó Āṣaf b. Barajyā', primo hermano de, Salomón por parte de madre. Es una de las mayores iglesias de los rumíes; rodeada por una muralla, como si fuera una ciudad, y tiene trece puertas. Posee un recinto sagrado de cerca de una milla, con una gran puerta, en donde no se prohíbe entrar a nadie; yo entré con el padre del rey, del que hablaremos luego. Es como una sala de audiencia recubierta de mármol; por el centro pasa una acequia que sale fuera de la iglesia, y cuyos bordes, de un codo de altura, están hechos de mármol jaspeado, tallado de manera bellísima. A ambos lados de esta acequia hay árboles alineados, y, desde la puerta de la iglesia hasta la de este recinto, existe un alto emparrado de madera, por donde trepan las vides, con jazmines y arrayanes por abajo. Fuera de la puerta de este recinto se halla una gran cúpula de madera, con bancos para que se sienten los guardianes de la puerta; a la derecha, hay bancos corridos y tenderetes, casi todos de carpintería, donde se sientan sus cadíes y los secretarios de la cancillería. En medio de estos tenderetes existe una cúpula de madera, a la que se sube por unos escalones. Allí, en un gran sillón tapado con un lienzo, se sienta su cadí, como diremos después. A la izquierda de la gran cúpula que hemos mencionado primero, está el zoco de los drogueros. La acequia que hemos descrito antes se divide aquí en dos ramas: una que corre por este zoco de los perfumistas y otra que pasa por donde están los cadíes y escribanos.

A la puerta de la iglesia hay también bancos, donde se sientan sus sirvientes, que son los que barren, prenden las lámparas y cierran las puertas. No dejan entrar a nadie que no se arrodille ante la gran cruz que tienen allí. Pretenden que es lo que queda del madero donde fue crucificado el hombre que se parecía a Jesús^[335]. Esta cruz está en lo alto de la puerta de la iglesia, dentro de una funda de oro de unos diez codos de larga: perpendicular a esta funda, han colocado otra, también de oro, de modo que parezca una cruz. Esta puerta está revestida con láminas de oro y plata y sus dos aldabas son de oro puro. Me contaron que el número de monjas y curas que hay en esta catedral llega a varios millares, y que algunos de ellos descienden de los Apóstoles, y también que dentro de ella se encuentra otra iglesia dedicada sólo a las mujeres, en la que hay más de mil vírgenes consagradas al servicio divino y un número aún mayor de mujeres entradas en años. El rey, los grandes del Reino y la gente en general, tienen la costumbre de venir todos los días, por la mañana, a hacer una visita a esta catedral. El Papa viene aquí una vez al año y, cuando está a una distancia de cuatro días de la entrada de la ciudad, el rey sale a su encuentro y echa pie a tierra ante él; luego, al entrar en la ciudad, va caminando delante del Papa. Mientras éste permanece en Constantinopla, y hasta que se marcha, el emperador acude a saludarle todos los días, mañana y tarde.

Mención de los monasterios de Constantinopla.

La palabra *mānistār* [monasterio] se escribe como nuestro *māristān* [hospital, hospicio], cambiando la *nūn* [n] por la *rā'* [r]. El monasterio, para los cristianos, es como la zagüía para los musulmanes y hay muchos en Constantinopla; entre ellos, el que fundó el rey *Ŷirŷīs*, padre del rey *Takfūr*, del que hablaremos luego, que está fuera de Estambul, enfrente de Galaṭa.

Hay otros dos monasterios en la parte de fuera de la catedral, a la derecha según se entra; están en medio de un jardín y junto a ellos pasa un río. Uno de hombres y otro de mujeres, cada cual con su iglesia, con celdas para los religiosos y religiosas. Se han instituido habices sobre ambos, para atender al vestido y manutención de los monjes y fueron fundados por el rey.

A la izquierda de la catedral hay otros dos monasterios, parecidos a los anteriores y también rodeados de celdas; uno habitado por ciegos y el otro por viejos que ya no pueden trabajar, pues tienen setenta años, más o menos. A cada uno se le viste y alimenta de los habices que han sido destinados a tal fin.

Todos los monasterios de Constantinopla tienen un cuarto dispuesto para cuando el rey que ha construido el edificio se consagre al servicio de Dios, pues la mayor parte de estos reyes, cuando han llegado a los sesenta o setenta años, construyen un monasterio, se ponen el cilicio, que es un vestido de cerdas, ceden la soberanía a su hijo y se entregan a la devoción hasta su muerte. Por esto, ponen mucho cuidado en la construcción de estos edificios, adornándolos con mármoles y mosaicos. Hay muchos monasterios en la ciudad. Entré un día, con el rumí que el rey había designado para acompañarme a caballo, en un monasterio por el que pasaba un río. Tenía una iglesia en la que había unas quinientas vírgenes, vestidas con cilicios y con bonetes de fieltro en la cabeza, que llevaban rapada. Eran de una belleza espléndida, pero ya se dejaban ver en sus rostros las huellas de la devoción. Un muchacho, sentado en un almimbar, con una voz tan bella que no he oído jamás otra igual, leía el Evangelio. Alrededor suyo había otros muchachos, sentados también en almimbares, y acompañados por el sacerdote; cuando este niño terminó de leer, otro empezó a su vez. El rumí me dijo: «Estas muchachas son hijas de príncipes, que se han entregado al servicio de esta iglesia, y lo mismo pasa con estos jóvenes lectores, que tienen otra iglesia al lado de ésta». Entré también, con el rumí, en un templo que se hallaba dentro de un jardín, y nos encontramos con unas quinientas vírgenes, o aún más. Un muchacho estaba leyendo desde un almimbar, acompañado por otros cuantos, sentados también, como los anteriores, en almimbares. El rumí me dijo: «Estas son hijas de visires y emires, que se han consagrado a esta iglesia». Entramos también en iglesias donde había vírgenes de los notables de la ciudad, en otras llenas de viejas y viudas y en algunas habitadas por monjes; en estas últimas suele haber cien hombres, más o menos.

La mayor parte de la gente de esta ciudad son monjes, religiosos y curas; las iglesias son incontables. Sus habitantes, ya sean militares o no, ya sean grandes o

pequeños, llevan enormes sombrillas, tanto en invierno como en verano. Las mujeres lucen grandes turbantes.

Mención del rey ʿĪrʿīs, el que se metió a fraile

Este rey abdicó en favor de su hijo y se consagró al servicio divino. Construyó un monasterio fuera de la ciudad, junto a la costa, como ya hemos dicho. Ibamos un día a caballo, mi acompañante rumí y yo, cuando de pronto nos encontramos con este rey, que iba a pie, vestido con un cilicio y con un bonete de fieltro en la cabeza; tenía una luenga barba blanca y un bello rostro, en el que se reflejaban las huellas de la devoción, y delante y detrás suyo iba un grupo de frailes. Llevaba un cayado en la mano y un rosario al cuello. Cuando el rumí le vio, apeóse y me dijo: «Baja del caballo, pues ése es el padre del rey». Al ir el rumí a saludarle, le preguntó que quién era yo; luego se paró y mandó a buscarme. Me llegué a él, me cogió de la mano y dijo al rumí, que sabía árabe: «Di a este sarraceno que estrecho la mano que ha entrado en Jerusalén, y el pie que ha penetrado en la Mezquita de la Roca, en la gran iglesia del Santo Sepulcro y en el pueblo de Belén». Dicho y hecho, me puso la mano encima del pie y se la pasó por la cara. Me extrañó la fe que tienen en los que han estado en estos sitios, aunque sean de otra religión. Me cogió de la mano y empecé a caminar a su lado; me preguntó por Jerusalén y por los cristianos que hay allí, y siguió preguntándome más cosas. Entré con él en el recinto sagrado de la catedral, que ya hemos descrito antes, y, cuando se acercó a la puerta principal, salió un grupo de curas y frailes a saludarle, pues él era uno de los jefes de estos religiosos. Al verles, me soltó la mano y, entonces, le dije: «Quiero entrar contigo en la iglesia». El rey ʿĪrʿīs dijo entonces al trujamán: «Dile que todo el que entra tiene que arrodillarse ante la Gran Cruz; es algo que han establecido los antiguos y no se puede transgredir». Entonces le dejé, entró solo en la catedral y no le volví a ver.

Mención del juez de Constantinopla

Cuando me separé de este rey metido a fraile, entré en el zoco de los escribanos; me vio el cadí y despachó a uno de sus ayudantes para que preguntara al rumí que me acompañaba, el cual respondió que yo era un estudiante musulmán. El ayudante fue a enterarle de esto, y entonces el cadí envió a un amigo, que me dijo: «El Naʿyṣī Kafālī te llama»; los bizantinos llaman a los jueces *naʿyṣī kafālī*. Subí a verle a la cúpula que hemos descrito antes y me encontré con un viejo de bello rostro y abundante cabellera; llevaba hábitos de fraile de tela negra y tenía delante unos escribanos trabajando. Se levantaron todos y me dijo: «Eres huésped del rey, así que debemos

honrarte». Preguntó por Jerusalén, Siria y Egipto y conversamos largo y tendido. La gente empezó a agobiarle y dijo: «Debes venir a mi casa como invitado». Me retiré y no le volví a ver.

Relato de mi salida de Constantinopla

Cuando los turcos venidos con la *jātūn* comprendieron que ésta seguía en la religión de su padre y deseaba quedar con él, le pidieron permiso para regresar a su país. Ella accedió y les colmó de presentes, designando a un guía para que los condujera. Este era un emir llamado Sārūyā *El Pequeño* [aṣ-Ṣagīr], que mandaba quinientos jinetes. Bayalūn Jātūn hizo que se me buscara y me regaló trescientos dinares de oro del país; a estas monedas llaman al-barbara^[336] y no son de oro bueno. Además, me entregó mil *dirhams* venecianos; una tira de tela de la mejor clase, tejida por las *barnāt*; diez vestidos de seda, lana y lino y dos caballos, de parte de su padre. La *jātūn* me recomendó a Sārūyā, me despedí de ella y partí. En Bizancio estuve un mes y seis días.

Emprendimos viaje en compañía de Sārūyā, que me trató bien, hasta alcanzar los límites de Bizancio donde habíamos dejado a nuestros compañeros y carros; montamos en éstos y penetramos en la estepa. Sārūyā vino con nosotros hasta la ciudad de Bābā Saltūq, quedándose allí tres días como huésped, al cabo de los cuales volvió a Constantinopla.

Estábamos en los fríos más duros del invierno [entre finales de octubre y primeros de noviembre de 1334]. Yo llevaba encima tres pellizas y dos zaragüelles, uno de ellos forrado, y calzaba unas zapatillas de lana, debajo de otras de tela de lino forradas, llevando puesto, además, un último par de *burgālī*, es decir, de cuero de caballo forrado con piel de adiva. Hacía las abluciones con agua caliente, cerca del fuego, pero no caía una sola gota que no se helase al momento. Al lavarme la cara se helaba el agua en la barba: si la removía, parecía que nevaba. El agua que me caía de las narices, se me helaba en los bigotes, y no podía montar yo solo a caballo, por la mucha ropa que llevaba puesta: tenían que subirme a la caballería mis compañeros.

REGRESO A ASTRACÁN. JUWĀRIZM

Llegué por fin a la ciudad de Astracán, donde habíamos dejado al sultán Ūzbek, y nos encontramos con que había marchado, trasladando su residencia a la capital del reino. Viajamos durante tres días por el Volga y sus afluentes, que estaban helados. Cuando necesitábamos agua, rompíamos un trozo de hielo y lo metíamos en un puchero, hasta que se derretía: bebíamos y cocinábamos con este agua.

Llegamos a la ciudad de Sarā, llamada también Sarā Baraka, que es la capital del sultán Ūzbek Jān. Fuimos a visitarle y se interesó por las circunstancias de nuestro viaje; nos preguntó por el rey de Bizancio y por su capital: le informamos de todo ello. Mandó que nos alojaran y proveyeran de la despensa necesaria.

Sarā es una ciudad muy bella y grande en extremo, que está en una llanura y rebosa de gente; tiene hermosos zocos y amplias calles. Un día montamos a caballo, con uno de sus notables, con el propósito de recorrerla y conocer su tamaño; nuestro alojamiento estaba en una punta de la ciudad y salimos de allí a primera hora de la mañana, llegando a la otra punta después del mediodía. Rezamos la zalá correspondiente, comimos y llegamos de vuelta a nuestra casa a eso del crepúsculo. Otro día la recorrimos a lo ancho, andando, y tardamos media jornada en ir y volver. Las casas están pegadas unas a otras, y no hay ruinas ni jardines; tiene trece mezquitas donde se celebra la zalá del viernes, una de las cuales es de los *šāfiīes*: de las otras mezquitas, hay muchísimas.

En esta ciudad hay diversas taifas: los Mogoles [*al-mugul*; *al-magūl*], que son los habitantes del país y sus dueños, siendo musulmanes una parte de ellos; los Aş [pueblo indoeuropeo, originario del Asia Central), que son musulmanes; los Kipchaks [Qifÿaq], Circasianos [Ŷarkas]; Rusos [Rūs] y Griegos [Rūm], que son todos ellos cristianos. Cada taifa vive en un barrio aparte, donde tiene sus zocos; los mercaderes y los extranjeros, que provienen de los dos Iraq, de Egipto y Siria y otros sitios, habitan un barrio amurallado, para proteger los bienes de los comerciantes. El alcázar del sultán, en Sarā, se llama Altūn Tāš; *altūn* quiere decir «oro» y *tāš*, «cabeza» [Tāš, en realidad, significa «piedra»].

El cadí de esta capital es Badr ad-Dīn *El Cojo* [al-A'raÿ] que es uno de los mayores cadíes; entre los maestros *šāfiīes* está el alfaquí e ilustre imán Şadr ad-Dīn Sulaymān al-Likzī, hombre excelente, y, entre los *mālikīes*, Şams ad-Dīn al-Miṣrī, a quien difaman por su manera de entender la religión. En esta ciudad se hallan la zagüía del piadoso peregrino Nizām ad-Dīn, que nos hospedó y honró, y la del alfaquí y sabio imán Nu'mān ad-Dīn al-Juwārizmī, con quien me encontré allí. Este es uno de los más ilustres jeques, de buen natural y alma generosa; muy humilde, pero muy duro con los poderosos. El sultán Ūzbek va a visitarle todos los viernes, pero él no sale a recibirle ni se levanta ante él. Ūzbek Jān se sienta con él y le habla con amabilidad, comportándose humildemente, pero el jeque hace todo lo contrario. Sin embargo, con los faquires, mezquinos y caminantes, se porta de distinto modo

que con el sultán, pues les trata con humildad, les habla afablemente y les honra. A mí me trató muy bien —¡Que Dios se lo pague!— y me envió un joven esclavo turco. Fui testigo, además, de sus poderes milagrosos.

Milagro de este jeque

Yo quería irme a Juwārizm, pero él me lo prohibió, diciendo: «Quédate algunos días más y ya viajarás luego». Estuve dudando si irme o quedar, pero encontré una gran partida dispuesta para salir, en la que iban unos mercaderes que conocía; convinimos en viajar juntos y así se lo dije al jeque, que replicó: «Tienes que quedarte aquí por fuerza». A pesar de ello, resolví partir; pero se me escapó un esclavo, y hube de quedarme por esta causa. Esto es un milagro evidente. Al cabo de tres días, un amigo mío encontró al esclavo fugitivo en la ciudad de Astracán y lo trajo a Sarā. Salí entonces para Juwārizm. Entre estos dos lugares hay una distancia de cuarenta días de marcha, por un desierto en el que no se puede viajar con caballos, a causa de la escasez de forraje. Sólo se llevan camellos para que tiren de los carros.

Después de salir de Sarā, anduvimos durante diez días y llegamos a la ciudad de Sarāyūq —*yūq* significa «pequeño»—, es decir «la pequeña Sarā». Esta ciudad está al borde de un río inmenso al que llaman Ulū Şū [Ural], que quiere decir «el agua grande». Lo atraviesa un puente de barcas semejante al que hay en Bagdad. Aquí terminamos el viaje con los caballos que arrastraban nuestros carros y los vendimos a unos cuatro dinares de plata por cabeza, e incluso menos, por lo extenuados que iban y por su escaso valor en esta ciudad. Alquilamos camellos para tirar de los carros. Existe en la ciudad una zagüía que pertenece a un piadoso personaje turco de avanzada edad al que llaman *Aṭā*, es decir «padre», el cual nos dio hospitalidad y rogó por nosotros. El cadí, cuyo nombre desconozco, nos atendió también.

Salimos de Sarāyūq y continuamos a toda marcha durante treinta jornadas, sin pararnos más que dos momentos al día, uno a media mañana y otro a la puesta del sol. Cada una de estas paradas duraba sólo el tiempo necesario para cocer el *dūqī* y beberlo. Se cuece con un solo hervor. Estos pueblos salan y secan al sol la carne, extienden por encima este condumio y vierten por último leche agria sobre todo ello. Cada hombre come y duerme en su carro durante el tiempo de la marcha. Yo llevaba en el mío tres muchachas. Los viajeros acostumbran aligerar la marcha al atravesar este desierto por su poca vegetación: de los camellos que lo atraviesan muere la mayoría y los que sobreviven no sirven más que al año siguiente, después de haber recuperado su vigor. El agua, en este desierto, se encuentra en lugares consabidos, a dos o tres días de distancia uno del otro y proviene de la lluvia o de pozos excavados en la arena.

Una vez hubimos atravesado el desierto, como hemos dicho, llegamos a Juwārizm, la mayor y más bella ciudad de los turcos, famosa por sus bonitos zocos,

anchas calles, numerosos edificios y notables bellezas. Sus habitantes son tantos que tiembla y se agita como si de las ondas del mar se tratara.

Cierto día entré en el zoco montado a caballo. Cuando llegué a su mitad y alcancé el lugar de máxima aglomeración, al que llaman šawr, no pude traspasarlo. Tanto era el gentío allí apiñado. Quise retroceder pero me fue igualmente imposible por la misma razón. Quedé desconcertado y tras un duro esfuerzo regresé. Me contaron que en este zoco se alivia la aglomeración los viernes porque cierran la alcaicería, entre otros gremios. Así pues, un viernes monté a caballo y me encaminé a la *madrasa* y a la mezquita aljama. Esta ciudad se halla en los dominios del sultán Ūzbak, representado aquí por un gran emir llamado Quṭlūdumūr que es quien edificó la escuela coránica y cuantos edificios anejos tiene. En cuanto a la mezquita fue erigida por su esposa, la piadosa *jātūn* Turābak.

En Juwārizm existe un hospital donde hay un médico sirio llamado Ṣahyūnī, así apodado por ser originario de Ṣahyūn, en Siria.

Nunca vi en la tierra toda gentes de mejor carácter que las de Juwārizm, ni más generosos de alma, ni más acogedores con los forasteros. Siguen una excelente costumbre que jamás observé fuera de allí: los almuédanos hacen el recorrido de las casas de los fieles de su mezquita con el fin de avisarles para asistir a la oración. El imán azota, en presencia de toda la comunidad, al que falta a la oración colectiva (para ello hay un vergajo de toro colgado en cada mezquita) y además éste pecha con cinco dinares, que se dedican a los gastos de la mezquita o se emplean en la manutención de pobres y menesterosos. Parece ser que esta costumbre se remonta a tiempos antiguos.

En las afueras de Juwārizm corre el río Ŷayḥūn [Oxus, Amu Daría], uno de los cuatro nacidos del Paraíso. Se hiela, como el Volga, en la estación fría. Se puede caminar sobre su superficie helada y así permanece durante cinco meses. En ocasiones, hubo quienes se atrevieron a cruzarlo en la época del deshielo y perecieron. En el verano se puede navegar por él hasta Termed, lugar de donde se trae trigo y cebada. Este trayecto por el río lleva diez días.

Próxima a Juwārizm se encuentra una zagüía construida cerca del mausoleo del jeque Naŷm ad-Dīn al-Kubrā, uno de los hombres más santos, donde hay alimentos para los caminantes. El jeque de esta ermita es el maestro Sayf ad-Dīn b. ‘Aṣaba, personaje importante de Juwārizm. En la ciudad se encuentra otra zagüía, cuyo jeque es el pío y devoto Ŷalāl ad-Dīn aṣ-Ṣamarqandī, uno de los hombres más piadosos que existen, quien nos hospedó.

Extramuros de la ciudad está la tumba del sabio imán Abū l-Qāsim Maḥmūd b. az-Zamajšarī, sobre la cual se levanta un oratorio. Zamajšar es una aldea a cuatro millas de distancia de Juwārizm.

Cuando llegué a esta ciudad me instalé en las afueras. Uno de mis compañeros fue a buscar al cadí Ṣadr ad-Dīn Abū Ḥafṣ ‘Umar al-Bakrī. Este me envió a su segundo, Nūr al-Islām, que me dio la bienvenida regresando enseguida con su jefe. El

cadí vino en persona acompañado de sus secuaces y me saludó. Era un hombre corto de edad pero grande por sus hechos; tenía dos adláteres, uno el ya mencionado Nūr al-Islām y el otro Nūr ad-Dīn al-Kirmanī, importante jurisconsulto, resuelto en sus decisiones y devoto de Dios. Cuando me entrevisté con el cadí, me dijo: «Esta ciudad es muy populosa y no os será fácil entrar durante el día. Nūr al-Islām vendrá a buscaros para que entréis con él al final de la noche». Así hicimos, albergándonos en una escuela nueva en la que no había nadie. Después de la oración de la mañana el cadí vino a visitarnos acompañado de algunos de los notables de la ciudad, entre ellos Mawlānā. Humām ad-Dīn, Mawlānā Zayn ad-Dīn al-Muqaddasī, Mawlānā Riḍā ad-Dīn Yaḥyā, Mawlānā Fadl Allāh ar-Ridawī, Mawlānā Ŷalāl ad-Dīn al-‘Ymādī, Mawlānā Šams ad-Dīn aṣ-Šinŷārī, imán del emir de la ciudad, hombres virtuosos y cuyas cualidades son dignas de alabanza. El principal dogma de su doctrina es el *i‘tizāl*, aunque ellos no lo manifiestan porque el sultán Ūzbak y su emir en esta ciudad, Quṭlūdumūr, son *sunníes*.

Durante mi estancia en Juwārizm, cumplía la oración del viernes con el cadí Abū Ḥafṣ ‘Umar en su mezquita. Al terminar los rezos regresaba con él a su casa, cercana a la mezquita y entrábamos en su salón, uno de los más bellos que pueden contemplarse, decorado con magníficas alfombras; los muros cubiertos de tapices y en cada una de las numerosas hornacinas de las paredes había jarras de plata con incrustaciones de oro y de cristal del Iraq. Los habitantes de este país acostumbran decorar así sus casas. Una vez allí, se traían rápidamente gran cantidad de manjares, pues el cadí era hombre acomodado y opulento. Era pariente del emir Quṭlūdumūr, ya que estaba casado con la hermana de su mujer, llamada Ŷīŷā Agā.

Abundan en la ciudad los predicadores, siendo los más importantes Mawlānā Zayn ad-Dīn al-Muqaddasī y el disertado Mawlānā Ḥusām ad-Dīn al-Mušāṭī, uno de los cuatro mejores oradores que yo he oído en todo el mundo.

El príncipe de Juwārizm es el gran emir Quṭlūdumūr, cuyo nombre significa «el hierro bendito» ya que *qutlū* quiere decir «bendito» y *dumūr* equivale a la palabra «hierro».

Este emir es hijo de la tía materna del egregio sultán M. Ūzbak, el más señalado de sus dignatarios y su gobernador en el Jurāsān. Su hijo, Hārūn Bak, está casado con la hija del sultán y de la reina Ṭayṭuglī, a la que ya se ha mencionado. Su mujer, la *jātūn* Turābak, es famosa por su generosidad.

Cuando el cadí vino a verme para saludarme, como ya he contado, dijo: «El emir sabe de tu llegada pero se encuentra enfermo y no puede visitarte». Así pues, cabalgué con el cadí a casa del emir. Una vez en su palacio, entramos en un gran vestíbulo en el que la mayor parte de las estancias eran de madera. Desde allí pasamos a una pequeña sala de audiencias con una bóveda de madera decorada y las paredes cubiertas con tapices de diversos colores. El techo estaba tapizado con seda dorada. El emir se sentaba sobre un tapiz de seda dedicado a su exclusivo uso; llevaba cubiertos los pies por causa de la gota que padecía, enfermedad muy

extendida entre los turcos. Le saludé y me hizo sentar a su lado.

El cadí y los alfaquíes se sentaron también. El emir me preguntó acerca de su soberano, el rey M. Ūzbak, la *jātūn* Bayalūn, el padre de ésta y la ciudad de Constantinopla. Una vez hube respondido a todas sus preguntas, trajeron mesas con pollos asados, grullas, pichones, pan amasado con manteca al que llaman *Kulīyā*, pasteles y confites. Más tarde trajeron otras mesas con granadas mondadas en vasijas de oro y plata con cucharillas de oro. Algunos de estos frutos venían en vasijas de cristal del Iraq con cucharas de madera. Había también uvas y magníficos melones.

Era costumbre del emir que el cadí acudiese cada día a su sala de audiencia y se sentara, en un lugar destinado para este fin, con los alfaquíes y sus secretarios. Uno de los emires más notables se sentaba frente a él con ocho de los grandes emires o jeques turcos, llamados *arguīyya* [*yargūyī*]. Los habitantes de la ciudad someten sus pleitos a la decisión de este tribunal. El cadí entiende en las causas de incumbencia de la jurisdicción religiosa. Las otras corresponden a los emires. Sus sentencias son justas y firmes, al no tener preferencia por ninguna de las partes y no admitir el soborno.

Cuando regresamos a la *madrassa*, después de la entrevista con el emir, éste nos envió arroz, harina, corderos, manteca, especias y varias cargas de madera. La utilidad del carbón no se conoce en toda esta comarca, así como en la India, el Jurāsān y Persia. En cuanto a la China, se queman unas piedras que prenden como el carbón. Cuando se convierten en cenizas las mezclan con agua, las secan al sol y sirven para cocinar por segunda vez hasta que se consumen del todo.

Anécdota sobre la generosidad del cadí y el emir

Oraba un viernes, según mi costumbre, en la mezquita del cadí Abū Ḥafṣ y me dijo: «El emir ordenó que se te dieran quinientos *dirhams* y que se preparase en tu honor un banquete por otros quinientos, al que asistirán los jeques, alfaquíes y notables de la ciudad». Cuando hubo ordenado esto, le dije: «Emir, si haces la invitación de este modo los asistentes comerán sólo uno o dos bocados cada uno. Si le asignas toda la cantidad, le será más útil»^[337]. Y respondió: «Así haré, pues ya ha mandado que se te paguen los mil *dirhams*». El emir los envió con su imán Šams ad-Dīn aṣ-Šinŷārī, en una bolsa que llevaba su criado. El cambio de esta suma en oro magrebí son trescientos dinares.

Había yo comprado ese día un caballo zaino por treinta y cinco dinares de plata, que montaba para ir a la mezquita, pagándolo a cuenta de esta cantidad. Después de este acontecimiento se multiplicaron de tal modo mis monturas que no me atrevo a mencionarlo aquí por temor de que se me tilde de mentiroso. No dejé de medrar hasta que entré en la India y pese a tener una tropilla numerosa, mi preferido era este caballo, por el que tenía especial inclinación y al que ataba delante de la recua. Lo

tuve conmigo tres años enteros y después de su muerte cambió mi situación.

La *jātūn* Ūyā Agā, mujer del cadí, me envió cien dinares de plata. Su hermana Turābak, esposa del emir, dio un banquete en mi honor en la zagüía fundada por ella, reuniendo allí a los alfaquies y jefes de la ciudad. En este lugar hay alimentos a disposición del caminante. La princesa me remitió una pelliza de marta cibelina y un valioso caballo. Es una de las mujeres más distinguidas, virtuosas y generosas. ¡Que Dios la recompense por sus buenas obras!

Incidente

Cuando abandonaba el banquete que la princesa diera por agasajarme y salía de la zagüía, una mujer se presentó ante mí en la puerta. Iba cubierta de harapos y llevaba la cara tapada con un velo. Algunas otras, cuyo nombre no recuerdo, la acompañaban. Me saludó y yo le devolví el saludo, sin detenerme ni prestarle mayor atención. Cuando hube salido, un individuo se me acercó y dijo: «La mujer que te ha saludado es la *jātūn*». Me sentí avergonzado de mi conducta y quise volver a ella pero comprobé que ya se había marchado. Le envié mis saludos por uno de sus servidores excusándome por mi conducta con ella, producto de la ignorancia.

El melón de Juwārizm

El melón de Juwārizm no tiene igual en ningún país del mundo, si exceptuamos el de Bujārā. El de Iṣfāhān le sigue en calidad. La cáscara del primero es verde y su interior rojo; el sabor es muy dulce, aunque la carne sea dura. Lo curioso es que lo cortan en rajas para secarlo al sol y después lo ponen en unos cestos —como hacemos nosotros con los higos secos y los de Málaga— para transportarlo desde Juwārizm hasta los confines de la India y China. No hay, entre todos los frutos secos, ninguno con un sabor tan agradable. Durante mi estancia en Delhí, en la India, siempre que llegaba algún viajero mandaba a alguien que me comprara rajas de melón. El rey de la India, cuando traía de estos melones, me enviaba, pues conocía mi debilidad por ellos. Este príncipe acostumbra ofrecer a los extranjeros como presente frutos de su país y así obsequiarles.

Episodio del jerife Ibn Manṣūr

Un jerife de Karbalā'[Kerbela], llamado 'Alī b. Manṣūr, que se dedicaba al comercio, me había acompañado desde Sarā a Juwārizm y le encargué me comprara

ropas y otras cosas. Adquirió vestidos por diez dinares y me dijo: «He pagado ocho monedas de oro». Cargaba a mi cuenta ocho dinares y pagaba los otros dos de su peculio. Yo ignoraba este proceder hasta que otras personas me lo revelaron. Además el jerife me había prestado algunos dinares. Cuando recibí el presente del emir de Juwārizm, le devolví su préstamo y quise hacerle un regalo en pago de su bondad conmigo. Él rehusó y juró que no lo aceptaría. Quise entonces dar el regalo a un joven esclavo suyo, llamado Kāfūr, pero me rogó que no lo hiciese. Este jerife era el hombre más generoso del Iraq.

Decidió venirse conmigo a la India, pero al tiempo algunos de sus paisanos llegaron a Juwārizm con el propósito de ir a la China y pensó acompañarles. Le pregunté por tal decisión y respondió: «Mis compatriotas volverán donde mi familia y parientes y contarán que hice un viaje a la India para mendigar, lo que para mí sería una vergüenza y no haré tal». Así pues, marchó con ellos hacia China. Más tarde supe, ya en la India, que este hombre, una vez en la ciudad de al-Māliq, situada en los confines de la amelia de Mā warā' an-nahr [«lo que está detrás del río», Transoxiana], lindando con China, se detuvo allí y envió a este país a un joven esclavo suyo con las mercancías que llevaba consigo. El esclavo se demoró y, entretanto un mercader llegó del país del jerife a al-Māliq y se alojó en la misma fonda. El jerife le pidió prestado algo de dinero mientras esperaba el regreso de su esclavo, a lo que rehusó el mercader, añadiendo además la vergüenza de hacerle pagar el alquiler de la posada donde se hospedaba. Ante esto, el jerife, disgustado, entró en su habitación y se suicidó. Lo encontraron cuando aún le quedaba un soplo de vida y sospecharon de cierto esclavo suyo. Él les dijo: «No le hagáis nada, he sido yo quien lo ha hecho». Murió ese mismo día. ¡Que Dios tenga misericordia de él!

Este jerife me contó un hecho que le acaeciera. Recibió un día, en préstamo, seis mil *dirhams* de cierto mercader de Damasco. Este mercader, con el que volvió a encontrarse en la ciudad de Ḥamāt, en Siria, le reclamó su dinero, pero había vendido las mercancías que comprara con el dinero, y sintiéndose avergonzado al no poder pagar a su acreedor, entró en su casa, ató su turbante al techo y quiso ahorcarse; pero como no lo consiguiera rápidamente se acordó de un cambista amigo suyo; acudió a él y le expuso el asunto. El cambista le prestó una cantidad con la que pudo pagar al mercader.

UZBEKISTÁN. AFGANISTÁN

Queriendo ya marchar de Juwārizm, alquilé algunos camellos y compré un palanquín. Llevaba como contrapeso en uno de los lados a mi cuñado ‘Afif ad-Dīn at-Tūzarī. Mis criados montaban algunos de mis caballos y cubrimos los restantes con mantas, a causa del frío. Entramos en el desierto que se extiende entre Juwārizm y Bujārā, durante dieciocho jornadas de marcha entre arenas deshabitadas, exceptuando un solo pueblo.

Me despedí del emir Qurlūdumūr, que me regaló un vestido de ceremonia, y también del cadí. Este último salió de la ciudad con los alfaquies para decirme adiós.

Caminamos durante cuatro días y llegamos a la ciudad de al-Kāt. No hay, en el trayecto de Juwārizm a Bujārā otro lugar habitado sino esta ciudad, pequeña pero hermosa. Nos hospeda-mos en las afueras, cerca de una alberca helada a causa del frío, sobre la que jugaban y patinaban los niños. El cadí de al-Kāt, llamado Ṣadr aṣ-Sarī‘a, al que conociera anteriormente en casa del cadí de Juwārizm, se enteró de mi llegada y acudió a saludarme con los estudiantes y el jeque de la ciudad, el virtuoso y devoto Maḥmūd al-Jaywaqī. El cadí me propuso visitar al emir de al-Kāt pero el jeque Maḥmūd le dijo: «Es conveniente que el extranjero reciba la visita en lugar de hacerla; si así lo decidimos iremos al emir y vendremos con él». Así lo hicieron. El emir, sus oficiales y servidores llegaron al cabo de una hora y le dimos la bienvenida. Nuestra intención era viajar deprisa, pero él nos rogó que nos detuviéramos por el banquete que iba a ofrecer y donde reunió a los alfaquies, los jefes del ejército y poetas que cantaban las alabanzas del emir. Este príncipe me regaló un vestido y un valioso caballo.

Seguimos el camino conocido por Sībāya. En este desierto anduvimos sin encontrar agua durante seis jornadas. Al cabo de ese tiempo, llegamos a la ciudad de Wabkana [Wafkend], a un día de marcha de Bujārā, bella ciudad en la que abundan los ríos y jardines.

Conservan allí las uvas de un año para otro y cultivan un fruto al que llaman *al-‘allū* que una vez seco es transportado a India y China. El sabor de este fruto es dulce cuando aún está verde, pero al secar adquiere un sabor ligeramente ácido; su pulpa es abundante. Nunca vi nada igual ni en al-Andalus, ni en el Magreb, ni en Siria.

Después caminamos continuamente durante un día entero entre huertos, ríos, árboles y campos cultivados y llegamos a la ciudad de Bujārā, patria del imán de los tradicionalistas Abū ‘Ab-dallāh M. b. Ismā‘īl al-Bujārī. Esta ciudad fue la capital de las tierras situadas allende el río Ŷayḥūn. El maldito Tankīz [Gengis Kan] el tártaro, abuelo de los reyes del Iraq, la asoló. Ahora, casi la totalidad de sus mezquitas, *madrasas* y zocos están en ruinas. Sus habitantes son despreciados; su testimonio no es aceptado ni por Juwārizm ni por ninguna otra ciudad porque se les reputa de parciales, falsos y desvergonzados. No hay hoy en Bujārā nadie que sepa algo de las

ciencias o se preocupe por saberlo.

Historia de los orígenes de los tártaros y de la destrucción de Bujārā y otros lugares

Tankīz Jān era herrero en el país de Jiṭā [norte de China]. Tenía un alma generosa, cuerpo vigoroso y era de gran talla; reunía a las gentes y les daba de comer. Más tarde un grupo de ellos se congregó a su alrededor y le eligieron como jefe. Se adueñó de su país y acreció su poder aumentando inmensamente sus fuerzas. Venció al rey de Jiṭā, después al rey de la China y sus tropas se incrementaron considerablemente. Conquistó el país de Jutan, el de Kāšjar [Cachghar] y el de al-Māliq. Ŷalāl ad-Dīn Sinṡiar b. Juwārizm Šāh era rey de Juwārizm, del Jurāsān y de Transoxiana y disponía de grandes fuerzas. Tankīz le temía y se guardaba de atacarle, sin mostrarse hostil contra él. Sucedió que Tankīz envió mercaderes con productos de la China y de Jiṭā, tales como tejidos de seda y otros, a la ciudad de Uṭrār, última plaza de los estados de Ŷalāl ad-Dīn. El ámel de Uṭrār le anunció la llegada de estos mercaderes y le mandó preguntar qué conducta debía seguir con ellos. El rey le escribió que se apoderase de sus riquezas y les impusiese un escarmiento ejemplar: mutilarlos y enviarlos después a su país, pues Dios había decidido mortificar y probar a los habitantes de los países de Oriente inspirándoles una decisión imprudente, un deseo maligno y de mal augurio.

Cuando el ámel de Uṭrār hubo hecho esto, Tankīz, al frente de un numeroso ejército, se aprestó a invadir los países musulmanes. Dicho gobernador, al recibir noticia de tales movimientos, envió espías que le trajesen informaciones del enemigo. Se cuenta que uno de ellos entró en la almahala de un emir disfrazado de mendigo, no encontrando a nadie que le diera de comer. Se detuvo al lado de un hombre y no vio que llevase consigo provisiones y no le socorrió con nada. Al atardecer, el tártaro cogió unas tripas secas que tenía, las humedeció con agua, sangró a su caballo y llenó las tripas con la sangre que manaba de la herida. Lasató y asó y ésta fue toda su comida. El espía regresó a Uṭrār e informó al ámel de lo que viera, notificándole que no había nadie capaz de enfrentárseles. El gobernador pidió ayuda al rey Ŷalāl ad-Dīn, que le mandó un ejército de sesenta mil hombres, sin contar las tropas que ya tenía. En la batalla Tankīz les derrotó; entró al asalto en la ciudad de Uṭrār, matando a los hombres y haciendo prisioneros a los niños. Ŷalāl ad-Dīn se dirigió en persona contra él, entablándose combates tan sangrientos como no se vieran nunca en el Islam. Finalmente, Tankīz se apoderó de Mā warā' an-nahr, destruyó Bujārā, Samarcanda y Termed; atravesó el río Ŷayḡūn dirigiéndose hacia Balj, a la que expugnó. Después marchó sobre Bāmiyān, que tomó igualmente y avanzó por fin hasta el Jurāsān y el Iraq. Los musulmanes se alzaron contra él en Balj y Mā warā' an-nahr. Volvió contra ellos y entró en Balj a degüello, no saliendo de allí hasta

haberla convertido en un montón de ruinas. Lo mismo hizo en Termed. Esta ciudad fue devastada y nunca volvió a resurgir desde entonces, construyéndose después a dos millas de allí otra a la que hoy llaman Termed. Tankīz pasó a cuchillo a la gente de Bāmiyān y la destruyó por completo, excepto el alminar de su mezquita aljama. Perdonó a los habitantes de Bujārā y Samarcanda y regresó al Iraq.

El poder de los tártaros siguió en aumento hasta el punto de que entraron por las armas en la capital del Islam, sede del califato, Bagdad, y degollaron al califa al-Musta‘sim bi-llāh al-‘Abbāsī, ¡Dios se apiade de él!

Dice Ibn Ŷuzayy: «Nuestro jeque, el cadí supremo Abū l-Barakāt b. al-Hāȳy, nos cuenta: “Oí decir lo siguiente al jatib Abū ‘Abdallāh b. Rašīd: ‘Me encontré en La Meca a Nūr ad-Dīn b. az-Zaŷyāy, uno de los sabios del Iraq, acompañado de un sobrino suyo. Estuvimos conversando y él me dijo: Murieron en el desastre de los tártaros, en el Iraq, veinticuatro mil ulemas. No quedamos más que yo y este hombre, señalando a su sobrino’”».

Pero volvamos al relato.

Nos hospedamos en el arrabal de Bujārā conocido por Faṭḥ Ābād, donde se encuentra la tumba del jeque, el sabio, el piadoso y devoto Sayf ad-Dīn al-Bajarzī, santo muy principal. La zagüía que lleva su nombre y en la que nos instalamos es grandiosa y administra habices importantes, con los cuales se da de comer al que viene y va. Su jeque es un descendiente de Bajarzī, el peregrino, el viajero Yaḥyà al-Bajarzī. Este jeque me hospedó en su casa, en la que había reunido a los habitantes más importantes de la ciudad. Se leyó el *Corán* con bellas voces, se pronunciaron sermones y se entonaron canciones turcas y persas con depurado estilo. Pasamos en este lugar una noche magnífica, maravillosa. Allí encontré al alfaquí, el sabio y virtuoso Šadr aš-Šarī‘a que venía de Herāt, un hombre excelente y muy piadoso.

Visité en Bujārā la tumba del sabio imán Abū ‘Abdallāl al-Bujārī, jeque de los musulmanes y autor de una compilación de tradiciones cuyo título es *al-Ŷāmi‘ aš-Šaḥīḥ* [La colección verídica]. Sobre la tumba hay un epitafio que reza: «Esta es la tumba de M. b. Ismā‘īl al-Bujārī que compuso tales y tales obras». Esto es lo que se lee en los sepulcros de los sabios de Bujārā: sus nombres y los títulos de sus libros. Yo hice copia de muchos de estos epitafios, pero los perdí junto con otros objetos cuando los infieles de la India me robaron en el mar.

Salimos de Bujārā, dirigiéndonos al campamento del piadoso y honrado sultán ‘Alā’ ad-Dīn Ṭarmašīrīn, del que hablaremos más tarde. Pasamos por Najšab, ciudad de la que el jeque Abū Turāb an-Najšabī ha tomado su gentilicio. Es una población pequeña rodeada de huertos y cursos de agua. Nos alojamos extramuros, en una casa propiedad del emir.

Yo tenía una joven esclava, preñada y próxima al alumbramiento y había decidido llevarla a Samarcanda para que allí pariese. Sucedió que ella iba en una de las literas sobre los camellos y que nuestros compañeros salieron de noche y esta esclava les

acompañó con las provisiones y otros objetos míos. Yo quedé cerca de Najšab para comenzar la marcha de día con otros de mis acompañantes. Los primeros siguieron un camino diferente del nuestro, mientras nosotros llegábamos por la tarde del mismo día a la almahala del sultán. Estábamos hambrientos y nos habíamos detenido en un lugar alejado del zoco. Uno de nuestros amigos compró algo para aplacar el hambre y un mercader nos prestó una tienda en la que pasamos la noche. Nuestros compañeros salieron a la mañana siguiente a buscar los camellos y al resto del grupo. Los encontraron por la tarde y los trajeron consigo. El sultán estaba en aquel instante fuera del campamento, asistiendo a una cacería. Visité a su lugarteniente, el emir Taqbugā, que me hospedó en las proximidades de su mezquita y me regaló una *jarga*, especie de tienda de la que ya hemos hablado anteriormente. Instalé allí a la muchacha y esa misma noche tuvo lugar el parto. Me informaron que el recién nacido era varón, pero no era así: después de la ‘*aqīqa*^[338] uno de mis compañeros me hizo saber que era niña. Mandé comparecer a las esclavas y las interrogué. Ellas me lo notificaron. Esta niña había nacido con buena estrella: desde su nacimiento tuve toda clase de alegrías y satisfacciones, pero murió dos meses después de que llegásemos a la India, como contaré más adelante.

Visité en este campamento al jeque y alfaquí, el devoto Mawlānā Ḥusām ad-Dīn *al-Yāgī* [*yağī*]. Esta última palabra, en turco significa «rebelde». Era de las gentes de Uṭrār. También visité al jeque Ḥasan, cuñado del sultán.

Historia del sultán de Mā warā’ an-nahr [Transoxiana]

Era el noble sultán ‘Alá’ ad-Dīn Ṭarmašīrīn, poderoso príncipe, de justa autoridad, que señoreaba numerosos ejércitos y soldados y un reino enorme, siendo grandísimo su poder. Sus dominios estaban situados entre los cuatro más poderosos reyes del mundo: el rey de la China, el de la India, el del Iraq y el rey Ūzbak, los cuales le hacían presentes, honraban y tenían en mucho. Ocupó el poder después de su hermano al-Ŷakatay^[339], que era infiel y había subido al trono tras su hermano mayor Kabak. Este Kabak también era pagano, pero justo en sus decisiones; hacía justicia a los oprimidos y trataba a los musulmanes con respeto y consideración.

Anécdota

Se cuenta que este rey Kabak, conversando un día con el alfaquí y orador Badr ad-Dīn al-Maydānī, le dijo: «¿Pretendes que Dios ha mencionado todas las cosas en su Noble Libro?». Contestó el alfaquí: «Sí, en efecto». Dijo el rey: «Entonces, ¿dónde está mi nombre en ese Libro?». Y respondió: «En esta azora [*Corán*, LXXXII, 8]: *El*

Altísimo es quien te dio la forma [rakkabak] que quiso». Esto agradó a Kabak, que riéndose dijo: «Yajšī», que en turco significa «excelente». Tuvo a este hombre una gran consideración y acrecentó todo lo referente a los musulmanes.

Anécdota

Entre los veredictos de Kabak se cuenta lo siguiente: una mujer vino a quejarse ante él de uno de los emires; adujo ser muy pobre, estar cargada de hijos y tener leche con cuya venta les alimentaba, pero que este emir se la había arrebatado por la fuerza y se la había bebido. Kabak le dijo: «Le mandaré partir en dos y si la leche sale de su vientre habrá sido bien ajusticiado y si no, te haré partir en dos a ti». La mujer contestó: «Renuncio a mis derechos sobre la leche y retiro mi reclamación». Kabak mandó que cortasen por la mitad al emir y la leche fluyó de su vientre.

Pero volvamos con el sultán Ṭarmašīrīn.

Pasados unos días desde mi llegada al campamento, que los turcos llaman *urdū*, fui a la mezquita a la oración de la mañana, según mi costumbre. Tras terminar de orar, uno de los asistentes me dijo que el sultán se encontraba en la mezquita. Cuando éste se levantó de su alfombra, me aproximé para saludarle. El jeque Ḥasan y el alfaquí Ḥusām ad-Dīn al-Yāgī se levantaron también e informaron al sultán de mi situación y de que había llegado hacía ya unos días. Me dijo en turco: «*Juš mīsan yajšī mīsan qutlū ayūsan*»^[340]. Lo que significa: «¿Cómo estás? Eres una buena persona, bendita sea tu llegada».

El sultán lucía en ese momento una túnica de *qudsī* de color verde y en la cabeza llevaba un bonete de un tejido parecido. Regresó a pie a su salón de audiencias y la gente se le acercaba para exponer sus quejas. Él se detenía ante todos, grande o chico, hombre o mujer. Después mandó por mí. Me presenté ante él en una tienda, junto a la cual, a derecha e izquierda, permanecían las gentes. Los emires estaban sentados, sus sirvientes en pie delante y detrás de ellos. El resto de la tropa estaba sentada formando varias filas. Cada uno tenía sus armas ante sí; hacían guardia y debían quedar en este lugar hasta la tarde, entonces otros vendrían a relevarles y permanecerían allí hasta el final de la noche. Habían colocado en este lugar doseles de algodón para guarecerse.

Cuando entré ante el rey, le encontré sobre un asiento semejante a un alminbar forrado con seda bordada en oro. El interior de la tienda estaba tapizado de seda dorada. Una corona con engarces de perlas y zafiros pendía a la altura de un codo por encima de la cabeza del sultán. Los emires más importantes estaban sentados a derecha e izquierda del príncipe. Hijos de reyes, con mosquiteros en sus manos, permanecían ante él. Cerca de la puerta de la tienda estaban el lugarteniente, el visir, el chambelán y el secretario de firmas, al que los turcos llaman *al tamgà*: *al* significa «rojo» y *tamgà* «firma». Los cuatro se levantaron cuando yo entré y me acompañaron

al interior de la tienda. Saludé al sultán y él me preguntó —haciendo de traductor entre ambos el secretario de firmas— sobre La Meca, Medina, Jerusalén, Hebrón, Damasco, Egipto, al-Malik an-Nāṣir, los dos Iraq y su rey y también acerca de Persia.

Después el almuédano llamó a los fieles a la oración del mediodía y nosotros regresamos. Asistíamos a las oraciones en compañía del sultán en unos días de frío intenso y mortal, pero el sultán no dejaba de hacer la oración del alba ni la de la tarde junto con los fieles. Se sentaba para alabar el nombre de Dios, en turco, después de la oración de la aurora hasta que el sol estaba ya alto. Todos los que se encontraban en la mezquita acudían a él, les tomaba la mano y se la estrechaba. Hacían lo mismo a la oración de la tarde. Cuando alguien le llevaba un presente de pasas o dátiles —los dátiles son muy apreciados y demandados entre ellos— los repartía personalmente a todos los presentes en la mezquita.

Suceso

Entre las virtudes de este rey se cuenta lo siguiente: asistía en cierta ocasión a la oración de la tarde sin que el sultán estuviera presente. Uno de sus adláteres trajo un tapiz que extendió frente al mihrab, lugar donde solía rezar el sultán, y dijo al imán Ḥusām ad-Dīn al-Yāgi: «Nuestro señor quiere que le esperes un momento para hacer la oración hasta que él haya acabado sus abluciones». El mentado imán se levantó y dijo en persa: «La *namāz* —es decir, ‘la oración’— ¿es por Dios o por Ṭarmašīrīn?». Y ordenó al almuédano que hiciese la segunda llamada a la oración.

El sultán llegó cuando ya se habían rezados dos *rak‘as*; hizo las dos últimas detrás de todo el mundo, donde los fieles dejan su calzado, en la puerta de la mezquita. La oración acabó y él hizo solo las dos *rak‘as* que faltaban. Tras ello, se levantó, se dirigió sonriente al imán y tomándole de la mano se sentó frente al mihrab. El jeque e imán estaba sentado a su lado y yo junto al imán. El rey me dijo: «Cuando regreses a tu país cuenta allí lo que un faquir persa hizo con el sultán de los turcos».

El jeque predicaba todos los viernes, exhortaba al sultán a comportarse conforme a derecho y le prohibía cometer abusos, le dirigía duras palabras y el sultán callaba y lloraba. El jeque no aceptaba ningún regalo del rey, ni comía en su mesa ni se ponía la ropa que le obsequiaba. Era un devoto siervo de Dios. A menudo le veía con un ropaje de algodón, forrado de lo mismo y muy ajado por el uso. Sobre la cabeza llevaba un gorro de fieltro, que no valía ni un cornado, e iba sin turbante. Un día le dije: «Oh, señor mío, ¿cómo vas así vestido? No es propio de ti». Y respondió: «Hijo mío, esta ropa no es mía sino de mi hija». Le rogué entonces que aceptase algunos vestidos míos, pero me dijo: «Hice una promesa a Dios, hace ya cincuenta años, de no aceptar nada de nadie; si acepto un regalo de alguien, será de ti».

Cuando decidí continuar mi viaje, después de haber permanecido con este sultán por espacio de cincuenta y cuatro días, me dio setecientos dinares de plata y una piel de cibelina que valía cien dinares y que yo mismo le pidiera a causa del frío. Cuando se lo mencioné, tomó mis mangas y se aplicó a ponérmela personalmente, mostrando así su humildad, su virtud y excelente natural. También me dio dos caballos y dos camellos. Al ir a despedirme lo encontré camino a sus terrenos de caza. El frío extremo me impidió pronunciar una sola palabra. Comprendiéndolo, sonrió y me tendió la mano, tras lo cual marché.

Dos años después de mi llegada a la India nos llegó noticia de que los principales gobernadores y emires estaban reunidos, con la mayor parte de sus tropas, en la más alejada de sus provincias, vecina al país de China: juraban fidelidad a uno de sus primos llamado Būzun Uglī. *Uglī* llaman allí a todos los hijos de reyes.

Būzun era musulmán aunque poco religioso y de mala conducta. Los tártaros le reconocieron como rey y depusieron a Ṭarmašīrīn, el cual había obrado contrariamente a los preceptos del antepasado de ambos, el maldito Tankīz, aquel que arrasó los países musulmanes y del que ya hemos hablado anteriormente. Tankīz había redactado sus leyes en un libro conocido entre sus gentes por *al-Yasāq*. Entre ellos todo aquel que desobedezca las prescripciones de este libro debe ser depuesto. Entre sus normas existe una que les obliga a reunirse un día del año llamado *tūr*, es decir «día de festín». Los descendientes de Tankīz y los emires acuden a esta reunión desde todos los rumbos del país. Las *jātūn* y los más importantes dignatarios están presentes también. Si el sultán ha cambiado algo de lo dispuesto por Tankīz, los jefes vienen y le dicen: «Has modificado tal y tal cosa y has hecho esto, por tanto hay que destronarte». A continuación le toman de la mano, le bajan del trono y colocan en su lugar a otro descendiente de Tankīz. Si alguno de los grandes emires ha cometido una tropelía en su gobierno, le juzgan según sus merecimientos.

El sultán Ṭarmašīrīn había invalidado los juicios de aquel día y derogado la costumbre de tal reunión. Los tártaros llevaron mal este comportamiento, censurando que permaneciese cuatro años en sus tierras contiguas al Jurāsān, sin viajar a la parte colindante con la China, ya que es costumbre que el rey visite cada año estas regiones, que las inspeccione y vea cómo están las tropas acantonadas allí, puesto que es la cuna de sus reyes. Su capital es la ciudad de al-Māliq.

Būzun, recibido su juramento, salió al frente de un gran ejército. Ṭarmašīrīn, que no fiaba en sus emires y temeroso de ellos, montó a caballo acompañado de quince jinetes, tratando de llegar a la provincia de Gazna, una de las de su reino.

El valí de esta provincia era el primero de sus emires y amigo suyo, Burunṭayh. Apegado al Islam y los musulmanes, construyó alrededor de cuarenta zagüías en las que proporcionaban alimento al caminante y era jefe de una enorme hueste. Nunca vi en el mundo todo un hombre tan alto como él.

Al cruzar Ṭarmašīrīn el río Ŷayḥūn, camino de Balj, le vio un turco al servicio de

Yanqī, hijo de su hermano Kabak que, según contamos, murió a manos de su hermano, el sultán Ṭarmašīrīn. Su hijo Yanqī se encontraba en Balj y al informarle el turco de que había visto a su tío, dijo: «Habr  huido por alguna grave razón». Mont  a caballo con su gente y apres  a Ṭarmašīrīn.

B zun llegó a Samarcanda y Buj r , donde le rindieron vasallaje. Yanqī se present  ante él con Ṭarmašīrīn. Se cuenta que cuando éste llegó a Nasaf, en las inmediaciones de Samarcanda, le mataron y sepultaron all , poniendo al cuidado de su tumba al jeque Šams ad-D n Kardan Bur d . También aseguran que Ṭarmašīrīn no murió, como contaremos más adelante. El significado de *kardan* [*gerdan*] es «cuello» y el de *bur d * «cortado». Lo llamaban así a causa de una herida que recibiera en la garganta. Lo conocí en la India y más tarde hablar  de él.

Cuando B zun fue proclamado rey, el hijo del sultán Ṭarmašīrīn, Baš y Ugl , su hermana y el marido de ésta, Fir z, escaparon a la corte del rey de la India, que les agasajó y hosped , dada su relación íntima y las cartas y regalos intercambiados entre él y Ṭarmašīrīn, al que llamaba hermano.

Entre tanto, llegó del Sind un hombre que afirmaba ser Ṭarmašīrīn. La gente opinaba de diferentes formas respecto a este asunto. ‘Im d al-Mulk Sart z, liberto del rey de la India y gobernador del Sind —al que llamaban Malik ‘Ar , «el rey de los desfiles», porque continuamente disponía que sus tropas hiciesen alarde ante él—, que tenía por sede Mult n, capital del Sind, al enterarse de esto, envi  al lugar donde se encontraba este individuo a algunos turcos que conocieran a Ṭarmašīrīn. Estos regresaron e informaron a Sart z que era en efecto Ṭarmašīrīn, ante lo cual Sart z mand  disponer una *sar  ya* o *afr  y*; en las afueras de la ciudad e hizo los preparativos para recibirle. Vino a esperarle y descabalgando ante él, le dio la bienvenida y puso a su discreción la tienda, en la que entró a caballo como es usanza de los reyes. Nadie dud  de que fuese Ṭarmašīrīn. Dio cuenta al rey de la India, quien despachó a sus emires a fin de que le ofreciesen hospitalidad.

Al servicio del rey de la India había un médico que lo fuera anteriormente de Ṭarmašīrīn y que se había convertido en el primer médico de la India. Este dijo al rey: «Yo ir  al encuentro de este hombre y podrá atestiguar si dice verdad. Le cur  un divieso que tenía bajo la rodilla y que le dejó una marca. Así sabr  qué hay de cierto». Fue a reunirse con los emires encargados de recibir al recién llegado. Se present  a él y frecuentó su compañía amparándose en su antigua amistad. Un día, por fin, le tocó la pierna y encontr  la señal. El otro le dijo: « Quieres examinar el furúnculo que me curaste? Helo aquí». Y le mostr  la cicatriz. Visto aquello, el médico no tuvo duda de que era efectivamente Ṭarmašīrīn y regres  junto al rey de la India informándole de ello.

Algún tiempo después el visir Jaw  yah   ih n A mad b. Ay s y el principal emir, Qu l  J n, que fuera su maestro cuando era niño, se presentaron ante el rey de la India y le dijeron: «Oh, señor del mundo, el sultán Ṭarmašīrīn ha llegado: en verdad que es él. Aquí están alrededor de cuarenta mil de sus súbditos, su hijo y su yerno.

¿Has pensado lo que sucederá si se reúnen con él?». Estas palabras conturbaron mucho al sultán, que dispuso traer a ʿArmašīrīn inmediatamente. Cuando éste apareció ante el sultán fue conminado a rendirle pleitesía, como todos los que vienen, y se le trató de mala manera. El sultán le dijo con deshonrosas palabras: «¡Hijo de puta! Estás mintiendo, dices ser ʿArmašīrīn pero aquél murió y aquí está el custodio de su tumba. ¡Por Dios, que te daré muerte sin remordimiento alguno! Que se le den cinco mil dinares y se le conduzca a la casa de Bašāy Uglī y de su hermana, los dos hijos de ʿArmašīrīn, y les digan: “Este falsario asegura ser vuestro padre”».

Fue presentado, pues, ante los dos y, tras ser reconocido por ellos, pasó la noche allí vigilado por una escolta. De mañana lo sacaron de la casa. El príncipe y su hermana, temiendo que les matasen por su causa, negaron que fuese su padre. Se le desterró de la India y del Sind dirigiéndose a Kīy y a Makrān. Las gentes de las tierras por las que pasaba le expresaban su acatamiento, le alojaban y le ofrecían regalos.

Llegó por fin a Šīrāz. El príncipe de esta ciudad, Abū Ishāq, le honró y dispuso una cantidad apropiada para sus gastos. Cuando entré en Šīrāz, a mi regreso de la India, me dijeron que aún permanecía allí. Quise verle, pero no pude hacerlo por estar vedado visitarle sin licencia del sultán Abū Ishāq, y temí lo que detrás viniera por tal visita. Más tarde lamenté no haberme entrevistado con él.

Pero volvamos a hablar de Būzun.

Al tomar el poder, éste reprimió a los musulmanes, fue injusto con sus vasallos y permitió a cristianos y judíos reconstruir sus templos. Los musulmanes se quejaban de ello y esperaban con impaciencia las tornas del destino. Esto llegó a oídos de Jalīl, hijo del sultán Yasūr, el derrotado en el Jurāsān. Jalīl se dirigió al rey de Herāt, el sultán Ḥusayn, hijo del sultán Giyāt ad-Dīn al-Gūrī, notificándole sus planes y pidiéndole que le ayudase con soldados y dineros, con la condición de repartir con él su reino una vez lograda la victoria. El rey Ḥusayn despachó con él una hueste enorme. Entre Herāt y Termed hay nueve días de marcha.

Sabedores los emires musulmanes de la llegada de Jalīl le ofrecieron obediencia y le expresaron su deseo de hacer la guerra santa. El primero en salir a su encuentro fue ‘Alā’ al-Mulk Juḍāwand Zādah, príncipe de Termed, emir poderoso y jerife descendiente de Ḥusayn. Acudió ante Jalīl con cuatro mil musulmanes. Este se alegró por ello, nombrándole visir y confiriéndole autoridad. ‘Alā’ al-Mulk era un valiente. Otros emires llegaron de todos los rumbos para unirse a Jalīl, que se enfrentó con Būzun cuyas tropas se pasaron al bando contrario y entregaron a Būzun prisionero. Jalīl le mandó estrangular con cuerdas de arco: es costumbre que los hijos de reyes sólo mueran estrangulados.

El reino se sometió a Jalīl. Sus tropas hicieron alarde en Samarcanda y resultaron ser ochenta mil hombres, armados con corazas y sus caballos con arneses de hierro. Licenció el ejército que trajera desde Herāt y se dirigió hacia el país de al-Māliq. Los

tártaros eligieron por jefe a uno de los suyos y esperaron a Jalīl a tres jornadas de distancia de al-Māliq, cerca de Ṭarāz. El combate fue encarnizado y los dos ejércitos resistieron con firmeza. El emir Juḏāwand Zādah, visir de Jalīl, permaneció tres días en al-Māliq, saliendo después a perseguir a los supervivientes que, finalmente, le prestaron obediencia.

Avanzó entonces hasta los confines de Jiṭā y China, conquistando las ciudades de Qarāqurum y Bišbālig. El rey de la China despachó ejércitos contra él pero a la postre ambos firmaron la paz.

El poderío de Jalīl aumentó y los reyes le temían. Dio pruebas de su justicia, acantonó tropas en al-Māliq, dejó con ellas a su visir Juḏāwand Zādah y regresó a Samarcanda y Bujārā.

He aquí que los turcos, queriendo provocar una revuelta, acusaron al mencionado visir de pretender sublevarse sosteniendo tener más derechos al trono por su parentesco con el Profeta, así como por su nobleza y valentía. Jalīl despachó un valí a al-Māliq en sustitución del visir ordenándole que se presentase ante él con una pequeña escolta. Cuando éste llegó le mató sin esperar ninguna otra información, siendo esa la causa de que su reinado se hundiera.

Al aumentar su poderío, Jalīl apeteció el reino del príncipe de Herāt que le había facilitado la llegada al poder y provisto de tropas y dineros. Le escribió mandándole que se pronunciara la oración en su nombre en todo el país y se acuñaran los dinares y *dirhams* con su sello. Esta conducta desagradó al rey Ḥusayn, que le respondió de mala manera. Jalīl se aprestó al combate, pero las tropas musulmanas no le apoyaron, considerando traidor a quien le ayudase. Esta noticia llegó a oídos del rey Ḥusayn, que dispuso las tropas bajo el mando de su primo hermano Malik Warnāā. Se enfrentaron los dos ejércitos. Jalīl fue vencido y se le condujo cautivo ante el rey Ḥusayn el cual le perdonó la vida, le entregó un alcázar por residencia, le regaló una esclava y le acordó un estipendio. Así es como yo le dejé a finales del año 747, cuando salí de la India.

Pero volvamos a lo que nos atañe.

Tras despedirme del sultán Ṭarmašīrīn, marché hacia la ciudad de Samarcanda, una de las mayores, más hermosas y espléndidas del mundo. Se alza al borde de un río conocido por Wādī l-Qaṣṣārīn [*«río de los bataneros»*; Zar Afshan] con el que riegan los huertos por medio de norias. En sus riberas se reúnen las gentes de la ciudad después de la oración de la tarde para solazarse y pasear. Allí tienen bancas y asientos para descansar y tiendas donde venden frutas y otras vituallas. Bordean también el río grandes alcázares y edificios que revelan un refinado gusto. Muchos de ellos están en ruinas y buena parte de la ciudad ha sido arrasada: no tiene muralla ni puertas y los huertos están en su interior. Las gentes de Samarcanda gozan de nobles méritos y son amigables con los extranjeros, mejores que los de Bujārā.

Cerca de Samarcanda está la tumba de Qutam b. al-‘Abbās b. ‘Abd al-Muṭṭalib,

que pereció cuando los musulmanes conquistaron la ciudad.

Los habitantes de Samarcanda acuden a visitar esta tumba las noches de domingo y jueves. Los tártaros también peregrinan aquí y le dedican magníficos exvotos: vacas, ovejas, *dirhams* y dinares, lo cual se dedica a atender a los viajeros y a la manutención de los fámulos de la zagüía y del sepulcro santo, encima del cual se eleva una cúpula construida sobre cuatro basas unidas cada una de ellas a dos pilares de mármol. Las hay verdes, negras, blancas y rojas. Las paredes de la cúpula son de mármol de variados colores, pintado y dorado y el techo de plomo. La tumba está revestida de ébano con incrustaciones de oro y pedrería y las esquinas de plata. Tres candiles de plata penden sobre ella. Las alfombras son de lana y algodón. Corre por allí un gran río, que corta la zagüía, jalonado de árboles, parras y jazmines. En el interior de la zagüía hay habitaciones para albergar a los viajeros.

Los tártaros, en sus tiempos de paganismo, no modificaron nada en este lugar bendito, sino que lo estimaban fuente de baraca a causa de los portentos que presenciaran.

El veedor del sepulcro bendito y del contiguo era, cuando nosotros nos hospedamos en él, el emir Giyāṭ ad-Dīn M. b. ‘Abd al-Qādir b. ‘Abd al-‘Azīz b. Yūsuf, hijo del califa al-Mustaṣir bi-llāh al-‘Abbāsī. El sultán Ṭarmašīrīn le dispensó esta dignidad cuando llegó a su corte desde el Iraq, pero ahora está con el rey de la India. Más tarde hablaremos de él.

Conocí en Samarcanda a su cadí, llamado entre los tártaros Ṣadr al-Ŷihān, hombre meritorio y de buenas cualidades. Viajó detrás mío a la India pero se lo llevó la muerte en la ciudad de Multān, capital del Sind.

Anécdota

Al fallecimiento de este cadí en Multān, el encargado de notificar las nuevas al rey de la India le escribió sobre ello, informándole que el cadí pretendía presentarse ante él, pero que no lo consiguiera. Ante esta noticia, el rey ordenó que se mandasen a sus hijos no recuerdo cuántos miles de dinares y que los acompañantes calculasen los beneficios que habrían obtenido de haber alcanzado a verle si su señor siguiera con vida. El rey de la India tiene en cada ciudad del país un mensajero que le informa de cuanto ocurre en el lugar y de los viajeros que allí llegan. Cuando esto sucede relatan de qué país procede, se escribe su nombre, señas personales, ropas, acompañantes, caballos y sirvientes; del modo cómo se sienta y come; de todas sus cosas y de los méritos o tachas que muestra. El caminante no llega ante el rey hasta que éste sabe todo lo referente a él. Su generosidad estará de acuerdo con sus merecimientos.

Salimos de Samarcanda y cruzamos la ciudad de Nasaf, a la cual debe su

gentilicio Abū Ḥaḥṣ an-Nasafī, autor del libro titulado *al-Manzūma* [«La escrita en verso»], que versa sobre temas de discusión entre los cuatro alfaquíes. ¡Dios esté satisfecho de ellos!

Llegamos a la ciudad de Termed, lugar de nacimiento del imán Abū ‘Īsà M. b. ‘Īsà b. Sūra at-Tarmaḍī, autor de *al-Īmī’ al-Kabīr* [«El gran compendio»], compilación de tradiciones.

Es Termed una gran ciudad, con buenas construcciones y zocos, ríos y numerosos jardines. Abundan las uvas, los membrillos, excelentes, así como la carne y la leche. Las gentes se lavan la cabeza en los baños con leche, en lugar de arcilla. Todos los dueños de baños tienen grandes recipientes llenos de leche y cuando alguien entra coge una jarra y se lava la cabeza con esta leche, con ella humedece los cabellos y los alisa. Las gentes de la India se ponen en la cabeza aceite de sésamo, al que llaman *sīraʿy*, y después lavan su pelo con arcilla: es bueno para el cuerpo, alisa los cabellos y los hace crecer, por ello es tan larga la barba de las gentes de la India y de quienes viven entre ellos.

La antigua ciudad de Termed estaba construida a orillas del Īyḥūn. Cuando Tankīz la convirtió en ruinas, se construyó la actual a dos millas. Nos hospedamos en la zagüía del distinguido jeque ‘Azīzān, uno de los más importantes y generosos, dueño de muchas riquezas, de casas y huertos cuyas rentas gasta en agasajar a los caminantes.

Conocí, antes de llegar a esta ciudad, a su señor ‘Alā’ al-Mulk Juḍāwand Zādah. Este dio orden de que se nos proveyese de todo lo necesario, como se cumplió cada día durante el tiempo que permanecimos allí.

Encontré también al cadí Qiwām ad-Dīn, que iba al encuentro del sultán Ṭarmašīrīn para solicitar licencia de viajar a la India. El relato de mi conversación en Multān con él y con sus dos hermanos Ḍiyā’ ad-Dīn y Burhān ad-Dīn y de nuestro viaje juntos a la India, vendrá después. También mencionaré, si Dios quiere, a sus otros dos hermanos ‘Imād ad-Dīn y Sayf ad-Dīn, mi encuentro con ellos en la capital del rey de la India, y a sus dos hijos, su presentación ante este rey tras la muerte de su padre, su boda con las dos hijas del visir Jawāyḥ Īhān, y todo lo sucedido.

Atravesamos el río Īyḥūn en dirección al país del Jurāsān. Desde que salimos de Termed y cruzamos el río, anduvimos un día y medio a través de un desierto y arenales en los que no hay ninguna construcción hasta la ciudad de Balj, en ruinas y abandonada. Quien la contempla la imagina habitada debido a su buena construcción. En otros tiempos fue importante y vasta. Los restos de sus mezquitas y *madradas* permanecen todavía, así como la decoración de color azul de sus edificios.

La gente atribuye la procedencia de la piedra azul lapislázuli al Jurāsān pero se extrae de las montañas de Badajšān, que han dado nombre al rubí *badajšī* o, como lo llama la gente, *al-balajš*. Más tarde, si Dios quiere, hablaré de esta comarca.

Tankīz, el maldito, asoló la ciudad y derribó un tercio de su mezquita aljama porque alguien le dijo que había un tesoro oculto bajo una de las columnas. Es una de

las más maravillosas y mayores mezquitas del mundo. La mezquita de Ribāṭ al-Faṭḥ, en el Magreb, se le parece por la magnitud de sus columnas pero la de Balj es más hermosa en otros aspectos.

Relato

Un historiador me refirió que la mezquita de Balj fue erigida por una mujer cuyo marido, llamado Dāwūd b. ‘Alī, era emir de Balj por los Banū ‘Abbās.

Sucedió que un día el califa se irritó con las gentes de Balj por algo que hicieran y mandó a un recaudador a percibir una fuerte garrama. Cuando éste llegó a Balj, las mujeres y los niños se presentaron ante la mencionada mujer, esposa del emir y la que mandara construir la mezquita. Se lamentaron de su estado y del tributo especial que se les había impuesto. Esta remitió al emir recaudador un traje suyo con perlas bordadas cuyo valor era mayor que la cantidad que debían pagar, y le dijo: «Llévaselo al califa, se lo doy como regalo de parte del pueblo de Balj que se encuentra en tan triste estado». El emir se dirigió con él al califa, le entregó el traje y contó lo sucedido. Corrido, el califa dijo: « ¿Es que esta mujer va a ser más generosa que nosotros?». Y le ordenó levantar el tributo a las gentes de Balj y regresar a esta ciudad para devolver su vestido a la mujer y al pueblo el impuesto anual. El emir volvió pues a Balj, se presentó en casa de la mujer, le comunicó las palabras del califa y le retornó el traje. Ella dijo: « ¿La mirada del califa se ha posado en este vestido?». La respuesta fue afirmativa, a lo que ella contestó: «No me pondré jamás un traje sobre el que se han posado los ojos de un hombre con quien podría casarme». Y dispuso venderlo y con ello se edificaron la mezquita, la zagüía y una posada que hay frente a ella, construida con adoquines y que se conserva hasta el momento. Sobró un tercio del valor del traje y se cuenta que esta mujer mandó ocultarlo bajo uno de los pilares de la mezquita para que se utilizara en caso de necesidad.

Tankīz, informado de la historia, decidió derribar las columnas de la mezquita. Así se hizo con una tercera parte, pero no se encontró nada. Las demás quedaron como estaban.

En las afueras de Balj hay una tumba que se dice pertenecer a ‘Ukkāša b. Mihsan al-Asadī, compañero del Nabí de Dios, que entrará en el Edén exonerado de culpas. Sobre ella hay una zagüía grandiosa en la cual nos hospedamos y fuera de la cual existe un gran estanque sombreado por un nogal bajo el que se resguardan los caminantes en el verano. Al jeque de esta zagüía llaman al-Ḥāyî Jurd, que es el menor de los elegidos. Cabalgó con nosotros y nos acompañó a visitar los mausoleos de la ciudad entre los que merece mencionarse el de Ezequiel, el profeta, coronado por una hermosa cúpula, y varias tumbas más de hombres piadosos que ahora no recuerdo.

Paramos cerca de la grandiosa casa de Ibrāhīm b. Adham, construida de piedra

blanca semejante al adoquín. El grano de la zagüía se había almacenado allí por lo que no pudimos entrar. Se encuentra próxima a la mezquita aljama.

Salimos de Balj y viajamos durante siete días a través de las montañas de Qūhistán. Hay por allí numerosas aldeas pobladas, con agua abundante y verdes árboles, la mayor parte de los cuales son higueras. Hay también muchas zagüías ocupadas por hombres devotos dedicados a ejercicios piadosos. Llegamos después a la ciudad de Herāt, la mayor del Jurāsān. Son cuatro sus grandes ciudades: dos prósperas, Herāt y Nīsābūr [Nisapur], y dos arruinadas, Balj y Marw [Merv]. Herāt es una ciudad amplia y bien poblada. Sus gentes son pías, castas y devotas, siguen la vía jurídica del imán Abū Ḥanīfa y en ella no existe el desorden.

Mención del sultán de Herāt

Es el noble sultán Ḥusayn, hijo del sultán Giyāṭ ad-Dīn al-Gūrī, hombre de reconocida valentía que goza del favor de Dios y de su beatitud. En dos batallas memorables tuvo muestras del socorro y apoyo de Dios que pueden provocar asombro. La primera vez al enfrentarse su ejército con el sultán Jalīl que se había levantado contra él y que acabó siendo su prisionero. El segundo combate en que recibió la ayuda divina fue el que sostuvo personalmente con Mas‘ūd —sultán *rāfiḍī*— y que terminó con la pérdida de éste, su huida y la caída de su reino. El sultán Ḥusayn subió al poder tras su hermano, conocido por al-Ḥātiz, que sucediera a su padre Giyāṭ ad-Dīn.

Historia de los rāfiḍīes

Había en el Jurāsān dos hombres llamados Mas‘ūd y M. que tenían cinco valientes compañeros, conocidos en el Iraq bajo el nombre de *ṣuṭṭār* —en el Jurāsān por el de *sarābadālān*— y en el Magreb por el de *ṣuqūra* [halcones]. Los siete acordaron dedicarse a realizar actos malvados, pillajes y robos. La noticia de sus tropelías se extendió mientras ellos tomaban como guarida una montaña inaccesible próxima a la ciudad de Bayhaq, llamada también Sabzār. Durante el día se ocultaban pero al atardecer y por la noche caían sobre los pueblos, cortaban los caminos y se adueñaban del dinero. Los criminales y malhechores, sus semejantes, se unieron a ellos; su número creció, incrementándose su poderío hasta el punto de que las gentes les temían. Atacaron y conquistaron la ciudad de Bayhaq. Después tomaron otras ciudades y se hicieron ricos, reunieron un ejército y caballería. Mas‘ūd se autotituló sultán. Los siervos huían de la casa de sus amos y se iban con él. A cada uno de estos fugitivos se daba un caballo y dinero, y si era esforzado alcanzaba a mandar un

escuadrón. Sus tropas y fuerzas siguieron acrecentándose. Todos sus secuaces se convirtieron a la *Šī'a* y se propusieron eliminar la *Sunna* del Jurāsān y ponerlo a merced de la heterodoxia *rāfiḍī*. Había en Mašhad Tūs un jeque *rāfiḍī* llamado Ḥasan que era hombre justo. Les ayudó en su intento y le eligieron califa. Él les ordenó obrar con justicia, estableciéndose entre ellos una honradez tal que si algún *dirham* o dinar caía al suelo en sus almahalas, nadie lo tocaba hasta que el dueño iba a recogerlo.

Entraron en Nisapur. El sultán Ṭugaytumūr despachó tropas contra ellos pero fueron vencidas. Envío entonces a su segundo, Argūn Šāh, que también fue derrotado y preso, recibiendo, sin embargo, un buen trato. El mismo Ṭugaytumūr salió a combatirles al frente de cincuenta mil tártaros pero le vencieron y se alzaron con el país. Tomaron Sarajs, Zāwah y Tūs, una de las principales plazas del Jurāsān. A su califa lo instalaron en el mausoleo de 'Alī b. Mūsà ar-Riḍā. Conquistaron también la ciudad de Ŷām y acamparon extramuros antes de ir contra Herāt, a sólo seis jornadas de distancia de allí.

Cuando esta noticia llegó al rey Ḥusayn convocó a sus emires, al ejército y a las gentes de la ciudad, inquirendoles si esperarían a que viniese el enemigo o si pensaban salir a su encuentro y entablar combate. Resolvieron ir contra ellos. Estas gentes pertenecen a una sola tribu llamada *gūriyya*. Se dice que son oriundos de Gūr [Gawr] en Siria, y que de allí les viene el nombre. Todos se aprestaron y fueron confluendo desde los más alejados confines del país, de los pueblos y de la estepa de Badgīs, cuya extensión es de cuatro jornadas; en sus pastos siempre verdes pacen las acémilas y los caballos. La mayor parte de los árboles son alfóncigos cuyos frutos se envían al Iraq.

Con la ayuda de las gentes de Simnān fueron contra los *rāfiḍīes* sumando unos ciento veinte mil, entre jinetes e infantes. El rey Ḥusayn les dirigía. Los *rāfiḍīes* reunían unos ciento cincuenta mil jinetes. Se enfrentaron en el desierto de Būsanŷ. Al principio, los dos ejércitos atacaron con arrojo pero luego los *rāfiḍīes* recularon y el sultán Mas'ūd huyó. El califa Ḥasan resistió con veinte mil hombres hasta que lo mataron, así como a la mayoría de ellos. Alrededor de cuatro mil cayeron prisioneros.

Uno que estaba presente en la batalla me contó que el choque se inició hacia las nueve de la mañana y la fuga después del mediodía. Tras esta hora el rey Ḥusayn descabalgó y rezó la zalá. Sirvieron la comida y él y los mejores de los suyos comieron mientras los restantes degollaban a los cautivos.

A continuación de este gran triunfo Ḥusayn regresó a su residencia. Dios se sirvió de él para conceder la victoria a los sunnies y apagar el fuego de la rebelión.

Esta batalla ocurrió después de salir yo de la India, en el año 748 [1347 d. C. *vid. prólogo*].

Las gentes de Herāt respetaban y se aconsejaban de un cierto hombre piadoso, virtuoso y ascético, llamado Mawlānā Nizām ad-Dīn, quien creciera allí y que les reconvenía y amonestaba, por lo que acordaron corregir sus yerros. El jatib de la

ciudad, conocido por Malik Warnā, primo hermano del rey Ḥusayn, casado con la viuda de su padre, se adhirió al intento. Malik Warnā era una de las más hermosas personas tanto de figura como de alma. El mismo rey le temía. Hablaremos de él. Cuando estas gentes sabían de algo reprochable aunque viniese del rey, lo corregían.

Anécdota

Me contaron que un día supieron que algo indigno había sucedido en el palacio del rey Ḥusayn y se juntaron para hacer justicia. El monarca se encastilló en su alcázar, reuniéndose entonces ante la puerta unos seis mil hombres, con lo que el rey tuvo miedo y llamó al alfaquí y a los notables de la ciudad pero, puesto que había bebido vino, le impusieron en su mismo alcázar la sanción correspondiente marchándose después.

De cómo murió el mentado alfaquí Nizām ad-Dīn

Los turcos habitaban la estepa próxima a la ciudad de Herāt, tenían por rey al ya mencionado Ṭugaytumūr y eran alrededor de cincuenta mil hombres. El rey Ḥusayn les temía y por ello anualmente les hacía regalos y les halagaba. Pero una vez derrotados los *rāfiḍīes* consideró a los turcos como sus vasallos. Estos solían ir a Herāt a beber vino y a menudo alguno acababa borracho. Nizām ad-Dīn castigaba según la norma del *Corán* a aquel que se encontraba ebrio.

Los turcos son gente valiente y arrojada, de continuo asaltan las ciudades de la India haciendo prisioneros o realizando degollinas. Algunos cautivos son con frecuencia musulmanas que habitan en la India entre los paganos. Cuando traían sus prisioneras al Jurāsān, Nizām ad-Dīn las rescataba. Las mujeres musulmanas en la India se distinguen por no perforarse las orejas, al contrario de las infieles. Sucedió un día que un emir turco llamado Tumūrālī hizo cautiva a una mujer y la requirió a doblegarse a sus deseos y como ella adujo ser musulmana el alfaquí la separó de él. El turco, herido por esto, montó a caballo junto con varios miles de los suyos, cayó sobre los caballos de Herāt que estaban pastando en la llanura de Badgīs y se los llevó, no dejando a las gentes de la ciudad ninguna acémila de carga ni de monta. Luego, se retiraron con ellos a una montaña inaccesible, no encontrando el sultán y sus soldados monturas para perseguirles.

El sultán envió un mensajero que exigiese la devolución del ganado y los caballos robados y les recordase el pacto vigente entre ellos. Respondieron que no harían tal sino a cambio del alfaquí Nizām ad-Dīn, condición que el sultán rechazó. El jeque Abū Aḥmad al-Ġastī, nieto del jeque Mawdūd al-Ġastī, tenía en el Jurāsān una gran

dignidad, siendo sus palabras muy respetadas por la gente. Levantó armas junto con sus clientes y esclavos y dijo: «Llevaré al alfaquí Nizām ad-Dīn ante los turcos para apaciguarles, después le volveré a traer conmigo». Las gentes aceptaron esta propuesta. El alfaquí Nizām ad-Dīn, a la vista del acuerdo adoptado, cabalgó junto con el jeque Abū Aḥmad y se dirigieron al encuentro de los turcos. El emir Tumūrālī se fue contra él diciendo: «Me quitaste mi mujer», mientras blandía una maza con la que le golpeó y partió la cabeza dándole muerte. El jeque Abū Aḥmad, sobrecogido, regresó a la ciudad. Los turcos devolvieron el ganado y los caballos que se llevaran.

Más adelante, el turco autor de la muerte del alfaquí regresó a Herāt. Dieron con él algunos amigos del alfaquí que, haciendo ademán de saludarle, le mataron con espadas que ocultaban bajo las ropas. Sus acompañantes huyeron.

Cierto tiempo después el rey Ḥusayn envió como embajador ante el rey del Siyistān a su primo hermano Malik Warnā que había colaborado con el alfaquí Nizām ad-Dīn en la corrección de actos reprobables. Cuando llegó a Siyistān, el rey le ordenó permanecer allí sin presentarse ante su persona, pero él se dirigió a la India donde lo encontré, a mi salida, en la ciudad de Siwasitān, en el Sind. Era distinguido, le gustaban el poder, la caza, la cetrería, los esclavos, los caballos, los criados, las amistades y los ropajes regios. Cualquiera que tenga tales gustos en la India no lo pasa bien.

El rey de la India le nombró valí de una pequeña ciudad. Uno de Herāt, afincado allí, le mató por causa de una esclava. Se dice que el rey indio preparó el asesinato de acuerdo con el rey Ḥusayn y que éste fue el motivo de que rindiese pleitesía al sultán de la India, después de la muerte del mencionado Malik Warnā. El rey hindú le envió regalos y le entregó la ciudad de Bakār, en el Sind, cuyas rentas ascendían a cincuenta mil dinares de oro cada año.

Pero volvamos a donde estábamos.

Salimos de Herāt hacia la ciudad de Ŷām, ciudad mediana pero muy hermosa por sus jardines, árboles, abundantes fuentes y ríos. La mayor parte de los árboles son moreras y hay mucha seda. Se hace remontar la construcción de esta ciudad al ascético y devoto Šihāb ad-Dīn Aḥmad al-Ŷām, de cuya historia hablaremos después. Su nieto era el jeque Aḥmad, conocido por Zādah, asesinado por el rey de la India y de cuyos hijos es actualmente la ciudad de Ŷām, que no está bajo la autoridad del sultán, y donde gozan de riquezas y prosperidad. Alguien en quien yo confío me contó que el sultán Abū Sa‘īd, rey del Iraq, viajando una vez por el Jurāsān acampó cerca de esta ciudad donde está la zagüía del jeque, el cual le ofreció su hospitalidad y asignó una oveja a cada tienda de la almofalla real, una res para cuatro hombres, y a cada animal de la almahala, caballo, mula o asno le dio forraje para una noche. No hubo en todo el campamento un solo animal al que no alcanzase su hospitalidad.

Historia del jeque Šihāb ad-Dīn cuyo nombre tomó la ciudad de Ŷām

Se cuenta que era hombre amante del placer y muy aficionado a la bebida. Solía reunirse con sesenta comensales que acostumbraban hacerlo diariamente en casa de uno. A cada cual tocaba el turno al cabo de dos meses. Así hicieron hasta que un día llegó la vez al jeque Šihāb ad-Dīn. La noche anterior resolvió arrepentirse y arreglar sus cosas con el Señor y pensó: «Si digo a mis compañeros que antes que se juntaran en mi casa me arrepentí, han de pensar que es porque no puedo alternar con ellos». Dispuso, pues, preparar las cosas acostumbradas tanto manjares como bebidas y ordenó llenar los odres de vino. Llegaron los compadres y cuando se disponían a beber abrieron un odre. El primero en probarlo notó un sabor dulzón en el líquido. Abrieron un segundo odre y un tercero. Y en todos notaron el mismo sabor. Los comensales preguntaron al jeque la causa a lo que él contestó confesándoles la verdad de su arrepentimiento. Y les dijo: « ¡Por Dios! Es el mismo vino que bebíais antes». Todos quedaron contritos ante Dios el Altísimo, construyeron esta zagüía y se retiraron allí para servir a Dios. Este jeque protagonizó gran número de portentos y visiones.

Salimos de Ŷām en dirección a Tūs, una de las mayores y nobles ciudades del Jurāsān, lugar de nacimiento del famoso imán Abū Hāmid al-Gazālī y donde está su tumba. Desde Tūs nos dirigimos a la ciudad de Mašhad ar-Riḍā [Mausoleo de ar-Riḍā], es decir ‘Alī b. Mūsà al-Kāẓim b. Ŷa‘far aṣ-Šādiq b. M. al-Bāqir b. ‘Alī Zayn al-‘Ābidīn b. al-Ḥusayn, el mártir, hijo del Emir de los Creyentes ‘Alī b. Abū Ṭālib.

Es una vasta y gran ciudad en la que hay profusión de frutas, agua y molinos. Allí vive aṭ-Ṭāhir M. Šāh. Ṭāhir [«puro»], significa, entre ellos lo mismo que *naqib* entre los egipcios, sirios e iraquíes^[341]. Los hindúes, gentes del Sind y turkestanos dicen, en cambio, «el magnífico señor». También vivían en Mašhad el cadí y jerife Ŷalāl ad-Dīn —al que encontré después en la India— y el jerife ‘Alī y sus dos hijos Amīr Hindū y Dawlat Šāh, que más tarde serían mis compañeros desde Termed hasta la India y que eran personas piadosas.

El santo mausoleo, coronado por una alta cúpula, se encuentra en el interior de una zagüía paredaña a una *madrassa* y una mezquita. Todas ellas bien construidas, con muros de azulejos coloreados. Sobre la tumba hay una tarima revestida con panes de plata y encima de ella penden lucernas también de plata. Igualmente de plata es el umbral de la puerta oculta por un velo de seda recamado de oro. El suelo está totalmente cubierto de alfombras. Frente a esta tumba se halla la del Príncipe de los Creyentes Hārūn ar-Rašīd, sobre cuyo enrejado de madera se colocan algunos candelabros llamados *al-hisak* y *al-manā’ir* por los magrebíes. Cuando un *rāfiḍī* entra en el mausoleo patea la tumba de Rašīd mientras saluda el nombre de Riḍā.

Seguimos viaje hacia la ciudad de Sarajs, lugar de nacimiento del pío jeque Luqmān aṣ-Šarajsī. Desde allí nos dirigimos a Zāwa, donde vino al mundo el piadoso jeque Quṭb ad-Dīn Ḥaydar cuyo nombre tomó la cofradía de faquires Ḥaydariyya,

que llevan argollas de hierro en las manos, cuello, orejas e incluso en el pene por lo que el coito les es imposible. Después continuamos hasta la ciudad de Nisapur, una de las cuatro principales del Jurāsān, también llamada La Pequeña Damasco por la abundancia de sus frutos, jardines y agua, así como por su belleza. La atraviesan cuatro ríos, sus mercados son amplios y hermosos y posee una maravillosa mezquita situada en medio del zoco, colindante con cuatro *madrasas*, que disponen de abundante agua y albergan gran número de estudiantes de jurisprudencia y recitación del *Corán*. Son quizá las más bonitas *madrasas* del país. Sin embargo, por mucha que fuesen la solidez y hermosura de las *madrasas* del Jurāsān, de los dos Iraq, Damasco, Bagdad y Egipto, ninguna podría compararse a la construida junto a la alcazaba del alcázar real de Fez por orden de nuestro señor el Príncipe de los Creyentes al-Mutawakkil ‘Alà Allāh, máximo defensor de la religión, el más sabio de los reyes, el más hermoso engarce del collar de los califas justos, Abū ‘Inān. ¡Que Dios le lleve a la prosperidad y dé a su ejército la victoria! Esta escuela no tiene parangón ni en amplitud ni en altura y las gentes del Oriente son incapaces de labrar sus yeserías.

Se tejen en Nisapur telas de seda tales como el *naj*, el *kamjā’* y otras que se envían a la India.

También puede verse en esta ciudad la zagüía del jeque, el sabio imán, el eje de la religión, el pío Quṭb ad-Dīn an-Nīsābūrī, elocuente y piadoso ulema, en donde me hospedé siendo muy bien recibido y agasajado con respeto y donde fui testigo de los portentos y milagros de este jeque.

Uno de sus milagros

Había comprado en Nisapur un esclavo turco. El jeque al verlo conmigo dijo: «Este esclavo no es apropiado para ti, vuelve a venderlo». Tomando en consideración sus palabras lo vendí al día siguiente y el comprador fue un comerciante. Después me despedí del jeque y continué viaje. Al llegar a la ciudad de Baṣṭām recibí una carta de uno de mis compañeros, desde Nisapur, en la que me refería que el esclavo mencionado había matado a un niño turco por lo que se le había dado muerte. Es este un claro milagro del jeque.

Desde Nisapur viajé a la ciudad de Baṣṭām, tierra del jeque místico Abū Yazīd al-Baṣṭāmī cuya tumba se encuentra en esta ciudad en el mismo enterramiento de uno de los hijos de Ŷa‘far aṣ-Ṣādiq. Igualmente está enterrado en Baṣṭām el piadoso jeque, el devoto Abū l-Ḥasan al-Jarraqānī. Me hospedé en esta ciudad en la zagüía del jeque Abū Yazīd al-Baṣṭāmī.

Salí de esta ciudad por el camino de Handujir hacia Qundūs y Baglān, donde hay jardines y ríos y moran jeques y santos. Nos hospedamos en Qundūs junto a un río en el que se alza una zagüía de un gran alfaquí egipcio llamado Šīr Siyāh [*el león negro*]

donde disfrutamos la hospitalidad del gobernador de la comarca. Era éste de Mosul y vivía en un gran huerto. Permanecimos unos cuarenta días en las afueras de la población para que se repusieran nuestros camellos y caballos, ya que hay allí jugosos pastos y copiosa hierba. Gozan en el lugar de gran seguridad por la firme justicia del emir Burunṭayh. Ya hemos anticipado que el castigo que los turcos aplican a los cuatreritos es obligar al ladrón a devolver nueve caballos del mismo porte. Y si no los tiene se le quitan sus hijos. Y si no tiene hijos se le sacrifica como a una oveja.

Las gentes dejan sus acémilas sin pastor una vez marcadas y así hicimos nosotros en esta comarca. Y sucedió que nos pusimos a buscar nuestras monturas diez días después de llegar y vimos que faltaban tres, pero transcurrido medio mes los tártaros nos las trajeron temerosos del castigo.

Cada noche atábamos dos caballos frente a nuestras tiendas para poder utilizarlos si los necesitábamos. En una ocasión desaparecieron. Seguimos viaje y al cabo de veintidós noches nos los trajeron al camino.

También nos detuvimos allí por temor de la nieve, pues a la mitad del camino hay una montaña llamada Hindū Kūš [Hindu Kusch], es decir «la que mata a los hindúes», debido a que mueren en ella gran número de los esclavos y esclavas que se traen de la India por el intenso frío y la mucha nieve. Para atravesarla se necesita un día entero. Así pues, esperamos la entrada de la estación cálida y nos pusimos a cruzarla a última hora de la noche. Anduvimos todo el día hasta el crepúsculo. Ibamos colocando trozos de fieltro ante los camellos para que pisaran y no se hundiesen en la nieve.

Llegamos después a un lugar conocido por Andar, donde antaño hubo una ciudad de la que no queda traza alguna. Nos instalamos en una población en la que existe una zagüía de un hombre virtuoso llamado M. al-Mahrawī y allí nos hospedamos. Nos agasajó generosamente: cuando nos lavábamos las manos después de comer, bebía del agua con que nos laváramos, por el buen concepto que de nosotros tenía y por su carácter hospitalario. Viajó con nosotros hasta que hubimos ascendido la montaña Hindū Kūš, antes mencionada.

Encontramos en esta montaña una burga en la que nos lavamos la cara pero nos desollamos la piel, lo cual nos causó gran dolor. Hicimos alto en un lugar llamado Banî, Hîr, lo que significa «cinco montañas». Había allí una bella y populosa ciudad junto a un gran río, azul como el mar, que baja de las sierras de Badajšān, donde se encuentra el jacinto conocido por las gentes como *balajš*. Tankîz, rey de los tártaros, asoló esta región que, desde entonces, no volvió a recuperarse. En la ciudad se alza el mausoleo del jeque Sa‘id al-Makkî, venerado por las gentes del lugar.

Llegamos a las montañas de Bašāy donde está la zagüía del piadoso jeque Aṭā Awliyā’. Aṭā significa «padre» en turco y siendo *awliyā’* una palabra árabe, significa, pues, «el padre de los amigos de Dios». A este jeque se le llamaba también Sîsad Sâlah. Sîsad significa en persa «trescientos» y *sâlah*, «año». Aseguran que el jeque

cuenta trescientos cincuenta años. Sienten por él gran respeto y vienen a visitarlo desde ciudades y pueblos. También le buscan sultanes y princesas. Nos recibió con todos los honores y nos ofreció su hospitalidad. Acampamos junto a un río próximo a la zagüía y fuimos a visitarle. Le saludé y él me abrazó: nunca he visto una piel tan suave como la suya. Quien le contempla piensa que tiene cincuenta años. Me contó que cada siglo le salían el pelo y los dientes y que había visto a Abū Ruhm cuya tumba está en la ciudad de Multān, en el Sind. Le pedí que me refiriese alguna tradición piadosa y narró diversas historias. A pesar de todo, tengo serias dudas de él y de su veracidad. ¡Dios sabe la verdad!

Viajamos después hacia Barwan [Pervan] y allí visité al emir Burunṭayh que me favoreció y honró, escribiendo a sus subordinados de la ciudad de Gazna para que me tratasen con todos los honores. Ya antes hicimos mención de él y de su gran talla. Tenía junto a sí un grupo de jeques y faquires, gente de zagüías.

Nos dirigimos después hacia ʿYarj, una gran villa con numerosos huertos que dan magníficos frutos. Llegamos allí en la época estival y encontramos una comunidad de faquires y estudiosos del *Corán*. Allí cumplimos la zalá del viernes. Su emir, M. al-ʿYarjī, con el que volví a encontrarme en la India, nos agasajó.

Desde allí viajamos a la ciudad de Gazna, patria del afamado sultán Mabmūd b. Sabuktakīn, combatiente de la fe, y uno de los más grandes sultanes, apodado Yamīn ad-Dawla. Llevó muchas algaras contra la India donde conquistó ciudades y fortalezas. Su tumba se halla en esta ciudad y sobre ella se alza una zagüía. La mayor parte de la población fue arrasada, apenas queda nada. Sus habitantes la abandonan durante el invierno, a causa del intenso frío, y se trasladan a Qandahār, una vasta y próspera ciudad, a tres jornadas de Gazna, a la que no llegué. Nos hospedamos extramuros de Gazna, en una aldea cercana a un río cuyas aguas corren bajo su alcazaba. El emir, Mardak Agā, nos honró espléndidamente. *Mardak* significa «pequeño» y *agā*, «el de ilustre origen».

Salimos hacia Kabul, antaño urbe magnífica y en la actualidad aldea habitada por una nación de bárbaros, llamados afganos, señores de montes y quebradas. Gentes aguerridas y, en su mayoría, bandoleros. Su montaña más importante se llama Kūh Sulaymān. Cuentan que el profeta Salomón escaló este monte contemplando desde la cima las tierras de la India que estaban en tinieblas. Regresó sin entrar en ella y la montaña recibió su nombre. Allí vive el rey de los afganos. En Kabul está la zagüía del jeque Ismāʿīl al-Afgānī, discípulo del santísimo jeque ʿAbbās.

De allí nos dirigimos a Karmāš, castillo entre dos montañas, desde donde suelen atacar los afganos. A nuestro paso les presentamos combate: lanzamos nuestros dardos sobre ellos, que estaban en la falda del monte, y huyeron. Nuestros acompañantes tenían poca impedimenta, pero sí unos cuatro mil caballos. Al llevar camellos, quedé rezagado de la cáfila y conmigo un grupo de hombres, entre ellos algunos afganos. Tiramos parte de las provisiones y dejamos en el camino la carga de los camellos fatigados. Nuestra caballería regresó al día siguiente y recogió todo.

Alcanzamos a la caravana después de la última oración de la tarde y pernoctamos en el lugar de Šaš Nagār, la última y más retirada población del país de los turcos. Desde allí entramos en el gran desierto, de quince jornadas de marcha, accesible sólo en la estación posterior a las lluvias del Sind y la India, es decir, a primeros del mes de julio. En este desierto sopla el mortífero simún, que pudre los cuerpos de modo que si alguien muere se le separan los miembros del tronco. Ya indicamos que este viento corre también en el desierto, entre Hurmuz y Šīrāz. En la gran caravana que iba por delante nuestro —y en la cual viajaba Juḏāwand Zādah, cadí de Termed—, murieron muchos camellos y caballos, pero la nuestra llegó a salvo ¡gracias a Dios el Altísimo! a Banî Āb [Punjab], el río del Sind, cuyo nombre significa «cinco ríos». Ríos que confluyen en el brazo principal y riegan estas comarcas de las cuales hablaremos, si Dios quiere. Llegamos junto a este río a fines de *Dū l-Ḥiyya* y esa misma noche apareció la luna nueva de *Muḥarram* del año 734 [12 de setiembre de 1333]. Desde allí los mensajeros escribieron a su rey de todo lo referente a nosotros.

Aquí acaba el relato de este viaje. ¡Alabemos a Dios, Señor de los mundos!

SEGUNDA PARTE

SIND E INDIA

*En el nombre de Dios, el misericordioso, el apiadable,
que bendiga y salve a nuestro señor Muhammad,
a su familia y compañeros.*

Dice el jeque Abū ‘Abdallāh M. b. ‘Abdallāh b. M. b. Ibrāhīm al-Luwātī, el tangerino, conocido por Ibn Baṭṭuṭa, de quien se apiade Dios:

En el primer día de *Muḥarram*, mes del Señor, del año 734, llegamos al río del Sind, conocido por Banî Āb [Punyab], lo que significa «los cinco ríos», uno de los mayores del mundo. Se desborda en el estío y los campesinos de la comarca labran la tierra luego de la inundación como hacen los egipcios tras el desbordamiento del Nilo. En este río empieza la primera amelia bajo autoridad del augusto sultán M. Šāh, rey de la India y del Sind.

Cuando llegamos al río vinieron a nuestro encuentro los encargados de las noticias y escribieron la nueva de nuestra llegada a Quṭb al-Mulk, emir de la ciudad de Multān.

Por aquel entonces, un esclavo del sultán llamado Sartīz era adelantado de los emires del Sind y comandante de los mamelucos por lo que tenía rango para que las tropas hiciesen alarde ante él. *Sartīz* significa «el que tiene la cabeza vehemente», pues *sar* quiere decir «cabeza» y *tīz*, «vehemente». Este se encontraba, nuestra llegada, en la ciudad de Siwasitān, en el Sind, a diez días de camino de Multān. Entre la capital, Dihlī [Delhi], y la provincia del Sind hay cincuenta días de marcha. Cuando los mensajeros escriben desde aquí al sultán la carta llega en cinco días, por medio del *barīd*.

Del barīd

El correo en la India es de dos clases. El correo a caballo, denominado *ūlāq*, se sirve de caballos propiedad del sultán, con relevos cada cuatro millas. En cuanto al correo a pie consiste en la siguiente: cada milla está dividida en tres partes llamadas *ad-dāwa*; lo que significa «tercio de una milla». La milla en la India se conoce por *al-kurūh*. En cada tercio de milla hay una aldea habitada en cuyas inmediaciones se alzan tres tiendas donde esperan unos hombres prestos para andar, ceñidos con cinturones y cada uno con un látigo de dos codos de longitud a cuyo extremo cuelgan cascabeles de cobre. Al salir el correo de la ciudad, porta la carta en una mano y en la otra el rebenque con las campanillas. Corre con todas sus fuerzas y, cuando los hombres apostados en las tiendas oyen el tintineo, se disponen a recibirle. Al llegar el correo, uno de ellos toma la carta y sale a toda carrera al tiempo que sacude el vergajo

hasta alcanzar la siguiente dāwa. Así hasta llegar la carta a su destino.

Este correo es más rápido que el de caballos y se utiliza frecuentemente para transportar frutos del Jurāsān, tan apreciados en la India, que colocados en grandes banastas son llevados a gran prisa hasta el sultán. Incluso, se trasladan por este medio señalados malhechores: se les sienta en un escaño que los correos se ponen sobre sus cabezas y así salen corriendo. Del mismo modo se transporta el agua para el sultán, cuando éste reside en Dawlat Ābād, sacada del río Ganges [Kank], lugar de peregrinación de los hindúes a cuarenta días de marcha de allí.

Cuando los informadores escriben al sultán comunicándole la llegada de alguien a su país, éste lee con detenimiento los minuciosos detalles que contiene, con una descripción pormenorizada del recién llegado: cómo es y cómo viste; enumeran sus acompañantes, esclavos, servidores y acémilas; refieren sus costumbres, tanto en la marcha como en las paradas, y la cuantía de sus gastos, sin olvidar nada. Al llegar el extranjero a Multān, capital del Sind, posa allí hasta recibir orden del sultán de presentarse, con indicación de la hospitalidad que se le ofrecerá. El que a una persona se le honre en este país depende de lo que muestre en sus actos, maneras y designios, ya que se desconoce todo lo relativo a sus merecimientos personales y a su ascendencia.

El rey de la India, el sultán Abū l-Muʿyāhid M. Šāh, acostumbra honrar a los extranjeros, tratarles con deferencia y afecto, sobre todo concediéndoles cargos o altos títulos. Así lo son la mayor parte de sus nobles, chambelanes, visires, cadíes y parentela política. Promulgó la orden de que en su país los extranjeros recibieran el apelativo de «ilustres», palabra que, en cuanto a ellos se refiere, se ha convertido en nombre propio.

Todo forastero debe hacerle un presente y ofrendarlo como medio de llegar a él, regalo al que corresponde el sultán con otro de valor infinitamente superior. Más adelante hablaremos de estos presentes. Cuando esta práctica se hizo proverbial entre las gentes, los comerciantes del Sind y la India comenzaron a dar préstamos de miles de dinares a todo aquel que se dirigía a visitar al sultán. Le facilitaban aquello que desease regalar o el dinero para que lo gastase por sí mismo en caballos, camellos o enseres. Estos comerciantes ponían a su disposición no sólo su dinero, también sus personas, y le acompañaban como si fuesen sus criados. Cuando el viajero llegaba ante el sultán y éste le hacía un regalo espléndido saldaba sus deudas y liquidaba los préstamos. Así pues, el comercio se acrecía al tiempo que los beneficios aumentaban. Esto se llegó a convertir en algo habitual.

En llegando al Sind hice otro tanto y compré caballos, camellos, esclavos y otras cosas a los mercaderes. Había adquirido en Gazna a un comerciante del Iraq — oriundo de Takrīt y llamado M. ad-Dūrī— unos treinta caballos y un camello cargado de flechas, una de las cosas que suelen obsequiarse al sultán. Este comerciante marchó al Jurāsān y al regresar a la India le pagué lo que le debía. Gracias a mí

obtuvo grandes ganancias, convirtiéndose en uno de los más ricos comerciantes. Años más tarde volví a encontrarle en la ciudad de Alepo, después de que los paganos me hubieran saqueado mis pertenencias, pero no recibí nada de él.

Mención del rinoceronte

Después de cruzar el río del Sind, conocido por Banî Āb [Punjab], entramos en una algaída de cañizares con la intención de tomar una senda que había en su mitad. Un rinoceronte apareció ante nosotros. Su aspecto era el siguiente: de color negro, con un gran corpachón, la cabeza de buen tamaño y desproporcionada.

Por eso dice el proverbio: «El rinoceronte, cabeza sin tronco». Es menor que el elefante pero su cabeza es más grande, con mucho. Tiene entre los ojos un solo cuerno de una longitud aproximada de tres codos y una anchura de un palmo. Cuando nos salió al paso en el cañizar, uno de los jinetes le atajó en su marcha y el animal corneó al caballo atravesándole el anca y derribándole; después se refugió en la algaída y no pudimos hacernos con él. Tuve ocasión de ver por segunda vez un rinoceronte en este viaje, después de la oración del ‘*asr*, mientras pacía. Cuando nos aproximamos, huyó. Y vi otro estando con el rey de la India: penetramos en un cañizal, el sultán iba sobre un elefante y nosotros cabalgábamos también en otro de estos animales; los de a pie y jinetes entraron a por él, lo sacaron y mataron y llevaron su cabeza a la almahala.

Anduvimos durante dos días, desde el río del Sind, y llegamos a la ciudad de Ġanānī, hermosa y grande, a orillas del citado río, con magníficos zocos. Sus habitantes son de la taifa de los Sāmira que allí se afincaron en tiempos antiguos y cuyos antepasados se establecieron en ella tras la conquista en época de al-Ḥayyāy b. Yūsuf, según afirman los historiadores que hablan de la conquista del Sind.

Aquí encontré al jeque y sabio imán, autor de obras piadosas, ascético y pío Rukn ad-Dīn, hijo del jeque y santo alfaquí Šams ad-Dīn, hijo del jeque y devoto imán asceta Bahā’ ad-Dīn Zakariyā’ al-Qurašī, uno de los tres con que el jeque, amigo de Dios y pío Burhān ad-Dīn al-A’ra’y me augurara, en la ciudad de Alejandría, me encontraría a lo largo de mis andanzas. ¡Alabado sea Dios! Este jeque me refirió que un su tatarabuelo se llamaba M. b. Qāsim al-Qurašī, quien tomó parte en la conquista del Sind en el ejército que con tal designio envió al-Ḥayyāy b. Yūsuf, emir del Iraq, y que se estableció aquí y tuvo prole numerosa.

Los Sāmira acostumbran a comer solos y nadie debe observarles cuando lo hacen. No emparentan con nadie de otra tribu y nadie se mezcla con ellos. Tenían entonces un emir llamado Wunār a quien mencionaremos luego.

Después de Ġanānī viajamos a Sīwasitān, gran urbe en cuyos alrededores hay un desierto de arena sin más árbol que el *umm gaylān*^[342]. Junto a su río no se cultivan sino melones. Viven de mijo y guisantes, a los que llaman aquí *mušunk*, y con los que

amasan pan. Abunda el pescado y la leche de búfala. Se come también carne de escinco, un pequeño reptil parecido al camaleón al que los magrebíes llaman «culebrilla de jardín», pero sin cola. Les he visto cavar en la arena, sacarlo de allí, despanzurrarle y vaciarle las tripas y rellenarlo de cúrcuma —a la que llaman *zard šūbah*, que significa «madera amarilla»—, lo que equivale entre ellos al azafrán. Cuando vi a los hindúes comer este reptil lo consideré impuro y no lo comí.

Entramos en Sīwasitān en pleno verano y el calor era intenso. Mis compañeros iban desnudos: llevaban un trapo en la cintura y sobre los hombros otro empapado en agua; pronto se secaba la tela, entonces se humedecía nuevamente y así una y otra vez.

Me entrevisté en esta ciudad con su jatib, llamado aš-Šaybānī, que me enseñó una carta del Emir de los Creyentes, el califa ‘Umar b. ‘Abd al-‘Azīz, enviada a su remoto antepasado en la que le confería el desempeño de la predicación en el lugar, cargo transmitido de padres a hijos hasta la actualidad. El escrito rezaba: «Este es el mandato del siervo de Dios, el Emir de los Creyentes b. ‘Abd al-‘Aziz a favor de fulano». La fecha es del año 99. Sobre el documento aparece escrita la siguiente frase del Emir de los Creyentes, de su puño y letra: «Sólo se debe ensalzar a Dios». Tal me refirió el mentado jatib.

Encontré también al venerable jeque M. al-Bagdādī, en la zagüía allí próxima a la tumba del piadoso jeque ‘Uṭmān al-Marandī. Cuentan que su edad sobrepasaba los ciento cuarenta años y que asistió a la muerte de al-Musta‘sim bi-l-lāh, último de los califas abbasíes, asesinado por el impío Hulāgū b. Tankīz at-Tatarī [el Tártaro]. Este jeque, pese a sus años, aún era fuerte y se movía con normalidad.

Suceso histórico

En esta ciudad vivían el mentado emir Wunāār as-Sāmirī y el emir Qayṣar ar-Rūrī, ambos al servicio del sultán y al mando de unos mil ochocientos jinetes. Un hindú pagano llamado Ratan también residía allí. Era éste experto en cuentas y en redacción y como quiera que acudió ante el rey de la India con un emir, el rey le tuvo en mucho y le nombró adelantado del Sind y valí de la comarca, otorgándole como feudo la ciudad de Sīwasitān y su provincia, además de recompensarle con las dignidades acordadas habitualmente a los emires principales: atabales y enseñas.

Cuando Ratan llegó a esta región, Wunār y Qayṣar deploraron ser postergados en favor de un infiel y decidieron matarle. Unos días después de su llegada le aconsejaron visitar los arrabales de la ciudad para inspeccionarlos. Así pues salió con ellos. Al caer la noche provocaron un alboroto en la almahala simulando la presencia de un león. Entraron en el pabellón del infiel, le mataron y regresaron a la ciudad donde se alzaron con los dineros del sultán, unos doce *lak*. Equivale el *lak* a cien mil dinares de plata. Esta cantidad vale diez mil dinares de oro de la India, porque el

cambio del dinar indio es de dos dinares y medio de oro magrebíes. Pusieron a su frente a Wunār, el precitado, al que llamaron Malik Fayrūz, el cual repartió los dineros entre las tropas. Pronto temió por su persona, dada la lejanía a que estaba de su cabila, y marchó junto con sus parientes encaminándose a su tierra. Las tropas restantes nombraron general a Qayṣar ar-Rūmī.

Estas noticias llegaron a ‘Imād al-Mulk Sartīz, siervo del sultán y por aquel tiempo emir de emires en el Sind, con residencia en Multān. Este reunió huestes y se aprestó a la lucha, tanto por tierra como en el río Sind. Entre Multān y Sīwasitān hay diez jornadas de camino. Qayṣar vino contra él sucediendo el choque. Qayṣar y los suyos sufrieron la más humillante derrota y se fortificaron en la ciudad. Sartīz les puso sitio y les atacó con almajaneques. El cerco fue tan riguroso que al cabo de cuarenta días se rindieron. Sartīz les concedió cuartel, pero al entregarse, con falacia, les arrebató sus riquezas y ordenó darles muerte. Cada día hacía cortar el cuello a unos, descuartizar a otros, o bien despellejarles y rellenar su piel con paja colgándola a continuación en la muralla, que quedó casi cubierta de estas pieles, crucificadas, llenando de espanto a quienes las contemplaban. También reunió las cabezas en un montón en el centro de la ciudad.

Me alojé en la ciudad inmediatamente después de tales acontecimientos en una gran *madrasa*. Dormía en la azotea y si despertaba por la noche, veía las pieles colgadas. Mi alma sentía repugnancia por ello, así mi estancia en esta escuela no fue grata, por lo que me fui de ella.

‘Alā’ al-Mulk al-Jurāsānī, conocido por Fasīh ad-Dīn, el ilustre y recto alfaquí que fue cadí de Herāt y acudió a la corte del rey de la India, fue nombrado por éste valí de la ciudad de Lāharī y su provincia, en el Sind. Estaba presente en esta campaña con ‘Imād al-Mulk Sartīz, al frente de su hueste. Quince barcos transportaban su impedimenta por el río Sind, por lo que decidí ir con él a la ciudad de Lāharī, como así lo hice.

Relación del viaje por el río Sind y del orden que se sigue en la travesía

El alfaquí ‘Alā’ al-Mulk contaba entre sus barcos uno llamado *al-ahawra*, lo que nosotros llamamos tartana pero más ancho y corto. Había en el centro de la nave un puente de madera, al que se ascendía por medio de unos peldaños y coronado por un asiento dispuesto para el emir. Sus lugartenientes se sentaban frente a él y los esclavos permanecían de pie a derecha e izquierda. La tripulación la formaban cuarenta remeros. Este *al-ahawra* iba flanqueado a babor y estribor por cuatro buques, dos de los cuales ostentaban las dignidades del emir: enseñas, timbales, albogues, añafiles y *ṣūrnāyāt* [óboes] que es la *gayṭa*^[343]; los otros dos transportaban a los cantores. Primero sonaban los atabales y albogues, después comenzaban los cantores, sin cesar, desde el alba hasta el almuerzo, momento en que los barcos se

acercaban y se juntaban unos a otros; se colocaban las escalas y los músicos pasaban al *al-ahawra* del emir. Cantaban durante toda la comida; una vez terminada comían ellos y regresaban a su nave. Entonces, seguíamos bogando según la disposición consabida, hasta el anochecer que era cuando se instalaba la almahala en la orilla y el emir se dirigía a sus pabellones donde la mesa estaba ya preparada y casi todos los soldados compartían la colación. Hecha la última oración de la tarde, los centinelas hacían guardia durante la noche, por turnos. Cuando uno de los relevos acababa su guardia, alguno gritaba: «¡Oh, rey señor, han transcurrido tantas horas de la noche!». Otro relevo hacía guardia a continuación y terminado su turno, el heraldo anunciaba el número de horas pasadas. Llegada la mañana, tocaban albogues y atabales, se rezaba la oración del alba y servían algo de comer. Luego se reanudaba la marcha. Si el emir quería navegar por el río, embarcaba del modo referido, pero si prefería ir por tierra, se batían atabales y albogues, los chambelanes iban por delante, después la infantería y, por último, el emir. Al frente de los chambelanes caminaban seis jinetes, tres de los cuales llevaban atabales en bandolera y los tres restantes *ṣūrnāyāt*. Cuando la comitiva se acercaba a una aldea o a un ajarafe, éstos hacían sonar sus instrumentos, tras lo cual se escuchaban los de la hueste. Los chambelanes llevaban a derecha e izquierda músicos que cantaban por turnos. A la hora del almuerzo se acampaba.

Viajé cinco días con ‘Alā’ al-Mulk, tras los cuales llegamos a la capital de su valiato, la ciudad de Lāharī, hermosa ciudad a orillas del océano y por donde desemboca el río Sind en el mar. Dos mares se encuentran pues en ella. A su gran puerto llegan las gentes del Yemen, Persia y otros sitios. Sus rentas y riquezas son cuantiosas. El emir ‘Alā’ al-Mulk me contó que los ingresos de esta ciudad eran sesenta *laks* por año. Ya dijimos la equivalencia del *lak*. El emir se queda con la mitad del diezmo. Así están estipuladas las ganancias de los virreyes: los encargados del gobierno de las amelías retienen para sí la mitad del diezmo.

Relato de un portento que vi a las afueras de esta ciudad.

Cabalgaba un día con ‘Alā’ al-Mulk y llegamos a una llanura, llamada Tārnā, a siete millas de Lāharī. Observé allí infinitas piedras semejantes a formas de humanos y bestias: estaban muy cambiados y los rasgos aparecían borrosos, no quedaba sino la forma de una cabeza, de un pie o alguna otra del mismo jaez. Otras piedras tenían aspecto de trigo, garbanzos, habas, lentejas. También se veían restos de un muro y tabiques de casas. Vimos el trazado de una casa en la que había un cuarto de piedra de cantería en medio del cual había una banca igualmente tallada en piedra, tan perfecta que parecía un solo bloque. Sobre el poyo había una figura humana con la cabeza muy alargada, la boca a uno de los lados de la cara y las manos a la espalda como si llevara grilletes. Había en aquel lugar charcos de agua maloliente y una de

las paredes tenía una leyenda en escritura hindú. ‘Alā’ al-Mulk me contó que los historiadores aseguran que allí existió una gran ciudad cuyas gentes inicuas y corrompidas se convirtieron en roca y que es su rey quien aparece sobre la plataforma de la casa mencionada. Por eso se llama aún «la casa del rey». Dicen que la escritura hindú que se observa en uno de los muros indica la fecha que se arruinó la ciudad, hace unos mil años.

Me detuve cinco días en Lāharī con ‘Alā’ al-Mulk, transcurridos los cuales me abasteció con largueza de provisiones y partí hacia Bakār, hermosa ciudad cruzada por un canal del río Sind. En medio de este canal se halla una bonita zagüía donde ofrecen sustento a los caminantes. La erigió Kašlū Jān, siendo valí del Sind. Más tarde se hablará de él.

Conocí allí al alfaquí e imán Ṣadr ad-Dīn al-Ḥanafī; al cadí de la ciudad, Abū Ḥanīfa, y al pío y ascético jeque Šams ad-Dīn M. aš-Šīrāzī, hombre muy longevo: me contó que su edad rebasaba los ciento veinte años.

Después me dirigí a Ūyāh, gran población junto al río Sind, con buenos zocos y bien construida. Era su emir el distinguido jerife y rey Ŷalāl ad-Dīn al-Kīyī que se contaba entre los más valientes y generosos. Murió en esta ciudad a resultas de una caída de caballo.

Un rasgo de generosidad de este rey

Surgió la amistad entre este jerife y rey Ŷalāl ad-Dīn, y yo, afianzándose entre ambos la simpatía y el afecto. Nos reunimos en la capital, Delhi, cuando el sultán salió hacia Dawlat Ābād, tal como referiremos. Habiéndoseme ordenado permanecer en la capital, Ŷalāl ad-Dīn me dijo: «Necesitas para tu sustento una cantidad grande de dinero, ya que él estará ausente por mucho tiempo. Toma, pues, mi pueblo y cobra sus rentas hasta mi regreso». Así lo hice, recibiendo unos cinco mil dinares. ¡Que Dios le conceda su mejor recompensa!

Conocí en Ūyāh al pío jeque y ascético jerife Quṭb ad-Dīn Ḥaydar al-‘Alawī que me hizo vestir el *jirqa*^[344]. Era un buen hombre. No dejé de ponerme la prenda con que me revistió hasta que los hindúes paganos me saquearon en el mar.

De Ūyāh me dirigí a la ciudad de Multān, capital del Sind y sede de su virrey. En el camino, diez millas antes de llegar, se encuentra el enorme río conocido por Jusraw Ābād: no puede atravesarse sino en barco. Allí se cachean rigurosamente los equipajes de quienes lo cruzan y se registra su impedimenta. Era costumbre cuando llegamos a Multān, retener la cuarta parte de las pertenencias de los mercaderes. Por cada caballo se pagaban siete dinares pero, dos años después de nuestra llegada a la India, el sultán suprimió este portazgo y dispuso que no se tomase más que la *zakāt*^[345]. Al ir a cruzar el río, en el cacheo de la impedimenta, al registrarme sufrí en demasía ya que sin poseer nada valioso lo parecía a los ojos de la gente. Me

desagradaba que se supiese. Gracias a Dios apareció uno de los jefes de hueste de parte de Quṭb al-Mulk, virrey de Multān, quien dispuso que no se siguiera conmigo ningún registro ni pesquisa. Así hicieron y yo agradecí a Dios los favores que se había dignado concederme.

Pernoctamos a la orilla del río y por la mañana el jefe del correo vino a recibirnos. Se llamaba Dihqān y era de Samarcanda. Estaba encargado de informar al sultán de cuanto ocurría en la ciudad y su amelia, notificándole lo que sucedía allí y qué gentes llegaban al lugar. Me di a conocer y en su compañía acudí ante el emir de Multān.

El emir de Multān y relación de cosas a él referentes

Era emir de Multān Quṭb al-Mulk, uno de los más importantes y señalados emires. Cuando me presenté ante él, se levantó y agarrándome me hizo sentar a su lado. Yo le obsequié con un esclavo, un caballo, pasas y almendras, lo mejor que puede ofrecerse a las gentes de este país pues no existen tales frutos y los llevan del Jurāsān.

El emir estaba sentado sobre una gran tarima cubierta de alfombras. Junto a él estaba el cadí Salār y el jatib —cuyo nombre no recuerdo— y a su derecha e izquierda los emires de las tropas. Hombres armados permanecían de pie tras él y las huestes hacían alarde delante suyo. Había allí copia de arcos. Si alguien pretendía alistarse en el ejército como arquero, se le daba uno de estos arcos por ver cómo lo tensaba. Estos arcos están más rígidos de lo debido y la soldada del arquero irá en concordancia con su brío en tensarlos. El que quiere enrolarse como jinete debe dar un bote de lanza a una diana con el caballo al galope. Otra prueba consiste en ensartar con la lanza, desde el caballo, una argolla colgada de una barda. Si se alza con ella será de los buenos jinetes. Aquel que quiere sentar plaza a la vez como arquero y jinete debe alcanzar una bola puesta en el suelo con la montura a galope: su paga estará en relación con la destreza que muestre en la puntería.

Una vez nos hubimos presentado ante el emir y tras saludarlo —tal como hemos referido— ordenó se nos albergase en una casa extramuros de la ciudad, propiedad de los discípulos del devoto jeque Rukn ad-Dīn, del que ya hablamos, quienes no acostumbran a hospedar a nadie sin antes recibir orden del sultán.

Relación de los extranjeros llegados a la capital del rey de la India a quienes conocí en la ciudad

Entre ellos se cuentan Judāwand Zādah Qiwām ad-Dīn, cadí de Termed, que llegó con su familia e hijos, reuniéndose en seguida en Multān con sus hermanos ‘Imād ad-

Dīn, Ḍiyā' ad-Dīn y Burhān ad-Dīn; Mubārak Šāh, persona principal en Samarcanda; Arun Bugā, importante vecino de Bujārā; Malik Zādah, hijo de la hermana de Juḍāwand Zādah, y Badr ad-Dīn al-Faṣṣāl. Cada uno de ellos con sus compañeros, criados y deudos.

Trascurrido un mes de nuestra llegada a Multān se presentaron ante nosotros un chambelán del sultán —Šams ad-Dīn al-Būšanî— así como el *kutwāl* [jefe de policía] al-Malik M. al-Harawī. El sultán les había enviado al encuentro de Juḍāwand Zādah. Iban con tres eunucos, como embajadores de al-Majdūma Yihān, madre del sultán, ante la mujer del mencionado Juḍāwand Zādah. Llevaban consigo ropas de honor para los esposos y sus hijos y debían atender a las delegaciones que llegasen. Vinieron a mi encuentro e inquirieron la causa de mi llegada. Declaré que ponerme al servicio del señor del mundo, el sultán, puesto que así se le designa en su país. El rey había ordenado no permitir la entrada en la India a persona alguna proveniente del Jurāsān, a no ser que pensara residir allí. Cuando les hice saber que había llegado para quedarme, convocaron al cadí y a los notarios que redactaron un compromiso que firmamos yo y aquellos de mis compañeros que querían instalarse allí. Algunos rehusaron tal cosa.

Nos aprestamos para el viaje hacia la capital, separada de Multān por una distancia de cuarenta jornadas, todo por tierras habitadas. El chambelán y su ayudante prepararon cuanto se precisaba para dar hospitalidad a Qiwām ad-Dīn y trajeron de Multān obra de veinte cocineros. El chambelán se adelantaba durante la noche a la parada próxima y disponía la comida y otras cosas. De ese modo Juḍāwand Zādah llegaba cuando la comida ya estaba lista. Cada uno de los citados personajes acampaba por separado en sus pabellones y con los suyos, aunque solían asistir al almuerzo dispuesto para Juḍāwand Zādah. Yo no estuve más que en una sola ocasión. El orden seguido en este almuerzo es el siguiente: se sirvió primero el pan, que allí es una especie de torta semejante a las galletas; cortaron la carne asada en grandes trozos, de guisa que de una oveja hicieron cuatro o seis partes, colocando delante de cada hombre un pedazo. Se sirvieron también hogazas, amasadas con manteca, parecidas al pan ordinario de nuestro país, y en cuyo interior colocan un dulce llamado *ṣābūniyya* envolviéndolas después con lo que llaman *jištī*, que significa «empedrado». Está hecho con harina, azúcar y manteca. Sirvieron a continuación, en zafas de porcelana, carne condimentada con manteca, cebollas y jengibre verde; después un manjar al que llaman *samūsak* compuesto de carne machacada y cocinada con almendras, nueces, alféncigos, cebollas y especias, y que sirve de relleno a un hojaldre frito con manteca. Ante cada comensal colocaron cuatro o cinco trozos. Más tarde sirvieron arroz cocido con manteca y sobre él pusieron gallinas; luego los «bocaditos del cadí» llamados allí *al-hāšimī*, y finalmente los *qāhiriyya*.

El chambelán permaneció de pie junto a la mesa antes de comer, hizo una reverencia en dirección a donde se encontraba el sultán y todos los presentes le imitaron. La reverencia entre los hindúes consiste en agachar la cabeza como en la

rak'ā, [de rezo]. Después se sentaron a comer, trajeron copas de oro, plata y cristal llenas de agua de azúcar cande, es decir julepe disuelto en agua, o *šurba* como allí lo llaman, que se bebe antes de la comida. A continuación el chambelán dijo: «En el nombre de Dios». Entonces comenzó la comida. Al finalizar ésta trajeron alcuas con cerveza, betel y nuez de areca, de la que ya hemos hablado. Una vez tomado todo esto, el chambelán dijo: «En el nombre de Dios». Todos se levantaron de la mesa, reverenciaron en la dirección en que debía estar el sultán, como al principio, y marcharon.

Salimos de Multān y viajamos siguiendo el mismo orden que reseñamos, hasta llegar a la India. La primera ciudad en la que entramos fue Abūhar, donde empiezan las provincias hindúes. Es pequeña, hermosa, bastante poblada y con abundante agua y arbolado. No se da allí ninguno de los árboles de nuestro país, excepto el *nabaq* [loto], muy grande en la India y con frutos tan gruesos como una nuez de bugallo y muy dulces. Tienen, sin embargo, los hindúes muchos árboles que no se encuentran en nuestro país ni en ningún otro.

Arboles y frutos de la India

Mencionaré:

El *mango*, árbol parecido al naranjo aunque mayor y más frondoso, ninguno da tanta sombra, aunque ésta es perniciosa y quien duerme bajo él cae con fiebres. Su fruto es del volumen de una pera grande. Cuando aún está verde, antes de entrar en sazón, se recogen los frutos caídos al suelo, se salan y curan como el limón y la lima en nuestro país. Hacen otro tanto con el jengibre verde y la pimienta en racimos, acompañando su comida con estos encurtidos y tomando un poco de ellos antes de cada bocado. Cuando el mango madura, en otoño, amarillea y se puede comer como una manzana. Algunos lo cortan con el cuchillo y otros lo chupan a conciencia. Es dulce pero también se nota en él alguna acidez. Tiene un hueso de gran tamaño, que se siembra como las pepitas de la naranja o de otras frutas, y del cual nacen los futuros árboles.

El *šakī* y el *barkī*. Se da este nombre a unos árboles longevos cuyas hojas se asemejan a las del nogal y sus frutos salen de la raíz del árbol, constituyendo el *barkī*, cerca del suelo. Su dulzor es más intenso y su sabor más agradable que el *šakī*, en la parte superior. Es un fruto semejante a la calabaza con una corteza como la piel de vaca. Cuando en otoño madura, se corta y abre y se sacan de su interior de cien a doscientos granos parecidos a los pepinillos. Cada dos granos están separados por una membrana amarilla: cada uno tiene un hueso como un haba de buen tamaño. Cuando se asa este hueso, o se cuece, su sabor es también parecido al haba, que allí no se da. Se almacenan estos huesos en una tierra rojiza donde quedan hasta el año siguiente.

El *śakī* y el *barkī* son los mejores frutos de la India.

El *tandū*, fruto del ébano, grueso como un albaricoque y de su mismo color y sumamente dulce.

El *ŷammūn*. Árbol también centenario cuyo fruto es como la aceituna, negro y con un solo hueso.

La *naranja dulce*, muy abundante entre los hindúes. Por el contrario, la naranja agria escasea. Hay una tercera variedad agridulce cuyo fruto tiene el grosor de la lima y es delicioso: a mí me gustaba comerla.

El *mahwā*, árbol de gran duración cuyas hojas son como las del nogal aunque entreveradas las rojas y amarillas. Su fruto parece una pera pequeña y es muy dulce. Por encima tiene un granito hueco del tamaño de un grano de uva. Su sabor es el de este fruto. Si se come en cantidad produce dolor de cabeza. Curiosamente, estos granos, cuando se secan al sol, tienen el sabor del higo. En la India lo comía en vez de higos ya que allí no hay. Los hindúes los llaman *ankūr*, lo que en su lengua quiere decir «uva». Este fruto es muy escaso en la India y no se encuentra sino en algunos lugares de Delhi, la capital, y pocos sitios más. El *mahwā* da frutos dos veces al año y de sus güitos extraen un aceite que sirve para el alumbrado.

Otra fruta, llamada *kasīra*, que se saca cavando la tierra, es muy dulce y semejante a la castaña.

Entre los frutos que también crecen en nuestro país se da en la India la *granada*, que fructifica dos veces por año y en las islas Maldivas en toda estación. Los hindúes lo llaman *anār*, palabra que —según creo— ha dado lugar al nombre *ŷulnār*, de *ŷul*, palabra persa que significa «flor» y *anār*, «granada».

Cereales que siembran los hindúes y con los cuales se alimentan

Siembran dos veces al año. Cuando llueve en el verano, hacen la siembra de otoño que recogerán al cabo de sesenta días. Entre estos granos de otoño se distinguen: el *kuḍrū*, especie de mijo y el más abundante; el *qāl*, parecido al *anlī* [mijo]; el *śāmāj*, de granos más pequeños que los del *qāl*, que crece a menudo silvestre, es el sustento de los ascetas, de los que guardan abstinencia, de los pobres y de los desgraciados, los cuales salen a recoger estos granos, que nacen sin necesidad de sembrarlos, sosteniendo en la mano izquierda un cofín y en la derecha una tralla con la que van golpeando los granos que caen en el cesto. Recogen así alimento para todo el año. El grano de *śāmāj* es —como hemos dicho— muy pequeño. Una vez recogido, se pone a secar y después se muele con almireces de madera, su cáscara desaparece y no queda más que una harina blanca con la cual se hace una papilla que se cuece con leche de búfala. Esta pasta es mejor que el pan amasado con esa harina. Lo comí con frecuencia en la India y me gustaba.

También hay que citar:

El *māš*, una especie de guisante; el *munî*, parecido al anterior pero de grano más alargado y de color verde puro, se cuece con arroz y se come con manteca. Es a lo que llaman *kišrî* y que les sirve de desayuno diario. Es para los hindúes como la *harîra* [especie de sopa] en el Magreb.

Igualmente mencionaré: el *lūbiyā*, especie de haba; el *mūt*, parecido al *kuḍrū* pero de granos más pequeños. Se usa en el forraje de las acémilas, que engordan al comerlo. La cebada allí no es nutritiva, por eso el pienso consta sólo de *mūt* y garbanzos que, una vez puestos en remojo, se trituran. En lugar de alcacel se dan a los animales hojas de *maš* tras obligarles a beber manteca derretida durante diez días, a razón de tres o cuatro arreldes diarios. Durante este tiempo no se les monta, luego se les da de comer —como decíamos— hojas de *maš* por espacio de un mes más o menos.

Los granos mencionados son de otoño. Una vez recolectados, sesenta días después de la siembra, se hace la sementera para la próxima estación, la primavera. Los cereales y legumbres de primavera son: trigo, cebada, garbanzos y lentejas. Se siembran en la misma tierra donde se hicieron las plantaciones de otoño ya que el suelo de la India es bueno y fértil.

En cuanto al arroz, lo siembran tres veces al año y constituye uno de sus principales cereales. Cultivan también el sésamo y la caña de azúcar al mismo tiempo que las plantas otoñales antes citadas.

Pero volvamos a nuestro relato.

Tras salir de Abūhar, anduvimos por un llano, de una jornada de camino, flanqueado de inaccesibles montañas habitadas por hindúes infieles dedicados al pillaje. Los habitantes de la India son en su mayoría idólatras. Los hay que pagan tributo a los musulmanes y residen en sus ciudades, supervisados por un funcionario musulmán comisionado por el ámel o el capataz del feudo en el cual esté incluido el pueblo. Otros, rebeldes y aguerridos, viven fortificados en las montañas y entregados al bandidaje.

Relato de la escaramuza que sostuvimos en el camino, primera que presencié en la India

Cuando quisimos abandonar la ciudad de Abūhar, el grueso de la tropa lo hizo a primeras horas del día mientras yo permanecía allí hasta el mediodía con algunos de mis compañeros. Salimos entonces unos veintidós jinetes, árabes y de otras naciones. Ochenta infieles a pie, más dos a caballo, vinieron contra nosotros en el llano. Mis

compañeros eran bravos y resistentes. Así, peleamos con desnudo matando a uno de los jinetes y tomando su caballo como botín. De los de a pie dimos muerte a una docena. Una saeta me alcanzó y otra hirió a mi caballo, pero Dios me concedió su salvaguarda pues los dardos no tenían fuerza. Sin embargo, a uno de nuestros compañeros le hirieron gravemente el caballo: en reparación, le entregamos el tomado al infiel y degollamos al herido que, más tarde, comieron los turcos que con nosotros venían.

Llevamos las cabezas de los muertos a la fortaleza de Abū Bakhar y las colgamos de la muralla. Llegamos allí a la medianoche.

Abandonamos este lugar y dos días después estábamos en Aÿūdahan, pequeña ciudad perteneciente al pío jeque Farīd ad-Dīn al-Baḍāwunī, aquel que el piadoso y santo jeque Burhān ad-Dīn al-A‘craÿ me predijera en Alejandría que habría de encontrar. Así sucedió. ¡Alabado sea Dios! Farīd ad-Dīn fue mentor del rey de la India, el cual le hizo merced de la ciudad. Este jeque estaba loco ¡Dios nos guarde! No estrechaba la mano, ni se acercaba a nadie. Cuando sus ropas habían tenido contacto con alguna persona las lavaba. Le encontré en su zagüía y le transmití los saludos del jeque Burhān ad-Dīn. Sorprendido me dijo: «No merezco tal». Conocí a sus dos distinguidos hijos Mu‘izz ad-Dīn, el primogénito, que ocupó, a su muerte, la dignidad de jeque, y ‘Alam ad-Dīn. Visité la tumba de su abuelo el excelso y piadoso Farīd ad-Dīn al-Baḍāwunī, cuyo gentilicio se debe a la ciudad de Baḍāwun, en el país de Sanbal. Cuando quise marchar de aquel lugar ‘Alam ad-Dīn me dijo: «Es preciso que veas a mi padre». Fui a visitarle, hallándolo en la azotea, llevaba ropas blancas y un gran turbante uno de cuyos extremos colgaba por un lado. Hizo votos por mí y me envió azúcar corriente y natural.

Acerca de los hindúes que, de grado, se incineran

Cuando me separé del jeque observé cómo un grupo de gente salía a la carrera de nuestra acampada, junto con algunos de mis compañeros. Les pregunté qué sucedía y me contaron que un hindú infiel había muerto, que se había preparado una pira para incinerar su cadáver y que su mujer se quemaría al tiempo. Una vez quemados los dos, regresaron mis amigos y contaron que la mujer se mantuvo abrazada al muerto hasta arder con él.

Por lo demás, yo ya había visto en otras ocasiones, en la India, a mujeres infieles engalanadas y montadas a caballo, a las que seguía la gente, tanto musulmanes como idólatras: atabales y albugues iban precediéndolas, acompañadas por los brahmanes, que son los principales entre los hindúes. Cuando sucede en tierras del sultán, éstos le piden licencia para quemarla y, dado el permiso, la incineran.

Al cabo de cierto tiempo acaeció que estaba yo en una ciudad en que la mayor parte de los habitantes eran infieles. Esta ciudad, Amÿarī, tenía como emir a un

musulmán de la taifa de los Sāmira, en el Sind. Rebeldes idólatras vivían en las proximidades. Un día, asaltaron a los caminantes y el emir musulmán salió en su busca y con él sus vasallos, tanto musulmanes como infieles, entablándose una cruenta pelea en que sucumbieron siete de los infieles, tres de los cuales estaban casados y cuyas mujeres accedieron a ser incineradas.

El quemar a la esposa, tras la muerte del marido es, entre los hindúes, bien visto pero no forzoso. Si una viuda se incinera su familia gana fama y se les honra por su lealtad. Aquella que no se somete a las llamas se viste con ropas burdas y reside en casa de sus padres como signo de indignidad y bajeza por su incumplimiento, pero en ningún caso es obligada a quemarse.

Así, pues, cuando las tres mujeres que hemos mencionado consintieron en ser incineradas, pasaron tres días dedicadas a cantos, músicas, comidas y bebida como si se estuvieran despidiendo de este mundo. Otras mujeres venían a verlas de todos los rumbos. En la mañana del cuarto día trajeron a cada una un caballo sobre el que montaron engalanadas y perfumadas. En la diestra llevaban una nuez de coco con la que jugaban y con la izquierda sostenían un espejo en el que se contemplaban. Los brahmanes las rodeaban y también sus allegados. Delante iban atabales, albogues y añafíes. Los infieles les encargaban: «Transmitid mis saludos a mi padre, o a mi hermano, o a mi madre, o a mi amigo». A lo cual ellas decían sonriendo: «De acuerdo».

Monté a caballo con mis compañeros para ver su comportamiento durante la cremación. Anduvimos unas tres millas y llegamos a un lugar umbrío, muy arbolado y con agua, en una espesa fraga. Entre los árboles se alzaban cuatro templetes, en cada uno de los cuales había un ídolo de piedra. Entre las cúpulas había una alberca encima de la cual la sombra era tan densa y los árboles tan tupidos que el sol no podía penetrar entre ellos. Se diría que este lugar era el mismo infierno. ¡Que Dios nos guarde!

Al llegar ante aquellas cúpulas, las tres descabalgaron cerca del estanque, se zambulleron en él, se despojaron de las ropas y joyas que llevaban y las ofrecieron como limosna. Se les dio entonces una tela basta de algodón inconsútil con la que se cubrieron la cintura, la cabeza y los hombros. Mientras tanto se habían encendido las hogueras cerca del zafareche, en una depresión del terreno, y se había vertido sobre ellas aceite de *kunîud* —es decir sésamo— que aviva las llamas. Unos quince hombres sostenían haces de leña y otros diez llevaban grandes tablones. Los músicos permanecían de pie esperando la llegada de las mujeres. El fuego estaba tapado con una manta que sujetaban los hombres para que su vista no las espantara. Vi cómo una de ellas en llegando a la manta la arrebató de manos de quienes la sujetaban y les dijo en persa, sonriendo: « ¿Es que creéis que voy a asustarme con el fuego? Sé que es fuego ardiente». Después juntó las manos por encima de la cabeza, como reverenciando al fuego, y se arrojó en él. Momento en que resonaron los atabales, añafíes y albogues y los hombres echaron sobre ella la leña que sostenían en las

manos. Otros le pusieron encima los tablones por que no se moviese. Las voces subieron y aumentó la barahúnda. Al verlo, casi caigo del caballo, de no ser por mis compañeros que trajeron agua con la que me rociaron la cara y pude recuperarme.

Los hindúes obran de parecido modo en las aguas. Muchos se echan al Ganges cuando van en peregrinación. En él se arrojan las cenizas de los incinerados. Los indios afirman que este río nace en el Paraíso. Cuando un peregrino llega a él para ahogarse dice a los presentes: «No penséis que me ahogo por algún asunto mundano, o por escasez de dinero. Mi único propósito es acercarme a Kusāy» —este es, en su lengua, el nombre de Dios—. Después, se sumerge. Una vez muerto, lo sacan del agua y queman su cuerpo arrojando las cenizas en el río.

Pero volvamos a nuestro relato.

Salimos, pues, de la ciudad de Aÿūdahan y tras cuatro días de camino alcanzamos Sarsatī, gran ciudad en la que abunda el arroz, buen arroz que se lleva a la capital, Delhi. Las rentas de esta ciudad son enormes. El chambelán Šams ad-Dīn al-Būšanÿi me dijo la cantidad, pero la he olvidado.

Desde Sarsatī [Sarasvati] nos dirigimos a la ciudad de Ḥānsī, bonita, bien construida y populosa. La rodea una gran muralla que —según cuentan— mandó levantar el gran rey infiel Tūrah, a quien achacan los hindúes tradiciones e historias. En esta ciudad nacieron Kamāl ad-Dīn, Šadr al-Ŷihān, gran cadí de la India; su hermano Quṭlū Jān, mentor del sultán, y sus dos hermanos Niẓām ad-Dīn y Šams ad-Dīn, quien se aisló del mundo y se entregó a Dios estable-ciéndose en La Meca, hasta su muerte.

Salimos de Ḥānsī y llegamos, al cabo de dos días, a Mas‘ūd Ābād —a diez millas de la capital, Delhi— donde quedamos tres días. Ḥānsī y Mas‘ūd Ābād pertenecen al noble *rey* Hūšanÿ b. al-Malik Kamāl Gurg, de quien hablaremos más adelante. *Gurg* significa «adive» [en persa].

El sultán de la India, hacia cuya capital nos dirigíamos, estaba fuera de la ciudad hallándose por la parte de Qinaŵÿ, ciudad que dista diez días de camino de la capital. En Delhi estaban su madre, al-Majdūma Ŷihān —Ŷihān significa [en persa] lo mismo que *dunyā* en árabe [«mundo»]— y el visir Jawaÿah Ŷihān, llamado también Aḥmad b. Ayās, rumí de origen. Este último nos envió a varios adláteres y ordenó que recibiese a cada uno alguien equivalente en dignidad y rango. Entre los elegidos para recibirme se contaban el jeque al-Baštāmī, el jerife al-Māzandarānī, chambelán de los forasteros y el alfaquí ‘Alā’ ad-Dīn al-Multānī, conocido por Qunnarah. Entretanto, escribió al sultán dándole noticia de nosotros. Envió la carta por medio de la dáwa, que es el correo a pie, del que ya hemos hablado.

Una vez el sultán hubo recibido la carta, remitió la respuesta que llegó durante los tres días que pasamos en Mas‘ūd Ābād. Al cabo de este lapso, cadíes, alfaquíes y jeques salieron a nuestro encuentro, así como varios emires, llamados *mulūk*, [«reyes»] por los hindúes. En aquellas ocasiones en que los egipcios o gentes de otros

países dirían «el emir» ellos dicen «*el rey*». El jeque Zāhir ad-Dīn az-Zanġānī, que ocupaba una alta dignidad cerca del sultán, vino también a nuestro encuentro.

Salimos enseguida de Mas‘ūd Ābād y acampamos en las proximidades de un pueblo llamado Bālam, feudo del señor, el jerife Nāṣir ad-Dīn Muṭahhar al-Awharī, que frecuentaba la amistad del sultán y gozaba de gran ascendiente con él. A la mañana siguiente ganamos Delhi, sede del trono y capital de la India, ciudad noble y majestuosa que aúna hermosura y fortaleza. Está rodeada de una muralla sin parangón conocido en todas las regiones del mundo. Es la mayor ciudad de la India e incluso de cuantas ciudades son del Islam en Oriente.

Descripción de Delhi

Ciudad muy extensa y populosa, la forman en nuestros días cuatro ciudades vecinas y unidas entre sí: la denominada con el nombre de Delhi, que es la ciudad vieja construida por los infieles y cuya conquista acaeció en el año 584 [1188 de J. C.]^[346]; la segunda, Sīrī, residencia del califa, entregada por el sultán a Giyāṭ ad-Dīn, nieto del califa abbasí al-Mustanṣir, cuando vino a verle. Allí viven el sultán ‘Alā’ ad-Dīn y su hijo Quṭb ad-Dīn, del que después hablaremos; hay que añadir Tugluq Ābād, que tomó el nombre de su constructor el sultán Tugluq, padre del sultán de la India, a cuya corte nos dirigíamos. El motivo de su construcción fue que un día, encontrándose Tugluq en presencia del sultán Quṭb ad-Dīn, le dijo: «Oh, soberano del mundo, convendría que erigieses aquí una ciudad». El sultán le respondió sarcástico: «Cuando seas sultán, constrúyela tú». Y sucedió por el designio de Dios, que llegó a reinar y construyó entonces la ciudad y la llamó con su nombre. La última es Ŷihān Penāh, residencia privada del sultán M. Šāh, actual rey de la India y al cual íbamos a visitar. Fue él quien la construyó. En un principio quiso rodear estas cuatro ciudades con una sola muralla pero edificó una parte y renunció a levantar el resto por los cuantiosos dispendios que se precisaban.

Descripción del muro y puertas de Delhi

El muro que rodea la ciudad de Delhi no tiene parecido, con una anchura de once codos. Allí se han dispuesto estancias donde posan la guardia y los hafices de las puertas. En estas dependencias hay unos a modo de almacenes para víveres, llamados *anbār* [paneras] y para pertrechos bélicos; y otros para los almajaneques y catapultas^[347]. Los cereales se conservan allí largo tiempo sin alterarse y sin sufrir el menor estrago. Vi arroz sacado de uno de estos almacenes, su color había ennegrecido, pero tenía buen sabor. También vi sacar mijo. Estos alimentos se

acopiaron en tiempos del sultán Balaban, ochenta años atrás. Jinetes e infantes pueden circunvalar la ciudad de un extremo a otro por el interior de este muro. Podían verse las troneras que daban a la ciudad y por las cuales penetraba la luz. Los bajos de esta muralla están contruidos de piedra y el remate de ladrillo. Las torres son numerosas y muy próximas las unas a las otras.

La ciudad cuenta veintiocho *dirwāza*, que es como llaman los hindúes a las puertas. Entre ellas está la de Baḍāwun, la mayor; la de Mindawī, donde se encuentra el zoco de los cereales; la de Ŷul en cuyas inmediaciones se extienden los huertos; la de Šāh que tomó el nombre de alguien así llamado; la de Bālam, nombre de una aldea ya mencionada; la de Naŷīb, que es otro nombre de persona; la de Kamāl, por el mismo motivo; la de Gazna que debe su denominación a la ciudad de Gazna, en los confines del Jurāsān. Cerca de esta puerta están la *musallā* [oratorio colectivo] para la fiesta de ruptura del ayuno y algunos cementerios; y la puerta de al-Baŷālisa, próxima a la cual se hallan los cementerios de Delhi. En uno de ellos, muy hermoso, se construyeron panteones funerarios. Junto a cada tumba hay un mihrab, aún cuando el sepulcro no tenga cúpula funeraria. En estos cementerios se plantan arbustos floridos como *gul šanbab* [nardos], *raybūl* [¿jazmín?], escaramujos, etcétera. En la India siempre hay flores en toda época del año.

Descripción de la aljama de Delhi

Es enorme. Sus muros, techado y pavimento son de piedras blancas bien labradas y engarzadas con plomo del modo más perfecto. No hay un solo madero en la edificación original. Tiene trece cúpulas de piedra; un alminbar, también de piedra, y cuatro patios. En medio de la mezquita hay una columna impresionante hecha con un metal desconocido. Un sabio hindú me refirió que se le daba el nombre de *Haft Ŷūš*, es decir «siete metales», ya que la componen siete metales distintos. En esta columna se pulimentó una franja del tamaño del dedo índice, que brilla intensamente. El hierro no le hace mella alguna. Su altura es de treinta codos. Le enrollamos un turbante y comprobamos que su circunferencia eran ocho codos. Cerca de la puerta oriental hay dos ídolos inmensos de cobre tirados en el suelo y unidos por piedras. Todo aquel que entra o sale de la mezquita tiene que pisarlos. El solar de esta aljama antes lo ocupaba un templo de ídolos pero tras la conquista de Delhi se convirtió en mezquita. En el patio septentrional hay un alminar sin igual en ninguna tierra del Islam. Es de piedra roja labrada, en contraste con las del resto de la mezquita que son blancas. De gran altura. La flecha que lo corona es de mármol blanquísimo y sus pomos de oro puro. El corredor de acceso es tan ancho que hasta los elefantes pueden subir por él. Alguien digno de confianza me contó haber visto, cuando se erigió el alminar, a un elefante transportando piedras hasta la parte superior. Lo hizo levantar el sultán Mu‘izz ad-Dīn b. Nāṣir ad-Dīn, hijo del sultán Giyāṭ ad-Dīn Balaban. El rey Quṭb ad-

Dīn quiso edificar en el patio occidental un alminar mayor. Construyó aproximadamente un tercio pero murió antes de poder terminarlo. El sultán M. pretendió acabarlo pero renunció a ello considerándolo un mal presagio. Este alminar es una de las maravillas del mundo por su tamaño y la anchura de su acceso, por donde pueden subir tres elefantes simultáneamente. El tercio construido iguala en altura al alminar entero, ya mencionado, de la parte norte. Subí allí un día y pude ver la mayor parte de las casas de la ciudad y observar la pequeñez de las murallas pese a su altura. Los hombres, desde arriba, me parecían niños. Da la impresión, visto desde abajo, que su altura no es tanta por la enormidad de su mole y su anchura.

El sultán Quṭb ad-Dīn quiso también edificar una mezquita aljama en Sīrī, la denominada «sede del califa», pero no se terminó más que el muro de alquibla y el mihrab, construido con piedras blancas, negras, rojas y verdes y, de concluirse, no habría tenido igual en el mundo. El sultán M. se propuso completarlo y envió alarifes que calculasen a cuánto ascendería el costo. Determinaron que se gastarían treinta y cinco lak. El sultán renunció a ello, considerándolo excesivo. Uno de sus íntimos me confió que no lo abandonó por la cuantía sino por tener como de mal augurio la muerte del sultán Quṭb ad-Dīn, asesinado antes de terminarlo.

Descripción de dos lagos existentes fuera de la ciudad de Delhi

En las afueras de la urbe se encuentra la gran laguna denominada con el nombre del sultán Iams ad-Dīn Lalmiṣ que provee de agua potable a los habitantes de Delhi. Está próxima a la explanada del oratorio y se nutre del agua de lluvia. Mide unas dos millas de longitud, siendo su anchura menos de la mitad. La ribera occidental, del lado del oratorio, está dispuesta con piedra de fábrica formando arribes escalonados, por bajo de los cuales hay peldaños para descender hasta el agua. Junto a cada uno de estos banales hay una cúpula de piedra con poyos para las gentes que buscan esparcimiento y solaz. En medio de la laguna se alza una gran cúpula de piedra labrada, de dos plantas. Cuando es mucha el agua del lago no se puede llegar hasta ella sino en barca. Cuando, por el contrario, cubre poco, la gente puede visitarla vadeando. Es una mezquita, donde casi siempre hay faquires dedicados al servicio de Dios, único en quien fían. Cuando la laguna se deseca cultivan en su azolve caña de azúcar, calabazas, pepinos, sandías y melones. Estos últimos son muy dulces aunque pequeños.

Entre Delhi y la residencia del califa se encuentra el estanque real, más grande que el del sultán Šams ad-Dīn. En sus orillas hay unos cuarenta templetes abovedados, los músicos viven alrededor y el lugar que ocupan recibe el nombre de Ṭarab Ābād [«la residencia del encanto lírico»]. Allí se encuentra uno de los mayores zocos que existen, una mezquita aljama y otras más. Me refirieron que durante el mes de Ramadán, los cantores recitan juntos en estas mezquitas las oraciones de *tarāwīḥ*

[*vid. supra*] que presiden los imanes, asistiendo en gran número, al igual que los músicos. Vi a los instrumentistas en la boda del emir Sayf ad-Dīn Gadā acucillados en una almofalla de rezo y cuando oían la llamada a la oración se levantaban, hacían sus abluciones y rezaban.

Algunos lugares de peregrinación en Delhi:

La tumba del santo jeque Quṭb ad-Dīn Bajtiyār al-Ka'kī. Este sepulcro se venera grandemente por su mucha baraca. El motivo de apodar *al-Ka'kī* a este jeque fue que cuando las gentes acudían a él cargadas de deudas quejándose de su pobreza o falta de recursos, o cuando recurrían a él hombres que, teniendo hijas no podían dotarles de ajuar para la boda, el jeque entregaba a quienes se dirigían a él una galleta [*ka'ka*] de oro o plata, hasta hacerse famoso como *al-Ka'kī*.

También el mausoleo del distinguido alfaquí Nūr ad-Dīn al-Kurlānī.

Y la sepultura del alfaquí 'Alā' ad-Dīn al-Kirmānī, que tomó su nombre de la región de Kirmān. Esta tumba irradia bendiciones y resplandece de luz. Su emplazamiento señala la alquibla del oratorio. Existen allí enterramientos de numerosos santos. ¡Intercedan por nosotros ante Dios el Altísimo!

Algunos sabios y hombres piadosos de Delhi:

El jeque piadoso y devoto Maḥmūd al-Kubbā, santón principal. El vulgo asegura que tiene poderes ocultos puesto que sin poseer nada aparentemente, sin embargo, alimenta a los viajeros y les regala *dirhams*, oro y ropas. Se hizo famoso por sus muchos milagros. Soy testigo de sus obras y gocé de su baraca.

El jeque piadoso y sabio 'Alā' ad-Dīn an-Nīlī, cuya *nisba* [gentilicio] podría remontarse al nombre del Nilo, en Egipto (¡Sabe Dios!). Fue discípulo del jeque sabio y pío Niẓām ad-Dīn al-Baḍāwunī. Predica al pueblo cada viernes. Gran número de fieles hacen penitencia ante él, se rapan la cabeza, se lamentan a cual más e incluso algunos se desmayan. Un día asistí a su sermón. El almocrí leyó, en su presencia, estas aleyas: «¡Hombres! ¡Temed a vuestro Señor! El terremoto de la Hora del Juicio será algo enorme, en el día en que toda nodriza se olvidará del niño que amamante y toda mujer preñada abortará, y en él verá a todos los hombres ebrios, pero no estarán ebrios sino aturridos por el terrible castigo de Dios». [Corán, XXII, 1-2]^[348]. El alfaquí 'Alā' ad-Dīn repitió estas palabras y un faquir situado en un rincón de la mezquita lanzó un gran grito. El jeque volvió a recitar la aleya y el faquir gritó por segunda vez desplomándose muerto. Yo fui uno de los que rezaron sobre su cuerpo y asistieron a sus honras fúnebres.

El jeque virtuoso y sabio Şadr ad-Dīn al-Kuhrānī, que ayunaba con frecuencia y permanecía en pie toda la noche. Se había despojado de las pompas mundanas apartándolas de sí. Sus ropas eran una ‘*abā’at* [manto] de lana. El sultán y las gentes principales del reino le visitaban pero él solía eludir sus visitas. El sultán quiso otorgarle varios pueblos en feudo así como sus rentas, con las que podría sustentar a faquires y viajeros, pero rehusó. Cierta día el soberano le visitó y pretendió darle diez mil dinares pero no los aceptó. Cuentan que no rompía el ayuno sino transcurridos tres días y cuando en una ocasión le hicieron comentarios sobre ello contestó: «No comeré más que cuando esté al borde de la muerte».

El imán piadoso, sabio, devoto, sobrio, humilde, perla de su tiempo, único en su época, Kamāāl ad-Dīn ‘Abdallāh al-Gārī, así llamado porque habitaba en un algar cercano a Delhi, en las proximidades de la zagüia del jeque Nizām ad-Dīn al-Baḍāwunī. Le visité en esta cueva en tres ocasiones diferentes.

Milagro de este imán

Tenía yo un esclavo que se fugó y al que encontré más tarde en poder de un turco. Habiendo tomado la decisión de sacarle de sus manos, me dijo el jeque: «Este esclavo no te conviene; no lo tomes de nuevo». Como el turco quería un arreglo decidí, a cambio de cien dinares que me pagó, dejarle el esclavo. Seis meses después, mató a su amo. Conducido ante el sultán, éste ordenó que fuera entregado a los hijos del muerto, los cuales acabaron con él. Como fui testigo de este milagro del jeque, me retiré y consagré a él, dejando el mundo y donando cuanto tenía a faquires y mezquinos. Quedé allí cierto tiempo y vi cómo ayunaba diez y veinte días seguidos, permaneciendo de pie la mayor parte de la noche. Estuve con él hasta que el sultán mandó por mí y me ató de nuevo al mundo: ¡Dios se apiade de mí! Relataré esto ahora —si Dios Altísimo quiere— así como los pormenores de mi regreso al mundo.

Relación de la conquista de Delhi y de la sucesión de sus reyes

El alfaquí, imán, sabio, gran cadí de la India y del Sind, Kamāl ad-Dīn M. b. al-Burhān, de Gazna, apodado Şadr al-Ŷihān, me contó que la ciudad de Delhi fue conquistada a los infieles en el año 584 [1188 de J. C.]. Esta misma fecha está escrita en el mihrab de la mezquita aljama de la ciudad. También me refirió que fue tomada por el emir Quṭb ad-Dīn Aybak, llamado *Sipāh Salār*, que significa almocadén de los ejércitos. Era uno de los mamelucos del noble sultán Şihāb ad-Dīn M. b. Sām al-Gūrī, rey de Gazna y del Jurāsān, conquistador del reino de Ibrāhīm, hijo del aguerrido sultán Maḥmūd b. Subuktakīn que inició la conquista de la India.

El mencionado sultán Šihāb ad-Dīn envió al emir Quṭb ad-Dīn con un gran ejército. Dios le concedió la conquista de Lahawr [Lahore], donde se instaló. Su poderío aumentó y fue difamado ante el sultán a quien sus privados hicieron creer que pretendía proclamarse independiente en la India y que ya andaba alzado. Esta noticia llegó hasta Quṭb ad-Dīn que salió a marchas forzadas llegando de noche a Gazna y presentándose ante el sultán a escondidas de aquellos que le acusaran. Al día siguiente, el rey, en su trono, hizo sentarse debajo a Aybak donde no pudiera ser visto. Los comensales y privados que le habían calumniado vinieron y, una vez se habían acomodado, el sultán les preguntó acerca de Aybak. Ellos refirieron que éste se había sublevado, añadiendo: «Nos consta que quiere el trono para sí». Golpeó entonces el sultán su sitio con el pie, dio una palmada y exclamó: «¡Aybak!». «A tus ordenes», repuso éste apareciendo ante ellos. Temerosos besaron el suelo. El sultán les dijo: «Os perdono este desliz, pero cuidaos de hablar en contra de Aybak». Y le ordenó regresar a la India. Aybak retornó y conquistó la ciudad de Delhi y algunas otras. El Islam se estableció allá hasta nuestros días. Quṭb ad-Dīn permaneció allí hasta su muerte.

Relato sobre el sultán Šains ad-Dīn Lalmiš

Fue el primer rey independiente en la ciudad de Delhi. Antes de subir al trono había sido siervo del emir Quṭb ad-Dīn Aybak, adelantado de su ejército y persona de su confianza. A la muerte de Quṭb ad-Dīn se hizo con el poder y concitó al pueblo a sometersele mediante *bay‘a* [juramento]. Los alfaquíes se presentaron ante él, y al frente de ellos el gran cadí —por entonces— Waṣīh ad-Dīn al-Kasānī. Entraron al aposento donde estaba y se sentaron. El cadí se sentó a su lado, tal como es costumbre. El sultán comprendió lo que querían tratar con él, levantó la esquina del tapiz sobre el que se sentaba y extrajo un documento que atestiguaba su manumisión. El cadí y los alfaquíes lo leyeron y prestaron juramento de obediencia. Se independizó y su reinado duró veinte años.

Era justo, pío y distinguido. Entre sus buenas obras hay que mencionar su rigor en corregir las culpas y hacer justicia a los oprimidos. Dispuso que quien hubiera sufrido una injusticia vistiese ropas de color ya que todos los habitantes de la India llevan ropas blancas. Cada vez que concedía audiencia al pueblo o, cuando salía a caballo, si veía a alguien vestido con ropas de color, tomaba en consideración su demanda y hacía justicia con quien le perjudicara. Pero, cansado de este procedimiento, se dijo: «Algunos hombres sufren agravios durante la noche, quiero acelerar sus causas». Así pues, colocó a la puerta de su alcázar dos leones de mármol en sendas torres. Del cuello de estos leones colgaba una cadena de la que pendía una campanilla. Quien estuviera quejoso venía de noche y hacía sonar la campanilla, el sultán lo oía, al momento entendía en el asunto y daba satisfacción al querellante.

A su muerte, el sultán Šams ad-Dīn dejó tres hijos: Rukn ad-Dīn —que le sucedió—, Mu‘izz ad-Dīn y Nāšir ad-Dīn, además de una hija llamada Raḍiyya, hermana uterina^[349] de Mu‘izz ad-Dīn. Rukn ad-Dīn reinó después de él, como hemos dicho.

Biografía del sultán Rukn ad-Dīn, hijo del sultán Šams ad-Dīn

Cuando Rukn ad-Dīn fue reconocido como sultán, tras la muerte de su padre, comenzó su reinado cometiendo una iniquidad contra su hermano Mu‘izz ad-Dīn, al que mandó matar. Raḍiyya, hermana uterina del muerto censuró el asesinato a Rukn ad-Dīn. Este, entonces, decidió matarla. Un viernes en que salió del alcázar para rezar, Raḍiyya subió a la azotea del palacio viejo contiguo a la mezquita aljama, al que llamaban Dawlat Jāna [«casa de la dicha»]. Iba vestida con las ropas de los que habían sufrido algún agravio. Con esta indumentaria se presentó al pueblo y le habló desde la terraza: «Mi hermano —dijo—, ha matado a su hermano y quiere también darme muerte». A continuación rememoró el reinado de su padre y sus favores para con la gente. La muchedumbre se revolvió indignada contra el sultán Rukn ad-Dīn, que se encontraba en la mezquita y prendiéndole le condujeron ante Raḍiyya. Esta dijo: «El asesino será muerto». Fue ejecutado en castigo de la muerte de su hermano. El hermano de ambos, Nāšir ad-Dīn, era niño aún, así pues, el pueblo aprobó la ascensión al trono de Raḍiyya.

La sultana Raḍiyya

Al ser muerto Rukn ad-Dīn, las tropas acordaron que le sucediese su hermana Raḍiyya y la proclamaron reina. Ejerció el poder a su antojo durante cuatro años. Montaba a caballo como los hombres, armada con arco y aljaba, rodeada de sus validos y sin celarse el rostro. Más adelante se sospechó que mantenía relaciones con un esclavo etíope y el pueblo resolvió destronarla y obligarla a casar. Así pues, fue depuesta y casada con un pariente. Su hermano Nāšir ad-Dīn se convirtió en rey.

Biografía del sultán Nāšir ad-Dīn, hijo del sultán Šams ad-Dīn

Tras el destronamiento de Raḍiyya, su hermano menor, Nāšir ad-Dīn, subió al trono detentando el poder durante algún tiempo. Pronto Raḍiyya y su marido se levantaron contra él. Se alzaron en armas junto con sus esclavos y con algunos criminales que se les unieron aprestándose para la batalla. Nāšir ad-Dīn salió de Delhi con su servidor y lugarteniente Giyāt ad-Dīn Balaban, que más tarde le sucedería.

Entablado el combate, el ejército de Raḍiyya fue derrotado y ésta huyó. Atenazada por el hambre y agobiada por la fatiga acudió a un campesino que vio arando la tierra y le pidió algo de comer. Este le dio un trozo de pan que Raḍiyya devoró: después el sueño se apoderó de ella. Raḍiyya iba vestida con ropas de hombre y, al quedar dormida, el labriego la examinó, viendo que bajo estas ropas llevaba una túnica bordada de oro y perlas. Comprendiendo que se trataba de una mujer la mató y desnudó, espantó su caballo y la sepultó en su predio. Después cogió algunos de sus vestidos y marchó al zoco para venderlos. Los mercaderes dieron en sospechar y le condujeron ante el jefe de la guardia [šihna] que ordenó se le diera tormento, de resultas de lo cual confesó haber matado a Raḍiyya y señaló el lugar donde la enterrara. Después fue ajusticiado. Desenterraron el cuerpo, lo lavaron, amortajaron y depositaron en el mismo sitio, construyendo encima un morabito. Ahora, su tumba es visitada por peregrinos y tenuta por lugar santo. Está a orillas del gran río Ŷūn, a una parasanga de la ciudad de Delhi.

Tras la muerte de su hermana, Nāṣir ad-Dīn quedó como único señor del reino y gobernó en paz a lo largo de veinte años. Fue un rey piadoso: copiaba ejemplares del Libro Venerado [Corán], los vendía y se sustentaba con el producto. El cadí Kamāl ad-Dīn me enseñó un *Corán* copiado bellamente por él y elegantemente escrito. Fue asesinado tiempo después por su lugarteniente Giyāṭ ad-Dīn Balaban, que reinó después de él. Vamos a relatar ahora un suceso memorable de Balaban.

Acerca del sultán Giyāṭ ad-Dīn Balaban

Después de que Balaban asesinara a su señor, el sultán Nāṣir ad-Dīn, se hizo con el poder por espacio de veinte años, habiendo sido valido de su antecesor por un espacio de tiempo parejo.

Sultán excelso, justo, indulgente y virtuoso. Un acto generoso suyo fue construir una casa, a la que denominó «*morada de la seguridad*» donde todo deudor que entraba veía saldada su deuda, y quien se refugiaba allí temeroso de algo encontraba asilo. Si alguien se recluía en esta casa tras dar muerte a otra persona, el sultán indemnizaba en su lugar a los amigos del muerto y si éste era algún delincuente, daba satisfacción a los que le perseguían. Fue enterrado en esta casa, donde visité su tumba.

Peregrina historia de Balaban

Se cuenta que un faquir de Bujārā encontró en esta ciudad a Balaban, hombre bajo y de apariencia mezquina y ruin. El faquir le dijo despectivamente: « ¡Eh,

turquejo!». Respondió Balaban: «A tus órdenes, mi señor». Esto complació al faquir, que dijo: «Cómprame esas granadas», y le indicó unas que había en venta en el mercado. «Muy bien», respondió Balaban, y sacando unos cobres que eran todo su peculio, compró unas granadas. Al entregárselas al faquir, dijo éste: «Te otorgamos el reino de la India», Balaban se besó la mano^[350] y contestó: «Acepto de grado». Esto quedó firmemente grabado en su alma. Entretanto sucedió que el sultán Šams ad-Dīn Lalmiš envió a un mercader a Samarcanda, Bujārā y Termed para que le comprase esclavos. El mercader adquirió cien esclavos, entre los cuales se encontraba Balaban. Cuando acudió con ellos ante el sultán todos fueron de su agrado, excepto Balaban, por su aspecto ruin. «Este no lo quiero», exclamó. A lo que dijo el aludido: «Oh, señor del mundo, ¿para qué compras estos sirvientes?» El sultán le contestó riendo: «Los compro para mí». Y respondió Balaban: «Cómprame para Dios». «Bien», replicó el sultán y le incluyó entre los esclavos.

Balaban recibió un trato despectivo y lo pusieron con los aguadores. Los estrelleros y astrólogos decían al sultán Šams ad-Dīn: «Uno de tus esclavos ha de quitar el reino a tu hijo y se adueñará de él». No cesaban de repetírselo, pero ignoraba sus palabras por su gran piedad y justicia. Finalmente informaron a la *jātūn*, madre de los hijos del sultán, de este augurio y ella se lo repitió de nuevo, conturbando su espíritu. Dijo entonces el rey a los astrólogos: «¿Reconoceríais, si lo viéseis, al esclavo que arrebatará el reino a mi hijo?». Ellos respondieron: «Sí, tenemos un indicio que nos hará reconocerle». El sultán ordenó que comparecieran los esclavos y les pasó revista. Desfilaban ante él unas categorías tras otras mientras los astrólogos les observaban y decían: «No le vemos aún». Llegó el mediodía y se dijeron los azacanes: «Tenemos hambre, reunamos algunas monedas y enviemos al zoco a alguien que nos compre algo de comer». Juntaron pues algunos *dirhams* y mandaron a Balaban ya que no había entre ellos ninguno de condición más mísera que él. Este no encontró en el mercado lo que se le pedía y se dirigió a otro zoco. Como se demorase, al tocar el turno de revista a los aguadores aún no había regresado. Sus compañeros tomaron su odre y su jarro de agua y se los endosaron a un muchacho al que presentaron en lugar de Balaban. Cuando nombraron a éste el muchacho pasó ante los astrólogos y la revista terminó sin que encontrasen el signo buscado. Balaban llegó una vez finalizado el desfile pues quiso Dios que se cumpliera su destino.

Más adelante, la buena condición del esclavo se hizo patente y llegó a jefe de los azacanes, después entró en el ejército y enseguida fue ascendido a emir. El sultán Nāšir ad-Dīn, antes de subir al trono, se casó con su hija y, una vez rey, le nombró su lugarteniente, cargo que desempeñó durante veinte años, tras lo cual asesinó al rey y gobernó otros veinte, tal como hemos dicho antes.

Tuvo dos hijos, uno de los cuales fue el Jān Mártir, designado como su heredero y gobernador del Sind, con residencia en la ciudad de Multān. Murió en una guerra contra los tártaros y dejó dos hijos, Kay Qubād y Kay Jusraw. El segundo hijo del sultán Balaban, llamado Nāšir ad-Dīn, fue valí en las provincias de Laknawtī. [Gawr]

y Bengala.

Después de que el Jān Mártir pereciese por la fe, el sultán Balaban proclamó su sucesor al hijo del muerto, Kay Jusraw, prefiriéndolo a su propio hijo Nāṣir ad-Dīn, quien tenía a su vez un hijo que vivía en Delhi, junto a su abuelo, llamado Mu‘izz ad-Dīn. Él fue quien, tras la muerte de su abuelo y, aún en vida de su padre, llegó a rey por un procedimiento portentoso como veremos.

Mención del sultán Mu‘izz ad-Dīn, hijo de Nāṣir ad-Dīn, hijo del sultán Giyāṭ ad-Dīn Balaban

El sultán Giyāṭ ad-Dīn murió por la noche, en tanto su hijo Nāṣir ad-Dīn se encontraba en la región de Laknawtī, habiendo proclamado sucesor a su nieto Kay Jusraw, tal como dijimos. Siendo así que el rey de los emires, hombre de confianza del sultán Giyāṭ ad-Dīn, odiaba al joven heredero, tramó una celada contra él que le dio buen resultado. Redactó un escrito en el cual, imitando la letra de los principales emires, éstos atestiguaban haber jurado obediencia a Mu‘izz ad-Dīn, nieto del sultán Balaban; se presentó ante Kay Jusraw y, fingiendo sinceridad hacia él, le dijo: «Los emires han jurado por tu primo y temo por ti». Kay Jusraw respondió: « ¿Qué se puede hacer?». «Salvar tu vida huyendo al Sind», replicó el otro. «Pero ¿cómo salir de la ciudad?». «Las llaves están en mi poder —dijo el emir—, yo te abriré». Kay Jusraw le agradeció esta promesa y le besó la mano. «Ahora, monta», le dijo el emir. Así pues, montó a caballo a la cabeza de sus familiares y esclavos. El gran emir le abrió la puerta, le dejó salir y la cerró inmediatamente después. Pidió entonces licencia para presentarse ante Mu‘izz ad-Dīn y le prestó juramento. Mu‘izz le dijo: «¿Cómo puedo ser sultán si el título de heredero corresponde a mi primo?». El gran emir le notificó la treta que urdiera y el medio por el cual le hiciera salir. Mu‘izz ad-Dīn se lo agradeció y juntos fueron al alcázar real ordenando a emires y cortesanos que le jurasen fidelidad durante la noche. Por la mañana, el resto del pueblo hizo otro tanto y el poder de Mu‘izz ad-Dīn se asentó sólidamente. Su padre, que aún vivía, se encontraba en la región de Bengala y Laknawtī. Al llegarle la noticia de lo sucedido dijo: «Yo soy el heredero del reino, ¿cómo pues mi hijo ha ocupado el poder convirtiéndose en sultán, siendo que yo aún estoy vivo?». Y aprestó sus tropas, marchando hacia la capital, Delhi. Su hijo, capitaneando su ejército, se dispuso a combatir e impedirle la entrada en la ciudad. Se encontraron cerca de Karā, ciudad a orillas del río Ganges, allí donde los hindúes acuden en peregrinación. Nāṣir ad-Dīn acampó en la ribera del lado de Karā, y su hijo, el sultán Mu‘izz ad-Dīn, en el lado opuesto, teniendo el río entre ambos. Estaban resueltos a pelear pero Dios, queriendo evitar la efusión de sangre musulmana, infundió en el corazón de Nāṣir ad-Dīn misericordia hacia su hijo y pensó: «Que mi hijo reine es un honor para mí, es pues justo que yo lo desee». Al tiempo, Dios virtió en el corazón del sultán Mu‘izz ad-Dīn

el deseo de someterse a su padre. Subió cada uno a una embarcación, sin sus huestes, y se encontraron en medio del río. El sultán besó los pies de su padre y le pidió excusas. Este le dijo: «Te entrego mi reino y te invisto como sultán». Luego le juró fidelidad y quiso regresar a sus tierras, pero su hijo añadió: «Es preciso que vengas conmigo a mis dominios». Juntos se dirigieron a Delhi y entraron al alcázar. El padre hizo sentar a Mu‘izz ad-Dīn en el trono permaneciendo en pie ante él. A la entrevista que tuvo lugar en el río se llamó «el encuentro de dos astros propicios», por haberse evitado el derramamiento de sangre, haciendo que padre e hijo se ofreciesen mutuamente el reino absteniéndose de pelear. Los poetas cantaron tal ocasión.

Nāṣir ad-Dīn regresó a sus tierras y allí murió al cabo de algunos años dejando varios hijos, entre ellos Giyāṭ ad-Dīn Bahādūr, que fue encarcelado por el sultán Tugluq y liberado más tarde por su hijo M., después de su muerte. Entre tanto el reino quedó en manos de Mu‘izz ad-Dīn durante cuatro años que transcurrieron como una fiesta continua. Alguien que vivió este tiempo me detalló la felicidad reinante, la baratura de las mercancías en la época y la generosidad y munificencia de Mu‘izz ad-Dīn. Fue él quien construyó el alminar del patio septentrional de la mezquita aljama de Delhi, que no tiene parejo en el mundo. Un hindú me refirió que Mu‘izz ad-Dīn se excedía en sus relaciones sexuales y en la bebida por lo que contrajo una enfermedad, cuya curación imposible dejó perplejos a los médicos. El sultán quedó paralizado parcialmente. Su lugarteniente, Ŷalāl ad-Dīn Fayrūz Šāh al-Jalŷī, se levantó contra él.

El sultán Ŷalāl ad-Dīn

Al caer enfermo de hemiplejía el sultán Mu‘izz ad-Dīn, como señalábamos, su valido Ŷalāl ad-Dīn se alzó contra él, salió de la ciudad y acampó sobre una colina que allí había al lado de un morabito llamado Capilla de al-Ŷayšānī. Mu‘izz ad-Dīn envió a los emires para combatirle pero todos ellos juraron fidelidad a Ŷalāl ad-Dīn pasándose a su bando. Ŷalāl ad-Dīn entró en la ciudad y sitió el alcázar del sultán durante tres días.

Un testigo presencial de los hechos me refirió que el sultán Mu‘izz ad-Dīn sintió hambre y no encontró nada que comer. Un jerife vecino suyo le envió con qué apaciguar el hambre pero el enemigo irrumpió en el alcázar y Mu‘izz ad-Dīn fue asesinado.

Ŷalāl ad-Dīn le sucedió. Era hombre indulgente y distinguido, su benignidad le condujo a la muerte como relataremos. Se afirmó en el poder durante varios años y construyó el palacio conocido por su nombre. Este alcázar fue regalado por el sultán M. a su cuñado, el emir Gadā b. Muhannà, al que casó con su hermana, suceso que narraremos más adelante.

El sultán Ŷalāl ad-Dīn tenía un hijo llamado Rukn ad-Dīn y un sobrino, ‘Alā’ ad-Dīn, que se casó con su hija y al cual confió la regencia de las ciudades de Karā

[Corrah] y Mānikbūr [Manikpur] con sus dependencias, de lo más feraz que hay en la India, donde abundan el trigo, el arroz y el azúcar y donde se fabrican finas telas que se venden en Delhi, distante de Mānikbūr dieciocho jornadas.

‘Alā’ ad-Dīn, continuamente incomodado por su mujer, no cesaba de quejarse a su tío, el sultán Ŷalāl ad-Dīn: esto produjo desavenencias entre ellos.

‘Alā’ ad-Dīn era persona inteligente, valiente, había obtenido victorias y triunfos y el ansia de alcanzar el poder se había asentado en su alma, pero no poseía más riquezas que las ganadas con su espada despojando a los infieles.

Sucedió que cierta vez salió en algazúa contra el país de Duwayqīr [Deoghir], llamado también «país de Kataka», del que hablaremos más tarde. Duwayqir es capital de las tierras de Mālawa y Marhata, siendo su rey el más grande de los infieles. En esta incursión la caballería que montaba ‘Alā’ ad-Dīn tropezó con una piedra y dio en tierra con el jinete. Este oyó tintinear a la piedra y dispuso que se excavara, encontrando bajo ella un gran tesoro que repartió entre sus compañeros. Ganó Duwayqir cuyo sultán se sometió y prestó obediencia sin combatir, entregándole la ciudad y haciéndole magníficos regalos. Volvió a la ciudad de Karā y no envió a su tío nada del botín. Hubo quienes instigaron a su tío contra él y el sultán le mandó llamar. Y como se negara a comparecer, Ŷalāl ad-Dīn dijo: «Iré a por él y le traeré, ya que lo tengo como a un hijo». Así pues, se puso en marcha al frente de sus tropas. A uña de caballo llegaron a la ribera próxima a la ciudad de Karā donde acamparon, en el mismo lugar en que estableciese su almahala el sultán Mu‘izz ad-Dīn, cuando iba al encuentro de su padre, Nāṣir ad-Dīn. El sultán se embarcó tratando de llegar a su sobrino quien hizo lo propio con el designio de asesinar al sultán, así pues, dijo a sus amigos: «Cuando le abraza, matadle». Al encontrarse ambos en medio del río, el sobrino abrazó al rey, momento en que sus compañeros lo mataron, tal como ‘Alā’ ad-Dīn les indicara. Así se apoderó del reino de y recibió la sumisión de las tropas.

Historia del sultán ‘Alā’ ad-Dīn M. Šāh al-Jalī

Tras haber asesinado a Ŷalāl ad-Dīn, se convirtió en soberano del reino, pasándose a su bando la mayor parte de las huestes de su tío. Otros regresaron a Delhi uniéndose a Rukn ad-Dīn. Este se aprestó para la batalla pero sus soldados también desertaron sumándose a ‘Alā’ ad-Dīn y hubo de huir al Sind. ‘Alā’ ad-Dīn tomó el alcázar real y gobernó en paz durante veinte años. Fue un buen sultán gozando de las alabanzas del pueblo. Personalmente investigaba los asuntos de sus súbditos, se informaba de los precios, ayudado a diario por el almotacén, allí llamado *ra’īs*. Se cuenta que un día le preguntó por el motivo de la carestía de la carne. El almotacén explicó que se debía al fuerte tributo que gravaba las vacas. Dispuso entonces suprimir tal tributo e hizo comparecer a los mercaderes, les dio dinero y les dijo:

«Comprad vacas y ovejas y vendedlos; el producto de la venta volverá al Tesoro y vosotros obtendréis un jornal por venderlos». Así hicieron. El sultán ordenó otro tanto con los tejidos que venían de Dawlat Ābād. Si el trigo se encarecía, abría los almacenes [reales] y vendía el cereal hasta que su precio se abarataba. Cuentan que en cierta ocasión subió el valor y que ordenó venderlo a un precio determinado por él mismo. Las gentes se negaron a servirlo así y entonces prohibió vender a nadie que no fuesen los almacenes reales, los cuales abastecieron al pueblo durante seis meses. Los acaparadores temieron que su grano se echara a perder atacado por el gorgojo y le pidieron permiso para vender. El sultán les exigió a cambio que lo vendiesen a un precio menor del que antes rechazaran.

Este sultán no montaba a caballo ni para asistir a la oración del viernes, ni en las fiestas, ni en ninguna otra ocasión. El motivo de esto es que tenía un sobrino llamado Sulaymān Šāh, al que quería y honraba. Un día montó a caballo para ir de caza, junto con su sobrino, quien tuvo el designio de asesinarle, al igual que él hiciera con su tío Ŷalāl ad-Dīn. Así, cuando el sultán descabalgó para almorzar, le lanzó un dardo y le derribó, pero uno de sus esclavos le cubrió con un escudo. Su sobrino fue a rematarle pero al decirle los esclavos que estaba muerto les dio crédito y, montando a caballo, se dirigió al harén del alcázar. En tanto, el sultán ‘Alā’ ad-Dīn volvió en sí y se puso al frente de sus tropas. Su sobrino huyó pero fue apresado y, tras ser llevado al sultán, éste ordenó matarle. Desde entonces no volvió a montar a caballo.

Los hijos de ‘Alā’ ad-Dīn fueron: Jiḍr Jān; Š di Jān; Abū Bakr Jān; Mubārak Jān, también llamado Quṭb ad-Dīn, que llegó a ser rey, y Šihāb ad-Dīn.

Quṭb ad-Dīn era maltratado por su padre quien le tenía en poca estima. El sultán había concedido mercedes a todos sus hermanos —enseñas y atabales— excepto a él. Sin embargo, le dijo un día: «Es preciso que te conceda lo mismo que a tus hermanos». El hijo respondió: «Dios me lo otorgará». Estas palabras preocuparon a su padre que desde entonces tuvo miedo de él. Poco después, el sultán se vio aquejado de una enfermedad que le causaría la muerte. Su esposa, y madre de su hijo Jiḍr Jān, llamada Māh Ḥaqq —*māh* significa «luna» en su lengua—, tenía un hermano llamado Sinṡar, con el que acordó hacer que su hijo subiera al poder. Malik Nāyb, el más importante emir del sultán —al que denominaban al-Alfī porque su señor le había comprado en mil [*alf*] *tanka*, es decir, por dos mil quinientos dinares magrebíes— lo supo y denunció al rey la conspiración. Este dijo a sus allegados: «Cuando Singar entre a verme, le entregaré un vestido; al ponérselo, sujetadle por las mangas, derribadle y degolladle». De este modo lo mataron.

Jiḍr Jān se encontraba en aquel momento en un lugar llamado Sandabat, a una jornada de camino de Delhi, a donde había acudido en peregrinación a las tumbas de los mártires por la fe allí enterrados, ya que había hecho voto de cumplir esta peregrinación para rogar por la curación de su padre. Al enterarse de que éste había asesinado a su tío materno, presa de gran aflicción, desgarró sus ropas, como acostumbran los hindúes cuando muere alguien querido. Su padre, al saberlo, se

disgustó por ello y, cuando Jiḍr Jān se presentó ante él le amonestó duramente y, aherrado de pies y manos, le entregó a Malik Nāyb, antes mencionado, con orden de conducirlo al castillo de Kāliyūr [Gwalior], también denominado Kuyāliyar.

Es ésta una fortaleza en medio de hindús paganos, inexpugnable y separada de Delhi por diez días de camino. Estuve allí algún tiempo. Cuando Malik Nāyb hubo conducido a Jiḍr Jān al castillo, le puso en manos del alcaide y de los *mufradīs* o *zimāmīs*^[351] diciéndoles: «No os hagáis la consideración de que por ser hijo del sultán ha de ser tratado con respeto. Por el contrario, es el peor enemigo del rey; vigíladle pues como a tal».

Habiéndose agravado la enfermedad del sultán, éste dijo a Malik Nāyb: «Envía a alguien para que traiga a mi hijo Jiḍr Jān, quiero nombrarle mi sucesor». Malik Nāyb respondió: «Así se hará». Pero fue retardándolo y cada vez que el rey le preguntaba por ello contestaba: «Está a punto de llegar». Y así hasta que murió el sultán, ¡Dios se apiade de él!

Acerca del hijo de ‘Alā’ ad-Dīn, el sultán Šihāb ad-Dīn

Al morir el sultán ‘Alā’ ad-Dīn, Malik Nāyb entronizó al hijo pequeño Šihāb ad-Dīn y el pueblo le juró obediencia. Malik Nāyb se encargó de la regencia, hizo sacar los ojos a Abū Bakr Jān y Šādi Jān enviándolos a Kāliyūr. Ordenó cegar también a su hermano Jiḍr Jān, allí preso. Todos quedaron encarcelados, así como Quṭb ad-Dīn, a quien, sin embargo, no sacaron los ojos. El sultán ‘Alā’ ad-Dīn tenía entre sus notables a dos mamelucos, llamados Bašīr y Mubāšīr. La gran *jātūn* viuda de ‘Alā’ ad-Dīn e hija del sultán Mu‘izz ad-Dīn, les mandó llamar y, recordándoles las mercedes recibidas de su amo, les dijo: «Este eunuco ha hecho con mis hijos lo que ya sabéis y quiere matar a Quṭb ad-Dīn». «Tú nos dirás qué debemos hacer», repusieron. Ambos acostumbraban a pasar la noche junto a Malik Nāyb y comparecían armados ante él. Aquella noche entraron a verle cuando se encontraba en un pabellón de madera con un toldo por techo, al que llaman *al-juramqa*, instalado sobre la azotea del alcázar y que era su alcoba en la época de lluvias. Y se dio el caso de que el visir cogió la espada que llevaba uno de ellos, la blandió y se la entregó de nuevo. El mameluco le asestó una cuchillada mientras el otro le hería también. Luego, le decapitaron y llevaron la cabeza a la cárcel de Quṭb ad-Dīn y, arrojándola ante él, le pusieron en libertad, tras lo cual éste se reunió con su hermano Šihāb ad-Dīn permaneciendo unos días junto a él, oficiando de regente. Luego resolvió destronarle y así lo hizo.

El sultán Quṭb ad-Dīn, hijo del sultán ‘Alā’ ad-Dīn

Quṭb ad-Dīn depuso a su hermano Šihāb ad-Dīn, le cortó un dedo y le envió a Kāliyūr, encarcelándolo junto con sus hermanos. El reino quedó así a su merced.

Salió un día de la capital, Delhi, en dirección a Dawlat Ābād, a cuarenta días. A lo largo de todo el camino entre ambas hay sauces y otros árboles de modo que quien camina por allí diría encontrarse en un huerto. En cada milla hay tres *dizwa* [postas], de cuya disposición ya hemos hablado. En cada una de ellas existe todo cuanto precisa el viajero: es como si se recorriera un zoco durante un trayecto de cuarenta días. El camino continúa a través de una distancia equivalente a seis meses de marcha hasta los países de Tilink [Telingana] y Ma‘bar [Coromandel]. En cada parada hay una residencia para el sultán y una zagüía para el viajero: el pobre no necesita llevar consigo viático para el camino.

Cuando el sultán Quṭb ad-Dīn se puso en viaje, algunos emires acordaron levantarse contra él y entronizar a un hijo de su hermano Jiḍr Jān, el prisionero, de diez años de edad aproximada-mente y que estaba con el sultán. Sabedor éste de la conjura, cogió a su sobrino, le agarró por las piernas y le golpeó la cabeza contra las piedras hasta que se le derramaron los sesos; después envió al emir Malik Šāh a Kāliyūr, donde estaban el padre y los tíos del muchacho, y ordenó matarles a todos.

El cadí Zayn ad-Dīn Mubārak, juez de la fortaleza de Kāliyūr me lo relató así: «Malik Šāh llegó junto a nosotros una mañana estando con Jiḍr Jān en su celda. Cuando éste supo de su llegada tuvo miedo y se le demudó la color. Al entrar el emir le dijo: « ¿Por qué has venido?». «Por un encargo del señor del mundo», contestó. « ¿Estoy a salvo?», inquirió de nuevo. «Sí», le respondió el emir y saliendo de allí, mandó llamar al alcaide, *mufraḍīes* y *zimāmīes* de la fortaleza que eran trescientos hombres, y les ordenó buscarme así como a los magistrados, mostrando el mandato del sultán, que fue leído y apoderándose del destronado Šihāb ad-Dīn, le decapitaron. Se mantuvo firme y sin miedo. Lo mismo hicieron con Abū Bakr y Šādi Jān. Cuando fueron a cortar la cabeza a Jiḍr Jān éste estaba empavorecido y perplejo. Su madre se encontraba con él, pero le cerraron la puerta y lo mataron. Los arrastraron después a una fosa sin lavarlos previamente ni amortajarlos. Unos años más tarde fueron desenterrados y sepultados en las tumbas de sus antepasados». La madre de Jiḍr Jān vivió aún algún tiempo: la vi en La Meca en el año 728 [1327 de J. C.].

La fortaleza de Kāliyūr se halla en el pico de un monte y parece estar tallada en la roca. No tiene por frente ningún otro monte; existen en su interior algunos aljibes y unos veinte pozos amurallados anejos a ella. Sobre sus muros se alzan almajaneques y catapultas. Se sube al castillo por un amplio camino, que incluso pueden utilizar elefantes y caballos. Cerca de la puerta puede verse un elefante esculpido en piedra y sobre él el cornaca. Si se mira desde lejos asemeja en verdad un elefante.

Al pie de la fortaleza se extiende una hermosa ciudad edificada toda ella con piedra blanca labrada, tanto las mezquitas como las casas: no hay madera sino en las puertas, e igualmente en la residencia real allí existente y en las cúpulas y salas de reunión. La mayor parte de los comerciantes de esta ciudad son infieles. Seiscientos

jinetes del ejército del sultán se ocupan de luchar por la fe contra los paganos de los alrededores.

Después de que Quṭb ad-Dīn asesinara a sus hermanos, quedó dueño absoluto del poder, sin nadie que le hiciese frente o se sublevara. Pero Dios Altísimo había determinado que se levantara contra él su privado, primero de sus emires y de mayor rango. Nāṣir ad-Dīn Jusraw Jān, el cual le atacó y dio muerte apoderándose del reino, aunque no por mucho tiempo. Dios también envió contra él a quien le matara tras destronarle: el sultán Tugluq, tal como se detalla a continuación, si Dios quiere, ¡ensalzado sea!

Mención del sultán Jusraw Jān Nāṣir ad-Dīn

Era uno de los grandes emires de Quṭb ad-Dīn, valiente y de hermoso aspecto. Había conquistado el país de Ŷandīrī [Tchandiri] y el de Ma'bar, una de las más feraces regiones de la India, a seis meses de camino de Delhi. Quṭb ad-Dīn le profesaba un intensísimo amor y mostraba su preferencia por él, lo que le acarreó la perdición a sus manos. Quṭb ad-Dīn tenía como maestro al llamado Qāḍī Jān Ṣadr al-Yihān, el más importante de sus emires cuyo rango era de *kalīd dār* («guardián de las llaves de palacio»), quien acostumbraba pasar la noche en la puerta del sultán junto con la gente de la guardia, que alcanzan el millar y vigilan en turnos cada cuatro noches. Se alinean en dos filas entre las puertas del palacio sosteniendo sus armas. Todo el que penetra debe pasar entre ambas filas. Cuando termina la noche llega la guardia de día. Esta escolta tiene emires y escribas que hacen la ronda entre ellos tomando constancia de los que faltan y los que no.

El maestro del rey, Qāḍī Jān, aborrecía el comportamiento de Jusraw Jān y le disgustaba lo que en él veía: su inclinación por los hindúes infieles, su afecto hacia ellos y el ser de ese origen. No cesaba de decírselo al sultán que, sin prestarle atención, contestaba: «Déjale». No quería hacer nada porque Dios había decidido que muriera a manos de su privado. Cierta día Jusraw Jān dijo al sultán: «Muchos hindúes desean entrar en el Islam». Es costumbre en este país, cuando alguien quiere hacerse musulmán, se le lleve a presencia del rey que le viste con un hermoso traje y le entrega un collar y pulseras de oro, según su categoría. Dijo el sultán a Jusraw: «Hazlos venir». «Se avergonzarán de presentarse ante ti de día, por causa de sus allegados y la gente de su religión», replicó el emir. «Tráelos, pues, de noche».

Jusraw Jān reunió a un grupo de hindúes de los más valientes y principales, uno de ellos su hermano Jān Jānān. Era por la temporada estival y el sultán dormía en la azotea del alcázar acompañado sólo de algunos eunucos. Cuando los hindúes, armados de pies a cabeza, hubieron atravesado las cuatro puertas del alcázar y llegaban ya a la quinta, donde se encontraba Qāḍī Jān, éste entró en sospechas y temió algo. Así pues, les cerró el paso y dijo: «Es preciso que yo oiga al rey darles

licencia para entrar; entonces podrán hacerlo». Al impedirles la entrada, se abalanzaron sobre él y le mataron. El tumulto de la puerta llegó al sultán, que exclamó: «¿Qué es esto?». Jusraw Jān respondió: «Son los hindúes que vienen a convertirse al Islam, Qāḍī Jān les ha impedido entrar y de ahí el alboroto». El sultán, inquieto, se levantó queriendo meterse al interior del palacio pero la puerta estaba cerrada y los eunucos con él. Golpeó la madera pero Jusraw Jān le sujetó por detrás; el rey, más fuerte que él, le derribó. En ese instante llegaron los hindúes y al grito de Jusraw Jān: «Hélo aquí, sobre mí, matadlo», le dieron muerte y decapitaron arrojando su cabeza desde la azotea del alcázar al patio.

Jusraw Jān mandó llamar a los emires y reyes que no estaban enterados de lo sucedido. Iban pasando en grupos ante él que les recibió sentado en el trono. Le rindieron homenaje y al llegar el día anunció su mandato, despachó edictos por todo el país y envió una vestidura de honor a cada emir. Todos le acataron y obedecieron, con excepción de Tugluq Šāh, padre del sultán M. entonces emir de Dibālbūr, en el Sind. Al recibir las ropas de honor de Jusraw Jān, las arrojó al suelo y se sentó sobre ellas.

Jusraw Jān mandó contra él a su hermano Jān Jānān. Tugluq lo venció llegando incluso a matarle, tal como explicaremos en la relación de su vida.

Una vez rey, Jusraw Jān mostró su preferencia por los hindúes promulgando leyes dignas de vituperio, tales como la prohibición de sacrificar a las vacas, según los principios de los hindúes infieles que no lo permiten, condenando a quien lo hace a ser cosido a la piel del animal y posteriormente quemado. Ellos honran a las vacas y beben sus orines en procura de bendiciones y por curar enfermedades. También embadurnan casas y paredes con boñiga. Por algunas de estas cosas, Jusraw Jān se hizo detestable a los musulmanes, los cuales se inclinaron en favor de Tugluq. Su mandato no se prolongó y los días de su reinado no fueron muchos, tal como vamos a relatar.

El sultán Giyāṭ ad-Dīn Tugluq Šāh

El jeque e imán, el piadoso, el sabio, el benéfico y virtuoso Rukn ad-Dīn, hijo del piadoso jeque Šams ad-Dīn Abū ‘Abdallāh, hijo del santo, sabio y virtuoso imán Bahā’ ad-Dīn Zakariyā’ al-Qurašī al-Multānī, me contó, en su zagüía, que el sultán Tugluq era uno de los turcos dichos *qarawna* que viven en las montañas que hay entre el Sind y los turcos. Atravesando una mala situación, se dirigió al Sind como servidor de un mercader en calidad de *kulwānī* [palafrenero]. Transcurrían los días del reinado del sultán ‘Alā’ ad-Dīn, siendo entonces emir del Sind su hermano Ūlū Jān. Tugluq se puso a su servicio. Ūlū Jān le incluyó entre los *biyāda* [infantes], pero pronto mostró su nobleza y fue hecho caballero. Más tarde llegó a emir, siendo nombrado emir de caballería por Ūlū Jān. Por último alcanzó el título de gran emir,

recibiendo el tratamiento de al-Malik al-Gāzī [el rey victorioso]. Dice una leyenda que hay en la macsura de la mezquita aljama de Multān, cuya construcción ordenó: «He luchado contra los tártaros veintinueve veces y les he derrotado, por ello me llaman “el rey victorioso” [al-Malik al-Gāzī]

Cuando Quṭb ad-Dīn alcanzó el poder, nombró a Tugluq valí de la ciudad de Dibālbūr y su amelia e hizo emir de caballería a su hijo Ŷawna, ahora sultán de la India, pero que ya de rey se dio el nombre de M. Šāh. Muerto Quṭb ad-Dīn y habiéndole sucedido Jusraw Jān, éste dejó a Ŷawna como emir de la caballería.

Cuando Tugluq se sublevó tenía trescientos hombres en quien confiar en el campo de batalla. Escribió a Kašlū Jān, que se encontraba por aquellos días en Multān, a tres jornadas de Dibālbūr, en demanda de auxilio y recordándole los favores de Quṭb ad-Dīn, instándole a la sublevación. Kašlū Jān tenía entonces a su hijo en Delhi, así pues escribió a Tugluq: «Si mi hijo estuviera junto a mí, ciertamente te apoyaría en tus propósitos». Tugluq escribió a su hijo M. Šāh dándole a conocer su decisión y ordenándole que huyese y acudiese junto con el hijo de Kašlū Jān. M. Šāh trazó un plan contra Jusraw Jān, que resolvió conforme a sus deseos. Dijo un día al sultán: «Los caballos están gordos y robustos, necesitan *yarāq* [perder grasa]». Jusraw Jān le dio licencia. Así pues, montaba cada día a caballo con sus compañeros caminando una, dos y tres horas con los caballos, e incluso cuatro horas, hasta que cierta vez, no habiendo regresado al mediodía, hora del almuerzo, dispuso el sultán que se saliera en su búsqueda; no pudieron encontrarlo: se había reunido con su padre llevando consigo al hijo de Kašlū Jān.

Tugluq se sublevó y reunió huestes en compañía de Kašlū Jān. El sultán despachó contra él a su hermano Jān Jānān que sufrió la más terrible derrota pasándose sus tropas al bando contrario. Jān Jānān emprendió la retirada regresando con su hermano, mientras los suyos eran muertos y saqueados sus tesoros y riquezas.

Tugluq se dirigió a Delhi, saliendo contra él Jusraw Jān al frente de sus tropas. Este último acampó en las afueras de Delhi en un lugar llamado Asiyā Ābād [«molino de viento»], ordenó abrir sus arcas y repartió los dineros, no al peso ni por sumas determinadas sino por bolsas. Al entablarse el combate los hindúes combatieron encarnizadamente. El ejército de Tugluq fue vencido y su campamento saqueado. Él quedó aislado entre sus trescientos veteranos y les dijo: « ¿Dónde huir? Por doquier nos alcanzarán, nos matarán». Las tropas de Jusraw Jān, entregadas al saqueo se dispersaron y no quedó con él sino una reducida escolta. Tugluq y los suyos se dirigieron hacia él. La presencia del sultán se advierte allí por la sombrilla que se alza sobre su cabeza —y a la que llaman en Egipto «el dosel y el pájaro» enarbolándola en las fiestas solemnes—. En cuanto a la India y China, no se separa del sultán ni en los viajes ni en su residencia. Cuando Tugluq y sus acompañantes vinieron contra Jusraw, se recrudeció el combate. Los soldados del sultán fueron derrotados y éste al quedar solo escapó, bajó del caballo, se despojó de sus ropas y armas y vestido sólo con la camisa, se soltó los cabellos sobre los hombros, tal como

hacen los faquires en la India, y así se metió en un huerto cercano.

Las gentes se agruparon en torno a Tugluq que marchó sobre la ciudad. El alcaide le entregó las llaves y entró en el castillo instalándose en una de sus salas. Más tarde le dijo a Kašlū Jān: «Tú serás el sultán». «Tú lo serás», replicó Kašlū Jān, quien tras una discusión, agregó: «Si rehúsas ser sultán, tu hijo tomará el poder». Esto desagradó a Tugluq y accedió, sentándose sobre el sitio del rey. Los notables y el pueblo le rindieron homenaje.

Al cabo de tres días, Jusraw Jān, que permanecía temeroso en el huerto, no pudiendo soportar el hambre, salió de su escondite y se puso a merodear por allá. Encontró al dueño y pidió algo de comer. Como el hombre no tenía nada, Jusraw Jān le entregó su sortija mientras decía: «Ve y cámbiala por comida». Cuando el hombre llegó al mercado con la joya, las gentes sospecharon del asunto y le llevaron ante el jefe de policía y juez, que le condujo, a su vez, a presencia del sultán Tugluq a quien informó sobre el propietario del anillo. Tugluq ordenó a su hijo M. que trajese a Jusraw. M. lo prendió y vino con él montado sobre un *tatū* [caballo de tiro]. Cuando Jusraw compareció dijo: «Tengo hambre, dame de comer». El rey dio orden de que le sirviesen bebida, comida, cerveza y betel. Al terminar de comer se levantó y dijo: «Oh, Tugluq, compórtate conmigo como lo haría un rey y no me humilles». «Así se hará», respondió Tugluq y mandó decapitarlo en el mismo lugar en que Jusraw diera muerte a Qulb ad-Dīn. Su cabeza y cuerpo fueron arrojados desde la azotea, tal como él hiciera con la cabeza de aquél. Tugluq dispuso lavar después el cadáver y amortajarlo, tras lo cual fue sepultado en su mausoleo. El poder quedó en manos del ecuanime y pío Tugluq durante cuatro años.

Relación de las tentativas de levantamiento de su hijo

Cuando Tugluq se hubo establecido en la sede real envió a su hijo M. a conquistar el país de Tilink [Telinganal, a tres días de marcha de Delhi. Con él iba un gran ejército en el que formaban los emires Malik Tamūr, Malik Tikin, Malik Kāfūr al-Muhurdār, Malik Bayram y otros.

M., en llegando a la región de Tilink, pretendió rebelarse. Frecuentaba la amistad de un alfaquí y poeta llamado ‘Ubayd, al que encomendó hacer correr la voz de que el sultán Tugluq había muerto, esperando que las gentes, sabedoras de ello, le jurarían fidelidad. Cuando el rumor llegó a oídos de la tropa, los emires no dieron crédito y se sublevaron al resonar de los tambores. Nadie quedó en el bando de M. e incluso quisieron acabar con él. Malik Tamūr lo impidió y se hizo cargo de él, así pudo huir junto a su padre con diez jinetes a los que llamaba *yārān muwāfiq* [«compañeros incondicionales»]. Su padre le proporcionó tropas y dineros y le ordenó regresar a Tilink, como así lo hizo. Y supo su padre cuál fuera su intento y mandó matar al alfaquí ‘Ubayd y a Malik Kāfūr al-Muhurdār: clavaron en el suelo una estaca afilada

en la punta y se la introdujeron a Kāfūr por la garganta, boca abajo, hasta que le salió por un costado abandonándole así. El resto de los emires huyeron junto al sultán Šams ad-Dīn, hijo del sultán Nāšir ad-Dīn, hijo del sultán Giyāṭ ad-Dīn Balaban, estableciéndose entre sus nobles.

Relación de la marcha de Tugluq sobre el país de Laknawtī y de lo acontecido hasta su muerte

Los emires huidos permanecieron junto al sultán Šams ad-Dīn, que al morir legó el poder a su hijo Šihāb ad-Dīn, quien ocupó el lugar de su padre. Su hermano menor, Giyāṭ ad-Dīn Bahādūr Būrah —*būrah* significa «negro» en lengua hindú— le venció apoderándose del reino y dando muerte a su hermano Quṭlū Jān y al resto de sus hermanos, dos de los cuales, el sultán Šihāb ad-Dīn y Nāšir ad-Dīn, se refugiaron junto a Tugluq que se aprestó a combatir a Giyāṭ ad-Dīn, dejando a su hijo M. como regente. A marchas forzadas se dirigió hacia el país de Laknawtī, lo conquistó, apresó al sultán Giyāṭ ad-Dīn Bahādūr y regresó a la capital llevando consigo al cautivo.

Se encontraba por aquel entonces en Delhi el santo Nizām ad-Dīn al-Baḍāwunī, al cual M. Šāh, hijo del sultán, no cesaba de visitar, honrando a sus servidores e impetrando sus oraciones. Este jeque caía en éxtasis que le hacían quedar traspuesto. El hijo del sultán encargó a sus criados que cuando el jeque se hallara en tal estado se lo hicieran saber. Así pues, cuando le sobrevino el éxtasis avisaron a M. que acudió a él. Al verle, el jeque exclamó: « ¡Nos le entregamos el poder!» Murió el jeque en ausencia del sultán y su hijo M. llevó sobre sus hombros el cadáver, lo que, tras llegar a oídos de su padre, éste reprobó provocando sus amenazas. Diversos hechos habían insuflado ya sospechas en Tugluq respecto a su hijo: le disgustaba que hubiese comprado numerosos esclavos, que ofreciese suntuosos regalos y que se granjease el afecto de las gentes. Esto último aumentó su enojo. Se informó al sultán que los estrelleros habían vaticinado que no entraría en la ciudad de Delhi a la vuelta de este viaje y prorrumpió en denuestos contra ellos.

Al regreso de la expedición, encontrándose ya cerca de la capital, ordenó a su hijo que le construyese un palacete —al que llaman *kušk*— junto a un río que allí hay y al que se conoce por Afqānbūr. M. lo edificó en tres días, de madera en su mayor parte, levantándolo del suelo sobre postes, hermoso y bien proporcionado según dispusiera al-Malik Zādah —conocido más tarde como Jawāyha Yihān— cuyo nombre era Aḥmad b. Ayas, por entonces veedor de obras y primer visir del sultán M. después.

La industria que tramaron fue construir el *kušk* de modo que se hundiese y desplomara en el momento en que los elefantes se acercaran a uno de sus flancos. El sultán se instaló en él y ordenó se diese de comer al pueblo que, seguidamente, se desbandó. Su hijo solicitó licencia para que los elefantes, armados con sus arneses, pasasen ante él, cosa que le fue concedida. El jeque Rukn ad-Dīn, que se encontraba

también allí, me contó que estaba con ellos el hijo más querido del sultán, Maḥmūd. Entre tanto, M. dijo al jeque: « ¡Oh, señor! Es el momento de la oración de *al-‘aṣr*, baja y reza». «Descendí mientras los elefantes todos eran conducidos al mismo lado del quiosco, tal como urdieran los conjurados. Al llegar los animales el palacete se derrumbó sobre el sultán y su hijo Maḥmūd. Al oír el estruendo retorné sin haber rezado y vi lo sucedido. El hijo del sultán, M., dispuso que se trajesen azadas y palas con que excavar en los escombros pero, al mismo tiempo, indicó que se retardase la ejecución de la orden y no se trajeron las herramientas hasta el crepúsculo. Se comenzó entonces a excavar encontrando al sultán encorvado sobre su hijo para salvarle de la muerte. Hay quien pretende que Tugluq fue sacado ya cadáver mientras otros afirman que aún vivía y que fue rematado, transportándolo de noche a la tumba que él había mandado construir cerca de la ciudad después llamada Tugluq Ābād y enterrándolo allí».

Ya hemos referido qué motivos tuvo para edificar esta ciudad en la que tenía sus tesoros y alcázares. Allí se alzaba el magnífico alcázar de tejas doradas: cuando el sol estaba alto las tejas reverberaban de tal forma que impedían fijar la vista en ellas por un largo tiempo. Tugluq atesoró allí riquezas sin cuento. Dicen que construyó un zafareche en el que vertió oro fundiéndolo en una sola pieza. Su hijo M. Šāh lo dilapidó todo cuando subió al trono.

Fue la industria del visir Jawāyha Ŷihān en la construcción del quiosco la que hizo que se derrumbara sobre Tugluq —tal como hemos dicho— y ello le granjeó la estima y favor de M. Nadie, ni entre los ministros, le igualaba en rango y ascendiente con el sultán.

El sultán Abū l-Muṣṭahid M. Šāh, hijo del sultán Giyāṭ ad-Dīn Tugluq Šāh, rey de la India y del Sind, ante el cual nos presentamos

Al morir el sultán Tugluq, su hijo M. se apoderó del reino sin que hubiera nadie capaz de oponérsele ni de disputarle el poder. Su nombre era Ŷawna —como ya adelantamos— pero al llegar al trono se hizo llamar M. y Abū l-Muṣṭahid de *kunya* [sobrenombre].

Todo lo narrado respecto a la historia de los sultanes de la India me fue informado y dado a conocer, al menos en gran parte, por el jeque Kamāl ad-Dīn b. Burhān ad-Dīn, de Gazna, cadí de cadíes. En cuanto a las noticias que doy acerca de este rey, la mayor parte lo he presenciado mientras estuve en su corte.

Semblanza del sultán

M. era de esa clase de hombres a quienes gusta por encima de todo hacer regalos y derramar sangre. A su puerta nunca falta un pobre que se enriquece o un vivo que muere. Sus anécdotas de generosidad y valor y sus muestras de brutalidad y violencia para con los criminales se han hecho famosas entre el pueblo. A pesar de ello es el más humilde de los hombres y el más justo. Los ritos religiosos se siguen rigurosamente y es muy exigente en lo referente a la oración y en el castigo de quienes no la cumplen.

Es uno de esos reyes que gozan de gran ventura y cuyos éxitos sobrepasan lo normal, pero en su natural la virtud más notoria es la generosidad. Mencionaremos algunos maravillosos ejemplos de su largueza que nunca se oyeron acerca de ningún otro con anterioridad. Pongo a Dios por testigo, a sus ángeles y profetas, de que todo lo que voy a referir sobre su liberalidad inmensa es la pura verdad. Baste Dios como testigo. Sé que algunas de estas cosas no caben en el raciocinio humano y que se tendrán por imposibles conforme a lo acostumbrado, pero tratándose de acontecimientos que yo mismo he presenciado, cuya veracidad conozco y en los que he participado grandemente, no puedo sino decir la verdad. Por otro lado, la mayor parte de ello está comprobado en la tradición oral auténtica de los países de Oriente.

Las puertas del alcázar, el *miššvar* [sala de audiencia] y el orden allí existente.

La residencia del sultán, en Delhi, llamada Dār Sarā, tiene gran número de puertas. En la primera hay un grupo de hombres encargados de guardarla. Músicos con añfiles, albogues y óboes se sientan allí y a la llegada de un emir u otro principal tocan sus instrumentos y exclaman al tiempo: «Ha llegado Fulano, ha llegado Fulano». Esto mismo se repite en la segunda y tercera puertas. En el exterior de la primera de ellas hay unas bancas en las que se sientan los verdugos: es costumbre, cada vez que el sultán ordena la muerte de alguien, que ésta se lleve a cabo en la puerta del salón de audiencia y que el cadáver permanezca allí durante tres días. Entre la primera y la segunda puerta hay un gran corredor con poyos adosados a sus muros donde se apostan los centinelas de la guardia. En la segunda puerta también hay guardianes; entre ésta y la siguiente hay una gran banca para el primer *naqīb* [primero de los oficiales], el cual tiene ante sí un mazo de oro que sujeta con la mano y se toca la cabeza con una tiara también de oro con incrustaciones de pedrería y coronada con plumas de pavo real. Los otros *naqīb* permanecen ante él cubiertos con casquetes de oro, ceñidos con magníficos cíngulos y en la mano un azote de empuñadura de oro o plata. Esta segunda puerta da a un gran *mišwar*, sala de audiencia donde se sienta el pueblo.

En la tercera puerta hay bancos para los escribas. Es costumbre que nadie entre por esta puerta a menos que lo indique el sultán, el cual señala a cada persona qué

gentes entrarán con él de acompañantes. Cada vez que alguien llega ante esta puerta, los escribas anotan: «Fulano ha llegado a la primera, o segunda hora, etc.». Así hasta que termina el día. El sultán recibe información de ello tras la oración de la tarde. También toman nota de cuanto en esta puerta suceda. Hijos de reyes se encargan de comunicar al sultán todo lo que aquéllos escriben. Igualmente acostumbran a no permitir el paso por esta entrada, si no es con la venia del sultán, a quien no aparezca por el alcázar durante tres días o más, tenga excusa o no. Si tiene alguna excusa, tal como enfermedad u otra diferente, debe ofrecer al rey un regalo apropiado y digno de él. Lo mismo deben hacer aquellos que vienen de un viaje. El alfaquí regala un *Corán*, libros o algo similar; el faquir, una almofalla para la oración, un rosario, un mondadientes o cosa parecida; los emires y gentes de su clase regalan caballos, camellos y armas.

Esta tercera puerta conduce a la sobrecogedora y espaciosísima sala de audiencia, conocida por *Hazār Uṣṭūn*, lo que significa «mil columnas». Estas columnas son de madera barnizada y sostienen una techumbre de madera maravillosamente labrada. Las gentes se sientan allí: en esta sala, el sultán concede sus audiencias generales.

El protocolo que se sigue en las audiencias

Gran parte de las audiencias tienen lugar después de la primera oración de la tarde aunque algunas se celebran por la mañana temprano. El lugar del rey se halla sobre una tarima tapizada de blanco y coronada por un trono, con un almohadón enorme a la espalda y otros cojines a derecha e izquierda. El sultán se sienta a la manera de aquel que va a pronunciar el *tašahhud* [profesión de fe] durante el rezo, que es como se sientan todos los habitantes de la India. Cuando el sultán está sentado, el visir permanece en pie ante él, los escribas se colocan tras el visir y los chambelanes detrás de los escribas. El emir chambelán es Fayrūz Malik, primo del sultán, el más próximo de las personas de su confianza. Le sigue el chambelán privado, a quien siguen asimismo su sustituto, el intendente de palacio y quien le reemplace, además de los denominados «chambelán de honor» y «chambelán mayor» y, finalmente, las personas a sus órdenes.

Los *naqīb* —unos cien— siguen a los chambelanes. Al sentarse el sultán todos ellos exclaman con fuerte voz: «En el nombre de Dios». Después se coloca detrás del sultán el gran rey Qabūlah, que le quita las moscas con un espantamoscas. Cien *silāhdāriyya* [escuderos] permanecen de pie a la diestra del sultán, y otros cien a su izquierda, armados con adargas, espadas y arcos. A derecha e izquierda, a lo largo de la sala de audiencia, están: el cadí de cadíes; el jatib mayor; los restantes cadíes; los alfaquíes principales; los más importantes jerifes; los jeques; los hermanos y cuñados del sultán; los grandes emires; los jefes de los «ilustres», que son los extranjeros, y los generales.

Seguidamente, se traen sesenta caballos enjaezados con las sillas y bridas reales; entre ellos algunos con el emblema del califato, aquellos cuyas bridas y cinchas son de seda negra y oro. Otros las llevan de seda blanca y oro. Sólo el sultán monta los corceles así enjaezados. La mitad de los caballos se colocan a la derecha y la otra mitad a la izquierda, de suerte que el sultán los vea. Después se traen cincuenta elefantes con gualdrapas de seda y oro y los colmillos armados de hierro, dispuestos para matar a los criminales. Sobre el cuello del elefante va su cornaca, llevando en la mano una especie de hacha de hierro con que golpea al animal y lo conduce según se quiera. Cada elefante carga sobre el lomo un gran cajón capaz para veinte soldados, o más, o menos, según el volumen del elefante y el tamaño de su cuerpo. Cuatro banderas se enarbolan en las esquinas del cajón. Estos elefantes están adiestrados para saludar al sultán inclinando la cabeza al tiempo que los chambelanes exclaman: «¡En el nombre de Dios!». También se mantienen parados, mitad a derecha, mitad a izquierda, detrás de los hombres allí congregados.

Todos aquellos que llegan, entre los que deben permanecer de pie, a derecha o a izquierda, hacen un saludo junto al lugar de los chambelanes. Estos saludan en el nombre de Dios ajustando la elevación del tono de voz a la reputación del que saluda. Una vez han cumplimentado al rey se encaminan a su sitio —a derecha o izquierda— y ya no lo abandonan. Si el que saluda es hindú infiel, los chambelanes y *naqīb* dicen: «¡Que Dios te guíe!». Los esclavos del sultán permanecen de pie detrás de todos, armados con escudos y espadas: nadie puede entreverarse con ellos si no es pasando ante los chambelanes que están delante del soberano.

Acerca de cómo se introduce ante el rey a los extranjeros y portadores de regalos

Si el portador de un regalo para el sultán llega a la puerta, los chambelanes se presentan ante él por orden, según su jerarquía. El emir chambelán les precede, seguido por su ayudante; a continuación el chambelán privado y su segundo; el intendente de palacio y su suplente; el chambelán mayor y el chambelán de honor. Saludan en tres lugares distintos y anuncian a la persona que espera. Una vez concedido el permiso de entrada, los chambelanes entregan el presente a los criados que deben sostenerlo ante los asistentes a fin de que el sultán pueda verlo. Este manda entonces llamar al oferente, que debe hacer tres reverencias antes de llegar hasta él, saludando acto seguido junto a los chambelanes. Si es hombre importante, permanece de pie a la altura del emir chambelán; si no, se coloca tras él. El sultán le dirige personalmente la palabra del modo más afable y le da la bienvenida. Si es hombre digno de ser especialmente considerado, el sultán le toma la mano o le abraza y solicita que traigan el regalo. Cuando lo acercan, si se trata de armas o tejidos los palpa con detenimiento y muestra cortésmente su aprobación con el fin de confortar y

satisfacer al donante, animándole con su interés. Le entrega, además, ropas de honor y asigna una suma de dinero para lavarse la cabeza, según costumbre entre los hindúes: todo ello en proporción a sus méritos.

De cómo se presentan al sultán los regalos de sus ámeles

Cuando los ámeles llegan con los presentes y riquezas acumulados, procedentes de los tributos de las diferentes comarcas, traen recipientes tales como jofainas, aguamaniles y otros, hechos de plata y oro. Con estos mismos metales funden lingotes como ladrillos, llamados *jišt*.

Los *farrāšūn* o esclavos del sultán permanecen de pie con las ofrendas en una sola fila, sosteniendo cada cual en sus manos una pieza distinta. A continuación traen los elefantes, si hállanse entre los regalos; después los caballos ensillados y embridados, los mulos y, finalmente, los camellos cargados con las parias.

Vi, en una ocasión, cómo el visir Jawāyha Ŷihān ofrecía un presente al sultán, que regresaba de Dawlat Ābād. Fue a su encuentro a las afueras de la ciudad de Biyāna e hizo llevar el regalo ante el soberano en el orden antes descrito. Entre las diversas ofrendas observé un jarrón de porcelana lleno de jacintos, otro con esmeraldas y un tercero que contenía magníficas perlas, asistiendo también a la escena Ḥaṣṣi Kāwun, primo hermano del sultán Abū Saʿīd, rey del Iraq. El monarca le obsequió una parte del presente, como contaremos detalladamente más adelante, si lo permite Dios el Altísimo.

Acerca de la salida del sultán en las dos fiestas solemnes

La víspera de la fiesta^[352], el sultán obsequia con ropas de ceremonia a los reyes, privados, grandes del reino, personajes ilustres o extranjeros, secretarios, chambelanes, oficiales, caídes e incluso a los criados y emisarios. La mañana de la fiesta se engalanan los elefantes con seda, oro y piedras preciosas, reservando para el sultán dieciséis de ellos, que nadie puede montar, y poniéndoles al lomo otras tantas sombrillas de seda y pedrería con los mangos de oro puro, amén de cojines de seda y piedras preciosas engarzadas. El sultán sube a uno de estos elefantes y llevan ante él la gualdrapa que cubre su silla de montar, también con las más exquisitas incrustaciones. Delante del sultán van a pie sus criados y esclavos llevando cada uno de ellos un gorro de oro en la cabeza y ceñidos con un cinturón del mismo metal, que algunos adornan con pedrería. Los oficiales, alrededor de trescientos, marchan también a pie delante del soberano: llevan un capirote de oro, un cinturón de lo mismo y en la mano una fusta con el mango dorado. Montados en elefantes van el

juez supremo Ṣadr al-Ŷihān Kamāl ad-Dīn al-Gaznawī, el gran cadí Ṣadr al-Ŷihān Nāṣir ad-Dīn al-Juwārizmī y otros cadíes, así como los principales personajes extranjeros: Jurāsānīes, iraquíes, sirios, egipcios y magrebíes. Aquí llaman Jurāsānīes a todos los extranjeros. También los almuédanos van sobre elefantes, clamando sin cesar: «¡Dios es grande!»

Este es el protocolo observado cuando el sultán sale por la puerta del alcázar. Allí es recibido por todas las tropas, estando cada emir al frente de su cuerpo, con atabales y enseñas. El soberano avanza precedido por la gente de a pie que antes mencionamos. Delante de ellos van los cadíes y almuédanos proclamando alabanzas a Dios el Altísimo. Tras el sultán, sus emblemas, banderas, atabales, albugues, añafles y pífanos. A continuación sus allegados; después el hermano del monarca, Mubārak Jān, con sus enseñas y ejército; su sobrino Bahrām Jān, con sus guiones y tropas; su primo, el rey Fīrūz, con sus insignias y gente de armas; el visir, con estandartes y guerreros; el *rey* Muŷīr b. Dū-r-Raŷā, acompañado por sus hombres y banderas; el gran rey Qabūla, con sus divisas y soldados. Este, muy estimado del sultán, ocupa un rango elevado y posee inmensas riquezas. Su intendente —conocido bajo la denominación de «hombre de confianza del reino»— ‘Alā’ ad-Dīn ‘Alī al-Miṣrī, llamado también Ibn as-Šarābīṣī [*«hijo del sombrerero»*], me informó que la despesa de Qabūla y sus servidores, así como el total de sus salarios ascienden a treinta y seis *lak* por año^[353].

Detrás de Qabūla van, en el cortejo, los reyes Nukbiya, Bugra, Mujlis y Quṭb al-Mulk, con sus gallardetes y tropas.

Todos los personajes nombrados son los principales emires: jamás abandonan al sultán. Cabalgan junto a él el día de la fiesta con sus oriflamas, cosa no permitida al resto de los emires. Todos los hombres que montan a caballo en esta solemnidad van revestidos de corazas y sus monturas engualdrapadas. La mayor parte de esta gente son mamelucos del monarca. Cuando el sultán llega a la puerta del oratorio se detiene y ordena entrar a los cadíes, a los emires principales y a los más notables extranjeros. Desciende entonces de su montura y el imán comienza el rezo, seguido de un sermón. Si se trata de la Fiesta del Sacrificio [*‘Īd al-Aḍḥà*], se trae ante el sultán un camello que él mismo degüella con una azagaya, allí llamada *nīza*. Para ello cubre sus vestiduras con una tela de seda que le proteja de las salpicaduras de sangre. Hecho esto, sube de nuevo en el elefante y regresa a palacio.

Sobre la audiencia del sultán el día de la fiesta, el trono principal y el gran pebetero

El día de la fiesta cubren de tapices todo el alcázar, lo adornan suntuosamente y sobre toda la superficie en que se desarrollará la audiencia montan una *bārga* [*sic*], especie de inmensa tienda sostenida por numerosas y gruesas columnas y rodeada de

pabellones por todas partes. Hacen árboles de seda multicolor, con flores también artificiales, los distribuyen en tres filas por toda la sala de audiencia y colocan entre ellos sillas de oro con cojines forrados. El gran trono se alza en la cabecera de la sala: es enteramente de oro puro con las patas incrustadas de piedras preciosas; tiene una altura de veintitrés palmos y su anchura es aproximadamente la mitad; está compuesto de varias piezas que se ensamblan formando un todo; cada una de ellas es transportada por varios hombres a causa del peso del oro. Sobre el trono colocan un cojín y alzan sobre la cabeza del sultán la sombrilla adornada con pedrería. Cuando éste sube al trono, los chambelanes y oficiales exclaman a viva voz: «¡En el nombre de Dios!». Los presentes avanzan para saludar al soberano comenzando por los cadíes, predicadores, ulemas, jerifes y jeques; detrás vienen los hermanos del sultán, sus parientes por consanguinidad y afinidad y los extranjeros ilustres; les sigue el visir, los emires de las tropas, los jefes de los esclavos y notables del ejército. Saludan uno tras otro, sin empujar ni atosigarse.

Es costumbre, el día de la fiesta, que aquellos que han sido beneficiados con las rentas de algún poblado traigan dinares de oro envueltos en un trozo de tela, sobre el que va escrito su nombre y que arrojan en una jofaina de oro dispuesta a tal efecto. Se reúne así una suma considerable que el sultán entrega a quien le place.

Finalizadas las saluciones, se disponen los manjares para los asistentes según su rango.

Este día se instala el gran pebetero, que semeja una torre por su tamaño: es todo de oro puro y está compuesto de diversas piezas que pueden unirse a voluntad. Se precisan varios hombres para transportar cada una de las partes. En su interior hay tres celdillas para los turiferarios, que prenden madera de *qamārī* y *qāqulī*, ámbar gris y benjuí, llenándose de sahumerio toda la sala de audiencia.

Algunos jóvenes sostienen barriles de oro y plata llenos de agua de rosas y azahar con los que rocían a los comensales.

El trono y pebetero mencionados no se sacan más que con ocasión de las grandes fiestas. En otras solemnidades el sultán se sienta sobre un trono de oro inferior al mencionado. Montan entonces una *bārga* retirada, provista de tres puertas y en cuyo interior se sienta el sultán. En la primera puerta se sitúa ‘Imād al-Mulk Sartīz; en la segunda el rey Nukbiya y en la tercera Yūsuf Bugra. A derecha e izquierda están de pie los jefes de los maceros. La gente permanece también de pie de acuerdo con el rango de cada uno. El veedor de esta sala de audiencia es el rey Ṭagay, que, vara de oro en mano, y asistido por su ayudante que lleva una de plata, coloca a los asistentes y arregla las filas. El visir y los secretarios están de pie tras él, así como los chambelanes y oficiales. Después vienen los músicos y cantoras, cuyo primer grupo está formado por las hijas de los reyes hindúes infieles que han sido capturados durante ese año. Estas cantan y bailan, siendo a continuación entregadas por el sultán a los emires y personajes extranjeros. Tras ellas van las otras hijas de infieles, también cantando y bailando, que el sultán ofrecerá a sus hermanos, parientes por

consanguinidad y afinidad e hijos de *reyes*.

Esta audiencia tiene lugar tras la oración de la tarde. El soberano ofrece otra el día siguiente a la fiesta, a la misma hora y siguiendo la misma disposición. Llegan las cantantes, cantan y bailan y el sultán las entrega a los emires de los mamelucos. El tercer día celebra las bodas de sus parientes próximos, los cuales reciben sus favores; el cuarto día libera a los esclavos; el quinto a las esclavas; el sexto casa a esclavas y esclavos y el séptimo, finalmente, reparte numerosas limosnas.

Descripción del orden observado cuando el sultán llega de viaje

Cuando el soberano regresa de sus viajes se engalanan los elefantes y se colocan sombrillas sobre dieciséis de ellos, unas de brocado de oro y otras adornadas con pedrería, llevando ante él la gualdrapa para la silla con incrustaciones de las más finas piedras.

Construyen pabellones de madera de varios pisos cubiertos con telas de seda, en cada uno de los cuales pueden verse jóvenes esclavas cantoras, vestidas con bellos trajes y hermosos aderezos, así como algunos danzarines. En medio de los pabellones hay un gran estanque, hecho con pieles, lleno de julepe disuelto en agua. Todos los que por allí pasan pueden beber de él, tanto baladíes como algarivos. Aquellos que lo hacen reciben al mismo tiempo hojas de betel y nuez de areca. El espacio que separa los pabellones está alfombrado con telas de seda sobre las que pasará el sultán a caballo. Las paredes de las calles por las que ha de transitar el monarca están también adornadas con sedas, desde la puerta de la ciudad hasta la del alcázar. Delante del sultán van sus esclavos, en número de varios miles: el gentío y los soldados van detrás.

En alguna ocasión asistí a una de estas entradas en la capital. Sobre los elefantes habían instalado tres o cuatro pequeñas catapultas que, al aparecer el sultán por la puerta de la ciudad y hasta su llegada al palacio, lanzaban entre la gente dinares y *dirhams*, que recogían a la rebatiña.

Acerca de la disposición del banquete privado

Se ofrecen dos tipos de comida en el palacio del sultán: la de los notables y la del pueblo. En cuanto a la primera, en la que come el soberano, suele hacerse en la sala de audiencia y asisten a ella los emires de la privanza, el emir chambelán, primo del monarca, e 'Imād al-Mulk Sartīz y el emir del consejo. Además, el sultán invita a aquellas personas a las que desea ennoblecer y honrar, comiendo con ellos, entre los personajes extranjeros o emires principales. Cuando en alguna ocasión quiere honrar

especialmente a uno de los comensales toma un plato, coloca en él un pan y se lo ofrece a aquella persona. Esta, al recibirlo, lo sostiene en su mano izquierda y hace la venia tocando el suelo con la mano derecha. Otras veces el soberano envía algunas viandas de la comida a un individuo no presente en la audiencia; éste hace la reverencia antes indicada y come estas viandas con las gentes que le acompañan. Asistí repetidas veces a este banquete privado y pude observar que el número de los comensales era de unos veinte.

Sobre la disposición de la comida popular

Las viandas que se sirven en este caso proceden de las cocinas y vienen precedidas de los capitanes, que van gritando: « ¡En el nombre de Dios! ». Abren la comitiva el oficial en jefe, con una maza de oro en la mano y su lugarteniente, que lleva una de plata. Cuando entran por la cuarta puerta, aquellos que se encuentran en la sala de audiencia y han oído sus exclamaciones se levantan; nadie, sino el sultán, permanece sentado. Una vez colocados los manjares en el suelo y alineados los oficiales con su emir al frente, éste elogia al sultán y hace su panegírico; tras ello hace la venia y los oficiales le imitan al igual que todos los presentes, grandes o pequeños. La costumbre es que, al oírse las primeras palabras del jefe de los oficiales, todo aquel que iba caminando se detenga, o permanezca en su sitio si se encontraba parado. Nadie se mueve ni abandona su puesto hasta que el emir no ha finalizado su alocución. A continuación habla de la misma guisa el lugarteniente; después se inclina, saludando también por segunda vez los oficiales y el resto de la gente. Es el momento de sentarse.

Los secretarios situados en la puerta escriben para informar al sultán la llegada de los alimentos, aunque éste lo sepa ya. Dan el papel a un rapazuelo que ha de ser hijo de reyes, encargándole que se lo entregue al soberano, el cual, después de leerlo, designa a los emires principales que se ocuparán del acomodo de los asistentes y su comida. Esta consiste en pan de galleta, carnes asadas, panes redondos abiertos y rellenos de confitura, arroz, pollos y una especie de picadillo de carne [*samūsakl*]. Ya hemos hablado con anterioridad de todas estas cosas y de su distribución.

Presidiendo el banquete se colocan, habitualmente, los cadíes, predicadores, alfaquíes, jerifes y jeques. Después los parientes del sultán, los principales emires, y, por último, el pueblo. Todo el mundo se sienta en el lugar que le ha sido asignado, de modo que no hay necesidad de apretujarse. Asentados ya los comensales, llegan los *šurbāriyya* o escanciadores portando jarras de oro, plata, cobre y cristal llenas de azúcar cande disuelta en agua, que se bebe antes de comer. Los chambelanes exclaman entonces: « ¡En el nombre de Dios! » y comienza la comida. Ante cada comensal se colocan porciones de todos los manjares que componen el festín, pues cada cual dispone de su propio plato. Terminada la comida, traen un licor de frutos

fermentados [*fuqqā'*] en alcuzas de estaño, y, cuando la gente ha bebido, los chambelanes invocan de nuevo el nombre de Dios. Sirven a continuación los platos de hojas de betel y nueces de areca; a cada comensal se le da un puñado de nueces previamente machacadas y quince hojas de betel mientras los chambelanes hacen la exclamación de rigor. Todos se levantan entonces, el emir que ha dirigido la comida saluda, la gente hace otro tanto y se retira.

Este festín tiene lugar dos veces al día: la primera antes del mediodía y la segunda tras la *zala* de la tarde.

Algunas historias acerca de este sultán que prueban su bondad y largueza

Mencionaré solamente los hechos de este jaez en los cuales estuve presente, de los que fui testigo o que vi con mis propios ojos. Dios Altísimo conoce la verdad de las cosas que voy a contar: no es menester ningún otro testimonio. Tanto más, cuanto que todo lo que voy a decir es harto conocido y asaz notorio. Los países vecinos de la India, tales como el Yemen, Jurāsān y Persia están llenos de anécdotas acerca de M. Šāh, que sus habitantes conocen bien y que hablan, sobre todo, de su bondad para con los extranjeros, a los que honra, colma de gracias y beneficios, confiere puestos importantes y hace espléndidos presentes, prefiriéndoles a los indígenas. Uno de los favores que otorga a los algarivos es darles el nombre de *a'izza* [*queridos*], prohibiendo que se les llame «extranjeros». Dice que dar el nombre de «extranjero» a un hombre es desgarrarle el corazón y turbarle el ánimo.

Voy a mencionar ahora, si Dios quiere, algunas de sus innumerables y generosas dádivas.

Del regalo que hizo al mercader Šihāb ad-Dīn al-Kāzarūnī y la historia de éste

Este Šihāb ad-Dīn era amigo del rey de los comerciantes al-Kāzarūnī, apodado Pīruwīz, al cual había entregado el sultán como feudo la ciudad de Kinbāya y prometido el cargo de visir. Pīrusvīz mandó recado a su amigo Šihāb ad-Dīn para que se reuniese con él. Este llegó con un presente que había preparado para el sultán y que consistía en lo siguiente: una gran tienda [*sarāyā*] de tela recortada y adornada con panes de oro; un pabellón semejante a la *sarāyā*; una tienda con todo lo necesario y otra de reposo, también de tela y con adornos; y muchas mulas. Cuando llegó Šihāb ad-Dīn con el regalo, su amigo el rey de los comerciantes se disponía a partir hacia la capital llevando consigo el dinero de los impuestos de la región de Kinbāya y un presente para el monarca.

El visir Jawāyā Ŷihān, habiéndose enterado de que el sultán había prometido el visirato a Pīrusvīz, se sintió celoso y desasosegado. Las comarcas de Kinbāya y Ŷuzarāt estaban, desde hacía tiempo, bajo la autoridad del visir; su población le era adicta y devota y estaba pronta a servirle. La mayor parte de estos pueblos eran infieles y, algunos de ellos, rebeldes que se habían hecho fuertes en las montañas. El visir les propuso atacar al rey de los mercaderes cuando se dirigiese a la capital.

Pīrusvīz salió con sus tesoros y bienes, acompañado de Šihāb ad-Dīn, que llevaba el regalo. Acamparon un día a media mañana, según su costumbre. Las tropas se dispersaron y casi todos los hombres se echaron a dormir. Un gran número de infieles cayó entonces sobre ellos, matando al rey de los mercaderes, saqueando sus bienes y tesoros, así como el presente de Šihāb ad-Dīn, quien, al menos, pudo salvar el pellejo.

Los mensajeros llevaron al sultán la noticia de lo ocurrido y éste ordenó gratificar a Šihāb ad-Dīn con treinta mil monedas de oro de las rentas de la región de Nahruwāla, para que pudiese regresar a su país. Šihāb ad-Dīn rehusó lo que se le ofrecía y dijo que su único deseo era poder ver al sultán y besar el suelo bajo sus pies. Comunicaron esta respuesta al sultán, que, gratamente impresionado, mandó que Šihāb ad-Dīn fuese conducido a Delhi con toda clase de honores.

Casualmente, aconteció que fue llevado ante el soberano el mismo día en que éste nos recibió. Nos hizo entrega de las ropas de honor, ordenó que se nos diera alojamiento y ofreció un magnífico presente a Šihāb ad-Dīn. Transcurrido algún tiempo dio orden de que se me pagasen seis mil *tankas*, como contaremos, y preguntó dónde estaba Šihāb ad-Dīn. Bahā' ad-Dīn b. al-Falakī [*El Astrólogo*] le respondió en persa: «¡Oh, Señor del mundo!, no lo sé». Y añadió: «He oído decir que se encuentra enfermo». A lo que contestó el sultán, también en persa: «Ve al instante al tesoro, coge cien mil *tankas* de oro y entrégaselas a Šihāb ad-Dīn para que halle su ánimo sosiego». Bahā' ad-Dīn cumplió el encargo, encomendándole el sultán que Šihāb ad-Dīn adquiriese con aquel dinero en la India todas las mercancías que quisiera y que nadie comprase la menor cosa hasta que él se hubiera provisto de todo. Puso además a su disposición tres naves con los aparejos, víveres y marineros necesarios para el viaje. Así pues, Šihāb ad-Dīn zarpó de esta guisa, desembarcando en la isla de Hurmuz en la que mandó construir una magnífica casa, que tuve ocasión de contemplar tiempo después. Pero he aquí que más tarde vi a Šihāb ad-Dīn que, habiendo perdido todos sus bienes, se encontraba en Šīrāz mendigando favores del sultán Abū Ishāq. ¡Así acaban las fortunas conseguidas en la India! Rara vez alguien deja el país llevándose las ganancias adquiridas; si esto sucede y llega con ellas a otro lugar, Dios le envía una desgracia que acabe con sus riquezas. Así le sucedió a Šihāb ad-Dīn: fue despojado de toda su hacienda en la guerra civil que mantuvieron el rey de Hurmuz y sus dos sobrinos y tuvo que abandonar el país sin nada.

Acerca del regalo que hizo al gran jeque Rukn ad-Dīn

Había enviado el sultán un presente al califa Abū-l-‘Abbās, que a la sazón se hallaba en Egipto, con el ruego de que expidiese una orden reconociendo su autoridad sobre los países de la India y el Sind, como prueba de acatamiento al califato. Abū-l-‘Abbās se lo envió con el gran jeque de Egipto, Rukn ad-Dīn. Cuando éste llegó ante el sultán M. Šāh, fue recibido con desmesurados honores y obsequiado con un rico presente. Cada vez que Rukn ad-Dīn se presentaba ante el soberano, éste se levantaba y le honraba sobremanera. Llegado el momento de la despedida, le donó un inmenso tesoro constituido, entre otras cosas, por un montón de herraduras y clavos de oro macizo para los caballos, y le dijo: «Al desembarcar, pónles estas herraduras a tus alfaraces».

Rukn ad-Dīn partió en dirección a Kinbāya con el propósito de embarcar allí hacia el Yemen; pero he aquí que estalló la rebelión del cadí Ŷalāl ad-Dīn, siendo saqueados los bienes de Ibn al Kawlamī y los del gran jeque. Ambos huyeron amparándose en el sultán, quien, al ver a Rukn ad-Dīn, le dijo en persa, hablando en chanza: «Viniste para llevarte el oro y gastarlo con las bellas, pero no sólo perderás el oro sino que además te dejarás aquí la cabeza». El monarca pronunció estas palabras para divertirse, añadiendo a continuación: «No te inquietes, voy a salir contra los rebeldes y pronto tendrás varias veces más de lo que te ha sido arrebatado».

Una vez fuera de la India supe que el sultán había mantenido su palabra devolviéndole todo lo que había perdido y que Rukn ad-Dīn había llegado a Egipto con su fortuna.

Del obsequio que hizo al predicador de Termed, Nāṣir ad-Dīn

Este alfaquí y predicador había venido a la corte del sultán, donde permaneció por espacio de un año gozando de sus favores y después decidió regresar a su patria, obteniendo el permiso para ello. No habiendo tenido aún el soberano ocasión de oírle hablar ni predicar, quiso hacerlo antes de emprender un viaje a la Costa de Coromandel [Bilād al-Ma‘bar]. Ordenó, pues, que le fuese preparado un almimbar de madera de sándalo blanco o *al-muqāṣirī*, cubierto de planchas y clavos de oro y con una gran piedra de jacinto engarzada en la parte superior. Vistieron a Nāṣir ad-Dīn con un traje abbasí negro bordado en oro y ornado con piedras preciosas, y le cubrieron la cabeza con un turbante del mismo tejido. El púlpito fue colocado en el interior de la tienda real. Una vez sentado el sultán en su trono, teniendo a derecha e izquierda a sus privados, cadíes, alfaquíes y emires tomaron asiento. Nāṣir ad-Dīn pronunció un sermón lleno de elocuencia, con amonestaciones y exhortaciones, y aunque lo que hizo no tuvo ningún mérito, la fortuna le favoreció. Cuando descendió del almimbar, el sultán, levantándose y yendo hacia él, le abrazó y le hizo montar sobre un elefante, ordenando a todos los presentes, entre los que me encontraba, caminar a pie delante de Nāṣir ad-Dīn en dirección a la gran tienda [*sarāyā*] que

había mandado levantar para él frente a la suya. La *sarāyā* era de seda de diferentes colores, al igual que la tienda y el pabellón adosados a ella. Nos sentamos junto a Nāṣir ad-Dīn y vimos en un rincón de la tienda los objetos de oro que le había regalado el sultán: un gran horno de campaña, capaz de albergar en su interior a un hombre sentado; dos ollas, innumerables zafas, varias alcuzas, un cántaro, una *tamīsanda* [?], una mesa de cuatro patas y un atril, todo ello de oro puro. Mas héte aquí que ‘Imād ad-Dīn aṣ-Ṣimnānī cogió dos de las estacas de la tienda pensando que eran de oro y plata, cuando en realidad la una era de cobre y la otra de estaño.

Aparte de esto, el mismo día que llegó a la corte Nāṣir ad-Dīn, el sultán le dio cien mil dinares de plata y centenares de esclavos, parte de los cuales manumitió.

Del presente que ofreció a ‘Abd al-Azīz al-Arduwīlī

Era ‘Abd al-Aziz un alfaquí tradicionista que había cursado sus estudios en Damasco con Taqī d-Dīn b. Taymiyya, con Burhān ad-Dīn b. al-Barkah, con Ŷamāl ad-Dīn al-Mizzī, con Šams ad-Dīn ad-Dahabī y algunos otros ulemas. Después se trasladó a la corte del sultán de la India, que le colmó de favores y le dispensó un magnífico trato.

Sucedió que un día el alfaquí refirió al sultán algunas tradiciones acerca de los méritos de ‘Abbās y de su hijo, así como diversas hazañas realizadas por los califas, sus descendientes, lo cual satisfizo en gran manera al sultán dada su inclinación por los abbasíes. Así pues, le besó los pies y mandó que trajesen una bandeja de oro que contenía dos mil *tankas* que él mismo volcó sobre el alfaquí al tiempo que decía: «Este dinero es para ti, al igual que la bandeja». Ya hemos contado antes esta anécdota.

El regalo que hizo a Šams ad-Dīn al-Andukānī

Era el alfaquí Šams ad-Dīn al-Andukānī un filósofo y poeta innato, autor, en lengua persa, de un panegírico del sultán en un poema de veintisiete versos. El sultán le dio mil dinares de plata por cada uno de ellos, mucho más que los mil *dirhams* que, según se dice, pagaban por verso en su tiempo los antiguos, o sea, el décimo de lo que donó M. Šāh.

El regalo que hizo a ‘Adud ad-Dīn as-Šawankārī

‘Adud ad-Dīn era un alfaquí e ilustre imán de gran valía y renombre, cuya fama

habíase extendido por todo su país. Informado el sultán de sus obras y al tanto de sus virtudes, le envió como regalo diez mil dinares de plata a su tierra, Sawankāra^[354], aunque no le vio jamás, ni tampoco fue a visitarle el alfaquí.

El regalo que hizo al cadí Ma'ūd ad-Dīn

Cuando el sultán conoció la historia de Ma'ūd ad-Dīn, juez de Šīrāz, cadí sabio e íntegro y autor de célebres milagros, envióle a dicha ciudad diez mil dinares de plata que le fueron entregados por el jeque Zādah, de Damasco. Ya narramos, en la primera Parte de estos viajes, los asombrosos hechos de Ma'ūd ad-Dīn y volveremos a hablar de ellos más adelante.

El regalo que hizo a Burhān ad-Dīn aṣ-Ṣāgarī

Era Burhān ad-Dīn un imán y predicador de reconocido altruismo: en tal manera prodigaba sus bienes que a menudo contraía deudas para poder ayudar a los demás. Cuando esto llegó a oídos del sultán, le envió cuarenta mil dinares rogándole que viniese a la corte. El imán aceptó el dinero, con el que saldó sus deudas, pero encaminóse a la región de Jiṭā [norte de China] en lugar de acudir a Delhi alegando: «No iré de ningún modo a la corte de un sultán ante el cual los sabios deben permanecer de pie».

Del presente que ofreció a Ḥāyī Kāwun y la historia de éste

Era Ḥāyī Kāwun primo hermano del sultán Abū Sa'īd, rey del Iraq, siendo su hermano Mūsà rey de una pequeña parte de este país. Ḥāyī Kāwun fue a visitar, en nombre del sultán iraquí, al soberano de la India, el cual le hospedó en su morada haciéndole magníficos regalos. Tuve ocasión de verle un día en que el visir Jawāyā Ŷihān llevaba un presente para el sultán, compuesto, entre otras cosas, de tres bandejas llenas la una de jacintos, la otra de esmeraldas y la tercera de perlas. Ḥāyī Kāwun, que asistía al acto, recibió del monarca una parte considerable de este presente, además de las enormes riquezas con que más tarde le obsequió.

Partió después en dirección al Iraq, encontrándose, a su llegada, con la sorpresa de que su hermano Mūsà había muerto y que el *jān* Sulaymān reinaba en su lugar. Reclamó el derecho de sucesión de su hermano y, proclamándose rey, como tal le reconocieron las tropas. Se dirigió entonces al país de Fārs, haciendo un alto en la ciudad de Šawankāra, donde se hallaba el imán 'Adud ad-Dīn, del que ya hablamos

antes.

Una vez que hubo acampado en las afueras transcurrió una hora hasta que los jeques de la ciudad se presentaron ante él. Cuando llegaron les dijo Kāwun: «¿Qué es lo que os ha impedido venir más aprisa a rendirme homenaje?». Se excusaron ante él, pero no aceptó disculpa alguna y mandó en turco a sus soldados que desenvainaran las espadas. Estos, obedeciéndole, decapitaron a los jeques, que constituían un numeroso grupo. Los emires que vivían en las proximidades de esta ciudad, enterados del suceso, se indignaron y escribieron a Šams ad-Dīn aṣ-Šimnānī, emir y alfaquí principal, para notificarle lo acontecido con las gentes de Sawankāra e implorarle su ayuda para combatir a Kāwun. Šams ad-Dīn salió al frente de sus tropas. Unidos todos los habitantes de la ciudad y deseosos de vengar la muerte de los jeques ordenada por Ḥāyī Kāwun, atacaron a su ejército durante la noche y lo hicieron huir. Kāwun estaba en el alcázar de la ciudad, que pronto fue rodeado. Se ocultó entonces en el cuarto de las abluciones, pero fue descubierto y decapitado. La cabeza le fue enviada a Sulaymān Jān y los miembros esparcidos por el país como desquite ejemplar.

Llegada del hijo del califa ante el sultán de la India y de cómo fue recibido

El emir Giyāṭ ad-Dīn M. b. ‘Abd al-Qāhir b. Yūsuf b. ‘Abd al-‘Azīz, descendiente del califa al-Mustanṣir bi-llāh al-‘Abbāsī al-Baghdādī, había ido a reunirse con el sultán ‘Alā’ ad-Dīn Ṭarmašīrīn, rey de Mā warā’ an-Nahr [Transoxiana]. Este le honró y dióle como regalo una zagüía construida sobre la tumba de Qutam b. al-‘Abbās, en la que residió Giyāṭ ad-Dīn durante varios años. Más tarde oyó hablar del afecto que el sultán de la India sentía por la casa de ‘Abbās y de su insistencia en reconocer sus derechos y, decidiendo visitarle, le mandó antes dos mensajeros: uno de ellos su antiguo amigo M. b. Abū š-Šarafī al-Ḥarbāwī, el otro M. al-Hamadānī aṣ-Šūfī. Ambos se presentaron ante el sultán.

Héte aquí que Nāṣir ad-Dīn at-Tarmaḍī, del que ya hemos hablado, se había encontrado en Bagdad con Giyāṭ ad-Dīn, certificándole los habitantes de esta ciudad la autenticidad de la genealogía atribuida al hijo del califa. Nāṣir ad-Dīn dio cuenta de tal testimonio a M. Šāh. Cuando los dos emisarios llegaron, el sultán les entregó cinco mil dinares confiándoles además la suma de otros treinta mil destinados a Giyāṭ ad-Dīn para sus gastos de viaje hasta Delhi. A esto añadió una carta de su puño y letra en la que le homenajeara y rogaba que viniese a la India, cosa que hizo el hijo del califa en cuanto recibió el escrito.

Cuando Giyāṭ ad-Dīn llegó al Sind, los mensajeros se lo comunicaron al sultán que envió a personas encargadas de recibirle según su costumbre. Al llegar a Sarsatī, el sultán mandó a su encuentro a Šadr al-Yihān, cadí supremo, por verdadero nombre Kamāl ad-Dīn al-Gaznawī, así como a gran número de alfaquíes; más tarde envió a

sus emires con el mismo objeto y, cuando Giyāṭ ad-Dīn acampó en Mas‘ūd Ābād, extramuros de la capital, salió personalmente a recibirle. Giyāṭ ad-Dīn puso pie en tierra y el sultán descabalgó también; el primero se inclinó profundamente y el sultán le devolvió al punto la reverencia. Giyāṭ ad-Dīn traía consigo un presente en el que se incluían algunos trajes; el sultán tomó uno de ellos y, echandoselo por los hombros, hizo el mismo saludo que la gente le hace a él. Trajeron los caballos, el sultán cogió uno de ellos de las riendas y dirigiéndose a Giyāṭ ad-Dīn le invitó a subir, sujetándole él mismo el estribo. Después montó a caballo y cabalgó junto a Giyāṭ ad-Dīn, cubiertos ambos por un solo quitasol. Tomó el sultán algunas hojas de betel y se las ofreció al abbasí, mostrándole así su más grande consideración ya que esto no lo hacía con nadie, y dijo: «Si no hubiese ya prestado juramento al califa Abū-l-‘Abbās, te lo prestaría a ti». Respondió Giyāṭ ad-Dīn: «También yo he hecho el mismo juramento». Y añadió: «El Enviado de Dios ha dicho: *“aquel que vivifica una tierra desierta e inculta, será su dueño”*. Y tú eres quien nos ha dado la vida»^[355]. El sultán le agradeció cortésmente sus palabras y cuando llegaron a la tienda preparada para el monarca, éste le alojó en ella, disponiendo que montasen otra para él. Pasaron la noche en aquel lugar.

Al día siguiente hicieron su entrada en la capital del reino y se detuvieron en la ciudad de Sīrī, también conocida como «*Mansión del Califato*», siendo alojado Giyāṭ ad-Dīn en el alcázar edificado por ‘Alā’ ad-Dīn al-Jalī y su hijo Quṭb ad-Dīn. El sultán ordenó a los emires que le acompañaran. En el castillo, los utensilios de oro y plata necesarios para el huésped estaban ya preparados, siendo digna de mención entre ellos una bañera de oro. El sultán puso a disposición de Giyāṭ ad-Dīn cuatrocientos mil dinares para las abluciones de la cabeza, según costumbre, y un gran número de muchachos, criados y esclavas, siéndole asignada para el gasto diario la suma de trescientos dinares. También le fueron enviadas cierta cantidad de mesas provistas de alimentos procedentes de la despensa privada.

M. Šāh le entregó como feudo la ciudad de Sīrī con todas sus casas, así como las huertas y tierras comunales contiguas: aún añadió cien pueblos más, cediéndole el gobierno de la comarca lindante con Delhi por el lado de levante. Le regaló treinta mulas con sus sillas doradas, encargando que el forraje fuese a cuenta del erario. Le concedió el privilegio de no desmontar para entrar en palacio, a no ser en cierto lugar reservado donde nadie, excepto el sultán, puede meterse a caballo, encomendando, en fin, a todos, grandes y pequeños, rendir homenaje a Giyāṭ ad-Dīn como si de su persona se tratase. Cuando Giyāṭ ad-Dīn se presentaba ante el sultán, éste descendía de su trono y si estaba sentado en un sillón se levantaba. Tras saludarse se sentaban sobre la misma alcatifa. Sí Giyāṭ ad-Dīn se levantaba, el sultán hacía otro tanto, intercambiándose saludos y si deseaba retirarse fuera de la sala de audiencia, colocaban una alfombra en la que se sentaba. Permanecía allí el tiempo que quería y después se marchaba: esto solía hacerlo dos veces al día.

Anécdota sobre la estima que le profesaba el sultán

Encontrándose en Delhi el hijo del califa, llegó el visir de Bengala. El sultán ordenó a los emires principales que fuesen a su encuentro y luego salió él mismo, recibéndole con grandes honores. En la ciudad se instalaron varios pabellones, como se hace cuando llega el monarca.

El hijo del califa, alfaquíes, cadíes y notables de la ciudad fueron también a recibir al visir. Cuando regresaron al palacio del sultán, éste le dijo: «Ve a la casa de Majdūm Zādah», que así se llamaba al hijo del califa y que significa «el hijo del señor». El visir se dirigió pues, al palacio de Giyāṭ ad-Dīn llevándole como presente dos mil *tankas* de oro y muchos trajes, yendo acompañado del emir Qabūla y otros emires principales. Yo también me encontraba allí.

Otra anécdota similar

Llegó a la corte del sultán el rey de Gazna, Bahrām, que mantenía con el hijo del califa una antigua enemistad. El soberano ordenó alojarle en una de las casas de la ciudad de Sīrī, que él había donado a Giyāṭ ad-Dīn, y que se le construyese una residencia en esta ciudad. Cuando el hijo del califa supo esto montó en cólera y, dirigiéndose al palacio del sultán, se sentó sobre el tapiz que habitualmente ocupaba, mandó buscar al visir y le espetó lo siguiente: «Saluda de mi parte al señor del mundo y dile que todo lo que me ha dado se halla en mi morada; que no he dispuesto de ello sino, por el contrario, lo he aumentado y acrecido. Y que no permaneceré aquí por más tiempo». Dicho esto, se levantó y se fue. Preguntó el visir a uno de los que le acompañaban el motivo de estas palabras y supo que eran a causa de la orden del sultán de construir un palacio en Sīrī para el rey de Gazna.

Buscó entonces el visir al monarca y le enteró de lo acaecido. Este, sin perder un instante, montó a caballo y, acompañado por diez de sus hombres, se dirigió a la casa del hijo del califa; pidió licencia para entrar, descabalgó fuera del palacio, allí donde se apea el común de las gentes, y, yendo hacia Giyāṭ, le presentó sus excusas. Este las aceptó, pero no quedando tranquilo el sultán, le dijo: « ¡Por Dios!, que no sabré que estás satisfecho de mí hasta que hayas puesto tu pie sobre mi cuello». Giyāṭ le respondió: «No haría tal cosa aunque me matasen». A lo que replicó el sultán: «Juro por mi cabeza que es absolutamente preciso que lo hagas» y puso la cabeza en el suelo. El gran rey Qabūla cogió el pie del hijo del califa y se lo puso en el cuello al monarca, que se levantó entonces y dijo: «Ahora sé que estás satisfecho de mí y siento aliviado el corazón». He aquí una historia singular: no se conoce nada igual de ningún otro rey.

Me hallaba un día de fiesta en compañía de Giyāṭ ad-Dīn, cuando el gran rey Qabūla le llevó, de parte del sultán, tres amplios vestidos de ceremonia. En lugar de

los lazos de pasamanería de seda que sirven para abrocharlos, se habían puesto botones de perlas del tamaño de avellanas grandes. Qabūla esperó en la puerta del palacio la salida del hijo del califa y le revistió con ellos. Los dones que recibió este personaje del sultán de la India no pueden ser contados ni precisados con justeza. A pesar de esto, el hijo del califa es la más avara de las criaturas de Dios. Sé de él, a este respecto, cosas asombrosas que maravillarán a quien las escuche. Podría decirse que ocupa entre los avaros el rango que corresponde al sultán entre los generosos. Vamos a narrar, pues, algunas de ellas.

Anécdotas acerca de la avaricia del hijo del califa

Manteníamos el hijo del califa y yo relaciones amistosas: iba con frecuencia a su casa y al partir de viaje le dejé incluso a uno de mis hijos, llamado Aḥmad. Ahora no sé qué habrá sido ni del uno ni del otro.

Un día le dije: « ¿Por qué comes solo y no reúnes a tus compañeros para el almuerzo?» «No puedo aguantar el verlos tan numerosos y comiendo todos de mi pan», me respondió. Así pues, comía en soledad, daba a su amigo M. b. Abū š-Šarafī una parte de los alimentos para que los distribuyese y se quedaba con el resto.

Cuantas veces fui a visitarle pude observar cómo el vestíbulo del palacio estaba siempre a oscuras, sin lámpara alguna que lo alumbrase. Le vi con frecuencia en su jardín recogiendo ramitas para quemar, con las cuales había llenado ya varias trojes. Al comentarle yo algo sobre esto, me respondió: «Son necesarias». Empleaba a sus compañeros, mamelucos y jóvenes esclavos en los trabajos del jardín y sus edificios, diciendo: «No estaría satisfecho viéndoles comer de mi mesa sin hacer nada a cambio».

En una ocasión tuve una deuda cuyo pago se me exigía y me dijo, al cabo del tiempo: «Juro por Dios que tenía intención de saldar tu deuda, pero mi alma no me lo permitió ni me animó a ello».

Un día me contó lo siguiente: «Salí de Bagdad en compañía de otros tres hombres —uno de ellos su amigo M. b. Abū l-Šarafī—, a pie y sin provisiones. Nos detuvimos junto a una fuente de un pueblo, encontrando uno de nosotros en ella un *dirham*. « ¿Qué podríamos hacer con esta pequeña moneda?», nos preguntamos. Decidiendo comprar pan con ella, enviamos a uno de los cuatro con este cometido. Mas he aquí que el panadero de la aldea rehusó venderle solamente pan: quería despacharle pan por valor de un *qīrāt* y paja por la misma suma. Compró pues el pan y la paja; ésta tuvimos que tirarla, puesto que no teníamos acémila que la comiera, y nos repartimos el pan a bocados. ¡Y mira en qué situación afortunada me encuentro ahora!». Le dije: «Has de agradecer a Dios los bienes que te ha concedido, honrar a faquires y pobres y dar limosna». Me respondió: «Eso me es del todo imposible». Nunca le vi comportarse generosamente ni hacer bien alguno. ¡Que Dios nos libre de la avaricia!

A mi regreso de la India, me encontraba un día en Bagdad sentado a la puerta de la *madrasa* llamada al-Mustanşiriyya, fundada por el antepasado de Giyāṭ ad-Dīn, al-Mustanşir, Príncipe de los Creyentes, cuando vi a un joven enteco correr en pos de un hombre que salía de la dicha escuela. Uno de los estudiantes me explicó que se trataba del hijo del emir M. Giyāṭ ad-Dīn, descendiente del califa al-Mustanşir, que se hallaba en la India. Le llamé y le dije: «Acabo de llegar de la India y puedo darte noticias de tu padre». «He recibido noticias tuyas estos días», me contestó. Y siguió corriendo tras de aquel hombre. Pregunté quién era éste y me dijeron que el veedor de los habices, que el joven era imán de una de las mezquitas, que recibía por ello el pago de un solo *dirham* diario; y que reclamaba a este hombre su sueldo. Mi sorpresa fue enorme. ¡En el nombre de Dios! Si su padre le hubiera enviado una sola de las perlas que adornan las ropas de honor que recibió del sultán de la India, el muchacho hubiese salido de apuros. ¡Que Dios nos proteja de una cosa parecida!

De lo que el emir de los beduinos de Siria, Sayf ad-Dīn Gadā b. Hibat Allāh b. Muhannā, recibió del sultán

Cuando este emir llegó ante el sultán se le hizo un buen recibimiento, alojándosele en el palacio del sultán Ŷalāl ad-Dīn, en la ciudad de Delhi, llamado Kuşk La'ī, que significa «*alcázar rojo*». Se trata de un gran castillo, con una amplia sala de audiencia y un vestíbulo inmenso. Junto a la puerta puede verse una gran cúpula que domina la sala de audiencia y una segunda sala por la que se entra en el palacio y en la que solía sentarse el sultán Ŷalāl ad-Dīn para ver jugar a la pelota. Visité este alcázar con motivo de la llegada de Sayf ad-Dīn y lo encontré repleto de muebles, camas, tapices y otros enseres. Todo roto e inservible. Hay que aclarar que a la muerte del sultán es costumbre, en la India, dejar su castillo con todo lo que contiene y no tocarlo: su sucesor edifica otro palacio para él. Lo recorrí de arriba abajo y subí a la parte más alta. Fue una experiencia tal que hizo correr mis lágrimas. Me acompañaba el alfaquí, médico y literato Ŷalāl ad-Dīn al-Magribī, oriundo de Granada, nacido en Bugía y afincado en la India, a donde había llegado con su padre y en la que nacieron sus hijos. Ante semejante visión, me recitó estos versos [*jafīf*]

*Pregunta a la tierra por sus señores,
pues los magnates se convirtieron en huesos.*

En este alcázar se celebró el banquete de bodas de Sayf ad-Dīn, como ahora contaremos. El sultán de la India sentía gran afecto por los árabes, les honraba y reconocía sus virtudes. Cuando recibió la visita de este emir, le colmó de regalos y favores. En una ocasión, habiendo recibido un presente del gran rey al-Bāyazīdī, de la

región de Mānikpūr, el sultán le dio a Sayf ad-Dīn once alfaraces de raza, y en otra, diez caballos con sus sillas y bridas doradas; le casó además con su propia hermana, Firūz Junda.

Relato de la boda de Sayf ad-Dīn con la hermana del sultán

Cuando el sultán ordenó que se celebrasen las bodas de su hermana con el emir Gadā, designó para dirigir la provisión y arreglo del festín al rey Faṭḥ Allāh, conocido por Šawnawīs. A mí se me confió el cuidado del emir Gadā, al que debía acompañar durante los días del casamiento. El rey Faṭḥ Allāh hizo instalar grandes tiendas para sombrear las dos salas de audiencia del Alcázar Rojo antes descrito. En ambas se alzaron pabellones amplísimos con el suelo cubierto de bellos tapices. Šams ad-Dīn at-Tabrīzī, jefe de los músicos, llegó acompañado de cantores de ambos sexos y danzarinas: todas las mujeres eran esclavas del sultán. Llegaron también cocineros, panaderos, asadores, pasteleros, coperos y encargados del betel. Se sacrificaron animales y aves y se dio de comer al pueblo durante quince días. Los emires principales y personajes extranjeros estuvieron presentes noche y día.

Dos noches antes de que tuviese lugar la ceremonia de llevar a la novia en cortejo nupcial, las princesas se trasladaron al alcázar desde el palacio del sultán. Tras engalanarlo y cubrirlo de hermosas alfombras hicieron venir al emir Sayf ad-Dīn, árabe, extranjero y sin parientes; le rodearon e hicieron sentar sobre un cojín destinado para él. El sultán había encomendado a su madrastra, la madre de su hermano Mubārak Jān, que tomase el lugar de la madre del emir Gadā; que otra de las *jātūn* ocupase el de su hermana; que una tercera ocupase el de su tía paterna y una cuarta el de la materna, de modo que creyera encontrarse entre su familia. Una vez que hubieron sentado al emir en su cojín, varias de ellas le tiñeron las palmas de las manos y los pies con alheña, mientras los demás cantaban y bailaban delante de él. Retiráronse luego al palacio de la desposada, dejando al emir con sus amigos íntimos.

El sultán designó un grupo de emires para formar la compañía del novio y otro para la novia. Es costumbre, en la India, que aquellos que componen la comitiva de la mujer se sitúen en la puerta de la habitación donde deberá consumarse el matrimonio. El esposo llega con sus compañeros, pero éstos no entran a no ser que obtengan la victoria sobre los otros. En el caso de que no sea así, se ven obligados a entregar al cortejo de la desposada varios miles de dinares.

Al atardecer llevaron al emir Gadā una túnica de brocado azul, recamada de pedrería y perlas en tal cantidad que no se veía el color de la seda. Entregáronle también un casquete acorde con la túnica: no he visto jamás ropas tan bellas. Las vestiduras de ceremonia que dio el sultán a sus otros cuñados, tales como el hijo del rey de reyes ‘Imād ad-Dīn aṣ-Šimnānī, el hijo del rey de los ulemas, el hijo del jeque del Islam, el hijo de Šadr Ŷihān al-Bujārī, no podían compararse a las de Gadā.

Sayf ad-Dīn, el emir, montó a caballo con sus compañeros y esclavos, llevando todos unos bastones reservados para tal ocasión. Habían trenzado una especie de guirnalda de jazmines, rosas almizcleñas y flores de *raybūl*, de la que pendía un velo capaz de cubrir la cara y el pecho de quien la ciñera. Se la llevaron al emir para coronarle de esta guisa, pero rehusó, ya que un árabe del desierto desconoce las costumbres cortesanas y urbanas. Tanto le rogué e insistí que finalmente la puso sobre su cabeza; se dirigió entonces a Bāb aş-Şarf [*Puerta de la Entrega*], también llamada Bāb al-Haram [*Puerta de las Mujeres o del Harén*], lugar donde se encontraba el acompañamiento de la desposada, y cargó contra ellos al modo árabe, seguido de los suyos, derribando a todos los que se le opusieron y derrotándoles, al no poder resistir los del cortejo de la novia una tal acometida. Cuando el sultán lo supo quedó muy complacido.

El emir Gadā entró en la sala de audiencia, donde se encontraba ya la novia sentada sobre un alto estrado adornado con brocados y piedras preciosas engastadas. Todo el salón estaba repleto de mujeres; las cantoras habían traído diversos instrumentos musicales y todas ellas permanecían de pie por respeto y consideración al novio. Este entró a caballo y, dirigiéndose hacia el estrado, desmontó allí e hizo una reverencia junto al primer peldaño. Levantóse la desposada y esperó a que el novio subiera hasta ella para ofrecerle el betel. Él lo tomó y se sentó un peldaño por debajo de ella; se echaron monedas de oro delante de los compañeros de Gadā que se hallaban allí, siendo recogidas a la rebatiña por las mujeres. En aquel momento comenzaron a cantar las cantoras y sonaron desde la puerta atabales, albogues y añafiles. El emir se levantó, tomó la mano de su esposa, descendió con ella y, montando en su corcel, cabalgó sobre alfombras y esteras. Arrojaron dinares sobre él y los suyos y llevaron a la recién casada en un palanquín sostenido por esclavos hasta el alcázar del emir. Las *jātūn* la precedían a caballo y las otras damas a pie. Cuando el cortejo pasaba delante de la casa de un emir u otro personaje principal, éste salía a recibirlo repartiendo entre el gentío piezas de oro y plata a su gusto. Así, hasta la llegada de la novia al Alcázar Rojo.

Al día siguiente, la esposa envió a todos los compañeros de su marido ropas, dinares y *dirhams*. El sultán les dio a cada uno un caballo con sus bridas y silla, así como una bolsa llena de dinero: desde doscientos a mil dinares. El rey Faṭḥ Allāh obsequió a las *jātūn* con vestidos de seda de diversas clases y bolsas de dinero; lo mismo hizo con músicos y bailarinas, ya que es costumbre en la India que esta gente sea sólo retribuida por el que dirige el casamiento.

Una vez acabada, ese mismo día, la comida ofrecida al pueblo, la boda terminó. El sultán ordenó que se le diesen al emir Gadā las comarcas de Mālawa, Ŷuzarāt, Kinbāya y Nahruwāla, siendo designado el ya mentado Faṭḥ Allāh como su lugarteniente en el gobierno. Honró excesivamente a su cuñado, pues era Gadā un beduino grosero que no sabía apreciar todas estas distinciones: la rudeza de las gentes del desierto era su rasgo dominante, por lo que cayó en desgracia veinte días después

de su matrimonio.

Sobre el encarcelamiento del emir Gadā

Veinte días después de las bodas, sucedió que Gadā quiso entrar en el palacio del sultán, cosa que le fue impedida por el jefe de los *pardedār* o ujieres principales. Desatendiendo la prohibición quiso introducirse en el palacio por la fuerza; entonces, el ujier, asiéndole por la *dabbūqa*, o sea, la trenza, le empujó hacia atrás. El emir, a su vez, le golpeó con un bastón que había allí hasta el punto de hacerle sangrar. Este personaje golpeado por Gadā era uno de los emires principales; su padre era el llamado «cadí de Gazna», descendiente del sultán Maḥmūd b. Sabuktakīn y el soberano de la India se dirigía a él llamándole «padre mío»; y a su hijo —del cual estamos hablando— le llamaba «hermano». Este se presentó, con las ropas ensangrentadas, ante el sultán y le informó del comportamiento del emir Gadā. El monarca, reflexionando un instante, dijo: «El cadí fallará vuestro pleito. La falta cometida por Sayf ad-Dīn es algo que el sultán no puede perdonar a ninguno de sus súbditos y que merece la muerte; sin embargo, seré tolerante por su condición de extranjero». Se hallaba presente en la sala de audiencia el cadí Kamāl ad-Dīn y el sultán dio orden al rey Tatar de que ambos contendientes fuesen llevados ante él. Tatar había hecho la peregrinación a La Meca, donde permaneció algún tiempo, por lo que hablaba bien el árabe. Ya en presencia del juez dijo, dirigiéndose al emir Gadā: «¿Golpeaste al visir o no?» Su intención era sugerirle un argumento de defensa, pero Sayf ad-Dīn era un vulgar ignorante y respondió: «Sí, yo le golpeé». El padre del agredido se presentó y quiso arreglar el asunto entre los dos, pero Sayf ad-Dīn no se prestó a ello. El cadí ordenó, pues, que fuese encarcelado esa misma noche. ¡Por Dios, que su esposa no le mandó ni una alfombra para que durmiese, ni preguntó por él por temor al sultán! Sus compañeros también tuvieron miedo y pusieron a buen recaudo sus bienes.

Quise ir a visitarle a la cárcel pero encontré a un emir que me dijo, al enterarse de mi propósito: «¿Tan pronto has olvidado?» Y recordó lo que me sucedió a causa de una visita que hice al jeque Šihāb ad-Dīn, hijo del jeque al-Ŷām, motivo por el cual quiso matarme el sultán. Más tarde hablaremos de ello. Volví pues sobre mis pasos y desistí de visitarle. Fue libertado al mediodía siguiente, mas el sultán le dejó en el mayor abandono, le retiró el valiato que le había confiado y estuvo a punto de desterrarle.

Tenía el sultán un cuñado llamado Mugīt, hijo del *rey de reyes*. La hermana del sultán se quejó de él hasta el mismo día en que murió: las esclavas aseguraron que su muerte se debió a los malos tratos que le daba su marido. El origen de este Mugīt era hartamente sospechoso, por lo que el sultán escribió de su puño y letra lo siguiente: «Que echen del país al expósito», haciendo alusión a su cuñado, y añadió: «Que expulsen

también a Mūš Juwār» (que quiere decir «el comedor de ratas»), refiriéndose al emir Gadā, ya que los beduinos comen jerbos o ratas de campo. Mandó, pues, desterrar a ambos.

Los oficiales se dispusieron a cumplir la orden, pidiendo entonces Gadā que le dejaran pasar a su casa para despedirse de su mujer. Los oficiales entraron a buscarle y salió llorando. En aquel mismo instante me dirigí al palacio del sultán, pasando allí la noche. Uno de los emires me preguntó qué quería y le respondí que era mi intención hablar en favor del emir Sayf ad-Dīn a fin de que se retirara la orden de destierro y no fuese expulsado. Habiéndome contestado que era imposible, le repliqué: «Por Dios, que no abandonaré el palacio aunque deba permanecer en él cien noches hasta que Sayf ad-Dīn sea perdonado». El sultán, informado de mi decisión, le mandó llamar y le puso al servicio del emir conocido por Malik Qabūla al-Lāhūrī. Permaneció durante cuatro años a sus órdenes, cabalgando y viajando con él. Acabó así por civilizarse y pulir sus maneras, en vista de lo cual le repuso el sultán en sus anteriores cargos, dióle en feudo varias comarcas, le nombró almocadén de un cuerpo de ejército y le confirió mayores poderes.

Relato de las bodas que celebró el sultán entre las dos hijas de su visir y los dos hijos de Judāwand Zādah Qiwām ad-Dīn, que llegó con nosotros a la corte del soberano de la India

A la llegada de Judāwand Zādah, el sultán le hizo numerosos regalos, le colmó de favores y le honró en sumo grado. Más tarde, casó a sus dos hijos con sendas hijas del visir Jawāyha Ŷihān, que se encontraba ausente por entonces. El sultán fue por la noche a la casa de su visir para asistir al contrato matrimonial en sustitución de éste, permaneciendo de pie hasta que el gran cadí hubo leído el acidaque. Cadíes, emires y jeques estaban sentados. El sultán tomó las telas y las bolsas del dinero, colocándolas ante el cadí y los dos hijos de Judāwand Zādah. Se levantaron entonces los emires para impedir que el soberano cargase con tales cosas en su presencia, pero les ordenó que permanecieran sentados; encargó a uno de los emires principales que le reemplazase y se retiró.

Una anécdota acerca de la modestia y equidad del sultán

Uno de los grandes de la India acusó a M. Šāh de haber mandado matar a su hermano sin causa justificada, por lo que le citó ante el cadí. El sultán se dirigió desarmado y a pie al tribunal; saludó e hizo la venia. Había prevenido con anterioridad al cadí que no se levantase ni se moviera de su sitio cuando él entrase en

la sala de audiencias. Así pues, subió al estrado y se mantuvo en pie ante el juez. Este dictaminó que el soberano debía satisfacer a la parte contraria por la sangre de su hermano, siendo ejecutada la sentencia.

Una historia análoga a la anterior

Cierta vez un musulmán pretendió que el sultán tenía una deuda con él. Llevado el pleito ante el juez, éste pronunció sentencia por la cual el sultán debía pagar la suma de dinero y la Pagó como se le ordenaba.

Otra anécdota parecida

El hijo de un *rey* acusó al sultán de haberle golpeado sin motivo y le citó ante el cadí. Este decidió que el soberano tenía la obligación de indemnizar con dinero al demandante o, si no, se le aplicaría la ley del Talión. Vi entonces cómo el sultán, al regresar de la audiencia, mandó llamar al muchacho y le dijo, dándole un bastón: «Aquí tienes mi cabeza, golpéame como yo hice contigo». El muchacho cogió el bastón y propinó veintiún golpes al monarca hasta que el bonete le voló de la cabeza.

Celo del sultán en el cumplimiento de la oración.

Era el sultán muy estricto en lo referente a la oración: ordenaba que se celebrase comunitariamente en las aljamas y castigaba, severamente a aquellos que descuidaban la asistencia. Mandó matar, en un solo día, por este motivo a nueve individuos, uno de los cuales era cantor. Tenía agentes encargados de ir a los zocos y castigar a quienes se encontrasen allí en el momento de la oración, llegando incluso a imponer sanción a los *satā'iriyyūn* cuando éstos no acudían. Los *satā'iriyyūn* son los encargados de las acémilas que dejan los criados a la puerta de la sala de audiencia.

El soberano ordenó que se exigiese al pueblo el conocimiento de los preceptos relativos a las abluciones rituales, la oración y los fundamentos del Islam. Interrogados acerca de dichas obligaciones, eran castigados aquellos que demostraban ignorancia. La gente no sólo estudiaba estas cosas en la sala de audiencia y en los zocos, sino que debía, además, copiarlas.

De su severidad en la ejecución de las ordenanzas de la ley

Era el sultán muy riguroso en la observancia de la justicia. Entre las cosas que hizo a este respecto es digna de señalar la siguiente: encargó a su hermano Mubārak Jān que presidiese las audiencias, acompañado del gran cadí Kamāl ad-Dīn, bajo una cúpula adornada con tapices y alcatifas. El juez se sentaba en un estrado cubierto de almohadones, como el del sultán, y el hermano de éste se situaba a la derecha del cadí. Cuando sucedía que uno de los emires principales tenía una deuda y rehusaba pagar al acreedor, los agentes del hermano del sultán le conducían ante el cadí, el cual le obligaba a obrar con justicia.

Sobre la supresión de los impuestos y otros entuertos, ordenada por el sultán, y la sesión en que se hacía justicia a los oprimidos

En el año cuarenta y uno [741 H. = 1340-1341 d. J. C.], el sultán ordenó suprimir las tasas de fielato en todo el país, limitándose a percibir del pueblo el azaque y el tributo del diezmo.

Todos los lunes y jueves se sentaba en una plaza situada delante de la sala de audiencia para considerar personalmente las injusticias que se cometían. No le acompañaban en esta ocasión más que el emir chambelán y los chambelanes privado, mayor y de honor. A nadie que tuviese una queja que hacer se le impedía o dificultaba presentarse ante el soberano. Este había designado a cuatro emires principales para que se sentaran en sendas puertas de la sala de audiencia y recogiesen las demandas de los querellantes. Uno de ellos era el hijo de su tío paterno, el rey Fīrūz. Si el emir situado en la primera puerta aceptaba la petición del demandante, bien estaba; si no, sería admitida por el de la segunda, tercera o cuarta puerta. En caso de que no fuese recibida por ninguno de ellos, el peticionario se dirigía a Şadr al-Ŷihān, cadí de los mamelucos; si tampoco este último quería acoger la demanda, el querellante podía acudir al sultán. Si el monarca comprobaba que el solicitante había presentado su petición a uno cualquiera de los encargados y que éste no había querido darla por buena, le reprendía.

Todas las súplicas que se recogían el resto de los días eran examinadas por el sultán después de la última oración de la noche.

De los alimentos que ordenó distribuir en tiempo de escasez

Cuando la sequía se abatió sobre la India y el Sind y la penuria fue tal que el *mann* de trigo costaba seis dinares, el sultán ordenó sacar de los alfolíes reales el sustento necesario para todos los habitantes de Delhi durante seis meses y que se repartiera a razón de arrelde y medio magrebí por día y persona, sin hacer distinción

alguna entre grandes o pequeños, libres o esclavos.

Alfaquíes y jueces comenzaron a confeccionar un registro de la población de cada barrio; la gente fue llamada y cada cual recibió la manutención correspondiente a medio año.

Violencias y abusos cometidos por este sultán

El sultán de la India, a pesar de lo dicho sobre su humildad, justicia, bondad para con los pobres y prodigiosa generosidad, derramaba la sangre ajena con la mayor desfachatez: era raro no encontrar algún muerto a su puerta. A menudo vi cómo mataban a algunas personas ante su palacio, abandonando allí sus cuerpos.

Iba a visitarle un día y he aquí que mi caballo se espantó, miré al suelo y vi una masa blancuzca. «¿Qué es esto?», pregunté. Uno de mis compañeros exclamó: «¡Es el tronco de un hombre, partido en tres trozos!».

El sultán castigaba las faltas pequeñas con la misma severidad que las grandes y no perdonaba ni al sabio, ni al justo, ni al noble. Día tras día eran conducidos a la sala de audiencia cientos de individuos aherrojados con grillos o cadenas en las manos y en los pies. Unos eran asesinados, otros torturados o azotados. Solía el soberano hacer venir a todos los presos diariamente, excepto los viernes, a la sala de audiencia. El viernes era para ellos un día de tregua, pues podían lavarse y descansar ¡Que Dios nos libre de la desgracia!

Del asesinato de su propio hermano perpetrado por el sultán

Tenía M. Šāh un hermano de nombre Mas‘ūd Jān, cuya madre era hija del sultán ‘Alā’ ad-Dīn. Era Mas‘ūd una de las más bellas criaturas que han visto mis ojos en este mundo. El sultán le acusó de querer alzarse contra él y sometióle a interrogatorio. Mas‘ūd confesó por temor a los tormentos, ya que a todo aquel que niega las imputaciones de esta especie hechas por el sultán se le tortura; y la gente, claro está, prefiere morir a ser torturada. El soberano hizo decapitar a su hermano en medio del zoco, permaneciendo tirado el cuerpo allí tres días, según la costumbre. La madre de Mas‘ūd había sido lapidada dos años antes en el mismo lugar, tras declararse culpable de adulterio. Kamāl ad-Dīn fue el cadí que la condenó a ser lapidada.

Sobre la muerte simultánea de trescientas cincuenta personas

El sultán había confiado a una parte del ejército, dirigida por el rey Yūsuf Bugra, la misión de combatir a los infieles hindúes en las montañas vecinas al alfoz de Delhi.

Salió pues Yūsuf con casi todas sus tropas, salvo una pequeña parte que quedó rezagada. Escribió al soberano enterándole del hecho y éste ordenó recorrer la ciudad y prender a todos los rezagados. Apresaron a trescientos cincuenta, dando orden el sultán de matarlos a todos.

Tortura y ejecución del jeque Šihāb ad-Dīn

El jeque Šihāb ad-Dīn era hijo del jeque al-Ŷām al-Jurāsānī, cuyo abuelo había dado nombre a la ciudad de Ŷām, situada en el Jurāsān, como ya dijimos. Era Šihāb ad-Dīn uno de los jeques principales más honrado y virtuoso; tenía el hábito de ayunar catorce días consecutivos. Los sultanes Quṭb ad-Dīn y Tugluq sentían por él gran veneración y le visitaban para implorar su bendición. Cuando el sultán M. alcanzó el poder quiso darle al jeque algún cargo público, pero éste rehusó la oferta. El sultán de la India gustaba rodearse de alfaquíes, jeques y hombres piadosos, arguyendo que los primeros príncipes musulmanes —¡Dios esté satisfecho de ellos!— no tomaban a su servicio más que a las personas sabias y honorables. Le instó personalmente a ello, con ocasión de una audiencia pública, pero Šihāb ad-Dīn volvió a rehusar. El sultán, encolerizado, dio orden al venerado alfaquí y jeque Ḍiyā' ad-Dīn aṣ-Šimnānī de arrancar la barba a Šihāb ad-Dīn. Ḍiyā' ad-Dīn se negó y le dijo que jamás haría tal cosa. Mandó entonces el monarca que les fueran arrancados a ambos los pelos de la barba, lo cual se hizo efectivamente.

El sultán relegó a Ḍiyā' ad-Dīn a la provincia de Tilink y más tarde le nombró cadí en Warangal, donde murió. A Šihāb ad-Dīn le desterró a Dawlat Ābād, haciéndole residir allí durante siete años; después le mandó llamar y le trató con honor y respeto, poniéndole al frente del *Dīwān al-Mustajraʿ*, es decir, el despacho encargado de obtener mediante golpes y tormentos las sumas adeudadas por los recaudadores morosos. El soberano le dio aún mayores muestras de consideración, ordenando a los emires que fuesen a rendirle homenaje a su casa y siguieran sus consejos. Nadie estaba por encima de él en el palacio del sultán.

Cuando el sultán se dirigió a su residencia situada a orillas del Ganges, donde había edificado el alcázar conocido por Sarg Duwār, que significa «semejante al paraíso», ordenado a las gentes que construyesen sus viviendas en ese lugar, el jeque Šihāb ad-Dīn solicitó de él permiso para quedarse en la capital. El sultán le autorizó a vivir en una tierra yerma, a seis millas de distancia de Delhi. Šihāb ad-Dīn excavó allí una gran caverna, en cuyo interior construyó celdas, despensas, un horno y un baño; trajo hasta este lugar el agua del río Ŷūn; cultivó la tierra y amasó una considerable fortuna con las cosechas, ya que por aquellos años hubo una gran sequía. Vivió en este lugar durante dos años y medio, el tiempo que duró la ausencia del sultán. Los

esclavos trabajaban la tierra durante el día y por la noche se metían en el algar, cerrándolo tras sí y sus rebaños por temor a los salteadores infieles que vivían en una montaña próxima, de todo punto inaccesible.

Cuando el sultán regresó a la capital, el jeque salió a recibirle, teniendo lugar el encuentro a siete millas de Delhi. El soberano le dispensó grandes honores y le abrazó al verle, regresando Šihāb ad-Dīn a su gruta. El sultán le mandó buscar algún tiempo después, mas el jeque se negó a reunirse con él. Le envió entonces a Mujlis al-Mulk an-Nadarbārī, uno de los reyes principales, el cual le habló muy hábilmente, advirtiéndole que se cuidara de la ira del sultán. El jeque respondió: «Yo no serviré jamás a un tirano». Mujlis al-Mulk regresó junto al sultán informándole de lo ocurrido y éste ordenó entonces traer al jeque. Una vez ante él, exclamó M. Šāh: «¿Eres tú quien ha dicho que soy un tirano?» «Sí, eres un tirano y tales y tales han sido tus tiranías», respondió Šihāb ad-Dīn. Y enumeró algunas, entre las cuales estaba la devastación de la ciudad de Delhi, con el traslado forzoso de todos sus habitantes. Sacó el sultán su espada y dándosela a Šadr al-Ŷihān dijo: «Reconoce que soy un tirano cortándome el cuello con este sable», a lo cual replicó Šihāb ad-Dīn: «Aquel que dé testimonio de ello será sin duda hombre muerto, pero tú eres consciente de tu despotismo». El sultán ordenó que el jeque fuese entregado al rey Nukbiya, jefe de los *dawīdāriyya* o escribanos, que le puso cuatro grillos en los pies y cadenas en las manos. Así permaneció durante catorce días, sin comer ni beber. Todos los días era conducido a la sala de audiencia y los alfaquies y jeques allí reunidos le conminaban a retractarse de lo dicho. «No me desdiré, deseo estar incluido en el coro de los mártires», replicaba Šihāb ad-Dīn. Al decimocuarto día, el sultán le envió alimentos por medio de Mujlis al-Mulk; el cautivo los rechazó diciendo: «Mis bienes no son ya de esta tierra, regresa junto a él con tus alimentos». El sultán, habiendo sido enterado de estas palabras, ordenó inmediatamente que hiciesen tragar al jeque cinco *istār* de excrementos, que corresponden a dos arrelles y medio magrebies. Los individuos encargados de estos menesteres, que son todos ellos hindúes infieles, cogieron la mierda, la disolvieron en agua, tumbaron panza arriba al jeque, le abrieron la boca con unas tenazas y se la hicieron beber. Al día siguiente le llevaron a la casa del cadí Šadr al-Ŷihān, donde se reunieron los alfaquies, jeques y extranjeros principales para rogarle y pedirle que desistiese de sus afirmaciones. Él se negó una vez más y fue decapitado ¡Que Dios se apiade de él!

De las muertes del alfaquí y maestro ‘Afif ad-Dīn al-Kāsānī y otros dos faquies

En los años de la sequía, el sultán había ordenado que se excavasen pozos en las afueras de la capital y sembrasen cereales en torno a ellos. Proveyó a las gentes de grano, así como del dinero necesario para la siembra, a condición de que la cosecha

fuese a parar al erario, lo cual llegó a oídos del alfaquí ‘Afif ad-Dīn, que dijo: «De esta sementera no se obtendrá lo que se desea». Denunciado ante el sultán, éste ordenó encarcelarle y le dijo: « ¿Por qué te entrometes en los asuntos de Estado?» Poco después le puso en libertad, regresando a su casa el alfaquí. Por el camino se encontró con otros dos faquíes amigos suyos, que exclamaron: «*¡Que Dios sea alabado por tu liberación!*». A lo que respondió: «*Loemos a Dios que nos ha salvado de las manos de los malvados*» [Corán, XXIII, 29]. Siguieron cada uno su camino, mas aún no habían llegado a sus casas y ya estaba el sultán al corriente de sus palabras. Conducidos a su presencia, ordenó: «Salid con ‘Afif ad-Dīn y cortadle el cuello al modo del tahalí —se corta la cabeza al tiempo que un brazo y parte del pecho— y degollad también a los otros dos». Estos dijeron al soberano: «‘Afif ad-Dīn merece ser castigado a causa de sus palabras, pero a nosotros, ¿por qué crimen nos haces morir?». Respondió el sultán: «Habéis escuchado sus palabras sin desaprobarlas, así pues es como si estuviéseis de su parte». Los tres fueron ajusticiados. ¡Que el Altísimo se apiade de ellos!

De cómo ordenó matar también a dos alfaquíes del Sind que estaban a su servicio

El sultán encomendó a estos dos alfaquíes del Sind que se dirigiesen a cierta provincia, acompañados de un emir designado por él, y les dijo: «Pongo en vuestras manos los asuntos de esta comarca y de sus súbditos; este emir os acompañará y seguirá en todo vuestras órdenes». Ellos respondieron: «Sería preferible ser sólo testigos de sus actos y mostrarle el camino de la justicia, a fin de que lo siga». Dijo entonces el sultán: «Entendido: lo que pretendéis es comer a mi costa, dilapidar mis bienes y atribuírselo a este turco, que es un iletrado». Replicaron los alfaquíes: « ¡Que Dios nos guarde, oh señor del mundo! No buscamos tal cosa». «No tenéis otro pensamiento», insistió el sultán. Y ordenó que fueran conducidos ante el jeque Zādah an-Nahāwandī, encargado de los suplicios. Ya ante su presencia, éste les dijo: «El sultán quiere daros muerte, confesad pues de lo que se os acusa y no hagáis que se os torture». «Por Dios, que nunca hemos perseguido sino lo que hemos manifestado», respondieron. Zādah ordenó a sus esbirros: «Hacedles probar algo», refiriéndose a las torturas. Así pues les tumbaron de espaldas y les pusieron en el pecho una placa de hierro al rojo, que al ser retirada les dejó en carne viva. Aplicaron después orina y cenizas sobre las heridas, confesando entonces las víctimas que su propósito era aquel que el sultán había señalado; que eran dos criminales merecedores de la muerte y que no tenían derecho alguno ni reclamación que hacer por su sangre vertida, ni en este mundo ni en el otro. Pusieron todo esto por escrito y lo certificaron como suyo ante el cadí. Este lo consignó en las actas del proceso, haciendo constar que dicha confesión había tenido lugar sin violencia ni coacción, ya que si se hubieran quejado de alguna

de estas cosas habrían recibido mayores tormentos. Pensaron que más valía ser decapitados sin demora que morir tras dolorosas torturas. Así pues, fueron ajusticiados. ¡Que Dios se apiade de ellos!

De la muerte del jeque Hūd

El jeque Zādah, llamado Hūd, era nieto del piadoso y santo jeque Rukn ad-Dīn b. Bahā' ad-Dīn Abū Zakariyyā' al-Multānī, personaje que gozó del respeto del sultán, así como su hermano 'Imād ad-Dīn, que se parecía notablemente al soberano y que cayó en la batalla contra Kašlū Jān, como contaremos más adelante.

Cuando 'Imād ad-Dīn murió, el sultán entregó a su hermano Rukn ad-Dīn cien aldeas para su propia manutención y para alimentar a los peregrinos y viajeros que pasaban por su zagüía. A su muerte, el jeque Rukn ad-Dīn nombró como sucesor en la zagüía a su nieto, el jeque Hūd, oponiéndose a ello su sobrino, el hijo de Imād ad-Dīn, el cual alegaba tener más derechos que el otro a la herencia de su tío.

Presentáronse ambos en Dawlat Ābād, donde se hallaba el sultán, ciudad situada a ochenta días de camino de Multān. El soberano concedió a Hūd el puesto de jeque, según lo dispuesto por Rukn ad-Dīn en su testamento. Hūd era ya hombre maduro, mientras que el sobrino de Rukn ad-Dīn estaba aún en plena juventud. El sultán honró en gran manera al jeque Hūd, ordenando que fuera recibido como huésped allí donde parase; que todos los habitantes salieran a su encuentro en las ciudades que atravesara en su viaje hacia Multān, y que se le invitase siempre a comer.

Cuando esta orden llegó a Delhi, alfaquíes, cadíes, jeques y notables salieron al encuentro de Hūd. Yo me encontraba entre ellos. Le vimos sentado en un palanquín, llevado por varios hombres, mientras sus caballos eran conducidos por las riendas. Le saludamos, aunque yo desaprobé el hecho de que permaneciese en la litera, diciendo: «Debería montar a caballo y cabalgar junto a los cadíes y jeques que han salido a recibirle». Al oír mis palabras, Hūd montó a caballo y disculpóse alegando que no lo había hecho antes a causa de una molestia que sufría.

Hizo su entrada en la capital y se le ofreció un banquete en el que se gastó una suma considerable del tesoro del sultán y al que asistieron cadíes, jeques, alfaquíes y extranjeros ilustres. Fueron extendidos los manteles y se sirvieron los manjares según el ritual. También se repartió dinero entre los presentes, en proporción al rango: el gran cadí recibió quinientos dinares y a mí me tocaron doscientos cincuenta. Tal es la costumbre hindú en los festines reales.

Partió el jeque Hūd hacia su país en compañía del jeque Nūr ad-Dīn aš-Šīrāzī, enviado éste por el sultán como representante suyo en la ceremonia de sentarse aquél en la zagüía sobre el tapiz de rezos de su abuelo y para que dispusiera también allí un banquete a cargo del soberano. Se instaló Hūd en esta zagüía, en la que pasó algunos años.

Sucedió después que ‘Imād al-Mulk, emir del Sind, escribió al sultán informándole de que el jeque Hūd y su parentela se habían esforzado en amasar grandes riquezas que gastaban luego en satisfacer sus apetitos, no ocupándose de dar de comer a los viajeros en la zagüía. El sultán ordenó que se les reclamaran dichos bienes. Cumpliendo el mandato, ‘Imād al-Mulk encarceló a unos e hizo azotar a otros, arrebatándoles durante algún tiempo veinte mil dinares diarios, hasta acabar con todo lo que poseían. Se les encontró mucho dinero y abundantes tesoros; entre otros, por ejemplo, un par de sandalias con incrustaciones de perlas y jacintos que fueron vendidas por siete mil dinares y que se dice pertenecieron a la hija del jeque Hūd, aunque otros afirman que eran de una de sus concubinas.

Agravada de tal modo su situación, el jeque huyó con la intención de dirigirse al país de los turcos, pero fue capturado. ‘Imād al-Mulk enteró de todo ello por carta al sultán, quien ordenó que le trajesen junto con el que lo había detenido, a ambos arrestados. Cuando llegaron ante él, puso en libertad al hombre que había hecho prisionero al jeque Hūd y dijo a éste: «¿Dónde querías huir?». El jeque intentó disculparse, pero el sultán le acusó: «Querías ir junto a los turcos, decirles que eres el hijo del jeque Bahā’ ad-Dīn Zakariyyā’, que el sultán de la India te ha hecho tal y tal cosa y, a continuación, pensabas venir a combatirme con su ayuda. ¡Decapítadle!». Así se hizo. ¡Que el Altísimo se apiade de él!

Sobre el encarcelamiento de Ibn Tāy al-‘Ārifin y la condena a muerte de sus hijos

El piadoso jeque Šams ad-Dīn b. Tāy al-‘Ārifin vivía en la ciudad de Kūl [act. Aligarh], consagrado al servicio de Dios. Era hombre de gran mérito.

En una ocasión el sultán llegó a esta ciudad y le mandó llamar, pero él no quiso presentarse ante el monarca. Este se dirigió entonces personalmente a la casa del jeque, pero, ya cerca de ella, volvióse sin visitarle.

Sucedió después que el emir de una comarca se alzó contra M. Šāh y sus habitantes le prestaron juramento. El sultán fue informado de que en una reunión en casa de Šams ad-Dīn se había hablado de este emir, siendo elogiado por el jeque que incluso dijo merecía reinar. El soberano envió a un jefe militar para que le prendiera, siendo encadenado con sus hijos y con el cadí y el almotacén de Kūl, pues se había averiguado que estos dos personajes se hallaban presentes en la reunión, ya mencionada, donde el emir rebelde había recibido las alabanzas del jeque Šams ad-Dīn. El sultán mandó encarcelarles, tras haber ordenado sacar los ojos al cadí y al almotacén, que a partir de entonces salían todos los días, acompañados de un carcelero, a pedir limosna por las calles, siendo después conducidos nuevamente a prisión. En cuanto al jeque, murió en la cárcel.

Llegó a oídos del monarca que los hijos del jeque habían tenido tratos con los

hindúes infieles, así como con los rebeldes, a los que se habían unido en alianza. Muerto su padre, les sacó de la cárcel y les dijo: «No volváis a comportaros como hasta ahora». A lo que respondieron: «¿Y qué es lo que hemos hecho?» El sultán, encolerizado por estas palabras, ordenó matarles. Y así se hizo. Luego mandó llamar al cadí de Kūl y le dijo: «Dime quiénes son aquellos que piensan y actúan como estos que acaban de ser ejecutados». El cadí le dio los nombres de gran número de personas principales de la población. Al oírle, dijo el monarca: «Este hombre desea la destrucción de la ciudad. ¡Decapítadle!» Y así se hizo. ¡Que Dios se apiade de él!

De la ejecución del jeque al-Ḥaydarī

El jeque ‘Alī al-Ḥaydarī, hombre de grandes méritos y reputación y larga fama, habitaba en la ciudad costera de Kinbāya [Cambay]. Los mercaderes que atravesaban el mar le hacían numerosas promesas para propiciar el viaje y, al atracar, corrían a saludarle, ya que sabía decirles la buenaventura. Sucedió a menudo que alguno, después de ofrecerle un voto, se arrepentía de ello; cuando se presentaba de nuevo ante el jeque para saludarle, éste le recordaba la promesa y le obligaba a cumplirla. El jeque ‘Alī se había hecho famoso por esto.

Cuando el cadí Ŷalāl ad-Dīn al-Afgānī y su gente se alzaron en esta región, comunicaron al sultán que el jeque al-Ḥaydarī había rogado por el cadí, que le había regalado su propio bonete e incluso que le había prestado juramento. Marchó el propio sultán contra los insurrectos, siendo derrotado Ŷalāl ad-Dīn. El soberano dejó entonces en Kinbāya, como representante suyo, a Šaraf al-Mulk Amīr Bajt, uno de los que llegaron con nosotros a la corte del sultán de la India, encomendándole que abriese una investigación sobre los rebeldes y poniendo a su disposición algunos alfaquíes para asesorarle en los juicios que se celebrasen.

Amīr Bajt mandó traer al jeque ‘Alī al-Ḥaydarī. Confirmóse que había regalado su bonete al cadí rebelde y que le había otorgado su bendición. En consecuencia, fue condenado a muerte. Pero cuando el verdugo le golpeó, no le infirió herida alguna. El pueblo, maravillado, pensó que se le indultaría por ello, mas Amīr ordenó que le decapitara otro verdugo. Y así ocurrió. ¡Que el Altísimo tenga piedad de él!

De las muertes de Tūgān y de su hermano

Tūgān al-Fargānī y su hermano eran dos ilustres personajes de la ciudad de Fargāna [en el Uzbekistán], que habían venido a visitar al sultán de la India. Se les dispensó buen trato, recibieron espléndidos regalos y permanecieron durante bastante tiempo en la corte. Cuando les pareció que su estancia se alargaba demasiado,

quisieron regresar a su país e intentaron huir, pero fueron denunciados ante el sultán por uno de sus compañeros. El soberano ordenó darles muerte descuartizándolos, lo cual fue ejecutado. Todo lo que poseían pasó a manos del denunciante, pues es costumbre en la India que cuando un individuo acusa a otro y su declaración resulta cierta, siendo ejecutado el acusado, los bienes de éste pasen al delator.

De cómo mandó ajusticiar el sultán al hijo del rey de los comerciantes

Era el hijo del rey de los comerciantes un joven aún barbilampiño. Cuando ‘Ayn al-Mulk se sublevó y alzóse en guerra contra el soberano —como relataremos—, se apoderó de dicho joven, que se encontró de este modo, y a la fuerza, en el grupo de los rebeldes. Habiendo sido derrotado ‘Ayn al-Mulk y posteriormente apresado junto con los suyos, encontraron entre ellos al hijo del rey de los mercaderes y a su cuñado Ibn Quṭb al-Mulk. El sultán ordenó que les colgasen de las manos a un madero y que los hijos de los reyes les lanzaran flechas hasta que muriesen. El chambelán Jawāyha Amīr ‘Alī at-Tabrīzī dijo entonces al gran cadí Kamāl ad-Dīn: «Este muchacho no merecía morir». Enterado el sultán, le increpó diciendo: « ¿Por qué no has dicho eso antes de que se le ajusticiase?», ordenando a continuación que le diesen unos doscientos latigazos, además de ser encarcelado y sus posesiones entregadas al jefe de los verdugos. Al día siguiente vi a este último vestido con las ropas del chambelán, tocado con su bonete y cabalgando en su caballo, de tal suerte que le tomé por el mismo Amīr ‘Alī Este permaneció en prisión varios meses. Una vez libre, el sultán le repuso en el mismo puesto que ocupaba antes, mas volvió a enojarse con él por segunda vez y le desterró al Jurāsān. Amīr ‘Alī se instaló en Herāt y escribió al sultán procurando su benevolencia. Este le respondió en persa al dorso de su carta: «Si estás arrepentido, ven». Y regresó a la corte.

Acerca de los azotes que hizo dar al gran jatib hasta que murió

El sultán había encargado al gran jatib de Delhi que cuidase del cofre de las piedras preciosas durante un viaje. Sucedió que los ladrones atacaron una noche y se llevaron parte de él. Por este motivo ordenó el sultán que el jatib fuese azotado hasta morir. ¡Que Dios se apiade de él!

Sobre la destrucción de la ciudad de Delhi, el exilio de sus habitantes y la muerte de un ciego y un tullido

Uno de los más graves reproches que se le hacen al sultán es haber obligado a los habitantes de Delhi a abandonar sus casas. El motivo fueron unas esquelas que escribieron conteniendo injurias y denuestos contra él. Estaban lacradas y decían en la cara externa: «Por la cabeza del señor del mundo, nadie sino él debe leerlo». Las arrojaban por la noche en la sala de audiencia, donde más tarde las encontraba el sultán, que al romper el sello podía leer los insultos e invectivas allí contenidos. Decidió entonces asolar Delhi; compró sus casas y posadas y ordenó que todos los ciudadanos se trasladasen a Dawlat Ābād. Al principio se resistieron a obedecer, pero ante el pregón en que se proclamaba que pasados tres días nadie debía permanecer en el interior de la ciudad, la mayor parte de los habitantes salieron de allí, aunque algunos se ocultaron en las casas. El sultán ordenó que se buscara por todos los rincones a quienes quedaran. Sus esclavos encontraron en unas callejas a dos hombres, un paralítico y un ciego. Fueron conducidos ante el soberano, que mandó disparar al tullido por medio de un almajaneque y arrastrar al ciego desde Delhi hasta Dawlat Ābād, una distancia de cuarenta jornadas. Por el camino fue cayéndose a trozos: a Dawlat Ābād sólo llegó una pierna. Después de esto, todos salieron de Delhi, abandonando equipajes y mercancías. La ciudad quedó devastada hasta los cimientos. Una persona digna de toda confianza me aseguró que subió una tarde el sultán a la azotea del alcázar y, ante la vista de la ciudad, sin luces, sin humo, sin hogueras, dijo: «Mi corazón está ahora satisfecho y mi ánimo tranquilo». Después escribió a las gentes de otras comarcas con el objeto de que se dirigiesen a Delhi y la repoblasen. Estos arruinaron sus tierras, pero no repoblaron totalmente Delhi, tan vasto e inmenso era su solar: es, en efecto, una de las mayores ciudades del universo. Cuando entramos en ella la encontramos en el estado que acabamos de describir: vacía y escasamente poblada^[356].

Hemos enumerado pues, prolijamente, tanto las hazañas como los hechos reprobables y vengativos de este sultán. Hablemos ahora brevemente de las batallas y sucesos que tuvieron lugar durante su reinado.

De la gracia que concedió el sultán a Bahādūr Būrah al comienzo de su reinado

Cuando el sultán M. Šāh tomó el poder a la muerte de su padre y la gente le hubo prestado juramento de obediencia, hizo venir al sultán Giyāt ad-Dīn Bahādūr Būrah, al que el sultán Tugluq había metido en prisión. Le indultó y liberó de sus cadenas, le colmó de presentes —dinero, caballos y elefantes— y le devolvió a su reino. Con él mandó al hijo de su hermano, Ibrāhīm Jān, conviniendo con Bahādūr Būrah que el reino sería para los dos a partes iguales; que sus nombres figurarían juntos en las monedas, que en el sermón del viernes se mencionaría el nombre de ambos y que Giyāt ad-Dīn enviaría a su hijo M., conocido por Birbāt, como rehén del sultán de la

India.

Partió Giyāt ad-Dīn y cumplió todos sus compromisos, exceptuando la promesa de enviar a su hijo, con el pretexto de que éste se había negado, faltando así al decoro con sus palabras. Para sostener a su sobrino Ibrāhīm Jān, el sultán mandó tropas capitaneadas por Duḷyī at-Tatarī [*El Tártaro*], que combatieron a Bahādūr Būrah y le dieron muerte. Tras despellejarle rellenaron su piel con paja y de esta guisa la llevaron por todo el país.

Del levantamiento de uno de sus primos y los sucesos relacionados con ello

El sultán Tugluq tenía un sobrino, hijo de su hermana, llamado Bahā' ad-Dīn Kuštāsb, hombre arrojado y valeroso, al que había enviado como emir a una de las provincias del reino. Cuando murió su tío se negó a prestar juramento a su hijo, por lo que éste mandó tropas contra él, al frente de las cuales iban grandes emires como el rey Muẓẓir y el visir Jawāẓa Ẓihān, comandante en jefe. Los jinetes de ambas partes entablaron un encarnizado combate en el que los dos ejércitos resistieron con dureza. Finalmente, ante la última carga de las gentes del sultán, Bahā' ad-Dīn emprendió la huida, refugiándose en la corte de un rey hindú llamado rāy Kanbīla, que era uno de los principales sultanes infieles. Rāy, entre ellos, como entre los cristianos, quiere decir «sultán»^[357]. En cuanto a Kanbīla, es el nombre del país, situado entre montañas inexpugnables.

Cuando Bahā' ad-Dīn escapó hacia allí, fue perseguido por las tropas del sultán, que pusieron cerco al país. El rey infiel, advirtiendo la gravedad de la situación, ya que la reserva de grano se había agotado y temiendo caer en manos del enemigo, dijo a Bahā' ad-Dīn: «Mira en qué situación estamos; estoy decidido a morir en compañía de mi familia y de todos aquellos que quieran seguirme. Ve a la corte del sultán Fulano —le dio el nombre de un sultán infiel— y quédate allí, pues sabrá defenderte». Envió con él a una persona para que le guiara. Después ordenó que encendiesen un gran fuego. Tras quemar sus pertenencias dijo a sus mujeres e hijas: «Quiero morir. Aquellas de entre vosotras que quieran imitarme, que lo hagan». Todas ellas se lavaron, se untaron con aceite de sándalo *al-muqāṣirī*, besaron el suelo ante el rāy Kanbīla y se arrojaron seguidamente a la hoguera, pereciendo en ella. Las mujeres de los emires, visires, grandes del reino, e incluso otras, hicieron lo mismo. El rāy se lavó también, se frotó con sándalo y revistiéndose de todas sus armas, a excepción del jazarán. Aquellos de los suyos que quisieron morir con él siguieron su ejemplo: salieron al encuentro de las tropas del sultán y combatieron hasta la muerte. La ciudad fue invadida y hechos cautivos sus habitantes, entre ellos once hijos del rāy Kanbīla, que fueron conducidos a presencia del sultán y se convirtieron al Islam. El sultán les nombró emires y les deparó toda clase de honores, tanto a causa de su claro

abolengo como en homenaje a la hazaña de su padre.

Vi en la corte de Delhi a algunos de ellos: Nasr, Bajtiyār y el que detenta el cargo de *muhurdār*, «guardián del sello», el que lleva la sortija con que se sella el agua que ha de beber el sultán. Su apodo era Abū Muslim: fuimos compañeros y amigos.

Muerto el *rāy* de Kanbīla, las tropas del sultán se dirigieron hacia el país del infiel en que se había refugiado Bahā' ad-Dīn y lo cercaron. Este monarca se dijo: «No puedo hacer lo que hizo *rāy* Kanbīla», y entregó a Bahā' ad-Dīn a los soldados de Delhi. Atado de pies y manos fue conducido ante el sultán, el cual ordenó que le llevaran junto a las mujeres, parientas suyas. Estas le insultaron y le escupieron a la cara. Después mandó que le despellejaran vivo. Así pues, le arrancaron la piel, cocieron su carne con arroz y se lo enviaron a sus hijos y esposa. Pusieron los restos en una zafa y se lo echaron a los elefantes, pero los animales no quisieron comerlo. El sultán ordenó también que rellenaran con paja la piel y la llevaran por todas las provincias junto con la de Bahādūr Būrah. Cuando llegaron con ellas al Sind, Kašlū Jān, emir principal de dicha comarca por aquel entonces, dispuso que las enterrasen. El emir Kašlū Jān fue amigo del sultán Tugluq, hasta el punto de haberle ayudado a tomar el poder. El sultán le veneraba y se dirigía a él llamándole «tío»; salía siempre a recibirle cuando llegaba de su país para visitarle. Cuando M. Šāh supo lo ocurrido, se encolerizó y decidió matarle.

Acerca de la rebelión de Kašlū Jān y de su muerte

Cuando comunicaron al soberano que el emir del Sind había hecho enterrar las dichas pieles, le mandó llamar. Kašlū Jān comprendió que el sultán quería castigarle y, no acudiendo a su llamada, se alzó contra él; distribuyó dinero, reunió un ejército y envió emisarios a los turcos, afganos y gentes del Jurāsān, que acudieron en masa a engrosar sus filas. Su tropa quedó así igualada en número a la del sultán, o incluso la superaba. El propio sultán acudió al combate, que tuvo lugar a dos jornadas de camino de Multān, en el desierto de Abūhir. El monarca actuó con gran resolución en la batalla. Puso en su lugar, bajo el quitasol, al jeque 'Imād ad-Dīn, hermano uterino del jeque Rukn ad-Dīn al-Multānī, quien guardaba cierto parecido con él. El mismo Rukn ad-Dīn me refirió todo esto. En lo más encarnizado de la refriega, el sultán se replegó con cuatro mil hombres mientras las tropas de su adversario intentaban llegar hasta la sombrilla, pensando que allí se encontraba el soberano; así pues, dieron muerte a 'Imād ad-Dīn confundiéndole con él. Los soldados de Kašlū Jān, convencidos de haber matado al sultán y ávidos de pillaje, se alejaron de su jefe, que quedó así con poca gente a su lado, momento que aprovechó el monarca para atacarle. Una vez decapitado el emir, sus tropas, al conocer la noticia, emprendieron la huida.

El sultán entró en la ciudad de Multān e hizo prender al cadí Karīm ad-Dīn,

ordenando que fuese desollado vivo. Mandó que le trajesen la cabeza de Kašlū Jān y la colgasen a su puerta. A mi llegada a Multān la vi allí colgada. El sultán hizo entrega de cien aldeas al jeque Rukn ad-Dīn, hermano de ‘Imād ad-Dīn, y a su hijo Šadr ad-Dīn, como beneficio y para que les sirviera de sustento, obligándoles esto a dar de comer a los viajeros en la zagüía que lleva el nombre de su abuelo, la zagüía de Bahā’ ad-Dīn Zakariyyá’.

Tiempo después se sublevaron los habitantes de Kamālpūr —una gran ciudad situada a orillas del mar— y el sultán mandó allí a su visir Jawāyha Yihān.

Un alfaquí que presencié la entrada del visir en esta ciudad me contó lo siguiente: Jawāyha Yihān mandó traer al cadí y al jatib de la ciudad ordenando que fuesen despellejados vivos. Ellos le suplicaron que se les ajusticiara sin más, a lo que él respondió: « ¿Por qué motivo habéis merecido la muerte?». «Por desobedecer las órdenes del sultán», le contestaron. Dijo entonces el visir: «Y ¿cómo voy yo a transgredir su orden de haceros recibir esta clase de muerte?», y dirigiéndose a los verdugos dijo: «Haced hoyos bajo sus caras para que puedan respirar». En la India, cuando alguien es desollado, se le echa de bruces contra el suelo: de ahí las palabras del visir. ¡Que Dios nos guarde de un suplicio semejante!

Después de esto, todo el país del Sind fue pacificado y el sultán regresó a la capital.

El desastre ocurrido al ejército del sultán en la montaña Qarāchīl [Himalaya]

El Qarāchil es una montaña inmensa, de una extensión de tres meses de marcha, que se halla a diez jornadas de Delhi. Su sultán era uno de los más poderosos soberanos hindúes. El sultán de la India envió para combatirle al rey Nukbiya, jefe de los escribanos, que salió al frente de cien mil jinetes y gran número de infantes, apoderándose de la ciudad de Ŷidya —situada en la falda de la montaña— y de sus alrededores. Hizo prisioneros, incendió y devastó la zona, teniendo que refugiarse los infieles en la cima de la montaña abandonando sus tierras, sus bienes y los tesoros de su rey.

Sólo hay un acceso de subida al monte: abajo un barranco, arriba la montaña misma; los jinetes no pueden pasar más que de uno en uno. Las tropas musulmanas subieron por este camino y tomaron la ciudad de Warangal, en la parte más elevada de la montaña. Se apoderaron de todo lo que encontraron y notificaron la victoria al sultán. Este les envió un cadí y un jatib y les ordenó permanecer en la comarca.

En la época de las lluvias, las enfermedades se cebaron en las tropas dejándolas muy debilitadas. Los caballos murieron y aflojáronse los arcos. Así pues, los emires solicitaron del sultán de la India autorización para salir de los montes durante la estación lluviosa e instalarse en la falda de la montaña hasta que dejara de llover.

Obtenido el permiso del sultán, el emir Nukbiya distribuyó todo el botín — provisiones y objetos de los más diversos metales— entre la tropa para trasladarlo así a la parte baja de la montaña. Cuando los infieles supieron que los musulmanes se retiraban, tomaron posiciones en barrancos y gargantas y les aguardaron en el desfiladero. Talaron árboles viejos y arrojaron los troncos sobre los soldados a medida que iban pasando, causando así gran número de muertes. Los que se salvaron fueron hechos prisioneros. Recuperaron sus riquezas y se apoderaron además de los pertrechos, caballos y armas. De todo el ejército musulmán no escaparon con bien más que tres emires: Nukbiya, comandante en jefe, el rey Dawlat Šāh, llamado Badr ad-Dīn, y otro cuyo nombre no recuerdo.

Esta catástrofe dejó gran huella en el ejército de Delhi y provocó de manera notoria su debilitamiento. Por consecuencia, el sultán hubo de firmar la paz con los montañeses a condición de que pagaran un tributo. Estas gentes poseen pues el territorio situado al pie de la montaña, pero no pueden cultivarlo sin permiso del sultán de la India.

La sublevación del jerife Ŷalāl ad-Dīn en la Costa de Coromandel [Bilād al-Ma‘bar] y la muerte del sobrino del visir, relacionada con tales sucesos

El jerife Ŷalāl ad-Dīn Aḥsan Šāh había sido nombrado por el sultán emir del Coromandel, país situado a seis meses de camino de Delhi. Una vez allí, Ŷalāl ad-Dīn se rebeló contra el sultán, usurpó el poder, dio muerte a los lugartenientes y ámeles del soberano y acuñó con su propio nombre dinares y *dirhams* que llevaban grabada en el anverso la siguiente leyenda: «La progenie de Ṭāhā y Yāsīn^[358] padre de los faquires y pobres, gloria del mundo y la religión». Y en el reverso: «Aquel que deposita su confianza en la ayuda del Misericordioso; Aḥsan Šāh, sultán».

Enterado el sultán de esta rebelión, salió dispuesto a combatir contra el jerife. Acampó en un lugar llamado Kušk Zar o Alcázar Dorado^[359], permaneciendo allí durante ocho días a fin de atender las necesidades del pueblo. Estando allí le trajeron, atados de pies y manos, al sobrino del visir Jawāyha Ŷihān y a tres o cuatro emires más. El sultán había enviado al visir con la vanguardia del ejército; éste había llegado a la ciudad de Zihār [Dhar], a veinticuatro jornadas de Delhi, deteniéndose allí algún tiempo. El hijo de su hermana, bravo y heroico adalid, había planeado junto con los Ŷaros emires detenidos, matar a su tío y correr a reunirse en la Costa de Coromandel con el jerife rebelde, llevando consigo los tesoros y provisiones que custodiaba el visir. Habían pensado asesinar a Jawāyha Ŷihān cuando éste saliese para la oración del viernes, pero fueron delatados por un individuo llamado Malik Nusra, el Chambelán, al que habían puesto al corriente de su intriga.

Nuṣra dijo al visir que la señal de lo que preparaban era que llevarían jacerinas

bajo la ropa. El visir ordenó que les llevasen ante él y al ver que iban vestidos como se le informara, les envió al sultán. Me hallaba yo con el monarca cuando llegaron los conjurados; uno de ellos, alto y barbado, temblaba y recitaba la azora «*Yā'Sin*» del *Corán*. Por orden del sultán, los emires fueron arrojados a los elefantes adiestrados para matar. El sobrino del visir fue devuelto a su tío para que fuese él quien le matase, como sucedió, en efecto, según contaremos más adelante.

Estos elefantes amaestrados para matar llevan los colmillos forrados con hierros puntiagudos semejantes a la reja del arado, con los bordes como cuchillos. El cornaca monta sobre el elefante y cuando alguien cae ante el animal, éste lo enlaza con la trompa, lo tira por los aires y, tras atraparlo de nuevo con los colmillos, lo arroja al suelo colocando una de las patas delanteras sobre el pecho de la víctima en espera de alguna indicación del conductor, que, a su vez, sigue las órdenes del sultán. Si éste desea que el condenado sea hecho pedazos, el elefante utiliza los hierros antes descritos; si el sultán manda lo contrario, el animal lo deja en el suelo y allí mismo se le desuella.

Así hicieron con estos emires. Salí del palacio al anochecer y vi a los perros devorando sus despojos: las pieles las habían rellenado con paja. ¡Que Dios nos guarde de un suplicio semejante!

Ya todo dispuesto para la expedición, el sultán me ordenó permanecer en Delhi — lo que explicaremos más adelante— y emprendió viaje hacia Dawlat Ābād, momento que aprovechó el emir Halāyūn para alzarse en la provincia que tenía encomendada. A la sazón, el visir Jawāyha Ŷihān se encontraba también en la capital reclutando tropas.

La rebelión de Halāyūn

Cuando el sultán llegó a Dawlat Ābād, ciudad muy alejada de la región gobernada por el emir Halāyūn, éste sublevóse en la ciudad de Lāhūr (Labore] pretendiendo hacerse con el poder. Le ayudó a ello el emir Qul'yund, al que hizo su visir. La noticia llegó a Jawāyha Ŷihān, que se hallaba en Delhi, el cual comenzó el reclutamiento de tropas, enrolando a los jurāsānies y servidores del sultán destinados en la capital. Tanto sus compañeros como los míos fueron alistados, mientras yo permanecía en Delhi. El sultán despachó a dos importantes emires cerca del visir para que le ayudaran, uno de los cuales era Qayrān, *rey saffadār*, es decir «el que alinea las tropas»; y el otro el *rey* Timūr *aš-šurbdār*, o «el escanciador». Salió pues Halāyūn con las tropas, entablándose el combate al borde de un gran río. Derrotado el rebelde y ahogados muchos de sus soldados, consiguió, sin embargo, escapar. El visir entró en Lahore, ordenando seguidamente que fuesen desollados y ajusticiados de diversas maneras algunos de sus habitantes. El encargado de tales matanzas fue M. b. Na'yīb, lugarteniente del visir, conocido por Iydar Malik y también llamado «el sagdel

sultán»: *sag* significa «perro», en su lengua. Era un tirano de corazón encallecido. El sultán le llamaba «el león de los zocos», ya que, en ocasiones, mordía con sus dientes a los delincuentes, ávido de sangre y dominado por el odio. El visir envió a la fortaleza de Kāliyūr [Gwalior] a unas trescientas mujeres, esposas de los rebeldes, quedando prisioneras en este lugar. Yo mismo vi a algunas de ellas. Una era mujer de un alfaquí y como éste yacía con ella en la cárcel, quedó embarazada y parió allí mismo.

Sobre la peste que diezmó al ejército del sultán

El sultán llegó a la comarca de Tilink, cuando se dirigía al país de Ma‘bar con el fin de combatir al jerife Ŷalāl ad-Dīn, deteniéndose en la ciudad de Badrakūt, capital de Tilink, a tres meses de camino del Coromandel. Declaróse entonces la peste entre sus tropas, como consecuencia de la cual pereció la mayor parte de sus componentes. Esclavos y mamelucos murieron, lo mismo que algunos emires principales, tales como el rey Dawlat Šāh, al que llamaba «tío» el sultán y el emir ‘Abdallāh al-Harawī. Ya contamos, en la primera parte de estos viajes, la historia de este emir: aquél a quien ordenó el sultán que cogiese del tesoro todo el dinero que pudiera llevarse de una sola vez y que, atándose a los brazos trece talegos, se los llevó llenos de oro.

Cuando el sultán vio la desgracia que habíase abatido sobre sus tropas, regresó a Dawlat Ābād. Las provincias se alzaron, prendió la rebelión en las más remotas regiones y el poder estuvo a punto de írsele de las manos. Sin embargo, el Destino quiso que su buena suerte se fortaleciese.

Del falso rumor sobre la muerte del sultán y la fuga del rey Hūšanŷ

De regreso a Dawlat Ābād, el sultán se indispuso durante el viaje, corriendo el bulo de que había muerto. Al propalarse, esta noticia fue causa de graves levantamientos. Se hallaba en Dawlat Ābād el rey Hūšanŷ, hijo del rey Karnāl ad-Dīn Gurg, que había prometido al sultán no prestar juramento de obediencia sino a él, en tanto que viviese, e incluso después de su muerte. Cuando oyó que el soberano había muerto, huyó a los dominios de un sultán infiel de nombre Burabra, que habitaba en las inaccesibles montañas extendidas entre Dawlat Ābād y Kūkan Tāna. El monarca se enteró y temió que estallase una revuelta, por lo que se apresuró en llegar a Dawlat Ābād. Siguió las huellas de Hūšanŷ y le rodeó con la caballería. Envió un emisario al infiel para que se lo entregase, pero éste se negó diciendo: «No entregaré a mi huésped, aunque esta postura me lleve a acabar como el rey Kanbīla». Sin embargo, Hūšanŷ tuvo miedo y dirigió un mensaje al sultán por el que convinieron que éste

regresaría a Dawlat Ābād y que Quṭlū Jān, preceptor del sultán, se quedaría, comprometiéndose a recibir a Hūšanŷ bajo amán. El soberano partió y Hūšanŷ se presentó ante el maestro, quien prometió que el sultán no le mandaría matar ni rebajaría en nada su rango. Salió entonces con sus bienes, familia y gente y dirigióse al encuentro del sultán. Éste, alegrándose de su llegada, le recibió con toda clase de honores.

Quṭlū Jān era hombre de palabra, en cuya lealtad y sentido del honor la gente confiaba. Ocupaba un lugar ilustre en la corte del sultán, que le tenía una gran estima: siempre que se presentaba ante el soberano, éste se levantaba en señal de respeto; por ello Quṭlū Jān no aparecía ante el sultán, si éste no le invitaba, con el fin de ahorrarle la fatiga de levantarse. Gran altruista, gustaba de dar limosnas y hacer el bien a los faquires y mezquinos.

Sobre el plan de sublevación urdido por el jerife Ibrāhīm y de cómo acabó

El jerife Ibrāhīm, llamado *Jarīta Dār*, es decir «el encargado del papel y cálamos en el palacio del sultán», era valí de las regiones de Ḥānsī y Sarsatī [Sarasvati] cuando el sultán salió para el Coromandel, país donde precisamente se había alzado en armas su padre, el jerife Aḥsan Šāh. Al llegarle el rumor de la muerte del monarca, Ibrāhīm anheló alcanzar el poder. Era hombre valiente, generoso y agraciado. Yo estaba casado con su hermana Hūrnasab, mujer piadosa, que velaba toda la noche y rezaba sin cesar al Dios Altísimo. Tuvo conmigo una hija y no sé qué habrá sido de ellas. Hūrnasab sabía leer, pero no había aprendido a escribir.

Pensando ya Ibrāhīm en sublevarse, llegó al país uno de los emires del Sind con un gran tesoro que transportaba a Delhi. Ibrāhīm le dijo: «El camino es peligroso por los bandidos; queda aquí hasta que sea practicable y después te haré llegar a un lugar seguro». Su intención era asegurarse de la muerte del sultán para apoderarse a continuación del dicho tesoro. Cuando se cercioró de que el soberano vivía, dejó ir libremente al emir, cuyo nombre era Ḍiyā' al-Mulk b. Šams al-Mulk.

Habiendo regresado el sultán a la capital, tras una ausencia de dos años y medio, Ibrāhīm fue a visitarle. Uno de sus criados le denunció al monarca, informándole de lo que el jerife había tramado anteriormente. El primer deseo del sultán fue matarle en el acto, pero se retuvo a causa del afecto que sentía por él. Un día llevaron al sultán una gacela degollada; éste, tras examinarla, dijo: «Este animal no ha sido degollado convenientemente, tiradlo». Ibrāhīm, examinándola, dijo: «La gacela ha sido sacrificada según las reglas, la comeré». Enterado de ello, el sultán censuró sus palabras y mandó detenerle con tal pretexto. Atado de pies y manos fue obligado a confesar aquello de que se le acusaba: su intención de apoderarse de las riquezas que llevaba Ḍiyā' al-Mulk de paso para Delhi. Ibrāhīm comprendió que el sultán quería liquidarle a causa de la rebelión de su padre y que ninguna disculpa le sería de

provecho. Ante el temor de ser torturado y buscando una muerte rápida, confesó inmediatamente. Fue condenado a morir descuartizado, quedando su cuerpo tendido allí mismo. En la India se observa la costumbre de dejar durante tres días en el lugar de la ejecución el cadáver del reo cuyo ajusticiamiento ha ordenado el sultán. Después, una taifa de infieles encargados de ello levantan el cuerpo y lo echan en una fosa excavada fuera de la ciudad, en cuyos alrededores permanecen a fin de impedir que los parientes de la víctima se lo lleven. A menudo sucede que uno de ellos les da dinero para que se alejen del cadáver y de este modo poder enterrarlo. Esto hicieron con el jerife Ibrāhīm. ¡Que el Altísimo se apiade de él!

La rebelión del lugarteniente del sultán en el país de Tilink

Cuando el sultán regresó de Tilink, dejó allí como lugarteniente a Tāy al-Mulk Nuşra Jān, antiguo cortesano, el cual, habiendo oído las noticias sobre la muerte del sultán, hizo celebrar sus exequias, se alzó con el poder y recibió el juramento de las gentes en la capital, Badrakūt.

Enterado de esto, el sultán envió a su preceptor Quṭlū Jān al frente de un numeroso ejército. Tuvo lugar un durísimo combate en el que perecieron multitud de personas. Quṭlū Jān cercó la ciudad que, aunque fortificada, no resistió el feroz asedio ni la brecha abierta por los soldados de Delhi. Nuşra Jān salió entonces de la ciudad bajo amán. Se le perdonó la vida y fue enviado ante el sultán, que indultó también a los habitantes de la ciudad y a las tropas.

De la marcha del sultán al río Ganges y la insurrección de ‘Ayn al-Mulk

Habiéndose extendido la sequía por casi todo el país, el sultán partió con sus tropas hacia el río Ganges, lugar de peregrinación de los hindúes, a diez jornadas de Delhi. Ordenó el sultán en esta ocasión que se construyesen edificaciones resistentes, ya que hasta entonces se habían venido haciendo cabañas con hierbas secas en las que el fuego causaba a menudo grandes estragos. Por esta razón, se cavaban después profundos hoyos en el suelo a los que se arrojaban toda clase de enseres, que se tapaban con tierra, para resguardarlos del fuego cuando se declaraba un incendio. Por aquellos días llegué a la almahala del sultán; las regiones en las que se había instalado el soberano, al occidente del Ganges, estaban aquejadas por el hambre, mientras que las situadas al oriente del río gozaban de gran abundancia. Estas estaban entonces gobernadas por ‘Ayn al-Mulk b. Māhir, siendo ‘Awḍ [Oudh], Zafarābād y Luknaw [Lucknow] algunas de sus ciudades más importantes^[360]. El emir ‘Ayn al-Mulk enviaba cada día cincuenta mil *mann* de trigo, arroz y garbanzos como forraje para

las acémilas y caballerías. El sultán había ordenado que se trasladase a los elefantes y a casi todos los caballos y mulas a las regiones fértiles del Levante, a fin de que pudieran pacer allí, habiendo encargado a ‘Ayn al-Mulk que pusiera cuidado en ello. Este emir tenía cuatro hermanos: Šahr Allāh, Nasr Allāh, Fadl Allāh y otro cuyo nombre no puedo recordar. Acordaron entre ellos apoderarse de los elefantes y acémilas del sultán, prestar juramento de obediencia a ‘Ayn al-Mulk y alzarse contra el soberano. ‘Ayn al-Mulk huyó durante la noche adonde sus hermanos y poco faltó para que les saliese redondo el plan.

Hay que advertir que el sultán de la India tiene por costumbre colocar junto a cada emir, sea cual sea, a uno de sus mamelucos para que le sirva de espía y le informe de todo lo concerniente a su nuevo señor. Utiliza también, con el mismo propósito, esclavas al servicio de las casas de los emires. Incluso hay mujeres, llamadas «barredoras», que entran en las casas sin permiso y a quienes las esclavas cuentan lo que saben; las «barredoras» enteran a su vez al jefe de los mensajeros, que es quien informa al sultán.

Se cuenta que estaba una noche un emir acostado con su mujer y queriendo copular con ella, ésta le conjuró por la cabeza del sultán a no hacerlo, a lo cual él no hizo caso. A la mañana siguiente el sultán le mandó llamar, le contó exactamente lo sucedido y le condenó a muerte por ello.

El monarca tenía un mameluco, llamado Ibn Malik Šāh, encargado de espiar al mentado ‘Ayn al-Mulk. Él fue quien informó al sultán de que el emir había huido atravesando el río. El sultán comprendió entonces lo equivocado de su actuación, dándose por perdido ya que caballos, elefantes y cereales estarían en poder de ‘Ayn al-Mulk, mientras sus propias tropas se hallaban dispersas. Decidió pues regresar a la capital a fin de reunir un ejército y volver a combatir al rebelde, pero antes de dar la orden celebró consejo con los grandes del Estado. Los emires del Jurāsān y los extranjeros eran los más temerosos de ‘Ayn al-Mulk, ya que éste era hindú y las gentes de la India odian a los forasteros a causa de la estima que les profesa el sultán. Estos emires rechazaron la propuesta del monarca y dijeron: « ¡Oh, señor del mundo!, si regresas a Delhi al instante lo sabrá ‘Ayn al-Mulk y consolidará su posición; hará una leva y todos aquéllos que buscan el desorden y no quieren más que guerras acudirán a él en enjambre. Lo mejor será ganarle por la mano antes de que se fortalezca su poder». El primero que así habló fue Nāṣir ad-Dīn Muṭahhar al-Awharī, recibiendo el apoyo de los demás emires.

El sultán siguió su consejo: esa misma noche escribió a los emires y a las tropas que se encontraban en las proximidades, que acudieron sin pérdida de tiempo. Se valió de una buena estratagema: si iban a llegar al campamento cien jinetes, enviaba a su encuentro, por la noche, varios miles de ellos y juntos entraban en la almahala al día siguiente como si todos fuesen los nuevos socorros. Marchaban a lo largo del río, ya que el sultán quería tener detrás la ciudad de Qinauwî para así poder encastillarse en ella, pues era plaza fuerte e inexpugnable. Tres días de marcha separaban la

almahala de la ciudad. El sultán ordenó cubrir la primera jornada; dispuso el ejército en orden de batalla y en el primer alto todos se colocaron en una sola fila. Cada soldado tenía ante sí sus armas, y al lado su alfaraz y una tienda pequeña donde comía y hacía las abluciones regresando inmediatamente a su puesto. El real estaba lejos de las tropas, pero durante estos tres días el sultán no entró en la tienda ni se resguardó del sol en parte alguna.

Uno de estos días me encontraba yo en la tienda, acompañado de mis esclavas, cuando uno de mis eunucos, llamado Sunbul, me llamó rogándome que acudiera presto. Cuando salí, me dijo: «El sultán acaba de ordenar que se dé muerte a todos aquellos a quienes se sorprenda con su mujer o concubina». Los emires intercedieron ante el soberano y éste ordenó que a partir de ese momento todas las mujeres abandonaran la almahala y fuesen conducidas a un castillo próximo, a tres millas de distancia de allí, llamado Kanbīl. Y, en efecto, no quedó ni una mujer en el campamento: incluso el sultán prescindió de ellas.

Pasamos esa primera noche en pie de guerra. Al segundo día, el sultán dividió su ejército en batallones; a cada uno de ellos dio elefantes cubiertos con cotas de malla y provistos de torres sobre las que se instalaron los soldados. Todos vistieron las jacerinas y pasaron la segunda noche aprestados y listos para el combate. Al tercer día llegó la noticia de que el rebelde ‘Ayn al-Mulk había cruzado el río; semejante acontecimiento suscitó los temores del sultán, pues sospechó que su enemigo no habría actuado así de no haberse puesto antes de acuerdo con los mismos emires que le rodeaban. Ordenó que se distribuyeran al instante entre la gente de su privanza corceles de raza, una parte de los cuales me correspondió a mí.

Tenía yo un amigo llamado Amīr Amīrān al-Kirmānī, hombre valiente, al que di uno de estos corceles, un caballo tordo. Cuando quiso hacerlo andar, el alfaraz se desbocó arrojándolo al suelo sin que pudiera evitarlo. Murió a causa de la caída. ¡Que Dios el Altísimo se apiade de él!

El sultán apresuró la marcha, pues temía que el rebelde llegase antes que él a Qīnawî; al atardecer estábamos ya al pie de sus murallas. M. Šāh pasó la noche organizando él mismo las tropas; se ocupó hasta de nosotros, que estábamos en la vanguardia con el hijo de su tío paterno, el rey Fīrūz. Hallábanse también allí el emir Gadā b. Muhannā, aṣ-Ṣayyid Nāṣir ad-Dīn Muṭahhar y los emires del Jurāsān. Nos puso entre sus cortesanos y dijo: «Me sois muy preciados; no debéis separaros de mí». El resultado fue favorable para el sultán. Ayn al-Mulk atacó nuestra vanguardia al final de la noche por el lado del visir Jawāyha Yihān. Alzóse un gran clamor entre los hombres, pero el sultán ordenó que nadie abandonase su puesto y que se combatiera exclusivamente con la espada. Los soldados desenvainaron los aceros y lanzáronse contra el enemigo en encarnizado combate. El santo y seña elegido por el sultán era «Delhi» y «Gazna». Cuando alguien de su ejército se encontraba frente a un jinete, gritaba «Delhi»; si éste respondía al grito de «Gazna», era amigo; si no, se le combatía. El objetivo del rebelde había sido atacar directamente al sultán, pero el

guía se equivocó, les condujo hacia el lugar donde se encontraba el visir y pagó el error con su cabeza. Entre las tropas del visir había persas, turcos, jurāsānīs, todos ellos enemigos de los hindúes, por lo que combatieron con gran ardor. El ejército de ‘Ayn al-Mulk contaba con unos cincuenta mil hombres, que fueron derrotados al despuntar el día.

El rey Ibrāhīm, conocido por al-Ban̄yī at-Tatarī, que había recibido del sultán como feudo la población de Sundīla, en la región gobernada por ‘Ayn al-Mulk, se unió al levantamiento pasando a ser lugarteniente del rebelde. Dāwud [sic] b. Qulb al-Mulk y el hijo del rey de los comercantes, a los cuales se había encargado que conjugesen los elefantes y caballos del sultán desde Delhi se unieron también al sublevado, que nombró a Dāwud su chambelán. Cuando atacaron a la mehala del visir, Dāwud profirió injurias y denuestos indignos contra el sultán y éste reconoció su voz. Al verse derrotado, dijo ‘Ayn al-Mulk a su lugarteniente Ibrāhīm at-Tatarī: «¿Qué opinas, rey Ibrāhīm? La mayor parte de nuestros soldados huyen a la desbandada, incluso los más valerosos. ¿No crees que debemos ponernos a salvo?». Dijo entonces Ibrāhīm a sus compañeros en su lengua: «Cuando ‘Ayn al-Mulk quiera huir yo le agarraré de la trenza y vosotros golpearéis al caballo para que caiga al suelo; le detendremos y llevaremos ante el sultán, así podré expiar el delito de rebelarme contra él y me libraré del castigo». De este modo, en el momento en que ‘Ayn al-Mulk emprendía la huida, Ibrāhīm le gritó: «¿Dónde vas, sultán ‘Alā’ ad-Dīn?», pues tal era el nombre que le daban. Y mientras él le asía por la trenza, los suyos hirieron al caballo del rebelde, que cayó por tierra. Ibrāhīm se arrojó sobre él y le sujetó. Los compañeros del visir vinieron a llevárselo, pero Ibrāhīm se negó diciendo: «No soltaré a ‘Ayn al-Mulk hasta haberlo conducido a presencia del visir o moriré en el empeño». Lo dejaron, pues, y fue llevado ante el visir.

Por la mañana, estaba yo contemplando los elefantes y banderas que traían como trofeos ante el sultán, cuando un iraquí se me acercó diciendo: «Han apresado a ‘Ayn al-Mulk y el visir viene hacia acá con él». No lo creí, pero instantes después vi llegar al rey Timūr, el copero, que, cogiéndome de la mano, me dijo: «Regocíjate, han detenido a ‘Ayn al-Mulk y se encuentra en poder del visir». Entre tanto, el sultán, escoltado por nosotros, se dirigió hacia el campamento rebelde, a orillas del Ganges. Los soldados saquearon cuanto encontraron a su paso. Gran parte del ejército de ‘Ayn al-Mulk se precipitó al río, pereciendo ahogada mucha gente. Fueron apresados Dāwud b. Quṭb al-Mulk, el hijo del rey de los mercaderes y otros muchos; se tomaron los tesoros, caballos y pertrechos. El sultán acampó junto a un vado y el visir condujo a ‘Ayn al-Mulk ante su presencia. Le habían montado en un toro, completamente desnudo salvo las vergüenzas, cubiertas con un trapo sujeto por una cuerda que llevaba atada al cuello. Así permaneció a la puerta del pabellón real. El visir entró, invitándole el sultán a beber en prueba de atención hacia él. Los hijos de los reyes se dirigieron a ‘Ayn al-Mulk, lo injuriaron, le escupieron en la cara y abofetearon a sus compañeros. El sultán le envió al gran rey, que le increpó diciendo: « ¿Qué has

hecho, desgraciado?». ‘Ayn al-Mulk no respondió. El sultán ordenó entonces que le vistiesen con ropas de arriero, le pusieran grillos en los pies, le encadenasen las manos al cuello y se le confiase al cuidado del visir.

Los hermanos de ‘Ayn al-Mulk atravesaron el río huyendo y llegaron a la ciudad de ‘Awḍ, recogiendo a sus mujeres e hijos y todo aquello que pudieron llevarse. Dijeron a la esposa de su hermano: «Sálvate con nosotros y con tus hijos». A lo que ella respondió: « ¿Acaso no debiera hacer yo como las mujeres de los hindúes que queman sus cuerpos junto con los de sus maridos? Yo también moriré si mi esposo muere y viviré si vive». Sus cuñados la dejaron pues. Estas palabras trajeron suerte a la mujer ya que, habiendo llegado a oídos del sultán, se apiadó de ella y la perdonó. El joven Suhayl alcanzó a Nasr Allāh, uno de los hermanos, y, dándole muerte, llevó su cabeza al sultán; también condujo a su presencia a la madre de ‘Ayn al-Mulk, a su hermana y a su mujer. Entregadas al visir, éste las alojó en un pabellón próximo al de ‘Ayn al-Mulk, que podía ir a verlas y quedarse un rato con ellas, regresando después a su prisión.

La tarde del día de la derrota mandó el sultán que se pusiera en libertad a multitud de personas que habían seguido al rebelde, tales como muleros, vendedores, siervos y otras gentes sin importancia.

Trajeron al rey Ibrāhīm al-Ban̄yī, antes mencionado. El rey Nuwā, jefe de las tropas, dijo: «¡Oh, señor del mundo!, mávalo, es uno de los rebeldes». Intervino el visir: «Ha rescatado ya su vida entregando al insurrecto». El sultán le perdonó a condición de que marchase a su país. Al atardecer sentóse el sultán en «la torre de madera» y fueron llevados ante él sesenta y dos hombres de entre los principales compañeros de ‘Ayn al-Mulk, a los que ordenó arrojar a los elefantes. Estos los despedazaron con los hierros de que van provistos sus colmillos y los lanzaron al aire atrapándolos otra vez al caer. Mientras tanto, tocaban albogues, añafiles y atabales: ‘Ayn al-Mulk estaba allí, de pie, presenciando la degollina; incluso le fueron arrojados algunos trozos de las víctimas. Después fue llevado de nuevo a prisión.

El sultán permaneció varios días en el vado a causa del considerable número de gente y la escasez de embarcaciones. Sus efectos y tesoros cruzaron el río a lomos de elefantes, al igual que los de sus cortesanos. También yo recibí un elefante para transportar mis pertenencias.

A continuación, el sultán se dirigió en nuestra compañía a Bahrāȳ, hermosa ciudad situada en la ribera del río Sarū [Gogra], una gran vía fluvial de corrientes muy rápidas que atravesó el sultán con el fin de hacer una visita a la tumba del piadoso jeque, el heroico Sālār ‘Ūd conquistador de la mayor parte de estas comarcas^[361]. Se cuentan de él maravillosas historias y se le atribuyen renombradas algaras. Tal cantidad de gente había para cruzar el río y tanto se apiñaron que una gran embarcación se fue a pique con trescientas personas a bordo, de las que sólo se salvó un árabe compañero del emir Gadā. Nosotros navegábamos en un pequeño navío y fuimos salvados por el Dios Altísimo. Este árabe que se libró de morir

ahogado se llamaba Sālim [«sano, salvo»], por una singular coincidencia. Quiso embarcarse con nosotros pero cuando llegó ya habíamos salido, subiendo entonces a la nave que se hundió. Cuando apareció, la gente, creyendo que venía en nuestro barco, pensó que éramos nosotros los ahogados. La noticia se extendió entre nuestros compañeros y otras personas que, al vernos llegar más tarde, se alegraron en gran manera.

Visitamos la tumba del piadoso personaje antes citado. Está en el interior de un monumento funerario con cúpula en el que no pudimos entrar, tal era el gentío. Por estos parajes nos internamos en una algaida llena de cañaverales, donde fuimos atacados por un rinoceronte. Una vez muerto nos trajeron la cabeza, mucho mayor que la del elefante a pesar de ser más pequeño de cuerpo. Ya hemos hecho mención de este suceso.

Del regreso del sultán a la capital y la revuelta de ‘Alī Šāh Kar

Tras haber derrotado a ‘Ayn al-Mulk, como acabamos de contar, el sultán regresó a Delhi, después de una ausencia de dos años y medio. Concedió el perdón a ‘Ayn al-Mulk, así como a Nuṣra Jān, que se había sublevado en el país de Tilink, encargando a ambos el mismo trabajo: el cuidado de todo lo relativo a los jardines del sultán. Les proporcionó ropas y monturas y fijó su jornal en harina y carne.

Tiempo después llegó la noticia de que un compañero de Quṭlū Jān, llamado ‘Alī Šāh Kar, se había levantado contra el soberano. *Kar*, que quiere decir «sordo» era hombre valiente, gallardo y de conducta intachable. Se apoderó de Badrakūt e hizo de ella la capital de su reino. El sultán envió un gran ejército contra él, al frente del cual puso a su preceptor. Este partió, puso sitio a la ciudad y comenzó a abrir brechas en sus torres. Viendo que su situación se hacía insostenible, ‘Alī Šāh pidió un amán que le fue concedido por Quṭlū Jān. Atado de pies y manos, fue conducido ante el sultán. Este le perdonó, aunque desterrándole a la ciudad de Gazna, por el lado del Jurāsān, donde permaneció algún tiempo. Más tarde sintió nostalgia de su patria y quiso volver, pero Dios había decidido su perdición. Fue apresado en las comarcas del Sind y conducido a presencia del sultán, que dijo: «Has venido únicamente para promover otra vez una rebelión contra mí». Y mandó cortarle la cabeza.

Fuga y detención de Amīr Bajt

El sultán, enojado con Amīr Bajt, apodado Šaraf al-Mulk, uno de los que habían llegado con nosotros a la corte, le redujo la pensión de cuarenta mil dinares a solamente mil y le envió a Delhi, poniéndole a disposición del visir.

Entre tanto, había muerto de la peste en Tilink el emir ‘Abd-allāh al-Harawī y —encontrándose sus bienes en poder de unos compañeros en Delhi— éstos acordaron huir junto con Amīr Bajt. Cuando el visir salió de la capital al encuentro del sultán, huyeron pues los amigos de al-Harawī en compañía de Šaraf al-Mulk y los suyos, llegando al cabo de siete días al Sind, siendo así que este recorrido suele hacerse en cuarenta jornadas. Llevaban caballos de recambio y tenían la intención de pasar el río Sind a nado. Tan sólo Amīr Bajt, su hijo y aquellos que no sabían nadar bien, debían atravesarlo sobre una especie de almadía de cañas que pensaban construir, habiendo preparado ya cuerdas de seda a este respecto. Cuando llegaron al río tuvieron miedo de cruzarlo tal como habían planeado y enviaron dos hombres a Ŷalāl ad-Dīn, gobernador de la ciudad de Ūŷah, con lo siguiente: «Hay aquí unos comerciantes que desean pasar el río y te envían esta silla de montar como presente a fin de que les facilites la travesía». El emir Ŷalāl ad-Dīn se extrañó de que un par de simples comerciantes le ofreciesen tal regalo y ordenó que les prendiesen. Uno de ellos pudo escapar y corrió a informar de lo sucedido a Šaraf al-Mulk y los suyos, que dormitaban a causa de las fatigas sufridas y las prolongadas vigiliass; aterrados, montaron todos a caballo y emprendieron la huida.

Ŷalāl ad-Dīn, por su parte, dispuso que se azotara al prisionero, el cual confesó todo lo referente a Šaraf al-Mulk. El gobernador mandó a su lugarteniente con tropas en su busca. Viendo que habían huido, les siguieron las huellas. Cuando los fugitivos fueron alcanzados comenzaron a lanzar flechas, una de las cuales, disparada por Ṭāhir, hijo de Šaraf al-Mulk, hirió en el brazo al lugarteniente de Ŷalāl ad-Dīn. Derrotados, fueron conducidos ante el emir, quien ordenó se les encadenase de pies y manos. Escribió al visir sobre lo acontecido y éste resolvió trasladarles a Delhi, donde se les encarceló. Ṭāhir murió en prisión y Šaraf al-Mulk fue condenado a recibir cada día cien latigazos durante algún tiempo. Finalmente, el sultán le perdonó enviándole a la provincia de Chandīrī^[362] con el emir Nizām ad-Dīn Mir Naŷla. Se vio obligado a montar en bueyes, ya que no disponía ni de un solo caballo. Así pasó algunos años. En ocasión de una visita que hizo Mīr Naŷla al sultán, acompañado de Šaraf al-Mulk, éste fue nombrado *šāšnakīr*, es decir encargado de trinchar la carne en presencia del sultán y llevar los manjares a la mesa. El sultán honróle y concedióle cada vez mayor rango, hasta el punto de que, sintiéndose Amīr enfermo un día, fue a visitarle el monarca ordenando que se le entregase su peso en oro. Ya contamos esta historia en la primera parte de nuestros viajes. Por último, el sultán le casó con su hermana, entregándole el gobierno de la provincia de Chandīrī, donde tiempo atrás se había visto forzado a montar sobre bueyes, estando al servicio del emir Nizām ad-Dīn.

¡Alabado sea Dios que mueve los corazones y cambia la fortuna de la gente!

La rebelión de Šāh Afgān en la provincia del Sind

Šāh Afgān se alzó contra el soberano de la India en la zona de Multān, provincia del Sind, dando muerte al emir de esta región, conocido por Bih Zād, con la pretensión de convertirse en sultán. El monarca se dispuso para el combate y —comprendiendo el rebelde que no podía presentarle batalla— emprendió la huida, dirigiéndose a la zona montañosa e inaccesible donde habitaba su pueblo, los afganos. El sultán, dominado por la ira, escribió a sus ámeles ordenándoles que detuviesen a todos los afganos de sus comarcas, lo que provocó la rebelión del cadí Ŷalāl ad-Dīn.

La revuelta del cadí Ŷalāl ad-Dīn

El cadí Ŷalāl ad-Dīn y un grupo de afganos se habían establecido en las proximidades de las ciudades de Cambay y Bulūdra. Cuando el sultán dio orden a sus ámeles de detener a los afganos, escribió, entre ellos, al *rey* Muqbil, lugarteniente del visir en las comarcas de Ŷuzarāt y Nahruwāla, para que buscara una argucia con la que prender al cadí Ŷalāl y a sus compañeros. La población de Bulūdra había sido donada en feudo al rey de los médicos, casado con la madrastra del sultán, viuda de su padre Tugluq. Esta había tenido de Tugluq una hija que casó con el emir Gadā. El *rey* de los médicos se encontraba entonces con Muqbil, ya que su ciudad estaba bajo la jurisdicción de éste. Cuando ambos llegaron a la provincia de Yuzarāt, Muqbil le ordenó que le llevase allí al cadí y a los suyos, pero el rey de los médicos, al encontrarse en su feudo, les previno en secreto, pues al fin y al cabo eran vecinos de su mismo pueblo. Les dijo que Muqbil les llamaba con el fin de prenderlos y aconsejó que acudiesen a su requerimiento bien armados. Se presentaron ante Muqbil unos trescientos caballeros revestidos de cotas de malla y le dijeron: «No entraremos sino juntos». Al ver tan gran número de ellos comprendió que no podía prenderlos y tuvo miedo. Les ordenó entonces que marchasen y simuló concederles su amán, mas ellos se alzaron contra él y entraron en Cambay saqueando el tesoro del sultán y los bienes de las gentes, entre ellos los de Ibn al-Kawlamī, el mercader. Este fundó una hermosa *madrasa* en Alejandría, pero ya hablaremos de él más tarde. El rey Muqbil presentó combate a los insurrectos y fue derrotado de la manera más vergonzosa. El rey ‘Azīz, el vinatero, y el rey Yihān llegaron con siete mil jinetes dispuestos para la lucha y también fueron derrotados. Las gentes de mal vivir y los criminales, enterados de estos hechos, acudieron en tropel a unirse con los afganos. El cadí Ŷalāl

ad-Dīn proclamóse sultán y recibió el juramento de sus compañeros. El soberano envió entonces tropas contra él, pero fueron vencidas. También se alzaron los afganos en la ciudad de Dawlat Ābād.

La revuelta del hijo del rey Mall

El hijo del rey Mall residía en Dawlat Ābād con un grupo de afganos y el sultán ordenó a su lugarteniente en esta ciudad, Nizām ad-Dīn, hermano de su preceptor, Quṭlū Jān, que los prendiese a todos de una sola vez. Le hizo un importante envío de grillos y cadenas, así como de ropas de invierno. Es costumbre en la India que el sultán obsequie a los emires de las ciudades y a los jefes de su ejército dos vestiduras de honor por año, una de invierno y otra de verano. Cuando estas ropas llegan a su destino salen a recogerlas el emir y las tropas. Se aproximan al proveedor, descienden de sus monturas, recibe cada uno sus ropas, se cubren los hombros con ellas y se inclinan del lado donde se encuentre el sultán. Así pues, el monarca escribió a Nizām ad-Dīn lo siguiente: «Cuando los afganos salgan y desciendan de sus caballos para tomar las ropas que les corresponden, detenedlos en ese preciso instante».

Uno de los jinetes que traían las vestiduras informó a los afganos de lo que se había tramado contra ellos. Nizām ad-Dīn se cuenta entre aquellos que urden una estratagema que se vuelve contra ellos mismos: montó a caballo en compañía de los afganos y descabalgó al llegar donde las ropas, siendo entonces cuando los afganos cargaron sobre él y los suyos, prendiéndole y matando a muchos de ellos. Entraron en la ciudad y tomaron sus tesoros, nombrando jefe a Nāṣir ad-Dīn, hijo del rey Mall. Los malandrines se unieron a ellos, aumentando así su fuerza.

Expedición del sultán contra la ciudad de Cambay

Cuando el sultán supo lo que los afganos habían hecho en Cambay y Dawlat Ābād, se puso personalmente en camino, decidido a comenzar por la primera ciudad y seguir después hacia la segunda. Situó en vanguardia al gran rey al-Bāyazīdī, su cuñado, al frente de cuatro mil hombres, que fueron atacados por las tropas del cadí Ŷalāl ad-Dīn y puestos en fuga. Más tarde fueron asediados en Bulūdra y combatieron en esta ciudad.

En el ejército del cadí Ŷalāl ad-Dīn había un jeque llamado Yalūl que se distinguió por su valentía: no cesaba de atacar, matar y provocar a duelo; nadie se atrevía a lidiar con él. Un día, al lanzarse al galope con su caballo, precipitóse en una zanja; cayeron sobre él y le dieron muerte, hallándose entonces que llevaba dos corazas. Su cabeza fue enviada al sultán, su cuerpo crucificado sobre la muralla de

Bulūdra y sus miembros llevados de ciudad en ciudad.

Finalmente, con la llegada del ejército del sultán, el cadí no pudo seguir resistiendo y huyó con los suyos, abandonando bienes e hijos; todo fue tomado y recuperada la ciudad de Cambay. Permaneció en ella el sultán unos días, partiendo después y dejando allí a su cuñado Šaraf al-Mulk Amīr Bajt, del que ya hemos hablado: relatamos su huida, su detención en el Sind, su encarcelamiento, las humillaciones que sufrió y los honores que recibió más tarde. El sultán le encomendó la tarea de buscar a aquellos que hubiesen secundado a Ŷalāl ad-Dīn, designando además a varios alfaquíes como colaboradores suyos, para que juzgase de acuerdo con sus decisiones. Esto trajo como consecuencia la ejecución del jeque ‘Alī al-Ḥaydarī, como ya dijimos.

El cadí Ŷalāl fue a reunirse con Nāṣir ad-Dīn, hijo del rey Mall, en Dawlat Ābād, engrosando así sus tropas. El sultán en persona se dirigió contra ellos, que eran alrededor de cuarenta mil, entre afganos, turcos, hindúes y esclavos; habían jurado no huir bajo ningún pretexto y presentar combate al sultán. Este comenzó el combate. El quitasol, insignia del sultán, sólo se alzó cuando más encarnizada era la batalla. Aturdiéronse los rebeldes al verlo y huyeron de un modo vergonzoso. El hijo del rey Mall y el cadí Ŷalāl ad-Dīn se refugiaron, acompañados de unos cuatrocientos de sus más cercanos compañeros, en el castillo de Duwayqīr, del que hablaremos más adelante, una de las fortalezas más inaccesibles del mundo. El sultán establecióse en Dawlat Ābād, ciudad a la que pertenece esta fortaleza. Pidió a los rebeldes que se entregasen sin capitulación alguna, pero éstos no consintieron en rendirse sino bajo la garantía de un amán. Esto no fue aceptado por el sultán. Les suministró alimentos, como muestra de desprecio, y continuó en Dawlat Ābād. Aquí acaba mi información al respecto.

Del enfrentamiento habido entre Muqbil e Ibn al-Kawlamī

Esto que vamos a relatar tuvo lugar antes de la rebelión del cadí Ŷalāl ad-Dīn. Tāy ad-Dīn b. al-Kawlamī era un importante mercader que había venido desde el país de los turcos con el fin de visitar al sultán y ofrecerle magníficos presentes, entre los que se contaban mamelucos, camellos, mercancías, armas y telas. El sultán, muy complacido por su proceder, le entregó doce *lak*, aunque dicen que el valor de lo ofrecido al sultán no sobrepasaba un *lak*^[363]. También le nombró valí de la ciudad de Cambay, bajo la jurisdicción del rey Muqbil, lugarteniente del visir.

Una vez en Cambay, Tāy ad-Dīn envió barcos al Malabar, Ceilán y otros lugares, que regresaron con artículos y presentes extraordinarios, de modo que su posición mejoró considerablemente. No habiendo enviado aún a la capital los tributos de estas comarcas, el rey Muqbil mandó recado de que lo hiciese, según lo establecido, junto con los presentes y objetos de valor. Ibn al-Kawlamī rehusó diciendo: «Yo mismo lo

llevaré o bien lo enviaré con mis servidores, pero ni el visir ni su lugarteniente tienen poder alguno sobre mí». Comportóse así engreído por los honores y dádivas que había recibido del sultán. Muqbil informó al visir de este asunto y recibió su respuesta al dorso de la carta: «Si eres incapaz de hacer que se nos obedezca en nuestras comarcas, déjalas y regresa junto a nosotros». Al leer esta advertencia, Muqbil, al frente de sus tropas y mamelucos, entabló combate con Ibn al-Kawlamī en las afueras de Cambay. Este fue derrotado, aunque hubo bajas en los dos ejércitos.

Ibn al-Kawlamī se ocultó en casa del capitán de barco Ilyās, un importante mercader. Muqbil entró en Cambay e hizo decapitar a los jefes del ejército contrario. Concedió después un amán a Ibn al-Kawlamī con la condición de que se quedase solamente con su hacienda propia y entregase los tesoros y regalos debidos al sultán, así como las rentas de la ciudad. Muqbil remitió al sultán todas estas riquezas bajo el cuidado de sus servidores y le escribió quejándose de Ibn al-Kawlamī. Este, por su parte, escribió también al sultán quejándose del rey Muqbil. El soberano envió al rey de los magistrados para que decidiese sobre sus querellas.

Inmediatamente después de estos hechos, tuvieron lugar la revuelta del cadí Ŷalāl ad-Dīn y el pillaje de los bienes de Ibn al-Kawlamī, que huyó junto con algunos de sus mamelucos, yendo a reunirse con el sultán.

La carestía que se adueñó de las tierras de la India

En el tiempo que el sultán estuvo ausente de la capital, con motivo de su viaje a la Costa de Coromandel, encareciéronse todos los productos de forma desaforada. El *mann* de trigo subió a sesenta *dirhams* y aún siguió aumentando^[364]. La penuria fue general y la situación se hizo muy grave. Un día salía yo de la ciudad a reunirme con el visir y vi cómo tres mujeres estaban cortando en pedazos la piel de un caballo, que llevaba varios meses muerto, para comérsela a continuación. Hízose habitual cocer estos pellejos para venderlos en los zocos. Cuando se degollaba algún buey, la gente acudía a beber la sangre. Estudiantes del Jurāsān me contaron que entraron en una ciudad llamada Ikrūha, entre Ḥānsī y Sarsatī, y la encontraron desierta. Se dirigieron a una casa cualquiera para pasar la noche y encontraron en una habitación a un individuo que había encendido fuego y sostenía entre sus dedos una pierna humana, que comióse una vez asada. ¡Que Dios nos guarde de una acción semejante!

Habiendo llegado el hambre a un punto extremo, el sultán ordenó que se distribuyesen entre toda la población de Delhi víveres para seis meses. Cadíes, secretarios y emires recorrieron calles y barrios haciendo un censo de los habitantes y dando a cada uno las provisiones para medio año, a razón de arrelde y medio magrebí por día y persona. En esta época yo proveía de alimento a la gente, a fin de que pudieran subsistir, con lo que mandaba preparar en el mausoleo del sultán Quṭb ad-Dīn, como contaremos más adelante. ¡Que Dios Altísimo nos tenga en cuenta el

cuidado que en ello pusimos!

Puesto que ya hemos dado noticia suficiente del sultán y de los hechos que tuvieron lugar en su reinado, pasemos pues a lo que a nosotros concierne en relación con todo ello. Relataremos, para empezar, nuestra llegada a Delhi y las vicisitudes que pasamos hasta el momento en que dejamos el servicio del sultán; a continuación, cómo fue nuestra separación del sultán para cumplir el cometido de embajador suyo en China; y, finalmente, el retorno a nuestro país. Si Dios quiere.

Entrada en el palacio del sultán, a nuestra llegada a la capital, durante su ausencia

Cuando llegamos a Delhi, la capital, nos dirigimos a la residencia del sultán. Después de atravesar la primera, segunda y tercera puertas, encontramos allí a los oficiales ya mencionados. Al llegar ante ellos, el jefe nos condujo a una magnífica y amplia sala de audiencia en la que se encontraba el visir Jawāyha Yihān, el cual nos esperaba. El primero de nosotros que entró en la sala fue ʿIyāʿ ad-Dīn Juḍāwand Zādah, al que siguieron sus hermanos Qiwām ad-Dīn y ʿImād ad-Dīn; yo entré tras ellos seguido de Burhān ad-Dīn, otro hermano de los anteriores, del emir Mubārak aṣ-Ṣamarqandī, el turco Arun Bugā, Malik Zādah, sobrino de Juḍāwand Zādah, y Badr ad-Dīn al-Faṣṣāl. Cuando hubimos atravesado la tercera puerta, apareció ante nuestros ojos la gran sala de recepción llamada Hazār Uṣṭūn, que quiere decir «mil columnas», destinada por el sultán a las audiencias públicas. El visir se inclinó hasta casi tocar el suelo con la cabeza; nosotros saludamos también y nos prosternamos tocando el suelo con los dedos en dirección al lugar donde se hallaba el trono del sultán. Todos los que me acompañaban saludaron del mismo modo. Cumplida esta ceremonia, los oficiales gritaron en alta voz: «¡En el nombre de Dios!» Y salimos de allí.

Llegada al palacio de la madre del sultán y mención de las virtudes de esta señora

Se conoce a la madre del sultán por el nombre de «dueña del universo» [Majdūrna Ŷihān], y es una virtuosa mujer. Movida por sus caritativos sentimientos fundó numerosas zagüías en las que se da de comer a los viajeros. Es ciega y el origen de su mal es el siguiente: cuando su hijo fue elevado al trono, ella recibió la visita de todas las princesas, así como de las hijas de reyes y emires, ataviadas con sus mejores galas. Todas se inclinaron ante la madre del sultán, que estaba sentada en

un trono de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Fue entonces cuando perdió súbitamente la vista. Se le aplicaron numerosos tratamientos, ninguno con éxito. Su hijo siente por ella un respeto extraordinario; ejemplo de ello es que en una ocasión en que su madre viajó con él, habiendo llegado primero el sultán, fue a recibirla y, bajando de su caballo, besó el pie de su madre, que se encontraba en un palanquín, a la vista de todos.

Regresemos a nuestro asunto.

Cuando salimos del palacio del sultán, el visir nos condujo a Bāb aş-Şarf, que llaman también «Puerta del harén», residencia de Majdūma Ŷihān. Llegados a la puerta, dejamos nuestras cabalgaduras. Cada uno de nosotros llevaba un regalo para la princesa de acuerdo con sus posibilidades. Entró con nosotros el gran cadí de los mamelucos, Kamāl ad-Dīn b. al-Burhān que, al llegar a la puerta, se inclinó para saludar; el visir hizo otro tanto y nosotros les imitamos. Un secretario situado junto a la puerta de la princesa tomó nota de nuestros presentes; salieron algunos jóvenes criados cuyos jefes se dirigieron hacia el visir y mantuvieron con él una conversación privada; regresaron después al alcázar, volvieron de nuevo a hablar con el visir y entraron en el palacio una vez más. Durante todo este tiempo permanecimos de pie pero más tarde se nos permitió sentarnos en un banco. A continuación trajeron manjares en unos recipientes de oro que los hindúes llaman *suyun*, parecidos a calderos y que están provistos de unos soportes, también de oro, sobre los que descansan, llamados *subuk*. Trajeron copas para beber, fuentes y aguamaniles, todo de oro. Los alimentos fueron colocados en dos mesas, formando en ambas dos filas, a la cabecera de las cuales se situaba el personaje más principal de entre los presentes; cuando avanzamos hacia las mesas, los chambelanes y oficiales se inclinaron y nosotros saludamos igualmente. Se sirvió la sopa y a su término, dijeron los chambelanes: «¡En el nombre de Dios!». Comimos y a continuación nos sirvieron bebidas de frutos fermentados y hojas de betel, al tiempo que volvían a exclamar los chambelanes: «¡En el nombre de Dios!». Todos nos inclinamos, invitándonos entonces a pasar a un lugar donde nos entregaron vestiduras de honor de seda brocada en oro. Fuimos conducidos luego a la puerta del alcázar; allí volvimos a saludar, correspondiendo los chambelanes a nuestro saludo con la frase ritual. Todos permanecimos de pie, al igual que el visir. Del interior del palacio sacaron un cofre con ropas inconsútiles. Las había de seda, lino y algodón: cada uno recibimos nuestra parte. Después trajeron una gran bandeja de oro con frutos secos, otra con almíbar y una tercera que contenía betel. Es costumbre que aquel a quien se le presentan estas cosas tome la bandeja con una mano y la coloque a su espalda, al tiempo que inclina la otra mano hacia el suelo. El visir cogió una de las bandejas con el fin de mostrarme lo que debía hacer, en un gesto de cortesía, modestia y bondad de su parte. ¡Que Dios se lo pague! Hice, pues, como él me indicó y a continuación nos dirigimos a la casa que se nos había destinado en la ciudad de Delhi, cerca de Dirwāza Bālim [Puerta de

B.], a donde nos enviaron una magnífica adiafa.

De la hospitalidad recibida

Cuando llegué a la mansión que se me había asignado, encontré en ella todo lo necesario: cojines, tapices, esteras, una vajilla y una cama. Las camas en la India son muy ligeras, un solo hombre puede transportarlas. Los viajeros suelen llevar consigo la suya propia, encargándose un esclavo de cargarla sobre la cabeza. Consiste en cuatro pies cónicos sobre los que se colocan cuatro bastones entre los cuales se ha tejido una red de seda o algodón. Al tenderse en ella no se necesita ninguna otra cosa para que resulte blanda, ya que es lo bastante mullida por sí sola. Recibí con la cama dos cobertores, dos almohadas y una gran colcha, todo ello de seda. Los hindúes recubren los cobertores y colchas con fundas blancas de lino o algodón; cuando están sucias se lavan, preservándose siempre así lo de dentro. Esa misma noche se presentaron dos hombres, uno de los cuales era el tahonero, al que allí llaman *al-jarrāṣ*, y el otro el matarife, al que dicen *al-qaṣṣāb*. Nos dijeron: «Tomad este tanto de harina y este tanto de carne», medidas que no sabría precisar ahora, aunque sí puedo decir que suelen proporcionar igual cantidad de lo uno y de lo otro. Todo esto que hemos mencionado constituía la hospitalidad de la madre del sultán. Más tarde recibiríamos la del monarca, como contaremos a continuación.

Al día siguiente nos dirigimos en nuestros caballos al palacio del sultán y saludamos al visir, que me entregó dos sacas de dinero, cada una con mil dinares de plata, al tiempo que me decía: «Para que te laves la cabeza». Me regaló también un vestido de ceremonia tejido con pelo de cabra y anotó en un registro a todos mis compañeros, servidores y esclavos, a los que dividió en cuatro categorías: la primera recibió doscientos dinares por persona; la segunda, ciento cincuenta; la tercera, cien y la cuarta setenta y cinco. El número total era de unos cuarenta individuos y la suma embolsada ascendía a cuatro mil dinares y pico. Luego fijaron la adiafa que nos donaba el sultán en mil arrelde hindúes de harina, un tercio de los cuales era de *mīrā* o flor de harina y los dos tercios restantes de *juškār*, o sea, de salvado o harina sin cerner; mil arrelde de carne; un considerable número, que ahora no puedo recordar, de arrelde de azúcar, manteca, *salīf* [¿] y nuez de areca, y mil hojas de betel. El arrelde hindú equivale a veinte magrebíes y a veinticinco egipcios. Las provisiones de hospitalidad recibidas por Judāwand Zādah fueron: cuatro mil arrelde de harina; otros tantos de carne y el resto de lo que hemos mencionado, en proporción a lo anterior.

De la muerte de mi hija y de las ceremonias que se realizaron con tal

motivo

Un mes y medio después de mi llegada a Delhi perdí una hija de poco menos de un año de edad. La noticia llegó a oídos del visir, que ordenó que fuera inhumada en una zagüía fundada por él a extramuros de la puerta llamada de Dirwāza Bālim, cercana a la tumba de nuestro jeque Ibrāhīm al-Qūnawī y allí la enterramos. El visir escribió al sultán a este respecto, recibiendo su respuesta la tarde del siguiente día, a pesar de que entre el lugar en que se encontraba cazando el sultán y la capital había una distancia de diez jornadas:

Los hindúes suelen visitar la tumba del muerto la mañana del tercer día después del entierro. Alrededor del sepulcro extienden alfombras y telas de seda y sobre él colocan flores, que en aquel país brotan en cualquier estación del año, como jazmines, nardos amarillos, flores blancas de *raybūl*, rosas de almizcle blancas y amarillas. Adornan además la tumba con ramas de naranjo y limonero cuajadas de frutos y, si no los tuvieran, ellos mismos los sujetan con hilos. También derraman por cima del sepulcro frutos secos y nueces de coco. La gente se reúne alrededor de la tumba y se lee el *Corán*. Cuando finaliza la lectura se sirve agua de julepe y, a continuación, se rocía profusamente a los presentes con esencia de rosas. Finalmente se sirve el betel y termina la ceremonia.

La mañana del tercer día después del entierro de la niña salí temprano, según lo acostumbrado, para preparar todas las cosas que acabo de mencionar, encontrándome con que el visir había dado ya la orden de que se dispusiera todo lo necesario y que había hecho levantar una gran tienda sobre la sepultura. Allí estaban el chambelán Šams ad-Dīn al-Fūšanŷī, con el que nos encontramos en el Sind, el cadí Nizām ad-Dīn al-Karwāni y un numeroso grupo de ciudadanos principales. Cuando yo llegué habían ya ocupado sus puestos y leían el *Corán*, dirigidos por el chambelán. Tomé asiento junto con mis compañeros al lado de la tumba. Una vez acabada la lectura, los almocríes recitaron algunas aleyas con sus hermosas voces. El cadí se levantó e hizo la elegía de la niña fallecida, seguida de un panegírico dedicado al sultán. Al ser mencionado su nombre, los asistentes se pusieron en pie e hicieron una reverencia. Sentados de nuevo, el cadí recitó una emotiva plegaria.

El chambelán y los suyos abrieron los barriles de agua de rosas y la esparcieron sobre los presentes; pasaron después copas llenas de una bebida preparada con azúcar cande y, finalmente, hojas de betel. Luego trajeron once trajes de honor para mí y mis compañeros. El chambelán y todos nosotros montamos a caballo y juntos nos dirigimos al palacio del sultán; una vez allí nos inclinamos ante el trono, según la costumbre. Regresé a mi morada y, apenas llegar, me entregaron tal cantidad de manjares, enviados por Majdūma Ŷihān, madre del soberano, que había con qué llenar mi casa y las de mis compañeros. Comieron todos ellos, comieron los pobres y aún sobraron panes, dulces y azúcar cande, que sirvieron para algunos días más. Todo esto se hizo por orden del sultán.

Algún tiempo después, los criados de Majdūma Ŷihān vinieron a mi casa con un palanquín, especie de litera en la que se transporta tanto a mujeres como a hombres. Semeja un trono cuyo baldaquino consiste en un trenzado de seda o algodón sobre el cual se coloca una barra de madera parecida a la que llevan nuestras sombrillas. Esta barra curvada está hecha de bambú prieto. Ocho hombres, en turnos de a cuatro, se necesitan para llevar estos palanquines: cuatro descansan y otros tantos cargan con ellos. Dichas literas hacen en la India el mismo servicio que los asnos en Egipto. La mayor parte de la gente va y viene por este medio de transporte. Aquel que tiene esclavos se hace llevar por ellos de esta guisa y el que no los tiene contrata hombres con este fin. Algunos de estos hombres se sitúan en los mercados, en la puerta del sultán o a la puerta de otras casas, para ofrecer sus servicios. Los palanquines destinados a las mujeres van cubiertos con una cortinilla de seda; así era el que los criados habían traído del palacio de la madre del sultán. Acomodaron en él a mi esclava, la madre de la niña fallecida, a la que hice acompañar por una sirvienta turca que yo enviaba como regalo. La madre de la niña pasó esa noche en casa de Majdūma Ŷihān, regresando al día siguiente. Traía consigo mil dinares de plata; brazaletes de oro con incrustaciones de pedrería; una media luna de oro, adornada también con piedras preciosas; una camisa de lino bordada con hilo de oro, un vestido de ceremonia de seda dorada y un cofre con ropas. Cuando llegó con todo esto, entregué una parte a mis compañeros y otra a mis acreedores, como garantía personal y salvaguardia de mi honor, teniendo en cuenta que los informadores enteraban al sultán de todo aquello que me concernía.

De los favores que recibí del sultán y del visir durante la ausencia del primero

En el tiempo de mi estancia en Delhi, el sultán ordenó que se me asignase un cierto número de aldeas con una renta de cinco mil dinares por año, que me fueron entregadas por el visir y los miembros del Diván.

Salí, pues, hacia los lugares que me correspondían: Badalī, Basahī y la mitad de Balara, situados a dieciséis *kurūb* o millas de Delhi, en el *Ṣadī* llamado de Hindu But. Se da el nombre de *ṣadī* a la reunión de cien villas. El alfoz de la capital se divide en centenas de pueblos, cada una de las cuales cuenta con un *ŷawtarī*, jeque entre los hindúes, y un *mutaṣarrif* o administrador encargado de recaudar los impuestos.

Acababan de llegar a Delhi, por aquellos días, unos cautivos infieles y el visir me envió, de entre ellos, diez muchachas. Entregué una de las esclavas al hombre que las trajo, pero, al parecer, no quedó satisfecho; mis compañeros se quedaron con tres de las más jóvenes e ignoro lo que fue de las demás. Las mujeres cautivas no tienen apenas valor en la India debido a su suciedad y a su ignorancia de los hábitos ciudadanos. Incluso las que han sido instruidas cuestan poco, de modo que allí

comprar esclavas está al alcance de cualquiera.

Los infieles ocupan en este país poblaciones y territorios contiguos a los de sus vencedores musulmanes, pero se hacen fuertes en las montañas y otros parajes inhóspitos: suelen habitar en algaidas de bambúes, cuyas cañas son gruesas y compactas, muy sólidas, tupidamente entrelazadas y resistentes al fuego. Estos cañaverales les sirven de muralla y para encerrar el ganado y guardar las cosechas, permitiéndoles además recoger con facilidad el agua de lluvia. Es imposible hostigarles allí, a no ser con tropas avezadas que entren con instrumentos especiales para cortar las cañas.

La fiesta que tuvo lugar durante la ausencia del sultán

La fiesta de la ruptura del ayuno llegó sin que el sultán hubiera regresado a Delhi. El día señalado, el jatib, con ropas negras, subió a un elefante en cuyo lomo se había instalado una especie de trono con cuatro estandartes en los extremos. Los almuédanos, también en elefantes, iban delante de él diciendo: «¡Dios es grande, Dios es grande!». Los alfaquies y cadíes de la ciudad iban a caballo portando cada uno una limosna para repartirlas al llegar al oratorio en el que se había colocado una gran tienda de algodón alfombrada con tapices. Las gentes acudieron alabando a Dios el Altísimo. El jatib oró con ellas y pronunció un sermón, regresando después los fieles a sus casas. A continuación nos dirigimos al palacio del sultán, donde se celebró la comida, a la que asistieron los *reyes*, emires y personajes extranjeros. Después de comer nos retiramos.

De la llegada del sultán y nuestro encuentro con él

En el cuarto día del mes de Šawwāl^[365] llegó el sultán al castillo de Tilbat, a siete millas de la capital. El visir ordenó que fuéramos a recibirle y nos dirigimos allí, llevando cada uno de nosotros un regalo para el sultán, ya fueran caballos, camellos, frutos del Jurāsān, espadas egipcias, mamelucos u ovejas traídas de Turquía. Llegamos a la puerta del alcázar, encontramos reunidos allí a todos los demás visitantes, que fueron entrando según el rango de cada uno y recibiendo, una vez terminada la audiencia, trajes de honor de lino brocado en oro. Cuando me llegó el turno de entrada, hallé al sultán sentado en un sillón, tomándole por uno de los chambelanes hasta que vi con él al rey de su comensalía, Nāṣir ad-Dīn al-Kāfi al-Harawī, al que había conocido durante la ausencia del monarca. El chambelán me hizo la venia y yo le correspondí. El emir chambelán, un primo del sultán llamado Firāz, vino a mi encuentro y yo me incliné de nuevo imitando su gesto. Entonces, el

rey de la comensalía exclamó: «¡En el nombre de Dios, Mawlānā Badr ad-Dīn!», pues así me llamaban en la India. En cuanto al tratamiento de *mawlānā* («nuestro señor»), se da allí a todo individuo letrado. Me aproximé al sultán, que me estrechó y retuvo la mano y, dirigiéndose a mí en tono afable, me dijo en persa: «La bendición ha descendido sobre nosotros; tu llegada es grata: estáte tranquilo. Seré misericordioso contigo y te daré tantas riquezas que los tuyos al saberlo vendrán a ti». Me preguntó después cuál era mi país y yo le respondí que el Magreb. « ¿El país de ‘Abd al-Mu’min?», me dijo. «Sí», le contesté. Cada vez que me dirigía una palabra amable yo le besaba la mano, lo cual ocurrió siete veces. Entregóme un vestido de honor y me retiré.

Reunidos los presentes, se les obsequió con un festín que presidían el gran cadí Ṣadr al-Ġihān Nāṣir ad-Dīn al-Juwārizmī, uno de los más importantes alfaquíes; el gran cadí de los mamelucos, Ṣadr Ġihān Kamāl ad-Dīn al-Gaznawī; ‘Imād al-Mulk, veedor de los mamelucos; el rey Ġalāl ad-Dīn al-Kīyī, así como un grupo de chambelanes y emires. También se encontraban allí Juḏāwand Zādah Giyāṭ ad-Dīn, primo hermano de Juḏāwand Zādah Qiwām ad-Dīn, cadí de Termeḏ, que había llegado conmigo y al que el sultán respetaba en gran manera, llamándole «hermano mío». Este venía con frecuencia a visitar al soberano. Los forasteros que recibieron las ropas de honor en esta ocasión fueron: Juḏāwand Zādah Qiwām ad-Dīn; sus tres hermanos Ḍiyā’ ad-Dīn, ‘Imād ad-Dīn y Burhān ad-Dīn y el hijo de su hermana, Amīr Bajt b. aṣ-Ṣayyid Tāy ad-Dīn, cuyo abuelo, Waḡīṯ ad-Dīn era visir del Jurāsān, mientras que su tío materno, ‘Alā’ ad-Dīn, fue emir de la India y también visir; el emir Hibat Allāh b. al-Falakī at-Tabrīzī, cuyo padre era lugarteniente del visir en el Iraq y fundador en Tabrīz de la *madrassa* de su nombre, «al-Falakiyya»; el rey Kirāy, de los descendientes de Bahrām Ġūr, compañero de Cosroes, procedente de la montaña de Badajšān, lugar de donde se extraen los jacintos *balajš* y la piedra de lapislázuli; el emir Mubārak Šāh aṣ-Ṣamarqandī; Arūn Bugā al-Bujārī; Malik Zādah at-Tarmaḏī; y Šihāb ad-Dīn al-Kāzarūnī, el mercader que traía desde Tabrīz regalos para el sultán y que fue saqueado en el camino.

De la entrada del sultán en Delhi y de las cabalgaduras que ordenó nos fuesen entregadas

Al día siguiente de nuestro encuentro con M. Šāh, cada uno de nosotros recibió un alfaraz de las cuabras reales con silla y jaeces de gala. El sultán montó a caballo para entrar en la capital y nosotros hicimos otro tanto, cabalgando en vanguardia junto con Ṣadr Ġihān. Los dieciséis elefantes iban delante del soberano, engalanados con estandartes y otras tantas sombrillas, de seda brocada unas y ornadas con pedrería las restantes; uno de estos quitasoles cubría también al sultán. Precediéndole de inmediato, llevaban la gualdrapa de su silla de montar, con incrustaciones de piedras

preciosas. Pequeñas catapultas fueron colocadas sobre algunos elefantes y —cuando el sultán se aproximó a la ciudad— se lanzaron monedas de oro y plata, que las gentes de a pie que iban delante y otras personas de entre la multitud se apresuraban a recoger. Esto continuó hasta llegar al alcázar: millares de personas se agolpaban ante la comitiva. Se construyeron pabellones de madera, forrados de seda, para albergar a las cantantes, según hemos explicado anteriormente.

De nuestra visita al sultán y de los favores y cargos que nos concedió

El viernes, segundo día de la llegada del sultán, nos dirigimos hacia la puerta de la gran sala de audiencia y nos sentamos en los bancos de la puerta tercera, puesto que aún no habíamos recibido permiso para entrar. Momentos después, salió el chambelán Šams ad-Dīn al-Fūšanî y ordenó a los secretarios que tomaran nota de nuestros nombres y nos permitieran pasar, así como a algunos de los que nos acompañaban, ocho de ellos, para ser exactos. Entramos pues. A continuación trajeron sacas de dinero y una balanza. El cadí supremo y los secretarios, desde sus asientos, fueron llamando a los personajes extranjeros, que estaban en la puerta, y entregando a cada cual su parte del dinero. Me correspondieron cinco mil dinares, del monto de cien mil que la madre del sultán distribuyó con motivo del regreso de su hijo. Esto fue todo por ese día.

Más tarde, el sultán nos mandó llamar para que fuéramos a comer con él. Se interesó por nuestra situación, escogiendo las más gratas frases. Un día nos dijo: «Nos habéis honrado tanto con vuestra visita que no alcanzaríamos nunca a recompensároslo justamente. El más anciano de entre vosotros será considerado como mi padre; el de edad madura como mi hermano; y el más joven como hijo mío. En mi reino no hay nada más valioso que esta ciudad: la pongo en vuestras manos». Le dimos las gracias y le colmamos de bendiciones. A continuación nos asignó diversas pensiones; me correspondieron doce mil dinares al año, amén de añadir a las tres poblaciones que se me habían confiado tiempo atrás otras dos aldeas: Ŷawza y Malikpūr.

Otro día ríos envió a Juḍāwand Zādah Giyāt ad-Dīn y a Quṭb al-Mulk, gobernador del Sind, con la siguiente embajada: «El señor del mundo quiere haceros saber que aquel de vosotros que esté en condiciones de desempeñar las funciones de visir, secretario, emir, cadí, maestro o jeque en una zagüía, será investido por él con cualquiera de dichos cargos». Todos callaron, pues lo que deseaban era adquirir riquezas y regresar después a su país. Amīr Bajt b. aṣ-Ṣayyid Tāy ad-Dīn, del que ya hemos hablado, tomó la palabra y dijo: «El visirato es precisamente mi predio, y en cuanto al secretariado es mi ocupación: no sé otra cosa». Hibat Allāh b. al-Falakī habló del mismo modo; entonces Juḍāwand Zādah me dijo, en árabe: «¿Qué dices tú, oh mi señor?». Las gentes de este país, incluso el mismo sultán, siempre que se

dirigen a un árabe le dan el tratamiento de «señor» [*sayyidī*], como señal de respeto hacia este pueblo. Contesté: «Las funciones de visir o secretario no están hechas para mí; en cuanto a las de cadí y jeque, son mis ocupaciones y las de mis antepasados. Por lo que se refiere a la dignidad de emir, vosotros sabéis que los persas no han adoptado el Islam sino por las espadas de los árabes».

El sultán enteróse de nuestras respuestas cuando se encontraba comiendo en la gran sala llamada de «las mil columnas». Pareciéndole bien mis palabras, nos mandó llamar y comimos con él; después nos retiramos al exterior de la dicha sala de audiencia, sentándose allí mis compañeros mientras yo abandonaba el lugar, a causa de un furúnculo que me impedía sentarme. El sultán nos reclamó otra vez y mis compañeros me excusaron ante él. Regresé después de la oración de la tarde y cumplí los rezos de la puesta del sol y de la noche en la sala de audiencia. Salió entonces el chambelán y nos llamó. Primero entró Juḏāwand Zādah Ḍiyā' ad-Dīn, el primogénito de los tres hermanos antes mencionados. El sultán le nombró *amīr dād* o «emir de la justicia», un cargo importante entre los emires: preside el tribunal del cadí y convoca a todo aquel que tenga algún derecho que sostener contra un emir o personaje ilustre. El soberano fijó su salario en cincuenta mil dinares por año, asignándole tierras que alcanzasen de renta esta suma y adelantándole dicha cantidad al contado. Le revistió también con una túnica de honor de seda brocada en oro a la que se da el nombre de «la imagen del león», debido a que lleva por delante y por la espalda la figura de esa fiera. En el forro de la túnica se había cosido una nota en la que constaba la cantidad de oro empleada en los bordados. Recibió también un alfaraz de la raza primera; digo primera porque en la India se conocen cuatro razas de caballos. Las sillas de montar son similares a las egipcias, recubiertas casi siempre de plata sobredorada.

El segundo en entrar fue Amīr Bajt. El sultán le ordenó sentarse con el visir en el cojín de éste y ocuparse de las cuentas de las cancellerías. Fijó sus honorarios en cuarenta mil dinares por año, asignándole tierras con una renta por esta cantidad y entregándole la misma suma al contado. Ordenó que se le diese un caballo ensillado y embridado y una vestidura de honor parecida a la recibida por Ḍiyā' ad-Dīn, además de nombrarle Šaraf al-Mulk o «gloria del reino».

Hibat Allāh b. al-Falakī entró en tercer lugar y el sultán le nombró *rasūl dār* o chambelán de las embajadas. Su sueldo se fijó en veinticuatro mil dinares por año, asignándole campos que rindiesen esa cantidad y recibiendo dicho monto en mano, un caballo enjaezado y una vestidura de honor. El sultán le nombró Bahā' al-Mulk o «esplendor del reino».

Al entrar yo, encontré al sultán en la azotea del alcázar, reclinado en el trono; junto a él se encontraban el visir Jawāyha Ŷihān y el gran rey Qabūla. Saludé y me dijo Qabūla, que estaba en pie: «Presenta tus respetos al señor del mundo, pues te ha nombrado cadí en Delhi, la capital del reino, fijando tus honorarios en doce mil dinares por año y asignándote tierras que dan igual rendimiento. Ha ordenado que se te paguen asimismo doce mil dinares al contado, que podrás recoger del tesoro

mañana, si Dios quiere. Se te entregarán además un caballo con silla y brida y una vestidura *maḥārībī*»; así llaman al vestido de honor que lleva en el pecho y en la espalda la imagen de un mihrab. Hice una profunda reverencia y Qabūla me llevó de la mano ante el sultán, que dijo: «No pienses que el cadiazgo de Delhi es un cargo poco importante, entre nosotros lo es más que ningún otro». Entendí sus palabras pero no sabía responderle correctamente en persa; el sultán, por su parte, comprendía el árabe aunque no lo hablaba bien. Así pues, le dije: «¡Oh, nuestro señor, yo profeso el rito *mālikī* y los habitantes de Delhi son *ḥanafīes*, además de ignorar su lengua». Me respondió el sultán: «He elegido ya como ayudantes tuyos a Bahā' ad-Dīn al-Multānī y a Kamāl ad-Dīn al-Biḥnawrī, que te ayudarán a deliberar, siendo tú el que dictamine los juicios; ocuparás el lugar de un hijo para mí». Contesté entonces: «Seré vuestro esclavo y servidor», a lo que el sultán replicó en árabe: «Muy al contrario, tú eres nuestro dueño y señor», demostrando así su humildad, bondad y cortesía. A continuación, dirigiéndose a Šaraf al-Mulk Amīr Bajt, dijo: «En caso de que lo asignado no le baste, debido a sus muchos gastos, le daré además una zagüía, si es que puede atender los asuntos de los faquires». Y añadió: «Díselo en árabe», pensando que Amīr Bajt lo hablaba bien. Pero no era así. Comprendiéndolo, el sultán le dijo: «Marchad los dos por hoy y dormid juntos en algún lugar; hazle comprender mis palabras; mañana, si Dios quiere, regresa y comunícame su respuesta». Partimos pues. Todo esto acontecía en el primer tercio de la noche, habiéndose tocado ya cubrefuego. En la India, nadie sale después de esta señal: así pues, esperamos a que saliera el visir para irnos con él. Las puertas de Delhi estaban cerradas, por lo que pasamos la noche en casa de Sayyid Abū-l-Ḥasan al-'Ibādī al-Irāqī en la calle Sirāpūr Jān. Este jeque comerciaba en nombre del sultán, comprando armas y mercancías en el Iraq y el Jurāsān. Al día siguiente, el sultán nos mandó llamar y recibimos el dinero, los caballos y las ropas de honor. Cada uno de nosotros tomó la saca de los dinares, se la echó al hombro y entró así a saludar al sultán. Trajeron los caballos y, tras besar sus cascos, previamente cubiertos con trapos, los condujimos a la puerta del palacio y allí montamos. En la India es necesario observar todas estas ceremonias. Al retirarnos, el sultán mandó que les fueran entregados a mis compañeros dos mil dinares y diez vestidos de honor. A los acompañantes de los otros personajes no les dio nada, pero los míos tenían una prestancia y un aspecto que satisficieron al sultán. Ellos le saludaron respetuosamente y él les dio las gracias.

De una segunda gratificación que me otorgó el sultán, cuyo pago se retrasó

Me hallaba un día cerca de la sala de audiencias tiempo después de haber sido investido con el cadiazgo y de haber recibido los favores del sultán. Estaba sentado bajo un árbol, teniendo a mi lado a Mawlānā Nāṣir ad-Dīn at-Tarmaḍī, el sabio

predicador, cuando llegó un chambelán buscándole. Nāṣir ad-Dīn presentóse ante el sultán, que le obsequió con un traje de honor y un *Corán* con engastes de perlas. Al rato, otro chambelán vino hacia mí y me dijo: «Dáme alguna cosa y te procuraré un pagaré por valor de doce mil dinares que el señor del mundo ha ordenado se te entregue». No di crédito a sus palabras pensando que pretendía engañarme, pero al insistir él, uno de mis compañeros dijo: «Yo le daré algo». Le dio pues dos o tres dinares y el chambelán trajo un *jaṭṭ jurd*, que quiere decir «pequeña nota», en el que, efectivamente, se decía: «El señor del mundo ordena que le sea pagada del gran tesoro a Fulano tal cantidad, bajo la responsabilidad y previo conocimiento de Mengano». Aquél que transmite la orden escribe en ella su nombre, firmando también este albalá tres emires: el gran *jān* Quṭlū Jān, preceptor del sultán; el *jariṭa dār* o encargado de las resmas de papel y de los cálamos, y el emir Nukbiya, *dawādār* o encargado de los tinteros. Una vez firmado por éstos, el albarán es enviado a la oficina del visir, donde los secretarios hacen una copia de él; después se registra en las dependencias de visados y en las de la veeduría. Finalmente, se redacta la *barwāna* o licencia del visir para que el tesorero desembolse la suma indicada. Este último toma nota de ello, pues todos los días hace un informe de las cantidades que el sultán ha mandado pagar y se lo presenta al soberano. Cuando éste desea que el dinero se libre inmediatamente da las órdenes pertinentes, y cuando quiere retrasarlo suspende la decisión; en cualquier caso, el pago se cumple siempre aunque sea bastante tiempo después de haber sido redactado el documento.

Recibí estos doce mil dinares, y otras cantidades, seis meses más tarde, tal como contaré ahora.

En la India tienen por norma descontar un décimo del total de las gratificaciones concedidas por el sultán. Si, por ejemplo, ha prometido cien mil dinares, no se entregan más que noventa mil y si ha ordenado que se paguen diez mil, se libran nueve mil.

De cómo mis acreedores me exigían el pago de la deuda; de mi panegírico al sultán; de su decisión de saldar él mis débitos y del retraso en la ejecución de su orden

Ya he contado la deuda que contraí con unos mercaderes, suma que agoté en el viaje del Sind a Delhi, en la adquisición del regalo para el sultán de la India y en pagar los gastos de mi estancia en la capital. Cuando los comerciantes decidieron regresar a su país, insistieron en cobrar su préstamo. Compuse entonces un panegírico al sultán en una larga *qaṣīda*, en metro *ṭawīl*, que comienza así:

A ti venimos, venerado Príncipe de los Creyentes,

*atravesando presurosos el desierto.
Llego como un peregrino al lugar de tu sabiduría:
tu morada es un albergue digno de ser visitado.
Si hubiese por encima del sol un lugar para la gloria,
merecería que fueses el imán de su grandeza.
Pues tú eres el único y noble imán,
de natural puro y sincero en palabras y actos.
Tu desbordante largueza espero que cubra mi necesidad,
mi meta es una cosa fácil para tu nobleza.
¿Debo mencionarla, o bien el temor a Vuestra Majestad debe vedármelo?
Sin embargo —que Dios alargue Vuestra vida—, es mejor que lo declare.
Apresúrate a saldar las deudas de aquel que ha venido a tu país para visitarte:
en verdad, los acreedores apremian.*

Presenté mi poema al sultán, que estaba sentado en un sillón; puso el papel sobre sus rodillas y tomó uno de sus extremos con la mano. Yo lo sostenía por la otra punta e iba leyendo. A medida que finalizaba un verso, decía al gran cadí Kamāl ad-Dīn al-Gaznawī: «Explicadle el sentido al señor del mundo». Él lo explicaba ante la satisfacción del soberano, pues la corte de Delhi gusta de la poesía árabe. Al llegar al pasaje: «Apresúrate a saldar las deudas de aquel que ha venido...», exclamó el sultán: «¡Misericordia!», como queriendo decir «Tendré compasión de ti». Me tomaron entonces los chambelanes de la mano con la intención de conducirme, según la costumbre, al lugar fijado para el saludo, pero el monarca les dijo: «Dejadle que acabe de recitar el poema». Cuando terminé, hice una reverencia y fui felicitado por los asistentes. Algún tiempo después escribí una súplica, allí llamada *‘arḍ dāšt*, y la puse en manos de Quṭb al-Mulk, gobernador del Sind, que a su vez la remitió al sultán, el cual dijo: «Ve a Jawāyha Yihān y díle que pague esas deudas». Quṭb al-Mulk llevó el mensaje, de modo que el visir quedó enterado y dispuesto a cumplir el mandato real. Mas demoróse unos días y, entretanto, el soberano le ordenó que se trasladase a Dawlat Ābād, partiendo él mismo de caza y no pudiendo recibir yo por ambas circunstancias la suma necesaria, sino tiempo después. Voy a explicar ahora la causa del retraso en el pago de este dinero.

Cuando mis acreedores decidieron partir de Delhi, les dije: «Cuando me dirija al palacio del sultán, increpadme, según la costumbre de este país». Yo sabía que al enterarse el monarca de esto les pagaría al punto, ya que, entre ellos, cuando el acreedor de un personaje protegido por el sultán quiere recobrar su dinero espera a su deudor a la puerta del palacio del soberano y le dice, cuando se dispone a entrar: «Oh, enemigo del sultán, juro por su cabeza que no entrarás hasta que me hayas pagado», no pudiendo el moroso moverse de allí hasta haber satisfecho a su acreedor o haber obtenido de él una demora.

Sucedió que un día salió el sultán con la intención de visitar la tumba de su padre

e hizo alto en un alcázar cercano, advirtiéndoles yo que era éste el momento favorable. Me disponía a entrar y vi que ya me estaban esperando a las puertas del alcázar. «Enemigo del sultán, no entrarás hasta que no hayas pagado tu débito», me dijeron. Los secretarios informaron de ello al soberano. Salió entonces el chambelán encargado de recoger las demandas, Šams ad-Dīn, uno de los más grandes alfaquies, que preguntó a los comerciantes el porqué de lo ocurrido, a lo que respondieron que eran mis acreedores. Šams ad-Dīn regresó junto al sultán y le puso al tanto de todo, recibiendo la orden de interrogar a los mercaderes sobre el importe de la deuda. Estos le dijeron que ascendía a cincuenta y cinco mil dinares. El chambelán volvió a informar al sultán, el cual le encomendó que comunicara a los acreedores lo siguiente: «El señor del mundo os manda decir que el dinero corre de su cuenta, que se os hará justicia y que, a partir de ahora, no exijáis ya nada a vuestro deudor». El soberano encargó a ‘Imād ad-Dīn aṣ-Šimnānī y a Juḍāwand Zādah Giyāt ad-Dīn que se sentasen en la sala de las mil columnas para examinar y verificar los recibos que les presentasen los acreedores, y así se hizo; ambos informaron al monarca sobre la autenticidad de los resguardos firmados. El sultán dijo sonriendo y en tono de chanza: «Sé que el deudor es un cadí y, por tanto, habrá arreglado bien su asunto», ordenando a continuación a Juḍāwand Zādah que me pagara la dicha suma con el dinero del tesoro. Este, sin embargo, me exigió una coima, pues de lo contrario no me redactaría el albalá. Le envié doscientos *tankas*, pero, no satisfecho con ellos, me los devolvió; uno de sus servidores me dijo de su parte que quería quinientos, a lo que me negué. Le conté el asunto a ‘Amid al-Mulk b. ‘Imād ad-Dīn aṣ-Šimnānī, que a su vez se lo contó a su padre; llegó finalmente a oídos del visir, enemigo declarado de Juḍāwand Zādah, que habló con el soberano y le puso al corriente de las fechorías de este personaje, influyendo en la opinión del sultán de tal modo que Juḍāwand Zādah fue encarcelado en la misma ciudad. « ¿Por qué razón Fulano ha pagado esa cantidad? Que se suspendan los libramientos hasta que se compruebe si Juḍāwand Zādah pagaba cuando yo había prohibido que se hiciera, o se negaba a desembolsar lo ordenado por mí», dijo en aquella oca-sión el sultán. Este fue el motivo del retraso en el pago de mi deuda.

De la partida de caza del sultán, al que acompañé, y de todo lo referente a ello

Cuando el sultán salió a cazar, partí con él sin demora, habiendo preparado lo necesario según los hábitos de las gentes de la India. Había comprado una *sarāya* o *afrāy*, la gran tienda real de nuestro país que aquí puede, sin embargo, instalarse libremente y que todo personaje importante debe poseer. La del sultán se distingue de las otras por su color rojo, ya que las restantes son blancas con dibujos azules. Adquirí también el *ṣīwān*, pabellón que da sombra dentro de la *sarāya* y que se eleva

sobre dos grandes postes. Todo ello es transportado a hombros de los llamados *kaywāniyya*, que el viajero alquila ocasionalmente; contrata también a gentes que le proporcionen la hierba para el forraje de las acémilas, pues allí no les dan nunca paja. Deberá alquilar además *kuhārūn* que transporten los utensilios de cocina; hombres que lleven el palanquín que hemos descrito páginas atrás, ya sea vacío, ya sea con el viajero; *farrāšūn* o criados que planten, alfombren y acondicionen las tiendas y carguen los fardos sobre los camellos, y finalmente, *dawādawiyya* o encargados de caminar delante del viajero y sostener las antorchas durante la noche.

Me procuré todas las personas precisas y, haciendo gala de vigor y decisión, salí el mismo día que el sultán mientras que otras gentes de su séquito permanecieron aún en Delhi dos o tres días más. En la fecha prevista, y una vez cumplido el rezo de la tarde, el sultán subió a un elefante con el fin de pasar revista a los miembros del séquito y observar quiénes estaban ya prestos para salir y quiénes no. Se había sentado antes en un sillón fuera de la *sarāya*, acercándome yo entonces a saludarle, tras lo cual volví a mi puesto, en el ala derecha, permaneciendo allí de pie. El sultán me envió al gran rey Qabūla, *siryāmadār* o encargado de espantarle las moscas, y ordenó que me sentase —como favor particularísimo, ya que nadie, excepto yo, sentóse en esa ocasión—.

Trajeron luego el dicho elefante, al que subió el sultán por medio de una escala; protegida la cabeza por la sombrilla, partió acompañado de la gente de su privanza, regresando una hora después al campamento.

Según el protocolo, cuando el sultán monta a caballo, los emires hacen otro tanto, cada uno al frente de sus tropas con estandartes, tambores, trompetas y añafles, lo que allí llaman *marātib*^[366]. Delante del sultán van a caballo sólo los chambelanes y músicos: timbaleros con sus pequeños atabales al cuello y flautistas. A la izquierda y derecha del monarca van unos quince hombres: los grandes cadíes, el visir, algunos emires principales y personajes extranjeros; yo me encontraba entre los de la derecha. Delante de él van la gente de a pie y los guías; tras él los estandartes de seda dorada, los tambores a lomos de camellos, los mamelucos, los íntimos, los emires y el resto de la gente.

En estas ocasiones, nadie sabe dónde se detendrá la comitiva; cuando el sultán llega a un lugar que le gusta, da la orden de acampar. Nadie debe levantar la tienda antes de que se haya plantado la suya, acudiendo luego los encargados del campamento para indicar a cada uno el lugar más conveniente. El soberano se instala cerca de algún río o entre árboles y allí le sirven carne de oveja, capones, grullas y otros platos de caza. Llegan entonces los hijos de los reyes, espetón en mano, y tras encender el fuego asan la carne. Se le prepara al sultán una pequeña tienda a cuya puerta se sientan los favoritos y, ya todo dispuesto, el monarca invita a comer a quien considera oportuno.

Un día que el sultán se hallaba en esta tienda preguntó por quienes estaban fuera, a lo que el señor Nāṣir ad-Dīn Muṭahhar al-Awharī, uno de sus comensales, contestó:

«Hay un fulano magrebí que no está contento». « ¿Por qué?», preguntó el sultán. Respondió Muṭahhar: «Tiene una deuda y sus acreedores insisten en que les pague. El señor del mundo había ordenado a su visir que se encargase de entregarle la cantidad requerida, pero éste tuvo que marcharse sin poder hacerlo. ¿Querría, pues, nuestro señor ordenar a los acreedores que aguarden al retorno del visir, o bien dar las órdenes oportunas para satisfacerles?». Se encontraba presente en aquel momento el rey Dawlat Šāh, al que llamaba «tío» el sultán, que dijo: «¡Oh señor del mundo, este magrebí nos habla en árabe todo el día y no le entiendo! ¿Sabes tú lo que dice, señor Nāšir ad-Dīn?». Preguntó esto con la finalidad de hacerle repetir lo que había dicho. Este respondió: «Habla de las deudas que ha contraído». Dijo entonces el sultán: «Ūmār, cuando regresemos a Delhi, ve tú mismo al tesoro y entrégale la suma que precise». Ūmār significa «tío». Juḍāwand Zādah, también presente, dijo: «Oh, señor del mundo, este viajero gasta en demasía; tuve ocasión de comprobarlo en la corte del Sultán Ṭarmašīrīn». Tras esta conversación el sultán me mandó llamar para que comiera con él, ignorando yo lo ocurrido. Al salir, el señor Nāšir ad-Dīn me dijo: «Da las gracias al rey Dawlat Šāh». Y éste, por su parte, me dijo: «Da las gracias a Juḍāwand Zādah».

Otro día, durante esta partida de caza, iba el sultán a caballo por la almahala y pasó por el lugar en que yo estaba acampado, en el ala derecha, mientras mis compañeros formaban parte de la retaguardia. Junto a mi tienda estaba el pabellón de mis compañeros, los cuales, al ver al monarca, pusiéronse en pie para saludarle. Este envió a ‘Imād al-Mulk y al rey Dawlat Šāh para que averiguasen a quién pertenecían la *sarāyā* y las tiendas. «A Fulano», les dijeron. Cuando se lo comunicaron al sultán, sonrió. Al día siguiente me llegó la orden de regresar a la capital, al igual que a Nāšir ad-Dīn Muṭahhar al-Awharī, al hijo del cadí de El Cairo y al rey Šabīḥ. Nos fueron entregadas ropas de honor y regresamos a Delhi.

Del camello que ofrecí al sultán

Durante la caza, el sultán me preguntó un día si el rey an-Nāšir montaba en camello. Respondí: «Sí, monta en los *mahārī* durante la peregrinación y hace en diez días el recorrido de El Cairo a La Meca; pero estos camellos no son de la misma raza que los de este país», añadiendo que llevaba conmigo uno de estos camellos *mahārī*. De regreso a Delhi, envié a buscar a un árabe de El Cairo que me hizo en alquitrán una copia de la silla que llevan los citados camellos; se la llevé a un carpintero y me construyó una magnífica pieza. La forré, le puse estribos, cubrí el camello con una bonita manta y le hice un camal de seda.

Había entre mi gente un yemení que se distinguía en el arte de la pastelería e hizo unos dulces imitando dátiles y otras muchas cosas. Envié pues el camello y los dulces al sultán, encomendando al portador que lo pusiese todo en manos del rey Dawlat

Šāh, a quien mandé también un caballo y dos camellos. Al recibir los presentes, se dirigió al sultán y le dijo: «Oh, señor del mundo, mis ojos han visto una maravilla». «¿Qué es?», preguntó el soberano. «Fulano ha enviado un camello con su silla», respondió. El sultán ordenó que llevaran el camello al interior de la *saraāyā* y al verlo quedó encantado, haciendo que mi mensajero montara en él y cabalgara allí mismo, dándole una recompensa de doscientos dinares de plata y un traje de honor. El hombre regresó junto a mí y me informó de todo, lo cual me llenó de alegría. Cuando el sultán regresó a la capital, le mandé otros dos camellos.

Acerca de los dos camellos y de los dulces que regalé al monarca, de la orden del sultán de que se saldase mi deuda y de todo lo que a esto se refiere

Cuando el mandadero que condujo el camello ante el sultán regresó y me hubo informado de lo sucedido, fabriqué dos sillas, que recubrí con láminas de plata sobredorada por ambos lados, colocando además una manta por encima. Hice una cabezada revestida con placas de plata, preparé unas gualdrapas de tafetán forradas de damasco y, finalmente, les puse a ambos camellos unas ajorcas de plata en las patas. Dispuse además once bandejas con dulces que recubrí con servilletas de seda.

Cuando el sultán regresó de la cacería y sentóse, al día siguiente de su llegada, en el lugar que utilizaba para las audiencias públicas, me presenté temprano ante él con los camellos. Ordenó que entraran, caminaran y corrieran ante él. He aquí que la ajorca de una de las patas se soltó, mandando el sultán a Bahā' ad-Dīn b. al-Falakī que recogiera la anilla, orden que fue inmediatamente obedecida. A continuación, dirigiendo la mirada a las fuentes, preguntó: «¿Qué tienes en estos platos? ¿Son dulces?». Al responder yo afirmativamente, se dirigió al predicador y faquí Nāṣir ad-Dīn at-Tarmaḍī y le dijo: «No había comido nunca, ni había visto jamás una repostería semejante a la que nos envió cuando estábamos en el campamento», ordenando enseguida que le llevaran estos dulces al lugar de sus audiencias privadas. Así se hizo. Trasladóse después allí, invitándome a ir con él. Comimos y el sultán me preguntó acerca de uno de los pasteles que le había mandado la primera vez, a lo que respondí: «Oh, señor del mundo, estos dulces son de muchas clases diferentes y no sé a qué variedad os referís». Dijo el sultán: «Traedme estos *aṭbāq*», nombre que dan allí a lo que nosotros llamamos *ṭayfūr* [ataífor]. Puestos ante él, los descubrieron y tomando uno de los platos dijo: «Pregunto cuál es el nombre de éste». «Se llama *rosca*», repliqué. Cogió de otra clase y me hizo la misma pregunta: «*Bocaditos del cadí*», le dije. Se encontraba allí un mercader, jeque de Bagdad, conocido por aṣ-Šāmīrī, supuesto descendiente de 'Abbās —¡Dios esté satisfecho de él!—, hombre muy rico al que el sultán llamaba «padre mío», y que, envidioso de mi suerte, quiso avergonzarme diciendo: «Estos no son los *bocaditos del cadí*, sino estos otros», y

cogió un trozo de los llamados «*piel de caballo*». Tenía enfrente al *rey* de los favoritos, Nāṣir ad-Dīn al-Kāfī al-Harawī, que bromeaba con él a menudo delante del sultán y que exclamó: «Mientes, *jawāya*^[367]. El cadí dice la verdad». Preguntó entonces el sultán: «¿Cómo es eso?», a lo que él respondió: «¡Oh, señor del mundo!, éste es el cadí y estos dulces son sus *bocaditos*, puesto que es quien los ha traído». El sultán, sonriendo, dijo: «Tienes razón».

A los postres tomamos dulces, *fuqqā'* y hojas de betel y nos retirarnos. Al poco tiempo vino el tesorero y me dijo: «Mándame a tus compañeros para pagarles». Les di el recado y regresé a mi casa a la puesta del sol: ya estaba allí el dinero. Eran tres sacas que contenían en total seis mil doscientos treinta y tres *tankas*, lo equivalente a cincuenta y cinco mil dinares, que era a lo que ascendía mi deuda, y doce mil más que el sultán había ordenado se me pagaran, hecha la deducción del décimo, según la costumbre. La tanka equivale a dos dinares y medio magrebíes de oro.

De cómo partió de Delhi el sultán, ordenándome que me quedase en la ciudad

En el noveno día de *Ŷumādā I*^[368], el sultán partió de Delhi en dirección a la Costa de Coromandel para combatir una rebelión^[369]. Una vez libre de mis acreedores, había decidido salir de viaje, habiendo pagado ya el salario de nueve meses a los portadores de los utensilios de cocina, criados, alhameles y encargados de las antorchas, gente de la que ya hemos hablado. Pero he aquí que me fue notificada, al tiempo que a muchos otros, la orden de permanecer en la ciudad. El chambelán nos exigió la promesa escrita de que lo cumpliríamos, para que sirviese de prueba en su caso; tal es el uso por temor a que luego pueda alegarse no haber recibido la orden. El sultán hizo que se me entregasen seis mil dinares de plata y diez mil al hijo del cadí de El Cairo. Así hizo con todos los personajes extranjeros que residían en la ciudad; en cuanto a los baladíes, no recibieron nada. Mandó también que tomara a mi cargo el cuidado de la tumba del sultán Quṭb ad-Dīn, ya mencionado. M. Šāh sentía por este sepulcro una veneración extremada, pues había sido antaño servidor de Quṭb ad-Dīn. Fuí testigo, en sus visitas a la tumba, de cosas tales como tomar las babuchas del muerto, besarlas y ponérselas sobre la cabeza. Los hindúes acostumbran a colocar las zapatillas del difunto en un escabel, junto a su sepultura. Siempre que visitaba esta tumba hacía la misma reverencia que dedicaba a Quṭb ad-Dīn cuando vivía. Respetaba mucho a su viuda, a la que llamaba «hermana mía». La llevó a vivir con sus propias mujeres, casándola más tarde con el hijo del cadí de El Cairo, al que favoreció por su causa. La visitaba todos los viernes.

Cuando el sultán estuvo listo para partir, nos mandó llamar para despedirse de nosotros. El hijo del cadí de El Cairo se levantó y dijo: «No me despediré del señor

del mundo, ni me separaré de él». Esto le trajo suerte ya que el sultán le respondió: «Ve y prepárate para el viaje». En cuanto a mí, avancé hacia él para despedirme; yo prefería quedarme, pero las circunstancias no me fueron favorables. «¿Qué necesitas?», preguntóme el soberano. Saqué de mi bolsillo una nota en la que había escrito seis demandas. El sultán me mandó hablar en árabe y dije: «El señor del mundo me confirió el cargo de cadí, pero hasta el momento no he tenido ocasión de actuar como tal: así pues, no quiero conservar un título sin las funciones que le son propias». Me encargó que ejerciera el cadiazgo, ayudado por los dos asistentes que me había asignado, e insistió: «¿Y además?». Contesté: «¿Qué voy a hacer con el mausoleo del sultán Quṭb ad-Dīn? De sus bienes he fijado pensiones a cuatrocientas sesenta personas, siendo así que las rentas asignadas a su favor no alcanzan a cubrir ni estos gastos ni siquiera la manutención de estas gentes». Dijo entonces el sultán al visir: «Cincuenta mil y precisa la cosecha por anticipado». Quería decir: «Dáale cien mil *mann* de productos de la tierra —a saber, trigo y arroz— a fin de que le sirvan para este año, en espera de la cosecha de los terrenos anejos al sepulcro». El *mann* equivale a veinte arrelde magrebíes.

El sultán preguntó si quería alguna otra cosa y respondí: «Mis compañeros han sido encarcelados a causa de las aldeas que me asignásteis y que yo he cambiado por otra cosa, ya que los empleados del Diván me han exigido bien el dinero que recibí por ellas, bien la presentación de una orden del señor del mundo que me dispense de este pago». «¿Cuánto te dieron por ellas?», quiso saber el sultán. «Cinco mil dinares», dije, a lo que él contestó: «Es un regalo que te hago». «La casa que me designásteis como residencia necesita ser reparada», añadí. El sultán ordenó a su visir que hiciese los arreglos oportunos y volvió a preguntarme: «¿Te queda algo por decir?». Al contestar yo negativamente, el sultán me hizo la siguiente recomendación: «No contraigas deudas si no quieres que te persigan más; no siempre encontrarás quien me haga llegar la noticia. Ajusta tus gastos a lo que se te da, pues ha dicho Dios: *«No pongas la mano cerrada en tu cuello, pero tampoco la abras del todo»* [Corán, XVIII, 311; *«comed y bebed, pero no despilfarréis»* [Corán, VII, 291; *«aquellos que no son ni pródigos ni avaros en sus gastos, en ellos está el justo medio»* [Corán, XXV, 67]. Al oír estas palabras quise besarle los pies, pero no lo permitió. Le besé la mano que había puesto sobre mi cabeza, retirándome a continuación.

Regresé a la capital y me ocupé de las reparaciones de mi casa: gasté en ello cuatro mil dinares, seiscientos de los cuales pagó el Diván. El resto corrió de mi cuenta. Hice construir una mezquita frente a mi morada, cuidándome también del arreglo de la tumba del sultán Quṭb ad-Dīn. El monarca había ordenado que se alzase sobre el sepulcro una cúpula con una altura de cien codos, veinte más de lo que mide la construida en la tumba de Qāzān, rey de Iraq, decidiendo además que se comprasen treinta villas para instituir las como habices de esta sepultura, poniéndolas en mis manos a condición de que yo me quedase con el décimo de sus rentas, según lo acostumbrado.

Disposiciones que tomé con respecto a la tumba

Las gentes de la India siguen con sus muertos costumbres análogas a las observadas con los vivos. Elefantes y caballos son conducidos al engalanado sepulcro y atados a su puerta. Siguiendo pues sus hábitos, adopté las medidas concernientes a la tumba que se me había confiado. Instalé en ella ciento cincuenta lectores del *Corán*, llamados por los hindúes *al-jatmiyyūn*; ochenta estudiantes y ocho repetidores, que allí dicen *al-mukarrirūn*; un profesor, ochenta sufíes, un imán, almuédanos, almocríes de hermosa voz, panegiristas, escribas que anotan a los ausentes e introductores. Todos ellos son conocidos en este país por *al-arbāb* [los señores].

Contraté también a otra clase de gente, los llamados *al-ḥāšīyya*: criados, cocineros, guías, aguadores, escanciadores, los que presentan el betel, escuderos, lanceros, encargados de las sombrillas y aguamaniles, ujieres y oficiales.

El total de personas a las que di un salario era de cuatrocientas sesenta. El sultán había ordenado que se empleasen en el alimento diario doce *mann* de harina e igual cantidad de carne. Estimando que esto no alcanzaría y teniendo en cuenta que los cereales que el sultán me había proporcionado eran una cantidad considerable, empleaba diariamente treinta y cinco *mann* de harina, un peso similar de carne, así como cantidades proporcionales de azúcar blanca y cande, manteca y betel. De este modo alimentaba no sólo a los empleados, sino también a las gentes de paso. La escasez era grande por aquel entonces y la población se aliviaba con estos repartos de alimentos, por lo que la noticia se extendió por todas partes.

El rey Ṣabīḥ había ido a visitar al sultán en Dawlat Ābād; al pedirle éste noticias de la capital, le respondió: «Si hubiese en Delhi solamente dos personas como Fulano, la ciudad no se vería afligida por el hambre». Satisfecho el sultán al oír estas palabras, me envió uno de sus trajes de ceremonia.

En las grandes solemnidades consumía cien *mann* de harina y una cantidad análoga de carne. Daba de comer a los faquires y a los pobres y a los asalariados se les entregaba también su ración. Ahora contaremos las costumbres de los hindúes a este respecto.

Las solemnidades a las que acabamos de hacer alusión son las dos grandes festividades —la Ruptura del Ayuno y la Fiesta del Sacrificio—, el día del nacimiento de Mahoma y el de ‘Ašūrā’^[370] la noche de la mitad del mes de Ša’bān y el día de la muerte del sultán Quṭb ad-Dīn.

De cómo sirven la comida en los banquetes públicos

En la India y en el país de Sarā, una vez acabado el convite, tienen la costumbre de colocar delante de cada jerife, alfaquí, jeque o cadí un recipiente parecido a una

cuna, con cuatro patas y cuya parte superior va cubierta con un trenzado de hojas de palma. Encima se colocan galletas, un carnero asado, cuatro panes redondos amasados con manteca, rellenos de una crema llamada *ṣābūniyya* y recubiertos por cuatro pedazos de una pasta dulce con forma de ladrillo. Se incluye también un pequeño plato de cuero con golosinas y picadillo de carne con hierbas, cubriéndolo todo con una tela de algodón completamente nueva. Las personas de rango inferior a las anteriores no reciben más que medio carnero, a lo que llaman *zalla*, así como la mitad de las otras provisiones mencionadas. Aquellas cuya condición es aún más modesta no reciben sino la cuarta parte. Todo ello es recogido por los respectivos criados.

La primera vez que topé con esta costumbre fue en la ciudad de Sarā, capital del sultán Ūzbak y prohibí a mis hombres que cogiesen lo que habían depositado delante de mí, pues no estaba habituado a tal cosa. De este modo se envían también los manjares del festín a las residencias de la gente principal.

De mi salida hacia Hazār Amrūhā

El visir me había hecho ya entrega de diez mil *mann* de cereales destinados a la zagüía, indicándome que recibiría el resto en Hazār Amrūhā. Era valí y alcabalero de esta región ‘Azīz al-Jammār, llamándose Šams ad-Dīn al-Badajšānī su emir. Envié a mis hombres, que recogieron parte del grano consignado y se quejaron de las exacciones injustas de ‘Aziz al-Jammār. Yo mismo salí entonces hacia allá para reclamar lo que en justicia se nos debiera. Esta amelia dista de Delhi tres días de camino. Atravesábamos entonces la estación de las lluvias, por lo cual llevé conmigo unos treinta de mis compañeros así como dos hermanos, excelentes cantores, encargados de distraerme con sus melodías durante el viaje.

Llegamos a la ciudad de Biŷnawr, donde encontré a otros tres hermanos cantores que uní a mi grupo. Ora cantaban éstos, ora cantaban los primeros. Llegamos después a Amrūhā, una pequeña pero hermosa ciudad. Vinieron a mi encuentro los recaudadores de impuestos, apareciendo después el jerife Amīr ‘Alī, cadí de la villa, y el jeque de la zagüía, que me obsequiaron con una gran comida de hospitalidad. ‘Aziz al-Jammār se encontraba entonces en un lugar llamado Afqānbūr, al otro lado del río Sarū. Al no disponer de almadía construimos una con tablas, troncos y ramas; cargamos allí nuestros bagajes y al día siguiente cruzamos el río. Naŷib, hermano de ‘Aziz, llegó con varios de los suyos y nos instaló una tienda. Su hermano el valí, célebre por sus injusticias, vino enseguida a nuestro encuentro. En su distrito había mil quinientas poblaciones que reportaban una renta anual de seiscientos mil dinares de plata, correspondiéndole a él el cinco por ciento del total.

Una de las peculiaridades del río junto al que acampamos es que nadie, ni siquiera los animales, puede beber de su agua durante la estación de las lluvias. Permanecemos

allí tres días y ninguno de nosotros tomó un solo sorbo; apenas si nos atrevíamos a acercarnos a él. La razón de esto es que baja de una de las montañas del Himalaya, donde existen minas de oro, y que corre sobre plantas venenosas. Todos los que han bebido de sus aguas han muerto. La montaña tiene una extensión de tres meses de marcha y a sus pies se extiende el país del Tibet, tierra de las cabras de almizcle. Ya contamos lo que le sucedió al ejército musulmán en estos montes. Estando en estos parajes se nos acercó un grupo de faquires *ḥaydarīes* que danzaron y cantaron ante nosotros y se metieron en hogueras encendidas por ellos mismos sin sufrir daño alguno. También lo hemos relatado anteriormente.

Habiendo estallado una disputa entre el emir de esta región, Šams ad-Dīn al-Badajšānī, y el gobernador ‘Aziz al-Jammār, el primero atacó a ‘Aziz, que se defendió desde su propia casa. Uno de ellos apeló al visir de Delhi, que me escribió con el encargo de juzgar lo ocurrido y prender y enviar a la capital al culpable, recomendando que me asistieran en ello el rey Šāh, emir de los cuatro mil mamelucos que el sultán tenía en Amrūhā, y Šihāb ad-Dīn ar-Rūmī. Reunidos todos en mi casa, ‘Aziz expuso sus quejas contra ams ad-Dīn, una de las cuales era la siguiente: que un criado del emir, llamado Riḍā al-Multānī, había entrado en la residencia de su tesorero y allí había bebido vino y robado cinco mil dinares de la caja. Interrogué a Riḍā acerca de estas acusaciones y respondió que no había probado el vino desde que salió de Multān, hacía ya ocho años. «Así pues, ¿bebiste vino en Multān?», le dije. Como contestara afirmativamente, ordené que le dieran ochenta latigazos y le encarcelaran por la acusación de ‘Aziz, reforzada ante la prueba de su conducta anterior. Tras dos meses de ausencia de Delhi partí de Amrūhā, permaneciendo allí mis compañeros, para los cuales yo mandaba degollar diariamente un buey, con el fin de recoger los granos que debía entregarme ‘Aziz y cuyo transporte corría de su cuenta. Este distribuyó entre las gentes de los lugares a su cargo treinta mil *mann* que fueron transportados por tres mil bueyes, bestia de carga que los hindúes utilizan incluso para llevar fardos en los viajes. Consideran humillante montar en asnos, que allí son pequeños y reciben el nombre de *lāša*. Cuando quieren sacar a la vergüenza a alguien, tras haber sido azotado, le montan en burro.

Rasgo generoso de uno de mis amigos

El señor Nāṣir ad-Dīn al-Awharī me dejó, al salir de viaje, mil sesenta *tankas* en depósito, de los cuales dispuse a discreción. Cuando regresé a Delhi me encontré con que había traspasado este crédito a Juḍāwand Zādah Qiwām ad-Dīn, que había llegado como lugarteniente del visir. No atreviéndome a confesarle que me había gastado el dinero, le envié un tercio del total aproximadamente. Permanecí en mi casa varios días, corriéndose el rumor de que me encontraba enfermo. Vino entonces a visitarme Nāṣir ad-Dīn al-Juwārizmi Šadr al-Ŷihān, que dijo al verme: «No te veo

enfermo». «Estoy enfermo del corazón», respondí. Me pidió que le explicara lo que me ocurría y le contesté: «Envíame a tu lugarteniente, el jeque del Islam y se lo contaré». Vino éste, pues, y le puse al corriente de todo; él informó a su vez a Şadr el cual me envió mil dinares de plata, aunque ya le debía de antes otros mil. Poco después, habiéndoseme pedido que pagase el resto de la deuda, me dije: «Sólo Şadr al-ÿihān puede sacarme de esto, al ser hombre adinerado». Así pues, le mandé un caballo ensillado cuyo precio, con la silla, era de mil seiscientos dinares; otro valorado en ochocientos dinares, silla incluida; dos mulas de mil doscientos dinares; una aljaba de plata y dos espadas con las vainas recubiertas del mismo metal. Le dije: «Tásalo todo y mándame la cantidad que estimes justa». Lo tasó en tres mil dinares, de los cuales me envió mil, quedándose él con los dos mil que le debía. Enfermé seriamente del disgusto, pero me dije: «Si me quejo por ello al visir, me pondré en evidencia». Cogí entonces cinco caballos, dos esclavas y dos mamelucos y se los envié al joven rey Mugīr ad-Dīn M., hijo del *rey de reyes* ‘Imād ad-Dīn aṣ-Şimnānī, el cual, favoreciéndome, me devolvió todo y mandóme además doscientos *tankas*, con lo que pude finalmente saldar mi deuda. ¡Qué diferencia entre un Muḥammad y otro!

De mi salida hacia la almahala del sultán

Camino del Coromandel, el sultán llegó a Tilink, declarándose la peste entre las tropas. Regresó, pues, a Dawlat Ābād y al llegar al río Ganges acampó junto a él, ordenando que se construyesen allí algunos edificios. Fue por aquellos días cuando yo me dirigí a su campamento y tuvo lugar la revuelta de ‘Ayn al-Mulk, de la cual ya hemos hablado. Durante este tiempo no me aparté del soberano ni un solo momento; recibí los caballos que me correspondían, como el resto de los cortesanos, entre los cuales se me incluyó. Asistí junto con el sultán al combate contra ‘Ayn al-Mulk, que fue capturado; crucé con él el río Ganges y el Sarū para visitar la tumba del piadoso guerrero Sālār ‘Ūd, como ya expusimos detalladamente, y regresé con él a la capital, Delhi.

Del castigo que el sultán quiso imponerme y del favor que me concedió Dios el Altísimo

El motivo de ello fue que un día me dirigí al algar que el jeque Šihāb ad-Dīn, hijo del jeque al-ÿām, había excavado en las afueras de Delhi, con el único objetivo de ver cómo era la gruta. Cuando el sultán mandó prender al jeque, interrogó a sus hijos acerca de las personas que le habían visitado. Estos dieron varios nombres, entre los

cuales se encontraba el mío. El sultán ordenó a cuatro de sus esclavos que no se apartasen de mi lado durante las audiencias, siendo habitual que la persona a quien se le hace esto raras veces se salve. El primer día de esta vigilancia fue un viernes, y yo, inspirado por Dios, me puse a recitar estas palabras: «¡Dios nos basta, pues qué buen Protector es!» [Corán, III, 167], frase que repetí treinta y tres mil veces aquel día, pasando la noche en la sala de audiencias. Ayuné cinco días seguidos, que pasé leyendo el *Corán* entero y bebiendo sólo un poco de agua. El sexto día rompí el ayuno, reanudándolo de nuevo los cuatro días siguientes, tras los cuales fui liberado por la muerte del jeque. ¡Demos gracias a Dios el Altísimo!

Cómo renuncié al servicio del sultán, apartándome del mundo

Poco después, me retiré del servicio del sultán y me uní al jeque y sabio imán, adorador de Dios, el asceta, el humilde, el piadoso, el sin igual, el único en su época Kamāl ad-Dīn ‘Abdallāh al-Gārī, santo de muchos milagros, de los cuales mencioné los presenciados por mí la primera vez que hablé de este personaje. Me consagré a su servicio y entregué lo que poseía a los pobres y faquires. Este jeque ayunaba diez días seguidos y a veces incluso veinte; quise hacerlo yo también pero me lo prohibió, aconsejándome que me ayudara a mí mismo por medio de las prácticas devotas: «El que mucho anda, ni hace camino ni salva su montura», me dijo. Observé en mí cierta tendencia a la haraganería, tal vez a causa de algunas cosas que aún conservaba conmigo; así pues, decidí deshacerme de todas mis pertenencias, valiosas o no, y cambié mis ropas por las de un faquir. Permanecí cinco meses con el jeque, tiempo que pasó el sultán en el país de Sind.

De la orden del sultán de que volviese junto a él, de mi negativa y mi celo ascético

Cuando llegó al sultán la noticia de mi retiro mandó llamarme. Se encontraba entonces en Sīwasitān y allí me dirigí vestido de faquir. Me habló del modo más bondadoso y afable solicitando mi regreso a su servicio, a lo que rehusé, rogándole me permitiese viajar al Ḥiḡāz, lo cual me concedió. Dejé pues al sultán, alojándome en una zagüía que tomó su nombre del rey Bašīr. Trascurrían entonces los últimos días del mes de *Ŷumādā II* del año cuarenta y dos [742 H. = diciembre de 1341 d. C.]. Allí pasé el mes de *Raḡab* y diez días de *Ša‘bān*. Alcancé a ayunar durante cinco días seguidos, tras los cuales no comí más que un poco de arroz sin condimentar. Leía el *Corán* todos los días y velaba lo que Dios me permitía. Si tomaba algún alimento me sentía mal, encontrando la paz, sin embargo, cuando no comía. Así pasaron cuarenta

días, hasta que el sultán me mandó llamar por segunda vez.

De la orden que me dio el sultán de partir hacia la China como embajador suyo

Transcurridos estos cuarenta días, el sultán me envió caballos ensillados, esclavos y esclavas, ropas y dinero. Me puse, pues, las ropas y fui a reunirme con él. Tenía una aljuba forrada de algodón azul, con la que me cubrí en los días de penitencia, y al quitármela para vestir las ropas que el sultán me había enviado sentí repugnancia de mí mismo y al mirarla me quemaba un fuego interior. La conservé hasta que unos infieles me la robaron en el mar. Cuando llegué ante el sultán, me trató con más consideración que nunca y dijo: «Te he mandado llamar para que partas como embajador ante el rey de la China, teniendo en cuenta tu afición a las andanzas y viajes».

Me suministró todo lo necesario y designó a las personas que debían partir conmigo, de las cuales hablaremos más adelante.

Razones de enviar un presente a China y su descripción. Mención de las personas que vinieron conmigo

El rey de la China había enviado al sultán de la India cien esclavos de ambos sexos, quinientas piezas de terciopelo, cien del tipo fabricado en la ciudad de Zaytūn [Tseu-Thung] y cien del *jansí* [de Hang-Tcheu-Fu]; cinco minas de almizcle; cinco trajes bordados con perlas, cinco aljabas de brocado y cinco espadas.

El rey pedía al sultán que le permitiese reconstruir un templo idólatra existente junto a la montaña del Qarāchil [Himalaya], ya mencionada, en el lugar conocido por Samhal, a donde los chinos acudían en peregrinación y que había sido tomado, saqueado y destruido por el ejército musulmán de la India.

Cuando el sultán de la India recibió el presente dio al rey la siguiente respuesta: «Según la religión musulmana no nos está permitido aceptar semejante petición ya que la construcción de un templo en tierra musulmana sólo es lícita para aquellos que pagan capitación. Si consientes en pagarla te autorizaremos su construcción. La paz sea sobre quienes siguen el buen camino». Y correspondiendo a sus regalos le envió cien caballos de raza con silla y bridas, cien muchachas hindúes educadas para el canto y la danza, cien vestidos *bayramiyya* de algodón incomparables por su belleza, cuyo valor era de cien dinares cada uno; cien piezas de seda llamadas *yūzz* —se denomina así a las telas cuya materia prima se tinte con cuatro o cinco colores diferentes— de tejido *ṣalāḥiyya*, cien piezas de *ṣīrīn bāt*, cien de *ṣān bāt*, quinientos

paños de lana de los cuales cien eran negros, cien blancos, cien rojos, cien verdes y cien azules, cien cortes de tejido de lino griego y cien trajes de paño, una carpa y seis tiendas, cuatro candeleros de oro y seis de plata con esmaltes azulados, seis jofainas de oro y seis de plata, diez trajes de honor de brocado tomados del guardarropa del sultán y diez bonetes de la misma procedencia, uno de ellos con bordados de perlas, diez carcaj de brocado también con bordados de perlas, diez espadas, una de las cuales llevaba incrustaciones de perlas en la vaina, guantes con idénticos bordados y, finalmente, quince eunucos.

El sultán designó como mis acompañantes en esta misión al emir Zāhir ad-Dīn az-Zanḡānī, uno de los sabios más distinguidos y al eunuco Kāfūr aš-Šurbdār a quien se confió el cuidado de los presentes. Venía también con nosotros el emir M. al-Harawī al frente de mil jinetes, encargado de conducirnos al lugar de la costa en que debíamos embarcar.

Los embajadores del rey de la China se unieron a nuestra comitiva. Eran quince hombres, cuyo jefe se llamaba Tursī, y alrededor de cien servidores.

Partimos, pues, en nutrido grupo formando una almahala considerable. El sultán ordenó que nos dieran hospitalidad durante nuestro viaje por sus tierras. Nos pusimos en camino el 17 de *Şafar* del año 743 [22 de julio de 1342 de J. C.] día que habían elegido los embajadores. Estas gentes cuando quieren emprender un viaje cuidan que sea el segundo día del mes, o el séptimo o el duodécimo o el día diecisiete o el veintidós o el veintinueve.

Cubierta la primera etapa nos detuvimos en la parada de Tilbat a dos parasangas y un tercio de Delhi. De allí salimos hacia Awū y Hīlū y de esa última nos dirigimos hacia Biyāna, ciudad grande, bien construida y con bonitos mercados. Su mezquita aljama es una de las más grandiosas, rodeada de murallas y techada de piedra.

El emir de esta ciudad es Muḡaffar b. ad-Dāya, hijo de la que fue nodriza del sultán. Le precedió en el puesto el rey Muḡīr b. Abū r-Raḡā', uno de los grandes reyes, al que ya mencionamos, que decía ser descendiente de Qurayš. Hombre orgulloso y arbitrario mató o mutiló a muchos de los ciudadanos de Biyāna. En una ocasión vi a uno de ellos sentado en el portal de su casa, hombre de hermosa figura a quien habían cortado las manos y los pies.

Un día que el sultán visitó esta ciudad sus habitantes se quejaron ante él del mencionado Muḡīr por lo cual ordenó el sultán que lo prendiesen y le pusieran una argolla al cuello. Sentaron al prisionero en la sala del consejo frente al visir en tanto las gentes escribían sus acusaciones contra él. El sultán hizo que se les indemnizase, tras lo cual fue ajusticiado.

Entre los notables de la ciudad destacaba el sabio imán 'Izz ad-Dīn az-Zubayrī, descendiente de Zubayr b. al-'Awwām, piadoso e importante alfaquí al que encontré en Kāliyūr al lado del rey 'Izz ad-Dīn al-Bahatānī, conocido por A'ḡam Malik.

Salimos de Biyāna y llegamos a Kūl [Coel, Cowil, act. Aligarh] bella ciudad en la que abundan los jardines y cuyo árbol más frecuente es el mango. Acampamos en una

planicie de las afueras de la ciudad. Encontramos allí al virtuoso y devoto jeque Šams ad-Dīn conocido por Ibn Tāy al-‘Ārifīn, ya ciego y muy anciano. Encarcelado por el sultán murió en prisión. Ya narramos su historia.

Relato de una entrada contra los infieles de que fuimos testigos cerca de Kūl

A nuestra llegada supimos que un grupo de infieles hindúes había puesto sitio a la ciudad de Ŷalālī, plaza situada a siete millas de distancia de Kūl. Nos encaminamos pues hacia el lugar y llegamos cuando ya sus habitantes estaban a punto de sucumbir. Los infieles, en un número aproximado de mil jinetes y tres mil infantes, no advirtieron nuestra presencia sino en el momento mismo de la carga. Matamos hasta el último de ellos apoderándonos de sus caballos y armas. Perdimos veintitrés jinetes y cincuenta y cinco infantes, entre ellos el eunuco Kāfūr, el copero, a cuyo cuidado se habían confiado los obsequios.

Escribimos al sultán informándole de su muerte y acampamos allí a la espera de respuesta

Mientras tanto, los infieles bajaban de una montaña próxima y hacían algaras por los alrededores de Ŷalālī. Los nuestros cabalgaban cada día a fin de ayudar al emir del distrito a rechazar a los asaltantes.

Cómo me cautivaron, cómo fui liberado y cómo la ayuda de un santo me sacó luego del peligro

Uno de aquellos días cabalgaba yo con algunos de mis compañeros y entramos en un huerto con la intención de descansar, ya que nos encontrábamos en plena temporada de calor. Pero he aquí que escuchamos un clamor y montamos de nuevo. Dimos entonces con unos paganos que habían asaltado una de las aldeas vecinas a Ŷalālī. En la persecución nuestros compañeros se dispersaron tras ellos quedando yo con cinco solamente. Fuimos atacados por un grupo de jinetes e infantes que salieron de una fraga próxima, ante lo cual y por lo numeroso del grupo, emprendimos la huida. Diez de ellos me perseguían en un principio pero finalmente quedaron tres. Delante mío no había ya camino y, siendo el terreno extremadamente pedregoso, las patas de mi caballo se atoraron entre las piedras. Descendí rápidamente de mi montura, libré sus patas y volví a montar. En la India cada hombre acostumbra llevar dos espadas, una colgada de la silla, llamada *ar-rikābī*, y la otra en el carcaj. Mi espada *ar-rikābī*, adornada con incrustaciones de oro, se salió de la vaina. Puse pie a tierra, la recogí y, colgándomela al cuello, monté de nuevo. Los infieles me seguían

de cerca. Llegué a una enorme zanja y bajando del caballo entré en ella. Ya no vi más a mis perseguidores. Penetré en un valle en medio de un frondoso jaral que atravesaba un camino. Lo seguí sin saber a dónde me conducía. De pronto, cuarenta infieles armados con arcos avanzaron hacia mí rodeándome. Temí que me ensartaran con sus flechas si trataba de huir ya que no llevaba armadura. Así, pues, me arrojé al suelo y me entregué porque los infieles respetan la vida a quien se comporta de este modo. Me apresaron y despojaron de cuanto llevaba, a excepción de la aljuba, la camisa y los zaragüelles. A continuación nos internamos en la algaba y me condujeron a su campamento situado en medio de los árboles junto a un estanque. Me dieron pan de *māš* —hecho con guisantes— y agua.

Había entre ellos dos musulmanes que me interrogaron en persa acerca de mi condición. Algo les dije, ocultando, sin embargo, ser un enviado del sultán. «Unos u otros te matarán. Aquel es su jefe», me dijeron señalando a uno de ellos a quien me dirigí, por medio de los musulmanes, tratando de conseguir su benevolencia. Me puso al cuidado de tres de los suyos: un viejo, su hijo y un negro ruin. Por sus palabras comprendí que habían recibido orden de matarme. Esa misma tarde me llevaron a una caverna. Dios envió al negro una fiebre que le provocó grandes escalofríos. El viejo y su hijo se durmieron y el negro me puso los pies encima. A la mañana siguiente hablaron entre sí y por señas me indicaron que bajara con ellos hacia la alberca. Imaginé su designio de asesinarme y hablé con el viejo intentando ganar su favor y se apiadó de mí. Corté las mangas de mi camisa y se las di a fin de que sus compañeros no le castigaran por mi causa si huía.

Hacia el mediodía oímos voces cerca del estanque. Pensando que se trataba de sus compañeros me hicieron bajar con ellos. Descendimos y encontramos a unas gentes que pidieron a mis guardianes que les acompañasen. Estos se negaron, se sentaron delante de mí y pusieron en el suelo una cuerda de cáñamo. Yo les observaba pensando: «Me sujetarán con ella cuando vayan a matarme». Transcurrió una hora tras la cual llegaron tres de mis captores. Hablaron con ellos y supuse que les estaban preguntando por qué no me habían matado aún. El viejo señaló al negro poniendo como excusa su enfermedad. Uno de los recién llegados era un apuesto joven que me dijo: «¿Quieres que te ponga en libertad?» Al contestar yo afirmativamente, me dijo: «Vete entonces». Me quité la aljuba y se la *dī*. Él me entregó a cambio un manto azul muy usado que llevaba y me indicó el camino. Marché y —temiendo cambiase de opinión y volvieran a cogerme— me interné en una algaida de cañas y allí permanecí oculto hasta que oscureció. Salí entonces y seguí el camino que me mostrara el joven, por donde llegué a una fuente. Apagué en ella mi sed y continué andando hasta que hubo transcurrido el primer tercio de la noche. Al pie de una montaña quedé dormido. Al clarear el día reanudé la marcha llegando hacia las diez a una elevada montaña rocosa en la que crecían acacias y lotos con cuyos frutos me alimenté pero sus espinas me hicieron heridas cuyas cicatrices aún conservo.

Descendí de la montaña y me encontré en un algodonal donde también había

algunas cepas y un *bāyn*, pozo de grandes dimensiones, de mampostería, con peldaños que conducían hasta la misma superficie del agua. Algunos de estos pozos tienen en el centro y a los lados pabellones de piedra, bancos y asientos. Los reyes y emires del país compiten entre sí a este respecto y construyen aljibes similares en los caminos que carecen de agua. Describiremos después algunos de ellos.

Cuando llegué al *bāyn* y saqué mi sed, encontré allí algunas ramas de mostaza negra que alguien había dejado caer al lavarlas, comí una parte y guardé el resto quedando dormido bajo un ricino. Entre tanto llegaron al *bāyn* unos cuarenta jinetes con sus corazas. Algunos entraron en el campo y se fueron. ¡Dios les impidió verme! Tras su marcha llegaron otros cincuenta hombres armados que se detuvieron junto a la cisterna. Uno de ellos se aproximó a un árbol por frente al que me resguardaba pero no me vio. Entré entonces en el algodonal y quedé allí el resto del día. Los infieles permanecieron junto al aljibe lavando sus ropas y solazándose. Cuando llegó la noche dejaron de oírse sus voces y deduje de ello que, o bien habían marchado, o bien dormían. Salí entonces de mi escondrijo y seguí las huellas de sus caballos ayudado por la luz de la luna. Anduve hasta llegar a otra cisterna coronada por una cúpula. Me detuve allí, bebí agua y comí los brotes de mostaza que me quedaban. Entré en el pabellón y lo encontré lleno de heno que habían reunido los pájaros. Me dormí encima y sentí debajo del heno movimiento de animales, posiblemente serpientes, pero no me moví, tanta era mi fatiga. Al llegar la mañana seguí un largo camino que terminaba en un poblado en ruinas. Tomé entonces otra senda semejante a la primera. Así pasé varios días durante los cuales llegué a unos árboles muy apiñados con un estanque en medio. Los árboles semejaban ser una casa y a ambos lados del estanque crecían verdolagas y otras plantas. Quise sentarme allí hasta que Dios enviase a alguien que me condujese a lugar habitado, pero una vez recobrada parte de mis fuerzas me puse a andar por un camino en el que encontré huellas de vacas: allí había una cargada con una albarda y una hoz. Esta senda conducía a alguna población infiel, así pues tomé otra que me llevó a una aldea en ruinas en la que vi a dos negros completamente desnudos. Tuve miedo y me oculté bajo unos árboles próximos. Al llegar la noche entré en la aldea y me introduje en una casa en una de cuyas habitaciones había una especie de enorme vasija que los infieles utilizan para almacenar el grano. En la parte inferior del recipiente hay un agujero por el que puede pasar un hombre. Una vez metido allí encontré el fondo cubierto de paja. Había también una piedra sobre la que coloqué la cabeza y me dormí. Se había posado en este lugar un pájaro que pasó la noche batiendo las alas. Pienso que estaba asustado: nos juntamos dos miedosos.

En esta situación estuve siete días, al cabo de los cuales, un sábado, fui apresado. El séptimo día llegué a un pueblo de infieles muy poblado que tenía un depósito de agua y campos de legumbres. Pedía de comer pero no quisieron darme nada. Alrededor de un pozo cercano al pueblo encontré hojas de rábanos silvestres y comí de ellas. Entré a continuación en el pueblo y vi a un grupo de idólatras que tenían

puestos centinelas. Estos me llamaron pero no respondí y me senté en el suelo. Uno de ellos se acercó blandiendo la espada con intención de golpearme: yo no le presté atención, de tan cansado como estaba. Me registró y no encontró nada. Entonces, me arrebató la camisa cuyas mangas había dado al viejo encargado de vigilarme.

Al otro día mi sed llegó al colmo y no había agua para saciarla. Di con una aldea desierta y no encontré ningún depósito de agua. Los habitantes de estos pueblos acostumbran a construir depósitos para recoger el agua de lluvia y de ella beben durante todo el año.

Seguí un camino que me llevó hasta un pozo sin mampostear al que habían sujetado una cuerda trenzada con plantas pero en cuyo extremo no encontré ningún recipiente. Até pues a la cuerda un trozo de tela que me cubría la cabeza y chupé el agua que la empapó pero esto no me bastó. Afiancé entonces a la cuerda uno de mis botines para sacar agua pero no me sació mucho más; quise sacar agua por segunda vez por el mismo procedimiento y he aquí que la cuerda se rompió y mi zapato cayó al pozo. Usé el otro y bebí hasta hartarme; corté a continuación mi zapato en dos y até la parte superior a uno de mis pies con la cuerda del pozo y con harapos que encontré en este lugar. Mientras me ocupaba de esto y reflexionaba acerca de mi situación apareció ante mí un hombre. Al observarle vi que se trataba de un negro con un jarro, un bastón en las manos y un zurrón a la espalda. Me dijo: « ¡La paz sea contigo!». Le respondí: « ¡Sea sobre vosotros la paz, la misericordia de Dios y sus bendiciones!». Me preguntó en persa quién era yo. «Un hombre perdido», dije. «Yo también», me contestó él y sujetando su jarro con una cuerda que llevaba, sacó agua del pozo. Le pedí de beber pero me dijo: «Ten paciencia», y abriendo su zurrón sacó un puñado de garbanzos negros, fritos con un poco de arroz; me dio de comer y beber; cumplió después sus abluciones y una oración de dos *rak'as* y yo hice otro tanto. Me preguntó mi nombre y yo le respondí que Muḥammad. El suyo era *al-Qalb al-Fāriḥ* [«corazón feliz»]. Consideré esto un presagio favorable, lo cual me alegró. En nombre de Dios me pidió que le acompañase. Acepté y caminé algún tiempo con él pero flaquearon mis miembros y, al no poder continuar, me senté. « ¿Qué te ocurre?», preguntó mi compañero. Le dije: «Antes de encontrarte podía caminar pero ahora no puedo hacerlo». « ¡Dios sea loado!, pónete a horcajadas sobre mi espalda», me dijo. «Pero tú estás débil, no tienes la fuerza suficiente para esto», argumenté. «Dios me fortalecerá —contestó— es preciso que lo hagas». Así pues me encaramé en sus lomos al tiempo que él me encomendaba: «Recita muchas veces esto: *Dios nos basta, pues qué buen protector es*». [Corán, 111, 167]. Hice lo que pedía y, a pesar mío, se me cerraron los ojos y desperté al caer al suelo. No vi ningún rastro de este hombre. Me encontré en una populosa población en la que me adentré, descubriendo que estaba habitada por agricultores infieles y que su gobernador era musulmán. Informado de mi presencia vino a mi encuentro. Le pregunté el nombre de la ciudad. «Tāy Būrah», me respondió. Entre esta ciudad y Kūl, donde permanecían mis compañeros, había dos parasangas de distancia. El gobernador me llevó a su casa, me

ofreció comida caliente y después me lavé. Él añadió: «Tengo unas ropas y un turbante que me dejó un árabe de Egipto, uno de los muchos campesinos que hay en Kūl». «Préstamelos —repliqué— los usaré hasta llegar al campamento». Al traerlos vi que eran dos de los trajes que yo diera a un árabe a nuestra llegada a Kūl. Extrañado por esto pensé en el hombre que me había traído a sus espaldas y recordé lo que Abū ‘Abdallāh al-Muršidī me anunciara, a lo cual nos referimos ya en la primera parte de estos viajes: «Entrarás en la India y te encontrarás con mi hermano Dilšād que te sacará de un apuro». Rememoré además la respuesta del desconocido al preguntarle su nombre: «*al-Qalb al-Fāriḥ*», contestó, que significa lo mismo que *Dilšād* en persa [corazón feliz]. Comprendí que era el personaje cuyo encuentro me había vaticinado al-Muršidī y que se trataba de un santo. No gocé de su compañía sino el corto espacio de tiempo mencionado.

Esa misma noche mandé una carta a Kūl, para mis compañeros, informándoles de mi estado de salud. Trajeron ropa y un caballo y me saludaron efusivamente, enterándome de que ya había llegado la respuesta del sultán, el cual había enviado a un eunuco llamado Sunbul al-Ŷāmdār para sustituir a Kāfūr, muerto en lucha con los infieles, y ordenándonos que prosiguiéramos nuestro viaje. Supe también que habían escrito al sultán contándole lo que me sucediera y que tenían por de mal agüero esta embajada, a causa de lo acontecido a Kāfūr y a mí, de modo que deseaban volverse. Pero mi propósito se hizo más firme al ver que el sultán nos conminaba a continuar el viaje, decisión que yo apoyé y a la cual ellos me replicaron: «¿No has visto lo acaecido ya al principio de esta misión? El sultán te disculpará. Volvámonos o quedémonos aquí hasta que llegue su respuesta». «No podemos permanecer aquí —les dije— la respuesta nos llegará allí donde estemos».

Salimos, pues, de Kūl e hicimos alto en Burŷ Būrah, donde hay una hermosa zagüía en la que vive un jeque de bella estampa y buena conducta, llamado M. al-‘Uryān [*el Desnudo*] porque toda su vestimenta consiste en un trozo de tela que le llega del ombligo a los pies, llevando al descubierto el resto del cuerpo; y por haber sido discípulo del piadoso santo M. al-‘Uryān, que moraba en el cementerio de Qarāfa, en El Cairo. ¡Que Dios le haga interceder por nosotros!

Historias que se cuentan de este jeque egipcio

Era éste un santo que había renunciado a todo y vestía una *tannūra* [saya], o sea, un trozo de tela que le cubría desde el ombligo a los pies. Refieren que, cuando había rezado la última zalá de la noche, sacaba toda la comida, el condumio y el agua de la zagüía y lo repartía entre los menesterosos, desechando, además, la torcida de la lámpara, así pues amanecía sin medio alguno de sustento. Tenía la costumbre de dar a sus compañeros pan y habas para el almuerzo, por lo que los panaderos y verduleros corrían por llegar cuanto antes a la zagüía: les tomaba lo necesario para dárselo a los

pobres y a quien se lo había cogido le decía que se sentara a esperar, dándole la primera limosna que recibía en la jornada, ya fuera poco o mucho.

Cuentan también que, cuando Qāzān, rey de los tártaros, llegó a Siria con sus tropas y se apoderó de toda Damasco, menos de la ciudadela, el rey an-Nāṣir acudió en su defensa, encontrándose ambos a una distancia de dos días de la ciudad, en un sitio que dicen Qašbab. El rey an-Nāṣir era entonces un joven de corta edad, nada hecho a los combates, por lo que el jeque al-‘Uryān, que estaba con él, echó pie a tierra, cogió una cadena y trabó con ella al caballo del rey, para que éste no pudiera apartarse de la lucha a causa de su juventud, lo que hubiera ocasionado la pérdida de los musulmanes. Así pues, el rey an-Nāṣir se mantuvo firme y los tártaros sufrieron una tan deshonrosa derrota, en la que muchos de ellos fueron muertos y otros muchos ahogados por las aguas [de las azudas] que se soltaron contra ellos, que desde entonces no volvieron a atacar a los países del Islam. El mentado jeque M. al-‘Uryān, discípulo del jeque del mismo nombre, al cual nos estamos refiriendo, me dijo que había asistido a este combate, siendo aún muy joven.

Partimos de Bur̄y Būrah y acampamos en un río llamado Ābi Siyāh [el río Kalindi], encaminándonos luego a la ciudad de Qinaŵy, plaza fuerte, grande y de bellos edificios —a la que ya hemos mencionado antes— y rodeada por una gran muralla. Los precios son muy bajos y hay mucho azúcar, que se lleva a Delhi. Nos hospedó allí el jeque Mu‘īn ad-Dīn al-Bajarzī. Su emir era entonces Fayrūz al-Badajšānī, descendiente de Bahrām Ŷūr, compañero de Cosroes. Viven en esta ciudad unos piadosos e ilustres personajes, conocidos por sus buenas costumbres y apodados Awlād [hijos de] Šaraf Ŷihān; su antepasado fue cadí supremo de Dawlat Ābād, hombre bienhechor y limosnero, a quien vino a parar la autoridad sobre las comarcas de la India.

Anécdota de este cadí

Cuentan que una vez fue depuesto del cadiazgo, pues tenía enemigos. Uno de éstos le acusó, ante el cadí que le sustituyera, de haberse quedado con diez mil dinares suyos. Como no tenía pruebas, quiso que se tomara juramento a Šaraf Ŷihān, por lo que el cadí le mandó un recadero. « ¿Qué me reclaman?», preguntó Šaraf Ŷihān al mensajero. «Diez mil dinares», fue la respuesta. El antiguo cadí envió entonces al tribunal dicha cantidad, que fue entregada al demandante. Cuando el sultán ‘Alā’ ad-Dīn se enteró de ello y se confirmó la falsedad de la acusación, devolvió el cadiazgo a Šaraf Ŷihān y le restituyó los diez mil dinares.

Pasamos tres días en esa ciudad, llegándonos allí la contestación del sultán, tocante a mi desaparición. Decía así: «Si no hay rastro de Fulano, que Waŷīh al-

Mulk, cadí de Dawlat Ābād, ocupe su puesto en la embajada». Emprendimos viaje y acampamos sucesivamente en las paradas de Hanawl, Wazīr Būr [Wazirpur] y al-Baŷālisa, llegando después a la pequeña ciudad de Mawrī, que cuenta con hermosos zocos. Encontré allí al virtuoso y longevo jeque Quṭb ad-Dīn, de nombre Ḥaydar al-Fargānī, a la sazón enfermo; me bendijo, me dio de viático una hogaza de cebada y reconoció tener más de ciento cincuenta años. Sus compañeros me contaron que ayunaba mucho y durante largos períodos, retirándose frecuentemente a meditar. Permanecía muchas veces hasta cuarenta días en su celda, alimentándose con cuarenta dátiles, uno por día. Yo había visto ya en Delhi a un jeque llamado Raŷab al-Burqu‘ī, que entraba en su celda con cuarenta dátiles y salía al cabo de cuarenta días, sobrándole aún trece dátiles.

Nos pusimos en camino y llegamos a la ciudad de Marh, cuyos habitantes son casi todos infieles bajo clientela de los musulmanes. Es plaza grande y fortificada y tiene muy buen trigo, como no hay en ningún otro sitio, de grano muy gordo, largo y amarillo. Lo llevan a Delhi, y sólo he visto un trigo así en las tierras de China. Marh se considera ciudad de los Mālawa, una cabila de hindúes de cuerpo grueso, fuerte complexión y bella estampa; sus mujeres gozan de una aventajada belleza y son famosas por lo agradable que es su comportamiento en la intimidad y lo bien dotadas que están para el placer, al igual que las mujeres Marhata y las de las Islas Maldivas [Dībat al-Mahal].

Salimos luego para ‘Alābūr [¿Alampur?], pequeña ciudad habitada en su mayor parte por infieles *dimmīes* [clientes y tributarios de los musulmanes]. A una jornada de distancia, habitaba un infiel llamado Qatam, sultán de Ŷanbīl, que sitió la ciudad de Kuyāliyar [Gwalियar] y fue muerto más tarde.

Relato de la muerte de Qatam

Este sultán infiel había cercado la ciudad de Rābarī que, situada junto al río Ŷūn [Ŷumna o Yamuna], tiene alrededor muchas aldeas y tierras de labranza, y cuyo emir era entonces el valiente Jaṭṭāb *El Afgano*. Qatam pidió ayuda a otro sultán infiel, de nombre Raŷū, que vivía en la ciudad llamada Sultān Būr [Sultampur], y entre ambos sitiaron la ciudad de Rābarī. Jaṭṭāb mandó pedir socorros al sultán de la India, pero éstos se retrasaron mucho debido a las cuarenta jornadas que hay hasta la capital. Temiendo, pues, que los infieles le vencieran, reunió unos tres-cientos hombres de la cabila de los afganos, otros tantos mamelucos y unos cuatrocientos hombres de la ciudad, que enrollaron los turbantes en los cuellos de sus caballos, como hacen los hindúes cuando quieren morir vendiendo caras sus vidas por Dios. Jaṭṭāb y sus cabileños se adelantaron, seguidos por los demás, abrieron al alba las puertas y cargaron como un solo hombre contra los infieles, que eran unos quince mil, derrotándolos con el auxilio de Dios y matando a los dos sultanes, Qatam y Raŷū,

cuyas cabezas enviaron al sultán de la India. De todos los infieles, sólo salvaron el pellejo los [pocos] que huyeron.

Episodio del emir de ‘Alābūr y de su martirio

El emir de ‘Alābūr era Badr al-Ḥabaṣī [*El Abisinio*], esclavo del sultán de la India, uno de esos héroes que andan en refranes. Realizaba, él solo, continuas algaras contra los infieles, matando y haciendo cautivos, de modo que su nombre se divulgó e hizo famoso y los infieles le temieron. Era alto y grueso y se comía una oveja entera de una sentada: me han contado que tragaba cerca de arrelde y medio de manteca después de la comida, como suelen hacer los abisinios en su país. Tenía un hijo que era casi tan valiente como él.

Ocurrió que, un día que salió de algarada con unos cuantos esclavos negros contra una aldea de paganos, cayó con su alfaraz en un silo; los aldeanos se agruparon allí y uno de ellos le golpeó con una *qaṭṭāra*, matándole. La *qaṭṭāra* es un hierro como una reja de arado, que se coge por una punta con la mano, apoyando todo el antebrazo, con lo que aún sobresalen unos dos codos: no hay nadie que sobreviva al golpe dado con ella. Los esclavos de al-Ḥabaṣī pelearon muy violentamente, se adueñaron de la aldea, mataron a los hombres, hicieron cautivas a las mujeres y arramblaron con todo; sacaron el caballo del foso, sano y salvo, y se lo llevaron al hijo de Badr. Y aquí sigue una extraña historia pues dirigiéndose éste a Delhi, montado en el mismo caballo, fue atacado por los infieles, con los cuales peleó hasta morir; el corcel volvióse con los compañeros de su amo, que lo entregaron a la familia: un cuñado del difunto lo tomó por montura y también le mataron los paganos cuando cabalgaba en él.

Emprendimos viaje a la ciudad de Kāliyūr [Gwalior], que le dicen también Kuyāliyar [Gwaliyar], grande y con una fortaleza inexpugnable alzada en lo alto de un monte. A la puerta de este castillo hay una estatua de piedra de un elefante y su cornaca, que ya hemos mencionado al hablar del sultán Quṭb ad-Dīn. El emir de esta ciudad, Aḥmad b. Sīrjān, hombre excelente, me había tratado muy bien unos días que estuve con él, antes de este viaje. Entré a verle un día, cuando se disponía a partir en dos a un infiel, y le dije: «Por Dios, no hagas eso delante de mí, pues no he visto jamás matar a nadie». Mandó entonces que le encarcelaran, salvándose así este hombre.

Salimos para Barwan [Pervan], pequeña ciudad musulmana en medio de una comarca de infieles, cuyo emir era M. b. Bayram, de origen turco. Hay por aquí muchos leones, y referían que uno de ellos había entrado de noche en la ciudad — estando las puertas cerradas— y atacado y matado a mucha gente. Estaban intrigados por el modo en que había podido introducirse. Un *barwanī* [de Pervan] llamado M. at-Tawfirī, vecino mío, me dijo que este león penetró de noche en su casa y se llevó a un niño de la cama; y otro individuo relató que, encontrándose en una casa donde se

celebraba una boda, al salir uno de los invitados a hacer sus necesidades, el león le atrapó; sus amigos salieron a buscarle y le encontraron tirado en el zoco: el león había chupado su sangre, pero sin comer su carne. Dicen que esto suele hacer este animal. Más extraño es lo que me contó otro, según el cual quien hacía estas cosas no era un león sino uno de esos magos llamados yoguis [yūrkiyya] que había tomado la figura del animal: aunque me lo dijeron algunos individuos más, yo me negué a creerlo. Vamos a dar ahora noticia de estos magos.

Noticia de los brujos yoguis

Los de esta taifa hacen cosas portentosas: pueden estar, por ejemplo, varios meses sin comer ni beber. A muchos de ellos les cavan hoyos bajo tierra y los taponan luego, dejando sólo un sitio para que entre el aire; el yogui aguanta allí unos cuantos meses y he oído decir que hay algunos que están hasta un año. En Manẏārūr [Mangalore] vi a un musulmán que había aprendido de ellos, al cual le habían puesto una mesa [en la calle] y allí encima quedó veinticinco días sin comer ni beber; ignoro cuánto tiempo más aguantó, pues así le dejé a mi marcha. La gente dice que estos yoguis fabrican unas pastillas, de las que se toman una por un número determinado de días o meses, durante los cuales no necesitan, pues, comer ni beber. Predicen también las cosas ocultas, por lo que el sultán les tiene en gran estima y les admite en sus reuniones. Algunos se alimentan sólo de legumbres y casi ninguno come carne: lo que sí es evidente en la condición de estos yoguis es su hábito de realizar ejercicios ascéticos, y el no necesitar del mundo y sus pompas. Hay yoguis que pueden matar a un hombre con sólo mirarle; el vulgo dice que, en estos casos, si se abre el pecho del muerto, no se le encuentra el corazón, pues «ha sido devorado», según refieren. Esto ocurre sobre todo, con las mujeres yoguis, y a las que hacen esto se les llama *kaftār*.

Relato

Como cayera sobre el país de la India una gran hambre a causa de la sequía, estando el sultán en el país de Tilink [Telingana en el Deccán], éste publicó un bando ordenando se diera alimento suficiente a los habitantes de Delhi, a razón de arrelde y medio por persona y día. El visir reunió a la gente y repartió a los mezquinos entre los emires y cadíes, para que se hicieran cargo de su manutención, correspondiéndome a mí quinientas personas, a las que alojé en unos cobertizos que construí en dos casas; cada cinco días les entregaba la despensa necesaria para ese tiempo. Un día me trajeron a una mujer, diciéndome: «Es una *kaftār* que ha devorado el corazón de un niño que estaba junto a ella». Me trajeron también el cadáver del

niño y yo les mandé que fueran con la mujer al virrey, el cual la sometió a la siguiente prueba: le ataron a los pies y a las manos cuatro jarras llenas de agua y la arrojaron al río Ŷūn, pero la mujer no se ahogó; supieron así que era una *kaftār*, pues si no, no hubiera podido salir a flote. Mandó entonces que la quemaran viva y la gente de la ciudad, hombres y mujeres, vinieron a recoger sus cenizas, pues pretenden que quien se sahúma con ellas se pone a salvo de los hechizos de las *kaftār* durante todo ese año^[371].

Anécdota

El sultán me envió a buscar un día, en la capital, y entré a verle en un reservado donde estaba con algunos de su privanza y con dos yoguis. Estos hombres se envuelven en almalafas y llevan la cabeza cubierta, pues se la depilan con ceniza, como hacen otros con los sobacos. El sultán me mandó sentar, cosa que hice, y dijo a los dos yoguis: «Este distinguido amigo es de un país lejano; mostradle, pues, lo que no ha visto nunca». «De acuerdo», respondieron, y uno de ellos se acurrucó, elevándose luego en el aire por encima de nuestras cabezas, quedándose allí como si estuviera encogido. Quedé pasmado y semejante ilusión me afectó tanto que caí al suelo; el sultán mandó que me dieran un remedio que tenía allí, volví en mí y me senté, mientras el yogui seguía acurrucado en el aire. Su compañero sacó una sandalia de un saco que llevaba y se puso a golpear el suelo con ella, como si estuviera enojado; la sandalia subió hasta ponerse encima del cuello del que estaba en el aire y se puso a golpearle en la nuca, mientras él iba bajando poco a poco, hasta que se sentó con nosotros. El sultán explicó que el agachado en el aire era discípulo del dueño de la sandalia y añadió: «Si no temiera por tu buen juicio, les ordenaría que hicieran cosas mayores de las que has visto». Me retiré y caí enfermo de palpitaciones, pero el sultán me envió un bebedizo que me sanó.

Volviendo a nuestro relato, diremos que partimos de la ciudad de Barwan [Pervan] para el alto de Amwārī y luego para el de Kaŷarrā, donde existe una gran alberca de casi una milla de longitud, junto a la que se alzan unos templos con ídolos que los musulmanes han destrozado. En medio del estanque hay tres pabellones de piedra roja, con tres pisos cada uno, con otras tantas cúpulas en sus cuatro esquinas. Vive aquí una compañía de yoguis que se han empegado los cabellos dejándolos crecer hasta los pies, y que tienen la color muy amarilla a causa de los ejercicios ascéticos. Muchos musulmanes les siguen hasta aquí para aprender de ellos. Aseguran que quien tiene una enfermedad como la lepra o la elefantiasis, se retira con ellos una buena temporada y cura, por la gracia de Dios. La primera vez que vi yoguis de esta taifa fue en la almahala del sultán Ṭarmašīrīn, rey del Turquestán. Eran unos cincuenta y les habían excavado un algar en la tierra donde quedaron, sin salir, salvo para satisfacer sus necesidades. Tienen una especie de cuerno que tocan al

despuntar y al morir el día, y cuando ya es noche cerrada; son asombrosas todas las cosas que hacen. De esta taifa era el hombre que preparó unas pastillas para darle fuerzas en el coito al sultán Giyāt ad-Dīn ad-Dāmagānī, rey del Ma‘bar [Coromandel]. Uno de los ingredientes de estas píldoras eran limaduras de hierro. El efecto dejó asombrado al sultán, que tomó más de la cuenta, muriendo por ello. Le sucedió su sobrino Nāṣir ad-Dīn, que honró a este yogui y le confirió mayor rango.

Nos encaminamos a Ŷandīrī, gran ciudad de zocos bien repletos, donde habita el emir de los emires de esta región, ‘Izz ad-Dīn al-Banatānī, llamado también A‘zam Malik [Gran Rey], persona ilustre y excelente que tiene como contertulios a hombres de ciencia, como el alfaquí ‘Izz ad-Dīn az-Zubayrī y el sabio Waṣīh ad-Dīn al-Biyānī, también alfaquí y originario de la ciudad de Biyāna, de la que ha hemos hablado; el cadí y alfaquí conocido como Qāḍī Jāṣṣa [Cadí de Notables], y el imán Šams ad-Dīn. El delegado de este emir para las cosas de la hacienda se llama Qamar ad-Dīn, y su lugarteniente para los asuntos de la tropa es Sa‘ādat at-Tilinkī, hombre muy valeroso, delante del cual desfilan los soldados. A‘zam Malik sólo aparece en público los viernes, y raramente algún otro día.

De Ŷandīrī nos dirigimos a la ciudad de Ṣihār [Dhar], capital de Mālawa, que es la mayor amelia de este país. Hay muchos cereales, trigo sobre todo, y de aquí se llevan las hojas de betel a Delhi, que está a veinticuatro jornadas de distancia; en el camino entre ambas ciudades se encuentran mojones que llevan grabado el número de millas existente entre cada dos de ellos: si el viajero quiere saber lo recorrido en el día y lo que le queda para llegar a la parada o ciudad a donde se dirige, puede leer las inscripciones de estos mojones, y así lo sabe. Esta ciudad de Ṣihār es un feudo del jeque Ibrāhīm, originario de las Islas Maldivas.

Episodio

Cuando el jeque Ibrāhīm llegó a esta ciudad, se aposentó en las afueras y revitalizó unos terrenos muertos que había allí, consiguiendo cultivar unos melones dulces en extremo y sin par en esta tierra; los vecinos de los terrenos colindantes también los cultivaban, pero no se parecían a éstos. El jeque Ibrāhīm daba de comer a los faquires y mezquinos. Una vez que el sultán iba de camino al Coromandel, este jeque le regaló un melón, que el sultán aceptó y encontró muy bueno, por lo cual le dio en feudo la ciudad de Ṣihār, mandándole construir una zagüía en una colina que domina la población. El jeque la construyó con mucho esmero y daba de comer en ella a los viajeros y caminantes, siguiendo así durante varios años, hasta que se presentó ante el sultán con trece *lak* [moneda de cien mil dinares], diciéndole: «Esto es lo sobrante después de dar de comer a la gente; creo que el erario tiene derecho a ello». El sultán lo aceptó, pero no le agradó el hecho de que hubiera guardado dinero, sin gastarlo todo en alimentar a los necesitados.

Historia

En esta misma ciudad, el sobrino del visir Jawāyha Ŷihān intentó asesinar a su tío, apoderarse de sus bienes y llevárselos a los rebeldes del Coromandel; su tío se enteró de esto y les prendió, a él y a unos cuantos emires, enviándolos al sultán. Este ejecutó a los emires y devolvió el sobrino al visir, que también le hizo matar.

Cuando llegó su sobrino, devuelto por el sultán, Jawāyha Ŷihān ordenó que fuera ejecutado, al igual que lo habían sido sus compañeros. Tenía el sobrino una joven esclava muy querida y pidió que la hicieran venir: se dieron de comer mutuamente hojas de betel y la abrazó en señal de despedida, después de lo cual fue arrojado a los elefantes; luego le despellejaron y rellenaron su piel con paja. Por la noche, la muchacha salió de su casa y se tiró a un pozo cercano al sitio donde había sido muerto su amante. La encontraron al día siguiente, la sacaron y enterraron en la misma tumba donde metieran los restos del sobrino del visir. A este lugar le dieron por nombre *Qubūr ‘Āšiqān*, que en su lengua quiere decir «Tumba de los Amantes» [*Qabr al-‘Āšiqāyn*]

De Zihār nos dirigimos a Uḡayn [Ujjain], bella ciudad con muchos edificios, que fuera residencia del rey Nāṣir ad-Dīn b. ‘Ayn al-Mulk, hombre ilustre, generoso y sabio, que cayó mártir de la fe al conquistar la isla de Sandābūr [Goa]; en este último lugar visité su tumba, como ya diremos. También vivía en Uḡayn el médico y alfaquí Ŷamāl ad-Dīn al-Magribī, originario de Granada.

Emprendimos luego viaje hacia Dawlat Ābād, enorme y gran ciudad de rango equivalente a la capital, Delhi, por su poderío y la extensión de su solar. Está dividida en tres partes, una de las cuales es la propia Dawlat Ābād, especialmente destinada a ser la residencia del sultán y sus tropas; la segunda se llama Kataka, y la tercera, que es una ciudadela inigualable y sin par por su fortaleza, recibe el nombre de Duwayqīr [Deogiri, Deoghir]. En esta ciudad habita el gran *jān* Quṭlū Jān, maestro del sultán, y emir y virrey de Dawlat Ābād, las comarcas de Sāgar y Tilink y tierras colindantes [Act. estado de Maharashtra]. Esta amelia está muy poblada y tiene una extensión de tres meses de marcha, todo ello dominios de Quṭlū Jān y sus lugartenientes. La dicha fortaleza de Duwayqīr, situada en medio de un llano, es un gran roquedo tallado en cuya cima se ha construido un castillo, al que se sube por medio de una escala hecha de cuero que se retira por las noches; allí viven, con sus hijos, los *mufradīes* o *zimāmīes* [soldados regulares, con paga fija]. Los grandes criminales son encarcelados en los aljibes del castillo, que están, llenos de ratas enormes, más grandes que los gatos, los cuales las rehúyen, pues si intentaran hacerles frente, serían vencidos; no se pueden cazar más que con artimañas. Yo vi allí estos animales y quedé maravillado.

Relato

El rey Jattāb al-Afgānī me contó que una vez estuvo encarcelado en un aljibe de este castillo, llamado el Aljibe de las Ratas. «Al caer la noche —refería— se juntaban en torno mío para devorarme y debía hacer un gran esfuerzo para luchar contra ellas. Oí luego que alguien me decía en sueños: “Recita cien mil veces la azora de la Unicidad [Corán, CXII] y Dios te librará”. Me puse a recitarla y, cuando hube acabado, me sacaron de allí. Mi liberación fue debida a que el rey Mall estaba encerrado en un aljibe contiguo al mío y, como estaba enfermo, las ratas le comieron los dedos y los ojos muriendo por ello. Al enterarse de esto el sultán, dijo: “Sacad a Jattāb, no sea que le ocurra lo mismo”».

En este castillo se refugiaron Nāṣir ad-Dīn, hijo del mentado rey Mall, y el cadí Ŷalāl, cuando fueron derrotados por el sultán.

Los habitantes de la comarca de Dawlat Ābād son de la cabila de los Marhata, a cuyas mujeres Dios ha distinguido con una gran belleza, sobre todo en nariz y cejas; son muy agradables en la intimidad y saben menearse en el coito como ninguna otra clase de mujeres. Los infieles de esta ciudad son mercaderes y casi todo su comercio se basa en las perlas, por lo que su riqueza es enorme; les dicen *sāha*, cuyo singular es *sāh* y se parecen a los *akārim* [ricos comerciantes] de Egipto.

Hay en Dawlat Ābād uvas y granadas, que se recolectan dos veces por año. Es una de las ciudades más importantes por los tributos e impuestos sobre las rentas que recauda, debido a su mucha población y a la amplitud de su amelia. Me contaron que un hindú se encargó, por diecisiete *kurūr*, del cobro de los impuestos de la ciudad y su comarca, que —como hemos dicho— tiene una extensión de tres meses de marcha. Un *kurūr* son cien *lak*, y el *lak* vale cien mil dinares. Pero el hindú no cumplió su compromiso y le quedó una porción por cobrar, así que incautaron sus bienes y le desollaron

Mención del zoco de los cantores

En esta ciudad de Dawlat Ābād hay un zoco dedicado a los cantores y cantoras, llamado Ṭarab Ābād, que es de los más bellos y grandes que he visto. Todas sus numerosas tiendas, tienen una puerta que comunica con la casa del dueño, aparte, claro está, de la puerta de la mansión; las tiendas están adornadas con alfombras y en el centro hay una especie de gran chinchorro donde se sienta o echa la cantante, enojada con toda clase de alhajas, mientras sus sirvientas la mecén. En medio del zoco se alza un gran pabellón lleno de tapices y cubierto de oropel, donde reposa todos los jueves, después del rezo de la tarde, el jefe de los músicos con sus servidores y esclavos; las cantoras vienen en grupos a bailar y cantar delante de él hasta la hora del crepúsculo, momento en que se retira. Hay también en el zoco

mezquitas para la zalá, donde los imanes rezan las oraciones nocturnas del Ramadán [*at-tarawīḥ*]. Un sultán de los infieles hindúes se detenía ante el pabellón, siempre que pasaba por este zoco, y las cantoras le dedicaban canciones; de igual modo actuaba cierto sultán de los musulmanes.

Salimos para Nadarbār [Nandurbar], pequeña ciudad habitada por los Marhata, que son diestros artesanos; sus médicos, astrólogos y nobles se llaman brahmanes y también chatrias. Se alimentan de arroz, legumbres y aceite de sésamo, pues no quieren degollar ni hacer sufrir a los animales, y se lavan para ir a comer como si se purificaran de una polución; no se casan nunca con sus parientes, a menos que lo sean de séptimo grado en adelante. No beben vino, pues lo consideran uno de los mayores vicios, al igual que ocurre, por otra parte, con todos los musulmanes de la India: al musulmán que bebe vino se le castiga con ochenta vergajazos y se le encierra por tres meses en una mazmorra, que no se abre más que en las horas de las comidas.

Partimos de aquí para la gran ciudad de Sāgar [Songarh] en la orilla de un río grande que lleva su mismo nombre [seguramente, el Tapti] y en cuyas riberas hay norias y huertos con mangos, plátanos y caña de azúcar. Son gente religiosa, pía, leal y de agradables modales. Tienen zagüías con huertas para los viajeros y caminantes, pues todo aquel que construye una zagüía le deja como legado un huerto, cuyo cuidado encarga a sus hijos; si éstos mueren sin descendencia, la administración pasa a los cadíes. Es una ciudad muy poblada, pues los forasteros se dirigen a ella atraídos por sus benditas gentes y por estar libre de garramas y tributos.

Nos dirigimos luego a la ciudad de Kinbāya [Cambay], situada en una bahía que parece un gran río, donde hay bajamar y pleamar y entran los barcos. He visto allí naves varadas en el fango cuando el reflujo, que vuelven luego a flotar en el agua al subir la marea. Cambay es ciudad muy bella por sus esmerados edificios y bien construidas mezquitas, debido a que casi todos sus habitantes son mercaderes extranjeros que están continuamente construyendo hermosas mansiones y maravillosas mezquitas, emulándose unos a otros. Una de las casas principales es la del jerife aş-Şāmirī, con el que me aconteció el suceso de las confituras, cuando el rey de los comensales [gastrónomos] le tachó de embustero; no he visto nunca maderas más gruesas que las de esta casa, pues la puerta parece la de una ciudad. Al lado hay una gran mezquita que lleva el nombre de este jerife. Otras grandes casas son la del rey de los comerciantes, al-Kāzarūnī, que también lleva aneja su mezquita, y la del mercader Šams ad-Dīn Kūlāh Dūz, palabras estas dos últimas que significan en persa «el Sombrerero».

Relato

Cuando tuvo lugar, como ya narramos, la rebelión del cadí Ŷalāl al-Afgānī, este Šams ad-Dīn, junto con el capitán de barco Iliyās, que era uno de los principales de la

ciudad, y con el rey de los médicos, del cual hemos hablado anteriormente, decidieron hacerse fuertes en esta ciudad y se pusieron a cavar un foso en torno a ella, pues carecía de murallas. Pero el cadí Ŷalāl les venció y entró en Cambay, escondiéndose estos tres hombres en una casa por temor a ser descubiertos. Acordaron entonces matarse entre ellos, golpeándose con una *qaṭṭāra*, que ya hemos dicho lo que es: sólo sobrevivió el rey de los médicos.

Otro de los grandes mercaderes de Cambay era Naŷm ad-Dīn al-Ŷīlānī, hombre de bella estampa y muy rico, que construyó una gran casa y una mezquita. El sultán le mandó llamar, le nombró emir de la ciudad y le confirió los honores propios del rango, a causa de lo cual perdió luego sus bienes y su vida.

El emir de Cambay, al llegar nosotros allí, era Muqbil at-Tilinkī, que gozaba de una elevada posición por deseo del sultán; tenía a su lado al jeque Zādah al-Iṣpahānī, en quien delegaba todos sus asuntos. Este jeque tenía grandes riquezas y un buen conocimiento de las cuestiones de Estado; enviaba continuamente sumas de dinero a su país, urdiendo artimañas para escapar. Enteraron de ello al sultán, contando que este jeque quería huir, de modo que el soberano escribió una carta a Muqbil, ordenando que le enviara a este hombre. Muqbil le mandó con el correo a presencia del sultán, que le puso bajo custodia. Lo habitual es que cuando el sultán pone bajo vigilancia a alguien, éste no se libre sino raras veces, pero este jeque se puso de acuerdo con su guardián, mediante el pago de una suma de dinero, y huyeron juntos. Una persona de confianza me contó que le había visto en un rincón de la mezquita de Qalhāt [en la costa de Omán] y que luego había conseguido llegar a su país, había reunido sus riquezas y se había puesto a salvo de todo temor.

Anécdota

El rey Muqbil nos hospedó un día en su casa y dio la rara casualidad de que el cadí de la ciudad, que era tuerto del ojo derecho, sentóse frente a un jerife de Bagdad que tenía unas facciones muy parecidas y también era tuerto, aunque del ojo izquierdo. El jerife se puso a mirar al cadí y a reírse, por lo que éste le reprendió. «No me regañes, porque soy más guapo que tú», dijo el jerife. «Y eso, ¿por qué?», replicó el cadí. «Porque tú eres tuerto del ojo derecho y yo lo soy del izquierdo», retrucó el bagdadí. El emir y los presentes se echaron a reír y el cadí quedó corrido, sin poder contestar al jerife, pues éstos son muy venerados en la India.

Entre los hombres piadosos de la ciudad, estaba el peregrino [Ḥāŷŷ] Nāṣir, originario de Diyār Bakr y que vivía en uno de los pabellones de la aljama. Fuimos a visitarle y comimos con él. Le sucedió que hubo de recibir al cadí Ŷalāl cuando éste se rebeló y entró en la ciudad de Cambay; le contaron al sultán que había rezado por Ŷalāl y tuvo que huir para no ser ejecutado, como le ocurrió a al-Ḥaydarī. Otro

hombre virtuoso era el mercader Jawāyāh Ishāq, en cuya zagüía daba de comer a viajeros y caminantes, gastando mucho en los faquires y mezquinos, a pesar de lo cual su dinero crecía y aumentaba aún más.

De Cambay nos dirigimos a la población de Kāwā, donde también se siente el flujo y reflujo de la bahía, y que pertenece al país del rajá infiel Ŷālansī, del que hablaremos a continuación. Salimos para Qandahār, que es una gran ciudad de infieles, al borde de la bahía de Cambay.

Mención del sultán de Qandahār

El sultán de Qandahār es un infiel llamado Ŷālansī, que está sometido a los musulmanes y todos los años ofrece un presente al rey de la India. Cuando llegamos a Qandahār, vino a recibirnos y dio muestras de la mayor consideración, saliendo incluso de su alcázar, en persona, para alojarnos allí a nosotros. Acudieron a vernos los principales musulmanes que vivían allí, como los hijos de Jawaāyāh Buhrah, uno de los cuales era el patrón Ibrāhīm, propietario de seis barcos. En esta ciudad nos hicimos á la mar.

Relación de nuestro viaje por mar

Embarcamos en una nave del dicho Ibrāhīm, llamada *al-Ŷākar*, en la que cargamos setenta caballos de los que regalaba el sultán de la India al de la China, metiendo los demás, junto con las monturas de nuestros compañeros, en un barco llamado *Manūrt*, propiedad del hermano de este Ibrāhīm. El rajá Ŷālansī nos dio un barco provisto de agua, víveres y forraje, donde cargamos los caballos de Zāhir ad-Dīn, Sunbul y sus compañeros, mandando, además, a su hijo con nosotros, en un barco llamado *al-‘Ukayrī*, parecido a una galera, pero más ancho; tenía sesenta remos y se le podía poner un tejadillo al entrar en combate, para proteger a los remeros de las piedras y saetas. Yo embarqué en el *Ŷākar*, que llevaba a bordo cincuenta arqueros y cincuenta guerreros abisinios, señores de este mar, pues cuando va uno solo de ellos en un barco, los piratas e infieles hindúes se guardan de atacarlo.

Al cabo de dos días llegamos a la isla de Bayram [Piram], que está deshabitada y a cuatro millas de la costa. Desembarcamos para hacer la aguada en una alberca que allí hay. Antes estaba poblada por infieles, pero la invadieron los musulmanes y desde entonces no hay nadie. El rey de los mercaderes —del que ya hemos hablado— quiso repoblarla y construyó una muralla donde dispusieron varios almajaneques, estableciéndose allí algunos musulmanes.

Abandonamos esta isla y llegamos al día siguiente a la ciudad de Qūqa [Gogo],

grande y con buenos zocos; anclamos a unas cuatro millas, por la bajamar, y metíme en una barca [‘uṣārī] con unos cuantos compañeros, para entrar en la ciudad. La barca embarrancó en el lodo a eso de una milla de la población, por lo que me dirigí a ella apoyado en dos compañeros, aunque los demás temían que nos alcanzara la pleamar antes de llegar; aunque no sabía nadar bien, llegué a Qūqa y me di una vuelta por los zocos. Vi una mezquita atribuida a Elías y al-Jiḍr, donde recé la zalá vespertina y me encontré con un grupo de faquires *ḥaydarīes*, que iban con su jeque. Luego regresé al barco.

Mención del sultán de Qūqa

Es un infiel llamado Dunkūl, que aparenta obediencia al rey de la India, pero, en realidad, es un rebelde.

A los tres días de habernos hecho a la vela en esta ciudad, llegamos a la isla de Sandābūr [Goa], donde se alzan treinta y seis aldeas; está en medio de una ría, cuyas aguas son buenas y dulces en el reflujo, pero salobres con la pleamar. En el centro de la isla hay dos ciudades, antigua la una, construida por los infieles, y edificada la otra por los musulmanes cuando conquistaron la isla por primera vez. En ésta se levanta una gran aljama, semejante a las mezquitas de Bagdad, que fue construida por el patrón Ḥasan, padre del sultán Ŷamāl ad-Dīn M. al-Hinawrī, del que, si Dios quiere, hablaremos más tarde, así como del tiempo que pasé con él cuando Sandābūr fue tomada por segunda vez. Pasamos junto a esta isla, dejándola atrás, y echamos el ancla en una pequeña muy cercana a la tierra firme, donde había un huerto, una alberca y un templo, donde encontramos a un yoguī.

Relato de lo que nos aconteció con este yogui

Al desembarcar en el islote, encontramos a un yogui recostado en la pared de una *budjāna*, o sea, de un templo de ídolos, entre dos de los cuales se hallaba. Tenía cara de estar extenuado de hambre o fatiga y no contestó cuando le hablamos; miramos si tenía comida cerca y no vimos nada, pero, mientras estábamos en ello, dio un gran grito y al momento cayó un coco delante de él. Nos lo entregó, y, recuperándonos de nuestro pasmo, le dimos unos cuantos dinares y *dirhams*, que no aceptó, rechazando también las provisiones que le trajimos. Tirado ante él había un manto de pelo de camello, el cual, como yo lo palpara y diera vuelta entre mis manos, me regaló; yo le di un rosario de conchas que llevaba en la mano, pues él también se puso a manosearlo. Empezó a olerlo, a besarlo y a desgranar las cuentas, señalando al cielo y al lugar de la alquibla; mis compañeros no comprendieron sus gestos, pero yo entendí

que nos indicaba que era un musulmán que ocultaba su fe a la gente de la isla. Vivía de nueces de coco. Al despedirnos, le besé la mano, cosa que mis compañeros desaprobaban; él se percató de esta censura, de modo que me cogió la mano, la besó sonriendo y nos hizo señas de que nos retiráramos. Marchamos y, como yo fuera el último en irme, me tiró del vestido para que me volviera, dándome diez dinares. Cuando salimos de allí, me preguntaron mis compañeros: «¿Por qué te ha tirado de la ropa?». «Para darme diez dinares», respondí. Le di tres a Zāhir ad-Dīn y otros tantos a Sunbul, añadiendo: «Este hombre es musulmán. ¿No habéis visto cómo ha señalado al cielo, para indicar que cree en el Altísimo, y ha mostrado el lugar de la alquibla para dar a entender que conoce al Enviado de Dios? Lo que abona esto es que ha cogido el rosario». Cuando les dije estas palabras, volvieron los dos en su busca, pero no le encontraron.

Al momento partimos, llegando al día siguiente a la ciudad de Hinawr [¿Honavar?], que está junto a una espaciosa ría donde entran barcos grandes, a media milla del mar. Durante los cuatro meses del tiempo de *buškāl*, que aquí quiere decir «lluvia», el mar se agita y embravece muchísimo, de modo que nadie puede embarcarse, a no ser para pescar.

El día que llegamos a Hinawr, se me acercó un yogui hindú y, llevándome aparte, me dio seis dinares y dijo: «El brahmán te manda esto»; se refería al yogui que me dio aquellos dinares y a quien yo regalé el rosario. Cogí las monedas y le quise dar una, pero no la aceptó. Cuando marchó, enteré a mis compañeros de lo que sucediera y pregunté si querían su parte; contestaron que no, quedando maravillados del asunto, pues me contaron que habían añadido seis dinares a los seis que yo les diera, dejándolos todos entre los dos ídolos donde habíamos encontrado a aquel hombre. Quedé boquiabierto y guardé estos dinares que el yogui me había regalado.

Los de Hinawr son píos, religiosos y fuertes, siendo muy conocidos porque hacen la guerra santa en el mar, pero el destino les amansó después de que conquistaron Sandābūr, como ya diremos. Entre los personajes devotos de esta ciudad, me encontré con el jeque M. an-Nāqawrī, que me hospedó en su zagüía y cocinaba él mismo, pues encontraba asquerosas las manos de las esclavas y esclavos. Vi también al alfaquí Ismā'il, que enseñaba el *Alcorán* y era hombre morigerado, generoso y de buen talante; al cadí de la ciudad, Nūr ad-Dīn 'Alī; y al jatib, de cuyo nombre no me acuerdo.

Las mujeres de la ciudad, y las de todas estas comarcas litorales, no visten ropas cosidas, sino vestidos sin costuras: se ciñen la cintura con una punta de la tela y el resto se lo ponen en el pecho y la cabeza; son bellas y castas y llevan todas un arete de oro en la nariz. Una especial particularidad es que todas ellas se saben de memoria el Excelso *Corán*: he llegado a ver en Hinawr trece escuelas coránicas para muchachas y veintitrés para muchachos, cosa que, desde luego, no he visto en ninguna otra parte.

Los habitantes de Hinawr viven del comercio marítimo, pues no se dedican a la labranza. La gente de la costa de Malabar [Bilād al-Mulaybār] entrega todos los años al sultán Ŷamāl ad-Dīn una cantidad fija de dinero, pues temen su poderío en el mar: su ejército se compone de unos seis mil hombres, entre jinetes e infantes.

Mención del sultán de Hinawr

Este es Ŷamāl ad-Dīn M. b. Ḥasan, uno de los mejores y más grandes sultanes, que está sometido a un soberano infiel llamado Haryab, del que ya hablaremos. El sultán Ŷamāl ad-Dīn ora asiduamente en comunidad y tiene la costumbre de ir antes del alba a la mezquita para leer el *Corán* hasta que sale el sol, momento en que reza su primera zalá; después sale a dar una vuelta a caballo, fuera de la ciudad, y vuelve a eso de media mañana, dirigiéndose primero a la mezquita, donde reza otra vez antes de entrar en su alcázar. Suele ayunar todos los días blancos^[372]. Cuando estuve en su ciudad, me invitó a romper el ayuno con él, asistiendo en compañía de los alfaquies ‘Alī e Ismā‘il y tomando todos asiento en unas pequeñas sillas que pusieron en el suelo.

Disposición de las comidas de este sultán

He aquí el orden que se sigue: traen primero una mesa de cobre llamada *jawanŷa*, encima de la cual ponen un plato, también de cobre, que dicen *ṭālam*; viene luego una bella esclava, envuelta en ropas de seda, que sirve la comida de unos pucheros puestos delante del sultán. Con un gran cucharón de cobre, sirve una cucharada de arroz en el *ṭālam*, echando por arriba manteca derretida, racimos de pimientos encurtidos, jengibre verde, limones en conserva y mangos; cada cual come un bocado de arroz, acompañándolo de estos encurtidos. Una vez consumida la porción que se ha servido en el *ṭālam*, la esclava echa otra cucharada de arroz y sirve en una escudilla una gallina cocida, que se come también con el arroz, haciendo lo mismo con otro plato de averío que se sirve después de la gallina. Acabadas las aves, traen platos de pescado y, a continuación, diversas clases de verduras cocidas con manteca y leche, comiendo ambas cosas, como siempre, con arroz. Al final traen siempre *kūšān*, que es leche cuajada, de modo que al servirlo, se sabe que ya no hay más comida. Luego beben agua caliente, pues el agua fría es perjudicial en la estación de las lluvias. El arroz es el alimento principal de aquella gente, pues otra vez que pasé once meses con este sultán no comí pan ni un solo día; estuve también tres años en las Islas Maldivas, en Ceilán y en las costas de Coromandel y Malabar, alimentándome sólo de arroz y agua.

Este sultán viste finas almalafas de seda y lino, poniéndose una encima de otra y ciñéndose la cintura con un paño; se recoge el pelo en la nuca y se toca con un pequeño turbante. Cuando va a caballo, se pone una túnica de manga larga y dos almalafas encima, y lleva delante varios hombres que van tocando albuges y atabales. En esta ocasión estuvimos tres días con él; nos dio viático para el viaje y nos fuimos.

Al cabo de tres días llegamos al Malabar, país de la pimienta, cuya extensión es de dos meses de marcha, a lo largo de la costa, de Sandābūr [Goa] a-Kawlam [Quilon]. Todo el camino está sombreado por árboles y a cada media milla hay una casa de madera con bancos, donde pueden sentarse los viajeros y caminantes, ya sean musulmanes o infieles; junto a estas casas hay pozos para beber, que tienen por hafiz a un infiel, el cual sirve el agua en vasijas a los paganos y da de beber en su propia mano a los musulmanes, hasta que se le aparta o al hacerle señas de que lo deje. Los infieles de la costa de Malabar tienen la costumbre de no dejar entrar en sus casas a los musulmanes, ni darles de comer en sus vajillas; si esto llega a ocurrir, las rompen o se las dan a musulmanes. Cuando uno de éstos llega a un sitio donde no hay ninguna casa musulmana, le cocinan la comida y se la sirven en hojas de plátano, echando encima los condimentos; las sobras las comen los perros y pájaros. En todas las paradas de este camino hay casas de musulmanes, en las que éstos se alojan y se les vende todo cuanto necesiten y se les hace la comida; si no fuera por ello, ningún musulmán podría viajar por este país.

En el camino, que hemos dicho tiene una extensión de dos meses de marcha, no hay ni un palmo de tierra sin cultivar; cada hombre posee su propio huerto con la casa en medio, cercado todo por una valla de madera, de modo que el camino pasa por los huertos. Cuando se llega a la cerca de uno de éstos, hay unos peldaños de madera para subir y otros para bajar al huerto de al lado, y así durante los dos meses de marcha. Nadie viaja con acémilas por este país, pues sólo el sultán dispone de caballerías. El principal medio de transporte de esta gente es una especie de palanquín, que llevan a hombros los esclavos o asalariados; quien no va en palanquín, sea quien sea, tiene que ir a pie. Los que llevan bagajes o bultos de mercancías u otras cosas, contratan hombres que se lo carguen a las espaldas, de modo que puedes ver aquí un mercader seguido por cien faquines, más o menos, llevando su cargamento. Estos faquines llevan un grueso palo con gancho y contera de hierro en cada una de las puntas para, cuando están cansados y no encuentran banco alguno donde reposar, hincar el palo en tierra y colgar la carga en él; una vez que ha descansado, coge la carga sin ayuda de nadie y se pone otra vez en marcha.

No he visto camino más seguro que éste, pues los hindúes matan a quien roba una sola nuez de coco; cuando cae al suelo algún fruto, nadie lo recoge antes de que lo haga su dueño. Me contaron que unos hindúes pasaron por este camino, cogiendo uno de ellos un coco, por lo que el gobernador, enterado del asunto, mandó empalarle.

Hincaron en el suelo una estaca con la punta de arriba afilada y colocaron allí una plancha de madera, de modo que la punta sobresaliera; tendieron al hombre en la plancha y le clavaron en el palo por el vientre, hasta que le salió por la espalda, dejándole allí como escarmiento. En este camino hay muchos palos de éstos, para que la gente los vea y aprovechen el aviso.

Cuando por la noche nos encontrábamos en el sendero con algunos infieles, éstos se apartaban hasta que hubiéramos pasado; los musulmanes son muy respetados aquí, aunque ya hemos dicho que los infieles no comen con ellos ni les dejan entrar en sus casas.

En la costa de Malabar hay doce sultanes infieles, poderosos unos, con un ejército que llega a los cincuenta mil hombres, y débiles otros, cuyo número de soldados no pasa de tres mil; pero no hay nunca guerras civiles entre ellos, pues los poderosos no ambicionan arrancar a los débiles sus posesiones. Entre cada uno de sus Estados hay una puerta de madera, que lleva grabado el nombre de aquél cuyo territorio empieza allí, y que se llama Puerta del Amán de Fulano. Cuando un hombre, ya sea musulmán o infiel, huye del país de uno de ellos, a causa de algún delito, y llega a la Puerta del Amán de otro, se acoge a su asilo, y aquel de quien huye no puede prenderle, aunque sea poderoso y disponga de numerosas tropas.

Los sultanes del país dejan el reino en herencia al hijo de su hermana, excluyendo a sus propios hijos; no he visto hacer esto mas que entre los Massūfa, del país de Malí, que llevan velado el rostro y de los que hablaremos más adelante.

Cuando un sultán del Malabar quiere impedir que su gente compre o venda, manda que unos esclavos cuelguen en las tiendas algunas ramas de árbol con sus hojas, y nadie vende ni compra cosa alguna mientras sigan allí esas ramas.

De la pimienta [*al-filfil*]

Los pimenteros se parecen a las vides y se plantan frente a los cocoteros, para que trepen por ellos como hacen las parras, de las que se diferencian en no tener vástagos o sarmientos. Sus hojas son parecidas a las de la ruda y algo también a las del albolol; fructifica en pequeños racimos, cuyos granos, cuando están verdes, se asemejan a las pepitas del *abū qinnīna* [«el padre de la botella»; ¿la uva?]. Se recolectan en llegando el otoño y se extienden en esteras al sol, como se hace con las uvas para convertirlas en pasas; los remueven continuamente, hasta que secan bien y ennegrecen, vendiéndolos entonces a los comerciantes. El común de las gentes en nuestro país, cree que estos granos están arrugados porque se asan o fríen al fuego, pero la verdad es que están así por haber sido secados al sol. Vi mucha pimienta en la ciudad de Qālicūt [Calicut], donde la medían por *kayl*^[373], como se hace con el mijo entre nosotros.

La primera ciudad de la costa de Malabar en la que entramos fue Abū Sarūr [Barcelore], pequeña, en una gran bahía llena de cocoteros. El jefe de los musulmanes es el jeque Ŷum‘a, apodado «Seisdedos» [Abū Siṭṭa], hombre generoso donde los haya, que ha gastado su fortuna, hasta agotarla, en socorrer a faquires y mezquinos.

Dos días después, llegamos a la ciudad de Fākanawr [Baccanore], grande y situada también en una bahía. Hay mucha y buena caña de azúcar, la mejor de este país. Existe en esta ciudad una comunidad musulmana, cuyo jefe se llama Ḥusayn aṣ-Ṣalāt, que dispone de cadí y jatib. El dicho Ḥusayn ha construido allí una mezquita para celebrar la zalá del viernes.

Mención del sultán de Fākanawr

Su sultán es un infiel llamado Bāsadaḡ, que tiene unas treinta naves de guerra, siendo el arráez de todas ellas un musulmán de nombre Lūlā, hombre malvado que se dedica a la piratería y a saquear a los mercaderes. Cuando anclamos en Fākanawr, el sultán nos mandó a su hijo, quien quedó en el barco como rehén. Desembarcamos para ir a verle y nos dio buen hospedaje durante tres días, por consideración al sultán de la India, dándole así lo que le era debido, pero también por el afán de sacar provecho del comercio con la gente de nuestros barcos.

En este país es costumbre, cuando pasa un barco cerca de una población, que eche el ancla en ella y ofrezca al señor de la ciudad un presente que llaman «derecho de puerto» [ḡaqq al-bandar]. Si no lo hace así, salen a perseguirle con sus naves, le meten a la fuerza en el puerto, le cobran doble impuesto y le impiden zarpar hasta que ellos quieren.

Emprendimos otra vez viaje y llegamos, tres días después, a la gran ciudad de Manŷarūr [Mangalore], situada en la bahía más grande de la costa de Malabar, llamada Jawr ad-Dunb [Bahía de Dunb]. En esta ciudad desembarcan la mayor parte de los mercaderes de Fārs y el Yemen, pues hay muchísima pimienta y jengibre.

Mención del sultán de Mangalore

Es uno de los principales sultanes de este país y se llama Rāma Daw. En Mangalore hay unos cuatro mil musulmanes, que viven en un arrabal pegado a la ciudad, con cuyos habitantes se meten en guerra a veces; pero el sultán media entre ellos para hacer las paces, atendiendo a las necesidades del comercio. El cadí de esta comunidad musulmana es un hombre excelente y generoso, de la escuela Ṣāfi‘ī llamado Badr ad-Dīn al-Ma‘barī, quien enseña las disciplinas científicas. Subió a

nuestro barco y nos rogó que desembarcáramos, pero le dijimos que no lo haríamos hasta que el sultán nos enviara a su hijo, para quedarse en la nave, a lo que él nos respondió: «El sultán de Fākanawr hace eso porque en su ciudad los musulmanes no tienen fuerza alguna, pero a nosotros el sultán nos teme». De todas formas, nos negamos a bajar si no se cumplía dicha condición, y entonces el sultán nos mandó a su hijo, como había hecho el otro. Desembarcamos y nos trataron con gran consideración, quedando allí tres días.

Emprendimos luego viaje hacia Hīlī, donde llegamos dos días después. Es una ciudad grande, con bellos edificios, y construida en una gran bahía, en la que entran los grandes barcos, entre ellos los de China, que sólo atracan en este puerto y en los de Quilon y Calicut. Esta ciudad de Hīlī es venerada tanto por los musulmanes como por los infieles, a causa de su mezquita aljama, que es lugar bendito y de radiante luminosidad: los navegantes le consagran votos y promesas, habiendo reunido así un enorme tesoro, custodiado por Ḥusayn, el jatib, y por el jefe de los musulmanes, Ḥasan al-Wazzān. De estos bienes reciben su sueldo varios estudiantes que allí se dedican al estudio de las ciencias; tiene también esta mezquita una cocina, en la que se prepara la comida para los viajeros y caminantes, así como para los musulmanes pobres de la ciudad. Me topé en esta aljama con un virtuoso alfaquí, originario de Mogadiscio, hombre de buen aspecto y talante, gran ayunador. Me contó que había residido catorce años en La Meca y otros tantos en Medina, conociendo allí a sus respectivos emires, Abū Numayy y Manṣūr b. ʿYammāz; y que había viajado por India y China.

De Hīlī fuimos a la ciudad de ʿYurfatṭan [Cannanore], a tres parasangas de distancia. Conocí aquí a un alfaquí de Bagdad, hombre de gran rango, llamado as-Ṣarṣarī por ser originario de una población a unas diez millas de Bagdad, en el camino de Kūfa, de nombre Ṣarṣar, como el del monte que hay en nuestro Magreb. Este hombre tenía en ʿYurfatṭan un hermano muy rico, que, al morir, le había nombrado albacea de sus hijos pequeños; cuando yo le dejé, se disponía a llevárselos a Bagdad, pues en este país de la India, igual que en el Sudán, nadie toca el dinero del difunto, aunque haya dejado miles de dinares, sino que el jefe de los musulmanes se hace cargo de ello hasta que lo perciba el beneficiario legal.

Mención del sultán de ʿYurfatṭan

Se llama Kuwayl y es uno de los más grandes sultanes del Malabar, dueño de numerosos barcos que viajan al Yemen, Omán y Fārs. También le pertenecen las ciudades de Dah Faṭṭan y Budd Faṭṭan, de las que hablaremos seguidamente.

Nos dirigimos a la ciudad de Dah Faṭṭan, grande y situada en una bahía, con huertos llenos de cocoteros, pimenteros, palmas de areca, betel y mucho ñame, que

esta gente cuece junto con la carne; en cuanto a los plátanos, no he visto nunca tantos ni tan baratos en ningún otro sitio. Hay en esta ciudad un gran estanque, de quinientos pies de largo y trescientos de ancho, hecho de piedras rojas de sillería, con veintiocho pabellones de piedra a los lados, en cada uno de los cuales hay unos escalones para subir a ellos y cuatro asientos, todo ello también de piedra; en medio del estanque hay otro gran pabellón de tres pisos, con cuatro asientos en cada uno. Me dijeron que fue el padre del sultán Kuwayl quien mandó construir el estanque frente a la mezquita aljama, de donde bajan unos escalones hasta el agua, para que la gente pueda lavarse y hacer las abluciones; el faquí Ḥusayn me contó, sin embargo, que tanto la mezquita como el estanque habían sido contruidos por uno de los antepasados de Kuwayl, que abrazó la fe islámica por un suceso maravilloso que paso a relatar:

Del árbol maravilloso que está frente a esta mezquita

Vi junto a esta aljama un árbol joven y verde, con hojas parecidas a las de la higuera, pero más suaves. Está cercado por una tapia en la que hay un mihrab, donde recé una zalá de dos prosternaciones. A este árbol llaman *darajt aš-šahāda* [Árbol de la Profesión de Fe]. Me contaron que todos los años, cuando llega el otoño, cae de él una sola hoja cuyo color amarillea para hacerse rojo luego, y en la que el cálamo del poder divino ha escrito lo siguiente: «No hay más dios que Dios y Mahoma es su Enviado». El alfaquí Ḥusayn y varias personas de confianza me dijeron que ellos mismos habían visto esta hoja y leído la frase; el alfaquí añadió que, cuando llega el tiempo en que esta hoja cae, las personas de autoridad, tanto musulmanes como infieles, se sientan bajo el árbol y, al caer la hoja, los musulmanes cogen la mitad, quedando la otra mitad depositada en el tesoro del sultán infiel, pues todos la utilizan para curar a los enfermos. Por este árbol se hizo musulmán el abuelo de Kuwayl que construyó la mezquita y el estanque, pues sabía leer los caracteres árabes y cuando descifró y comprendió lo escrito en la hoja, abrazó el Islam de todo corazón: su historia corre de boca en boca entre estos hindúes.

El faquí Ḥusayn me dijo también que uno de los hijos de este sultán, que era un tirano, volvió otra vez a la idolatría y mandó desarraigar el árbol, orden que se cumplió escrupulosamente. Pero el árbol tornó a crecer tan bello como antes, mientras el infiel pereció de seguida.

Partimos luego hacia la gran ciudad de Budd Faṭṭan, que está en una espaciosa bahía. A las afueras de la ciudad y cerca del mar, hay una mezquita donde se albergan los musulmanes extranjeros, pues no hay un solo musulmán en toda Budd Faṭṭan. Tiene un bellissimo puerto, buen agua dulce y mucha nuez de areca, que llevan a India y China. Casi todos los de Budd Faṭṭan son brahmanes, venerados por los infieles, y aborrecen a los musulmanes, por lo que no hay uno solo de éstos en la ciudad.

Anécdota

Me contaron que el motivo por el que los brahmanes no derribaron esta mezquita fue que uno de ellos demolió el tejado para techar su casa, la cual ardió con sus hijos y enseres dentro. Desde entonces la respetaron, no le causaron ningún mal, la repararon y llevaron agua a la puerta, para que bebieran los viajeros y caminantes, colocando, además, una jábega en la puerta para que no entraran los pájaros.

De Budd Faṭṭan nos dirigimos a Fandaraynā [o Fandārayna: Panderani], grande y hermosa ciudad con huertos y zocos. Los musulmanes tienen allí tres barrios, en cada uno de los cuales hay una mezquita, además de la aljama, que está en la costa, con naves y miradores que dan al mar. El cadí y jatib es originario de Omán y tiene un hermano que es uno de los principales de la ciudad. En ella pasan el invierno los barcos chinos. Emprendimos viaje a la ciudad de Qāliqūṭ [Calicut], uno de los mayores puertos de la Costa de Malabar, donde atracan los navegantes de China, Java, Ceilán, las Maldivas, el Yemen y Fārs, y donde se reúnen mercaderes de las más remotas regiones. Es uno de los mayores puertos del mundo.

Mención del sultán de Calicut

Es un infiel llamado aṣ-Ṣāmūrī, que se rasura la barba, como hacen algunos rumíes. Pude verle en Calicut y, si Dios quiere, volveré a hablar de él.

El emir de los mercaderes de Calicut es Ibrāhīm Šāh Bandar [Rey del Puerto], originario de Baḥrayn y hombre excelente y generoso, en cuya casa se reúnen a comer los comerciantes. El cadí se llama Fajr ad-Dīn ‘Uṭmān, hombre de gran mérito y largueza; y el principal de la zagüía de esta ciudad es el jeque Šihāb ad-Dīn al-Kāzarūnī, a quien van a parar los votos que la gente de la India consagra al jeque Abū Ishāq al-Kāzarūnī. En Calicut vive también el famoso patrón Mitqāl, dueño de innumerables bienes y muchos barcos, con los que trafica con la India, la China, el Yemen y Fārs. Cuando llegamos a esta ciudad, salieron a recibirnos Ibrāhīm Šāh Bandar, el cadí, el jeque Šihāb ad-Dīn, los principales mercaderes y el lugarteniente del sultán infiel, de nombre Qulāy. En los barcos llevaban atabales, añafles, albuges y estandartes, de modo que hicimos una entrada magnífica en el puerto, como no hemos tenido otra en este país. Mas a esta alegría sucedió la aflicción, como ya diremos luego.

Quedamos en el puerto, donde había entonces trece barcos chinos, bajando después a la ciudad para alojarnos cada uno en una casa. Estuvimos tres meses en Calicut, como huéspedes del monarca infiel, esperando la ocasión para salir hacia la China en un barco de este país, pues por el Mar de China no viajan naves de ningún otro lugar. Vamos a describir cómo son estos barcos:

Descripción de los barcos chinos

Los hay de tres clases: los grandes se llaman juncos [*ŷunk*], los medianos, *zaw*, y los pequeños *kakam*. Los grandes tienen de tres a doce velas hechas de cañas de bambú, tejidas como si fueran esteras, que no se arrían nunca, sino que se voltean siguiendo la dirección del viento; así pues, cuando echan el ancla, las dejan siempre al paio. Cada uno de estos barcos tiene una tripulación de mil hombres: seiscientos marineros y cuatrocientos guerreros, entre los que hay arqueros, adargueros y *ŷurjiyya*, que son los que arrojan la nafta^[374]. Estos barcos van seguidos por otros tres, llamados *nisfī*, *ṭulṭī* y *rub'ī* por ser, respectivamente, la mitad, la tercera y la cuarta partes del grande. Estas naves se construyen en la ciudad china de Zaytūn [Tseu-Thung, act. Tsin-Kiang] o en la de Sīn Kalān, llamada también Šīn as-Šīn [Cantón], del siguiente modo: fabrican dos paredes de madera, que juntan entre sí por medio de tablas muy gruesas, unidas a lo largo y a lo ancho por enormes clavos de tres codos de largo; una vez soldadas las paredes con estas tablas, construyen encima lo que va a ser el suelo del barco, lanzando a continuación todo al mar, donde acaban el trabajo. Estas paredes y tablas, contiguas al agua, les sirven para bajar por ellas a lavarse y satisfacer sus necesidades. A los lados de estas tablas están los remos, que son tan grandes como mástiles, por lo que cada uno ha de ser manejado por diez o quince hombres, que reman de pie.

Cada barco tiene cuatro puentes, con celdas, cabinas y cuartos para los mercaderes; algunas de esas cabinas están amuebladas y tienen varias celdas, disponiendo el dueño de una llave para cerrarla, pues llevan con ellos a sus mujeres y concubinas. A veces va un hombre en una cabina sin que los demás sepan que está a bordo, hasta que no se reúnen al llegar a alguna ciudad. Los marineros meten en estas cabinas a sus hijos, y siembran allí verduras, legumbres y jengibre en piletas de madera.

El contramaestre del barco parece un gran emir: baja a tierra precedido por los arqueros y guerreros abisinios, armados de espadas y jabalinas y haciendo sonar atabales, albogues y añafles. Cuando llegan al lugar donde se hospeda, clavan las lanzas a ambos lados de la puerta y así permanecen todo el tiempo que dura la estancia del barco en el puerto. Hay chinos que tienen muchos navíos y envían en ellos a sus representantes por los más diversos países; no hay en todo el mundo gente más adinerada que los chinos.

De cómo quisimos emprender viaje a China y de cómo acabó el intento

Llegado el momento de salir para la China, el sultán aṣ-Šāmūrī puso a nuestra disposición uno de los trece juncos que había en el puerto de Calicut, cuyo encargado era un conocido mío llamado Sulaymān aṣ-Šafadī aṣ-Šāmī, a quien dije: «Quiero una

cabina que nadie comparta conmigo, pues tengo unas jóvenes esclavas con las que acostumbro a viajar solo». «Los mercaderes chinos han alquilado las cabinas para la ida y la vuelta —me contestó—, pero mi yerno tiene una que puedo darte, aunque está sin amueblar; tal vez podamos cambiarla por otra». Mandé a mis compañeros que cargaran mi equipaje y los esclavos y esclavas subieron al junco; como era jueves, me quedé en tierra para asistir a la oración del viernes, pensando reunirme luego con ellos. El rey Sunbul y Zāhir ad-Dīn se embarcaron con el presente que llevábamos al rey de la China. Un mozo que estaba a mi servicio, llamado Hilāl, vino a buscarme el viernes por la mañana para decir que nuestra cabina era angosta y estaba sin arreglar; se lo comuniqué al patrón, quien me respondió: «Pues no hay otra solución, a no ser que prefieras embarcarte en el *kakam*, donde podrás elegir las cabinas que quieras». Le dije que estaba de acuerdo y mandé a mis amigos que me llevaran las esclavas y los equipajes al *kakam*, quedando instalados antes de la zalá del viernes.

Este mar se embravece todos los días a eso de la media tarde, de modo que nadie puede entonces hacerse a la vela. Los juncos ya habían salido, no quedando en el puerto más que aquel en que iba el regalo y otro, cuyos dueños habían resuelto pasar el invierno en Fandaraynā, aparte del dicho *kakam*. Pasamos, pues, la noche del viernes en la orilla, sin poder subir al *kakam*, mientras los embarcados en él tampoco podían bajar. Yo no me había quedado más que una alfombra para tenderme en el suelo. El *junco* y el *kakam* amanecieron el sábado lejos del puerto; el mar estrelló contra los arrecifes el junco que quería ir a Fandaraynā, despedazándolo y muriendo algunos de sus pasajeros, mientras otros se salvaban. Iba en este barco una joven esclava de uno de los comerciantes, que le era muy querida, y prometió dar diez dinares de oro a quien la sacara del agua, pues se había abrazado a un madero de la popa del junco; un marinero de Hurmuz acudió a la llamada y la salvó, pero rehusó coger los dinares, diciendo: «Lo he hecho por el amor de Dios».

Por la noche, el mar lanzó contra las rocas al junco donde iba el regalo, muriendo todos los que estaban a bordo; de amanecida fuimos al sitio donde había naufragado el barco y vimos a Zāhir ad-Dīn con la cabeza rota y los sesos fuera y al rey Sunbul con las sienes traspasadas por un clavo, así que les enterramos y rezamos por ellos. Pude ver entonces al sultán infiel de Calicut, que iba descalzo y tocado con un pequeño turbante y llevaba enrollada en la cintura una gran pieza de tela blanca que le llegaba del ombligo a las rodillas, mientras que un esclavo sostenía una sombrilla en alto, sobre su cabeza. Había encendido una hoguera en la orilla, delante de él, y sus esbirros golpeaban a la gente para que no saqueasen lo que arrojaba el mar en la costa. En todo el país de Malabar, excepto en esta ciudad, es costumbre que los pecios de naufragios vayan a parar al erario: aquí, sin embargo, es recogido por sus dueños, razón por la que Calicut es una ciudad próspera y muy frecuentada por gentes de todas partes.

Cuando los del *kakam* vieron lo sucedido al junco, izaron las velas y se fueron,

llevándose todo mi equipaje y mis esclavos y esclavas. Me quedé solo en la costa, con un mozo al que ya había manumitido, que, al ver lo ocurrido, me abandonó. Así pues, no me quedaron más que los diez dinares que me diera el yogui y la alcatifa en que me había acostado la noche anterior. Me dijeron que el *kakam* no tendría más remedio que entrar en el puerto de Kawlam [Quilon], de modo que decidí encaminarme a esa ciudad, que está a diez jornadas de Calicut, por vía terrestre o fluvial, según se prefiera. Fui por el río y contraté a un musulmán para que llevara mi alfombra. Cuando viajan por este río, los naturales tienen la costumbre de desembarcar al anochecer y pernoctar en las aldeas de la ribera, para volver al barco por la mañana, de manera que eso mismo hicimos nosotros. El único musulmán que iba en el barco era el que yo había contratado, pero se dedicaba a emborracharse con los infieles por la noche y, como tenía muy mal vino, conseguía sacarme de mis casillas.

Al quinto día de viaje llegamos a Kunyī Karī, que está en lo alto de un monte; sus habitantes son judíos, así como su emir, y pagan la capitación al sultán de Kawlam.

De la canela [*qirfa*] y el palo brasil [*buqqam*]

Todos los árboles que hay junto a este río son canelos y árboles de palo brasil, que aquí usan como leña. Durante todo este viaje, nosotros mismos nos servimos de la madera de estos árboles para encender fuego con que cocinar los alimentos.

Al décimo día llegamos a Kawlam, ciudad con espléndidos zocos, una de las más bellas del Malabar. A sus mercaderes llaman *ṣūlīs*, y son muy ricos: cualquiera de ellos puede comprar un barco con todos sus aparejos y cargarlo con géneros propios. Hay en esta ciudad un buen grupo de comerciantes musulmanes, cuyo jefe es ‘Alā’ ad-Dīn al-Āwāyī, oriundo de Āwah, en el Iraq de los persas; es *rāfiḍī* y tiene algunos compañeros que siguen esta misma doctrina de manera manifiesta. El cadí es un hombre ilustre, originario de Qazwīn [Qazvīn, al S. O. de Teherán], y el jefe de los musulmanes de la ciudad es M. Šāh Bandar, que tiene un excelente y generoso hermano, llamado Taqī d-Dīn. La mezquita aljama, construida por el mercader Jawāyā Muhaddab, es magnífica. Kawlam es la ciudad de la costa de Malabar más cercana a China, por lo cual la mayor parte de los comerciantes chinos atracan en su puerto. Los musulmanes son estimados y respetados en Kawlam.

Mención del sultán de Kawlam

Es un infiel llamado at-Tīrawarī, que tiene en gran consideración a los musulmanes y dicta sentencias muy duras contra los ladrones y viciosos.

Anécdota

He aquí una de las cosas que presencié en Kawlam: un arquero iraquí, hombre adinerado, mató a uno de sus compañeros y corrió a acogerse a la casa de al-Āwayī. Los musulmanes quisieron enterrar al muerto, pero los lugartenientes del sultán se lo prohibieron, diciendo: «No se le enterrará mientras no nos entreguéis al asesino, que ha de ser ajusticiado por lo que ha hecho». Así pues, le dejaron en el ataúd a la puerta de al-Āwayī, hasta que empezó a heder y descomponerse. Al-Āwayī, entonces, entregó al asesino a la justicia, rogando que, a cambio de las riquezas de que disponía el dicho arquero, le dejaran con vida. No aceptaron esta proposición y le mataron, con lo que la víctima pudo ser enterrada por fin.

Otra anécdota

Me contaron que el sultán de Kawlam estaba un día paseando a caballo por las afueras de la ciudad con su yerno, que era hijo de rey. Como el camino discurría entre huertos, el yerno cogió un mango que había caído al suelo: al verle el sultán hacer esto, mandó al momento que le partieran en dos y crucificaran ambas mitades a diestra y siniestra del camino. Abrieron también el mango por la mitad y pusieron un trozo encima de cada parte del cadáver, dejándole allí como aviso de caminantes.

Relato similar al anterior

Sucedió en Calicut que un sobrino del lugarteniente del sultán arrebató una espada a un mercader musulmán, por lo que éste fue a quejarse al tío del joven, el cual le prometió cuidarse del asunto. Sentóse a la puerta de su casa y al rato apareció su sobrino, con la espada al cinto. Le preguntó, después de haberle llamado para que acudiera: «¿Es ésa la espada del musulmán?». «Sí», respondió el sobrino. «¿Se la has comprado?», volvió a preguntarle su tío. «No», replicó el joven. Entonces el lugarteniente gritó a sus guardias: «¡Prendedle!», ordenando luego que le decapitaran con la misma espada.

Me quedé algún tiempo en Kawlam, en la zagüía del jeque Fajr ad-Dīn, hijo de Šihāb ad-Dīn al-Kāzarūnī, jeque de la zagüía de Calicut. No conseguí averiguar nada del *kakam*, aunque, durante mi estancia en la ciudad, entraron en ella los enviados del rey de la China que habían viajado con nosotros y que habíanse embarcado en uno de los juncos del puerto de Calicut, que también había naufragado. Los mercaderes chinos les dieron vestidos y tornaron a su país, donde volví a verles más tarde.

Yo quería regresar donde el sultán de la India, para informarle de lo que había

sucedido con el regalo del rey de la China, pero tenía miedo de que reprendiera mi conducta y me dijera: «¿Por qué te separaste del regalo?». Así que decidí volver con el sultán Yamāl ad-Dīn al-Hinawī y quedarme con él hasta tener noticias del *kakam*. Volví a Calicut y encontré allí unos barcos del sultán de la India, a cuyo mando venía un emir árabe llamado Sayyid Abū-l-Ḥasan, que era un *pardedār*, es decir, un gran ujier. El sultán le había enviado con dinero suficiente para enrolar a todos los árabes que pudiera, de las tierras de Hurmuz y al-Qūṭayf, pues este soberano de la India tiene en gran estima a los árabes. Fui a ver al emir y le encontré disponiéndose a pasar el invierno en Calicut, para viajar en seguida al país de los árabes; le consulté sobre si debía volver con el sultán de la India y me aconsejó que no lo hiciera. Así pues, embarqué con él en Calicut, estando ya a punto de acabar la estación de los viajes marítimos; navegábamos durante la primera mitad del día y echábamos luego el ancla hasta el día siguiente. Nos encontramos en la ruta con cuatro barcos de guerra, pero, aunque sentimos temor, no nos hicieron daño alguno.

Llegamos a la ciudad de Hinawr y desembarqué para saludar al sultán: me alojé en una casa, donde no tenía ningún criado, y me pidió que rezara con él las zalás diarias. Me pasaba la mayor parte del tiempo sentado en su mezquita, leyendo el *Corán* entero una vez al día. Más tarde, llegué a leerlo dos veces diarias: empezaba la lectura después del rezo de la madrugada, terminándolo muy poco después del mediodía; volvía a hacer mis abluciones y recomenzaba la lectura, acabándola por segunda vez a eso de la caída del sol. Estuve haciendo esto durante tres meses, de los cuales pasé cuarenta días enteros en retiro espiritual.

Relato de nuestra campaña guerrera y de la conquista de Sandābūr [Goa]

El sultán Yamāl ad-Dīn había equipado cincuenta y dos barcos para atacar Sandābūr. El sultán de esta isla y su hijo estaban en desavenencia, por lo que este último había escrito a Ŷamāl ad-Dīn, pidiéndole que conquistara Sandābūr, comprometiéndose él, por su parte, a convertirse al Islam y a casarse con la hermana de Ŷamāl ad-Dīn. Cuando los barcos estuvieron prestos, me pareció que yo también debía ir con ellos a la guerra santa, así que abrí el *Corán* al azar, por ver de iluminarme, y me encontré con las siguientes palabras: [*«Si Dios no hubiera enviado a unos hombres contra otros, habrían sido destruidos los cenobios, sinagogas, oratorios y mezquitas, en donde se invoca continuamente su nombre. Dios auxiliará a quienes le auxilian»* [Corán XXII, 41]. Sentí una gran alegría al leer esto, y cuando el sultán vino al rezo de la tarde, le dije: «Quiero ir contra Sandābūr». «Tú serás, entonces, el jefe de la expedición», me respondió. Le conté lo que me había salido al abrir el *Corán* y quedó tan maravillado que decidió venir él también, cosa que antes no había estimado conveniente.

Embarquéme, pues, con él en una de las naves, un sábado, y llegamos a Sandābūr

al anochecer del lunes. Al entrar en el golfo, encontramos a la gente de la ciudad dispuesta para el combate, con los almajaneques ya enderezados, de modo que pasamos allí la noche. Al amanecer sonaron los atabales, añafles y albugues, avanzaron los barcos y entonces nos lanzaron una descarga con los almajaneques: pude ver cómo una piedra alcanzaba a uno de los que estaban al lado del sultán. Los hombres de las naves se echaron al agua, con las adargas y espadas en la mano, mientras el sultán desembarcaba en un *‘ukayrī*, que es como una especie de *šallīr* [bote]; yo también me tiré al agua, junto con los demás. Llevábamos los caballos en dos grandes barcazas abiertas por la parte trasera, para que los jinetes pudieran montar allí mismo en sus alfaraces, ponerse las jacerinas y salir cabalgando, como así hicieron, en efecto.

Dios permitió que conquistáramos Sandābūr, dándonos la victoria a los musulmanes. Entramos a punta de espada en la ciudad y los infieles se refugiaron en el alcázar del sultán; prendimos fuego al edificio y apresamos a los isleños a medida que iban saliendo. El sultán *Ŷamāl ad-Dīn* les concedió el amán y les devolvió sus mujeres e hijos, mandando que se establecieran en el arrabal de la ciudad, pues eran cerca de diez mil; él eligió el alcázar como residencia y donó todas las casas próximas a la gente de su corte. A mí me entregó una joven esclava, llamada *Lamkī*, a la que di el nombre de *Mubāraka* [Bendita]; su marido quiso pagar rescate por ella, pero yo me negué a aceptarlo. Me dio también un mantelete egipcio hallado entre los tesoros del monarca infiel. Quedé con *Ŷamāl ad-Dīn* en Sandābūr desde el mismo día de la conquista, que fue el 13 del primer mes de *Ŷumādā*, hasta mediado el mes de *Ša‘bān*. Por estas fechas le pedí permiso para ponerme en viaje y me lo dispensó bajo promesa de que volvería otra vez junto a él.

Me embarqué para *Hinawr*, recalando luego en *Fākanawr*, *Manŷarūr*, *Hīlī*, *Yurfatṭan*, *Dah Faṭṭan*, *Budd Faṭṭan*, *Fandaraynā* y *Calicut*, ciudades que ya he mencionado. Me dirigí de inmediato a la muy bella ciudad de *aš-Šāliyāt* [Beypore], en la que se fabrican los tejidos que llevan su nombre, quedándome allí una larga temporada. Volví a *Calicut*, a donde habían llegado dos criados míos de los que iban en el *kakam*, los cuales me contaron que la esclava que estaba preñada, y por la que yo andaba muy cuitado, había muerto; que el señor de Java se había apoderado de las otras esclavas; que habían entrado a saco en mi equipaje; en fin, que mis compañeros se habían dispersado por la China, Java y Bengala.

Enterado de todo esto, regresé a *Hinawr* y *Sandābūr*, a donde llegué a finales del mes de *Muḥarram*, permaneciendo allí hasta el segundo día del último mes de *Rabī* [375]. El sultán infiel, a quien habíamos vencido, volvió a la isla con la intención de recuperarla y todos los infieles se pasaron a su lado. Las tropas del sultán *Ŷamāl ad-Dīn* estaban dispersas por las aldeas, por lo que nosotros nos hallábamos aislados en la ciudad. Los infieles nos sitiaron y apretaron el cerco en torno nuestro. Cuando la situación se hizo insostenible, salí de la ciudad, dejándola asediada, y volví a *Calicut*.

ISLAS MALDIVAS

Resolví entonces dirigirme a Dībat al-Mahal [Islas Maldivas], de las que ya había oído halar. Dībat se pronuncia como el nombre «loba», en árabe [*di'ba*]. A los diez días de habernos embarcado en Calicut, llegamos a estas islas, que son una de las maravillas del mundo. Hay unas dos mil islas, de las cuales un centenar, o poco menos, están agrupadas en círculo, como formando un anillo, de modo que los navíos sólo pueden entrar allí por una especie de puerta. Cuando un barco llega a una de ellas, tiene que contratar a un guía indígena, si quiere ir a las otras islas; están tan cerca que, cuando sales de una, ya ves aparecer las copas de las palmeras de la otra. Si el barco marra el camino, no puede entrar en estas islas y el viento le lleva a la costa de Coromandel o a Ceilán...

Los habitantes de las Maldivas son todos musulmanes, hombres religiosos y de buenas costumbres. Están divididas estas islas en regiones, cada una de las cuales tiene al frente un valí, que ellos llaman *kurduwī*, y que son las siguientes: Pālipūr; Kannalūs; Mahal, nombre por el que se conoce a todas las islas y región donde habitan sus sultanes; Talādib; Karāydū; Taym; Taladummatī; Haladummatī, que sólo se diferencia de la anterior por la letra hache; Baraydū; Kandakal; Mulūk y Suwayd, que es la más lejana. No hay ningún tipo de cultivo en las Maldivas, excepto en Suwayd, donde se da un cereal parecido al *anlī* [especie de mijo], que llevan de aquí a la región de Mahal. La alimentación de los isleños consiste fundamentalmente en un pescado parecido al *līrūn*, que ellos llaman *qulb al-mās* [bonito negro] y que tiene la carne roja, sin nada de grasa, aunque huele como la carne de cordero; al acabar la pesca, los cortan en cuatro trozos que cuecen un poco, poniéndolos después en unos cestos de palmas, colgados encima del humo de la lumbre. No lo comen hasta estar completamente seco, y llevan esta mojama a la India, a China y al Yemen.

Mención de los árboles de las Islas Maldivas

La mayor parte de los árboles que hay en estas islas son cocoteros, que, junto con el pescado que acabamos de describir, constituyen la base de la alimentación de los malvideños. Los cocoteros son árboles de naturaleza admirable, pues llegan a producir doce racimos por año, o sea, uno por mes; pequeños unas veces, grandes otras, secos o verdes, y así continuamente. Del coco hacen leche, aceite y miel, tal y como hemos contado en la primera parte de nuestro viaje; con la miel hacen dulces, que comen junto con la nuez de coco seca.

Esta alimentación, a base de pescado y productos del cocotero, da un vigor maravilloso y sin igual en la coyunda: los maldivaños son extraordinarios en esto. Yo tuve en estas islas cuatro mujeres, aparte de las esclavas, y a todas les hacía la ronda

diaria, pasando luego la noche con la que le correspondía por turno; y esto, durante el año y medio que estuve allí.

Los otros árboles y plantas de las Maldivas son yambos [*yammūn*], toronjos, limoneros y ñames [*qulqās*]. De las raíces de estos últimos hacen harina, con la que preparan una especie de fideos que cuecen en leche de coco: es uno de los mejores platos que conozco, del que comí abundantemente, pues me gustaba muchísimo.

De la gente de estas islas y de algunas de sus costumbres, seguido de la descripción de sus viviendas

Los maldivaños son gente religiosa, de buenas costumbres, fe sincera y recta intención; comen alimentos lícitos y sus plegarias son atendidas. Al encontrarse, se saludan de esta guisa: «Dios es mi señor y Mahoma mi profeta. Y yo soy un pobre ignorante». Son débiles de cuerpo y no son duchos en combates ni guerras, pues no tienen más armas que sus oraciones. Estando en estas islas, mandé un día cortar la mano de un ladrón y algunos de los que estaban en la sala de audiencia se desmayaron. Los piratas hindúes, sin embargo, no les atacan ni les causan espanto, pues ya han comprobado que a quien roba algo a estas gentes le sobreviene de inmediato alguna calamidad; cuando los barcos enemigos se acercan por esta zona, arramblan con lo que pueden coger a los forasteros, pero a los maldivaños no les hacen ningún mal. Si un infiel hurta cualquier cosa, aunque sea un limón, su jefe le escarmienta mandándole azotar atrocemente, por miedo al castigo que puede caerles encima. A no ser por esto, serían presa fácil de quienes quisieran atacarles, debido a su débil naturaleza.

En todas las islas hay hermosas mezquitas y casi todas las viviendas son de madera.

Estos isleños son gente limpia, que no aguanta la suciedad; la inmensa mayoría se lava dos veces diarias, para mantenerse limpios, debido a la calor tan rigurosa que hace aquí y a lo mucho que se suda. Usan abundantes ungüentos aromáticos, como el aceite de sándalo y otros, y se untan con algalia, que traen de Mogadiscio. Las mujeres suelen llevar a su marido o a su hijo, tras el rezo de la madrugada, una alcoholera, agua de rosas y unto de algalia, para que se alcoholen los ojos y se acicalen el cutis con el agua de rosas y el aceite de algalia, a fin de que les desaparezca la palidez del rostro.

Se visten con diversos paños: se atan un lienzo en la cintura, a modo de zaragüelles, y se ponen en la espalda unos paños que llaman *al-wilyān*; es decir, algo así como los *aḥārīm* [sing. *iḥrām*: indumentaria sacra de los peregrinos en La Meca]. Unos se tocan con turbante y otros con un pequeño pañuelo. Cuando se encuentran con el cadí o el jatib, se quitan el paño de los hombros y le acompañan hasta su casa con la espalda descubierta. Otra de sus costumbres es que cuando un hombre se casa

y se dirige a la morada de su esposa, ésta le alfombra con lienzos de algodón el espacio entre la puerta de la calle y la de la alcoba, colocando además puñados de conchas a ambos lados de este camino. La mujer le espera de pie en el umbral de la alcoba y, cuando se acerca, le echa en los pies un paño, que recogen los criados del marido. Si es la mujer la que va a la casa del esposo, también alfombran la mansión y ponen conchas, pero es siempre la mujer quien, al acercarse, le echa el paño a los pies del hombre. Observan este mismo ritual para saludar al sultán, de manera que han de llevar siempre un paño en estas ocasiones, como ya diremos.

Sus construcciones son de madera y, para prevenir humedades, aquí muy abundantes, levantan el piso de las casas a cierta distancia del suelo. Empiezan tallando piedras de dos o tres codos de largo y colocándolas en varias hileras, extendiendo por encima, a continuación, troncos de cocotero; luego alzan las paredes a base de tablones, demostrando un gran oficio en todo ello. En el zaguán construyen una habitación, que llaman *mālam*, donde se reúne el dueño de la casa con sus amigos y que tiene dos puertas: una hacia el zaguán, por la que entra la gente, y otra que da a la casa, por donde entra el anfitrión. Al lado de este *mālam* hay una tinaja llena de agua, con un cazo llamado *walanî*, hecho de corteza de coco y con un mango de dos codos de largo, mediante el cual sacan agua de los pozos, pues éstos son poco profundos. Los maldiveños, ya sean plebeyos o gente alta, van todos descalzos y sus callejas están barridas, limpias y sombreadas por árboles, de modo que quien anda por ellas es como si fuera por un jardín. Aún así, todo el que entra en una casa tiene antes que lavarse los pies con el agua de la tinaja cercana al *mālam*, secándoselos en una esterilla grosera hecha de fibra de cocotero [*lîf*] allí dispuesta para tal uso, haciendo también lo mismo para entrar en las mezquitas.

Cuando llega un barco, los isleños suelen ir a su encuentro montados en *kundur*as, o sea, barquichuelas, llevando hojas de betel y *karanbas*, que son cocos verdes. Cada cual ofrece estas cosas al tripulante del barco que más le place, quedando éste convertido en huésped del isleño y trasladándose a su casa con todos sus enseres, como si fuera uno de sus parientes. Si algún recién venido quiere casarse, lo hace, y, cuando llega el momento de irse, repudia a su mujer, pues las maldiveñas no salen de su país. A aquél que no se casa, la mujer de la mansión donde se aloja le sirve y le hace la comida, preparándole, además, el viático necesario el día en que se va, y se contenta, a cambio, con cualquier insignificante regalo. Las ganancias del erario, que aquí dicen *bandar*, consisten en poder comprar un lote de cada tipo de mercancías del barco por un precio fijo, tanto si los géneros valen eso como si valen más: a esto llaman «ley del puerto» [*šar‘ al-bandar*]. Para la administración de este *bandar*, habilitan en todas las islas una casa de madera, llamada *baîanşâr*, donde el *kurdûrî* [*kurduwî?*] es decir, el valí, junta toda la mercancía que puede comprarse y venderse. Cuando traen piezas de cacharrería, los isleños las pagan en gallinas: un puchero se vende aquí por cinco o seis de estas aves.

Los barcos se llevan de estas islas el pescado del que hemos hablado, nueces de

coco, tejidos, los paños dichos *wilyān* y turbantes de algodón; también se llevan vasijas de cobre, de las que hay muchas aquí, conchas y *qanbar*, que es como llaman a la fibra del coco. Este *qanbar* lo curten en hoyos abiertos en la playa, lo machacan con barras de hierro y luego las mujeres hilan las fibras, con las que hacen cuerdas para unir el maderamen de los barcos; estas sogas se llevan a China, la India y el Yemen, pues el *qanbar* es mejor que el cáñamo. Con estas cuerdas están ligados los tablones de los barcos indios y yemeníes, pues este mar abunda en arrecifes, y si las maderas estuvieran clavadas con puntas de hierro, el barco se haría trizas al chocar contra los escollos, pero el hecho de ir atadas con cuerdas le da mayor elasticidad a la nave, que de este modo no se rompe.

En las Maldivas utilizan como moneda las conchas [*wada'*] de un molusco que recogen en el mar y meten en hoyos cavados en la misma orilla, hasta que se le consume la carne y queda sólo un hueso blanco. Un centenar de estas conchas recibe el nombre *desiyāh* y a un total de setecientas le llaman *fāl*; doce mil constituyen un *kuṭṭà* y cien mil, un *bustū*. Comercian con ellas sobre la base de cuatro *bustūs* por dinar de oro, aunque a veces valen menos, ya que llegan a cambiarse diez *bustūs* por un solo dinar. Con ellas compran arroz en Bengala, pues también en este país las usan como moneda; los yemeníes las aceptan igualmente, porque las emplean para lastrar sus barcos, en lugar de arena. Estas conchas son, asimismo, la moneda utilizada en el país de los negros: yo he visto en Malí y en Yawyaw [Gao, junto al Níger] canjear mil ciento cincuenta de estas piezas por un dinar de oro.

Acerca de las malvideñas

Las mujeres de las Islas Maldivas, incluida la sultana, llevan la cabeza descubierta y los cabellos peinados y recogidos a un lado. Casi todas se visten con un solo paño, que les llega del ombligo a los pies, quedando desnudo el resto del cuerpo, y de esta guisa andan por los zocos y demás sitios. Cuando fui designado para el cadiazgo de estas islas, me esforcé en cortar tal costumbre, ordenando a las mujeres que se vistieran, pero no pude conseguirlo; todo lo más que logré fue que, cuando vinieran a verme para presentar una querella, entraran completamente vestidas. Algunas llevan, además del dicho paño, unas camisas de mangas cortas y anchas. Yo tenía unas jóvenes esclavas que vestían como las mujeres de Delhi y llevaban cubierta la cabeza, pero esto las afeaba más que embellecerlas, ya que no estaban acostumbradas a ello.

Se aderezan con brazaletes, de los que se ponen varios en cada brazo, desde la muñeca hasta el codo; estas pulseras suelen ser de plata: sólo las llevan de oro las mujeres del sultán y de su parentela. Llevan también ajorcas, que aquí dicen *bāyl*, y collares de oro, llamados *basdarad*, que les caen sobre el pecho.

Una de sus raras costumbres consiste en ponerse a servir a sueldo en las casas por

una cantidad fija que no pasa de los cinco dinares, aparte de la manutención, que corre a cargo del patrón. En modo alguno ven esto como una vergüenza, y casi todas las muchachas lo hacen; puedes encontrarte en casa de un hombre rico hasta con diez o veinte de ellas. El valor de todas las vasijas que rompan, se les descuenta del salario: si alguna quiere salir de una casa para entrar en otra, la nueva familia le paga la deuda que tenga con los anteriores amos, pasando la muchacha, de esta manera, a estar empeñada con los nuevos señores. La principal labor que desempeñan estas asalariadas es hilar el *qanbar*.

Casarse en estas islas es fácil, por lo exiguo del acidaque y lo agradable que resulta el trato carnal con las mujeres de aquí. La mayoría de los hombres ni siquiera mencionan el acidaque, sino que pronuncian la *šahāda* [profesión de fe musulmana] y entregan la dote estrictamente legal. Cuando atracan los barcos, sus tripulantes se casan con las isleñas y, a la hora de partir, las repudian, pues ellas no salen nunca de su país; es decir, que se trata de una especie de casamiento de placer. No he visto en el mundo mujeres mejores que éstas, en lo que se refiere a cohabitar con ellas. La maldiveña no encomienda a nadie el cuidado del marido, sino que ella misma le pone la mesa y se la quita, le lava las manos, le trae el agua para las abluciones y le tapa los pies cuando duerme. Tienen la costumbre de no sentarse a la mesa con su esposo, para que éste no sepa lo que come su mujer. Yo me casé en las Maldivas con varias mujeres: algunas comieron conmigo, después de engatusarlas, pero otras no lo hicieron y no conseguí verlas comer, por más artimañas que urdí.

Relato del motivo por el que los habitantes de estas islas abrazaron el Islam y mención de los genios malignos que les causaban daño todos los meses

Gente de aquí, digna de toda confianza, como el alfaquí ‘Īsà al-Yamanī [*el Yemení*], el maestro y alfaquí ‘Alī, el cadí ‘Abdallāh y algunos otros me contaron que los isleños eran antes infieles y que todos los meses se les aparecía un genio maligno por el lado del mar, que asemejaba un barco lleno de linternas. Habían tomado la costumbre, cuando le avistaban, de coger a una moza virgen y llevarla engalanada a una *budjāna*, o sea, un templo de ídolos que se alzaba en la costa, con una ventana que daba al mar; la dejaban allí toda esa noche y, al volver a la mañana siguiente, la hallaban desflorada y muerta. Así pues, todos los meses echaban a suertes entre ellos y a quien le tocaba, tenía que entregar a su hija. En esto, llegó a las Maldivas un magrebí, llamado Abū-l-Barakāt al-Barbarī [*el Beréber*] que sabía de memoria el excelso *Corán*, y que se alojó en casa de una vieja de la isla de Mahal. Un día que fue a visitar a la vieja, vio cómo ésta había reunido a la familia y cómo las mujeres lloraban como plañideras en un funeral; preguntó qué les pasaba y no le contestaron. Llegó entonces un trujamán, que le hizo saber que ese mes, al echar suertes, le había

tocado a la vieja, la cual sólo tenía una hija que habría de morir en manos del demonio. Abū-l-Barakāt dijo a la vieja: «Yo iré esta noche, en lugar de tu hija», pues era completamente imberbe. Le llevaron allí esa noche, le metieron en la *budjāna*, después de haber hecho las abluciones, y se puso a recitar el *Corán*, cosa que siguió haciendo cuando vio aparecer al demonio por la ventana. Este, al oír lo que estaba canturreando *el Beréber*, se hundió en el mar, de modo que, al amanecer, el marroquí continuaba leyendo el *Corán*. Llegaron entonces, de una parte, la vieja con su familia, y de otra, los demás habitantes de la isla para llevarse a la muchacha e incinerarla, según su costumbre, y hallaron al marroquí en plena salmodia. Le condujeron a su rey, que se llamaba Šanūrāza, y le dieron noticia de lo ocurrido, quedando el monarca maravillado. El marroquí quiso entonces persuadirle para que se convirtiera al Islam y le instó a ello, pero el rey le dijo: «Quédate aún otro mes con nosotros y, si vuelves a hacer lo que has hecho y te libras del demonio, me haré musulmán». Abū-l-Barakāt se quedó allí y Dios abrió el pecho del rey para que pudiera complacerse en la fe islámica, de modo que se hizo musulmán antes de terminar el mes, así como su familia e hijos y la gente de su corte. Ya entrado el mes siguiente, llevaron al marroquí a la *budjāna* y se puso a recitar el *Corán* hasta el alba, pero el demonio no apareció. Llegó el sultán con una gran cantidad de gente y le encontraron enfrascado en la lectura del *Corán*, así que destrozaron los ídolos y demolieron la *budjāna*. Los indígenas de Mahal se hicieron musulmanes y difundieron la noticia por las demás islas, cuyos habitantes abrazaron también el Islam. El marroquí quedó allí, siendo muy venerado por los isleños, los cuales siguieron su escuela, que era la del imán Mālik, a quien Dios tenga en su santa gloria. Aún hoy en día, los maldiveños tienen en gran estima a los marroquíes, a causa de Abū-l-Barakāt, el cual llegó a construir una mezquita que lleva su nombre. Yo he leído una inscripción en madera, sobre la macsura de la aljama, que dice: «El sultán Aḥmad Šanūrāza se hizo musulmán de la mano de Abū-l-Barakāt el Beréber, el Marroquí». Este sultán asignó un tercio de los tributos de las islas como limosna para los viajeros, ya que habíase convertido al Islam por uno de ellos; el nombre actual de esta cantidad guarda todavía relación con tal hecho.

A causa del mentado genio maligno, muchas de las islas quedaron despobladas, antes de su conversión al Islam. Cuando entramos en las Maldivas, yo no sabía nada de este asunto y, mientras estaba una noche ocupado en mis cosas, oí que la gente voceaba el *tahlīl*^[376] y el *takbīr* y vi que los niños llevaban en las cabezas ejemplares del *Corán* y que las mujeres golpeaban aljofainas y vasijas de cobre. Quedé pasmado ante semejante conducta y les pregunté: «¿Qué os pasa?». «¿No has visto lo que hay en el mar?», me respondieron. Miré y percibí algo así como un gran barco lleno de lámparas y antorchas. «Es el demonio —me dijeron—, que suele aparecer una vez por mes, pero cuando hacemos lo que has visto, se aleja y no nos causa daño alguno».

Mención de la sultana de las islas Maldivas

Otra de las maravillas de estas islas es que tienen por sultán a una mujer, Jadīya, hija del sultán Ŷalāl ad-Dīn ‘Umar, hijo, a su vez, del sultán Ṣalāḥ ad-Dīn Ṣāliḥ al-Banṡālī [*El Bengalí*]. El reino perteneció primero a su abuelo y luego a su padre, que al morir se lo dejó en herencia a su hijo Šihāb ad-Dīn, hermano de Jadīya. Este Šihāb ad-Dīn era aún muy joven y el visir ‘Abdallāh b. M. al-Ḥaḍramī [de Ḥaḍramawt] se casó con su madre y le tuvo dominado. El dicho ‘Abdallāh casó también con la sultana Jadīya, cuando murió su primer marido, el visir Ŷamāl ad-Dīn, como ya relataremos. Cuando Šihāb ad-Dīn llegó a la mayoría de edad, expulsó a su padrastro, el visir ‘Abdallāh, y le desterró a las islas de Suwayd, quedándose con todo el poder; nombró entonces visir a uno de sus clientes [*mawālī*], llamado ‘Alī Kalakī, al que destituyó al cabo de tres años, desterrándole también a Suwayd. Se decía de este sultán que frecuentaba por las noches los harenes de sus notables y gente de su corte, por lo que fue destronado y deportado a la región de Haladutani [¿Haladummatī?], donde mandaron después a un individuo que le eliminó.

Así, no quedaron de la familia real más que las tres hermanas del muerto: Jadīya, la mayor; Maryam y Fātima. Los maldivenos proclamaron sultana a Jadīya, que estaba casada con el jatib Ŷamāl ad-Dīn, el cual se convirtió en visir y se hizo con el poder, nombrando como sustituto suyo en el cargo de jatib a su hijo Muḥammad. De todas formas, los decretos se promulgan siempre en nombre de Jadīya, y se escriben en hojas de palma con un hierro curvo, parecido a un cuchillo, pues no emplean el papel más que para los ejemplares del *Corán* y los libros de ciencia. El jatib menciona a la sultana en el sermón del viernes y algún otro día más, diciendo: «Dios mío, asiste a tu comunidad, a la que has elegido, en tu sabiduría, entre los demás pueblos, y a cuya cabeza has puesto, como prueba de misericordia para con todos los musulmanes, a la sultana Jadīya, hija del sultán Ŷalāl ad-Dīn, hijo del sultán Ṣalāḥ ad-Dīn».

Cuando un algarivo llega aquí y se dirige al salón del consejo, que dicen *dār*, ha de llevar consigo dos trozos de paño, pues ésta es la costumbre. Al acercarse a presentar sus respetos por el lado de la sultana, le echa un paño a los pies, y luego, al saludar al visir, que es Ŷamāl ad-Dīn, el marido de Jadīya, le tira el otro trapo.

Las tropas de esta sultana están formadas por unos mil hombres, casi todos extranjeros, aunque hay algunos nativos. Todos los días van al *dār*, ofrecen sus servicios y se retiran. La soldada se la pagan en arroz, que les reparten todos los meses en el *bandar*; a fin de mes, se presentan en el *dār*, saludan y le dicen al visir: «Haz llegar a la sultana nuestros respetos y hazle saber que hemos venido a pedir nuestra soldada». Y entonces, sin dilación alguna, se dan las órdenes necesarias para ello. El cadí y los funcionarios, que aquí se llaman visires, también van todos los días al *dār*, ofrecen sus servicios, presentan sus respetos por medio de los eunucos y se retiran.

De los funcionarios y sus cometidos

Los maldivesños llaman *kalakī* al gran visir, al lugarteniente de la sultana, y al cadí le dicen *fandayārqālū*. Todos los pleitos van a parar al cadí, que es el personaje más respetado por esta gente: acatan su autoridad tanto como la del sultán, o aún más. Se sienta en una alfombra, en el mismo *dār*, y posee tres islas, en las que recauda por su cuenta los tributos, según una antigua costumbre implantada por el sultán Aḥmad Šanūrāza. Al jatib le dicen *handīyārī*; al canciller del diván, *fāmalḍārī*; al jefe de obras públicas, *māfākalū*; al jefe de policía, *fitnāyak*; y al almirante de la flota, *mānāyak*. Todos ellos reciben el nombre de visires.

En estas islas no hay cárceles, así pues los criminales son encerrados en las casas de madera donde se guardan los bultos de los mercaderes, aprisionándoles a cada uno en una canga, como hacemos nosotros con los cautivos rumíes.

De mi llegada a estas islas y de las mudanzas de mi fortuna en ellas

Cuando llegué a las Maldivas, desembarqué en la isla de Kannalūs, hermosa y con muchas mezquitas. Me alojé en casa de un hombre muy piadoso y luego me convidó a ir a su morada el ilustre alfaquí ‘Alī, que tiene varios hijos dedicados al estudio de las ciencias. Encontré en Kannalūs a un individuo llamado Muḥammad, oriundo de Zafār al-Humūd [en Yemen], que me hospedó y me dijo: «Si entras en la isla de Mahal, el visir te retendrá en ella, pues no tienen cadí». Mi propósito, sin embargo, era salir de las Maldivas hacia China, pasando por la costa de Coromandel, Ceilán y Bengala. Yo había llegado a estas islas en el barco del patrón ‘Umar al-Hinawrī, virtuoso peregrino, que, tras diez días de estancia en Kannalūs, alquiló una *kundura* para dirigirse a la isla de Mahal, con un presente para la sultana y su marido. Quise ir con él, pero me dijo: «Tú y tus compañeros no cabéis en la *kundura*; si quieres venir tú solo, puedes hacerlo». Rehusé su ofrecimiento y se hizo a la mar, pero el viento le gastó una buena jugada y tuvo que volver a Kannalūs al cabo de cuatro días, después de haber sufrido diversas calamidades. Se disculpó conmigo y me conminó a que le acompañara, junto con mis amigos.

Partimos por la mañana temprano y desembarcamos a eso del mediodía en una de las islas, de la cual salimos para pernoctar en otra. A los cuatro días de navegación, llegamos a la región de Taym, cuyo *kurduwī*, llamado Hilāl, me mandó saludos, me hospedó y vino a mi encuentro con cuatro individuos, dos de los cuales cargaban a hombros un palo del que colgaban cuatro gallinas, mientras los otros dos llevaban una estaca parecida, en la que habían atado unas diez nueces de coco. Me extrañé del aprecio que hacían de cosas tan desdeñables y me dijeron que obraban así en señal de respeto y estima. Salimos de Taym y al sexto día desembarcamos en la isla de Uṭmān, hombre excelente, de los mejores que he conocido, que nos hospedo y trató con toda

consideración. Al octavo día, llegamos a la isla de un visir que le dicen at-Talamdī.

Por fin, a la décima jornada, llegamos a la isla de Mahal, donde residen la sultana y su marido, y anclamos en el puerto. Tienen aquí la costumbre de que no pueda nadie desembarcar en el puerto, a no ser con su permiso. Nos lo concedieron y quise entonces dirigirme a alguna mezquita, pero los sirvientes que estaban en el muelle me lo impidieron, diciendo: «Hay que visitar antes al visir». Yo había recomendado al patrón que, cuando le preguntaran por mí, dijera no conocerme, por miedo de que me retuvieran allí; pero ignoraba que, a la sazón, habían recibido ya una carta de un entrometido, dándoles noticias mías y contando que había sido cadí en Delhi. Cuando llegamos al *dār*, es decir, a la sala de audiencia, nos acomodamos en unas bancas orilla de la tercera puerta; el cadí ‘Īsà al-Yamani vino a saludarme y yo, por mi parte, saludé al visir. Llegó entonces el patrón Ibrāhīm [¿‘Umar?] con diez piezas de paño y presentó sus respetos a la sultana, echándole a los pies uno de los lienzos y haciendo luego lo mismo con el visir, hasta que tiró todos los paños. Le preguntaron por mí y dijo que no me conocía. A continuación, nos sacaron hojas de betel y agua de rosas, que entre ellos es señal de gran respeto, y nos alojaron en una casa, donde nos enviaron luego una comida consistente en una gran fuente llena de arroz y rodeada de pequeñas zafas con carne cocida en adobo, gallinas, manteca y pescado.

Al día siguiente fui con el patrón del barco y el cadí ‘Īsà al-Yamanī a visitar una zagüía que había construido el virtuoso jeque Na’îb, en una punta de la isla; volvimos por la noche y, apenas entrada la mañana, el visir me mandó un vestido y un banquete de huésped, en el que había arroz, manteca, carne en adobo, nueces de coco y miel de este mismo fruto, que aquí dicen *qurbānī*, o sea, «agua de azúcar». Trajeron también mil conchas para mis gastos. A los diez días llegó un barco de Ceilán, donde venían faquires árabes y persas que me conocían y hablaron de mí a los criados del visir, lo que hizo aumentar el júbilo de éste por mí llegada. Me mandó llamar al comenzar el mes de Ramadán y me encontré allí con los otros visires y emires; sirvieron la comida en mesas, sentándonos a cada una de ellas un grupo de convidados. El visir me mandó sentar a su lado, en compañía del cadí ‘Īsà, del visir *fāmal-dārī* [canciller del diván] y de ‘Umar, el visir *dahard*, que quiere decir el «almocadén de las tropas». La comida de estos isleños suele consistir en arroz, gallinas, manteca, pescado, carne en adobo y plátanos cocidos; al final, beben miel de coco mezclada con especias, pues facilita la digestión.

El noveno día del mes de Ramadán, murió el yerno del visir; su hija había estado ya desposada con el sultán Šihāb ad-Dīn pero ninguno de sus maridos había consumado el matrimonio con ella, debido a su corta edad. Su padre, el gran visir Ŷamāl ad-Dīn, la recogió otra vez en su casa y me entregó a mí la de la viuda, una de las más bellas mansiones de Mahal. Le pedí permiso para dar en ella un banquete a los faquires que vinieran de visitar el Pie de Adán [en la isla de Ceilán], y no sólo me lo concedió, sino que me envió, además, cinco corderos, animales muy estimados por los isleños, pues han de traerlos de las costas de Coromandel y Malabar o de

Mogadiscio. Mandóme también arroz, gallinas, manteca y especias. Hice que lo llevaran todo a casa del visir Sulaymān, el *mānāyak* [almirante de la flota], el cual ordenó que me lo cocinaran con esmero, aumentando la cantidad por su cuenta, además de enviarme tapices y vasijas de cobre. Rompimos el ayuno, como de costumbre, en la mansión de la sultana, junto con el visir, a quien pedí autorización para que asistieran a mi banquete algunos de los otros visires, contestándome entonces que él también iría. Le di las gracias, me retiré y, al llegar a mi casa, ya estaba allí Ŷamāl-ad-Dīn con los otros visires y notables del Estado. Sentóse el visir en alto, en un pabellón de madera, y todos los emires y visires que iban llegando le saludaban y tiraban un trozo de lienzo sin coser, de modo que se juntaron unos cien paños, que recogieron los faquires. Sirvióse enseguida la cena y comimos; los almocríes salmodiaron algunos trozos del *Corán* con sus bellas voces y, acto seguido, los faquires se pusieron a cantar y bailar. Hice preparar una buena hoguera y los faquires entraron en ella, pateándola con los pies desnudos; algunos se comían los tizones encendidos, como quien come dulces, hasta que el fuego se fue apagando.

Mención de algunos favores que me hizo el visir Ŷamāl ad-Dīn

Al final de la noche, como el visir se retirara, le acompañé; pasamos por un jardín perteneciente al erario y me dijo: «Este jardín es tuyo. Te construiré aquí una casa, para que habites en ella». Le agradecí su buena acción y le bendije. Al día siguiente, me envió una joven esclava con un criado suyo, que me dijo: «El visir te manda decir que puedes quedarte con esta muchacha, si te agrada; si no, te enviará una esclava *marhata*». Las jóvenes *marhata*s me gustaban mucho, así que respondí: «Quiero la joven *marhata*». Me mandó una, llamada Qul Istān, o sea «Flor del Jardín», la cual conocía el persa y me agradó mucho. Los maldiveños hablan una lengua que no conseguí aprender.

Al otro día, me envió una joven esclava del Coromandel, llamada ‘Anbarī [Ambarina], y, la noche siguiente, después del último rezo, vino él mismo a verme, con un grupo de amigos. Entró en casa con dos pequeños esclavos, le saludé y me preguntó cómo estaba; le contesté bendiciéndole y dando las gracias por todo. En esto, uno de los esclavos le puso delante una *luqša* [o *buqša*], es decir, una especie de *sabaniyya* [velo negro de crespón] y él sacó de allí unas telas de seda y una cajita llena de perlas y alhajas. Diómelo todo, diciendo: «Si te hubiera enviado todo esto con la esclava, ella hubiera dicho: “Esto es mío, lo he traído de la casa de mi amo”. Ahora que es tuyo, puedes regalárselo a ella». Volví a bendecirle y a darle las gracias, pues bien sabe Dios que se lo merecía.

Del cambio de actitud de este visir, de mi voluntad de marchar de las Islas Maldivas y de cómo me quedé en ellas

El visir Sulaymān, el *mānāyāk*, me ofreció a su hija en matrimonio, por lo que pedí autorización para casarme al visir Ŷamāl ad-Dīn. Pero el mensajero volvió diciendo; «No le agrada el asunto, pues quiere casarte con su hija cuando haya expirado el plazo legal para sus nuevas nupcias». Yo rechacé esta proposición por temor al mal agüero de la hija de Ŷamāl ad-Dīn, pues ya se le habían muerto dos maridos sin haber llegado a desflorarla. Entretanto, caí enfermo de fiebres: parece que todo el que entra en esta isla, debe padecerlas. Resolví entonces, de una vez por todas, irme de allí; cambié algunas alhajas por conchas y alquilé un barco para dirigirme a Bengala, pero, cuando iba a despedirme del visir, salió a mi encuentro el cadí y dijo: «El visir te manda decir que, si quieres irte, antes de partir has de devolvernos lo que te hemos dado». «He comprado conchas —le respondí— con algunas alhajas, así pues haced lo que os parezca». Volvió más tarde, diciéndome: «El visir dice que te hemos dado oro, y no conchas», a lo cual le repliqué: «Pues las venderé y os daré el oro». Mandé, pues, que me negociaran con los mercaderes la compra de las conchas, pero el gran visir ordenó que no lo hicieran, ya que, con todo esto, trataba de conseguir que no me fuera de Mahal. Envióme luego a uno de su privanza, a decirme: «El visir quiere que permanezcas con nosotros y tendrás cuanto desees». «Estoy bajo su autoridad —me dije para mis adentros—. Si no quedo de buen grado, será por las malas: mejor será quedar por mi gusto». «De acuerdo —contesté al mensajero—, me afincaré aquí». Corrió a decírselo a Ŷamāl ad-Dīn, quien se alegró mucho y me hizo llamar.

Cuando fui a verle, se levantó y, abrazándome, dijo: «¡Queremos tenerte cerca y tú, sin embargo, quieres alejarte de nosotros!». Le presenté mis disculpas, que aceptó, y le dije: «Si queréis que me quede, os impondré mis condiciones». «Las aceptaremos —replicó— ¡Acuérdalas!». «No puedo pasear a pie», le respondí. La costumbre de estas islas es que nadie, salvo el visir, vaya montado, así que cuando cabalgué el caballo que me dieron, la gente me seguía asombrada, tanto chicos como grandes, de tal modo que hube de quejarme al visir. Mandó que tocaran la *dunqura* y que pregonaran entre la gente que no me siguiera nadie. La *dunqura* es una especie de aljofaina de cobre que golpean con un hierro, y cuyo sonido se escucha desde muy lejos; cuando dejan de tocarla, echan el pregón ante el público. «Puedes ir en palanquín, si quieres —me dijo Ŷamāl ad-Dīn—; si no, tenemos un alazán y una yegua, a tu elección». Escogí la yegua y me la trajeron al instante, así como un vestido.

Dije luego al visir: «¿Qué hago con las conchas que he comprado?». «Manda a uno de tus compañeros a Bengala, para que te las venda allí», me contestó. «Pero entonces —le dije— tienes que enviar con él a alguien que le ayude». «De acuerdo», replicó. Así pues, mandé para Bengala a mi amigo Abū M. b. Farḥān, en compañía de

un hombre llamado ‘Alī el Peregrino. Mas aconteció que espantóse el mar y tuvieron que tirar todo lo que llevaban en el barco, incluido el mástil, las provisiones, el agua y los odres; estuvieron dieciséis noches a la deriva, sin velamen, timón ni nada, hasta que avistaron la isla de Ceilán, tras haber pasado hambre, sed y otras calamidades. Mi amigo Abū M. se presentó ante mí al cabo de un año, habiendo visto el Pie de Adán, que volvió más tarde a visitar conmigo.

Relato de la fiesta a la que asistí con estos isleños

Al finalizar el mes de Ramadán, el visir me envió un vestido y fuimos a la *muṣalla*^[377]. El camino entre su casa y la *muṣallà* había sido engalanado alfombrando el suelo con telas y disponiendo a derecha e izquierda montones de doce mil conchas cada uno. Todos los emires y notables cuyas casas daban a este camino, habían plantado junto a la fachada pequeños cocoteros, palmas de areca y plátanos y habían colgado cocos verdes en unos cordeles tendidos de un árbol a otro. El amo de la casa estaba parado en la puerta y cuando pasaba el visir, le echaba a los pies una pieza de seda o algodón, que los esclavos de Ŷamāl ad-Dīn recogían, así como las conchas amontonadas en el camino. El visir iba a pie, vestido con un mantelete egipcio de pelo de cabra, tocado con un gran turbante y con un pañuelo de seda al cuello; llevaba sandalias y cuatro sombrillas le protegían la cabeza. Todos los demás iban descalzos. Los albogues, añafles y atabales abrían la marcha y el visir estaba en medio de los soldados, que iban gritando: «¡Dios es grande!» hasta que llegaron a la *muṣalla*. Una vez rezada la zalá, el hijo de Ŷamāl ad-Dīn pronunció el sermón y luego trajeron un palanquín, al que subió el gran visir. Los emires y visires le hicieron la venia, echándole piezas de paño, según su costumbre. Era la primera vez que el visir subía aquí al palanquín, pues esto sólo lo hacían los reyes.

Acabado el saludo, unos hombres alzaron el palanquín, yo monté en mi alfaraz y entramos en el alcázar, donde el gran visir sentóse en sitio elevado, rodeado de los visires y emires. Los esclavos permanecieron en pie, armados de adargas, espadas y bastones. Trajeron luego la comida y, al final, nueces de areca, hojas de betel y sándalo *muqāṣirī* en una pequeña zafa; algunos de los que terminaban de comer, se frotaban con este sándalo. En el almuerzo vi algunos platos de sardinas, saladas y crudas, traídas como regalo de Kawlām, pues dicho pescado es muy abundante en la costa de Malabar. El visir cogió una sardina y se puso a comerla, diciéndome: «Come este pescado, pues carecemos de él en nuestro país». «¿Cómo voy a comerme estas sardinas, si están crudas?», le respondí. «No, están cocidas», dijo él. «Las conozco de sobra —dije—, pues hay muchas en mi país».

De mi casamiento y designación para el cadiazgo

El segundo día del mes de *Šawwāl* convine con el visir Sulaymān Mānāyak en casarme con su hija y le pedí al visir Ŷamāl ad-Dīn que presidiera en su alcázar la ceremonia de matrimonio. El gran visir aceptó y dispuso el sándalo y las hojas de betel, según la costumbre. La gente ya había llegado y como el visir Sulaymān se demorara, se le mandó llamar, pero no vino; se le requirió una segunda vez y se disculpó diciendo que su hija estaba enferma. El gran visir me dijo, a solas: «Eso es que su hija se niega a casarse, y es dueña de sus actos. Pero, ya que la gente ha venido a la boda, ¿por qué no te casas con la madrastra de la sultana, viuda de su padre?». La hija de esta mujer estaba casada con el hijo de Ŷarnāl ad-Dīn, así que acepté la alianza. Convocó al cadí y a los testigos, se recitó la *šahāda* y el visir pagó el acidaque. Me trajeron a la desposada, que era una de las mejores mujeres que he conocido, al cabo de unos días. Era muy agradable cohabitar con ella, hasta el punto de que me daba masajes y me perfumaba las ropas con incienso; estaba siempre sonriente, sin sufrir cambios de humor.

Casado ya con esta mujer, el visir me forzó a aceptar el cadiazgo. Me eligió a mí porque yo le había echado en cara al cadí que se quedase con el diezmo de las sucesiones, cuando las repartía entre los herederos, diciéndole: «Tú debes cobrar solamente una tarifa, acordada de antemano con los herederos». Este juez no hacía nada a derechas. Una vez nombrado cadí, empleé todos mis esfuerzos en hacer cumplir las prescripciones de la ley, teniendo en cuenta, además, que aquí los pleitos no se llevan de la misma manera que en nuestro país. La primera mala costumbre que cambié fue la que tenían las mujeres divorciadas de permanecer en la casa del que las había repudiado, de modo que cada una de ellas seguía habitando en la morada de su antiguo marido, hasta casar de nuevo: zanjé este asunto, sin admitir excusas. Me trajeron a unos veinticinco hombres que se habían comportado así y les hice azotar, exponiéndoles a la vergüenza pública en los zocos, mientras a las mujeres las obligué a salir de las casas. Me mostré inflexible en el cumplimiento de los rezos y mandé a los hombres que corrieran a los zocos y callejas al acabar la *zálá* del viernes: al que hallaban sin haber rezado, le mandaba azotar y le sacaba a la vergüenza. A los imanes y almuédanos que disfrutaban de sueldo, obligué a que hicieran siempre su trabajo y escribí a las otras islas, dictando estas cosas. Me esforcé también en vestir a las mujeres, pero esto no pude conseguirlo.

Mención de la llegada del visir ‘Abdallāh b. M. al-Ḥaḍramī, que había sido desterrado a Suwayd por el sultán Sihāb ad-Dīn, y de lo que pasó entre nosotros

Me había casado con la hijastra de este ‘Abdallāh, hija de su actual mujer. Como, además, yo quería muchísimo a esta esposa mía, cuando el gran visir mandó por él y le hizo volver a la isla de Mahal, le envié unos obsequios, fui a recibirle y le acompañé al alcázar de la sultana. Saludó allí al visir Ŷamāl ad-Dīn, que le alojó en una muy buena casa, donde yo fui a visitarle alguna vez. Luego aconteció que pasé el mes de Ramadán en retiro espiritual y todo el mundo vino a visitarme, menos ‘Aldallāh. Acompañó al visir Ŷamāl ad-Dīn cuando éste vino a verme, pero sólo por pura casualidad, de modo que un sentimiento de desagrado nació entre nosotros. Por otra parte, al salir de mi retiro, los tíos maternos de mi mujer, la hijastra de ‘Abdallāh, se acercaron a presentarme una queja. Resulta que eran hijos del visir Ŷamāl ad-Dīn aṣ-Ṣinṣārī, el cual había nombrado albacea suyo al visir ‘Abdallāh; pues bien, éste retenía aún en sus manos los bienes de los herederos, a pesar de que ya habían salido, según la ley, de la edad de tutela. Así pues, me pidieron que compareciera a juicio. Yo acostumbraba citar a los litigantes enviándoles un trozo de papel, escrito o en blanco; al recibirlo debían apresurarse a comparecer ante el tribunal de justicia, pues si no, les castigaba. Esto mismo hice, siguiendo mi costumbre, con ‘Ab-dallāh, por lo que montó en cólera y me aborreció, pero ocultó su enemistad y encargó a uno que hablara en su lugar, llegándome así, de su parte, palabras vergonzosas.

Los de Mahal, tanto la gente baja como la alta, solían saludar a ‘Abdallāh del mismo modo que al visir Ŷamāl ad-Dīn, a saber, tocando el suelo con el dedo índice, besándoselo y llevándoselo a la cabeza. Mandé al pregonero que voceara en el palacio del sultán, ante testigos, que aquel que hiciera la venia al visir ‘Abdallāh de la misma guisa que al gran visir, sufriría un duro castigo, y le encargué no dejar a la gente actuar así. La enemistad de ‘Abdallāh contra mí aumentó aún más.

Yo, entonces, tomé otra esposa, hija de un visir muy respetado por los isleños, cuyo abuelo había sido el sultán Dāwūd, nieto, a su vez, del sultán Aḥmad Ṣanūrāza. Más tarde casé también con una mujer que había sido esposa del sultán Ṣihāb ad-Dīn, y construí tres casas en el jardín que me donara el gran visir. Mi cuarta mujer, la hijastra del visir ‘Abdallāh, la esposa que yo más quería, vivía en su propia casa. Cuando hube emparentado con estos que he dicho, el gran visir y la gente de la isla me temieron y respetaron, pues se sentían más débiles que yo. A partir de entonces me calumniaron repetidas veces ante Ŷamāl ad-Dīn, encargándose de ello, sobre todo, el visir ‘Abdallāh, hasta que consiguieron enemistarle conmigo.

De cómo me separé de la gente de Mahal y de los motivos que hubo para ello

Cierto día acaeció que la esposa de un antiguo esclavo del sultán Ŷalāl ad-Dīn fue a quejarse al visir de que su marido cometía adulterio con una mujer que fuera concubina del dicho sultán, afirmando, además, que en ese mismo momento estaba

con ella. El visir envió a sus testigos, que entraron en casa de la concubina y encontraron al criado durmiendo con ella en la misma cama, por lo que les metieron a los dos en la cárcel. La noticia me llegó al amanecer del día siguiente y acudí a la sala del consejo, sentándome en mi sitio, como de costumbre, pero no dije ni una palabra del asunto en cuestión. Entonces, se acercó uno de los notables y me dijo: «El visir te pregunta si necesitas algo». «No», respondí. Él esperaba que yo hablara del tema de la concubina y el esclavo, pues mi costumbre era no dejar ningún pleito sin juzgar, pero como estábamos enemistados y distanciados, decidí abstenerme de intervenir en esta causa. Pasado un rato, volví a mi casa y me senté a dictar sentencias; de pronto, llegó uno de los visires y me dijo: «El gran visir me manda notificarte que ayer ha ocurrido esto y lo otro en el asunto de la concubina y el esclavo, así que júzgales a ambos según la ley». «Esta causa —le contesté— no procede se juzgue más que en la misma casa del sultán». Torné, pues, allí y, estando ya reunida la gente, comparecieron la concubina y el esclavo; mandé azotarles a ambos, soltando luego a la mujer, mientras que retuve al hombre en prisión. Hecho esto, volví a mi casa, donde el visir me envió a unos cuantos de sus grandes, para convencerme de que soltara al esclavo. «Intercedéis ante mí —les dije— en favor de un esclavo negro que ha mancillado la honra de su amo y, sin embargo, ayer destronasteis y matásteis al sultán Šihāb ad-Dīn por haber entrado en casa de uno de sus criados». Acto seguido, mandé azotar al esclavo con varas de bambú, cuyos golpes son más duros que los de los azotes, y le saqué a la vergüenza por toda la isla, con una cuerda al cuello.

Los mensajeros volvieron a informar de todo esto al gran visir, que soliviantóse y encolerizóse hasta el punto de que reunió a los visires y jefes de la tropa y me mandó llamar. Yo tenía costumbre de hacerle una reverencia, pero esta vez, al llegar, sólo le dije: «*Salām ‘alaykum*» [«La paz sea contigo»] al tiempo que me dirigía a los presentes con estas palabras: «Sois testigos de que renuncio al cadiazgo, ante la imposibilidad de ejercer mis funciones». Como el visir me hablara, subí y sentéme frente a él, respondiéndole groseramente; en este instante, el almuédano llamó al rezo vespertino y el visir entró en su casa, refunfuñando: «Dicen que soy un gobernante y he aquí que mando llamar a este hombre para demostrarle mi cólera, y resulta que es él quien se irrita conmigo». De todas formas, la razón principal de mi poderosa influencia sobre esta gente estribaba en que conocían a ciencia cierta la posición que yo ocupaba en la corte del sultán de la India, al que, a pesar de la distancia, temían en lo más hondo de sus corazones. Una vez en su casa, Ŷamāl ad-Dīn me envió al cadí destituido —que era hombre lenguaraz— a decirme: «Nuestro señor manda que te pregunte por qué le has faltado al respeto delante de testigos y por qué no le has hecho la venia». «Yo le saludaba —respondíle— cuando mi corazón estaba a bien con él, pero puesto que nuestros sentimientos han cambiado, he dejado de hacerlo. Además, el saludo musulmán consiste solamente en la palabra *salām* [paz], y eso es lo que yo he dicho». El visir volvió a enviarme más tarde a este mismo hombre, que añadió: «Tú lo que tramas es irte de aquí. Paga el acidaque de tus mujeres y las

deudas que tengas con la gente y, entonces, vete si quieres». Antes estas palabras, hice una inclinación de cabeza, fui a casa y saldé mis deudas. Días atrás, el visir me había regalado un ajuar completo, consistente en alfombras, vasijas de cobre y otras cosas; antes me daba todo lo que le pedía, pues me amaba y estimaba, pero su ánimo había cambiado, ya que habían conseguido que me temiese.

Cuando supo que había cancelado mis deudas resuelto a marchar, arrepintiéndose de lo que había dicho y demoró el permiso para el viaje, pero yo hice los más solemnes juramentos de que no tenía más remedio que partir. Llevé mis pertenencias a una mezquita en la costa y repudié a una de mis mujeres. Otra estaba preñada, así que le fijé un plazo de nueve meses, al cabo de los cuales yo debería volver, o si no, ella quedaría libre para hacer lo que quisiera. Me llevé conmigo a la mujer que había estado casada con el sultán Šihāb ad-Dīn, para entregársela a su padre, en la isla de Mulūk, y a mi primera esposa, la madrastra de la sultana.

Por otra parte, convine con ‘Umar, el visir almocadén de las tropas [*dahard*], y con el visir Ḥasan, almirante de la flota, que me dirigiría a la costa de Coromandel, cuyo rey era cuñado mío, y que volvería con tropas para someter las islas a su autoridad, gobernando yo en nombre suyo. Acordamos, como señal entre nosotros, que yo izaría banderas blancas en los barcos y que ellos, al verlas, se sublevarían en tierra. Yo no me hubiera propuesto nunca semejante cosa, a no ser por el cambio de actitud del visir Ŷamāl ad-Dīn para conmigo. Éste me temía y decía a la gente: «Este hombre quiere, a toda costa, apoderarse del visirato, ya sea en vida mía, o tras mi muerte». Se informaba continuamente de mis actos y afirmaba: «He oído que el rey de la India le ha, mandado dinero para sublevarse contra mí». No quería que emprendiera viaje, por temor a que volviera con tropas del Coromandel y me indicó que permaneciese en la isla hasta equipar un barco, a lo cual, naturalmente, me negué.

La hermana consanguínea de la sultana se quejó a ésta de que su madre se fuera conmigo; Jadīya quiso entonces impedirselo, pero no pudo lograrlo, así que cuando vio que esta esposa mía estaba decidida a emprender viaje, le dijo: «Todas las alhajas que tienes provienen del tesoro del *bandar* [erario]. Si no tienes testigos de que Ŷalāl ad-Dīn te las dio, has de devolverlas». Aunque el valor de estas alhajas era muy elevado, mi mujer las restituyó.

Estando yo en la mezquita, los visires y jefes de la tropa, vinieron a pedirme que volviera a la ciudad, pero les dije: «Regresaría, mas he jurado irme». Entonces me contestaron: «Vete a otra isla, para mantener tu juramento, y vuelve luego». «De acuerdo», les dije para contentarles. Cuando llegó la noche de la salida, fui a despedirme del visir, que me abrazó y lloró tanto que sus lágrimas regaron mis pies. Toda esa noche la pasó en vela, vigilando él mismo la isla, por temor de que mis parientes y compañeros se sublevaran contra él.

Por fin, emprendí viaje y llegué a la isla del visir ‘Alī. Allí, mi mujer sufrió de grandes dolores, por lo que quiso volverse, de modo que la repudié y la dejé en la

dicha isla, comunicádoselo por carta al visir Ŷamāl ad-Dīn, pues esta mujer era madre de su nuera. Asimismo, repudié a la mujer a la cual concediera un plazo por estar preñada y mandé a por una joven esclava que me gustaba mucho. Estuvimos luego viajando por estas islas, de región en región.

De las mujeres que tienen una sola teta

En una de estas islas vi una mujer con una sola teta. Tenía dos hijas, una de las cuales tenía también una sola, como su madre, mientras que la otra tenía dos: una, grande y con leche, y otra, pequeña y seca. Me dejó pasmado la condición de estas mujeres.

CEILÁN Y COROMANDEL

Llegamos luego a otra isla, pequeña y con una sola casa, donde vivía un hilandero con su mujer e hijos. Tenía cocoteros y una barquichuela, con la que pescaba y hacía viajes a las otras islas. Había también plátanos en este islote, pero no vimos pájaros de tierra firme, salvo dos cuervos que salieron a nuestro encuentro cuando llegamos y estuvieron revoloteando alrededor del barco. Por Dios, confieso que envidié a este hombre, y si esta isla hubiera sido mía, me habría gustado retirarme en ella hasta la llegada del final inevitable.

Atraqué después en la isla de Mulūk, donde se hallaba el barco del patrón Ibrāhīm, en el que había decidido emprender viaje al Coromandel. Vino a buscarme con sus compañeros y me dieron generosa hospitalidad. El visir me había dado una carta ordenando se me entregasen en esta isla ciento veinte *bustūs* de *kawdas*^[378], es decir, de conchas [*wada*], veinte azumbres [*qadaḥ*] de *aṭwān*, que es la miel de coco, y una despensa diaria de hojas de betel, nueces de areca y pescado. Pasé setenta días en esta isla, donde me casé con dos mujeres. Mulūk es una isla muy bella, lozana y verdeante; una de las maravillas que puedes ver aquí es que si se corta una rama de un árbol y se planta en el suelo o en una tapia, se cubre rápidamente de hojas y se convierte en árbol. Pude observar también que los granados no dejan de dar frutos en todo el año.

Estos isleños temieron que el patrón Ibrāhīm les saqueara al irse y quisieron retener las armas que había a bordo, hasta el día de la partida. Reñimos por esto y volvimos a Mahal, donde, sin desembarcar, escribí al visir refiriéndole lo sucedido. Ūmāl ad-Dīn envió una carta afirmando no haber motivo alguno para tomarnos las armas, de modo que retornamos a Mulūk. Salimos de esta isla a mediados del segundo mes de *Rabīʿ* del año 45 [745 H. = fines de agosto de 1344 de J. C.], y en el mes de *Šāʿbān* [= diciembre] de este mismo año falleció el visir Ūmāl ad-Dīn. La sultana estaba encinta de él y parió poco después de su muerte, casándose luego con el visir ʿAbdallāh. Entretanto, nosotros andábamos navegando sin arráez entendido. La distancia que hay entre las Maldivas y la Costa de Coromandel es de tres días, y sin embargo, estuvimos nueve jornadas en el mar, al cabo de los cuales fuimos a parar a la isla de Ceilán, pues habíamos avistado el monte Sarandīb, que se alza en el cielo como una columna de humo. Ya cerca de la isla, los marineros dijeron: «Este puerto no pertenece al sultán en cuyo territorio pueden los mercaderes entrar con toda seguridad, sino que está en los dominios del sultán Ayrī Šakarwatī, que es hombre violento y malvado, cuyos barcos se dedican a la piratería».

Teníamos, pues, miedo de atracar en tal puerto, pero como, por otra parte, habíase levantado un viento fortísimo, temimos naufragar, así pues, dije al patrón: «Déjame en tierra y te conseguiré el amán de este sultán». Así lo hizo, y apenas hubimos desembarcado en la costa, vinieron a nuestro encuentro los infieles, que nos

preguntaron: «¿Quiénes sois?». Les hice saber que era cuñado y amigo del sultán de Coromandel, que iba a visitarle y que llevaba el barco cargado de presentes para él, tras lo cual se fueron a informar al sultán. Éste me mandó llamar y me dirigí a la ciudad de Baṭṭāla [Puṭṭalam], su capital.

Baṭṭāla es una pequeña y hermosa ciudad, cercada por una empalizada con torres de madera. La franja litoral próxima está llena de troncos de canelos, arrastrados por las torrenteras y que se amontonan en la costa a modo de cerros; los de las costas de Malabar y Coromandel se los llevan sin pagar nada, regalándole a cambio al sultán algunas telas y cosas semejantes. Entre la Costa de Coromandel y esta isla de Ceilán hay un día y una noche de distancia. Hay también en Ceilán muchos árboles de palo brasil y agálocos indios, que aquí llaman *alkalajī*, pero que no son de las especies *qamāri* ni *qāqulī*, de las que ya hablaremos.

Mención del sultán de Ceilán

Se llama Ayṛī Šakarwatī y es muy poderoso en el mar. Estando en el Coromandel, he llegado a ver hasta cien barcos cingaleses, entre pequeños y grandes, que se acercaban al puerto, en el que sólo había ocho naves del sultán de Coromandel que iban a emprender viaje al Yemen. El sultán mandó que estuvieran dispuestas y reclutó gente para defenderlas. Cuando los cingaleses perdieron la esperanza de encontrar la ocasión propicia para apoderarse de esas naves, dijeron: «Hemos venido para proteger unos barcos nuestros, que también se dirigen al Yemen».

Al entrar a ver a este sultán infiel, levantóse, me ofreció asiento a su lado y habló con gran deferencia, diciéndome: «Que tus compañeros desembarquen bajo mi amán y que sean mis huéspedes hasta marchar. Al sultán del Coromandel y a mí nos une una buena amistad». Ordenó luego que me dieran alojamiento y quedé tres días con él, disfrutando de una gran consideración por su parte, que aumentaba día tras día. Comprendía el persa y quedaba maravillado de mis relatos sobre otros reyes y países. Un día que fui a visitarle, tenía junto a sí muchas perlas traídas de la pesquería que hay en su país, y mientras sus ayudantes se dedicaban a separar las auténticamente preciosas, me preguntó: «¿Has visto pesquerías de perlas en los países de donde vienes?». «Sí —le contesté—. Las he visto en la isla de Kaš, cuyo dueño es Ibn aš-Šawāmālī, y en la isla de Qays». «He oído hablar de ellas», dijo; y añadió, cogiendo algunas perlas: «¿Hay en esas islas perlas como éstas?». «Las que he visto son inferiores», respondí. Le gustó mi contestación y dijo: «Tuyas son», añadiendo después: «No tengas reparo en pedir lo que quieras». «Mi único deseo —dije— desde que llegué a esta isla es visitar el Excelso Pie, el Pie de Adán [*Qadam Ādam*], ¡la paz sea con él!». Los cingaleses llaman *Bābā* [Padre] a Adán, y a Eva, *Māmā* [Madre]. «Eso es fácil —respondió el sultán a mi petición—. Enviaremos a alguien contigo, para que te conduzca allí». «Eso es lo que quiero», repliqué, pidiéndole después: «El

barco en que he venido viajaré bajo tu amán hasta el Coromandel, y cuando yo vuelva, me enviarás allí en alguno de tus barcos». «De acuerdo», contestóme Ayrī Šakarwatī.

Cuando conté todo esto al patrón del barco, me dijo: «No me iré de aquí hasta que vuelvas, aunque haya de esperar un año». Comunicué esta novedad al sultán, quien respondió: «El patrón será mi huésped hasta que retornes». Me dio luego un palanquín y esclavos para llevarlo y mandó conmigo a cuatro yoguis, pues éstos acostumbran ir en peregrinación al *Qadam* una vez al año. Vinieron también tres brahmanes, otros diez compañeros del sultán y quince alhameles para cargar con el viático. En cuanto al agua, había en abundancia a lo largo del camino.

En la primera jornada acampamos junto a un río, que cruzamos mediante una almadía hecha de cañas de bambú. De aquí nos dirigimos a Manār Mandalī [Chilaw], bella ciudad situada al final de la amelia del sultán, cuyos habitantes nos ofrecieron un buen banquete de hospitalidad consistente en becerros de carabao, cazados en una algaba cercana y que habían traído aún vivos, además de arroz, manteca, pescado, gallinas y leche. No vimos en esta ciudad ni un solo musulmán, salvo un jurāsānī que habíase quedado allí debido a una enfermedad. Éste se vino con nosotros. Salimos para el pequeño poblado de Bandar Salāwāt, metiéndonos después en unos terrenos abruptos llenos de elefantes y con mucha agua. Estos elefantes no aplastan a los peregrinos y forasteros, a causa de la bendición del jeque Abū ‘Abdallāh b. Jafīf, que en paz descanse, primero que abrió este camino de peregrinación al *Qadam*. Antaño, estos infieles no dejaban pasar por aquí a los musulmanes, les atacaban, no comían con ellos ni les vendían nada, pero desde que acaeció lo del milagro del jeque Abū ‘Abdallāh, que ya hemos narrado en la primera parte de nuestros viajes^[379], es decir, de qué modo salvóse él cuando los elefantes mataron a sus compañeros y cómo uno de estos animales le llevó a lomos, desde entonces, digo, estos infieles respetan a los musulmanes, les reciben en sus casas y les acompañan en la comida con entera confianza, aun en presencia de sus mujeres e hijos. Todavía hoy honran en gran manera la memoria del dicho Abū ‘Abdallāh, a quien llaman el Gran Jeque.

Llegamos luego a la ciudad de Kunakār [Kurunegala], la capital del gran sultán de este país. Está construida en una quebrada entre dos montañas, junto a una gran bahía llamada Jawr al-Yāqūt [Bahía de los Jacintos), porque en sus aguas pueden encontrarse dichas gemas. En las afueras se alza la mezquita del jeque ‘Utmān aš-Šīrāzī, apodado *El Chauz* [Šāwuš], a quien visitan y respetan tanto el sultán como los demás ciudadanos; este jeque era antes el guía de los peregrinos que iban al *Qadam*, pero desde que le cortaron un pie y una mano, pasaron a ejercer este oficio sus hijos y criados. Le mutilaron así por haber degollado una vaca, pues, según la ley de los infieles hindúes, a quien degüella una vaca le degüellan a su vez, o bien le queman dentro de la piel del animal; mas debido a que le tenían en gran estima, le cortaron solamente un pie y una mano, concediéndole, en compensación, los impuestos de uno

de los zocos.

Mención del sultán de Kunakār

Le dicen Kunār y tiene un elefante blanco, el único ejemplar de esta especie que he visto en el mundo; le monta en los días de fiesta, adornándole la frente con grandes piedras de jacinto. Sucedió que los notables de su Estado se alzaron contra él, coronaron a su hijo y le cegaron, de modo que ahora está ciego.

Descripción de los jacintos [yāqūt]

Los maravillosos jacintos *baḥramān* [¿rubíes?] sólo se encuentran en esta población. Los que se sacan de las aguas de la bahía son los más estimados por los isleños, pero también se hallan bajo el suelo. Hay jacintos en todos los lugares de la isla de Ceilán, y como aquí la tierra está en régimen de propiedad privada, un hombre puede comprar un terreno y sacar los jacintos cavando en él. Se encuentran en forma de piedras blancas ramificadas, en cuyo interior se forma el jacinto; el hombre se las entrega a los lapidarios, que raspan estas piedras hasta rajarlas y separar la gema. Los hay rojos [rubíes], amarillos [topacios] y azules [zafiros], que llaman *naylam*. Cuando el valor de algunos de estos jacintos es de cien *fanam*, tienen la costumbre de llevárselos al sultán, que paga su precio y se queda con ellos, pero si valen menos de dicha cantidad, el dueño los guarda en su poder. Cien *fanam* valen, al cambio, seis dinares de oro.

Todas las cingalesas tienen collares de jacintos de diversos colores y también se los ponen en brazos y tobillos, como pulseras o ajorcas. Las esclavas del sultán se hacen con ellos unas redecillas para el pelo. He visto en la frente del elefante blanco del sultán hasta siete de estas gemas, todas ellas mayores que huevos de gallina. Estando con el sultán Ayrī Šakarwatī, vi también un lebrillo del tamaño de la palma de la mano, hecho de jacintos, que usaban para guardar ungüento de agáloco; al quedarme boquiabierto ante tal recipiente, me dijo Šakarwatī: «Tenemos más grandes que éste».

Salimos de Kunakār y acampamos en un algar conocido como el de Ustā Maḥmūd al-Lūrī, hombre virtuoso que cavó esta cueva al pie de un monte, junto a un pequeño estero. Proseguimos viaje y volvimos a acampar en una bahía llamada Jawr Būzinah, o sea, *Bahía de los Monos*, pues *būzinah* quiere decir «monos».

Acerca de los monos

Hay muchísimos monos en estas montañas. Son de rabo largo y color negro, y los machos tienen barba, como los hombres. El jeque ‘Uṭmān, su hijo y algunos otros me contaron que estos monos tienen un almocadén al que siguen como si fuera un sultán. Este mono se pone en la cabeza una cinta hecha de hojas de árbol y va apoyado en un bastón, flanqueado por otros cuatro animales, que también llevan bastones. Cuando el mono almocadén se sienta, los otros cuatro se quedan en pie a su lado. Todos los días, al parecer, vienen a sentarse ante él su hembra y sus crías y luego se acercan también los demás monos, que se sientan a una cierta distancia. Entonces, uno de los cuatro monos les habla y se retiran, volviendo después cada uno de ellos con un plátano, un limón o algo parecido, frutas éstas que se reparten entre el mono almocadén, sus hijos y los otros cuatro monos. Un yogui me refirió haber visto a estos cuatro animales golpeando, en presencia de su almocadén, a otro mono con sus bastones, tras lo cual le arrancaron los pelos.

Hombres de toda confianza me dijeron que, cuando uno de estos monos agarra a una muchacha, ésta no puede, por sí sola, impedir que el animal la viole. Uno de estos cingaleses me contó que tenía un mono en casa y que, como una hija suya entrara en una habitación, el animal la siguió y logró dominarla, a pesar de sus gritos. «Entramos en la habitación —me dijo— y vimos al mono metido entre las piernas de la chica, así que le matamos».

Salimos luego para el Estero de los Bambúes [Jawr al-Jayzurān], de donde Abū b. Jaḥīf sacó los dos jacintos que regaló al sultán de esta isla, según hemos contado en la primera parte de estos viajes. De aquí fuimos a un sitio llamado Bayt al-‘Aḡūz [La Casa de la Vieja], en el término de las tierras pobladas, pasando luego por el algar de Bābā Ṭāhir, hombre piadoso también, y por el de Sabīk, un sultán infiel que se retiró a este lugar para consagrarse al servicio divino.

De la sanguijuela voladora

En este sitio vimos la sanguijuela [‘*alaq*] voladora, que aquí llaman *zulū* y que se encuentra en los árboles y en las hierbas cercanas al agua. Cuando un hombre se aproxima, la sanguijuela le salta encima y le saca mucha sangre del sitio del cuerpo donde se pega. Los isleños van preparados con limones, que exprimen sobre el bicho a fin de que se les despegue y luego raspan el lugar donde ha caído con un cuchillo de madera, dispuesto para tal uso. Cuentan que pasó un romero por estos parajes y que se le prendieron las sanguijuelas y, como se las aguantara encima sin echarles limón, le desangraron y murió. Hay aquí un algar que lleva su nombre, que era Bābā Jūzī.

Pasamos después por otros siete algares, por la garganta de Alejandro [Iskandar] y por el algar de El Ispahaní [al-Isḡahānī], donde hay un manantial y un castillo deshabitado, al pie del cual se abre un estero llamado la Hoya de Kāh ‘Ārfān. Allí

mismo están los algares de La Naranja y El Sultán, y junto, a este último, el lugar conocido como Dirwāzat al-Ŷabal, es decir, la Puerta de la Montaña.

Descripción del monte Sarandīb

Este monte Sarandīb [o Pico de Adán] es una de las montañas más altas del mundo. Ya lo habíamos visto desde el mar, cuando aún estábamos a nueve jornadas de distancia de Ceilán, y, mientras íbamos subiendo por él, quedaban nubes por debajo de nosotros que nos estorbaban la vista de su base. Hay aquí muchos árboles de hoja perenne, flores de diversos colores y una rosa rola, tan grande como la palma de la mano, de la que dicen lleva una inscripción con el nombre del Altísimo y su Profeta, ¡Que la paz sea con él! En el monte hay dos caminos que van al Pie de Adán [*al-Qadam*], llamado uno de ellos Camino del Padre [*Ṭarīq Bābā*] y el otro, Camino de la Madre [*Ṭarīq Māmā*], es decir, de Adán y Eva, ¡que la paz sea con ellos! El Camino de la Madre es una senda fácil, por la que regresan los romeros, pero si alguno la usa para subir, se considera que no ha hecho la peregrinación. El Camino del Padre, sin embargo, es duro y de áspera subida.

Al pie del monte, en el sitio de la Puerta [*Dirwāza*], hay un algar llamado también de Alejandro, junto a un manantial. Los antiguos han tallado una especie de escalones para subir por ellos, clavando al lado barras de hierro con cadenas colgadas, a las que se agarra el que asciende. Estas cadenas son diez, dos de las cuales están al pie del monte, donde la Dirwāza, seguidas por otras siete, una detrás de otra. La décima recibe el nombre de Cadena de la Profesión de Fe [*Silsilat aš-Šahāda*], porque, a quien llega allí y mira abajo le da vértigo y, por miedo a caerse, recita la *šahāda*. Pasada esta cadena, te encuentras con un camino descuidado que te lleva, tras recorrer siete millas, al algar de al-Jiḍr, situado en un paraje espacioso, junto a un venero lleno de peces que nadie pesca y llamado también Manantial de al-Jiḍr. Cerca de este algar, y a ambos lados del camino, hay dos albercas talladas en la roca. Los peregrinos dejan todo lo que traen en el algar de al-Jiḍr y suben aún dos millas más hasta la cima de la montaña, donde se halla el Pie.

Mención del Pie de Adán [*al-Qadam*]

La huella del Santo Pie, el Pie de nuestro padre Adán, a quien Dios bendiga y salve, se halla en una roca negra que se alza en un espacioso lugar. El Santo Pie está hundido en la piedra, en una especie de hoyo, y tiene una longitud de once palmos. Los chinos vinieron aquí tiempo ha y se llevaron un trozo del dedo gordo, guardándolo en un templo de la ciudad de Zaytūn, a donde van ahora en romería

desde los pueblos más remotos. En la piedra del *Qadam* hay nueve agujeros hechos a propósito, donde los peregrinos infieles ponen oro, jacintos y perlas, así que los faquires, en cuanto llegan al algar de al-Jiḍr, intentan adelantarse unos a otros para coger dichas cosas. Nosotros no encontramos más que un poco de oro y algunas piedras pequeñas, que dimos al guía. Los peregrinos tienen la costumbre de pasar tres días en el algar de al-Jiḍr, visitando el *Qadam* por la mañana y por la tarde, y eso mismo hicimos nosotros.

Pasados los tres días nos volvimos por el Camino de la Madre, acampando en el algar de Šaym, es decir, de Šayṭ [Set], hijo de Adán. Fuimos parando luego en la Bahía de los Peces [Jawr aṣ-Šamak] y en las aldeas de Kurmula, Ÿabarkāwān, Dil Dīnawa y Āt Qalanġa, en la que estuvo invernando el jeque Abū Abdallah b. Jafīf. Todos los dichos altos y aldeas están en el monte Sarandīb a cuyo pie, en este mismo camino, se halla el Darajt Rawān o Arbol Caminante, que es un viejo árbol de hoja perenne, pues no conozco a nadie que haya visto sus hojas caídas por el suelo; le llaman así porque el que lo mira desde lo alto del monte lo ve lejano y al pie del Sarandīb, mientras que al que lo contempla desde abajo le parece todo lo contrario. Vi aquí un grupo de yoguis que no se apartaban del pie del monte, esperando la caída de las hojas de este árbol, el cual está situado en un lugar absolutamente inaccesible. Cuentan de él muchas mentiras, como, por ejemplo, que quien coma sus hojas recuperará la juventud, aunque sea un viejo, cosa que, naturalmente, es falsa.

Bajo el Sarandīb se abre la gran bahía de donde se sacan los jacintos, y cuyas aguas parecen muy azules a la vista. A los dos días de haber salido de aquí, llegamos a Dīnawar [Dewundara], gran ciudad costera habitada por mercaderes. Dedicado a un ídolo llamado también Dīnawar, hay un enorme templo donde viven cerca de un millar de brahmanes y yoguis y unas quinientas mujeres, hijas de hindúes, que todas las noches cantan y danzan ante la imagen. Todos los impuestos de la ciudad se destinan como habices del templo, comiendo de ello tanto los que viven allí como los viajeros que a él se llegan. La estatua de Dīnawar es de tamaño humano y toda ella de oro, teniendo por ojos dos grandes jacintos que, según cuentan, alumbran de noche como lámparas.

Nos encaminamos luego a la pequeña ciudad de Qāli (Galia), a seis parasangas de Dīnawar, hospedándonos allí en su casa un musulmán conocido como Patrón Ibrāhīm. Salimos, a continuación, para la ciudad de Kalanbū [Colombo], una de las más grandes y bellas de la isla de Ceilán [Bilād Sarandīb], donde habita el visir Ÿālastī, señor del mar, pues tiene un ejército de unos quinientos abisinios.

Tres días después de habernos marchado de Colombo, llegamos a Baṭṭāla, ciudad que ya hemos mencionado, y fuimos a visitar al sultán, de quien también hemos hablado ya. Allí estaba esperándome el patrón Ibrāhīm, de modo que nos hicimos a la mar, dirigiéndonos a la costa de Coromandel. Empezó a soplar un fuerte viento y el agua estuvo a punto de entrar en el barco: como además, no llevábamos arráez entendido, casi nos estrellamos contra unos arrecifes. Por fin, entramos en aguas poco

profundas y embarrancamos, viéndonos así en trance de muerte. Los pasajeros pusiéronse a despedirse y a echar al agua cuanto llevaban, mientras nosotros cortábamos el mástil y lo arrojábamos al mar y los marineros fabricaban con tablones una almadía, pues estábamos a dos parasangas de la costa. Yo quería embarcarme en la almadía, pero tenía conmigo dos esclavas y dos compañeros, que me dijeron: «¿Vas a irte, dejándonos aquí?». Yo les quería más que a mí mismo, así que les contesté: «Embarcad vosotros dos en la balsa, con la esclava que más amo». Entonces dijo la otra muchacha: «Yo sé nadar bien. Me ataré a una dé las cuerdas de la almadía y podré ir flotando hasta tierra». Así pues, bajaron a la balsa mis dos amigos, que eran M. b. Farḥān at-Tūzari y un egipcio, con una esclava, mientras la otra nadaba amarrada a la almadía, cosa que hicieran también los marineros. Yo cargué en la balsa lo máspreciado de mi equipaje, además de ámbar y perlas, y llegaron sanos y salvos a la orilla, pues tenían el viento a favor. Me quedé en el barco, mientras el patrón llegaba a tierra, montado en el timón. Ya en la orilla, los marineros se pusieron a hacer cuatro almadías, pero llegó la noche sin que las hubieran terminado, mientras el agua iba anegando el barco. Me encaramé a la popa y allí estuve esperando hasta el alba, acercándose entonces a socorrernos unos infieles en una barca. Nos llevaron, pues, a tierra, que resultó ser ya la Costa de Coromandel. Les hice saber que éramos amigos del sultán, bajo cuya clientela estaban; y escribieron comunicándoselo. Por mi parte, enterado de que el sultán estaba de algara a dos días de distancia, le mandé una carta informándole de lo que había acontecido.

Estos infieles nos metieron en una gran algaida y trajeron, además de buen pescado, unas frutas parecidas a melones que producen las palmeras silvestres [*ṣaʿyār al-muql*] Esta fruta tiene dentro una especie de algodón, de donde se saca una melaza con la que se hacen unos dulces que llaman *till*, semejantes al azúcar. Quedamos tres días en esta algaida, hasta que llegó, de parte del sultán, un emir llamado Qamar ad-Dīn, con un grupo de jinetes y hombres de a pie, trayendo consigo un palanquín y diez alfaraces. Mis compañeros, el patrón del barco, una de las esclavas y yo montamos en ellos, mientras la otra muchacha subió al palanquín, llegando así a la fortaleza de Harkātū, donde pernoctamos. Dejé allí a las esclavas, en compañía de algunos criados y amigos, mientras los demás nos dirigíamos a la almahala del sultán, a la que llegamos al día siguiente.

Mención del sultán de la Costa de Coromandel [Bilād al-Ma‘bar]

Este era Giyāt ad-Dīn ad-Dāmagānī, que había estado antes sirviendo en la caballería bajo las órdenes del jefe Muʿyīr b. Abū-r-Raʿyā, uno de los oficiales del sultán Muḥammad. Luego pasó al servicio del emir Ḥāyī, hijo del señor sultán ʿĀlāl ad-Dīn, y, finalmente, fue coronado rey. Antes se llamaba Sirāy, ad-Dīn, pero, al adquirir la realeza, cambió este nombre por el de Giyāt ad-Dīn. El Coromandel había

estado bajo el dominio del sultán Muḥammad, rey de Delhi pero mi suegro, el jerife Ŷalāl ad-Dīn Aḥsan Šāh, se sublevó en el territorio y reinó durante cinco años, al cabo de los cuales fue asesinado. Le sucedió uno de sus emires, ‘Alā’ ad-Dīn Udayyī, que, tras un año de reinado, salió de algará contra los infieles, a los que arrebató muchas riquezas y abundante botín, tornando después a su país. Al año siguiente volvió a salir de algará, derrotándoles de nuevo y matando a muchos de ellos, en una gran carnicería. El mismo día de esa matanza, sucedió que levantóse el almete para beber y le alcanzó una flecha perdida, muriendo al instante. Designaron para sucederle a su yerno Quṭb ad-Dīn, pero como no encontraron su conducta digna de aprobación, le mataron cuarenta días después. Entonces fue cuando coronaron al sultán Giyāṭ ad-Dīn, que se desposó con la hija del sultán y jerife Ŷalāl ad-Dīn, hermana de aquella otra con la que yo me había casado en Delhi.

Relato de mi llegada a la almahala del sultán Giyāṭ ad-Dīn

Ya cerca de la almahala, mandó a nuestro encuentro a uno de sus chambelanes. En toda la India existe la costumbre de que nadie puede entrar a ver al sultán sin babuchas y, como yo no tenía en aquel momento, un infiel me dio las suyas, a pesar de haber allí un grupo de musulmanes. Me sorprendió que este infiel tuviera más hombría de bien que todos ellos. Entré, pues, donde el sultán, que estaba sentado en una torreta de madera y me ordenó que tomara asiento. Mandó llamar, a continuación, al peregrino y cadí Ṣadr az-Zamān Bahā’ ad-Dīn, que me alojó cerca del sultán, en tres tiendas, que aquí llaman *jiyām* [pl. de *jayma*]. Me envió luego alcatifas y la comida del país, que consiste en arroz y carne. Tienen aquí la costumbre de beber leche cuajada en la comida, Como hacemos nosotros en nuestro país.

Me reuní con él más tarde para proponerle el asunto de las Islas Maldivas, pidiéndole que enviara allí un ejército, y comprometióse a ello con decisión. Mandó disponer barcos al efecto, señaló presentes para la sultana de las Maldivas, así como regalos y ropas de honor para los visires y emires, y me confió la celebración de su unión matrimonial con la hermana de la sultana. Ordenó, además, que cargaran tres barcos con limosnas para los pobres de las islas y me dijo: «Deberás volver dentro de cinco días». Pero entonces le dijo el caíd de la flota, Jawāyḥ Sarlak: «No se podrá navegar hacia las islas hasta dentro de tres meses». «Bueno —respondió el sultán—. Siendo así, ven a Faṭṭan hasta que terminemos esta campaña y volvamos a Mutra [Madura], nuestra capital, desde donde irás a las Maldivas». Me quedé, pues, con él, mandando llamar, entre tanto, a mis esclavas y amigos.

Del orden de marcha de la almahala del sultán y de sus hechos atroces

matando mujeres y niños

El terreno que habíamos de cruzar era una algaida tan llena de árboles y cañaverales, que no había manera de meter el pie en ella, así que el sultán ordenó que todos los de la tropa, tanto jefes como soldados, llevaran una hachuela para ir cortando las plantas. Una vez levantada la almahala, Giyāt ad-Dīn montó a caballo por la algaba, mientras las tropas talaban sin parar los árboles, desde por la mañana hasta eso del mediodía. Sirvieron entonces la comida y comieron todos, taifa por taifa, volviendo luego a cortar árboles hasta el anochecer. Iban haciendo prisioneros a todos los infieles que encontraban en la algaida, junto con sus hijos y mujeres, obligándoles a cargarse a las espaldas unas estacas que fabricaron, afiladas por ambas puntas, y de esta guisa les llevaron hasta el momento de acampar.

Esta gente tiene la costumbre de rodear la almahala con una empalizada que llaman *katkar* y en la que practican cuatro puertas, levantando además otro *katkar* en torno al aduar del sultán. Fuera de la gran empalizada construyen unas tarimas de una altura de media braza, dejando toda la noche hogueras encendidas encima de ellas. Los esclavos y centinelas de la ronda pasan la noche junto a estas lumbres, llevando todos ellos una gavilla de cañas delgadas en la mano. Si algunos infieles se acercan para atacar de noche la almofalla, prenden el dicho haz de cañas y la noche se hace día, por la mucha luz, saliendo entonces los jinetes en persecución de los paganos.

Al amanecer, los infieles cautivos el día anterior fueron repartidos en cuatro grupos, cada uno de los cuales fue conducido a la correspondiente puerta del *katkar*. Las estacas con las que habían tenido que cargar la víspera fueron entonces clavadas allí mismo, en el suelo, y a ellos los hincaron en la otra punta, hasta traspasarlos de parte a parte. Degollaron a continuación a las mujeres, atándolas a las estacas por los cabellos, y degollaron también a los niños pequeños en el mismo regazo de sus madres. Abandonaron allí todos los cadáveres, levantaron la almahala y empezaron a talar otra algaida, haciendo lo mismo que hemos referido con los nuevos cautivos que cogieron. No he sabido de ningún otro rey que haya tenido una manera de actuar tan espantosa: creo que, por este motivo, Dios adelantó la muerte de Giyāt ad-Dīn.

Un día que estábamos el cadí y yo comiendo con él, el cadí a su diestra y yo a su siniestra, vi que traían a un infiel, con su mujer y un hijo de siete años. El sultán hizo señas a los verdugos de que decapitaran al hombre, diciendo a continuación: «*wa-zan-ū wa-pesar-ū*» que quiere decir «y a su mujer y a su hijo». Les cortaron el cuello, mientras yo apartaba la vista, y, al levantarme, me encontré con las cabezas tiradas por el suelo. Estaba otro día en su presencia, cuando trajeron a un infiel. Giyāt ad-Dīn pronunció unas frases que no entendí, mas al ver que algunos de sus esbirros desenvainaban sus puñales, me apresuré a levantarme. «¿Dónde vas?», preguntó, a lo que respondí: «Voy a rezar la zalá de la tarde». Comprendió por qué me iba y echóse a reír, ordenando que le cortaran al hombre las manos y los pies. Cuando volví, le hallé aún revolviéndose en su propia sangre.

Relato de la derrota que Giyāṭ ad-Dīn infligió a los infieles, que constituyó una de las mayores victorias del Islam

Lindando con los territorios de Coromandel había un sultán infiel llamado Balāl Diyaw, uno de los más poderosos sultanes hindúes, pues tenía un ejército de más de cien mil hombres, además de unos veinte mil musulmanes, entre gente temible y criminal y esclavos fugitivos. Así pues, ambicionó apoderarse de la costa de Coromandel, donde los musulmanes sólo contaban con un ejército de seis mil hombres, la mitad de los cuales era excelente, pero la otra mitad no valía ni un ardite. Les derrotó en un encuentro que tuvieron en los alrededores de la ciudad de Kubbān, por lo que los musulmanes tuvieron que retirarse a Mutra, la capital del país. El infiel acampó junto a Kubbān, una de las mayores plazas fuertes del Coromandel, y la cercó durante diez meses, al cabo de los cuales a los sitiados no les quedaban provisiones sino para catorce días. Entonces les mandó decir que, si le rendían la plaza, podrían salir de ella bajo amán, a lo que contestaron que tendrían que enterar de ello al sultán Giyāṭ ad-Dīn. Balāl Diyaw prometió una tregua de catorce días y ellos enviaron un mensaje a Mutra, informando de su situación. El sultán leyó un viernes esta carta a los musulmanes, que se pusieron a llorar y a decir: « ¡Venderemos caras nuestras vidas, por Dios! Si el infiel se apodera de la ciudad de Kubbān, vendrá a ponernos cerco a nosotros, así que es preferible morir matando».

Se comprometieron, pues, a morir, y salieron todos al día siguiente, quitándose los turbantes y poniéndolos en el cuello de los caballos, que es la señal de quien busca la muerte. Destacaron en la vanguardia a los trescientos hombres más valientes y heroicos, en el ala derecha, a Sayf ad-Dīn Bahādūr, un alfaquí piadoso y arrojado; y en el ala izquierda, al jefe M. aṣ-Ṣilaḥdār [*el Escudero*]. El sultán, con tres mil hombres, cabalgaba en el centro, mientras los tres mil restantes iban en la retaguardia, mandados por Asad ad-Dīn Kayjusraw al-Fārisī [*el Persa*]. Se dirigieron a la almofalla del infiel a la hora de la siesta, cuando los soldados estaban desprevenidos y habían enviado los caballos a la dehesa. La vanguardia atacó al galope y los infieles, creyendo que eran ladrones, salieron a pelear con ellos en desorden. Llegó luego el sultán Giyāṭ ad-Dīn y les infligió la peor de las derrotas. Balāl Diyaw intentó montar a caballo, a pesar de sus ochenta años, pero Nāṣir ad-Dīn, sobrino del sultán de Coromandel y futuro sucesor suyo, le alcanzó y quiso matarle, pues no sabía quién era. Uno de sus criados le dijo que era el sultán y entonces Nāṣir ad-Dīn le llevó como prisionero a su tío, de quien recibió un trato de gran consideración aparentemente, mientras le sacaba sus riquezas, elefantes y caballos, con la promesa de soltarle. Una vez logró arrebatarse todas sus propiedades, le degolló y despellejó, rellenando su piel con paja, que después fue colgada de las murallas de Mutra, donde aún he llegado yo a verlo.

Pero, volviendo a nuestra relación, diremos que salí de la almahala y llegué a

Faṭṭan, una ciudad costera grande y hermosa. Tiene un puerto magnífico, en cuyo muelle han construido un enorme pabellón de madera sostenido por gruesos postes, y al que se sube por una pasarela techada, también de madera. Cuando el enemigo se acerca, juntan aquí todos los barcos que hay en el puerto y los soldados y arqueros suben al pabellón y a las naves, de modo que los adversarios no encuentran ocasión propicia para atacar. Hay en esta ciudad una bella mezquita de piedra, muchas uvas y buenas granadas. Encontré aquí al piadoso jeque M. an-Nīsābūrī, uno de esos faquires desatentados que se sueltan el cabello por los hombros. Había domado un león que se sentaba y comía con los otros faquires sus compañeros, unos treinta, y uno de los cuales tenía una gacela que vivía junto al león, sin que éste la molestara para nada.

Mientras yo estaba en Faṭṭan, un yogui había preparado al sultán Giyāṭ ad-Dīn unas pastillas para darle vigor en el coito, de las que dicen que llevan limaduras de hierro como uno de los principales ingredientes. El sultán tomó más de la cuenta y enfermó. Cuando llegó a Faṭṭan, salí a recibirle y le ofrecí un presente, así que, una vez se hubo establecido en la ciudad, mandó llamar al caíd de la flota, Jawāyḥ Surūr [¿Sarlak?] y le dijo: «Ocúpate solamente de los barcos destinados a la expedición de las Maldivas». Quiso restituirme el valor del regalo que le había hecho, a lo que me negué, aunque me arrepentí más tarde de ello, pues murióse y no obtuve nada a cambio.

El sultán quedó medio mes en Faṭṭan, partiendo luego para la capital. Yo aún permanecí aquí otro medio mes, tras lo cual me encaminé a Mutra, residencia del sultán, que es una gran ciudad, de calles espaciosas. El primero que la convirtió en capital del Coromandel fue mi suegro, el sultán y jerife Ŷalāl ad-Dīn Aḥsan Šāh, que la dispuso a semejanza de Delhi, construyéndola con esmero. Al llegar a Mutra, me encontré con una peste que causaba la muerte súbita de las personas, pues los apestados morían al segundo o tercer día o, todo lo más, al cuarto. Cuando salía de casa, no veía sino enfermos o muertos por las calles. Compré una esclava de la cual me dijeron que estaba sana, pero murióse al día siguiente. Uno de estos días, vino a verme una mujer, cuyo esposo había sido uno de los visires del sultán Aḥsan Šāh, acompañada de un hijo suyo de ocho años, un niño noble, despierto y agudo. Quejóse de su pobre situación y les di para sus gastos. Ambos estaban normales y sanos, mas al día siguiente volvió la mujer pidiéndome una mortaja para su hijo, pues había fallecido repentinamente. Cuando murió el sultán, vi en la sala del consejo cientos de criadas que habían traído para majar el arroz con el que iban a preparar la comida de los asistentes a los funerales; pues bien, todas estas mujeres estaban apestadas y se habían echado al sol.

Cuando el sultán entró en Mutra, encontró a su madre, a su mujer y a su hijo con la peste, de modo que permaneció tres días en la ciudad y luego salió para un río que hay a una parasanga de distancia, al borde del cual se alza un templo de infieles. Yo fui a reunirme con él un jueves y mandó que me alojaran al lado del cadí. Estando ya plantadas mis tiendas, vi gente que corría en oleadas, empujándose los unos a los

otros; unos decían que había muerto el sultán, y otros, que su hijo. Fuimos a cerciorarnos de lo sucedido y supimos que era el hijo el difunto. Giyāṭ ad-Dīn no tenía ningún otro hijo, de modo que esta muerte agravó aún más su enfermedad. El jueves siguiente falleció la madre del sultán.

Mención de la muerte del sultán, de la subida al trono de su sobrino y de cómo me separé de éste

Tres jueves más tarde falleció el sultán Giyāṭ ad-Dīn. En cuanto lo supe, me apresuré a entrar en la ciudad, temiendo un posible levantamiento, y por el camino encontré a Nāṣir ad-Dīn, sobrino y sucesor del sultán, que se dirigía a la almahala, de donde le habían mandado llamar, pues Giyāṭ ad-Dīn no había dejado ningún hijo. Me pidió que volviera allí con él y yo rehusé, cosa que se le quedó grabada en el corazón.

Este Nāṣir ad-Dīn había sido criado en Delhi, antes de que su tío subiera al trono. Cuando esto ocurrió, escapó a su lado, vestido de faquir, y luego el destino dispuso que le sucediera en el poder. En la ceremonia de la jura, los poetas le dedicaron panegíricos y Nāṣir ad-Dīn les colmó de presentes. El primero que se levantó a declamar fue el cadí Ṣadr az-Zamān, quien recibió quinientos dinares y un vestido de honor, recitando a continuación el visir apodado el Cadí, a quien el nuevo sultán dio dos mil *dirhams*. A mí me dio trescientos dinares y un traje de honor y, además, repartió limosnas entre los faquires y mezquinos. Cuando el jatib pronunció la primera *jutba* en la que se mencionaba el nombre de Nāṣir ad-Dīn, le echaron a éste por encima dinares y *dirhams* que tenían preparados en bandejas de oro y plata, y, a partir de aquí, empezaron las exequias del sultán Giyāṭ ad-Dīn. Todos los días leían el *Corán* entero ante su tumba, tras lo cual los almocríes recitaban la décima parte del Libro. A continuación traían la comida y, una vez terminada ésta, se repartían monedas de plata entre los asistentes, a cada cual según su rango. Todas estas ceremonias duraron cuarenta días y todos los años, el día del aniversario de su muerte, volvían a hacer lo mismo.

El sultán Nāṣir ad-Dīn comenzó su reinado destituyendo al visir de su tío, exigiéndole, además, ciertas cantidades de dinero. Encargó del visirato al régulo Badr ad-Dīn, el mismo personaje que su tío mandó en mi busca cuando yo estaba en la ciudad de Faṭṭan. Como este hombre muriera muy pronto, nombró visir a Jawāʾya Surūr, caíd de la flota, mandando que le llamaran Jawāʾya ʿYihān, como el visir de Delhi, y obligando a pagar una multa en dinares a quien le nombrara de otra manera. Mató luego a su primo hermano, casado con la hija del sultán Giyāṭ ad-Dīn, para desposarse con ella, y habiendo sabido que el rey Masʿūd había visitado a este primo suyo en la cárcel, antes de su ejecución, le mató también. Del mismo modo, eliminó al rey Bahādūr, que era uno de los hombres más valientes, generosos e ilustres del Coromandel. En cuanto a mí, ordenó que pusieran a mi disposición todos los barcos

que su tío había destinado para la expedición a las Maldivas, pero caí enfermo de fiebres, que aquí son mortales de necesidad, y creí llegada mi hora. Sin embargo, Dios me inspiró para que hiciera uso de los tamarindos, que aquí abundan mucho. Cogí como un arrelde de estos frutos y los puse en agua, purgándome luego con su jugo durante tres días, al cabo de los cuales Dios sanó mi enfermedad. De todas formas, aborrecí esta ciudad de Mutra, por lo que pedí permiso para partir. Enterado el sultán, me dijo: « ¿Cómo quieres irte ahora? Sólo queda un mes para que salga la expedición a las Maldivas. Quédate aquí hasta que pueda darte cuanto dejó encargado para ti el Príncipe del Mundo [*Jūnd ‘Ālam*]». Como yo rehusara, me dio una carta para los de Faṭṭan, diciendo que me dejaran embarcar en la nave que quisiera.

Volví, pues, a la dicha ciudad y me encontré con ocho barcos dispuestos para salir hacia el Yemen, embarcándome en uno de ellos. Topamos con cuatro barcos que nos quisieron atacar, aunque se retiraron al poco tiempo, y llegamos por fin a Kawlam. Como aún estaba algo enfermo, quedé tres meses en esta ciudad, embarcando de nuevo para ir donde el sultán Ŷamāl ad-Dīn al-Hinawrī, pero los infieles nos atacaron entre Hinawr y Fākanawr.

De cómo nos saquearon los infieles

Al llegar a la pequeña isla que hay entre Hinawr y Fākanawr, los infieles nos atacaron con doce naves de guerra y, tras duro combate, nos vencieron. Me arrebataron todo lo que había atesorado, para los días de miseria, así como las perlas y jacintos que me regalara el rey de Ceilán y las ropas y provisiones regalo de hombres santos y piadosos. Me dejaron tan sólo los zaragüelles que llevaba puestos. Robaron también cuanto tenían las otras gentes del barco y nos dejaron en la costa.

Volví a Calicut y me recogí en una mezquita. Un alfaquí me mandó allí un vestido; el cadí, un turbante, y un mercader, otro vestido. Estando aquí supe del casamiento del visir ‘Abdallāh con la sultana Jadīŷa, tras la muerte del visir Ŷamāl ad-Dīn, y de que la mujer que yo había dejado empuñada había parido un hijo varón. Se me vino entonces a las mientes partir para las Maldivas, pero recordé la enemistad que nos teníamos el visir ‘Abdallāh y yo, de modo que abrí un *Corán* al azar y encontré estas palabras: ...*Descenderán los ángeles sobre ellos y les dirán: « ¡No temáis ni os entristezcáis!*» [Corán, XLI, 30]. Encomendé mi suerte a Dios, me hice a la mar y, al cabo de los diez días, llegué a las islas Maldivas, desembarcando en Kannalūs. El valí de esta isla, ‘Abd al-‘Azīz el Mogadiscí, me trató bien, me hospedó y preparó una barca. Poco después, llegué a Hululī, la isla donde la sultana y sus hermanas van a nadar y a solazarse, organizando juegos en los barcos, distracciones todas ellas que aquí llaman *tatŷar*. Mientras Jadīŷa está en esta isla, los visires y emires le mandan regalos y presentes. En Hululī me encontré con la hermana de la

sultana, acompañada de su marido, el jatib Muḥammad, hijo del visir Ŷamāl ad-Dīn, y de su madre, que había sido esposa mía. El jatib vino a verme y comimos juntos.

Alguien de la isla fue a informar de mi llegada al visir ‘Abdallāh, que se interesó por mi situación y por quienes me acompañaban. Le dijeron que había venido para llevarme a mi hijo, que tenía ya unos dos años de edad. La madre de la criatura fue a quejarse de esto al visir, quien contestó: «No le impediré que se lleve a su hijo». ‘Abdallāh me pidió insistentemente que me llegara a la isla de Mahal y me alojó en una casa situada frente a la torre de su alcázar, para poder observarme bien. Me envió, según costumbre, un vestido completo, hojas de betel y agua de rosas. Yo fui a su casa con dos piezas de seda, para echárselas en el momento de saludarle; me las cogieron, mas el visir no salió ese día a recibirme. Trajeron a mi hijo, pero me pareció que sería mejor para él quedarse en la isla, así que le devolví a sus familiares. Permanecí cinco días en Mahal y, como estimé conveniente irme cuanto antes, pedí permiso para ello. El visir me mandó llamar y fui a verle. Me dieron entonces las dos telas que me habían cogido y se las eché a ‘Abdallāh en el momento de saludarle, siguiendo la costumbre. Hizo que me sentara a su lado y se interesó por mis cosas; comimos juntos y nos lavamos las manos en la misma jofaina, cosa que no hace con ninguna otra persona. Trajeron luego hojas de betel y me retiré. Envióme algunas telas y unos cuantos *bustūs* de conchas, portándose en todo momento de manera inmejorable.

BENGALA, INDONESIA

Me hice, pues, a la mar y estuvimos navegando durante cuarenta y tres noches, llegando luego a Bengala [Bilād Ban̄yāla], extenso país donde abunda mucho el arroz. No he visto en todo el mundo precios más baratos que los de esta comarca, pero es una tierra sombría, que los *jurāsānīes* llaman «*dūzajast būr ni‘ma*», es decir, «un infierno lleno de bienes». He visto vender el arroz en los zocos pagando un dinar de plata por veinticinco arrelde dihiēs: este dinar tiene ocho *dirhams* y hay que tener en cuenta que cada *dirham* de aquí vale lo mismo que el de plata; por otra parte, el arrelde *dihlī* equivale a veinte arrelde marroquíes. Y aún les he oído decir que este precio era caro para ellos. Un hombre tan virtuoso como M. al-Maṣmūdī al-Magribī, que había vivido antaño en este país y que murió en mi casa de Delhi, me contaba que tenía una mujer y un criado y que la despensa anual para los tres le costaba ocho *dirhams*. En efecto, por este precio compraba ochenta arrelde *dihlīes* de arroz con cáscara, de los que, una vez majados, sacaba cincuenta arrelde netos, o sea, diez quintales. He visto también comprar una vaca lechera, que aquí son búfalas, por tres dinares de plata. Por un solo *dirham* pueden darte ocho gallinas gordas o quince pichones, un carnero bien cebado por dos *dirhams*, un arrelde *dihlī* de azúcar por cuatro y otro de julepe por ocho; un arrelde de manteca por otros cuatro *dirhams*, y otro de aceite de sésamo por dos. Vi comprar, asimismo, una pieza de fino y buen algodón, que medía treinta codos, por dos dinares, y una bonita esclava, buena para la cama, por un dinar de oro, o sea, dos dinares y medio de oro marroquí. Por este mismo precio, poco más o menos, compré una joven esclava de resplandeciente belleza, llamada ‘Āṣūra, mientras uno de mis compañeros adquiría, por dos dinares de oro, un esclavo muy joven y hermoso, llamado Lu‘lu’ [Perla].

La primera ciudad de Bengala en que entramos fue Sudkāwān [¿Chitagong?], vasta población construida a orilla del Gran Océano [al-Baḥr al-A‘ṣam]. Cerca de ella confluyen y se vierten juntos en el mar el río Ganges, lugar de peregrinación para los hindúes, y el Brahmaputra [Īūn]. Los bengalíes tienen muchos barcos en el río Ganges, para luchar con la gente del país de Laknawtī [Gawr].

Mención del sultán de Bengala

Es el sultán Fajr ad-Dīn, apodado Fajra, monarca ilustre y amante de los forasteros, sobre todo de los faquires y sufíes.

La soberanía de este país había pertenecido al sultán Nāṣir ad-Dīn, hijo del sultán Giyāṭ ad-Dīn Balaban. El hijo de este Nāṣir ad-Dīn, llamado Mu‘izz ad-Dīn, fue coronado rey en Delhi, por lo que su padre se aprestó a combatirlo, encontrándose ambos ejércitos en el Ganges. A este hecho se le dio el nombre de *Liqa’ aṣ-Ṣa‘dayn*

[Conjunción de las dos Buenas Estrellas], como ya hemos contado, así como que Nāṣir ad-Dīn dejó el reino de la India a su hijo y se volvió a Bengala. Allí permaneció hasta su muerte, sucediéndole entonces su otro hijo, Šams ad-Dīn, a quien sucedió también, después de su muerte, su hijo Šihāb ad-Dīn. Este fue derrotado por su hermano Giyāṭ ad-Dīn Bahādūr Būr por lo que Šihāb ad-Dīn pidió ayuda al sultán Giyāṭ ad-Dīn Tugluq, que acudió a socorrerle y cogió prisionero a Bahādūr Būr. Cuando el hijo de Tugluq, de nombre Muḥammad, subió al poder, liberó a Bahādūr Būr, con la condición de repartirse entre ambos el reino de Bengala. Más tarde, Bahādūr Būr violó el pacto y fue muerto por M. b. Tugluq en la guerra que tuvo lugar a causa de ello. Este Muḥammad nombró entonces valí del país a uno de sus cuñados, que fue asesinado por la tropa, situación que aprovechó ‘Alī Šāh, a la sazón en el país de Laknawtī, para apoderarse del reino de Bengala.

Cuando Fajr ad-Dīn vio que la familia de Nāṣir ad-Dīn, a la cual él estaba ligado como cliente [*mawlā*], había perdido la realeza, se levantó en Sudkāwān y en todo el país de Bengala y se hizo con el poder, teniendo que sostener, a partir de entonces, una dura guerra de algaras contra ‘Alī Šāh. En llegando los días de invierno y de barro, Fajr ad-Dīn lanzaba algaradas contra el país de Laknawtī por el río Ganges, debido a la fuerza de sus barcos. Pero cuando volvían los días en que dejaba de llover, ‘Alī Šāh hacía incursiones contra Bengala por tierra, pues era más poderoso en este medio.

Episodio

Tanto afecto les profesaba el sultán Fajr ad-Dīn a los faquires, que nombró a uno de ellos, llamado Šaydā, virrey en Sudkāwān. Habiendo salido aquél de algarada contra un enemigo, Šaydā se sublevó, con la pretensión de adueñarse del poder, y mató al único hijo que tenía el sultán. Informado Fajr ad-Dīn de lo sucedido, se volvió para la capital, mientras Šaydā y sus seguidores huían a la plaza fuerte de Sunurkāwān [Sonargaon, cerca de Dacca]. El sultán envió tropas para asediarle y los habitantes de la ciudad, temiendo por sus vidas, se apoderaron de Šaydā y le entregaron al ejército del sultán, cuyos soldados le mandaron un mensaje para enterarle de ello. Fajr ad-Dīn ordenó entonces que le enviaran la cabeza de Šaydā, cosa que fue cumplida. Por este motivo, fueron ejecutados a continuación muchos faquires.

Cuando entré en Sudkāwān, no fui a visitar a este sultán, pues en esos momentos estaba alzado en armas contra el rey de la India y tuve miedo de las consecuencias que podía traerme esto. Salí, pues, de Sudkāwān para las montañas de Kāmarū [Maghalaya, en Assam], que están a un mes de distancia. Son unas montañas muy vastas, contiguas a China y también al país del Tíbet [Tabat], donde se encuentran las

cabras de almizcle. Estos montañeses se parecen a los turcos y tienen gran fuerza para el trabajo: un esclavo de aquí vale más del doble que el de cualquier otro sitio. Son famosos, además, porque conocen y practican la magia. Al encaminarme a estas montañas, mi propósito era encontrar a un santón que vive en ellas, el jeque Ŷalāl ad-Dīn at-Tabrīzī.

Mención del jeque ad-Dīn

Este jeque era un gran santo y hombre singular, autor de célebres milagros y grandes hazañas. Era hombre longevo, pues me refirió haber visto en Bagdad al califa al-Musta‘şim billāh el Abbasí, encontrándose aún en esta ciudad cuando mataron al dicho califa. Tiempo después de haberle visitado en vida, sus compañeros me contaron que había muerto a la edad de ciento cincuenta años, ayunando durante cuarenta años consecutivos, desayunándose tan sólo cada diez días con la leche de una vaca de su propiedad. Además, se quedaba levantado la noche entera. Era alto, flaco y barbilampiño. Estos montañeses abrazaron el Islam por él, de modo que se quedó entre ellos.

Milagro de este jeque

Algunos compañeros suyos me contaron que les mandó llamar la víspera de su muerte, recomendó que fueran temerosos de Dios y les dijo: «Yo os abandonaré mañana, si Dios quiere, pero mi sucesor entre vosotros será el único y verdadero Dios». Al día siguiente, Dios le acogió en su seno cuando estaba haciendo la última prosternación del rezo del mediodía. Junto al algar donde habitaba encontraron una tumba abierta, con bálsamos y un sudario, así que le lavaron y amortajaron, le dijeron un responso y le enterraron en esa misma tumba. ¡Que Dios le tenga en su gloria!

Otro milagro suyo

Cuando iba de camino a visitar a este jeque, salieron a recibirme cuatro compañeros suyos, a una distancia de dos jornadas del lugar donde vivía, y me contaron que el jeque había dicho a los faquires que estaban con él: «Hacia nosotros viene el viajero del Magreb. Id, pues, a darle la bienvenida». Me repitieron que habían venido a mi encuentro por orden del jeque. Este hombre no podía saber nada de mí, pero esto le fue revelado. Fui con ellos a ver al jeque y llegué a su zagüía, que está fuera del algar. No hay cultivos en los alrededores, mas la gente de este país,

tanto musulmanes como infieles, venía a visitarle y le traían regalos y presentes, de los que comían los faquires y viajeros. En cuanto al jeque, se contentaba con una vaca, con cuya leche rompía el ayuno cada diez días, como ya hemos dicho. Cuando entré a verle, se levantó, abrazóme y preguntó por mi país y mis viajes. Le di noticia de todo ello y dijo: «Tú eres el viajero de los árabes». Los compañeros suyos que estaban presentes le apuntaron: «Y de los persas, maestro». «Y de los persas también —respondió—. Honradle, pues». Me llevaron a la zagüía y me hospedaron allí durante tres días.

Historia maravillosa que contiene más milagros del jeque Ŷalāl ad-Dīn

El mismo día que entré a visitarle, vi que llevaba puesto un mantelete de pelo de cabra que me gustó mucho, y me dije para mis adentros: «¡Ojalá me lo regalara!». Cuando volví para despedirme, levantóse el jeque, fuese a un lado del algar, se quitó el mantelete y me lo puso, así como un gorro de lana [*tāqiyya*] que llevaba en la cabeza, vistiéndose él con unos harapos. Los faquires me dijeron que el jeque no solía vestirse con ese mantelete y que se lo había puesto al llegar yo, diciéndoles: «El marroquí pedirá este mantelete, un sultán infiel se lo cogerá y se lo dará a nuestro hermano Burhān ad-Dīn aṣ-Ṣāgarŷī, pues a él está destinado». Cuando los faquires me contaron esto, respondí: «He logrado la bendición del jeque, pues me ha vestido con su ropa, y, desde luego, no pienso ir a ver con este mantelete a ningún rey, ya sea infiel o musulmán».

Dejé al jeque Ŷalāl ad-Dīn y, mucho tiempo después, sucedió que entré en China y fui a parar a la ciudad de al-Jansā [Hang-Tcheu-Fu]. Mis compañeros se separaron de mí por el mucho gentío que había. Yo llevaba puesto el mantelete y, mientras estaba en un sendero, llegó el visir con una gran escolta y me echó la vista encima. Me mandó llamar, cogió mi mano y preguntó por las circunstancias de mi llegada, no apartándose de mí hasta que llegamos a la casa del sultán. Quise separarme de él, pero me lo impidió y me llevó ante el sultán, que se interesó por los soberanos del Islam. Mientras yo le contestaba, él contemplaba mi mantelete, y le pareció tan hermoso que me dijo el visir: «Quítatelo». No pude oponerme, el sultán lo cogió y mandó que me dieran diez vestidos de honor, un alfaraz enjaezado y dinero para mis gastos. Me alteré mucho con este suceso y entonces recordé las palabras del jeque, afirmando que un sultán infiel me cogería el mantelete, de modo que me quedé pasmado.

Al año siguiente, entré en la casa del rey de la China, en Jān Bāliq [Pekín], y me dirigí a la zagüía del jeque Burhān ad-Dīn aṣ-Ṣāgarŷī. Le encontré leyendo, vestido con el dichoso mantelete y me maravilló tanto que me puse a manosearlo. «¿Por qué me sobas el mantelete? —preguntó— ¿Acaso lo conoces?». «Sí —le contesté—. Es el mismo que me cogió el sultán de al-Jansā». Replicó entonces Burhān ad-Dīn:

«Este mantelete lo tejió para mí mi hermano Ŷalāl ad-Dīn, que me dijo en una carta: “El mantelete te llegará por medio de Fulano”. Me enseñó la carta, la leí y me maravillé de la extraordinaria certeza del jeque. Le conté a Burhān ad-Dīn el principio de la historia y me dijo: “Mi hermano Ŷalāl ad-Dīn es más grande que todo eso y tiene poderes ilimitados sobre toda la creación, pero ya se ha recogido en el seno misericordioso de Dios”. Siguió diciendo luego: “Me han contado que rezaba todos los días la zalá de la madrugada en La Meca y que cumplía la peregrinación todos los años, pues desaparecía de la vista de la gente los dos días grandes, el de ‘Arafa y el de la Fiesta del Sacrificio, sin que nadie supiera dónde había ido”».

* * *

Una vez me hube despedido del jeque Ŷalāl ad-Dīn, me encaminé a la ciudad de Habanq, muy grande y hermosa, regada por un río que baja de las montañas de Kāmarū y que llaman an-Nahr al-Azraq [el *Río Azul*, es decir, el Meghna]. Por este río se puede navegar hasta Bengala y el país de Laknawtī y en ambas márgenes se ven norias, huertos y aldeas, como a orillas del Nilo, en Egipto; estos aldeanos son infieles bajo clientela de los musulmanes, los cuales recaudan la mitad de lo que se siembra, además de otros tributos. Navegamos por este río durante quince días, entre huertos y aldeas, como si estuviéramos andando por un zoco. Viajan por él innumerables barcos, que suelen llevar un atabal que golpean al cruzarse entre ellos, a guisa de saludo. El mentado sultán Fajr ad-Dīn mandó que no se les cobrara a los faquires el precio del pasaje en este río y que se proveyera de viático a quienes no llevaran, dándoles además medio dinar al llegar a una ciudad.

A los quince días de ir por este río, como ya hemos dicho, llegamos a la ciudad de Sunurkāwān, aquella cuyos habitantes prendieron al faquir Šaydā cuando se refugió allí, encontrando un junco dispuesto a salir para el país de Ŷāwa [Bilād al-Ŷāwa, las islas de Sumatra y Java], que está a cuarenta días de distancia. Embarcados en este junco, y tras quince días de navegación, llegamos al país de los Barahnakār, que tienen jetas perrunas. Los de esta taifa son salvajes que no profesan la religión de los hindúes ni ninguna otra y viven en casas de bambú con techo de paja, a orilla del mar. Hay en esta tierra muchos plataneros, arecas y beteles. Los hombres se parecen a nosotros, salvo en lo de las jetas de perro, pero las mujeres no son así, sino que gozan de una aventajada belleza. Los hombres van desnudos, sin nada por encima, aunque algunos se meten la verga y los testículos en una aljaba de bambú pintado que llevan colgada de la cintura. Las mujeres se tapan con hojas de árbol.

Viviendo en un barrio aparte, y oriundos de Bengala y Sumatra, hay un grupo de musulmanes que nos contaron que estos Barahnakār fornican como las bestias, sin esconderse para hacerlo, y que cada hombre tiene treinta mujeres, más o menos, pero que no cometen adulterio. Si una pareja adultera, el hombre es castigado a morir en la

cruz, a no ser que se presente un amigo o un esclavo suyo para ser crucificado en su lugar, en cuyo caso él queda libre. El castigo de la mujer consiste en que el sultán manda que todos sus criados fornicuen con ella en su presencia, uno tras otro, hasta que muere, siendo entonces arrojada al mar. Por esto, no dejan que los navegantes se alojen en sus casas, a no ser que residan allí, y, por la misma razón, comercian con ellos en la playa. Como el agua está lejos de la costa, se la llevan en elefantes, no permitiéndoles que vayan ellos a sacarla, por temor a sus mujeres, que codician a los hombres hermosos. Tienen muchos elefantes, pero sólo puede disponer de ellos el sultán, a quien se los compran con telas. Hablan una lengua extraña, que no comprenden sino quienes viven con ellos o quienes les frecuentan. Cuando llegamos a la costa, salieron a recibirnos en barquichuelas hechas de leños y trajeron plátanos, arroz, hojas de betel, nueces de areca y pescado.

Mención del sultán de los Barahnakār

El sultán de esta gente vino a nuestro encuentro montado en un elefante que llevaba una especie de albarda de piel. Venía con una jabalina de bambú en la mano y traía un vestido hecho de pieles de cabra, con el pelo hacia afuera, y tres cintas de colores en la cabeza. Le acompañaba una veintena de parientes suyos, montados también en elefantes. Le mandamos, como presente, pimienta, jengibre, canela, el pescado típico de las Islas Maldivas y telas de Bengala. Los Barahnakār no usan estas telas para vestirse ellos, sino para engalanar a los elefantes en los días de fiesta. De cada barco que atraca en su país, este sultán coge una esclava y un esclavo, telas para vestir a un elefante y alhajas de oro que su mujer se pone en el cinturón y en los dedos de los pies. A quien no paga este tributo, le preparan un encantamiento que hace que el mar se turbe, muriendo así en él o hallándose al borde de la muerte.

Suceso

Una noche, mientras estábamos en este puerto, sucedió que un criado del patrón del barco, que frecuentaba a los de esta taifa, bajó a tierra y se citó con la mujer de uno de los notables de los Barahnakār en un sitio de la playa, parecido a un algar. Enterado de esto el marido, fue al algar con un grupo de amigos, encontrando allí a los dos y los llevaron al sultán. Este ordenó que cortaran los testículos al criado y le crucificaran y que la gente fornicara con la mujer hasta que muriera. Se acercó luego el sultán al puerto, pidió disculpas por lo acontecido, diciendo: «No tenemos más remedio que cumplir nuestras leyes», y le dio un criado al patrón del barco, en lugar del que había sido crucificado.

Dejamos a esta gente y, veinticinco días después, llegamos a la isla de Sumatra [Ŷāwa], de donde toma su nombre el benjuí [*lubān ŷāwī*] que habíamos avistado desde media jornada de distancia. Es una isla lozana y verdeante, llena de cocoteros, arecas, claveros, agálocos indios, sagúes, árboles del pan, mangos, yambos, naranjos dulces y alcanfores. Para el comercio de compra y venta utilizan aquí trozos de estaño y oro chino en bruto, sin fundir. La mayor parte de las especies aromáticas de este país están en la comarca de los infieles, mientras que son más escasas en la de los musulmanes.

Cuando llegamos al puerto, salieron a recibirnos en pequeñas barcas con cocos, plátanos, mangos y pescado, pues tienen la costumbre de regalar estas cosas a los mercaderes, que se lo retribuyen, cada cual según sus posibles. El vicealmirante de la flota subió a bordo para ver a los mercaderes que venían con nosotros y nos dio permiso para desembarcar. Bajamos, pues, al *bandar* [puerto], que es una gran aldea que llaman Sarhà, con las casas al borde del mar y a cuatro millas de la ciudad. Buhrūz, el vicealmirante, escribió al sultán informándole de mi llegada y éste mandó a por nosotros al emir Dawlasa, al cadí, que era el jerife Amīr Sayyid aš-Šīrāzī, aš-Šīrāzī, a Tāy ad-Dīn al-Iṣpahānī y a otros alfaquíes, que me trajeron un alfaraz de las propias caballerizas del sultán, además de otros caballos. Así pues, mis compañeros y yo entramos a caballo en la capital del sultán, en la ciudad de Sumuṭra [Sumatra], que es grande y hermosa y está cercada por una empalizada con torres de madera

Mención del sultán de Sumatra [Ŷāwa]

Este es el sultán al-Malik aḏ-Ṣāḥir, uno de los reyes más ilustres y generosos. Sigue la escuela *šāfi‘i* y es amante de los alfaquíes, que asisten a sus reuniones para leer el *Corán* y entablar discusiones teológicas. Hace muchas algaras y entradas contra los infieles, y como hombre humilde, va andando a la zalá del viernes. Los de Sumatra son todos *šāfi‘ies* y les gusta la guerra santa, para la que se ofrecen voluntarios. Han conseguido someter así a los infieles que lindan con su territorio, los cuales, según el tratado de paz, pagan tributo de capitación.

Relato de nuestra entrada en la morada del sultán y de los favores que nos dispensó

Cuando nos dirigíamos a la casa del sultán, vimos cerca de la puerta unas lanzas clavadas a ambos lados del camino, señal de que debíamos desmontar: nadie puede pasar más allá montado a caballo, así que nosotros descabalgamos allí mismo. Entramos en la sala de audiencia y nos encontramos con el virrey, llamado ‘Umdat al-

Mulk, que se levantó a saludarnos con un apretón de manos, como hacen aquí. Nos sentamos con él y escribió un billete al sultán informándole de nuestra llegada, lo selló y se lo dio a un eunuco, que regresó con la respuesta escrita al dorso del mismo billete. Llegó después otro eunuco con una *buqša*, o sea, con un hatillo o velo negro de crespón [*sabaniyya*], y se la dio al virrey, el cual, llevándome de la mano, me hizo entrar en una celda que llaman *fardjāna*, palabra que se escribe como *zardjāna* [¿refectorio, comedor?], cambiando la *zāy* (z) por una *fā* (f). Esta *fardjāna* es un sitio donde reposa ‘Umdat al-Mulk durante el día, pues aquí la costumbre es que, tanto el virrey como los visires y emires principales, vengan a la sala del consejo después del amanecer y no se retiren hasta haber rezado la última zalá de la noche. El virrey sacó de la *buqša* tres paños, de seda pura el primero, y de seda y algodón y seda y lino, respectivamente, los otros dos; tres vestidos, de los que dicen «ropa interior», del mismo género que los paños; otros tres vestidos de diferentes clases de tela, de los que llaman «ropa de en medio»; tres ropajes, dos de color ceniciento y uno blanco, y por último, tres turbantes. Me puse uno de los paños en vez de zaragüelles, como hacen ellos, y un vestido de cada clase, quedándose mis compañeros con todo lo demás. Trajeron entonces la comida, hecha casi toda a base de arroz, y una especie de bebida de frutos fermentados. Cuando vinieron con el betel, que es señal de que hay que retirarse, cogimos estas hojas y nos levantamos al mismo tiempo que el virrey.

En saliendo de la sala del consejo, montamos a caballo y fuimos con ‘Umdat al-Mulk a un jardín rodeado por una cerca de madera. En medio había una casa, también de madera, alfombrada con esas alcatifas de felpa que llaman *mujmalāt*, algunas de las cuales estaban teñidas, y amueblada con camas de bambú que disponían de mantas ligeras, colchas de seda y almohadas de esas que dicen *bawālišť*. Nos sentamos allí con el virrey, hasta que llegó el emir Dawlasa con dos jóvenes esclavas y dos criados, diciendo: «El sultán me manda decir que esto es todo lo que puede ofrecerte, no lo que te ofrecería Muḥammad, el sultán de Delhi». Fuéase entonces ‘Umdat al-Mulk y quedóse conmigo el emir Dawlasa, a quien yo ya conocía por haber estado una vez en el sultanato de Delhi, en calidad de enviado. « ¿Cuándo podré ver al sultán?», le pregunté. «Tenemos la costumbre —contestóme— de que los recién llegados no vayan a saludar al sultán hasta pasados tres días, a fin de que se repongan del cansancio del viaje y recobren el discernimiento». Así pues, nos quedamos allí tres días, mientras nos traían la comida tres veces diarias y dos veces, una por la mañana y otra por la tarde, las frutas y otras cosas exquisitas.

Al cuarto día, que era viernes, vino el emir Dawlasa y me dijo: «Podrás saludar al sultán después de la oración, en la macsura de la aljama». Fui a la mezquita y recé la zalá del viernes con Qayrān, el chambelán, tras lo cual entré en la macsura, encontrando al sultán rodeado de estudiosos y en compañía del cadí Amīr Sayyid. Le saludé, me estrechó la mano y me hizo sentar a su izquierda, preguntando por el sultán Muḥammad y por mis viajes, a todo lo cual le di cumplida respuesta. Volvió luego a reanudar la discusión sobre jurisprudencia islámica [*fiqh*] que, desde el punto

de vista de la escuela *šāfi‘i*, venía manteniendo y la prosiguió hasta el rezo de la tarde. Una vez cumplido éste, entró en un cuarto de la mezquita y se quitó las ropas de alfaquí que llevaba puestas, con las que va a pie todos los viernes a la mezquita, y se puso las vestiduras reales, es decir, unas túnicas de seda y algodón.

De cómo vuelve el sultán de la mezquita a su casa y de las disposiciones que se siguen en la ceremonia de salutación

Cuando sale de la mezquita, hay caballos y elefantes esperando a la puerta. La costumbre que observan es que si el sultán monta en elefante, los demás montan a caballo, y viceversa, colocándose siempre los hombres de ciencia a su derecha. Ese día, al-Malik az-Zāhir montó en elefante, de modo que los demás montamos a caballo y le acompañamos hasta la sala de audiencia, descabalgando en el sitio de costumbre. El sultán, sin embargo, entró a lomos del elefante en la sala, donde le estaban ya esperando alineados los visires, emires, secretarios, grandes del reino y jefes de la tropa. En la primera fila estaban los cuatro visires y los secretarios, que le saludaron y se retiraron a su sitio, donde permanecieron de pie. A continuación, saludaron los emires, que también se volvieron a su puesto, como fueron haciendo las demás taifas, por el siguiente orden: la fila de los jerifes y alfaquíes, la de los contertulios del sultán, alfaquines y poetas, la de los jefes de la tropa y, por último, la de los esclavos y mamelucos. A todo esto, el sultán seguía montado en su elefante, frente al pabellón del consejo. Una sombrilla adornada con pedrería le protegía la cabeza y tenía cincuenta elefantes engalanados a su derecha y otros tantos a su izquierda. Estaba escoltado, además, por los alfaraces de su guardia, un centenar a cada lado, mientras los chambelanes de su privanza se mantenían de pie ante él. Llegaron los músicos, que se pusieron a cantar allí delante, y trajeron luego unos caballos con jaeces y ronzaes de seda brocada y ajorcas de oro en las patas, los cuales ejecutaron una danza que me dejó asombrado, a pesar de haberlo visto ya en la corte del rey de la india. A la puesta del sol, el sultán se metió en su casa y los demás se fueron a las suyas.

Relato de la sublevación de su sobrino y del motivo que tuvo para ello

El sultán tenía un sobrino que estaba casado con su hija, al que había nombrado valí de una comarca de la isla. Este joven se había enamorado de la hija de un emir y quería casarse con ella.

Mas, por otra parte, la costumbre aquí es que cuando un hombre, ya sea príncipe, plebeyo o cualquier otra cosa, tiene una hija que ha llegado a la pubertad, a la edad de

casarse, ha de consultar con el sultán antes de prometerla en matrimonio. El sultán manda entonces a una mujer que examine a la muchacha, y si le gusta la descripción que le hacen, se desposa con ella; si no, deja a sus parientes que la casen con quien quieran. Naturalmente, la gente está deseando que el sultán se case con sus hijas, por la nobleza y honor que adquieren con ello.

Cuando el mentado emir, de cuya hija estaba enamorado el sobrino del sultán, hízole a este último la consulta matrimonial correspondiente, al-Malik az-Zāhir mandó a una persona para que viera a la muchacha y se casó con ella. La pasión del joven se acrecentó aún más, pues no encontraba modo de conseguir a la moza. Poco después, el sultán salió de algara contra unos infieles que habitaban a un mes de distancia, ocasión que aprovechó el sobrino para sublevarse y entrar en Sumatra, que por aquel entonces no estaba amurallada. Hízose con el poder y algunos le acataron como soberano, aunque otros se negaron a ello. Enterado su tío del suceso, volvióse para Sumatra, pero el sobrino cogió todas las riquezas y tesoros que pudo y, llevándose a la joven que amaba, se dirigió al país de los infieles, es decir, a la isla de Java [Mul Ŷāwa]. Fue entonces cuando el sultán decidió construir la empalizada que rodea Sumatra.

Estuve quince días en Sumatra, con el sultán al-Malik az-Zāhir y habiendo llegado el momento oportuno para navegar, le pedí permiso para hacerlo, pues no se puede viajar a China en cualquier época. Nos equipó entonces un junco, suministró provisiones, nos trató muy bien y hasta mandó al barco a un compañero suyo con un banquete de huésped. ¡Que Dios se lo pague!

Navegamos a lo largo de su país durante veintiuna noches, llegando luego a la isla de Java, que tiene una extensión de dos meses de marcha y es país de infieles. En esta comarca se dan las especias aromáticas y los magníficos agálocos del tipo *qāqulī* y *qamārī*, llamados así por encontrarse en Qāqula y Qamāra, dos pueblos del sultanato de Java. En el país del sultán az-Zāhir, en Sumatra, no hay más que benjuí, alcanfor, algo de clavo y unos pocos áloes indios^[380], cosas que, sin embargo, se hallan en gran abundancia en la isla de Java. Vamos a mencionarlas todas, pues las hemos visto y examinado con nuestros propios ojos, comprobando sus propiedades.

Acerca del benjuí

El árbol del benjuí es pequeño, de la altura de un hombre, o menos. Sus ramas se asemejan a las de la alcachofa con hojas reducidas y finas: cuando caen, el árbol queda desnudo. El benjuí es una especie de goma que se halla en las ramas. Es más abundante en las comarcas musulmanas que en las paganas.

Acerca del alcanfor

El alcanfor se extrae de plantas a modo de cañas como las de nuestros países, pero con el canuto más largo y grueso, en cuyo interior está el producto. Al chascar la caña se encuentra un tubo semejante de alcanfor. El secreto portentoso consiste en que, de no sacrificarse un animal junto a su tallo, el alcanfor no se forma. Al de mejor calidad denominan *ḥardāla*, es el más frío y puede matar a una persona en la cantidad de un *dirham* al helar la respiración: es el alcanfor en cuyas proximidades se ha degollado a un ser humano. Se puede sustituir a las personas por elefantes pequeños.

El áloe indio

El árbol del áloe se asemeja a la encina, pero con una corteza delgada. Su follaje es también parecido a la encina y no da fruto alguno. El tronco no medra en demasía, las raíces son largas y abiertas, fragantes y aromáticas; sin embargo, las ramas y hojarasca no huelen. En las comarcas musulmanas todos los árboles de áloe tienen dueño, pero en tierra de paganos no suelen pertenecer a nadie, a no ser los existentes en Qāqula [Kakula, Java] que dan la mejor madera de esta clase. Y del mismo modo el *qamārī*, también excelente y que venden a los habitantes de Sumatra. Existe una variedad de este *qamārī* que se puede labrar como si fuese cera. Respecto al de la clase denominada *‘aṭās*, se le corta la raíz enterrándola durante meses en el suelo y guarda todo su aroma: es uno de los mejores.

El clavo

Los claveros son árboles centenarios, enormes. Más frecuentes en tierra de infieles que en la del Islam. No se consideran propiedad particular por su gran número. De ellos importamos la madera y lo que en nuestras regiones se llama *flor de clavo* no son, sino las flores que caen y que se asemejan a las del naranjo. El fruto del clavero es la nuez moscada —la que conocemos por *nuez fragante* entre nosotros— y la flor que se forma es la macia: todo esto atestiguo porque lo vi yo mismo^[381].

Arribamos al puerto de Qāqula y allí encontramos unos cuantos juncos aprestados para piratear y combatir a los enemigos de los habitantes, pues éstos cobran un canon por cada junco.

Descendimos del barco y penetramos en la hermosa ciudad de Qāqula, que dispone de una muralla de piedra labrada, tan ancha que tres elefantes podrían caminar de frente por el adarve. Lo primero que observé, fuera de la ciudad, fueron los elefantes cargando madera de áloe indio, pues la queman en sus casas por el

mismo precio que nosotros pagamos por la leña, o aún más barata. Eso si se la venden entre ellos, porque los comerciantes extranjeros han de mercar la carga de áloe por un traje de algodón, que allá es más valioso que la seda.

En este lugar los elefantes son numerosísimos y tanto montan en ellos como los usan para carga. Los habitantes atan sus elefantes a la puerta de las casas y lo mismo hacen los mercaderes en sus tiendas, además de montarlos y cargarlos. De igual modo sucede entre los pueblos de China y Jiṭā [Catay, China norte].

Mención del sultán de Java

Es un pagano. Le vi, fuera de su alcázar, sentado cerca de un quiosco y sin alfombra ninguna que le separase de la tierra. Con él estaban los magnates del reino, mientras las tropas hacían alarde ante él. Todos de infantería, pues allá no existen más caballos que los del sultán, pero montan y pelean sobre elefantes. Sabedor de mi llegada me llamó y al presentarme dije: «Sea la paz sobre quien sigue el camino de la verdadera religión». Y no entendieron más que la palabra «paz». El sultán me acogió favorablemente y ordenó que se me extendiera una tela en el suelo para sentarme. Por mi parte pregunté al truchimán: « ¿Cómo me voy a sentar sobre un tejido cuando el sultán está en tierra?» Este me respondió: «Es su costumbre sentarse en el suelo por modestia. Además, tú eres un huésped y vienes de junto un gran rey, así pues, es preciso honrarte». Una vez sentado, me inquirió por el sultán de la India con gran concisión en las preguntas, luego me dijo: «Quedarás con nosotros tres días en calidad de huésped, luego marcharás».

De algo portentoso que presencié en su consejo

Durante la audiencia de este sultán vi a un hombre que tenía en la mano un cuchillo parecido a una hoz y que se puso al cuello mientras hablaba largamente sin que yo entendiera nada. Luego agarró la cuchilla con ambas manos y se cercenó la garganta. La cabeza dio en el suelo por lo filoso de la daga y por la violencia del tajo. Quedé pasmado de tal enormidad y el sultán me dijo: « ¿En tu país hay quien haga algo semejante?». Yo respondí: «Nunca vi tal». Él rió agregando: «Estos son nuestros siervos: se matan por amor a Nos». Luego dispuso que levantaran al muerto y fue incinerado. A la cremación asistieron visires, grandes del reino, guerreros y vasallos. El monarca destinó regalos cuantiosos a los hijos del muerto, familia y hermanos, que fueron agasajados por su acción.

Alguien que estaba presente en esta reunión me contó que las palabras pronunciadas por el suicida eran el testimonio de su adhesión al sultán. Decía matarse

por amor al rey, como su padre lo hiciera por devoción al padre del soberano y como su abuelo cumpliera otro tanto.

Tras apartarme de la asamblea el sultán me envió la adiafa para tres días.

Seguimos viaje por mar y al cabo de treinta y cuatro días llegamos al mar Calmo o Pacífico [posiblemente, el Mar de la China] cuyo color es bermejo y aseguran que ello es debido a los barros de aluvión de un país próximo. En él no corre viento alguno, ni hay olas, ni movimiento pese a su anchurosidad. Por ello, cada junco chino va acompañado de tres navíos, que, remando, lo arrastran. Y eso aparte de que en cada junco hay obra de veinte remos enormes, como mástiles, que necesitan de unos treinta hombres. Estos se disponen de pie en dos hileras, unos enfrente de otros. Y como el remo cuenta con dos gruesas maromas, parecidas a mazos, una de las dos filas hala el cable para luego largarlo, que es cuando tira el otro grupo de remeros. Acompañan la faena cánticos entonados con buena voz: lo que más suelen decir es *la'lā. la'lā*.

La travesía por estas aguas duró treinta y siete días, de lo que se maravillaron los marinos, por tal facilidad, porque a veces pasan de cuarenta a cincuenta días y lo tienen por bueno.

Llegamos al país de Tawālīsī [¿Tonkín?], nombre de su rey. Tierras vastas cuyo señor es comparable al de la China. Tiene numerosos juncos con los que combate a los chinos hasta que le piden la paz mediante rescates. Las gentes de esta tierra adoran ídolos, tienen buen porte y aspecto muy parecido al de los turcos. Entre ellos hay predominio de piel cobriza y son bravos y esforzados. Sus mujeres montan a caballo y son buenas arqueras, combatiendo por igual que los hombres. Fondeamos en uno de sus puertos, la ciudad de Kaylūkārī^[382], una de las más hermosas y grandes. En ella había residido el hijo del rey, pero cuando anclamos en el puerto vinieron soldados y el capitán bajó a entrevistarse con ellos llevando un presente para el príncipe, por quien les interrogó. Estos informaron que su padre le encargara del gobierno de otra ciudad y había designado a su hija Urduŷā para regentar ésta.

Sobre la princesa

Al día siguiente de nuestra arribada al puerto de Kaylūkārī, la princesa convocó al capitán [*nājūda*] patrón del buque; al *karānī*, es decir, el escribiente; a los mercaderes y arráez; al *tandīl*, comandante de la infantería; y al *sipāh sālār* o almocadén de arqueros. El motivo era el banquete de hospitalidad que ofrecía la princesa según su costumbre. El capitán me pidió que asistiera con ellos, pero me negué porque se trataba de infieles y su comida no es lícita. Una vez fueron introducidos, la princesa preguntó: «¿Queda alguien que no esté aquí?». El patrón replicó: «Sólo falta un hombre, el *bajšī* —el cadí en su lengua— que no come de vuestros alimentos». La princesa repuso: «Llamadle». Así vinieron sus guardias junto

con los compañeros del arráez que me dijeron: «Obedece a la princesa».

Me presenté ante ella, en su gran salón de sesiones. Mujeres que la rodeaban sostenían registros que le ofrecían. Otras, en su turno, entradas en años, eran sus consejeras: permanecían sentadas bajo el trono, en siales de madera de sándalo. Por delante se encontraban los hombres. La sala de audiencia estaba tapizada de seda, con cortinajes igualmente de seda y maderamen de sándalo, taraceado con placas de oro. Había en la estancia escaños de madera labrada soportando vasijas de oro sin cuento, grandes y chicas, como tinajas o como cantarillos o botijas. El capitán me explicó que contenían una bebida hecha de azúcar mesturado con sustancias aromáticas, que ingieren después de la comida: es fragante, de sabor dulce, alegre, da buen aliento, ayuda la digestión y anima el deseo sexual.

Después de saludar a la princesa, ésta me contestó en turco: *Jūšmīsan yajšīmīsan*, lo que significa: « ¿Cómo estás, cómo te hallas?». Me hizo sentar cerca suyo. Esta mujer sabía bien escribir el árabe y dirigiéndose a un sirviente pidió «*Dawāt wa-batak gatūr*», que quiere decir: «Trae tintero y papel». Cuando le trajeron el recado de escribir, trazó «En el nombre de Dios, el misericordioso, el apiadable» y me preguntó: «¿Qué es esto?» Repuse «*tangrī nām*», es decir, «El nombre de Dios». Ella dijo: «*Jūš*» o sea, «está bien». Me interrogó sobre el país de mi procedencia y le conté que venía de la India, a lo que contestó: « ¿El país de la pimienta?» Al yo asentir siguió interesándose por ese país y yo atendí a sus preguntas. A todo ello comentó: «No tengo más remedio que invadir la India y apoderarme de ella, de tanto como me gustan sus muchas riquezas y soldados». Yo contesté: «Hazlo». A continuación me obsequió ropas, dos cargas de elefante de arroz, dos búfalos, diez corderos, cuatro arrelles de julepe y cuatro *marṭatbān* o grandes búcaros repletos de jengibre, pimienta, limón y mango. Todo ello salado y dispuesto para los viajes por mar.

El patrón del barco me refirió que esta princesa contaba mujeres entre sus tropas, libres, siervas y prisioneras, que combaten como los varones. Ella sale a la cabeza del ejército —tanto hombres como mujeres—, hace algaras contra el enemigo, contempla las batallas y justa con los campeones. También me contó que en cierta ocasión se libró un fiero encuentro entre ella y un determinado adversario, siendo muertos muchos de sus guerreros y estando a punto de desbandársele la gente. Entonces, ella se arrojó al ataque, hendió los escuadrones hasta alcanzar al rey su enemigo al que degolló de una cuchillada, lo cual fue su fin: murió y sus hombres se dieron a la fuga. La princesa clavó la cabeza del muerto en una pica y regresó, teniendo los deudos que entregar grandes rescates por ella.

Al volver a su padre, éste le encomendó el gobierno de la ciudad de Kaylūlcārī, antes regida por su hermano. También me refirió el mismo marino que príncipes la pedían en matrimonio y ella respondía: «No casaré, sino con quien justando conmigo me venza». Con lo que se guardaban de enfrentársele por temor a la vergüenza que significaría ser derrotados por ella.

CHINA

Llegada a China

Seguimos viaje desde el país de Ṭawālīsī y tras diecisiete días, con viento favorable, a toda vela y en buena travesía, llegamos a China.

La China es un territorio inmenso, con toda clase de productos, frutos, cereales, oro y plata. Ninguna otra tierra se le puede comparar. La cruza el río llamado *Ābi-ḥayāt*, es decir, «el agua de la vida». También se conoce por Sarū [Amarillo], como el río que hay en la India. Sus fuentes se hallan en los montes cercanos a la ciudad de Jān Bāliq [Pekín] y a los cuales denominan Kūhi Būzna, lo que significa «la Montaña de los monos». Luego fluye por medio de China un tiempo equivalente a seis meses de marcha hasta terminar en Ṣīn aṣ-Ṣīn [*La China de China*, Cantón]. Todo a lo largo de sus orillas hay pueblos, sembrados, huertos y mercados al modo del Nilo de Egipto, pero esto es más poblado y con numerosas añoras en las riberas. En China hay abundante azúcar, como la de Egipto, e incluso mejor; y uvas, y peras. Yo creía que la pera *‘uṭmānī* de Damasco no tenía parejo hasta ver la que hay en China. También se dan magníficos melones, parecidos a los de Juwārizm e Iṣfahān. Es decir, cuantas frutas hay en nuestros países se encuentran en China y aún mejores. Igualmente abunda en trigo y jamás vi otro de mejor calidad. Y del mismo modo con las lentejas y garbanzos.

La cerámica china

La porcelana china sólo se fabrica en las ciudades de Zaytūn [Tseu-Thung] y Ṣīn Kalān [Cantón]. Se hace con greda de unos montes allí existentes que llega a prenderse como si de carbón se tratara. Ya hablaremos de esto. Se le agrega una piedra que allí se da y le meten candela durante tres días, después vierten agua encima y todo queda hecho polvo que se hace fermentar. La mejor es aquella fermentada un mes entero, pero no más. La de diez días es de menos calidad. Allá la porcelana se vende al precio que la cerámica entre nosotros, o aún más barata. Se transporta a la India y a los restantes países hasta llegar a nuestra tierra del Magreb. Es la más hermosa cerámica.

Las gallinas de China

Las gallinas y gallos de China son grandísimos, mayores que nuestros gansos. Y

los huevos también aventajan a los de nuestras ocas. Por contra, allí el ganso es pequeño. Compramos una gallina y quisimos cocinarla, pero su carne no cabía en una sola olla por lo que hubimos de ponerla en dos. El gallo alcanza el tamaño del avestruz y si se le caen las plumas queda como una masa bermeja. La primera vez que vi un gallo chino fue en la ciudad de Kawlam y pensé que era un avestruz, de lo que tuve gran sorpresa. Su dueño me dijo: «En el país de China los hay mayores». Con mi llegada a esa tierra pude comprobar la veracidad de sus palabras.

Sobre algunas condiciones de los chinos

Los chinos son paganos, adoran ídolos y queman sus muertos al modo de los hindúes. El rey de China es un tártaro descendiente de Tankīz Jān [Gengis Kan]. En todas las ciudades chinas hay una morería destinada a los musulmanes para que en ella vivan separados, con mezquitas en las que celebrar los viernes, etc., siendo los creyentes muy honrados y respetados. Los chinos infieles comen las carnes de cerdos y perros vendiéndolas en sus mercados. Son gentes acomodadas y de buena vida, pero no se esmeran en la comida ni el vestido. Así, puedes ver a un gran comerciante, cuyas riquezas son incontables, con una aljuba basta de algodón. Sin embargo, los chinos se interesan por los jarrones de oro y plata. Todos llevan una cachaba ferrada para apoyarse al andar y le llaman el tercer pie. La seda allí es muy abundante porque los gusanos son muy dados a las frutas y de ellas comen sin precisar muchas atenciones. Por eso hay tanta seda que hasta la visten los pobres y desgraciados. De no ser por los mercaderes no se le daría ningún valor. Un ropaje de algodón se trueca por muchos de seda. Es costumbre que todo comerciante funda en lingotes el oro y plata que tenga. Cada uno de un quintal, más o menos. Después los ponen sobre el dintel de la puerta de su casa y quien posee cinco lingotes se pone en el dedo un anillo; el que tiene diez, dos, y quien dispone de quince es llamado *satī*, lo que viene a significar lo mismo que en Egipto *Kārimi*^[383]. Al lingote denominan *barkāla*.

El papel moneda para comprar y vender

Entre los chinos no hay curso de monedas de oro y plata. Todas las que llegan al país se funden en lingotes, como decíamos. Compran y venden con trozos de papel, grandes como una mano y marcados con el sello del rey. Veinticinco de estos billetes reciben el nombre de *bālišť*, lo que quiere decir «dinar» entre nosotros. Si estas piezas de papel se estropean en poder de alguien, las lleva a una casa de la moneda como nuestra ceca y recibe otras nuevas a cambio de las usadas, sin pagar nada porque los funcionarios encargados tienen asignaciones por cuenta del sultán. El regidor de esta

casa de la moneda es uno de los principales dignatarios. Si alguien va al mercado con monedas de oro o plata pretendiendo comprar algo, no se las cogen ni le hacen el menor caso hasta que las cambia por *bālišt* y así compra cuanto quiere.

Mención del polvo al que prenden fuego tal si fuera carbón

Todas las gentes de China y Jiṭā [Catay] tienen por carbón una tierra prieta y coloreada como nuestra arcilla. Los elefantes la cargan y se trocea en fragmentos del tamaño del carbón entre nosotros, luego lo queman y prende como carbón y es más calorífero que la llama de éste. Cuando se convierte en cenizas lo amasan con agua, lo dejan secar y cocinan con él otra vez. Y así siguen haciendo hasta consumirlo del todo. De esta greda fabrican porcelana añadiéndole otra piedra, como ya indicamos.

Predisposición por las artes

Los chinos son los mejor dotados y los más hábiles de todas las naciones para las artes. Esto es algo bien sabido, tal como lo han detallado muchos autores en sus obras, pormenorizando la idea. En cuanto a pintura nadie se les parangona en perfección, ni cristianos ni otros cualesquiera, porque poseen una capacidad inmensa. Asombran las cosas que allí he visto en este campo, por ejemplo: no entré, en ninguna de sus ciudades sin que a la vuelta encontrara mi retrato y los de mis compañeros grabados en las paredes y en papeles expuestos por los mercados. En cierta ocasión entré a la capital del sultán pasando por el zoco de los grabadores, llegué al alcázar real, junto con mis compañeros, vestidos a la usanza del Iraq. Cuando retorné de palacio, al atardecer, volví a cruzar el mencionado zoco y vi mi imagen y las de mis amigos pintadas sobre papel y fijadas a los muros. Cada uno de nosotros se puso a escudriñar el retrato del que tenía al lado y comprobamos que no había fallo alguno en el parecido. Se me dijo que el soberano lo había dispuesto así: vinieron al palacio, mientras estábamos allí y estuvieron mirándonos y dibujando nuestros rostros sin que nos apercibiéramos. Esta es la costumbre: pintar a todos los que pasan por allá. Incluso el asunto va más lejos: si un extranjero comete una acción que le fuerza a emprender la fuga, envían su retrato a las provincias y gracias a él lo buscan. Y donde quiera se tope alguien parecido a la imagen, se le prende.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Esto se parece a lo que narraran los historiadores respecto a la aventura de Sābūr^[384] Dū l-Aktāf, rey de los persas, cuando entró disfrazado en el país de los bizantinos y asistió a un banquete que ofrecía su rey. Y ocurrió que el retrato de Sābūr se hallaba en algún jarrón. Uno de los sirvientes del emperador lo miró, percatándose que tal era la cara de Sābūr. Entonces dijo a su rey: “Este retrato

me indica que Cosroes [es decir, el rey persa] se halla entre nosotros en este aposento”. El asunto fue así y aconteció a Sābūr lo que los libros refieren».

De la usanza de registrar cuanto en los navíos hay

Es costumbre entre los chinos, cuando un junco del país trata de hacerse a la mar, que el comandante de marina y sus escribas suban al navío y tomen nota de cuántos arqueros van a bordo, cuántos sirvientes y marineros. Entonces se les deja soltar amarras. Al regresar a China vuelven a subir al buque y cotejan lo que tienen anotado con la identidad de los viajeros. Y si echan en falta a alguno de los registrados piden cuentas al patrón del junco, que debe demostrar la muerte, desertión o cualquier otro incidente de los que suelen acaecer. En caso de no poder aclararlo es apresado. Una vez cumplida esta formalidad, ordenan al patrón del barco que les reseñe minuciosamente la carga, tanto grande como chica. A continuación bajan los pasajeros y los guardas de la aduana inician la inspección de sus pertenencias y si dan con una mercancía no declarada, el junco con todo su cargamento es confiscado. Sabe el cielo que ésta es una forma de abuso que nunca vi en países infieles ni musulmanes, excepto en China. Sin embargo, en la India había algo parecido: consistía en que si se encontraba una mercancía por la cual no habían pagado tributo se imponía una multa once veces superior al impuesto correspondiente, pero el sultán levantó esta penalización cuando suprimió los portazgos.

De cómo los chinos impiden a los mercaderes dedicarse a la corrupción

Cuando llega un comerciante musulmán a una población cualquiera de China se le permite elegir alojarse en casa de algún determinado mercader musulmán allí afincado o, si no, en la fonda de mercaderes. Si prefiere albergarse con un comerciante se levanta acta de sus pertenencias y se ponen bajo el cuidado del negociante local, encargado de gastar por cuenta del otro, pero rectamente. Si el forastero desea marchar, se investigan sus caudales y caso de faltar algo el huésped ha de compensarle. Cuando prefieren residir en el funduq, se confían los bienes a su regente que corre con los gastos y compras oportunas, de los cuales rinde cuenta. Si el extranjero quiere una concubina, se le merca una esclava asignándosele una estancia cuya puerta se abra al interior del patio. Entonces, el patrón gasta por cuenta del mercader y de la concubina. Allá las esclavas son baratas. Por otra parte, todos los chinos venden a sus hijos e hijas sin que ello sea deshonra ninguna. No obstante, no se les obliga a viajar con sus compradores, como tampoco se les impide si lo quieren de grado. Y del mismo modo, cuando el mercader desea casarse, lo hace. Pero para

malgastar sus dineros de manera torcida no se le da oportunidad. Los chinos dicen: «No queremos que corra la fama por los países musulmanes de que dilapidan sus fortunas en nuestra tierra y la tengan por patria de la corrupción y liviandad».

De cómo guardan a los viajeros por los caminos

China es el país más seguro y propicio para el viajero. Cualquiera puede viajar solo por espacio de nueve meses de marcha, aún llevando muchas riquezas, sin temer nada. La disposición de esto es como sigue: en cada lugar de parada en la ruta hay una posada bajo la custodia de un oficial allí residente, que manda una guardia de jinetes e infantes. Al caer la tarde, o ya de noche, el oficial viene al mesón y con él su escriba que toma nota de todos los caminantes que pernoctan allí, sella la relación y cierra la puerta de la fonda por fuera. Al alba, regresa con el amanuense y llama por su nombre a todo el mundo, redactando un informe detallado. Luego envía con los viajeros a alguien que les acompañe hasta la siguiente etapa y vuelva con un albalá del otro oficial en que certifique haber llegado todos a él. De lo contrario, el mandadero es responsable. Así se hace en todos los puntos de parada en su país, desde Şīn aş-Şīn [Cantón] hasta Jān Bāliq [Pekín]. En estas fondas hay todas cuantas provisiones puede precisar el viajero, sobre todo, gallinas y ocas, pero el ganado lanar es raro.

Volviendo a la relación de nuestro viaje, diremos que, tras cruzar el mar, la primera población a que arribamos fue la ciudad de Zaytūn [Tseu-Thung, Thsivan-Tcheu-Fou], en la que no hay ningún aceituno^[385], ni tampoco en las tierras todas de China e India. Sin embargo, se le puso este nombre. Es una grande y magnífica ciudad, donde se fabrican telas de terciopelo y satinadas que de ella toman el nombre y que aventajan a las de Jansā [Hang-Tcheu-Fou] y Jān Bāliq [Pekín]. La rada de Zaytūn es una de las mayores del mundo o —mejor dicho— es la mayor. Allá vi obra de cien enormes juncos, aparte de incontables embarcaciones menores. Es una inmensa bahía que penetra en tierra hasta confundirse con el gran río.

En este lugar, como en toda China, cada habitante dispone de un huerto en cuya mitad tiene la casa, lo mismo que, entre nosotros, sucede en Sīyilmāsa^[386]. Por eso sus ciudades son tan extensas. Los musulmanes habitan en una ciudad separada. El día de mi llegada pude ver al emir que marchara a la India como embajador portador de regalos y que saliera en nuestra compañía pero cuyo junco se fue a pique. Me saludó y presentó al oficial de la aduana^[387] quien me dio un buen alojamiento. Me vinieron a visitar el distinguido y generoso cadí de los musulmanes Taŷ ad-Dīn al-Arduwīlī, el jeque del Islam Kamāl ad-Dīn ‘Abdallāh, de Işfahān, hombre piadoso. También acudieron los principales mercaderes, entre ellos Šaraf ad-Dīn at-Tabrīzī, uno de los negociantes con que me endeudé a mi llegada a la India y el mejor de todos en comportamiento, sabe el *Corán* de memoria y lo recita con frecuencia. Estos

comerciantes, al residir en tierra de infieles, cuando les llega un musulmán se regocijan enormemente y dicen: «Ha venido de tierras del Islam». Le entregan la limosna legal, con lo que se vuelve rico, como si fuera uno de ellos. Entre las personalidades allí residentes se contaba Burhān ad-Dīn al-Kāzarūnī que tenía una zagüía extramuros y a él pagaban los mercaderes las ofrendas que hacían al jeque Abu- Ishāq al-Kāzarūnī.

Cuando el oficial de aduana supo cuantos detalles se referían a mí, escribió al qān^[388], que es su emperador, notificándole mi llegada de parte del rey de la India. Pedí a este funcionario que enviase a alguien conmigo para llevarme al país de Şīn as-Şīn [Cantón] al que llaman Şīn-Kalān, con el objeto de conocerlo, pues está bajo su gobierno y en tanto volvía la respuesta del qān. Accedió a mi petición y me adjudicó a uno de sus adláteres para conducirme. En el río embarqué en un navío semejante a nuestras galeras de guerra, únicamente con la diferencia de que en ésta los remeros bogan de pie, todos a un tiempo y en el medio de la nave, mientras el pasaje va a proa y popa. Para cubrir el barco del sol extienden lienzos hechos de una planta del país parecida al lino pero que no lo es: es más fino que el cáñamo. Viajamos por este río veintisiete días, fondeando a diario hacia el mediodía en algún pueblo para comprar lo que necesitásemos y rezar la oración del *zuhr*. Por la tarde hacíamos otro tanto y así hasta llegar a la ciudad de Şīn Kalān, que es Şīn as-Şīn, siendo en ella y en Zaytūn donde se fabrica la porcelana. Aquí vierte el río Ābi-ḥayāt en el mar y así le denominan «reunión de los dos mares». Es una de las ciudades más grandes y de las mejores en cuanto a zocos, entre los que destaca el de la porcelana que desde aquí se traslada al resto del país, a la India y el Yemen.

En el centro de la ciudad hay un magnífico templo con nueve puertas, cada una de las cuales conduce a un zaguán y bancadas donde se sientan quienes residen en el templo. Entre la segunda y tercera puerta hay un espacio con celdillas en las que habitan ciegos y mutilados a cuya disposición hay fondos para mantenerlos y vestirlos a cargo de las fundaciones piadosas. Y del mismo modo entre las otras puertas: en el interior hay un hospital para los enfermos, una cocina donde se preparan las comidas y médicos y fámulos para el servicio. Me contaron que los ancianos incapacitados para ganar el sustento tienen un estipendio y vestidos en este templo. Y así los huérfanos y las viudas indigentes. Esta institución fue fundada por un rey chino, dotándola con la ciudad, las aldeas de su alfoz y sus huertos. El retrato de este monarca se halla pintado en el mencionado templo y los habitantes lo adoran.

En cierto lado de la ciudad está la morería de los musulmanes en la que tienen su mezquita aljama, la zagüía y el zoco. Cuentan también con un cadí y un jeque religioso. En todas las ciudades y pueblos de China no puede faltar un jeque musulmán que entienda en cuanto se refiere al Islam y un juez que dirima las diferencias. Me alojé en casa de Awḥad ad-Dīn aṣ-Şinyārī, hombre distinguido en sumo grado y riquísimo. Con él permanecí dos semanas, durante las cuales se sucedieron los obsequios para mí de parte del cadí y de los restantes musulmanes.

Todos los días disponían una nueva invitación a la que acudían en hermosas barcas, con cantores.

Allende esta ciudad no hay ninguna otra, ni de musulmanes ni de infieles. La separan de la gran muralla de Gog y Magog sesenta jornadas de marcha^[389] según se me dijo, por tierras que habitan nómadas paganos comedores de seres humanos, si los vencen. Por eso su país no es transitado ni visitado. No conocí en la antedicha ciudad a nadie que viera la Gran Muralla ni a ninguno que hubiera conocido a quien la viese.

Incidente asombroso

Durante mi estancia en Şīn Kalān oí que había por allí un anciano viejísimo que rebasara los doscientos años, sin comer ni beber, ni entregarse a los placeres ni conocer mujer, pese a conservar completo su vigor. Habitaba en una gruta, fuera de la ciudad, donde se dedicaba a sus devociones. Allí acudí y pude contemplarle a la entrada. Era delgado, de un color rojizo intenso, mostraba huellas de mortificación y no tenía barba. Le saludé y tomó mi mano, oliéndola. Luego dijo al truchimán: «Este es de un extremo del mundo, como nosotros somos del otro». Después se dirigió a mí: «Eres testigo de un portentoso: ¿recuerdas el día de tu llegada a la isla en que había un templo y el hombre allí sentado entre los ídolos que te entregó diez dinares de oro?». Respondí: «Sí»; Entonces agregó: «Aquél soy yo». A lo que besé su mano. El anciano meditó un cierto lapso de tiempo, luego entró en la cueva y ya no salió con nosotros. Parecía como si se arrepintiera de sus palabras. Nos armamos de valor y penetramos en la caverna para verle, pero no lo encontramos. Sin embargo dimos con uno de sus compañeros que tenía una cierta cantidad de billetes [*bawāliš*] de papel moneda y que dijo: «Esta es vuestra adiafa, marchad pues». Repusimos: «Esperaremos al hombre». Entonces contestó: «Aunque posárais aquí diez años no lo veríais, porque acostumbra a no dejarse ver por aquel que tuvo acceso a alguno de sus secretos y no creas que él no está contigo, por el contrario, está presente». Me dejó maravillado todo aquello. Luego marché y comuniqué el asunto al jeque musulmán, al cadí y a Awḥad ad-Dīn aṣ-Şinḡārī, que comentaron: «Así obra con los forasteros que le visitan. Nadie sabe cuál es su religión y ese a quien creísteis uno de sus discípulos era él mismo». También me explicaron que desapareciera de la región por espacio de cincuenta años, retornando a ella hacía uno; que sultanes, emires y personajes acuden a visitarle y él les obsequia según su categoría; que a diario van a él los pobres y regala a cada uno según sus merecimientos, pese a que en la cueva no hay nada de nada; que habla de los años pasados, mencionando al Profeta del que dice: «De haber estado con él, le habría auxiliado». Y menciona a los dos califas ‘Umar b. al-Jaṭṭāb y ‘Alī b. Abū Ṭālib con las más respetuosas palabras. Por contra, maldice a Yazīd b. Mu‘āwiya y aun al mismo Mu‘āwiya. Me refirieron muchas historias acerca de él. Awḥad ad-Dīn aṣ-Şinḡārī me contó lo siguiente: «Entré en la

cueva para verle y me tomó de la mano y se me figuró que estaba en un inmenso alcázar en el que el viejo se sentaba sobre un trono, con una corona sobre la cabeza, flanqueado por hermosas siervas, mientras frutas caían unas tras otras en cauces de agua que allí había. Imaginé que recogía una manzana para comerla, pero he aquí que me encontraba en la caverna, ante él, que se reía de mí. Un grave mal me atacó y dañó durante meses. Nunca más he vuelto a él».

Los habitantes de la región creen que este hombre es musulmán pero nadie le ha visto rezar. En cuanto al ayuno, está de continuo ayunando. El cadí me contó sobre esto: «Cierta día estaba yo hablándole de la oración y me replicó: “¿Acaso sabes lo que hago? Mi oración no es como la tuya”».

Todas las referencias que de él hay son extrañas.

Al día siguiente del encuentro con el anciano salí de viaje, regresando a la ciudad de Zaytūn y poco más tarde vino el mandato del *qān* para que me presentase en su capital, invitado y honrado, tanto si quería viajar por el río como por tierra. Elegí la vía fluvial y me dispusieron un bonito barco, de los aprestados para el servicio de los oficiales. El gobernador envió con nosotros a sus adláteres y tanto él como el cadí y los mercaderes musulmanes me mandaron provisiones abundantes. Viajamos acogidos a la hospitalidad del rey: almorzando en un pueblo y cenando en otro. Así arribamos a Qaḡānfū [¿Fu-Tcheu?] que es grande y hermosa. Se halla en una vasta llanura, rodeada de huertos, de manera que diríase ser la vega [Gūṭa] de Damasco.

A nuestra llegada salieron a recibirnos el cadí, el jeque del Islam y los comerciantes, llevando banderas, atabales, albogues y añafiles, así como músicos. Nos trajeron caballos, en los cuales cabalgamos. Ellos caminaban delante de nosotros, a pie, excepto el cadí y el jeque que también iban montados. El gobernador de la ciudad y su séquito salieron a recibirnos porque entre ellos los huéspedes del emperador son muy considerados.

Entramos en la ciudad, que cuenta con cuatro murallas: entre la primera y segunda habitan los siervos del rey encargados de guardar la ciudad por el día o por la noche, a estos últimos llaman *paṣwānān*. Entre el segundo y tercer recintos residen las tropas montadas y el virrey gobernador de la plaza. Intramuros de la tercera cerca habitan los musulmanes y fue allí donde nos alojamos en casa del jeque Zāhir ad-Dīn al-Qurlānī. Los chinos ocupan el interior del cuarto muro, que es la parte mayor de las cuatro ciudades. Unas puertas están separadas de otras por distancias como de tres y cuatro millas, porque cada persona dispone —como ya indicábamos— de su propio huerto, casa y tierra.

Incidente

Cierta día en que estaba yo en la residencia de Zāhir ad-Dīn al-Qurlānī he aquí que arribó un gran barco de cierto alfaquí muy apreciado allá. Se me pidió permiso

para presentármelo y anunciaron: «Nuestro señor Qiwām ad-Dīn aṣ-Ṣabtī [*el Ceutí*]». Tal nombre me sorprendió y cuando compareció y empezamos a hablar tras los saludos creí conocerle. Lo escudriñé tan detenidamente que me dijo: «Me observas como si me conocieras». Respondí: « ¿De qué país eres?» y él: «De Ceuta». Yo agregué: «Y yo de Tánger». Entonces volvió a saludarme y soltó el llanto hasta hacer que yo también llorase. Le inquirí: « ¿Estuviste en la India?» Y contestó: «Sí, entré en Delhi, la capital». Y al decirme eso le recordé y seguí: « ¿No eres tú al-Buṣrī?» Y replicó: «Sí». Había llegado a Delhi con su tío materno Abū l-Qāsim al-Mursī [*el Murciano*], siendo a la sazón joven, sin bozo alguno en sus mejillas, pero estudiante aplicado que se sabía de memoria la obra al-Muwaṭṭa‘ [*«Apropiado»*, libro sobre tradiciones del imán Mālik]. Yo había informado al sultán de la India de estas circunstancias y el rey le regaló tres mil dinares y le pidió que allí quedara con él, pero se negó porque pretendía llegar a China, donde se hizo famoso y medró enormemente. Me contó que tenía cincuenta jóvenes esclavos y otras tantas mozas y meregaló dos esclavas y dos muchachos, así como presentes sin cuento. Más adelante, encontré a un hermano suyo en las tierras del Sudán [act. Malí] ¡Qué distancia entre ambos!

Permanecí en Qanʿanfū quince días y luego seguí viaje. Pero la China, pese a todas sus bellezas, no me gustaba, sólo de pensar, con gran tribulación, que allí dominaban paganos. Cuando salía de mi casa presenciaba una porción de impiedades, lo que me tenía consternado y terminé por quedar en el alojamiento saliendo sólo por verdaderas necesidades. Siempre que encontraba musulmanes allá se me figuraba encontrar a mi familia y parientes. El colmo de la amabilidad de este alfaquí al-Buṣrī fue ponerse en viaje conmigo, cuando salí de Qanʿanfū durante cuatro días hasta alcanzar la pequeña ciudad de Baywam Qutlū en la que sólo habitan chinos, tanto guerreros como mercaderes, sin que haya más musulmanes que los de cuatro casas de seguidores del mentado alfaquí. En una de ellas nos alojamos, permaneciendo allí tres días. Luego me despedí del jurisconsulto y continué viaje.

Como era habitual, me desplazaba por el río, almorzando en un lugar y cenando en otro hasta llegar, en diecisiete días, a la ciudad de Jansā [Hang-Tcheu-Fu] cuyo nombre es semejante al de la poetisa al-Jansā^[390], pero ignoro si es una denominación árabe o una simple coincidencia. Esta es la mayor ciudad que mis ojos vieran sobre la faz de la tierra: su longitud equivale a tres días de marcha, caminando y deteniéndose el viajero sin salir de ella. Su disposición y construcciones son como las de toda China —según indicábamos— poseyendo cada uno sus propios huerto y casa. Está dividida en seis ciudades que mencionaremos. A nuestra llegada salió a darnos la bienvenida el juez local Afjar ad-Dīn, el jeque del Islam y los hijos de ‘Utmān b. ‘Affān, el Egipcio, que son allá los principales musulmanes. Ondeaban una bandera blanca y hacían sonar atabales, añafiles y albugues. También salió el gobernador al frente de un cortejo.

Penetramos en la población, que son seis, cada una con su muralla, pero hay una cerca que rodea a todas. En la primera ciudad habitan la guarnición y el gobernador. El cadí y otras personas me refirieron que son doce mil con categoría de soldados. La noche de nuestra llegada pernoctamos en la residencia del gobernador y al día siguiente accedimos a la segunda ciudad por una puerta dicha «De los Judíos». Aquí residen judíos, cristianos y los turcos adoradores del sol, que son muchos. El emir de esta ciudad es un chino a cuya hospitalidad nos acogimos para pasar esa noche.

Al tercer día pasamos a la subsiguiente ciudad —donde viven los musulmanes— que es bonita, con bien ordenados zocos al modo de los propios de países musulmanes. Hay mezquitas y almuédanos. Les oímos llamar a la oración cuando entrábamos, al mediodía. Allí nos hospedamos en casa de los hijos de ‘Uṭmān b. ‘Affān, el Egipcio, mercader muy principal al que gustó esta ciudad afincándose en ella, por lo que es conocida con su nombre [Al-‘Uṭmāniyya]. A sus descendientes legó la consideración y respeto de que él gozara y ellos siguen a su padre en su comportamiento para con los pobres, ayudando a los menesterosos. Tienen una zagüía, conocida por Al-‘Uṭmāniyya, bien construida y provista de legados piadosos, en la que radica una hermandad de sufíes. El mentado ‘Uṭmān erigió la mezquita aljama de la ciudad instituyendo magnificentes fundaciones tanto para la mezquita como para la zagüía. El número de musulmanes en esta población es grande. Con ellos nos quedamos por espacio de quince días. Cada día y cada noche estábamos en un nuevo banquete, sin que cesaran de agasajarnos y de salir a caballo con nosotros para pasear y solazarnos por los distintos lugares de la ciudad.

Un día me acompañaron a la entrada de la cuarta ciudad que es sede del gobierno y residencia del gran príncipe Qurṭay. Al penetrar por la puerta mis acompañantes me dejaron y el visir me acogió y condujo al palacio del gran príncipe Qurṭay, que fue quien me tomó el gabán de pieles que me diera el amigo de Dios Yalāl ad-Dīn aṣ-Šīrāzī, como ya referí. Esta cuarta ciudad está dedicada sólo a residencia de los esclavos y sirvientes del emperador. Es la mejor de las seis, surcada por tres ríos, uno de los cuales es un canal o brazo del gran río. Por allí llegan las barcas que traen a la ciudad bastimentos, víveres y la piedra para quemar. También bogan por él embarcaciones de recreo. La ciudadela, enorme, se halla en el centro de esta ciudad y allí está la residencia del gobierno, rodeada por todas partes por la fortaleza.

Hay soportales donde los artesanos fabrican valiosísimos ropajes y armas de guerra. El príncipe Qurṭay me contó que hay mil seiscientos maestros, cada uno de los cuales tiene a su cargo a tres o cuatro aprendices. Todos ellos son esclavos del *qān*, llevan grilletes en los pies y habitan extramuros de la ciudadela, permitiéndoseles acudir a los mercados de la ciudad aunque no franquear la puerta de salida. A diario se presentan ante el emir por centurias y si falta alguno se responsabiliza a su jefe.

Es costumbre que cuando uno ha servido a lo largo de diez años se le quiten los grilletes y pueda escoger entre dos opciones: o bien seguir sirviendo, pero libre; o

bien marchar a donde guste de los territorios del *qān*, sin salir de ellos. Al alcanzar los cincuenta años se les dispensa de todo trabajo y el Estado corre con sus gastos, lo mismo que sucede para con las demás gentes en llegando a esa edad, más o menos. Quien cumple los sesenta años es tratado como niño, pues está exento de responsabilidad legal. Los ancianos en China son muy honrados y se les llama *āṭā*, es decir, «padre».

Mención del gran príncipe Qurṭay

Es el mayor dignatario de China. Nos deparó hospitalidad en su residencia y dio un banquete —al que denominan *ṭuwā*— y a él asistieron los magnates de la ciudad. Trajeron cocineros musulmanes que degollaron y cocinaron los alimentos. El príncipe, pese a su grandeza, nos daba de comer con su mano y así trinchaba la carne. Disfrutamos de su hospitalidad durante tres días y envió a su hijo para que nos acompañara por el canal. Embarcamos en una nave semejante a un brulote y el hijo del príncipe en otra, llevando músicos y cantores que entonaban melodías en chino, árabe y persa. El hijo del emir gustaba mucho de la lírica persa y así cantaron un poema en esa lengua y como se lo hizo repetir muchas veces llegué a aprendérmelo de sus bocas. La melodía era maravillosa y su texto: [metro *raṣṣ*]

*Tras darnos a la tristeza
caímos en el piélago de las zozobras.
Al alzarnos para el rezo
nos fortificamos ante cualquiera.*

En el canal se juntó copia de gente, montados en barcas, con velas multicolores y parasoles de seda. Las lanchas iban muy galanamente pintadas. Los tripulantes empezaron a embestirse y dispararse naranjas y limones. Nosotros regresamos ya de anohecida a la residencia del príncipe y allí pernoctamos. Vinieron cantores y entonaron melodiosas composiciones.

Lo que sucedió con un titiritero

Aquella noche estuvo presente un juglar, esclavo del *qān*. El príncipe le dijo: «Muéstranos tus portentos». Entonces tomó una bola de madera con agujeros en los que iban largas correas, la echó al aire y se elevó hasta perderse de vista —nosotros estábamos en el centro de la ciudadela y era la época del calor más riguroso— y cuando no le quedaba en la mano más que un pequeño cabo de la correa ordenó a un

ayudante que trepara por ella. Así ascendió en los aires hasta que ya no le veíamos. Fue el momento en que le llamó por tres veces, pero el otro no respondía así pues agarró un cuchillo, como si estuviera enojado y se izó él también perdiéndose de nuestro alcance. Luego, arrojó al suelo una mano del chico; después una pierna; más tarde, la otra mano, la otra pierna, el tronco y la cabeza, y finalmente descendió silbando, con las ropas empercochadas de sangre, besó el suelo delante del príncipe y le dirigió la palabra en chino. Tras ordenarle el emir algo, el malabarista recogió los miembros del muchacho, los juntó unos a otros, propinó una patada con su pie y el chico se levantó entero. Quedé asombrado y tan afectado que sufrí una palpitación del corazón, como aquella que me diera en la corte de la India con ocasión de haber presenciado algo semejante. Me hicieron beber un remedio que sanó mi mal. El juez Afjar ad-Dīn, a mi vera, me dijo: «Por Dios, que no hubo ni subida ni bajada, ni descuartizamiento, sino que todo esto sólo es ilusión».

Al día siguiente cruzamos la puerta de la quinta ciudad, que es la mayor y en ella vive el pueblo. Sus mercados son bonitos y los artesanos diestros en sus oficios. Aquí se fabrican los vestidos *jansāwiyya*. También hacen platos llamados *dast*, hechos de caña, pegando los cachos del más maravilloso modo, untándolos con un tinte bermejo brillante. Estos platos se hacen en número de diez, el uno dentro del otro y es tal su buena factura que diríase es un solo plato. Igualmente hacen una tapadera para todos y otros mayores. También sorprende que aunque caigan de lo alto no se quiebran. En ellos se puede servir la comida caliente sin que el tinte se dañe ni se vaya. Desde allá se transportan a la India, Jurāsān y otros lugares.

Tras entrar en esta quinta ciudad pasamos una noche como huéspedes de su gobernador y al siguiente día fuimos a la sexta penetrando por la puerta llamada Kaštiwānān («de los pilotos»). En esta última habitan los marinos, pescadores, calafates, carpinteros —a los que denominan *durūdquirān*— los *šipāhiyya*, que son los arqueros y los *piyāda* o infantes. Todos ellos esclavos del emperador. Nadie más que ellos vive allí, pero son muy numerosos. Esta ciudad se halla en la ribera del gran río. También dormimos una noche en ella invitados por su alcaide. En el ínterin, el príncipe Qurṭay nos aprestó una embarcación con lo que hubiera menester de provisiones u otras cosas y nos envió sus adláteres para que se nos dispensara hospitalidad en nuestro camino. Dejamos esta ciudad, que es la última de las provincias chinas y nos internamos en el país de Jiṭā [Catay, China septentrional], el mejor labrado del mundo, no encontrándose en todo él un solo palmo de baldío, porque si lo hay se exige a sus habitantes, o a los más próximos, que pechen con el tributo sobre la tierra. Huertos, pueblos, plantaciones se suceden en buen orden por ambas orillas del río desde la ciudad de Jansā hasta Pekín, lo que equivale a sesenta y cuatro días, sin que haya musulmanes en todo el recorrido, aparte los que van de paso pero no viven allí, porque no hay lugares propicios para establecerse, ni ciudad ordenada. Son aldeas y llanuras con sembrados, frutales y caña de azúcar. Nunca vi en el mundo cosa parecida a no ser la ruta que por espacio de cuatro jornadas se

extiende entre al-Anbār y ‘Āna [Iraq]. Todas las noches desembarcábamos en los pueblos para acogernos a la hospitalidad.

Así hasta llegar a la ciudad de Jān Bāliq, también dicha Jāniqū [Cambalu, Pekín], que es la capital del *qān*, es decir, su emperador, cuyo reino comprende los países de China y Jiṭā. A la llegada fondeamos a diez millas de la ciudad —según es allí costumbre—; se escribió a los comandantes de mar notificándoles nuestra presencia y nos autorizaron a atracar en el puerto, como así lo hicimos. Luego bajamos a la ciudad. Pekín es una de las mayores urbes del mundo, pero no sigue la disposición de las ciudades de China en cuanto a huertos intramuros, sino que, como en el resto de las regiones de la Tierra, se hallan fuera. La ciudad imperial está en el medio, a modo de alcazaba, según la describiremos luego. Me alojé en casa del jeque Burhān ad-Dīn as-Ṣāgarî, aquel a quien el rey de la India envió cuarenta mil dinares invitándole a residir en su país. El jeque tomó los dineros, saldó sus deudas y se negó a ir a la India, marchando a la China donde el *qān* le puso al frente de todos los musulmanes de su país y distinguió con el título de *Ṣadr al-Īhān* [«Príncipe del mundo»].

El emperador de China y de Jiṭā conocido por *qān*

Se llama *qān* a cualquiera que ocupe el poder en estas tierras, del mismo modo que a todo rey del país de Lūr se denomina *ātābak*. El nombre del rey de China es Pāšāy y los paganos en la Tierra toda no tienen un reino mayor que el suyo.

Descripción del alcázar

Su alcázar se halla en el centro de la ciudad a él reservada. La mayor parte de las construcciones son de madera muy bien labrada, en un concierto portentoso. Tiene siete puertas, a la primera de las cuales se sienta el *kutwāl* —que es el portero mayor— y dispone de altas bancadas a derecha e izquierda, donde están los esclavos *pardedāriyya*, o guardianes de la entrada al alcázar, en número de quinientos. Me contaron que antes eran mil.

En la segunda puerta están los *ṣipāhiyya*, o arqueros, cuyo número asciende a cinco centurias. En la tercera se hallan los *nizahdāriyya*, o lanceros, en igual número que los anteriores. En la cuarta se concentran los *tigdāriyya*, que son los que portan espada y escudo. En la quinta está la sede del visir, que tiene numerosas tarimas y en la mayor de las cuales se sienta el visir sobre un cojín grandísimo y alto. A este lugar llaman *misnad* [almohadón]. Frente al ministro hay un escritorio maravilloso, de oro. Delante de él está la tarima del secretario privado y a su diestra la de los amanuenses de cartas. A la derecha del visir toman asiento los escribas del tesoro.

Por frente de estos cuatro estrados se hallan otros cuatro: el primero de los cuales se denomina «despacho de supervisión» con su encargado; el segundo se dedica al tributo dicho *mustajraʿ* [Vid. *supra*], cuyo emir es persona principalísima, pues el *mustajraʿ* es lo que recaudan los funcionarios y emires de sus feudos; el tercero es el despacho de socorros regido por un importante funcionario asesorado por juristas, tomando nota los escribanos de los abusos sufridos por cualquiera que demande auxilio; el cuarto se ocupa de la posta, presidido por el jefe de informaciones.

En la sexta puerta están los *ʿyandāriyya* [escolta real] con su comandante supremo. En la séptima se hallan los pajes, en tres tarimas, repartidas del siguiente modo: una para los pajes etíopes, la segunda para los hindúes y la tercera para los chinos. Cada uno de estos grupos está capitaneado por un chino.

De cómo el *qān* saliera a combatir a su primo y pereciera

A nuestra llegada a la capital Pekín encontramos que el *qān* se hallaba a la sazón ausente porque saliera al encuentro de su primo Fīrūz que se había alzado en armas contra él en la región de Qarāqurum y Bišbālig, en el país de Jiṭā, siendo la distancia entre la capital y esas comarcas de tres meses de marcha por tierras habitadas. Šadr al-ʿYihān Burhān ad-Dīn aṣ-Šāgarʿī me contó que el *qān*, tras juntar las tropas y hacer leva de milicianos, contaba con cien escuadrones de caballería (compuesto cada escuadrón de diez mil jinetes, se conoce a su comandante por *amīr Ṭūmān*, o de diez mil). Además, los privados y cortesanos del emperador aportaban otros cincuenta mil. La infantería ascendía a quinientos mil. Pero, ya de camino, la mayoría de los comandantes se sublevaron y convinieron destronar al *qān* porque transgrediera el *yasāq*^[391] o leyes que estableciera Gengis Kan, su antepasado, el que arruinara el darislam. Así pues, marcharon junto a su primo y escribieron al *qān*, pidiéndole la abdicación y asignándole la ciudad de Jansā como feudo. El soberano rechazó la propuesta, se les enfrentó y fue vencido y muerto.

Días después de nuestra llegada a su capital vino la noticia de tales acontecimientos. Se engalanó la ciudad y sonaron atabales, albogues y añafiles y hubo juegos y músicas durante un mes. Luego se trajo al *qān* muerto y unos cien cadáveres más de sus primos, parientes y privados. Para el soberano se excavó un gran *nāwūs* —una gran estancia subterránea—, que fue tapizado con las mejores alfombras, disponiendo allí las armas del *qān*, así como las vajillas de oro y plata que le pertenecían. También fueron introducidos seis de sus más allegados siervos y cuatro esclavas provistas de vasijas con bebidas. Luego se tapió la entrada de la habitación y se le echó tierra encima hasta semejar una gran colina.

A continuación trajeron cuatro caballos, a los que hicieron correr cerca de la tumba hasta que ya no podían más. Entonces colocaron un madero próximo al sepulcro y en él los colgaron, no sin antes haberlos empalado, de ano a boca.

Los parientes del *qān* mencionados fueron enterrados en otros hipogeos y con ellos sus armas y la vajilla de sus casas. Junto a los sepulcros de cada uno de los principales —que eran diez— crucificaron a tres caballos y en los restantes a uno.

Ese fue un día señalado al que no dejó de asistir ningún hombre ni mujer, ni fiel ni pagano. Todos vestían ropas de duelo, que son cortos mantos blancos entre los infieles y ropajes blancos entre los musulmanes.

Las mujeres del *qān* y sus privados permanecieron en tiendas cerca de la tumba durante cuarenta días y aun algunos sobrepasaron esto hasta el año. Allí se formó un zoco en que se vendía cuanto precisaban, alimentos u otras cosas. No recuerdo que ninguna otra nación siga costumbres parejas, más que ellos, en nuestra época, porque los infieles indios y los chinos incineran a sus muertos y otros pueblos los entierran sin introducir a nadie con ellos. Sin embargo, alguien digno de fe me refirió en el Sudán [occidental] que allá los infieles, cuando fallece su rey, le disponen un subterráneo y en él meten a varios de sus cortesanos y servidores y a treinta hombres y mujeres principales, tras quebrarles manos y pies. Con ellos introducen vasijas de bebida.

Me contó cierto notable de Massūfa, que habitaba en la comarca de Kūbar con los negros y muy distinguido por su sultán, que tenía un hijo y a la muerte del soberano pretendieron meterlo junto con otros niños de la región. Agregó el informante: «Les dije “¿Cómo vais a hacer tal, si el niño no es de vuestra religión ni de vuestra nación?”. Y hube de rescatarlo por medio de muchos dineros».

Al ser muerto el *qān*, como indicábamos, su primo Firūz se hizo con el poder y eligió por su capital la ciudad de Qarāqurum, por su proximidad al país de sus primos los reyes del Turquestán y Transoxiana [*Mā warā' an-nahr*]. A continuación, los emires que no participaron en la muerte del *qān* se sublevaron, cortando los caminos y acrecentándose los desórdenes.

De cómo regresé a China y la India

Al suceder la disensión y estallar las revueltas, el jeque Burhān ad-Dīn y otros más me indicaron que volviera a China antes de que los desórdenes aumentaran. Se presentaron conmigo ante el virrey del soberano Fírūz, quien envió en mi guarda a tres de sus adláteres. También me dio cartas para que se me dispensara hospitalidad por donde pasara. Así, nos pusimos en viaje, descendiendo por el río hasta Jansā y luego Qanŷanfū y Zaytūn. En llegando a esta última encontré juncos prestos para hacerse a la mar hacia la India. Entre ellos había uno perteneciente al rey Zāhir, gobernante de Sumatra [Ŷāwa], tripulado por musulmanes. El sobrecargo me reconoció y alegróse mucho con mi llegada. El viento fue favorable durante días, pero al aproximarnos al país de Ṭawālīsī, cambió, el cielo se entenebreció y llovió copiosamente. Estuvimos diez días sin ver el sol y entramos en un mar totalmente

desconocido para nosotros. Los tripulantes, atemorizados, querían volver a China, pero eso no era posible. Transcurrieron cuarenta y dos días sin saber en qué mar nos encontrábamos.

REGRESO. CUARTA PEREGRINACIÓN. MARRUECOS

Mención del ave Rujj

Al cuarentaitresavo día, tras el despuntar del alba, se nos apareció un monte en el mar, a unas veinte millas de nosotros. El viento nos conducía directamente hacia él. Los marinos, asombrados, decían: «No estamos cerca de tierra, ni se tiene noticia de monte alguno en este mar. Si el viento nos obliga a chocar contra él, somos muertos». Los viajeros se refugiaron en el arrepentimiento y las peticiones de clemencia a Dios, reiterando su contrición. Nos acogimos al Señor implorando y pusimos de intercesor a su Profeta. Los mercaderes prometían limosnas abundantes, de las cuales tomé constancia con mi propia mano.

Habiendo amainado un tanto el viento, vimos, al ascender el sol, que el tal monte se elevaba en el aire y se hacía la luz entre él y el mar. Quedamos maravillados de todo esto. Vi llorar a los marineros despidiéndose unos de otros. Les pregunté qué les ocurría y me contestaron: «Aquel que creíamos monte es el Rujj y si nos ve nos matará». En ese instante, la distancia entre él y nosotros era menor a las diez millas. Pero Dios el Altísimo nos concedió un viento favorable que nos apartó de su rumbo y ya no le vimos ni supimos su verdadero aspecto.

Dos meses después de aquel día, arribamos a Sumatra y bajamos a esa ciudad. Encontramos a su sultán, el rey Zāhir, que regresaba de una de sus algazúas, trayendo numerosos prisioneros. Me envió dos esclavas y dos muchachos y me alojó, según la costumbre. Así pude asistir a los esponsales de su hijo con su sobrina.

Las bodas del hijo del rey Zāhir

Yo estuve presente en la ceremonia. Vi que en el medio del salón de sesiones habían colocado una enorme tribuna revestida de telas de seda. La novia llegó a pie procedente del interior del alcázar, con el rostro sin velar. La acompañaban cuarenta damas —mujeres del sultán, de los emires y ministros—, que levantaban la cola de su vestido. Todas ellas con la cara descubierta, pudiendo mirarlas los asistentes, nobles o humildes. No obstante, ése no es el uso entre ellas más que en las bodas. La novia subió a la tribuna y delante de ella estaban los músicos, hombres y mujeres, que tocaban y cantaban. Luego vino el marido, montado en un elefante bellamente enjaezado y con un trono en el lomo, por encima del cual había una cupulita a modo de parasol. El novio llevaba la corona en la cabeza e iba flanqueando a diestra y siniestra por unos cien hijos de reyes y emires, revestidos de blanco, y jinetes en

caballos con bellas gualdrapas. En las cabezas portaban bonetes incrustados de pedrería. Eran del mismo tiempo que el novio, ninguno barbado.

Se echaron dinares y *dirhams* entre el gentío a su entrada, y el sultán tomó asiento en un sitial desde donde podía observar todo. Su hijo puso pie a tierra, besó su pie y luego ascendió a la tribuna con la novia, que se alzó para besarle la mano. Él se sentó a su lado, mientras las damas abanicaban a la desposada. Trajeron nuez de areca y betel y el novio, tomándolo con la mano, lo depositó en la boca de ella. Luego, ésta tomó una porción con sus manos y la puso en la boca de su esposo, que a continuación cogió con los labios una hoja de betel y la dejó en la boca de ella. Todo esto sucedía ante los ojos de la gente. Ella repitió lo que él hiciera y entonces se la cubrió con un velo y se levantó el sitial, con ambos en él, hacia el interior del alcázar. Los asistentes comieron y marcharon. Al día siguiente, el sultán convocó al pueblo y nombró sucesor a su hijo. Las gentes le prestaron juramento y el príncipe obsequió numerosos presentes, de ropas y oro.

Permanecí en esta isla dos meses. Luego embarqué en un junco, no sin que el sultán me regalara mucho áloe, alcanfor, clavo y sándalo, junto con su licencia. Me separé de él y tras cuarenta días llegué a Kawlam. Allí me acogí a la protección de al-Qazwīnī, cadí de los musulmanes. Como era el mes de Ramadán asistí a la oración de la fiesta pequeña^[392] en la mezquita aljama. Acostumbran acudir al oratorio de noche y no cesan de alabar a Dios hasta la aurora y después hasta el momento del rezo de la fiesta. Más tarde, oran, el predicador pronuncia el sermón y se van. Desde Kawlam viajamos a Calicut donde permanecemos varios días. Yo quería retornar a Delhi pero tuve miedo de hacer tal, así pues me embarqué y tras veintiocho noches arribé a Zafār, siendo el mes de *Muḥarram* del año 48 [748 H = abril-mayo, 1347 de J. C.]. Me hospedé en la residencia del jatib local ‘Īsá b. Ṭa’ṭa’.

El sultán de Zafār

En esta ocasión encontré que el sultán allá era el rey an-Nāṣir, hijo del rey al-Muḡīṭ que reinaba en el país cuando pasé anteriormente por el lugar. Su segundo era Sayf ad-Dīn ‘Umar, el Portaespadas, turco de origen. El sultán me alojó y honró.

Luego me embarqué por mar y llegué a Masqīṭ [Mascate], pequeña población en la que abunda el pescado conocido por *qulb almās* [bonito negro].

Seguí viaje a los puertos de Qurayyāt, Šabba y Kalba, que se pronuncia como el femenino de «perro» [*kalb*], y a continuación a Qalhāt, a la que ya hemos mencionado anteriormente. Todas estas poblaciones pertenecen a la jurisdicción de Hurmuz, aunque se cuentan entre las de Omán. Continuamos viaje a Hurmuz y allí paramos tres días. Por tierra proseguimos hacia Kawristān, Lār y Jun’upāl, lugares a los que ya me he referido. Y luego a Kārzī —donde estuvimos tres días—, Ŷamakān, Mayman, Bassā y la ciudad de Šīrāz, encontrándonos con que su sultán, Abū Ishāq,

permanecía en el poder, pero estaba ausente. Allá me entrevisté con nuestro piadoso y sabio jeque Ma'ūd ad-Dīn, cadí de cadíes, que había quedado ciego. ¡Que Dios le valga y a nosotros por su intercesión!

Luego me trasladé a Māyin, Yazdujās, Kalil, Kušk Zar, Iṣṣpahn, Tustar, Huwayza y Basora, de las cuales ya he hablado. En Basora visité las tumbas venerables allí existentes: la de Zubayr b. al-'Awwām; la de Ṭalḥat b. 'Ubayd Allāh; la de Ḥalīma aṣ-Ṣa'diyya; la de Abū Bakra; la de Anas b. Mālik; la de Ḥasan al-Baṣrī; la de ābit al-Bunānī; la de M. b. Sīrīn, la de Mālik b. Dīnār; la de M. b. Wāsi'; la de Ḥabīb al-'A'āmī; y la de Sahl b. 'Abdallāh at-Tustarī. Dios esté satisfecho de todos ellos.

Más adelante salimos de Basora llegando a Mašhad 'Alī b. Abū Ṭālib [Santuario de 'Alī, etc.], cuyo sepulcro visitamos. Nos dirigimos a Kufa, donde visitamos su mezquita santa; luego a Ḥilla, ciudad en que se halla el santuario del Señor del Tiempo. Y acaeció por aquellas fechas que cierto emir fue designado por su gobernador y prohibió a los habitantes frecuentar la mezquita como tenían por costumbre y esperar allí la venida del Señor del Tiempo. También les negó la acémila que tomaban todas las noches del gobernador de la ciudad. Y sucedió que este valí cayó enfermo falleciendo rápidamente. Así se acreció el error de estos herejes y decían que le ocurriera aquello por su negativa a entregar la caballería, que nunca más fue negada.

Marché a Ṣarṣar y luego a Bagdad, llegando a ella en *Šawwāl* del año 748 [= enero 1348 de C.]. Allí me entrevisté con cierto magrebí que me dio noticia de la rota de Tarifa y de la caída de Algeciras. ¡Fortifique Dios las grietas del Islam en esas regiones!

El sultán de Bagdad

En la fecha antedicha, a mi llegada, era sultán de Bagdad y el Iraq el jeque Ḥasan, hijo de la tía paterna del sultán Abū Sa'īd. Al -norir éste, Ḥasan se hizo con el poder en el Iraq y se casó con la esposa de Abū Sa'īd, Dilšād hija de Dimašq Jawā'ya hijo del príncipe al-Ŷūbān [Chūbān], del mismo modo que hiciera el sultán Abū Sa'īd al casarse con la esposa del jeque Ḥasan. El soberano estaba ausente de Bagdad en esta ocasión, pues saliera a combatir al sultán Ātābak Afrāsiyāb, señor del país de Lūr.

Desde Bagdad proseguí mi marcha y llegué a las ciudades de Anbār, Hīt, Ḥadīṭa y 'Āna. Estas comarcas son de las más hermosas y fértiles de la Tierra. El camino que las une está muy poblado, de manera que el viajero pensaría marchar por un zoco. Ya señalábamos no haber visto nada semejante a las regiones existentes en el río de la China, excepto estas tierras.

Llegué a la ciudad de Raḥba que también toma su nombre de Mālik b. Ṭawq. Esta población es la más hermosa de Iraq y borde fronterizo con Siria. Seguimos a Sujna, bello pueblecito con mayoría de pobladores infieles cristianos y denominado Sujna

por sus aguas termales. Hay aposentos separados para hombres y mujeres a fin de que tomen baños en ellos. Por la noche sacan agua y la dejan en las azoteas a enfriar.

A continuación viajamos a Tadmur [Palмира], ciudad de Salomón, nabí de Dios, que le fue construida por los genios tal como dice el poeta an-Nābigha: [*Basīṭ*].

Construyen Tadmur con losas y columnas

Y marchamos a la ciudad de Damasco de Siria, de la que salí hacía veinte años justos. A mi partida había dejado a una esposa preñada y supe, estando en la India, que parió un hijo varón y en tal ocasión envié cuarenta dinares indios de oro al abuelo materno del niño que era de Miknāsa [Mequínez], en el Magreb.

En llegando a Damasco, esta vez, no paraba mientes sino en inquirir por mi hijo. Entré a la mezquita y coincidí con Nūr ad-Dīn aṣ-Ṣajāwī, imán y principal de los *mālikīs*. Le saludé, pero no me reconoció, entonces me di a conocer y le pregunté por el muchacho. Me respondió que el niño muriera hacía doce años. También me informó de que un alfaquí tangerino estaba residiendo en la escuela Ṣāhiriyya. A él acudí para interrogarle por mi padre y familia. Era un anciano muy mayor y tras saludarle y hablar de mis allegados contó que mi padre falleciera hacía quince años, pero que mi madre aún vivía.

Permanecí en Damasco de Siria el resto del año. La carestía era muy grande hasta el punto de venderse el pan a siete onzas por un *dirham* de plata, siendo la onza de allá equivalente a cuatro magrebíes. El juez de jueces *mālikī* era por entonces Ŷamāl ad-Dīn al-Maslātī, compañero del jeque ‘Alā’ ad-Dīn al-Qunawī con el cual viniera a Damasco, haciéndose famoso y ocupando el cargo de la judicatura. El cadí principal de los *ṣāfiīs* era Ṭaqī d-Dīn b. aṣ-Ṣubkī y el gobernador de Damasco, Argūn Šāh, jefe de los emires.

Suceso

Por este tiempo falleció uno de los principales de la ciudad legando dineros para los desheredados. El albacea compraba pan y lo repartía entre ellos todos los días después de la oración de *al-‘aṣr*. Cierta noche se reunieron tumultuosamente y se llevaron de mala manera el pan que les distribuían, además de echar mano al que era de los panaderos. Llegó la noticia al emir Argūn Šāh, quien hizo salir a sus guardias y donde quiera que encontraban a un menesteroso le decían: «Ven a coger pan». Así se juntó un gran número de ellos. Aquella noche los tuvo en prisión y a la mañana siguiente montó a caballo y los hizo comparecer ante sí, al pie de la ciudadela, ordenando cortarles manos y pies, pese a que la mayoría eran inocentes. Por añadidura expulsó de Damasco a la clase de los *ḥarāfiṣ* [mendigos] que se trasladaron

a Ḥimṣ, Ḥamāt y Alepo. Me contaron que después de estos acontecimientos no vivió mucho, porque fue muerto.

Desde Damasco marché a Ḥimṣ, luego a Ḥamāt, Ma'arra, Sarmīn y Alepo. El emir de Alepo era por entonces el Ḥāyḥ Rugṭī.

Episodio

En aquellos días sucedió que un faquir llamado «jeque de jeques» habitaba en un monte extramuros de 'Ayntāb, acudiendo a él las gentes para ganar sus bendiciones. Tenía un discípulo muy asiduo, pero, aparte de él, vivía sin compañía, soltero y sin mujer. En cierta ocasión dijo: «El profeta Mahoma no pudo prescindir de las mujeres, pero yo sí prescindo». Se tomó testimonio contra él por tal motivo y el hecho se vio ante el cadí. El asunto se elevó a los emires y fueron obligados a comparecer maestro y discípulo, pues este último estaba de acuerdo con sus palabras. Los cuatro jueces dieron su veredicto: pena de muerte para ambos y así se cumplió. Estos cadíes eran: Šihāb ad-Dīn, *mālikī*, Nāṣir ad-Dīn al-'Adīm, *ḥanaḫī*; Taqī d-Dīn b. aṣ-Šā'ig, *šāfi'ī*; y 'Izz ad-Dīn ad-Dimašqī, *ḥanbalī*.

A principios del mes de *Rabī' I* del año 49 [749 H = junio de 1348, de J. C.] nos llegó la noticia, en Alepo, de que en Gaza se había declarado la peste, alcanzando el número de muertos más del millar en un día. Salí hacia Ḥimṣ y ocurrió que el día de mi llegada ascendió la mortandad por la peste, ya en la ciudad, a trescientas personas. Seguí a Damasco, donde entré un jueves. Los habitantes habían ayunado durante tres jornadas, saliendo el viernes hacia la Mezquita de los Pies, según relatábamos en el primer libro. Dios les alivió de la epidemia, pero el número de fallecidos había alcanzado los dos mil cuatrocientos en un día.

Continué viaje a 'Aylūn y luego a Jerusalén, donde me encontré que la peste había remitido. Allí me entrevisté con el jatib local 'Izz ad-Dīn b. Ŷamā'a, primo por lado paterno de 'Izz ad-Dīn, cadí principal de El Cairo. Era persona distinguida y noble, percibía mil *dirhams* mensuales como alafa por predicar.

Anécdota

El predicador 'Izz ad-Dīn ofreció un banquete cierto día, al cual me invitó junto con otros comensales. Como le preguntara por la causa del festín me informó haber hecho promesa, en los días de la peste, de dar un convite si se aliviaba la epidemia y llegaba un día en que no tuviera que rezar por algún fallecido. Y agregó: «Ayer no hube de rezar por nadie, así que hice la comida prometida».

Los jeques que conociera en Jerusalén se habían reunido con Dios el Altísimo:

Dios tenga misericordia de ellos. Quedaban muy pocos, por ejemplo: el ulema tradicionista e imán Ṣalāḥ ad-Dīn Jalīl b. Kaykaldī al-‘Alā’ī; el piadoso Ṣaraf ad-Dīn al-Juṣṣī, jeque de la zagüía de la mezquita al-Aqṣà; el jeque Sulaymān aṣ-Ṣīrāzī, al que visité y me dio su hospitalidad, no encontrando yo en Siria ni Egipto a nadie que, como él, hubiera visitado el Pie de Adán [en Ceilán].

Salí de Jerusalén en compañía del predicador tradicionista Ṣaraf ad-Dīn Sulaymān al-Milyānī y del jeque de los magrebíes en Jerusalén, el distinguido sufí Ṭalḥat al-‘Abd al-Wādī. Llegamos a Hebrón donde visitamos la tumba de Abraham y de los profetas con él sepultados. Seguimos viaje hacia Gaza, encontrándola casi vacía de tantas muertes como la peste causara. El cadí de la ciudad nos contó que de los ochenta notarios que había sólo quedaron veinte y que el número de finados en un día alcanzó los mil cien.

Continuamos la marcha por tierra hasta Damietta, donde me entrevisté con Quṭb ad-Dīn an-Naqṣuwānī, que ayuna sin tregua. Este me acompañó a Fāras Kūr, Samannūd y Abū Ṣīr. En esta última nos alojamos en la zagüía de un egipcio.

Suceso

Estando en la zagüía vino a nosotros un faquir que nos saludó. Le ofrecimos comida pero la rechazó diciendo no tener otra intención sino visitarnos. Pasó toda aquella noche prosternándose y arrodillándose. Rezamos la oración de la aurora y nos aplicamos en las alabanzas de Dios mientras el faquir permanecía en el rincón de la zagüía. Cuando el jeque trajo la comida le llamó para que participase pero no le respondió. Entonces se fue a él y lo encontró muerto. Elevamos plegarias en su intención y le dimos sepultura: Dios se apiade de él.

Continué a al-Maḥalla al-Kabīra, Nahrāriyya, Ibyār, Damanhūr y Alejandría. En esta última la epidemia se había aliviado después de que ascendiera la cifra de muertos a mil ochenta en una sola jornada. Proseguí hasta El Cairo y allí me informaron que en un día se produjeron veintiuna mil víctimas de la peste. Todos los jeques que yo conociera habían fallecido: Dios tenga misericordia de ellos.

El sultán de Egipto

En estas fechas el rey de Egipto era al-Malik an-Nāṣir Ḥasan, hijo de al-Malik an-Nāṣir M. b. Qalāwūn, que más adelante fue derrocado reemplazándole su hermano al-Malik aṣ-Ṣāliḥ.

A mi llegada a El Cairo supe que el juez de jueces ‘Izz ad-Dīn, hijo del juez de jueces Badr ad-Dīn b. Ŷamā’a se había dirigido a La Meca con una caravana inmensa

a la que llaman *raḡabī* porque se pone en marcha en el mes de *Raḡab*. Y se me informó que la pes-te les siguió hasta que llegaron al desfiladero de Aylat, donde cesó.

Desde El Cairo me trasladé al Alto Egipto, ya mencionado anteriormente; luego a ‘Aydāb, donde embarqué, llegando a Ÿudda y La Meca. En esta última entré el 22 de Ša‘bān del año 49 [749 H. = 16 de nov. de 1348 de J. C.]. Me acogí al imán *mālikī*, el piadoso, distinguido y amigo de Dios, ‘Abdallāh M. b. ‘Abd ar-Raḡmān, el llamado Jalīl. Ayuné el mes de Ramadān en La Meca y a diario visitaba los Santos Lugares, según el rito de Šāfi‘ī. Entre los jeques conocidos encontré a: Šihāb ad-Dīn al-Ḥanafī, Šihāb ad-Dīn aṭ-Ṭabarī, Abū M. al-Yāfi‘ī, Naḡm ad-Dīn al-Uṣfūnī y a al-Ḥarāzī.

Aquel año, tras cumplir la peregrinación me incorporé a la caravana siria. Pasamos por Ṭayba, la Medina del Enviado de Dios cuyo sepulcro santísimo y fragante visité: ¡que Dios acreciente su olor de santidad y nobleza! Oré en la ilustre mezquita —que Dios purifique y aumente su veneración— y visité a los compañeros del Enviado enterrados en el cementerio de la ciudad. Me entrevisté con el jeque Abū M. b. Farḡūn.

Luego salimos de la venerable Medina pasando por ‘Ulā, Tabūk, Jerusalén, Hebrón, Gaza, los puestos caravaneros del desierto —lugares todos ya reseñados— hasta alcanzar El Cairo, donde supimos que nuestro señor, príncipe de los fieles, salvaguarda de la religión, que confía en el Señor de los mundos, Abū ‘Inān —a quien Dios ayude— con el auxilio divino había juntado lo disperso y sanado los males de la dinastía meriní y curado, por la gracia de que disfrutaba, los riesgos de los países del Occidente, desbordándose en mercedes sobre nobleza y pueblo e inundando a todos con sus favores inagotables. Los espíritus anhelaban permanecer a su puerta sin otro deseo que alcanzar a besar su estribo. Así pues, resolví acudir a su corte excelsa en coincidencia con las ansias del recuerdo de la patria y la nostalgia por la familia y los amigos queridos, que me incitaban a volver a mi país, el cual me es más querido que cualquier otro: [Ṭawīl].

Tierra en la que me colgaron los amuletos,^[393]
primer suelo cuyo polvo rozó mi piel.

De este modo me hice a la mar en un barquito de un tunecino, en Šafar del año 50 [750 H. = abril-mayo, 1349 de C.] y en él navegué hasta la isla de Yerba. El navío mencionado siguió viaje hacia Túnez pero el enemigo lo apresó^[394]. En un pequeño buque me trasladé a Gabes donde me alojé en casa de los distinguidos hermanos Abū Marwān y Abū l-‘Abbās, hijos de Makkī y emires de Yerba y Gabes. Con ellos pasé el *Mawlid* [Natividad] del Profeta. Luego viajé por mar hasta Sfax y luego a Bulyāna, para a continuación encaminarme por tierra, en compañía de nómadas hasta Túnez, a donde llegué no sin graves quebrantos. En aquellos momentos los beduinos asediaban

la ciudad.

El sultán de Túnez

Túnez se hallaba bajo el dominio de nuestro señor, el Príncipe de los Musulmanes, baluarte de la religión, combatiente en el camino del señor de los mundos, campeón señero, único entre los reyes dadivosos, león de leones, munificente entre los generosos, el pío, el devoto, el humilde, el justiciero, Abū l-Ḥasan, hijo de nuestro señor el Príncipe de los Creyentes, luchador por la fe, defensor del Islam, aquel cuya generosidad se ha hecho proverbial, haciéndose lenguas en las comarcas de la tierra de su largueza y méritos, virtuoso, glorioso y bienhechor, el justo y distinguido soberano Abū Saʿīd, hijo de nuestro señor, príncipe de los fieles, salvaguardia de la religión, guerrero de Dios, vencedor y exterminador de los infieles, aquel que ha mostrado hazañas inmarcesibles en la guerra santa, repitiéndolas, espada de la fe, riguroso en lo tocante al Misericordioso, devoto, ascético, piadoso en sus oraciones, dado a inclinarse y prosternarse orando, humilde, pío, Abū Yūsuf b. ʿAbd al-Ḥaqq: esté Dios satisfecho de ellos todos y con-serve el poder para su descendencia hasta el Día del Juicio.

Al llegar a Túnez me dirigí a visitar al Ḥāyḥ Abū l-Ḥasan an-Nāmīsī por causa de los lazos de parentesco y origen que nos unían. Me albergó en su casa y conmigo vino al salón de audiencias. Entré en el egregio *mišwar* y besé la mano de nuestro señor Abū l-Ḥasan, quien me ordenó sentarme, como así lo hice. Me interrogó por el noble Ḥiḡāz y por el sultán de Egipto y yo le respondí. Siguió preguntando acerca de Ibn Tifarāyīn y yo le conté lo que los magrebíes hicieran con él y sus intenciones de matarlo en Alejandría y cuantos males le infligieron tratando de vengar a nuestro señor Abū l-Ḥasan.

En el consejo se hallaban los siguientes alfaquíes: el imán Abū ʿAbdallāh aṣ-Ṣaṭṭi y el imán Abū ʿAbdallāh M. b. aṣ-Ṣabbāg. Y de tunecinos estaban el cadí Abū ʿUmar b. ʿAbd ar-Raḡī y Abū ʿAbdallāh b. Hārūn.

Salí del noble salón, mas pasado el ʿaṣr nuestro señor Abū l-Ḥasan me llamó. Estaba en una torre desde la que divisaba todo el campo de batalla. Con él se encontraban los esclarecidos jeques Abū ʿUmar ʿUṭmān b. ʿAbd al-Wāḥid at-Tanālaftī, Abū Ḥassūn Zayyān b. Amriyūn al-ʿAlawī, Abū Zakariyyā ʿYaḡyā b. Sulaymān al-ʿAskarī y el Ḥāyḥ Abū l-Ḥasan an-Nāmīsī. El soberano me inquirió acerca del rey de la India y le contesté oportunamente. Yo no dejaba de frecuentar su noble sala de consejos en los días que duró mi estancia en Túnez, que fueron treinta y seis.

En Túnez encontré por entonces al jeque e imán, principio y fin de ulemas, Abū Abdallāh al-Ubullī, que estaba enfermo y me preguntó por muchos asuntos de mis andanzas.

En Túnez embarqué con Catalanes, llegando a la isla de Cerdeña, que es de los cristianos. La isla dispone de un magnífico puerto rodeado de una empalizada de grandes leños y con una entrada a guisa de puerta que no se franquea sino con permiso de los moradores. También hay allá varias fortalezas, en una de las cuales penetramos y en su interior había muchos mercados. Yo, por mi parte, prometí a Dios el Altísimo ayunar por espacio de dos meses seguidos si nos sacaba con bien de aquel lugar pues supimos que los pobladores estaban resueltos a irnos a los alcances de que saliéramos, para apresarnos. Finalmente, abandonamos la isla y tras diez días llegamos a la ciudad de Tanas, después a Māzūna, Mostaganem y Tremecén. En esta última me encaminé a al-‘Ubbād y visité la tumba del jeque Abū Madyan, esté Dios satisfecho de él y acepte su intercesión^[395]. Salí de Tremecén por el camino de Nadrūma, seguí la ruta de Ajandaqān y pernocté en la zagüía del jeque Ibrāhīm. Continuamos viaje y al aproximarnos a Azagnagān salieron a nuestro encuentro cincuenta infantes y dos jinetes. Conmigo se hallaba el Ḥāyî Ibn Qarī‘āt —tangerino— y su hermano M., que más adelante sucumbiría mártir de la fe en el mar. Nos resolvimos a pelear y alzamos nuestras enseñas, pero se dirigieron a nosotros en términos de paz y así les respondimos. ¡Gracias a Dios!

Entré en la ciudad de Taza y allí supe de la muerte de mi madre víctima de la peste: Dios se apiade de ella. Desde Taza seguí viaje llegando un viernes, a fines del noble mes de Ša‘bān del año 750 [nov. de 1349 de J. C.] a Fez, la capital.

Elogio del Magreb

Ahora me hallo ante nuestro señor, el ilustre y esclarecido imán, Príncipe de los Creyentes, que se apoya en el dueño de los mundos, Abu ‘Inān, cuya grandeza Dios acreciente y aplaste a sus enemigos. Su prestigio me hace olvidar el del sultán del Iraq, su hermosura la del rey de la India, sus buenas cualidades los méritos del rey del Yemen, su valor el del soberano de los turcos, su cordura la del emperador de Bizancio, su religiosidad la del rey del Turquestán y sus conocimientos los del príncipe de Sumatra. Ante él estaba su visir, el distinguido autor de señalados actos generosos y de hazañas notables, Abu Zayyān b. Wadrār, quien me preguntó por el país de Egipto pues había estado allí. Respondí a sus preguntas y me colmó con las mercedes de nuestro señor —al que Dios auxilie— hasta el punto de serme imposible agradecer tanto bien: sólo Dios puede corresponder adecuadamente.

Arrojé el cayado de caminante en las nobles tierras de tal rey, tras estar cierto sin lugar a dudas de que es el mejor de los países. Los frutos en él son copiosos, el agua y el sustento fáciles y pocas comarcas reúnen todo esto. Bien se expresa el que dice: [Muÿtatt]

*El oeste es la mejor tierra
y de ello tengo pruebas:
mirador de la luna llena
a donde el sol se dirige.*

Los *dirhams* del oeste [Magreb] son pequeños, pero sus ventajas son muchas. Si tomas cuenta de los precios del país y los comparas con los de Egipto y Siria se te hará patente la verdad de mi aserto y sabrás cuán preferible es el Magreb. Por ejemplo: la carne de oveja en Egipto se vende a dieciocho onzas por un *dirham* de plata, lo que equivale a seis magrebíes. En el Magreb se venden las dieciocho onzas por dos *dirhams*, como mucho, es decir un tercio del *dirham* de plata. En cuanto a la manteca, en Egipto casi nunca se encuentra. A los alimentos que más gastan los egipcios no se les da valor alguno en el Magreb, pues son: lentejas y garbanzos que condimentan en grandes marmitas añadiéndole aceite de sésamo; guisantes, a los que dicen *basillā* y cocinan con aceite de aceituna; calabazas que, tras guisarlas, mezclan con cuajadas de leche; la verdolaga que también cuecen de modo parecido; brotes de almendro que cocinan y aderezan con cuajadas, y la colocasia, que hierven. Todo esto se encuentra en el Magreb copiosamente pero no es necesario, porque Dios dotó a esta tierra con gran cantidad de carne, manteca, mantequilla, miel y otros productos semejantes. Las verduras no abundan en Egipto y las frutas en su mayor parte proceden de Siria. Así, por ejemplo, la uva —por barata que sea— se venden los tres arrelde, en arrelde del país, por un *dirham* de plata, teniendo en cuenta que su arrelde pesa doce onzas.

En cuanto a Siria, hay que reconocer su abundancia en frutas, pero en el Magreb son más baratas. Allá las uvas se venden a *dirham* de plata el arrelde y el arrelde del país equivale a tres magrebíes, pero si baja el precio se llega a vender a dos arrelde por un *dirham*. Las peras cuestan a razón de un *dirham* de plata las diez onzas. Las granadas y membrillos se venden a ocho cobres la pieza, es decir un *dirham* magrebí. Las verduras que puedes adquirir en Siria por un *dirham* de plata son menos de las que compras en nuestro país por un *dirham* pequeño. En cuanto a la carne, allá se vende el arrelde a dos *dirhams* y medio, en arrelde locales. Si tienes cuenta de todo esto verás claramente que los países del Magreb son los de precios más baratos, los mejor abastecidos y los más cómodos y ventajosos.

Panegírico del sultán marroquí

Dios acreció a las tierras del Magreb en nobleza y distinción por medio del imanato de nuestro señor, el Príncipe de los Creyentes, que extiende la sombra de la seguridad en todas las comarcas e hizo ascender el sol de la equidad en todos los rincones, haciendo derramarse nubes de agua bienhechora tanto en campos como

urbes, limpiando sus dominios de rufianes y estableciendo las leyes terrenas y los preceptos religiosos. Ahora enumeraré algo de lo que tengo visto y comprobado respecto a su justicia, bondad, bravura, dedicación a la ciencia, a la jurisprudencia, a las obras de caridad y a los entuertos que ha enderezado.

Algunos de los merecimientos de nuestro señor, a quien Dios acorra

La justicia de nuestro señor es más sonada que cuanto se pueda compilar en un libro, así, por ejemplo, concede audiencias con el solo objeto de atender a los quejosos, dedica el viernes a los menesterosos, repartiendo este día entre hombres y mujeres, pero anteponiendo a éstas por su debilidad. Las peticiones de las mujeres se leen después de la oración del viernes hasta la de *al-‘aṣr*. Cada una es llamada nominalmente por turno y comparece a su esclarecida presencia, él le inquiere sin intermediarios: si ha sido víctima de una injusticia la reparación es inmediata; si solicita una gracia le llega rápidamente. Y tras la oración de *al-‘aṣr* se entienden los asuntos de los hombres, comportándose el rey como con las mujeres. A la sesión asisten los alfaquís y jueces y a ellos remite lo que esté relacionado con aspectos legales. Nunca vi rey alguno que hiciera lo mismo con tal cuidado, demostrando tan grande justicia. El soberano de la India designó a uno de sus emires para recoger las quejas del pueblo, resumirlas y elevárselas, pero que comparecieran ante él sus autores.

De su benevolencia soy testigo en maravillas, así, por ejemplo, —Dios le auxilie— ha perdonado a muchos de quienes se enfrentaron a sus tropas en combate revolviéndose alzados contra él. Ha condonado las penas de grandes criminales que nadie pasaría, a no ser quien confía en su Señor y conoce la ciencia de la certidumbre [Corán, CII, 5], el sentido de estas palabras de Dios y de los clementes con la gente^[396].

Dice Ibn Ŷuzayy: «Entre los portentos que presencié de la benevolencia de nuestro señor —a quien Dios socorra— está el que desde mi venida a su egregia puerta a fines del año 53 [753 H. = febrero, 1353 de J. C.] hasta el día de hoy, es decir, primeros del año 57 [757 H. = enero 1357 de J. C.], no he visto matar a nadie a menos que la causa viniera por la jurisdicción religiosa instituida por Dios el Altísimo, como talión o castigo de guerra. Y ello a pesar de la gran extensión del reino, la amplitud de las comarcas y la variedad de sus naciones, no habiéndose oído nada semejante en los tiempos precedentes ni en los más apartados países».

Respecto a su bravura se saben las muestras de firmeza y de granado valor que ha dado en el campo de batalla, como el día del combate contra los Banū ‘Abd al-Wādī y otros. He oído la noticia de aquel memorable episodio guerrero en el país del Sudán [o de los negros de Malí] pues se relató ante su sultán que comentó: «O así, o de ningún otro modo».

Dice Ibn ʿYuzayy: «Los antiguos reyes no cesaban de vanagloriarse de matar leones y derrotar enemigos, nuestro señor acabó con un león más fácilmente que un león terminaría con una oveja: Una de estas fieras vino contra el ejército en Wādī n-Naʿyārīn [Valle de los carpinteros], en el bosque de Mai'mūra, del alfoz de Salé y hasta los más bravos campeones se guardaban de él, huyendo tanto jinetes como infantes, cuando nuestro señor se le enfrentó nada temeroso y sin alharaca alguna y le hirió de una lanzada entre los ojos que dio con él muerto en tierra, gracias a Dios.

«Vencer a los enemigos es dado a los reyes gracias a la firmeza pugnaz de sus guerreros y al coraje de sus caballeros. El cometido de los príncipes es, pues, sostener y animar en la pelea a los soldados, pero nuestro dueño se viene contra el enemigo completamente solo por su generoso ánimo y tras saber de la retirada de sus gentes, comprobando que nadie queda a su vera en la batalla. A éstas, el pánico se apodera del corazón de los contrarios que escapan ante él. Es portentosa, de tal guisa, la fuga de pueblos enteros frente a un solo hombre. *Esta es merced que Dios concede a quien quiere* [Corán, V, 59 y otras] y *el triunfo es de los temerosos de Dios* [Corán, VII, 125]. Y no es más que fruto de las gracias que nuestro señor recibe de Dios, a consecuencia de cuanto fía en Él y a Él se acoge».

En cuanto a su interés por las ciencias, he aquí que asiste a sesiones científicas a diario, después de la oración del alba, con participación de los más versados alfaquíes y los más aventajados discípulos en la mezquita de su egregio alcázar. En su presencia se da lectura al comentario del venerable *Corán*, a las tradiciones referentes al Elegido, a las normas de la doctrina de Mālik y a las obras de los sufíes. En todas estas ciencias ostenta la más alta categoría, resuelve sus arcanos con la luz de su entendimiento y tercia con el magisterio de su memoria. Es ésta condición de los imanes de camino recto y de los califas ortodoxos. Nunca vi entre los reyes del mundo uno cuya atención a la ciencia alcanzase tales extremos. Por ejemplo, pude comprobar que ante el rey de la India se especulaba, tras el rezo de la aurora, sobre las ciencias racionales especialmente y ante el monarca de Sumatra [ʿYāwa] se discutía, a continuación de la oración del viernes, sobre las doctrinas de aš-Šāfi'ī en particular. Admiré al soberano del Turquestán por su perseverancia al rezar la oración de la noche y la del alba en compañía de los creyentes hasta que contemplé a nuestro señor sin tregua aplicado a las ciencias todas en la mezquita y en el cumplimiento escrupuloso de los ritos de Ramadán. *Y Dios hace participar de su misericordia a quien quiere*. [Corán, II, 99; III, 67].

Dice Ibn ʿYuzayy: «Si hubiera un ulema sin más cometido que dedicarse a la ciencia noche y día, no llegaría a los más bajos grados de sabiduría de nuestro señor. Y eso por añadidura a sus desvelos en cuanto concierne a los imanes y al gobierno de lejanas comarcas. Directamente se cuida de la situación de su reino, como ningún otro rey lo hace y por sí mismo investiga las quejas de quienes sufren injusticia. Y pese a todo esto, no se suscita en su noble audiencia una pregunta erudita sobre cualquier saber sin que dirima la dificultad y ahonde en sus pormenores extrayendo

luz de lo oscuro y aclarando a los ulemas presentes cuantos puntos ignotos se les pasaron.

»Además ha ascendido —Dios le auxilie— hasta la noble ciencia del sufismo alcanzando sus símbolos y siguiendo su regla, de lo que es prueba su humildad —pese a estar tan alto— y su clemencia para con los súbditos y su bondad en cualquier asunto. A las letras se entregó por entero, como autor, o las honró de su puño y letra. Compuso la egregia epístola y la casida que envió al sepulcro ilustre, santo y puro, mausoleo del señor de los profetas e intercesor de pecadores, el Enviado de Dios, escribiéndolas con su propia mano con caligrafía que hace palidecer todos los restantes ornatos del Santo Lugar. Ningún otro rey contemporáneo se ha entregado a nada parejo ni lo ha pensado tan sólo.

»Cualquiera que contemple los escritos de él procedentes, percibiendo su contenido por completo, se hará cabal idea de los dones de Dios para con nuestro señor, en elocuencia natural y adquirida, pues ambas reúne».

Sobre las limosnas que de él fluyen y la edificación de zagüías en sus tierras para alimentar a los caminantes, podemos afirmar que nadie ha hecho otro tanto, excepto el sultán Ātābak Aḥmad. Pero nuestro señor le aventaja en caridad para los pobres, a los que provee de sustento a diario, repartiendo trigo entre los eremitas que se ocultan.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Nuestro señor ha creado tales generosidades y limosnas que a nadie se le habían ocurrido y ningún gobernante había practicado, por ejemplo socorrer continuamente con limosnas a todos los menesterosos de sus estados; o determinar grandes ayudas para los cautivos en todo el país; o el que estas limosnas fueran en pan bien cocido y comestible; o vestir a los desgraciados, a los débiles, ancianas, viejos, servidores de las mezquitas en todo el reino; o fijar animales para sacrificar en provecho de estas gentes el día de la Fiesta del Sacrificio; el reparto en limosnas de cuanto se percibe en concepto de portazgos en todo el país el día veintisiete de Ramadán, para honrar este día venerable y santificarlo adecuadamente; el banquete público con que regala en la noche del santísimo nacimiento [de Mahoma], congregando al pueblo para festejar tal fecha; ocuparse de la circuncisión de los niños huérfanos y de vestirlos el día de ‘Āšurā’ [10 de *Muḥarran*]; sus donaciones para los impedidos y débiles, de parejas [¿de bueyes?] con que arar la tierra y puedan así mejorar su condición; el regalar a los necesitados de su capital mullidas alfombras y buenas alcatifas en que puedan reposar, lo cual es algo sin parejo; construir hospitales en todas las ciudades del país instituyendo bien dotadas fundaciones para subvenir las necesidades de los enfermos y designando médicos que les atiendan y sanen. Además de todo esto hay otras muchas clases de generosidades y méritos que nuestro señor hizo patentes: ¡Que Dios compense la largueza de sus manos y le ratifique sus mercedes!».

En cuanto al levantamiento por su parte de las injusticias que sus vasallos sufrían, se cuenta la abolición de los derechos de paso que se cobraban en los caminos, pese a

ser considerable su monto, a lo cual no dio importancia pues «*lo que Dios tiene es mejor y más duradero*» [Corán, XXVIII, 60]. Sus desvelos para evitar los abusos son famosos y yo le he oído decir a sus recaudadores: «No cometáis injusticias con mis súbditos». Y al tiempo insistía en tales indicaciones, aconsejándoles.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Incluso no sería preciso mencionar entre los dones de nuestro señor para con sus vasallos más que la exención de la obligación de alojar a los recaudadores y gobernadores de las ciudades que éstos exigían al pueblo. Esto sólo sería una muestra clara de su justicia y una luz deslumbrante de bondad. ¿Y qué decir sobre los abusos que ha corregido y las mercedes sin cuento que ha esparcido? Mientras se componía esta obra emitió una generosa orden para que se diera buen trato a los presos eximiéndoles de los duros cometidos a que se les sometía, lo que es gracia enorme para ellos y una obra acorde con la piedad de nuestro señor. Además la orden abarcaba a la totalidad de sus dominios. Por otra parte, proclamó un edicto para que se castigara ejemplarmente a los jueces y valíes cuyas injusticias fueran ciertas, corrigiendo entuertos y reprimiendo a los agresores».

Acerca de sus auxilios a las gentes de al-Andalus en la guerra santa hemos de referir sus desvelos cuidándose de proporcionar a las plazas fuertes de las fronteras dineros, bastimentos y armas con que debilitar al enemigo, disponiendo cuanto fuera menester y mostrando su pujanza. Todo ello es público y los musulmanes de Oriente y Occidente no lo pierden de vista, pues ningún rey aventaja al nuestro en tal esfuerzo.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Aquel que quiera conocer cuanto ha hecho nuestro señor —Dios le auxilie— para defender las regiones musulmanas y cerrar el paso a las gentes infieles, conténtese con saber de sus esfuerzos por rescatar la Trípoli de Ifrīqiyya [actual capital de Libia], pues cuando el enemigo se apoderó de ella invadiéndola —y a la vista de que no era posible despachar ejércitos por las grandes distancias— escribió a sus servidores en Túnez para que la redimiesen con dinero y así fue rescatada en cincuenta mil dinares de oro en metálico. Y cuando le llegó la noticia de esto dijo: “¡Alabado sea Dios que la ha recuperado de manos de los infieles por esta pequeñez!” Y al punto ordenó enviar la cantidad a Ifrīqiyya, volviendo al Islam de este modo la ciudad. A nadie se habría figurado hasta aquel instante que cinco quintales de oro fueran algo despreciable, hasta que nuestro señor mostrara tan magna generosidad en esta obra notable, tan poco frecuente entre los príncipes como celebrada por ellos al saberla.

»Una de las cosas de que se hacen lenguas respecto a nuestro señor en la guerra santa, es haber fletado buques de guerra en todas las costas y multiplicar los preparativos navales en tiempos de paz y tregua, aprestándose para los malos momentos y tomando la resolución de cortar las ambiciones de los infieles. Reafirmó todo esto dirigiéndose por sí mismo —Dios le ayude— a los montes Ŷānāta el año pasado para disponer la tala de los árboles precisos para las construcciones navales y mostrando cuánta importancia daba al asunto y su interés sumo por los trabajos

encaminados a la guerra santa en procura de la recompensa divina y cierto de lograr el mejor de los premios».

Vuelta al relato.

Entre sus más hermosas acciones —Dios le auxilie— se cuentan: la edificación de la Mezquita Nueva en la ciudad blanca [Fez], sede de su preclaro reino, mezquita que se distingue por su belleza, construcción perfecta, luminosidad y peregrina disposición; la construcción de la *Madrassa* Mayor en el lugar conocido por «el Alcázar» cerca de la alcazaba de Fez, sin igual en el mundo poblado en punto a extensión, belleza, grandiosidad, cantidad de agua y buen emplazamiento, hasta el extremo de que yo no he visto entre las escuelas de Siria, Egipto, Iraq y Jurāsān algo que se le parezca; haber erigido la Zagüía Mayor, junto a la *Alberca de los garbanzos*, extramuros de la ciudad blanca, que tampoco tiene rival por el maravilloso lugar en que se halla y por su preciosa ejecución. La más bella zagüía que yo vi en el Mašriq [oriente árabe] es la de Siryāquṣ [Siryāqūs], construida por al-Malik an-Nāṣir, pero ésta de Fez le aventaja en hermosura, perfección y buena construcción. Que Dios asista y socorra a nuestro señor en sus nobles designios, premie sus descollantes méritos, alargue sus días en bien del Islam y los musulmanes y conceda la victoria a sus estandartes y enseñas triunfales.

Pero volvimos al relato de nuestros viajes.

AL-ANDALUS

Decimos que tras serme dada la contemplación de esta egregia residencia, colmado de gracias y mercedes, quise visitar la tumba de mi madre, así pues, llegué a mi ciudad, Tánger, cumpliendo mí deseo. Luego, me encaminé a Ceuta, en la cual residí durante muchos meses, tres de ellos enfermo, pero Dios me sanó y quise tomar parte en la guerra santa y en la lucha por la fe.

Embarqué en Ceuta en un barquito de cabotaje perteneciente a gentes de Arcila y llegué al país de al-Andalus —al que Dios guarde— donde la soldada es copiosa para sus habitantes y donde se atesoran los premios para residentes o viajeros.

Acababa de fallecer el tirano de los cristianos, Adfūnus [Alfonso XI], que pusiera cerco a la «Montaña» [Gibraltar] por espacio de diez meses, pues tenía el designio de apoderarse de las tierras que aún eran musulmanas en al-Andalus, pero Dios se lo llevó cuando no tenía cuenta de tal cosa y pereció de la peste a la que temía como nadie.

La primera ciudad andaluza que conocí fue la «Montaña de la Conquista» [Gibraltar], donde me entrevisté con su jatib, el distinguido Abū Zakariyyā' Yaḥyà b. aṣ-Ṣirāy el Rondeño y con el cadí 'Īsà al-Barbarī a cuya hospitalidad me acogí y con quien di la vuelta a la montaña pudiendo contemplar las magníficas fortificaciones, bastimentos y pertrechos que dispusiera nuestro señor Abū l-Ḥasan y los añadidos por nuestro señor. Hubiera yo deseado quedar entre los defensores de este lugar hasta el fin de mi vida.

Dice Ibn Ŷuzayy: «La “Montaña de la Conquista” es el reducto del Islam dirigido contra las gargantas de los adoradores de ídolos, buena obra de nuestro señor Abū l-Ḥasan de quien toma el nombre, acción piadosa que hizo avanzar ante él como una luminaria, depósito para los pertrechos de guerra y sede de los leones de sus ejércitos, labio^[397] sonriente al triunfo de la fe que ha hecho saborear a los andalusíes las dulzuras de la seguridad tras haber probado las hieles del miedo. Aquí empezó la gran conquista, pues es el lugar en que desembarcó Ṭāriq b. Ziyād, cliente de Mūsà b. Nuṣayr, al cruzar el Estrecho, por eso de él toma el nombre y se le llama Ŷabal Ṭāriq [“Montaña de Tariq”, Gibraltar] y también Monte de la Conquista puesto que por él comenzó. Aún perduran restos de la muralla que levantaran Ṭāriq y sus compañeros y se les denomina “Muro de los Árabes”, yo los he contemplado en los días de mi estancia allá con motivo del sitio de Algeciras, a la que Dios haga retornar al Islam.

»Nuestro señor Abū l-Ḥasan reconquistó Gibraltar recuperándola del poder de los cristianos que la habían señoreado por espacio de más de veinte años. Despachó para cercarla a su hijo, su alteza el príncipe Abū Mālik, al que proporcionó dineros cuantiosos y tropas sin cuento. La plaza fue tomada tras un asedio de seis meses en el año 733 H. [= 1333 de J. C.]. Por entonces no era lo que es ahora porque nuestro señor Abū l-Ḥasan levantó la colosal torre que hay en lo alto de la fortaleza. Esa torre

antes era una pequeña atalaya que fuera destruida por las piedras de los almajaneques y en su lugar construyó ésta. Además edificó unas atarazanas que con anterioridad no había y la gran muralla que rodea el montículo rojo, empezando en la dársena y llegando hasta el tejár. Más adelante, nuestro señor Abū ‘Inān, Príncipe de los Creyentes —Dios le auxilie—, reanudó las obras de fortificación y mejora, acreciéndolas con la edificación, por el extremo del monte, de una cerca que es la mayor, más considerable y de máximo provecho de todas las existentes. Envió a la plaza bastimentos copiosos, provisiones y pertrechos de toda clase con vistas a que el Altísimo tenga en cuenta sus buenos designios y su piedad sincera.

»En los postreros meses del año 756 H. [1355 de J. C.] ocurrió en Gibraltar algo que dejó patente la enorme fe de nuestro señor, el fruto de haber delegado en Dios en sus negocios de Estado y la suma felicidad que el Cielo le asigna. Acaeció que el alcaide de la plaza, el traidor que acabó sus días del modo más ruin, ‘Īsà b. al-Ḥasan Abū Mandīl sustrajo a la obediencia su mano aleve, abandonando la defensa de la comunidad islámica, dando muestras de hipocresía, empecinándose en la perfidia y la discordia y entregándose a asuntos que no le concernían, ignorante desde principio a fin de la maldad de sus actos. El pueblo imaginó que esto era el comienzo de una revuelta cuyas llamas sólo se apagarían con el gasto mediante de ingentes dineros y que precisaría, para salvarse de ella, poner en pie de guerra infantes y jinetes, en tanto la alteza de nuestro señor dictaminaba que tales pretensiones serían en balde y su verídica fe juzgaba que esta discordia acabaría de modo inusual. No bien habían transcurrido unos pocos días, las gentes de Gibraltar recapacitaron y se alzaron contra el rebelde, revolviéndose contra tan mezquino insurgente y cumpliendo sus obligaciones de obediencia al rey: apresaron al traidor y a su hijo, cómplice en la hipocresía, y los trajeron aherrojados a la preclara capital, cumpliéndose en ellos el veredicto de Dios sobre los que inician revueltas^[398]. Así el Señor nos libró del daño de estos dos traidores.

»Una vez extinguido el fuego de la rebelión nuestro señor mostró la mejor disposición para con el país de al-Andalus, hasta extremos que sus gentes no podían imaginar. Envió a Gibraltar a su hijo, el más dichoso, el bendito y más pío, Abū Bakr, denominado el Afortunado, uno de los mote propios de las regias personas. Y con él despachó a los mejores caballeros, los dignatarios de las cabilas y los hombres más granados, dotándoles de cuanto precisaban, extendiendo las tierras de sus dominios, eximiendo de tributos a sus comarcas y multiplicando sus beneficios.

»El interés de nuestro señor hacia los asuntos de Gibraltar llegó hasta el punto de disponer que se levantara el plano del mencionado monte. Así, se representaron sus murallas, torres, ciudadela, puertas, atarazanas, mezquitas, almacenes de provisiones, paneras y las imágenes del monte y del adyacente ‘Cerro Rojo’. Este mapa se realizó en el afortunado salón de audiencias, de manera maravillosa, esmerándose los alarifes en hacerlo perfecto. Quien conoce Gibraltar y contempla esta reproducción no puede por menos de percibir su mérito. Todo esto se debe tan sólo a sus ansias de

informarse sobre cuanto concierna a la plaza, cuidándose de sus fortificaciones y preparativos. Ojalá Dios el Altísimo conceda la victoria al Islam en la Península Occidental por medio de nuestro soberano, cumpliendo sus esperanzas de ganar las tierras de los infieles y de dispersar definitivamente a los adoradores de la cruz.

»Al redactar estas anotaciones me han venido a las mientes las palabras del disertado literato y gran poeta Abū ‘Abdallāh M. b. Gālib ar-Ruṣṣī el Valenciano —Dios se apiade de él—, cuando describe este monte bendito en su famosa casida panegírico de ‘Abd al-Mu’min b ‘Alī, cuyo comienzo es: [Basīṭ].

*Si vinieras al fuego de la fe verdadera, junto a la montaña,
ganarías cuanto quisieras de ciencia y de luz.*

Y dice también, describiendo el monte, palabras tan hermosas que carecen de precedente, tras haber cantado a las naves y su travesía: [Basīṭ].

*Hasta que los barcos tocan en el monte de las dos victorias,
aquel de condición venerable y peñón famoso,
grandioso de altura, cubierto de un manto negro
cuya gorguera abierta son las nubes.
Por la noche las estrellas coronan su cresta,
girando en el éter cual monedas de oro
y enjugándole con el residuo de sus crenchas
que fluye a lo largo de sus sienas.
Un monte que ha perdido los incisivos
de tanto morder el tronco de tiempos pasados,
experimentado, conoce la fortuna buena y mala
guiando como el camellero canta
tras la montura que le precede.
Su paso está trabado, sus pensamientos corren
por el portento de su presente y pasado,
reflexiona callado y con la vista baja,
mostrando calma y guardando sus secretos
como sí le apenara la servidumbre
de ser oprimido o abandonado.
¡Ojalá que mientras los montes todos de la Tierra
tiemblen mañana, permanezca calmo y a salvo!*

»Y después el poeta continúa la alabanza de ‘Abd al-Mu’min b. ‘Alī, pero volvamos —dice Ibn Ŷuzayy— al relato del jeque Abū ‘Abdallāh».

Desde Gibraltar me trasladé a la ciudad de Ronda, que entre las plazas fuertes del Islam es una de las mejor situadas y defendidas. Era su alcaide por entonces el jeque Abū r-Rabī‘ Sulaymān b. Dāwūd al-‘Askarī y su juez mi primo por lado paterno el alfaquí Abū l-Qāsim M. b. Yaḥyā b. Baṭṭuṭa. Allá me entrevisté con el jurisconsulto, cadí y literato Abū l-Ḥaṣṣān Yūsuf b. Mūsā al-Muntaṣāqarī^[399] que me albergó en su residencia. También conocí al predicador, el piadoso y distinguido Ḥaṣṣān, Abū Ishāq Ibrāhīm, conocido por Šandaruj que más adelante falleciera en la ciudad de Salé, en Marruecos. Y allá entablé relación con un grupo de hombres piadosos, entre ellos ‘Abdallāh aṣ-Ṣaffār [el Latonero] y otros más.

Permanecí en Ronda cinco días y luego me encaminé a Marbella. El camino entre ambas es muy áspero y tortuoso. Marbella es un pueblecito hermoso y fértil. En él encontré una tropa de jinetes que se dirigían hacia Málaga y tuve intención de ponerme en marcha en su compañía, pero Dios el Altísimo me protegió con su favor porque salieron antes que yo, siendo apresados en el camino como recordamos más adelante. Así pues, salí tras sus huellas y franqueé el alfoz de Marbella entrando en el de Suhayl [Fuengirola] y fue entonces cuando pasé junto a un caballo muerto en un foso. Luego me topé con una banasta de pescado tirada en el suelo. Todo esto me preocupaba y como tenía ante mí la torre de atalaya, me dije a mí mismo: «Si hubieran aparecido enemigos por aquí, el vigía habría dado la alarma». Seguí avanzando hasta una casa que allí hay y encontré en las cercanías un caballo degollado. Entre tanto oí voces a mi espalda —pues me había adelantado a mis compañeros— y regresé hacia ellos, así vi que venían con el alcaide del castillo de Suhayl quien me comunicó la aparición de cuatro galeras enemigas y que parte de sus tripulantes habían desembarcado en un momento en que el vigía no se hallaba en la atalaya. Los jinetes que salieran de Marbella —que eran doce— pasaron junto a los cristianos y éstos dieron muerte a uno de ellos, capturaron a diez y el último pudo escapar. Con ellos pereció un pescador que les acompañaba y cuyo cofín encontré tirado en el suelo^[400]. El alcaide me aconsejó pernoctar en su fortaleza y desde allí él me llevaría a Málaga. Pasé la noche en el castillo y rábida que toma su nombre de Suhayl. Las galeras antes mencionadas estaban fondeadas cerca. Al día siguiente el alcaide montó a caballo en mi compañía y llegamos a Málaga, una de las capitales de al-Andalus y de las más hermosas, aún las ventajas de mar y tierra y abunda en productos y frutos. En sus zocos se vendía —atestiguo— la uva a razón de ocho arredes por un *dirham* pequeño; las granadas, dichas *murcianas* y *de color de jacinto*, no tienen igual en el mundo; y los higos y almendras se transportan desde la ciudad y su alfoz hasta los países del Magreb y el oriente árabe.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Todo esto lo señaló el jatib Abū M. ‘Abd al-Wahhāb b. ‘Alī, el Malagueño, en sus palabras de excelente paronomasia poética: [*Sarī*]’.

¡Málaga, cuántos higos produces,

*por ti acuden los barcos!
El médico me prohibió por un mal visitarte
pero carece de algo parigual a mi vida.*

»El cadí de la comunidad, Abū ‘Abdallāh b. ‘Abd al-Malik le agregó el siguiente estrambote, también en paronomasia: [Sarī‘]

*¡Emesa, no olvides sus higos
y con ellos recuerda sus olivos!»*

Vuelta al relato.

En Málaga se fabrica la maravillosa cerámica dorada que se lleva a los países más alejados. Su mezquita tiene una amplitud enorme y es renombrada por su baraca. No hay patio semejante al de esta mezquita, con naranjos inmensos. A mi llegada a Málaga visité a su juez, el distinguido predicador Abū ‘Abdallāh —hijo del anterior jatib Abū Ŷa‘far y éste a su vez hijo del también predicador y amigo de Dios el Altísimo Abū ‘Abdallāh aṭ-Ṭanŷālī— que estaba sentado en la mezquita aljama y con él los alfaquies y principales del lugar que recaudaban fondos para redimir a los cautivos que antes mencionáramos. Me dirigí a él diciendo: «Loado sea Dios que me protegió no permitiendo que fuera uno de ellos». Y le referí lo que me sucediera tras su marcha, de lo cual quedó perplejo. Él mismo me mandó la adiafa aunque, por ende, me ofreciera hospitalidad el jatib Abū ‘Abdallāh as-Sāḥilī, apodado «el del turbante».

Desde allá me trasladé a Vélez, que está a veinticuatro millas. Esta es una bella ciudad, con una portentosa mezquita. En el lugar se dan las uvas, frutas e higos igual que en Málaga. Seguimos viaje hasta Alhama, pequeña población que dispone de una mezquita maravillosamente emplazada y muy bien construida. Existen allí unas burgas de agua caliente, orilla de su río, a una milla de distancia, más o menos, del pueblo, con aposentos separados para el baño de hombres y mujeres.

Después continué la marcha hasta Granada, capital del país de al-Andalus, novia de sus ciudades. Sus alrededores no tienen igual entre las comarcas de la tierra toda, abarcando una extensión de cuarenta millas, cruzada por el famoso río Genil y por otros muchos cauces más. Huertos, jardines, pastos, quintas y viñas abrazan a la ciudad por todas partes.

Entre sus parajes más hermosos se cuenta la «Fuente de las lágrimas» un monte donde hay huertas y jardines, sin parecido alguno posible.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Si no temiera que me tildasen de parcial —por ser mi ciudad— me extendería largamente describiendo Granada, puesto que la ocasión es propicia. No obstante, no tiene sentido prodigarse hablando de una ciudad tan renombrada. Premie Dios a nuestro jeque Abū Bakr M. b. Aḥmad b. Šīrīn al-Bustī

[401], radicado en Granada, por sus versos: [ṭawīl]

*Guarde Dios a Granada, reposo
y solaz del triste, albergue del exiliado.
Se apenaba mi amigo al ver
los pastos helados por la nieve:
pero es baluarte^[402] a cuyos defensores
Dios socorre, sin que haya
mejor boca que la fresca».*

Vuelta al relato.

Mención del sultán de Granada.

En la época de mi visita era rey de Granada el sultán Abū l-Ḥayyā Yūsuf, hijo del sultán Abū l-Walīd Ismāʿīl b. Faray b. Ismāʿīl b. Yūsuf b. Naṣr, a quien no pude ver a causa de una dolencia que sufría. Su madre, la pura, piadosa y distinguida, me envió unas monedas de oro que me fueron necesarias.

En Granada conocí una porción de los hombres más distinguidos, entre ellos: el cadí de la comunidad, el disertado jerife Abū l-Qāsim M. b. Aḥmad b. M. al-Ḥusaynī, el Ceutí; el alfaquí, maestro y sabio jatib Abū ʿAbdallāh M. b. Ibrāhīm al-Bayyānī [de Baena]; el sabio predicador y lector Abū Saʿīd Faray b. Qāsim conocido por Ibn Lubb^[403]; el juez de la comunidad, asombro de su época, único en sus días, Abū l-Barakāt M. b. M. b. Ibrāhīm as-Salami al-Balʿabā que acababa de llegar de Almería por entonces, coincidiendo con él en el huerto del alfaquí Abū l-Qāsim M., hijo del alfaquí y egregio secretario Abū ʿAbdallāh b. ʿĀṣim. En aquel paraje permanecimos dos días y una noche.

Dice Ibn ʿYuzayy: «Yo me hallaba con ellos en ese jardín y el jeque Abū ʿAbdallāh nos hizo disfrutar con el relato de sus viajes y tomé nota cuidadosamente de los nombres de las ilustres gentes que conociera. Sacamos provecho enorme de sus palabras. Con nosotros había un grupo de personalidades de Granada, como el inspirado y extraordinario poeta Abū ʿYāʿfar Aḥmad b. Riḍwān b. ʿAbd al-ʿAẓīm al-ʿYuddāmī, cuya biografía es sorprendente, pues creció en el campo sin estudiar las ciencias ni frecuentar a los estudiosos. Sin embargo, se hizo famoso con excelentes poemas, raros incluso, entre los más elocuentes y destacados sabios, como, por ejemplo: [Ramal]

*Oh, aquel que tomó mi corazón por albergue
cuya puerta es el ojo que le contempla.*

*Mis desvelos abrieron tal puerta tras el adiós,
enviad, pues, vuestros fantasmas a cerrarla».*

Vuelta al relato.

Encontré también en Granada al jeque de jeques y sufí relevante, el alfaquí Abū ‘Alī ‘Umar, hijo del pío y devoto jeque Abū ‘Abdallāh M. b. al-Maḥrūq, en cuya zagüía, extramuros de la ciudad, permanecí varios días recibiendo sus exquisitos agasajos. Con él visité el morabito, famoso por su baraca, que se conoce por «Rábida del Aguila»^[404]. Éste es el nombre de un monte que se alza sobre la población a una distancia de ocho millas, próximo a la ciudad de Elvira, hoy en día en ruinas. Igualmente, conocí al sobrino de Ibn al-Maḥrūq, el alfaquí Abū l-Ḥasan ‘Alī b. Aḥmad b. al-Maḥrūq, en su zagüía denominada «De las bridas»^[405], en lo alto del arrabal de Naḥd^[406], fuera de Granada y cercano al monte de Sabīka. Este alfaquí es jeque de los faquires buhoneros.

Hay en Granada un grupo de faquires persas que se radicaron en ella por su similitud con sus tierras de origen, por ejemplo, el Ḥayy Abū ‘Abdallāh de Samarcanda, el Ḥayy Aḥmad de Tabrīz, el Ḥayy Ibrāhīm de Konya, el Ḥayy Ḥusayn de Jurāsān y los dos peregrinos ‘Alī y Raid de la India, aparte de otros.

Desde Granada me trasladé a Alhama, luego a Vélez, a Málaga y a la fortaleza de Ḍakwān [Coín], que es un buen castillo, abundante en aguas, árboles y frutas. Más tarde proseguí a Ronda y al pueblo de los Banū Rabāḥ^[407], cuyo jeque me alojó. Se trata de Abū l-Ḥasan ‘Alī b. Sulaymān ar-Rabāhī, hombre generoso, distinguido y notable, que da sustento a los viajeros y me dispensó una excelente hospitalidad. Después viajé a Gibraltar, donde embarqué en el mismo buque de armadores de Arcila en que lo hiciera para pasar el Estrecho anteriormente.

MALÍ

Así arribé a Ceuta, cuyo gobernador por entonces era el jeque Abū Mahdī ‘Īsà b. Sulaymān b. Mansūr y su juez el alfaquí Abū M. az-Zaŷandarī. Luego marché a Arcila, donde pasé varios meses, para continuar hasta la ciudad de Salé y desde aquí a Marrakech.

Marrakech es una de las más hermosas ciudades, extensísima y vasta, bien dotada de todo género de productos. Hay grandiosas mezquitas, como su aljama, la conocida por Kutubiyyīn («de los libreros»), que tiene un tremendo y colosal alminar, al que subí, mostrándoseme a la vista la totalidad de la población, de la que se va adueñando la ruina y en ello sólo es comparable a Bagdad, pero esta última dispone de mejores zocos. En Marrakech se halla la maravillosa *madrassa*, que se distingue por su buena situación y ejecución perfecta, edificada por nuestro señor el Príncipe de los Creyentes Abū l-Ḥasan.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Acerca de Marrakech compuso su juez, el imán e historiador Abū ‘Abdallāh M. b. ‘Abd al-Malik al-Awsī, los siguientes versos: [*Basīt*]

*Guarde Dios a Marrakech, la preclara.
Gran mérito el de sus nobles pobladores.
Al forastero alejado de los suyos
con su buen trato hacen olvidar familia y patria.
Por lo que de ella se ve y se cuenta
nacen los celos entre ojos y oídos».*

Vuelta al relato.

Salí de Marrakech acompañando al venerado estribo, el estribo de nuestro señor [es decir, en la comitiva del sultán Abū ‘Inān], a quien Dios auxilie, y llegamos a Salé, luego a Mequínez, la maravillosa, verde y floreciente, rodeada por todos lados de huertos, vergeles y olivares. A continuación rendimos viaje en Fez, la capital a la que Dios el Altísimo guarde. Allí pedí licencia a nuestro señor y me puse en camino con el designio de trasladarme al país de los negros [Sudán]^[408], así llegué a la ciudad de Siŷilmāsa, que es una de las más hermosas y abundante en excelentes dátiles, en lo cual se le asemeja la ciudad de Basora, pero los de Siŷilmāsa son mejores. La clase denominada *‘Irār* no tiene parejo en parte alguna. En Siŷilmāsa me hospedó el alfaquí Abū M. al-Bušrī, aquel cuyo hermano yo encontrara en la ciudad de Qanŷanfū, en China: ¡qué distancia les separaba! Este al-Bušrī me obsequió con los más distinguidos agasajos.

Adquirí camellos, a los que estuve alimentando bien durante cuatro meses, luego me puse en viaje a principios del mes del Señor, *Muḥarram*, del año 53 [753 H = 18 febrero de 1352 de J. C.], en una caravana mandada por Abū M. Yandakān al-Massūfī

—Dios se apiade de él— y en la que viajaban muchos mercaderes de Siyilmāsa y de otros lugares. Tras veinticinco días, llegamos a Tagāzà^[409], una aldea sin cultivos y cuya singularidad consiste en que sus casas y mezquita estén edificadas con pedruscos de sal gema, mientras los techos son cueros de camello. El suelo es arenoso, sin árboles. Hay allá una mina de sal, en la que se encuentran, excavando, enormes placas de sal superpuestas, como si hubieran sido labradas y luego amontonadas bajo tierra. Un camello sólo alcanza a transportar dos de estas placas.

En el lugar no habitan más que los esclavos de los Massūfa^[410], que trabajan en la mina de sal y se alimentan con dátiles traídos del Draa [Dar‘a] y Siyilmāsa, de la carne de los camellos y del *anlī* [mijo] proveniente del Sudán. Los negros, procedentes de su país, llegan hasta aquí para trocar mijo por sal y una carga de este producto, en Īwālātan^[411], se vende entre ocho y diez meticales de oro, pero en la ciudad de Mālī [Malí] sube a veinte, treinta y hasta cuarenta meticales. Los negros se sirven de la sal como moneda, igual que si fuera oro o plata, la cortan en pedazos y con ella negocian. Pese a su escasa importancia, en Tagāzà se cierran tratos por muchísimos quintales de oro en polvo. Allí pasamos diez días entre grandes rigores, porque su agua es salobre y es el lugar con más moscas que he visto. En él se hace acopio de agua para entrar en el desierto que hay a continuación y que se extiende a lo largo de diez jornadas de marcha, sin aguadas, a no ser raramente. Sin embargo, nosotros encontramos agua en abundancia en charcas que las lluvias formaran. Cierta día dimos con un estanque natural, entre dos colinas rocosas, cuya agua era dulce y con la que nos hartamos y lavamos nuestras ropas. En este desierto abundan las trufas y los piojos hasta el punto de que la gente se coloca en el cuello hilos con azogue que los matan.

Por aquellos días solíamos adelantarnos a la caravana, y cuando encontrábamos un paraje adecuado para que pastasen las acémilas, nos deteníamos. Así seguimos haciendo hasta que se extravió en el desierto un hombre conocido por Ibn Zīrī. Desde entonces no volví a adelantarme a la caravana, ni a retrasarme. Entre este Ibn Zīrī y un primo suyo, por el lado materno, llamado Ibn ‘Adī, se había producido una disputa llegando a insultarse, a consecuencia de lo cual se rezagó de la caravana, perdiéndose. Al acampar los viajeros no se halló traza alguna de él. Yo indiqué a su primo que contratara los servicios de un *massūfī* para que buscara sus huellas y quizá lo encontraría, pero se negó. Al día siguiente, uno de los *massūfīs* se avino de buen grado y sin cobrar salario alguno a ir en su búsqueda. Y, efectivamente, dio con el rastro, que unas veces seguía el camino y otras lo perdía, pero sin hallar al extraviado. Acabábamos de encontrar una caravana en nuestra ruta, cuyos viajeros informaron de que algunos hombres se les habían separado y así encontramos a uno de ellos muerto bajo un arbusto de los que hay en los arenales: tenía sus ropas encima y en la mano un rebenque. El agua sólo estaba a una milla de distancia de donde cayera.

Llegamos a Tāsarahlā, donde hay pozos de agua y es lugar de acampada de las caravanas. Se reposa durante tres días, se reparan y llenan los odres, que son

envueltos en costales bastos para evitar la evaporación, y desde este punto se envía al explorador [*takšīf*].

Acerca del explorador

Se llama *takšīf* a cualquier hombre de los Massūfa a quien la caravana alquila para que la preceda hasta Īwālātan, llevando las cartas de los viajeros a sus amigos allí residentes, a fin de que les alquilen viviendas y salgan a esperarles con agua a una distancia de cuatro jornadas. Quien carece de conocidos en Īwālātan escribe a algún mercader de allí bien conocido por sus buenas obras, para que le atienda del mismo modo, y así lo hace. En ocasiones, el explorador sucumbe en este desierto, y al no saber de la caravana los habitantes de Īwālātan, mueren los viajeros o buena parte de ellos. En este desierto hay numerosísimos genios malignos, y si el *takšīf* está solo, juegan con él y le cautivan la atención hasta que olvida su propósito y perece, puesto que no hay camino visible ni señal alguna, sólo arenas que el viento arrastra: puedes ver dunas en un sitio luego trasladadas a otro. Allí, el guía es quien haya repetido el viaje muchas veces y tenga mente despierta. Me asombró que el nuestro, tuerto y con el otro ojo averiado, era el mejor conocedor de la ruta. El explorador que contratamos en aquel viaje para adelantarse cobró cien meticales de oro y era un Massūfa. A la noche del séptimo día, tras su marcha, divisamos las hogueras de quienes salieran a nuestro encuentro, con lo que nos llenamos de contento.

Este desierto fulgura resplandeciente, el pecho se ensancha, el espíritu se apacigua y es lugar a cubierto de salteadores. Abundan allí las vacas salvajes [*addax*] y se acercan en rebaños a la caravana hasta el punto de que los viajeros pueden cazarlas con perros y flechas, pero su carne da sed y por eso las gentes se guardan de comerla. Es curioso que cuando se mata a estas vacas en sus tripas se halla agua. Yo he visto a algunos Massūfa exprimiéndolas para beber el agua que tuvieran. También las serpientes abundan en este desierto.

Suceso

Había con nosotros en la caravana un comerciante de Tremecén conocido por el Ḥaÿÿ Zayyán que acostumbraba a atrapar culebras y entretenerse con ellas. Yo le había indicado que cesara en tal hábito, pero hizo caso omiso. Cierta día metió la mano en la madriguera de un lagarto para sacarlo y en su lugar encontró una serpiente, la cogió y al ir a montar a caballo le picó en el dedo índice de la mano derecha, produciéndole un fuerte dolor. Se le cauterizó, pero las punzadas iban en aumento a la tarde, entonces el hombre degolló un camello e introdujo su mano en el

vientre, manteniéndola en tal lugar a lo largo de toda la noche. El dedo se fue descarnando y se lo cortó de raíz. Los Massūfa nos contaron que la culebra habría bebido agua antes de morderle, pues de no ser así le hubiera matado.

Cuando nos juntamos con quienes salieron a recibirnos con agua dimos de beber a nuestros caballos y penetramos en un desierto calurosísimo y diferente de los parajes anteriores. Nos poníamos en marcha después de la oración de *al-‘aṣr* y caminábamos toda la noche para acampar a la mañana. Hombres de las tribus Massūfa, Bardāma y otras acudían con cargas de agua para vendernos. Finalmente entramos en la ciudad de Īwālātan el primer día del mes *Rabī‘ I*, tras un viaje de dos meses completos desde Siḡilmāsa. Īwālātan es el primer dominio del país de los negros [Sudán occidental]. Allí el gobernador en nombre del sultán es Farbā Ḥusayn. *Farbā* significa «delegado».

En llegando, los comerciantes colocaron sus bagajes en una explanada y encomendaron a los negros guardarlos, a continuación se dirigieron al *farbā*, que estaba sentado en una alfombra bajo un techado, con su escolta ante él, armados con lanzas y arcos. Los principales de los Massūfa se hallaban detrás. Los mercaderes se detuvieron frente al *farbā* y éste les habló por medio de un truchimán, pese a estar muy próximos a él, como muestra de desprecio. En ese instante me arrepentí de haber ido a tal país, por los malos hábitos de comportamiento de sus habitantes y su desdén para con los blancos. Yo me encaminé a casa de Ibn Baddā’, hombre distinguido de Salé, a quien yo escribiera para que me alquilase una casa, como así lo hizo. Después, el intendente de Īwālātan, llamado Manšā Ŷū, invitó a los viajeros de la caravana a un banquete. Yo me negué a asistir, pero mis amigos porfiaron de tal manera que fui en compañía de los otros. Trajeron la comida consistente en mijo molido y mezclado con un poco de miel y leche cuajada. Venía en una media calabaza a la que habían dado apariencia de escudilla. Los presentes bebieron y marcharon. Entonces dije a mis acompañantes: «¿Para esto nos ha invitado el negro?». Y me respondieron: «Sí, es la mejor muestra de hospitalidad entre ellos». En ese momento tuve la certidumbre de que nada bueno se podía esperar de tal gente y quise regresar con los peregrinos de Īwālātan, pero luego me vino a las mientes la idea de ir a conocer la capital de su rey. Mi estancia en Īwālātan duró unos cincuenta días y las gentes de allí me honraron, así, por ejemplo, me dieron su hospitalidad el cadí M. b. ‘Abdallāh b. Yanūmar y su hermano el alfaquí y maestro Yaḥyà.

En el poblado de Īwālātan el calor es tórrido, hay algunas palmeritas a cuya sombra cultivan melones. El agua la extraen de bolsas que hay bajo la arena. La carne de cordero abunda y la gente viste buenas ropas egipcias. La mayor parte de los habitantes son Massūfa, sus mujeres muy hermosas y más consideradas que los hombres.

Los massūfies que habitan en Īwālātan

Asombra la condición de esta etnia por sus raras costumbres. Los hombres nunca tienen celos de sus mujeres, ni toman el nombre de su padre sino el de su tío materno. La herencia recae en los sobrinos [hijos de la hermana] y no en los hijos propios, cosa que jamás vi en el mundo, excepto entre los paganos hindúes del país de Malabar. Sin embargo, los *massūfīs* son musulmanes y cuidadosos de practicar las oraciones, aprender la ley religiosa y estudiar el *Corán*, pero sus mujeres no tienen recato alguno ante los hombres, ni se velan pese a cumplir fielmente con los rezos. Quien quiera puede desposarlas pero ellas no viajan con su esposo y si alguna lo pretendiera sus familiares se lo impedirían. Allí las mujeres tienen amigos y compañeros extraños y del mismo modo los varones mantienen amistades con mujeres ajenas a la familia, así, por ejemplo, un hombre entra en su casa y encuentra a su esposa en compañía de un amigo y no desaprueba tal conducta.

Incidente

Cierto día entré a casa del cadí de Īwālātan tras haberme él autorizado y le encontré en compañía de una mujer muy joven y de belleza maravillosa. Al verla quedé dudando y quise volver atrás. Ella se rió de mí sin que le afectara rubor alguno. El juez me dijo: «¿Por qué te vas a ir? Es amiga mía». Tal comportamiento me dejó perplejo, porque este hombre es un alfaquí y ha peregrinado a La Meca. Incluso me contaron que este año pidió licencia al sultán para hacer la peregrinación de nuevo acompañado de una amiga —no se si aquélla u otra— pero no se la concedió.

Otro suceso semejante

Cierto día fui a ver a Abū M. Yandakān al-Massūfī con el que llegáramos a la ciudad y le hallé acucillado en una alfombra. En el medio de la casa había una cama con dosel en la que una mujer descansaba con un hombre sentado a su vera charlando entre sí. Pregunté al dueño de la casa: «¿Quién es esta mujer?». Y me respondió: «Es mi esposa». A esto dije: « ¿Y qué relación tiene con ella el hombre que la acompaña?». «Es un amigo», contestó. Y yo: « ¿Y estás satisfecho con tal cosa, tú que has vivido en nuestros países y que conoces la ley de Dios?». Y repuso: «La amistad de hombres y mujeres entre nosotros está bien vista y no tiene nada de sospechoso. Además, nuestras mujeres no son como las vuestras». Quedé espantado de su necedad, salí de la casa y me negué a volver más, aunque me invitó varias veces.

Una vez resuelto a marchar a Māllī, que está a una distancia de veinticuatro jornadas de Īwālātan a buen paso, contraté a un guía *massūfī* —pues no hay necesidad

de marchar en grupo por lo seguro del camino— y salí con tres compañeros míos. La ruta es muy frondosa, con árboles enormes, centenarios^[412], uno solo de los cuales puede dar sombra a una caravana entera. Otros aun sin hojas ni ramas, pueden, sólo con el tronco, dar cobijo a un hombre; y los hay que, carcomidos, recogen el agua de lluvia a modo de estanque y los caminantes la beben; y en otros anidan abejas cuya miel recolecta la gente. En cierta ocasión pasé junto a uno de estos árboles y me topé en su interior trabajando a un tejedor que lo había adoptado por taller.

Dice Ibn Ŷuzayy: «En el país de al-Andalus existen dos castaños en cuyas cavidades trabajan sendos tejedores fabricando telas, uno está en Guadix y el otro en las Alpujarras de Granada».

Vuelta al relato.

En los árboles de la algaba que se extiende entre Īwālātan y Māllī hay frutos semejantes a las peras, manzanas, melocotones y albaricoques, pero distintos. Hay otros que dan una fruta parecida a un pepino alargado, pero al entrar en sazón se hiende y segrega algo como harina que guisan y comen vendiéndose en los mercados. También se extraen de la tierra unas pepitas similares a las habas^[413] que los habitantes fríen y comen, siendo su sabor como el del garbanzo frito. A veces las muelen y hacen una especie de pastel esponjoso, frito con *gartī* que es una fruta comparable a la pera, dulcísima pero dañosa para los blancos que la coman y de cuyos güitos machacados se obtiene un aceite de varios usos, por ejemplo cocinar, prender lámparas, freír esta «*esponja*», utilizarlo como ungüento, o mezclarlo con una tierra que allí existe para enjalbregar las casas como si fuera cal. Este fruto es muy abundante en la región transportándose de poblado a poblado en enormes calabazas cuya capacidad alcanza la de los cántaros en nuestras tierras. Las calabazas en Sudán son inmensas, de ellas fabrican cuencos, cortándolas en dos y así sale de cada mitad una escudilla que decoran muy bellamente. Cuando alguien se pone en viaje le siguen sus siervos y esclavas portando sus cobertores y vasijas para comer y beber, hechas de calabaza. El viajero en esas regiones no lleva provisiones, ni viandas, ni monedas de oro o plata, sino pedazos de sal, cuentas de vidrio que llaman *naẓm* y algunos perfumes. De estos últimos los que más le gustan son el clavo, la almáciga y el *tāsargant* [falso incienso], que es, entre ellos, el incienso. Al llegar a una aldea acuden al viajero las mujeres de los negros con mijo, leche agria, gallinas, harina de loto, arroz, *fūnī* —parecido a los granos de mostaza y con el que se preparan el alcuzcuz y la ‘*aṣīda*^[414]— así como con harina de alubia. De esto se compra lo que se quiere, pero comer de aquel arroz perjudica a los blancos en tanto que el *fūnī* es mejor.

A una distancia de diez jornadas de Īwālātan llegamos al poblado de Zāgarī, que es grande y en el cual habitan mercaderes negros llamados Warŷarāta y con ellos una comunidad de blancos pertenecientes a la secta *ibādī*, de los *jāriŷīes*^[415], denominados *ṣaganagū*.

A los ortodoxos blancos *sunnīes mālikīes* llaman *tūrī*. Desde esta aldea se lleva el mijo a Īwālātan. Desde Zāgarī seguimos viaje hasta el gran río, que es el Nilo^[416] a cuyas orillas está el poblado de Kārsajū. El Nilo (*sic*) baja hacia Kābara y luego hacia Zāga. En estas dos poblaciones hay sendos régulos sometidos a la obediencia del rey de Māllī. Los habitantes de Zāga son musulmanes desde antiguo, su piedad les hace interesarse por las ciencias religiosas. Después el Nilo (*sic*) sigue su curso por Tombuctú [Tunbuktū] y Kaw-Kaw, a las que mencionaremos y a continuación pasa por la población de Mūlī, en el país de los *līmiyyīn*, que es el último dominio de Māllī. Luego pasa por Yūfī, uno de los mayores territorios del Sudán, cuyo soberano es un gran rey. Los blancos no pueden penetrar en Yūfī porque los matarían antes de llegar allí. El río desciende a continuación hacia el país de Nubia cuyos habitantes son cristianos^[417] y a Dunqula, que es la mayor de sus ciudades. El sultán de ese lugar, llamado Kanz ad-Dīn, abrazó el Islam durante el reinado de al-Malik an-Nāṣir. Más adelante el río baja hacia Ŷanādil [cataratas del Nilo] que es el confín del país de los negros y el comienzo del territorio de Asuán, en el Alto Egipto.

En este punto [Kārsajū] del río vi un cocodrilo, cerca de la orilla, que era como una barquichuela. Cierta día bajé al Nilo para cumplir una necesidad y he aquí que un negro vino y se plantó entre el cauce y yo. Quedé espantado de su mala educación y desvergüenza y referí el asunto a algunas personas que me dijeron: «Hizo eso porque temía por ti, para protegerte del cocodrilo se situó entre tú y él». Desde Kārsajū proseguimos hasta el río Ṣanṣara [¿Sankarani?], que está a unas diez millas de Māllī, ciudad en la cual no se puede penetrar sino con licencia para ello. Con anterioridad yo había escrito a la comunidad de blancos —cuyos principales eran M., hijo del Alfaquí al-Ŷuzūlī y Šams ad-Dīn b. an-Naqwīš al-Miṣrī— para que me alquilasen una casa y en llegando al mencionado río crucé en la barca sin que nadie me lo impidiese y entré en la ciudad de Māllī^[418], capital del rey del Sudán. Me alojé cerca del cementerio y me llegué al barrio de blancos encaminándome a ver a M. b. al-Faqīh, a quien encontré. Este me había alquilado una casa por frente de la suya y allí me dirigí. Su suegro, el alfaquí y lector ‘Abd al-Wāḥid, me trajo un candelabro y comida. Al día siguiente vinieron el hijo del alfaquí [Muḥammad], Šams ad-Dīn b. an-Naqwīš y ‘Alī az-Zūdī de Marrakech, que era hombre letrado. Me entrevisté con el cadí de la ciudad, ‘Abd ar-Raḥmān, que me visitó: era negro, hombre de mérito, de natural generoso y había hecho la peregrinación. Como adiafa me envió una vaca.

También conocí al trujamán Dūgā, negro muy principal y distinguido, quien me regaló un buey. El alfaquí ‘Abd al-Wāḥid Garāratayn me obsequió con *fūnī* y una calabaza de *gartī*. Muḥammad añadió arroz y *fūnī* a estos regalos, en tanto Šams ad-Dīn me ofrecía un banquete de hospitalidad. Me proporcionaron cuanto precisaba del más completo modo: que Dios les premie sus buenas obras. El hijo del alfaquí estaba casado con la prima, por lado paterno, del sultán y ésta nos proveía de alimentos y otras cosas.

Diez días después de llegar allí comimos una ‘*asīda* condimentada con algo

semejante a la colocasia —que llaman *qāfi* y que es más apreciada entre ellos que cualquier otra comida— y caímos todos enfermos. Éramos seis y uno de nosotros murió. En cuanto a mí, marché a cumplir la oración de la aurora y me desvanecí mientras rezaba. Pedí a cierto egipcio algún remedio purgante y me trajo uno llamado *baydar* compuesto de raíces de plantas, lo mezcló con anís y azúcar y lo disolvió en agua. Ingerí el brebaje y vomité cuanto comiera junto con mucha bilis amarilla. Dios me salvó de la muerte pero estuve enfermo dos meses.

Mención del sultán de Mālī

El rey es Mansà Sulaymān. *Mansà* significa «sultán» y Sulaymān es su nombre. Es un rey avariento del que no se puede esperar regalo de valor. Ocurrió que permanecí este tiempo en Mālī sin verle a causa de mi dolencia y luego dispuso un banquete de pésame con motivo del fallecimiento de nuestro señor Abū l-Ḥasan, invitando a los alfaquíes, al juez y al predicador, a los cuales acompañé. Trajeron los estuches del *Corán* y se hizo una lectura completa, luego elevaron preces por nuestro señor Abū l-Ḥasan y por Mansà Sulaymān. Al terminar éstas, avancé para saludar al rey a quien el cadí, el jatib y el hijo del alfaqui informaron de mi situación. Les contestó en su lengua y mis acompañantes me dijeron: «El sultán te exhorta a que des gracias a Dios». Entonces musité: «Alabado sea Dios y démosle gracias en cualquier circunstancia».

De la mezquina hospitalidad de los negros y de cómo la magnifican

Tras mi marcha se me envió el regalo de hospitalidad. En primer término lo dirigieron a casa del cadí y éste me lo remitió con sus adláteres a casa del hijo del alfaquí, el cual se apresuró, descalzo, a venir donde yo estaba. Entró diciendo: «Alza, que te llegan las ropas y regalos del rey». Pensé que se trataría de vestidos de honor y dineros, pero he aquí que sólo eran tres hogazas de pan, un trozo de carne de vaca frita con *gartī* y una calabaza con leche cuajada. Al verlo, me eché a reír y fue grande mi asombro ante la simpleza de estas gentes y la forma cómo exageraban la importancia de algo tan ruin.

Mi conversación con el sultán y las mercedes que me hizo

Después de enviarme tal regalo de adiafa se pasaron dos meses sin que me obsequiara con ninguna otra cosa, llegando el mes de Ramadán. Por mi parte, yo

frecuentaba el lugar de audiencias, le saludaba y me sentaba con el juez y el jatib. Expliqué la situación a Dūgā, el trujamán, y éste me respondió: «Háblale y yo le explicaré lo que sea oportuno». Con ocasión de una audiencia, a primeros de Ramadán, me alcé ante él y dije: «He viajado por las regiones de la Tierra y conocido a sus reyes, ahora estoy en tu país desde hace cuatro meses, sin que me ofrezcas hospitalidad ni me des nada, ¿qué diré de ti ante los otros soberanos?». Respondió: «No te he visto ni te conozco». El cadí y el hijo del alfaquí se levantaron para contestarle al tiempo que decían: «Te presentó sus respetos y tú le enviaste alimentos». Entonces dispuso una casa para que yo residiera en ella así como una cantidad para mis gastos. Más tarde, el veintisiete de Ramadán, repartió entre el cadí, el jatib y los alfaquíes una limosna [*zakāt*]. A mí me dio treinta y tres meticales y un tercio. También al marchar de allá, me favoreció con cien meticales de oro.

Las audiencias en su pabellón

El rey tiene un pabellón abovedado, de cierta altura, cuya entrada se halla en el interior de su residencia. Allí pasa la mayor parte del tiempo. El edificio, por el lado del salón de audiencias, tiene tres aberturas de madera celadas por batientes de plata y debajo otras tres con planchas de oro, o de plata dorada. Por delante hay cortinas de lana que en los días de sesiones se levantan y así se sabe que el sultán acudirá a despachar. Una vez se sienta, sacan por una celosía de las ventanas un cordón de seda con un pañuelo egipcio, a rayas, atado y la gente, al verlo, golpea los tambores y hace sonar los albogues.

Luego salen por la puerta del palacio unos trescientos esclavos, unos con arcos, otros con venablos y adargas. Los lanceros se plantan a derecha e izquierda del pabellón y los arqueros se sientan con la misma disposición. Luego se traen dos caballos enjaezados y embridados, así como dos carneros, pues aseguran que éstos preservan del mal de ojo. Cuando el rey ya está en su sitio, salen presurosos tres esclavos y llaman al visir Qan'yā Mūsā. Acuden los *farāriyya* —comandantes— y vienen el jatib y los alfaquíes que se sientan ante los guerreros, a derecha e izquierda, en el salón de audiencias. Entonces se levanta Dūgā, el intérprete, junto a la puerta de la sala, vestido con ropas magníficas de *zardajāna* [seda fina], entre otras, tocado con un turbante ribeteado que por allí adornan maravillosamente y ciñendo al hombro una espada cuya vaina es de oro. En los pies calza botas y espuelas: nadie más que él en tal día puede ir así calzado. En las manos porta sendas jabalinas, una de las cuales es de oro y la otra de plata, pero ambas con puntas de hierro.

Los guerreros, gobernadores, pajes, Massūfa, etc., se sientan fuera del salón de sesiones en una amplia calle arbolada que hay. Cada comandante tiene ante sí a sus hombres, provistos de lanzas, arcos, atabales, albogues —que hacen con colmillos de elefante— e instrumentos musicales de caña y calabaza que se golpean con varillas y

producen un maravilloso sonido^[419].

Los comandantes llevan una aljaba colgada de los hombros en tanto sostienen el arco en la mano y montan a caballo. Sus guerreros se reparten entre infantes y jinetes. Dentro del salón de audiencias y bajo de las ventanas, hay un hombre de pie, así quien quiere hablar al sultán se dirige a Dūgā, éste habla al hombre mencionado y éste al rey.

Las sesiones de audiencia

A veces recibe en audiencia en el salón del consejo donde existe una bancada, a la que denominan *penpi*, bajo un árbol, con tres escalones. Se recubre de seda y se colocan almohadones por encima y se alza la sombrilla, que se asemeja a una cúpula de seda coronada por un ave de oro del tamaño de un halcón. El rey sale por una puerta que hay en la esquina del palacio con el arco en la mano y el carcaj a la espalda. En la cabeza lleva un bonete de oro sujeto por una banda también de oro cuyas puntas están afiladas como cuchillos y de más de un palmo de largas. Generalmente, viste una aljuba roja afelpada, de esas telas de los cristianos que se llaman *mutanfas*. Por delante de él salen los cantores con *qanābir*^[420] de oro y plata en las manos, mientras le siguen unos trescientos esclavos armados. El camina lentamente, muy despacio, a veces se detiene incluso. Cuando ha llegado al *penpi* se para mirando a la gente, luego sube con parsimonia, tal como lo hace el predicador en el almimbar. En el momento de sentarse se baten tambores y suenan albogues y añafiles. Tres esclavos salen rápidamente y llaman al primer ministro y los comandantes que entran y toman asiento, se traen los dos caballos y la pareja de carneros. Dūgā se sitúa a la entrada y los demás en la calle, bajo los árboles.

De cómo los negros se humillan ante su rey y se cubren de polvo por él así como de otras circunstancias que les conciernen

Los negros son la gente más sometida a su soberano y la que más se humilla ante él. Hasta juran por su nombre, diciendo *Mansà Sulaymān Kī*. Sī, una vez sentado en el pabellón, llama por alguien, éste se quita las ropas y se pone otras usadas, arranca su turbante y se coloca un gorro sucio, luego entra alzándose ropaje y zaragüelles hasta media pantorrilla. Se adelanta humilde y sometido y golpea la tierra fuertemente con los codos, prosternándose como si fuera a rezar. En tal postura oye al rey. Si alguno habla al sultán y éste le responde, se quita la ropa de la espalda y vierte tierra sobre su cabeza y hombros, igual que hace con agua quien cumple las abluciones. Yo quedaba asombrado de cómo no se les cegaban los ojos. Cuando habla

el rey, en la audiencia, los presentes se quitan los turbantes y callan ante sus palabras. En ocasiones, uno se levanta y menciona lo que hiciera en su servicio, diciendo: «Hice tal en tal día, maté a fulano en tal fecha». Quien sepa de la veracidad de sus afirmaciones lo confirma tirando de la cuerda de su arco, que luego suelta como si lo disparase. Si el sultán acepta lo dicho como cierto o se lo agradece, el hombre se desnuda y cubre de polvo, lo que entre ellos es signo de buena educación.

Dice Ibn Ŷuzayy: «Me contó el secretario de Estado, el alfaquí Abū l-Qāsim b. Riḍwān, que cuando el Hāy̆y, Mūsà al-Wan̆yārātī vino como embajador de Mansà Sulaymān ante nuestro señor Abū l-Ḥasan, al entrar en el egregio salón con él traía uno del séquito con un cofín lleno de tierra y cada vez que nuestro señor le hablaba se cubría de polvo según hacía en su país».

De cómo el rey cumple la oración en los días festivos y solemnes

Durante mi estancia en Māllī tuvieron lugar las dos fiestas del Sacrificio y de fin de Ramadán. Las gentes salieron hacia el oratorio —situado cerca del palacio del rey— bien vestidos de blanco. El sultán iba a caballo, tocado con un *ṭaylasān* [caperuza] que los negros sólo se ponen en las fiestas señaladas, excepto el cadí, el predicador y los alfaquíes que lo llevan siempre. Estos últimos, en el día de la fiesta, marchaban delante del rey diciendo: «No hay más dios que Dios» y «Dios es el Todopoderoso». Precedidos todos por enseñas rojas de seda. Frente al oratorio se había colocado una carpa en la que entró el soberano y allí se dispuso para la ceremonia. Después salió hacia el oratorio y se cumplieron rezo y sermón. El predicador bajó, tomó asiento frente al sultán y habló largamente. Había allí un hombre con una lanza en la mano que aclaraba en su lengua a la gente lo que el predicador decía, que eran advertencias, admoniciones y alabanzas para el sultán, así como exhortaba a obedecerle y respetarle como era obligado. El sultán se sienta en los días de las dos fiestas en el *penpi* tras la oración de *al-‘aṣr*. Los escuderos comparecen con armas magníficas como aljabas de oro y plata, espadas y vainas con demasquinados de oro, lanzas del mismo material y mazas de cristal. Junto al rey, espantándole las moscas, permanecen cuatro jefes que portan en las manos una joya de plata parecida al estribo de la silla de montar. Los jefes, el cadí y el jatib toman asiento como es costumbre y se presenta Dūgā con sus cuatro mujeres y sus esclavas, que son unas cien, vestidas con bellas ropas y ceñidas sus cabeza, por diademas adornadas con manzanas, todo ello de oro y plata.

Para Dūgā se dispone un elevado sitio en el que se acomoda comienza a tocar ese instrumento hecho de cañas y con cascabeles por debajo. Canta poemas de panegírico al sultán, mencionando sus hazañas y expediciones guerreras. Sus mujeres y esclavas le acompañan en el canto y juegan con arcos. También participan unos treinta jóvenes esclavos de Dūgā vestidos con túnicas de bandas rojas y tocados con bonetes blancos.

Todos ellos llevan al cuello colgado un tambor que golpean. Después vienen los pequeños pupilos del lengua, hacen juegos y acrobacias en el aire parecidas a las del Sind. En todo esto muestran una gran elegancia y agilidad asombrosa. También en la esgrima de la espada alcanzan suma belleza.

Dūgā maneja el sable de un modo admirable. En ese momento el rey ordena ofrecerle un buen regalo y traen una bolsa con doscientos meticales de oro en polvo, cuyo contenido se proclama entre las gentes. Los jefes se levantan y tensan sus arcos en señal de gracias al soberano. Al día siguiente cada uno de éstos hace un presente a Dūgā según sus posibilidades. El intérprete realiza todos los viernes después de la oración de *al-‘aṣr* estas mismas prácticas.

Del estilo bufonil con que los poetas recitan ante el rey

El día de la fiesta, tras haber Dūgā concluido sus juegos, comparecen los poetas, a los que llaman *Ŷūlā* y en singular *ŷālī*. Cada uno de ellos se presenta dentro de una figura hecha con plumas semejantes a las del gorrión y con una cabeza de madera provista de un pico rojo a manera de ese mismo pájaro. Se plantan ante el soberano de esta guisa tan risible y recitan sus composiciones. Me contaron que los poemas son una especie de exhorto en el cual dicen al sultán: «ese *penpi* en que te sientas antes tuvo encima a tal rey cuyas hazañas fueron las siguientes y a tal otro cuyos hechos fueron así y así, por lo tanto haz el bien para que se recuerde por tu posteridad».

A continuación sube el principal de los bardos los escalones del *penpi* y coloca su cabeza en el regazo del rey. Luego asciende a lo más alto del estrado y pone su cabeza en el hombro derecho del sultán para pasar más tarde al izquierdo mientras habla en su lengua y, por último, baja. Se me informó que ésta es costumbre antigua entre ellos, anterior a la adopción del Islam y mantenida posteriormente.

Suceso

Cierto día estaba yo presente en la audiencia del soberano cuando llegó uno de los alfaquís procedente de un territorio lejano. Compareció ante el rey y habló largamente. Después se levantó el cadí y dio fe de sus palabras y, por último, el mismo sultán atestiguó de la veracidad de ambos. Alfaquí y juez se quitaron los turbantes y se arrojaron polvo por encima delante del monarca. A mi lado había un hombre blanco que me preguntó: «¿Sabes lo que decían?». Repuse: «No sé». Y añadió: «El alfaquí ha informado que ha caído una plaga de langosta en su comarca y que un hombre venerable de allá salió al lugar del desastre quedando espantado de la cantidad que había y comentó: “Mucha langosta es”. A esto le contestó una de ellas:

“Dios nos envía a arruinar los sembrados de aquel país en que la injusticia prolifera”. El juez y el rey han dado por buenas sus palabras».

Con tal motivo el sultán se dirigió a los jefes: «Yo estoy a salvo de haber cometido injusticias y he castigado a aquellos de vosotros que incurrieron en abusos. Quien quiera que conozca a alguien responsable de iniquidades sin hacérmelo saber, caigan sobre su cuello las culpas del otro, pues Dios le pedirá cuentas». Al terminar de hablar, los jefes se quitaron los turbantes y declararon ser inocentes de cualquier injusticia.

Incidente

En cierta ocasión estaba yo en la oración del viernes y se levantó un mercader *massūfī*, que también era persona de letras, llamado Abū Ḥafṣ y dijo en alta voz: «Fieles que me escucháis en esta mezquita, os tomo por testigos en mi demanda contra Manšā Sulaymān ante el juicio del Enviado de Dios». Entonces salieron de la macsura del rey varios hombres inquiriéndole: «¿Quién te ha maltratado o arrebatado algo?». El comerciante respondió: «Manšā Ŷū de Īwālātan, es decir, el gobernador de allá, que me quitó mercancías por valor de seiscientos meticales y pretendía pagarme por ellas sólo cien». El soberano mandó por el inculpado —que compareció unos días más tarde— y dejó el asunto en manos del cadí, quien afirmó los derechos del negociante, que recuperó sus cosas en tanto el funcionario era destituido.

Suceso

Durante mi estancia en Māllī coincidió que el sultán se enojó con la primera de sus esposas, prima paterna suya, a la que llamaban Qāsā, lo cual significa en su lengua «reina». Además participaba del poder con su marido, según es habitual entre los negros, hasta el punto de que se mencionaban los nombres de ambos, juntos, en la oración del viernes. El rey la hizo apresar por uno de los jefes y entronizó en su lugar a su otra esposa Banŷū, que no era de estirpe real. El pueblo habló mucho sobre esto, desaprobando tales actos. Y sucedió que las primas paternas del rey acudieron a felicitar a la nueva reina por su ascensión al trono, poniéndose ceniza en los codos, pero sin volcarse polvo sobre la cabeza. Luego el sultán liberó a Qāsā y estas mismas primas fueron a darle sus parabienes por tal acontecimiento empolvándose por completo como es costumbre. Barŷ se quejó de ese proceder al soberano y éste se irritó sobremanera con sus primas, las cuales, temerosas de él, se refugiaron en la mezquita aljama. Luego las perdonó invitándolas a presentarse ante él. Allí es costumbre cuando entran mujeres a presencia del rey que se despojen de sus vestidos

y comparezcan desnudas. Así lo cumplieron y él quedó satisfecho de ellas, que por espacio de siete días estuvieron presentándose a la puerta del rey mañana y tarde como hace todo aquel a quien el sultán ha perdonado.

Qāsā, entre tanto, salía a caballo diariamente al frente de esclavas y esclavos — todos ellos con tierra sobre la cabeza— y se detenía en el lugar de audiencias, con un velo cubriéndole el rostro. Y como los jefes hablasen mucho sobre todo este asunto, el sultán los reunió en el salón de sesiones y Dūgā les dijo en su lengua: «Habéis hablado mucho de Qāsā, pero ella incurrió en una grave falta». Y trajeron a una de sus esclavas, con grilletes en los pies y las manos sujetas al cuello, instándole a que hablara. Entonces contó que Qāsā la había enviado a Ŷaṭal, primo paterno del sultán que andaba huido por Kanburnī, invitándole a derrocar al monarca con las siguientes palabras: «Tanto yo como todos los guerreros te obedeceremos». Al oír esto los jefes proclamaron: «Es un delito muy grave y por él merece la muerte». Qāsā tuvo miedo y se refugió en la residencia del predicador; porque, entre ellos, es costumbre buscar seguro en la mezquita y —de no ser posible— en casa del jatib.

Los negros odiaban a Mansà Sulaymān por su tacañería. Antes de él reinó Mansà Magà y con anterioridad, Mansà Mūsà^[421] que fue persona generosa y pía. Quería a los blancos y les favorecía y fue él quien en un solo día regaló cuatro mil meticales a Abū Ishāq aṣ-Ṣāḥilī. Alguien de confianza me contó que el mismo rey obsequió un día tres mil meticales a Mudrik b. Faqqūs y que su abuelo Sāraq Ŷāṭa abrazó el Islam instado por el abuelo de este Mudrik.

Historia

Mudrik, el alfaquí, me contó que un hombre de Tremecén llamado Ibn Šayj al-Laban había favorecido al sultán Mansà Mūsà con siete meticales y un tercio cuando era chico, siendo por entonces un muchacho sin rango. Luego sucedió que Ibn Šayj al-Laban compareció ante él por una querella, ya de sultán. El rey le reconoció, llamó y acercó a sí hasta sentarle consigo sobre el *penpi*, pidiéndole que relatara su buena acción para con él. Después dijo a los jefes: «¿Cuál es la recompensa de quien realiza una buena obra?». Le replicaron: «Un premio diez veces mayor, así pues dale setenta meticales». El rey le obsequió setecientos, un ropaje de honor, esclavos y sirvientes, al tiempo que le ordenaba no separarse ya de sí. Esta misma historia me la corroboró el hijo del mentado Ibn Šayj al-Laban, que era persona letrada y enseñaba el *Corán* en Māllī.

Virtudes y defectos de los negros, a mi entender

Entre sus buenas cualidades se cuentan:

Lo raros que son allí los abusos. Se trata de la gente más lejana a la injusticia y su rey no perdona a nadie el más mínimo desliz.

La total seguridad existente en sus territorios, de manera que ni viajeros ni lugareños tienen que temer a ladrones o salteadores.

El respeto hacia las riquezas de los blancos que fallecen en sus tierras, por enormes tesoros que sean, pues lo depositan en manos de algún blanco de confianza hasta que se hagan cargo los legítimos herederos.

Su exactitud en los rezos, junto a la asiduidad con que practican las reuniones de la comunidad, así como el hecho de que pegan a sus hijos si faltan. Los viernes la persona que no madruga para acudir a la mezquita no encuentra dónde rezar por el mucho gentío presente. Acostumbran despachar a los esclavos por delante a extender sus alfombras en lugar apropiado y esperarles hasta que el amo acude a la mezquita. Estas alfombras están hechas con las hojas de un árbol semejante a la palmera, pero sin frutos.

Vestirse con buenas ropas blancas los viernes. Si alguien no tiene más que una sola camisa pasada, cuando menos la lava para asistir a la oración de la mezquita.

Su gran atención en el aprendizaje del venerado *Corán*. Cuando los niños descuidan su estudio, les ponen grilletes en los pies y no se los quitan hasta que lo saben de memoria. El día de la fiesta entré a ver al cadí —cuyos hijos estaban encadenados— y le pregunté: «¿No los vas a soltar?». Él me contestó: «No haré tal hasta que sepan el *Corán*». En otra ocasión pasé junto a un guapo joven que vestía lujosas ropas, pero con los pies aherrajados por argollas y dije a quien me acompañaba: «¿Qué ha hecho éste? ¿Ha matado?». El mozo me entendió y se echó a reír, en tanto me decían: «Se le encadenó para que estudie el *Corán*».

Entre las malas acciones de estos negros hay que citar:

El que las siervas, las esclavas y las niñas aparezcan en público desnudas, mostrando las vergüenzas. En Ramadán he visto a muchas de tal guisa, porque los jefes acostumbran a romper el ayuno en la residencia real, acudiendo cada uno con su comida que es transportada por veinte, o más, esclavas desnudas.

Que las mujeres todas entren desnudas y sin velo en la cara a presencia del rey, cuyas hijas también van sin ropa alguna. En la noche del veintisiete de Ramadán vi unas cien esclavas que salían con la comida del palacio desnudas. Y con ellas dos de las princesas, adolescentes, sin velo.

Arrojarse polvo y ceniza sobre la cabeza en señal de acatamiento.

Las bufonadas que conté anteriormente a propósito de la recitación de poesías.

El que muchos de ellos coman carroñas, perros y burros.

Mi salida de Māllī

Llegué a la ciudad el 14 de *Ŷumādā* I del año 753 H. [= 1352] y salí el 22 de *Muḥarram* del año 754 H. [= 1353]. Me puse en viaje acompañado por un mercader al que se conocía por Abū Bakr b. Ya'qūb, enderezando por el camino de Mīma. Yo montaba un camello porque los caballos allá son muy caros: su precio alcanza el equivalente a cien meticales.

Ganamos un gran canal que sale del Nilo [sic, nuevamente es el Níger] y que no se puede franquear sino en barca. Es un lugar abundante en mosquitos y nadie pasa por allí más que en las horas de oscuridad. Nos pusimos en el canal cuando iba transcurrido un tercio de la noche, que era de luna.

Mención de los caballos [hipopótamos] que hay en el Nilo

Una vez llegados al canal contemplé cerca de la ribera dieciséis bestias, de naturaleza enorme, que me dejaron asombrado y pensé que se trataría de elefantes, los cuales abundan por allá, pero luego vi cómo entraban en el río y dije a Abū Bakr b. Ya'qūb: «¿Qué animales son éstos?». Él me respondió: «Se trata de *caballos de mar* [sic] que salieron a pacer a tierra». Son más gruesos que los caballos, tienen crines y cola y las cabezas semejantes a las de los equinos, pero las patas se parecen a las del elefante. En otra ocasión pude ver a estos animales, cuando navegamos por el Nilo [sic] desde Tombuctú [Tumbuktu] hasta Kaw-Kaw [Gao]: nadaban en el agua, levantaban las cabezas y resoplaban, hasta el punto de que los remeros se asustaron y se acercaron a la orilla para no terminar hundiéndose. Por allá usan de una treta ingeniosa para cazarlos: disponen garrochas agujereadas por cuyos huecos se pasan sólidas cuerdas y con ellas golpean al hipopótamo. Si el golpe coincide con la pata o el cuello, lo enlazan y arrastran tirando de la soga hasta que llega a tierra, donde lo matan y comen su carne. A lo largo de la ribera hay muchos huesos de hipopótamo.

Desembarcamos cerca del canal en una aldea grande, cuyo jefe era un negro distinguido llamado Farbā Magā que había hecho la peregrinación cuando la cumpliera el rey Mansà Mūsà.

Anécdota

Farbā Magā me refirió que Mansà Mūsà al llegar a este canal llevaba consigo a un cadí blanco cuya *kunya* [sobrenombre] era Abū l-'Abbās, conociéndosele por ad-Dukkālī^[422]. El sultán le había favorecido con cuatro mil meticales para sus gastos y cuando alcanzaron Mīma se quejó ante el soberano de que se los robaran en su residencia. El rey ordenó comparecer al jefe de Mīma y le conminó a presentar al ladrón, porque de lo contrario le daría muerte a él mismo. El comandante buscó al

responsable, pero no lo encontró porque en todo el territorio no hay un solo ladrón. Entonces entró en casa del juez y atemorizó con amenazas a los criados, a lo que una de las esclavas explicó: «Nuestro amo no ha perdido nada, antes bien ha enterrado los dineros con su propia mano en tal sitio». Y de seguida indicó el lugar. El jefe sacó las monedas, las presentó al rey y le dio cuenta del asunto. Este se enojó enormemente con el cadí y lo desterró al país de los paganos que comen carne humana. Allí estuvo el cadí durante cuatro años, a cuyo término el mismo rey lo devolvió a su tierra. Los infieles no lo devoraron por ser blanco, pues dicen que la carne del blanco es perjudicial porque no está madura y sólo la de los negros alcanza la sazón, según pretenden.

Historia

En cierta ocasión acudió ante el rey Mansà Sulaymān un grupo de estos negros caníbales y con ellos su jefe. Acostumbran ponerse en las orejas enormes zarcillos, cuya abertura es de medio palmo, se envuelven en mantos de seda y en su país hay una mina de oro. El rey les dispensó honores y, como signo de hospitalidad, les entregó una sierva que degollaron y comieron rebozándose caras y manos en su sangre para después presentarse ante el rey a darle las gracias. Me contaron que así obran habitualmente cuando van en comisión. Y también me refirieron que, según su opinión, lo más sabroso de las carnes femeninas son las palmas y las tetas.

Desde este poblado, junto al canal, seguimos viaje hasta Qurī Mansà, donde murió el camello que yo montaba. Nada más decírmelo el arriero salí para verlo y me encontré que los negros ya lo habían engullido, según su hábito de comer carroñas.

Despaché a dos mozos que tomara a mi servicio a comprarme otro camello en Zāgarī, la cual se halla a una distancia de dos jornadas. Conmigo permanecieron algunos de los acompañantes de Abū Bakr b. Ya‘qūb, mientras él se adelantaba para esperarnos en Mīma. Así hube de quedar seis días disfrutando la hospitalidad de algunos ḥāyî de aquella localidad hasta que regresaron los dos mozos con el camello.

Incidente

Durante mi estancia en aquel poblado una noche vi en sueños Que una persona me decía: «Muḥammad Ibn Baṭṭuṭa, ¿por qué no lees a diario la azora Yā’ Sīn [Corán, XXXVI]?» Desde ese momento nunca he dejado de leerla diariamente, ya estuviera en viaje o no.

Más adelante, seguí hasta el poblado de Mīma, acampando junto a unos pozos que hay en sus cercanías. Luego, continuamos hacia Tombuctú, ciudad que se halla a

cuatro millas del Nilo [sic] y cuyos habitantes son en su mayoría *massūfīes*, de los que se velan. Su jefe es el llamado Farbā Mūsà. Cierta día en que estaba yo con él nombró a uno de los *massūfīes* almocadén. Para ello le invistió con una ropa, turbante y zaragüelles, de color todo. Luego, le sentó en un escudo que los principales de su tribu levantaron en alto sobre sus cabezas. En este lugar se halla la tumba del señero poeta Abū Ishāq aṣ-Ṣāhilī el Granadino, conocido en su patria chica por aṭ-Tuwayyīn. También está allí sepultado Sirāy ad-Dīn b. al-Kuwayk, comerciante muy principal y alejandrino de nación.

Historia

Cuando el sultán Mansà Mūsà cumplió la peregrinación acampó en un huerto perteneciente a este Sirāy ad-Dīn en la Alberca de los Etíopes [*Birkat al-Ḥabaš*], extramuros de El Cairo, que es donde suele parar el sultán. El rey negro tuvo necesidad de dinero y tomó prestado de Sirāy ad-Dīn, al tiempo que también lo pedían sus comandantes. Sirāy ad-Dīn despachó con ellos a su representante para que cobrase los dineros que se le debían, pero este último se afincó en Māllī y hubo el mismo Sirāy ad-Dīn de ponerse en camino para hacer efectiva la suma. Con él viajaba un hijo suyo. Al llegar a Tombuctú le hospedó Abd Ishāq as-Sāhilī, pero su muerte estaba predestinada y aquella noche falleció. El vulgo habló mucho de esto, con la sospecha de que hubiera sido envenenado, pero el hijo manifestó: «Comí con él de la misma comida exactamente, si hubiera estado envenenada nos habría matado a ambos, más bien el fin de sus días estaba decretado». El hijo llegó a Māllī, percibió sus dineros y marchó a tierras de Egipto.

Desde Tombuctú embarqué en el Nilo en un barquichuelo vaciado en un solo tronco. Por las noches bajábamos a tierra en las aldeas para comprar lo que necesitábamos, tanto víveres como manteca, que trocábamos por sal, especias y adornos de vidrio. Y arribamos a un poblado cuyo nombre se me ha borrado pero que tenía por jefe a un *ḥāy* distinguido llamado Farbā Sulaymān, famoso por su bravura y fuerza, hasta el extremo de que a nadie le era dado tensar su arco. En tierra de negros no vi otro más alto y robusto que él. En aquel lugar precisé algo de mijo y acudí a él, en el día del *Mawlid* [nacimiento] del Profeta, le saludé y me interrogó acerca de mi venida. Con él había un alfaquí que le redactaba los escritos. Yo tomé una tablilla que tenía éste y escribí: «Alfaquí, di al jefe que necesitamos aprovisionarnos de mijo. Y la paz».

Entregué la pizarrilla al jurisconsulto y a fin de que leyese para sí su contenido y lo expusiera en su lengua al jefe, pero leyó en voz alta y este lo comprendió. Entonces me tomó de la mano y me introdujo en su sala de audiencias donde se amontonaban numerosas armas: adargas, arcos y lanzas. Así supe que tenía el *Libro de lo sorprendente* [Kitāb al-mudhiš] de Ibn al-Ŷawzī, que yo me puse a leer.

Trajeron una bebida del país, llamada *daqnū*, consistente en un líquido con mijo molido y revuelto con un poco de miel o leche agria. La ingieren en sustitución del agua porque de beber ésta sin añadido alguno les hace daño. Si carecen de mijo preparan la mezcla con miel o leche agria. Después, trajeron una sandía que comimos.

Al entrar un niño que medía cinco palmos, el jefe lo llamó mientras me decía: «Este es tu regalo de hospitalidad, guárdalo bien para que no escape». Lo admití y quise marchar pero añadió: «Queda hasta que lleguen las provisiones». Entre tanto vino una esclava que era árabe de Damasco y me habló en nuestra lengua, momento en que oímos gritos en la casa del jefe quien despachó a la sierva a inquirir sobre lo que ocurría. Regresó informando que una hija del gobernador acababa de morir; entonces éste comentó: «No me gustan los llantos, ven, vayamos al mar», refiriéndose al Nilo en cuya orilla tiene varias casas. Trajeron un caballo y me instó a montar, yo le respondí que no haría tal en tanto él fuese a pie. Así pues caminamos juntos hasta alcanzar sus alquerías próximas al río, donde nos ofrecieron de comer y almorzamos. Luego me despedí y nos separamos. Jamás vi otro negro más dadivoso ni distinguido que él. El esclavillo que me regaló aún sigue conmigo hasta hoy en día.

Me trasladé a la gran ciudad de Kaw-Kaw [Gao o Gaw-Gaw, orillas del Níger] en la ribera del Nilo, una de las mejores, mayores y bien abastecidas del país de los negros. Disponen allá de arroz abundante, leche agria, gallinas y peces, así como de la variedad de pepino llamado *‘inānī* que no tiene parejo. Los habitantes suelen comprar y vender sirviéndose de conchas, al igual que los de Mällī. Me detuve en aquel lugar un mes aproximadamente hospedado por M. b. ‘Umar de Mequínez, persona amable, bromista y meritoria que falleció después de mi salida. También me albergaron el ḥāyḥ M. al-Waḥdī at-Tāzī —que se cuenta entre los que viajaron al Yemen— y el alfaquí M. al-Filālī, imán de la mezquita de los blancos.

Desde Kaw-Kaw me trasladé a Takaddā por tierra formando parte de una gran caravana de gentes de Gadames [Túnez] cuyo guía y jefe era el ḥāyḥ Wuḥyīn, nombre que significa «adive» en la lengua de los negros.

Yo montaba un dromedario y mis provisiones las transportaba en una camella que tras la primera etapa quedó derrengada. El ḥāyḥ Wuḥyīn retiró su carga y la distribuyó entre sus compañeros, que la repartieron, pero había en el grupo un marroquí de Tadalà [Tadla] que se negó a llevar nada, por contra a lo que hicieron los otros. En otro momento mi esclavillo tenía sed y le pedí agua sin que nos la diera. Luego llegamos a tierras de los Bardāma, una cabila beréber sin cuya protección las caravanas no pueden viajar seguras. Entre ellos la mujer goza de una dignidad mayor que el hombre. Son nómadas, nunca se establecen en un lugar y sus tiendas tienen un aspecto peregrino: plantan varales de madera y sobre ellos disponen esteras por encima de las cuales colocan un entramado de palos entrelazados y aún cubren esto con pieles o lienzo de algodón. Sus mujeres son las más hermosas y de más bello rostro que hay, además de su blancura sin mezcla y de sus buenas carnes: en ningún

sitio he visto otras que las igualen en grasas; se alimentan de leche de vaca y mijo molido mezclado con agua sin hervir que beben mañana y tarde. Quien pretenda casar con una de ellas debe residir en el lugar más próximo a sus territorios y no puede rebasar, en su compañía, Kaw-Kaw ni Īwālātan. El mucho calor y el exceso de bilis me hicieron enfermar en esta región, sin embargo, marchamos a uña de caballo hasta alcanzar la ciudad de Takaddā^[423], donde me albergué en casa del jeque de los magrebíes Sa‘īd b. ‘Alī al-Īuzūlī. También me dio su hospitalidad el juez Abū Ibrāhīm Ishāq al-Īānātī, persona de mérito y Īa‘far b. M. al-Massūfī.

Las casas de Takaddā están construidas de piedra rojiza, su agua corre entre minas de cobre, lo que le cambia color y sabor. Allí no hay sembrados excepto un poco de trigo que comen mercaderes y forasteros, vendiéndose a razón de veinte almudes por un metical de oro, teniendo en cuenta que sus almudes equivalen a un tercio de los nuestros. El mijo se merca a metical de oro los noventa almudes.

En este lugar abundan los alacranes, capaces de matar a un niño impúber pero a los hombres adultos raramente los matan. Durante mi estancia allí un hijo del jeque Sa‘īd b. ‘Alī fue picado una mañana muriendo al punto. Yo asistí a su entierro.

Las gentes de Takaddā no tienen otra labor que el comercio. Viajan anualmente a Egipto de donde traen cuanto allí hay de bueno, en telas y otras cosas. Viven en la abundancia y el bienestar, pudiendo enorgullecerse de sus muchos esclavos y siervas, del mismo modo que los de Mālī e Īwālātan. No suelen vender las mujeres educadas sino raramente y por un precio muy alto.

Suceso

En llegando a Takaddā tuve intención de adquirir una esclava instruida pero no la encontré. El cadí Abū Ibrāhīm me envió una —propiedad de cierto amigo suyo— y la compré en veinticinco meticales, pero luego el amo se arrepintió y quiso deshacer el trato. Por mi parte le indiqué que, de buscarme otra, yo aceptaría la rescisión y como me proporcionara una de ‘Alī Agiyūl, revocamos el acuerdo. Este ‘Alī Agiyūl era el marroquí de Tadla que se negó a cargar nada de mi impedimenta al reventar la camella y a dar agua a mi esclavillo cuando era presa de la sed. Se la compré y resultó mejor que la primera. Después este marroquí se volvió atrás en la venta de la esclava y pretendió romper el contrato porfiando mucho. Me negué para castigar sus malas acciones y estuvo a punto de volverse loco o morir de pena, pero más adelante cancelé la compra.

La mina de cobre

En las afueras de Takaddā hay una mina de cobre. Cavan en el suelo y lo traen a la población para fundirlo en las casas. Este es cometido de los esclavos, hombres y mujeres. Cuando ya han obtenido el cobre rojo hacen barras de un palmo y medio de largo, unas delgadas y otras gruesas, cambiándose estas últimas a razón de cuatrocientas por un metical de oro y las otras a seiscientas y setecientas por metical. Utilizan estos lingotes como moneda: con las finas mercan carne y leña y con las anchas los esclavos de ambos sexos, el mijo, la manteca y el trigo.

El cobre se lleva a la ciudad de Kūbar —en tierra de paganos—, a Zagāy y al país de Barnū^[424] que está a cuarenta jornadas de Takaddā y cuyas gentes son musulmanes. Estos últimos tienen un rey llamado Idrīs que no aparece en público ni habla a las gentes si no es velado. De esas tierras se traen hermosas esclavas, eunucos y telas teñidas con azafrán.

También se envía el cobre desde Takaddā a Ŷawŷawa, al país de Mūrtabīn.

El régulo de Takaddā

Durante mi permanencia en aquel lugar el cadí Abū Ibrāhīm, el jatib M., el maestro Abū Ḥafs y el jeque Sa‘īd b. ‘Alī acudieron a ver al rey de Takaddā, un beréber llamado Izār, que estaba a una jornada de marcha. Entre él y at-Takarkarī, otro jefe beréber, había surgido una diferencia y fueron a apaciguarlos. Yo decidí conocerle, así pues contraté a un guía y me dirigí a su encuentro. Previamente, los ya mentados habían anunciado mi llegada y vino a mí montando un caballo sin ensillar, pues esa es la costumbre del país. En lugar de la silla había puesto un maravilloso tapiz rojo. Vestía un manto, zaragüelles y turbante, todo azul. Con él estaban los hijos de su hermana, que serían sus herederos. Nos pusimos en pie ante él, tocamos su mano y él se interesó por mis cosas y mi venida. De todo fue informado. Luego me alojó en una tienda de los Yanāṭibīes —que son como los sirvientes entre nosotros— y me mandó una cabeza de oveja asada en espetón y una copa de leche de vaca. Cerca de nosotros estaba la tienda de su madre y hermana, las cuales acudieron a visitarnos y saludarnos. La madre nos había enviado leche después del rezo de la noche cerrada, es decir recién ordeñada, pues es la hora en que aquí lo hacen y beben la leche, así como por la mañana temprano. El pan ni lo comen ni lo conocen. Con ellos estuve por espacio de seis días, durante los cuales me enviaba el rey dos carneros asados, mañana y tarde. Me favoreció con una camella y diez meticales de oro. Luego, me separé de él y regresé a Takaddā.

De cómo me llegó la excelsa orden

Al volver a Takaddā encontré a un esclavo del ḥāyî M. b. Sa'id aṣ-Ṣi'ilmāsī que venía con una orden de nuestro señor el Príncipe de los Creyentes, defensor de la religión, que se apoya en el Señor de los mundos, mandándome volver a su egregia capital. Besé la orden y la obedecí al punto. Adquirí dos camellos de monta por treinta y siete meticales y un tercio, disponiéndome a salir hacia Tuwāt. Acopié provisiones para setenta noches porque entre Takaddā y Tuwāt no hay trigo, pero sí carne, leche agria y manteca que se pueden trocar por vestidos. De Takaddā salí el jueves once de Ša'bān del año 754 H. [= 12 de septiembre de 1353 de J. C.] en una caravana enorme de la que formaban parte Ŷa'far at-Tuwātī —hombre distinguido— y el alfaquí M. b. 'Abdallāh, juez de Takaddā. Con nosotros viajaban unas seiscientas esclavas.

Alcanzamos Kāhir, en los dominios del rey al-Karkarī, tierra abundosa en pastos en la que se compra de sus pobladores beréberes ovejas cuyas carnes cortan en tiras y ponen a secar. Los habitantes del Tuwāt la llevan a su país.

Luego entramos en una estepa deshabitada y sin agua cuya extensión equivale a tres días de marcha. A continuación seguimos por un desierto también despoblado, pero con agua, llegando al lugar en que se bifurcan la ruta de Gát —que lleva a Egipto— y la del Tuwāt. Allí hay pozos cuyas aguas son ferruginosas porque deben pasar por yacimientos de hierro y si con ella se lava la ropa blanca, ennegrece su color.

Desde allí continuamos la marcha por otros diez días, alcanzando la región del Hakkār [Hoggar, actual Argelia] habitada por una nación beréber que se vela el rostro [se refiere a los Tawāriq = Tuaregs], entre los cuales no hay nada de bueno. Uno de sus principales salió a nuestro encuentro y detuvo la caravana hasta que se comprometieron a pagarle en telas y otros objetos por dejarnos pasar. Llegamos a su territorio en el mes de Ramadán, en el cual no hacen algaras ni interceptan las caravanas. Incluso si los ladrones encuentran algún bagaje en el camino, en Ramadán, no se lo apropian. De esta manera actúan todos los beréberes que hay por allí. A lo largo de un mes proseguimos la marcha por el Hoggar, tierra de poca vegetación y mucha piedra. La ruta es áspera. El día de la Fiesta Pequeña [*Īd al-Fiṭr* o ruptura del ayuno] llegamos a un territorio —también de beréberes que se velan como los anteriores— y nos dieron nuevas de nuestro país, informándonos que las cabilas Awlād Jarāy e Ibn Yagmūr se habían rebelado y ahora acampaban en Tasābīt, en el Tuwāt. Los viajeros de la caravana se atemorizaron ante tales acontecimientos.

Alcanzamos Būdā^[425], el mayor de los poblados del Tuwāt, de terreno arenoso y salitres secos. Abunda en dátiles de mala calidad, pero los habitantes los prefieren a los de Si'ilmāsa. No hay cereales, ni manteca, ni aceite y han de llevarlos de otras regiones de Marruecos. La comida de sus moradores consiste en dátiles y saltamontes que allá son enjambre: se almacenan como si se tratara de dátiles para alimentarse de ellos. Salen a cazarlos antes de que el sol ascienda porque con el frío engordan y no pueden volar.

En Būdā acampamos varios días, para continuar viaje con una caravana. A mediados del mes de *Dú l-Qa'da* [del 754 H. = dic. de 1353 de C.] entramos en Siyilmāsa de donde salí el segundo día de *Dú l-Ḥiyyâ* en la estación del frío más riguroso: en el camino cayeron copiosas nevadas. Yo he visto malos caminos y mucha nieve en Bujārā, en Samarcanda, en Jurāsān y en el país de los turcos, pero nunca un camino peor que el de Umm Ŷunayba^[426]. Llegamos a Dār at-Tam' la noche de la víspera de *Īd al-Adḥà* [Fiesta del Sacrificio o Fiesta Grande] y allí pasé la festividad. Después continué, rindiendo viaje en Fez, la capital y sede de nuestro señor el Príncipe de los Creyentes, a quien Dios auxilie. Besé su augusta mano y gocé la dicha de contemplar su rostro bendito. Me acogí a la protección de sus mercedes, tras un viaje tan largo. ¡Que Dios el Altísimo le premie tantas gracias y generosidad como me ha dispensado! ¡Que el Señor haga eternos sus días y favorezca a los musulmanes alargando su existencia!

Aquí acaba la narración de mis viajes, llamada *Regalo de curiosos sobre peregrinas cosas de ciudades y viajes maravillosos*, cuyo dictado y anotación se han completado el tercer día de *Dú l-Ḥiyyâ* del año 756 H. [9/13 de dic. de 1355 de J. C.] *¡Loado sea Dios y la paz sobre aquellos de sus servidores elegidos!*» [Corán. XXVII, 60].

Despedida de Ibn ʿYuzayy

Agrega Ibn ʿYuzayy: «Aquí termina la redacción del relato del jeque Abū ‘Abdallāh M. b. Baṭṭūṭa, a quien Dios honre. No se oculta al entendimiento de cualquier racional que este jeque es el mayor viajero de nuestro tiempo. Quien le considere el viajero de la comunidad musulmana, no andará descaminado. Viajó por la Tierra toda y sólo eligió la capital Fez como residencia y patria, tras haber vagado tanto, cuando estuvo cierto de que nuestro señor —Dios le auxilie— es el más excelso rey del mundo, el más meritorio, el que más prodiga sus dones y mercedes, quien mejor acogida dispensa a los caminantes y quien más se ocupa de proteger a los estudiosos de la ciencia.

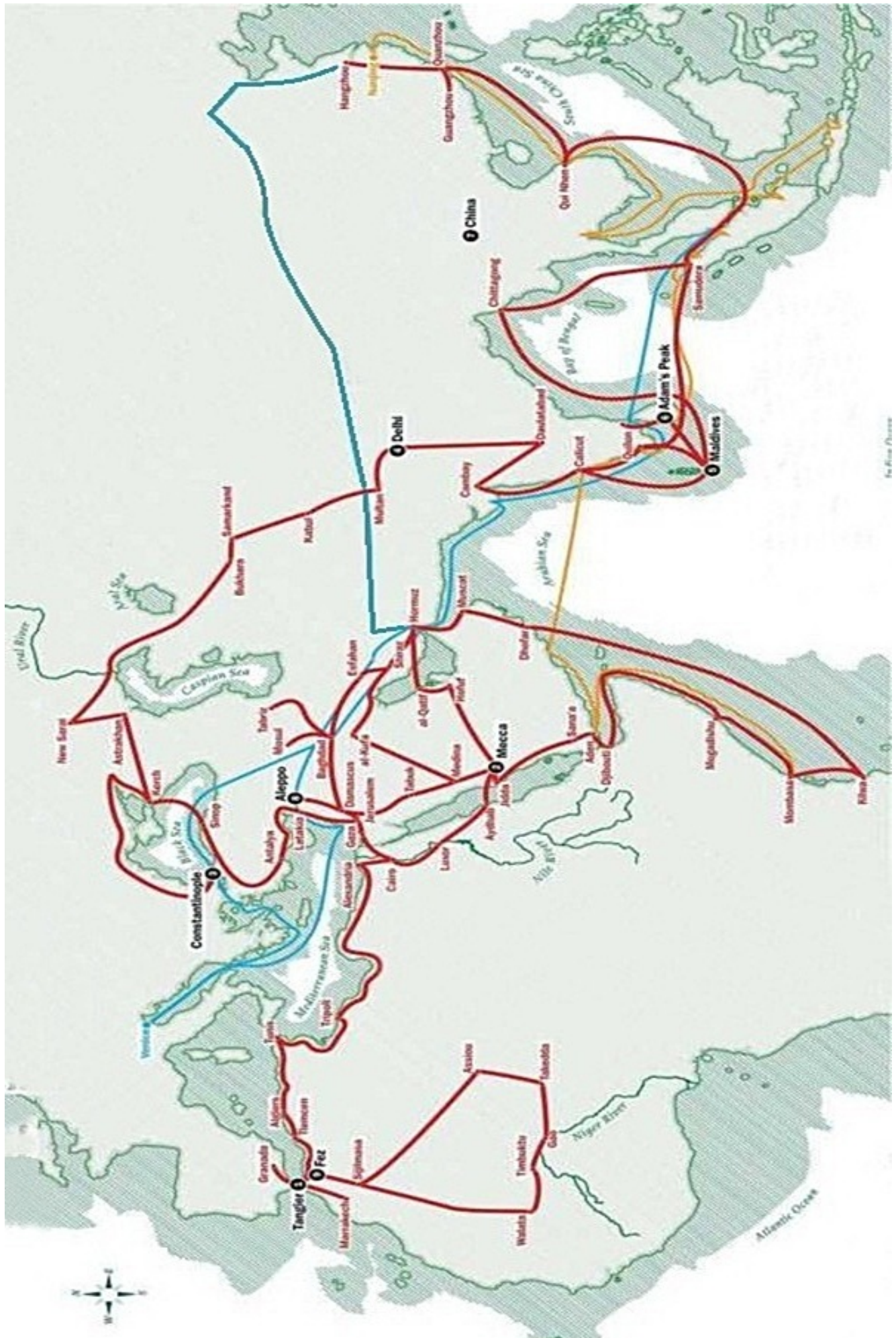
»Es preciso que uno como yo agradezca a Dios el Altísimo haberle hecho, siendo joven y en los primeros pasos de su vida de emigrado, tomar por patria la capital que este jeque escogió después de viajar a lo largo de veinticinco años. Es una gracia inconmesurable y que no se puede agradecer lo bastante. Que Dios el Altísimo nos favorezca con su ayuda para servir a nuestro señor el Príncipe de los Creyentes y extienda largamente sobre nosotros la sombra de la guarda y misericordia de tal rey y le recompense por nosotros, grupo de extranjeros a él devotos, con el más digno de los premios, merecido por los que hacen buenas obras.

»¡Gran Dios! Al igual que le distinguiste sobre los otros monarcas con las dos gracias de la ciencia y la religión, alzándole sobre todo por su mansedumbre y raciocinio lúcido, extiende también sobre su reino poderío y fortaleza y hazle conocer las gracias del sacrosanto auxilio y de la victoria patente. Mantén el reino en manos de su descendencia hasta el Día del Juicio y hazle gozar de dicha en su persona, en sus hijos, en su imperio y en sus vasallos.

»Dios bendiga y salve a nuestro señor, nuestro dueño, nuestro Nabí Muḥammad, último de los profetas e imán de los enviados. Gracias a Dios, Señor de los mundos.

»Se acabó de redactar en *Ṣafar* del año 757 H. [feb. 1356 de J. C.]. Que Dios premie a quien lo copie».

FIN



RESUMEN DEL VIAJE

(Abu Abd Allah Muhammas Ibn Battuta; Tánger, 1304 - Fez, 1368 o 1377) Viajero y geógrafo árabe. Fue el más importante de los viajeros musulmanes en la Edad Media, famoso por escribir el libro *Rihlāh* (Viajes), en el año 1355, donde plasmó con todo lujo de detalles las experiencias vividas a lo largo de los más de 120.000 kilómetros que recorrió desde el año 1325 a 1355.

La obra, traducida en occidente con el nombre de *A través del Islam*, constituye una valiosísima fuente de información de primera mano sobre la historia y la geografía del mundo musulmán durante la Edad Media, además de ser en su época una de las pocas referencias fiables de unos territorios desconocidos por casi todo el mundo habitado, aunque también hay que decir que la obra contiene numerosísimos errores geográficos y bastantes pasajes con poca credibilidad, toda vez que la narración posee un alto grado literario y artístico, donde se puede apreciar el deseo del autor por agradar al lector con historias y relatos maravillosos al uso de la época. Ibn Battuta fue testigo directo de una de las mayores convulsiones que asolaron a la Edad Media: la Peste Negra del año 1348, que le alcanzó cuando éste estaba en Siria, y cuyos efectos catastróficos describió minuciosamente.

Miembro de una familia honorable dedicada a la magistratura islámica (cadíes), desde muy joven Ibn Battuta se aficionó a la lectura, especialmente de obras relacionadas con la geografía y con todo tipo de libros de viajes. Ayudado por el desahogo económico de su familia, cuando tan sólo contaba con veintiún años de edad, Ibn Battuta comenzó su periplo viajero. El 13 de junio del año 1325, partió en dirección a La Meca con el designio de cumplir la peregrinación preceptiva para todo musulmán de visitar la ciudad santa por excelencia del Islam.

Ibn Battuta recorrió todo el norte de África a lo largo del litoral, en el que apenas detuvo su atención, hasta llegar a Alejandría. Desde Egipto se adentró curso arriba por El Nilo hasta la ciudad de Aydab, ubicada a la altura de las primeras cataratas, para luego regresar a El Cairo ante la imposibilidad de embarcarse hacia Arabia atravesando el Mar Rojo, como era su deseo. A continuación, Ibn Battuta visitó Damasco y Alepo, tras de lo cual tomó la ruta directa hasta La Meca, lugar al que llegó en septiembre del año 1326. Al mes siguiente, Ibn Battuta abandonó La Meca para proseguir su itinerario por los lugares santos del Islam, Meshed y la tumba del santo Alí al-Ridá.

Una vez que hubo cumplido sus deseos de devoto, se dirigió hacia Irak, el Juzistán, Fárs, Tabiz y el Kurdistán para acabar en Bagdad, desde donde, en el año 1327, regresó a La Meca para vivir tres años seguidos como profesor de Teología, período en el que se granjeó fama de austero y devoto musulmán. Cuando el espíritu viajero volvió a apoderarse de Ibn Battuta, éste emprendió el viaje, esta vez hasta Kilwa. Desde esa ciudad regresó a Arabia por Omán y el Golfo cumpliendo una nueva peregrinación a La Meca, en el año 1332.



Viajes de Marco Polo e Ibn Battuta

Tras visitar Arabia a fondo, Ibn Battuta dio comienzo realmente a su gran viaje que habría de llevarle hasta el mismísimo corazón del imperio chino. Desde La Meca Ibn Battuta viajó a Egipto, Siria y la península de Anatolia. En la ciudad costera de Sinope se embarcó para Crimea y Jaffa (actual ciudad de Feodosia), importante factoría comercial de Génova, donde tomó contacto por primera vez con la cultura cristiana occidental. Una vez en Constantinopla, tras una corta estancia en la capital bizantina, se dirigió hacia los territorios dominados por la Horda de Oro y de los tártaros de Qiptaq, donde el khan, según su propio relato, le recibió con un lujo impresionante y le hizo el honor de compartir varias de sus esposas oficiales.

Ibn Battuta dirigió su atención a las misteriosas tierras del norte, alcanzando las heladas estepas donde se conseguían las pieles de armiño y marta tan apreciadas por la realeza y alta nobleza europea. Por último, movido por un gesto caballeresco y de agradecimiento típico de los musulmanes, Ibn Battuta aceptó acompañar a una de las esposas del khan a Constantinopla, bordeando la costa del Mar Negro, ciudad donde también fue objeto de una bienvenida digna de un rey por parte del emperador bizantino Andrónico III Paleólogo.

De regreso en la corte del khan, Ibn Battuta se preparó a conciencia para su siguiente viaje, el más largo y duradero de todos ellos. Atravesando el río Volga y las estepas aralocaspianas, el 13 de septiembre del año 1333 alcanzó el fértil valle del Indo, dirigiéndose a Delhi, ciudad en la que permaneció nueve largos años al servicio del sultán Muhammad Ibn Tughluq. Aunque Ibn Battuta prosperó y alcanzó los más

altos honores en la lujosa corte del sultán hindú, sus deseos por conocer mundo y las ganas de aventuras que llevaba en la sangre vencieron a la comodidad que gozaba en aquellos momentos. Por fin, deseoso de abandonar una vida sedentaria y muy cómoda pero repleta de intrigas, responsabilidades y envidias por doquier, en el año 1342 el sultán hindú le nombró embajador de su reino en los territorios más orientales del continente.

Su periplo al Extremo Oriente se inició visitando por espacio de un año y medio las islas Maldivas, donde la pequeña expedición de Ibn Battuta tuvo que recalar como consecuencia de una terrible huracán que destrozó todas las embarcaciones. Ibn Battuta descansó en un lugar auténticamente paradisíaco, donde actuó como juez gracias a sus estudios de Teología. Una vez que pudo zarpar, Ibn Battuta llegó hasta Ceylán (actual Sri Lanka), donde escaló la célebre montaña que según la leyenda contenía las huellas de las pisadas de Adán, el primer hombre de la humanidad. Tras ser desvalijado por los piratas del Índico, Ibn Battuta se vio obligado a regresar a Calcuta haciendo escala en Bengala, Assam y Sumatra, en cuyo reino el sultán musulmán le proporcionó una embarcación hecha con juncos con la que pudo alcanzar, por fin, la costa china.

Tras una larga y penosa navegación de cabotaje, Ibn Battuta desembarcó en Zaitón (ciudad identificada por los especialistas con algunas reservas con la actual Chuanchou, cerca de Amoy, en la región del Fujián), efectuando numerosos recorridos por aquel inmenso país hasta alcanzar la capital Pekín, donde apenas estubo un mes, para seguir sus exploraciones. Precisamente, según los expertos sobre el autor y su obra, este pasaje de la *Rihlāh* es el menos verídico y el que más sospechas levanta de que fuera un extracto añadido por un apócrifo, debido al cambio de estilo narrativo tan sustancial y a la gran cantidad de imprecisiones y errores que contiene, contrastando con la fiabilidad anterior del relato. Probablemente, Ibn Battuta nunca alcanzó a ver Pekín ni la famosa Muralla China.

No obstante, Ibn Battuta dejó gran información escrita sobre aquel período. Ibn Battuta quedó gratamente sorprendido ante una civilización tan extraña y sus grandiosas fiestas. También describió de un modo prolijo el funcionamiento de una administración minuciosa y eficaz, de una justicia ejemplar y de una economía compleja, detalles todos ellos a los que no estaba acostumbrada una persona como él educado bajo unos parámetros intelectuales, sociales y religiosos tan distintos.

Como consecuencia de las graves agitaciones políticas que sacudieron a China en el año 1347, Ibn Battuta inició el regreso a Occidente antes de lo deseado, a través de Sumatra y Malabar hasta Egipto, desde donde se dirige a La Meca para realizar otra peregrinación. Ya en Alejandría, sin ningún contratiempo, embarcó rumbo a Túnez a bordo de un navío catalán que los trasladó a Cerdeña (por aquellas fechas perteneciente a la Corona de Aragón), hasta que, finalmente cruza el occidente de Argelia y entra en el reino de Marruecos, dirigiéndose a la capital del reino meriní, la floreciente Fez, donde fue recibido como un héroe nacional por el mismísimo sultán,

en noviembre del año 1349.

Sin apenas saborear las mieles de sus aventuras y hazañas entre sus compatriotas, Ibn Battuta fue encargado por el sultán de realizar otro viaje de mucha menor envergadura que los anteriores pero no por ello menos importante, sobre todo para los generaciones posteriores, ya que fue comisionado para explorar una parte de los territorios desconocidos habitados por los negros que apenas se conocían por aquel entonces. Nos estamos refiriendo al semilegendario imperio africano de Malí, sobre el que Ibn Battuta dio una cumplida referencia geográfica, política, social y religiosa en la Rihläh.

Pero antes de partir hacia el Sáhara occidental, Ibn Battuta fue enviado como embajador del sultán al reino musulmán de Granada, donde permaneció por espacio de un año más o menos, entre 1351 y 1352. De regreso en Marruecos, Ibn Battuta informó pormenorizadamente a su sultán de la delicada situación política por la que estaba atravesando el último reino musulmán que aún quedaba en el extremo occidental del continente europeo, amenazado constantemente por el monarca castellano Pedro I el Cruel.

En el año 1352, Ibn Battuta partió desde Sijilmassa, ciudad que se encontraba en su edad de oro, apodada la “puerta del desierto”, a la cabeza de una caravana de mercaderes, con la que logró atravesar el desierto del Sáhara en dirección norte-sur en tan sólo dos meses, período en el que pudo estudiar con profundidad los mecanismos principales que regían el lucrativo tráfico comercial de la región: el intercambio de la sal de Taghasa y el oro del Sudán. El contacto con el mundo musulmán negro en la corte del sultán de Malí, Mansa Suleyman, dueño del poderoso y temido Imperio de Malí, decepcionó por completo a Ibn Battuta, acostumbrado al esplendor de Oriente. La simpleza de esta gente a la hora de interpretar el Islam y los casos de antropofagia que Ibn Battuta pudo comprobar con sus propios ojos, acabaron por obligarle a reanudar la marcha al año de su estancia en Malí.

Después de alcanzar el Níger, al que creía un afluente de El Nilo, Ibn Battuta descendió por su cauce hasta llegar a las localidades de Tombuctú y Gao, tras de lo cual alcanzó la ciudad de Taccada (actual Agadés), el punto más meridional al que había llegado el hombre blanco en la parte occidental del continente africano. A finales del año 1353, Ibn Battuta regresó a Sijilmassa a través del Aïr y el durísimo Ahaggar, en pleno desierto del Sáhara.

De vuelta en Fez, Ibn Battuta dedicó el resto de su vida a ejercer como cadí. En el año 1355, el sultán meriní le mandó recoger por escrito todos sus viajes desde el año 1325, labor para la que contó con la colaboración del escritor granadino Ibn Yuzayy, el cual dedicó tres meses antes de morir a la redacción completa del libro siguiendo los dictados que le iba haciendo Ibn Battuta. Esta práctica de dictar (y reconocer que se ha hecho) no significaba desdoro alguno para el autor, sino más bien todo lo contrario, ya que era muy corriente en Europa y en la cultura literaria musulmana. Sin ir más lejos, el propio Marco Polo probablemente dictó sus andanzas a maese

Rustichello de Pisa, al igual que hiciera dos siglos después el colonizador y descubridor Cabeza de Vaca con su obra Comentarios, entre otros muchos ejemplos más.

Precisamente, el hecho de que la obra fuera escrita por un notabilísimo escritor y mejor poeta aún como era el granadino Ibn Yuzayy, hace que en la misma aparezcan relatos en algunas ocasiones demasiados desnudos y fríos junto con otros mucho más elaborados, donde Ibn Yuzayy se ve que hizo grandes esfuerzos por demostrar a todo el mundo su gran erudición y su arte literario repleto de toda clase de florituras estilísticas.

A esta asimetría en el estilo hay que añadirle el hecho de que Ibn Yuzayy reconstruyera imaginariamente itinerarios del viaje de Ibn Battuta, no se sabe sin con el consentimiento de éste o no, agrupándolos, cortándolos o estirándolos para conferir un orden lineal al relato, práctica que le indujo a cometer un sinnúmero de errores geográficos y cronológicos bastante graves, como se sospecha que ocurrió cuando el libro relata las andanzas de Ibn Battuta por Pekín y sus alrededores. Todas estas cuestiones han inducido a los especialistas a dudar de la credibilidad de lo relatado por Ibn Battuta.

De todas formas, de lo que no hay duda alguna es de la gran importancia y calidad de la obra de Ibn Battuta por sí misma, así como de su periplo viajero, impresionante y con notas de heroicidad innegables teniendo en cuenta cómo y cuándo lo realizó. Con la finalidad última de proporcionar al sultán informaciones difíciles de adquirir en la época, Ibn Battuta recogió datos históricos, geográficos, folclóricos y etnográficos al mismo tiempo que narró las costumbres peregrinas o cotidianas, sucesos maravillosos y acontecimientos legendarios de los lugares por donde pasaba, afirmando por encima de todo la omnipresencia del Islam como forma de vida y comprensión del mundo. En la obra también hay referencias a los conflictos internos del Islam y a sus variadas sectas, así como descripciones pormenorizadas de los ritos musulmanes.

Notas

[1] *Vid.* Blachère, p. 93, y Dubler, p. 146 y ss. <<

[2] *Vid.* Blachère, p. 94 <<

[3] *Id.*, p. 92. <<

[4] *Id.*, p. 93. <<

[5] *Vid.* Blachère, p. 94. <<

[6] *Vid.* Dubler, p. 92. <<

[7] *Vid.* A Blachère, p. 7. <<

[8] *Vid.* Blachère, p. 15. <<

[9] Sobre cartografía islámica, *vid.* Dubler, p. 96 y ss. <<

[10] *Vid.* Dubler, p. 166. <<

[11] *Vid.* Dubler, *íd.* <<

[12] *Vid.* Dubler, p. 136. <<

[13] *Vid. The Travels of Ibn Jubair*, ed. from a Ms. in the University Library of Leyden, by W. Wright, Leyden, 1852, Brill. <<

[14] *Vid.* Pons, pp. 267 y ss. <<

[15] Sobre la Peste Negra en Oriente Medio, *vid.* Wiet, G.: «La grande peste noire en Syrie et en Egypte», en *Etudes d'Orientalisme dédiées à la mémoire de Lévi-Provençal*. 1, p. 367. París, 1962. <<

[16] Pons, p. 4. <<

[17] Hábitos hospitalarios entre los Kazakos del Asia Central, *vid.* Murdock, G. P.: *Nuestros contemporáneos primitivos*, p. 122, México, 1975, 2.^a reimp. F. C. E. <<

[18] R. G. de Clavijo, *Embajada*, p. 84. <<

[19] *Legatio*, p. 104. <<

[20] *Legatio*, p. 92. <<

[21] *Legatio*, p. 124. <<

[22] *Legatio*, p. 210. <<

[23] *Vid.* Dubler, p. 183. <<

[24] *Vid.* Dubler, p. 174. <<

[25] En el caso de Abū Hámid, *vid.* Dubler, p. 67. <<

[26] *Vid.* Dubler, p. 135. <<

[27] Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufraios y Comentarios*, México, 1977. <<

[28] *Vid.* Dubler, p. 61. <<

[29] *Viajes*, pp. 189-190. <<

[30] En línea con la creencia popular generalizada en este sentido, *vid.* J. A. De Marco, *Análisis de los cuentos escuchados entre los Erguibat en el Sahara Occidental*, Almenara, 7-8; también en Abū Hámid, entre los esclavos, la brujería es cosa de mujeres, *vid.* Dubler, p. 63; y, en un ámbito cultural muy distinto, en Galicia, también las mujeres protagonizan la brujería, *vid.* x. Taboada, *Etnografía galega*, pp. 131 y ss. Vigo, 1972, Galaxia. <<

[31] *Ob. cit.*, pp. 150-1. <<

[32] *Vid.* Monteil: D. S., vol. I, pp. XIII-XIV Introd. <<

[33] A. T. Embree y F. Wilhelm: *India. Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés*, Siglo XXI, Madrid, 1974, pp. 146-47.

<<

[34] Los subrayados son nuestros. <<

[35] Vid. C. Cohen: *El Islam, desde los orígenes hasta el comienzo del imperio Otomano*, Siglo XXI, Madrid, 1972, pp. 162-66. <<

[36] Franke y R. Trauzettel: *El imperio chino*. Siglo XXI, Madrid, 1973. p. 224. <<

[37] *Viajes*, pp. 87-88. <<

[38] *Viajes*, pp. 67-68. <<

[39] Resumimos dichos datos para el lector interesado en ellos:

1. Abū 'Inán Fáxis (1348-58), sultán de Marruecos.
2. M. b. Qaláwún (al-Malik an-Nāsir) (1293-4/1299-1341), sultán mameluco de Egipto y Siria.
3. Abū Sa'id Bahádur Jān (1316-35), último jan mongol de Iraq y Persia.
4. M. Üzbak Jān (1312-41), señor del Kanato de la Horda de Oro, con capital en Sará (Saray).
5. Tarmarsirin (Depuesto en 1335-36), sultán del Turquestán y Transoxiana.
6. M. b. Tugluq Sáh) (1325-51), sultán de la India (Delhi).
7. Togán Temúr (1333-68), emperador mongol de China, a quien I. B. adjudica el nombre de Pásáy <<

[40] *Vid.* D. S., vol. III, pp. III-IV; notas Monteil, p. 474. <<

[41] *Id., ibíd.*, pp. XII-XVI. <<

[42] *Vid.* D. S., vol. III, pp. XVII-XXV. <<

[43] *Vid. Embree, ob. cit.*, pp. 183-85. <<

[44] *Vid. Embree, ob. cit.*, p. 176. <<

[45] *Vid. Embree, ob. cit.*, p. 184. <<

[46] *Vid. Embree, ob. cit.*, p. 184. <<

[47] *Vid. ibid.* <<

[48] Embree/Wilhelm, *ob. cit.*, pp. 156-57. <<

[49] *Vid.* D. S., vol. IV, p. 455; *id.* Wilhelm, *ob. cit.*, p. 157. <<

[50] *Id.* Monteil; D. S., vol. IV, p. 472 notas; *id.* Wilhelm, *ob. cit.*, p. 156. <<

[51] *Id.* Wilhelm, *ob. cit.*, p. 157. <<

[52] *Id., ibíd.* <<

[53] *Id.*, p. 156. <<

[54] *Vid.* Wilhelm, *ob. cit.*, p. 157. <<

[55] *Id., ibíd.*, pp. 140 y 157. <<

[56] *Vid. Encyclopédie de l'Islam*, artículo «IRAN». <<

[57] *Viajes*, p. 62. <<

[58] *Viajes*, p. 68. <<

[59] *Viajes*, p. 62. <<

[60] *Vid.* Monteil: D. S., vol. I, p. XVII, Introd. <<

[61] *Vid.* Monteil: D. S., vol. I, p. 441 notas. <<

[62] *Id. D. S., ibíd.*, pp. X, XI y XL. (Obsérvese, por otra parte, el manejo en ambas listas de cifras tópicas basadas en múltiplos de cinco y seis). <<

[63] *Vid.* Monteil: D. S., vol. III, pp. 477-78 notas. <<

[64] *Vid.* Monteil: D. S., vol. IV, p. 477 notas. <<

[65] *Viajes*, p. 144. <<

[66] H. Franke y R. Trauzettel, *ob. cit.*, p. 225. <<

[67] M. Polo, *ob. cit.*, pp. 140-41. <<

[68] H. Franke y R. Trauzettel, *ob. cit.*, p. 225. <<

[69] *Viajes*, p. 140. <<

[70] M. Polo, *ob. cit.*, p. 144. <<

[71] *Id., ibíd.*, p. 184 (Esta edición diferencia entre Melibar y Malabar, pues antes ha identificado erróneamente al Ma'bar o Coromandel con la costa suroccidental india).

<<

[72] *Id., ibíd.*, p. 149 (Nueva identificación errónea de Caiton con Cantón). <<

[73] Aún tratándose de un cauce imaginario, es evidente que la dirección del recorrido debería ser de las Cataratas hacia Nubia y no a la inversa. <<

[74] *Vid.* M. de Anglería, *Legatio*, p. 194. <<

[75] M. Polo, *Viajes*, pp. 213-14. <<

[76] *Id., ibíd.*, p. 215 <<

[77] *Id., ibíd.* <<

[78] *Id.* <<

[79] *Viajes*, p. 177 <<

[80] *Id.*, p. 179 <<

[81] *Vid.* Embree/Wilhelm, *ob. cit.*, pp. 151-52. <<

[82] *Id., ibíd.*, p. 152. <<

[83] *Viajes*, p. 163. <<

[84] *Vid.* Monteil: D. S., vol. IV, p. 475 notas. <<

[85] M. Polo, *ob. cit.*, p. 163. <<

[86] *Viajes*, p. 29. <<

[87] Abu Hamíd, p. 74. <<

[88] R. G. de Clavijo, *Embajada*, p. 129. <<

[89] *Id. ibíd.*, p. 206. <<

[90] *Vid.* D. S., vol. III, p. 471 notas. <<

[91] *Viajes*, p. 157. <<

[92] *Viajes*, pp. 159-60. <<

[93] *Vid.* Monteil: D. S., vol. IV, p. 487 notas. <<

[94] M. Polo, *ob. cit.*, p. 160. <<

[95] *Vid.* D. S., vol. III, pp. IV-V; *id.* Monteil, p. 475 notas. <<

[96] *Vid.* M. Polo, *ob. cit.*, pp. 48 y 164-66. <<

[97] *Id., ibid.*, p. 215. <<

[98] *Id.*, cf., pp. 26-27 y 102, respectivamente. <<

[99] *Viajes*, pp. 97-98. <<

[100] *Viajes*, p. 182. <<

[101] M. Polo, *ob. cit.*, pp. 36 y 195. <<

[102] *Viajes*, p. 65. <<

[103] *Id.*, p. 167. <<

[104] *Viajes*, p. 167. <<

[105] *Viajes*, p. 215. <<

[106] *Viajes*. pp. 68 y 168 respectivamente. <<

[107] *Viajes*, cf. la descripción del ascetismo de los eingal. pp. 175-76. <<

[108] Abdallāh Laroui: *L'histoire du Maghreb. Un essai de synthese*, F. Maspero, París, 1976, vol. I, pp. 185-86. <<

[109] *Id.*, *ibíd.*, pp. 190-91. <<

[110] *Vid.* Monteil: D. S., vol. IV, p. 482 notas. <<

[111] Las citas de Gibb —aparte de las alusiones a las notas incluidas en su traducción de la *Riḥla* (*The Travels of Ibn Battuta*, vid. se refieren al Apéndice del vol. II (Cambridge, 1962): *A Provisional Chronology of Ibn Battuta's Travels in Asia Minor and Russia*, pp. 528-37.

Las de Hrbek remiten a su artículo *The Chronology of Ibn Battuta's Travels*, también reseñado en la Bibliografía. <<

[112] Gibb, p. 530. <<

[113] *Id.*, vol. II, notas pp. 373, 393 y 403. <<

[114] *Id.*, pp. 530-31. <<

[115] *Id.*, pp. 530 y 535-37. <<

[116] Hrbek, pp. 412-13. <<

[117] Hrbek, pp. 422-23. <<

[118] Hrbek, pp. 446-48. <<

[119] Hrbek, pp. 455-63. <<

[120] Abu Hamid, p. 53. <<

[121] Gibb, p. 533. <<

[122] Gibb, pp. 532-33; Hrbek, pp. 474-75. <<

[123] Hrbek, pp. 479-81. <<

[124] Hrbek, pp. 481-82. <<

[125] Gibb, p. 537. <<

[126] Mahoma. <<

[127] Sultán de Marruecos entre 1348 y 1358 y primero de la dinastía Meriní que adoptó títulos de califa. <<

[128] Título que se da a quienes ya han peregrinado a La Meca. <<

[129] En realidad se refiere al gobernador dependiente de la dinastía Hafsi de Túnez, puesto que el poder almohade, como tal, se hunde definitivamente con la toma de Marrakech por Ya‘qūb el Meriní. Vid. Abdallāh Laroui, *L’histoire du Maghreb*, París, 1970, Maspéro, pp, 183 y ss. <<

[130] al-Balafiqī «el de Velefique» (Almería). Ni D. S. ni Gibb identifican el topónimo. <<

[131] Perteneciente a la vía jurídico-religiosa de Mālik b. Anas. <<

[132] 10 del mes de Dū l-biyyâ. Conmemora el sacrificio de Abraham. <<

[133] Gran geógrafo hispanoárabe (1028-94), la mayor parte de cuya obra se ha perdido. Vid. F. Pons Boigues, *Los historiadores y geógrafos arabigo-españoles*. Madrid, 1898, pp. 160 y ss. <<

[134] Humayṭira está en el Alto Egipto, en el desierto de ‘Aydāb y en ella se encuentra un ojo de agua salobre. <<

[135] Yerno de Mahoma y último califa «ortodoxo». <<

[136] Siglas con que se inicia la azora XIX del *Corán* que versa de la misericordia divina hacia Zacarías. <<

[137] Las dos primeras letras empiezan la azora XXVII, las dos siguientes las azoras XL a XLVI, ambas inclusive; las tres últimas se encuentran también después de *hā*, *mīm*, encabezando la azora XLII. <<

[138] Kom Toruga, act. <<

[139] Se refiere a que es un nombre árabe de origen, y por tanto no precisado de aclaraciones, como ocurre en otros casos. <<

[140] Errata por Baltūn. <<

[141] I. B. confunde el lago Borollos con el de Tinnis (Manzála). <<

[142] La ciudad, en realidad, fue destruida en 1250 por los egipcios, para que no volviese a manos de los cristianos, como ya lo estuvo en 1249. <<

[143] Alusión al suplicio de la estaca con que se ejecutaba antiguamente. <<

[144] Río del Paraíso. <<

[145] Alusión a la destreza del rey David como armero que el Caran le asigna. <<

[146] Referencia a los dos palacios de época fatimí (siglo X-XI) que han dado nombre hasta hoy día (Bayn al-Qaṣrayn) a este sector de la calle, arteria principal norte-sur de El Cairo fatimí. <<

[147] XLVIII del *Corán*. <<

[148] LXVII del *Corán*. <<

[149] Nieto de Mahoma, muerto en Karbalā' (Iraq) junto con su familia en el curso de una sublevación contra el califa omeya de Damasco el año 680 de J. C. Los fatimíes de El Cairo trasladaron la cabeza a esta ciudad durante el sitio de Ascalon por los cruzados (1153). <<

[150] *Corán*, XXVIII, 6: Dios hablando a la madre de Moisés. Hoy día se sigue llamando popularmente «mar» al Nilo. <<

[151] Saybān Yaybān son los nombres árabes de los ríos Sarus y Pyramus, en Cilicia, respectivamente. I. B. los confunde con Saylūn (Yaxartes, Syr Daría) y Yayhūn (Oxus, Amu Daría). Esta tradición musulmana es recogida por R. G. de Clavijo: «... llegaron a un grand Río que es llamado biamo; e este es el terçero Río que sale del Paraíso» (p. 141). Respecto al Eufrates Clavijo aclara paralelamente: «Esta dicha ciudad de arzinga está fecha en un llano acerca de un Río que es llamado eúfrates; E es uno de los Ríos que salen de parayso» (p. 88). <<

[152] Cuatro parasangas, equivale a doce millas. <<

[153] Decisiones jurídicas. <<

[154] Ḥuwayzā se encuentra a una distancia de tres jornadas de Basora. <<

[155] *Mahmil*: caja cónica para transportar los lienzos que recubrirán el templo de La Meca. <<

[156] En Egipto, faltos de madera, los baños se calentaban con bosta seca y por tanto el oficio era despreciado. <<

[157] Esta historia entrevera verdad y leyenda: al-Jaṣīb b. ‘Abd al-Hamīd perteneció a la aristocracia persa y fue encargado de las finanzas de Egipto en 803. Su generosidad atrajo a numerosos poetas. El verso citado pertenece a un panegírico de Abū Nuwās dirigido al personaje de referencia. <<

[158] Según el *Corán*, Salomón es rey del mundo de los genios. <<

[159] Por tanto, bisnieta de Mahoma. <<

[160] En que se apoyó María cuando iba a dar a luz, según el *Corán*. <<

[161] Laodicea clásica, actual Latakia. <<

[162] La descripción de Tiro está tomada de Ibn ʿYubayr, si bien I. B. —o Ibn ʿYuzayy — incluye un malentendido en la ubicación del puerto. *Vid.* Ibn ʿYubayr, *Riḥla*, p. 212, Dār al-Kitāb al-Lubnānī, Beirut. <<

[163] En la organización administrativa y militar del imperio mameluco la palabra emir se aplicaba de modo genérico a los oficiales de distintos grados y categorías. <<

[164] Orontes bíblico. También significa «rebelde». <<

[165] El río ‘Āṣī. <<

[166] *Idem.* <<

[167] Alusión al príncipe Sayf ad-Dawla: «Espada de la dinastía». <<

[168] Insiste en la comparación tónica con una desposada. <<

[169] Esta etimología popular se basa en la coincidencia de la palabra *ḥalab* (leche) con el nombre de Alepo. <<

[170] Aquí, I. B. se equivoca, pues el río de Alepo es el Quwayq. <<

[171] Damasco. <<

[172] Lit. noble. Es título sobre todo aplicado a los descendientes del Profeta. <<

[173] Esta secta es mas conocida por *ḥassasin* (*asesinos*). Compuesta por fatimíes disidentes a fines del siglo XI, dominó por el terror el norte de Siria y Persia hasta que en 1256 los mongoles tomaron su fortaleza. En la época que nos ocupa sabemos por IB y por otras fuentes que se habían convertido en agentes del poder mameluco de El Cairo. Sobre el Viejo de la Montaña, *vid.* M. Polo, pp. 44-46. <<

[174] La noche de la *entrada* (*dujla*) es la de la consumación del matrimonio. <<

[175] *Corán*, XVIII, 78. <<

[176] De los fabricantes de *šarbūš*, o gorra. <<

[177] *Corán*. XXIII, 52. Sobre la cita de 1. ʿYubayr, *vid. Riḥla*, p. 183, Dār al-Kitāb al-lubnānī, Beirut. <<

[178] *Corán*. XXXVIII, 41. <<

[179] Nombre del hijo de Ḥusayn. <<

[180] O lugar de martirio. <<

[181] Personas obligadas a frecuentar la mezquita por vinculo voluntario. <<

[182] Residencia adjudicada al cargo. <<

[183] Hrbek y Monteil señalan la imposibilidad de que I. B. asistiera, por razones cronológicas, al referido sermón. Más bien habría sabido la muerte de Ibn Taymiyya estando en La Meca, en 1328. Gibb, por su parte, recuerda que el apresamiento de Ibn Taymiyya ocurrió en julio de 1326, en tanto I. B., llegó a Damasco en agosto. <<

[184] Esposa de Mahoma. <<

[185] Las denominaciones de este monte oscilan, así: Arafāt, ‘Arafat, etc. <<

[186] *Corán*. XLVIII, 18. <<

[187] La peste negra de 1348. <<

[188] Colección canónica de tradiciones obra de Muslim b. al-Ḥaŷŷāŷ (817-873), ed. El Cairo, 1349 H. <<

[189] *Corán* VI, 76 y ss. <<

[190] *Corán* XXIII, 52. <<

[191] Padre de Abraham, según el *Corán*. <<

[192] El 1.º de Šawwāl. <<

[193] El 9 de *Dū l-Hiyyā*. <<

[194] La edición D. S. señala aquí una laguna en los manuscritos existentes. <<

[195] Gibb señala (p. 157) la imposibilidad material de recibir todos estos diplomas en el lapso de veintidós días. <<

[196] 1 de septiembre de 1326 de J. C. <<

[197] Frase del *Corán*. III, 11. <<

[198] Tradiciones orales atribuidas a Mahoma. <<

[199] Anteriormente la qibla, o línea de referencia para la orientación de la mezquita era Jerusalén, y entonces se cambió hacia La Meca <<

[200] Uno de los ritos de la peregrinación. <<

[201] Según otra lectura, «siete vueltas». <<

[202] Vestidura blanca inconsútil, compuesta de dos largas piezas de tela, imprescindible para lograr el estado de pureza que debe alcanzar el peregrino. <<

[203] Harina de cebada secada al fuego; también una bebida hecha con esa harina, azúcar y dátiles. <<

[204] Error geográfico: una está al este y la otra al oeste de La Meca. <<

[205] Es un error. Debería decir «del ángulo del Yemen a la Piedra Negra». <<

[206] La lectura que propone D. S. (*barqa*‘) no está registrada por los diccionarios que, por el contrario, vocalizan *burqa*‘. es decir, la forma corriente en Egipto, v. g. Por otra parte, la edición de Beirut (p. 134) vocaliza también *burqu*‘. <<

[207] Vid. el artículo *Ka'ba* en *Encyclopédie de L'Islam*. Por A. J. Wensinck y J. Jomier. Leiden-París, 1974; y también Muhammad Shafī: *A description of the two sanctuaries of Islam by Ibn 'Abd Rabbihi* en *A volume of oriental studies presented to Edward G. Brown* (p. 416-438), Philo press, Amsterdam. Reprinted 1973. <<

[208] Nombre de la montaña en que está el cementerio. <<

[209] Discípulos de Mahoma que hubieron de emigrar para librarse de la persecución.

<<

[210] Referencia a la prohibición vigente para los no musulmanes de traspasar estos límites. <<

[211] Última visita, ya mencionada. <<

[212] *Corán*. CXI. Este Abū Lahab era tío de Mahoma, con el que no se solidarizó. Su esposa arrojó al paso de Mahoma un haz de leños espinosos. <<

[213] «La del costado», lit. <<

[²¹⁴] Pasaje que hace referencia a la situación de sometimiento de los califas abbasíes, desde 1261, a los sultanes mamelucos de El Cairo de los cuales eran virtuales prisioneros. <<

[215] Pieza de tela que se coloca sobre el turbante y cae sobre la espalda. <<

[216] Par e impar. Oraciones de la última parte de la noche, antes del alba. <<

[217] Diversas fórmulas de alabanzas a Dios: *Tahlīl*: Decir *lā ilāha illā Allāh* («No hay más dios que Dios»). *Takbīr*: Decir *Allāhu Akbar* («Dios es grande»). *Tasbīh*: Decir *Subhāna Allāh* («Alabado sea Dios»). <<

[218] ‘Arafāt o ‘Arafah, es el mismo lugar, como ya indicamos. <<

[219] Arbusto espinoso. <<

[220] Alegoría de la lapidación de Satán. <<

[221] *Vid.* episodio del jeque Ŷamāl ad-Dīn aṣ-Ṣāwī, al paso de I. B. por Damietta (Egipto). <<

[222] I. B. suscita una vez más el problema tributario, que fue caballo de batalla en los siglos anteriores, siempre enarbolado por los movimientos islámicos populistas (*jāriyīes*, *ši'īes* y, en un principio, almohades). Vid. Abdallah Larouī, *L'histoire du Maghreb*, París, 1970, Maspero, p. 110 y ss. <<

[223] Ni D. S. ni Gibb identifican este topónimo. A título de hipótesis proponemos Guadacorte, riachuelo que desemboca en la bahía de Algeciras. <<

[224] Es decir, Santuario de ‘Alī. Se trata del mausoleo de ‘Alī b. Abū Tālib, el cuarto califa del Islam, en la ciudad iraquí de Naʿîf, a unos 180 km al sur de Bagdad. <<

[225] Secta extremista de los musulmanes *šī'īes*. <<

[226] Las ruinas de la ciudad de Wāsīt se encuentran en el sur del Iraq, a medio camino entre las ciudades de al-Kūt y ‘Amāra. <<

[227] Escuela especialmente dedicada a la enseñanza de la práctica religiosa y la doctrina islámicas. <<

[228] Fundador de la secta sufí *rifāʿiyya*, o *ahmadiyya*, los llamados derviches «aullantes». Murió en el 1174. <<

[229] Como los *ahmadies*, son también derviches danzantes. <<

[230] Excepto la de Anas b. Mālik, como puede verse en la relación precedente. <<

[231] Batalla que tuvo lugar en torno a Basora, a fines del 656, entre los partidarios del califa ‘Alī y sus contrarios, dirigidos por ‘Ā’iṣa, viuda de Mahoma. <<

[232] El río Bū Regreg entre las ciudades de Salé y Rabat. <<

[233] I. B., al parecer, da el nombre de *jalīy*; (golfo; canal) al Šaṭṭ al-‘Arab, desembocadura conjunta del Tigrís y el Eufrates. Lo que llama Mar Pérsico (Bahr Fāris) es el Golfo Arábigo o Pérsico. <<

[234] Personaje del *Corán* (XVIII, 64), compañero de Moisés, entroncado tal vez con los mitos mesopotámicos de la inmortalidad. <<

[235] Tribu persa seminómada. <<

[236] El *Atābak*, originariamente tutor de los hijos menores de los sultanes *silṡūqīes*, pasa a ser, por un proceso de feudalización, príncipe o gobernante independiente de determinadas regiones, desde finales del siglo XII y, sobre todo, a partir del XIII. <<

[237] General del ejército árabe musulmán bajo los califas Abū Bakr y ‘Umar, dirigió la conquista de la Siria histórica y de Mesopotamia en, aproximadamente, la década del 633 al 643. <<

[238] En el *Corán* (XCVI, 15-16) se dice que los pecadores serán arrastrados por los pelos al infierno. De aquí la costumbre de rapar la frente a los penitentes. <<

[239] I. B. confunde su primer viaje por Persia (1327), bajo el reinado del Atābak Ahmad (1296-1332), con el que hizo veinte años después, reinando el Atābak Afrāsiyāb (1339-1357). <<

[²⁴⁰] El Atābak Yūsuf reinó como máximo ocho años (1332-1339/40). <<

[241] «Gente de la zuna» musulmanes ortodoxos, fieles a la tradición del Profeta (*ahl as-sunna*), *Rāfidīes*; I. B. designa el todo por la parte. Se trata, en general, de *šī'īes* de los que los *Rāfidīes* no son más que una secta radical. <<

[242] Importante místico musulmán († 918), maestro del famoso al-Hallāy. <<

[243] Si I. B. llega a Bagdad en el mes de turno, la techa aquí citada debe referirle al primer mes de *Ŷumādā*. es decir el de abril. <<

[244] Títulos de compilaciones de hadices (*hadīt*, pl. *ahādit*) o tradiciones de Mahoma.

<<

[245] *Imāmāes*: šī‘īes partidarios de los sucesores en línea directa de ‘Alī, cuarto califa del Islam y Fātima, hija de Mahoma. Reconocen once imanes (*imām*, guía de la comunidad), incluyendo al propio ‘Alī y esperan al doceavo, que vendrá como *Mahdī* (el Bien Encaminado) en vísperas del fin del mundo a restablecer la justicia en la Tierra. <<

[246] La parasanga es algo menor que la legua: equivale, aproximadamente, a cinco kilómetros y cuarto. <<

[247] Abū Ishāq b. M. reinó de 1343 a 1357. I. B. confunde otra vez su primer viaje con el segundo. <<

[²⁴⁸] *Jātūn*: título equivalente a «señora», «dama» o «princesa». <<

[249] Una de las cuatro tendencias ortodoxas del Islam. Desarrollada por M. b. Idris aš-Šāfi‘ī (767-820), tuvo gran arraigo durante la época abbasí en Siria, Egipto e Iraq. Los mercaderes y marinos musulmanes la extendieron por el Golfo Pérsico y en el Océano Indico, hasta más allá de la India. <<

[250] Se refiere al palacio sasánida de Cosroes, cuyo magnífico arco, resto de una enorme sala abovedada, se conserva aún en Ctesifón, act. Salmān Bāk, a menos de cincuenta kilómetros al sur de Bagdad. <<

[251] I. B. especifica la genealogía del santón Ahmad b. Mūsà a partir de su hermano y de sus ascendientes, por ser estos los siete primeros imanes *šī'īes*, descontando a Ḥasan b. 'Alī. <<

[252] En sentido estricto, *jawr* significa «estuario», «desembocadura de río». <<

[253] Se trata, sin duda, del sufí Rūzbihān Baqlī (1128-1209). <<

[254] El califa ‘Alī hizo de Kūfa su capital a finales del 656. Fue asesinado en la mezquita por un *jāriyī* cuatro años después, en enero de 661. <<

[255] *Vid.* Nota 120 correspondiente al relato del milagro del jeque Maî ad-Dîn, en la descripción de Šīrāz. <<

[256] Las *dos aljamas* es, en realidad, un sobrenombre de al-Ḥilla. <<

[257] *Sāib az-zamān*, es decir, el doceavo imām cuya venida esperan estos šī‘īes. <<

[258] Al morir Mu‘āwiya, primer califa omeya, se generó en la zona de Kūfa un movimiento en favor de al-Ḥusayn b. ‘Alī como aspirante al califato, que fue derrotado y muerto en Karbalā’, junto con un pequeño grupo de seguidores y parientes en el año 680. Este hecho marca el nacimiento del fenómeno religioso-político *husaynī* entre los šī‘īes iraquíes y persas. <<

[259] Dār aṣ-Ṣalām (*Morada de la Paz*) es el nombre oficial que le impuso Mansūr (754-775), el segundo califa abbasí, al establecer allí su capital. Pero siguió utilizándose habitualmente el antiguo nombre persa: Bagdád. <<

[260] Viajero andalusí (1144-1217), de Játiva (Valencia), que recogió en un interesante libro las impresiones del viaje realizado entre febrero de 1182 y abril de 1185 por tierras de Egipto, Arabia, Siria, Palestina y Sicilia. <<

[261] *Qurašī*, de Qurayš, tribu dominante en La Meca desde el tiempo inmediatamente anterior al Islam, a una de cuyas ramas pertenecía Mahoma. <<

[262] Gran poeta clásico (m. 845). <<

[263] Se refiere, probablemente, a su camella. Tópico literario clásico. <<

[264] Barrio de Bagdad. <<

[265] Localidad situada a unos 80 km. al sur de Bagdad, en el camino de al-Hilla. <<

[266] Sala de la Corona, o del trono, en el palacio de los califas de Bagdad. <<

[267] Evidentemente, debería decir el Tigris. <<

[268] *al-Hawā al-‘udrī*: tipo de amor cantado por la escuela poética beduina de finales del siglo VII - principios del VIII, en la que el amante muere antes de tocar a su eterna y única amada. <<

[269] Estos tres personajes mencionados son, respectivamente, el séptimo, octavo y noveno imanes *šī'īes*. <<

[270] Amīr al-Mu'minin, o *Príncipe de los Creyentes*. <<

[271] Siguiendo el orden cronológico, I. B. ha alterado el lugar de estos dos últimos califas entre sí. <<

[272] La fecha correcta es 656 H. = 1258 de J. C. <<

[273] Iraquí de Kufa (699-767), fundador de una de las cuatro escuelas ortodoxas del Islam más ligada al régimen abbasí —la *hanafiyya* que, adoptada por los turcos, es hoy mayoritaria en Turquía, Asia Central e India. <<

[274] Ibn Ḥanbal (780-855) fundador de otra escuela (*madhab*) islámica ortodoxa, la *hanballyya*, que llegó a ser la más rígida de todas. Hoy es oficial en Arabia Saudí. <<

[275] Juwāyâ o Jawāyâh: «señor», título dado a los extranjeros, sobre todo cristianos o judíos. <<

[276] El Siyistān, situado en el sureste del Jurāsān iraní, abarca casi toda la zona centro-sur del actual Afganistán. <<

[277] Por esta época, los territorios del Juwārizm abarcaban desde la ribera sur del Mar de Aral hasta el norte del Jurāsān. <<

[278] Letras del alfabeto árabe. <<

[279] Son, respectivamente, las azoras XXXVI, XLVIII, LXXVIII del *Corán*. <<

[280] Se trata evidentemente de una etimología popular sobre el asirio *surmarrat* Fue capital del califato abbasí durante cincuenta años, a fines del siglo IX. *Vid.* Gibb, p. 346. <<

[281] Sām es un legendario héroe persa. <<

[282] Este Țirȣis, confundido a veces con los profetas al-Jidr y Elías, es San Jorge, del que la leyenda musulmana dice que murió mártir en Mosul. <<

[283] Act., Nusaybin, en la frontera turco-siria. <<

[284] La casida [*qasīda*] de tipo *simt* o *musammaṭ* (*simtiyya* o *musammaṭa*) se caracteriza por introducir en los hemistiquios de cada verso grupos de rimas particulares, bien manteniendo la monorrimia final bien rompiéndola mediante versos que llegan a conformar una especie de estribillo. El caso presente (b-b//b-b//a) es una *musammata mujammasa*, por constar cada estrofa de cinco miembros rimados. El desarrollo de estas estrofas condujo a la creación de poemas como la *muwaššaha* o el zéjel. <<

[285] Y por extensión, a toda la ciudad, al igual que ocurre con Mosul, como acabamos de ver en el poema. <<

[286] Véase la anterior historia del sultán de los dos Iraq y del Jurāsān, Abū Sa‘īd. <<

[287] En la frecuencia de relaciones sexuales, se entiende. <<

[288] Penúltimo mes del calendario lunar islámico. Es también mes de *hayy* o peregrinación. <<

[289] La escuela *šāfi‘iyya* exige un mínimo de cuarenta musulmanes para que sea válido el rezo público del viernes. <<

[290] En el litoral del desierto nubio, en el actual Sudán, frente a las costas árabes de Tiháma. <<

[291] Zaydiyya, rama šī‘ī mayoritaria en el Yemen, próxima a las teorías racionalistas del *mu‘tazilismo*. <<

[292] Por Sawāḥil (Costas) se entiende habitualmente la zona costera del África Oriental que va desde la desembocadura del río Yuba hasta Cabo Delgado, es decir, la que abarca act. la punta sur de Somalia y todo el litoral de Kenia y Tanzania. Por lo que dice I. B. de la distancia de Manbasá (Mombasa), parece ser que consideraba que el Sawāḥil sólo comprendía las costas de Tanzania. Kulwā, que los portugueses llamaron después Quiloa, está en la costa sur de Tanzania. El nombre Zan̄y se refiere, en general, a los negros del África Oriental y, especialmente, a los bantúes tanzanos de la región de Zanzíbar. <<

[293] Tal vez se trate del yambo, cuyo fruto es la pomarroja. <<

[294] I. B. volverá a hablar de los Līmī como negros de Malí que vivían junto al río Níger. <<

[295] Enclave litoral de Mozambique, junto al actual puerto de Beira. Era el punto más meridional de la expansión comercial árabe en África Oriental. <<

[296] Pueblo legendario al que Dios envió al profeta Hūd, (*Corán*, XLVI, 20). <<

[297] Los musulmanes no deben comer carne de animal que no haya sido previamente degollado y desangrado. <<

[298] Es decir, el día 10 del mes de *Dū-l-Hiyya* del año siguiente a la salida de I. B. de La Meca: corresponde al, 14 de septiembre de 1331 d. C. Según los cálculos de Gibb la fecha sería en realidad el 1.º de *Šawwāl* (29, julio, 1329) y la fiesta mencionada la de ruptura de ayuno (p. 393). <<

[299] Antiguos partidarios del califa ‘Alī, que se separaron de él por haber aceptado el convenio de Siffin (657) con el omeya Mu‘āwiya. Sostienen la teoría de que el califa debe ser el «mejor musulmán», elegido por la comunidad. <<

[300] Los *ibādīs* constituyen una secta *jāriyī* relativamente moderada. Tuvieron cierta importancia política en algunos puntos del Oriente, como Omán; del África Oriental, como Sudán, y en el Magreb del siglo IX. <<

[301] Comer carne de burro está prohibido por el *Coran* (XVI, 9). <<

[302] Mūgistān es, en realidad, el nombre que recibe la zona costera de la provincia de Kirmān (Irán). <<

[303] I. B. se refiere, sin duda, a la cabeza de una ballena. <<

[304] De los acontecimientos que relata, se deduce que I. B. no fue a Hurmuz en este año de 1331, sino al volver de Extremo Oriente, en 1347, como señalábamos en el prólogo, vid. Hrbek, pp. 446-448. <<

[305] I. B. confunde la isla y ciudad de Qays con el puerto de Sīrāf. <<

[306] I. B. no estuvo en la región en la temporada de pesca de las perlas, por lo que su relato, de segunda mano, contiene fantasía junto a datos verídicos. <<

[307] Al-Babrayn es el nombre que recibía una parte de la costa arabe de al-Absā' (que se extiende aproximadamente entre Kuwayt y Qatar) y mas tarde paso a ser el de la isla que lo lleva ahora, pero nunca ha sido nombre de ciudad alguna. <<

[308] El refrán está basado en valores tónicos y rítmicos: *Kusayr wa-‘Uwayr*. <<

[309] La fórmula precisa de llamar a la oración que emplean los musulmanes *sunníes* es la siguiente: un *takbīr* («Dios es grande»), repetido cuatro veces; una *šahāda* o profesión de fe musulmana («Atestiguo que no hay más dios que Dios y que Mahoma es su Enviado»), repetida dos veces; una *hay‘ala* («Acudid a la oración, acudid a la salvación»), pronunciada también dos veces; otro *takbīr*, dicho ahora sólo dos veces, y, finalmente, media *šahāda* («No hay más dios que Dios»). Se comprende el espanto de I. B., *sunní* de pro, al oír a los *sī‘īes* de al-Qutayf intercalar en esta fórmula expresiones inusuales y diversas menciones a ‘Alī. <<

[310] I. B. confunde este momento con su anterior viaje al África Oriental, o bien se repite, curiosamente, la misma circunstancia. <<

[311] En principio, y según el contexto, *Rūm* (castellanizado en *rumi*) puede traducirse por «romanos», «griegos» o «bizantinos» y, en sentido general, por «cristianos»; y Bilād ar-Rūm, por Bizancio, Asia Menor o Anatolia. <<

[312] Los *qadarīs* sostenían que el hombre tiene un cierto margen de libertad, frente a la Omnipotencia Divina. El *mu‘tazilismo* fue la doctrina oficial del califato abbasí del año 827 al 849: monoteísmo riguroso; el *Corán*, aun siendo la palabra divina, ha sido creado y debe, por tanto, ser comprendido mediante la razón, en consecuencia, defiende también el libre albedrío del hombre. Mubtadi‘significa, en general, «hereje». <<

[313] Las *futuwwas* son asociaciones solidarias de jóvenes (*fityān*) que, en principio, nacen sin base religiosa, política o profesional aglutinadora, caracterizándose, sobre todo, por la hostilidad o marginación con respecto a la autoridad y orden establecidos. Vid, prólogo, p. 48. <<

[314] Es decir, que I. B. estaría en Akrīdūr entre la segunda mitad de mayo y la primera de junio de 1333. <<

[315] Segundo califa omeya, que gobernó algo menos de tres años (680-3). <<

[316] Ŷalāl ad-Dīn ar-Rūmī, gran poeta místico en lengua persa. Jurāsānī de nacimiento, murió en Konya el año 1273. <<

[317] *Muta'alliq*, es decir, rimando entre sí los dos hemistiquios de cada verso. <<

[318] Se supone que muchos días después, ya que para ir de Erzerum a Aydin, I. B. tuvo que recorrer toda Turquía, de este a oeste. Víd. cronologías en prólogo. <<

[319] Es decir, sobre la metodología del Derecho islámico (*fiqh*) y su estudio aplicado.

<<

[320] Un metical: 4,25 gramos. Medida de metales preciosos. <<

[321] Abū Lahab («el padre de la llama»: el fuego, la lumbre) y Ḥammālat al-Ḥaṭab («la leñera», «la que carga la leña»: la leña, la madera) son personajes de la narrativa popular. Está claro que el sentido del verso es el siguiente: «Si hubiérais querido tener fuego al atardecer, habríais traído vuestras mulas cargadas de leña». *Vid. Corán*, CXI y nota n.º 87 de la primera peregrinación de I. B. <<

[322] Las cuentas no salen. El penúltimo califa abbasí, al-Mustamir, murió el año 1242: este jeque tendría, en todo caso, ciento veintiún años. <<

[323] Los šī'īes no consumen este animal siguiendo la norma judía (*Levítico*. XI, 6).

<<

[324] Los Kipchaks o Comans —Comanos— son uno de los pueblos turcos que formaban, junto a los mongoles, el llamado Kanato de la Horda de Oro, del río Bug al Ural, de oeste a este; y entre el Moscova y el Volga, por el norte. y Georgia y el Daguestán por el sur. *Dèçt* (persa y no turco) significa «desierto», «llanura». <<

[325] *Būza*: bebida de mijo. Aunque el *Corán* (V, 90) prohíbe taxativamente el vino, *jamr*, la exégesis *ḥanafī* autoriza el consumo del *nabīd* (zummo de dátiles fermentados). <<

[326] No hemos localizado Baṭā'ih como topónimo, pero suponemos se refiere a la zona lacustre y pantanosa que, flanqueada por el Tigris y el Eufrates, se extiende, de norte a sur, entre las regiones de Kūt y Basora. <<

[327] En turco act. *ordu* significa «ejército» y *orduğah*, «campamento». No obstante, el texto de I. B. no ofrece dudas al respecto en su significado. Por otra parte, dice Clavijo: «en el canpo onde tenía puesto su *ordo*, que dicen por Real» (p. 170); también *ordo* en p. 119. <<

[328] Bulgār, capital de los búlgaros del Volga hasta mediado el siglo XIII. Estaba situada al sur de Kazán, en la misma orilla izquierda del río, en la confluencia de éste con el Kama. El tiempo empleado en recorrer la distancia que separa los alrededores de Piatígorsk de la desembocadura del Kama en el Volga ha de ser, por fuerza, mucho mayor. Esta incongruencia cronológica junto al aire nebuloso y novelesco del pasaje han hecho dudar fundadamente de la veracidad de I. B. en este punto. Vid. S. Janicsek, *Ibn Baṭṭuṭa's Journey to Bulghar: is it a Fabrication?*, JRAS (*Journal of the Royal Abatir Society*) (1929). pp. 791-800; y Dubler, p. 230. <<

[329] La *ṣalāṭ at-tarāwīḥ* es una oración especial, de al menos veinte raka‘āt o prosternaciones rituales, realizadas en grupos de a cuatro; en las pausas se pronuncian rezos aislados o se hacen lecturas del *Corán*. <<

[330] Evidentemente I. B. recoge como válida una etimología popular. *Tarjān* (del mongol *darqān*) es un título real turco y aquí indica una persona o lugar exento de tributos. <<

[331] Por las distancias que da I. B. Ukak debía estar a la orilla del mar de Azov, cerca de la desembocadura del Don. <<

[332] Parece improbable que se salieran tanto de la ruta. Quizá I. B. visitó Surdāq en su llegada a Crimea. <<

[333] Ya hemos dicho que el Emperador de Bizancio era entonces Andrónicos III. Takfūr no es más que el título real, derivado del armenio. Por otra parte, quien se hizo monje no fue su padre, sino su abuelo, Andrónicos II, que, además, adoptó la vida monacal en 1330 y murió en 1332. I. B., por tanto, no pudo conocerle: este personaje que llama sultán ȚirȚis es un misterio. *Vid.* Notas Monteil, DS, II, p. 483. <<

[334] Se refiere a la pequeña ría que separa las ciudades de Rabat y Salé, originada por la desembocadura del Bu Regreg. <<

[335] Según *Corán* (III-55) Jesús no fue crucificado, al ser reemplazado por un doble.

<<

[336] *Hyperpyra*, dinares bizantinos de oro. <<

[337] Esta tercera persona es retórica: I. B. se refiere, en realidad, a sí mismo. <<

[338] Fiesta que se celebra, sacrificando una oveja, a los siete días del parto, o al primer corte de pelo. <<

[339] *Chacaty*, en Clavijo (p. 84); Clagatal, en M. Polo, p. 39. <<

[340] En realidad: *Hos misin. ¿Yahsi misin? Kutlu olasin.* <<

[341] Es decir, si son seguidores de ‘Alī. <<

[342] Variedad de acacia. <<

[343] La similitud aparente de gayṭa con nuestra gaita no debe inducir a contusión: se trata exactamente del óboe, en tanto el instrumento equivalente a la gaita recibe las denominaciones de *mizwad* (Túnez, Libia) y *šakwa* (Argelia). <<

[344] Se trata de un manto de lana que acostumbraban a usar los sufíes y que el maestro transmitía a su discípulo predilecto. <<

[345] Limosna legal consistente en el 2,5 por 100. <<

[³⁴⁶] En realidad, Delhi fue conquistada cuatro años después, en 1192. <<

[347] Proponemos la eventual traducción de *ra“āda* por «bombarda», si bien parece mas plausible la hipótesis de Dozy (Sup.) de que se trate de una mala escritura de ‘*arrāda* (catapulta). <<

[348] Versión Vernet. <<

[349] La posibilidad que la legislación musulmana permite de contraer matrimonio con más de una mujer conduce, en los hijos habidos, a la distinción entre «hermano» en sentido gral. y «hermano de padre y madre» o «uterino». <<

[350] Gesto de saludo. <<

[351] Soldados regulares con paga fija. <<

[352] Se refiere a la fiesta de la ruptura del ayuno [*‘Īd al-Fiṭr*], que sella el mes de Ramadán. <<

[353] Es decir, tres millones seiscientos mil dinares de plata. <<

[354] En la provincia persa de Kirmān. <<

[355] La idea de vivificar una tierra yerma, referida siempre a Dios, se halla muy repetida en el *Corán* (XXV, 48-49; xxxvi, 53; XLIII, 11; XLV, 5; L, 11; LVII, 17, etc.) y relacionada claramente, a veces, con la Resurrección. <<

[356] El traslado de la capital a Dawlat Ābād parece que más bien fue motivado por razones estratégicas con vistas al sur de la India. <<

[357] Alusión al castellano «rey». <<

[358] *Tā’Hā’* y *Yā’Sīn* (letras, todas ellas, del alfabeto árabe) son los títulos de las suras xx y xxxvi del *Corán*, posiblemente tomados aquí, según D. S., como nombres apelativos de Mahoma. <<

[359] La palabra *kuš*, del turco-persa *kōshk* (*kūšk*), significa en realidad, como ya hemos visto, «quiosco», «pabellón», «palacete». <<

[360] Evidentemente, y como señala Monteil, el territorio mencionado corresponde al actual Estado indio de Uttar Pradesh. <<

[361] Sālār Mas'ūd al-Gāzī, emir gaznauí del siglo XL. <<

[362] Ūandīrī en la zona norte del antiguo reino de Mālawa o Mālwa. <<

[363] Cantidad equivalente a cien mil dinares de plata, según hemos precisado en nota anterior. <<

[364] El *mann* sería ligeramente inferior a fa arroba, pues pesaría algo menos de once kg. y cuarto, si admitimos la equivalencia dada anteriormente por I. B. <<

[365] Primeros de junio de 1334/mediados de mayo de 1336, según Gibb/F.-A. respectivamente. <<

[366] Dignidades, grados, enseñas. <<

[367] Extranjero, comerciante, etc., con intención despectiva. <<

[368] Otoño de 1341, según Gibb y D. S. <<

[369] La revuelta de Ahsan Šāh habría comenzado, según D. S., hacia 1339. <<

[370] Décimo día de *Muḥarram*, primer mes del calendario musulmán. <<

[371] Abū Hāmid el Granadino da una noticia idéntica sobre las brujas entre los eslavos rusos, vid. Abū Hāmid, p. 63. <<

[372] Los dos o tres días que transcurren a partir del doceavo de la aparición de la luna nueva. <<

[373] Medida variable de áridos, equivalente, como mínimo, a tres celemines y medio.

<<

[374] Se refiere a un líquido inflamable, compuesto de petróleo, que usaban los chinos como arma en combates navales. <<

[375] Las fechas de las dos estancias de I. B. en Goa son confusas, por cuanto no menciona el año. Como ya hemos dicho, habría que acortar la duración de los diversos períodos que el viajero dice pasar junto al sultán de Hinawr, teniendo en cuenta la fecha de salida de las Maldivas: 26 de agosto de 1344. <<

[376] V. notas 92 y 184, de la Primera Parte. <<

[377] Lugar de oración que, para las grandes fiestas en especial, se sitúa fuera de la ciudad, como ya indicamos. <<

[378] Juego de palabras entre *kawda*, montón, y *kawḍa*, concha-moneda. <<

[379] Véase el relato de la aventura de este jeque en Ceilán, a propósito de la descripción de los santuarios de Šīrāz. <<

[380] Por la descripción parece más bien referirse al agáloco. <<

[381] Al parecer I. B. confunde el clavelo con la mirística y la nuez de clavelo con la moscada. <<

[382] Por el momento, ilocalizable. <<

[383] Rico, honorable, liberal. Sobre todo mercader de especias. <<

[384] O Sapor «el de los hombros». <<

[385] Zaytūn en árabe significa «olivo». I. B. juega con la evidente coincidencia fonética. *Vid.* Çaiton (*M. Polo*, p. 149); sobre los tejidos locales dice Ruy G. (p. 85): «El señor tenía vestidos unos paños de azaytuni azul con unas brosladuras de oro».

<<

[386] Ciudad marroquí del sureste, hoy en ruinas. <<

[387] Aquí parece más plausible la versión de Gibb «jefe de aduana» que la de D. S.

<<

[388] Los viajeros árabes, al igual que Marco Polo, usan la palabra *Qān* (o *Kaan*) aplicada al Gran Kan de los mongoles. <<

[389] I. B. confunde la Muralla de China —como Marco Polo— con la línea construida en el Cáucaso por Alejandro Magno para contener a Gog y Magog, pueblos bárbaros que destruirán la tierra en las postrimerías (*Génesis* X, 2; *Ezequiel*. XXXVIII-XXXIX; *Apocalipsis*, XX, 8; *Corán*. XXI, 96 y XVIII, 93). <<

[390] Poetisa de los comienzos del Islam, famosa por sus elegías. <<

[391] Ordenanzas de derecho consuetudinario turco-mongol. <<

[392] *‘Īd al-Fiṭr*, ruptura del ayuno, fin de Ramadán. <<

[393] En la infancia, con finalidad preservadora. <<

[394] Referencias a las andanzas catalanas por las costas de Túnez, vid. Muntaner, Crónica, vol. II, pp. 186-188, 191, 194, 207. <<

[395] Sīdī Bū Madyan es el patrón de la ciudad de Tremecén. <<

[396] «*El paraíso está dispuesto para (...) los que perdonan a los hombres*». Corán, III, 128. <<

[397] Evidente juego de palabras: *tagr* significa también «frontera», o «plaza fronteriza». <<

[398] *Vid. Corán, V, 37.* <<

[399] De un originario topónimo *Montem Sacrum* se habría formado este Muntašāqar, que podría tratarse de Montejícar (Jaén) o Montejaque (Málaga). <<

[400] Sobre pirateria cristiana, vid. v. g. Muntaner, *Crónica*, p. 14, vol. II: «l'almirall (...) i féu la vīa de Barbarīa de manera que se n'anès costejant i pregués tot quant podria trobar dels serraïns». <<

[401] La variante del ms. 910 *sabtī* (= ceutí) hace plausible la confusión de otros copistas, pues parece más probable que fuera de Ceuta que de Bust, en el Siyistān afgano. <<

[402] Nuevamente juega con la palabra *ṭagr*. Recordamos que también significa «boca». <<

[403] DS yerran al traducir Ibn Lubb por «hijo de corazón», evidentemente se trata de «hijo de Lope», nombre muy frecuente entre los hispanoárabes. <<

[404] Sobre *Rābiṭat al-‘uqāb*, vid. Terés, E.: *Al-‘aqaba*. (Notas de toponimia hispana) en *al-Andalus*, XLIV (1978). <<

[405] Estas fundaciones pías solían tomar su nombre de un gremio o del propio de su constructor, sugerimos «del frenero o fabricante de bocados», pues también esa lectura es posible. <<

[406] Sobre Naÿd vid. Seco de Lucena, Luis: *De Toponimia granadina. Sobre el viaje de I. B. al reino de Granada*. Al-Andalus, XVI (1951), pp. 49-85. <<

[407] Corregimos la lectura de D. S. (Banū Riyāḥ) por la de Banū Rabāḥ, que concuerda perfectamente con el topónimo Benarrabá (Malaga). <<

[408] Se refiere al África occidental. <<

[409] A 800 Km. al norte de Tombuctú. <<

[410] Monteil sugiere que esta tribu Massūfa sea la actual de Mašdūf. Sobre las relaciones de servidumbre y vasallaje entre las tribus saharauis, vid. J. A. De Marco, *Análisis de los cuentos escuchados entre los Erguibat*. Almenara, 7-8, Madrid, 1976.

<<

[411] Al sureste de Mauritania. <<

[412] ¿Baobab? <<

[413] *Voandzeia subterranea*, pormenoriza Monteil. <<

[414] Gachas con mantequilla. <<

[415] Secta del Islam extremadamente puritana y, en un principio, partidarios de ‘Alī, yerno de Mahoma. <<

[416] Como es sabido, las fuentes del Nilo no se descubrieron hasta muy avanzado el siglo XIX. Aquí el error de I. B., aunque comprensible, es de bulto: propiamente se trata del río Níger. La confusión se va a repetir a lo largo de todo el viaje de I. B, por el Sudán occidental. <<

[417] En su confusión, parece referirse a Etiopía. <<

[418] D. S. señalan variante sin geminación de /l/en algunos manuscritos: Mālī. El emplaiamiento de tal ciudad se desconoce, quizá Nyanī. <<

[419] Parece referirse a la marimba. <<

[420] Lit. «alondras», aquí instrumentos musicales semejantes a un guitarrillo, hechos con el caparazón de un galápago. Es el *geenbrī* marroquí. <<

[421] Este rey extendió sus dominios sobre gran parte del África occidental (1312-1337), hizo la peregrinación a La Meca (1324) y allí conoció al granadino aṣ-Ṣāḥilī, a quien llevó consigo al Sudán. (Monteil). <<

[422] De la región de Dukkāla en el Marruecos atlántico. <<

[423] Monteil maneja dos hipótesis de localización: Tiguida y Azelik. <<

[424] Monteil identifica Kūbar con Gober [Nigeria], Barnū con Bornu y Zāgiy con Dia. <<

[425] Poblado cerca de Adrar, act. Argelia. <<

[426] Desfiladero de 90 km. al SE. de Fez. <<